Gaston Maspero

HISTORIA ANTIGUA DE LOS PUEBLOS DE ORIENTE

CLÁSICOS DE HISTORIA 584

GASTON MASPERO

HISTORIA ANTIGUA DE LOS PUEBLOS DE ORIENTE

Primera edición:
G. Maspero: *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*
Librairie Hachette et Cie.
Paris 1875
https://archive.org/details/histoireancienn09maspgoog/mode/2up

G. Maspero: *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*
Septième édition revue
Librairie Hachette et Cie.
Paris 1905
https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k9801622q?rk=278971;2#

Traducción española:
G. Maspero: *Historia antigua de los pueblos de Oriente*
Daniel Jorro, editor
Madrid 1912
https://books.google.es/books?id=Lu1cAAAAcAAJ&hl=es

Con dos anexos:

G. Maspero: *La photographie de Sésostris*
Le Monde Illustré, 10 juillet 1886, pp. 22-23, 25 y 28
https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6515921h/f1.item

Alexandre Moret: *L'œuvre de Gaston Maspero*
La Revue de Paris, août 1916, pp. 562-576
https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k175487/f1.item

CLÁSICOS DE HISTORIA 584

ÍNDICE

LIBRO I.
EL EGIPTO HASTA LA INVASIÓN DE LOS REYES PASTORES

I. El Egipto primitivo

El Nilo y Egipto....6
Origen de los egipcios: los nomos....12
El Egipto antes de la historia: los dioses y las dinastías divinas....20
Menes y las dinastías tinitas....29

II. El Imperio menfita desde la tercera a la décima dinastía (Antiguo Imperio)

Las tumbas menfitas: La cuarta y la quinta dinastía....33
La literatura egipcia durante el período menfita....44
De la sexta a la décima dinastía....49

III. Periodo tebano De la undécima a la decimoquinta dinastía (Imperio Medio)

La undécima dinastía; comienzos del poderío de Tebas....56
La duodécima dinastía: conquista de la Nubia: el lago Mœris....58
Desde la decimotercera a la decimoquinta dinastía....72

LIBRO II.
EL ASIA ANTERIOR ANTES Y DURANTE LOS TIEMPOS DE LA DOMINACIÓN EGIPCIA

IV. La Caldea

Las poblaciones primitivas de la Caldea....75
Las religiones y los dioses de Caldea....81
La creación, el diluvio; historia fabulosa de la Caldea. Los primeros reyes históricos....86
La invasión cananea y los Pastores en Egipto....95

V. La conquista egipcia

La Siria y el Imperio caldeo desde la invasión cananea hasta las guerras egipcias....103
La decimoctava dinastía....111
La decimonovena dinastía: Setui y Ramsés II....123

VI. Las grandes emigraciones marítimas y la vigésima dinastía

La colonización sidonia, el Asia Menor y los hititas....134
Las emigraciones de los pueblos del Asia Menor y el Éxodo....142
Ramsés III y la vigésima dinastía; los grandes sacerdotes de Amón....150

LIBRO III.
EL IMPERIO ASIRIO Y EL MUNDO ORIENTAL HASTA EL ADVENIMIENTO DE LOS SARGÓNIDAS

VII. El primer Imperio asirio. Los hebreos en el país de Canaán

La Asiria: Nino y Semíramis; Tiglatfalasar I.....163
Ocupación del país de Canaán por los hijos de Israel.....169
La Palestina y la Fenicia en tiempo de los Jueces.....174

VIII. El reino hebreo

Comienzos del reino judío: Saúl, David y Salomón.....179
Las religiones de Canaán y de Israel: el cisma de las diez tribus.....187
Israel y Judá hasta el advenimiento de Omrí; la vigésimo primera dinastía egipcia; Sheshong I. Comienzos del reino de Damasco.....195

IX. El segundo Imperio Asirio hasta el advenimiento de Sargón.

Assurnazirabal y Salmanasar; los reyes de Damasco y la casa de Omri.....201
Decadencia del Imperio asirio; el Urartú; los profetas de Israel; Jeroboam II; Tiglatfalasar III; caída de Damasco.....210
La vigésima segunda y la vigésima tercera dinastía; los etíopes en Egipto; Pionkhi y Shabakú. Caída del reino de Israel.....222

LIBRO IV.
LOS SARGÓNIDAS Y EL MUNDO ORIENTAL HASTA EL ADVENIMIENTO DE CIRO

X. Los Sargónidas

Sargón (722-705); guerras con el Egipto, el Elam y la Armenia; conquista de la Caldea.....230
Sennaquerib (705-681) y Ezequías; guerras contra el Elam; Asarhaddón (681-667).....236
Los asirios en Egipto, Taharqú (692-666); conquista del Egipto por Asarhaddón (670); Assurbanabal (667-625?); conquista del Elam.....247

XI. Los comienzos de la Media

Los medos y los persas: Devokes.....259
La Judea: el renacimiento del Egipto.....265
La invasión escita: Josías y Necao. La caída de Nínive (608).....271

XII. El mundo oriental en tiempo del Imperio medo

El Imperio medo y Ciaxares: la Lidia.....280
La religión irania: Zoroastro, los Magos.....285
El Imperio caldeo y el mundo oriental desde la caída de Nínive hasta la del Imperio medo.....292

LIBRO V.
EL IMPERIO PERSA

XIII. La conquista persa

El mundo oriental al advenimiento de Ciro: Creso y Nabonides; conquista de la Lidia (546); los persas en el extremo Oriente (545-539); caída del Imperio caldeo (538).....304

Cambises, Amasis y Psamético III; conquista del Egipto (525); tentativas contra la Libia y la Etiopía; el falso Esmerdis.....316

Gamata y Darío I; reorganización y división del Imperio persa.....326

XIV. Lucha con Grecia y caída del Imperio persa

Expedición a Escitia y primera guerra médica; Jerjes I, Salamina y Platea; Artajerjes I y Darío II.....334

Artajerjes II (405-359); las últimas dinastías indígenas de Egipto.....343

Artajerjes III Ocos (359-333); conquista del Egipto; los últimos aqueménidas; Darío III y Alejandro de Macedonia; caída del Imperio persa.....351

XV. El mundo oriental en el momento de la conquista macedónica

La Susiana y los pueblos del Norte: Asiria y Babilonia. Predominio del elemento arameo...359

Los judíos: Esdrás, Nehemías y la ley mosaica.....365

Egipto.....374

APÉNDICE

Las escrituras del mundo oriental.....382

De los procedimientos empleados en la formación de las escrituras antiguas. Los caracteres cuneiformes; el silabario chipriota.....382

Las escrituras egipcias. El alfabeto, el silabario, los signos determinativos. Los jeroglíficos etíopes e hititas.....397

Origen del alfabeto fenicio; sus derivados arios.....409

Índice alfabético.....417

Mapas.....514

Egipto.....515

El Imperio Asirio bajo Sargón.....516

El Levante mediterráneo.....517

ANEXOS

G. Maspero: El retrato de Sesostris.....519

Alexandre Moret: La obra de Gaston Maspero.....524

LIBRO I.
EL EGIPTO HASTA LA INVASIÓN DE LOS REYES PASTORES

I.
EL EGIPTO PRIMITIVO

El Nilo y el Egipto. Origen de los egipcios; los nomos. El Egipto antes de la historia; los dioses y las dinastías divinas. Menes y las dinastías tinitas.

El Nilo y Egipto

El primer viajero que ha visitado el Egipto, el primero al menos que nos ha dejado el relato de su viaje, Heródoto de Halicarnaso, ha resumido la impresión que le produjo aquella comarca maravillosa en una sola frase, muchas veces citada: «El Egipto es un don del Nilo»[1]. No es efectivamente el Egipto más que una faja de tierra vegetal tendida a través del desierto, un oasis alargado a orillas del río y sin cesar aprovisionado por él del agua necesaria para la vegetación. Hay que haber visto el Egipto en el momento del estiaje, un mes antes del solsticio de verano, para figurarse lo que sería si alguna desgracia le privase del río que le alimenta. «El Nilo se ha reducido entre sus orillas hasta el punto de tener la mitad de su anchura habitual, y sus aguas turbias, cenagosas, estancadas, parecen apenas correr en una dirección cualquiera. Bancos llanos o masas abruptas de un barro negro, cocido y recocido al sol, forman las dos orillas. Más allá sólo hay polvo y aridez, porque apenas si el *jamsín*, el viento cargado de arena que dura cuarenta días, ha dejado de soplar. Aquí y allá aparecen el tronco y las ramas de los árboles a través de la atmósfera polvorienta, cegadora, ardiente, pero las hojas están de tal manera llenas de polvo que a corta distancia apenas si se las puede distinguir del desierto que las rodea. Sólo a fuerza de riegos difíciles y laboriosos se logra mantener una apariencia de verdura en los jardines del bajá. Finalmente, y es el primer indicio que anuncia el final de aquella estación terrible, el viento del Norte, el *etesio* de los griegos, se levanta y empieza a soplar con violencia, a veces hasta con furia, durante todo el día. Gracias a él el follaje de los bosquecillos de que está sembrado el Egipto inferior se desembaraza del polvo y recobra su color verde. Los ardores del sol, entonces en lo más alto de su curso, son de esta suerte muy oportunamente aminorados por el viento que reina, aquel mes y los tres siguientes, en todo el territorio egipcio.

»Pronto se produce un cambio en el río. Se señala en el nilómetro del Cairo un dedo o dos de subida; las aguas pierden la escasa limpidez y la frescura que el día anterior aún hacían de ellas una bebida deliciosa. Toman el color verde, el aspecto viscoso y mate del agua salobre de los trópicos, sin que hasta el día haya logrado ningún filtro desembarazarlas de la materia nauseabunda e insana que produce dicha alteración. El fenómeno del Nilo verde proviene, a lo que se dice, de las grandes

1 Heródoto, II, VIII, que la copió probablemente de Hecateo de Mileto.

masas herbáceas flotantes que el desbordamiento anual deja en las vastas llanuras arenosas del Sudán, al Sur de la Nubia. Después de haber permanecido estancadas seis meses y más al sol tropical, las recoge la nueva inundación y vuelven al lecho del río. Felizmente este fenómeno no dura más de tres o cuatro días, porque, por corto que sea este tiempo, los desdichados que tienen que beber agua del río experimentan insoportables dolores en la vejiga. Por eso los moradores de las ciudades se cuidan de llenar previamente de agua los depósitos y las cisternas.

»Desde aquel momento el río crece con rapidez y va enturbiándose gradualmente. Transcurren, sin embargo, diez o doce días antes de la aparición del último y más extraordinario fenómeno que presenta el Nilo. Trataré de describir las primeras impresiones que me hizo experimentar. Era el terminar de una noche larga y sofocante, en mi sentir al menos. En el momento en que dejé el diván en que había tratado en vano de dormir, a bordo de nuestro buque que la calma había detenido frente a Benisuef, ciudad del Alto Egipto, el sol mostraba justamente el borde superior de su disco por cima de la cadena Arábiga. Me sorprendió que en el momento en que sus rayos llegaron a rozar el agua, se vio instantáneamente un reflejo encarnado intenso. La fuerza de aquel color no dejó de aumentar con la de la luz; aun antes de que el disco entero hubiera salido de detrás de la colina, el Nilo ofrecía el aspecto de una sabana de sangre. Temiendo padecer una ilusión, me levanté apresurado, y tendiéndome por cima de la borda, lo que vi me confirmó en mi impresión primera. La masa entera de las aguas era opaca, de un rojo sombrío y más semejante a sangre que a cualquiera otra materia con que pudiera compararla. Al mismo tiempo, me di cuenta de que el río había subido varias pulgadas durante la noche, y los árabes vinieron a decirme que se trataba del *Nilo rojo*. El rojo y la opacidad del agua están sometidos a constantes variaciones, en tanto el río permanece en esta situación extraordinaria. En ciertos días, cuando la crecida no ha excedido de una pulgada o dos, las aguas se tornan de nuevo semitransparentes, sin perder, no obstante, el color rojo sombrío de que he hablado. No contienen mezcla alguna nociva, como en los días del Nilo verde; nunca son más sanas, más deliciosas; jamás calman tanto la sed como durante la inundación. Hay días en que la crecida es más rápida y en que, por consiguiente, la cantidad de limo acarreado excede en el Alto Egipto de la que arrastra cualquier otro río de los que conozco; en más de una ocasión aún, he podido ver que aquella masa era obstáculo sensible a la rapidez de la corriente. Un vaso de agua, que entonces recogí y dejé posarse algún tiempo, me dio lo siguiente: la parte superior del líquido continuó perfectamente opaca y de color de sangre, en tanto un precipitado de barro negro llenaba próximamente la cuarta parte del vaso. Porción considerable de ese limo se deposita antes de que la crecida llegue al Egipto Medio y al Bajo Egipto, donde jamás he visto el agua del Nilo en tal estado.

»No hay quizá, en todo el dominio de la Naturaleza, espectáculo más alegre que el que presenta la crecida del Nilo. Día tras día y noche tras noche, la turbia corriente se arrastra y avanza majestuosamente cubriendo las sedientas arenas de las soledades inmensas. Casi de hora en hora, mientras nosotros remontábamos lentamente el río, oíamos el estruendo producido por la caída de algún dique de barro; veíamos, por el movimiento de toda la Naturaleza animada hacia el lugar en que el ruido acababa de producirse, que el Nilo había franqueado un nuevo obstáculo y que sus aguas agitadas iban a esparcir la vida y la alegría en medio de otro desierto. De todas las impresiones que he recibido, pocas hay cuyo recuerdo me produzca tanto placer como la causada por la vista del Nilo, al invadir por vez primera en su desbordamiento anual uno de los grandes canales. Toda la Naturaleza manifiesta su alegría. Hombres, niños, rebaños de bueyes, saltan en sus frescas aguas, las grandes oleadas arrastran bancos de pescados cuyas escamas lanzan plateados resplandores, mientras que aves de todos colores se reúnen por cima en bandadas. Y aquella fiesta de la Naturaleza no está limitada a los órdenes más elevados de la creación. En el momento en que la arena se humedece al acercarse las aguas fecundantes, se animan literalmente y bullen millones de insectos. La inundación llega a Menfis y al Cairo unos días antes del solsticio de estío; alcanza su mayor altura y empieza a declinar en las cercanías de nuestro equinoccio de otoño. Próximamente en el momento de nuestro solsticio de invierno, el Nilo ha vuelto a descender a su

cauce ordinario y recobrado su color azul claro. Mientras tanto se han hecho las siembras, que acaban próximamente cuando termina la inundación. A la primavera sigue la cosecha, que ya está recogida de ordinario antes de que aparezca el *jamsín* o viento del desierto. El año en Egipto se divide, pues, naturalmente en tres estaciones: cuatro meses de siembra y de desarrollo de las plantas, que corresponden aproximadamente a los nuestros de Noviembre, Diciembre, Enero y Febrero; cuatro de recolección, que pueden de igual modo señalarse, de una manera vaga, asimilándolos a los de nuestro calendario comprendidos entre Marzo y Junio inclusive; los cuatro meses o lunas de la inundación completan el ciclo del año egipcio.»[2]

No conocían los egipcios el origen de su río. En vano sus ejércitos victoriosos le habían remontado durante semanas y meses en persecución de las tribus negras o cusitas. Siempre lo habían visto tan ancho, tan caudaloso, de aspecto tan imponente como era en su patria. Menos era río que mar, y mar era el nombre que ellos le daban[3]. No costaba trabajo a los sacerdotes explicar su origen. Descendía del cielo; era la imagen en la tierra de las aguas de lo alto, sobre las que flotaban las barcas de los dioses; nacía entre Elefantina y Filé, entre las rocas de la catarata, en dos hondonadas insondables que se llamaban las Carati[4]. Sus inundaciones no eran un fenómeno natural: las producían las lágrimas de Isis y debían sus virtudes a esta procedencia divina. A estas leyendas divinas se añadían mil historias maravillosas que andaban en boca del pueblo. Contábase que unos marineros que iban a las minas de Faraón habían acabado, a fuerza de remontar la corriente, por desembocar en el mar desconocido que bañaba el país de Puanit; de igual modo los mercaderes árabes de la Edad Media, creían que podía irse por agua desde el Egipto al país de los indios y al Océano Índico[5]. Aquel mar estaba sembrado de islas misteriosas, semejantes a esas islas encantadas que los marineros portugueses y bretones apercibían a veces en las lejanías del horizonte y que se desvanecían al querer acercarse a ellas. Estaban pobladas por seres fantásticos, crueles en ocasiones con los náufragos, otras hospitalarios. El que de ellas salía, jamás podía volver; las islas se convertían en olas y desaparecían en el seno de las aguas[6].

En otro tiempo toda la región del Egipto conocida con el nombre de Delta, estaba cubierta por el mar; el Mediterráneo bañaba con sus olas la base de la meseta arenosa que dominan las grandes Pirámides, y el Nilo acababa un poco al Norte del emplazamiento en que la ciudad de Menfis floreció más tarde. A la larga los materiales terrosos que trae de Abisinia se depositaron formando bancos de lodo en los bajos de la costa y cegaron parte del golfo; extendiéronse en grandes llanuras cenagosas, divididas por pantanos a través de los cuales las aguas tenían que abrirse camino. Consolidados por los acarreos marítimos, aquellos terrenos nuevos constituyeron un primer Delta, cuya punta llegaba un poco por bajo de Menfis y los extremos cerca de quince leguas más abajo, por los parajes de Atribis. Luego, continuando el río su labor y avanzando siempre los aluviones, la cadena de dunas que bordeaba al Norte aquella primera Delta vio retirarse poco a poco el mar hacia el septentrión y se encontró abandonada en el interior de las tierras, donde sus restos indican todavía en algunos sitios la dirección del antiguo litoral; ya en los comienzos del período histórico, el Nilo había proyectado sus bocas más allá de la línea normal de las orillas circunvecinas. Cerca de la aldea antigua de Kerkasoro, se dividía en tres ramas: la Pelusiaca daba vuelta al NE. y terminaba en los confines del desierto de Siria; la Canópica se dirigía al NO. bañando las últimas vertientes del desierto Líbico; la Sebenítica, corriendo por la prolongación del valle, se dirigía casi recta al Norte

2 Obsurn, *The Monumental History of Egypt*, t. I, págs. 9-14.

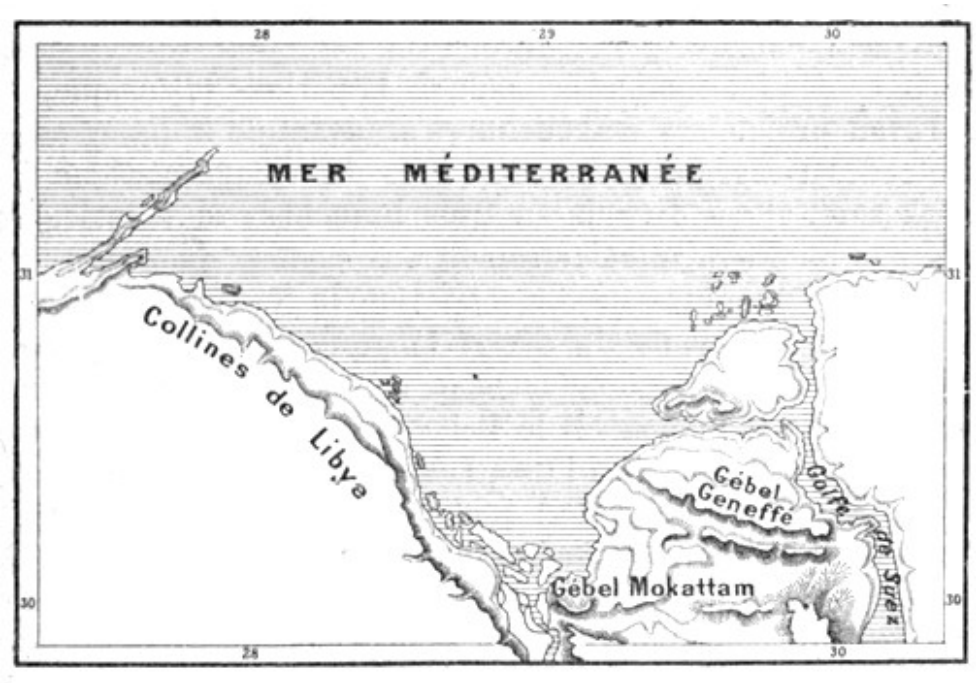
3 Así en el *Cuento de los dos hermanos*, en el que siempre se le llama *iaumá, iam*, el mar.

4 Heródoto, II XXVIII.

5 Quatremère, *Mémoires géographiques sur l'Égypte et sur quelques contrées voisines*, t. II, págs. 181-182, según Masudi.

6 Véase el cuento descubierto en 1880 por M. Golénischeff; Maspero, *Les Contes populaires de l'Égypte ancienne*, págs. LXX-LXXIX, págs. 137-148.

y dividía el Delta por enmedio[7]. Estos tres grandes brazos estaban unidos por una red de canales naturales y artificiales, algunos de los cuales iban a parar directamente al mar y elevaban el número de bocas del Nilo a siete[8] y aún a catorce[9], según las épocas. La llanura triangular que encerraban, de la que cada porción había sido acarreada grano a grano desde el fondo del África, cuenta hoy próximamente 25.000 kilómetros cuadrados de superficie y crece cada año.



Los sacerdotes, que sabían por tradición cómo fue primitivamente su patria, creían poder determinar con certeza el tiempo que había bastado al río para realizar su labor. Contaban a Heródoto que Menes, primero de los reyes de raza humana, había encontrado el Egipto casi enteramente sumergido en las aguas; el mar penetraba hasta más allá de donde estaba Menfis, en plena Heptanómide, y el resto del país, menos el nomo de Tebas, no era más que un pantano insalubre[10]. Se engañaban de modo extraño en sus apreciaciones. El Nilo, sometido a desbordamientos anuales, abandona la mayor parte de los materiales que acarrea en las campiñas ribereñas y se empobrece cada vez más a medida que avanza; llega ya al mar despojado de la gran masa de sus aluviones. Apenas si las playas bajas que se hallan en vías de formación en la desembocadura de las ramas Canópica y Sebenítica aumentan, un año con otro, la una 14 hectáreas, la otra 16; es un promedio de un metro de avance anual para todo el frente del Delta. Apoyándose en estos datos, se ha podido calcular que, en las condiciones actuales, habría necesitado próximamente el Nilo setecientos cuarenta siglos para llenar su estuario. Sin aceptar en modo alguno esta cifra cuya exageración parece evidente, porque el avance de los acarreos era más rápido en otro tiempo que lo es hoy en aquellas comarcas, no será menos obligado deducir que los sacerdotes no sospechaban casi la antigüedad relativa de la comarca. El Delta existía hacía ya mucho tiempo al advenimiento de Menes; quizá aún estaba terminada su formación en la época en que la raza egipcia puso el pie por vez primera en el valle que vino a ser su morada.

No solamente el Nilo ha creado el suelo del Egipto, sino que ha determinado su aspecto general y el género de sus producciones. Un valle que ha salido por entero del seno de las aguas y

7 Heródoto, II, XVII.

8 Heródoto, II, XVII; Escilax, *Peripl.*, § 106; Estrabón, XVII.

9 Plinio, *Hist. nat.* V, 10.

10 Heródoto, II, IV.

que cada año se ve de nuevo invadido por ellas, no puede alimentar más que un número bastante limitado de especies vegetales. El sicomoro y varias especies de acacias y de mimosas crecen en Egipto; el granado, el tamarindo, el albaricoquero, la higuera, adornaban los jardines, y la presencia del persea en los monumentos de la duodécima dinastía, nos prueba que Diodoro incurrió en error atribuyendo al persa Cambises el mérito de haber sido el primero que introdujo este árbol[11]. Dos especies de palmera, la datilera y la *dum*[12], se producen casi espontáneamente; pero ninguna de nuestras grandes especies europeas se ha aclimatado en la parte frecuentada por los antiguos. Por lo demás, las plantas acuáticas crecían en Egipto con extraordinaria exuberancia y le daban un aspecto característico. No se encontraban, en general, en los ribazos del Nilo, donde la profundidad de las aguas y la fuerza de la corriente no las permitía crecer tranquilas; pero los canales, los estanques, las charcas que la inundación deja estaban literalmente cubiertos de ellas. Dos especies sobre todo, el papiro y el loto, son célebres en Europa a causa del papel que desempeñan en la historia, la religión, la literatura sagrada o profana del Egipto. El papiro crecía preferentemente en las tranquilas corrientes del Delta y vino a ser el emblema místico de aquella región; el loto, por el contrario, fue elegido como símbolo de la Tebaida. Los antiguos confundían bajo este nombre individuos pertenecientes a especies de ninfeas distintas. Dos de ellas, el loto blanco y el loto azul, tienen frutos bastante parecidos en su forma a los de la adormidera; sus cápsulas contienen semillas pequeñas del tamaño de un grano de mijo. La tercera especie, el Nymphaea nelumbo o nénufar rosado, está descrito con mucha exactitud en Heródoto: «Produce un fruto que va en otro tallo distinto al que sostiene la flor y que sale directamente de la raíz; semeja por su forma los panales de cera de las abejas» o, más prosáicamente, una roseta de regadera. «Tiene en la parte superior veinte o treinta cavidades, cada una de las cuales contiene una semilla del tamaño de un hueso de aceituna, que gusta comer fresca o seca»[13]. Es lo que los antiguos llamaban haba de Egipto[14]. «Se cosechan igualmente, añade el historiador, los brotes anuales del papiro. Después de haberlos quitado de las charcas, se cortan las cabezas, que se tiran, y lo que queda tiene sobre poco más o menos un codo de largo. Se come y se vende por las calles; no obstante, las personas de gusto delicado sólo lo comen asado al horno»[15]. Aquel «pan de lirio» era una golosina apetecida y figuraba en las mesas reales[16]; pero, diga lo que quiera Heródoto[17], el alimento ordinario del pueblo era el trigo y las distintas especies de cereales, el trigo candeal, la cebada, el sorgo, el *olyra* (*Triticum spelta*) y la *zea* (*Triticum monococum*), que el suelo de Egipto produce en abundancia. La arveja, el altramuz, el haba, el guisante, la lenteja, varias especies de ricino, crecían naturalmente en los campos. La viña se desarrollaba maravillosamente en ciertos cantones del Delta o de la Heptanómide; el olivo escaseaba y estaba limitado a algunos distritos[18].

Dos por lo menos de las especies que al presente viven a orillas del Nilo, el caballo y el camello[19], no están representadas en los monumentos de las más antiguas dinastías y parecen no

---

11 Diodoro, I, 34.

12 Acerca de una tercera especie muy rara, mencionada en algunos documentos, véase Loret, *Recueil de travaux relatifs a la Philologie et a l'Archéologie égyptiennes et assyriennes*, t. III, págs. 21 y siguientes.

13 Heródoto, II. XCII.

14 Diodoro, I, 34.

15 Heródoto, II, XXXVI.

16 *Papyrus Anastasi* IV, hoja XIV, 1, 1.

17 Heródoto, II, XXXVI.

18 Estrabón, XVII, 1. El Museo del Cairo posee un verdadero herbario egipcio antiguo, hecho por Schweinfurth con las flores, las semillas y los tallos descubiertos en las tumbas. Véase Schweinfurth, *La Flore de l'ancienne Égypte*, en el *Bulletin de l'Institut égyptien*, 1882, y la *Revue scientifique*, nº del 21 de Julio de 1883.

19 Fr. Lenormant, *Sur l'antiquité de l'Ane et du Cheval*, pág. 2; Lefébure, *Sur l'ancienneté du Cheval en Égypte*, en *Annuaire de la Faculté des Lettres de Lyon*. Año II, págs. 1-11, admite que el caballo era conocido en Egipto en la época de la duodécima dinastía y muy probablemente en los tiempos anteriores. El camello parece no haber sido introducido sino en la época romana.

haber sido introducidas hasta mucho después de la fundación del reino. En cambio, los egipcios poseían varias razas de bueyes de cuernos largos, análogos a los bueyes de Dongola, algunas variedades de carneros, de cabras y de perros, el perro-zorro de piel leonada, de afilado hocico, de puntiagudas orejas, de cola gruesa, el *slugui* o gran lebrel africano de orejas largas y tiesas, el faldero, el perro parecido a la hiena[20]. El asno, de origen africano, conservó en aquel clima favorable las bellas formas y el vigor que no tiene nuestro borriquillo de Europa[21]. Al lado de las especies domésticas, los primeros emigrantes encontraron la liebre de largas orejas, el *icneumon*, innumerable cantidad de orix, de aubalos, gacelas, *defasas*, antílopes de la Nubia, otros con astas en forma de lira que domesticaron a medias[22]; luego animales más temibles, el gato montés, el lobo, el chacal, el zorro, la hiena rayada o con pintas, el leopardo, el guepardo, el león por último[23], que combatieron sin descanso y que echaron al desierto[24]. Dos monstruos anfibios, el cocodrilo y el hipopótamo, vivían en las orillas del Nilo y hacían peligrosa la aproximación de hombres y de animales al río. Los hipopótamos, bastante numerosos en la época de los primeros reyes, disminuyeron mucho gracias a las persecuciones encarnizadas de que fueron objeto, y se retiraron a los pantanos del Egipto inferior; algunos individuos de su especie subsistían allí todavía a mediados del siglo XII de nuestra era. El cocodrilo, adorado y protegido en ciertos nomos, execrado y perseguido en otros, se ha mantenido hasta nuestros días. «Cuando pasó por delante de Qéneh, Champollion vio hasta 14 cocodrilos reunidos en *conciliábulo* en un islote. Si ahora no tiene tan buena suerte ningún viajero, es porque el cocodrilo retrocede cada vez más hacia el Sur ante las armas de fuego y el movimiento que en el río producen los buques de vapor, y muy pronto el Nilo hasta Assuan ya no los conocerá más que por tradición.»[25]

Posee el Egipto gran cantidad de aves, el águila, el milano, el gavilán, el halcón, el buitre, la corneja cenicienta, la urraca, la paloma, la tórtola, la perdiz, el gorrión. Los ibis blancos y negros, los pelícanos, el cuervo marino, el ganso, el pato frecuentan los bajos y cubren los islotes del río con sus variedades infinitas. El ganso y el pato, domesticados desde la más remota antigüedad, llenaban los corrales de los súbditos de Menes y sustituían al pollo, todavía muy escaso[26]. Los brazos y los canales del Delta son literalmente un hormiguero de peces, la mayor parte de buena comida, «el salmonete de las marismas de Pelusa (?), cebado con loto, el mujol manchado de los estanques artificiales, el mujol corriente mezclado con las *fahaka*[27], el oxirrinco de puntiaguda boca, el torpedo, la gran tortuga de agua dulce. La naturaleza parece haber inventado el *fahaka* en un momento de buen humor. Es un pez largo que tiene la propiedad de hincharse cuando quiere. Cuando se hincha demasiado y lo vence el peso de los lomos, da la vuelta y se deja llevar de la corriente, la tripa al aire y todo lleno de espinas que le hacen parecer un erizo. En el momento de la inundación, la crecida le deja al retirarse en los campos fangosos y allí es presa de las aves y de los hombres, o sirve de distracción a los niños. Las bocas del Nilo son frecuentadas por gran número de peces marinos que vienen a desovar en agua dulce y por otros de agua dulce que descienden a depositar sus crías en pleno mar.

---

20 Fr. Lenormant, *Sur les animaux employés par les anciens Égyptiens a la chasse et a la guerre*, págs. 2-3.

21 Fr. Lenormant, *Sur l'antiquité de l'Ane et du Cheval*, pág. 2.

22 Fr. Lenormant, *Notes d'un voyage en Égypte*; página 17.

23 Hartmann, *Zeitschrift für Ægyptische Sprache*, 1864-1865.

24 Era uno de los deberes de los reyes perseguir y acabar con las fieras. Un hecho mostrará lo concienzudamente que lo cumplían. Amenotés III mató 200 leones en los diez primeros años de su reinado.

25 Mariette, *Itinéraire des Invités*, pág. 175. La predicción de Mariette se ha realizado por completo; ya no hay en el día cocodrilos al Norte de Assuan.

26 Brugsch, *Egyptische Gräberwelt*, pág. 14, afirma que el pollo era desconocido en las épocas antiguas. No obstante, dos pollos hay representados en Beni-Hassan (Champollion, *Notices*, t. II, pág. 387).

27 *Papyrus Anastasi III*, hoja II, 1. 6-7. Véase Maspero, *Du Genre épistolaire*, págs. 104 y siguientes.

Así, todo el Egipto se rige por el Nilo: el suelo, sus producciones, la clase de animales que lo habitan y las aves que alimenta. Los egipcios lo comprendían mejor que nadie y mostrábanse agradecidos; tenían a su río por un dios, al cual llamaban Hapi y cuya bondad no se cansaban de celebrar. «Salve, oh Nilo, tú que te manifiestas en este mundo y que vienes en son de paz-para dar la vida al Egipto; tú que ocultas tu paso entre tinieblas el día mismo en que se canta tu paso, corriente que te esparces sobre los vergeles que ha creado el sol, para dar vida a todo lo que tiene sed, pero que te niegas a quitársela al desierto con la inundación de los cielos; en cuanto desciendes, Gabú, el dios del suelo, se enamora de los panes, Napri ofrece los granos, Ptah hace prosperar toda industria. Señor de los peces, tan pronto, como has franqueado la catarata, ningún pájaro invade ya los campos; creador del trigo, productor de la cebada, perpetua la existencia de los templos. ¿Dejan sus manos de trabajar o padece? Entonces los millones de seres caen en la miseria. ¿Disminuye en el cielo? Entonces los dioses mismos y los hombres perecen, los rebaños andan locos, la tierra entera, grandes y pequeños, sufren tormento. Si, por el contrario, los ruegos de los hombres se ven satisfechos por su crecida y se trasforma para ellos en Khnumú, el dios creador, en cuanto se levanta, la tierra se estremece de alegría, todos los vientres se regocijan, la risa levanta todas las espaldas, todos los dientes trabajan. ¡Oh tú que traes las provisiones y que eres rico en alimentos, creador de todas las buenas cosas, dueño de todas las simientes de vida, agradable a todos sus elegidos, si viene en su lugar, produce el forraje para las bestias, provee a los sacrificios de los dioses, y mejor que todo es el incienso que de él viene; se apodera de las dos comarcas, y los graneros están llenos, los almacenes colmados, los bienes de los pobres se multiplican. Hace feliz a cada cual conforme a su deseo, sin negar nunca nada; hacer ser los navíos es su fuerte. No se esculpe la piedra para él, como tampoco las estatuas en que se coloca la doble corona; no se le ve ningún tributo, ninguna ofrenda se le lleva; no se le atrae con palabras misteriosas, se ignora el lugar en que está, y no se encuentra su retiro por alguna virtud de libros mágicos; ninguna casa es bastante ancha para ti y no hay nadie que penetre en tu corazón! No obstante, las generaciones de tus hijos se regocijan contigo, porque reinas como un rey cuyos decretos están determinados por la tierra entera, que se manifiesta en presencia de los pueblos del Norte y del Sur, por el que son bebidos los llantos de todos los ojos, y que prodiga la abundancia de sus bienes.»[28]

Origen de los egipcios: los nomos.

Los egipcios parecen haber perdido muy pronto el recuerdo de su origen. ¿Venían del centro de África o del interior de Asia? Según el testimonio casi unánime de los historiadores antiguos, pertenecían a una raza africana que, establecida en un principio en Etiopía, en el Nilo Medio, habría descendido gradualmente hacia el mar siguiendo el curso del río. Apoyábanse, para demostrarlo, en las analogías evidentes que las costumbres y la religión del reino de Meroé presentaban con las costumbres y la religión de los egipcios propiamente dichos[29]. Se sabe hoy, sin duda alguna, que la Etiopía, al menos la que los griegos conocieron, lejos de haber colonizado a Egipto al principio de la historia, fue colonizada por él a partir de la duodécima dinastía y que estuvo comprendida durante siglos en el reino de los Faraones. Por otra parte, la Biblia afirma que Misraim, hijo de Cam, hermano de Cush el etíope y de Canaan, vino de Mesopotamia para establecerse en las orillas del Nilo con sus hijos[30]. Ludim, el mayor de ellos, personifica a los egipcios propiamente dichos, los Rotú o Romitú de las inscripciones jeroglíficas. Anamim representa bastante bien la gran tribu de los Anú, que fundó Onú del Norte (Heliópolis) y Onú del Sur (Hermonthis) en los tiempos antehistóricos. Lehabim es el pueblo de los libios que viven al Occidente del Nilo. Naphtuhim (*No-Ptah*) se estableció en el Delta, al Norte de Menfis; finalmente, Patrusim (*Patorisi*, la tierra del

28 *Papyrus Sallier II*, hoja XI, I, 6.

29 Diodoro de Sicilia, 1, III, c. 8.

30 *Génesis*, cap. X, V, 3-6.

Mediodía) habitó el Said actual, entre Menfis y la primera catarata[31]. Esta tradición, que conduce a los egipcios del Asia por el istmo de Suez, no era desconocida de los autores clásicos, porque Plinio el Viejo atribuye a unos árabes la fundación de Heliópolis[32]; pero no fue nunca tan popular como la que los hace proceder de las altas mesetas de la Etiopía.

En nuestros días, la procedencia y las afinidades etnográficas de la población han dado materia para largas discusiones. En primer lugar, los viajeros del siglo XVII y del XVIII, engañados por el aspecto de ciertos coptos degenerados, aseguraron que sus predecesores de la época faraónica tenían la cara ancha, los ojos muy altos, la nariz aplastada, los labios abultados y que presentaban varios de los rasgos característicos de la raza negra. Este error, vulgar todavía a principios del siglo, se desvaneció para no repetirse desde que la Comisión francesa hubo publicado su obra monumental. Examinando las innumerables reproducciones de estatuas y de bajorrelieves de que está llena, se reconoció que el pueblo representado en los monumentos, lejos de ofrecer las particularidades o el aspecto general del negro, tenía la mayor analogía con las bellas razas blancas de Europa y del Asia Occidental. Hoy, después de un siglo de estudios y de excavaciones, no tenemos ya dificultad en evocar ante nosotros, no diré al contemporáneo de Psamético y de Sesostris, sino al de Keops, que contribuyó, por su parte, a la construcción de las Pirámides. Basta para ello entrar en un museo y examinar las estatuas de estilo arcaico que allí se ven reunidas. A la primera ojeada se comprende que el artista ha tratado, al reproducir la cabeza y los miembros, de hacerlo exactamente según el modelo; luego, cuando se prescinde de las particularidades propias de cada individuo, se inducen sin esfuerzo los caracteres generales y los tipos principales de la raza. Uno de ellos, rechoncho y de tipo pesado, corresponde muy bien a uno de los tipos que prevalecen en los *felahs* actuales. Otro, el que distinguía a los miembros de las clases altas, nos muestra un individuo alto, delgado, airoso. Tenía los hombros anchos y robustos, los pectorales salientes, los brazos musculosos, redondeados, terminados por una mano fina; la cadera bastante poco desarrollada, la pierna seca; los pormenores anatómicos de la rodilla y los músculos de la pantorrilla están bastante acusados, como ocurre en la mayor parte de los pueblos andarines; los pies son largos, delgados, aplastados en las puntas por la costumbre de ir descalzos. La cabeza, con frecuencia demasiado pesada con relación al cuerpo, reviste de ordinario una expresión de dulzura y aún de tristeza instintiva. La frente es cuadrada, quizá un poco reducida; la nariz corta y abultada; los ojos grandes y muy abiertos; los carrillos redondos; los labios gruesos, pero no vueltos; la boca, un tanto grande, conserva una sonrisa resignada y casi dolorosa. Estos rasgos, comunes a casi todas las estatuas del Antiguo y del Medio Imperio, se perpetúan en todas las épocas. Los monumentos de la decimoctava dinastía, las esculturas saítas y griegas, tan inferiores en belleza artística a las de las antiguas dinastías, se trasmiten sin alteración notable el tipo primitivo. Hoy, aun cuando las clases superiores se hayan desfigurado por repetidas uniones con los extranjeros, los aldeanos han conservado casi en todas partes el aspecto de sus predecesores, y hay *felah* que contempla con admiración las estatuas de Kefrén o los colosos de Usirtasen, y que ostenta por el Cairo, a más de cuatro mil años de distancia, la fisonomía de aquellos antiquísimos Faraones[33].

Si el tipo de la población está bien definido, el origen de los elementos que la forman no por eso es menos oscuro. La mayoría de los filólogos contemporáneos han situado su cuna en el Asia occidental[34], pero sin poderse poner de acuerdo acerca del camino que habrían seguido para entrar

---

31 E. de Rougé, *Recherches sur les monuments qu'on peut attribuer aux six premières dynasties de Manéthon*, págs. 4-8; Ebers, *Egypten und die Bücher Moses*, págs. 54 y. sig.

32 Plinio, *H. N.*, l. VI, c. XXIX.

33 Una de las más hermosas estatuas de madera del Museo del Cairo ha sido denominada el *Seik-el-Beled*, porque es punto por punto la imagen del Seik-el-Beled de Saqqarah en el momento de ser descubierta. Se verán reproducidos en O. Rayet, *Les Monuments de l'art antique*, algunos de los monumentos en que el tipo egipcio está mejor caracterizado.

34 Esta opinión han manifestado la mayor parte de los egiptólogos contemporáneos, Brugsch, Ebers, Lauth, Lieblein, Erman, Sethe, Steindorff, siguiendo a E. de Rougé. *Recherches sur les monuments qu'on peut attribuer aux six*

en África. Algunos piensan que siguieron el más corto, el del istmo de Suez[35], pero otros les atribuyen viajes más largos e itinerarios más complicados; los inmigrantes habrían pasado el estrecho de Bab-el-Mandeb y las montañas de Abisinia, luego habrían descendido el Nilo y se habrían instalado entre la primera catarata y el mar[36]. La hipótesis de un origen puramente asiático da lugar a dificultades considerables, porque desde el punto de vista anatómico, la masa de la población nos ofrece todos los caracteres de las naciones blancas que se establecieron desde la más remota antigüedad en las vertientes mediterráneas del continente líbico, y que quizá vinieron de la Europa meridional. Se habrían introducido en el valle por el Oeste o por el Sudoeste[37]. Algunos, finalmente, asignan por cuna a los egipcios el centro de África[38]. Habrían encontrado en su nueva patria una raza negra[39] y recibieron más tarde, con seguridad, aumentos de pueblos asiáticos, que se introdujeron por el desierto hasta las marismas del Delta. Sea lo que quiera lo que deba pensarse de estas teorías, lo cierto es que los distintos antepasados de los egipcios que conocemos, apenas llegados a las orillas del Nilo, fueron conquistados inmediatamente por el país y asimilados, como siempre ha ocurrido con todos los extranjeros que lo ocuparon. En el momento en que su historia empieza para nosotros, cinco o seis mil años antes de nuestra era, estaban todos confundidos en un solo pueblo, que poseía una civilización uniforme y que hablaba una misma lengua de un extremo a otro de la comarca.

Esta lengua parece pertenecer a la misma familia que el bereber y sus dialectos o que los idiomas poco estudiados de que se sirven todavía varias tribus del desierto egipcio y del Sudán; se han señalado efectivamente en ella formales analogías con el bereber[40] y también con el grupo de lenguas denominadas semíticas. No solamente gran número de sus raíces pertenecen al tipo hebreo-arameo, sino que su estructura gramatical se presta a numerosas comparaciones con el hebreo y el siriaco. Uno de los tiempos de la conjugación, el más simple y primitivo de todos, está formado con pronombres sufijos idénticos a los de los semitas[41]. Los pronombres sufijos e independientes, son expresados por las mismas raíces y desempeñan el mismo papel en egipcio y en las lenguas semíticas[42]. Sin extendernos en estas comparaciones, algunas de las cuales dan todavía lugar a dudas, podemos desde ahora afirmar que la mayor parte de los procedimientos gramaticales puestos en práctica por las lenguas semíticas se encuentran en el egipcio en estado rudimentario. Así el egipcio y las lenguas semíticas, después de haber formado parte del mismo grupo, se han separado muy pronto en una época en que su sistema gramatical estaba aún en vías de formación. Desunidos y sometidos a influjos diversos, trataron desde entonces de manera muy distinta los elementos que poseían en común. Mientras que el egipcio y los demás idiomas que podrían denominarse proto-semíticos se detenían en su desarrollo, las lenguas semíticas propiamente dichas continuaban el

---

premières dynasties, págs. 1-11. El asiriólogo Hommel ha llevado esta tesis al extremo, y ha sostenido, en su trabajo sobre *Der Babylonische Ursprung der Ægyptischen Kultur*, 1892, que el conjunto de la civilización y de la religión egipcias deriva de la civilización y de los cultos caldeos, principalmente de los cultos de Eridú.

35 E. de Rougé, *Recherches*, pág. 4; Brugsch, *Geschichte Egyptens*, pág. 8; Wiedemann, *Ægyptische Geschichte*, páginas 21 y siguientes.

36 Ebers, *Egypten und die Bücher Moses*, pág. 41; Dümichen, *Geschichte des Alten Ægypten*, págs. 118 y 119; Brugsch, *Egyptische Beiträge*, en la *Deutsche Revue*, 1881, pág. 41. Explicaciones más complicadas, y de que puede prescindirse por el momento, han sido propuestas por Lieblein y por Petrie.

37 Es la teoría que prefieren los naturalistas y los antropólogos, tales como Hartmann, Morton, Hamy, y que recientemente ha sido desarrollada muy al pormenor por Sergi.

38 Lortet, *La Faune momifiée de l'ancienne Égypte*, págs. 70 y 71.

39 Lepsius, *Ueber die Annahme*, en la *Zeitschrift*, 1870, págs. 90 y siguientes.

40 Es la opinión que he sostenido, así como Rochemonteix, y que me reservo desarrollar en otro lugar.

41 Benfey, *Ueber dus Verhältniss der Ægyptischen Sprachen zum semitischen Sprachstamm*, Leipzig, 1884: esta teoría ha sido renovada por Erman y por sus principales discípulos, Steindorff y Sethe, para los cuales el egipcio no es más que una lengua semítica gastada y deformada en muchos lugares por larga práctica.

42 Maspero, *Mémoires de la Société de Linguistique de Paris*, t. II, páginas 1 a 8.

suyo durante largos siglos, antes de llegar a la forma en que hoy las vemos; «de suerte que si hay relación de origen evidente entre el idioma del Egipto y los del Asia, esta relación es, no obstante, bastante lejana para conservar al pueblo que nos ocupa una fisonomía distinta.»[43]

En el momento en que las tribus de lengua proto-semítica bajaron a Egipto, el país debía ofrecer la imagen de la desolación. El río, abandonado a su antojo, variaba constantemente de lecho. Jamás llegaba en sus desbordamientos a ciertos rincones del valle, que eran, por tanto, improductivos; en otras partes, al contrario, permanecía con tanta persistencia que trocaba el suelo en pestilentes pantanos. El Delta, medio cubierta por las aguas dulces, era una inmensa marisma sembrada de algunas islas arenosas y cubierta de papiros, de lotos, de cañaverales enormes, a través de los cuales los brazos del Nilo se abrían perezosamente un paso que variaba sin cesar. En las dos orillas, el desierto invadía todo lo que no cubría cada año la inundación: se pasaba sin transición de la vegetación desordenada de los fangales de los trópicos a la aridez más absoluta. Poco a poco los recién llegados aprendieron a regular el río, a ponerle diques, a llevar mediante canales la fertilidad hasta los más escondidos repliegues del territorio. El Egipto salió del barro y vino a ser en manos del hombre una de las comarcas más adecuadas para el desarrollo pacífico de una gran civilización.

El período de formación del suelo y de la nación duró largo tiempo, miles de años al decir de los mismos antiguos, entre tres y cuatro mil según los cálculos más moderados de los sabios contemporáneos. Descubrimientos modernos nos han dado a conocer las construcciones de aquellos primitivos egipcios, y sabemos cómo eran sus casas, sus tumbas, los instrumentos y las armas de que se servían. Habitaban en chozas bajas, construidas con tierra apisonada o con adobes, que no constaban más que de una habitación cuadrada o rectangular sin otro hueco que la puerta; sólo los ricos las tenían bastante grandes para que fuera preciso sostener el techo mediante una o dos columnas. El mobiliario no suponía más que vajilla de barro, hecha a mano, cuchillos y raspadores de pedernal, pleitas de caña y de paja trenzada, dos piedras llanas para moler el grano, unos cuantos escabeles, algunos cofres, y cabeceras de madera a guisa de almohadas para dormir. La vajilla ordinaria era pesada y casi nunca llevaba adornos. Frecuentemente tiene dos colores: el vaso es de un barro rojo brillante pulido con piedra, en tanto el fondo y el cuello son de un negro más brillante que el rojo. Con más frecuencia la tapadera es de un amarillo uniforme sobre el que aparecen en trazos encarnados flores, palmeras, avestruces, gacelas, barcos mezclados con líneas onduladas. Los hombres iban casi desnudos, excepto los de clase noble, que llevaban una piel de pantera echada al hombro o rodeada a la cintura a guisa de taparrabo. Se untaban el cuerpo con aceite o con grasa, y se tatuaban en parte la faz y el rostro: más tarde este género de adorno no se conservó más que entre las gentes de la clase baja, pero se conservó la costumbre de pintarse la cara y de ennegrecer con *kohol* el borde de los párpados y de las cejas. Se sustituyó muy pronto la peluca negra o azul por el pelo natural, y los jefes militares o eclesiásticos se colocaron sobre la frente plumas de avestruz para distinguirse de sus subordinados. Más tarde, el taparrabos de tela blanca de hilo sustituyó a la piel de animal, que no quedó más que cual distintivo de los sacerdotes o de los príncipes; un manto largo de hilo tapaba todo el vestido cuando se salía de casa. El vestido de las mujeres no era mucho más complicado que el de los hombres; consistía principalmente en una falda estrecha de hilo, sostenida en los hombros con dos tirantes y que, saliendo de debajo de la garganta, no llegaba enteramente al tobillo. Brazaletes y collares de pedernal, de marfil, de conchas, completaban el tocado. Los hombres iban armados con rompe-cabezas y espadas de madera o de hueso de forma varia, arcos, flechas y lanzas, provistas de puntas de pedernal o de hueso; como armas arrojadizas usaban la honda y el bumerang. Mucho tiempo antes de los comienzos de la historia, los metales se habían asociado a la piedra para las armas y para los instrumentos, y se había visto el cobre, luego el bronce y por último el hierro ser de uso común en todas las clases sociales. Las armas de madera y de piedra, mazas, flechas, rompe-cabezas, no sirvieron más que para la caza o sólo fueron

43 E. de Rouge, *Recherches*, pág. 3; véase Hommel, *Die Semitischen Völker und Sprachen*, t. I, págs. 94 y siguientes, 439 y siguientes.

conservadas por la nobleza o el clero como emblemas de la autoridad o como instrumentos rituales. La pesca y la caza proveían de parte importante de la alimentación; caza con lazo o a la bola de los búfalos y de las especies de gacelas de orix y cabras que vagaban por los terrenos pantanosos o por la montaña; no obstante, se cultivaban ya el trigo, la cebada y el mijo, y el asno, el carnero, la cabra, el buey, el cerdo habían sido domesticados. Los egipcios de los tiempos anteriores a la historia poseían la mayor parte de los instrumentos agrícolas, industriales y guerreros que vemos representados en los monumentos de la época histórica[44].

Por tanto, a estas generaciones tan poco conocidas corresponde la gloria de haber fundado la constitución y la civilización del Egipto. El recuerdo preciso de su modo de vivir se borró muy pronto, y los cronistas de la época faraónica, con esa sencillez instintiva que incita a los pueblos a buscar la perfección en el pasado, habían llegado a considerar bastante pronto a sus antepasados semi-salvajes como hombres piadosos, afectos al culto de Horus y que hacían una vida feliz obedeciendo directamente a los dioses. Primeramente separados en clanes independientes, aquellos *servidores de Horus —Shamsu-Horu*[45]— se habrían reunido en grupos para fundar, a lo largo del Nilo, pequeños Estados, cada uno de los cuales ponía en práctica sus leyes y su culto. Con el tiempo aquellos Estados se fusionaron unos en otros; ya no quedaron más que dos grandes principados: el Bajo Egipto (*To-muri*) o país del Norte (*To-méhi*) en el Delta, el Alto Egipto o país del Sur (*To-résí)* desde la punta del Delta hasta la primera catarata. La reunión bajo un mismo cetro constituyó el patrimonio de los Faraones o *país de Kimit*, pero no borró la división primitiva: los pequeños Estados vinieron a ser provincias y fueron el origen de las circunscripciones administrativas que los griegos han llamado *nomos*. Se componían éstos de una o de varias ciudades y de un territorio bastante reducido[46]. Admitían cada uno varias subdivisiones: 1º la capital (*nuit*) y sus alrededores, residencia de la administración civil y militar, centro de la religión provincial; 2º las tierras de producción (*onú*), cultivadas para cereales y fecundadas anualmente por la inundación; 3º las tierras pantanosas (*pah'u*) en que las inundaciones del río dejaban charcas demasiado hondas para ser fácilmente desecadas; se las dedicaba a pastos cuando era posible, en ellas se cultivaba el loto y el papiro, o se criaban en grandes proporciones aves acuáticas; 4º, finalmente, los canales derivados del Nilo para las necesidades de la agricultura y de la navegación[47]. Al frente de la administración civil, militar y religiosa figuraban príncipes hereditarios (*hak* o *haiti*), que en ciertas épocas constituyeron un verdadero feudalismo, en otras fueron sustituidos por nomarcas nombrados directamente por el rey[48]. La autoridad religiosa se ejercía bajo la vigilancia del príncipe o del nomarca, por el gran sacerdote del templo, cuya dignidad era unas veces electiva, otras hereditaria. Los habitantes del nomo pagaban al rey y a sus funcionarios una contribución en especie proporcional a la riqueza, y cuyo reparto exigía frecuentes censos y catastros. Estaban sujetos a una especie de quintas para el servicio militar y a la prestación personal para ejecutar todos los trabajos de utilidad pública, tratárase de restaurar un templo, de levantar una fortaleza, de abrir un camino, de construir un dique o de abrir un canal.

---

44 Este cuadro de la más antigua civilización conocida resulta en parte del estudio hecho por Maspero de los jeroglíficos y de los hábitos del Egipto faraónico, en parte de las excavaciones realizadas desde hace diez años en los cementerios prehistóricos del país. Se encontrarán cuantos datos puedan desearse acerca del particular en los dos libros de M. Morgan, *L'âge de la pierre en Égypte* y *Ethnographie préhistorique*.

45 Lepsius, *Denkm*., III, 5, a; Dümichen, *Bauurkunde der Tempelanlagen von Denderah*, pl. XVI; véase E. de Rouge, *Recherches sur les monuments qu'on peut attribuer aur six primières dynasties de Manéthon*, pág. 12, nota 1, págs. 165 y siguientes.

46 Brugsch, *Geographische Inschriften*, t. I, págs. 93 y siguientes.

47 Jacques de Rougé, *Textes géographiques du temple d'Edfou*, página 29.

48 Lepsius, *Deukmæler*, II, pl. 124-125. Véase Brugsch, *G. Inschriften*, t. I, págs. 111-116; Maspero, *Une enquête judiciaire a Thèbes*, pág. 9, nota I

El número de nomos varió según los tiempos. La mayor parte de los historiadores antiguos cuentan treinta y seis[49]; las listas egipcias mencionan a veces cuarenta y cuatro, veintidós en el Egipto superior y otras tantas en el inferior[50]. El más meridional de ellos se llamaba To-Khentit y confinaba con la Nubia. La capital era Abú, la Elefantina de los griegos, y más tarde, en tiempo de los romanos, Nubit, Ombos. Comprendía, con la ciudad de Suanú (Siena), las dos islas célebres de Senomult (Bigéh) y de Lak (Ailak, Pilak, Filé), que sirvieron de refugio a los últimos paganos de Egipto contra las persecuciones cristianas. Venían luego el nomo de Tas-Horú (Apollonites) con Dobú (Apollinópolis Magna, Edfú) y Khonú (Silsilis) y el de Ten (Latopolitées). La metrópoli de este último fue primeramente Nekhabit, que Champollión identificó con la ciudad griega Eilitia. El nombre de Nekhabit va unido a los hechos más importantes de la historia de Egipto. En tiempo de la décima séptima dinastía, cuando los reyes Pastores dominaban en el Delta, los príncipes independientes del Sur habían hecho de aquella ciudad una de sus avanzadas y a veces su capital. El gobierno de la misma estaba confiado a un príncipe de la familia real, que adoptaba el título de *Real hijo de Nekhabit.* Más tarde, en la época greco-romana, Nekhabit, decaída de su esplendor, cedió el lugar preeminente a Sanit (Latopolis), la moderna Esnéh[51].

Al salir del nomo de Ten se entraba en el de Uisit, el Fatírites de los griegos, en donde brillaba Apit, Tapit, la Tebas de las cien puertas de Homero, la morada de Amonrá, rey de los dioses y creador del mundo (Pa-Amón, Dióspolis Magna). Su origen se perdía en la oscuridad de los tiempos: las tradiciones nacionales hacían de ella la patria terrenal de Osiris[52] y la residencia de una de las dinastías humanas anteriores a las dinastías históricas. En la época de su prosperidad se extendía por ambas orillas del río, desde el pie de la cadena Líbica al de la Arábiga. Capital del Egipto en los tiempos de nueve dinastías consecutivas, desde la undécima a la vigésima, luego despojada de su soberanía a partir de la veintiuna, tomada y saqueada sucesivamente por los etíopes, los asirios y los persas, fue destruida por Ptolomeo Latiro y medio derribada por un temblor de tierra el año 27 antes de J. C. Sobre sus ruinas se levantaron gran número de aldeas de poco valer[53] que subsisten hoy todavía con nombres árabes: El-Aqsorain (Luxor) y Karnak, en la orilla derecha; Gurnah, Medinet-Habú, Deir-elBahari, en la orilla izquierda. A partir de esta época, la capital del nomo fue Onú del Mediodía o Hermontú (Hermontis), cuya fundación se remontaba a las edades antehistóricas[54].

Al Norte de Tebas se encontraban, uno detrás de otro, en la orilla derecha del río, el nomo de Haruí (Coptites) con Qubtí (Coptos), una de las fortalezas y uno de los mercados de más fama en el Alto Egipto; en la orilla izquierda, el nomo de Tentirites con Taririt (Tentiris, Denderah); en las dos orillas, el nomo de Hasekhokh (Diospolites) y el Tinites, cuya metrópoli, después de haber sido Tini, fue más tarde Abudú (Abydos), una de las más ilustres entre las ciudades egipcias. Estrabón, que la visitó cuando estaba en total decadencia, refiere que antes ocupaba el segundo lugar[55], y realmente, después de Tebas, no conozco ciudad que se mencione con más frecuencia en monumentos de toda especie. No porque fuera vasta o estuviera muy poblada; encerrada entre el desierto y un canal derivado del Nilo, ocupaba, entre las aldeas modernas de El Kharbeh y Harabat-el-Madfuneh, una faja estrecha de tierra y nunca pudo desplegarse cómodamente. Como ciudad santa era universalmente respetada. Sus santuarios eran célebres, su dios Osiris venerado, sus fiestas observadas por todo el Egipto; las gentes ricas de los otros nomos tenían a gala poder erigirse una

---

49 Diodoro, I, 44; Estrabón, l. XVII, c. I; Plinio (*H. N.*, V, 9, 9), menciona cuarenta y tres, y Ptolomeo (IV, 5) cuarenta y siete.

50 Brugsch, *G. Inschr.*, t. I, pág. 99.

51 Brugsch, *G. Inschr.*, t. I, pág. 178.

52 Brugsch, *G. Inschr*., t. I, pág. 176.

53 Estrabón, l. XVII, c. 1.

54 Brugsch, *G. Inschr.*, t. I, páginas 193-195.

55 Estrabón, l. XVII, c. 1.

estela en su templo, cerca de la tumba de Osiris. En tiempo de los Ptolomeos perdió su preeminencia, que pasó al poblado de Sui (Siis, Psui, Psoi). Éste, engrandecido y colonizado por Ptolomeo Soter, tomó el nombre de Ptolemaida[56].

Los nomos del Egipto Medio, entre Abydos y Menfis, sin haber logrado nunca una preponderancia duradera, pesaron mucho en los destinos del país[57]. Llenos por una población numerosa, sembrados de plazas fuertes situadas ventajosamente en los distintos brazos del Nilo, podían cortar a voluntad las comunicaciones entre Tebas y Menfis o estorbar por largo tiempo el paso de los ejércitos. Se tropezaba primeramente, en la orilla derecha del río, con Apú o Khminú (Panópolis o Khemmis), en el nomo de Khminú. Minú era adorado allí, y los griegos, engañados por una analogía de sonidos, habían creído distinguir en uno de los apelativos de aquel dios, *Perirú* o *Perisú*, «el corredor», el nombre de su héroe Perseo[58]. Más abajo, siempre en la orilla derecha, venían Tukau y Paharnubui, en el nomo de Duf (Anteopolites)[59]; en la orilla izquierda, en el nomo de Baalú (Hipselites), la fortaleza de Shashotpú (Shotp)[60], y en el nomo Iotef superior (Iotef khont, Licopolites) la ciudad importante de Siut (Licompolis, Osiut)[61]. Se pasaba desde allí al Iotef inferior (Iotef poh'u), en donde Kusit (Kusar) era cabeza en los tiempos faraónicos; en la época greco-romana su territorio fue dividido entre las dos provincias vecinas[62].

Los nombres antiguos de Hermópolis eran Khmunú, la ciudad de los ocho dioses, y Unú, la ciudad del dios Liebre[63]. Presidía el nomo de Unú (Hermopolites), apartado del Nilo y próximo al canal llamado hoy Bahr-Yussuf. Era una de las más antiguas ciudades del Egipto: había presenciado una de las victorias de Horus sobre Sit y su dios epónimo Thot había tomado parte gloriosa en las guerras asirias. Su territorio confinaba al Norte y al Este con el del nomo de Mihit[64], uno de los más poderosos de los nomos de la Tebaida. Su capital era Hibonú (Miniéh), pero comprendía otras varias localidades célebres: Nofirus (Etlidem), Monait-Khufú, Hauerit. Monait-Khufú había sido fundada o engrandecida por Khufú (Keops); florecía aún en tiempo de la duodécima dinastía y fue entonces cuna de una dinastía provincial. Al Norte de Mihit y en la orilla oriental del río se extendían los dos nomos de Pa con Habonú (Hipponon)[65] y de Matonú (Afrodites) con la oscura Pa Nibtepahe (Afroditópolis, Atfieh); en la orilla occidental, entre el Nilo y la cadena Líbica, el nomo de Uabú (Oxirrinquites), ciudad principal Pamazit (Oxirrincos. Pemsje), el del Nuhit superior (Heracleopolites), capital Hakhninsú o Hnés (Heracleópolis Magna); finalmente, el del Nuhit inferior[66], al cual se unía el Toshe o país del lago Miri (el Fayum). El Nuhit inferior comprendía la ciudad de Miritum o Mitum (Meidum), al pie de la cadena Líbica. En la época greco-romana no existía ya; la porción de su territorio que corría entre el Nilo y la montaña fue anexionada al nomo Heracleopolites; el Fayum formó un nomo nuevo, el Arsinoites, cuya capital fue en lo sucesivo Crocodilópolis, la antigua Shodú.

A pocos kilómetros al Norte de Mitum se pasaba la frontera del Egipto inferior y se entraba en el distrito del Muro Blanco (Anbú-hait, Memfites); se desfilaba bajo las murallas de Titoui, una de las avanzadas del Delta contra las invasiones del Mediodía, y se desembocaba en Mannofri

56 *Corpus inscr. græc.*, núm. 4.925.

57 Siete de estos nomos, separados del Alto Egipto y reunidos en un solo gobierno, formaron en la época romana la provincia de Heptanómide.

58 Heródoto, II, XCI.

59 Jacques de Rougé, *Revue archéologique*, Julio de 1870, págs. 5-6.

60 Jacques de Rougé, *id*., págs. 1 y siguientes.

61 Brugsch, G. *Inschr*., t. I., págs. 217-219.

62 Jacques de Rougé, págs. 12-15.

63 Brugsch. *Dict. géog*., pág. 749.

64 Jacques de Rougé, *Revue archéologique*, Febrero de 1872, págs. 60 y siguientes.

65 Jacques de Rougé, t. I, pág. 76.

66 *Id*., págs. 76-80.

(Menfis). Menfis, la ciudad de Ptah, Hakuptah, de que los griegos sacaron el nombre Egipto[67], era una de las plazas más fuertes del país. Se componía de una ciudad vieja, el Muro Blanco, donde se alzaba el gran templo de Ptah, y de varios distritos, el principal de los cuales, Ankhtoui, había llegado a ser en la época persa morada favorita de los extranjeros, sobre todo de los fenicios[68]. Empobrecida por la fortuna de Alejandría, la fundación del Cairo consumó su pérdida: en tiempo de los sultanes Mamelucos no era más que un triste campo de escombros. «A pesar de la inmensa extensión de esta ciudad y de la gran antigüedad a que se remonta, sus restos ofrecen todavía a la vista de los espectadores una reunión de maravillas que confunde la inteligencia y que el más elocuente trataría en vano de describir. Las piedras procedentes de la demolición de los edificios llenan a lo lejos todo lo que fue ciudad; se aperciben en algunos puntos lienzos de murallas todavía en pie, construidos con las grandes piedras de que acabo de hablar; por otras partes, no quedan más que los cimientos o bastantes montones de escombros. He visto el arco de una puerta muy alta, cuyos dos muros laterales están formados cada uno por un solo bloque de piedra, y la bóveda superior, que era también de un solo bloque, estaba caída delante de la puerta. Las ruinas de Menfis ocupan media jornada de camino en todos sentidos.»[69] Abdalatif hablaba así en el siglo XIII. Después de su visita, parte de aquellos restos, explotados como cantera, ha servido para edificar las casas del Cairo y de los poblados vecinos; el limo del río ha recubierto lo demás.

Cerca de la punta del Delta, en la orilla izquierda del Nilo, confinando con el desierto Líbico, los antiguos colocaban el nomo de Letopolites con Sokhmit (Letópolis) y Kerkasora[70]; en la orilla derecha, confinando con el desierto Arábico, el nomo Heliopolites. Onú del Norte, la Heliópolis de los griegos, era su metrópoli. Situada en una colina artificial, no cubría más que una superficie bastante reducida y no tenía numerosa población; no por ello dejaba de ser una de las capitales religiosas del Egipto y residencia de una escuela de teología, célebre en el mundo entero. Según la tradición griega, Solón, Pitágoras, Platón, Eudoxio habían pasado en ellas varios años de su vida dedicados al estudio de las ciencias y de la filosofía egipcias. Dos aldeas vecinas, Ahú y Habenben (Babilonia de Egipto), habían desempeñado algún papel durante las guerras asirias y eran santuarios renombrados. En las orillas del Nilo se levantaba Taroyú. Estaba situado casi enfrente de Menfis; sus canteras, abiertas por los reyes de las primeras dinastías, fueron explotadas casi sin interrupción hasta la época árabe. Los griegos la llamaban Troya y pretendían que la edificaron prisioneros troyanos, como su vecina, Babilonia de Egipto, había sido edificada por prisioneros babilonios[71]. La nomenclatura de las demás provincias del Delta no está todavía determinada con bastante certeza para que me atreva a exponerla al por menor. Me bastará con citar: en la rama Canópica del Nilo, orilla derecha, Sai (Sais), en el nomo Saites; entre la rama Canópica y la Sebenítica, Khsoú (Xois) y Pauzit (Bouto), esta última en el nomo Am inferior o Patonuzit (Ptheneotes)[72]; en la rama Sebenítica, orilla izquierda, Teonutir (Sebenitos); orilla derecha, Hatrib (Athribis); entre la rama Sebenítica y la Pelusiaca, Pbinibdidi o Didú (Mendes) y Tanis Más allá de la rama Pelusiaca, entre el Nilo y el desierto, se interponía la fortaleza de Zarú, en la frontera del Egipto por el lado de Siria; parece corresponder a la Selé de los geógrafos clásicos.[73] Las ciudades del Delta, a pesar de su antigüedad y su riqueza, no ejercieron sino reducido influjo en los destinos del Egipto. De las veinte

67 Brugsch, *G. Inschr.*, t. I, pág. 83.

68 Heródoto, III XCI... ἐν τῷ λευκῷ τείχεῖ τῷ ἐν Μέμφι. Véase Brugsch, *Zeitschrift für Ægyptische Sprache*, año 1863, pág. 9.

69 Abdalatif (traducción de Sacy), II, c. IV.

70 Brugsch, *G. Inschr.*, t. I, págs. 243-244.

71 Diodoro de Sicilia, l. I, c. LVI; Estrabón, l. XVII. c. I. Véase, sobre Taroyú, Brugsch, *Zeitschr*., 1867, págs. 88-95.

72 Brugsch, *Zeitschrift*, 1871, págs. 11-13.

73 Las identificaciones propuestas por Brugsch en su *Diccionario geográfico* respecto a esta ciudad y a las ciudades vecinas han quedado bastante comprometidas por las excavaciones que Naville y Petrie han ejecutado en Tell-el-Maskuta desde 1883 a 1890. La geografía del Egipto antiguo ha sido tratada de mano maestra por J. Dümichen en el tomo I de su *Geschichte des alten Ægyptens* (1880-1884) y por J. de Rougé.

primeras dinastías sólo dieron una, la décima-cuarta, originaria de Xois, y todavía es insignificante. Hacia el siglo XI no llegaron a la vida política y la preponderancia sino para presidir la decadencia del país y para acelerarla con sus perpetuas rivalidades. La fundación de Naucratis y, sobre todo, la de Alejandría las arruinaron tan por completo, que en el siglo I de nuestra Era la mayor parte de ellas estaban reducidas a la condición de simples aldeas.

El Egipto antes de la historia: los dioses y las dinastías divinas.

Los monumentos nos muestran que desde la época de las primeras dinastías, los nomos tenían cada uno sus dioses especiales, que todavía conocemos mal en su mayor parte; se adoraba a Khnumú en las cataratas, a Anhuri en Tinis, a Ra en Heliópolis, a Osiris en Mendes. Nada nos permite decir lo que eran estas divinidades al principio, si los egipcios las trajeron todas de su primitiva patria o si muchas de ellas nacieron en los barros del Nilo: en el momento en que las encontramos por primera vez, su forma había cambiado profundamente por la acción de los siglos y ya no conservaban todos los rasgos de su naturaleza primitiva. Por lo que cabe juzgar, se dividían en tres grupos de origen diferente: los dioses de los muertos, los de los elementos, los dioses solares. Sokaris, Osiris e Isis, Anubis, Neftis están dedicados especialmente a la protección de los muertos. Los dioses de los elementos, representan: Gabú, la tierra; Nuit, el cielo; Nu, el agua primordial; Hapi, el Nilo, y probablemente también, dioses como Sovkú, Sit-Tifón, Haroeris, Ptah, cuya historia ignoramos casi. Entre los dioses solares conviene mencionar, ante todo, Ra, el sol; Atonú, el disco solar; Shu, Anuri, Amón, el diario. En los textos religiosos más antiguos que han llegado a nosotros, la mayor parte de esos dioses no son ya, propiamente hablando, más que dobles formas políticas o geográficas unos de otros. Sokaris es el señor de los muertos en Menfis, como Osiris lo era en otros lugares, y no difería de Osiris sino por distinciones pequeñas del culto local; en donde se adoraba al sol con el nombre de Ra, no se le adoró en un principio con el de Shu. Los tres grupos tenían originariamente facultades y atribuciones bien distintas: se completaban entre sí, pero no se confundían. El mismo nomo podía tener sus dioses solares, los de los elementos y los de los muertos, pero no tenía también divinidades en que la idea del sol y de los elementos estuviera mezclada a la de la muerte.

No parece que el patrono principal de cada nomo haya tenido que revestir necesariamente la forma masculina. En más de un sitio ocupaba una diosa el primer lugar. Hathor en Denderah, Nit en Sais, Nekhabit en El-Kab. En otras localidades el dios no era único, sino que se dividía en dos personas gemelas, ambas varones, como Anhuri-Shu en Tinis; una varón y otra hembra, como Shu-Tafnuib en Heliopolis. No mostraban, por lo demás, afición alguna a la soledad. Se unían formando familias, a imitación de lo que ocurría en la tierra: cada uno de ellos se casaba a su gusto, tenía un hijo, y ya estaba formada la trinidad. De Ptah y de la diosa Sokhit nacía Nefertumú; de Osiris y de Isis, Harpocrates, el Horus niño, y los dioses secundarios de la ciudad se agrupaban alrededor de cada trinidad. Cada una de ellas conservaba, por otra parte, el carácter de la divinidad que la había creado; donde una diosa había tomado esposo, seguía siendo el personaje principal; donde era un dios el que había tomado mujer, seguía desempeñando el primer papel. En Denderah, el marido de Hathor no era más que un reflejo de su compañera; en Tebas, Mut, mujer de Amón, no era más que su reflejo femenino. Por un progreso muy natural, se llegó a considerar que el hijo, procedente del padre y de la madre, era igual a sus progenitores, y que, por consiguiente, el padre, la madre y el hijo, en lugar de ser tres divinidades distintas, podían ser muy bien no más que tres aspectos de una misma divinidad. Cada nomo se forjó un dios con tres personas, cuya existencia afirman los monumentos más antiguos y que llaman *el dios, el dios uno, el dios único.* Pero no era nunca *dios* simplemente[74]. El dios único es el dios único Amón, el dios único Ptah, el dios único Osiris, es

74 Lepage-Renouf, *Lectures on the Origin and Growth of Religion as illustrated by the Religion of Ancient Egypt*, Londres, 1880, página 99.

decir, un ser determinado que tiene una personalidad, un nombre, atributos, un traje, miembros, una familia, un hombre infinitamente más perfecto que los hombres. Está hecho a imagen de los reyes de este mundo, y su poder, como el de todos los reyes, está limitado por el de los reyes vecinos. La concepción de su unidad es, por tanto, geográfica y política tanto por lo menos como religiosa: Ra, dios único en Heliópolis, no es el mismo que Amón, dios único en Tebas. El egipcio de Tebas proclamaba la unidad de Amón con exclusión de Ra; el de Heliópolis proclamaba la de Ra excluyendo a Amón. Pero la unidad de cada uno de estos dioses únicos, no por ser absoluto en la extensión de su dominio, impedía la realidad de los otros dioses. El habitante de Heliópolis se decía que, después de todo, Amón era un dios poderoso, aun cuando inferior a Ra, y le reservaba una parte de respeto en su conciencia. Cada dios único, concebido de esta suerte, no es más que el dios único del nomo o de la ciudad, *nutir nuiti*, y no el dios único de la nación reconocido como tal en el país entero[75].

Las más de las veces los dioses se representan a imagen del hombre, vestidos como él y llevando en la mano los emblemas de su poder. A unos les corresponde la belleza; Ptah y Hathor son proclamados de rostro bello. Otros son verdaderos monstruos y ostentan a nuestra vista deformidades naturales: Ptah es a veces un niño raquítico[76], Bisú un enano feroz. Al lado de estos dioses de figura humana, los monumentos nos muestran bueyes, milanos, ibis, serpientes, a que se adora tanto y más que a los otros. En efecto, el Egipto antiguo ha rendido culto a los animales, y cada nomo sostenía, al lado de un dios-hombre, un dios-animal que proponía a la veneración de los fieles[77]. Thot era un cinocéfalo o un ibis, Horus un gavilán, Sovkú un cocodrilo, Harmakhis una esfinge con cuerpo de león y cabeza humana, Amón un ganso de hermosa presencia, Anubis un chacal[78]. Todos estos animales fueron adorados en un principio como animales; unos, como el león, la esfinge, el cocodrilo, porque se les temía y se reconocía en ellos una fuerza, un valor, una destreza superior a la del hombre; otros, como el buey, el ganso, el carnero, porque servían bien al hombre y le hacían la vida más fácil. Más tarde la idea primitiva se modificó, al menos entre los teólogos, y el animal dejó de ser el dios para ser la morada, el tabernáculo vivo, el cuerpo en que los dioses infundían, por decirlo así, una parte de su divinidad. El gavilán fue la encarnación de Horus, y no ya Horus mismo, el chacal y el buey fueron la encarnación de Anubis y de Ptah y no estos dioses en persona. Desde aquel momento, los dioses fueron concebidos indiferentemente en su forma de animales o en la humana, muchas veces hasta en una forma mixta, en que los elementos del hombre y del animal están combinados en proporciones diversas. Horus, por ejemplo, es unas veces un hombre, otras un gavilán, otras un gavilán con cabeza humana. En estas cuatro formas es Horus, y no es más él en una de ellas que lo es en otra. A veces la absorción del dios-animal no tenía otra razón de ser que un simple juego de palabras: Sit-Tifón correspondía al hipopótamo, porque en egipcio Tifón se dice Tobhú y el hipopótamo Tobú[79].

Algunos de los dioses-animales siguieron la fortuna de los dioses hombres a que estaban asociados y fueron adorados en todo el país el escarabajo de Ptah, el ibis y el cinocéfalo de Thot, el gavilán de Horus, el chacal de Anubis. Otros, preconizados en un nomo, eran proscritos en otros lugares. Las gentes de Elefantina mataban el cocodrilo. Por el contrario, los sacerdotes de Tebas y de Shodú «escogían uno hermoso, al que alimentaban, después de haberle enseñado a comer en la mano. Le colgaban de las orejas anillos de oro o de barro esmaltado y le ponían brazaletes en las

---

75 Maspero, en la *Revue de l'Histoire des Religions*, 1880, páginas 125-126.

76 Dr. Parrot, *Sur l'origine de l'une des formes du dieu Phtah*, en el *Recueil de Travaux*, t. II, págs. 129-133.

77 Maspero, en la *Revue de l'Histoire des Religions*, 1880, t. I, página 121.

78 Maspero, *Notes sur quelques points de Grammaire et d'Histoire*, en el *Recueil de Travaux*, t. II, pág. 115. Véase la lista de los animales sagrados en Parthey, *De Iside et Osiride*, págs. 260 y siguientes y *Erdkunde des Alten Ægyptens*, lám. XVI.

79 El primer autor que ha puesto en claro la parte fetichista de la religión egipcia ha sido Pietschmann, *der Ægyptische Fetischdienst und Gotter glaube*, en la *Zeitschrift für Ethnologie*, 1878, págs. 153 y siguientes.

manos.»[80] «Nuestro huésped cogió unas tortas, pescado asado a la parrilla y una bebida preparada con miel, y luego fue hacia el lago con nosotros. El animal estaba tumbado a la orilla; los sacerdotes se le acercaron, dos de ellos le abrieron la boca, un tercero le echó en ella primero las tortas, luego el pescado y por último la bebida. Con lo que el cocodrilo se echó al agua y se fue a descansar a la otra orilla. Habiendo venido otro extranjero con una ofrenda semejante, los sacerdotes la tomaron, dieron la vuelta al lago y, llegándose a donde estaba el cocodrilo, le introdujeron la ofrenda del mismo modo.»[81] El culto de los animales sagrados costaba tan caro como el de los dioses de figura humana. No era raro ver que un particular rico gastase el total o parte de su fortuna para hacerles espléndidos funerales[82]. Su muerte era un duelo público para el nomo, para el Egipto entero a veces; si se le mataba violentamente, era un crimen capital. Cuando un natural del país o un extranjero mataban uno, aun por descuido, los sacerdotes conseguían a veces preservar al culpable del furor popular imponiéndole una penitencia; pero casi siempre su intervención era ineficaz para salvarle. Por el tiempo en que el historiador viajaba por Egipto, un italiano, establecido en Alejandría, tuvo la desgracia de matar un gato. El pueblo se reunió inmediatamente, cogió al matador y le hizo pedazos, a pesar de ser ciudadano romano, no obstante las súplicas del rey, que dependía de Roma y temía que peligrara su corona[83].

Los más célebres de los animales sagrados eran el buey Mnévis y el pájaro Bonú, el Fénix, en Heliópolis; el macho cabrío de Mendés era «el alma de Osiris», el buey Mnévis «el alma de Ra». Según los griegos, el Fénix venía cada quinientos años del Oriente y se posaba en el templo de Ra. Algunos pretendían que llevaba consigo el cuerpo de su padre envuelto en mirra. Otros decían que venía para que lo quemaran en una hoguera hecha con mirra y maderas olorosas, a fin de renacer de sus cenizas y volver a volar hacia su patria de Oriente[84]. En realidad, el Bonú era una especie de avefría cuya cabeza tenía por adorno dos largas plumas flotantes. Pasaba por ser la encarnación de Osiris, como el ibis por la encarnación de Thot y el gavilán por la de Horus.

El toro *Hapi* había acabado por ser a los ojos de los egipcios la expresión más completa de la divinidad en un cuerpo de animal. Procedía a la vez de Osiris y de Ptah; así se le llama «la segunda vida de Ptah» y «de Osiris»[85]. No tenía padre, sino que un rayo de luz venido del cielo fecundaba a la ternera que le concebía y la cual en lo sucesivo no había de tener otras crías[86]. Debía ser negro, tener en el testuz una mancha blanca triangular, en el lomo la figura de un buitre o un águila con las alas desplegadas, en la lengua la imagen de un escarabajo; los pelos de la cola eran dobles. El escarabajo, el buitre y todas las demás señales que se relacionaban con la presencia y la disposición relativa de los pelos no existían realmente. Los sacerdotes, iniciados en los misterios de Apis, eran sin duda los únicos que los conocían y sabían ver en ellos los símbolos exigidos en el animal divino, poco más o menos como los astrónomos reconocen en determinadas disposiciones de las estrellas las líneas de un dragón, de una lira o de una osa.»[87] Vivía en Menfis en una capilla adjunta al gran templo de Ptah y allí le ofrecían los sacerdotes los honores divinos. Dictaba oráculos a los particulares que venían a consultarle y llenaba de furor profético a los niños que se le acercaban[88].

No había de vivir más que cierto número de años determinado por las leyes religiosas; al llegar a los veinticinco, los sacerdotes le ahogaban en una fuente consagrada al Sol. Esta regla, en vigor en la época romana, no existía aún o no era rigorosamente aplicada en los tiempos faraónicos,

80 Heródoto, II, LXIX.

81 Estrabón, l. XVII, c. 1.

82 Diodoro, I, 84.

83 Diodoro, I, 83.

84 Heródoto, II, LXXIII.

85 *De Iside*, c. XX; Estrabón, l. XVII, c. 1.

86 Heródoto, III, XXVIII. Véase Pomponio Mela, I, 9; Plinio, *H. N.*, VIII, XLVI.

87 Mariette, *Renseignements sur les Apis*, en el *Bulletin archéologique de l'Athenœum français*, 1855, página 54.

88 Plinio, *H. N.*, VIII, c, IV, 6.

porque dos Apis contemporáneos de la vigésima-segunda dinastía vivieron más de veintiséis años [89]. El *Hapi* difunto venía a ser un Osiris y tomaba el nombre de *Osor-Hapi*, Osiris-Apis, de donde los griegos sacaron el nombre *Sarapis*. Al principio cada animal sagrado tenía su tumba propia en la parte de la necrópolis menfita que los griegos llamaban el Serapeion. Componíase de un edículo adornado con bajorrelieves, debajo del cual se abría una cámara cuadrada de techo bajo. Hacia la mitad del reinado de Ramsés II se hizo un cementerio común en lugar de las capillas aisladas. Se socavó en la roca viva una galería de un centenar de metros de larga, a cada lado de la cual se hicieron sucesivamente catorce cámaras bastante toscas; más tarde aumentó el número de galerías y de cámaras a medida que fue necesario hacerlas. Una vez colocada en su sitio la momia del Apis, los obreros tapiaban la entrada, pero los visitantes o los devotos tenían costumbre de incrustar, ya en el muro mismo de cerramiento, ya en los lugares próximos de la roca, una o varias estelas con su nombre y una oración al Apis muerto. Este culto, instituido de una manera definitiva por el segundo rey de la segunda dinastía, duró hasta los últimos tiempos del Egipto[90]. Pero entonces los sacerdotes se dispersaron, las tumbas fueron violadas, luego abandonadas y el desierto las invadió. Al cabo de unos cuantos años la arena las había tapado. Tocábale a Mariette descubrirlas en 1891, después de catorce siglos y más de completo olvido[91].

No gozaban los tres grupos de dioses de igual crédito en la religión egipcia, tal como hoy la conocemos. Los dioses de los elementos, Gabú, Nuit, Tonen se prestaban poco al culto; su influjo, si nunca fue considerable, aparte de ciertas localidades, desapareció muy pronto ante el de los dioses solares. El Sol, Ra, era el patrono de la ciudad de Onú, que desempeñó papel preponderante en los tiempos antehistóricos, y al predominio de la ciudad en que nació debió el ascender desde el principio al orden primero entre los dioses de todo el país. Sus sacerdotes, al tratar de representarse la creación del mundo, habían llegado a la conclusión de que se había producido por la acción concertada de un número determinado de divinidades, cada una de las cuales había realizado una función necesaria para la organización del universo. Habían elegido los dioses de los clanes vecinos, y, subordinándolos al suyo, habían combinado un sistema de nueve personas, una *Eneade* omnipotente cuyos miembros habían salido uno de otro. Al principio, Ra había salido de las aguas primitivas, del Nu, en el que reposaba inerte de toda eternidad, y por su sola energía había sacado de sí mismo una pareja divina, Shu y Tafnuit, los dueños de la aurora y del crepúsculo, de la atmósfera y de la lluvia. Shu y Tafnuit habían engendrado a Sibú-Gabú, el dios-tierra, y a Nuit, la diosa-cielo, o más bien Shu, deslizándose entre estos dos, que estaban dormidos el uno en brazos del otro, los había separado para formar de Gabú la tierra, de Nuit el cielo. Gabú y Nuit habían tenido por hijos a Osiris y Tifón, Isis y Nefthis, que habían enseñado al mundo la civilización, la muerte y la resurrección. Esta primera Eneade, la grande, había sido completada por dos Eneades menores, la segunda de las cuales, empezando con Horus, comprendía los dioses civilizadores y vivificadores, Thot, Anubis, Hathor y así sucesivamente, mientras que la tercera estaba formada por los dioses de la muerte y los manes. Las tres Eneades y la idea cosmogónica que expresaban, se habían extendido con tanta mayor rapidez cuanto que había por todo el Egipto el equivalente exacto de los seres que ellas hacían aparecer. Allí donde había un dios Sol, llamárase Anhuri, Shu, Khopri, se le identificó con el Ra heliopolitano y se vio en él la cabeza de las Eneades creadoras y organizadoras del Universo. La mayor parte de los sacerdocios locales se contentaron con sustituir su dios a Ra al frente de la Eneade principal, y no modificaron en nada los datos de la teología heliopolitana. En Hermópolis solamente, los sacerdotes añadieron a la teoría corriente una concepción original. Su dios Thot era un hechicero que, por virtud de fórmulas mágicas y con la voz, había sacado el mundo del caos; le atribuyeron por asesores otros dioses, en número de ocho,

89 Augusto Mariette, *Renseignements*, en el *Bulletin archéologique* 1855, págs. 94-100.

90 El último Apis cuya existencia se conoce con certeza, es el que se inauguró en tiempo de Juliano, el año 362 (Amiano, l. XXII, XIV, 6).

91 Véase, para todo lo que se refiere a la tumba de Apis, Mariette *Le Sérapéum de Memphis*, t. I, París, 1882, en 4.°

cuatro varones y cuatro hembras, que simbolizaban el cielo y sus apoyos, el día y la noche, el tiempo. La Eneade hermopolitana, menos extendida que la heliopolitana entre la masa de la población, halló favorable acogida cerca de los teólogos; proporcionó un tema para sus especulaciones filosóficas o cosmogónicas hasta los últimos momentos de la religión egipcia.

El hombre había sido creado, como el resto del Universo, en el mismo instante en que Ra, el Sol, había surgido de las profundidades del agua eterna. La tradición quería que al principio no conociese ninguna de las artes necesarias para la vida; no poseía el lenguaje y estaba reducido a imitar los sonidos de los animales. Los dioses de las diversas Eneades se encargaron de educarle y vinieron a gobernarle uno después de otro. Su morada sobre la tierra duró miles de años y su sucesión formó tres dinastías divinas, cuya composición varió según los tiempos y los lugares. En Heliópolis, Atumú figuraba naturalmente a la cabeza de la lista. Venían luego:

El rey del Alto y del Bajo Egipto, Ra, v. s. f.;

El rey del Alto y del Bajo Egipto, Shu, hijo de Ra, v. s. f.;

El rey del Alto y del Bajo Egipto, Gabú, v. s. f.;

El rey del Alto y del Bajo Egipto, Osiris-Unnofri, v. s. f.;

El rey del Alto y del Bajo Egipto, Sit, v. s. f.;

El rey del Alto y del Bajo Egipto, Horus, v. s. f.[92]

En Menfis, Ptah figuraba a la cabeza. En Tebas, Atumú y Ptah cedían la primacía a Amonrá, el rey de los dioses, el dios de la primera vez. Los tiempos de aquella primera dinastía divina habían sido considerados por los egipcios de los siglos posteriores como una edad de oro, en la que nunca pensaban sin envidia: para decir de una cosa que era superior a cuanto podía imaginarse, afirmaban «no haber visto otra semejante desde los días del dios Ra». El reinado de los dioses-reyes no estaba menos lleno de acontecimientos que el de los Faraones efectivos. De su historia no han llegado a nosotros más que trozos, pero lo poco que se conoce hace el mayor honor a la imaginación de los egipcios. Ra tuvo que luchar, cuando ya era viejo, con la ingratitud de los mortales. Los había creado e instruído; conspiraron contra él y hubo de reunir a los dioses, secretamente, en el gran templo de Onú, para discurrir los medios de defenderse. «Ved a los hombres que han nacido de mí mismo: pronuncian palabras contra mí. Decidme, pues, qué haríais con ellos, porque, mirad, he esperado y no he querido matarlos antes de haber oído vuestras palabras». Los dioses decidieron acabar con la raza de los culpables, y la diosa Tafunit, de hocico de leona, fue encargada de ejecutar la sentencia. Descendió entre los hombres, los degolló y «bañó sus pies en su sangre, por espacio de varias noches, hasta la ciudad de Khninsú». La sangre, recogida y mezclada con diversas sustancias, fue ofrecida a Ra en siete mil cántaros, y el dios, calmado con aquella ofrenda, juró que para en adelante perdonaría al género humano; pero, cansado de vivir en el mundo, voló al cielo y entregó el cetro a su hijo Shu[93].

Corrían muchas leyendas análogas respecto a Shu y respecto a Gabú, pero la historia de Osiris era la que había logrado mayores desenvolvimientos. No trataré de referirla; nos faltan todavía demasiados documentos y los que tenemos son demasiados oscuros para que en ellos distingamos lo que es obra de cada una de las escuelas de teología que han florecido sucesivamente en Egipto[94]. Su mito no es más que una de las formas en que gustaba describir la lucha del bien y del mal, del dios

---

92 He aquí el nombre de estos dioses-reyes en la forma griega: Ἥφαιστος, Ἥλιος, Σῶς, Κρόνος, Ὄσιρις, Τυφῶν, Ὧρος. Las letras *v. s. f.* son abreviaturas de la fórmula *vida, salud, fuerza*, que acompaña a los nombres reales en los textos egipcios.

93 Naville, *La destruction des hommes par les dieux*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, vol. IV, 1875, págs. 1-19.

94 Osiris ha sido estudiado más especialmente por M. Lefébure, *Le Mythe Osirien*; t. I; *Les Yeux d'Horus*, en 4º, Paris, 1874, t. II; *Osiris*, en 4º, París, 1875. Sit ha proporcionado materia para la tesis de M. Ed. Meyer, *Set-Typhon*, en 8º, Leipzig, 1875.

ordenador contra el caos. Osiris, el ser bueno por excelencia, Unnofri, está en guerra perpetua con su hermano Sit-Tifón, el maldito: asesinado y cortado en pedazos por él, se reanima por las maniobras mágicas de Isis, de Horus, de Anubis, de Thot y viene a ser el modelo que los dioses mismos se esfuerzan en imitar. Ahora bien, el Sol, después de su desaparición por el Occidente, «el rey del día, soberano de la noche, que avanza sin parar, sin descanso», Ra, no detenía jamás su curso. Iba incansable «por el camino misterioso de la región de Occidente», a través de las tinieblas del infierno, «de donde ningún vivo ha vuelto jamás», y por él viajaba durante doce horas antes de volver al Oriente y reaparecer a la luz. Su nacimiento y su muerte diarias, indefinidamente repetidos, habían sugerido a los egipcios la identificación de Osiris con Ra. Como todos los dioses, Osiris se había hecho sol: en figura de Ra brillaba en lo alto durante las doce horas del día; en forma de Osiris-Unnofri regía la tierra. De igual modo que Ra es cada noche atacado y vencido por la noche, que parece tragárselo para siempre, Osiris es tratado por Sit, que le despedaza y dispersa sus miembros para impedir que resucite. A pesar de este eclipse momentáneo, ni Osiris ni Ra están muertos. Osiris Khont-Amentit, Osiris infernal, sol de noche, revive, como el sol por la mañana, con el nombre de Harpecrudi, Horus niño, el Harpocrates de los griegos. Harpocrates, que es Osiris, lucha con Sit y le derrota, como el sol naciente disipa las sombras de la noche; venga a su padre, pero sin aniquilar a su enemigo. Esta guerra, que se renueva cada día y que simboliza la vida divina, servía también de símbolo a la vida humana. No estaba ésta, en efecto, reducida a nuestro mundo. El ser que venía a él había vivido ya y debía vivir en otra parte: los momentos de su existencia terrenal no eran más que etapas, uno de los devenires (*khopriu*) de una existencia cuyo principio y fin no conocía. Cada uno de los momentos de esta existencia, y por tanto la vida humana, correspondía a un día de la vida del sol y de Osiris. El nacimiento del hombre era el aparecer del sol por el Oriente y su muerte la desaparición del astro por el Occidente del cielo; una vez muerto, el hombre venía a ser Osiris como Ra mismo, y se sumergía en la noche, hasta el momento en que renacía a otra vida, como Horus Osiris a un día nuevo.

Para los egipcios, el hombre no estaba compuesto de la misma manera que lo está para nosotros. No tenía como nosotros un cuerpo y un alma: poseía primeramente cuerpo, luego un doble (*ka*). El doble era como una repetición del cuerpo en otra materia menos densa que la materia corpórea, una proyección coloreada, pero aérea, que le repetía punto por punto: niño si se trataba de un niño, mujer si de una mujer, hombre si de un hombre. Más tarde, cuando las ideas fueron elevándose, se reconoció en el hombre un ser menos grosero que el doble, pero dotado siempre de las mismas propiedades que la materia, una sustancia que se consideró como la esencia de la naturaleza humana y que se imaginó en forma de pájaro (Bi, Bai) o una parte de llama o de luz, que se llamó Khu, la luminosa. Cada una de estas almas tenía facultades diversas y no subsistía en el mismo medio que las otras. El doble se alojaba en el interior de la tumba y no la abandonaba. El Bai volaba al otro mundo» en forma de grulla moñuda o de gavilán con cabeza y brazos de hombre; podía, cuando le venía en ganas, salir de la tumba o volver a ella. El Khu, instruido aquí abajo en toda sabiduría humana y provisto de todos los talismanes necesarios para vencer los peligros sobrenaturales, abandonaba nuestro mundo para no volver a él y se unía al cortejo de los dioses de luz. Estas diversas definiciones son contradictorias y habrían tenido que destruirse una a otra; pero los egipcios, a medida que modificaban su alma, no supieron desembarazarse de las doctrinas que habían sostenido anteriormente. Creyeron en el Bai y en el Khu, sin renunciar por ello a creer en el doble, y cada hombre, en vez de no tener más que un alma en correspondencia con la última concepción que sus contemporáneos tenían del alma humana, tuvieron varias correspondientes a todas las concepciones que los devotos se habían forjado desde un principio[95].

La idea de la vida futura cambió con tanta frecuencia como la del alma. Aquéllos para quienes la parte duradera del alma era el doble, se contentaron con creer que los muertos continuaban la vida debajo de tierra y quisieron darles lo que constituía la alegría y la riqueza de los moradores de

95 Maspero, *Études egyptiennes*, t. I, págs. 191-192.

nuestro mundo. Entregado a sus propias fuerzas, el doble tenía hambre y sed y era perseguido por animales monstruosos que le amenazaban con una segunda muerte, es decir, con la aniquilación. Las oraciones de los supervivientes, hábilmente escritas, tuvieron por resultado darle víveres, casa y un cortejo de criados y de guardianes que le defendían de sus enemigos. Sus acciones en este mundo no ejercían el menor influjo sobre la suerte que le correspondía en el otro: bueno o malo, justo o injusto, desde el momento en que se habían observado los ritos y las oraciones se habían recitado sobre su cuerpo, florecía rico y dichoso en su tumba. Otros transportaron el alma a un mundo nuevo y añadieron a la creencia de una vida futura en un medio diferente la de una retribución proporcionada al bien o al mal realizado durante la existencia terrenal. Antes de conocer su suerte, el alma desencarnada había de comparecer ante el tribunal en que Osiris, dueño del Occidente, administra justicia rodeado de los cuarenta y dos miembros del jurado infernal[96]. Su conciencia, o como decían los egipcios, su corazón, habla en pro o en contra de ella. El testimonio de su vida le abruma, por lo tanto, o le absuelve[97]; sus acciones son pesadas en la balanza infalible de verdad y de justicia, y según que hayan parecido pesadas o ligeras, el divino tribunal dicta sentencia. El alma impía caía en el infierno, donde no tenía por alimento y por bebida más que inmundicias, donde los escorpiones y las serpientes la perseguían, donde sufría, tras mil tormentos, la muerte y el aniquilamiento final. El alma justa, después de haber sido juzgada, no estaba todavía libre de pruebas y de peligros. Su saber se ha confirmado, sus poderes han crecido, es libre para asumir todas las formas que le plazca revestir[98]; pero el mal se alza en contra suya adoptando mil figuras horribles y trata de destruirla o al menos de detenerla con sus amenazas y espantos[99]. Para triunfar es necesario que se identifique con Osiris[100] y que reciba de Isis, de Neftis y de los dioses buenos los auxilios que Osiris había obtenido de ellos. Con su apoyo recorre las moradas celestes[101] y celebra en los campos de Ailú los ritos de la labor mística, luego se mezcla al tropel de los dioses y con ellos camina en la adoración del Sol[102]. Para merecer estos dichosos destinos, los egipcios habían redactado a manera de un código de moral practica, cuyos artículos aparecen más o menos extensos en los monumentos de todas las épocas[103], pero cuya versión más explícita constituye el cap. CXXV del Libro de los Muertos.

El *Libro de los Muertos*, de que cada momia llevaba un ejemplar más o menos completo, era una recopilación de oraciones para recitarlas en el otro mundo. En él se lee cómo el alma, llevada a presencia del tribunal de Osiris, defiende su causa ante el jurado infernal. «¡Homenaje a vos, Señor de Verdad y de Justicia! ¡Homenaje a ti, Dios grande, Señor de Verdad y de Justicia! ¡He venido a ti, oh dueño mío; me presento a ti para contemplar tus perfecciones! Porque te conozco, conozco tu nombre y los nombres de las cuarenta y dos divinidades que contigo están en la Sala de la Verdad y la Justicia, viviendo de los restos de los pecadores y anegándose en su sangre, el día en que se pesan

96 *Todtb*, c. CXXV.

97 *Todtb*, c. XXX, I, págs. 1 y siguientes: «¡Oh corazón, mi corazón que me viene de mi madre, mi corazón de cuando vivía en el mundo, no te levantes como testigo, no luches contra mí como jefe divino, no me acuses ante el gran dios!»

98 Las del *Gavilán de oro* (*Todtb*, c. LXXVII), del *Loto* (c. LXXXI), del *Fénix* (c. LXXXIII), de la *Grulla* (c. CXXXIV), de la *Golondrina* (capítulo LXXXVI), de la *Víbora* (c. CXXXII). La asunción de todas estas formas es voluntaria y no prueba el paso del alma humana al cuerpo de un animal. Cada una de ellas era una de las figuras de la divinidad; la entrada del alma en ellas indicaba solamente la asimilación del hombre al tipo divino que cada una representaba.

99 En las viñetas de los Papiros funerarios el mal principio está representado por el *Cocodrilo* (c. XXXI y XXXII), la *Tortuga* (c. XXXVI) y diversas clases de *serpientes* (c. XXXIII, XXXV, XXXVII, XLI).

100 A partir de la duodécima dinastía, el difunto es denominado comúnmente el *Osiris N*. En las épocas anteriores, este apelativo va raras veces unido su nombre, pero la totalidad de los textos hasta el presente conocidos, prueba que la identificación era completa entre el muerto y el dios.

101 *Todtb*, c. LXXIV, LXXV.

102 *Todtb*, c. XC, CXLVI.

103 Lepsius. *Denkm*., lám. II, págs. 43 y 81.

las palabras ante Osiris, el de la voz justa. ¡Espíritu doble, Señor de la Verdad y de la Justicia es tu nombre! Yo, ciertamente, os conozco, Señores de la Verdad y de la Justicia; os he traído la verdad, he destruido por vosotros la mentira. ¡No he cometido ningún fraude contra los hombres! ¡No he atormentado a la viuda! ¡No he mentido en el tribunal! ¡No conozco la mala fe! ¡No he hecho cosa alguna prohibida! ¡No he hecho ejecutar a un capataz de trabajadores, cada día, más trabajo del debido!... ¡No he sido descuidado! ¡No he estado ocioso! ¡No he quebrado! ¡No he desfallecido! ¡No he hecho lo que era abominable a los dioses! ¡No he desacreditado al esclavo cerca de su dueño! ¡No he causado hambre! ¡No he hecho llorar! ¡No he matado! ¡No he ordenado el asesinato a traición! ¡No he cometido fraude con nadie! ¡No he escamoteado los panes de los templos! ¡No he quitado las tortas de ofrenda a los dioses! ¡No he robado las provisiones y las fajas de los muertos!... ¡No he realizado ganancias fraudulentas! ¡No he falsificado las medidas del grano! ¡No he quitado un dedo en un palmo! ¡No he usurpado en los campos! ¡No he realizado ganancias fraudulentas valiéndome de las pesas en el platillo de la balanza! ¡No he arrebatado la leche de la boca de los niños! ¡No he echado a los animales sagrados de sus pastos! ¡No he cazado con red las aves divinas! ¡No he pescado los peces sagrados en sus estanques! ¡No he rechazado el agua en su tiempo! ¡No he cortado el paso de un brazo de agua! ¡No he extinguido el fuego sagrado a su hora! ¡No he violado el ciclo divino en sus ofrendas escogidas! ¡No he expulsado a los bueyes de las propiedades divinas! ¡Soy puro! ¡Soy puro! ¡Soy puro!»

Las mismas fórmulas de confesión negativa se repiten casi palabra por palabra en la segunda sección del capítulo, unidas cada una al nombre de uno de los cuarenta y dos miembros del tribunal. La tercera se limita a reproducir, en un lenguaje en ocasiones muy místico, las ideas expuestas en la primera: «¡Salud a vosotros, dioses que estáis en la sala de la Verdad y de la Justicia, que no tenéis la mentira en vuestro seno, sino que vivís de verdad en Onom y de ella alimentáis el corazón vuestro, ante el Señor Dios que habita en su disco solar! Libradme de Tifón, que se alimenta de entrañas, ¡oh magistrados!, en este día del juicio supremo: conceded al muerto que venga a vosotros, él que no ha pecado, que no ha mentido ni hecho mal, que no ha cometido ningún crimen, que no ha incurrido en falso testimonio, que no ha hecho nada contra sí mismo, sino que vivió de verdad y se alimentó de justicia. Ha [sembrado por doquiera] la alegría; de lo que ha hecho los hombres hablan y los dioses se regocijan. Se ha conciliado a Dios con su amor; ha dado panes al hambriento, agua al sediento, vestidos al desnudo; ha dado una barca al que se veía detenido en su viaje; ha ofrecido sacrificios a los dioses, comidas funerarias a los difuntos. ¡Libradle de él mismo! ¡Protegedle contra él mismo [variante), no habléis contra él, contra el Señor de los muertos, porque su boca es pura y sus dos manos son puras!»[104]

La lucha de Sit y de Osiris terminaba con el triunfo de Sit; durante cuatrocientos años por lo menos[105], Sit reinó en el Egipto en lugar de su víctima. Pero Osiris había tenido, después de su muerte, un hijo, Horus, que había de vengarle. El relato de la guerra de Horus contra Sit nos ha sido conservado por las inscripciones del templo de Edfú, con un lujo de pormenores que no contienen siempre las inscripciones verdaderamente históricas[106]. Horus toma en ellas el nombre de Harmakhis (Harmakhuiti). Tiene corte, ministros, ejército y flota. Su hijo mayor, Harhuditi, heredero presunto de la corona, manda las tropas. El primer ministro, Thot, dios de su oficio e inventor de las letras, tiene la geografía y la retórica en la punta de los dedos; es, por otra parte, historiógrafo de la corte y se le ha encargado, por decreto real, de anotar las victorias de su señor y de inventar para él sonoros nombres. Un soberano tan bien servido no podía sufrir que un usurpador como Sit gozara mucho tiempo de su poder; así, el año 363 de su reinado, se decidió por la guerra.

---

104 *Revue critique*, 1872, t. II, págs. 338-348.

105 Una fecha de año 400 del reinado de Sit, rey de Egipto, se encuentra en un monumento de Ramsés II, descubierto en Tanis por Mariette (Maspero, *Revue critique*, 1880, t. I, pág. 467.)

106 Naville, *Le Mythe d'Horus*, 1870, Genève, en folio: Brugsch, *Die Sage von der geflügelten Sonnenscheibe*, Göttingen, 1870, en 4º.

Movióse con su flota, sus arqueros y sus carros, descendió el Nilo en su barca, ordenó marchas y contramarchas, dio batallas en regla, sometió ciudades, hasta el momento en que el Egipto entero se prosternó delante de él. Su triunfo no fue tan completo, sin embargo, que acabara con su adversario; después de vicisitudes diversas, la disputa de los dos pretendientes es sometida al dios Gabú, que examina los derechos de cada uno y divide el valle del Nilo en dos reinos, cuyo límite está en Titoui, un poco al Sur de Menfis[107]. En adelante, la constitución política del Egipto es un hecho efectivo: se compone de dos mitades, la mitad de Horus y la de Sit, el Alto y el Bajo Egipto, que reunidas formarán el reino de los Faraones.

El primer rey conocido, el primero al menos cuyo recuerdo hubieran conservado los egipcios, llevaba el nombre de Mini (Menes)[108]. Era originario de Thini, en el Alto Egipto[109]. Hasta entonces Onú y los cantones del Norte habían figurado a la cabeza en el desenvolvimiento de la civilización egipcia. Las oraciones y los himnos, que sirvieron más tarde de base para los libros sagrados, habían sido escritos en Onú. El dios de Onú, Ra, había proporcionado el modelo que fueron copiando poco a poco los restantes dioses locales. Parece que el advenimiento del tinita acabó con la superioridad que la ciudad del Sol había ejercido durante tanto tiempo. La monarquía cuyo fundador oficial fue, duró cuatro mil años por lo menos, con treinta dinastías consecutivas. Se divide comúnmente este intervalo de tiempo, el más largo que ha registrado la historia, en tres partes: el Antiguo Imperio, de la primera a la undécima dinastía; el Imperio Medio, desde la undécima hasta la invasión de los Pastores; el Imperio Nuevo, desde la invasión de los Pastores a la conquista persa. Esta división ofrece la desventaja de no tener bastante en cuenta la marcha de los acontecimientos. Tuvieron lugar, en efecto, cuatro grandes revoluciones en la vida política del Egipto. En los primeros tiempos, el centro de gravedad del país está en Tinis, que es la capital y la tumba de los reyes. Muy pronto, sin embargo, en la tercera dinastía, Menfis impone sus soberanos a todos y es la metrópoli del comercio y de la industria. Es el segundo período el que marca el apogeo del Egipto arcaico; pero, hacia la sexta dinastía, el centro de gravedad cambia y tiende a bajar al Sur. Detiénese primero en Heracleópolis, en el Egipto Medio (novena y décima dinastías); luego desciende más aún y se fija en Tebas, en tiempo de la undécima. Desde entonces Tebas sigue siendo la capital efectiva y da los reyes: a excepción de la décimacuarta dinastía, que es xoita, todas, desde la once a la veintiuna, son tebanas de origen. Cuando los Pastores invaden el valle, la Tebaida se presenta como refugio a la nacionalidad egipcia, y sus príncipes, después de haber luchado por espacio de siglos contra los conquistadores, acabaron por libertar el reino entero en beneficio de una dinastía tebana, la decimoctava, que inaugura la era de las guerras extranjeras. En tiempos de la decimonona, un movimiento contrario al que había tenido lugar a fines de la sexta lleva poco a poco el centro de gravedad hacia el Norte y en dirección al mar. Con la veintiuna dinastía, tanita, Tebas perdió su rango de capital y las ciudades del Delta, Tanis, Bubastis, Mendés, Sebenitos y sobre todo Sais, se disputaron la primacía con encarnizamiento. Desde entonces toda la vida activa se reconcentró en los nomos marítimos: los de la Tebaida, arruinados por las invasiones etiópicas y asirias, quedaron privados de su influjo: Tebas fue una ciudad de ruinas y sólo acudieron a ella viajeros curiosos. Propongo, por tanto, que se divida la historia de Egipto en tres períodos, correspondiente cada uno a la supremacía de una ciudad o de una parte del país sobre el país entero[110]:

---

107 Goodwin, en Chabas, *Mélanges égyptologiques*, tercera serie, tomo I, págs. 246-286.

108 Acerca de la pronunciación de este nombre y de los nombres egipcios en general, véase Maspero, *Réponse a la lettre de M. Edouard Naville*, en la *Zeitschrift*, 1883, págs. 110-123.

109 Excavaciones realizadas en 1883 y 1884 me inducen a creer que Thini es, o bien la misma ciudad de Girgéh, o bien la aldea de Birbéh, situada un poco al Noroeste de Girgéh, en la orilla izquierda del Nilo.

110 *Revue critique*, 1873 t. I págs. 82-83.

1.° PERÍODO ARCAICO. (*Primera a décima dinastías*). Se subdivide en dos períodos secundarios:

a) *Imperio Tinita*. Primera y segunda dinastía.

b) *Imperio Menfita*. Tercera a la décima.

2.° PERÍODO TEBANO. (*Dinastías once a la veinte*). Supremacía de Tebas y de los reyes tebanos. Este período se divide en dos partes por la invasión de los Pastores:

a) *Antiguo Imperio Tebano*. Dinastía once hasta la catorce.

b) *Nuevo Imperio Tebano*. Dinastía diez y siete hasta la veinte.

3.° PERÍODO SAÍTA. (Dinastía veintiuna hasta la treinta). Supremacía de Sais y de las demás ciudades del Delta. Este período se divide en dos partes por la invasión persa:

a) *Primer período saíta*. Dinastías veintiuna a la veintiséis.

b) *Segundo período saíta*. Dinastías veintisiete a la treinta.

Menes y las dinastías tinitas.

Hasta estos últimos años los príncipes tinitas, por bien asegurada que estuviera su existencia por el testimonio de las listas reales, no eran para nosotros más que simples fantasmas, casi tan inasequibles como los dudosos servidores de Horus, con que la tradición poblaba el mundo primitivo. Contábasenos que después de su advenimiento, Menes no había querido fijar su capitalidad en el lugar donde nació. A nuevo Imperio, nueva capital: fundó Menfis, en la orilla izquierda del Nilo, unas cuantas leguas al sur del Delta[111]. «Antes, en efecto, todo el río corría hacia la Libia, a lo largo de la montaña arenosa (que limita el Egipto por Occidente); Menes, a cien estadios por cima de Menfis, cegó el brazo que va a mediodía, dejó en seco el antiguo lecho, y obligó al río a correr por medio del espacio que separa las dos montañas. Hoy todavía los persas vigilan con el mayor cuidado este brazo del río que corre por un lecho distinto y afirman el dique todos los años. Porque si el río llegara a romperlo y se desbordara por esta parte, sería de temer que toda Menfis quedase inundada. Por tanto, cuando Menes, el primero que se hizo rey, hubo rodeado de diques un terreno firme, levantó en él la ciudad que hoy se llama Menfis (porque Menfis, también, está en la parte estrecha del Egipto); fuera de la ciudad y todo alrededor de ella, hizo un lago que, derivado del río, se abre al Norte y al Oeste, porque por el lado de Oriente le cierra el Nilo.»[112]

Imposible decir todo lo que de verdad encierra esta tradición, como tampoco las que nos representan a Menes como el tipo perfecto del monarca egipcio, a la vez constructor, legislador y soldado. Edifica el gran templo de Ptah[113], y arregla el culto de los dioses[114], es conquistador cuando llega el caso y lleva los ejércitos más allá de las fronteras[115]; finalmente, se asegura que entre tanto perdió a su hijo en la flor de la edad, y que el pueblo compuso con este motivo un canto de duelo, el *Maneros*, cuya música y la letra se trasmitieron de siglo en siglo[116].

Se añade que se mostró amigo del lujo, que inventó el arte de servir una comida, y que enseñó a sus súbditos la manera de comer tendido en un lecho[117]. Así un príncipe saíta, Tafnakhiti, padre del

111 Diodoro (1, 50) atribuye la fundación de Menfis a otro Faraón, *Ucoreus*.

112 Heródoto, II, XCIX.

113 Heródoto, II, XCIX.

114 Diodoro, I, 94, que en este punto llama a Menes, Mnévis. Según Eliano, *Hist. Anim.* XI, 10, había instituido el culto de Hapi.

115 Manetón, ed. Unger, pág. 78.

116 Heródoto, II, LXXIX. Véase acerca del *Maneros*, Hésychius, s. v. *Μανέρως*, Suidas, s, vv. Μανέρως γ Περι μανώς.

117 Diodoro, I, 45.

Bocoris de la vigésima cuarta dinastía, durante una expedición contra los árabes, en que la aridez del desierto le obligó a renunciar a la pompa y a las delicadezas de la dignidad real para llevar durante unos días la vida de simple particular, maldijo solemnemente a Menes e hizo grabar sus imprecaciones en una estela erigida en el templo de Tebas[118]. Esto no impidió al primer rey humano seguir siendo siempre querido de los egipcios: su nombre se encuentra a la cabeza de casi todas las listas reales y su culto se perpetuó hasta la época de los Ptolomeos[119].

Murió destrozado por un hipopótamo, después de sesenta o sesenta y dos años de reinado, y lo poco que sabemos de sus sucesores tiene más de novela que de historia. Manetón enumeraba con complacencia supersticiosa los milagros que habían entristecido o regocijado sus reinados. Una grulla con dos cabezas en el primer año de Teti, el hijo de Menes, había sido para el Egipto presagio de larga prosperidad[120]; en tiempo de Uenefes, un hambre terrible había diezmado al pueblo[121]. Aquí y allá, algunos pormenores demasiado breves sobre las construcciones reales: Teti había puesto los cimientos del gran palacio de Menfis[122], y Uenefes levantó las pirámides de Ko-komé, cerca de la aldea actual de Saqqarah[123]. Varios de aquellos viejos reyes, tan alejados de nosotros que apenas podemos imaginar que han vivido, habían, dice la tradición, ambicionado el renombre de escritor o de sabio. Teti había estudiado la medicina y compuesto tratados de anatomía[124]; el capítulo LXIV del Libro de los Muertos[125] y uno de los tratados contenidos en el Papiro Médico de Berlín pasaban por haber sido descubiertos «en los días de la Santidad del rey de los dos Egiptos, Husafaiti, el verídico.»[126] En tiempo de Semempsés, nieto de Husafaiti, la peste hizo destrozos en el país, dejaron de observarse las leyes, fueron cometidos grandes crímenes y estallaron revueltas, que muy pronto produjeron la caída de la primera dinastía.

La segunda no tuvo mejor suerte que ella. Manetón no había registrado del fundador Boethos más que la mención de un desastre espantoso: se había abierto una hondonada cerca de Bubastis y se había tragado muchas gentes[127], Kakoú habría proclamado dioses al Hapi de Menfis, al Mnévis de Heliópolis y al macho cabrío de Mendés, así su nombre real significa «el varón de los varones» o «el toro de los toros», por alusión sin duda a las ideas simbólicas que prevalecían en su tiempo y a las que dio brillante confirmación la divinización de los animales[128]. Su sucesor, Binothris, habría concedido el derecho de sucesión a las mujeres de sangre real. No se sabía de los otros más que algunas historias ridículas: en tiempo de Neferkheres, el Nilo había traído miel por espacio de once días, y Sesócris pasaba por haber sido un gigante[129]. No obstante, su figura se bosquejaba ya más real que la de sus predecesores, y algunas de las mastabas diseminadas en los cementerios de Menfis, la tumba de Thothotpú en Saqqarah, la grande estela de Shiri en el Museo del Cairo[130], las

---

118 Diodoro, I, 45, *De Iside et Osiride*, 38, en que Tafnakhiti y su hijo son llamados Τνέφαχθος ὁ Τέχνατις γ Βόκχορις.

119 Estela de *Unnofri* en el Louvre, *Salle historique*, 421. Véase E. de Rougé, *Recherches sur les monuments qu'on peut atribuer aux six premières dynasties de Manéthon*, págs. 30-31.

120 Eliano, *H. Anim.*, XI, 40, que da al hijo de Menes el nombre de Οϊνίς.

121 Manetón, ed. Unger, pág. 79.

122 *Id*. págs. 78-81.

123 *Id*., pág. 79; Brugsch, *G. Inschr.*, I, págs. 124, 240; Mariette, *Histoire d'Égypte*, 2ª ed., pág. 134, que cree haber de reconocer en la pirámide escalonada la de Uenefes.

124 Manetón, ed. Unger, pág. 78.

125 Goodwin en la *Zeitschrift*, 1867, págs. 55-56.

126 *Papyrus Médical*, ed. Brugsch, hoja XV, 1. 1-2, *Papyrus Ebers*, hoja CIII, 1. 1-2.

127 Manetón, ed. Unger, pág. 84; E. de Rougé, *Recherches sur les monuments*, págs. 20-21.

128 Manetón y Rougé, *lug. cit.*

129 Manetón, ed. Unger, pág. 84.

130 Maspero, *Guide du visiteur au Musée du Caire*, pág. 18.

estatuas de Sapi en el Louvre[131], parecían poder remontarse a su época. Las excavaciones de estos últimos años han roto al fin el encanto del olvido que pesaba sobre aquellos viejos soberanos y han vuelto a la luz sus monumentos, capillas o tumbas[132]. En el territorio mismo del nomo de donde procedían, al Oeste de Tinis, en la necrópolis de Abydos, en Neggadeh y en Kom-el-Ahmar en el Alto Egipto, en Sakkarah, cerca de Menfis, han vuelto a la luz, y desde ahora podemos esperar que las huellas de su actividad se manifestarán en todas partes, desde el Delta a la primera catarata. Las tumbas de Abydos, las más numerosas hasta el presente, son como tosco bosquejo de las pirámides de la llanura menfita, construcciones rectangulares que se alzan poco sobre las arenas y están construidas de ladrillo desnudo, sin argamasa. La cámara fúnebre, en parte socavada en la roca, tenía el techo plano de vigas, y encima una capa de arena de un metro de espesor; el piso era igualmente de madera, y el cadáver del soberano estaba colocado en medio, rodeado de su mobiliario fúnebre. Pequeñas cámaras, dispuestas simétricamente alrededor de la pieza principal, servían para guardar casi todas las provisiones, y muchas veces también los cuerpos de esclavos, de mujeres y de animales domésticos, sacrificados el día del entierro para acompañar al dueño en el otro mundo. Toscas estelas se mezclan a los presentes, muchas de las cuales llevan el nombre de sus servidores o el epitafio de sus enanos y de sus perros favoritos; tablillas de marfil, de hueso o de esquisto, hábilmente esculpidas, representan las escenas de los funerales o algunas de las hazañas del muerto. Las ofrendas son en especie, las mismas que abundan en las tumbas de las edades posteriores y que se consignan en las listas fúnebres, las tortas, las diferentes clases de panes, los vinos, la cerveza, los licores, las legumbres, las frutas, las aves y la carne sacrificada. El mobiliario comprende, a más de las esterillas y las telas del equipo, sillas, taburetes, sillones, lechos con pies y cabezas de leones, y cantidad prodigiosa de vasos de barro cocido o de piedras duras, tales como el granito, el cristal de roca, el alabastro, en los que van grabados el *prenomen* y los títulos reales. Los instrumentos y las armas son de un pedernal rojizo, trabajado con una perfección que no tiene igual en ninguna parte del mundo, a veces con la empuñadura de oro estampado. Encima de la tumba se alzaban dos estelas en las que se leía en jeroglíficos en relieve el nombre de entronización del soberano, el que recibía en calidad de descendiente de Horus e identificado con Horus mismo; ante ellas, en los días de fiestas, tenían lugar los sacrificios y se amontonaban las viandas y los panes destinados al doble para los siglos venideros. Tumbas privadas se agrupaban alrededor de cada hipogeo real, y en ellas venían a reposar los oficiales de la corte del soberano, de manera que la Majestad difunta estaba rodeada después de muerta de los mismos personajes que la habían servido en la vida terrenal.

La costumbre de grabar en los monumentos, no el nombre propio del Faraón, sino su nombre de Horus, no nos ha permitido todavía clasificar de una manera segura todos los reyes que de esta suerte salen del polvo. No habiéndonos legado Manetón y las listas antiguas más que los nombres propios, nos es imposible asimilar los miembros de sus dinastías tinitas a los dueños de las tumbas de Abydos, salvo en los casos, muy raros, en que las dos clases de nombres se encuentran reunidos en uno de los objetos recogidos recientemente. Es lo que ocurre con Menes, probablemente, y con tres de sus sucesores, Miébis, Usafais y Semempsés[133], pero todas las tentativas hechas hasta el presente para identificar a los demás no han producido ningún resultado serio. Y no obstante, a pesar de esta incertidumbre, ¿cuántos progresos no nos ha proporcionado esta resurrección en el

131 Rougé, *Notices des principaux monuments*, 1855, págs. 50-57.

132 A Amelineau corresponde el mérito de haber sido el primero en descubrir y reconocer los monumentos tinitas, haciendo excavaciones en la necrópolis de Abydos durante cuatro años seguidos, desde 1895 a 1899. Ha publicado los resultados en tres volúmenes titulados *Les nouvelles fouilles d'Abydos*, 1897-1902 y *Tombeau d'Osiris*, 1899. Morgán descubrió, en 1896, la tumba de Menes en Neggadeh y la dio a conocer en sus *Recherches sur les origines*, t. II. Las excavaciones de Quibell en Kom y Ahmar, las de Petrie en Abydos, en el terreno ya explotado por Amelineau, las de Maspero en Sakkarah han aumentado el número de reyes conocidos: Petrie ha tratado de clasificarlos en su *Royal Tombs of the First Dinasty*, t. I y II, pero sin gran resultado.

133 Sethe, *Die älteste geschichtliche Denkmäler der Ægypter*, en la *Zeitschrift*, 1897, págs. 1-6.

conocimiento del Egipto primitivo? Aquellos reyes eran conquistadores y constructores: sus victorias están representadas con los nombres de los pueblos o de las ciudades que vencieron. La religión y los ritos funerales estaban ya completamente fijados en su tiempo, y el sistema de escritura que empleaban no difiere sino en pormenores del que desciframos en las inscripciones menfitas o tebanas. Finalmente, sus alhajas, sus armas, su vajilla son de tan fina ejecución que supone larga práctica. Las pocas estelas y las escasas estatuas que de ellos tenemos hasta el presente, no acusan más que el resto los caracteres de un arte todavía en la infancia. Sin duda los jeroglíficos aparecen en ellas como en desorden y las figuras bosquejadas a golpetazos más que acabadas; pero estas imperfecciones prueban simplemente que las obras que han llegado a nuestro poder no eran de las mejor hechas. Las hay malas en todas las épocas, y las excavaciones no nos han dado lo mejor que habían ejecutado los escultores de aquellas primeras dinastías; por toscas que sean las estatuas de Sapi y la estela de Shiri, no lo son en mayor grado que más de una estatua o una estela de la cuarta o de la sexta dinastía.

Con el último rey de la segunda dinastía se extinguió probablemente la descendencia directa de Menes. Había reinado cinco siglos y medio y realizado en este intervalo una obra que no dejaba de tener gloria ni presentar dificultad. Los príncipes de los nomos hubieron de habituarse difícilmente a su vasallaje y aprovecharon sin duda todos los pretextos de rebelión que la crueldad o la debilidad de algunos reyes les ofrecieron. Es verosímil que varios de ellos consiguieran recuperar su independencia y hasta establecer dinastías colaterales, que disputaron el poder supremo a la familia reinante o a veces la redujeron a momentánea impotencia. La mayor parte de los nombres reales, que figuran en determinadas listas faraónicas y no se encuentran en las de Manetón, pertenecen probablemente a estas dinastías ilegítimas. Los descendientes de Menes acabaron por triunfar de estas resistencias y por imponerse al país entero. Los clanes se mezclaron y unieron «desde Abú hasta Adhú», desde Elefantina al Delta. Menes había fundado un reino de Egipto; sus sucesores de las dos primeras dinastías unieron los elementos desemejantes del mismo y con ellos formaron una nación egipcia.

II.
EL IMPERIO MENFITA
DESDE LA TERCERA A LA DÉCIMA DINASTÍA
(ANTIGUO IMPERIO)

Las tumbas menfitas: la cuarta y la quinta dinastía. La literatura egipcia durante el período menfita. De la sexta a la décima dinastía.

Las tumbas menfitas: La cuarta y la quinta dinastía.

La tercera dinastía era menfita, pero a pesar de este origen hubo de limitarse al principio a no hacer otra cosa que continuar la tradición de las dinastías tinitas. Los historiadores de la época clásica, por tanto, no habían conservado de ella más que leyendas análogas a las que poseemos acerca de las dos dinastías precedentes[134]. El reinado del primero de sus Faraones se señaló, se nos dice, por serios desórdenes. Los libios, tributarios desde los tiempos de Menes, se rebelaron contra el rey Nekherofés y amenazaron la integridad del Imperio. En el momento decisivo, la superstición vino en ayuda de los egipcios. Una noche, cuando los dos ejércitos estaban frente a frente, el disco de la luna pareció crecer desmesuradamente, con terror de los enemigos, que tomaron aquél fenómeno por un signo de la cólera celeste y que se sometieron sin combate[135]. La paz no fue turbada durante largo tiempo y su duración favoreció el desarrollo de las ciencias y de las artes. El sucesor de Nekherofés, Tosorthros, perfeccionó la escritura y la talla de piedras. Médico como Teti, había compuesto libros que aún existían en los primeros siglos de la era cristiana; por eso los griegos le habían identificado con su dios Asclepios, el Imhotpú de los egipcios[136]. Por obra de este rey y de sus descendientes aumentó la riqueza del país, los monumentos se multiplicaron; por

134 He aquí, restituido todo lo completamente que puede hacerse por ahora, el cuadro de estas dos dinastías semi-legendarias:

Iª DINASTÍA (TINITA)	
I Menes	Μήνης, Μνεῦις
II Teti	Ἄθωθις α΄
III Athotis	Ἄθωθις β΄
IV Ata	ΚΕΝΚΈΝΗΣ, ΟΥΕΝΈΦΗΣ
V Husafaiti	Οὐσαφαΐδος
VI Maribi	Μιέβιδος
VII Samsú	Σεμέμψης
VIII Qobhú	Βιενέχης
IIª DINASTÍA (TINITA)	
I Buzau	Βόηθος
II Kakoú	Καιέχως
III Binutirú	Βίνωθρις
IV Uznas	Τλᾶς
V Sondú	Σεθένης
VI ?	Χαίρης
VII Nofirkeri	Νεφερχέρες
VIII Nofirkasokari	Σεσωχρις
IX ?	Χενέρης

Véase Mariette, la *Table de Saqqarah* y la *Nouvelle Table de Abydos*.

135 Manetón, ed. Unger, págs. 86-87.

136 Manetón, ed. Unger, página 87; véase Sethe, *Imouthes*, 1902.

desgracia, la costumbre que conservaban de hacerse designar oficialmente por sus nombres de Horus, no nos permite todavía determinar cuál de ellos edificó un templo en Hieracónpolis frente a El-Kab[137]. Unos cuantos reinados más y las tumbas van a darnos tal masa de documentos originales que podremos reconstituir de una manera cierta, no solamente la historia de los soberanos, sino la vida de los simples particulares.

Una legua próximamente al Occidente de Menfis, la cadena Líbica se despliega formando una vasta meseta que corre, en la misma dirección que el Nilo, por espacio de varias leguas. En la extremidad septentrional, un príncipe que ha permanecido incógnito, pero que hay quizá que remontar a los siglos anteriores a Menes, había tallado en la roca viva una esfinge gigantesca, símbolo de Harmakhis, el sol levante. Más tarde, un templo de alabastro y de granito, el único ejemplar que poseemos de la arquitectura monumental del Antiguo Imperio, se construyó a corta distancia de la imagen del dios; otros templos, hoy día destruidos, se levantaron aquí y allá e hicieron de la meseta entera como un vasto santuario consagrado a las divinidades funerarias. Los habitantes de Menfis vinieron a depositar allí sus muertos al abrigo de la inundación. Los del vulgo eran enterrados en la arena a un metro de profundidad, las más de las veces desnudos y sin féretro. Otros eran enterrados en pequeñas cámaras rectangulares, toscamente construidas con ladrillos amarillentos y encima un techo abovedado, comúnmente ojival. Ningún adorno, ningún objeto precioso les acompañaba a la tumba; tan sólo vasos de barro eran colocados al lado del cadáver y encerraban las provisiones que se le señalaban para la otra vida[138].

Propiamente hablando, son las tumbas monumentales la morada del doble. Cuando están completas, se dividen en tres partes: una capilla exterior, un pozo y cuevas subterráneas. La capilla es una construcción rectangular que de lejos se tomaría por una pirámide truncada (mastaba). Los lados, hechos de piedra o de ladrillo, están simétricamente unidos y son casi siempre lisos; a veces, no obstante, las hiladas van en disminución y forman casi escalones. La puerta, que se abre comúnmente del lado oriental, está coronada simplemente por un tambor cilíndrico, otras adornada a los lados con bajo-relieves representando la imagen del difunto, de pie, y la corona ancha losa cubierta por una inscripción en líneas horizontales. Contiene ésta una oración e indica también los días consagrados al culto de los antepasados. «Proscinemo dedica a Anubis residente en el palacio divino, para que sea concedida una sepultura en el Amentit, la comarca del Oeste, la muy grande y muy buena, al fiel según el Dios grande; para que marche por los caminos por donde conviene marchar, el fiel según el Dios grande, para que tenga ofrendas en panes, harinas y licores, en la fiesta de principio del año, en la fiesta de Thot, el primer día del año, en, la fiesta de Uagait, en la gran fiesta del fuego, en la procesión del dios Minú, en la fiesta de las ofrendas, en las fiestas del mes y del medio mes y todos los días.»

Comúnmente, el interior de la capilla no encierra más que una sola cámara. En el fondo, en el sitio de honor, se yergue una estela de dimensiones colosales, al pie de la cual se apercibe una mesa ofertoria de alabastro, granito o piedra caliza, colocada de plano sobre el suelo, y a veces dos obeliscos minúsculos o dos altares, ahuecados en lo alto para recibir los dones de panes sagrados, licores y vituallas de que se habla en la inscripción exterior. El aspecto de la estela es el de una puerta algo estrecha, un poco baja, cuya batiente estuviera siempre cerrada. La inscripción grabada en el dintel nos dice el nombre del dueño de la tumba. Las figuras talladas en los montantes son sus retratos y los de las personas de su familia. La pequeña escena del fondo le muestra sentado a la mesa, y se ha llevado el detalle hasta grabar a su lado la lista de la comida. La estela era, propiamente hablando, la fachada exterior de la *casa eterna* en que cada uno iba a enterrarse cuando le tocaba. Nada tiene de sorprendente que se haya representado una puerta; si la puerta estaba cerrada, era que nadie había de penetrar en la tumba, ni ver el sarcófago pasado el día del enterramiento. La fórmula que en ella se esculpía no era solamente un epitafio destinado a recordar

137 Quibell, *Hiéracônpolis* t. I. lám. II.

138 Mariette, *Sur les tombes de l'Ancien Égypte*, págs. 2-3.

a las generaciones venideras que Fulano o Zutano había vivido en otro tiempo: guardaba el nombre y la filiación del difunto y le atribuía un estado civil, sin el que no habría tenido personalidad en su vida nueva; un muerto sin nombre hubiera dejado de tener existencia. No era ésta, sin embargo, más que la virtud menos importante de la estela: la oración y las figuras que en ella aparecían trazadas tenían por resultado asegurar medios de existencia al personaje a que estaba consagrada. Como los vivos no están en comunicación directa con los muertos y no pueden trasmitirles las ofrendas de mano a mano, eligen un dios por intermediario y le dedican el sacrificio, a condición de que recibirá la parte de derecho de todas las cosas buenas que se le dediquen y de que vive. El ser invocado es casi siempre el chacal Anubis o el *Dios grande*, es decir, Osiris. El alma o más bien el doble del pan, de las bebidas, de la carne, iba de esta suerte al otro mundo y allí alimentaba al doble del hombre. Ni siquiera había necesidad de que la ofrenda fuera efectiva para que se lograra lo deseado: cualquiera, repitiendo con cuidado la fórmula de la ofrenda, proporcionaba por este solo hecho al doble la posesión de todos los objetos que iba enumerando.

En bastantes casos, sólo la estela estaba grabada; muchas veces también las paredes de la cámara estaban adornadas con escenas y cuadros esculpidos con esmero. Uno solo de aquellos cuadros tenía significación funeraria bien marcada y representaba la manera cómo el muerto realizaba su viaje de ultra-tumba. Pensaban los egipcios, como la mayor parte de los pueblos, que el paso de esta tierra a la *otra tierra* no puede realizarse indiferentemente por todos los lugares. El sitio exacto de donde sus almas partían para entrar en el mundo sobrenatural estaba un poco al Occidente de Abydos y era una hendidura de la montaña. La barca del sol, por la tarde, al llegar al término de su carrera diurna, se deslizaba con su cortejo de dioses por la *boca de la hendidura* y penetraba en la noche. Las almas se introducían con ella bajo la protección de Osiris. Era preciso, por tanto, que acudieran a Abydos desde todos los puntos del Egipto, y se suponía que hacían el viaje por agua. Esta expedición está frecuentemente representada en las pinturas de las tumbas. Comúnmente el muerto, cubierto con sus vestiduras civiles, dirige la maniobra como si aún estuviera vivo. Otras veces, iba encerrado en un catafalco rodeado de lloronas y de sacerdotes. Canoas y chalanas cargadas de ofrendas escoltan las barcas principales. Las gentes de la tripulación lanzan gritos de buen augurio: «¡En paz, en paz, cerca de Osiris!», o hablan y disputan unos con otros. Se inclinaría uno a creer que se trata de un viaje verdadero, y los griegos se han dejado engañar por las apariencias. Contaban que los más ricos y considerados entre los egipcios se hacían enterrar en Abydos porque tenían a gloria descansar cerca de Osiris. Realmente, los personajes de las pinturas de hipogeos no van a Abydos. Yacen en Menfis, en Beni-Hassan, en Tebas o en cualquier otra ciudad; sólo su alma hacía el viaje después de la muerte[139].

Todas las demás escenas nos hacen asistir a la preparación y al trasporte de las ofrendas funerarias. Durante su vida, los grandes señores hacían con los sacerdotes verdaderos contratos, por los que daban a tal o cual templo tierras y rentas a cambio de sacrificios en las épocas determinadas por la costumbre. Estas tierras constituían los *bienes de la tumba* y proporcionaban las viandas, las legumbres, los frutos, las telas, todo lo que hace falta para montar y mantener una casa[140]. Los bajo-relieves esculpidos en las paredes representan, por tanto, los episodios más notables de la vida agrícola, industrial y doméstica. De un lado se ve la labor de las tierras, la siembra, la recolección, la llegada del trigo a las casas, el almacenamiento de granos; luego la cría de ganados, el cebo de las aves. Un poco más lejos, grupos de obreros se ocupan cada uno en los trabajos de su oficio: zapateros, vidrieros, fundidores, carpinteros están colocados en fila; carpinteros de ribera derriban árboles y ponen una barca en astillero; mujeres tejen en el telar, bajo las miradas de un capataz mal encarado que parece poco dispuesto a sufrir su charla. Todo ello va acompañado de letreros explicativos en que se reproducen las palabras de los personajes representados. «Agarra bien, ten

139 Maspero, *Études Égyptiennes*, t. I, págs. 121-128.

140 Maspero, *Ægyptian Documents relating to the Dead*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. VII, págs. 6-36.

fuerte», ordena a su ayudante el carnicero que se dispone a matar un buey. «Andando, cuando quieras», le responde éste. Un barquero de buen humor grita de lejos a un viejo que pesca a la orilla: «Ven por el agua, y el viejo responde: «Vamos, no tanto hablar.»[141] Escenas y letreros tenían una intención mágica: refiriéranse a la vida civil o al infierno, habían de asegurar al muerto una existencia dichosa o preservarle de los peligros de ultratumba. De igual modo que la repetición de la fórmula de las estelas «Proscimeno a Osiris para que conceda una renta de panes, licores, vestidos, provisiones al difunto», proporcionaba a éste, sin ofrenda real, el goce de los bienes enumerados, así la reproducción de ciertos actos en las paredes de la tumba le garantizaba su realización verdadera. El doble, retirado en el fondo de su capilla, se veía en la pared yendo de caza, e iba de caza, comiendo y bebiendo con su mujer, y comía y bebía con su mujer: la labranza, la recolección, la entrada de los granos de las paredes se convertían para él en labranza, recolección y granero efectivos. Las gentes de todas clases pintadas en los registros cosían zapatos y guisaban para él, le guiaban en la caza por el desierto o en la pesca en las espesuras de papiro. Después de todo, aquel mundo de vasallos colocado en la pared no era menos real que el doble de que dependía: la pintura de un servidor era lo que necesitaba la sombra de un dueño. Creía el egipcio, al llenar su tumba de figuras trabajando, que prolongaba más allá de la vida terrena el disfrute de todas las cosas que fabricaban y de todas las riquezas que le traían[142].

En aquella cámara así adornada los descendientes del muerto y los sacerdotes afectos a su culto se reunían en los días indicados para rendir homenaje al antepasado. Volvían a verle tal como había sido en vida, escoltado por sus servidores y rodeado de lo que había constituido la alegría de su vida terrenal, en todas partes presente y por decirlo así palpitante en medio de ellos. Sabían que detrás de una de las paredes, en un espacio reducido, en un *serdab* dispuesto en la obra de fábrica, estaban en confuso montón sus estatuas. Comúnmente aquel *serdab* no tenía comunicación con la cámara y quedaba perdido en el muro; a veces estaba unido al exterior por una especie de conducto tan estrecho que apenas se podía meter la mano. En días determinados, los parientes venían a murmurar oraciones y a quemar perfumes en el orificio[143]; el muerto mismo las recibía por allí. En efecto, para subsistir en el otro mundo, el doble necesitaba un cuerpo tangible. La carne en que se había apoyado durante la existencia terrenal le servía también de principal apoyo, y por eso sin duda se trataba de retrasar su destrucción mediante las prácticas del embalsamamiento. Pero la momia desfigurada ya no recordaba más que remotamente lo que fue el individuo vivo. Era, por lo demás, única y fácil de destruir: podía ser quemada, despedazada, dispersados sus pedazos. Si desaparecía ¿qué sería del doble? Se añadían como sustitutos al cuerpo de carne otros de piedra o de madera que reproducían exactamente sus rasgos, estatuas. Eran éstas más resistentes y nada impedía hacerlas en la cantidad que se quisiera. Un solo cuerpo era una sola probabilidad de persistencia para el doble; veinte añadían veinte probabilidades. De aquí el número verdaderamente sorprendente de estatuas que se encuentran a veces en una sola tumba. La previsión del muerto y la piedad de los parientes prodigaban las imágenes del cuerpo terrenal, y por consiguiente los soportes, los cuerpos imperecederos del doble, confiriéndole por esta sola circunstancia una casi inmortalidad. La misma razón multiplicaba a veces, alrededor de las estatuas del muerto, las de sus servidores inmovilizados en diferentes actos de la vida doméstica, amasando el pan, machacando el grano, haciendo el bañado de los jarros destinados a contener el vino.

Se comprende qué carácter particular imprimió esta concepción de la vida del alma al arte egipcio. La primera condición que había que cumplir para que el doble pudiera adaptarse a su sostén de piedra era que éste reflejara hasta sus más insignificantes pormenores los rasgos y las partes del cuerpo de carne. De donde el carácter realista e ideal a la vez que se observa en las estatuas. El cuerpo y la actitud están idealizados casi siempre. Raro es, en efecto, que se observe un

---

141 Mariette, *Sur les tombes de l'Ancien Empire*, págs. 17-22; Brugsch, *Die Ægyptische Gräberwelt*, págs. 15-26.

142 Maspero, *Études égyptiennes*, t. I, págs. 191-194.

143 Mariette, *Sur les tombes de l'Ancien Empire*, págs. 59.

busto demacrado de viejo, el seno flácido y el vientre abultado de las mujeres en la edad madura. Los hombres son siempre, o adolescentes de ágiles miembros, u hombres ya hechos en la fuerza de la edad, las mujeres tienen siempre el pecho firme y las caderas poco abultadas de las muchachas. El cuerpo es, por decirlo así, un cuerpo mediano, que muestra al personaje en lo mejor de su desarrollo, y que le hace capaz de ejercitar en el otro mundo la plenitud de sus funciones físicas. Solamente en el caso de una deformidad demasiado pronunciada, el artista se aparta de este ideal, deja a la estatua de un enano todas las fealdades del cuerpo del mismo. Era necesario que así ocurriese. Si se hubiera colocado en el hipogeo de un enano la estatua de un individuo normal, el doble, acostumbrado en este mundo a las irregularidades de sus miembros, no habría podido adaptarse a aquel cuerpo y no habría estado en las condiciones necesarias para vivir dichoso en el mundo de las tumbas[144]. Pero una vez admitida esta manera de idealizar sus modelos, el escultor había de traducir con fidelidad los rasgos de su cara y las particularidades de su continente. Lo hacía a veces de manera brutal, casi siempre con sencilla fidelidad. Las estatuas son verdaderos retratos, y nos permiten reconstituir la población del Egipto en las primeras dinastías con más facilidad que reconstituimos la población de Italia en los primeros tiempos del Imperio Romano. Las aptitudes son las de la clase a que pertenece el original: la estatua está en cuclillas, si se trata de un escriba; de pie, en actitud de mando, o sentada en el sillón de ceremonia, si de un rey o de un noble que espera las ofrendas de sus vasallos[145].

El pozo que desciende a la cripta empieza en ocasiones en un rincón de la cámara, pero muchas veces, para descubrir su principio, hay que subir encima de la plataforma de la capilla exterior. Es cuadrado o rectangular, construido con grandes y hermosas piedras hasta el lugar en que se introduce en la roca. Su profundidad media es de doce a quince metros, pero puede llegar y aún pasar de treinta. En el fondo y en la pared del mediodía se abre un pasadizo, en el que no se puede entrar sino encorvándose, y que conduce a la cámara funeraria propiamente dicha. Está tallada en la roca viva y desprovista de adornos; en medio se extiende un gran sarcófago de piedra caliza fina, de granito rosado o de basalto negro, que lleva grabados en ocasiones los nombres y títulos del difunto. Después de haber sellado el cuerpo, los obreros depositaban en el suelo los cuartos de un buey que se acababa de sacrificar en la cámara alta, platos con fruta o legumbres, ánforas de vino, vasijas de barro encarnado llenas de agua cenagosa. Luego tapiaban cuidadosamente la entrada del pasillo y llenaban el pozo hasta la boca con piedras mezcladas con arena y tierra. Todo ello, muy bien regado, acababa por formar un cemento casi impenetrable, cuya dureza ponía al muerto al abrigo de toda profanación[146].

Estas tumbas, verdaderos monumentos cuyo aspecto hacía decir a los griegos que eran las moradas eternas de los egipcios, junto a las cuales sus palacios no parecían más que residencias de paso, formaban varias ciudades funerarias más extensas que la ciudad de los vivos. En Gizeh están dispuestas en un plano simétrico y alineadas a lo largo de verdaderas calles; en Saqqarah están sembradas en desorden por la superficie de la meseta, espaciadas en algunos puntos, amontonadas confusamente en otros. Donde más apretadas están, se ven pirámides aisladas o reunidas en grupos desiguales[147]. Unas tienen de siete a ocho metros de altura y apenas pasan del nivel de las tumbas vecinas; otras alcanzan ciento cincuenta metros y se cuentan hoy todavía entre las masas más considerables que ha edificado nunca la mano del hombre. Son éstas tumbas reales. Para prepararlas, cada Faraón había cortado la roca y removido la tierra desde el comienzo de su reinado;

144 Véase la estatua del enano Khnumhotpú del Museo del Cairo (Maspero en O. Rayet, *Les Monuments de l'art antique*, t. I).

145 Maspero, *Guide du Visiteur au Musée de Boulak*, págs. 214-216, de donde esta teoría se ha extendido a las obras de otros sabios.

146 Mariette, *Notice des principaux monuments*, págs. 34-36; *Sur quelques tombes de l'Ancien Empire*, págs. 9-10.

147 No es la pirámide, propiamente hablando, más que la forma regularizada del túmulo. Acerca del sentido místico que los egipcios atribuían a esta clase de monumentos, véase Schiaparelli, *Il Significato simbolico delle Piramidi Egiziane*, en 4º, Roma, 1884.

los personajes más importantes de su corte habían recorrido el reino en busca de un bloque de alabastro digno de ser sarcófago del soberano; la población de ciudades y provincias enteras había sido enviada a las canteras y a los talleres de construcción. A cada pirámide iba unido un templo, en que el monarca difunto recibía las ofrendas de sus súbditos y los homenajes de un colegio sacerdotal afecto especialmente a su culto.

En aquel tiempo, «he aquí que la Majestad del rey Huní murió y que la Majestad del rey Snofrui se elevó en calidad de rey bienhechor en este país entero.»[148] Snofrui, el Soris de Manetón[149], hizo la guerra a las tribus nómadas (*Monatiú*) que acometían incesantemente la frontera oriental del Delta y penetró hasta el fondo de la península del Sinaí. Un bajo-relieve del Uadi-Magharah, trofeo de su campaña, nos muestra «el rey de los dos Egiptos, el señor de las diademas, el dueño de justicia, el Horus vencedor, Snofrui, el dios grande», aplastando con su maza a un bárbaro tirado por tierra delante de él[150]. Explotó en beneficio suyo las minas de cobre y de turquesas del Sinaí, y para poner en adelante el Delta al abrigo de las incursiones, guarneció la frontera con una serie de fortalezas, unas de las cuales al menos, She-Snofrui[151], existía aún en tiempos de los reyes de la duodécima dinastía[152]. Su culto, establecido inmediatamente después de su muerte, se perpetuó a través de los siglos y duró hasta la época de los Ptolomeos[153].

Pero su fama, por grande que fuera a orillas del Nilo, se borra ante la de sus tres sucesores, Khufui (Keops), Khafri (Kefrén), y Menkaurí (Micerinos), los constructores de las pirámides. «Keops edificó el vasto monumento de su gloria o de su locura en un siglo tan alejado del tiempo en que comienzan los datos ciertos de la historia profana, que no tenemos manera de calcular la anchura del abismo que separa las dos épocas; tan extraño a todas las simpatías y a todos los intereses de la gran familia humana que puebla al presente la tierra, que ni siquiera la Historia Sagrada sabe nada de los hombres de la generación de Keops, nada, a no ser que vivieron, fueron padres y murieron. Y, no obstante, la pirámide de Keops domina todavía desde su altura la arena del desierto: la blancura sepulcral de sus bloques de numulites destella todavía al sol abrasador, su sombra inmensa se prolonga a través de las estériles llanuras que la rodean y al declinar el día viene a oscurecer los campos de maíz y de trigo de Gizeh. Cuando el espectador, colocado en algún punto favorable, llega a formarse idea clara de la inmensidad del monumento, no hay palabra que pueda decir lo abrumado que se siente su espíritu. Vese oprimido y vacila como si sostuviese una gran carga. Al contrario de muchas otras ruinas, las pirámides, desde cualquier punto que se las mire, jamás aparecen como montones de restos o montañas. Siguen siendo la obra de manos humanas. La señal de su origen aparece y resalta siempre, y de esto sin duda proviene ese confuso sentimiento de temor y de respeto que trastorna el espíritu cuando por primera vez recibe la impresión clara de su inmensidad.»[154]

Con solo verlas, se puede adivinar la cantidad de esfuerzos que fueron necesarios para levantar aquellas masas gigantescas, aunque no tuviéramos la historia para referirnoslos. Cuando los reinados de Keops y de Kefrén estaban bien pasados, mucho tiempo después de que los Faraones del Antiguo Imperio hubieron desaparecido en la oscuridad de los tiempos, el recuerdo de los trabajos que había costado la erección de las pirámides aguijoneaba todavía el espíritu del pueblo egipcio. En los tiempos de Heródoto y de Diodoro, Keops había adquirido la reputación de odioso

148 *Papyrus Prisse*, hoja II, 1.7, 8.

149 E. de Rougé, *Recherches sur les monuments*, etc., págs. 28-41. Snofrui figura en un cuento hallado en San Petersburgo por M. Golénischeff (*Zeitschrift*, 1876, págs. 107-111).

150 Lepsius, *Denkm*., II, 2.

151 El Uadi de Snofrui.

152 Chabas, *Les Papyrus de Berlin*, pág. 91; E. de Rougé, *Recherches*, pág. 90.

153 E. de Rougé, *Recherches*, pág. 41. Las excavaciones de estos últimos años parecen demostrar que este rey tuvo una pirámide en Dahshur y otra en Meidum: hay en esto un problema que todavía no se ha resuelto.

154 Osburn, *The Monumental History of Egypt*, t. I, págs. 270-271.

tirano. «Empezó por cerrar los templos y por prohibir que se hicieran sacrificios; luego obligó a todos los egipcios a trabajar para él. A unos les asignó la tarea de arrastrar los bloques desde las canteras de la cadena Arábiga hasta el Nilo; una vez pasados en barca, mandó a los otros que los llevasen hasta la cadena Líbica. Trabajaban cien mil hombres, que se relevaban por trimestres. El tiempo que padeció el pueblo se repartió de esta suerte: diez años para hacer la calzada por la que se llevaban los bloques, obra, a mi parecer, muy poco inferior a la pirámide (porque su longitud es de cinco estadios, su anchura de diez *orgias* y su mayor altura de ocho, todo hecho con piedra tallada y cubierto de figuras); se emplearon, por tanto, diez años en hacer esta calzada y las cámaras subterráneas abiertas en la colina en donde se alzan las pirámides..... En cuanto a la pirámide misma, se emplearon veinte años en hacerla; es cuadrangular, y cada una de sus caras tiene ocho *pletros* de base, con una altura igual; todo hecho con bloques pulimentados y perfectamente ajustados; cada uno de ellos no tiene menos de treinta pies.»[155]

«Los caracteres egipcios grabados en la pirámide indican las sumas gastadas en nabos, cebollas y ajos para los obreros empleados en los trabajos; si no tengo mala memoria, el intérprete que me descifraba la inscripción me dijo que ascendían a mil seiscientos talentos de plata. Si es así, ¡cuánto no debió gastarse en hierro para las herramientas, en víveres y vestidos para los trabajadores, puesto que para edificar se necesitó todo el tiempo que he dicho, y el no menos considerable, a mi parecer, que exigió la talla de las piedras, su transporte y las excavaciones subterráneas!..»[156] La tradición conservada por Heródoto iba todavía más lejos. Representaba a Keops, falto ya de recursos y obligado a buscar dinero por todas partes, vendiendo su hija al primer venido.[157] Otra leyenda, recogida por Manetón, es menos cruel con el pobre rey: en sus últimos días se habría arrepentido de su impiedad y habría escrito un libro sagrado que sus ciudadanos tenían en gran estima.[158]

«Los egipcios me dijeron que este Keops reinó cincuenta años, y que después de su muerte su hermano Kefrén heredó la corona. Kefrén abusó de ella lo mismo que su hermano en todo, y construyó una pirámide que no alcanza las dimensiones de la primera, porque la hemos medido personalmente... Las dos están sobre una colina de cien pies de altura próximamente. Se dice que Kefrén reinó cincuenta y seis años. Se cuentan, por tanto, ciento seis años durante los cuales los egipcios sufrieron toda clase de desgracias y los templos fueron cerrados sin que se abrieran una sola vez. Por odio, tratan los egipcios de no nombrar a estos príncipes; llegan hasta el punto de dar a las pirámides el nombre del pastor Filitis, que pastaba entonces sus rebaños en aquellos parajes.»[159] Según la tradición, ni Keops ni Kefrén gozaron las tumbas que se habían preparado a costa de tantos sufrimientos; el pueblo exasperado se sublevó, arrancó sus cuerpos de los sarcófagos y los hizo pedazos[160].

Al lado de estos dos tiranos, la tradición coloca un monarca piadoso, Mikerinos, hijo de Keops y constructor de la tercera pirámide. «Las acciones de su padre no le fueron agradables; volvió a abrir los templos y envió a las ceremonias religiosas y a los trabajos al pueblo reducido a la última miseria; finalmente, administró justicia con más equidad que todos los otros reyes. Por esto se le alaba más que a todos los que han reinado en Egipto; porque no sólo hacía buena justicia, sino que al que se quejaba de su sentencia le hacía algún regalo para apaciguar su enojo.»[161] Aquel rey

155 Heródoto, II, CXXIV.

156 Heródoto, II, CXXV.

157 Heródoto, II, CXXVI. Véase Maspero, *Fragment d'un commentaire sur le second livre d'Hérodote*, 1875. págs. 4-7.

158 Manetón, ed. Unger, pág. 91. Entre los escritos de alquimia se encuentra uno atribuido a Sofé el Egipcio; es probablemente el que se vendía con el nombre de Sufis-Keops en tiempos del Africano.

159 Heródoto, II, CXXVII-CXXVIII.

160 Diodoro de Sicilia, I, 64.

161 Heródoto, II, CXXIX.

piadoso tuvo, sin embargo, mucho que sufrir; perdió a su hija única, y poco tiempo después supo por un oráculo que sólo le quedaban seis años de vida. Para consolarse, encerró el cadáver de su hija dentro de una ternera hueca de madera, que depositó en Sais y a la que tributó honores divinos. El medio que empleó para burlar el oráculo es original y merece referirse. «Mandó a quejarse al dios, porque su padre y su tío, después de haber cerrado los templos, olvidado a los dioses, oprimido a los hombres, hubieran vivido largo tiempo, mientras qué él, tan piadoso, había de morir tan pronto. El oráculo respondió que por lo mismo su vida se acortaría, porque no había hecho lo que era preciso hacer. El Egipto habría tenido que sufrir ciento cincuenta años, y los dos reyes, sus predecesores, lo habían sabido, al contrario de él. Ante esta respuesta, Mikerinos, juzgándose condenado, hizo buen número de lámparas, las encendió todas las noches, y empezó a beber y darse buena vida, sin cesar nunca, noche y día, vagando por los estanques y los bosques, en todas partes donde creía hallar motivos de distracción. Había maquinado esto para convencer al oráculo de falsedad, y vivir doce años, contando las noches como días.»[162]

El relato de los historiadores griegos no se parece gran cosa a lo que los monumentos nos enseñan. Es imposible que Kefrén haya sido hermano de Keops; la duración de los dos reinados se opone en absoluto a ello. Ni siquiera fue Kefrén el sucesor inmediato de Keops. Las listas de los monumentos ponen entre los dos reyes otro llamado Didufri cuya pirámide ha sido descubierta recientemente hacia Abu-Roache[163], un poco al Norte de las de Gizeh. El reinado muy corto de este príncipe, que no tiene por lo demás ninguna importancia histórica, puede servirnos para explicar uno de los puntos de la leyenda recogida por los griegos. Quizá Didufri era el hijo de Keops y el hermano mayor de Kefrén. De donde el dicho de que Kefrén era hermano de su predecesor inmediato, y como Didufri desapareció sin dejar huella alguna en la memoria del pueblo, el de que Keops era predecesor inmediato y por consiguiente el hermano mayor de Kefrén.

La impiedad tradicional de los dos reyes no es menos problemática que su parentesco. Los títulos que adoptan y los que llevan las personas de su familia o de su corte, dan pruebas del respeto que profesaban a la religión. Kefrén se llama «el Horus y el Sit», «el Horus, corazón fuerte», «el buen Horus, el dios grande, señor de las diademas»; su mujer, la reina Marisankh, es sacerdotisa de Thot[164]; uno de sus parientes, el príncipe Minán, era gran sacerdote de Thot en Khnumú o Hermópolis[165]. Finalmente, una estela, en que la princesa Honitsen consigna la construcción de su pirámide funeraria, nos muestra al Keops histórico edificando y restaurando templos, al contrario del Keops legendario. «El Horus vivo, el que aplasta a sus enemigos, el rey de Egipto Khufui vivificador, ha encontrado el templo de Isis, patrona de la pirámide, cerca del templo de la Esfinge, al Noroeste del templo de Osiris, señor de la tumba; ha construido la pirámide de su real hija, Honitsen, cerca de dicho templo. Ha hecho esto a su madre Isis, madre divina, a Hathor, señora de las aguas [de lo alto][166]. Inscribiendo su donación en una estela, le ha dado nuevo dote, ha reconstruido su santuario con piedra, y halló estos dioses en su templo.» Siguen la lista y la imagen de los dioses: Horus e Isis, en varias de sus formas, Neftis, Selkit, Ptah, Sokhit, Osiris, Hapi. Detrás de cada imagen se lee la indicación de las materias de que estaba fabricada: la barca de Isis, el gavilán de Horus, el ibis de Thot eran de madera dorada; Isis era de oro y plata; Neftis de bronce dorado; Sokhit de bronce[167]. Por otra parte, vemos que el mismo príncipe había ensanchado o por lo

162 Heródoto, II, CXXIX-CXXXIII.

163 E. de Rougé, *Recherches*, páginas 52-54. M. de Rougé leía el nombre *Râ-tot-ef* e identificaba al príncipe con el Ratoisés de Manetón, quinto rey de la cuarta dinastía. Pero la analogía de los otros nombres obliga a leer Didufri, como se dice *Menkauri*, y no *Râ-men-kau*. La pirámide de Didufri ha sido descubierta en Abu-Roache, en 1901, por M. Chassinat.

164 E. de Rougé, *Recherches*, pág. 54.

165 E. de Rougé, *Recherches*, pág. 62.

166 El cielo, como en el capítulo primero del Génesis.

167 Mariette, *Notices des principaux monuments*, 2ª ed., págs. 207209, y *Monuments divers*, lám. 53. E. de Rougé, *Recherches*, págs. 46-50.

menos reparado el templo de Hathor, en Denderah[168]. Henos aquí muy alejados del Keops de Heródoto que cerraba los santuarios del Egipto y que proscribía a los dioses.

Se sabe hoy de qué procede esta diferencia entre los relatos de los escritores griegos y la realidad. Lo que Heródoto refiere no es sino la transcripción de un cuento popular. Los egipcios han tratado a Keops, a Kefrén y a Mikerinos de la misma manera que los poetas de la Edad Media han tratado a Carlo Magno; después de haberlos exaltado de todas maneras, los han hecho odiosos y ridículos. Las novelas egipcias que poseemos hoy en el original muestran que la fantasía del vulgo no dudó jamás en imputar a los mejores de entre los Faraones las hazañas más inverosímiles; los cuentistas se complacían en elegir para sus héroes nombres conocidos, Ramsés, Meneftah, y esto solo basta para explicarnos el origen de las fábulas que los griegos nos han trasmitido acerca de los reyes de la cuarta dinastía. El Keops de Heródoto y el de las inscripciones llevan el mismo nombre y ambos han construido la segunda pirámide: fuera de eso, lo que de ellos se nos enseña difiere. Keops y Kefrén son simples héroes de novela[169]; Khufui y Khafri nos aparecen como reyes poderosos, piadosos para con la divinidad y temibles para sus enemigos, no menos que para sus súbditos. Keops peleó contra los nómadas de Arabia y defendió victoriosamente contra sus ataques los establecimientos mineros que Snofrui había fundado en la península del Sinaí[170]. Los prisioneros cogidos en esta campaña fueron sin duda empleados, según costumbre, en la construcción de las pirámides. ¿Es esto decir que la concepción popular sea enteramente falsa y que haya tratado bien a sus súbditos? El número de prisioneros, por grande que se le suponga, no podía bastar para la inmensidad de la obra; sin duda fue necesario recurrir a los egipcios de pura raza y hacer listas de ellos, según refiere Heródoto. «Hubo gran clamor de un extremo a otro de su Imperio, clamor del oprimido contra el opresor; clamor de tormento y de amarga angustia, clamor tal, que aun resuena en su memoria cuando escribo; uno de esos clamores que desde los días de Sufis se han levantado con frecuencia en la tierra de Egipto y han atravesado los oídos del señor de los ejércitos. ¿Y Sufis se preocupó? No más que Mohamed-Ali o Ibrahim-Bajá. El capricho egoísta del tirano, sea la gran pirámide o el dique, avanza, ¿qué importan al dueño los sufrimientos de su pueblo?»[171] El Egipto puede variar de religión, de lengua y de raza; llámese el soberano Faraón, sultán o bajá, el destino del *felah* es siempre el mismo. Los historiadores griegos han recogido, a cuatro mil años de distancia, el eco de las maldiciones con que los egipcios cargaron la memoria de Keops. Nada impide creer que aquella rebelión de que habla Diodoro[172] tuvo realmente lugar; estatuas de Kefrén rotas han sido halladas cerca del templo de la Esfinge, en un pozo donde habían sido arrojadas de antiguo, quizá en un día de revuelta[173].

La idea de piedad que la tradición popular unía al reinado de Menkauri, el Mikerinos de Horodoto, está confirmada por el testimonio de los contemporáneos; no es que dicho príncipe, como se ha dicho, hubiera vuelto a abrir los templos (hemos visto que nunca estuvieron cerrados), pero ordenó a uno de sus hijos, Didufhorú, que recorriera los santuarios del Egipto, sin duda para restaurar los que le pareciese hallarse en mal estado y hacer en todas las ciudades nuevas fundaciones. En el curso de esta inspección descubrió el príncipe, según algunos documentos, el capítulo LXIV del Ritual Funerario, «en Khmunú (Hermópolis), a los pies del dios Thot, escrito en caracteres azules sobre una losa de alabastro... El príncipe lo llevó al rey como un objeto milagroso.»[174] Estas revelaciones de libros religiosos o científicos son frecuentemente mencionadas

---

168 Dümichen, *Bauurkunde*, lám. XVI, a, b.

169 Maspero, *Fragment d'un commentaire*, en el *Annuaire de l'Association pour l'encouragement des Etudes grecques*, 1875 y 1878; *les Contes populaires de l'Ancien Égypte*, págs. XX y siguientes.

170 Lepsius, *Denkm*, II. lám. 2.

171 Osburn, *The Monumental History of Egypt*, t. I. págs. 275-276.

172 Diodoro, 1, 64.

173 Mariette, *Lettre a M. le vicomte de Rougé*, pág. 7.

174 *Todtb*. CXIV, 30-32; Birch., *On formulas relating to the heart*, en la *Zeitschrift*, 1867, págs. 54-55.

en la antigua literatura egipcia. Hemos visto ya que la invención del capítulo LXIV se atribuye por algunos al rey Usafais, y que el rey Teti pasaba por haber recogido un libro de medicina, del que todavía conservamos la mejor parte. Otro tratado de medicina, recientemente señalado, se remontaría de igual manera al reinado de Keops. Se había manifestado en Coptos, una noche, ante un ministro del dios, que había entrado en la sala principal del templo y había penetrado hasta el fondo del santuario. «Ahora bien; la tierra estaba sumergida en las tinieblas, pero la luna brillaba sobre aquel libro por todos lados. Fue llevado con gran maravilla a la santidad del rey Khufui, el de la palabra justa.»[175] El capítulo LXIV, resumen de la doctrina egipcia sobre la vida futura y la condición del alma, es una de las partes más oscuras del *Libro de los Muertos*: «Ven a mí —dice un escriba de la época de los Ramésidas— bien provisto de grandes misterios, me dices con motivo de las fórmulas del príncipe Didufhorú: Tú nada has sabido de ellas, ni bien ni mal. Una muralla las oculta que ningún profano podría forzar. Tú, tú eres un escriba hábil entre sus compañeros, instruido en los libros, de corazón sufrido, de lengua perfecta, y cuando tus palabras salen, una sola frase de tu boca es tres veces importante; me has dejado, pues, mudo de terror.»[176] Los modernos, que no siempre comprenden el sentido de estos trozos místicos, pueden consolarse; los antiguos egipcios no estaban mucho más adelantados que ellos.

El sarcófago de Mikerinos, conservado largo tiempo en la tercera pirámide, era una de las obras más admirables del arte egipcio arcaico. Pereció en la costa de Portugal con el navío que lo transportaba a Inglaterra. Ya no tenemos hoy más que la cubierta del féretro de madera de sicomoro en que descansaba la momia del faraón. Tiene la forma humana y en ella se lee una inscripción: «¡Oh el Osiris, el rey de los dos Egiptos, Menkauri, vivo para la eternidad, concebido por el cielo, llevado [en el seno] de Nuit, gérmen de Gabú! Tu madre Nuit se extiende sobre ti en su nombre de abismo del cielo, te diviniza aniquilando a tus enemigos, ¡oh rey Menkauri, vivo por la eternidad!»[177]

La literatura de la época griega asociaba a estos tres Faraones un príncipe fabuloso llamado Asiquis por Heródoto, y Sasiquis por Diodoro de Sicilia. «Construyó en el templo de Ptah, en Menfis, el pórtico meridional, el más bello y grande de todos, porque, si todos están adornados con esculturas, si el aspecto de la construcción varía hasta el infinito, ese lado es más variado y magnífico que los otros. Con el intento de sobrepujar a sus predecesores, edificó una pirámide de ladrillo en que se encuentra la siguiente inscripción grabada en una piedra: «No me desprecio por las pirá. mides de piedra: las supero tanto como Júpiter a los demás dioses. Porque, metiendo un trozo de madera en una charca, y juntando todo el barro que se pegaba, se ha hecho el ladrillo con que he sido construida.»[178] Según el testimonio de Diodoro, Sasiquis habría sido uno de los cinco grandes legisladores del Egipto: habría arreglado con el mayor cuidado las ceremonias del culto, inventado la geometría y el arte de observar los astros[179]. Promulgó también una ley sobre el préstamo, por la que autorizaba a cualquiera para dar como prenda la momia de su padre y facultad al acreedor para disponer de la tumba del deudor. En el caso en que no se pagara la deuda, no podría éste obtener sepultura para él o para los suyos, ni en la tumba paterna ni en ninguna otra.»[180]

La quinta dinastía es en todo la prolongación de la cuarta. Sus reyes tuvieron que reprimir en el exterior las correrías poco peligrosas de los nómadas de Asia, y explotaron las minas del Sinaí con cierta actividad[181]. Mantuvieron relaciones por el Sur con las regiones del Mar Rojo que dan el incienso; llegaron hasta el Puanit y de allí trajeron, entre otras maravillas, *danga*, aquellos enanos

175 Birch, *Medical Papyrus with the name of Cheops*, en la *Zeitschrift*, 1871, págs. 61-64.

176 *Papyrus Anastasi*, I, hoja X, 1. 8, hoja XI, I. 4.

177 Vyse, *Pyramids of Gizeh*, tomo II, págs. 86 y siguientes; Ch. Lenormant. *Eclaircissements sur le cercueil de Mycérinus*; E. de Rougé, *Recherches sur les monuments*, págs. 63-66.

178 Heródoto, II, CXXXVI.

179 Diodoro, I, 94.

180 Heródoto, II, CXXXVI.

que sabían bailar la que se llamaba danza del dios[182]. En el interior, su vida fue conforme a la rutina de los Faraones menfitas. Se ocuparon en construir sus pirámides funerarias[183], en reparar templos, en edificar nuevas ciudades[184]. En suma, mantuvieron el Egipto en el grado de prosperidad y grandeza a que habían sabido elevarlo los reyes de la dinastía anterior[185].

---

181 Estelas de Sahuri (Lepsius, *Denkm*., II, lám. 39 a) de Usirniri Anu (Lepsius, *Denkm*., II, lámina 152 a), de Dadkeri (Lepsius, *Denkm*., II, lám. 39 d); Birch, en la *Zeitschrift*, 1869, pág. 26; Ebers, *Durch Gosen zum Sinaï*, pág. 536) de Mnekauhorú (Lepsius, *Denkm*., II, 39 a); en el Uadi-Magharah, conmemorando las victorias de estos príncipes sobre los beduinos (Mentiú).

182 Este hecho nos ha sido revelado incidentalmente por un pasaje de la gran inscripción de Hirkhuf, que sitúa el hecho en el reinado de Assi; véase más adelante el reinado de este príncipe.

183 Las pirámides de Abusir han servido de tumba a varios Faraones de la quinta dinastía, a Sahuri, a Usirniri Anú. Pienso que la pirámide núm. 2 de Saqqarah (plano de Perring), ha sido construida por Assi. La pirámide de Unás fue descubierta en 1881 (véase Maspero, *La Pyramide du roi Ounas*, en el *Recueil des travaux*, t. III.

184 Así Pasahurí, cerca de Esneh (Dümichen, *Geschichte des Alten Ægyptens*, t. I, pág. 61), fundada por Sahuri (E. de Rougé, *Recherches*, pág. 95).

185 He aquí, restituido tan completamente como puede hacerse en los actuales momentos, el cuadro de las dinastías cuarta y quinta:

IIIª DINASTÍA (MENFITA)

I Bibi, Zazaï	Νεχερώφης
II Nibka	Τόσορθρος
III Zosiri	Τύρεις
IV Zosertiti	Σέσωχρις
V Sozes	Σωῦφις.
VI Nofirkeri	Τσσέρτασις
VII Nibkari	Ἄχης
VIII Huni	Σήφουρις
IX Snofrui	Κερφέρης

IVª DINASTÍA (MENFITA)

I Khufuí	Σώρις
	Σοῦφις (Χέοψ)
II Didufrí	?
III Khafri	Σούφις (Χεβρήν)
IV Menkauri	Μενχέρης (Μυκερίνος)
V Shopseskaf	?
	V Ῥατοίσης
	VI Βιχέρης
	VII Σεβερχέρης
	VIII Θαμφθίς

V DINASTÍA (MENFITA)

I Usirkaf	Οὐσερχέρης
II Sahurí	Σέρρης
III Kakai	?
Nofiririkeri	Νεφερχέρης
IV Shopseskeri	Σισίρης
V Khanofirri	Χέρης
VI Nausirri Anú	Ῥαθοέρης
VII Menkauhorú	Μενχέρης
VIII Dadkeri Asui	Ταγχέρης
IX Unás	Ὄννος

La literatura egipcia durante el período menfita.

«En una de las tumbas de Gizeh, un gran funcionario de los primeros tiempos de la sexta dinastía se atribuye el título de *Gobernador de la casa de los libros*[186]. Esta simple mención, colocada incidentalmente entre los títulos más rimbombantes, bastaría, a falta de otras, para probarnos el desarrollo extraordinario que la civilización egipcia había adquirido ya en aquellos momentos. No solamente había ya literatura, sino que era bastante considerable para llenar bibliotecas, y su importancia suficiente para que uno de los funcionarios de la corte estuviera en especial afecto a la conservación de la biblioteca real. Tenía sin duda bajo su custodia, a más de las obras contemporáneas, libros escritos en la época de las primeras dinastías, libros datados del reinado de Menes y quizá de los reinados anteriores. El fondo de aquella biblioteca debía componerse de obras religiosas, de capítulos del Libro de los Muertos, copiados según los textos auténticos depositados en los templos; de tratados científicos relativos a la geometría, a la medicina y a la astronomía; de crónicas en que estaban consignados los dichos y hechos de los antiguos reyes, juntamente con el número de años de su vida y la duración exacta de su reinado; de manuales de filosofía y de moral práctica; muy seguramente también de algunas novelas[187]. Todo esto, si hubiera llegado a nosotros, constituiría «una biblioteca que nos importaría bastante más que la alejandrina»[188]; por desgracia, no poseemos de tanta riqueza más que los trozos de un tratado filosófico. Para lo restante, nos vemos reducidos a escasas indicaciones, que completadas o ilustradas por lo que deducimos de los monumentos, nos permiten apenas determinar con alguna certeza la extensión de los conocimientos que entonces poseían los egipcios.

Desde los primeros días, sus astrónomos observaron que cierto número de astros que brillaban durante la noche por cima de sus cabezas parecían animados de un movimiento de traslación a través de los espacios, mientras que los demás permanecían inmóviles. Esta observación, repetida veces y veces, les llevó a establecer la distinción entre planetas y estrellas, o, como ellos las llamaban, *indestructibles* (akhimú-sokú). Contaron entre los primeros a «Horus, guía de los espacios misteriosos» (Hartapshitiú), nuestro Júpiter, que su brillo designaba como jefe de la banda; a «Horus, engendrador de lo alto» (Harkahri), Saturno, el más lejano de los que el ojo del hombre puede percibir sin el auxilio de los instrumentos; a Harmakhis, Marte, al cual su color rojizo valió también el sobrenombre de Hardoshir, el Horus rojo, y cuyo movimiento retrógrado en apariencia en diversos momentos del año no les pasó desapercibido; a Sovkú, Mercurio; a Venus, en fin, que en su papel de estrella de la mañana se llamó Duaú, y Bonú quizá en el de estrella de la tarde[189]. El sol mismo, centro fijo de todos los sistemas antiguos, sujetóse entre ellos a la ley del movimiento universal y viajó por el cielo en compañía de las estrellas errantes[190].

Para los egipcios, el cielo es una especie de techo sólido, de hierro creían, sobre el que corren las aguas misteriosas que rodean la tierra por todas partes. En los días de la Creación, cuando el caos se resolvió en sus elementos, el dios Shú levantó ese techo: el Nilo de lo alto comenzó a correr de la cima de las montañas que limitan nuestro mundo, y en este río celeste flotan los planetas y generalmente todos los astros que se ven salir y ponerse desde el valle. Los monumentos nos los muestran representados por genios de forma humana o animales, que navegan cada uno en su barca siguiendo a Orión. Por otra parte, se representaban las estrellas fijas como lámparas (*khabisú*) suspendidas del techo de hierro y que un poder divino encendía todas las noches para iluminar la oscuridad terrena. En primer lugar entre esos astros-lámparas colocaban los decanos, simples

186 Lepsius, *Denkm* , II. 50.

187 Un fragmento de cuento (*Pap. de Berlín*, III), podría muy bien remontarse a la quinta dinastía. Véase Maspero, *Études egyptiennes*, t. I, págs. 73-80.

188 E. de Rougé. *Recherches*, pág. 73.

189 E. de Rougé, *Recherches sur le nom égyptien des planètes*, en el *Bulletin archéologique de l'Atheneum français*, 1846, págs. 18-21, 25-28.

190 *Papyrus de Berlin* nº VIII, 1. 56.

estrellas o grupos de estrellas en relación con las treinta y seis o treinta y siete décadas que componían el año egipcio: Sopdit o Sothis, santa de Isis; Orión-Sahú, consagrado a Osiris y considerado por algunos como morada de las almas bienaventuradas; las Pléyades, las Hiades y muchas otras cuyos nombres antiguos no han sido todavía identificados de una manera segura con los nombres modernos. En resumen, todas las estrellas que pueden percibirse a simple vista habían sido observadas, registradas, catalogadas cuidadosamente[191]. Los observatorios del Alto y del Bajo Egipto, de Denderah, de Tinis, de Menfis, de Heliópolis, señalaban sus fases y hacían anualmente las tablas de su salida y su desaparición en el horizonte, algunos restos de las cuales han llegado hasta nosotros.

De todos estos astros, el más conocido e importante era el astro de Isis, Sirio, que los egipcios llamaban Sopdit, de que los griegos han hecho Sothis. Su orto heliaco, que marcaba el comienzo de la inundación, indicaba también el del año civil, tanto que todo el sistema cronológico del país se basaba en él. El año primitivo de los egipcios, o por lo menos el primero que les conocemos históricamente, se componía de doce meses de treinta días cada uno, o sea en total trescientos sesenta días. Estos doce meses estaban repartidos entre tres estaciones de cuatro meses: la *estación del principio* (Sha), que corresponde al tiempo de la inundación; la *estación de las siembras* (Pro), que corresponde al invierno; la *estación de las cosechas* (Shomú), que coincide con el verano. Cada mes se subdividía en tres décadas; cada día y cada noche se dividían en doce horas, tan exactamente, que mediodía coincidía con la sexta hora diurna y media noche con la sexta hora nocturna.

Este sistema, por sencillo que pareciera, tenía sus inconvenientes, que no tardaron en manifestarse patentemente. Entre el año tal como le definía y el año trópico había una diferencia de cinco días y un cuarto; a cada doce meses que transcurrieron, la diferencia entre el año usual y el astronómico creció en cinco días y cuarto, y por consiguiente las estaciones dejaron de coincidir con las fases de la luna. Nuevas observaciones verificadas sobre la marcha del sol decidieron a los astrónomos a intercalar cada año, después del duodécimo mes y antes del primer día del año siguiente, cinco días complementarios, que se llamaron los *cinco días adicionados del año* o días *epagómenos*. La época de este cambio era tan antigua que no podríamos asignarla fecha alguna, y los egipcios mismos la habían hecho remontar a los tiempos míticos anteriores al advenimiento de Menes. «Habiendo tenido Rhea (Nuit) trato secreto con Cronos (Gabú), el Sol (Ra), que se apercibió, fulminó contra ella un encanto que la impidió parir en ningún mes y en año alguno; pero Hermes (Thot), que estaba enamorado de la diosa, jugó a los dados con la Luna y le ganó la sesentava parte de cada día, con que formó cinco días, que añadió a los trescientos sesenta del año.»[192] Aun así corregido, el año de trescientos sesenta y cinco días no corresponde con el astronómico, que tiene un cuarto de día más. Hubo, pues, cada cuatro años, retraso de un día, de modo que por 365 × 4 o 1460 años astronómicos se contaron 1461 años civiles trascurridos. Al cabo de catorce siglos y medio, y después de tan largo intervalo, volvían a coincidir; el comienzo del año civil se superponía entonces, y por una vez solamente, al del año astronómico; el comienzo de estos dos años concordaba con el orto heliaco matutino de Sirio-Sothis, y por consiguiente con el comienzo de la inundación. Los sacerdotes celebraron la aparición del astro con fiestas solemnes, cuyo origen debía remontar más allá de los reyes de la primera dinastía, al tiempo de los Shosú-Horú, y más tarde, en la época romana, los astrónomos dieron el nombre de *período sothiaco* al de 1460 = 1461 cuya invención les sugirió esta coincidencia maravillosa,

De la literatura matemática de la época no conocemos nada. Los monumentos, no obstante, nos prueban que desde el siglo de las pirámides la geometría debió estar muy adelantada; si no la geometría teórica, al menos la geometría práctica, la que sirve para medir las superficies y calcular

191 El último y con mucho el mejor trabajo sobre el particular se debe a Enrique Brugsch, *Thesaurus inscriptionum Ægyptiacarum*, t. I. *Astronomische und Astrologische Inschriften*, en 4.°, 1882.

192 *De Iside et Osiride*, c. XXII.

el volumen de los cuerpos sólidos. Los arquitectos que levantaron las pirámides y las grandes tumbas de Saqqarah eran necesariamente geómetras muy estimables. Desgraciadamente no conservamos nada de los libros en que registraban sus doctrinas; el único tratado de matemáticas que ha llegado a nosotros es posterior en dos mil años por lo menos a su época, y nos enseña el estado de la ciencia en los tiempos relativamente recientes de la decimonona dinastía[193].

Para figurarnos lo que podía ser la medicina egipcia no hemos de reducirnos a simples inducciones. A más de un tratado cuya invención se atribuía al reinado de Keops y que todavía no ha sido publicado, poseemos dos libros: el primero contiene recetas atribuidas a sabios extranjeros[194]; el segundo, hallado en Usafais, habría sido completado por Sondú[195]. Los manuscritos de estas dos obras se remontan a la decimoctava y a la decimonona dinastía; el texto había debido modificarse a la larga, pero la antigüedad de su origen los mantenía en las escuelas. Formaban indudablemente parte de aquella biblioteca del templo de Imuthés, en Menfis, que existía aún en los tiempos romanos y donde los médicos iban a aprender recetas para sus clientes[196].

El Egipto es una comarca naturalmente muy sana. «Los egipcios, decía Heródoto, son los que gozan de mejor salud entre los mortales». No por eso dejaban de ser los más atentos en cuidarla. «Una vez al mes, tres días seguidos, provocan evacuaciones por medio de vomitivos y de lavativas. Porque piensan que todas las enfermedades proceden de los alimentos.»[197] «La medicina entre ellos está dividida; cada médico se ocupa de una sola clase de enfermedad y no de varias. Abundan los médicos en todas partes, unos para los ojos, otros para la cabeza, otros para los dientes, otros para el vientre, otros para los males internos.»[198] No es cierto que esta división de que habla Heródoto haya sido tan absoluta como el historiador quiere. El mismo individuo podía tratar todas las enfermedades en general, tan sólo, para las enfermedades de la vista y algunas otras dolencias había, como entre nosotros, especialistas que se consultaba con preferencia a los prácticos comunes. Si su número parecía considerable al historiador griego, depende de la patología de un país en que las oftalmías y las dolencias intestinales, por ejemplo, son hoy todavía más frecuentes que en cualquiera otro de Europa.

La medicina teórica no parece haber realizado serios progresos, aun cuando las manipulaciones de la momificación hubieran debido dar lugar a los médicos para estudiar a gusto el contenido del cuerpo humano. Una especie de temor religioso les impedía, lo mismo que a los médicos cristianos de la Edad Media, dividir en trozos, con un fin puramente científico, el cadáver que estaba destinado a revivir en su día. Su horror a todo el que rompiese la integridad de los tejidos humanos era tan grande que el embalsamador encargado de practicar las incisiones reglamentarias era objeto de universal execración. Siempre que acababa de cumplir su cometido, los asistentes lo perseguían a pedradas y habrían acabado con él de no huir a todo correr. Además, los reglamentos médicos no eran propios para alentar las investigaciones científicas Los médicos se veían obligados a tratar al enfermo según las reglas consignadas en ciertos libros cuyo origen se reputaba divino. Si se apartaban de las prescripciones sagradas, era con sus riesgos y peligros. Si el paciente moría, quedaban convictos de homicidio voluntario y castigados como asesinos[199].

---

193 Ha sido publicado por M. A. Eisenlohr, *Ein mathematisches Handbuch der Alten Ægypter (Papyrus Rhind des British Museum)*, 1877.

194 G. Ebers, *Papyros Ebers, das Hermetische Buch über Arzneimittel der Alten Ægypter*, Leipzig, 1875.

195 Brugsch, en el *Recueil de Monuments égyptiens*, t. II, páginas 101-120 y lám. LXXXV-CVII; Chabas, *Mélanges égyptologiques*, 1ª serie, págs. 55-79.

196 Galiano, *De compos. medic. sec. gen.*, 1. V, c. II. Algunos de estos remedios penetraron por dicho camino en nuestra farmacopea.

197 Heródoto, II, LXXXII.

198 Heródoto, II, LXXXIV.

199 Diodoro de Sicilia, I, 82.

El único punto para nosotros familiar de sus doctrinas es la teoría de la circulación. El cuerpo encerraba cierto número de navíos que acarreaban espíritus vivificadores. «La cabeza tiene treinta y dos navíos que llevan soplos a su interior; los trasmiten a todas las partes del cuerpo. Hay dos navíos en los pechos que llevan el calor al fundamento... Hay dos del occipucio, dos de la coronilla, dos en la nuca, dos en los párpados, dos en la nariz, dos en el oído izquierdo, por los que entran los soplos.»[200] Los soplos a que se alude en este pasaje son llamados en otro lugar «los buenos soplos, los alientos deliciosos del Norte.» Se insinuaban en las venas y en las arterias, se mezclaban a la sangre que los arrastraba por todo el cuerpo, hacían mover al animal y lo llevaban por decirlo así. En el momento de la muerte, «se retiran con el alma, la sangre se coagula, las venas y las arterias se vacían y el animal perece.»[201]

Las enfermedades de que se escribe en los tratados egipcios no son siempre fáciles de determinar. Por lo que puede juzgarse, son oftalmías, varices o úlceras de las piernas, la erisipela, las «lombrices», «la enfermedad divina mortal», el *divinus morbus* de los latinos, la epilepsia. Un capítulo especial trata de algunos puntos relativos a la concepción y al parto. El diagnóstico se detalla en varios casos y permitiría quizá a un médico especificar la naturaleza de la dolencia. He aquí el de una fiebre tifoidea: «Pesadez en el vientre; el cuello del corazón enfermo; en el corazón inflamación, latidos acelerados. Las ropas le pesan al enfermo; muchas no le dan calor. Sed nocturna. Mal gusto, como si se hubieran comido frutos de sicomoro. Carnes flojas, como las del que no se encuentra bien. Si quiere obrar, el vientre está hinchado y no se desahoga.»[202]

Los medicamentos indicados son de cuatro clases: pomadas, pociones, cataplasmas y lavativas. Está compuesto cada uno de número bastante grande de sustancias tomadas de todos los reinos de la naturaleza. Se encuentran citadas más de cincuenta especies de vegetales, yerbas, arbustos y hasta árboles, como el cedro, cuyo serrín y virutas pasaban por tener propiedades calmantes, el sicomoro y muchos otros cuyos nombres antiguos ya no comprendemos. Vienen luego sustancias minerales, el sulfato de cobre (?), la sal, el nitro, la piedra menfita (*aner sopdú*), que, aplicada a las partes enfermas o laceradas, tenía, dícese, propiedades anestésicas. La carne recién sacrificada, e corazón, el hígado, la hiel, la sangre fresca o seca de diversos animales, el pelo y el asta de ciervo, intervenían grandemente en la confección de ciertos ungüentos soberanos contra las inflamaciones. Buen número de recetas se recomiendan por lo inesperado de las sustancias preconizadas: «leche de mujer recién parida de hijo varón, excremento de león, seso de tortuga, carne de macho cabrío viejo cocida en aceite.»[203] Los ingredientes constitutivos de cada remedio se machacaban mezclados, se cocían y se pasaban por un paño. Se daban por lo común en agua pura, pero muchas veces se mezclaban con líquidos de diferentes clases, cerveza (*haq*), cerveza dulce (*haq nozmú*) o cocimiento de cebada, leche de vaca o de cabra, aceite de oliva verde y aceite clarificado (*biq nozmú*), o también, como en la medicina de Molière, orina de hombre o de animal. Todo azucarado con miel se tomaba caliente por la mañana o por la noche[204].

Pero no siempre las enfermedades obedecían a una causa natural. Eran producidas por espectros o por espíritus maléficos que penetraban en el cuerpo humano y denotaban su presencia en desórdenes más o menos graves. Combatiendo los efectos exteriores se conseguía a lo sumo aliviar al paciente. Para lograr la curación total había que suprimir la causa primera alejando mediante oraciones al demonio posesor. El buen médico había de disponer dos cosas: una fórmula mágica y una receta. He aquí un conjuro destinado a secundar la acción de un vomitivo: «¡Oh demonio aparecido que te alojas en el vientre de Fulano o de Fulana; oh tú, cuyo padre es llamado

200 *Papyrus Ebers*, lám. XCIX, 1. 1. c., 1. 14; *Papyrus Médical de Berlín*, lám. XV, 1. 5; lám. XVI, 1. 3. Véase Chabas, *Mél. égyp.*, I, págs. 63-64.

201 *Poemander* (ed. Parthey), X.

202 *Papyrus de Berlín*, hoja XIII, 1. págs. 3-6; véase Brugsch, l. l., págs. 112-113.

203 *Pap. Ebers.*, hoja LXVIII, 1. 22; hoja LXIX, 1. 2.

204 Para más pormenores acerca de la medicina egipcia véase Maspero, en la *Revue critique*, 1876, t. I, págs. 233-239.

El que abate las cabezas, cuyo nombre es *Muerte*, cuyo nombre es *Varón de la muerte*, cuyo nombre es *Maldito para la eternidad*!»[205] Para curar el dolor de cabeza no había más que decir: «La parte delantera de la cabeza es de los chacales divinos, la de detrás es un cerdito de Ra. Colócalas encima de un brasero; cuando el humor que de ellas salga haya llegado al cielo, caerá una gota de sangre sobre la tierra. Estas palabras habrán de ser repetidas cuatro veces.»[206] Si este galimatías no curaba al enfermo, le libraba al menos de los terrores supersticiosos que le asaltaban. El médico, después de haber calmado los temores del paciente, ensayaba en el cuerpo la eficacia de los remedios tradicionales. Se suponía que la invocación mágica acababa al momento con la causa misteriosa. El tratamiento calmaba las manifestaciones visibles del mal.

La literatura filosófica estaba ya en boga. Un papiro de Berlín nos ha conservado el fragmento de un diálogo entre un egipcio y su alma: el alma trata de demostrar que la muerte no tiene nada de temible para el que la mira cara a cara[207]. «Me digo a mí mismo todos los días: Como la convalecencia después de la enfermedad, así es la muerte. Me digo a mí mismo: Como el olor de un perfume de flores, como morar en país de embriaguez, así es la muerte. Me digo cada día: Como en el momento de aclararse el cielo, sale un hombre para cazar pájaros con red y de pronto se encuentra en una comarca desconocida, así es la muerte...» Otro papiro, cedido por Prisse a la Biblioteca Nacional de París, contiene la única obra que nos resta de aquella sabiduría arcaica[208]. Fue copiado en uno de los primeros reinados de la duodécima dinastía y en él se leen elucubraciones de dos autores, uno de los cuales vivía en los tiempos de la tercera, otro en los de la quinta. No sin razón, por tanto, se le ha denominado *el libro más antiguo del mundo*. Incompleto al principio, contiene primeramente el final de un libro de moral redactado por cierto Kaquimni al advenimiento del Faraón Snofrui. Venía inmediatamente después una obra hoy perdida; uno de los que antiguamente poseyeron el papiro la había mandado borrar para escribir otra, cosa que no se hizo. Las quince últimas páginas están ocupadas por un opúsculo célebre en la ciencia con el nombre de *Instrucciones de Ptahhotpú.*

Este Ptahhotpú era hijo de un rey de la quinta dinastía. Sin duda tenía bastante edad en la época en que escribió, porque entra en materia con un retrato bastante poco halagüeño de la vejez. «El monarca Ptahhotpú dice: Señor rey, mi dueño, cuando la edad avanza y la vejez aparece, llega la impotencia y la segunda infancia en que la miseria se hace más pesada cada día; los dos ojos se reducen, los dos oídos disminuyen, las fuerzas se gastan, mientras que el corazón sigue latiendo. La boca se calla; no habla más. La memoria se oscurece; ya no se acuerda de ayer. Los huesos sufren a su vez, todo lo que era bueno se torna malo, el gusto desaparece por completo. La vejez hace al hombre miserable en todo, porque su nariz se tapa, ya no respira, esté de pie o sentado. Si el humilde servidor que está delante de ti recibe orden de pronunciar las palabras que convienen a un viejo, entonces te diré las de los que han escuchado la historia de los tiempos pasados, de los que han oído a los dioses mismos, porque si haces lo que ellos, el descontento desaparecerá de entre los vivos y las dos tierras trabajarán para ti». La Santidad de este Dios ha dicho: «Instrúyeme en las palabras del pasado, y ello será la admiración de los hijos de los mayores; el que penetre y comprenda esto, su corazón pesará su sentido con cuidado, y lo que diga jamás producirá hastío.»[209] Como se ve, con objeto de mostrar a los viejos el medio de hacerse útiles se resigna Ptahhotpú a su

---

205 *Papyrus de Leyden*, I, 348, verso; hoja XIII, 1. 5-6. Véase Pleyte, *Études égyptologiques*, t. I, págs. 145-146.

206 *Id*., hoja IV, I, páginas 9-10. Véase Pleyte, *Études*, t. I, págs. 61-62.

207 Lepsius, *Denkm*., VI, láms. 111-112.

208 Este papiro fue publicado en París, en 1847, en casa de Franck, en folio. Fue estudiado por Chabas en la *Revue archéologique*, 1ª serie, t. XIV, págs. 1 y siguientes, luego traducido al inglés por Heath, *A Record of the Patriarchal Age of the Proverbs of Aphobis*, en 12º, Londres, 1856; al alemán por Lauth, al francés por Philippe Virey, cuya traducción ha sido trasladada al inglés.

209 *Papyrus Prisse*, 1. IV, 1. 1 hoja V, 1.7.

tarea. Quiere instruirlos en la sabiduría de los antepasados, para que puedan enseñarla a su vez a los jóvenes y mantener la virtud en el mundo entero.

No hay que esperar ver en esta obra gran profundidad de conceptos. Los análisis sabios, las distinciones sutilísimas, las abstracciones metafísicas no estaban de moda en la época de Ptahhotpú. Se olvidaban las ideas especulativas por los hechos positivos, la teoría por la práctica; se observaba al hombre, sus pasiones, sus hábitos, sus tentaciones, sus debilidades, no para formar con ello un nuevo sistema filosófico, sino para reformar lo que su naturaleza tiene en sí de imperfecto, y mostrar al alma el camino de la eternidad gloriosa. Así Ptahhotpú no se esfuerza en invenciones y deducciones. Consigna las reflexiones y los consejos que le vienen a las mientes, tal y como se le ocurren, sin ordenar y sin deducir la menor conclusión de conjunto. La ciencia es útil para llegar al conocimiento del bien; recomienda la ciencia. La dulzura con los subalternos es de buena política; hace el elogio de la dulzura. Todo va mezclado con consejos acerca de la conducta que ha de seguirse en las diversas circunstancias de la vida, cuando se comparece ante un superior imperioso, cuando se va por el mundo, cuando se toma mujer. «Si eres discreto, te encerrarás en tu casa y amarás en ella a tu mujer; la alimentarás bien, la adornarás, porque los vestidos de su cuerpo y los perfumes son la alegría de su vida; todo el tiempo que observes este precepto, será un campo que aproveche a su dueño.»[210] Analizar detalladamente obra tal es imposible, traducirla por completo más imposible aún. La naturaleza del asunto, la extrañeza de ciertos preceptos, la calidad del estilo, todo concurre a desconcertar al estudioso y a extraviarle en sus investigaciones. Desde los tiempos más antiguos la moral ha sido considerada como una ciencia buena y loable de por sí, pero tan manoseada que sólo puede rejuvenecerse la forma. Ptahhotpú no se libró de las exigencias del género que había escogido. Otros habían dicho y dicho bien antes que él las verdades que pretendía expresar de nuevo; fuele preciso, por tanto, para interesar al lector, inventar fórmulas no soñadas y chocantes. No fracasó en su intento; en algunos casos supo envolver su pensamiento en giro tan ingenioso que el sentido moral de la frase se nos escapa bajo la envoltura de las palabras.

De la sexta a la décima dinastía.

Parece que el tránsito de la quinta a la sexta dinastía no tuvo lugar sin agitaciones. Dos reyes se mencionan en los monumentos contemporáneos: Teti y Usirkeri Ati, que sin duda se disputaron el trono. Ati es probablemente el Othoés de Manetón, que fue, dícese, muerto por sus guardias[211]. Teti, que le sobrevivió, ¿estaba emparentado con su predecesor? La lista de Turín interrumpe la serie de los nombres reales entre él y Unás, lo cual indica un cambio de familia. Las listas griegas pretenden que la nueva dinastía era originaria de Menfis[212].

Pepi I Miriri sucedió a Teti. A partir de Pepi I, la autoridad de Menfis sobre el resto del Egipto comenzó a declinar. Los príncipes de la dinastía nueva, sin abandonar la antigua capital, parecen haber preferido las ciudades del Egipto Medio, y sobre todo Abydos, cuya necrópolis ha conservado tantos recuerdos de su reinado. Por lo demás, no dejaron perecer entre sus manos la grandeza de su país. Emprendieron guerras felices por fuera y llevaron sus conquistas más lejos que ningún otro Faraón anterior a ellos. Pepi I, el segundo de la dinastía, es también el héroe de la misma. En un reinado que duró al menos dieciocho años, su actividad no tuvo tregua. Hábilmente ayudado por Uní, su primer ministro, recobró de los nómadas asiáticos los establecimientos del Sinaí que sus predecesores habían perdido, sometió la Etiopía y sembró el Egipto de monumentos.

---

210 *Id*., hoja X, 1. 9-10.

211 Manetón, ed. Unger, pág. 101.

212 Manetón, ed. Unger, páginas 101-102. En opinión de Lepsius, el texto de Manetón sería erróneo y habría que trasportar la mención de Elefantina desde la quinta dinastía a la sexta.

Uní había empezado su carrera muy niño en la corte del rey Teti. Al principio simple paje (*porta-corona*), pronto había obtenido un empleo en la administración del Tesoro, luego un título de inspector de montes del Estado. Pepi le cobró gran amistad desde el comienzo de su reinado y le confió sucesivamente los cargos de *vigilante de los profetas de la pirámide funeraria* y de *auditor*, que desempeñó mejor que nadie antes de él; así le fueron concedidos como recompensa unos utensilios de tumba y un sarcófago de hermosa piedra blanca de Troya. Redobló su celo para justificar esta distinción y la actividad desplegada le valió nuevos honores. Fue promovido a la dignidad de amigo real, nombrado superintendente de la casa de la reina y acabó por tomar la dirección de todos los negocios. «Hacía, dice, todas las escrituras con ayuda de un solo secretario». El Egipto no tuvo que quejarse de su administración. Las minas del Sinaí, explotadas con más continuidad y sometidas a inspecciones regulares, dieron rentas superiores a las que se obtenían antes[213]. Se trazó un camino a través del desierto de Coptos hasta el Mar Rojo y así quedó abierta una vía cómoda para el comercio. Se impulsó grandemente la explotación de las canteras de Rohanú[214], y aun cuando los monumentos por entonces edificados hayan desaparecido sin dejar casi ningún vestigio, las inscripciones han quedado para dar fe de la actividad con que se llevaron los trabajos de construcción. Fundóse una ciudad nueva en la Heptanómide, cerca del sitio en que hoy vegeta la aldea de Sheik-Said[215]. El templo de Hathor en Denderah, levantado por los *servidores de Horus* en los tiempos fabulosos de la historia y arruinado desde entonces, fue reconstruido por entero según los planos primitivos que casualmente se encontraron[216]. Esta piedad para con una de las divinidades más veneradas fue premiada como merecía con el título de *hijo de Hathor*, que Pepi insertó en adelante en su cartucho real[217].

Fuera, el ministerio de Uní se señaló por conquistas. La Nubia estaba entonces habitada por tribus negras[218], resto probablemente de las que habían formado la población primitiva del Egipto. Sin cesar rebeladas y sin cesar vencidas, proporcionaban fáciles triunfos a los generales de Faraón y llenaban de soldados los cuadros de su ejército. Uní las empleó contra los Amú y contra los Hirushaitú que entonces dominaban los desiertos del istmo y la Siria meridional. «Su Santidad tuvo que rechazar a los Amú y a los Hirushaitú. Su Santidad formó un ejército de varias veces diez mil soldados, tomados en el país entero, desde Elefantina hasta el mar del Norte, en todas las casas, en las ciudades, en las plazas fuertes, en el país de Iritit, entre los negros del país de Maza, entre los negros del país de Amamit, entre los negros del país de los Uauaitú, entre los negros de Kaaú, entre los negros del país de Tomam[219], y Su Santidad me envió a la cabeza de este ejército. Ciertamente, en él estaban todos los generales, los chambelanes, los *amigos* del palacio, los jefes, los príncipes de las ciudades del Mediodía y del Norte, los intendentes de los templos a la cabeza de los capitanes del Mediodía y del Norte, de las ciudades y de los templos, y también los negros de las regiones mencionadas, y no obstante era yo quien los dirigía, aun cuando mi cargo fuera sólo de superintendente de los montes de Faraón.» A través de las frases mutiladas que siguen se adivinan fácilmente las dificultades de toda especie contra las que tuvo que luchar. Costó, parece, algún trabajo organizar el servicio de víveres y ropas. A fuerza de paciencia y habilidad acabó por establecerse el orden y la expedición se puso en movimiento.

---

213 Lepsius, *Denkm*., II, lám. 116 a.

214 Véase Maspero, *Les Monuments égyptiens de la vallée de Hammamât*, en la *Revue orientale et americaine*, t. I, págs. 330 y siguientes.

215 Lepsius, *Denkm*., II, lámina 112, d, e.

216 Dümichen, *Bauurkunde der Tempelanlagen von Dendérah*, lám. XIV, 1. 20; Mariette, *Dendérah*, t. III, láminas 71-72.

217 En una piedra encontrada en Tanis. Véase E. de Rougé, *Inscriptions recueillies en Égypte*, t. I, lám. LXXV.

218 Lepsius, *Nubische Grammatik. Einleitung*, págs. LXXXVI-LXXXVIII.

219 Son los pueblos situados al Sur y al Este del Egipto, entre el Nilo y el Mar Rojo. Véase Brugsch, *Die Negerstämme der Una-Inschrift*, en la *Zeitschrift*, 1882, págs. 30-36.

«Este ejército fue en paz; entró, como le plugo, en el país de los Hirushaitú. Este ejército fue en paz; abrió brecha en todos sus recintos fortificados. Este ejército fue en paz; taló sus higueras y sus viñas. Este ejército fue en paz; incendió todas sus casas. Este ejército fue en paz; degolló a sus soldados a millares. Este ejército fue en paz; llevó cautivos a sus hombres, a sus mujeres y a sus hijos en gran número, como prisioneros vivos, lo que regocijó a Su Santidad más que ninguna otra cosa». Aquellos prisioneros, empleados en las obras públicas o vendidos en calidad de esclavos a particulares, contribuyeron por su parte a la prosperidad del reinado de Pepi. «Su Santidad me envió para acabar con sus enemigos y fui por cinco veces a acometer la tierra de los Hirushaitú, para abatir su rebelión con este ejército; obré de suerte que el rey quedó satisfecho de ello más que de cosa alguna.» A pesar de estas victorias repetidas, la lucha no había terminado aún: «Se vino a decir que se habían reunido bárbaros en el país de Tiba[220]. Partí otra vez en navíos con este ejército, y tomé tierra en las extremidades remotas de aquella región, al Norte del país de los Hirushaitú. He aquí que este ejército se puso en camino; los derrotó a todos y destruyó a todos los que de ellos se habían reunido.» Aquella operación decisiva terminó la guerra y trajo consigo la sumisión completa de los enemigos. A la vuelta de estas expediciones, Uní, ya colmado de honores, recibió el favor más insigne que un rey pudiera conceder a un súbdito, la autorización de guardar puestas las sandalias dentro de palacio y aun en presencia del Faraón. La paz reinaba en el interior; fuera, la Nubia, la Libia y las partes de la Siria contiguas a el Delta reconocían la soberanía del Egipto. Jamás, desde los tiempos de Keops, el país había sido más poderoso y feliz. Pepi no gozó largo tiempo de su gloria. Poco tiempo después del triunfo de Uní murió, dejando la corona a Mirinri Metesufis, el mayor de los hijos que había tenido de su segunda mujer, la reina Miriri-Ankhnas.

Metesufis era casi un niño cuando subió al trono[221]. No tuvo guerras serias que sostener. El recuerdo de las victorias de su padre estaba todavía demasiado presente en la mente de los bárbaros para que experimentaran la tentación de rebelarse. Uní, que tanto había hecho en pro de la grandeza del rey anterior, fue confirmado en todos sus empleos y colmado de nuevos cargos. Se le nombró príncipe gobernador de los países del Sur, desde Elefantina hasta Letópolis, hacia la punta del Delta. «Nunca súbdito alguno había tenido esta dignidad anteriormente.» Según costumbre, empezó por suspender los demás trabajos para ocuparse sin tardanza de la tumba destinada al soberano. La construcción de la pirámide funeraria le obligó a emprender, a las comarcas colocadas bajo su autoridad, varios viajes largos y penosos. «Su Santidad me envió al país de Abhait[222] a buscar el sarcófago real con su tapa y el piramidión precioso de la pirámide funeraria de Mirinri. Su Santidad me envió en dirección a Elefantina para traer el granito de la naos y del umbral, el granito de las jambas y de los dinteles, para traer el granito de las puertas y de los umbrales de la cámara superior de la pirámide de Mirinri. Partí para la pirámide de Mirinri con seis chalanas, tres naves de carga, tres balsas y una nave de guerra; nunca, en el tiempo de ningún antepasado, Abhait o Elefantina habían construido buques de guerra. Su Santidad me envió al país de Hanubú para traer una gran mesa de alabastro para libaciones del país de Hanubú. Le hice traer esta mesa para libaciones en diecisiete días.» Para embarcar y trasportar aquellos bloques de piedra había sido necesario emprender y llevar a cabo multitud de trabajos secundarios, construir buques, abrir zanjas y canales al Sur de Elefantina, en el país recientemente conquistado a los Uauaitú. Uní hizo levas a este efecto en las poblaciones negras, entre las que ya había reclutado un ejército en tiempo de Pepi. «He aquí que el príncipe del país de Irrithit, los de Uauaitú, Amam, Maza, dieron la madera necesaria para los navíos.» En un año, las diferentes misiones estaban terminadas; los navíos construidos en Nubia franqueaban la primera catarata a favor de las altas aguas y descendían el Nilo. Mirinri visitó en persona los trabajos el año V. Recibió el homenaje de los jefes nubios, y para dejar memoria a la

220 Acerca de este nombre y su lectura véase Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire*, en la *Zeitschrift*, 1883, página 64; el país estaba situado probablemente en la Siria meridional.

221 Su momia, que se conserva hoy en el Museo del Cairo, tiene todavía la trenza larga que usaban los jóvenes. (Maspero, *Guide du visiteur au Musée du Caire*, pág. 397, nº 106).

222 Abhait era el cantón situado en frente de Sehel, en la primera catarata.

posteridad de su estancia, grabó su imagen a pie llano en las rocas de Assuán[223]. La preparación de aquella pirámide fue el último gran acto administrativo de la vida de Uní. Murió poco tiempo después y su soberano no tardó en seguirle a la tumba[224].

Mirinri tuvo por sucesor a su hermano segundo Nofirkeri Pepi II. Manetón atribuía a este príncipe cien años de reinado, y su testimonio está confirmado por el papiro de Turín, que atribuye a un Faraón, cuyo nombre desgraciadamente está borrado, un reinado de noventa años por lo menos. Una inscripción de Uadi-Magharah, fechada en el año undécimo, dice que mandó continuar la explotación de las minas del Sinaí y que rechazó por este lado los ataques de los bárbaros[225]. Por otra parte, el número y la belleza de las tumbas que llevan su cartucho parecen atestiguar que, durante una parte al menos de aquel reinado secular, el Egipto no perdió nada de su vigor ni de su prosperidad. Al Mediodía, sobre todo, se desarrolló la vida más intensa, gracias a la habilidad de los señores de Elefantina. Aquellos señores, apostados en el sitio de peligro, en las marcas meridionales, mantenían relaciones con los pueblos del valle al Sur de la catarata y con los del desierto, unas veces de amistad y de comercio, otras de guerra franca o de enemistad insidiosa. Sus caravanas penetraban al Occidente hasta más allá de los oasis tebanos, por el Oriente hasta las orillas del Mar Rojo. Uno de ellos, Hirkhuf, se distinguió por su habilidad y por el buen éxito de sus empresas. En tres viajes sucesivos, en tiempo de Pepi I y en el de Metesufis I, no solamente trabó relaciones preciosas con las tribus de los Timihú, sino que logró que varias de ellas reconocieran la soberanía del Egipto.

Pepi II no llevaba más que dos años de reinado cuando Hirkhuf volvió de su último viaje, y era todavía un niño. Lo que más le agradó de todo fue un *danga*, un enano acostumbrado a bailar la danza sagrada, que procedía del Puanit. Hizo que se le llevaran a Menfis con toda clase de cuidados, y recompensó grandemente a Hirkhuf[226].Todos los miembros de la familia estaban imbuidos del mismo espíritu aventurero que éste, pero no siempre fueron tan dichosos. Uno de ellos, Papinakhiti, después de haber visitado varias veces las comarcas de los Uauaitú y del Iritit, en beneficio de Pepi II, partió a practicar un reconocimiento a las minas del Sinaí. Pero, en tanto se construía un buque para atravesar el mar Rojo, los nómadas le sorprendieron y mataron. Apenas si sus soldados pudieron recoger el cadáver y trasportarlo a Elefantina, donde fue enterrado. Gracias a estas continuas expediciones, el influjo del Egipto se propagó lejos y empezó a ser colonizada la Nubia. Había penetrado hasta la región de Korosko cuando Pepi II murió. Desaparecido él, empezó el Estado a perturbarse, y ya no tenemos, en vez de historia positiva, más que las leyendas novelescas recogidas por Heródoto y por Manetón. Menthesufis (Mihtimsauf II) fue asesinado en un motín cuando apenas hacía un año de su advenimiento. Su hermana Nitaqrit, la Nitokris de los cuentistas, *la bella de las mejillas de rosa*, con quien se había casado según costumbre, le sucedió y no aceptó la corona sino con la idea bien preconcebida de vengarle. «Mandó edificar una inmensa sala subterránea; luego, so pretexto de inaugurarla, pero en realidad con intención muy distinta, invitó a un gran banquete y acudieron buen número de egipcios de los que ella sabía haber sido los principales instigadores del crimen. Durante el banquete hizo que las aguas del Nilo penetraran por un canal que había tenido oculto. He aquí, pues, lo que de ella se cuenta. Añádese que, hecho esto, la reina se arrojó en una gran cámara llena de cenizas para evitar el castigo[227].

---

223 Champollion, *Monuments de l'Égypte*, t. I, pág. 214; Sayce, *Gleanings*, en el *Recueil de Travaux*, t. XV, págs. 147-148.

224 E. de Rougé, *Recherches sur les Monuments*, págs. 80 y siguientes; Erman, *Commentar zur Inschrift des Una*, en la *Zeitschrift*, 1882, págs. 1-29.

225 Lepsius, *Denkm*., II, 116 a.

226 Para la historia de Hirkhuf, véase Schiaparelli, *Una tomba egizia inedita della sexta dinastía* y los dos artículos de Erman (*Deutsch Morgenl. Gesells*, t. XLVI, pág. 574-579) y de Maspero (*Revue critique*, 1892, t. II, págs. 357-366).

227 Heródoto, II.

Durante los siete años de su reinado, Nitokris había terminado la tercera de las grandes pirámides que Mikerinos había dejado sin acabar. Había más que doblado las dimensiones del monumento y le había añadido el costoso revestimiento de sienita que constituyó más tarde, con justo motivo, la admiración de los viajeros griegos, romanos y árabes. En el centro mismo de la edificación, por cima de la cámara en que el piadoso Mikerinos descansaba hacía ya varios siglos, fue enterrada a su vez en un magnífico sarcófago de basalto azul cuyos trozos se han encontrado[228]. Esto dio lugar más tarde a que se le atribuyera, con detrimento del fundador real, la construcción de la pirámide entera. Los viajeros griegos, a quienes sus exegetas contaban la historia de la *bella de las mejillas de rosa*, cambiaron a la princesa en cortesana y sustituyeron al nombre de Nitaqrit el más armonioso de Rhodopis. Un día que se bañaba en el río, un águila se posó sobre una de sus sandalias, llevósela en dirección a Menfis y la dejó caer sobre las rodillas del rey, que a la sazón administraba justicia al aire libre. El rey, maravillado por la singularidad del suceso y por lo linda que era la sandalia, buscó por todo el país a la mujer que fuera su dueña, y de esta suerte Rhodopis llegó a ser reina de Egipto. A su muerte fue enterrada en la tumba de Mikerinos[229].

El cristianismo y la conquista árabe modificaron una vez más el carácter de la leyenda sin borrar por entero el recuerdo de Nitokris. «Dícese que el espíritu de la pirámide meridional no aparece jamás al exterior sino bajo la forma de una mujer desnuda, bella por lo demás, y cuyas maneras de obrar son tales que cuando quiere inspirar amor a alguien le hace perder la cabeza, le ríe, y al momento se aproxima a ella y le atrae y enloquece de amor, de suerte que pierde la cabeza al momento y vaga errante por el país. Varias personas la han visto dar vueltas alrededor de la pirámide al mediodía y a la hora próximamente en que el sol se pone.»[230] Nitokris era la que así frecuenta el monumento cuya construcción había terminado.

Descubrimientos recientes han dado a la sexta dinastía una autenticidad que no tienen varias de las dinastías posteriores. Las pirámides que Uní levantaba para sus dueños, nosotros las hemos abierto en Sakkarah, y las inscripciones que encierran nos han dicho el nombre del soberano que allí reposaba en otro tiempo[231]. Unás, el último rey de la quinta dinastía, Teti, el primero de la sexta, Pepi I, Mirinri I, Pepi II, han venido a ser de esta suerte personajes tan reales como Setuí I o Ramsés II. Hasta se ha descubierto la momia de Mirinri al lado de su sarcófago y está hoy depositada en el Museo del Cairo[232]. Todas las pirámides de este grupo corresponden a un mismo plano. Un largo pasillo inclinado, obstruido con enormes bloques de piedra, conduce a una especie de antecámara que unas veces está completamente desnuda, otras decorada con interminables inscripciones jeroglíficas. Luego hay un segundo pasillo horizontal, interrumpido en su parte media por tres rastrillos de piedra. Luego una cámara oblonga, flanqueada a la izquierda por tres piezas pequeñas bajas y sin adornos, a la derecha por la sala en que se eleva el sarcófago. Las inscripciones están destinadas, como los cuadros de las tumbas particulares, a proporcionar al muerto provisiones y amuletos necesarios para protegerle contra las serpientes y los dioses maléficos, para impedir que su alma muera. Constituyen como un libro inmenso cuyos capítulos dispersos reaparecen a intervalos en los monumentos de los tiempos posteriores. Y no sólo nos restituyen la religión, sino el idioma más antiguo del Egipto. La mayor parte de las fórmulas que contienen han sido escritas antes de la época tebana, en los tiempos del predominio heliopolitano.

Desde la muerte de Nitokris al advenimiento de la undécima dinastía cerca de cinco siglos trascurrieron, acerca de los cuales la historia permanece casi muda. Cuatro dinastías aparecieron, luego cayeron rápidamente durante este intervalo, sin que nos sea posible determinar todavía los

228 Vyse, *Pyramids of Gizeh*, págs. 797 siguientes.

229 Estrabón, l. XV, c. 1. Véase Heródoto, II, CXXXIV-CXXXV.

230 *L'Égypte de Murtadi, fils du Gaphiphe*, de la traduction de M. Pierre Watier. París, MDCLXVI, pág. 65.

231 Brugsch, *Zwei Pyramiden mit Inschriften aus den Zeiten der VI Dynastie*, en la *Zeitschrift*, 1881, págs. 1-15; los textos han sido publicados por Maspero, desde 1881 a 1889.

232 Maspero, *Guide du visiteur au Musée du Caire*, pág. 397, nº 106.

nombres y el orden de sucesión de los Faraones que las componen. Manetón indicaba en primer lugar una séptima dinastía menfita, que, según una versión, habría durado solamente setenta días y no habría contado menos de setenta reyes; según otra, habría tenido cinco reyes y habría reinado setenta y cinco años. Hablaba luego de una segunda dinastía menfita, la octava, cuyos veintisiete soberanos ejercieron autoridad durante ciento cuarenta y seis años. El papiro de Turín, mutilado como está, contiene en efecto de esta época reinados muy cortos. El rey Nofirka, sucesor inmediato de Nitaqrit, conservó el poder dos años, un mes y un día; el rey Nofrous (Snofrui II?), cuatro años, dos meses y un día; el rey Abú, dos años, un mes y un día; otro rey, cuyo nombre está ilegible, un año y ocho días. Hay que ver en la insignificancia de estas cifras la prueba de las intrigas incesantes y de las guerras civiles que arruinaron el Egipto y que produjeron probablemente su división en varios Estados independientes, cerca de los cuales los príncipes de la dinastía oficial, retirados en Menfis, no ejercieron más que un derecho de soberanía puramente nominal.

Después de siglo y medio de agitaciones y de luchas, la línea menfita se extinguió y fue sustituida por una familia de origen heracleopolitano. Hakhninsuten[233], la Heracleópolis de los geógrafos griegos, cuyo nombre, alterado sucesivamente en las formas Khninsú y Hnés[234], puede reconocerse todavía hoy en la forma árabe Ahnas-el-Medineh, era una de las ciudades más antiguas y ricas del Egipto. Situada en el corazón de la Heptanómide, treinta leguas próximamente al Sur de Menfis, se levantaba en una isla bastante considerable encerrada entre el Nilo al Oriente y el gran canal que corre al pie de la montaña Líbica a Occidente. Fundada en los tiempos antehistóricos alrededor de uno de los santuarios más venerados del país, no había desempeñado aún papel alguno en la política cuando uno de sus príncipes, Khitui, cuyo nombre ha llegado desfigurado al modo griego en Actoés, la sacó de su oscuridad y logró trasferir a ella la preeminencia que durante tanto tiempo había correspondido a Menfis. Una novela de época muy posterior lo representaba «como el más cruel de cuantos habían reinado hasta entonces; después de haber cometido muchos crímenes, fue al fin atacado repentinamente de locura y devorado por un cocodrilo.»[235] Reinó, no obstante, en el Egipto entero; su nombre se ha encontrado en las rocas de la primera catarata[236] y sabemos que guerreó contra los nómadas de la península del Sinaí[237].

Sus primeros sucesores siguieron reinando un siglo por lo menos en todo el valle[238], pero las grandes familias feudales que dominaban en los nomos, en Hermópolis, en Siut, en Tinis, en Koptos, en Tebas, en Elefantina, se cansaron al fin de obedecerles al cabo de tres o cuatro generaciones; los barones de Tebas, habiendo agrupado a su alrededor a todos los señores del Mediodía, asumieron la dignidad real. Desde aquel momento el Imperio fue dividido entre dos dinastías rivales, una de las cuales, residente en Heracleópolis, se contó por los cronologistas como formando una décima dinastía heracleopolitana lo mismo que la novena. La guerra hizo estragos del Norte al Sur y se prolongó con varias incidencias. Al principio, la habilidad de los príncipes de Siut, Khitui I, Tefabi, Khitui II, pareció haber de inclinar la balanza del lado de los heracleopolitanos. Khitui II reinstaló al faraón Marikari en su capital, que le había expulsado, e hizo frente con fortuna a las dinastías del Mediodía[239]. Muy pronto, no obstante, varió la fortuna. Los tebanos, constantemente derrotados, volvieron sin cesar a la carga. Después de una lucha de cerca de tres

233 *La morada del príncipe real.*

234 Isaías, XXX, 4; Champollion, *L'Égypte sous les Pharaons*, t. I, págs. 309-310.

235 Manetón, ed. Unger, pág. 107.

236 Lo ha encontrado Sayce, *The Academy*, 1892, t. I, pág. 332.

237 Golénischeff, *le Papyrus nº 1 de Saint Pétersbourg*, en la *Zeitschrift*, 1870, pág. 109.

238 He adoptado para la novena dinastía la cifra de ciento diez y nueve años, propuesta por Lepsius (*Königsbuch*, págs. 56-57); la dinastía contó probablemente cuatro o cinco reyes más, tres de los cuales, por lo menos, se contienen en los fragmentos del Papiro de Turín.

239 La historia de los príncipes de Siut se deduce fácilmente de las inscripciones de sus tumbas, que han sido publicadas por Griffith, *The Inscriptions of Siut.* Véase Maspero, *Revue Critique*, 1889, t. II, págs. 418-419.

siglos, acabaron por triunfar de los últimos heracleopolitanos y reunieron bajo su autoridad las dos mitades del Egipto[240].

240 He aquí, restituido todo lo completamente que puede hacerse en este momento, el cuadro de las dinastías cuya historia acabo de referir:

VIª DINASTÍA (ELEFANTINA)

I Teti	Οθόης
II Miriri-Pepi I	Φιός
III Mirinri Mihtinsauf I	Μεθέσουφις
IV Nofirkeri Pepi II	Φιώψ
V Mirinri Mihtinsauf II	Μενθέσουφις
VI Nitaqrit	Νίτωκρις

VIIª DINASTÍA (MENFITA)

?

VIIIª DINASTÍA (MENFITA)

?

IXª Y Xª DINASTÍAS (HERACLEOPOLITANAS)

I Khitui I Maribri:	Ἀχθόης
II Nebkari	
III Marikeri	
IV Nofirkari	
V Khitui II Uahkari	

III.
PERIODO TEBANO
DE LA UNDÉCIMA A LA DECIMOQUINTA DINASTÍA
(IMPERIO MEDIO)

La undécima dinastía: comienzos del poderío de Tebas. La duodécima dinastía: conquista de la Nubia: el lago Meris. Desde la decimotercera a la decimoquinta dinastía.

La undécima dinastía; comienzos del poderío de Tebas.

Desde el advenimiento de Menes, toda la civilización egipcia parecía haberse concentrado en la parte media del país, entre Tinis y Menfis. En Tinis o en Menfis los reyes habían tenido su residencia, en estas ciudades se habían desarrollado las artes y habían producido sus obras maestras; los nomos del Sur habían quedado relegados a segundo término. Sus metrópolis vivían en una oscuridad profunda; sus mismos dioses eran desconocidos, hasta el punto de que en los monumentos de las seis primeras dinastías publicados hasta hoy, he encontrado una sola vez, en un nombre propio, el del gran dios de Tebas, Amón, el señor de los dos mundos, el patrono del Egipto en tiempo de las conquistas sirias.

Cuando Menfis hubo perdido la soberanía, en medio de las revoluciones que desolaron el reinado de los príncipes heracleopolitanos, las ciudades del Sur de Egipto, Coptos, Silsilis, Tebas sobre todo, empezaron a surgir a la vida política. Los primeros monumentos que de ellas conocemos se derivan directamente de los últimos monumentos que la sexta dinastía nos ha legado, pero llevan todavía el sello de la falta de habilidad y la rudeza provincial. Son tumbas excavadas en la roca, pintadas, pero no esculpidas. Las escenas de la vida civil no se representan en ellas. Tan sólo se ven dibujados en las paredes montones de ofrendas, acompañados de oraciones copiadas, parte del Libro de los Muertos, parte del Ritual de las pirámides reales. Como en la época menfita, la estela es un resumen de la capilla de la tumba, pero afecta una forma arqueada que recuerda la bóveda de los hipogeos del Alto Egipto, y basta ella sola para proporcionar al muerto todo lo necesario para su existencia. Frecuentemente el dios al que se encomienda el dueño de la estela está representado con sus atributos. Es Osiris, es Khnumú, es Minú, es Amón sobre todo el invocado. Ptah, Atumú, Ra, todos los dioses menfitas y heliopolitanos han descendido al rango de dioses provinciales, al mismo tiempo que Menfis descendía de la dignidad de capital a la condición de ciudad provinciana.

La undécima dinastía era originaria de Tebas. Se enlazaba con Pepi-Miriri de manera que se desconoce, y fue el tronco de la decimoctava dinastía. Al principio vasalla de los reyes heracleopolitanos, hemos visto que no logró fácilmente conquistar su independencia. El primero de sus príncipes cuyo nombre conocemos, Antuf I, no tenía derecho al cartucho. Era simplemente noble, sin más títulos que los demás jefes de las familias feudales. Su hijo, Montuhotpú I, sin dejar de asumir el cartucho y el protocolo, sigue siendo un Horú, un soberano parcial, jefe de los países del Sur bajo la soberanía de los reyes legítimos. Tres generaciones después de él, Antuf IV rompió el postrero lazo de vasallaje y se hizo llamar *Dios bueno, dueño de los dos países*[241]. No habría, sin embargo, que dejarse engañar por este último título y creer que su autoridad prevaleciera desde entonces sobre el Egipto entero. Los Faraones de Heracleópolis conservaban la posesión del Delta e

241 Estos hechos resultan de los letreros de la tabla de Karnak. Véase Prisse d'Avennes, *Notice sur la Salle des Ancêtres*, págs. 14-15; E. de Rougé, *Lettre a M. Leemans*, págs. 5-6 y 13.

hicieron sentir más de una vez su poder a los monarcas tebanos. El primero de éstos que llegó a «reunir las dos regiones» bajo un cetro único, fue Montuhotpú IV (Nibhapuitri), al cual sirvió esta hazaña para ocupar más tarde en las listas reales lugar preferente y aun para representar él solo a la familia de que formaba parte[242]. Sus sucesores no lograron sostenerse mucho tiempo en el trono y cedieron el puesto al fundador de la duodécima dinastía, después de haber dominado algo menos de medio siglo en el Egipto entero[243].

Algunas tabletas esculpidas en las rocas, unas cuantas estelas funerarias y pequeños objetos dispersos por los diferentes museos de Europa, pocas tumbas medio en ruinas, he aquí todo lo que nos resta de los dieciséis reyes[244] que formaron la primera dinastía tebana en su largo período de vasallaje y en su corta grandeza. Las luchas constantes que tuvieron que sostener contra los reyes heracleopolitanos no les impidieron dirigir algunas expediciones felices contra los pueblos vecinos del Egipto. Montuhotpú III (Nibhotpuri) se hizo representar cerca de Filé como vencedor de las naciones bárbaras[245]. Antuf IV (Nubkhopirri) había derrotado a los negros y a los asiáticos[246]; Sukhkeri Montuhotpú pretendía inspirar temor a todas las naciones[247]. Sus triunfos debían ser muy poca cosa. Al Norte y al Oeste, las minas del Sinaí habían sido abandonadas; al Sur, las conquistas de Pepi y de sus sucesores estaban perdidas, y la frontera no pasaba mucho más allá de Elefantina. A los reyes de la duodécima dinastía estaba reservado reducir la Nubia a provincia egipcia.

En calidad de constructores, los Antuf y los Montuhotpú han dejado pocas huellas. Los recursos de que disponían, aún en el tiempo de su prosperidad más notoria, no eran suficientes para permitirles levantar monumentos considerables. La ciudad de su procedencia, Tebas, fue embellecida por ellos en la medida de sus medios. Por lo menos, una inscripción del año II de Montuhotpú III (Nibhotpuri), nos dice que este príncipe mandó una expedición al valle de Hammamat a buscar la piedra necesaria para las construcciones que meditaba en Tebas[248]. Las únicas ruinas de aquella época que subsisten se encuentran en Drah-Abul-Neggah, en medio de la necrópolis. Allí se habían hecho enterrar Antufa I, Antufa II, Antuf IV (Nibkhopirri), Montuhotpú IV (Nibhapuitri) y varios de sus sucesores. Las tumbas, ya violadas por malhechores en tiempos de la vigésima dinastía[249], están hoy destruidas, excepto la de Antufa I. Era una pirámide de ladrillos sin cocer, poco trabajada, colocada casi al borde del desierto. La cámara sepulcral, revestida en todos sus lados de linda piedra caliza, encerraba, a más del sarcófago desaparecido para no volver, una estela del año L, en que el rey estaba representado de pie, con el *urœus* en la frente, acompañado de cuatro de sus perros favoritos[250].

Después de Tebas, Coptos parece haber tenido que alabarse más de la actividad de aquellos primeros tebanos. Situada a la salida de los caminos que conducen a orillas del Mar Rojo y a las canteras de Rohanú[251], Coptos había adquirido a la sazón gran desarrollo. Antuf IV (Nubkhopirri)

242 Mariette, *La Table de Saqqarah*, pág. 6.

243 En total cuarenta y tres años, al decir de Manetón (ed. Unger). La verdadera significación de esta cifra ha sido descubierta por F. Barucchi, *Discorsi critici sopra la Cronologia egizia*, en 4º, Turín, 1844, págs. 131-134.

244 Steindorff (*Zeitschrift*, t. XXXIII, págs. 77-96) ha referido a la XIIIª dinastía una parte de los soberanos que se colocan en la XIª, según E. de Rougé.

245 Champollion, *Monuments de l'Égypte*, lám. CCCVI, 3; Daressy, *Notes et Remarques*, § XXXII, en el *Recueil des Travaux*, t. XIV, pág. 26: t. XVI, pág. 12.

246 Birch, *Le Papyrus Abbott*, págs. 11-12.

247 Lepsius, *Denkm*., II, 150, pág. 107.

248 Lepsius, *Denkm*., II, 149 a; Maspero, *Les Monuments égyptiens de la vallée de Hammamât*, en la *Revue orientale et américaine*, t. I, páginas 333 y siguientes.

249 Birch, *le Papyrus Abbott*; Chabas, *Mélanges égyptologiques*, IIIª serie, t. I; Maspero, *Une enquête judiciaire a Thèbes*.

250 Mariette, *Lettre a M. le Vicomte de Rougé*, págs. 16, 17, y *Monuments divers.*, láms. 49-50; Birch, *The Tablet of Antef-Aá II*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, IV, págs. 172-195.

251 Hoy Uadi Hammamât.

había construido en ella edificios cuyos restos han servido en nuestros días para hacer un puente[252]. Montuhotpú II y Montuhotpú III (Nibhotpuri) profesaban devoción especial al dios de la localidad, Minú, forma de Amon-ra generador, y mostraron su celo en pro de la restauración de diversos templos hoy destruidos. La exploración del valle de Hammamat debía llevar más lejos todavía a uno de los últimos príncipes de la dinastía, Sonkhkeri Montuhotpú. Deseoso de establecer comunicaciones directas entre la Arabia y el Egipto, envió a uno de los altos funcionarios de su corte a orillas del Mar Rojo, muy probablemente a las cercanías de Qoceyr[253]. Como se ve, el espíritu emprendedor no era desconocido de aquellos príncipes oscuros, pero el desarrollo de su poderío fue interrumpido por revoluciones cuya causa y pormenores ignoramos. Cuando el Egipto, dividido durante algunos años, se halló de nuevo reunido por entero en manos de un solo hombre, la undécima dinastía había dejado de reinar.

La duodécima dinastía: conquista de la Nubia: el lago Mœris

No se verificó sin lucha el advenimiento de la nueva dinastía. Amenemhait I, de origen tebano como sus predecesores, tuvo que batallar con los competidores, cuyas intentonas perturbaron sus primeros años. «Después de la comida de la tarde», dice en Instrucciones al rey Usirtasen I que se le atribuyen, «cuando vino la noche-gocé una hora de alegría. Me tendí en las blandas camas de mi palacio, me abandoné al reposo, y mi corazón empezó a dejarse llevar del sueño;-cuando he aquí que se reunieron en armas para rebelarse contra mí y cuando yo estaba tan débil como la serpiente de los campos. Entonces desperté para combatir en persona, con mis propios brazos y vi que no había más que herir para no hallar resistencia. Si cogía a un asaltante con las armas en la mano, hacía huir al infame; ya no había fuerzas ni siquiera en la oscuridad de la noche; no se combatió, ningún accidente enojoso tuvo lugar contra mí»[254]. A fuerza de perseverancia, el rey triunfó de sus adversarios. «Sea que las langostas hayan organizado el pillaje, sea que se hayan maquinado desórdenes en el palacio, o que la inundación haya sido insuficiente y las cisternas se hayan agotado, o que se haya recordado tu juventud para obrar [contra mí], jamás he retrocedido desde mi nacimiento.»[255]

Desde entonces, Amenemhait se dedicó sin descanso a reparar las desventuras de la guerra civil y a rechazar a los pueblos vecinos, libios, nubios, asiáticos, cuyas perpetuas correrías turbaban incesantemente el reposo del Egipto. «He hecho que el enlutado no tuviera más luto, y no se ha oído más; las batallas perpetuas[256], no se han vuelto a ver, mientras que antes de mí se había peleado como el toro que desconoce el pasado y el bienestar del ignorante o del sabio no estaba seguro.»[257] «He hecho labrar el territorio hasta Abú[258], he extendido la alegría hasta Adhú[259]… Soy el creador de las tres especies de granos, el amigo de Nopri[260]. El Nilo ha concedido a mis ruegos la inundación a todos los campos: ningún hambriento en mi reinado, porque se hacía lo que yo ordenaba; y todo lo que yo decía era nuevo motivo de amor. He derribado el león y cazado el cocodrilo; he reducido a

252 Wilkinson, *A Handbook for Travellers*, pág. 321; Petrie ha descubierto allí varios restos de estos templos.

253 Lepsius, *Denkm*., II, lám. 150, a; Chabas, *Voyage d'un Égyptien*, pág. 57; Maspero, *Sur quelques navigations des Égyptiens*, págs. 8-10.

254 *Papyrus Sallier II*, hoja I, 1. 9; hoja III, 1. 3. Véase Dümichen, *Zeitschrift*, 1874, págs. 30 y siguientes.

255 *Papyrus Sallier* II, hoja III, 1. 4-6. Véase la traducción completa de este texto por Maspero, *The Instructions of King Amenemhat I unto his son Usertesen I*, en los *Records of the Past*, t. II, págs. 9-16, y por Schack, *Die Unterweisung des Kœnigs Amenemhat* 1, en 4°, 1882-1884

256 A la letra: «el gran lugar de batirse.»

257 *Papyrus Sallier* II, hoja I, 1.7-9.

258 Elefantina, la frontera meridional del Egipto.

259 Adhú o Nu-adhú, la Ναθώ de Heródoto, en el Delta, y también el Delta misma.

260 La divinidad de los granos.

los Uauaitú[261], he traído esclavos a los Mazaiú[262]; he obligado a los asiáticos a caminar a mi lado como lebreles.»[263] En la Nubia, el rey, después de haber pacificado el valle, penetró en la montaña y volvió a explotar en ella las minas de oro, olvidadas desde los tiempos de Pepi.

Amenemhait I no era ya un joven en el momento de subir al trono. Después de reinar diez años, llamó al poder a su hijo Usirtasen I, que desde entonces compartió con él los títulos reales[264]. «De súbdito que eras te elevé, te concedí el uso de tus brazos, para que por ello fueras temido. En cuanto a mí, me adorné con finas telas de mi palacio, para aparecer a los ojos como una de las plantas de mi jardín, me perfumé con esencias como si esparciese el agua de mis cisternas.»[265] Al cabo de algunos años, la representación del viejo rey se había borrado de tal modo, que se olvidaba a veces consignar su nombre en las actas oficiales al lado del de su hijo[266]. Encerrado en su palacio, se limitaba a dar consejos que contribuyeron mucho, según parece, a la prosperidad del Estado. La reputación de sabiduría que adquirió de esta suerte se extendió tanto, que un escriba casi contemporáneo compuso con su nombre un libro en que el rey, «elevándose como un dios», fue representado dando a su hijo algunas instrucciones acerca del arte de gobernar: «Escucha mis palabras. Reinas en los dos mundos; riges las tres regiones[267]. Obra mejor todavía que lo han hecho tus predecesores. Mantén la buena armonía entre tus súbditos y tú, por miedo a que no se abandonen al temor; no te aísles en medio de ellos; no hinches tu corazón, no hagas tu hermano únicamente del rico y del noble, pero no admitas tampoco a tu lado a los advenedizos cuya amistad no esté probada.»[268] En apoyo de sus consejos, el viejo príncipe cuenta sumariamente sus propias hazañas. Esta obrita, que no cuenta casi más que tres páginas, llegó a ser muy pronto clásica y conservó su preeminencia por espacio de cerca de veinte siglos. Todavía en los tiempos de la vigésima dinastía, era uno de los trozos que se estudiaban en las escuelas y que los jóvenes copiaban como ejercicio de estilo[269].

Nada podría mostrar mejor el estado del Egipto y de los países vecinos en aquella época, que algunos pasajes de las *Memorias* de un aventurero contemporáneo llamado Sinuhit[270]. Era uno de los hijos menores de Amenemhait, y habiendo sorprendido un secreto de Estado en el momento de la muerte de su padre, abandonó el ejército en que guerreaba para huir al Asia. Llegado a la corte de un jefe asiático de poca importancia, le fueron preguntados pormenores acerca del poderío de los soberanos egipcios. «¿Habría ocurrido una muerte en el palacio de Amenemhait sin que nosotros lo supiéramos? Entonces yo le dije: Nada de eso... Mi destino en este país es como el designio de un Dios. El jefe me dijo: ¿El Egipto está en manos de un dueño que se llama el dios benéfico, el terror al cual se extiende sobre todas las naciones circundantes, como la diosa Sokhit se extiende sobre la tierra en la estación de las enfermedades? Le respondí: ¡Sí, por mi salvación, su hijo[271] entra en el

261 En el año XXIX de su reinado. (Brugsch, *Die Negerstämme*, en la *Zeitschrift*, 1881, pág. 30)

262 Pueblo nómada, entre el Nilo y el Mar Rojo.

263 *Papyrus Sallier* II, hoja II, 1. 7; hoja III, 1. 1.

264 Mariette, *Abydos*, t. II lám. 22. M. Sethe ha propuesto que se lea este nombre Senuesrit, lo cual es probable. Conservaré hasta nueva orden el nombre tradicional.

265 *Papyrus Sallier* II, hoja I, 1.5-7.

266 Por ejemplo, en dos estelas del año IX de Usirtasen I (Louvre, C 2, 3), y en una estela del año VII (Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire*, *Zeitschrift*, 1881, págs. 116 y siguientes).

267 Los dos Egiptos y la Nubia.

268 *Papyrus Sallier* II, hoja I, 1. 2-4.

269 Véase en Maspero, *The Instructions of Amenemhat I unto his son Usertesen I* (*Records of the Past*, Iª serie, t. II, 1874, en 12°), la lista de los manuscritos que a nosotros han llegado de esta obra.

270 Chabas, *Les Papyrus hiératiques de Berlín*, págs. 37-51, y Goodwin, *The Story of Saneha*, en el *Fraser's Magazine*, 1855, págs. 185202, y los *Records of the Past*, t. VI, págs. 131-150; Maspero, *Le Papyrus de Berlin núm. 1*, en *Mélanges d'archéologie égyptienne et assyrienne*, t. III, pág. 68-82, y en *Contes populaires de l'ancienne Égypte*, páginas 96-134.

271 *Usirtasen* I.

palacio, porque ha tomado la dirección de los asuntos de su padre; es un dios sin segundo, ninguno ha habido como él antes. Es un consejero sabio en sus designios, benéfico en sus decretos, que entra y sale a su agrado. Doma las regiones extranjeras, y en tanto su padre permanece en el palacio, él anuncia lo que ha ganado. Es un valiente que obra por medio de la espada, un valiente que no tiene igual. Ve a los bárbaros, se lanza, cae sobre los ladrones. Es un tirador de jabalina que hace débiles las manos de los enemigos. Los que él hiere no vuelven a blandir la lanza. Es un temible[272] que rompe las cabezas; no se le ha resistido en su tiempo. Es un corredor rápido, que mata al que huye; corriendo no se le alcanza. Es un corazón alerta llegado el momento. Es un león que hiere con la garra[273] y que jamás ha rendido su arma. Es un corazón inconmovible a la vista de las muchedumbres y que no ha dejado subsistir nada a su paso. Es un bravo que se lanza adelante cuando ve la lucha. Es un soldado alegre por lanzarse contra los bárbaros. Coge su escudo, salta, y sin redoblar el golpe, mata; nadie puede librarse de su flecha. Sin que tenga necesidad de tender el arco, los bárbaros huyen de sus brazos como lebreles, porque la gran diosa le ha concedido el combatir al que ignora su nombre, y cuando hiere, no perdona nada, no deja subsistir nada. Es un amigo[274] maravilloso que ha sabido hacerse dueño del cariño. Su país le ama más que a sí propio, y se regocija en él más que en un dios; hombres y mujeres acuden a rendirle homenaje. Es rey, ha mandado desde su origen; desde que nació ha sido un multiplicador de nacimientos, un ser único de esencia divina, por el que esta tierra se regocija de ser gobernada. Es un engrandecedor de fronteras que se apoderará del país del Sur y no ambiciona los países del Norte; se ha hecho dueño de los asiáticos y ha degollado a los Nemmashaitú.»[275] La asociación de Usirtasen a la corona había acostumbrado a los egipcios a considerar a este príncipe como rey efectivo, aun en vida de su padre.

Así, cuando Amenemhait murió, después por lo menos de diez años de co-regencia y treinta de reinado, la transición, tan delicada en una dinastía nueva, del fundador a su sucesor inmediato, se verificó sin alteraciones.

Usirtasen I estaba ocupado en una expedición contra los libios. Los funcionarios que habían quedado en la capital al lado de su padre le hicieron prevenir inmediatamente. Abandonó en secreto el campamento y acudió a Menfis, donde fue proclamado rey[276]. El ejemplo de Amenemhait fue seguido desde entonces por la mayor parte de sus descendientes. Pasados cuarenta y dos años, Usirtasen asoció al trono a su hijo Amenemhait II[277], y éste, treinta y dos años más tarde, compartió el poder con Usirtasen II[278]. Amenemhait III y Amenemhait IV reinaron mucho tiempo juntos[279]. Los únicos reinados en que no poseemos la prueba de este hecho son los de Usirtasen III y la reina

---

272 Palabra por palabra «un lavador de cara».

273 Literalmente «es uno *que hiere con la garra*».

274 Literalmente «un *semur*». El título *semur* se traduce en griego φιλὸς Βασιλικός, «*amigo del rey*». Esta traducción ha sido puesta en duda por Lepage-Renouf.

275 Maspero, *Les Contes populaires*, págs. 108-111. Según la forma de su nombre, los Nemmashaitú debían ser los beduinos del desierto.

276 Maspero, *Les Contes populaires*, págs. 96-97. Una estela del Museo del Cairo lleva la fecha del año XXX de Amenemhait I y del año X de Usirtasen I (Mariette, *Abydos*, t. II, lám. XXII). Otras dos estelas del mismo museo (Mariette, *Abydos*, t. III, pág. 128, la segunda inédita) llevan el año X de Usirtasen I, solo. Podría deducirse de la ausencia del nombre de Amememhait I, que dicho príncipe murió en el año XXX de su reinado, el X del reinado de su hijo, si las tres estelas citadas anteriormente no mostrasen cuánto hay que desconfiar de las indicaciones de este género que proporcionan los monumentos. La primera estela del Cairo prueba que Amenemhait vivía aún en el año X de su hijo; las otras no prueban en modo alguno que muriera el mismo año.

277 *Estela de Leyden*, V, 4, fechada el año XLIV de Usirtasen I y año II de Amenemhait II.

278 Proscinemo de Assuan (Young, *Hieroglyphics*, lám. 61), fechada el año XXXV de Amenemhait II y el III de Usirtasen II.

279 E. de Rouge, *Lettre a Leemans*, pág. 17.

Sovkunofriu, la Skemiophris de Manetón, con la que se extinguió la duodécima dinastía, después de doscientos trece años, un mes y veintisiete días de duración total[280].

De todas las dinastías egipcias, la duodécima es seguramente aquella cuya historia ofrece mayor certeza y unidad. Sin duda estamos lejos de conocer todos los acontecimientos que vio realizarse. La biografía de los ocho Soberanos que la componen y el pormenor de sus guerras son todavía de lo más incompleto. Pero seguimos al menos sin interrupción el desarrollo de su política. Cabe, después de cuatro mil y más años, reconstituir el Egipto suyo tal como ellos lo habían hecho y lo legaron a sus sucesores. A la vez ingenieros y soldados, amigos de las artes y protectores de la agricultura, no dejaron un solo momento de trabajar por la grandeza del país que gobernaban. Ensanchar las fronteras del Imperio con daño de los pueblos bárbaros y colonizar el valle del Nilo en toda su parte media, desde la primera catarata a la cuarta; regularizar el sistema de canales y obtener un más justo reparto de las aguas en lo que es hoy el Fayum; adornar con edificios Heliópolis, Tebas, Tanis, Heracleópolis y cien ciudades menos célebres, tal fue la labor que se impusieron y que siguieron de padres a hijos durante más de dos siglos. Al salir de sus manos, el Egipto, ensanchado en una tercera parte por la conquista de la Nubia, enriquecido por largos años de paz y buena administración, gozaba de sin igual prosperidad. Más tarde, en los tiempos de las guerras asiáticas y de las conquistas lejanas, tuvo más brillo aparente e hizo más ruido en el mundo. En tiempo de los Usirtasen era más rico y más feliz.

Dos campos de batalla se abrían a los Faraones, uno al Este del Delta, en Siria, otro al Sur de Elefantina, en la Nubia propiamente dicha. Al Este, el Egipto, separado de las poblaciones sirias por el desierto, parecía no haber de temer nada tras su cinturón de arena. A lo sumo habría de sufrir algunas incursiones de los bárbaros nómadas, más ruinosas para la riqueza de algunos particulares que para la seguridad del país. Para ponerse a resguardo de aquellas rachas, difíciles de evitar a pesar de la vigilancia de los que custodiaban las fronteras, los soberanos del Antiguo Imperio habían levantado, desde el Mar Rojo al Nilo, una serie de fortalezas y construido una muralla que impedía a los bandidos el acceso al Uadi-Tumilat[281]. Aquella muralla, mantenida cuidadosamente por Amenemhait I y por sus sucesores, señalaba por aquel lado el último límite del Imperio. Del otro lado comenzaba el desierto, y, para la generalidad de los egipcios de aquella época, un mundo casi desconocido. Acerca de los pueblos de la Siria no tenían más que vagas nociones recogidas de las caravanas o que oyeron en los puertos del Mediterráneo los marinos que los frecuentaban. A veces, no obstante, los ribereños del Delta veían ajar a sus ciudades bandas de emigrados o hasta tribus enteras, que, arrojadas de su cantón natal por la miseria o por las revoluciones, venían a buscar un asilo al Egipto. Uno de los bajorrelieves de la tumba de Khnumhotpú en Beni-Hasan nos hace asistir al recibimiento de una tropa de aquellos desventurados. En número de treinta y siete hombres, mujeres y niños, son llevados a presencia del gobernador del nomo del Mihí, al que ofrecen una especie de afeite verdoso llamado *moszimit* y dos cabras montesas. Van armados, como los egipcios, con arco, jabalina, hacha y maza, y vestidos con largas túnicas o lienzos estrechos arrollados a las caderas; uno de ellos, sin dejar de andar, tañe un instrumento que recuerda por su forma las liras de estilo griego arcaico[282]. Los pormenores de su vestidura, el brillo y el buen gusto de las telas de varios colores y guarnecidas de franjas que les cubren, la elegancia de la mayor parte de los objetos que consigo llevan, dan fe de una civilización avanzada. El Egipto sacaba ya de Asia

---

280 Es la cifra del *Papiro real de Turín*. La duodécima dinastía fue desconocida en un principio por Champollion, que hacía de los Amenemhait los príncipes de la decimoséptima, contemporáneos de los Pastores. En los últimos días de su vida reconoció su error, pero su descubrimiento permaneció enterrado entre sus papeles y no se publicó hasta 1875. La gloria de haber puesto las cosas en su lugar corresponde, por tanto, a Lepsius, *Ueber die zwölfte Ægyptische Koenigsdynastie*, en *Mémoires de l'Académie des Sciences de Berlin*, 1852.

281 Chabas, *Les Papyrus hiératiques de Berlin*, págs. 38-39, 81-82, 91.

282 Este bajorrelieve fue notado y descrito primeramente por Champollion (*Monuments*, t. IV, lám. CCCLXI, etc.), que tomó a los inmigrantes por gentes de raza griega. Se ve reproducido en Lepsius (*Denkm*., II, págs. 131-133) y en Brugsch (*Histoire d'Égypte*, página 63).

los esclavos, los perfumes de que hacía tan enorme consumo, la madera y las esencias de cedro, los vasos esmaltados, las pedrerías, el lapislázuli y las telas bordadas e teñidas cuyo monopolio se reservó la Caldea hasta la época de los romanos[283].

En un punto tan sólo del territorio asiático pensaron los Faraones de la duodécima dinastía establecerse sólidamente. Fue en la península del Sinaí, cerca de las minas de cobre y de turquesas explotadas en otro tiempo por los príncipes del Antiguo Imperio. Puestos escalonados en las gargantas de la montaña defendieron a los trabajadores contra las intentonas de los beduinos. Merced a esta precaución, pudo reanudarse la explotación de los antiguos filones, abrir otros nuevos e imprimir a los trabajos una actividad que nunca habían ofrecido en tiempos anteriores. Usirtasen I[284], Amenemhait II[285], Amenemhait III[286], Amenemhait IV[287], dejaron allí inscripciones con su nombre. Sin embargo, aun en este punto, los reyes de la duodécima dinastía no se apartaron de su política habitual. No se apoderaron de más territorio que del que les era necesario para la explotación de las minas y no disputaron el resto a las tribus nómadas del desierto.

De todas estas tribus, las que mejor conocían, por haber tenido que rechazar o que castigar frecuentemente sus incursiones, eran los Sitiú o Shasú, desvergonzados ladrones, según indica el nombre que ellos mismos se daban[288]. Extendidos por las fronteras del Egipto y de la Siria, en el límite entre el desierto y las tierras cultivadas, vivían como los beduinos de hoy, sin habitación fija, mitad del pillaje, mitad del producto de sus pobres rebaños. Alguno de sus reinos, el de Kaduma por ejemplo, eran frecuentados por mercaderes egipcios y servían de refugio a los desterrados. Un cuento popular, cuyo héroe vivía en tiempos de Amenemhait y Usirtasen I, nos pinta de sorprendente manera la vida que aquellos desterrados hacían en la corte de los reyezuelos asiáticos. Sinuhit, obligado a huir del Egipto por haber sorprendido un secreto de Estado, pasa la muralla oriental y se interna en el desierto. «Caminé, dice, durante la noche y al amanecer llegué a Puteni y me encaminé al lago de Qimoiri. Entonces la sed se apoderó de mí; me sentí falto de fuerzas, mi garganta se abrasó, y ya me decía: He aquí que siento la muerte, cuando de pronto alcé mi ánimo y estiré mis miembros; oía el dulce sonido de los ganados. Vi unos beduinos. Su jefe, que había estado en Egipto, me reconoció y me dio agua, hizo hervir para mí leche, y luego me fui en su compañía a la tribu.»[289]

Los beduinos que habían acogido a Sinuhit le llevan de estación en estación hasta el territorio de Kaduma. Uno de los jefes de aquella comarca le envía a buscar y le invita a permanecer a su lado: «Quédate conmigo, podrás oír la lengua del Egipto». Y efectivamente, Sinuhit encuentra al lado del príncipe «ciertos hombres de Egipto que figuraban entre sus huéspedes.»[290] Esta circunstancia decide al aventurero a establecerse en el país, donde hace fortuna rápidamente.

«El jefe me puso el primero entre sus hijos, me casó con su hija y me dio a elegir tierras de las mejores que tenía hasta las fronteras del pueblo vecino. Es un buen lugar llamado Aia[291]; produce higos y uvas y más vino que agua. La miel es allí abundante, así como los olivos y todas las frutas de los árboles. Allí se encuentra cebada; los higos son innumerables, lo mismo que sus ganados. Fue mucho, ciertamente, lo que se me dio, cuando el príncipe vino para revestirme y me hizo jefe de tribu entre los mejores del país. Tuve raciones diarias de pan y de vino, todos los días carnes

283 Véase acerca del particular Ebers, *Ægypten und die Bücher Moses*, t. I, págs. 228 y siguientes.

284 Felix, *Note sopra le Dinastie de Faraoni*, pág. II; Brugsch, *Geschichte Ægyptens*, pág. 132.

285 *Account of the Survey*, página 183.

286 Burton, *Excerpta hieroglyphica*, lám. XLII; Champollion, *Monuments*, t. II, págs. 690-692.

287 Lepsius, *Denkm*., II, 140 o-p.

288 *Shasú* viene de la raíz semítica שסח, robar, ejercer el bandidaje.

289 *Papyrus de Berlin* núm. I, 1. 19-28; Maspero, *Contes populaires de l'Egypte ancienne*, pág. 107.

290 Chabas, *Les Papyrus hiératiques de Berlin*, pág. 40.

291 Aia o Ia recuerda hasta cierto punto el nombre Æan, Ἀιάν, dado por los geógrafos antiguos a los cantones vecinos del golfo de Akabah.

cocidas, gansos asados, a más de la caza del país que yo cogía o que me ofrecían juntamente con la que traían mis perros de caza; hacían para mí quesos y mantecas de todas clases. Pasé muchos años, mis hijos se hicieron valientes, cada uno de ellos dirigía su tribu. El viajero que iba y venía del interior del país dejaba su camino para venir a mi lado, porque yo acogía bien a todo el mundo. Daba agua al que tenía sed, indicaba al que andaba perdido su camino, echaba mano al ladrón. Los arqueros que iban lejos para batir y rechazar a los príncipes del país, yo ordenaba y ellos iban. Porque aquel rey de Tonú me hizo pasar varios años entre su pueblo como general de sus soldados. Así, cada país que invadí, le obligué a pagar tributo de los productos de sus tierras; me apoderé de sus ganados; arrebaté lo que le pertenecía, me llevé sus bueyes, maté a sus hombres. Estaba a merced de mi espada, de mi arco, de mis expediciones, de mis designios llenos de sabiduría que agradaban al rey. Me amó por tanto, conociendo mi valor; me puso a la cabeza de sus hijos, viendo el valor de mi brazo.

»Un bravo de Tonú vino a desafiarme a mi tienda. Era ilustre, sin igual, porque había matado a todos sus rivales. Decía: Que Sinuhit se bata conmigo, porque aun no me ha herido, y se alababa de coger mis ganados para su tribu. El rey tuvo consejo conmigo y yo dije: No lo conozco. Ciertamente no soy su hermano; me mantengo alejado de donde él habita; ¿es qué alguna vez he abierto su puerta o franqueado sus cercas? Es algún aventurero deseoso de verme y que se cree llamado a despojarme de mis gatos y de mis perros, a más de mis vacas, a caer sobre mis toros, mis cabras, mis terneras, con el fin de apropiárselas... Tendí mi arco, preparé mis flechas, probé mi puñal, bruñí mis armas. Al despuntar el alba Tonú vino en persona, después de haber reunido a todas sus tribus y convocado a todos sus vasallos, porque deseaba presenciar el combate. Todos los corazones ardían por mí, hombres y mujeres decían: ¡Ah! y todos los corazones se entristecían por mí. Porque se decía: Es que otro bravo va a luchar con él. He aquí al adversario con su escudo, su jabalina y su manojo de flechas. Cuando salí y él húbose presentado, aparté de mí sus flechas. Como ni una sola me hería, cayó sobre mí y entonces descargué mi arco contra él. Cuando mi dardo se hundió en su cuello, lanzó un gran grito y cayó a tierra.»[292] Tal era, hace más de cuatro mil años, la vida de los nómadas del desierto; tal es hoy todavía. El relato de Sinuhit, apenas modificado, se aplica muy bien a los beduinos de nuestro tiempo.

La atención de los príncipes de la duodécima dinastía se dirigió principalmente a Etiopía. Allí, en efecto, el Egipto estaba directamente amenazado por poblaciones inquietas que habitaban las dos orillas del Nilo y los desiertos circundantes. Estaban primeramente, del otro lado de la primera catarata hasta mitad de camino de la segunda, los Uauaitú, aquellos antiguos enemigos de los Faraones, con los que Pepi había tenido que habérselas y que los príncipes de Elefantina habían reducido en parte. Derrotados por los príncipes de la undécima dinastía y perseguidos por Amenemhait I, retrocedían sin cesar hacia el Mediodía o el Mar Rojo, y preferían emigrar antes de someterse. Más al Sur, junto a la segunda catarata, se encontraba el país de Hehú y el de Shaad, con canteras de caliza blanca[293]. En el desierto y más allá de la segunda catarata, vagaban cien tribus de extraños nombres: Shemik, Khasa, Sus, Kaas, Aqín, Anú, Sabiri, Akiti, Makisa, siempre dispuestas para correrías guerreras, siempre batidas y jamás pacificadas[294]. Pertenecían a una raza blanca, la raza de Kush, que, poco después de la conquista menfita[295], había hecho su aparición en las orillas del Mar Rojo y había rechazado a los negros a las regiones del Alto Nilo[296]. Estos pueblos, originarios del tronco de que salieron más tarde los fenicios, traían consigo los elementos de una

292 *Papyrus de Berlín* núm. 1, l. 76-141; Maspero, *Les Contes populaires*, págs. 111-115.

293 Brugsch, *G. Inschr.* t. I, pág. 160.-(2) -(3) -(4) - (5)-(6)

294 Brugsch, *Die Negerstämme*, en la *Zeitschrift*, 1882, págs. 31 y siguientes. A esta época hay que atribuir los nombres de pueblos grabados en la estatua A 18, 19, del Louvre, usurpada por Amenothés III (Devéria, *Lettre a M. Mariette*, en la *Revue archéologique*, 1861, t. III pág. 252).

295 Véase más arriba. Las formas Kishú, Kashú se encuentran también en los textos.

296 Lepsius, *Nubische Grammatik, Einleitung*, págs. XC y siguientes.

civilización apenas inferior a la del Egipto. Los Faraones comprendieron cuán necesario les era domeñarlos, mientras estaban todavía indecisos y sin establecerse, y dirigieron contra ellos todas las fuerzas vivas de la nación. Con perseverancia, lograron anexionarse por completo a la mayor parte, destruir o arrojar en dirección al Sur a los que se obstinaron en la lucha y sustituirlos con colonias de *felahs*. Desde entonces todo el valle, a partir del lugar en que el Nilo abandona las llanuras de Abisinia para entrar en el reducido lecho que se ha abierto en medio del desierto, hasta el punto en que desemboca en el Mediterráneo, no constituyó más que un Imperio habitado por un solo pueblo, hablando el mismo idioma, adorando los mismos dioses y obedeciendo al mismo soberano.

Amenemhait I había derrotado a los Uauaitú el año treinta de su reinado[297]. Su hijo, Usirtasen I, venció a siete pueblos negros confederados y llegó triunfante hasta Uadi-Halfa[298]. En tiempo de Amenemhait II, el territorio de los Uauaitú ya no era más que una provincia egipcia, gobernada, lo mismo que los demás nomos, por un funcionario real[299]. Usirtasen II continuó, con brillo a lo que parece, la obra de sus predecesores, que su hijo Usirtasen III terminó. Este príncipe, tan popular en Egipto que Manetón o sus compiladores le identificaban con el Sesostris de la tradición griega y le atribuían la conquista del mundo[300], marchó en persona al frente de sus ejércitos[301], y sometió toda la Nubia de manera definitiva. Después de la anexión del cantón de Heh, fijó la frontera del Imperio en Semneh, cerca de la segunda catarata. Una inscripción grabada en el año VIII atestigua el hecho: «[Aquí es] la frontera meridional fijada en el año VIII, bajo la Santidad del rey de las dos regiones Khakeri Usirtasen III, vivificador por siempre jamás, para que ningún negro la franquee descendiendo la corriente, a no ser para el transporte de ganados, bueyes, cabras, carneros de la pertenencia de los negros.»[302] Otra inscripción del año XVI reproduce la misma prohibición y nos dice que «Su Santidad había permitido que se erigiera una estatua suya en la frontera que él mismo había fijado.»[303]

Ningún emplazamiento mejor escogido para servir de avanzada permanente contra las invasiones del Sur. La ancha cadena de rocas graníticas que corta perpendicularmente el valle en este sitio, y que determina una serie de corrientes rápidas en el río difíciles de franquear, excepto en la época de las aguas altas, oponía una barrera segura a las flotas que hubieran tratado de forzar el paso. A cada lado, sobre rocas que caen a pico en las aguas, Usirtasen III construyó una fortaleza destinada a dominar por completo el río y el valle. Construidos con ladrillo sin cocer, como todos los edificios militares del Egipto, aquellos fuertes presentan no solamente los altos muros y las torres macizas de las ciudadelas antiguas, sino la escarpa, el foso, la contraescarpa y el glácis de las plazas fuertes más recientes, y podían desafiar por largo tiempo todos los medios de ataque de que se disponía en aquella época. En su recinto había un templo dedicado al fundador y numerosas viviendas hoy día en ruinas[304].

---

297 Brugsch, *Die Negerstämme*, en la *Zeitschrift*, 1882, pág, 32; véase anteriormente, pág. 91; véase *Papyrus Sallier* nº 11, hoja II, 1. 10.

298 Estela del Museo de Florencia. Rosellini, *Monumenti storici*, t. XXV, nº 4; Champollion, *Monuments*, t. I, lám. 1, y *Notices*, t. I, págs. 692 y siguientes: Berend, *Principaux monuments du Musée égyptien de Florence*, págs. 51-52.

299 Lepsius, *Denkm*, II, 123 a; Birch, en la *Zeitschrift*, 1874, páginas 111 y siguientes.

300 Esta opinión ha sido también admitida por E. de Rougé en uno de sus primeros trabajos, *Deuxième lettre a M. Alfred Maury sur le Sésostris de la douzième dynastie de Manéthon*, en tiempos más recientes por Sethe, *Sésostris*, en 8º, 100. Véase el artículo en contrario de Maspero, en el *Journal des Savants*, 1901.

301 Expedición del año VIII, en Birch, *Zeitschrift*, 1875, págs. 50 y siguientes; del año XIX, en Maspero, *Mélanges d'archéologie égyptienne et assyrienne*. t. II, págs. 217-219.-(2) -(3) -(4)

302 Lepsius, *Denkm*., II, 136 i.

303 Lepsius, *Denkm*., II, 136 h. Estas inscripciones, mutiladas por viajeros que quisieron llevárselas, han pasado del Museo de Gizéh al de Berlin.

304 M. de Vogue, *Fortifications de Semnéh en Nubie*, en el *Bulletin archéologique de l'Athenæum français*, 1855, págs. 81 y siguientes.

Desde entonces las expediciones dirigidas por los monarcas egipcios más allá de Semnéh no tuvieron por objetivo la conquista. Limitáronse a exigir tributo y a reclamar un derecho de soberanía siempre incierto. Así se ve a Usirtasen III dirigir el año XVI una expedición metódica contra el país de Hua en el Tacazze[305] y a Amenemhait III vanagloriarse de las victorias alcanzadas sobre los negros etíopes, pero sin mencionar nuevas adquisiciones[306]. Contentáronse con fortificar y disponer el territorio anexionado recientemente. Usirtasen III fundó en él, un poco al Sur de Elefantina, una ciudad que de su nombre llamó Hiru-Khakeri, «las vías de Khakeri», e hizo a lo largo del río tantas fundaciones útiles que a su muerte fue divinizado en Semnéh[307] y adorado por espacio de más de diez siglos al igual que Dudún, Anukit, Khnumú y las demás divinidades locales. Su templo, que estaba en ruinas durante los primeros reinados de la decimoctava dinastía, fue restaurado por Thutmosis III y ha durado hasta nuestros días. Amenemhait III, su hijo y sucesor, levantó frente a Pselkis una fortaleza importante[308]. Se le ocurrió también la idea de hacer observar las alturas que el Nilo alcanzaba en Semnéh durante la inundación y las cotas que registró en las rocas vecinas no dejan de figurar entre los recuerdos más curiosos de su reinado[309].

No por simple curiosidad los ingenieros apostados en Semnéh se dedicaban a estos trabajos de acotación. Reunían los elementos de cálculo que necesitaban sus colegas encargados en Egipto del entretenimiento de los canales. Se comprende cuánta debía ser la utilidad de esta labor en una comarca en que el resultado de los cultivos depende del reparto de las aguas en la superficie del suelo, y en un tiempo en que los príncipes no dejaban de procurar todos los medios posibles para atender al exceso o la insuficiencia de la inundación. Usirtasen I trazó una línea de diques a lo largo de la orilla occidental, contra la que se estrellaba sobre todo la corriente del río, y sus sucesores, ocupados como estaban en las guerras nubias, no dejaron por ello de atender con el mayor cuidado el servicio de las aguas. Pocas leguas más arriba de Menfis, la cadena Líbica se interrumpe de pronto y descubre la entrada de un valle que, ahogado al principio entre las paredes de la montaña, se ensancha a medida que se interna en dirección al Poniente y acaba por abrirse en anfiteatro. «En el centro se extiende amplia meseta cuyo nivel general es el de las llanuras del Egipto; al Oeste, por el contrario, una depresión considerable del terreno da ocasión a un valle que un lago natural de más de diez leguas de largo (el Birket-Qerún), llena con sus aguas.»[310] Al principio de la historia, el lago era mucho más grande que hoy. Llenaba el anfiteatro entero, a excepción de un distrito pantanoso que se desplegaba bordeando la base de la montaña oriental, hacia el punto en que se abre la garganta que comunica con el valle. Allí se hallaba desde la más remota antigüedad la que se llamaba *To-shaît,* la tierra del lago, y en dicha tierra la ciudad de Shodit, aquella a que los griegos asignaron más tarde el nombre de Crocodilopolis. Los reyes de la XII dinastía, que iban muchas veces a cazar aves en aquellos pantanos, se aficionaron al sitio. Amenemhait I construyó en él un edificio en el que se ha desenterrado su estatua[311]. Usirtasen I erigió un templo, del que no queda casi nada, a no ser los pedazos de uno de los obeliscos que adornaban la entrada del mismo[312]. Amenemhait III hizo más todavía. Si no fundó Crocodilopolis, como quieren ciertos autores clásicos[313], por lo menos erigió allí monumentos cuya naturaleza, mal comprendida en la época helénica, dio origen a la leyenda del lago Moeris y del Laberinto.

---

305 Naville, *Bubastis*, lám, XXXIV A y págs. 9-10.

306 Lepsius, *Denkm*, II, 138.

307 Lepsius, *Denkm*, II, 136 b; Brugsch, *G. Ins*, t, I, pág. 46; E. de Rougé, *Inscriptions des rochers de Semnéh*, pp. 2-3.

308 *Prisse d'Avenne*s, en Chabas, *Les Inscriptions des mines d'or*, páginas 13-14.

309 Lepsius, *Brief an Ehrenberg*, en *Monatsberichte* de la Academia de Berlín, 1845; *Denkm*, II, 139.

310 Mariette, *Aperçu de l'histoire d'Égypte*, pág. 33.

311 Lepsius, *Denkm*., II, 1. 118.

312 Lepsius, *Denkm*., II, 1. 119.

313 Diodoro de Sicilia, I, 89, 8.

Heródoto es el primero de los historiadores occidentales que habla de ellos, el único que los ha visto, y de él copiaron los escritores posteriores la descripción, no sin embellecerla con rasgos más o menos fabulosos. Contaba, pues, que un Faraón Moeris, desconocido de los documentos indígenas, había hecho en aquel lugar un depósito inmenso en que almacenó el exceso de aguas de la inundación. Aquel depósito estaba ceñido de fuertes diques y medía noventa millas de perímetro[314]. Dos canales provistos de esclusas establecían la comunicación con el Nilo y regularizaban la entrada o la salida de las aguas[315]. Uno de ellos empalmaba con el río a poca distancia al Sur y corría en sentido diagonal a lo largo de la cadena Líbica, próximamente en la dirección del Bahr-Yusuf actual. El otro arrancaba mucho más abajo, al Este del Fayum, y seguía probablemente el lecho del canal auxiliar que se surte hoy en las proximidades de Beni-Suef. Probablemente en el punto de intersección de estos dos canales estaban colocadas las esclusas, y el ramal Norte era el único que permanecía abierto durante el estiaje[316]. ¿Era la crecida suficiente? El agua, recogida en el lago, luego soltada a medida que se hacía sentir la necesidad, mantenía el nivel a la altura conveniente en todo el Egipto medio y en la orilla izquierda del Nilo hasta el mar. ¿Amenazaba la crecida al año siguiente con invadir las ciudades y arrasar las aldeas del Delta, a pesar de los montículos artificiales que se habían levantado, o simplemente con estacionarse demasiado en los terrenos bajos y trasformarlos en pantanos? El Moeris absorbía el exceso de las aguas y lo contenía hasta el momento en que el río comenzaba a bajar. En medio del lago se alzaban, dícese, dos pirámides, coronada cada una por un coloso sentado, uno de ellos representaba a Moeris, el otro a la reina su mujer[317]. Desde lo alto de aquel pedestal, el viejo Faraón parecía dominar su obra y contemplar eternamente los campos cuya suerte había asegurado.

Construido el depósito, Moeris estableció su residencia en las cercanías y se erigió a la vez un palacio y una tumba[318]. El palacio, que vino a ser templo a la muerte del fundador y es llamado Laberinto, estaba al Oriente del lago, sobre una pequeña meseta casi pegada al emplazamiento de Crocodilopolis. La fachada que daba al lago Moeris era toda ella de piedra caliza, tan blanca que los antiguos suponían estar hecha de mármol de Paros. El resto del edificio era de granito de Siena[319]. Una vez dentro del recinto, pronto se sentía uno como perdido en un dédalo de pequeñas cámaras oscuras, cuadradas todas, todas coronadas por un solo bloque de piedra a guisa de techo, y en comunicación por pasillos tan hábilmente combinados que el que no llevaba guía trataba en vano de hallar la salida[320]. Había, dícese, tres mil de estas cámaras, la mitad debajo de tierra[321]. Las paredes y los techos estaban decorados con inscripciones y figuras esculpidas en bajorrelieve en huecos. Allí se encerraban los emblemas de las divinidades o las estatuas de los reyes difuntos[322], y sin duda también los objetos preciosos, las vestiduras sagradas, los *sistros*, los collares, los tocados emblemáticos, en una palabra, todo el material del culto que sólo una perpetua oscuridad podía preservar de los insectos, de las moscas, del polvo y del sol. En el centro del edificio se veían doce grandes salas hipóstilas, emparejadas dos a dos, y cuyas puertas se abrían, seis al Mediodía, seis al Norte. En el ángulo Norte del cuadrado, Moeris había dispuesto su tumba, una pirámide de ladrillos sin cocer revestida de piedra esculpida. Era para los griegos el más perfecto monumento del arte egipcio. «He visto el Laberinto, decía Heródoto, y le he estimado superior todavía a su fama. Si se juntaran todos los edificios y todas las construcciones de los griegos, parecerían inferiores en

314 Heródoto, II, CXLIX; véase Linant-Bey, *Mémoire sur le lac Moeris.*

315 Estrabón, I, XV, cap. 1.

316 Wilkinson, *Handbook* pág. 238 b.

317 Heródoto, II, CXLIX; Diodoro, I, 52.

318 Linceo de Samos y Demoteles, en Plinio, *H. N.*, XXVI, 13.

319 Plinio, *H. N.*, XXXVI, 13.

320 Estrabón, I, XVII, c. 1.

321 Heródoto, II, CXLVIII.

322 Plinio, XXXVI, 13.

trabajo y en coste al Laberinto, y no obstante, el templo de Éfeso es notable y también el de Samos. También las pirámides me habían parecido superar a su renombre y una sola de ellas equivale a muchas de las más grandes edificaciones griegas, y sí, el Laberinto excede a las mismas pirámides.»[323] Se había referido a Heródoto que el Laberinto no era obra de Moeris, sino de Psamético y sus once corregentes. Otros escritores sustituyeron a Psamético y Moeris un Mnévis[324], un Imendés[325], un Petesukhis[326], que en vano sería buscar en las listas de Manetón.

Son otras tantas leyendas que no encierran sino muy pequeña parte de verdad. El depósito famoso, que regulaba la inundación y aseguraba la fertilidad del Egipto, no ha existido nunca. Lo que Heródoto ha visto es la inundación —*moiri*— y lo que tomó por diques que constituían el recinto del depósito, eran las calzadas que separan unas de otras las cuencas. En la época en que visitó el Egipto, el lago natural, que se abría al Este del valle, ocupaba una superficie mucho más considerable que la que tiene en nuestros días, y su nivel era bastante alto para que en el momento de la crecida el país entero pareciera formar una sola sábana de agua desde la montaña al desierto[327]. El laberinto no era tampoco el palacio maravilloso que nos describe Heródoto, sino la ciudad que Amenemhait III fundó como dependencia de su pirámide y cuyas ruinas pueden verse cerca de la aldea moderna de Hauará[328].

Los reyes de la XIIª dinastía, si no ejecutaron los trabajos gigantescos que la tradición les atribuía en el Fayum, por lo menos fueron constructores ardorosos. En Tebas, Amenemhait y Usirtasen I embellecieron con sus ofrendas el gran templo de Amón[329]. En la ciudad santa de Abydos, Usirtasen I restauró el templo de Osiris[330]. En Menfis, Amenemhait III edificó los propíleos al Norte del templo de Ptah[331]. En Tanis, Amenemhait I comenzó, en honor de los divinidades de Menfis, un templo que sus sucesores engrandecieron a porfía[332] Bubastis[333], Fakus[334], Heliópolis[335], Hakhniusú[336], Zorit[337], Edfú[338], y otras localidades menos importantes no fueron olvidadas. Como sus antepasados del Imperio Menfita, los príncipes de la duodécima dinastía dedicaban todos sus

323 Heródoto, II, CXLVIII.

324 Plinio, *H. N.* XXXVI, 15.

325 Estrabón, I, XVII, cap. I.

326 Plinio, XXXVI, 15.

327 Linant de Bellefonds, en su *Mémoire sur le lac Moeris*, había creído reconocer los restos de los diques mencionados por Heródoto en los de calzadas que todavía se veían a mediados del siglo XIX entre las ciudades de Ilahún y Medinet-el-Fayum. El mayor Brown ha demostrado lo vano de esta suposición (*The Fayûm and Lake Moeris*).

328 La identidad del Laberinto con las ruinas de Hauarah indicada por Caristie-Jomard, *Description des ruines situées près de la pyramide d'Haouarah* (en la *Description de l'Égypte*, t. IV, págs. 478-524) y por Lepsius, *Briefe aus Ægypten*, págs. 74 y siguientes, ha sido puesta fuera de duda por Petrie, *Hawara, Biahmu and Arsinoe*, págs. 4 y siguientes.

329 Tabla de ofrendas de Amenemhait I (Mariette, *Karnak*, 1.8 e), y grupo de estatuas que llevan el nombre de dicho príncipe (Id., 1. 8 d); piedras con el nombre de Usirtasen I (*Id.*, 1. 8 a-c).

330 Estela de Montuhotpú, en el Cairo (Mariette, *Abydos*, t. II, 1. 23; t. III. pág. 144), traducida en parte por Lushington (*Transactions of the Society of Biblical Archæology*,t. VII, págs. 353 y siguientes).

331 Diodoro, I, 51.

332 E. de Rougé, *Cours au Collège de France*, 1869; Petrie, *Tanis*, I, pág. 5.

333 Naville, *Bubastis*, págs. 8-9 y 14, láms. V, IX, XXIII, XXIV, XXXII, XXXIV.

334 Puerta de granito con el nombre de Amenemhait I, descubierta en Fakus en Junio de 1883.

335 Consagración de un templo en Heliópolis, el año III de Usirtasen I (L. Stern, *The foundation of the Temple of the sun of Heliopolis*, en los *Records of the Past*, t. XII, págs. 51-57 (véase *Zeitschrift*, 1874, páginas 85 y siguientes). El Papiro de Berlín nº VII dícese ser copia de un texto esculpido en uno de los muros del templo erigido por Usirtasen I en Heliópolis (Lepsius, *Denkm*, VI 1. 121 c; véase Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire*, en la *Zeitschrift*, 1879, pág. 63). El obelisco de Matarieh es probablemente el único resto visible de dicho templo.

336 Estela del año XIV de Usirtasen III (Lepsius, *Denkm*., II, 1. 136 a).

cuidados a prepararse tumbas magníficas. «Mi dueño —decía en tiempo de Usirtasen I el escriba Mirri— me envió a prepararle una gran morada eterna. Los pasillos y la cámara interior estaban hechos de albañilería y renovaban las maravillas de construcción de los dioses. Hubo allí columnas, esculturas, lindas como el cielo, un estanque artificial que comunicaba con el Nilo, puertas, obeliscos, una fachada de piedra blanca de Ruú; así Osiris, señor del Amentit, se ha regocijado con los monumentos de mi señor, y yo mismo, yo me he sentido trasportado y alegre viendo el resultado de mi trabajo.»[339] Esta pirámide de Usirtasen I se ha descubierto en Licht[340], la de Usirtasen III en Dahchur[341], las de Usirtasen II y Amenemhait III en Ilahún y en Hauará[342]. Están bastante maltratadas en su mayor parte, pero en una de ellas, la de Usirtasen III, se han recogido las admirables alhajas que constituyen hoy una de las riquezas del Museo del Cairo[343]. Son alhajas de muerto, con la montura un poco demasiado ligera para el peso de los esmaltes que en ellas se han colocado, pero, una vez indicado este defecto, ¡qué gusto en el dibujo, qué riqueza de color, qué habilidad de ejecución! El arte de la orfebrería no ha producido nunca nada que supere a esas obras maestras de los antiguos artífices egipcios[344]. No obstante, las tumbas reales, lo mismo que los templos, se hallan demasiado en ruinas para que pueda juzgarse, por lo que de ellas nos queda, el estado de la escultura y las condiciones de vida de los príncipes. Los hipogeos en que reposaban los barones feudales, que se repartían el territorio bajo la soberanía de los Faraones, se revelan de día en día, en Siut, en Bercheh, en Meir, en Elefantina. Mejor defendidos contra la rapacidad de los invasores del Egipto y contra los estragos del tiempo, han sobrevivido y hacen aparecer a nuestra vista el valle del Nilo tal como era hace cinco mil años, desde la primera catarata hasta las proximidades de Menfis.

No obstante, en Beni-Hassan, en el cementerio de los señores hereditarios de Mihi[345], es donde mejor se comprende cuál era entonces la situación del país. Pertenecían aquellos señores a lo que he llamado en otro lugar el feudalismo egipcio. En los tiempos agitados de la décima y de la undécima dinastía, sus antepasados habían disfrutado probablemente total independencia y formado una de aquellas dinastías locales desconocidas en los anales oficiales del reino, pero de tanta vitalidad que reaparecían a cada nueva revolución que relajaba la autoridad del poder central. Sometidos por los Antuf y los Montuhotpú antes de haber logrado extenderse a los nomos vecinos, se contentaban por el momento con ocupar cerca del Faraón los puestos más altos a que por jerarquía les era lícito aspirar. Por eso nada más a propósito que su biografía para formarse idea de la historia de las clases nobles. El primero de la familia que conocemos había sido nombrado

337 Hoy Taud. Tabla de ofrendas con el nombre de Usirtasen II (Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire* en la *Zeitschrift*, 1882, pág. 123).

338 Según una inscripción del gran templo, en la que están mencionados Amenemhait y Usirtasen, sin que se haya unido ningún prenombre que permita saber de qué reyes de este nombre se trata. (Brugsch, *Drei Festkalender*, A. 1. 25).

339 Louvre, C. 3. 1. 4-7; véase Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire*, en *Mélanges d'archéologie égyptienne et assyrienne*, t. I, pág. 221.

340 Fue abierta por Maspero en 1882 y 1885, pero no pudieron ser examinadas las cámaras, tan llenas estaban de agua; se hizo constar, no obstante, que había pertenecido a Usirtasen I (Maspero, *Études de mythologie et d'archéologie*, t. I, páginas 1-48-149, *Guide du Visiteur au Musée de Boulaq*, págs. 222-223). Las excavaciones de Gautier y Jéquier en 1895 han confirmado esta identificación y producido el descubrimiento de once estatuas de Usirtasen I (Maspero, *Guide du Visiteur au Musée du Caire*, páginas 47-48, nº 1365.

341 E. de Rougé. *Examen critique*, pág. 51: S. de Morgán. *Dahchour*, t. I. donde se refieren prolijamente los trabajos que han llevado a la apertura de la pirámide.

342 Han sido exploradas por Petrie, *Kahun, Gurob, and Illahun*, págs. 5-8, 11, 12-17, 21-32, *Illahun, Kahun and Gurod*, págs. 1-15, *Hawara, Biahmu and Arsinoe*, páginas 3-8.

343 Maspero, *Guide du Visiteur au Musée du Caire*, páginas 417-423.

344 Han sido descubiertas por M. de Morgan y publicadas por él en *Dakchour*, t. I.

345 En la Heptanómide. Véase acerca de dichos príncipes Maspero, *La Grande Inscription de Beni-Hassan*, en el *Recueil*, t. I, páginas 160 y siguientes.

nomarca en la ciudad de Monait-Khufui por Amenemhait I, en el trascurso de las victorias que le aseguraron la posesión indisputable del Egipto. Cuando llegó a ser señor de Mihi, su hijo Nakhiti le sucedió en Monait-Khufui, con el título de gobernador; pero habiendo muerto Nakhiti sin descendencia, el rey Usirtasen I accedió a conceder a la hermana del joven, Baqit, la condición de princesa heredera. Baqit llevó como dote el nomo de Mihi a Nuhri, que era de la familia de los barones de Khmunú, y duplicó así la fortuna de éste último. El hijo que nació de este matrimonio, Khnumhotpú, fue nombrado muy joven gobernador de Monait-Khufui, título que parece haber correspondido en la familia al heredero presunto, como más tarde, en tiempos de la decimonona dinastía, el título de *príncipe de Kush* era el del heredero presunto de la corona de Egipto. Su casamiento con la dama Khiti, princesa heredera del decimoséptimo nomo, colocó bajo su autoridad una de las provincias más fértiles de la Heptanómide. En tiempo de su hijo Nakhiti, la casa llegaba al apogeo de la grandeza. Nakhiti, confirmado en todas sus dignidades, príncipe del decimoséptimo nomo por herencia materna, recibió de Usirtasen II un gran gobierno, que comprendía quince de los nomos del Mediodía, desde Afroditópolis hasta las fronteras de Tebas[346].

Se ve por este ejemplo con que facilidad los nomos, principados hereditarios distribuidos entre algunas familias ilustres, pasaban de una a otra por casamiento o por herencia, a condición de que el nuevo titular regularizase su adquisición y se hiciera revestir por el soberano reinante. Los deberes de aquellos pequeños príncipes para con su soberano y sus súbditos estaban muy claramente definidos, debían el impuesto y el servicio militar al primero, buena y exacta justicia a los otros. «He seguido a mi dueño, cuando marchó a combatir a los enemigos en las comarcas extranjeras. He ido en calidad de hijo de un jefe, de chambelán, de general de infantería, de nomarca de Mihi. Vine contra Kush, y al marchar fui conducido hasta las extremidades de la tierra. Traje el botín de mi dueño y mi alabanza llegó al cielo. Cuando Su Majestad volvió en paz, después de haber derrotado a sus enemigos en Kush la vil, vine a servirle delante de él. Ni uno de mis soldados ha desertado cuando traje los productos de minas de oro a la Santidad del rey Usirtasen I, vivo por siempre jamás. Fui entonces con el príncipe heredero, hijo mayor del rey, de sus entrañas, Amoni v. s. f.; fui con cuatrocientos hombres escogidos entre mis guerreros, vine en paz, y ninguno de ellos desertó cuando conduje el producto de las minas de oro. Mi empresa me hizo alabar por los reyes.»[347] «Yo era un dueño bondadoso, lleno de amabilidad, un gobernador que amaba a su pueblo... He trabajado y el nomo entero estuvo en plena actividad. Nunca niño pequeño fue afligido por mí, jamás viuda maltratada por mí; nunca he rechazado al labrador, jamás cerrado el paso al pastor. Nunca existió capataz de quinientos hombres a quien le haya quitado ninguno para mis trabajos. No hubo jamás carestía en mi tiempo, nunca hambriento bajo mi mando, ni aun en los años de malas cosechas[348]; porque entonces yo labré todos los terrenos del nomo de Mihi hasta sus límites al Sur y al Norte, yo hice vivir a sus habitantes repartiéndoles los productos, tanto que no hubo en él hambrientos. He dado igualmente a la viuda y a la mujer casada, y no he preferido el grande al pequeño en lo que he dado. Cuando la crecida del Nilo era alta y los propietarios de los campos, lo mismo que los propietarios de cualquier clase, tenían buena esperanza, no he cortado las acequias que riegan los campos.»[349]

Bajo la acción pacífica de los barones locales, la riqueza, ya general aun en tiempos revueltos, se desarrolló de manera maravillosa. Hay que haber estudiado en las paredes de las tumbas de Beni-Hassan o en las láminas de Champollion, de Rosellini o de Lepsius[350], las pinturas en que los artistas de la época han representado los diferentes oficios entonces en uso, para formarse idea de la

346 Lepsius, *Denkm*., II, 140-143.

347 Lepsius, *Denkm*., II, 122.

348 Literalmente: «cuando hubo años de hambre.»

349 Lepsius, *Denkm*., II, 122; véase Birch, *On a remarkable inscription of the XII dinasty*; Brugsch, *Reiseberichten*, págs. 95 y siguientes, *G. Inschr.*, páginas 111-116.

350 Lepsius, *Denkm*., II, láms. 120-130.

actividad con que se hacían todos los trabajos útiles. Primeramente la labranza con bueyes o a brazo; la siembra, el apisonamiento de la tierra por los carneros; el rastrilleo, la recolección y agavillamiento del lino y del trigo; la trilla con mazas, la medida y el trasporte al granero en burros o en chalanas; la vendimia, el desgrane de la uva, la fabricación del vino en prensas diferentes, la colocación en ánforas y el arreglo de las bodegas. Otras pinturas muestran al escultor en piedra y al escultor en madera en sus talleres; vidrieros soplando botellas, alfareros haciendo sus cacharros y metiéndolos en el horno; zapateros, carpinteros, ebanistas, curtidores, mujeres en el telar, tejiendo telas bajo la vigilancia de los eunucos, sin tregua ni descanso. A pesar de las manifestaciones de caridad de que los monarcas hacían gala en sus piedras funerarias, la condición de aquellas clases obreras era de las más duras. Sin cesar encorvadas bajo el palo del capataz, habían de sufrir de la mañana a la noche por una triste ración de víveres apenas bastante para su alimento y el de su familia. «He visto al herrero trabajando en la boca del horno —decía un escriba de la época a su hijo—. Sus dedos están rugosos como si fueran de piel de cocodrilo, huele peor que un huevo de pescado. Todo el que trabaja en metales ¿tiene más descanso que el labrador? Sus campos son la madera, sus instrumentos, el metal. Por la noche, cuando se supone ha de estar libre, trabaja todavía; después de todo lo que sus brazos han ejecutado ya el día entero, por la noche vela a la luz de la antorcha.

»El picapedrero busca trabajo, en toda especie de piedras duras. Cuando ha concluido los trabajos de su oficio y sus brazos están gastados, descansa; como permanece acurrucado desde que el sol sale, tiene partidas las rodillas y el espinazo. El barbero afeita hasta que es de noche; cuando se pone a comer, entonces solamente apoya los codos para descansar. Va de una manzana de casas a otra para buscar los parroquianos; se destroza los brazos para llenar su vientre, como las abejas que comen el producto de sus labores. El batelero baja hasta Natho para ganarse el jornal. Cuando ha acumulado trabajo sobre trabajo, cuando ha matado gansos y flamencos, cuando ha pasado lo suyo, apenas llega a su huerto, llega a su casa, cuando tiene que volver a salir.

»¿Te diré cómo al albañil la enfermedad le consume, porque está expuesto a los vientos edificando con pena, pegado a los capiteles en forma de loto de las casas, para lograr sus fines? Sus dos brazos se gastan en el trabajo, sus vestidos están desarreglados; se roe a sí propio, sus dedos son para él panes; no se lava más que una vez al día. Se hace humilde para agradar; es un peón que pasa de una casilla a otra de diez codos por seis; es un peón que pasa de un mes a otro en las vigas del andamiaje, agarrado a los capiteles en forma de loto de las casas haciendo todas las labores necesarias. Cuando ha ganado el pan, vuelve a su casa y golpea a sus hijos...

»El tejedor, dentro de las casas, es más desgraciado que una mujer. Tiene las rodillas a la altura del estómago; no disfruta del aire libre. Si un sólo día deja de tejer la tela que le corresponde, es atado como el loto de las charcas. Solamente regalando panes a los guardas de las puertas, consigue ver la luz del día. El fabricante de armas sufre en extremo al salir para países extraños: da una gran suma por sus asnos, da una gran suma por curarlos, cuando se pone en camino. Apenas llega a su huerto, llega a su casa de noche, tiene que volver a salir. El correo, al partir para países extraños, lega sus bienes a sus hijos por temor a las fieras y a los asiáticos. ¿Qué le ocurre cuando está en Egipto? Apenas llega a su huerto, llega a su casa, tiene que volver a salir. Si parte, su desgracia le pesa; si no se va, se regocija. El tintorero, los dedos le huelen mal, el olor de los pescados podridos; los ojos los tiene muertos de fatiga, su mano no para. Pasa el tiempo cortando trapos; son su horror los vestidos. El zapatero es muy desgraciado; mendiga eternamente; su salud es la de un pescado reventado; roe el cuero para alimentarse.»[351]

Los retratos no son halagadores. De creerlos, no hubiera habido más que miserias en el Egipto de la duodécima dinastía. El autor de quien los copio era un viejo escriba infatuado y orgulloso de las excelencias de su profesión, que quiere hacer que su hijo tome horror a los oficios y le anima a seguir la carrera de las letras: «He visto la violencia, he visto la violencia; por eso dedícate de todo

351 Maspero, *Du genre epistolaire*, págs. 50-62.

corazón a las letras. Como se hace en el agua, sumérgete en el seno del libro *Qimi*[352], en él encontrarás este precepto en términos propios: Si el escriba va a estudiar al palacio su inactividad corporal no pesará sobre él. A él, otro le da de comer; él no se mueve, descansa.» «He visto los oficios representados —allí se dice en términos propios—, así te hago amar la literatura, tu madre; hago penetrar sus bellezas en tu faz. Es más importante que todos los oficios, no es vana palabra en este mundo; el que se ha dedicado a sacar provecho de ella desde su infancia, es honrado; se le envía a cumplir misiones. El que no va a ellas no sale de la miseria.[353] «El que conoce las letras es mejor que tú por esto solo. No ocurre lo mismo con los oficios que te he puesto delante de la cara; en ellos el compañero desprecia al compañero. Jamás se ha dicho al escriba: Trabaja para Fulano; no hagas sino lo que te ha sido ordenado. Ciertamente, al llevarte a palacio, ciertamente obro por amor a ti; porque si obtienes provecho un solo día en la escuela, es para la eternidad, los trabajos que en ella se realizan son duraderos como las montañas. Esos son, pronto, pronto, los que te doy a conocer los que te hago amar, porque alejan al enemigo.»[354] El estudio de las letras sagradas y la dignidad de escriba llevaban a todo; el escriba podía llegar a ser, según sus aptitudes y destreza, sacerdote, general, recaudador de contribuciones, gobernador de los nomos, ingeniero, arquitecto. Así la ciencia de las letras, considerada como medio de llegar, era muy honrada en aquella época, y nos es alabada en cierto número de trozos que se reputaban clásicos en los siglos posteriores. He tenido ya varias veces ocasión de citar casi todas las obras que nos quedan de la duodécima dinastía, el cuento de Sinuhit[355], las Instrucciones del rey Amenemhait I a su hijo Usirtasen, las recomendaciones del escriba Khrodi, hijo de Duauf, a su hijo Pepi, y el bello Himno al Nilo del Museo Británico[356]. Se juzgará, por los trozos que he incluido, del mérito que podían tener para los egipcios.

Estamos todavía mejor colocados para apreciar la perfección que las artes plásticas habían alcanzado. Indudablemente no podemos figurarnos exactamente lo que era un templo o un palacio. El tiempo ha barrido casi hasta los restos de los inmensos edificios que eran entonces ornato de las ciudades reales del Egipto. Los pórticos de las tumbas de Beni-Hassan nos autorizan, no obstante, a afirmar que la arquitectura había producido ya entonces obras maestras. Uno de ellos está decorado con columnas análogas a las columnas dóricas, y anteriores dos mil años al menos a las más antiguas de este orden que han construido los griegos. La escultura, aun cuando inferior en ciertos puntos al gran arte del antiguo Imperio, nos ha legado tantas obras admirables, que nos preguntamos dónde pudo haber el Egipto artistas bastantes para ejecutarlas. Las estatuas de Amenemhait I y de Usirtasen I, que Mariette descubrió en Tanis, son casi tan hermosas como la estatua de Kefrén. Inspiraban tal admiración a los mismos egipcios, que los Faraones de época posterior, Ramsés II y Mineftah, las han usurpado[357]. El coloso de granito rosa erigido por Usirtasen III delante de una de las puertas del templo de Osiris en Abydos muestra que las esculturas del Alto Egipto no cedían en nada a las del Delta[358]. Una escuela local, que parece haber tenido su residencia en Tanis, nos ha legado obras de un estilo particular, en que Mariette quiso al principio reconocer los soberanos Hiksos, pero que representan en realidad a Amenemhait III. En general, el estilo de estos monumentos se hace notar por un vigor exagerado; las piernas están tratadas con sorprendente libertad de ejecución. Todos los accesorios, dibujo de los adornos, grabado de los jeroglíficos, llegan a una finura que no volverán a tener nunca. Los bajorrelieves, siempre faltos de perspectiva,

352 Es curioso encontrar entre los alquimistas greco-egipcios (Berthelot, en la *Nouvelle Revue*, 1884) la mención de un libro egipcio llamado Kimas o Khimis.

353 Maspero, *Du genre épistolaire*, págs. 49-50.

354 Maspero, *Du Genre épistolaire*, págs. 66-67.

355 Maspero, *Les Contes populaires de l'ancienne Égypte*, págs. 97-134.

356 Maspero, *Hymne au Nil*, en 4º, París, 1868.

357 Mariette, *Catalogue*, págs. 260-261.

358 Mariette, *Abydos*, I lám. 21 a; t. III, pág. 29.

son, como en el período menfita, de extremada delicadeza; se les revestía de vivos colores, que conservan hoy todavía todo su brillo primitivo. El arte de la duodécima dinastía, examinado en conjunto, era muy poco inferior al de las dinastías anteriores. Los defectos que más tarde detuvieron el progreso de la escultura egipcia, el convencionalismo en la factura de los pormenores, la pesadez de las articulaciones, la rigidez hierática, apenas se dejaban sentir. Siempre que se iniciaba un renacimiento parcial en medio de la decadencia artística, los escultores de la decimoctava y de la vigésima sexta dinastía iban a buscar modelo entre las obras de la duodécima o de la cuarta y trataban de imitar su estilo.

Desde la decimotercera a la decimoquinta dinastía.

El Egipto se hallaba, por tanto, en plena prosperidad a la muerte de Amenemhait III. La dinastía había conquistado la Nubia y recobrado la península del Sinaí, saneado el suelo, regularizado la inundación, adornado las principales ciudades con templos y monumentos, asegurado la buena administración y duplicado por consiguiente la riqueza del país. En una palabra, había terminado la obra de reparación que la undécima dinastía no había podido más que bosquejar. En aquel momento se extinguió, después de dos reinados insignificantes, los de Amenemhait IV y su hermana Sovkunofriú. Trece años y unos cuantos meses habían transcurrido apenas desde la muerte de Amenemhait III, cuando el tebano Sovkhotpú I Khutuirí subió al trono a inaugurar una nueva dinastía.

Duró, dícese, cuatrocientos cincuenta y tres años y contó sesenta reyes, cuyo orden de sucesión es todavía incierto[359]. Durante este largo intervalo de tiempo, la serie dinástica, varias veces interrumpida por la falta de línea masculina, se renovó sin alteraciones, gracias a los derechos hereditarios que poseían las princesas y que trasmitían a sus hijos, Sovkhotpú II Skhemuaztouiri, hijo de un simple sacerdote, Montuhotpú, y de una princesa real, heredó de su madre la corona de Egipto[360]; Nofirhotpú II Khasoshshuri cuyo padre no pertenecía a la familia reinante, llegó a ser rey por su madre Kama[361]. Prescindiendo de estas interrupciones en la sucesión directa, el examen de los monumentos nos enseña que la decimotercera dinastía aseguró al Egipto entero algunos siglos de prosperidad. Los Sovkhotpú y los Nofirhotpú que se acumulan en sus listas, y cuyos nombres hacen pensar involuntariamente en los dieciocho reyes etiópicos que, al decir de Heródoto, eran muy anteriores a Sabacón[362], supieron conservar las conquistas de sus predecesores y a veces hasta las aumentaron. El vigésimo cuarto o vigésimo quinto de ellos, Sovkhotpú Khanofirri[363], podía aún erigir colosos en la isla de Argo en el fondo de la Etiopía, a cerca de cincuenta leguas al Sur de Semnéh[364]. En el interior, continuaron los trabajos de hidrografía emprendidos por los Usirtasen y los Amenemhait. Uno de ellos, Sovkhotpú Skemkhutouiri[365], hacía observar y anotar en el observatorio de Semnéh las alturas de la crecida del Nilo en los cuatro primeros años de su reinado[366]. Dedicaron todos sus cuidados al embellecimiento de las grandes ciudades del Egipto y

359 La tentativa más feliz que se ha hecho hasta el presente para restaurar las partes del papiro de Turín en que están enumerados los reyes de esta dinastía y de la siguiente es la de Lauth, *Manetho und der Turiner Königspapyrus*, págs. 235 y siguientes.

360 Brugsch, *Geschichte Ægyptens*, pág. 180. La filiación está probada por varios escarabajos de la época (Mariette, *Mon. divers*, 1. 48.j.) Véase Louvre. C. 8.

361 Lepsius, *Denkm*, II, 151, e-h.

362 Heródoto, II.

363 Sovkhoptpú IV, según E. de Rougé; VI, según Brugsch.

364 Lepsius, *Denkm*., II, 151 i.

365 Sovkhotpú III de Brugsch, *Geschichte*, pág. 183.

366 E. de Rougé, *Sur une inscription trouvée a Semnéh*; Lepsius, *Denkm*, II, 151 b y d.

ejecutaron trabajos en Tebas en el gran templo de Amón[367], en Bubastis, en el Delta, donde fue hallada, según se dice, la hermosa estatua de Sovkhotpú Khanofirri, hoy día conservada en el Louvre[368]; en Tanis, donde parecen haber tenido una de sus residencias favoritas[369]. El santuario de Abydos fue objeto de especial veneración por parte de ellos. El rey Nofirhotpú Khasoshshuri le concedió considerables regalos[370]; Ranuzir Rânmatán lo restauró y decoró de nuevo por mediación de uno de sus oficiales[371]. Sovkumsauf Skhemuazkuri consagró en él su estatua[372] y los particulares, siguiendo el ejemplo de su señor, prodigaron todo género de favores al templo de Osiris. El estilo de las obras de aquella época es ya inferior al de las de la duodécima dinastía; las proporciones de la figura humana empiezan a alterarse, el modelado de los miembros a perder fuerza y perfección. A pesar de estos defectos, con frecuencia poco visibles, la mayor parte de las estatuas reales hasta el presente conocidas son de 'una belleza que el arte de las épocas posteriores ha igualado en raras ocasiones. Basta examinar con cuidado una de estas obras y recordar que se encuentran parecidas en todo el valle del Nilo, desde la tercera catarata hasta la desembocadura del río, para quedar convencido de que el Egipto era entonces una gran potencia, reunida bajo un solo cetro y no, como ciertos autores quieren, un Estado dividido en dos reinos entre sí independientes[373], o poseídos militarmente por los reyes Pastores establecidos en el Delta[374].

¿Fueron los últimos años de la decimotercera dinastía tan venturosos como los primeros? No podría contestarse en el estado actual de nuestros conocimientos. Todo cuanto cabe afirmar es que los monumentos escasean y que no tienen el mismo mérito que los de los soberanos del principio.

Las listas de Manetón registran un hecho cierto: por aquella época varió el centro del poderío egipcio. La preponderancia que Tebas había mantenido durante setecientos años y más sobre el resto de las ciudades, se le fue de entre las manos y cayó en las de las poblaciones del Delta. Los Faraones de la duodécima y, sobre todo, los de la decimotercera dinastía habían preparado este resultado favoreciendo al Norte, Mendés, Sais, Bubastis, Tanis sobre todo, en detrimento del Mediodía. Cuando desaparecieron, Tebas perdió su rango de capital, y fue una ciudad del Bajo Egipto, Xois, la sucesora. El Delta había recogido el fruto de los trabajos ejecutados antes por los tebanos tanto, si no más, que el valle propiamente dicho. Sus terrenos pantanosos habían sido rellenados, sus campiñas saneadas, sus canales regularizados, y el comercio con Asia le llevaba una riqueza sin cesar creciente. Xois, situada en el centro mismo de la llanura, entre las ramas fatmética y sebenítica del Nilo[375], no había tenido hasta entonces sino la más escasa importancia; pareció haber ganado más que las otras ciudades en la prosperidad general. La decimocuarta dinastía, salida de sus murallas, contó, dícese, setenta y cinco reyes, que dominaron cuatrocientos ochenta y cuatro

---

367 Estatuas de Sovkhotpú Skhemuaztouiri encontradas en Karnak (Mariette, *Karnak*, l. 8 m), de Sovkhotpú Nibka..... y de Sovkhotpú Mirkouri, antes conservadas en Luxor, en la legación de Francia, hoy en París (Mariette, *Karnak*, l. 8 k-l; piedra hallada en Karnak y que contiene los cartuchos de Nofirhoptú, Khasoshshuri y de Sovkhotpú Khanofirri (Mariette *Karnak*, m-o), etc.

368 Louvre, A 16; otra estatua del mismo rey (A 7) es de procedencia desconocida.

369 Mariette, *Abydos*, t. II, 1. 28-30.

370 Louvre, C 11 y 12, traducción de Horrack, *Sur deux stèles de l'Ancien Empire*, en Chabas, *Mélanges égyptologiques*, IIIª serie, t. II, págs. 203 y siguientes. El nombre del rey, que he comprobado una vez más en el original, es Ranmatán (Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'historie*, en *Mélanges*, t. II, pág. 140) y no Râ-en-Maa-ent (Wiedemann, *Ægyptische Geschichte* t. I, pág. 278, n.° 4).

371 Hoy en el Museo del Cairo (Mariette, *Abydos*, II, 1. 26 y III, pág. 30).

372 Mariette, *Première et deuxième lettres a M. le vicomte de Rougé sur les fouilles de Tanis*. Véase E. y J. de Rouge, *Inscriptions recueillies en Égypte*, l. LXXVI, la inscripción de una estatua de Sovkhotpú Khanofirri encontrada en Tanis.

373 Brugsch, *Histoire*, t. I, págs. 71-72.

374 Esta teoría, que es de Lepsius, ha sido combatida desde su aparición por E. de Rougé, *Examen critique*, segundo artículo, págs. 30 y siguientes: parece abandonada hoy.

375 Xois es hoy Sakha (Champollion, *L'Égypte sous les Pharaons*, t. II, págs. 211-225).

años. Sus nombres mutilados se acumulaban en columnas en las páginas del Papiro real de Turín, y las cifras que designan la duración de su reinado son muchas veces bastante bajas, dos años, un año, tres años. Se ve que se sucedieron en el trono muy rápidamente, pero su historia no es conocida, y a lo sumo podría suponerse que los últimos de ellos hubieron de combatir revoluciones y guerras civiles que dieron lugar a su caída[376].

376 He aquí, restablecida por completo, la serie de los Faraones de la XII dinastía:

XIª DINASTÍA (DIOSPOLITANA)

?

XIIª DINASTÍA (DIOSPOLITANA)

I Shotpabri	Amenemhait I	Ἀμενέμης
II Khopirkeri	Sanuosrit Usirtasen I	Σεσογχωσις.
III Nubkouri	Amenemhait II	Ἀμμανέμης.
IV Khakhopiri	Sanuosrit Usirtasen II	Σέσωστρις.
V Khakouri	Sanuosrit Usirtasen III	Λαβάρης.
VI Namatri	Amenemhait III	Ἀμέρης
VII Makhrouri	Amenemhait IV	Ἀμενέμης
VIII Sovkunofriú		Σκεμίοφρις

XIIIª DINASTÍA (DIOSPOLITANA)

?

XIVª DINASTÍA (XOITA)

?

Desde hace diez años, una parte de la escuela alemana ha reducido considerablemente la duración del primer Imperio tebano y de la dominación de los Hiksos, apoyándose en un aparecer heliaco de Sirio consignada en un documento escrito en tiempos de la XIIª dinastía, que habría reinado entre el siglo XXI y el XIX a. de J. C. Sin entrar en pormenores, basta por el momento con indicar que si se admite el dato falta espacio en que colocar convenientemente las dinastías XIII, XIV, XV, XVI y XVII. Si las cifras que da Manetón son demasiado exageradas, las de la escuela alemana son reducidas con exceso.

LIBRO II.
EL ASIA ANTERIOR ANTES Y DURANTE LOS TIEMPOS DE LA DOMINACIÓN EGIPCIA

IV.
LA CALDEA

Las poblaciones primitivas de la Caldea. La creación, el diluvio; historia fabulosa de la Caldea; los primeros reyes históricos. La invasión cananea y los Pastores en Egipto.

Las poblaciones primitivas de la Caldea

Al Norte y al Este del África, en la inmensa extensión de territorio comprendida entre el Mediterráneo, el Mar Negro, el Cáucaso, el Caspio, el Indo y los mares que bañan las costas meridionales del Asia, se agitaban confusamente naciones de origen diverso, la mayor parte desconocidas de los primeros Faraones. Separado de ellas por el desierto y por el mar, el Egipto jamás se había mezclado hasta entonces en sus asuntos; a lo sumo había llevado sus colonias mineras del lado allá del Sinaí y edificado algunas fortalezas destinadas a la protección de los colonos. Por lo demás, una muralla trazada a través del istmo y guarnecida de puestos almenados le servía de barrera contra todo lo que le amenazaba del lado de Siria y le permitía seguir, al abrigo de las invasiones del Norte, el curso de sus destinos.

Algunas de dichas naciones, sin nombre todavía y sin historia, pertenecían sin duda a aquella humanidad primitiva que cubría el suelo en épocas tan remotas que sólo al geólogo toca investigar la fecha. La mayor parte se enlazaban con razas más fuertes y nobles, extendidas desde las orillas del Mar Caspio a las del Mediterráneo. Procedían, a lo que parece, de las estepas del Asia septentrional, y de allí bajaron hacia el Sur, en busca de climas más suaves y de comarcas más fértiles. Parte de los emigrantes ocupó los territorios montañosos que se extienden al Sur del Caspio y que bordean la meseta del Irán. Al pie mismo de la montaña, abundan los bosques y las aguas; a medida que se avanza hacia el interior, los ríos disminuyen su caudal y acaban por perderse en las arenas, a excepción de dos o tres que van a parar al gran lago Hamún. Excepto la faja de tierra situada a lo largo de sus orillas, el resto del territorio no es más que un vasto desierto salado, cuyo suelo está formado unas veces de piedrecillas, otras de una arena fina y movediza que el viento lleva en inmensas ondas longitudinales, otras de una arcilla endurecida y tostada por el sol. La mayoría de la nación se estableció firmemente en el borde occidental de la meseta, en la región a que se dio más tarde el nombre de Media. Varias tribus marcharon al Oeste, a Atropana, a Armenia,

y hasta a el Asia Menor. Otras siguieron hacia el Sur, y se establecieron al otro lado de las montañas, en las llanuras de la Susiana y a orillas del Tigris y del Éufrates[377].

El Tigris[378] y el Éufrates[379] nacen en Armenia, en el monte Nifates[380], la más alta de las cadenas que se desenvuelven entre el Ponto Euxino y la Mesopotamia, la única que llega en algunos sitios al límite de las nieves eternas. Corren al principio en dirección contraria uno al otro, el Éufrates de Este a Oeste hasta Malatiyeh, el Tigris de Oeste «a Este en dirección a Asiria»[381]. Pasado Malatiyeh, el Éufrates cambia bruscamente de dirección al Sudoeste, se abre camino a través del Tauro, como si quisiera ir al Mediterráneo[382], luego se dirige al Sudeste, en dirección al golfo Pérsico. Al salir de las montañas, el Tigris se inclina al Sur sin vacilar y va gradualmente acercándose al Éufrates. En las cercanías de Bagdad, los dos ríos ya no están separados más que por unas cuantas leguas de terreno bajo y llano. No obstante, no mezclan todavía sus aguas. Después de haber corrido casi paralelos de veinte a treinta millas, se separan de nuevo para no volverse a unir sino cerca de ochenta leguas más abajo, formar el Shatt-el-Arab y lanzarse en el golfo Pérsico. En su curso medio, el Éufrates recoge por su izquierda dos afluentes bastante considerables: el Balikh[383], y el Khabur[384], que le llevan las aguas del Karadjah Dagh[385]. Desde su unión con el Khabur hasta su desembocadura, ya no tiene ningún otro tributario. El Tigris, por el contrario, aumenta por la izquierda con las aguas del Bitlis Khai[386], de los dos Zab[387], del Adhem[388] del Dilyaleh[389]. Por eso los dos ríos son navegables en gran parte de su curso. El Éufrates desde Sumeisat, el Tigris desde cerca de Mossul. Cuando viene el deshielo, a principios o mediados de Abril, crecen, se desbordan y no vuelven a su cauce hasta Junio, en la época de los calores más fuertes[390].

El valle del Tigris y del Éufrates no tuvo en todas las épocas el aspecto que hoy ofrece. Al comienzo de nuestro período geológico, los dos ríos corrían lentos, por espacio próximamente de cinco grados, por una gran llanura ondulada, de formación secundaria, surcada por los pocos riachuelos que vienen del monte Masios[391]. Es un territorio fértil a orillas de los ríos y en los lugares

---

377 Acerca del parentesco de las tribus no semíticas de la Caldea con los susianos y aquellos de entre los medos que no eran arios, véase Oppert, *Études sumériennes*, págs. 83-85; Lenormant, *La Magie chez les Chaldéens et les Origines Accadiennes*, págs. 315 y siguientes; Sayce, *The Languages of the Cuneiform Inscriptions of Elam and Media*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. III, págs. 465-485, y en estos últimos tiempos las Memorias diversas de Weissbach y de Hüsing.

378 En acadio Idigna o Idignú, «el río de altas orillas»; la forma semítica es Idiklat o Diklat (Fr. Delitzsch, *Wo lag das Paradies?*, pág. 171). La etimología clásica que daba al nombre Tigris la significación de *flecha*, a causa de su rápido curso (Plinio, *H. N.*, VI, 127; Q. Curcio, IV, 9, 16; Estrabón, XI, 14, 8) es de origen iranio.

379 En acadio Pura-nunú, el gran río, forma abreviada Pura, que ha venido a ser Purat, Puratú en el idioma semítico de la Caldea (Delitzsch, *ob. cit.*, págs. 169-170).

380 Hoy el Keleshin-Dagh.

381 Génesis, II, 14.

382 Pomponio Mela, *De Situ Orbis*, III, 8; «Occidentem petit, ni Taurus obstet, in nostra maria venturus».

383 En asirio Balikhi, el Bilicos de los griegos.

384 Aborrás o Chaborrás de los escritores clásicos.

385 El *Masios* de los griegos (Estrabón, XI, 12, 4; 14, 2).

386 El Kentrites de los griegos (Jenofonte, *Anábasis*, IV, 3, 1).

387 El Zab superior tenía en asirio el nombre de *Zabú elu*, y el Zab inferior el de *Zabú shupalú* (Delitzsch, *Wo lag das Paradies?*, página 186); entre los griegos, Licos y Kapros.

388 Entre los asirios, *Radanú* (Delitzsch, *ob. cit.*, pág. 186.

389 El Gindés o Tornadotus; en asirio, Turnat.

390 Layard, *Nineveh and Babylon*, pág. 297; G. Rawlinson, *The five great Monarchies*, t. I, págs. 11-13. El testimonio de los autores modernos es contrario al de Heródoto (I, CXCIII) según el cual «el río no se desborda espontáneamente, como en Egipto, sobre las tierras sembradas, sino que es derramado por medio de máquinas».

391 G. Rawlinson, *The five great Monarchies*, t. I, págs. 3-4.

donde brotan las fuentes, estéril y desnudo en cualquiera otra parte[392]. La extremidad meridional servía de orilla al mar, y los dos ríos desembocaban a unas veinte leguas uno de otro, en un golfo fangoso, el Nar-Marratú[393], limitado al Este por los últimos contrafuertes de los montes del Irán, al Oeste por las alturas arenosas que marcan el límite de la meseta de Arabia. Toda la parte inferior del valle no es más que un terreno de origen relativamente moderno, creado por los aluviones del Tigris, del Éufrates y de los ríos que como el Adhem, el Gindés, el Khoaspes, después de haber permanecido durante mucho tiempo independientes y contribuido a cegar el mar en que se perdían, han acabado por ser simples afluentes del Tigris. Hoy todavía, el Delta del Shattel-Arab avanza rápidamente, y el crecimiento de la orilla asciende a cerca de una milla inglesa cada setenta años[394]. En los tiempos antiguos, el avance de los aluviones se hacía sentir más y debía representar próximamente una milla cada treinta años[395]. Es, por tanto, seguro que en el momento en que los colonos se establecieron en el valle, el golfo Pérsico penetraba cuarenta o cuarenta y cinco leguas más adentro que lo hace hoy[396]. El Tigris y el Éufrates desembocaban a alguna distancia uno de otro y no confundieron sus cauces sino varios miles de años más tarde.

La región de los aluviones, sobre todo la mitad de ella que confina con las costas del golfo Pérsico, fue asilo de los primeros colonos. Era una inmensa llanura baja, cuya monotonía no estaba interrumpida por ningún accidente del terreno. El Éufrates, mal contenido en su cauce, dejaba escapar brazos a derecha e izquierda, unos de los cuales iban a parar al Tigris, otros se perdían en los fangales. Parte del suelo, constantemente privado de agua, se endurecía a los rayos de un sol abrasador; otra desaparecía casi por completo bajo los montones de arena que arrastra el viento del desierto; el resto no era más que una laguna pestífera, llena de enormes juncos, cuya altura varía entre doce y quince pies[397]. El territorio, aun en esta disposición, no carecía en modo alguno de recursos. Comprende pocas especies de árboles aprovechables, «porque no posee la higuera, ni la viña, ni el olivo»[398]; en cambio, produce naturalmente el trigo[399] y el dátil. «El suelo es allí tan favorable para los cereales que dan habitualmente doscientos por uno, y en las tierras de excepcional calidad, trescientos. Las hojas del trigo y de la cebada tienen cuatro dedos de anchas. En cuanto al mijo y al sésamo, que por su tamaño son verdaderos árboles, no diré su altura, aun cuando la conozca por experiencia, sabiendo bien que para los que no han estado en tierra babilónica lo que contara hallaría sólo incrédulos. No se usa para nada el aceite de oliva, pero se extrae aceite de sésamo.»[400] «La palmera provee a las restantes necesidades de la población. De ella se saca una especie de pan, vino, vinagre, miel, tortas y toda clase de tejidos; los herreros utilizan los huesos de dátil como carbón, los mismos huesos triturados y macerados se aplican a la alimentación de los bueyes y carneros, para cebarlos. Se dice que hay una canción persa en que se enumeran trescientas sesenta aplicaciones distintas de la palmera.»[401] Los pescados abundan, sobre todo el barbo y la carpa; todavía son muy utilizados en la alimentación de los pobladores actuales[402].

---

392 G. Rawlinson, *Ibid*, t. I, pág. 182.

393 Este golfo y el golfo Pérsico, con el que comunicaba, se llaman también el mar del Sol Levante (Schrader, *Die Namen der Meere in den Assyrisehen Inschriften*, en *Mémoires de l'Académie de Berlin*, 1877, págs. 176-177).

394 Loftus, *Chaldæa and Susiana*, pág. 282.

395 Rawlinson, *Journal of the Geographical Society*, vol. XXVI, pág. 186.

396 Rawlinson, *Journal of the Geographical Society*, vol. XXVI, pág. 142; G. Rawlinson; *The five great Monarchies*, t. I, págs. 4-5.

397 Todas las notas de esta descripción están tomadas del estado en que hoy se encuentra la comarca, pero tienen perfecta aplicación al pasado. Véase Loftus, *Susiana and Chaldæa*, págs. 14 y siguientes.

398 Heródoto, I, CXCIII.

399 Beroso, *Fragm.*, I, edición Lenormant, página 6.

400 Heródoto, I, CXCIII; véase Teofrasto, *Hist. Plant.*, VIII, 7, y Plinio, *H. N.* XVIII, 17, 45.

401 Estrabón, XVI, I. XIV; véase Teofrasto, *Hist. Plant.* II, 2, y Plinio, *H. N.* XIII, 4.

402 Layard, *Nineveh and Babylon*, pág. 567.

En un punto solamente Babilonia es inferior a Egipto; no tiene caliza compacta, ni mármol, ni basalto, ni granito, ni ninguna de las piedras duras de que los artistas egipcios supieron obtener tan buen partido para sus trabajos. Los arquitectos caldeos se vieron obligados a tomar del suelo mismo los materiales para sus trabajos y llevaron tan adelante como es posible el uso del ladrillo; por eso sus obras no han podido resistir los embates del tiempo y se han deshecho hasta el punto de no ser las más de las veces sino verdaderos montones de barro[403].

Desde el momento de su llegada a las orillas del Éufrates, los sumero-acadios, constituidos en nación, conocían la escritura[404] y las principales industrias necesarias a la humanidad; tenían una legislación y una religión completas. Su escritura era jeroglífica en un principio como la del Egipto. Cada signo representaba la imagen de la cosa misma que se quería significar, o el objeto material que parecía ofrecer más analogía con la idea abstracta que se trataba de dar a conocer. Así, para significar la idea de Dios, se pintaba la figura del cielo con sus ocho divisiones principales ; para la de rey, se recurría a la abeja . La torpeza del grabador y del escribiente alteró estos dos signos y los sustituyó con equivalentes más o menos informes: luego para el cielo, , y para la abeja. La imagen primitiva se alteró cada vez más, tanto que llegó a ser imposible distinguir, en el conjunto de trazos o de cuñas que formaba un grupo, el tipo que aquel conjunto resumía. Por dicha, cuando esta modificación tuvo lugar, no había ya necesidad de reconocer el objeto para leer el signo. El signo cielo evocaba maquinalmente la idea de Dios, y la idea de Dios despertaba en el ánimo del lector la palabra correspondiente, AN. Así el jeroglífico , sin perder nunca el sentido simbólico de dios, estando suelto, representó la sílaba AN en multitud de palabras que no tenían relación alguna con la divinidad. Colocando juntos varios signos, llegóse a representar palabras cuyo sonido se componía en parte de la pronunciación de un signo, en parte de la pronunciación de otro. representa tres gotas de agua, significa *agua*, se lee A; unido al signo que corresponde a cielo, significa *dios*, se lee AN, forma un grupo , A + AN, AAN, que quiere decir *lluvia*. Este sistema presenta graves inconvenientes. Buen número de signos pueden tener varios valores y leerse de muchas maneras distintas. expresa las ideas de *acabar, envejecer, terminar, morir, abrir, sangre, cadáver*, y se lee, según la idea que expresa, BE, BAT, TIL, PAGAR, US, etc., en una palabra, es polífono. Entre todos esos significados y pronunciaciones desemejantes el lector elegía, según el sentido general de la frase y la posición del signo, el sentido y la lectura que le parecían más apropiados. La oscuridad resultante de esa polifonía es tal, que los modernos han empleado años enteros en difíciles estudios para llegar a orientarse de manera satisfactoria y completar el silabario. En la misma confusión incurrían también los asirios y los babilonios, a pesar de venir practicando a diario el sistema: «No hemos de ofrecer más prueba que el número de silabarios y de vocabularios gramaticales, trazados en tablillas de barro y destinados a revelar los arcanos del sistema gráfico nacional, que se han encontrado con tanta abundancia en las ruínas de Nínive. Más de la mitad de los monumentos que poseemos de escritura cuneiforme son cartillas que pueden servirnos para descifrar la otra mitad, y que consultamos exactamente como lo hacían, hace dos mil quinientos años, los estudiantes del antiguo país de Ashshur.»[405]

---

403 Perrot et Chipiez, *Histoire de l'art dans l'antiquité*, t. II, páginas 113-138.

404 Lo que ha dem*ostrado* M. Oppert, *Rapport adressé a Son Exc. M. le Ministre de l'Instruction publique et des cultes*, Mayo de 1856, págs. 11 y siguientes.

405 Fr. Lenormant, *Essai sur la propagation de l'alphabet phénicien*, I, pág. 48. M. Halèvy ha publicado varias Memorias muy atendibles: *Recherches critiques sur l'origine de la civilisation babylonienne*, en 8.°, 1876, tirada aparte del *Journal asiatique* (1874-1876); *Étude sur les documents philologiques assyriens* (1878); *Nouvelles inscriptions chaldéennes et la question de Sumer et d'Accad* (1882); *Observations sur les noms de nombres sumériens* (1883), en *Mélanges de critique et d'histoire relatifs aux peuples sémitiques* (en 8º, Paris, 1884); *Documents religieux de l'Assyrie et de la Babylonie* (en 8º, Paris, 1883), etc., a fin de probar que el súmero-acadio no existe. Los textos en que los asiriólogos han creído reconocer una lengua estarían redactados en el idioma

El progreso material de la civilización fue rápido desde un principio. Los signos de los metales comunes y de los metales preciosos figuran entre los jeroglíficos más antiguos, y prueban que los primeros habitantes de la Caldea practicaban el arte del fundidor y el del platero. Las tumbas más viejas que se han abierto contienen objetos de oro, de bronce, hasta de hierro, cuchillos, hachas pequeñas, hoces, brazaletes, pendientes cincelados[406]. «Al lado se encuentran, empleados a un tiempo mismo, instrumentos y armas de pedernal tallado y pulimentado, puntas de flecha, hachas y martillos. El metal más común es el bronce: de él son todos los instrumentos metálicos. En cuanto al hierro, es más raro y parece ser todavía metal precioso por la dificultad de su obtención; en vez de hacer con él instrumentos, se fabrican brazaletes y otros adornos toscos.»[407] Todas las demás artes domésticas o industriales estaban tan desarrolladas como lo estuvieron en el Egipto primitivo, el tejido de las telas, la cerámica, la cestería, la carpintería. Parece que desde un principio la población de las ciudades y de los campos se dividió en clanes cuyos miembros todos pretendían proceder de un tronco común. No todos disfrutaban la misma posición social, sino que unos se habían elevado a los primeros lugares, mientras que otros habían descendido a las últimas capas sociales.

Las familias que pertenecían a un mismo clan tenían una organización firmísima. Es posible que al principio la mujer haya ocupado en ellas el lugar más importante, pero muy pronto el hombre fue el jefe de la comunidad, al que todos obedecían, las esposas, las concubinas, los servidores, los esclavos. Su autoridad era absoluta lo mismo en el orden civil que en el religioso. Él solo ofrecía el sacrificio a los dioses, solo administraba los bienes patrimoniales, tenía derecho de vida y muerte sobre sus hijos, y ninguno de ellos podía contraer matrimonio sin su autorización. El matrimonio era registrado en un contrato civil, gracias al cual el dote de la mujer pasaba con ella de las manos del padre a las del marido; luego era sancionado por la bendición religiosa. Una vez contraído, sólo la muerte o el divorcio podía sustraer a la esposa de su señor o dueño, y todavía el divorcio no constituía un derecho más que para el hombre. No obstante, las señoras de clase noble gozaban de cierta independencia: seguían disponiendo libremente de sus bienes, podían comprar, vender, negociar, prestar usurariamente en propio nombre. La maternidad era el primer deber de todas; se consideraba a las estériles poseídas o malditas, y con frecuencia se las expulsaba de la casa por miedo a que su presencia en ella fuera motivo de desgracia. Abundaban, por tanto, los hijos en cada casa, y cuando no los había por alguna causa fortuita, se suplía la falta adoptando a un recién nacido, que al recibir el nombre genérico, impedía la extinción de la raza. El hijo o la hija que renegaban sus padres eran castigados severamente, desterrados o vendidos como esclavos. La población servil era enorme y comprendía prisioneros de guerra, caldeos de origen que habían perdido su condición de tales por sus crímenes, esclavos de nacimiento, cuyos antepasados habían perdido la libertad varias generaciones antes. La vida que llevaban era dura y la ley les dejaba por completo a merced de sus dueños. No obstante, eran a veces tratados con suavidad en las familias a que servían, y podían adquirir con su trabajo un peculio que empleaban luego en su rescate. Los libertos iban a figurar entre los ciudadanos de la población en que se instalaban, y sus hijos alcanzaban las mismas dignidades que los de los personajes de antiguo abolengo libre.

El comercio y la industria eran muy activos entre los habitantes de una misma ciudad y los de ciudades diferentes. Los granos, los dátiles, las telas, los ganados, los esclavos eran objeto de especulaciones de importancia bastante para que se juzgase necesario regularizarlas mediante contratos de muy distinta forma. No solamente los particulares prestaban dinero, sino que los templos utilizaban de la misma manera la parte mayor de sus rentas y casi todos los sacerdocios

semítico de las inscripciones comunes, pero escritos con un silabario hierático sometido a reglas especiales. Esta explicación tiene numerosos partidarios en Francia y en el extranjero. Me parece no obstante, hasta nueva orden, que los hechos puestos en claro por las investigaciones de estos últimos años están más de acuerdo con la hipótesis de las dos razas y de las dos lenguas que con la de la raza y la lengua única.

406 G. Rawlinson. *The five great Monarchies*, t. I, págs. 98-99.

407 Fr. Lenormant, *Les Premières Civilisations*, t. I, págs. 118-119.

tenían verdaderas casas de banca. Por decenas de millar se cuentan hoy los contratos de préstamo y alquiler, los recibos de inquilinato, los de intereses o sumas pagadas, las listas de bienes hipotecados, todos los documentos mediante los cuales la propiedad mueble o inmueble se mantiene, trasmite, aumenta, circula de mano en mano. Están redactados con arreglo a formularios que varían y se completan de un tiempo a otro, y cuyos términos están tomados de los códigos legales promulgados en diferentes épocas por varios soberanos.

Conocemos uno de ellos, que fue recopilado en el siglo XXXII antes de Jesucristo por uno de los reyes más célebres de Babilonia, Hammurabi, pero cuyos elementos constitutivos se remontan a tiempos mucho más remotos. Comprende, en doscientos ochenta y dos párrafos de redacción breve y seca, el derecho privado tal como resultaba de las costumbres y de las legislaciones anteriores. La condición de los magistrados y de los funcionarios se define en él cuidadosamente y se dictan severas penas contra la corrupción y los delitos de todo género a que un juez puede verse expuesto: multa, destitución solemne, pena de muerte según los casos. El arrendamiento de las tierras, la irrigación, el pastoreo de los rebaños, la trasformación de los campos en huertas, los actos de violencia ejercida en personas y animales domésticos, todas las cuestiones de derecho rural, tan complejas en un país de cultivo intensivo como era la Caldea, dan materia para disposiciones numerosas, cuya tendencia no comprendemos en su mayor parte, porque no estamos suficientemente informados acerca de las costumbres de las gentes del campo. En todas partes se percibe el deseo de asegurar la pequeña propiedad territorial y defenderla contra las tentativas de usurpación de que era objeto por parte de los poderosos. Los artículos siguientes tratan del comercio por agua y del flete de los barcos fluviales, del alquiler de hombres y animales para la agricultura, para el comercio o para la industria, de la tarifa de los salarios, y son notables por la solicitud con que el legislador vela porque las dos partes contratantes ejecuten lo pactado tan fielmente una como otra. No siendo el matrimonio de alguna suerte más que la compra o el alquiler de la mujer por el hombre, no admirará ver aparecer en este punto todo un conjunto de títulos relativos a la unión entre esposos de la misma condición social o de condición diferente, como tampoco acerca de los hijos que resultan del matrimonio, los derechos de los padres sobre ellos y los de los hijos sobre los padres, el reparto de las herencias, la situación civil de los esclavos y su lugar en la familia. Hay cláusulas curiosas relativas a las responsabilidades en que incurren con respecto a sus clientes los médicos y los arquitectos; sus retribuciones se consignan amplias, pero cuando por resulta de sus trabajos ocurre una desgracia, sufren la pena del talión, hasta la muerte inclusive, cuando han ocasionado la muerte de un hombre. Otras materias concernientes a la religión, a la seguridad pública, a la guerra, a la condición de los extranjeros, no se tocan en absoluto o sólo se tocan de pasada; eran, sin duda, objeto de otros códigos cuyos ejemplares completos descubriremos algún día[408].

Sería curioso poder penetrar en una de aquellas ciudades sometidas a estas leyes. Nos parecerían seguramente muy semejantes a lo que eran las ciudades egipcias. Aquí y allá se levantaban grandes templos, aquellos templos que se llamaron *Ziggurat* y que, trazados en un plano cuadrado o rectangular, no contaban menos de tres, de cuatro, de siete pisos superpuestos, en disminución, unidos mediante escaleras o por rampas dispuestas a lo largo de sus caras. Desde lo alto de la capilla que los coronaba, el dios patrono velaba sobre su ciudad, y los sacerdotes guardaban, en los edificios adscritos a la pirámide, los tesoros del dios así como las moradas de sus familias. Una de aquellos Ziggurat acompañaba comúnmente a la residencia del soberano o del gobernador. El palacio estaba colocado siempre sobre una colina artificial, destinada a preservarle de los ataques del pueblo sublevado o de los ejércitos extranjeros; para llegar a él había que subir escaleras fortificadas, y dentro había, al lado de las salas de audiencia a que el público tenía acceso, las habitaciones particulares del dueño, su harén, los cuarteles de sus guardias, las habitaciones de

408 Este documento, precioso entre todos, ha sido descubierto en Susa por M. de Morgan, lo ha publicado y traducido el P. Scheil, en las *Mémoires de la Mission en Perse*, t. IV, págs. 11-162.

los funcionarios de la corte, los arsenales, los almacenes, el Tesoro del Estado. Las cámaras de aparato estaban decoradas con bajo relieves de piedra adosados a las paredes, o con estatuas de un arte algo pesado pero enérgico y preciso. El pueblo habitaba en casas edificadas con grandes ladrillos sin cocer, unas veces muy apretadas a lo largo de callejuelas estrechas, otras separadas unas de otras por huertos o por canales. El mobiliario de ellas era sencillísimo; para las alcobas, esterillas colocadas en el suelo, o en las casas más ricas camas bajas, hechas con un marco de madera colocado sobre cuatro pies y sujeto con una red de cintas anchas o de cuerdas, taburetes, sillones, cacharros para el agua; en las otras habitaciones, cofres o armarios de madera en que se ponían las ropas, la vajilla, las provisiones de boca, los utensilios de metal precioso, todas las riquezas de la familia. El hombre y la mujer del pueblo paraban poco en la casa; estaban en el taller, en el almacén, y las mujeres circulaban libremente por la ciudad, el pecho y la cara al descubierto, haciendo su oficio o atendiendo a lo necesario para su hogar. Las mujeres ricas salían poco de casa, y cuando lo hacían era para ir a rezar a los templos, o para hacer visitas en los harenes vecinos, con velo y rodeadas de un cortejo de esclavos que las ocultaba a las miradas de la multitud. La mayor parte del tiempo estaban encerradas en sus casas, ociosas u ocupadas en labores de aguja y sin más distracción que la charla de sus amigas o de sus esclavas. Así el influjo de la mujer no se manifestó sino en muy raras ocasiones, lo mismo que ocurría en Egipto, y se ejerció ocultamente en intrigas o crímenes domésticos, análogos a los que deshonraron más tarde el Imperio persa de los Aqueménidas.

Las religiones y los dioses de Caldea

La misma mezcla de razas y de lenguas que caracteriza la antigua civilización, se deja ver por doquiera en las religiones de la Caldea. En este punto también se observa la existencia, al lado uno de otro, de elementos muchas veces contradictorios, cuya presencia no se explica sino por la superposición de varios pueblos, pero a los que no siempre es fácil asignar una procedencia cierta.

Parece, sí, que los primeros caldeos se hayan formado de nuestro mundo una idea bastante análoga a la que los egipcios habían concebido. No obstante, mientras que éstos se lo representaban como una caja rectangular, los caldeos se lo imaginaban como una barca vuelta y hueca por debajo[409], no una de esas barcas oblongas que nosotros usamos, sino esa especie de cubeta enteramente redonda que los bajorrelieves nos muestran tan a menudo, y de que las tribus del bajo Éufrates se sirven todavía hoy. En el hueco de debajo estaba escondido el abismo, morada de las tinieblas y de la muerte. En las pendientes de la superficie convexa se extendía la tierra propiamente dicha, envuelta por todas partes por el río Océano (Abzú). Muy lejos, al otro lado del Tigris, se alzaba la montaña de los países, Kharsag Kalamma, la montaña santa, la montaña de los dioses, que constituía como el ombligo del mundo. Anna, el cielo, tenía la apariencia de un vasto casquete hemisférico, cuyo borde inferior se apoyaba en las extremidades de la barca terrestre, más allá del río Océano. Estaba rodeado de agua por todos lados, el agua primordial de donde el Universo había salido en el momento de la Creación. El firmamento, «desplegado por cima de la tierra como una cubierta», giraba como sobre un eje alrededor de la montaña y arrastraba en su curso perpetuo las estrellas fijas de que su bóveda estaba sembrada. Entre cielo y tierra se movían en primer lugar los siete planetas, especie de grandes animales dotados de vida, luego las nubes, los vientos, los relámpagos, el rayo, la lluvia. La tierra se apoyaba en el abismo, el cielo en la tierra; la imaginación de los primitivos caldeos no llegaba a preguntarse en qué se apoyaba el abismo.

Este Universo compuesto de tres zonas estaba poblado por multitud de seres y de razas diversas, unas limitadas, como los hombres y los animales, a una pequeña porción del gran todo,

409 Diodoro de Sicilia, II, 29; el fondo de nuestras ideas acerca del particular, determinado primeramente por François Lenormant (*La Magie chez les Chaldéens*, págs. 141-144), ha sido precisado y desarrollado por Jensen en su hermosa obra sobre *Die Kosmologie der Babylonier*, publicada en 1890.

otras repartidas indistintamente por todas las regiones del mundo, como los espíritus y los dioses. Los espíritus, los *Zi*, análogos desde el principio a los dobles egipcios[410], comprenden, a más del alma material de los muertos, todas las fuerzas buenas, malas o inofensivas de la naturaleza. Hacen el bien y el mal cuando les place, regulan el orden y el curso de los cuerpos celestes, por tanto de las estaciones, impulsan el viento y hacen caer la lluvia, germinar el grano y que llegue la cosecha; protegen o matan a lo que tiene vida. Los dioses (*an, dingir, dimir*) son los dobles de elevado rango que animan las diferentes casas del mundo y que ocasionan los fenómenos de la Naturaleza. En cada una de las tres zonas del Universo manda un doble, un dios supremo; *Zi-ana*, el espíritu del cielo; *Zi-kia*, el espíritu de la tierra; *Enlil*, el jefe de los demonios en el fondo del abismo. *Zi-ana*, o más sencillamente *Ana*, era a la vez el cuerpo y el alma del cielo, el cielo material y la inteligencia que rige la materia celeste. *Zi-kia*, que en Eridón se llamaba *Ea*, reina en la superficie terrestre y en la atmósfera, pero su morada favorita es el río Océano. Se le llama frecuentemente «el gran pescado del Océano, el pez sublime», y recorre sus dominios en un navío simbólico, tripulado por los dioses sus hijos, como entre los egipcios la barca solar por los hijos de Ra. Su compañera *Damkina* o *Davkina* es la personificación de la tierra; el dios se derrama sobre ella, la fecunda y de su unión nacen las aguas materiales que hacen verdear todo. *Enlil* y su forma femenina *Ninlil* moran en el abismo infernal y allí reciben lo que queda de los hombres en el momento de la muerte. Trasportadas al otro lado del río eterno, llegan las almas caldeas, de igual modo que las egipcias, al pie de la gran montaña de Occidente, por detrás de la que el sol se pone, y penetran en el *Kurnudé*, «el país inmutable» en «la comarca de donde no se vuelve, la morada en que se entra para no salir, el camino que se hace para no volver a recorrerlo, la morada en que cada vez se entra más, la prisión, el lugar en que no hay más que polvo para el hambre y lodo por alimento, en que ya no se ve la luz y se vaga en las tinieblas, en que las sombras, como pájaros, llenan la bóveda». Allí ni hay recompensa para los justos ni castigo para los impíos; la remuneración del bien y del mal comienza en la tierra[411]. No obstante, en uno de los rincones del abismo brota una fuente de vida, que los genios infernales esconden a las miradas de los manes; sólo los dioses pueden autorizar el acceso a ella y enviar de nuevo a las ciudades de la tierra a las almas que han bebido de sus aguas.

Por bajo de los grandes dioses se agitaba un pueblo innumerable de dioses menores y de espíritus, siempre en lucha unos contra otros. El dios del sol diurno, *Utú*, *Babbar* «hace desvanecer las mentiras, disipa los malos influjos y deshace los complots malvados.» «Sol, en lo profundo de los cielos tú brillas, abres la puerta del cielo. Sol, a la superficie de la tierra vuelves la faz; sol, haces aparecer por cima de la superficie de la tierra, como una cubierta, la inmensidad de los cielos». El fuego, *Bilgi* o *Gishbar*, superior al sol mismo, es «el pontífice supremo en la superficie de la tierra», ya arda en la llama del sacrificio, ya resplandezca en el hogar doméstico. «Soy la llama de oro, la grande, la llama que surge de las ramas secas, la alta insignia de los dioses, la llama de cobre, la protectora que dispara sus lenguas ardientes; soy el mensajero de Marduk». *Marduk* o *Asari* «el que dispone el bien para los hombres» es hijo de *Ea*, intermediario entre su divino padre y la humanidad que sufre. Mediante él hace públicos *Ea* sus decretos y revela su nombre real, el nombre misterioso que hace huir a los demonios. «Ante su granizada, ¿quién se libra? Su.voluntad es un decreto sublime que tú determinas en el cielo y en la tierra... Señor, eres sublime, ¿quién te iguala?»

Los demonios y los malos espíritus se han escapado del infierno. Se introducen en todas partes y se disimulan en todas formas para dañar a los espíritus buenos y a los hombres. Unos tienen categoría de semi-dioses y son conocidos con el nombre de *mas*, combatientes, *lamas*, colosos; otros están clasificados jerárquicamente por clanes de siete, los *alal*, destructores, los *telal*, guerreros, los *maskim* o tendedores de lazos, que se esconden en lo más profundo del abismo y en las entrañas de la tierra, ni varones ni hembras, que no tienen esposas ni hacen nacer hijos».

---

410 Consúltese, acerca de este animismo sumeriano, Sayce, *The Religions of Ancient Egypt and Babylonia*, pág. 276.

411 Véase la representación del Infierno, según Clermont-Ganneau, *L'enfer assyrien* (*Revue archéologique*, t. XXXVIII, lámina XXV).

Algunos de ellos atacan el orden general de la Naturaleza y tratan de trastornarlo. Otros se mezclan a los hombres para el mal: «penetran de casa en casa, se deslizan por las puertas como serpientes; arrebatan al niño de las rodillas del hombre; hacen huir a la mujer libre de la morada en que ha concebido..., hacen huir al hijo de la casa del padre». Moraban con preferencia en los lugares desiertos y no salían de ellos sino para acometer a los hombres y a los animales. Se introducían en el cuerpo y en él fomentaban las enfermedades graves. La peste y la fiebre, el fantasma, el espectro, el vampiro, los íncubos y los súcubos eran otros tantos seres distintos pertenecientes a esta ralea terrible. Sin cesar expuesto a sus asaltos, el hombre estaba en el mundo como viajero extraviado en país desconocido, en medio de tribus salvajes. Para defenderse tenía que buscar aliados entre los dioses y los espíritus, proveerse de armas defensivas y ofensivas contra los demonios, en una palabra, recurrir a la magia. El culto de los primeros habitantes de Caldea era una verdadera magia, en que todos los himnos a la divinidad adoptaban el tono de fórmulas de encantamiento. El sacerdote era más hechicero que sacerdote[412].

Al lado de este pueblo extraño, otra raza florecía, de temperamento y de tendencias opuestas. La lengua que hablaba está emparentada con el hebreo, con el árabe y con los demás idiomas semíticos. Sus orígenes son oscuros: en tanto la mayor parte de los sabios la hacen venir del Norte y del Oriente y se la imaginan acantonada al principio en Armenia, al pie del Ararat, entre el curso superior del Tigris, del Éufrates y del Ciro, otros colocan su asiento primitivo muy lejos en dirección al Sur, en la península Arábiga[413]. Los monumentos más antiguos nos la presentan ya establecida en el Tigris, en el Éufrates y en el golfo Pérsico. Una parte, la más importante, habitaba en el espacio comprendido entre los dos ríos, juntamente con los primeros poseedores, y vino a constituir más tarde el elemento preponderante de las poblaciones mesopotámicas. Otras tribus, extendidas por los confines del desierto Arábico y por los pantanos próximos a la desembocadura del Éufrates, del Tigris y del Ulæus, eran conocidas con el nombre genérico de arameos[414]. Un tercer grupo se asentó en la orilla occidental del golfo Pérsico y en las islas próximas, Sur y Arad[415], Dilmún o Tilvín, que están a poca distancia de las bocas del Tigris[416]: una tradición antigua, recogida por Beroso[417], colocaba allí los principios de la civilización caldea. La religión de los recién llegados difería sensiblemente de la de los antiguos dueños. Éstos adoraban al dios Luna como ser supremo, y no admitían, propiamente hablando, más que una sola diosa, *Ishtar*, la reina del amor y de la guerra, dueña de la Luna y del planeta Venus; había tantas Ishtar como centros religiosos. Los semitas colocaban al Sol por cima de los demás dioses y reunían en una persona los dos principios necesarios para toda generación, el masculino y el femenino. *Anú*, el rey del cielo, se desdoblaba en *Anat*; *Bilu*, *Bel*, el señor, en *Belit* o *Beltis*; *Marduk* en *Zarpanit*. La fusión de las ideas religiosas de los semitas con las de sus predecesores tuvo lugar lentamente y en circunstancias desconocidas aún. Los semitas adoptaron totalmente el viejo Panteón. Algunas de las divinidades principales fueron identificadas una con otra: *Utú*, el sol diurno, desapareció en *Shamash*, *Enlil* en *Bilú*, *Asari* en *Marduk*. La mayor parte conservaron su nombre antiguo o apenas lo modificaron. En

412 Fr. Lenormant, *La Magie chez les Chaldéens et les Origines Accadiennes*, en 8º, París, 1874; Sayce, T*he Religions of Ancient Egypt and Babylonia*, págs. 403 y siguientes.

413 Sprenger, *Leben und Lehre des Muhammad*, I, págs. 241 y siguientes, y *Alte Geographie Arabiens*, páginas 293-295, sobre todo la nota de la pág. 294; véase Schrader, en la *Zeits: der Morgenl. Gesells.*, t. XXVII.

414 Fr. Delitzsch, *Wo lag das Paradies?* págs. 237, 251, 257 y siguientes.

415 Tiros o Tilos y Arados. Véase Andróstenes en Teofrasto, *De caus. plant.*, II, 5, 5; fr. 3, en la edición de Arriano, de Didot, pág. 73.

416 Fr. Lenormant, *Essai sur un document mathématique*, págs. 123-145 (véase *Essai de commentaire*, págs. 220-222) identifica la isla con Bender-Dilún. Delitzsch (*Wo lag das Paradies?*, págs. 229-230) propone una isla situada cerca de la desembocadura actual del Shatt-el-Arab, y que habría quedado englobada en los aluviones posteriores. Oppert (*Le siège primitif des Assyriens et des Phéniciens*, en el *Journal asiatique*, 1880, t. XV, págs. 90-92 y 349-350) lee Tilvun y reconoce en esta isla la Tilos de Plinio, Samak Bahréin de los mapas modernos.

417 Beroso, *Frag*., I, ed. Lenormant.

cuanto a los dioses inferiores, quedaron relegados entre los trescientos espíritus del cielo y los seiscientos de la tierra, sin perder casi nada de su significación primera. La religión modificada de esta suerte no fue más que una mezcla con frecuencia incoherente de nociones contradictorias, tomadas de un lado del ritual de los espíritus y de las concepciones mágicas de las tribus no semíticas, y de otro de los cultos solares y de las teorías astronómicas de los semitas[418].

Al principio, los dioses no estaban todavía agrupados y distribuidos según una jerarquía regular. Coexistían sin mandar unos en otros, y cada uno de ellos era festejado con preferencia a los demás en una ciudad o por un pueblo, Anú en Uruk, Bel en Nipur, Sin en Urú, Marduk en Babilonia. El orden y la preferencia de los cultos divinos variaban con los azares de la política, y la ciudad que resultaba más fuerte imponía su dios a los otros dioses: Sin, el dios Luna, predominó cuando Urú fue soberana, Shamash, el dios Sol, cuando la supremacía de Larsam. Lo mismo que en Egipto, la unificación del poder político parece haber producido la de los conceptos religiosos: los dioses tendieron a no ser ya más que las fuerzas y los aspectos varios del dios adorado en la ciudad soberana. Ciertas escuelas, las de Eridú entre otras, proclamaron la unidad absoluta de la divinidad y dirigieron sus oraciones al dios único. Sus doctrinas no prevalecieron y se borraron bastante pronto[419]. Cerca de cuatro mil años antes de nuestra era, en tiempo de Sarghina I, rey de Agadé, y en tiempo de su hijo Naramsín, los sacerdotes tenían ya un sistema sabio, en que los dioses, en lugar de figurar todos colocados en la misma categoría, estaban subordinados unos a otros. A los cultos independientes había sucedido una especie de religión oficial, que dominó sin rival en la Caldea, al menos a partir de Hammurabi[420].

En la cumbre de la jerarquía se cierne la triada suprema: *Anú, Bilú (Bel), Ea.* En los monumentos, Anú, el cielo, «el antiguo padre de los dioses, el señor del mundo inferior, el dueño de las tinieblas y de los tesoros escondidos», tiene la figura de hombre con cola de águila, llevando sobre la cabeza otra de pescado monstruosa, cuyo cuerpo le cae por la espalda. Bel, «el demiurgo, el señor del mundo, el dueño de todas las comarcas, el soberano de los espíritus», es un rey sentado en un trono. Tiene dos formas secundarias: Bel-Marduk, el segundo demiurgo, en Babilonia, y Bel-Dagán, con cuerpo de pescado coronado por un busto humano. Ea, «el guía inteligente, el señor del mundo visible, el maestro de las ciencias, de la gloria, de la vida, el *Espíritu que lleva por cima de las aguas,* es un genio provisto de cuatro alas desplegadas como los querubines. Cada uno de estos dioses proyecta fuera de sí una divinidad femenina, que es su reproducción pasiva y como su reflejo, Anat (Anaitis), Belit (Beltis, Militta) y Davkina (Dauke); menos activas que sus asociados varones, se confunden fácilmente unas con otras y se reúnen las más de las veces en una sola diosa, que toma el nombre de Belit y que representa el principio femenino de la Naturaleza, la materia húmeda y fecunda[421].

Esta primera trinidad no comprende más que seres de un carácter vago e indeterminado; la segunda contiene personajes claramente definidos, emanaciones y símbolos de los anteriores. La forman el dios-luna Sin, el dios-sol Shamash y el de la atmósfera Adad. Los caldeos, astrónomos ante todo, daban la primacía al dios-luna sobre el dios-sol; Sin, el iluminador (Nannarú), era para ellos «el jefe, el poderoso, el brillante», y también el señor de los treinta días del mes». Shamash es «el gran motor, el regente, el árbitro del cielo y de la tierra», Adad (Mermerú)[422], «el ministro del

418 Sayce, *The Religions of Ancient Egypt and Babylonia*, págs. 348 y siguientes.-(2)

419 Sayce, *The Ancient Empires*, pág. 391.

420 Fr. Lenormant, *La magie chez les Chaldéens et les Origines Accadiennes*, págs. 113-124; *Les Dieux de Babylone et de l'Assyrie*, págs. 19 y siguientes; Sayce, *The Religions of Ancient Egypt and Babylonia*, págs. 265 y siguientes.

421 Acerca de este papel secundario de las diosas, véase Sayce, *The Religions of Ancient Egypt and Babylonia*, págs. 302 y siguientes.

422 O Merú (Pognon, *Inscription de Mérou-Nérar I*, en el *Journal asiatique*, 1883, t. II, págs. 372, 404) el dios cuyo nombre se ha leído durante mucho tiempo Rammam: véase Sayce, *The Religions of Ancient Egypt and Babylonia*, págs. 319 y siguientes.

cielo y de la tierra, el distribuidor de la abundancia, el señor de los canales», tiene funciones a la vez benéficas y terribles: «dueño de la tempestad, del torbellino, de la inundación, del rayo» blande, como espada flamígera, el rayo de cuádruple dardo. Después de esta segunda triada vienen cinco dioses que se asignaban como protectores a las plantas: Ninip[423] (Saturno), Marduk (Júpiter), Nergal (Marte), Ishtar (Venus) y Nabú (Mercurio). Ninip fue considerado más tarde como una de las encarnaciones del Sol, el sol destructor de mediodía; es el que los bajo-relieves del Louvre representan en figura de gigante que ahoga a un león entre sus brazos. Por eso se le prodigan los títulos más enérgicos: es «el terrible, el señor de los valientes, el dueño de la fuerza, el destructor de los enemigos, el que castiga a los desobedientes y extermina a los rebeldes, el dueño del hierro». Marduk fue elevado al rango de dios principal por los babilonios y se alió con Bel. Nergal se intitula «el gran héroe, el rey de las contiendas, el maestro de las batallas, el campeón de los dioses»; tiene cuerpo de león con cabeza o busto de hombre. Ishtar, lo mismo que Anat y Beltis, personificaba la Naturaleza. En una de sus representaciones, es guerrera, «reina de victoria» y «juez de las hazañas de la guerra». Como tal, se la ve de pie sobre un león o sobre un toro, en la cabeza la tiara estrellada, armada con el arco y el carcaj. Es también la diosa de la voluptuosidad y de la generación, y recibe el sobrenombre de Zirbanit «productora de los seres» o Zarpanit; entonces se presenta de cara, desnuda y ambas manos apretadas contra el pecho. Nabú, finalmente; es «el capitán del universo, el ordenador de las obras de la Naturaleza, que hace suceder el amanecer al ocaso del sol»; se le presentaba como prototipo de lo que hay de excelente en la tierra y como el modelo al cual los reyes habían de tratar de parecerse[424].

Los dioses de los cinco planetas, unidos a los de las dos trinidades y al dios soberano, formaban el gran consejo de los doce dioses, los jefes temibles que presidían los doce meses del año y los doce signos del zodiaco[425]. Su culto era general en todo el país y constituía el fondo de la religión oficial, pero la piedad popular veneraba al lado de ellos buen número de divinidades inferiores. Algunas de ellas no eran en realidad más que dobles formas de los nombres divinos, a los que la tradición local atribuía una existencia distinta: así Belit-Balati «la dama de vida» es un epíteto animado de Belit. Otros eran verdaderas personalidades independientes y ejercían funciones de importancia, dirigiendo constelaciones como Ashmún y Kummut o interesándose en las cosechas; Baú era el Caos, Martú, hijo de Anú, el Occidente, y Shutú el Sur. Algunos se habían tomado de los pueblos vecinos, de los coseanos y de los susianos por ejemplo. Los treinta y seis decanos eran otros tantos dioses, que se llamaban «los dioses secundarios». «De estos dioses secundarios, la mitad habita por cima, la mitad por bajo de la tierra para vigilarla; cada diez días, uno de ellos es enviado en calidad de mensajero de la región superior a la inferior, y otro pasa de ésta a aquélla por un cambio invariable.»[426] Esta organización sabia y metódica no era suficiente para la fe supersticiosa de las poblaciones caldeas. Las prácticas del viejo culto de los espíritus, eliminadas poco a poco por las de los cultos nuevos, subsistieron en la magia y formaron, al lado de la religión oficial, una especie de religión popular no menos firmemente organizada que la otra. El sacerdocio mágico comprendía tres clases: los conjuradores, los médicos, los teósofos. «Trataba de alejar el mal y de proporcionar el bien, ya mediante purificaciones, ya mediante sacrificios o encantamientos.»[427] Los ritos y los encantamientos que empleaba nos han sido conservados en parte en varias obras cuyos restos están en el Museo Británico.

Una de ellas se dividía en tres libros. En el de los *Malos espíritus* se leen las oraciones dirigidas contra los demonios; el segundo libro está lleno de exorcismos contra las enfermedades; el tercero contiene himnos misteriosos, destinados a evocar a los dioses. La más eficaz de las fórmulas

423 El nombre se ha leído Adar y quizá debe pronunciarse Indar.

424 Fr. Lenormant, *Essai de commentaire*, págs. 93-124.

425 Diodoro de Sicilia, II, 30.

426 Idem, II, 30.

427 Diodoro de Sicilia, II, 29.

preservadoras tomaba su poder «del gran nombre supremo» de la divinidad, que Ea sólo conoce y cuyo saber comunica a Marduk. El encantamiento tenía como complementos necesarios los talismanes de diversas clases, fajas de tela arrolladas a los muebles y a las ropas, fetiches de madera, de piedra o de barro cocido, estatuillas de monstruos y de genios. El portador o poseedor de amuletos era inviolable aún para los dioses; porque el talismán era «un límite que no se quita, un límite que los cielos no franquean, límite del cielo y de la tierra que no cambia, que ningún dios ha desarraigado; una barrera que no se quita dispuesta contra el maleficio, una barrera que no se va y que se opone al maleficio». Puede verse en el Louvre una estatuilla de bronce que representa un demonio con cuerpo de perro, patas de águila, brazos armados de garras de león, cola de escorpión: por cabeza una calavera con cuernos de cabra. Cuatro grandes alas desplegadas cubren su cuerpo. Es un talismán. Una inscripción grabada en los lomos nos dice «que el lindo personaje es el demonio de los vientos del sudoeste» y que bastaba colgar la imagen a la puerta o a la ventana de una casa para alejar los malos espíritus.

Al lado del mago que procura el bien, había el encantador que evoca a los demonios con criminal intento, el hechicero, la hechicera, el que echa suertes, el que hace filtros. El hechicero caldeo, como su colega moderno, vendía venenos, maleficiaba en imagen, desencadenaba con sus imprecaciones a los espíritus del abismo. «La imprecación obra sobre el hombre como un demonio malo..., la imprecación maléfica es causa de la enfermedad». Se creía que todo enfermo estaba hechizado y que sólo podía curársele haciendo un conjuro contrario al que le había atacado. Así no había propiamente hablando médicos en Babilonia[428] sino sacerdotes hechiceros que vendían filtros y específicos contra las enfermedades. Sin duda la experiencia de los siglos les había revelado las virtudes de cierto número de plantas y sustancias medicinales. Sus brebajes y sus polvos mágicos eran muchas veces verdaderos remedios de eficacia en las enfermedades. Pero polvos y brebajes no surtían jamás efecto sin el encantamiento, y si el enfermo sanaba, éste y no el remedio se llevaba la gloria de la cura[429].

La creación, el diluvio; historia fabulosa de la Caldea. Los primeros reyes históricos.

Al confundirse, las razas que poblaban la Caldea perdieron el recuerdo de sus emigraciones. Trasportaron su lugar de origen al país mismo que creían haber ocupado en todo tiempo. «Cuando lo que está arriba no se llamaba todavía cielo, cuando lo que está abajo no se llamaba todavía tierra», Apsú, el abismo sin límites, y Mummú Tiamat, el caos del mar, se unieron[430] y procrearon a Lakhmú y Lakhamú, seres fantásticos, semejantes a aquéllos cuya silueta percibimos en los monumentos, «guerreros con cuerpo de pájaro del desierto, hombres con cabeza de cuervo», toros con cabeza humana, perros con cuatro cuerpos y cola de pescado[431]. El cielo y la tierra nacieron en seguida, Anshar y Kishar, luego, mucho tiempo después, los dueños del cielo, de la tierra y del agua, Anú, Bel, Ea, que a su vez engendraron los dioses menores del suelo, del firmamento y de los astros. No obstante Tiamat, viendo restringirse cada vez más su dominio ante el esfuerzo de las divinidades más jóvenes, suscitó contra ellas los batallones de sus monstruos; fabricóles armas terribles, colocóles a las órdenes de su marido Kingú y los lanzó al asalto del cielo. Los inmortales

428 Heródoto, I, XCCVII.

429 Fr. Lenormant, *La Magie*, págs. 11-20.

430 Los textos relativos a la Creación han sido descubiertos y traducidos por G. Smith, *Chaldæan Account of Genesis*, Londres, 1876, págs. 62 y siguientes; traducción alemana de Fr. Delitzsch, 1876, páginas 293 y siguientes, y segunda edición por Sayce, 1880, págs. 57 y siguientes; han sido traducidos en último lugar por Fr. Delitzsch, *Das Babylonische Weltschöpfungs epos*, en las Memorias de la Academia de Sajonia, t. XVII; véase Sayce, *The Religions of Ancient Egypt and Babylonia*, págs. 373 y siguientes.

431 Beroso, *Fragm*., I, edición Lenormant.

fueron vencidos al principio: Anú, después Ea, enviados en auxilio por Anshar, palidecieron ante la vista de los enemigos y no osaron atacarlos. Marduk, elegido al fin por sus iguales para ser su campeón, provocó a Tiamat a singular combate, le acometió con el torbellino y la tempestad, lo apresó en una red, luego le atravesó con su lanza y le hizo pedazos. Le dividió en dos «como un pescado que se seca» y colgó una de las mitades muy alto, tanto que formó el cielo, mientras que desplegó la otra mitad a sus pies para formar la tierra. Asignó sus puestos definitivos a los astros, trazó los caminos del sol, de la luna y de los planetas, instituyó el año, los meses y los días; después de lo cual ordenó a su padre Ea que le cortara la cabeza, para que el hombre naciera vivo de su sangre mezclada con el barro.

La condición de los hombres era al principio bastante miserable: «vivían sin regla a la manera de los animales. Pero, el primer año, apareció, saliendo del mar Rojo, en el punto en que confina con Babilonia, un animal dotado de razón, llamado Oanés[432]. Tenía todo el cuerpo de pescado, pero, por cima de la cabeza de este animal, aparecía otra que era de hombre, así como pies humanos que salían de su cola de pescado. Tenía la voz humana y su imagen se conserva hoy todavía. Este animal pasaba el día entre los hombres, sin tomar ningún alimento; les enseñaba el uso de las letras, de las ciencias y de las artes de toda especie, las reglas de la fundación de las ciudades y de la construcción de los templos, los principios de las leyes y la geometría, les enseñaba a sembrar y a recolectar, en una palabra, daba a los hombres todo lo que contribuye a endulzar la vida. Desde aquel tiempo, nada excelente ha sido inventado. Al ponerse el sol, el monstruoso Oanés se sumergía de nuevo en el mar y pasaba la noche bajo las olas, porque era anfibio. Escribió acerca del origen de las cosas y de la civilización un libro que entregó a los hombres[433]. Largo espacio de tiempo trascurrió entre el aparecer del dios misterioso y la formación de una dinastía mítica. «El primer rey fue Aloros, de Babilonia, caldeo, del cual no se cuenta nada, a no ser que fue elegido por la divinidad misma para ser pastor del pueblo. Reinó diez saras, lo que equivale a treinta y seis mil años, porque la sara cuenta tres mil seiscientos años, la nera seiscientos, la sosa sesenta. Muerto Aloros, su hijo Alaparos mandó por espacio de tres saras; después de lo cual Amilaros[434], de la ciudad de Pantibiblia[435] reinó trece saras. En su tiempo salió del mar Eritreo el segundo Annedotos, muy parecido a Oanés por su forma semidivina, mitad hombre, mitad pescado. Después de él Ammenón, tambien de Pantibiblia, caldeo, mandó durante doce saras. En su tiempo apareció, dícese, el Oanés místico. Luego Amelagaros, de Pantibiblia, mandó dieciocho saras. En seguida Davos, pastor, de Pantibiblia, reinó diez saras; en su tiempo salió también del mar Eritreo el cuarto Annedotos, que tenía la misma figura que los otros, mezcla de hombre y de pescado. Después de él reinó Evedorancos, de Pantibiblia, durante dieciocho saras; en su tiempo salió también del mar otro monstruo llamado Anodafos». Estos diversos monstruos desarrollaron punto por punto lo que Oanés había expuesto sumariamente. Luego reinaron Amempsinos de Larancha[436] caldeo, durante diez saras, y Obastés[437] también de Larancha, caldeo, durante ocho. Finalmente, muerto Obastés, su hijo Xisuthros[438] conservó el cetro dieciocho saras. En su tiempo ocurrió el gran diluvio, de suerte que se cuenta un total de diez reyes, y que la duración de su poder asciende en total a ciento veinte saras[439].

---

432 Heladio (en Focio) le llama Ὠής; Higinio (*Fabula*, CCLXIV), Euhanés.

433 Beroso, *Fragm*, I, edic. Lenomant.

434 Var. Almelôn.

435 Sippara, o más bien, según las investigaciones de Fr. Lenormant (*La langue primitive de la Chaldée*, págs. 341-342), Uruk.

436 Larsam, o de admitir la enmienda propuesta por M. Lenormant (*La langue primitive*, pág. 342) al texto de Beroso, [Σου]ρά[π]χα por [Λα]ρά[γ]χα, Shurippak.

437 Var. Otiartès.

438 Var. Sisithès.

439 Beroso, *Fragm*, IX, X, XI, edición Lenormant.

Los escritores clásicos se han burlado de la cifra fabulosa de años que los caldeos asignaban a sus primeros reyes[440]. Parece, en efecto, que desde el principio del mundo al diluvio, se admitía un intervalo de seiscientos noventa y un mil doscientos años, de los que doscientos cincuenta y nueve mil doscientos habían trascurrido al advenimiento de Aloros y cuatrocientos treinta y dos mil se distribuían generosamente entre él y sus sucesores inmediatos[441]. Así algunos historiadores modernos están acordes en revestir a estos diez reyes de un carácter astronómico y reconocer en ellos la personificación de diez de los signos del zodíaco[442]. La duración de cuatrocientos treinta y dos mil años atribuida a la totalidad de sus reinados, o sea cuarenta y tres mil doscientos años para cada uno de ellos, ha sido calculada evidentemente de modo que cupiera en un período astronómico de doce veces cuarenta y tres mil doscientos años, cuya existencia parece probada, aun cuando el origen y la razón sean desconocidos. Los tiempos que anteceden al diluvio eran como un período de ensayo durante el cual la humanidad, todavía bárbara, tuvo necesidad de los auxilios de lo alto para vencer las dificultades que la acometían. Están llenos por seis manifestaciones civilizadoras de la divinidad, que sin duda correspondían al número de libros sagrados en que los sacerdotes veían la expresión más completa de la ley revelada[443].

No obstante, los hombres se habían hecho malos, y Bel, por odio a su ingratitud, resolvió acabar con ellos. Envió a decírselo a Xisuthros: «Hombre de Shurippak, hijo de Ubaratutú, haz una nave, abandona tus riquezas, salva la vida, arroja tus bienes lejos de ti, salva la vida y coloca en la nave la semilla de vida de todos los seres para conservarlos.» Mandóle que enterrase los libros, los que contenían el principio, el medio y el fin, en la ciudad de Sippara, y que partiese una vez terminados sus preparativos. Como Xisuthros le preguntara: «¿A dónde iré?», respondió: «Hacia los dioses» y añadió que había que rezar porque ocurriera bien a los hombres. Xisuthros obedeció e hizo una nave untada de pez. «Con todo lo que poseía llené la nave; llenéla con cuanta plata tenía; llenéla con cuanto oro tenía; llenéla con toda la semilla de vida de toda especie que había en mi poder. Hice embarcar en la nave a mi mujer y a mis servidores varones y hembras; hice entrar a los animales domésticos de los campos, a los animales silvestres de los campos.» No obstante, Shamash le había dado una señal: «Cuando a la tarde el dios de la lluvia haga caer una lluvia abundante, entra en la nave y cierra la puerta.» Tuvo lugar el aviso: «Una tarde, el dios de la lluvia hizo caer lluvia abundante. En seguida temí la llegada del día, temí la luz del día, entré en mi nave, y cerré la puerta; luego, para guiar la nave, la confié con todos los seres que encerraba al piloto Busurbel.»

«En cuanto apuntó la mañana, una nube negra se elevó de los sostenes del cielo; Adad tronaba en medio de la nube, Nebo y Marduk avanzaban a la cabeza, como dos portadores de trono, sobre las montañas y sobre las llanuras; Nergal desencadenó los torbellinos, Ninip saltó y empezó el ataque, los Genios levantaron sus antorchas y barrieron la tierra con sus relámpagos. La tempestad de Adad escaló el cielo, cambió la claridad del día en tinieblas e inundó la tierra como si fuera un lago... El hermano no volvió a ver a su hermano, los hombres ya no se reconocieron; los dioses mismos temieron el diluvio en el cielo y buscando refugio subieron hasta el firmamento de Anú; como perros, aullaron en la orilla e Ishtar gritó como una mujer en situación apurada, y los dioses lo mismo que los espíritus lloraron con ella... Seis días y seis noches el viento, la tempestad y el huracán fueron únicos dueños. Al amanecer del séptimo día, la lluvia cesó, y la tempestad, que había librado batalla como un ejército poderoso, se apaciguó. El mar descendió, el viento y la tempestad acabaron. Recorrí el mar con la vista llorando, porque la humanidad entera había vuelto al barro, y ya no se distinguían campos ni bosques. Abrí la ventana y cuando la luz me dio en el rostro, caí de rodillas, me encogí, lloré y las lágrimas resbalaron por mi cara.»

---

440 Cicerón, *De Divinatione*, I, pág. 19; African., *ap. Sync*., página 17.

441 Fr. Lenormant, *Essai d'interprétation*, págs. 226-240.

442 Movers, *Die Phœnizier*, t. I, págs. 105 y siguientes; Lenormant, *Essai*..., págs. 236-240.

443 Movers, *Die Phœnizier*, t. I, págs. 93 y siguientes.

El arca que de esta suerte guardaba los destinos de la raza humana había encallado en el territorio de Nizir, en la cumbre de los montes Gordianos. Después de esperar seis días, «saqué fuera una paloma y la solté. La paloma marchó, revoloteó aquí y allá, y, no hallando lugar en que posarse, volvió. Saqué fuera una golondrina y la solté. La golondrina partió, revoloteó aquí y allá, y no hallando lugar en que posarse, volvió. Saqué fuera un cuervo y le solté. El cuervo partió, vio que las aguas descendían y volvió a la nave, batiendo las alas y graznando. Se alejó luego y no vino más. Entonces solté todos los animales a los cuatro vientos. Vertí una libación, levanté un altar en la cumbre de la montaña.» El olor del sacrificio subió hasta los dioses, que acudieron «como moscas y se regocijaron, excepto Bel que, furioso al ver que no todos los hombres habían perecido, quería degollar a los supervivientes. Los ruegos de Xisuthros aplacaron al fin su cólera. Consintió en dejar con vida lo que el arca había salvado de la humanidad y en no repetir jamás el diluvio. «Cuando su resolución fue adoptada, Bel penetró en la nave, cogióme de la mano y me condujo fuera; sacó también a mi mujer y la puso a mi lado.» La leyenda añadía que Bel entonces había dictado este oráculo: «Hasta aquí, Xisuthros ha sido hombre, en adelante él y su mujer serán venerados al igual de nosotros, los dioses, y nos llevó y condujo a las regiones lejanas de la desembocadura de los ríos.» Cuando Xisuthros hubo desaparecido, los que habían quedado a bordo, no viéndole volver, desembarcaron y salieron en su busca, llamándole por su nombre. No se apareció, pero una voz vino del cielo que les mandó ser piadosos con los dioses; porque él, en recompensa de su piedad, iba a habitar con los dioses, y su mujer, su hija y el piloto compartían la misma gloria. Díjoles que volvieran a Babilonia, que les estaba reservado a ellos, que de Sippara habían salido, desenterrar los libros y entregarlos a los hombres; finalmente, que el país en que se hallaban era la Armenia. Después de haber oído estas palabras, hicieron sacrificios a los dioses y fueron a pie a Babilonia. Parte de aquella arca que había encallado en Armenia subsiste todavía en los montes Gordianos de dicho país, y algunos peregrinos rascan el asfalto que la cubre y se sirven de él como amuleto para impedir los maleficios[444]. Llegados a Babilonia, los compañeros de Xisuthros desenterraron los libros de Sippara, escribieron muchos otros, edificaron templos y fundaron de nuevo Babilonia[445].

La raza que engendraron fue una raza monstruosa. La leyenda caldea conocía el nombre de los gigantes rebeldes Etana o Titán, Ner y otros igualmente terribles[446]. «Se cuenta que los primeros hombres, engreídos con su fuerza y su grandeza, despreciaron a los dioses y se creyeron superiores a ellos; edificaron, pues, una torre muy alta, en el lugar donde está ahora Babilonia. Ya se acercaba al cielo cuando los vientos, que habían acudido en auxilio de los dioses, derribaron la construcción encima de los obreros; las ruinas se denominan Babel. Hasta entonces los hombres no habían tenido más que una sola lengua, pero los dioses les obligaron a hablar en adelante idiomas distintos.»[447] La misma historia se ha introducido, poco más o menos en igual forma, en los libros sagrados de los hebreos[448]. Una de las versiones situaba la Torre de las lenguas en las cercanías de Urú, una de las más antiguas, si no la más antigua, de las metrópolis de la Caldea meridional[449], pero la tradición más generalmente acreditada la coloca no lejos de Babilonia o en Babilonia misma. No que la

444 Se han encontrado, efectivamente, amuletos babilónicos de la última época, hechos con un trozo de asfalto en el que hay grabadas palabras cabalísticas en caracteres griegos.-(2)

445 Beroso, *Fragm*., XV-XVI, ed. Lenormant. El relato del diluvio está tomado en parte de los fragmentos de Beroso, en parte de las tablillas asirias traducidas por vez primera por G. Smith, *The Chaldean Account of the Deluge*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. I, págs. 213-234, luego publicadas por Haupt, *Das Babylonische Nimrodepos*, y traducidas en último término por Jeremías, *Isdubar-Nimrod*, y por Zimmern, en *Gunckel, Schöpfung und Chaos*, págs. 423-428.

446 Los fragmentos del relato de la lucha de Etana contra Ea se leen en G. Smith, *The Chaldæan Account of Genesis*, págs. 142-146; la identificación de Etana con Titán se debe a Sayce, *Babylonische Literatur* (trad. Friederici), pág. 25.

447 Beroso, *Fragm*., XVII, XVIII.

448 Génesis, XI, 1-9.

449 Isaías, IX, 10 (versión de los LXX).

etimología bíblica Babel, de *belel, confundir,* sea conforme a la verdadera ortografía de la palabra; Babel, Bai-ilú, significa simplemente «la puerta del dios Ilú». En cuanto a la torre, los caldeos la identificaban con la ziggurat de Borsippa que, según el testimonio del rey Nabucodorosor, estaba sin concluir desde tiempo inmemorial[450]. Se componía de siete terrazas superpuestas, consagradas cada una a un dios diferente y pintadas del color propio del dios. Cada terraza formaba un cuadrado perfecto e iba en disminución sobre la inferior, tanto que el edificio ofrecía el aspecto de una vasta pirámide escalonada, muy amplia en la base, muy reducida en la cumbre. El conjunto se apoyaba en un basamento rectangular que elevaba a ocho el número de pisos superpuestos. Los lados del edificio y no los ángulos estaban orientados a los cuatro puntos cardinales, al contrario de lo que era costumbre babilónica[451].

Inmediatamente después del diluvio y de la confusión de lenguas, empezó a reinar la primera dinastía humana. Según Beroso, era caldea y contaba ochenta y seis reyes, que habían ejercido el poder durante treinta y cuatro mil ochenta años. Los dos primeros, Evekhús y Khomasbelos, habían permanecido en el trono dos mil cuatrocientos y dos mil setecientos años. Según Jorge el Sincelo, no se componía más que de seis monarcas: Evekhús, Khomasbelos, Poros, Nekhubas, Nabios, Onibalos y Zinziros, y no había reinado más que doscientos veinticinco años[452]. No hay que buscar en estos nombres ningún valor histórico, ni tratar de hacer verosímiles las cifras que los acompañan. Los caldeos habían llenado las épocas primitivas de su historia con fábulas épicas, de que nos han conservado algunos restos la leyenda y las inscripciones. Al Norte, según los hebreos, hizo estragos «Nemrod, que comenzó a ser poderoso en la tierra. Fue un valiente cazador ante el Eterno. Por eso se dice hoy todavía: como Nemrod, el valiente cazador ante el Eterno. Y el principio de su reino fue Babel, Erekh, Accad y Calneh, en el país de Sennaar.»[453] Josefo le atribuía la construcción de la Torre de las Lenguas[454]. Los intérpretes cristianos le identificaban con Belos[455]. La leyenda musulmana pretende que arrojó a Abraham el Judío en un horno encendido y que trató de subir al cielo montado en un águila[456]. Hoy todavía, en el país de su gloria, la imaginación popular une su nombre a todas las ruinas importantes de la Caldea alta y baja[457]. No obstante, los monumentos no le mencionan hasta el presente. Sus sucesores nos son desconocidos. La Biblia no dice cuánto tiempo le sobrevivió su Imperio, ni siquiera si le sobrevivió.

Casi todo lo que la tradición hebraica atribuye a Nemrod, la Caldea lo atribuía a Gilgamés, rey de Uruk, cuyas hazañas nos ha referido un poema compuesto lo más tarde en el siglo XXIII antes de J. C. La protección de Shamash le había dado como confidente y amigo a un ser monstruoso, una especie de sátiro llamado Eabani. La primera de sus hazañas libró a Uruk de la tiranía ejercida en esta ciudad por el rey de Elam, Khumbaba, pero su mismo triunfo suscitó contra ellos peligros mortales; la diosa Ishtar, maravillada de su bravura y de la belleza del héroe, se enamoró de él. Le habló, pues, en estos términos: «Ven, Gilgamés, y sé mi marido dame en prenda tu amor, y serás mi marido y yo seré tu mujer... Entonces te quedarán sometidos reyes, señores y príncipes; te traerán los tributos de las montañas y de las llanuras». El amor de la diosa era mortal para el que se abandonaba a él y sus amantes lo habían comprobado tristemente. Gilgamés rehúsa con palabras insultantes la honra peligrosa que le propone. Ofendida en su orgullo, envía contra él un *urus* gigantesco que devastó el territorio de Uruk, pero «Eabani dominó su fuerza, porque Eabani

---

450 *W. A. I*., I, 51, 1; Oppert, *Études assyriennes*, págs. 91-132, y Fr. Lenormant, *Essai d'interprétation*, págs. 351-362, Schrader, *Die Keilinschriften und das Alte Testament*, 1883, págs. 121-127.

451 Oppert, *Expédition en Mésopotamie*, t. I. págs. 168-182, 200-216.

452 Beroso, *Fragm*, en Müller, *H. Gr. Fragm*, t, II.-(2) -(3) -(4) -(5)

453 Génesis, X, 8, 10.

454 *Ant. Jud.*, 1, 4, § 2.

455 Moisés de Corene, trad. ital., pág. 23, 1. I, cap. VII.

456 El Corán, sura 29, v. 23; Yakout, *Lexic. geog.*, artículo *Niffer.*

457 G. Rawlinson, *The five great Monarchies* t. I, pág. 154.

le atravesó el cuerpo; cogió al toro celeste por la cabeza y le hundió el arma en la nuca», Ishtar se puso más furiosa todavía y para vengarse cubrió de lepra desde la cabeza a los pies al que la desdeñaba. Sólo había un medio para su curación, ir al país en que brota la fuente de Juventud y donde crece el árbol de vida. Gilgamés y su amigo intentaron la aventura, pero Eabani pereció en el camino entre las garras de un tigre y Gilgamés resolvió ir a pedir a su antepasado Xisuthros que la volviera a la vida. Un sueño le revela el camino peligroso que ha de seguir. Después de haber recorrido el país de Mashú, cuya entrada está guardada por los hombres-escorpiones que presiden la salida lo mismo que la puesta del Sol, llega a orillas del Océano, construye una nave y se embarca con el piloto Aradea. Después de mes y medio de travesía llegan junto a una isla situada en medio de las marismas donde mora el viejo rey divinizado. Le perciben desde lejos, dormido al lado de su mujer, pero no pueden pasar el brazo de mar que les separa del paraíso. Xisuthros despierta a sus voces, les refiere cómo su piedad le ha salvado del diluvio[458] y enseña a Gilgamés las ceremonias expiatorias que le asegurarán un lugar perpetuo entre los dioses. Tales eran los relatos maravillosos con que los poetas caldeos habían embellecido los principios de su historia nacional[459].

Los pueblos de la Caldea se dividían desde la más remota antigüedad en dos grupos principales de principados independientes: *Shumir* (Sumeria) al Sur, Acad al Norte. Entre las ciudades del Sur, Urú es la que para nosotros tiene una historia menos oscura. Situada a la orilla derecha del Éufrates, no lejos de la antigua desembocadura, era la metrópoli principal del comercio marítimo en aquellos primeros tiempos. Sus navíos surcaban mares lejanos, llegando al golfo Pérsico y hasta el mar de las Indias[460]. Se extendía en medio de una llanura baja, cortada aquí y allá por arenosas colinas. En el centro se alzaba un templo de tres pisos, construido con ladrillos revestidos de asfalto y consagrado al dios local, Sin. Alrededor de los muros hay todo un cinturón de tumbas, que los viajeros han explotado grandemente en provecho de la ciencia[461]. Al Sur, y más cerca todavía del mar, florecían Eridú, la ciudad del dios Ea[462] y Bab-sahméti, el puerto meridional de la Caldea[463]; al Norte, se encontraba Uruk[464], Larsam, Gishkhú[465] y Lagash o Zirpurla[466]. Estas ciudades formaban una de las dos divisiones principales del país, la que se designaba en el protocolo de los reyes con el nombre de *Shumir* (Sumeria)[467]. Un poco más lejos, en la llanura, en el punto en que el Tigris y el Éufrates no están ya separados más que por un istmo de no gran anchura, otro grupo de ciudades había constituido desde un principio el país de Accad. Eran Nippur, a la derecha del Shatt-en-Nil[468], casi a mitad de camino entre Babilonia y Uruk; Barsip, la segunda

---

458 Aquí se inserta el relato del diluvio analizado anteriormente págs. 170-172.

459 El nombre del héroe, que se leyó en un principio Istubar, es Gilgamés según ha descubierto Pinches (*Exit Gistubar*, en el *Babylonian and Oriental Record*, t. IV, pág. 264). Los restos del poema han sido publicados por P. Haupt, *Das Babylonische Nimrodepos*, en 4º, 1884-1892, y en los *Beitrage zur Assyriologie*, t. I, páginas 48-79, 94-152. Han sido analizados por A. Jeremías, *Isdubar Nemrod*, 1891. Las representaciones relativas a los diversos episodios han sido recogidas por J. Ménant, *Recherches sur la glyptique orientale*, primera parte *Cilyndres de la Chaldée*, págs. 43-44, 63 y siguientes, 77-81, 84-102, etc.

460 H. Rawlinson, en el *Journal of the Geographical Society*, tomo XXVII, pág. 185.

461 G. Rawlinson, *The five great Monarchies*, t. I, págs. 15-16. La ciudad se llama hoy Mughair, la asfaltada.

462 La Rata de Ptolomeo; véase Oppert, *Expédition de Mésopotamie*, t. I, 3ª parte, pág. 77. Hoy Abu-Shahréin (véase Taylor, *Notes on Abou-Shahrein and Tel-el-Lahm*, en el *Journal of the R. Asiatic Society* t. XV, pág, 412).

463 Fr. Delitzsch, *Wo lag das Paradies?* págs. 228-229.

464 En el idioma primitivo, Unú, Unug. Es la Erekh de la Biblia. (Génesis, XIV, 1), la Orcoé de los clásicos (Estrabón, XVI, 1; Ptolomeo, V, 20), hoy Warkah.

465 En el idioma primitivo, Babbar-Unú; véase Delitzsch, *Wo lag das Paradies?* págs. 223-224.

466 Hoy Tell-Loh.

467 Acerca de la situación de los dos países de Shumir y Accad, véase Fr. Delitzsch, *Wo lag das Paradies?*, págs. 197 y siguientes; Hommel, *Die semitischen Völker*, págs. 246-266.

468 La Nofer del Talmud, hoy Niffer.

Babilonia[469], y sobre todo Babilonia, formada de dos partes, situadas cada una a una orilla del Éufrates, Kadimirra, la puerta de Dios, y Dintirra, el sitio del árbol de vida[470]. Kuti al Este[471], luego la ciudad doble de Sippar y finalmente la misteriosa Agadó [472], completaban el grupo, que recibió más tarde el nombre de Karduniash[473]. Más lejos todavía, Harrán, entre el Balikh y el Éufrates, y Assur a orillas del Tigris, servían como de vanguardia a las poblaciones babilónicas contra los pueblos que bajaban del Ararat y del Tauro. Cada una de dichas ciudades parece haber tenido sus reyes particulares y sus dinastías locales, que unas veces eran vasallas de los reyes vecinos y otras los colocaban bajo su dominación.

Frente a ellas, en la orilla oriental del Tigris, se alzaba un Estado poderoso contra el cual tuvieron que defenderse desde la más remota antigüedad. El Elam[474] empieza en las orillas del río con una rica tierra de aluvión, tan fértil como la misma Caldea. El trigo y la cebada daban allí ciento por uno y a veces doscientos[475]; la palmera crecía con abundancia, sobre todo en las cercanías de las ciudades; otras especies de árboles, la acacia, el álamo, el sauce estaban extendidas por la superficie del país[476]. Muy pronto, no obstante, el suelo se eleva por escalones en dirección a la meseta de Media, el clima se torna cada vez más frío y el suelo menos productivo. De las montañas bajan numerosos ríos, de los que los más caudalosos, el Uknú (Khoaspes), el Pasitigris, el Ulai (Eulæos), son tan anchos como el Tigris y el Éufrates en su parte inferior. Este territorio estaba habitado en su mayor parte por pueblos de raza semítica, emparentados con los semitas de la Caldea, en parte también por pueblos de raza y de lengua todavía mal definidas. En la confluencia de los dos brazos del Khoaspes, en el borde de la región baja, a ocho o diez leguas de las montañas, los reyes del Elam habían levantado Susa[477], su capital. La fortaleza y el palacio se escalonaban en las laderas de un montículo que dominaba desde lejos la llanura; a sus pies, y en dirección a Oriente, se extendía la ciudad, edificada con ladrillos secados al sol[478]. Remontando el río, se encontraba Madaktú, la Badaca de los autores clásicos; luego había grandes ciudades amuralladas, Nadiṭú, Khamanú, que se atribuyen la mayor parte el título de reales[479]. La Susiana era efectivamente una especie de Imperio feudal, dividido en pequeños Estados, los Habardip[480], los Hussi[481], los Nimé, independientes entre sí, pero muchas veces reunidos bajo la autoridad de un mismo príncipe, que residía con preferencia en Susa. Era lugar de una civilización floreciente, anterior quizá a la de Caldea. Lo poco que sabemos de su religión por los documentos de época posterior, nos trasporta a un mundo nuevo, lleno de nombres y de figuras extrañas. En la cumbre de la jerarquía divina cerníanse, a lo que parece, un dios y una diosa supremos, llamados en Susa Shushinak y Nakhunté. La estatua de este último, que no podían ver los profanos, se ocultaba en el fondo de un bosque sagrado, de donde Assurbanabal la sacó en el siglo VII antes de Jesucristo. Vienen luego seis dioses de primer orden, dispuestos en dos triadas, el más conocido de los cuales, Hum, Ummán, es quizá el Memnón de los

469 Fr. Delitzsch, *Wo lag das Paradies?* páginas, 216-217.

470 Fr. Delitzsch, *Wo lag das Paradies?*, págs. 212-216.

471 Hoy Tell-Ibrahim.

472 Fr. Lenormant, *Les premières civilisations*, t. II, pág. 105; Fr. Delitzsch, *Wo lag das Paradies?*, páginas 209-212.

473 Fr. Delitzsch, *Wo lag das Paradies?* págs. 209-212.

474 El nombre Ilamtú, Elam, es semítico y significa el Alto país (Schrader, *Die Keilinschriften und das Alte Testament*, 1882, páginas 111-112).

475 Estrabón, 1. XV, 3.

476 Loftus, *Chaldæa and Susiana*, págs. 270-346.

477 Shushin o Shushún, en los textos susianos, Shushan en los textos asirios; Oppert, *Les inscriptions en langue susienne*, en las *Mémoires du Congrès des orientalistes de Paris*, t. II, pág. 179; *Études Sumériennes*, pág. 83).

478 Oppert, *Les Inscriptions*, pág. 347.

479 Finzi, *Ricerche per lo studio dell'antichità assira*, págs. 293-304.

480 Los Amardi de Estrabón (Oppert, *Les Inscriptions*, pág. 179, 183).

481 Los Uxii de los geógrafos griegos, el Khuzistán de los modernos (Oppert, *op. laud.*, pág. 183).

griegos[482]. Por lo de más, la civilización susiana parece haber ofrecido analogías sorprendentes con la civilización caldea. Elamitas y caldeos tenían aproximadamente las mismas costumbres, los mismos hábitos guerreros, las mismas aptitudes para la industria y el comercio. Sus relaciones se pierden en la oscuridad de los tiempos. Hemos visto anteriormente que una de las primeras hazañas de Gilgamés fue libertar a Uruk de la dominación elamita. La historia de los dos pueblos no fue más que una serie de empresas para dominarse mutuamente, y de luchas para sacudir el yugo uno de otro. Unas veces la Caldea vencía al Elam y otras el Elam a la Caldea, sin que ninguno de los dos países lograra nunca mantener su supremacía de un modo duradero.

Los nombres de los reyes de Caldea más antiguos nos llevan a los comienzos del cuarto milenio. Próximamente en el año 4000, Manishtushú vivía en Kish y era un soberano muy rico, a juzgar por la extensión de sus dominios particulares[483]. Por el mismo tiempo, en el Sur, Zirpurla-Lagash y su vecina Ghishkhu estaban en perpetua guerra por cuestiones de frontera; cansadas de batirse, sometieron sus disputas a Mesilim, hijo de Manishtushú, y éste, después de haber consultado a los dioses, señaló con estelas y un canal hondo los límites de sus dominios. La paz duró dos generaciones próximamente, después de las cuales Ush, vicario de Ghiskhú, volvió de repente a la ofensiva y se hizo dueño de un cantón de Güedín, que estaba situado probablemente en la orilla oriental del Shatt-el-Hai. Fue muy pronto derrotado, y su sucesor Enakali, obligado a restituir a Eannadú de Zirpurla el territorio disputado. Eannadú parece no haberse contentado con esto. Ejerció la hegemonía sobre todo el país de *Shumir* (Sumeria) y una parte del Elam. A su muerte, Urlumma, hijo de Enakali, atacó a su hermano Enannadú I que le había sustituido. La lucha terminó, después de vicisitudes diversas, con el triunfo completo de las gentes de Zirpurla. Durante tres generaciones al menos, en tiempos de Enannadú II, Enlitarzi y Lugalbanda, Ghishknú siguió siendo vasalla de su rival, cuando al fin la fortuna cambió de campo una vez más: Lugalzaggizi, vicario de Ghishkhú, venció a Urukagina y tan mal trató a Zirpurla que en mucho tiempo no volvió a levantar cabeza[484]. Después de haber impuesto su autoridad a la Caldea meridional y fijado su residencia en Uruk, llevó sus armas desde el golfo Pérsico al lago de Van[485]. *Shumir* triunfaba con él, pero su poder no fue duradero y muy pronto los semitas agrupados alrededor de Agadé le derribaron.

No es fácil determinar el orden en que se siguen los reyes de esta ciudad cuyos nombres poseemos. Dos de ellos, sin embargo, Sargón y Naramsín, fueron ciertamente muy poderosos señores. Sargón I subió al trono por el año 3780, no sin dificultades[486]. Sus aventuras dieron origen a leyendas populares, que la historia oficial recogió. Su estatua llevaba la siguiente inscripción: «Shargina, el rey poderoso, el rey de Agadé, soy yo. Mi madre era de baja extracción y no conocí a mi padre; el hermano de mi padre vivía en los montes. Mi ciudad natal fue Azupiranú, que está situada a orillas del Éufrates. Mi madre, la vasalla, me dio a luz en secreto, me depositó en una cestilla de mimbre, que untó de pez para que no se calara y me arrojó de esta suerte al río, cuya agua no llegó hasta mí. El río me condujo hasta Akki, el que saca agua. Akki, el trabajador que saca agua, me recogió con corazón bondadoso; Akki, el trabajador que saca agua, me crió como hijo propio; Akki, el trabajador que saca agua, me colocó como jardinero; en mi profesión de jardinero, Ishtar me miró con amor, y durante [cuarenta] y cuatro años ocupé el poder real.» Es la historia

482 Lenormant, *La Magie*, págs. 137-323.

483 *Obélisque de Manishtoushou*, en Morgan-Scheil, *Mémoires de la Délégation en Perse*, t. II, lám. IX-X y págs. 1-52.

484 La mayor parte de estos acontecimientos nos son conocidos por las inscripciones de Entemena y de Urukagina, que fueron halladas en Telloh por M. de Sarzec y por el capitán Cros y que se conservan en el Museo del Louvre.

485 La extensión de los dominios de este príncipe nos es conocida por la inscripción de los vasos que M. Haynes ha descubierto en Nippur, en el curso de las excavaciones americanas.

486 El cilindro de Nabonides, descubierto por Th. Pinches (*Some recent Discoveries*, en los *Proceedings*, t. V, págs. 8, 9, 12) nos da el dato de 3750 próximamente para Naramsin, hijo de Sargón. No me parece que las pruebas que se han dado para poner en duda la autenticidad de esta fecha sean muy convincentes.

popular de los fundadores de religión o de Imperio: la historia de Moisés confiado a las aguas y recogido por la hija de Faraón, la de Ciro y Rómulo abandonados y alimentados por un pastor hasta la adolescencia. Sargón reunió bajo su mando Babilonia entera, Uruk, Ghiskhú, Zirpurla, Nippur, luego se lanzó sobre el Elam. Los reyes de Kish habían dominado ya en él de modo pasajero y uno de ellos al menos, Alusharshid, se había apoderado de Susa[487]. Sargón la conquistó, luego recorrió vencedor el país de los Gutim y el de los Khati, la Adiabena y la Siria septentrional. La tradición quería que sus expediciones no hubieran exigido más que tres años, al cabo de los cuales habría vuelto a sus Estados y habría empleado pacíficamente su botín en restaurar en él los viejos templos o en edificar otros nuevos. Al término de su vida, habría vuelto a entrar en campaña y habría penetrado en el Magán, en la Arabia oriental más bien que en el Sinaí, donde habrían tropezado con los puestos egipcios, pero, llamado por la rebelión de los caldeos, y bloqueado durante mucho tiempo en Agadé, habría conseguido librarse y recuperar su ascendiente[488]. Su hijo Naramsín, que le sucedió hacia 3750, heredó su poderío y supo mantenerlo intacto. Tuvo también que castigar al Elam, tomó la ciudad de Apirak en las orillas del Éufrates, mató al rey Rishadad y condujo al pueblo en cautividad. Uno de los pocos monumentos que han llegado a nosotros de él, nos le muestra luchando con los montañeses de Zagros; en tanto derriba al jefe de éstos, los soldados escalan las pendientes siguiéndole los pasos, barriendo todo ante su acometida[489]. Otra de sus campañas fue dirigida contra el Magán. Derrotó al rey Manium y trajo bloques de diorita con los que se hizo estatuas[490]. Fue un constructor asiduo y trabajó en los principales templos de la Caldea, en los de Nippur, de Sippar, de Agadé. Los trozos que poseemos de sus construcciones originales muestran rara perfección. Los relieves son finos, delicados y parecen acusar cierto influjo del arte egipcio, lo que no tiene nada de sorprendente, si se piensa que la guerra le puso en contacto con el Imperio menfita. Parece, no obstante, que su Imperio no le sobrevivió mucho tiempo; Agadé desapareció poco después que él y la supremacía pasó de la Caldea septentrional a la meridional, de los semitas a los sumerios.

Imposible decir todavía con certeza cuál de las ciudades la ejerció primeramente. Cuando, finalmente, después de varios siglos de oscuridad, se hace de nuevo la luz, Urú aparece en primer término, por el año 3000 o 2900. Había tenido en otro tiempo sus vicarios, que dependían del soberano del momento; es ahora soberana a su vez y tiene sus reyes, de ellos el más ilustre y para nosotros el fundador de la dinastía, Urangur. Su dominio comprendía *Shumir* (Sumeria), Accad, la parte mejor del Elam. Susa, en efecto, había permanecido bajo el dominio de los mesopotámicos desde Naramsín, y sus jefes Karibushashushinak, Khutrantrepti, Khalrukhuratir, los dos Idadú, sólo tenían el título de vicarios[491]. Los restos de los edificios levantados por Urangur en Larsam, en Uruk, en Nippur en Sippar, tanto como en la capital misma, son *ziggurat* de proporciones gigantescas, cuyos cuatro ángulos estaban orientados a los cuatro puntos cardinales. Los restos del más grande de ellos, el de Uruk, forman un montículo de setenta metros de lado y treinta y cinco de altura próximamente; más de treinta millones de ladrillos debieron entrar en la construcción[492]. Los otros, aun cuando de menos pretensiones, presentan también dimensiones considerables. Su número y su grandeza bastan, a falta de cualquier otro documento, para darnos magnífica idea de lo que era

---

487 Vasos hallados en Nippur por la misión americana.

488 Los sucesos de este reinado no nos son conocidos casi más que por indicaciones del *Libro de los presagios*, lo que durante mucho tiempo ha hecho dudosa su autenticidad para los historiadores. Desde que monumentos contemporáneos han probado que estas indicaciones eran exactas, por lo que concierne al reinado de Naramsín, ya no es lícito dudar de que no la sean igualmente por lo que respecta al de Sargón.

489 J. de Morgán, *Mémoires de la Délégation en Perse*, t. I págs. 144-158 y t. II, págs. 5, 53-55.

490 Oppert, *Expédition en Mésopotamie*, t. I, pág. 273 y t. II, pág. 327; Morgán-Scheil, *Mémoires de la Délégation en Perse*, t. II, pág. 5.

491 Morgan-Scheil, *Mémoires de la Délégation en Perse*, t. II, donde se han publicado los monumentos de estos personajes.

492 Loftus, *Chaldæa and Susiana*, págs. 167 y siguientes.

el príncipe que los construyó. Dungi, que sucedió a Urangur, fue quizá más poderoso todavía que lo era su padre. Sabemos que saqueó Babilonia para enriquecer a los dioses de Uruk y de Eridú[493] y que dominaba en Zirpurla lo mismo que en el Elam.

Zirpurla se había rehecho lentamente de su desastre y había llegado a ser como metrópoli de las antiguas poblaciones sumerias, pero sus vicarios sólo desempeñaban en la política del tiempo un papel secundario. El más próspero de ellos bajo la soberanía de Urú, Gudea, batalló en el Elam por su dueño, pero como constructor se recomienda principalmente a nuestra atención. Rehízo con gran lujo los templos, y para proporcionarse los materiales, envió a buscar las maderas, los metales, la diorita y el granito a las regiones más alejadas, al Amanos, al Libano, al Magán. Sus despojos adornan hoy nuestras galerías del Louvre, inscripciones en piedra, cilindros, barriles de barro cocido, bajo relieves, estatuas. De estas últimas, las unas le representan de pie, las otras sentado, teniendo en el regazo el plano de los edificios que había trazado. Las cabezas que se han encontrado junto a ellas, y que por desgracia no las pertenecen, están bien estudiadas y tienen altiva expresión. Los cuerpos no tienen la elegancia y la finura que admiran en las estatuas egipcias, anteriores o contemporáneas, pero están modelados con soltura y vigor maravillosos. En suma, estos monumentos atestiguan un arte algo provinciano, si se comparan con los de Naramsín, pero grande y firme. La Caldea, por lo que concierne a la escultura, podía rivalizar casi con el Egipto[494].

Muerto Dungi, la oscuridad se extiende de nuevo sobre la historia. Sus sucesores no supieron, en efecto, perpetuar la unidad del reino, y las ciudades de la Caldea inferior recobraron su independencia una después de otra. Urú conservó, no obstante, bastante prestigio para que durante mucho tiempo aun se la considerase metrópoli de la comarca. Nadie podía pasar por legítimo dueño de Shumir y de Accad si no la había colocado bajo su dominio; durante varios siglos, no hubo reyezuelo ambicioso que no combatiera para adquirirla y entronizarse en ella. Por el año 2500 fueron los príncipes de Nishin, Libitannunit, Gamiladar, Inedín, Bursín I, Ismidagán; pero fueron desposeídos hacia el 2400 por Gungunum de Nippur y por sus descendientes. Bursín II, Inesín, Gamilsín reinaron gloriosamente y llevaron sus armas hasta Siria, luego, hacia el 2300, cedieron el puesto a una familia originaria de Larsam, cuyo soberano más poderoso fue Siniddinam. La serie de estos príncipes está mal deducida en muchos puntos y es verosímil que el progreso de los descubrimientos nos obligará a variarla más de una vez todavía, antes de que lleguemos a determinarla con certeza. No obstante, el Elam soportaba impaciente el yugo de los caldeos, y sus vicarios ambicionaban el momento en que, librados al fin del yugo extranjero, dominarían a su vez a sus antiguos dueños. Hacia 2285, Kuturnakhunté, rey de Susa, invadió la Mesopotamia y la recorrió triunfalmente de punta a punta; Babilonia misma hubo de doblar la rodilla ante él[495]. Trajo como trofeos las estatuas de las divinidades enemigas, entre otras, las de la diosa Naná, la patrona de Urak, que depositó en uno de los templos de Susa. ¿Llegó hasta el Mediterráneo como Shargina y Saramsin? Se ignora, pero la Caldea entera no fue ya después de su retirada más que una dependencia del Elam.

La invasión cananea y los Pastores en Egipto.

Parece que la invasión elamita coincide con movimientos considerables de pueblos, uno de los cuales al menos alcanzó a la Siria. Los historiadores que recogieron más tarde el vago eco de las

493 Hall-King, *Egypt and Western Asia*, pág. 191.

494 La historia de Zirpurla-Lagash nos es conocida por los documentos que M. de Sarzec y el capitán Cros han recogido en las excavaciones que han realizado en Telloh desde 1881 a 1908 y que se han publicado y puesto en claro principalmente en Heuzey-Sarzec, *Découvertes en Chaldée*.

495 La fecha de la invasión nos la indica un texto en que el rey de Asiria Asurbanabal refiere cómo encontró en Susa y restituyó a Uruk la estatua de Naná, ciertas versiones dicen 1635, otras 1535 años después de habérsela llevado Kuturnakhunté (G. Smith, *History of Assurbanipal*, págs. 219-251)

tradiciones asiáticas, consignaban hacia esta época en sus Anales una irrupción de los escitas. Un rey escita, llamado de un modo inverosímil Indathirsés, habría recorrido vencedor el Asia entera y penetrado hasta el Egipto[496]. La conquista de este país fue, en efecto, como el último extremo de una emigración comparable a las que consumaron, en los siglos IV y V de nuestra era, la caída del Imperio Romano.

Gran parte de las tribus semíticas de que ya hemos hablado se había reconcentrado, desde la más remota antigüedad, en la ribera occidental y meridional del golfo Pérsico. Favorecidas por la naturaleza de los lugares, habían aprendido el arte de la navegación y se habían enriquecido con el comercio. Sus caravanas caminaban, cruzando el desierto de Arabia, hasta las costas del Mar Rojo y de allí iban a África. Por esto sin duda el nombre nacional de una de las tribus, Puaniti, Pœni, Puni, fue aplicado por los egipcios a la Arabia y al país de los Somalíes[497]. Una primera aventura había llevado a Kush al valle del Nilo, otra condujo a las gentes del Puanit al Norte del Egipto. La tradición clásica atribuía su partida a violentos temblores de tierra. Me parece que la bajada de los elamitas a la Caldea no debió ser extraña a ella. Abandonaron su patria y se dirigieron al Occidente, arrastrando tras ellos a los pueblos que encontraron en el camino. Según una versión, habrían seguido el curso del Éufrates, habrían descansado en las cercanías de Babilonia, a orillas del gran lago de Asiria, luego se habrían introducido en Siria por el camino del Norte[498]. Según los historiadores árabes, atravesaron la garganta de la península Arábiga, desde la desembocadura del Éufrates al valle del Jordán[499]. A su llegada, arrollaron sin trabajo a las naciones semi-bárbaras, Refaim, Nefilim, Zomzommim, que la tradición les opone, y se apoderaron del país entero, desde la orilla del Éufrates hasta el istmo de Suez. Su avance no se limitó a esto; varias de sus tribus, atraídas sin duda por la fama de riqueza del Egipto, atravesaron el desierto que divide al África del Asia y se precipitaron en el valle del Nilo[500].

Eran las circunstancias especialmente favorables para una invasión. Como en todas las épocas turbulentas de su historia, el Egipto estaba dividido entonces en pequeños principados, en constantes luchas intestinas, siempre en rebelión contra el soberano legítimo. La decimocuarta dinastía, relegada en Xois, en el centro del Delta, acababa de extinguirse en medio del desorden y de las guerras civiles. No aguantó la acometida y fue rápidamente derribada por los conquistadores. «Nos vino un rey llamado Timæos. En su tiempo, pues, no sé por qué, Dios levantó contra nosotros un viento desfavorable, y contra toda verosimilitud, de las regiones del Oriente, gentes de raza innoble, viniendo de improviso, invadieron el país y lo sometieron cómodamente y sin lucha.»[501] Fue como una nube de langosta que cayó sobre el Egipto. Ciudades y templos, todo fue arruinado, saqueado, quemado. Parte de la población fue degollada; el resto, con mujeres y niños, reducido a la esclavitud. Sometida Menfis y conquistada el Delta por entero, los bárbaros eligieron rey a uno de

496 Estrabón, 1, XV, c. 1, *Indica*, 5-6.

497 Mariette, *Sur une découverte récemment faite a Karnak*, en los *Comptes rendus*, 1874, págs. 247-249, y las *Listes géographiques des pylônes de Karnak*, págs. 60-66. Desde la cuarta dinastía, se menciona a Hathor, patrona de Puanit.

498 Justino, l. XVIII, c. III, § 2. El lago de Asiria puede ser ya el Bahr-i-Nedjif, ya el lago de Bambyce (Gutschmid, *Beitraege zur Geschichte des alten Orients*, I, 1858, pág. 26). La identificación con el lago de Merom (Hitzig, *Urgeschichte und Mythologie der Philistæer*, págs. 181-183) es imposible de sostener.

499 Caussin de Perceval, *Histoire des Arabes*, t. I, págs. 38 y siguientes. Acerca de la falta de autenticidad de las tradiciones recogidas por los historiadores árabes, véase Th. Nöldeke, *Ueber die Amalekiter*, págs. 34 y siguientes.

500 El origen fenicio de los reyes Pastores y de su pueblo está atestiguado por Manetón, ed. Unger, págs. 140 y siguientes, y por otros cronógrafos. Véase el pasaje de Conón, en los Mitógrafos griegos de Westermann, pάgiπα 141: οἱ δὲ Φοίνικες τότε μέγα τε, ὡς λόγος, ἴσχυον, καὶ πολλὴν τῆς Ἀσίας καταστρεφόμενοι, τό βασίλειον ἐν Θήβαις ταῖς Αἰγυπτίαις ἔχον. Esta teoría del origen de los Hiksos ha sido adoptada por Lepsius, *Nubische Grammatik*, Einleitung, CVIII y siguientes, y por Hommel, *Die Semitischen Völker*, t. I, págs. 125 y siguientes; para Mariette (*Aperçu de l'histoire d'Égypte*, 1864, pág. 50) y para el P. di Cara (*Gli Hyksos di Egitto*, págs. 175-177 y *Gli Hethei-Pelasgit*. I, págs. 5-6) son hititas.

501 Manetón, ed. Unger, pág. 140.

sus jefes llamado Shalati (Salatis, Saités)[502]. Shalati estableció entre ellos un principio de gobierno regular; designó a Menfis como capital y levantó un impuesto sobre sus súbditos egipcios.

Dos peligros le amenazaban. Al Sur, los príncipes tebanos, recogiendo las riendas del gobierno después de la caída de los xoitas, se habían negado a prestarle el juramento de fidelidad y organizaban la resistencia. Al Norte, tenía que contener las ambiciones de las tribus cananeas que habían permanecido en Siria y las de los conquistadores elamitas de la Caldea[503]. Shalati adoptó sus medidas en consecuencia. Los egipcios, divididos y abatidos por sus derrotas, no eran ya de temer por el momento. Se contentó con diseminar en los puntos estratégicos del valle puestos fortificados, cuya posesión le aseguraba la obediencia de los nomos circundantes, y concentró el grueso de sus fuerzas en la frontera del istmo. Las inmigraciones pacíficas, tan frecuentes en tiempos de la duodécima dinastía, habían introducido ya en el Delta oriental poblaciones asiáticas. Fundó en medio de ellas y sobre las ruinas de una antigua ciudad, Hauarú (Avaris), cuya leyenda se enlazaba con el mito de Osiris y de Tifón, un vasto campo atrincherado, capaz de contener doscientos cuarenta mil soldados. Iba a él todos los años en verano para presenciar los ejercicios militares, pagar las soldadas y arreglar las distribuciones de víveres. Aquella guarnición permanente puso el nuevo reino al abrigo de las invasiones y vino a ser para los sucesores de Shalati vivero inagotable de excelentes soldados, con los que terminaron la conquista del Egipto. Fueron necesarios más de doscientos años para abatir a los príncipes de Tebas: «cinco reyes, Bnón, Apachnas, Apopi I, Iannas» (quizá el Khayani de los monumentos), Assés, gastaron la vida «en hacer guerra perpetua, deseando arrancar hasta la raíz del Egipto.»[504] Por fin Assés derribó a la decimoquinta dinastía y quedó como dueño único del valle entero.

Los egipcios daban a las tribus nómadas de la Siria el nombre de SHUS, SHASÚ, *bandidos, ladrones*, que convenía, entonces como hoy, a los beduinos del desierto. Le aplicaron a sus vencedores asiáticos. El rey de los países extranjeros, Hiq-satiú, se cambió en su boca en rey de los Shasú, Hiq-shasú. de que los griegos han hecho Hiqusos, Hiksos[505]; en cuanto al pueblo, se le llamó generalmente *Menatiú*, los pastores, o *Satiú*, los arqueros. El recuerdo de sus crueldades subsistió mucho tiempo en la memoria de los egipcios y provocaba todavía, veinte siglos después, el resentimiento del historiador Manetón. El odio del pueblo los llenó de epítetos ignominiosos y los calificó de malditos, de pestíferos, de leprosos[506]. No obstante, se dejaron civilizar con bastante rapidez. Si conservaban la superioridad en el orden militar y político, sentíanse inferiores a sus súbditos en cultura moral e intelectual. Sus reyes comprendieron muy pronto que era mejor explotar el país que saquearlo, y como ninguno de los invasores habría podido entendérselas en la red complicada del fisco, pusieron escribas indígenas al servicio del Tesoro y de la administración. Una vez admitidos en la escuela del Egipto, los bárbaros entraron rápidamente en la vida civilizada. La corte de los Faraones reapareció alrededor de los reyes Pastores con toda su pompa y todo su cortejo de funcionarios grandes y pequeños; el protocolo real de los Keops y de los Amenemhait fue adaptado a los nombres extranjeros de Iannas y de Apopi. La religión egipcia, sin ser adoptada oficialmente, fue tolerada, y la de los cananeos sufrió algunas modificaciones para no herir más de lo justo la susceptibilidad de los adoradores de Osiris. Sutkhú, el guerrero, el dios nacional de los conquistadores, fue identificado con el Set egipcio. Tanis, elevada al rango de capital, volvió a abrir

502 Se ha creído ver el nombre de Shalati en el cartucho roto de la esfinge de Tell-Mokhdam (Ebers, *Ægypten und die Bücher Moses*, pág. 202; Ed. Meyer, *Set-Typhon*, pág. 56; Lauth, *Manetho*, pág. 249); pero Naville ha reconocido el nombre Nahsiri de un Faraón de la XIV dinastía (*Le roi Nahasi*, en el R*ecueil de Travaux*, t. XV, págs. 97-101.

503 Manetón los llamaba impropiamente asirios.

504 Manetón ed. Unger, pág. 141. Devéria ha creído hallar sus nombres en un fragmento del Papiro Real de Turín (*Lettre a M. Auguste Mariette sur quelques monuments relatifs aux Hyq-S'ôs*, en la *Revue Archéologique*, 1861, t. III, págs. 253-256; véase Lauth, *Ægyptische Chronologie*, págs. 136 y siguientes).

505 Manetón, *Ibid*., pág. 142. Hiksos corresponde al singular Hiqshosú, el rey de los shasú, Hikussos al plural Hiqushosú, los reyes de los shasú.

506 Chabas, *Mélanges égyptologiques*, 1ª serie, págs. 28-41.

sus templos y aumentó el número de sus palacios. Hubo un momento en que Mariette creyó haber encontrado en las ruinas de dicha ciudad esfinges y estatuas que nos enseñaban lo que fue la escultura en la época de los Pastores. «Los ojos son menudos, la nariz fuerte y arqueada al propio tiempo que aplastada, los carrillos anchos y los pómulos pronunciados, la barbilla saliente y la boca se hace notar por el modo como baja en los extremos. El conjunto de la cara se resiente de la dureza de los rasgos que la forman y la cabellera espesa que rodea la cabeza, en la que parece sumergirse ésta, da al monumento aspecto todavía más notable.»[507] Estudios posteriores han demostrado que estos monumentos son obra de una escuela local puramente faraónica, y que algunos de ellos representan a Amenemhait III de la duodécima dinastía; si a veces se leen en ellos los cartuchos de un Apopi, débese a que fueron usurpados por dicho soberano[508]. Los pocos monumentos que les pertenecen, la esfinge de Bagdad, la estatua de Khayani, son del estilo ordinario[509]. Aquella civilización nueva, mitad egipcia, mitad semítica, se desarrolló en tiempos de una segunda dinastía de los reyes Pastores, que los historiadores nacionales se resignaron a adoptar y considerar como la decimosexta de sus dinastías nacionales[510].

Si en los tiempos de los Faraones indígenas los sirios habían acudido en multitud a aquella tierra del Egipto, que los trataba como súbditos, quizá como esclavos, el atractivo que sentían por ella hubo de ser más considerable en tiempo de los reyes Pastores. Los recién venidos encontraban establecidos en las orillas del Nilo hombres de la misma raza que ellos, trasformados en egipcios, pero no hasta el punto de haber perdido todo recuerdo de su lengua y de su origen. Fueron acogidos con tanta más cordialidad cuanto que los conquistadores sentían la necesidad de fortalecerse en medio de una población hostil. El palacio de los reyes se abrió más de una vez a consejeros y favoritos asiáticos; el campo atrincherado de Hauarú albergó muchas veces reclutas sirios o árabes. Invasiones, hambres, guerras civiles, todo parecía conspirar para lanzar a Egipto, no sólo individuos sueltos, sino familias y naciones enteras. La Biblia refiere que una familia de origen semita había abandonado Ur de la Caldea, guiada por Tharé, y se había establecido en la orilla izquierda del río, cerca de Harrán en Mesopotamia. Poco tiempo después, había atravesado el Éufrates con Abram o Abraham y recorrido la Siria en toda su longitud de Norte a Sur. Las gentes venidas con Abraham habían poblado la parte meridional del país. Unos a las órdenes del mismo Abraham se habrían fijado, tras de varias peripecias, en los alrededores de Kiriath-Arba y de allí habríanse extendido a la tierra de Canaán. Otros habrían seguido del lado allá del Jordán con Lot, sobrino de Abraham, y engendrado las tribus de Moab y de Ammón. Otros todavía se habrían introducido en el desierto meridional, donde se mezclaron con los edomitas. La parte más considerable de aquellos grupos de gentes habría adoptado el nombre de Hijos de Israel[511], y después de haber paseado sus tiendas a través de las llanuras y las montañas de Canaán, habría descendido a Egipto con los bienes de la tribu.

Según la leyenda, el patriarca Jacob tenía doce hijos. El más joven, José, excitó el odio de sus hermanos por la preferencia que su padre le atestiguaba. Lo vendieron a una caravana que iba a Egipto, y persuadieron a su padre de que una fiera había devorado a su hijo muy amado. Pero el

---

507 A. Mariette, Lettres a M. le vicomte de Rougé, sur les fouilles de Tanis, pág. 9. Fr. Lenormant descubrió en Roma trozos de una estatua egipcia que le pareció corresponder al mismo tipo (*Frammento di statua di uno di rei pastori di Egitto*, del *Bolletino della Commissione Comunale di Roma*, 1877).

508 Maspero, *Guide du visiteur au Musée de Boulaq*, págs. 64-65, nº 107, y *Archéologie égyptienne*, págs. 216-217; Golénischeff, en el *Recueil de Travaux*. t. XV, págs. 131-136 (*Amenemha III et les Sphinx de San*).

509 Naville, *Bubastis*, lám. XII, XIV a y págs. 23-26, el cual lee el nombre Rayán.

510 A esta época corresponde probablemente el Apopi Aussirrí cuyo nombre se lee en dos tablillas de madera del Museo de Berlín (Eisenlohr, *An Historical Monument*, en los *Procedings of the Society of Biblical Archæology*, 1881, págs. 97-98). Este príncipe sería el mismo Aussirrí, en cuyo año treinta y tres se copió el tratado de Matemáticas del papiro Rhind (Eisenlohr, *Ein Mathemachistes Handbuch*, págs. 7, 28.)

511 Israel, el que lucha contra Dios. Es el sobrenombre que adoptó Jacob, según la leyenda, después de su lucha con Dios. (Génesis, XXXII, 24-32).

Eterno estaba con José y le hacía prosperar. Vendido a uno de los grandes oficiales de la corona llamado Petefré, llegó a ser muy pronto intendente de su amo y primer ministro del Faraón. Un año que sus hermanos, acosados por el hambre, habían venido a comprar trigo a Egipto, descubrióse a ellos y los llevó a presencia del rey. Entonces éste dijo a José: «Di a tus hermanos: Haced esto, cargad vuestras bestias y partid de vuelta al país de Canaán; coged a vuestro padre y a vuestras familias y veníos conmigo; yo os daré de la mejor tierra del Egipto y comeréis la sustancia de la tierra.»[512] Israel emigró, pues, con todo lo que le pertenecía, y los hijos de Israel colocaron a Jacob, su padre, y a sus nietos y a sus mujeres en los carros que Faraón había enviado para llevarlos. Condujeron también sus ganados y los bienes que habían adquirido en el país de Canaán, y Jacob y toda su familia con él vinieron a Egipto.»[513] Se instalaron entre la rama sebenítica del Nilo y el desierto, en el país de Goshen, donde se multiplicaron enormemente[514]. La tradición asegura que su emigración tuvo lugar en el reinado de uno de los reyes Pastores que denomina Afobis[515], evidentemente uno de los Apopi, quizá el mismo que embelleció a Tanis y que grabó su nombre en las esfinges de Amenemhait III.

Bajo la dominación de sus reyes extranjeros, como bajo la de sus reyes indígenas, el Egipto habría seguido estando administrado feudalmente. Los Pastores poseían el Delta con Menfis, Hauarú y Tanis, pero, al Sur de Menfis, su autoridad directa no parece haberse extendido más allá del Fayum. El Alto Egipto y la parte de la Nubia a él unida, estaban, como en tiempos de la undécima dinastía, en manos de tiranos locales sujetos al tributo anual. Tebas, siempre preponderante desde Amenemhait I, ejercía sobre ellos una especie de hegemonía, que hacía de sus dueños los rivales naturales de los soberanos del Delta. Más de una vez, mientras duró la decimosexta dinastía, los tebanos debieron tratar de sacudir el yugo, pero sin éxito alguno. Tan sólo después de dos siglos de vasallaje estalló una rebelión decisiva. Apopi reinaba entonces en Tanis, y el dueño de Tebas, Saknunri[516] Tituáa I, que más tarde fue rey (*sutonú*), no era todavía más que príncipe (*hiqú*) de los cantones del Mediodía. Los comienzos de la rebelión no nos son conocidos, y los mismos egipcios parecen no haber estado mucho mejor informados que nosotros en este respecto. La imaginación popular se apoderó más tarde del suceso y lo arregló a su gusto, añadiéndole elementos puramente míticos. Se refería corrientemente, desde la decimonona dinastía[517], que la guerra había tenido por causa una disputa religiosa: «He aquí que el rey Apopi adoptó a Sutkhú por dueño, y ya no sirvió a ningún otro dios en el mundo entero a no ser Sutkhú, y construyó un templo de trabajo excelente y eterno a la puerta de su palacio, y se levantó todos los días para sacrificar víctimas cotidianas a Sutkhú, y les jefes vasallos del soberano estaban presentes, con guirnaldas de flores, exactamente como se hacía en el santuario de Fra-Harmakhis.» Terminado el templo, pensó en imponer el culto de su dios al príncipe de Tebas, pero, en lugar de emplear la fuerza, recurrió a la astucia. Convocó a sus escribas y le dieron el consejo siguiente: «Que un mensajero vaya al jefe de la ciudad del Mediodía para decirle: El rey Ra-Apopi te envía a decir: Que se de caza en los pantanos a los hipopótamos que hay en los canales del país, para que no turben más mi sueño noche y día. No sabrá qué responder ni en pro ni en contra. Entonces le enviarás otro mensajero: El rey Apopi te envía a decir: Si el jefe del Mediodía no puede responder a mi mensaje, que no sirva a otro dios que a Sutkhú. Pero si responde y hace lo que yo le digo que haga, entonces no me apoderaré de nada suyo y no adoraré a otro dios más que a Amón-Ra, rey de

512 Génesis, XLV, 17-18.

513 Génesis, XLVI, 5-6.

514 Acerca de la extensión del país de Goshen véase, con algunas restricciones, la obra de G. Ebers, *Durch Gosen zum Sinai*.

515 Juan de Antioquía, fr. 39, en Müller, *Fragm. H. Gr.*, t. IV.

516 Acerca de la lectura de este nombre véase Maspero, *Études égyptiennes*, t. I, p. 190, nota 2.- (2)

517 El Papiro Sallier nº I, que nos ha conservado este cuento, ha sido escrito hacia la mitad o al final de la decimonona dinastía.

los dioses», y divinidad nacional de los tebanos. El mensaje nos parece extraño, pero la tradición los pone semejantes en boca de otros reyes. Así el Faraón Nectanebo hacía decir por boca de un embajador a Licero, rey de Babilonia: «Tengo yeguas en Egipto que conciben cuando relinchan los caballos que están hacia Babilonia.» El babilonio, para no ser menos, tenía un gato que iba a estrangular a los gallos de Menfis y volvía por la mañana[518]. Los hipopótamos del lago de Tebas que había que cazar para que el rey de Tanis pudiera dormir, son parientes cercanos de los caballos cuyo relincho llegaba hasta Babilonia y del gato que hacía en una noche el viaje de ida y vuelta al Egipto. El cuento está mutilado por desgracia. Saknunri salía sano y salvo de la prueba, y Apopi, cogido en sus propias redes, se veía obligado a renunciar a Sutkhú para adoptar el culto de Amón-Ra. Es muy probable que no quisiera someterse a lo que él mismo había propuesto y que declarara la guerra a su rival triunfante[519].

La guerra, una vez comenzada, duró sin interrupción más de un siglo. Tiuáa I se proclamó rey y fundó la decimoséptima dinastía (diospolitana). Los jefes egipcios se pronunciaron en favor suyo y unieron sus tropas a las del rey. Los Pastores fueron desalojados sucesivamente de las posiciones que ocupaban en el Egipto Medio y rechazados bajo los muros de Menfis. Después de lucha encarnizada, un rey, que Manetón llama Alisfragmuthosis, rescató esta ciudad; los bárbaros, expulsados de la parte occidental del Delta, viéronse por fin reducidos a su campo atrincherado de Hauarú. En él resistieron largo tiempo todavía, a pesar de los esfuerzos de los tebanos: Saknunri III Thiuaken, Kamosis y sus vasallos fracasaron ante la fortaleza de los pastores. Amhosis I, sucesor de Kamosis, fue más hábil. En el quinto año de su reinado consiguió apoderarse de Hauarú. Los restos del ejército vencido se retiraron a Siria, donde los egipcios los persiguieron y desalojaron de sus últimos atrincheramientos, cerca de Sharuhana[520], después de una lucha de seis años. Seis siglos o más de dominación extranjera habían trascurrido; el Egipto era libre desde las cataratas a las orillas del Mediterráneo[521].

La guerra de independencia había durado más de ciento cincuenta años, había desorganizado por completo el país y cubierto el suelo de ruinas. Ahmosis hubo de ocuparse ante todo de poner orden en la administración pública. Los pequeños príncipes que le habían ayudado fueron reducidos a la condición de gobernadores hereditarios de los nomos. Para consolarlos, se les conservó el título y los honores de rey, que muchos de ellos se habían atribuido y que siguieron ostentando hasta su muerte[522]. La Nubia no había dejado nunca de formar parte del Imperio, nominalmente al menos, pero sus jefes no se resignaron a reconocer en el primer momento la autoridad directa de Faraón. Mientras que Ahmosis se entretenía aún en Asia, las tribus de Khonthonnofri invadieron el Egipto y penetraron hasta una localidad llamada Tentoá; fueron derrotadas con grandes pérdidas y volvieron

---

518 La vida de Esopo el Frigio, traducida por La Fontaine (*Fables* de Lafontaine, ed. Lemerre, t. I, págs. 41-45).

519 G. Maspero, *Études égyptiennes*, t. I, págs. 195-216; los *Contes populaires de l'Ancienne Égypte*, págs. 185-196. No he tenido en cuenta al rey Nubiti, el Ombito de que habla una inscripción de Tanis (Mariette, *La Stèle de l'an 400*), y del que todos los egiptólogos hacen un rey Pastor. He indicado en otro lugar que reconocía, en el pasaje en que se le nombra, una alusión al dios Tifón, considerado como soberano del Egipto en tiempo de las dinastías divinas. (Véase *Revue critique*, 1880, t. I, pág. 467).

520 Probablemente Sharukhen, en la tribu de Simeón, *Josué*, XIX, 6. A Piehl (*Proceedings* de la Sociedad de Arqueología bíblica, t. XV, pág. 258) debemos la explicación de esta última parte de la guerra.

521 Para el estudio de esta época véase Lepsius, *Chronologie*; Brugsch, *A History of Egypt under the Pharaons*, t. I, págs. 198 y siguientes; Maspero, *Revue critique*, 1870, pág. 116, y *Une Enquête judiciaire a Thèbes*, págs. 71-81; Erman, *Zur Chronologie der Hyksos*, en la *Zeitschrift*, 1880; L. Stern, *Die Hyksos*, en la *Deustche Revue*, t. VII. Chabas había reunido en una obra especial todo lo que se sabe de los Pastores, *Les Pasteurs en Egypte*, Amsterdam, 1868, en 4°; el Padre di Cara ha repetido el tema veinte años más tarde. *Gli Hyksos o Re Pastori di Egitto.*

522 Birch, *Le Papyrus Abbott*, pág. 175 b. Los más ilustres de aquellos príncipes, los que reinaban en Nekhabit, no adoptaron el cartucho. Sus tumbas son comparables, por la finura del dibujo, a las mejores de Beni-Hassán. Los otros son conocidos por pequeños monumentos o por las listas conservadas en las tumbas de los criados de la necrópolis tebana. (Lepsius, *Denkm.*, III, lám. 2).

a sus deberes, pero su invasión tuvo eco en el interior. Los señores feudales no habían de mirar sin inquietud la exaltación repentina del rey de Tebas; no habían expulsado a los Pastores para aceptar sin protesta el yugo de uno de sus iguales. La rebelión estalló en el Sur, y un jefe llamado Titi-anú hizo frente durante algún tiempo a las flotas reales[523]. Vencido y prisionero, la resistencia acabó con él y Ahmosis pudo dedicarse en lo sucesivo a los trabajos de la paz. Los reyes de las dinastías anteriores, demasiado debilitados o envueltos en dificultades, no habían continuado en Tebas las construcciones empezadas por sus antepasados de la duodécima y de la decimotercera dinastías. Reparó el santuario de Amón y puso los cimientos de otros varios edificios religiosos menos importantes[524]. Menfis, disputada mucho tiempo entre los egipcios y los Pastores, había padecido y sus templos estaban en ruinas. El año XXII, volvió a abrir con gran pompa las canteras antiguas de Turah y emprendió la restauración del templo de Ptah[525]. Naturalmente, los prisioneros de guerra, Pastores y nubios, fueron condenados a los trabajos; de obreros que eran en tiempo de Apopi, los egipcios pasaron a ser capataces, mientras que los asiáticos volvían a sacar piedra y hacer ladrillo como antes de la invasión. Contaba Manetón que el rey, para desembarazarse de los restos del ejército vencido, les había concedido una capitulación con arreglo a la cual se habían retirado a Siria[526]. La masa de la nación, instalada entre el desierto y las ramas orientales del Nilo, prefirió la esclavitud en la rica tierra de Egipto a las probabilidades de libertad que le ofrecía la emigración. Los Pastores, y con ellos las tribus judías y sirias a las que habían concedido hospitalidad, siguieron en el país, pero no ya como dueños. Su campo atrincherado de Hauarú fue destruido. La plaza de Zarú fue fortificada, tanto para contenerlos como para servir de avanzada al Egipto en previsión de que volvieran las poblaciones asiáticas. Tanis, la capital de Apopi, fue tratada como enemiga y abandonada en el estado de desolación en que la guerra la había puesto; por espacio de varios siglos, desapareció totalmente de la historia[527].

Ahmosis I, el libertador, fue durante mucho tiempo veneradísimo de los egipcios, que le proclamaron dios y fundador de una dinastía nueva, la decimoctava[528]. Había adquirido los derechos a la corona por su mujer Nofritari, hija del rey Kamosis y de la reina Ahhotpú I[529]; ésta compartió los honores divinos que se le dedicaron y hasta le suplantó en la adoración de los fieles[530]. Su hijo Amenotés I (Amanhatpú)[531] no se apartó casi de la política del padre. No se conoce gran cosa de lo que osó hacer del lado de Siria, pero por el Mediodía ensanchó las fronteras del Imperio. Una serie de expediciones afortunadas llevó a los ejércitos egipcios al corazón de la Etiopía y acabó la conquista de este país[532]. Desde entonces los Faraones no tuvieron ya que hacer guerras formales en

523 Lepsius, *Auswahl*, t. XIV, y *Denkm*., III, 57, 1. 17-22 de la inscripción de Ahmosis si Abina.

524 E. de Rougé, *Étude sur les monuments du massif de Karnak*, en *Mélanges d'Archéologie égyptienne*, t. I.

525 Lepsius, *Denkm*., III, lám. 71; véase Brugsch, *Zeitschrift*, 1867, págs. 89-95.

526 Manetón, ed. Unger, págs. 150-151.

527 Mariette, *Notice des monuments*, págs. 272-273.

528 El féretro y el cuerpo del rey, de su mujer Nofritari, de uno de sus hijos y de una de sus hijas, muertos de corta edad, han sido descubiertos en 1831 en el escondrijo de Deir-el-Bahari y están hoy en el Museo del Cairo (Maspero, *Guide du Visiteur au Musée du Caire*, págs. 317 y siguientes.

529 Nofritari está a veces representada con la cara negra (Champollion, *Notices*, t. I, págs. 520-525, 846 y 534), y de aquí se ha deducido que era hija de un príncipe negro, con la que Ahmosis se habría casado para asegurarse un aliado contra los Pastores. Pero ese color negro, por otra parte bastante raro, y que alterna a veces con el color azul (en la tumba de Kasa en Deir-el-Medinéh, Wiedemann, *Ægypische Geschichte*, t. I, pág. 315), se da a la reina en su papel de diosa y sólo tiene valor mitológico.

530 Maspero, *Rapport sur une mission en Italie*, en el *Recueil*, t. III, págs. 109-110, etc.

531 La forma Amenofis, adoptada generalmente, es la transcripción griega del nombre Amenemopit; la de Amanhatpú, Amenhotpú, es Amenotés (Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire*, en la *Zeitschrift*, 1882, págs. 128-129).

532 Lepsius, *Auswahl*, t. XIV, y *Denkm*., III, 87, 1. 23-25 de la inscripción de Ahmosis si Abina. Una estela de madera del Museo de Turín provendría, dicese, de Meroé (Gazzera, *Descrizione dei Monumenti Egizii*, lám. I, 8) y parecería demostrar que Amenotés I había llevado sus armas hasta allí.

el Mediodía; bastóles algunas incursiones rápidas para mantener a las tribus del desierto en una semi-obediencia y para surtir a Tebas de esclavos negros en cantidad suficiente. La civilización egipcia recuperó y aun sobrepujó por este lado el terreno que la invasión le había hecho perder desde la decimocuarta dinastía; remontó el Nilo hasta Napata y quizá más arriba aun. Se instalaron colonos permanentemente en ambas orillas del río, se erigieron templos allí donde lo permitía la naturaleza del terreno. La lengua, las costumbres, el culto de los tebanos arraigaron sólidamente entre la primera y la cuarta catarata[533]. El Egipto ocupó realmente el valle del Nilo desde las llanuras de Sennaar hasta la costa del Delta.

Pero la guerra de independencia y las expediciones que la siguieron habían despertado en la nación el espíritu militar, en los príncipes la afición a las conquistas. Por una especie de reacción contra la opresión brutal que había sufrido durante tantos siglos, del Egipto se apoderó una fuerza expansiva que nunca había sentido y experimentó la necesidad de oprimir a su vez. Del lado del Sur la obra de colonización estaba terminada, pero por el Oriente, en aquellas comarcas asiáticas cuyos límites apenas habían traspasado los soldados del primer Imperio tebano, había lugar para hazañas fructíferas a la par que gloriosas. Las legiones egipcias se movieron pesadamente por los caminos del Asia, que los restos de los Pastores les habían abierto y que no olvidaron. Desde aquel momento no hubo, desde las fuentes del Nilo Azul a las del Éufrates, más que pelea y pillaje perpetuos. Un día se sabía en Tebas la derrota de los negros del Sudán, la llegada solemne del príncipe de Kush, de su botín, de sus soldados; procesiones fantásticas de jirafas conducidas del ronzal, de cinocéfalos encadenados, de panteras y de onzas domesticadas, se prolongaban indefinidamente por las calles. Al siguiente, triunfo obtenido al Occidente del Delta sobre los libios y sus aliados: los bárbaros del Norte, con extraños cascos o la cabeza dentro del hocico de una fiera cuya piel les caía sobre los hombros, ostentaban a los ojos de los egipcios morenos sus corpachones blancos adornados con pinturas y tatuajes. Luego venía un triunfo sobre los Rutonú y la toma de una plaza fuerte, factoría del comercio sirio. El desfile comenzaba con las fanfarrias trompetiles y los redobles de tambor. Las aclamaciones de la muchedumbre y los cánticos sacerdotales saludaban por doquiera al cortejo triunfal del Faraón. Era el tiempo de las fortunas rápidas; el hijo del simple felah partía siendo soldado y volvía hecho general. Fueron necesarios cinco siglos de guerras para calmar el genio guerrero de los egipcios. Lanzar a los Pastores sobre el Egipto, y por reacción a los egipcios sobre el Asia, tal fue, por tanto, el resultado de la invasión que acabó con el primer Imperio caldeo. Con la entrada de los egipcios en Siria se inaugura una nueva época en los destinos de las naciones antiguas. La historia de los pueblos aislados termina, la del mundo empieza.[534]

---

533 Lepsius, *Ueber die widderköpfigen Götter Ammon und Chnumis*, en la *Zeitschrift*, 1877, págs. 8 y siguientes.

534 XVª DINASTÍA

En el Delta		*En el Alto Egipto*
1ª dinastía de los Pastores		Dinastía tebana
I Shalati	Σάλατις Σαΐτης	
II	Βνών	
III Ap	Ἀπαχνάν	
IV Apopi I	Ἄφωφις, Ἄφωβις	
V	Σταάν ο Ἰάννας	
VI	Ἀσσήθ, Ἄσσης	

XVIª DINASTÍA

2ª dinastía de los Pastores, en todo el Egipto.	
I Susirnirí Khayani	
II Apopi II, Ausirrí.	

XVIIª DINASTÍA

3ª dinastía de los Pastores		
43 reyes(?)		43 reyes tebanos
I Apopi III Aqnunrí		I Tiuáa I Saknuurí I
		II Tiuáa II Saknunrí II
		? (Ἀλισφραγμούθωσις)

V.
LA CONQUISTA EGIPCIA

La Siria y el Imperio caldeo desde la invasión cananea hasta las guerras egipcias. La decimoctava dinastía. La decimonona dinastía: Setuí I y Ramsés II.

La Siria y el Imperio caldeo desde la invasión cananea hasta las guerras egipcias

Amenotés y su hijo Tutmosis fueron los primeros que arrastraron a los egipcios a la conquista del Asia.

El país que encontraron al otro lado del istmo llevaba el nombre de Kharú[535]. El Kharú, nuestra Siria, terminaba por el Norte en las últimas estribaciones del monte Tauro. Estaba limitado al Este por el Éufrates y por el desierto, al Sur por el Mar Rojo, al Oeste por el Mediterráneo. Le cortan de Sur a Norte dos cadenas de montañas paralelas, el Líbano y el Antilíbano; entre ambas se abre un ancho valle, surcado en toda su longitud por el Nazana (Litany) y por el Orontes. El Orontes nace en el Antilíbano. Le origina la reunión de número considerable de arroyos y torrentes. Corre al principio al Nor-noroeste, pero, una vez que ha descendido a la llanura, da vuelta al Este, atraviesa un lago que tiene cerca de tres leguas de largo por una de ancho, luego se inclina al Norte y corre casi paralelamente a la costa hasta el grado 36° de latitud próximamente. En este punto, se repliega bruscamente al Oeste, luego al Sur y se precipita en el mar, después de unas sesenta leguas de recorrido, de violentísima corriente[536]. El Nazana[537] nace en el Antilíbano, a pocos kilómetros del Orontes y corre hacia el Sur-suroeste. A medida que se aleja de su origen, el valle se estrecha poco a poco y le obliga a reducir su lecho. Pronto no es más que una garganta áspera, de más de trescientos metros de honda, y tan estrecha, que hay un sitio en que montones de rocas, caídas de la falda de la montaña, han venido a montar sobre el lado opuesto y subsisten como un puente natural sobre las aguas. El Nazana no sale de esta garganta sino para caer en el mar, a treinta leguas poco más o menos de su origen. El valle de ambos ríos forma una abertura de ochenta leguas de larga próximamente, apenas separada, en el nacimiento del Nazana y del Orontes, por una insignificante cadena de colinas. Pocas provincias del mundo antiguo eran tan fértiles como esta región socavada de la Siria. Por el Sur, campos de trigo y viñedos, que tapizan las hondonadas y que se suceden en las laderas de la montaña, doquiera ha podido llegar el pie del hombre. Al Norte, los aluviones del

En el Delta	*En el Alto Egipto*
	? (Τέθμωσις)
	?
	? Sanakhturí
	? Hotpuri
	? Manhotpurí
	? Nubhotpuri
	?
	? Tiuaken Saknunrí II
	? Kamos Uazkhopirrí

535 El nombre egipcio es Kharú, o por degeneración de la aspirada *kh* en silbante, Sharú. Se deriva del de los Horim y se aplicaba primeramente a las partes del país ocupadas por estos últimos al Sudoeste y al Oeste del Mar Muerto. Indebidamente los egipcios lo extendieron al país de Canaán, luego a la Siria entera.

536 De donde el origen popular de su nombre moderno, Nahr-el-Assy, el río rebelde. En realidad, Assy viene de Axios, nombre que los macedonios dieron al Orontes recordando su patria.

537 Acerca del nombre Nazana, véase Maspero, en *Mélanges*, t. I, págs. 140-141.

Orontes han producido una tierra negra y fecunda, rica en cereales y en frutos de toda especie. Así la Siria-Abierta (Cele-Siria), después de haber aprovisionado sucesivamente a los conquistadores egipcios, asirios, persas, macedonios que la han dominado, acabó por ser en manos de Roma uno de los graneros del mundo.

Alrededor de este venturoso país, que es como el corazón de la Siria entera, irradian en todas direcciones, al Sur, al Norte, al Este, al Oeste, comarcas de naturaleza y aspecto diferentes. Por el Norte, entre el Orontes y el Éufrates, se extiende una meseta árida y pobre, bordeada al Septentrión y al Occidente por el Tauro y por el Khamanú (Amanos). De estas dos montañas salen contrafuertes, que descienden gradualmente y se despliegan en cumbres gredosas o rocosas, sembradas de mamelones de lomo redondeado y pelado, cortados por valles estrechos y tortuosos que terminan en el Éufrates, en el Orontes, en el desierto. A la meseta suceden vastas llanuras surcadas por filas de colinas bajas y desnudas. El suelo es seco y pedregoso, la vegetación escasa, las corrientes de agua poco numerosas y de escaso caudal. La más importante, el río de Alep, el Khalus de Jenofonte, arrastra perezosamente su turbia corriente de Norte a Sur y se pierde, a la orilla del desierto, en un pequeño lago salado, lleno de islotes y bajos; próximamente a igual distancia entre el Khalus y el Éufrates, se encuentra otro lago salado bastante grande, pero sin desagüe. Los cereales, la viña, el olivo, el pistacho, vegetan con gran trabajo en aquellos parajes ardientes; la montaña no da más que lo suficiente para alimentar a sus moradores.

Al Este del Antilíbano florece la Siria Damascena, verdadero jardín sobre el que caen a pico las cimas nevadas del Hermón, y en el que dos ríos, el Abana y el Farfar, mantienen una vegetación lujuriosa frente al desierto. Por el contrario, no se ve al Occidente del Líbano más que una faja de terreno cuya anchura media no excede de ocho o diez leguas. Desde la desembocadura del Nazana a la del Orontes se desarrolla, como ancha cinta, una costa abrupta, erizada de puntas rocosas y de cabos elevados, que penetran bastante en el mar y abrigan, bien o mal, medianos fondeaderos. En las primeras vertientes de las colinas y en las quebradas, el olivo, la viña, el trigo, crecen maravillosamente. Las partes altas de la montaña estaban revestidas en otro tiempo de inmensos bosques de encinas, pinos, alerces, cipreses, abetos y cedros[538]. Ningún río grande, sino torrentes impetuosos, el León, el Likos (Nahr-el-Kelb), que se lanzan casi de un salto desde el Líbano al Mediterráneo.

En la ladera Oeste del Hermón, a la extremidad meridional del Antilíbano, se abre un valle que no se parece a ningún otro del mundo. Es una desgarradura producida en la superficie de la tierra por las acciones volcánicas, una ancha hendidura que se ha entreabierto al principio de los siglos y no se ha vuelto a cerrar. El Jordán que la riega llena, apenas a unas cuantas leguas de su origen, un lago, el de Merom, cuyo nivel es el mismo del Mediterráneo. Pero, a partir de este punto, la pendiente se acentúa y se hunde, por decirlo así, en tierra. El río cae del lago de Merom en el de Genesareth, de éste en el Mar Muerto, donde la depresión llega a ser más grande, cuatrocientos diecinueve metros inferior al nivel del Mediterráneo. Al Sur del Mar Muerto, la grieta se estrecha y el fondo se alza hasta una altura de quinientos metros, antes de que llegue a expirar en los acantilados del Mar Rojo.

No hay nada más desemejante que las dos orillas del valle. Al Este, el terreno sube bruscamente a la altitud aproximada de mil metros, como muralla que cae a pico, coronada por inmensa meseta, ligeramente ondulada, interrumpida por montes y pastos, y por la que vagan los afluentes del Jordán y del Mar Muerto, el Yarmuk, el Jabbok, el Arnón. Al Oeste, preséntanse masas confusas de colinas, cuyas laderas, apenas revestidas de una tierra pobre, sirven de alimento, no obstante, al trigo, a la higuera, a la oliva. Un ramal, separado de la cadena principal un poco al Sur del lago de Genesareth, el Carmelo, se eleva al Noroeste y corre derecho al mar. Al Norte del Carmelo, la Galilea abundaba en aguas frescas y en verdes campiñas, «daban sombra a las grandes

538 El pino, el ciprés, el alerce y el abeto eran las cuatro especies de maderas de construcción reservadas para el fisco en la época del Imperio Romano (E. Renan, *Mission de Phénicie*, págs. 258-280) y quizá ya en la de los caldeos.

quintas parras e higueras; los huertos eran macizos de manzanos, nogales, granados. El vino era excelente, si ha de juzgarse por el que los judíos cosechan todavía en Safed.» Al Sur, la comarca se divide naturalmente en tres zonas paralelas. Primero una playa en que alternan dunas y marismas, luego una sucesión de llanuras, con monte en algunos sitios y recorridas por ríos en que abundan los cañaverales, por último, la montaña. La región de las arenas es susceptible de cultivo, y las ciudades que comprende, Gaza, Jopé, Ashdod, están rodeadas de bosquecillos de árboles frutales. La llanura da todos los años cosechas considerables, sin abonos y casi sin labores. Las montañas, verdes todavía en algunos sitios, van aclarándose cada vez más conforme se camina al Sur. Los valles no tienen agua. El suelo, abrasado, pierde poco a poco la fertilidad y se confunde insensiblemente con el desierto. Desde allí hasta el Mar Rojo no hay más que llanuras arenosas, surcadas por los lechos de torrentes secos y dominadas por macizos volcánicos, al Este el Seir, al Sur el Sinaí. Las lluvias de primavera originan durante unas cuantas semanas una vegetación pasajera que basta para las necesidades de los nómadas y de sus rebaños.

Los pueblos que poseían aquella vasta extensión de territorio en tiempos del Antiguo Imperio habían desaparecido casi por completo de la escena mundial en el momento en que los pesados batallones egipcios cruzaron por vez primera el istmo y el desierto. Sorprendidos por la gran invasión cananea, en parte habían sido aniquilados, en parte absorbidos por los conquistadores. Apenas si algunas de las tribus primitivas conservaron su independencia. «Un pueblo grande y de alta estatura», los Anakim, del cual se decía: «¿Quién puede hacer frente a los hijos de Anak?»[539], vivía disperso por los macizos montañosos que bordean el Mar Muerto; uno de sus jefes míticos había fundado allí la ciudad de Kiriath-Arba, que fue más tarde Hebrón[540]. En los confines del desierto, los Berim habitaban los parajes del monte Seir[541] y los Avvim la llanura al Sudoeste de Gaza[542]. Otras tribus hubieron de librarse y sostenerse, por algún tiempo al menos, en varios puntos aislados, pero aun estas mismas sucumbieron a la larga. Su nombre se extinguió, su recuerdo se borró o desnaturalizó entre las fábulas. Se les representó como naciones de gigantes (Refaim), de voz zumbante e indistinta (Zomzommim), como monstruos formidables (Emim)[543], ante los que los demás pueblos «parecían langostas»[544]. La Siria entera, renovada por invasiones sucesivas, quedó como repartida entre tres razas dominantes: los Khati al Norte[545], los cananeos a lo largo de las costas, en el corazón y en el Mediodía de la comarca, en los valles del Orontes alto, del Nazana y del Jordán, los Teraquitas al Mediodía y al Oriente del Mar Muerto, en el borde del desierto de Arabia.

Los Khati estaban acantonados en un principio en la meseta de Capadocia, alrededor de su ciudad de Khati[546]; de allí habían bajado ya en el siglo XX, en busca de países menos pobres, y habían penetrado casi hasta los muros de Babilonia. Rechazados por Samsuditana, el último rey de la primera dinastía babilónica, habían ido a caer sobre las más ricas llanuras de la Siria y hasta una de sus tribus se había aventurado lejos al Sur alrededor de Hebrón[547]. La masa de la nación no pasó del país de los dos ríos, Naharanna[548], y conquistó poco a poco la rica llanura que se despliega entre

539 Deuter., IX, 2.

540 Jueces, I, 10; Josué, XIV, 15.

541 Génesis, XIV, 6; Deuter., II, 12-22.

542 Deuter., II, 28.

543 Deuter., II, 10-11, 20-21.

544 Números, XIII, 34.

545 Acerca de la pronunciación de este nombre, véase E. de Rougé, *Leçons professées au Collège de France*, publicadas por Robiou en las *Mélanges d'archéologie*, t. II, pág. 271.

546 Khati es hoy Boghar-Keui, según resulta de las excavaciones recientes de Winckler. La invasión de los Khati en tiempo de Samsuditana nos es conocida por la *Chronique Babylonienne* de King.(2)

547 Génesis, XIV, 13; XXIII, 3 y siguientes; Sayce, *Fresh Light from the Monuments*, pág. 94.

548 O Naharaina.

el Balikh y el Orontes, las vertientes del Amanos y parte de la llanura cilicia. Gracias a estar entre los dos principales Estados del mundo antiguo, la Caldea y el Egipto, este dominio de los Khati no tardó en ser uno de los mercados más frecuentados del Oriente. Las caravanas, en lugar de arriesgarse en el desierto y pasar directamente de las orillas del Mar Muerto y del Jordán a las del Éufrates y del golfo Pérsico, remontaban el valle del Nazana y del Orontes, para alcanzar la parte media del curso del Éufrates, y desde allí bajaban de nuevo hacia Babilonia. Los Khati habían construido fortalezas en cada uno de los vados que conducen de la orilla siria a la mesopotámica, Turmeda o Tapsaca[549] en el vado más meridional, Gargamish[550], en el vado central. Gargamish, situada en el corazón de una comarca civilizada, era la estación preferida y el mercado de las caravanas, una de las ciudades soberanas, si no la capital misma de un Imperio que llegaba a las fuentes del Orontes por el Sur, al centro del Asia Menor por el Norte y el Noroeste[551]. Casi todo lo que sabemos hasta el presente de los Khati nos viene del Egipto o de la Asiria. Los monumentos que nos han legado son poco abundantes y están mal clasificados[552]. Sus inscripciones están en un sistema de escritura jeroglífica muy diferente al egipcio, y no han podido todavía ser descifradas. Tenían, no obstante, una civilización muy completa, una industria próspera, una literatura[553]. Su religión era bastante análoga a la de los pueblos cananeos. Cada ciudad tenía su dios que se llamaba Sutkhú, como el dios nacional de los Pastores, y su diosa, que recibía el nombre genérico de Astarté[554]. Este feudalismo divino respondía a un verdadero feudalismo terrenal. Las ciudades estaban gobernadas por príncipes que dependían del Gran Jefe de Khati y que le debían el servicio militar. Eran Tunipú[555], Khissapa, Sarsú, Urima[556] y otras ciento cuya situación no está determinada[557]. Pocas leguas al Sur de Gargamish, se elevaban Patina y Khalupú[558]. Esta, peor situada que Gargamish, no tuvo jamás la importancia de su vecina. Era, no obstante, considerable y famosa hasta en Egipto por los productos de «sus campos sedientos»[559].

Muy poco después de la invasión, los cananeos se habían desparramado por los valles del interior, del Amanos al Seir, y por las llanuras que se desenvuelven, al Sur del Carmelo, hasta el desierto y la frontera de Egipto. Otros habían tomado posiciones a lo largo de la costa, entre el Líbano, los macizos de la Palestina y el mar. La diferencia de situación dio lugar, entre estas dos ramas de una misma familia, a diferencias de costumbres y de carácter. Los cananeos del interior, agricultores o pastores según las localidades, se subdividieron en gran número de tribus, sin cesar en guerra unas contra otras. Los cananeos de la costa, sin salida entre el Líbano y el Mediterráneo, se hicieron marinos y comerciantes. La antigüedad clásica les daba el nombre de fenicios. Según ciertas tradiciones griegas, veníales este nombre de Fénix, hijo de Agenor y progenitor de la raza[560]. Según otras, Fœnikes significaba sencillamente el pueblo rojo, ya en recuerdo del Mar Rojo (Eritreo), en cuyas orillas habían morado tanto tiempo, ya por las fábricas de púrpura que

549 Movers, *Die Phönizier,* t. II, 2º fasc., pág. 164.

550 Los textos asirios prueban que tal era la ortografía del nombre y no Karkamish. G. Smith la coloca en Jerabis, en el emplazamiento de Oropos (Fr. Delitzsch, *Wo lag das Paradies?*, págs. 265 y siguientes.

551 Sayce, *The Monuments of the Hittites*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. VIII, págs. 253 y siguientes.

552 Han sido reunidos y publicados por H. Rylands, *The inscribed stones from Jerabis, Hamath, Aleppo*, etc., en las *Transactions*, t. VII, págs. 429-442.

553 En tiempo de Ramsés II, el rey Khatisarú llevaba consigo a la guerra un historiógrafo, encargado de consignar sus hazañas (E. de Rougé, *Leçons*, en las *Mélanges*, t. II, pág. 277.

554 Así resulta de la lista de los dioses hititas que acompaña al tratado entre Ramsés II y Khatisarú.

555 Hoy Tinnab, cerca de Alepo (Nöldeke, *Tunip und Charbú*, en la *Zeitscrift*, 1876, pág. 55, nº V).

556 La lista de ellas se lee en Mariette, *Karnak*, láms. 29-21, 25, 26.

557 La Batnæ de los textos clásicos.

558 Alepo; Chabas, *Voyage d'un Égiptien*, 101-110.

559 *Papirus de Leyde*, I, 343, hoja VII, l. 8.

560 Esteban de Bizancio, *s. v.* Φοινίκη.

establecieron en sus colonias, ya, en fin, aludiendo al tinte de su rostro. La opinión más admitida hasta estos últimos tiempos ve en Fénix el nombre de la palmera y en Fœnikia el País de las palmas[561]. Realmente, Fénix es una forma ampliada de Puanit, Fuanit (Pœni, Puni), antiguo nombre nacional que los cananeos tenían ya en su patria primitiva y que les siguió a través de sus emigraciones. Los monumentos egipcios más antiguos identifican las regiones del Mar Rojo con el país de Puanit. Los cananeos del golfo Pérsico trasfirieron el nombre de Fenicia a Siria, los fenicios de Siria lo llevaron a África, y los de África (Pœni) lo llevaron hasta sus colonias más remotas.

«No fue la Fenicia una nación, sino una serie de puertos con territorio comarcano bastante reducido.»[562] El Líbano, que la defendía, ha estado en todo tiempo infestado de ladrones[563]. Las ciudades fenicias, separadas una de otra por una distancia de diez a doce leguas escasas, no podían comunicarse con seguridad más que por agua. Se distribuyeron bastante pronto en tres grupos independientes uno de otro, cada uno de ellos con carácter propio. Al Norte, en la parte que los egipcios llamaban el Zahi[564], las dos grandes ciudades de Arad y Zimyra estaban en manos de una autocracia turbulenta y belicosa, siempre dispuesta a batallar contra los vecinos y a rebelarse contra el amo extranjero, egipcio, asirio o persa. Arad estaba situada en una islita alejada de tierra poco menos de tres kilómetros: «Es una roca batida por todos lados por el mar y próximamente de siete estadios de circuito. Está cubierta de habitaciones humanas y tan poblada todavía hoy que las casas tienen gran número de pisos. Los habitantes beben agua de lluvia conservada en cisternas, o agua que se trae de la costa de enfrente.» Había en el mismo estrecho, entre la costa y la isla, una fuente de agua dulce que brotaba del fondo del mar y que surtía a los pobladores en tiempo de guerra. Los buzos bajaban una campana de plomo, provista en su extremidad superior de un largo tubo de cuero y la aplicaban al orificio de la fuente. El agua, aprisionada de esta suerte, subía por el tubo según las leyes de la hidrostática y llegaba pura a la superficie, donde se recogía[565]. Frente a Arad, en una línea seguida de tres o cuatro leguas, había como un cinturón de ciudades o aldeas. Marath, Karne, Antarados, «donde se derramaba todo el sobrante de la isla»[566]. Los arvaditas habían establecido su dominación bastante lejos en la costa y en el interior. Al Norte, poseían Gabala y Paltos; al Sur, habían sometido la tribu y la ciudad de Simyra; al Este, Hamath en el Orontes les obedeció durante algún tiempo.

Al pasar de este primer grupo al segundo, parecía que se entraba en otro mundo. Gebel o Gebón[567], que los griegos llamaban Byblos, se vanagloriaba de ser la ciudad más vieja que existía. El dios El la había edificado al principio de las edades, en un emplazamiento distinto al que tuvo en lo sucesivo. Estaba entonces unas leguas en el interior, cerca de la orilla septentrional del Nahrel-Kelb. Más tarde, el sitio fue abandonado, y la población, emigrando a orilla del mar, construyó junto al río Adonis una segunda ciudad que recibió el nombre de la primera. En la colina que dominan hoy las ruinas y que mira al mar, se alzaba un gran templo a que afluían los peregrinos de toda la Siria[568]. De esta suerte Gebel y el valle por donde corría su río eran «una especie de tierra

561 Movers, *Die Phönizier*, t. II, fasc. I, págs. 1 y 4.

562 E. Renan, *Mission de Phénicie*, pág. 836.

563 Ya en tiempo de Ramsés II, el viajero del *Papyrus Anastasi* I, hoja XIX, 1. 1-2, se queja de los Shasú, que merodeaban por los montes (véase Chabas, *Voyage d'un Égyptien*, pág. 112 y siguientes).

564 Zahi, como nombre general, se aplicaba entre los egipcios a toda la costa siria, desde la desembocadura del Nilo a la del Orontes. Los textos de Tutmosis III prueban, no obstante, que corresponde más especialmente a la Fenicia del Norte.

565 Estrabón, l. XVI, 3, pág. 753; Plinio II, 103, V, 31. «M. Gaillardot ha visto, en una de sus travesías de la isla al continente, brotar el agua dulce del fondo del mar.» (E. Renan, *Mission de Phénicie*, págs. 41 y 42).

566 E. Renan, *Mission de Phénicie*, pág. 21.

567 La forma Gapuna, Gebón, dada al nombre de esta ciudad, figura en el *Papyrus Anastasi I*, hoja XX, 1. 17. Véase Chabas, *Voyage d'un Égyptien*, págs. 156-160.

568 Renan, *Mission de Phénicie*, págs. 174-178.

santa de Adonis, llena de templos y de monumentos consagrados a su culto»[569]. En Mashnaka, el dios tenía una de sus tumbas. En Ghinéh, había sido muerto por un jabalí y llorado por su divina amante. Su santuario más venerado estaba cerca de Afaka, en la fuente misma. «La especie de embudo de donde sale el río es como el punto central de un vasto circo, formado por torres de rocas de gran altura. La frescura de las aguas, la suavidad del aire, la belleza de la vegetación tienen algo de delicioso. La embriagadora y extraña naturaleza que se despliega a aquellas alturas explica que el hombre, en aquel mundo fantástico, diera rienda libre a todos sus ensueños.»[570]. Beruth compartía con Gebel la gloria de tener por protector al dios El. Era un puerto bien situado, en la extremidad de una de las llanuras más fértiles de Fenicia. Parece que estas dos ciudades hayan desempeñado gran papel político durante los tiempos que siguieron a la llegada de los fenicios. No supieron mantenerlo mucho tiempo, pero su importancia no decayó por esto. Siguieron siendo hasta los últimos días del paganismo morada de una de las religiones sirias de más vida.

Pocas leguas al Sur de Beruth triunfaba Sidón, «la primogénita de Canaán». A pesar de este título ambicioso, no era al principio más que una simple aldea de pescadores, edificada, decía la leyenda, por Bel, el Agenor de los griegos, en la ladera septentrional de un pequeño promontorio que se dirige oblicuamente al Sudoeste. El puerto, tan célebre en la antigüedad, está cerrado por una cadena baja de rocas, que parte de la extremidad Norte de la península y que se despliega paralelamente a la orilla en longitud de unos cuantos centenares de metros. La llanura circundante está regada por el «gracioso Bostrén» (Nahr-el-Aualy) y alegrada por jardines cuya belleza había valido a la ciudad el nombre de Sidón la florida[571]. Su territorio, limitado al Norte por el Tamur, llegaba al Sur hasta la desembocadura del Nazana; del otro lado empezaba el dominio de los tirios. En las edades remotas del mundo, cuando los dioses trataban familiarmente con los hombres, Samemrum trazó en el continente el plano de una ciudad con cañas, frente a la cual su hermano Hysóos, el primer marino, se apoderó de unos cuantos islotes en que erigió columnas sagradas. Este fue el principio de Tiro. Vino luego Melkarth, el Hércules tirio. Los sacerdotes de este dios referían al historiador Heródoto que «el templo había sido fundado al mismo tiempo que la ciudad; ahora bien, habitaban la ciudad hacía dos mil trescientos años». El cálculo de los sacerdotes tirios nos lleva al año 2750, es decir, hacia la época de los Pastores y de la invasión cananea. La Tiro insular no tenía, como Arad, el recurso de una fuente submarina. Sus habitantes no podían proveerse más que de agua de cisterna o de la que hacían venir en barcos del continente[572]. Poseía, bajo la soberanía de los sidonios, toda la costa, desde la desembocadura del Nazana al Sur del Carmelo, y los egipcios daban el nombre de Kafit al territorio de Sidón, de Tiro y de sus dependencias lejanas[573].

Los cananeos del interior, diseminados desde el Amanos a la punta meridional del Mar Muerto, no constituían una masa tan compacta como los de la costa. La mayor parte de sus tribus se habían dividido en fracciones más o menos considerables y acantonadas en distintos lugares del territorio. Los amorreos, agrupados en la meseta al Oriente del Jordán, tenían dos reinos principales: el del Norte, capital Edrei, entre el Hermón y el Jabbok; el del Sur, entre el Jabbok y el Arnón, con Kheshbón por capital. Uno de sus clanes había avanzado hasta el valle del Orontes y se apoyaba en

569 *Idem*, página 295.

570 Renan, *Mission*, pág. 296.

571 Σιδόνα ἀνθεμόεσσαν (Dionisio el Periegeta).

572 *Pap. Anastasi I*, hoja XXI, 1. 1-2; véase Chabas, *Voyage d'un Egyptien*, págs. 165-171; Lieblein, *Sur la ville de Tyr*, en *Atti del IV Congresso Internazionale*, Florencia, 1880, págs. 15 y siguientes.

573 El nombre Kifta, que M. Neubauer (*La Géographie du Talmud*, pág. 93) ha encontrado unido al de Cesárea, ¿no es un último recuerdo de Kafit? Los griegos han escrito Kefenes por Kafit (Lepsius, *Nubische Grammatik*, Einleitung, págs. CI-CVIII). El nombre Kafit se extendió a todos los pueblos de las islas mediterráneas, que los egipcios conocieron por mediación de los fenicios, sobre todo a los de Creta y el archipiélago Egeo.

la célebre Qodshú (Kadésh)[574]; otro acampaba a orillas del mar entre Ekrón y Joppé[575]; un tercero, instalado en Jébus cerca del monte Moriah, se hacía llamar los jebusitas[576]; otros, en fin, se habían fijado cerca de Siquem y al Sur de Hebrón, en número suficiente para imponer a las montañas que costean el Mar Muerto el nombre de Montes de los Amorreos[577]. Los hivitas[578] vivían al Oriente de Sidón, en los valles del alto Jordán y del Nazana. Sus colonias llegaban al Norte hasta Hamath, al Sur hasta el país de Edom. En cuanto a los girgaseos, la última y la más oscura de las grandes razas cananeas, parte de ellos parecen haber habitado al Oriente del Jordán[579], el resto en la Siria del Norte, no lejos de los hititas septentrionales.

Las tribus teraquitas no tenían entonces sino una importancia secundaria. Los hijos de Israel, encerrados en Egipto, debían morar allí todavía por espacio de siglos, antes de volver a la cuna de sus padres. Los ammonitas disputaban a los amorreos la posesión de los distritos situados al Norte del Arnón. Los moabitas dominaban al Sur del Arnón y se mantenían muy trabajosamente en las orillas del Mar Rojo. Los edomitas, situados alrededor del monte Seir, tocaban por el Norte con los moabitas y se extendían por el Sur en dirección al Mar Rojo. Tenían que batallar incesantemente contra las tribus árabes del desierto, amalecitas y otras, que los egipcios designaban con el nombre genérico de Shasú (*ladrones*). Aquellos Shasú, errantes desde el istmo de Suez a las orillas del Éufrates, en el límite de las tierras cultivadas, no se cansaban de acosar a todos los pueblos sedentarios de Siria. Se les temía en las llanuras del Sur lo mismo que en las del Norte. La Celesiria y la Fenicia estaban sujetas a sus irrupciones, y el viajero tropezaba con ellos en las gargantas del Líbano[580], en el camino de Damasco.

Colocada en los confines del desierto, defendida al Oeste por el Antilíbano de los asaltos de los cananeos, Damasco tiene una de las posiciones que la naturaleza parece haber destinado en todo tiempo para el emplazamiento de una gran ciudad. Una leyenda recogida por los hebreos atribuía su fundación a Uz, hijo de Aram. Está colocada entre jardines que la estrechan por todos lados y penetran en sus muros, dividida en dos partes desiguales por el Abana, y sin cesar refrescada por los canales que de este río salen en todas direcciones. Hoy todavía su vista arranca un grito de admiración al viajero que desemboca de las gargantas del Antilíbano: «Tiene delante la ciudad, algunos edificios de la cual se dibujan ya a través de los árboles. A la espalda tiene el domo majestuoso del Hermón, con sus surcos de nieve que le hacen parecer la canosa cabeza de un viejo; a la derecha, el Haurán, las dos pequeñas cadenas paralelas que encierran el curso inferior del Farfar[581] y las colinas de la región de los lagos; a la izquierda, los últimos contrafuertes del Antilíbano, que van a unirse al Hermón. La impresión de las campiñas ricamente cultivadas, de aquellos vergeles deliciosos, separados unos de otros por canalillos y cargados de las frutas más hermosas, es de tranquilidad y dicha... Os creéis apenas en Oriente en aquellos alrededores de Damasco[582], y sobre todo, al salir de las ásperas y abrasadoras regiones de la Gaulonitida y la Iturea, lo que llena el alma es la alegría de volver a ver trabajos humanos y las bendiciones del cielo. Desde la antigüedad más remota hasta nuestros días, toda aquella zona que rodea a Damasco de frescura y

---

574 Brugsch, G. *Inschr*., t. II, págs. 21-22.-(2) -(3) -(4) - (5)

575 Jueces, I, 34.

576 Movers, *Die Phœnizier*, t. II, fasc. I, pág. 30.

577 Deuteronomio, I, 7, 19-20 y siguientes.

578 Knobel, *Völkertafel*, pág. 332.

579 Knobel, *Völkertafel*, pág. 333.

580 *Papyrus Anastasi I*, hoja 19, 1. 1-2; véase Chabas, *Voyage*, págs. 112-116. M. R. Pietschmann ha hecho observar muy justamente que esta denominación de las tribus ladronas del desierto corresponde bastante bien a la de Nabateos, que los romanos les aplicaban (véase de Luynes, *Revue numismatique*, 1858, págs. 382 y siguientes; Blau, *Zeitschrift d. D. Morgenl. Gessells.*, 1871, pág. 560).

581 Hoy Nahr-el-Auadj. -(2) -(3) -(4)

582 La llanura tiene un promedio de mil setecientos metros de altura sobre el nivel del mar.

bienestar, no ha tenido más que un nombre, el de «paraíso de Dios»[583]. Damasco dominaba sobre las ciudades dispersas en la llanura y las aldeas colgadas hasta donde la vista alcanza en las gargantas del Hermón, sobre Abila, sobre Khelbón, la ciudad de los vinos, y sobre algunos pequeños Estados vecinos, Roob, Maakha, Gessur, escalonados en el valle del Jordán alto. Prosperaba apartada de los ejércitos y al amparo de sus montañas, como dormida a la sombra de sus parrales y sus higueras.

Al otro lado del Éufrates empezaba, si no el Imperio caldeo, al menos el territorio colocado más o menos directamente bajo la acción de los dueños de la Caldea. Después de algunos años de hegemonía no disputada, hacia el 2232[584], el Elam había visto surgir en Babilonia una dinastía quizá árabe de origen, cuyos primeros miembros, Shumuabim y sus sucesores, recobraron poco a poco para él las ciudades del Norte. Las peripecias de la lucha nos son todavía desconocidas, pero sin duda era uno de los que en ella se vieron mezclados aquel Kudur-Lagamer que invadió la Siria con sus vasallos Amrafel, rey de Sinear, Ariokh, rey de Elassar, y Thargal, rey de los Gutim. Batió a los príncipes confederados en contra suya y les impuso tributo durante doce años consecutivos. El decimotercero se señaló por un levantamiento general. Acudió, venció a los sublevados en el valle de Siddim y saqueó sus ciudades. La tradición hebraica se apoderó de este hecho y en él mezcló con bastante torpeza a uno de los jefes míticos de la raza judía: Abraham habría asaltado al vencedor de improviso, durante su retirada, y le habría causado una ligera derrota[585]. Otro príncipe perteneciente a la misma dinastía, Kudur-Mabuk, condujo otra expedición contra Siria, pero fue derrotado cerca de Urú por Sinmubalit de Babilonia y con trabajo logró mantenerse en los cantones del Mediodía. Hammurabi, hijo y sucesor de Sinmubalit, consiguió al fin expulsarle de las regiones del Éufrates. Le quitó Urú en el año XXX de su reinado, el Emutbal en el año XXXI, y le obligó a refugiarse en las provincias orientales del Elam. Esto significó para las ciudades sumerias el término de su autonomía. Los semitas lograron la supremacía sobre las antiguas poblaciones de Mesopotamia y la conservaron hasta los últimos momentos de la monarquía caldea. Hammurabi se mostró tan activo en la paz como lo había sido en la guerra. Sabemos ya que reunió las leyes dictadas por sus predecesores y que las promulgó de nuevo en forma de Código. Rectificó y completó el sistema de irrigación entre los dos ríos, reguló el curso del Éufrates y el del Tigris, hizo de Babilonia una ciudad digna de ser la capital de un Imperio poderoso. Muerto él, Rimsín imaginó que era ocasión favorable para volver a ganar el terreno perdido y reapareció en Caldea, pero, vencido por Samsuiluna, pereció con las armas en la mano, y su derrota colocó durante mucho tiempo al Elam en la imposibilidad de perjudicar a sus vecinos. No obstante, el trastorno producido en Mesopotamia por su invasión había sido tal que el príncipe de los países del mar, Ilumailum, pudo declararse independiente. Dos dinastías rivales subsistieron al lado una de otra, durante más de un siglo, la de los descendientes de Hanmurabi al Norte, la de los hijos de Ilumailum al Sur, luego, por el año 1927, la segunda venció a la primera y reinó en Babilonia por espacio de siglo y medio próximamente. De ella fue arrojada por los Kahohsú, una de aquellas tribus merodeadoras que habitaban las regiones situadas al Oriente del Tigris[586]. Por el año 1761, su jefe Gaudish se estableció sólidamente en la Caldea del Norte, y bajo su tercer sucesor Bitiliash, habiendo sido muerto el último rey de la segunda dinastía, Eagamil, durante una campaña en el Elam, Ulamburiash, hermano de Bitiliash, se apoderó de los países en que había reinado. Su poder fue efímero, y Agum, hijo de Bitiliash, reunió la región del mar a su dominio[587]. La familia cassita vegetó sin gran brillo durante varios siglos. Si poseyéramos completamente los anales de aquella época, no encontraríamos en ellos casi más que la mención de sublevaciones contra la autoridad

583 Renan, *Les Apôtres*, II, págs. 177-178.

584 Thureau-Dangin, en la *Zeitschrift für Assyriologie*, t. XXI, págs. 182 y siguientes.

585 Génesis, XIV.

586 Son los coseanos de los autores clásicos; véase Fr. Delitzsch, *Die Sprache der Kossäer*, en 8º, Leipzig, 1884.

587 Toda esta historia nos es indicada sumariamente en la *Chronique babylonienne* de King. Para unir las tres dinastías he adoptado la hipótesis expuesta por Thureau-Dangin, en los *Zeits. fur Assyriologie*, t. XXI, páginas 176-186.

central, interrumpidas aquí y allá por conflictos sangrientos con los elamitas y con los arameos, la indicación de templos fundados o restaurados, de canales despejados o trazados de nuevo. Caldea, recogida dentro de sí, había perdido las conquistas remotas de Shargina, de Naramsín y de Hammurabi.

No obstante, al Norte y en los países hasta entonces ocupados por los Gutim, acababan de surgir una ciudad y un Estado, oscuros hasta hacía poco, Elasar y el reino de Asur. Elasar[588] estaba edificada en la orilla izquierda del Tigris, a sesenta kilómetros más arriba de la unión del río con el Zab inferior. En la otra orilla, pero más alto, hacia las fuentes, más allá del Zab superior, se encontraba la fortaleza de Nínive[589]. El país de Asur, gobernado por soberanos pontífices, dependía de la Caldea. Sus primeros príncipes conocidos, Erishum, Ekunum, Ismidagán y su hijo Shamshiadad I, Igurkapkapú y su hijo Shamshiadad II, no son para nosotros sino nombres. Vivían entre el año 2000 y el 1600 de nuestra era y eran contemporáneos de los Faraones de la decimoctava dinastía. Sus sucesores, ya que no ellos mismos, estaban destinados a sentir muy pronto el peso del poderío tebano.

La decimoctava dinastía.

Sería curioso conocer la impresión que este mundo produjo en los primeros egipcios que en él se aventuraron. Por desgracia, el relato de las campañas de Amenotés y de Tutmosis I no ha llegado a nosotros. Sabemos solamente que, desde el año I de su reinado, Tutmosis llegó hasta el Norte de la Siria[590] y que erigió estelas triunfales en las orillas del Éufrates[591], probablemente en las cercanías de Gargamish. Aquella campaña, o más bien aquel viaje de descubrimiento, determinó el itinerario que los ejércitos de Faraón habían de seguir en adelante en todas sus guerras, sin que casi nunca se apartasen de él. Al salir del Egipto marchaban sobre Rafia, la más meridional de las fortalezas, de allí contra Gaza, Ascalón, Ierza[592] y Iuhmú[593]. Era el camino ordinario de las caravanas. Llevaba derecho al fin, dejando un poco a la izquierda el puerto de Joppé y sus jardines deliciosos[594], a la derecha la masa confusa de los Montes Amorreos. Cerca de Aruna[595], se metía en las gargantas del Carmelo, luego reaparecía en la llanura, casi al Norte de Taanakú, una de las ciudades reales de los cananeos, y pocas millas más allá, llegaba a Mageddo[596]. Pero este camino, el más directo y cómodo para mercaderes, no dejaba de ofrecer peligro para un ejército. Los desfiladeros del Carmelo eran tan estrechos que en algunos sitios los soldados se veían obligados a deslizarse uno a uno[597]; unos cuantos hombres resueltos podían desafiar allí a un enemigo numeroso. Otro camino más largo, pero menos peligroso, contorneaba aquella barrera formidable. Se separaba del primero a la altura

588 Hoy Kalah-Serghat.

589 La Nii de las listas egipcias, que se había identificado con Nínive, es una ciudad de la Celesiria o del Haurán.

590 Lepsius, *Denkm*., III, 5.

591 E. de Rouge, *Annales de Touthmès III*, p. 17.

592 Hoy Khirbet-Ierza (E. de Rougé, *Divers monuments de Toutmès III*, pág. 54, nº 59). - (4) -(5) -(6)

593 Según F. de Saulcy, cuya opinión he adoptado, El-Kheiméh (*Lettre a M. Chabas sur quelques points de la géographie antique de la Syrie selon la science égyptienne*, en *Mélanges d'archéologie*, t. I, pág. 120).

594 Una localidad vecina, mencionada en la lista de las conquistas de Tutmosis III con el número 70, lleva el nombre de Ganutú, *Los Jardines*. Véase *Papyrus Anastasi I*, hoja XXV, 1. 2-3.

595 Había pensado en Arraneh, y esta posición ha chocado igualmente a M. Conder (*Megiddo*, en el *Quarterly Statement* del *Palestine Exploration Fund*, Enero de 1877, pág. 19), pero no conviene con el relato de la batalla de Mageddo.

596 M. Conder ha tratado de demostrar que Mageddo estaba situada en Mejedda, cerca de Beth-Shean (véase *Megiddo*, en el *Quarterly Statement*, Enero de 1877, págs. 13 y siguientes).

597 Véase Maspero, *Le récit de la campagne contre Mageddo, sous Thoutmès III*, en el *Recueil de travaux*, t. II, págs. 51 y siguientes.

de la aldea actual de Kakón, corría hacia la derecha, a través de los montes Amorreos, desembocaba en la llanura de Iesreel y terminaba detrás de Mageddo, en dirección de Zafiti[598]. Mageddo, edificada a orillas del torrente de Qina, servía de defensa al Líbano o impedía si lo tenía a bien el acceso a la Celesiria de las bandas que subían hacia el Éufrates. Así se la vio figurar en primer término en todas las guerras de los egipcios en Asia. Fue el punto de unión de las fuerzas cananeas y el puesto avanzado de los pueblos septentrionales contra los ataques venidos del mediodía. Una victoria lograda bajo sus muros colocaba la Palestina entera a merced del vencedor y le permitía seguir avanzando en dirección al Orontes.

Una vez dueños de Mageddo, los egipcios dejaban atrás el Tabor, atravesaban las regiones montuosas que separan el alto Jordán de la costa fenicia y descendían a la Bekaa, no lejos de la aldea actual de Ghazzé. Caminaban primeramente siguiendo el Nazana, no lejos de Tibekhat (Baalbeck), luego bordeaban el Orontes hasta Hamath. Qodshú (Kadesh) la Grande era la plaza más importante que hallaban al paso. Construida en uno de los repliegues del Orontes naciente[599], había caído en poder de los amorreos y había llegado a ser una de sus capitales, uno de los baluartes de su poderío contra el Faraón. Los jefes sirios, derrotados en Mageddo, retrocedían de ordinario hasta ella y daban la segunda batalla bajo sus muros. Vencidos otra vez, no les quedaba otro recurso que dispersarse e irse a encerrar cada uno en su fortaleza. Los egipcios, lanzados en su seguimiento, seguían el curso del Orontes, torcían a la derecha y llegaban a Khalupú y Patina (Batane)[600]. De allí a Gargamish había unas horas de marcha sin más tropiezo.

Los pueblos situados a uno y otro lado de este camino militar reconocieron la autoridad de los Faraones y fueron incorporados a su dominio. Unos, a ejemplo de los fenicios, aceptaron el yugo casi sin lucha. Fueron precisas, para domeñar a los otros, largas guerras y batallas encarnizadas. Así no es posible representarse el poderío egipcio como algo análogo a lo que fue más tarde el romano. Siria, Fenicia, Arabia, Etiopía no constituyeron nunca provincias asimiladas a los nomos del Egipto y administradas por oficiales de raza egipcia. Conservaron sus antiguas leyes, sus antiguas religiones, sus viejas costumbres, sus dinastías. Permanecieron, en una palabra, lo que eran antes de la conquista. Era una especie de Imperio feudal, cuyo soberano era el Faraón, y los jefes sirios o negros los grandes vasallos. Estos debían homenaje al soberano, le pagaban tributo, concedían a sus tropas y negaban a sus enemigos la entrada en su territorio. Estaban vigilados por guarniciones egipcias apostadas en las fortalezas principales, y enviados del Faraón les pasaban visita a intervalos bastante próximos, pero, en suma, seguían siendo dueños de su territorio y podían batallar unos con otros, firmar la paz, concertar alianzas, arreglar a su gusto los asuntos interiores, sin que el soberano pensara en oponerse. Dominación organizada de esta suerte no era de las más firmes. En tanto el poder supremo estaba en manos de un príncipe enérgico, o más bien, en tanto el recuerdo de la derrota subsistía bastante vivo en el espíritu de los vencidos para sofocar sus veleidades de independencia, los jefes se mostraban fieles a sus promesas y pagaban el impuesto. Pero la muerte del soberano reinante y el advenimiento de otro soberano más joven, un fracaso o simplemente el rumor de un fracaso sufrido por los generales egipcios, el menor acontecimiento bastaba para provocar defecciones. Se hacía una coalición en algunos puntos del territorio, una o dos batallas hacían entrar en razón a los coligados, los aliados se desbandaban y corrían a atrincherarse comúnmente cada uno en su fortaleza. Los egipcios ya no tenían delante grandes ejércitos, les era preciso atacar a los jefes rebeldes uno después de otro, sitiarlos largo tiempo antes de rendirlos. En vano usaban entonces procedimientos rigurosos, talaban las campiñas, robaban los ganados, arrasaban las fortalezas, entraban a sangre y fuego las poblaciones, deponían y

598 Es probablemente la aldea moderna de Zebed al Oeste de Magidi.

599 Thomson (*The Land and the Book*, pág. 110), y, después de él, Conder ha encontrado los restos de Qodshú en Tell-Naby-Mendoh, en el emplazamiento de la antigua Laodiceia ad Libanum (*Quarterly Statement*, Julio de 1881, págs. 163-173). Lo que ellos supusieron ha sido confirmado por las excavaciones de Gautier.

600 G. Maspero, *De Carchemis oppidi situ*, pág. 5.

condenaban a los príncipes a la última pena, llevábanse en esclavitud a tribus enteras: no se conseguía nada. La rebelión renacía más obstinada en cuanto los pueblos o las ciudades creían ver manifestarse alguna debilidad en sus señores egipcios[601].

De todos los hijos que Tutmosis I había tenido de su mujer legítima Ahmosis[602], uno solo había vivido, una hija, Hashopsuitú. Poco tiempo antes de morir, la coronó el rey, y la casó con un hijo, Tutmosis II, que le había dado una de las mujeres de su harén[603]. El reinado de Tutmosis II duró unos cuantos años apenas, y no se señaló por ningún acontecimiento considerable. Algunas expediciones contra los sirios y contra los negros confirmaron su supremacía en Asia y en Etiopía[604]. Las tribus de la Nubia, sin cesar agitadas desde la época de Ahmosis I, parecieron resignarse al fin a la pérdida de su libertad. Su territorio, dividido en nomos según lo estaba el Egipto, fue erigido en virreinato, que se ensanchó con detrimento de las poblaciones etiópicas y se extendió desde la primera catarata a las montañas de Abisinia. Primeramente confiado a altos funcionarios, este gobierno vino a ser uno de los cargos más importantes del Estado, y prevaleció la costumbre en la Corte de nombrar para él al heredero de la corona, con el título de príncipe de Kush[605]. A veces el título era puramente honorífico, permaneciendo el joven príncipe al lado de su padre en tanto un lugarteniente administraba por él. Con frecuencia gobernaba personalmente y hacía el aprendizaje de su oficio de rey en las regiones del Alto Nilo. De igual manera Horus, hijo de Osiris, había empezado por reinar allí, antes de declarar la guerra a Sit y de vengar a su padre. Empezar como Horus, y dirigir una expedición contra los primeros enemigos que había combatido, era para el dueño futuro del Egipto mostrar una vez más la realidad de su descendencia divina.

Tenía la reina Hatshopsuitú, por parte de su madre Ahmosis y de su abuela Ahhotpú, derechos superiores aun a los de su padre y su marido. Era, a los ojos de la nación, la heredera legítima del trono y representante directo de las dinastías antiguas. Así, cuando Tutmosis la nombró regente[606], al terminar de sus días, la razón de Estado intervino tanto por lo menos en su resolución como el cariño paterno. La autoridad de la reina, consagrada por el jefe de la familia, no hizo más que aumentar durante la vida de Tutmosis II. Éste no había tenido de ella más que hijas, una de las cuales era oficialmente la heredera, pero un hijo varón le había nacido de una concubina llamada Isis[607], un Tutmosis, que educaba para el sacerdocio, en el templo de Amón tebano. Antes de morir, asoció solemnente al trono a este hijo semi-legítimo, y lo colocó bajo la tutela de Hatshopsuitú. Ésta le casó con su hija Hatshopsuitú-Mariri, única superviviente de su unión con Tutmosis II[608], pero no le dejó durante mucho tiempo más que una apariencia de poder, conservando ella la efectividad. Construyó y dedicó templos, ofreció el sacrificio real, decidió de la paz y de la guerra; llegó hasta hacerse representar como un varón y con la barba postiza de los soberanos. Supo, por otra parte, conservar intacta la dominación sobre los países del Sur y del Norte, recibió como su padre los tributos de Siria, reanudó la explotación de las minas del Sinaí[609], y exploró el Tonutir, donde ningún egipcio había puesto la planta. El Tonutir confinaba con el Puanit y comprendía todas las regiones desconocidas situadas al Sudoeste del Egipto, en las costas de África y de la Arabia. Hatshopsuitú, por mandato de Amón, resolvió «conocer la tierra de Puanit, hasta los últimos

---

601 Maspero, *La mêlée des peuples*, págs. 120-147.

602 Era hija, lo mismo que él, de Amenotés I y de su hermana, Ahhotpú II. Aparece con su madre en Lepsius, *Denkm*, III, 26, 1 b.

603 Véase Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire*, en la *Zeitschrift*, 1882, págs. 132-133.

604 Estela de Assuán, en Lepsius, *Denkm*, III, 16 a.

605 El título egipcio es *hijo real* de Kush. En el Papiro de Orbiney (hoja XIX, 1. 1), por ejemplo, el héroe del cuento, hijo de Faraón, es llamado príncipe de Kush desde que nace.

606 E. de Rougé, *Études des monuments du massif de Karnak*, en *Mélanges d'archéologie*, t. I, pág. 50.

607 Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire*, en la *Zeitschrift*, 1882, págs 132 133.

608 E. de Rougé, *Études sur les Monuments*, en *Mélanges* t I, página 50.

609 Estela del año XVI, en Uady Magharah (Lepsius, *Denkm*, III, 28 b).

confines de Tonutir» y sacar directamente de ella por mar las maderas de lujo, el marfil, la goma, los aromas, el oro, la plata, el lapislázuli, las pedrerías, todas las mercancías preciosas de que el Egipto tenía necesidad para su culto y para su industria. Lanzó al Mar Rojo una escuadra de cinco navíos[610], que un viaje feliz llevó a las Escalas del Incienso, a la costa del país de los Aromas, a poca distancia del cabo Guardafuí. Los egipcios, una vez desembarcados, colocaron una tienda, en que amontonaron sus baratijas para cambiarlas por productos del país. Los indígenas eran de la misma raza que los kushitas de la Arabia meridional y de la Nubia. Eran altos, gallardos, de un color que varía entre el rojo del ladrillo y el moreno casi negro. Su jefe, llamado Parihú[611], tenía el bumerang en la mano, el puñal al cinto, un collar de cuentas de vidrio al cuello; la pierna derecha la llevaba metida en anchos anillos de metal amarillo, probablemente de oro. Su mujer Ati y su hija ofrecían extraño aspecto; la madre no era más que un montón de carnes que colgaban y la hija amenazaba parecerse a la madre. Nada más desprovisto de gracia en nuestro sentir, pero las gentes de Tonutir eran de aquéllas a cuyos ojos esa hinchazón parece el ideal de la belleza femenina[612]. Las principales condiciones del trato se arreglaron probablemente en un banquete, en que fueron servidos a los bárbaros todos los manjares más delicados de la cocina egipcia. Los enviados recibieron de ellos, entre otros objetos raros, treinta y dos arbustos de perfume, colocados en cestos con tierra. Hatshopsuitú los plantó en seguida en sus jardines de Tebas. Es, creo yo, el primer ensayo conocido de aclimatación[613]. Aquella expedición había tenido lugar en el año IX del reinado oficial de Tutmosis III[614], la regente murió por el año XX, y su sobrino, que hacía ya tiempo era mayor de edad, quedó solo en el trono.

No había tenido hasta entonces más que los títulos y el aparato de la realeza. Apenas estuvo en posesión de la autoridad real, lanzóse a guerras de conquista y a expediciones lejanas. El esfuerzo de sus primeras armas se concentró en la Siria. «Durante años, el país de los Rutonú había estado en discordia; cada cual peleaba con su vecino, grande e pequeños, y la autoridad del Egipto se había debilitado en estas revueltas. Tutmosis III reunió su ejército y abandonó Zarú, en la frontera del Delta, el 25 Farmuti. Llegado a Gaza el 3 Pakhons, permaneció allí el tiempo preciso para celebrar el aniversario de su coronación e inaugurar, entre fiestas, el vigésimo tercer año de su reinado. Los días que siguieron caminó lentamente. El 16, no había llegado más que a Iuhmú, veinte leguas al Norte de Gaza, y allí esperaba noticias de sus exploradores para arreglar definitivamente su plan de campaña. Supo al fin que el príncipe de Qodshú había entrado en Mageddo con los contingentes de los confederados, y que allí se fortificaba. Reunió inmediatamente a sus generales y les comunicó los despachos que acababa de recibir. Algunos de ellos, temiendo los peligros que ofrecía el paso de los desfiladeros cercanos a Aruna, declararon que había que dar vuelta a la posición por los senderos que conducían a Zafiti. Tutmosis rechazó indignado su opinión, que creía cobarde. «Por vida mía, por el amor que Ra me tiene, por el favor que gozo cerca de mi padre Amón, pasaré por el camino de Aruna, ya haya entre vosotros quien quiera ir por los otros caminos de que me habéis hablado, ya haya entre vosotros quien quiera seguirme. Porque dirían esos viles

---

610 Véase en Maspero, *De quelques navigations des Egyptiens* (*Revue historique* t. IX, pág. 12, nota 1) las razones por las cuales no podría admitirse la presencia de más de cinco navíos.

611 Probablemente idéntico al nombre árabe Farihú, de la raíz *fariha* «lætus, hilaris fuit».

612 Véase Speke, *Les Sources du Nil*, traducción fr., pág. 183; Schweinfurth, *Au cœur de l'Afrique*, trad. fr., t. I, pág. 232; Chabas, *Études sur l'antiquité historique*, pág. 154; Mariette, *Deir-el-Baharî*, página 30.

613 Los textos relativos a esta expedición han sido publicados por Dümichen en sus grandes obras *Die Flotte einer Ægyptischen Kœnigin* e *Hist. Inschriften*, t. II, lo mismo que por Mariette, *Deir-elBaharî*. Han sido estudiados por E. de Rougé, *Étude des monuments du massif de Karnak*, en *Mélanges d'archéologie*, t. I, págs. 49 y siguientes, y por E. Maspero, *De quelques navigations des Egyptiens sur les côtes de la mer Érythrée*, en la *Revue historique*, t. IX, págs. 1 y siguientes. Véase Hommel, Die Semitischen Völker, t. I, págs. 136 y siguientes.

614 Esta fecha la da Dümichen, *Die Flotte*, l. XVIII a, 3; pero no se ve bien si señala el principio de la expedición, la vuelta de los navíos, o el día de la inauguración del templo que Hatshopsuitú construyó en conmemoración del suceso.

enemigos que Ra detesta: «¿Es que Faraón no va por otro camino? Se aparta por miedo a nosotros», eso es lo que dirían. Se respondió al rey: «Tu padre Amón te protege. Te seguiremos a todas partes donde vayas, como conviene que servidores sigan a su dueño». Tres días de marchas forzadas le llevaron a Aruna. El 20, muy de mañana, pasó las alturas, sin haber tenido felizmente que vencer más obstáculos que las dificultades del terreno, se detuvo un instante en la vertiente septentrional de la montaña, para dar lugar a que se le uniera la retaguardia que había quedado retrasada, y bajó a la llanura hacia la séptima hora. Como era demasiado tarde para hacer cosa alguna aquel día, estableció su campamento a orillas del Qina, frente al campamento enemigo.

El 21, al amanecer, el ejército egipcio se colocó en orden de batalla. La derecha se apoyaba en el torrente, la izquierda se desplegaba por la llanura hasta el Noroeste de Mageddo, sin duda para rodear al enemigo y empujarle contra las murallas de la ciudad. El rey estaba en el centro. Los sirios, viendo penetrar al enemigo en sus filas, después de corta pelea, fueron acometidos de pánico. Abandonaron sus carros y sus caballos y huyeron en dirección a Mageddo. Como se precipitaban para refugiarse en el recinto, la guarnición, temiendo ver a los egipcios entrar detrás de ellos, cerróles las puertas. A lo sumo consintió en subir a los generales con cuerdas por la muralla. «¡Y ciertamente, plugo a Dios que los soldados de Su Majestad se hubieran detenido a recoger los despojos de los enemigos! Hubieran entrado en Mageddo al instante». La ambición de los egipcios salvó a los vencidos; no hubo más que ochenta y tres muertos y ciento cuarenta prisioneros, pero se recogieron en el campo de batalla dos mil ciento treinta y dos caballos, novecientos noventa y cuatro carros y todo el botín que los asiáticos habían abandonado en la huida. Aquella misma noche, el ejército victorioso desfiló por delante de Tutmosis III y depositó los despojos a sus pies. Respondió a este homenaje con un discurso de censura: «Si inmediatamente hubierais tomado Mageddo, hubiera sido una merced muy grande que mi padre Ra me hubiera concedido en este día; porque todos los jefes del país están encerrados en ella, tanto que es tomar mil ciudades apoderarse de Mageddo.» La plaza, embestida sin más aplazamiento, capituló pronto, y su caída decidió del éxito de la campaña. Los jefes de la Siria se apresuraron a pagar el tributo y a prestar el juramento de fidelidad[615].

Tres expediciones sucesivas, desde el año XXIV al XXVIII, completaron la sumisión de la Siria y de la Fenicia meridionales. En el año XXIX, Tutmosis III estaba en el corazón del Naharanna, entre el Éufrates y el Orontes. Tunipú, Gargamish[616] y los distritos al Occidente de Khalupú fueron sometidos a concienzudo pillaje por la gloria de Amón tebano. De esta suerte plata, bronce, lapislázuli, todo lo que encerraba el tesoro de los príncipes hititas pasó a las arcas del dios. El rey volvía hacia Egipto «con el corazón alegre», cuando pensó que el Zahi[617], situado fuera de los caminos estratégicos, era presa fácil de coger y de rico botín; las bodegas rebosaban de vino, los graneros estaban llenos de trigo, ni siquiera se había empezado la cosecha, y los árboles estaban todavía cargados de frutas. Torció, pues, hacia el Oriente y cayó de improviso sobre el territorio de Arad. Fue una racha más que una campaña formal; la ciudad se libró gracias a su foso marino, pero sus cosechas fueron destruidas, sus vergeles talados, sus ganados conducidos, y todo el Zahi quemado por completo. La abundancia fue tal en el campo del vencedor que los soldados pudieron servirse a diario del aceite de oliva, lujo de que no disfrutaban en Egipto más que los días de fiesta[618]. Reaparecieron al año siguiente con el mismo éxito. Qodshú, Simyra, las dos Arad, las

615 Los textos relativos a esta campaña están analizados en las *Notices* de Champollion, t. II, pág. 154-158, y publicados por entero por Lepsius, *Denkm*., III, lám. 31 b-32. Han sido estudiados por E. de Rougé, *Annales de Thoutmès III*, págs. 35-40; traducidos por H. Brugsch, *Geschichte Ægyptens*, págs. 294-305, y por Maspero, *Le récit de la campagne contre Mageddo*, en el *Recueil*, t. II, págs. 48-56, 139-150.

616 *Inscription d'Amonemhabi*, publicada por Ebers, *Thaten und Zeit Thotmes III*, en la *Zeitschrift*, 1875, págs. 1 y siguientes, y en la *Zeitschrift der D. Morg. Gesellschaft*, t. XXX, págs. 391 y siguientes, t. XXXI, págs. 439 y siguientes. Yo identifico la expedición mencionada, 1, 3-71 de este texto con la quinta campaña de Tutmosis III.

617 La Fenicia septentrional.

618 *Annales de Thoutmosis III*, láminas 1 y 17.

poblaciones del Nisrona, cayeron una después de otra, y los jefes hubieron de entregar sus hijos en rehenes. La campaña se prolongó hasta el año XXXI, y el 3 de Pachons, el rey celebró el aniversario de su nacimiento con el recuento de las presas hechas al enemigo; a más del tributo anual, los jefes de los Rutanú se obligaron a situar provisiones en todos los puestos donde hacían parada el Faraón y su ejército[619]. Dos años más tarde, tocóle la vez al Naharanna. El príncipe de los hititas afrontó el choque a pie firme, pero no le fue favorable la suerte de las armas. Tutmosis III penetró en las filas de los asiáticos y los persiguió largamente «sin que ninguno de ellos osara volver la vista, pensando sólo en huir, saltando como una manada de rebecos». Para eternizar el recuerdo de aquella victoria, erigió dos estelas, probablemente cerca de Gargamish, una al Oriente del río, otra cerca del cipo que su padre Tutmosis I había consagrado casi con medio siglo de anterioridad. A la vuelta se apoderó de Nii[620], y un episodio curioso señaló su estancia en aquella ciudad. Era costumbre y deber de los reyes egipcios acabar con las fieras, y alguno de ellos conocemos, Amenotés III, por ejemplo, que se vanagloria de haber matado ciento dos leones con propia mano, durante los diez primeros años de su reinado. Tutmosis III dio caza a los elefantes y mató ciento veinte[621]. Todos los pueblos de la Siria hubieron de inclinarse uno después de otro ante el poder irresistible del Faraón, los Lamnanú[622], los Khati, las gentes de Singara, las de Asi[623]. Sus rebeliones reiteradas no consiguieron otra cosa que hacer más duro el yugo que sobre ellos pesaba. Una coalición, a la cabeza de la cual figuró el príncipe de Naharanna el año XXXVII, fue disuelta no lejos de Aluna, después de una batalla sangrienta[624]. El año siguiente, la ciudad de Ono-Gasú sucumbió a su vez. El año XLI, la Celesiria sufrió todo el peso de la guerra. Finalmente, Qodshú fue sitiada el año XLII[625], y su jefe recurrió en vano para defenderse a los engaños que autorizaba la estrategia del tiempo. Hizo que de la ciudad saliera una yegua y la lanzó entre las filas egipcias, esperando introducir el desorden en ellas. Uno de los escuderos del rey, Amenemhabi, corrió en busca del animal furioso, le mató con su espada y presentó la cola a su dueño como trofeo. Qodshú fue tomada por asalto y abandonada al furor de los soldados[626].

En Etiopía casi no pasaba año sin que el virrey no tuviera que habérselas con los Uauaitú. Las tribus del Alto Nilo, habituadas de larga fecha a temblar ante Faraón, salían corriendo a la menor alarma y se refugiaban en los bosques, en la montaña o en los terrenos pantanosos. Se ocupaban las ciudades desiertas, se incendiaban las cabañas, se hacían unos cuantos prisioneros, se recogían los ganados y los objetos de valor, maderas de adorno, pieles, polvo y lingotes de oro, vasos de metal esmaltados o cincelados, plumas de avestruz, que las pobres gentes no habían tenido tiempo de esconder o llevarse consigo, luego se volvía triunfalmente a Egipto tras de algunas semanas de fáciles pillajes. Al Sur como al Norte, el largo reinado de Tutmtosis III no fue más que una serie de guerras siempre venturosas. Por eso, no sin razón, se ha dado a este príncipe el epíteto de Grande.

619 *Annales de Thoutmosis III*, 1, 7 y 15. Parece que el nombre Nisrona se aplicara al Kuweik y al lago pantanoso en que este río desemboca. ¿No estaría Nisrona en la aldea de Kinnesrin? No obstante, Neubauer (*Géographie du Talmud*, pág. 307) da el nombre en la forma Kan-Nischraya.

620 Esta ciudad ha sido confundida con Nínive. (Véase *Zeitschrift*, 1879, pág. 58; Pognon, *L'inscription de Bavian*, págs. 115-116). Parece haber estado situada en la Celesiria o en la Siria del Norte. Rosellini, *Mon. stor.*, lám. XLIV.

621 Un elefante figura en la tumba de Rekhmiri, en Tebas, con un oso del Líbano. La caza de los elefantes se refiere en *La inscription d'Amenemhabi*, 1. 22 y 23.

622 Durante mucho tiempo identificados con los armenios, los Lanmanú parecen deber su nombre a Labnana, el Líbano, y designar los moradores de la montaña.

623 El nombre de la isla de Chipre, según el texto del decreto de Canope, en que el escriba egipcio ha puesto Asinaí por analogía con Asiné, que era el nombre de una ciudad de la isla (Meursius, *Cyprus*, pág. 28), quizá Salamina.

624 *Annales de Thoutmôsis III*, págs. 1, 37 y siguientes.

625 La fecha no es segura. Quizá habría que colocar este hecho en el año XLI. Véase Chabas. *Mélanges égyptologiques*, 3ª serie, t. II, página 297.

626 *Inscription d'Amenemhabi*, l. 25 y 32; véase Ebers, *Zeit und Thaten Thotmes III*, en la *Zeitschrift*, 1875, págs. 6 y 7.

Sin cesar de expedición de un extremo a otro de su Imperio, un año bajo las murallas de Gargamish y al siguiente en el fondo de la Etiopía, legó a sus sucesores el mundo egipcio más extenso que lo había recibido y tal como no lo fue nunca después de él. ¿Qué de admirar tiene que tan grandes hazañas hayan inspirado dignamente a los poetas reunidos en su corte?

«He venido —le dice el dios Amón en una estela descubierta en Karnak—, he venido, te concedo que acabes con los príncipes de Zahí; los arrojo a tus pies a través de sus comarcas;-les hago ver tu majestad como un señor de luz, cuando brillas sobre sus cabezas como imagen mía.

»He venido, te concedo que abrumes a los bárbaros de Asia, que conduzcas cautivos a los jefes de los pueblos Rutonú, les hago ver tu majestad, cubierta de tu atavío de guerra, cuando ases las armas en el carro.

»He venido, te concedo que aniquiles la tierra de Oriente; Kafti y Asi están bajo el peso del terror; les hago ver tu majestad como un novillo de corazón valiente, armado de sus cuernos, al que no se ha podido resistir.

»He venido, te concedo que acabes con los pueblos que residen en sus puertos y que las regiones de Mitanú tiemblen aterrorizadas en tu presencia; les hago ver tu majestad como el hipopótamo, señor del espanto, en las aguas, al que nadie ha podido acercarse.

»He venido, te concedo que caigas sobre los pueblos que residen en sus islas; los que viven en el seno del mar se espantan a tu rugido;-les hago ver tu majestad como vengador que se yergue sobre la espalda de su víctima.

»He venido, te concedo que aplastes a los Tahonú; las islas de los Danaanos están en poder de tu espíritu;-les hago ver tu majestad como león furioso que se acuesta encima de las víctimas en sus valles.

»He venido, te concedo que abrumes a las comarcas marítimas, todo el contorno de la gran zona de las aguas está ligado a tu puño; les hago ver tu majestad como el amo del ala (el gavilán) que abraza en una ojeada lo que le place.

» He venido, te concedo que domines a los pueblos que residen en sus lagunas, que hagas a los dueños de las arenas (Hirushaitú) cautivos; les hago ver tu majestad semejante al chacal del Mediodía, señor de rapidez, corredor que merodea a través de las dos regiones.

»He venido, te concedo que aniquiles a los bárbaros de Nubia: hasta el pueblo de Put, todo está en tu mano; les hago ver tu majestad semejante a tus dos hermanos, Horus y Sit, cuyos brazos he reunido para asegurar tu poder.»[627]

Tantos triunfos hirieron vivamente la imaginación popular. Pronto fue Tutmosis III un héroe de novela, como el viejo Keops y como Usirtasen I. Una sola nos ha llegado de las mil y una leyendas que circulaban con respecto a él unos siglos después de su muerte. El príncipe de Joppé se había sublevado y recorría la campiña. Faraón, a quien sin duda su grandeza hacía que no pudiera moverse de las orillas del Nilo, no se dignó ir en persona a combatirle, y envió para que lo hiciera al ilustre Thutii, uno de sus generales más valientes. Thutii hace venir al príncipe a su campamento, so pretexto de enseñarle el bastón mágico del rey de Egipto, y le mata. Pero no basta haberse desembarazado de él, hay que dominar su ciudad. Thutii mete quinientos soldados en grandes tinajas, los lleva bajo las murallas y obliga al escudero del príncipe a decir que los egipcios han sido derrotados y que llevan prisionero a su general. Se le cree, se abren las puertas, los soldados salen de sus escondites y se apoderan de la plaza. Es la historia de Alí-Babá y los cuarenta ladrones vestida a la egipcia. Por tales razones, a partir de la XXª dinastía, Tutmosis III era el rey a quien se

627 Mariette, *Revue générale de l'architecture*, 1860, t. XVIII, col. 57, 60, y *Notice des principaux monuments du musée de Boulaq*, 3ª edic., págs. 78-80; Birch, *Archæologia*, t. XXVIII; E. de Rougé, *Revue archéologique*, 1861; Maspero, *Du genre épistolaire*, págs. 85-89. Este hermoso himno se hizo clásico en Egipto. Algunos siglos después de Tutmosis, Seti I copió parte de él (Champollion, *Notices*, t. II, pág. 96) y Ramsés III tomó varias frases para celebrar sus hazañas (Dümichen, *Hist. Inschriften*, t. I, láminas XI-XII.

atribuían todas las guerras, todas las hazañas, todas las victorias que habían constituido la grandeza del Egipto. Más tarde su fama se borró ante la de Ramsés II, y su nombre desapareció tan por completo de la memoria de los humanos, que no se le hubiera vuelto a conocer a no haber ido nuestros contemporáneos a descubrirlo entre las ruinas[628].

Murió el último día de Famenoth, en el año cincuenta y cinco de su reinado[629], y fue enterrado en Tebas por su hijo Amenotés II. Los jefes sirios creyeron propicio el momento para romper sus cadenas y saludaron con una rebelión el advenimiento de éste. El castigo fue pronto y completo. Amenotés arrasó los distritos del Jordán superior, «como león terrible que pone en fuga los países»[630]. El 26 de Tibi, pasó el Orontes[631], y avanzó a fin de reconocer los pasos de Anato; «algunos asiáticos vinieron a caballo para impedirle seguir adelante, pero púsose sus armas de guerra, y su proeza igualó al poder misterioso de Sit cuando llega el caso; los bárbaros cedieron en cuanto Su Majestad miró a uno de ellos, y huyeron». El 10 de Epifi, estaba delante de Nii, que se rindió sin lucha. «Los habitantes, hombres y mujeres, estaban en las murallas para honrar a Su Majestad.»[632] Otras plazas, como la de Akiti, sostuvieron largo asedio antes de ceder. Sofocada la rebelión, Faraón volvió a entrar en el valle triunfalmente. En el curso de sus hazañas había derribado y preso con propia mano a siete de los jefes del territorio de Takhisa; en el viaje que le condujo a Tebas, iban atados delante de su barca. Seis de ellos fueron sacrificados solemnemente ante Amón, sus cabezas y sus manos expuestas en los muros del templo de Karnak. El séptimo fue llevado a Napata y tratado de la misma manera, para servir de ejemplo a los príncipes etíopes y enseñarles a respetar la autoridad del dueño[633]. Una insurrección de las tribus que habitaban el desierto y los oasis, al oriente del Egipto, fue reprimida de igual modo por Amenemhabi, que desempeñaba cerca de Amenotés II el mismo cargo de escudero que tuvo con Tutmosis III[634]. El Imperio estaba en buenas manos. Tutmosis IV, hijo de Amenotés, impuso respeto al extranjero mediante expediciones venturosas a Siria y Etiopía[635]. En tiempo de Amenotés III, que sucedió a Tutmosis IV, los límites de la dominación egipcia estaban determinados hacia el Éufrates por el Norte, al Sur hacia el país de los Galas[636]. Los reyezuelos sirios, en otro tiempo tan turbulentos, estaban resignados con su suerte y ofrecían sus hijas al Faraón para adorno de su harén[637]. La conquista parecía terminada, en Asia al menos, y la correspondencia entre los príncipes vasallos y los gobernadores egipcios no contiene más que protestas de fidelidad o la mención de actos de bandidaje sin importancia. Las guerras no eran ya más que razias para cazar esclavos, expediciones para reclutar la población obrera y para subvenir a las construcciones del dueño[638].

---

628 Goodwin, *Translation of a Fragment of an Historical Narrative relating to the reign of Thotmes the Third*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, 1874, t. III, pág. 348; Birch, *Egypt from the earlier times*, págs. 203-204; Maspero, los *Contes populaires*, págs. 83-96.

629 Ebers, *Thaten und Zeit Thotmes III*, en la *Zeitschrift*, 1873, página 7. La duración exacta del reinado es de cincuenta y cuatro años y once meses.

630 Maspero, *Notes sur quelques points*, en la *Zeitschrift*, 1882, pág. 132.

631 Brugsch da para este nombre la forma Arinath (*Geschichte*, pág. 389) que hace pensar en el Orontes. La transcripción Arosati figura en las *Notices* de Champollion. Hay en el texto jeroglífico una falta, el nombre es seguramente el del Orontes mal interpretado por el grabador que restauró la inscripción.

632 Champollion, *Notices*, t. II, págs. 185-186; Maspero, *Notes sur quelques points*, en la *Zeitschrift*, 1879, págs. 55-58.

633 Lepsius. *Denkm*., III, lám. 65, 1. 16-20.

634 *Inscription d'Amenemhabi*, 1. 39-42, en Ebers, *Thaten und Zeit Thotmes III*, en la *Zeitschrift*, 1873, págs. 1 y siguientes.

635 Lepsius, *Denkm*, III, 1. 69 e f; Sharpe, *Eg. Inscrip.*, lám. 93, 1. 3-6; Louvre, C 202.

636 Lepsius, *Denkm*., III, 1. 77 c; Louvre, *Salle historique*, vitrina nº 582.

637 Brugsch, *Ueber ein merkwürdiges historisches Denkmal aus den Zeiten Königs Amenophis III*, en la *Zeitschrift*, 1880, págs. 81-87.

Los primeros reyes de la decimoctava dinastía, Ahmosis y Amenotés I, habían tenido bastante que hacer con expulsar a los Pastores y reorganizar el gobierno. Se limitaron a volver a explotar las canteras cercanas a Menfis[639] y a reparar los templos que más habían sufrido durante la invasión y la guerra de independencia. Tutmosis I, de vuelta de su expedición a Asia, empleó como albañiles a los numerosos prisioneros que traía consigo y empezó trabajos, que sus sucesores continuaron sin interrupción. Todo el valle del Nilo, desde la cuarta catarata hasta el mar, se cubrió de monumentos. La Nubia participó de este beneficio tanto como el Egipto mismo. En Napata, al pie de la Colina Santa, Amenotés III fundó un templo soberbio cuyas avenidas están bordeadas de carneros acurrucados a guisa de esfinges. Embelleció también el edificio levantado por Tutmosis III en Soleb, entre la segunda y la tercera catarata. Tutmosis III restauró, en su propio nombre, el santuario que el gran conquistador de la duodécima dinastía, Usirtasen III, había consagrado en Semnéh, y edificó cerca de Amada un templo de Ra, que nos ha conservado algunos de los más curiosos textos jeroglíficos de la época[640]. En Elefantina[641], en Ombos[642], en Esneh[643], en Eilithya[644], en Coptos[645], en Denderah[646], en Abydos[647], en Menfis[648], en Heliópolis[649] en la mayor parte de las ciudades del Egipto propio, se reconoce hoy todavía la actividad de los Faraones de la decimoctava dinastía. Sólo Tanis, la capital de los reyes Pastores y el centro del culto de Sutkhú, fue olvidada por ellos. Ahmosis la había desmantelado, y sus descendientes la abandonaron sistemáticamente[650].

En tiempo de los reyes menfitas, Tebas no era más que una ciudad provinciana, sin otro monumento de importancia que una capilla dedicada a la triada de Amón, Mut y Khonsú. En la otra orilla, en Drah abu'l-Neggah, se alzaban las pirámides funerarias de los príncipes locales y las tumbas de sus súbditos. Los reyes de la duodécima dinastía hicieron cuanto pudieron para embellecer su capital. Amenemhait I había trabajado en el Assassif[651]; Usirtasen I empezó, en Karnak, la construcción de un templo de granito y piedra arenisca, que siguieron con interés Amenemhait II y Amenemhait III[652]. Unos cuantos pilares y lienzos de pared, reparados más tarde, permiten, hasta cierto punto, reconstituir el plano del mismo. Era un edificio de dimensiones reducidas, de columnas poligonales como los pilares de Beni-Hassan. Estaba todavía intacto en los comienzos de la decimoctava dinastía, cuando Tutmosis I, enriquecido por la conquista de la

638 Parte de la correspondencia con los Faraones Amenotés III y IV ha sido descubierta en 1888 en El-Amarna, en las ruinas del palacio de Amenotés IV. Está escrita en caracteres cuneiformes, la mayor parte en el idioma semítico de la Siria, y trazada en tablillas de barro, como la correspondencia de los escribas babilónicos.

639 Estela del año XXII de Ahmôsis en Vyse, *Pyramids of Gizeh*, t. III, pág. 94; Lepsius, *Denkm*, III, lám. 3 a, b.

640 Véase acerca de este templo Chabas, *Une inscription historique de Seti I.*

641 El templo que aun existía a principios del siglo y que fue destruido por Mohammed-Ali.

642 Puerta de Amenotés I (Maspero, *Notes*, en la *Zeitschrift*, 1883, pág. 73); puerta de Tutmosis III, en la muralla exterior de la ciudad (Lepsius, *Denkm*., III, 28).

643 Reconstrucción del templo en tiempo de Tutmosis III (Champollion, *Notices*, t. I, página 728).

644 Construcciones de Tutmosis III (Champollion, *Notices*, t. I, pág. 626).

645 Pilares de granito con el nombre de Tutmosis III (Wilkinson, *Modern Egypt and Thebes*, pág. 411). Uno de los pilares que estaban todavía en pie ha sido derribado en 1883 por los que andan en busca de tesoros.

646 Reconstrucción del templo de Hathor por Tutmosis III (Dümichen, *Bauurkunde*, láms. XIV, XVI; Mariette, *Dendérah*, t. III, pág. 78).

647 Trabajos de Tutmosis I en el templo de Osiris (E. de Rougé, *Inscriptions*, t. III, láms. XIX-XX). Coloso de Tutmosis III a la entrada del pequeño templo de Osiris (Mariette, *Abydos*, t. III, pág. 6).

648 Estela del año XLVII de Tutmosis III, refiriendo la construcción de un muro en Heliopolis (Lepsius, *Denkm*., III, 29 b).

649 Construcción de Ahmosis en el templo de Ptah (Lepsius, *Denkm*., 2 a-b).

650 Mariette, *Lettre a M. de Rougé sur les fouilles de Tanis*, en la *Revue archéologique*, 1861, t. I.

651 [Wilkinson] *Handbook of a Traveller*, pág. 328.

652 *Idem*, págs. 328, 376, 378; Champollion, *Not. man.*, t. II, pág. 45; véase Mariette, *Karnak*, en folio, 1875, con un volumen en 4º de texto; Maspero, en la *Revue critique*, 1877, t. I, págs. 265 y siguientes.

Etiopía, pensó en ensancharlo. Los arquitectos lo conservaron como base de sus nuevos planos; pero añadieron por delante dos cámaras de granito, precedidas de vastos patios, luego tres pilones escalonados uno tras otro y reunidos por dos salas hipóstilas. El conjunto ofrecía el aspecto de un vasto rectángulo apoyado en otro rectángulo colocado normalmente. Tutmosis II y Hatshopsuitú no modificaron este plano: tan sólo la regente, para introducir sus obeliscos entre los pilones, practicó una brecha en un muro ya terminado y derribó dieciséis de las veintidós columnas levantadas en aquel lugar. Tutmosis III terminó las partes que sus predecesores habían dejado inacabadas, luego reparó al Este antiguas cámaras, la más importante de las cuales servía de estación en las procesiones, rodeó el conjunto de una muralla de piedra, hizo al Sur el lago en que se lanzaban las barcas sagradas en las fiestas, y rompió así la justa proporción que habían tenido hasta entonces el santuario y la fachada, quedando el recinto exterior demasiado ancho para el pilón. Amenotés III corrigió este defecto un siglo más tarde. Colocó delante del pilón exterior otro más grueso, más macizo, más propio, por tanto, para servir de fachada al templo ampliado.

No siendo suficiente un solo santuario, fundó otro al Sur de Karnak y le consagró al culto de Amón. Sus ruinas todavía subsisten a orillas del río, en Luxor, y se reputan con justa razón como una de las obras maestras de la arquitectura egipcia. En la orilla izquierda del Nilo diose rienda suelta a la actividad de los soberanos de la decimoctava dinastía, en el Assassif, en Sheikh Abd-el-Gurnah, en Medinet-Habú, en Deir-el-Bahari, donde la reina Hatshopsuitú hizó pintar y esculpir detalladamente su campaña de Arabia[653]. Delante del templo hoy en ruinas de Amenotés III se asentaban dos estatuas colosales cada una de una pieza, y que por largo tiempo fueron la admiración del mundo antiguo. Una de ellas se partió en el temblor de tierra del año 27 antes de Jesucristo. La parte superior se desprendió y destrozó al caer a tierra; sólo quedó en su sitio la inferior. Muy poco después, se extendió la voz de que del pedestal salían todas la mañanas, al aparecer el sol, sonidos semejantes a los que produce una cuerda de harpa o de lira al romperse[654]. Acudieron los curiosos y una leyenda maravillosa corrió de boca en boca. A pesar del testimonio de los habitantes de Tebas[655], los griegos no quisieron ver en la estatua vocal un coloso del Faraón Amenotés III. Era a sus ojos la efigie de Memnón el etíope, hijo de Titón y de la Aurora, que después de la muerte de Héctor había ido en auxilio de Príamo contra los griegos y muerto a manos de Aquiles. Todas las mañanas, Memnón, como hijo atento, saludaba a su madre con voz armoniosa y pura. A mediados del siglo I de nuestra era, el emperador Adriano y la emperatriz Sabina emprendieron un viaje al Alto Egipto para oír la canción milagrosa. La popularidad siempre creciente inspiró al fin a los dueños del mundo el deseo de devolver la integridad a la imagen. En tiempo de Septimio Severo fue restaurada poco más o menos como había estado antes de su caída, pero, contra todo lo que se esperaba, enmudeció. «No niego la realidad de los armoniosos acordes, que tantos testimonios afirman unánimemente haber oído modular al sorprendente coloso, en cuanto le herían los primeros rayos del sol. Diré tan solo que, en varias ocasiones, sentado al salir el sol en las inmensas rodillas de Memnón, ningún acorde musical salido de su boca ha venido a distraer mi atención del melancólico cuadro que contemplaba, la llanura de Tebas, donde yacen los miembros dispersos de aquella primogénita de las ciudades reales.»[656]

El advenimiento y los altos hechos de la décimaoctava dinastía, no solamente habían valido a Tebas la supremacía sobre el territorio entero del Egipto, sino que habían asegurado al dios tebano Amón la preeminencia sobre los dioses de las otras ciudades. Amón había aprovechado, más quizá

---

653 Publicada extensamente por Dümichen, *Die Flotte einer Ægyptischen Königin*, e *Historische Inschriften*, t. I y II; Mariette, *Deir-elBahari*, finalmente, por Naville, Deir-el-Bahari, t. III.

654 Estrabón, l. XVII, c. I.

655 Pausanias, I, 42, 2.

656 Champollion, *Lettres écrites d'Égypte*, pág. 312. Véase Letronne, *La statue vocale de Memnon*, en 4°, 1832. Según Brugsch (*Der Tempel von Deir-el-Medineh*, en la *Zeitschrift*, 1875, págs. 123-128. *Noch einmal Amenhotep der Sohn des Hapu*, en la *Zeitschrift*, 1876), el arquitecto que hizo los colosos fue un cierto Amenotés, cuyas estatuas encontradas en Karnak figuran hoy en el Museo del Cairo.

que los mismos reyes, el botín cogido al Norte y al Sur. Cada triunfo de los ejércitos le valía parte considerable de los despojos cogidos en el campo de batalla, de los tributos arrancados al enemigo, de los prisioneros conducidos como esclavos. Aquellas riquezas, acrecidas regularmente de generación en generación, habían hecho del gran sacerdote un personaje casi tan importante como el Faraón. Con razón, aparentemente, habría podido decirse que para él, y sólo para él, los egipcios habían emprendido la conquista del Asia. Al propio tiempo que el poderío material, el espiritual aumentaba sin descanso. Al ver al rey de Tebas recibir el homenaje de la tierra, los sacerdotes se habían llegado a persuadir de que Amón tenía derecho al homenaje del cielo, y que era el dios real, junto al cual los demás dioses carecían de valor. Dedujeron de los textos antiguos, que en germen le contenían, el dogma de la unidad divina y pretendieron imponerlo al resto del país. Amón, el solo dios siempre y en todas partes victorioso, vino a ser para ellos el dios único [657]. Los reyes no vieron sin desagrado aquel desarrollo de la ambición sacerdotal y pensaron en precaverse contra las tentativas de usurpación que podía originar. Ya Tutmosis IV, después de un sueño sobrenatural, había despejado de arenas la Esfinge de Gizéh y vuelto a poner en vigor el viejo culto de Harmakhuti, el sol en ambos horizontes[658]. Amenotés III, afecto a la antigua tradición heliopolitana, trasportó a Tebas la religión de Atonú, el disco solar, y, en el año X de su reinado, instituyó en Karnak una fiesta en honor del intruso[659]. Su hijo Amenotés IV fue más atrevido; para tener mayor seguridad de acabar con el dios tebano, pensó quitar a Tebas el rango de capital que guardaba hacía veinte siglos, e imponer a su reino una capital nueva, cuyo patrono sustituyera a Amón en las prerrogativas de dios supremo. Pocos soberanos han sido tan despiadadamente maltratados por la posteridad como Amenotés IV. Parece que los historiadores modernos hayan tenido a empeño el agravar las maldiciones con que los sacerdotes tebanos habían cargado su memoria. La mayoría no ve en él más que un fanático exaltado, otros le inculpan de locura, otros aun dicen que fue un simple eunuco. Su madre Tii comparte con él el privilegio de dar materia para los más distintos supuestos. Generalmente se la cree extranjera, pero unos afirman que era semita, otros que libia. La educación limitada que había dado a su hijo contribuyó a hacer de él el personaje que es sabido; el dios Atonú sería el dios nacional de su tribu, que conspiró para imponer a su país adoptivo. Tii era, no obstante, una egipcia de antiguo abolengo, como lo indican su nombre y el de sus padres. No pertenecía a la estirpe real, sino que procedía de una familia de simples particulares; quizá, si conociéramos a fondo su historia, no veríamos en ella más que un episodio novelesco, un rey que por amor se casa con la pastora tradicional[660]. Amenotés IV, al subir al trono, parece haber tratado de anticipar suavemente la reforma política y religiosa que meditaba. Sin dejar de acentuar su preferencia por el dios Atonú, siguió rindiendo público homenaje a su padre Amenotés y al Amón de Karnak[661]. Pero pronto le desagradó Tebas; abandonóla, se retiró al Egipto medio, y construyó, un poco al Norte de Siut, en la orilla derecha del río, una ciudad en que nada le recordaba ya el sacerdocio tebano. Se había introducido la costumbre de encomendar al dios de la metrópoli la protección de las colonias nuevas; Etiopía, los oasis, colonizados por Tebas, tenían como religión el culto tebano de Amón[662]. Amenotés IV proclamó a Atonú dios de su capital, llamó a la ciudad Khutniatonú, el horizonte del disco, y cambió su propio nombre, que era una profesión de fe en honor de Amón, por el de Khuniatonú, esplendor del disco solar. Un nomo nuevo, cuyos guardacantones fronterizos están

---

657 Maspero, *Bulletin de la religion de l'Égypte*, en la *Revue de l'histoire des religions*, 1882, t. V, páginas 99-100.

658 Vyse, *Pyramids of Gizeh*, t. III, pág. 114; Lepsius, *Denkm*., III, lám. 63; Brugsch, *Der Traum Königs Thutmes IV bei der Sphinx*, en la *Zeitschrift*, 1876, págs. 89-95.

659 Birch, *History of Egypt*, pág. 107.

660 Maspero, *Rapport sur une mission en Italie*, en el *Recueil de Travaux*, t. III, págs. 127-128, y en Rayet, *Monuments de l'art antique*, t. I.

661 Mariette, *Monuments divers*, lám. 27 e.

662 Véase Lepsius, *Ueber die widderköpfigen Götter Ammon und Chnumis, in Beziehung auf die Ammons-Oase*, en la *Zeitschrift*, 1877, págs. 8-23.

todavía en su sitio[663], fue creado con detrimento de los nomos antiguos de Kusit y de Khmunú. La ciudad, levantada rápidamente por orden del dueño, llegó a ser en pocos meses grande y suntuosa. Por espacio de algunos años, Tebas y Menfis descendieron a un lugar secundario en Egipto.

La religión de Atonú era una variante de las religiones de Ra, la más antigua probablemente. El disco ante el cual se prosternaban sus adoradores no era solamente, como en ciertos mitos solares, el cuerpo brillante y visible de la divinidad, era el dios mismo. Así a él se dirigen exclusivamente los hermosos himnos grabados en las tumbas de Tell-el-Amarna. A él, «que no tiene semejante y que alegra el mundo con sus rayos. Apenas aparecido en el horizonte oriental del cielo, prodiga la vida a sus criaturas, al hombre, a los animales que tienen cuatro patas, a las aves, a las serpientes, a todo lo que se arrastra por la tierra y en ella vive.»[664] Los grandes sacerdotes de Khutniatonú adoptaron el título de grandes sacerdotes de Ra, y su culto se copió del de Ra, de Heliópolis[665]. Las pinturas y los bajo-relieves nos muestran a Atonú en figura de disco solar, cuyos rayos descienden a la tierra; cada uno de ellos termina en una mano que tiene la cruz anseada, símbolo de vida. Allí donde va el rey, el disco le acompaña y esparce sobre él su bendición. Atonú no es, por otra parte, una divinidad exclusiva. Proscribe el culto de Amón, y pide que se pique el nombre de su rival en todos los monumentos donde puede conseguirlo, pero respeta a los otros dioses, Ra, Harmakhis, Horus, Osiris, Mait, sean o no solares. Las preocupaciones religiosas no impidieron a Khuniatonú ser, a ejemplo de sus antepasados, constructor y conquistador. Edificó un templo de su dios en Menfis[666], otro en Tebas, frente al santuario de Karnak[667], otro en Etiopía. Su reinado duró doce años al menos[668] y su muerte no detuvo en un principio el desarrollo de la obra que había emprendido; sus yernos le sucedieron uno después de otro y practicaron lo mejor que supieron la religión del disco solar. Muy pronto, no obstante, Ai, el más conocido de ellos, suspendió las persecuciones de que Amón había sido objeto; abandonó Khutniatonú, donde se había hecho preparar una tumba[669], y volvió a hacerse enterrar en Tebas, cerca de Amenotés III[670]. Su sucesor Tutankhamonú era dueño del Egipto entero y recibió públicamente el homenaje de los pueblos extranjeros[671]. Pero, después de él, estalló la guerra civil: príncipes efímeros[672], cuyo nombre no nos ha conservado la historia, se disputaron el trono por espacio de algunos años, y la decimoctava dinastía se extinguió en medio del desorden, sin que se sepa cual fue su último rey.

---

663 Lepsius, *Denkm*., III, 91, g; Prisse d'Avennes, *Monuments*, láminas XII-XIV.

664 La versión más completa de este himno es la publicada por U. Bouriant, *Deux jours de fouilles a Tell-el-Amarna*, en las *Mémoires publiés par la Mission archéologique française au Caire*, t. I, 1884.

665 Maspero, *Rapport sur une mission en Italie*, en el *Recueil*, t. III, pág. 128.

666 Sir Ch. Nicholson, *On some remains of the Disk-Worshippers*. El Museo del Cairo posee los restos de varias tumbas, descubiertas en Saqqarah, entre 1882 y 1884, que corresponden al reinado de Khuniatonú. Una de las torres de Bab-en-Nasr, y los muros de la mezquita del sultán Hakem, en el Cairo, contienen abundantes trozos procedentes del templo construido por él en Menfis.

667 Las excavaciones de 1882 y 1883 me han inclinado a creer que el pequeño edificio, edificado con los restos de un templo de Amenotés II, entre el primero y el segundo pilón de Harmhabi, podría muy bien ser un resto del templo de Atonú; las de 1902 han revelado que el segundo pilón de Harmhabi está construido por entero con los restos de aquel templo.

668 Es la última fecha que consignan sus monumentos (Lepsius, *Denkm*., III, lám. 91 g).

669 La tumba de Ai forma parte del que se llama grupo del Sur, en Tell-el-Amarna. Ha sido publicada por Lepsius, *Denkm*., III, 100, 103, 104, 105.

670 En el valle del Oeste, tumba núm. 4. Ha sido publicada por Lepsius, *Denkm*., III, 113.

671 Lepsius, *Denkm*., III, láms. 115-117.

672 El rey Tetí, que nombran dos estelas del Louvre y de Marsella, es, según ha indicado Naville, el fundador de la VIª dinastía, cuyo culto estaba todavía en vigor en Menfis en tiempos de la XVIIIª dinastía. (Ed. Naville, *Le Roi Teta Menrenphtah*, en la *Zeitschrift*, 1878, páginas 69-72).

La decimonovena dinastía: Setui y Ramsés II.

La tentativa de Amenotés IV se había dirigido contra Tebas y contra su dios. La reacción fue provechosa para ambos. Harmhabi (Armais), cuyo origen no conocemos[673], restableció el culto de Amón en su esplendor, arrasó el templo de Atonú y utilizó los materiales para levantar una de las puertas triunfales que dan entrada al santuario de Karnak. El nombre de los adoradores del disco fue picado y sus monumentos totalmente derribados. El nuevo rey tenía mucho que hacer para reparar los desastres de los años anteriores. En el interior, toda la máquina gubernamental estaba estropeada y no prestaba servicio; fuera, los pueblos vasallos habían dejado de pagar el tributo. La correspondencia de los señores de las ciudades asiáticas[674], nos muestra cómo, en tiempos de Amenotés IV, el Imperio asiático del Egipto se había perdido casi por completo. Las naciones de la Fenicia y de la Siria central se habían rebelado a favor de las discordias religiosas del Egipto, y los khatí, aprovechando sus rebeliones, habían arrancado al Egipto la Siria septentrional entera. Harmhabi reprimió el bandidaje, castigó con la muerte a los empleados prevaricadores[675], restituyó a los templos los bienes que les habían sido arrebatados, y pronto tuvo poder suficiente para emprender guerras en el exterior. Reanudó las relaciones con el Puanit lejano[676], hizo incursiones contra las tribus del alto Nilo[677], y se vanaglorió de haber sometido a las mismas poblaciones sirias que Tutmosis III había combatido[678]. No tenemos datos precisos sobre sus hazañas, pero la vista de sus monumentos, y son abundantes, da la impresión de un reinado glorioso, próspero y largo[679]. No se sabe cuándo pasó el cetro a manos de Ramsés I, ni cómo estaba este príncipe unido a su predecesor[680]. Después de haber servido en tiempo de Ai y de Harmhabi, sentóse en el trono de los Faraones cuando ya era de edad bastante avanzada. Una expedición del año II contra la Etiopía[681], una campaña corta contra los sirios, terminada por un tratado con los hititas[682], llenaron dignamente su reinado. Murió pasados dos o tres años, dejando por sucesor a su hijo Setuí, el Setosis de las tradiciones griegas.

---

673 Acerca de la identidad de este rey, que se llama por error Horus con Armais, véase Devéria; *Le papyrus judiciaire de Turin*, págs. 70 y siguientes, y más recientemente J. Krall, *Studien zur Geschichte des Alten Egyptens*, II, 1884, pág. 60. Armais se clasifica de ordinario entre los reyes de la XVIIIª dinastía. Figura, no obstante, en los monumentos de sus sucesores, entre los antepasados de la XIXª y de la XXª, con el mismo título que Ramsés I. Brugsch piensa que se había casado con una hermana de Nofrititi, mujer de Khuniatonú (*Geschichte*, pág. 439), y que de ella obtuvo sus derechos. Pero subió joven al trono, como lo prueban sus retratos, y una hermana de Nofrititi habría tenido evidentemente más edad que él. El relato de su advenimiento, conservado en el pedestal de una estatua de Turín, es demasiado vago para enseñarnos nada (Birch, *Inscription of Harmhebi on a statue of Turin*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. III, págs. 486 y siguientes). El busto del Museo del Cairo, considerado por Mariette como un retrato de Meneftah, lo es de Harmhabi (Maspero, en O. Rayet, *Les monuments de l'art antique*, t. I.)

674 Véase acerca de esta correspondencia lo dicho anteriormente.

675 Estela hallada en 1882, adosada a uno de los pilones de Harmhabi (véase U. Bouriant, *Fouilles a Thèbes*, en el *Recueil*, 1884, t. VI).

676 Mariette, *Mon. divers*, lám. 88; Brugsch, *Recueil de monuments*, t. II, lám. LVII, 3.

677 El pequeño speos de Silsilis nos muestra a Harmhabi vencedor y llevado en triunfo por sus lugartenientes (Lepsius, *Denkm*., III, 121).

678 Una lista de los pueblos del Norte vencidos por Harmhabi ha sido descubierta en 1882 en el primer pilón construido por dicho príncipe.

679 La idea emitida por Birch (*Zeitschrift*, 1877, pág. 148, en el artículo de Ed. Meyer, *Die Stele des Horemhed*), de que Harmhabi habría sido depuesto o habría abdicado, se basa en una identificación con el Harmhabi cuya tumba ha sido desenterrada en Saqqarah por Mariette; fue construida por Harmhabi antes de su advenimiento.

680 La teoría según la cual Ramsés I fuera de origen semítico (Mariette, *Stèle de l'an 400*) se apoya en una interpretación dudosa de un pasaje de la estela del año 400, y no tiene, por lo demás, ninguna importancia para la historia.

681 Estela, C 57 del Louvre.

682 Tratado de Ramsés II con el príncipe de los hititas, l. 14, en Brugsch, *Recueil de monuments*, t. I, lámina XXVIII.

Desde los primeros días, Setuí se anunció fuera del Egipto como un conquistador. «Se había venido a decir a Su Majestad: los viles Shasú han tramado la rebelión, los jefes de sus tribus. reunidos en un solo lugar y que están en las regiones de Kharú, han sido atacados de ceguedad y de espíritu de violencia, y cada uno de ellos degüella a su vecino.»[683] Setuí franqueó, en el castillo de Zarú, el canal que limitaba al Egipto, y se dirigió directo al Oriente, a través de los *uadis* de que estaba surcada aquella parte del desierto[684]. Las etapas las determinan allí hoy todavía la distancia entre los manantiales. Una fortaleza, o al menos una torre de guardia, vigilaba cada una de las fuentes o de las charcas que se escalonaban en el camino, la fortaleza del león, la torre (Maktel) de Setuí I, la cisterna de Setuí I, etc. En todas partes donde el enemigo hizo frente, fue fácilmente dispersado, sus árboles talados y sus cosechas implacablemente destruidas. De estación en estación, los egipcios llegaron a los dos fuertes de Rabbiti y de Pakanana. Este último, situado en una buena posición, cerca de un lago pequeño, en una de las últimas laderas de los montes Amorreos, defendía el acceso de uno de los cantones más ricos que comprende la Siria meridional[685]. Sucumbió al primer asalto, y todo el fértil valle cuya entrada defendía fue devastado por los egipcios[686]. Aquel primer triunfo dio lugar a otros más serios. Setuí, siguiendo hacia el Norte, llegó al pie del Líbano, donde obligó a los Labnanú a talar sus árboles y mandarlos a Egipto, para las edificaciones que había comenzado en honor de Amón[687]. Desde allí penetró en el valle del Orontes, a fin de habérselas con los hititas. Una victoria lograda sobre sus enemigos tradicionales terminó felizmente su primera campaña[688]. Su vuelta fue una fiesta perpetua, desde la frontera, donde los barones y los sacerdotes le acogieron con sus aclamaciones, hasta Tebas, donde ofreció los prisioneros que traía a su padre Amón[689]. El Egipto creyó volver a los buenos tiempos de los Tutmosis y de los Amenotés. Por desgracia, aquellos triunfos tenían más apariencia que realidad. El estado del Asia había variado desde hacía un siglo. La Siria meridional, abrumada por el paso de los ejércitos, había abandonado toda idea de resistencia encarnizada y se entregaba casi sin lucha. Los fenicios juzgaban que un tributo voluntario costaba menos que una guerra contra los Faraones y se consolaban con creces de la disminución de su libertad acaparando el comercio marítimo del Delta. Pero, al Norte, los hititas se mostraban más temibles que lo habían sido jamás. Reunidos todos bajo el mando de un soberano único desde el final del reinado de Amenotés III, no solamente habían extendido su supremacía a todo el Naharanna, desde Gargamish a Qodshú, sino que habían pasado el Tauro y penetrado bastante en el Asia Menor. No se sabe hasta dónde habían llevado sus dominios. Parece, no obstante, que no pasaba del país de Qodi[690], es decir, de la llanura cilicia de la Kataonia.

---

683 Champollion, *Notices*, t. II, pág. 93.

684 Brugsch ha tratado de determinar el camino recorrido por Setuí I, pero sin lograrlo a mi entender (*Dict. Géogr.*, págs. 590-597; *Geschichte*, págs. 438 y siguientes). Me parece, lo mismo que a M. Tomkins (*The fortress of Canaan*, en el *Palestine Exploration Fund, Q. Stat.*, 1884, págs. 59-60) que el itinerario del ejército egipcio coincide, en gran parte de su recorrido, con el que ha trazado M. Holland (*Palestine Exploration Fund, Q. Stat.*, 1879, págs. 70-72, y 1884, páginas 4-15).

685 El emplazamiento de Pakanana ha sido determinado muy felizmente en Khirbet-Kanaan, al Sur de Hebrón, por M. Conder (*The Fortress of Canaan*, en los *Quart. Stat. del Pal. Expl. F.*, Octubre de 1883, págs. 175-176; véase Tomkins, *The Fortress of Canaan*, ibid., 1884, págs. 57-61).

686 Los textos y los bajo-relieves relativos a esta campaña han sido reproducidos por Champollion, *Notices manuscrites*, t. II, págs. 86 y siguientes, y *Monuments*, láms. CCLX-CCC; Lepsius, *Denkm*., III, láms. 126 y siguientes, etc. Han sido traducidos en inglés por R. Lushington, *The Victories of Seti I recorded in the Great Temple at Karnak*, en las *Trans. of the Society of Bibl. Arch.*, t. VI, páginas 509-534, en francés por Guieysse, *Inscription historique de Seti I*, en el *Recueil de Travaux*, t. XI. págs. 52-77.

687 Champollion, *Mon.*, lám. CCLX, y Not., t. II, pág. 87; Rosellini, *Mon. stor.*, lám. 46.

688 Champollion, *Not*., t. II, 96-97.

689 Burton, *Exc. Hier.*, lámina XXXVI; Lepsius, *Denkm*., III, 128. Las excavaciones de 1905 han mostrado que Setuí II no había hecho más que copiar, desarrollándolos, una serie de cuadros triunfales erigidos por Amenotés II en Karnak.

De todas maneras, entraron en relaciones directas con los pueblos que se repartían entonces las regiones central y occidental de la península, los licios, los misios, los dardanios, los habitantes de Ilión y de Pedasos. Aliados a los unos, reclutando entre los otros tropas de mercenarios, podían presentar en línea de combate fuerzas capaces de hacer frente al Egipto y de arrancarle o disputarle por lo menos costosamente la victoria[691]. Setuí lo vio bien cuando los atacó de frente. Sin duda no le costó trabajo apoderarse de Qodshú y de la mayor parte de las ciudades amorreas del Orontes[692], pero la tenacidad de los hititas, siempre dispuestos a volver a empezar la lucha a pesar de ser derrotados, fue más larga que su paciencia. Cansado de guerrear, renunció a las armas y concertó con el rey Morusil, hijo de Shubbililium, una alianza que duró hasta su muerte[693]. Desde entonces la autoridad de los Faraones no pasó más de las fuentes del Litany y del Orontes; limitada a la Siria meridional y a Fenicia, ganó en firmeza lo que perdía en extensión. Parece que Setuí I, en vez de exigir simplemente el tributo, impuso a los cantones anexionados gobernadores de estirpe egipcia, y que instaló guarniciones permanentes en algunas plazas, como Mageddo y Gaza. Era, sin duda, precaución excelente, pero, si se compara su Imperio con el de Tutmosis III, no puede menos de observarse cuánto más fuerte era el Egipto en tiempos de la decimoctava dinastía. Nunca los Faraones de entonces habrían considerado como iguales a los reyezuelos asirios y con ellos concertado una paz honrosa; sólo les miraban como enemigos que había que vencer o como rebeldes que era preciso castigar. La cancillería de Setuí I conservó la costumbre de dedicar a los reyes de los hititas los epítetos despreciativos que la de Tutmosis III los había prodigado; los llamó el vencido Khati, y a su pueblo el humilde Khati. Todo ello no era más que fraseología oficial, como los títulos de vencedor de los bárbaros y dueño del mundo entero, con que halagaba al soberano.

Dicho esto, no podría negarse que el reinado de Setuí I señala todavía una época brillante en la historia de Egipto. El botín recogido en Siria sirvió para levantar algunos de los monumentos más perfectos del arte egipcio; el templo funerario de Abydos[694], la sala hipóstila de Karnak[695], la tumba del rey[696]. Setuí fue ayudado en esta labor por su hijo Ramsés. En vida del padre, se había casado con una princesa de la antigua familia real, quizá hija de Harmhabi y nieta de Amenotés III; de esta suerte, había hecho olvidar la usurpación de que Ramsés I era culpable. El hijo que nació de aquella unión, Ramsés, heredó naturalmente todos los derechos de su madre, y desde que nació fue considerado por los egipcios dinásticos como el único soberano legítimo. Su padre, rey de hecho, se vio obligado a asociarle al trono cuando todavía era «mozo» sin duda para evitar una revolución. No se trató en un principio sino de una ficción legal, poco respetada por el mismo Setuí o por los ministros de su gobierno. Durante aquella primera parte de su vida, Ramsés no fue precisamente rey ni príncipe heredero; ocupó entre ambas situaciones un lugar intermedio y probablemente bastante mal definido. Soberano reconocido de ambos Egiptos, poseía en un principio todas las insignias y

690 Es al menos lo que estoy tentado a deducir de una frase del Papyrus Anastasi II, en que el príncipe de los hititas, queriendo venir a visitar a Ramsés II, no llama para que le acompañe más que al príncipe de Qidi. El nombre Qidi o Qodi ha sido conservado en la época clásica en la forma Κητίς, que Ptolomeo (V, 8, 3) da a un cantón de la Cilicia Traquea, situado entre el mar y el monte Imbaros, frente a la costa septentrional de Chipre, quizá en el de Kataonia y entre los Κήτειοι de Homero (*Odisea*, XI, 519-521), que M. Gladstone (*Homeri Synchronisms*, pág. 169) ha identificado con los hititas.

691 Robiou, *Questions homériques*, 1876, págs. 61-65 y siguientes, y Sayce, *The Ancient Empire of the East*, t. I, págs. 525 y siguientes, en donde el autor ha condensado la materia de las memorias que ha publicado acerca de la cuestión.

692 Lepsius, *Denkm*., III, lám. 130 a. Champollion, *Mon*., CCLXV.

693 *Traité de Ramsès II avec le prince de Khati*, 1. 14.

694 Publicado por Mariette, *Abydos*, t. 1, 1871.

695 Mariette, *Karnak*, pág. 37. La idea de la sala hipóstila fue concebida en tiempo de Ramsés I.

696 Tumba núm. 17, llamada *Tumba de Belzoni*, por el rebuscador de antigüedades italiano, que la descubrió a principios del siglo XIX.

todas las prerrogativas de su rango, pero realmente no siempre ostentaba las unas, ni ejercía en modo alguno las otras.

Tenía derecho al *urœus* y a la doble corona, pero su tocado era las más de las veces el ordinario de los príncipes reales, una gran trenza encorvada y colgante. Tenía derecho a los dos cartuchos y a los calificativos más pomposos de la cancillería egipcia, pero los escribas encargados de redactar las inscripciones se olvidaban de consignar su nombre, y no le concedían más que los títulos modestos de «hijo que ama a su padre» o de heredero presunto. Tenía derecho al puesto de honor y a la función principal en las ceremonias del culto, pero los monumentos nos le muestran siempre en segundo lugar; levanta una bandeja ofertoria, vierte una libación o pronuncia las invocaciones, mientras que su padre da cumplimiento a los ritos sagrados. Ramsés no tenía de rey más que el título y la apariencia. Los escribas de la cancillería olvidaban sus derechos indiscutibles, o si los recordaban no era sino ocasionalmente y por capricho[697].

Ya a la edad de diez años guerreó en Siria, y aun, si sólo se cree a los historiadores griegos, en Arabia. Después de aquellas campañas, ya acostumbrado al mando de los ejércitos, empezó a reclamar parte activa en el gobierno interior de sus Estados y reivindicó su real herencia. La trasformación del asociado oscuro y casi desconocido en un Faraón dueño de los dos mundos y temido de todos sus enemigos, se realizó lenta, gradualmente, a medida que se desarrollaba el valor personal de Ramsés e iba acentuandose más y más. Setuí, viejo y fatigado por las hazañas de su juventud, cedióle poco a poco el poder y acabó por desaparecer casi por completo ante su glorioso hijo. Retirado en su palacio, allí acabó su vida rodeado de honores divinos. Algunas pinturas del templo de Abydos le muestran sentado en el trono, en medio de los dioses; oprime la maza en una mano, y en la otra tiene un cetro complicado en que están reunidos los diferentes símbolos de fuerza y de vida. Isis está a su lado y los dioses paredros, alineados tres a tres, están detrás de la pareja omnipotente a la que Ramsés dirige su oración. Es una apoteósis anticipada, cuya concepción hace honor a la piedad del regente, pero no deja duda alguna acerca de la situación efectiva de Setuí I en su vejez. Se adora a un dios, pero no reina. Setuí no era una excepción de esta regla común: se le adoraba, pero no reinaba[698].

La paz se vio repentinamente amenazada por un peligro imprevisto. Los pueblos del Asia menor habían permanecido hasta entonces fuera de la esfera de acción del Egipto; varios de ellos, los Shardana, los Tursha (Tirsenos), cuyos nombres sonaban de manera extraña a los oídos egipcios, desembarcaron en la costa de África y se aliaron con los libios. Ramsés II los derrotó. Los prisioneros que les había hecho fueron incorporados a la guardia real[699]. Los otros volvieron al Asia menor, llevando tal recuerdo de su fracaso que el Egipto se vio al abrigo de sus incursiones durante cerca de un siglo.

Restablecida la calma al Norte, Ramsés fue a Etiopía, donde empleó los últimos años del reinado de su padre persiguiendo y haciendo incursiones en las tribus que vagan a lo largo de las orillas del alto Nilo. Llegó a obtener sobre ellas triunfos que la tradición griega cometió el error de exagerar. «Dirigió primeramente sus ejércitos contra los etíopes, los deshizo y les impuso tributos consistentes en madera de ébano, oro y colmillos de elefante. Envió luego al Mar Rojo una flota de cuatrocientos navíos y fue el primer egipcio que equipó navíos de guerra. Aquella flota tomó posesión de las islas situadas en aquellos parajes, así como de todo el litoral hasta el Indo.»[700] Según Estrabón, había penetrado en África hasta la región donde crece la canela; allí se enseñaban estelas que él había erigido. Había colonizado también las costas del Mar Rojo, en donde algunos lugares se llamaban todavía, en tiempo de los Ptolomeos, «el muro de Sesostris»; había grabado una

697 G. Maspero, *Essai sur l'inscription d'Abydos*, y *Revue critique*, 1870, t. II, págs. 35-40.

698 Maspero, en la *Revue critique*, 1870.

699 E. de Rougé, *Extrait d'un mémoire sur les attaques*, págs. 5-6.

700 Heródoto, II, CII.

inscripción en el promontorio Diré, en el estrecho de Bab-el-Mandeb[701]. Estos relatos son evidentemente falsos. Sesostris no tuvo nunca flotas ni llegó jamás hasta el Indo. Nada indica tampoco que visitara las poblaciones ribereñas del Mar Rojo y que llegase al Océano de África. Se limitó, como las inscripciones lo demuestran, a realizar algunas expediciones productivas y poco peligrosas contra las tribus del alto Nilo.

Al saber la muerte de su padre, Ramsés II, ya único rey, dejó la Etiopía y ciñóse la corona en Tebas. Era entonces de edad madura y tenía a su alrededor gran número de hijos, algunos de ellos bastante crecidos para pelear a sus órdenes. Sus primeros años no fueron turbados por guerra alguna de importancia; apenas si las inscripciones señalan dos expediciones cortas a Siria, una de las cuales, el año II, al país de los amorreos, y otra, el año IV, a las orillas del Nahr-el-Kelb, cerca de Beruth[702]. Los hititas, fieles al tratado de amistad concertado con Setuí, no trataron de atizar la rebelión. Los pueblos de Canaán, sujetos por la presencia de las guarniciones egipcias, no se movieron. Todo parecía, por tanto, marchar lo mejor posible cuando, a fines del año IV, varió de pronto la situación. El rey de los hititas, Mutalú, hijo de Morusil, había sido asesinado[703] y sustituido por su hermano Khatusil. Este convocó a sus vasallos y aliados y rompió con el Egipto. El Naharanna y su capital Gargamish, Arad y la Fenicia septentrional, Qodshú y el país de Amaur, Qidi y el grupo compacto de los licios, se afiliaron a la coalición. La esperanza del pillaje, si no en el Egipto mismo, al menos en las provincias egipcias de Siria, atrajo a todos los aventureros de la península. Vinieron de Ilión, de Pedasos, de Gergis, de la Misia, de la Licia, a unirse a los hititas contra Sesostris[704]. Por donde se ve que se ha concebido exageradamente la inmovilidad a que se habrían visto condenados los pueblos del Oriente antiguo. Lo que sabemos de la composición del ejército que Ramsés opuso a los confederados, bastaría solamente para probar la facilidad con que se movían. Comprendía, juntamente con los egipcios de pura raza, libios, Mashuasha, negros, Maziú, Shardanas, restos de la invasión rechazada victoriosamente unos años antes[705]. El Faraón estableció su base de operaciones en la frontera del Egipto y del desierto Arábigo, en la ciudad que había fundado recientemente con el nombre de Pa-Ramsés Anakhuitú (la ciudad de Ramsés, la muy valerosa), atravesó Canaán que aun le obedecía, marchó rápidamente a las comarcas septentrionales y no se detuvo hasta Shabtuna, aldea siria, situada un poco al sudoeste de Qodshú y a la vista de la ciudad. Allí permaneció algunos días, estudiando el terreno y tratando de ver la posición de los enemigos, acerca de la cual tenía noticias bastante indeterminadas. Los aliados, por el contrario, perfectamente informados por sus espías, que eran la mayor parte de los clanes nómadas de los Shasú, no desconocían ninguno de sus movimientos. El príncipe de los hititas, su jefe, imaginó y ejecutó una hábil maniobra, que puso al ejército egipcio a dos dedos de perderse y que sólo fracasó ante el valor personal del Faraón.

Un día que Ramsés se había aventurado un poco al Norte de Shabtuna, dos beduinos vinieron a decirle: «Nuestros hermanos, que son los jefes de las tribus reunidas con el vil jefe de los hititas, nos envían a decir a Su Majestad: Queremos servir al Faraón, v. s. f. Abandonamos al vil jefe de los hititas; está en el país de Khalupú al Norte de la ciudad de Tunipa, a donde por temor a Faraón ha

---

701 Estrabón, 1. XV, 2.

702 Las estelas que allí dejó están reproducidas por Lepsius, *Denkm*., III, 197.

703 *Traité de Ramsès avec le prince de Khati*, 1. 7-8.

704 E. de Rougé, *Extrait d'un Mémoire sur les attaques*, pág. 4; Maspero, *De Carchemis oppidi situ*, págs. 57-58. M. Ed. Meyer (*Geschichte von Troas*, págs. 60-61), se ha negado a admitir la identidad de los pueblos mencionados en el relato de esta campaña con las poblaciones de la Troade. Brugsch (*Geschichte*, págs. 491-492, etc.), reconoce en ellos parte de los pueblos del Cáucaso y de la Siria. No veo razón alguna, ya para variar en Maiuna, como propone Chabas (*Antiquité historique*, pág. 190), la lectura Hiuna de E. de Rougé, ya para variar en nada las identificaciones que había propuesto. Me parece probable, no obstante, que los Ilianos, los Pedasos, los Misios de Khatisarú no eran más que tropas mercenarias que se unieron a los hititas.

705 Los Shardana están representados en Rosellini, *Mon. storici*, lám. CI, CVI. Uno de los cuerpos que intervienen en la campaña del año V lleva oficialmente el nombre semítico de *náruna*, los jóvenes, los reclutas.

retrocedido rápidamente.» El rey fue engañado por aquella noticia que no dejaba de ser verosímil. Tranquilo respecto a una sorpresa por el presunto alejamiento del enemigo (Khalupú está efectivamente cuarenta leguas al Norte de Qodshú) avanzó sin desconfianza al frente de sus columnas, escoltado solamente por su cuarto militar, mientras que el grueso de su ejército, los regimientos de Amón, de Fra, de Ptah y de Sutkhú, le seguían a distancia. En el momento mismo en que de esta suerte dividía sus fuerzas, los aliados, que traidores le representaban muy distantes, se reunían en secreto al Noroeste de Qodshú y se preparaban para caer sobre los egipcios, durante la marcha de flanco que éstos habían necesariamente de ejecutar a lo largo de dicha plaza. Su número era considerable, a juzgar por el hecho de que el día de la batalla uno solo de ellos, el príncipe de Khalupú, presentó en línea dieciocho mil soldados escogidos. A más de una infantería bien disciplinada, contaban con dos mil quinientos carros, cada uno de los cuales llevaba tres hombres.

Mientras tanto, los exploradores llevaron al cuartel general otros dos espías que habían cogido. Parece que el rey concibió desde aquel momento algunas sospechas. Mandó pegar de lo lindo a los prisioneros y les arrancó confesiones completas. Dijeron que se les había mandado a vigilar los movimientos del ejército egipcio y declararon que los aliados, reconcentrados hacía tiempo detrás de Qodshú, no esperaban más que una ocasión favorable para moverse. Ramsés reunió inmediatamente un consejo de guerra y le expuso sin rodeos la situación crítica en que se encontraba. Sus oficiales se excusaron lo mejor posible, alegando el descuido de los gobernadores de provincia, que no habían tratado de averiguar a diario la situación del enemigo, y enviaron' un mensajero al grueso del ejército para que viniese, si era tiempo aún, en auxilio de su jefe. Todavía estaba reunido el consejo cuando se supo que el enemigo se descubría y acentuaba su avance. El príncipe de los hititas llevó rápidamente sus fuerzas al Sur de Qodshú, en tanto el rey estaba ya al Norte de la ciudad, en la orilla occidental del Orontes, metióse por entre la legión de Frá, que estaba en el centro, y dividió en dos la línea egipcia. El rey hubo de cargar personalmente a la cabeza de su cuarto militar. Ocho veces seguidas se lanzó contra los carros que le amenazaban, rompió las filas, recogió sus batallones dispersos y sostuvo el asalto durante el resto de la jornada. Al atardecer, los hititas, perdiendo la ventaja que tenían desde por la mañana, se batieron en retirada ante los grandes batallones que entraban al fin en batalla. La noche solamente suspendió el ataque. El choque decisivo tuvo lugar al día siguiente. Los confederados cedieron en varios puntos y huyeron completamente derrotados. El escudero del príncipe, Garbatusa, el general de su infantería y de sus carros, el jefe de los eunucos y Khalepsarú, el escritor de los libros, sin duda el cronista oficial, encargado de transmitir a la posteridad las acciones de su soberano, quedaron en el campo. Varios de los cuerpos del ejército sirio, acosados en el Orontes, se arrojaron al río para tratar de pasarlo a nado. El hermano del príncipe de los hititas, Mizrain, consiguió ganar la otra orilla; el jefe del país de Nissa, menos afortunado, se ahogó, y el príncipe de Khalupú fue sacado de la corriente medio muerto. Las pinturas del Rameseiom nos lo muestran colgado de los pies y devolviendo el agua que había tragado. Probablemente los vencidos habrían perecido hasta el último, si una salida de la guarnición no hubiera contenido el avance de los egipcios y permitido a los heridos y a los fugitivos refugiarse en Qodshú. Ya al día siguiente el príncipe de los hititas pidió y obtuvo una tregua[706].

Contra toda esperanza, aquel triunfo brillante no terminó nada. El país de Canaán y las provincias vecinas se sublevaron de pronto a espaldas del Faraón victorioso. A favor de este movimiento, Khatusil volvió a cobrar ánimos, rehízo sus fuerzas y denunció la tregua. Toda la Siria estaba sublevada desde las orillas del Éufrates a las del Nilo. La confederación, deshecha en Qodshú, no se rehízo; los pueblos del Asia Menor abandonaron la partida y no volvieron a la lucha. Ya no hubo grandes batallas, sino una serie de pequeños combates y de sitios que duraron cerca de

706 E. de Rougé, *Le Poème de Pentaour*; curso de 1868-69, resumido por M. Robiou en la *Revue contemporaine*; Chabas, *Analyse de l'inscription d'Ibsamboul.* Las cuestiones relativas a la batalla de Qodshú han sido discutidas por M. Tomkins, *On the Campaing of Rameses the Second, in his Vth year against Kadesh on the Orontes*, en los *Proceedings* (1881-1882, págs. 6-9) y en las *Transactions*, t. VIII; Guieysse, *Textes historiques d'Ibsamboul*, en el *Recueil de Travaux*, t. XIV.

quince años. Las hostilidades eran tan pronto en un sitio como en otro, estallando al Norte cuando se calmaban al Sur, sin plan determinado. El año VIII vio a los egipcios en Galilea, bajo las murallas de Merom[707]. El año XI, fue tomada Ascalón a pesar de la resistencia heroica de los cananeos que la habitaban[708]. En otra campaña, el rey penetró hacia el Norte, hasta las cercanías de Tunipa, y se apoderó de dos ciudades del país de los hititas, donde encontró su estatua[709]. La guerra se prolongó así de año en año, hasta el momento en que los rivales, agotados por tantos esfuerzos inútiles, se decidieron a deponer las armas. Khatusil pidió una vez más la paz al soberano de Egipto, y la paz fue aceptada y sellada el año XXI.

La minuta del tratado se había escrito primeramente en el idioma de los hititas; se grabó en una plancha de plata, que fue solemnemente ofrecida al Faraón en su castillo de Ramsés. Las condiciones fueron esencialmente las mismas que las de los tratados convenidos antes, en varias ocasiones, entre los dos Imperios, en tiempos de Ramsés I y de Setuí I. Se estipuló que la paz sería eterna y que habría alianza: «Si algún enemigo va contra el país sometido al gran rey de Egipto y éste envía a decir al gran príncipe de Khati: «Ven, tráeme fuerzas contra ellos», el gran príncipe de Khati hará lo que le haya pedido el gran rey de Egipto; el gran príncipe de Khati destruirá a sus enemigos. Si el gran príncipe de Khati prefiere no venir él mismo, enviará los arqueros y los carros del país de Khati al gran rey de Egipto para destruir a sus enemigos.» Una cláusula análoga asegura al príncipe de Khati el apoyo de las armas egipcias. Vienen luego artículos especiales, destinados a proteger el comercio y la industria de las naciones aliadas y a hacer más segura entre ellas la acción de la justicia. Cualquier criminal que tratase de sustraerse a las leyes, refugiándose en el país vecino, será entregado a los oficiales de su nación; cualquier fugitivo no criminal, cualquier sujeto llevado a la fuerza, todo obrero que pase de un territorio a otro para en él establecer su morada, será enviado a su nación, pero sin que el expatriarle suponga delito. «El que así fuere extrañado, su falta no se alce contra él, no se destruya su casa, ni se mate a su mujer ni a sus hijos; no se mate a su madre; no se le hiera ni en los ojos, ni en la boca, ni en los pies; finalmente, ninguna acusación criminal se eleve contra él. Igualdad y reciprocidad perfectas entre los dos pueblos, alianza ofensiva y defensiva, extradición de tránsfugas y criminales, tales son las principales condiciones de este tratado, que puede considerarse hasta hoy como el monumento más antiguo de la ciencia diplomática[710].

Así terminaron las guerras de Ramsés II. Por gloriosas que fueran en realidad, la tradición no las juzgó suficientes. Según los historiadores griegos, Sesostris[711] habría penetrado hasta el fondo del Asia, domeñado la Siria, la Media, la Persia, la Bactriana, la India hasta el Océano; luego, volviendo por los desiertos de la Escitia, habría avanzado hasta el Tanais y olvidado, en el *Palus Mœotis*, cierto número de egipcios cuyos descendientes poblaron la Cólquida[712]. Hasta se dice que vino a Europa, pero que no pasó de la Tracia, donde la falta de víveres y el rigor del clima detuvieron sus ambiciones. Volvió a Egipto después de haber corrido de victoria en victoria, durante nueve años, y consagrado en todas partes a su paso, a manera de trofeos, estatuas o estelas con su

---

707 Lepsius, *Denkm*., III, 150. La mayor parte de los nombres de ciudades mencionados en esta ocasión no pueden desgraciadamente leerse.

708 Lepsius, *Denkm*., III, 145 c.

709 Brugsch, *Recueil*, t. II, hoja V. 1. 2 y siguientes.

710 El texto de este tratado ha sido publicado en Champollion, *Not. man.*, t. II; Lepsius, *Denkm*., III, 46; Brugsch, *Monuments*, t. I, lám. XXVIII; fue traducido por E. de Rougé en Egger, *Études sur les traités publics*, pág. 243; por Chabas, *Voyage d'un Égyptien*, páginas 322 y siguientes; por Goodwin, *Treaty of peace between Ramses II and the Hittites*, en los *Records of the Past*, t. IV, págs. 25-32; por Max Müller, *Der Bündnisvertrag Ramses II und des Chetiterkönig's*, 1902.

711 El nombre Sesostris y Sesoosis está sacado de un de los nombres vulgares de Ramsés II. Sesturi o Sessuri.

712 Heródoto, II, 103-105. M. Hyde Clarke ha tratado de probar la realidad de esta tradición por la filología, *Memoir on the comparative Grammar of Egyptian*, Coptic and Ude, London, 1873.

nombre. Heródoto había visto varias en Siria y en la Jonia[713]. Los viajeros han señalado, en efecto, no lejos de Beyruth, en la desembocadura del Nahr-el-Kelb, tres estelas grabadas en las rocas y fechadas en los años II y IV de Ramsés II[714]. Las dos figuras que Heródoto decía existir en su tiempo en Asia Menor, subsisten hoy todavía cerca de Ninfi, entre Sardes y Esmirna. A primera vista, parecen tener realmente la característica de las obras faraónicas, pero un examen atento pone de relieve una multitud de pormenores que no confirman esta impresión. El calzado es encorvado, como los zapatos de punta encorvada de la Edad Media, el tocado más semejante a una tiara frigia que a la doble corona, y el calasiris estriado de derecha a izquierda en lugar de estarlo de arriba abajo[715]. Es, como lo prueba la inscripción, obra de un artista asiático y no de un escultor egipcio[716].

Desde el año XXI a la muerte del rey, durante cuarenta y seis años, la paz no fue turbada. Se observaron lealmente de una y otra parte las condiciones del tratado. Muy pronto una alianza de familia llegó a estrechar los lazos de amistad que se habían anudado entre ambos soberanos. Ramsés casó con la hija mayor de Khatusil[717], y pocos años después, invitó a su suegro a visitar el valle del Nilo. «El gran jefe de Khati envía a decir al jefe de Qidi: Prepárate, que vamos a Egipto. La palabra del rey se ha manifestado, obedezcamos a Sesostris. Da los alientos de la vida a los que le aman: así todos los países le quieren, y Khati está completamente identificado con él.»[718] Khatusil visitó, el año XXXIII, la ciudad de Ramsés, quizá también Tebas. Grabóse en esta ocasión una estela en que está representado en compañía de su hija y de su yerno[719]. No sin admiración mezclada de agradecimiento vio el Egipto a sus enemigos más encarnizados convertirse en sus más fieles aliados y los pueblos de Kimit no tener más que un corazón con los jefes de Khati, lo que no había ocurrido desde los tiempos del dios Ra.»[720]

A favor de aquella tranquilidad, el rey pudo dedicarse a su afición a las construcciones monumentales. «Hizo, dicen los historiadores griegos, edificar un templo en cada ciudad a la divinidad principal del lugar.» Y realmente Ramsés II es el rey constructor por excelencia. Durante los sesenta y siete años de reinado que le fueron tan generosamente concedidos, tuvo lugar para concluir lo que sus predecesores habían bosquejado y para realizar la labor de varias generaciones. Puede decirse, sin temor a equivocarse, que no hay ruina en Egipto y en Nubia donde no se lea su nombre[721]. El gran speos de Ibsambul estaba destinado a perpetuar el recuerdo de las expediciones contra los negros y contra los sirios; cuatro colosos monolitos de veinte metros de altura adornan la entrada. En Tebas, se añadió al templo de Amenotés III en Luxor un patio, dos pilones y dos obeliscos de granito, el más hermoso de los cuales está hoy desterrado en París en la plaza de la Concordia. El templo de Gurnah, proyectado por Setuí en honor de Ramsés I, fue terminado y consagrado. El Rameseión, conocido de los antiguos con el nombre de Tumba de Osimandias, evocó una vez más en sus esculturas los episodios de la campaña del año V. En todas partes, en la

---

713 Heródoto, II, CII-CVII.

714 Lepsius, Denkm., III, 197. Otra de estas estelas, pero muy mutilada, se ha encontrado en Adlún, cerca de Tiro. E. Renan, *Mission de Phénicie*, págs. 661-662).

715 Charles Texier, *Asie Mineure*, II, 304. Se llama calasiris a la especie de falda corta ceñida a la cadera que era la prenda más importante del traje nacional egipcio.

716 Sayce, *The Monuments of the Hittites*, en las *Trans. of the Soc. of B. Arch.*, t. VIII, págs. 265 y siguientes.

717 *Inscription d'Ibsamsul*, en Bouriant, *Notes de voyage*, en el *Recueil de Travaux*, t. XVIII, págs. 164-166.

718 *Pap. Anastasi II*, hoja II; *Pap. Anastasi IV*, hoja VI, 1. 7-9. Véase Chabas, *Mél. Égypt.*, 2ª serie pág. 151, y G. Maspero, *Du genre epistolaire*, pág. 102.

719 Lepsius, *Denkm*., III, 196.

720 *Idem*. hoja 193, 1. 26 y siguientes.

721 Mariette, *Hist. d'Égypte*, págs. 60-61.

necrópolis de Abydos[722], como en Menfis[723] y en Bubastis, en las canteras de Silsilis[724] como en las minas del Sinaí, se tropieza con la mano de Ramsés II. El templo de Tanis, olvidado por los soberanos de la decimoctava dinastía, fue restaurado y engrandecido; la ciudad misma se repobló y surgió nueva de entre sus ruinas[725]. En varios puntos, los arquitectos, por exceso de labor que realizar, cometieron verdaderas usurpaciones: borraron en estatuas y templos el nombre de los reyes que los habían consagrado, para sustituirles los cartuchos de Ramsés[726]. Lo que corresponde propiamente a este soberano es la decoración de la sala hipóstila de Karnak. Ramsés I había concebido el plano, Setuí la empezó, Ramsés la adornó casi por entero.

Concedió mucho tiempo y recursos a los trabajos de utilidad pública. Desde el año III se había preocupado de asegurar la explotación de las minas de oro de Nubia y había mandado hacer el camino que conduce desde el Nilo al Gebel-Olaki, lo mismo que una serie de estaciones provistas de cisternas y de pozos[727]. Más tarde limpió y completó la red de canales que surcaban el Egipto inferior, entre otros el canal abierto entre el Nilo y el Mar Rojo[728], en el límite del desierto. Reparó las murallas y los puestos fortificados que defendían el istmo de los ataques de los beduinos, y todavía, como las necesidades de la política le obligaron a residir al Oriente del Delta, fundó, casi en la frontera, varias ciudades, la más importante de las cuales recibió su nombre, Ramsés-Anakhuitú. Los poetas del tiempo nos han dejado de ella descripciones pomposas: «Se extiende, dicen, entre la Siria y el Egipto, toda llena de provisiones deliciosas. Es como la reproducción de Hermonthis; su duración es la de Menfis; el sol se levanta y se pone en ella. Todos los hombres abandonan su ciudad y se instalan en su territorio.»[729] «Los ribereños del mar le traen en homenaje anguilas y pescados, y le dan el tributo de sus marismas. Los guardas de la ciudad visten a diario trajes de fiesta, con aceite perfumado en sus cabezas con pelucas nuevas; están a las puertas, las manos cargadas de ramos de flores, de ramas verdes de la aldea de Pa-Hathor, de guirnaldas de la de Pahur, el día de la entrada de Faraón... Usirmari dios Sotpenri, v. s. f. Montú en los dos Egiptos, Ramsés Miamún v. s. f. el dios.»[730]

Como se ve, la retórica florecía en tiempo de Ramsés II. Por desgracia, los manuscritos que han conservado las obras de los autores en boga, han olvidado consignar su nombre[731]. El que de ellos se cita con más frecuencia, el que equivocadamente llamamos Pentaur, se ha complacido en celebrar las hazañas de Ramsés en la batalla de Qodshú. Conocemos ya el asunto: el rey, sorprendido por el príncipe de Khati, se ve obligado a luchar personalmente y a cargar al frente de

722 Mariette, *Abydos*, t. I y II. Ramsés II acabó el templo empezado por su padre y construyó, por cuenta propia, un segundo templo, hoy totalmente en ruinas.

723 El coloso derribado de Mit-Rahinéh y los restos de murallas, todavía visibles cerca de Kom Abu-Khanzir, atestiguan la extensión de los trabajos emprendidos en el templo de Ptah (Mariette, *Monuments divers*, lám. 31).

724 Lepsius, *Denkm*., III, 175 a, 200 d; Stern, *Zeitschrift*, 1873, págs. 129 y siguientes, y 1875, págs. 175 y siguientes, y *Records of the Past.*, t. X, págs. 37-44, donde se han publicado y traducido las tres principales inscripciones grabadas en Silsilis en el reinado de Ramsés II.

725 Mariette, *Lettres a M. le vicomte de Rougé sur les fouilles de Tanis*, en la *Revue archéologique*, 1860, t. IV, páginas 97 y siguientes; 1861, t. V, págs. 297 y siguientes.

726 La gran esfinge A 21 del Louvre, por ejemplo, ha sido tallada en tiempo de un rey de la duodécima o de la decimotercera dinastía.

727 Birch, *Upon an historical tablet of Ramses II*, en la *Archæologia*, t. XXXIV, págs. 357, 359; Chabas, *Inscriptions des mines d'or*, páginas 13, 199.

728 Aristóteles, *Meteor*., I, 14; Estrabón, l. I, § 1; Plinio, *H. N.*, VI, 29, § 165. Todos estos autores dicen que la empresa se empezó, pero no fue terminada. Un monumento de la época de Setí I nos muestra el canal en actividad desde antes de Ramsés II.

729 *Pap. Anastasi II*, hoja I, 1. 2-5; *Papyrus Anastasi* IV, hoja IV, 1. 2-4. Véase Chabas, *Mél. égypt.*, 2ª serie, pág. 151; Maspero, *Du genre épistolaire*, página 102.

730 *Pap. Anastasi III*, hoja III, 1. 1-9. V. Chabas, *Mél. égypt*., 2ª serie, págs. 132-134; Maspero, *Du genre épistolaire*, págs. 105-106.

731 A. Erman, *Neuägyptische Grammatik*, págs. 6-7.

su cuarto militar. «He aquí que Su Majestad se alzó como su padre Montú, asió sus armas y revistió la coraza, semejante a Baal en aquel momento. Los grandes caballos que llevaban a Su Majestad —«Victoria de Tebas» era su nombre—, procedían de las cuadras de Usirmari Sotpunri, amado de Amón. El rey, habiéndose lanzado, penetró en las filas de aquellos perversos Khati. Estaba solo, ningún otro había con él; habiéndose adelantado de esta suerte a la vista de los que estaban detrás de él, vióse envuelto por dos mil quinientos carros, cortada su retirada por todos los guerreros del perverso Khati y por los pueblos numerosos que los acompañaban, por las gentes de Arad, de Misia, de Pedaso. Cada uno de sus carros llevaba tres hombres y todos estaban reunidos en masa.»

«¡Ningún príncipe estaba conmigo, ningún general, ningún oficial de los arqueros o de los carros! ¡Mis soldados me han abandonado, mis caballeros han huído delante de ellos, y ni uno ha quedado para combatir a mi lado!... Entonces Su Majestad dice: ¿Dónde estás, oh padre mío Amón? ¿Es que un padre puede abandonar a su hijo? ¿He hecho yo alguna cosa sin ti? ¿No he avanzado y me he detenido según tu palabra? No he trasgredido tus órdenes. ¡Es muy grande el señor del Egipto que derriba a los bárbaros a su paso! ¿Qué son, pues, a tu lado esos asiáticos? Amón enerva a los impíos. ¿No te he consagrado ofrendas innumerables? He llenado tu sagrada morada con mis prisioneros; te he edificado un templo para millones de años; te he dado todos mis bienes para tus tesoros. Te he ofrecido el mundo entero para enriquecer tus dominios... ¡En verdad, suerte miserable está reservada al que se opone a tus designios, dicha al que te conoce!, porque tus acciones las dicta un corazón lleno de amor. ¡Yo te invoco, ¡oh padre mío Amón! Héme aquí en medio de pueblos numerosos y para mí desconocidos; todas las naciones se han coligado contra mí, y estoy solo, nadie está conmigo. Mis numerosos soldados me han abandonado; ninguno de mis caballeros ha mirado hacia mí; cuando los llamaba, ni uno solo ha escuchado mi voz. ¡Pero pienso que Amón vale más para mí que un millón de soldados, que cien mil caballeros, que miles de miles de hermanos o de mozos, aun cuando todos estuvieran reunidos! El esfuerzo de los hombres no significa nada. Amón los vencerá. He hecho esto por consejo de tu boca ¡oh Amón! y no he trasgredido tus consejos. ¡He aquí que te he hecho glorioso hasta los extremos de la tierra!»

Pensad que está en un campo de batalla, que los sirios le cercan y que se ve solo contra una muchedumbre. No se trata de vencer, sino de romper el cerco o morir como conviene a un rey. A pesar del peligro que le abruma, su primer impulso le dirige a su dios. En el momento de precipitarse en la pelea e intentar el supremo esfuerzo, toma a su padre Amón por testigo y le llama en su auxilio, no brevemente, en unas cuantas palabras dichas a la ventura entre dos estocadas, sino prolijamente, con tanta calma y serenidad como si se hallase todavía en los santuarios pacíficos de Tebas. El pensamiento divino se ha apoderado de él y le ha arrebatado por un instante de la tierra. El peligro ha desaparecido, los enemigos se han disipado, el mundo entero parece haberse ocultado a su paso. Ha subido sin transición a los confines de un mundo tan tranquilo y tan alto, que el estrépito de la batalla no llega hasta él. Contempla a Amón frente a frente, le repite los honores que ha rendido a los dioses, los beneficios con que ha colmado sus templos, y reclama la intervención de los poderes celestiales, no como podría hacerlo un simple mortal, en palabras humildes y suplicantes, sino en tono imperioso y sublime de que se desprende el sentimiento de su propia divinidad.

No se hace esperar el socorro. «La voz ha resonado hasta Hermonthis. Amón acude a mi invocación; me da su mano. Lanzo un grito de alegría, habla a mi espalda: «Acudo a ti, a ti, Ramsés-Miamún v. s. f.; estoy contigo y valgo más para ti que cientos de miles. Soy el señor de la fuerza que ama la valentía: he reconocido un corazón valeroso y estoy satisfecho. Mi voluntad se cumplirá.» Semejante a Montú, con la derecha lanzo mis flechas, con la izquierda derribo a los enemigos. Soy como Baal, llegado el caso, delante de ellos. Los dos mil quinientos carros que me rodean quedan rotos en pedazos ante mis yeguas. Ni uno de ellos encuentra su mano para combatir; el corazón les falta en el pecho y el miedo enerva sus miembros. No saben ya disparar sus flechas y ya no tienen fuerza para sostener sus lanzas. Los precipito en las aguas, como en ellas cae el

cocodrilo; quedan tendidos cabeza abajo, encima uno de otro, y yo mato en medio de ellos. No quiero que ni uno solo vuelva la vista ni que haga frente; el que cae no se levantará más».

El efecto producido por aquella súbita aparición de la divinidad en lo más empeñado de la batalla es grande, aun para una persona de nuestro tiempo, habituada a considerar la aparición de los dioses como simple recurso teatral. Para un egipcio, educado en el respeto ilimitado a las fuerzas sobrehumanas, debía ser irresistible. El príncipe de Khati, que cree haber triunfado, se siente como detenido de pronto en su victoria por un poder invisible, y «retrocede acometido de terror. Mandó avanzar entonces a sus jefes numerosos con sus carros y sus gentes ejercitadas en el manejo de todas las armas; el príncipe de Arad, el de Misia, el príncipe de Ilión, el de Licia, el de Dardania, el príncipe de Gargamish, el de Qarqisha, el de Khalupú. Aquellos aliados de Khati, reunidos todos, contaban tres mil carros.» Todos los esfuerzos son vanos. «Me precipité sobre ellos semejante a Montú: mi mano los devoró en un instante, tajé y maté entre ellos. Decíanse unos a otros: «No es un hombre el que está entre nosotros, es Sutkhú el gran guerrero, es Baal en persona. No es propio de un hombre lo que él hace; solo, completamente solo, hace retroceder a cientos de miles, sin jefes y sin soldados. Apresurémonos, huyamos de su presencia, salvemos nuestra vida y alentemos todavía». El que acudía a combatirle sentía su mano debilitada; ya no podían sostener el arco ni la lanza. Viendo que había llegado a la unión de los caminos, el rey los persiguió como el grifo».

Una vez los enemigos en retirada, entonces solamente interpela a los suyos, menos para asegurarse su auxilio que para tomarles por testigos de su valor. «¡Mantenéos firmes, reanimad vuestros corazones, soldados míos! Veis mi triunfo, y yo estaba solo; Amón me ha dado las fuerzas, su mano está conmigo». Da alientos a su escudero Menna, a quien el número de los enemigos llena de terror, y se precipita en medio de la pelea. «Seis veces cargué contra los enemigos». Por la tarde llega al fin su ejército y le libra. Reune a sus generales y los abruma con sus reproches. ¿Qué dirá el mundo entero, cuando sepa que me habéis dejado solo y sin segundo; que ni un príncipe, ni un oficial de carros o de arqueros ha unido su mano a la mía? He combatido, he rechazado millones de pueblos, yo solo. *Victoria de Tebas* y *Nuri satisfecha* eran mis grandes caballos, a ellos he encontrado obedientes a mi mano cuando estaba solo en medio de los enemigos temblorosos. Les haré comer en mi presencia, todos los días, cuando esté en mi palacio, porque los he encontrado cuando estaba rodeado de los enemigos, con el jefe Menna, mi escudero, y con los oficiales de mi casa que me acompañaban y con mis testigos del combate; a esos he encontrado. He vuelto después de una lucha victoriosa y he herido con mi espada a las muchedumbres reunidas».

La escaramuza del primer día no fue más que el preludio de una batalla más considerable. Al día siguiente por la mañana, reanudóse la pelea, con el triunfo para los egipcios y las pérdidas de los asiáticos que hemos dicho anteriormente. El poeta no entra en pormenores respecto a aquel segundo encuentro. Le describe rápidamente, en unas cuantas líneas consagradas por entero al elogio del rey. Efectivamente, el argumento del poema no es la victoria de Qodshú y la derrota de los ejércitos sirios. Por importantes que estos acontecimientos sean para el historiador, el poeta no los tiene en cuenta. Ha querido cantar el valor indomable de Sesostris, su fe en el auxilio de los dioses, la fuerza irresistible de su brazo; ha querido mostrarle sorprendido, abandonado de los suyos, y remediando con su valor las faltas de sus generales, marchando solo contra los enemigos, obligándolos por seis veces a retroceder y teniéndolos a raya hasta la puesta del sol. Todos los hechos que podrían estorbar a la impresión de conjunto o disminuir el brillo del valor real quedan olvidados. Del cuarto militar, una simple mención; del segundo día de combate, una descripción insuficiente. El rey de los hititas implora la paz. Sesostris se la concede y regresa triunfante a Tebas. «Amón se acercó para saludarle, diciendo: «¡Ven, nuestro hijo querido, oh Ramsés Miamum!» Los dioses le han asignado los períodos infinitos de la eternidad en el doble trono de su padre Atumú, y todas las naciones están caídas bajo sus sandalias.»[732]

732 El texto del poema figura en los *Papyrus Raifé* y *Sallier III*, así como en Ibsambul, Abydos, Luxor, Karnak y en el Rameseión. La traducción se debe a M. E. de Rougé, *Recueil de travaux*, 1870, t. I, págs. 1-8.

VI.
LAS GRANDES EMIGRACIONES MARÍTIMAS Y LA VIGÉSIMA DINASTÍA

La colonización sidonia, el Asia Menor y los hititas. Las emigraciones de los pueblos del Asia Menor y el Éxodo. Ramsés III y la vigésima dinastía; los grandes sacerdotes de Amón.

La colonización sidonia, el Asia Menor y los hititas.

De los pueblos de Siria, los fenicios eran los que más se habían aprovechado de la conquista egipcia. Colocados fuera del camino ordinario de los ejércitos, no habían tenido que padecer el paso de los mismos ni tampoco las peripecias de la lucha, como las otras naciones de Canaán. El grupo del Norte, el que comprendía las ciudades de Arad y de Simyra, se había mostrado al principio bastante rebelde. Se le había visto, en tiempo de Tutmosis III, asociado en varias ocasiones a las revueltas de los Rutonú, pero había sido castigado de manera que no le quedaron deseos de reincidir. El grupo del Centro y el del Sur, Gebel y Beruth, Sidón y Tiro, se había mostrado más resignados con su suerte, desde la época de Tutmosis I hasta la de Ramsés II, y su resignación le había valido serios provechos. Sus marinos hacían el comercio de comisión en Egipto por cuenta de los extranjeros, y en el extranjero por cuenta del Egipto. Gracias a la paz que disfrutaban, Sidón y Tiro habían desarrollado sus flotas y llegado al punto más alto de la riqueza y de la actividad.

Los fenicios traficaban con el exterior a la vez por tierra y por mar, por medio de caravanas y de barcos. Todos los caminos que, desde los principales mercados del Oriente, de la Caldea, de la Arabia, de la Armenia, de las regiones del Cáucaso, se dirigían al Occidente, iban a parar en último término a Sidón y a Tiro. No es probable que los fenicios mismos fueran siempre a buscar la mayor parte de los artículos de comercio a los países productores; los tomaban más bien en los mercados intermedios del Asia Menor y de la Caldea. Por lo menos, habían llegado hasta donde era posible en las grandes vías del comercio, y habían sembrado factorías en los puntos importantes, en los vados de los ríos y en los desfiladeros de las montañas[733]. Lais, en las fuentes del Jordán, no lejos del desfiladero en que la senda que conduce de Egipto a Asiria abandona la Siria meridional por la Celesiria, era una colonia de sidonios[734]. Hamath, en el valle del Orontes, Tapsaco, a orillas del Éufrates[735], Nisibis[736], cerca de las fuentes del Tigris, se atribuían origen fenicio. Estas ciudades, y otras más de que la historia no ha conservado recuerdo, eran a modo de otros tantos jalones que los mercaderes de Sidón habían plantado en el camino de sus caravanas, y de factorías en que se reunían los productos de las regiones circundantes, para enviarlos, en tiempo oportuno, a sus almacenes del Líbano.

Pero Hamath, Tapsaco, Nisibis, perdidas en el interior de las tierras, no eran, propiamente hablando, posesiones sidonias, sino factorías dependientes de los príncipes o de las tribus vecinas, en modo alguno de la metrópoli. El comercio marítimo con los pueblos mediterráneos dio lugar, por el contrario, a la creación de un verdadero Imperio colonial. Los comienzos y los progresos de los cruceros, que hicieron del Mediterráneo un mar fenicio, nos son bastante poco conocidos. Los documentos que los archivos de Tiro y Sidón encerraban relativos a este particular ya no existen,

733 Movers, *Die Phönizier*, t. II, 2º fasc. págs. 159-165.

734 Josué, XIII. 6: Jueces, XVIII, 7-8.

735 Movers, *Die Phönizier*, t. II, 2º fasc. pág. 164.

736 Esteban de Bizancio, s. V. Νίσιβις.

como tampoco los libros que los escritores de la época greco-romana habían hecho para suplirlos. Casi todo lo que sabemos ha llegado a nosotros envuelto en fábulas. Referíase que Melkhart, el Hércules tirio, había reunido un ejército y una armada numerosos, con el designio de conquistar la Iberia, donde reinaba Khrysaor, hijo de Gerión. Había sometido el África, y de camino, había introducido la agricultura y construido la ciudad fabulosa de Hecatómpilos, había cruzado el estrecho a que dio su nombre, fortificado Gades y vencido a España. Después de haber robado los bueyes míticos de Gerión, había vuelto a Asia por la Galia, Italia, Cerdeña y Sicilia. Con esta epopeya de conjunto, que resume bastante bien los caracteres principales de la colonización fenicia, se relacionaban mil tradiciones locales: Kinryas fundando ciudades en Chipre y en Melos, Europa raptada por Zeus, Cadmo visitando Chipre, Rodas, las Cícladas, en busca de su hermana, construyendo la Tebas de Beocia y yendo a morir a Iliria. En todas partes donde los fenicios habían puesto la planta, la grandeza y la audacia de sus empresas había dejado en la imaginación de los indígenas recuerdos imborrables. Su nombre, sus dioses, el tiempo de su dominación, habían pasado a constituir leyendas, y gracias a estas leyendas mezcladas con fábulas se adivina en parte la historia perdida de sus descubrimientos.

Los giblitas habían sido quizá los primeros en poblar las costas circundantes[737]. Pero Byblos era un lugar de reunión de peregrinos más que una ciudad mercantil[738]. Los sidonios continuaron y condujeron más adelante sus exploraciones. Ocuparon Chipre, donde Byblos no tenía más que establecimientos de poca importancia. Según pensaban los antiguos, Chipre no era inferior a ninguna de las islas del mundo a la sazón conocido[739]. Tiene próximamente sesenta leguas de larga y un promedio de veinte de ancha. Proyecta hacía el Nordeste una península estrecha, bastante parecida a un dedo que apunta a la desembocadura del Orontes. Dos cadenas montañosas poco elevadas la atraviesan casi paralelamente de Oriente a Occidente; hoy todavía el valle que las separa sorprende a los viajeros por su fertilidad. El suelo es un depósito de limo negro, tan profundo como el de Egipto[740], y le renuevan cada año las crecidas del Pediæos y de sus afluentes[741]. En otro tiempo las montañas estaban cubiertas de bosque[742] y ofrecían recursos inagotables para una potencia marítima. En la época de los emperadores romanos, los chipriotas se vanagloriaban de poder construir y aparejar un gran navío, desde la quilla a la punta de los mástiles, sin traer nada de fuera[743]. El suelo es fértil por lo general. Produce trigo en cantidad suficiente para el consumo de los habitantes y se presta al cultivo de la viña y del olivo, pero su riqueza efectiva está en las minas. Todavía se encuentra en ellas hierro, alumbre, amianto, ágata, sardónica y piedras preciosas. Las colinas de Tamasos encerraban tanto cobre que los romanos se acostumbraron a llamar a este metal cyprium[744] y la denominación ha pasado a todas las lenguas europeas. No se sabe ni qué nombre tenían los primeros habitantes de la isla, ni a qué raza hay que afiliarlos. Los documentos egipcios parecen dar a Chipre el nombre de Asi[745], pero, desde los tiempos de la decimoctava dinastía, Chipre era ya tierra fenicia. Byblos había fundado el célebre santuario de Pafos en la costa occidental; Golgos, Lapethos, Kurión, Karpasia, Soli, Tamasos eran otros tantos pequeños Estados distintos, gobernados por reyes independientes entre sí. Primeramente colocados bajo el influjo de Byblos, los reinos de Chipre se pusieron luego bajo el de Sidón. Recibieron entonces colonos

737 Movers, *Die Phönizier.*, t. II, 2º fasc., págs. 195 y siguientes.

738 E. Renan, *Mission de Phénicie*, págs. 179 y siguientes, incluye la enumeración de sus templos en los tiempos clásicos.

739 Estrabón, l. XIV, 6; Eustaquio, *Ad Dionys.*, v. 508.

740 Eliano, *Hist. Anim.*, V, 56.

741 Ross, *Voyage aux Iles*, IV, pág. 119.

742 Erastóstenes en Estrabón, l. XIV, 6.

743 Amiano Marcelino, l. XIV, 27.

744 Estrabón, l. XIV, 6; Plinio, *H. N.*, l. XXXXIV, 8.

745 Véase nota 623.

sidonios que fueron garantía de su fidelidad a la metrópoli y que acabaron de hacer de la isla un territorio semítico[746].

Hacia el Sur, los fenicios no poseían establecimientos permanentes. Tuvieron puestos fortificados en la costa meridional de la Siria, en Dor[747], en Joppé[748], en el monte Casios, en la frontera del Egipto. Más allá del monte Casios, cesaba su poderío. Faraón no habría permitido jamás que gente extranjera levantase fortalezas en su territorio, en las bocas de su río. Hubieron de contentarse con tener en las grandes ciudades del Delta, en Tanis, en Bubastis, en Mendés, en Sais, en Ramsés-Anakhuitú, factorías sujetas a la vigilancia de la autoridad egipcia. Los almacenes que instalaron en Menfis, en el barrio Ankhtouí, lograron desarrollo considerable y llegaron a ser una verdadera ciudad[749]. Desde Egipto, sus navíos avanzaron al Occidente, pero sin grandes resultados al principio: las costas inhospitalarias de la Marmárica detuvieron su expansión por este lado durante algunos siglos.

Los países del Norte ofrecían también a sus armadores vasto campo de ganancias y aventuras. Poco más allá del Orontes, la costa se dirige a Occidente y no abandona ya durante mucho tiempo esta dirección. Acaba la Siria y empieza el Asia Menor. Esta afecta la forma de una meseta compacta, limitada por todos lados y surcada por potentes montañas. Es «como un Irán pequeño que surge del seno de tres mares», el Mediterráneo, el mar Egeo y el Ponto Euxino[750]. Al Sur, la meseta se apoya en el Tauro; al Norte está limitada por una cadena de menor altura, ramal del Cáucaso, que se despliega paralelamente al Mar Negro y que termina en el Olimpo de Misia, entre Nicea y Dorilea. Una línea de colinas poco elevadas enlaza el Tauro con el Olimpo y corre diagonalmente de Sudeste a Noroeste. Al Oriente la península se une al Éufrates y al macizo confuso de la Armenia. Las aguas que descienden al interior, hacia el centro, no llegan todas al mar. Sólo el Pyramos y el Saros al Sur, el Iris, el Halys y el Sangarios al Norte, tienen poder suficiente para abrirse camino a través de la maciza barrera que del mar los separa. Los otros ríos vierten en las hondonadas, donde originan pantanos, charcas, lagos de contornos mal definidos, análogos a los del Irán y la Tartaria. El más vasto de ellos, el Tatta, es salado y varía de extensión según las estaciones.

«En parte alguna como en el Asia Menor se observa el contraste entre el interior y el litoral. La costa es como otra tierra, sometida a otras leyes que el interior.»[751] En la zona occidental hay valles amplios y profundos, abiertos a Occidente y regados por ríos trabajadores, cuyos aluviones avanzan cada año en el mar, el Kaikos, el Hermos, el Caistro, el Meandro. Todos arrastraban oro en abundancia, al menos en la antigüedad remota, y están separados unos de otros por líneas de montañas, que se alzan súbitamente en la lisa superficie de la llanura, como islas sobre el espejo del Océano: el Messogis (Kastanéh-Dagh), entre el Meandro y el Caistro; el Tmólos (Kisilia-musa-dagh), entre el Caistro y el Hermos. La costa, profusamente dentellada, está bordeada por grandes islas: Lesbos, Chíos, Samos, Cos, Rodas, la mayor parte bastante cercanas al continente para dominar las desembocaduras, bastante alejadas de él para estar al abrigo de una invasión repentina. Territorio fértil en trigo, en viñas, en olivares, lo mismo que en árboles y en metales, puertos numerosos y seguros, aquella parte del Asia Menor reunía todas las ventajas de un país de cultivo intenso y de una zona mercantil. Debía ser forzosamente morada de pueblos a la vez labradores y marinos, productores y comerciantes. Estaba encerrada entre dos grupos de montañas mal unidas a

746 Movers, *Die Phönizier*, t. II, 2º fasc. páginas 203-246.

747 Esteban de Bizancio, s. v. Δῶρος. Dor tenía una pesquería de púrpura y un recinto fortificado (véase E. Renan, *Mission de Phénicie*, págs. 40-41 y 757).

748 Esteban de Bizancio, s. v. Ἰόπη.

749 Brugsch, en la *Zeitschrift für ægyptische Sprache*, 1863, pág. 9. El cementerio de este barrio extranjero nos ha dado cierto número de estelas arameas de época persa.

750 Curtius, *Griechische Geschichte*, t. I, pág. 5.

751 E. Curtius, *Die Ionier vor der ionischen Wanderung*, pág. 9.

la meseta del centro, al Norte, el Ida, revestido de bosques, rico en metales, rico en rebaños; al Sur, las cimas volcánicas de la Licia, donde la tradición colocaba la Quimera que vomitaba llamas. Al Oeste de la Licia y al Sur del Tauro seguía una costa abrupta, interrumpida por la desembocadura de torrentes que se precipitan a pico desde la cumbre de la montaña al mar, y abren otros tantos valles paralelos entre sí. En la extremidad oriental, próximamente en el ángulo determinado por el encuentro de la Cilicia y de la Siria, los esfuerzos reunidos del Pyramos y del Sasos habían reunido vasta llanura de aluviones, que los geógrafos de la época clásica llamaban la Cilicia llana (Cilicia campestris) por oposición a los cantones pedregosos del Tauro (la Cilicia tráquea).

Todas las razas del mundo antiguo parecen haberse dado cita en Asia Menor. Al Noroeste, eran pueblos bárbaros, emparentados quizá con los más antiguos habitantes de la Media, del Elam y de la Caldea; al pie del Cáucaso, los Iberos, los Kashki o cólquidos a orillas del Faso, luego, en la costa del Ponto Euxino, los Saspiros y los Calybes, dedicados a la explotación de los metales y que proveían de estaño, de cobre, de hierro, hasta de plata y oro a la mayor parte de las naciones del mundo oriental. Más al Sur, dominaban los Mushki y los Tabal, Meshekh y Tubal de la Biblia. Los Tabal llenaban el valle del Iris y llegaban al Mar Negro; los Mushki dominaban las orillas del alto Éufrates y se extendían casi hasta el Halys[752]. De las dos capitales de la Capadocia clásica, una, Mazaca, en el monte Argeión, había conservado su nombre; la otra, Kumanú (Comana), había sido fundada por ellos y les había pertenecido mucho tiempo. Siglos de lucha fueron necesarios para desposeerlos de su patrimonio y arrojarlos hacia el Cáucaso.

Más al Sur, en la masa muy irregular del Tauro, se resguardaban los hititas y muchos clanes aliados suyos, algunos de los cuales eran de origen semítico. Es bastante probable, en efecto, que en los primeros momentos de la invasión, los semitas no se limitaran a colonizar la Siria y las orillas del Éufrates, sino que grupos suyos llegaran al Oeste a Cilicia[753], quizá hasta el Ponto Euxino y el Mar Egeo. Por desgracia, no puede demostrarse todavía históricamente este hecho. Las palabras que a nosotros han llegado de las lenguas antiguas del Asia Menor se refieren unas al tronco ario, otras a grupos de lenguas poco determinados[754]. Los mismos mitos y la religión de los pueblos se relacionan más de cerca con los mitos de la Grecia que con las religiones de los semitas. Se ha identificado justamente a Lud, el hijo de Sem, con los lidios, pero, aun cuando esta asimilación fuera cierta, no probaría nada respecto al origen del pueblo. Si algunas tribus semíticas penetraron en Asia Menor, pronto fueron expulsadas, destruidas o absorbidas por el resto de la población.

La península propiamente dicha estaba, pues, en manos de una raza aria. El Helesponto y el Bósforo no han constituido jamás frontera etnográfica. Los dos continentes entre los cuales corren sus aguas, no son, en este punto, más que las dos orillas de una misma cuenca, las dos vertientes de un mismo valle, cuyo fondo hubiera quedado sumergido bajo las aguas. Los pueblos que habían invadido la península de los Balcanes y colonizado la Tracia, pasaron los dos brazos de mar que los separaban de Asia en época muy remota[755] e importaron la mayor parte de los nombres que ya tenían en su patria europea. Había dardanios en Macedonia a orillas del Axios, lo mismo que en la Troade alrededor del Ida; kebrenos al pie de los Balcanes y una ciudad, Kebrene, junto a Ilion. La nación ilustre de los brigios, bebrices, frigios dejó parte de su contingente en el valle del Estrimón, al Norte de Macedonia, y partió para el Oriente[756]. La inmensa mayoría de los emigrantes se reconcentró en la orilla occidental de la meseta asiática, en el distrito regado al Norte por el

752 Véase acerca de estos pueblos Gelzer, *Kappadokien und seine Bewohner*, en la *Zeitschrift*, 1875, págs. 14-26, y sobre todo Schrader, *Keilinschriften und Geschichtforschung*, págs. 155-162.

753 En Cilicia, al lado de nombres extraños, pertenecientes probablemente al idioma de los hititas, Nineps, Kualis, Bla, Tutustués, que dan las inscripciones, se encuentran, en la nomenclatura geográfica, nombres semiticos, Saros (Esteban de Bizancio, s. v. Ἄδρνα) Tarsos, etc.

754 Véase sobre el particular la obra de Krätschmer. *Einleitung in die Geschichte der Griechischen Sprache*.

755 Heródoto, VI, XLV, VII, LXIII; Jantos, en los *Fragm. Hist. Græc.*, t. I, pág. 37; Estrabón, X, 3, 16.

756 Estrabón, XII, III, 4; VII, III, 2, etc.; Heródoto, VII, LXXVIII; Diodoro de Sicilia, V, 48.

Sangarios, al Sur por el Meandro. Su dominio, al que dieron el nombre de Frigia, ha sido siempre celebrado por la fertilidad de los campos y por la riqueza de sus praderas. Bastante cálido para prestarse al cultivo de la vid, suficientemente templado para conservar el vigor nativo de sus habitantes, fue durante la antigüedad asiento de un reino poderoso y de una raza laboriosa. La lengua frigia se aproxima al griego más quizá que el gótico al medio alto-alemán[757]; su declinación y su conjugación presentaban las flexiones y sufrían en parte las leyes fonéticas del griego[758]. Apartados del mar por hombres de la misma familia que ellos, su civilización adquirió por su aislamiento un sello particular. Su religión imponía a los fieles un dios supremo, Bagaios[759], que los griegos confundían con su Zeus, un dios-luna Min o Menes[760], y una diosa madre Amma[761], que se llamaba Kybele, Agdistis, Dindymene, Idea, según las montañas en que se alzaban sus santuarios. Los amores de Kybele con Atys, hijo de Manes, el enervamiento, la muerte y la resurrección del joven dios, el luto de la diosa, el fanatismo y los ritos bárbaros de sus sacerdotes, hicieron famosos en la antigüedad los cultos frigios. La población se dedicaba con preferencia a las labores del campo; una de sus viejas leyes castigaba con la muerte al que hubiera matado un buey o destruido un instrumento de labranza[762]. Según la leyenda, Gordios, el primero de sus jefes, habría sido simple aldeano y no habría tenido más que dos pares de bueyes[763]. Midas, hijo de Gordios y de la diosa Kybele, había adquirido, por el contrario, la fama de príncipe rico y guerrero. Las dos ciudades de Prymnesos y Midaion le veneraban como héroe fundador. La monarquía frigia, reducida al principio a un cantón estrecho, prosperó y se ensanchó bajo una serie de reyes, varios de los cuales tuvieron el nombre hecho ilustre por su antecesor. Un viajero inglés, Leake, descubrió a principios del siglo XIX, cerca de las fuentes del Sangarios, un valle entero lleno de tumbas antiguas. «Son de una época desconocida, pero muy anterior a la dominación griega y romana. Su carácter enteramente indígena nos revela el estilo arquitectónico de los antiguos frigios. La lengua misma de las inscripciones es puramente frigia, y esta lengua, con el alfabeto aun no descifrado por completo que nos ha conservado los pocos restos de ella, permanece reducida a los límites del antiguo reino en que reinó la dinastía de Midas. En toda la extensión del territorio donde se encuentran estos restos venerables del pueblo indígena, no se ven sino pocos restos de monumentos pertenecientes a la época romana; parece que los conquistadores sucesivos de la comarca hayan desconocido estos valles solitarios, donde más tarde familias cristianas vinieron a bascar refugio contra la persecución del paganismo, quizá también contra la invasión musulmana.»[764] Algunas tumbas, algunos bajorrelieves en que se percibe el influjo y quizá la mano de los artistas heteos[765]: he aquí lo que subsiste de aquellos soberanos tan alabados por su opulencia, por su afición a los caballos de precio y por el respeto fanático de que rodeaban a la madre de los dioses y a Dionysos. El carro real de Midas y su nudo gordiano permanecieron largo tiempo intactos como trofeo de su antigua supremacía; fue necesaria la espada de Alejandro para cortar el nudo, y la invasión griega para hacer olvidar los viejos reyes nacionales.

---

757 Curtius, *Griechische Geschichte*, t. I, pág. 31.

758 Así el cambio de *m* final por *n* (E. Curtius, *Griechische Geschichte*, t. I, pág. 63). El nominativo singular termina en *as,-es,-is,-os* y-*a*; el genitivo en *afos*, el dativo en *-aï,-eï*. La tercera persona del singular del verbo, *sosesaït* (exstruxit) etc., termina en t, en lugar de la ς griega, etc.

759 Hesiquio s. v. Βαγαῖος. La palabra, idéntica al alto-alemán *bushka* y al latín *fagus*, significa el dios de la encina, φηγοναῖος.

760 Luciano, *Jup. Tragœdus*, 42; Waddington y Lebas, *Voyage en Asie-Mineure*, III, número 608, etc.

761 *Etym. Magnum*. s. v. Ἄμμα.

762 Nicolás de Damasco, *Fragm*., 128, en Müller, *Fragm. Hist. Græc.*, t. III.

763 Arriano, *Anábasis*, II, III, 2 y siguientes.

764 Ch. Texier, *Description de l'Asie Mineure*, pág. 153.

765 Perrot, *Exploration archéologique*, págs. 135-149-156-163, etc., y láms. 8, 9, 10, 34, 52, 53, 68, etc. Véase Sayce, *Monuments of the Hittites*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archeology*, t. VII, págs. 261 y siguientes.

Al Norte de la Frigia, algunas tribus arias poco numerosas se diseminaron por los bosques que orillan la costa del Ponto Euxino, y propagaron, entre el Bilæos y el Halys, la raza oscura de los paflagonios. A su izquierda, los ascanios y los tracios, con el nombre de Bityni, Bebrykes, dominaban en ambas orillas del Bósforo[766]. Más a la izquierda todavía, la poderosa nación de los misios, y de los pueblos del mismo origen, teucrianos, kebrenos, dardanios, se agitaban en el valle del Rhyndakos y en el del Caico, en el macizo del Ida y en la península que avanza entre la Propóntide, el Helesponto y el Mar Egeo. La leyenda contaba de Dardanos que había edificado la ciudad de Dardania bajo los auspicios de Júpiter Ideano, y que era el padre de los dardanios[767]. Parte de sus hijos descendió de los barrancos de la montaña a las orillas del Escamandro y se atrincheró en una colina escarpada que domina a lo lejos la llanura y el mar. Las excavaciones reiteradas que Schliemann ha realizado en este punto, en el emplazamiento en que fue Troya, han descubierto las ruinas de varias ciudades superpuestas en la capa de tierra que las cubría. Los restos descubiertos en la más antigua prueban la existencia de una civilización, en la que en vano se buscarían indicios de influjo egipcio o asirio. La mayor parte de los instrumentos son de piedra o de hueso tallado, pero su uso no excluye el de los metales. El cobre, el oro puro, la plata, el plomo se utilizaban profusamente. El bronce servía para fabricar instrumentos y armas, pero contenía tan poca cantidad de estaño que la aleación no lograba suficiente consistencia. Evidentemente, los primeros troyanos trataban de imitar la composición de los objetos de bronce que recibían del extranjero; no habían aprendido bien todavía los procedimientos de la elaboración y lo hacían imperfectamente[768]. Por el contrario, trabajaban el oro con mucha habilidad; las copas, los collares, las alhajas descubiertas en las urnas, tienen forma graciosa y un dibujo purísimo. La cerámica estaba hecha a mano, sin auxilio del torno; no estaba pintada ni barnizada, sino tan sólo lustrada por medio de un bruñidor de piedra. La Troya primitiva pereció en un incendio, debido sin duda a vecinos confederados contra ella, pero muy pronto renació de sus cenizas. «En las laderas suavizadas de la montaña se levantó la ciudad; por cima se encaramó en una roca escarpada la fortaleza Pérgamo. Desde lo alto de sus almenas, la vista abrazaba toda la llanura extendida hasta el mar, donde el Simois y el Escamandro mezclaban su corriente, y más allá de la llanura el vasto mar, desde el punto en que las poderosas corrientes del Helesponto se precipitan en el mar Egeo hasta las proximidades de Tenedos. Ninguna ciudad real del mundo antiguo estaba mejor situada que aquella fortaleza troyana; bien defendida y segura, dominaba cuanto tenía alrededor y a lo lejos. Detrás de ella, las vertientes cubiertas de bosque y ricas en rebaños de la montaña; a sus pies, la llanura fecunda; delante, ancho mar de cuyo seno las cimas remotas de Samotracia, vigía de Poseidón, se alzaban frente al Ida donde Zeus se asienta glorioso.»[769]

Un grupo de raza indecisa, lidios, lelegos, carios, licios, flotaba al Sur de la Troade y de la Misia. Los lidios permanecían concentrados en los fértiles valles del Hermos, del Caistro y del Meandro. Sus más antiguas tradiciones registraban la memoria de un Estado poderoso, situado sobre las laderas del monte Sipilo, entre el valle del Hermos y el golfo de Esmirna. Tenía por capital a Magnesia, la más antigua de las ciudades, el asiento primitivo de la civilización en aquellas comarcas, la residencia de Tántalo, amigo de los dioses, padre de Niobe y de los Pelopidas. Los lelegos surgen en todas partes a la vez, asociados a los recuerdos más nebulosos de la Grecia y del Asia Menor, en Licia y en Caria lo mismo que en la Troade, a orillas del Meandro como en las vertientes del Ida. Las aldeas de la costa troyana, Antandros[770], Gargara[771], otras quizá, les habían

766 Heródoto, I, XXVIII, y VII, LXXV; Tucídides, IV, 75; Jenofonte, *Anábasis*, VI, 4, Estrabón, XII, III, 3 y 4.

767 *Iliada*, XX, 215 y siguientes. No quedaba ya el menor vestigio de esta ciudad en tiempo de Estrabón (III, 91).

768 Fr. Lenormant, *Les Antiquités de la Troade*, I, págs. 10-11.

769 E. Curtius, *Griechische Geschichte*, t. I, pag. 67. La historia de la Troade ha sido cuidadosamente escrita por Eduardo Meyer, *Geschichte von Troas*, Leipzig, 1877, en 8°; véase Robiou, *Questions homériques*, París, 1876, en 8°.

770 Alceo en Estrabón, XIII, 1, 31.

pertenecido anteriormente; la Pedasos de Satnoieis era una de sus colonias[772], y varias Pedasos, diseminadas en la vertiente occidental del Asia Menor, permiten calcular el alcance de sus emigraciones. En Caria se enseñaban, en tiempo de Estrabón, tumbas medio destruídas y ciudadelas en ruinas a las que se daba el nombre de Lelegia. Al lado de los lelegos, los carios dominaban en el litoral y en las islas del Mar Egeo; los licios confinaban con los carios y peleaban a veces con ellos. Uno de sus clanes más numerosos, el de los Tremilos, no salió de la península accidentada que los griegos llamaron más especialmente Licia; otros se extendieron por el interior hasta las orillas del Halys y del Éufrates, donde los monumentos asirios señalan su presencia[773]. Un distrito de la Troade al Sur del Ida se llamaba Licia, había una Licia en Ática, licios en Creta[774]. Estas tres naciones, los carios, los licios, los lelegos, están de tal modo mezcladas desde un principio, que es imposible determinar los límites precisos de su dominio, y es muchas veces necesario aplicar a todas lo que no se ha determinado más que de una sola.

Mientras que la emigración aria aceleraba su movimiento de Noroeste a Sudeste, pueblos de origen distinto subían a su encuentro por el lado diametralmente opuesto. A fines de la décimaoctava dinastía, los hititas habían penetrado en el centro del Asia Menor y llevado quizá sus armas hasta el Mar Egeo. El recuerdo de sus conquistas se borró pronto y no dejó más que huellas inciertas en el espíritu de las generaciones posteriores. Los poetas homéricos sabían vagamente aún que, entre los guerreros llegados en auxilio de Troya, figuraban heteos, cuyo príncipe había perecido a manos de Neoptolemo[775]. De ordinario, no obstante, se confundía a los hititas con sus adversarios de Egipto o de Asiria, y se atribuían a estos últimos las leyendas que quizá habíanse referido de los primeros. Se atribuía a Sesostris una conquista del Asia Menor y de la Tracia[776], y se convirtió al último aliado de Priamo contra los griegos en un rey de Susa, Memnón, hijo de la Aurora[777]. Por el mismo tiempo en que los hititas comenzaban a penetrar en el interior, los fenicios batían las costas con asiduidad. Los cilicios no parecen haber repugnado la alianza con ellos, y la orilla opuesta a Chipre se cubrió de factorías de nombres semíticos, Kibyra, Masura, Ruskopus, Sylión, Mygdalé, Faselis, Sydima[778]. En vez de acoger a los marinos que les llevaban los productos de las civilizaciones orientales, los licios se opusieron a su establecimiento y no permitieron que fundasen colonias en su país. Desde el promontorio sagrado a la punta de Cnido, no hubo en el continente más que una factoría fenicia autónoma, Astyra, frente a Rodas[779]. Los carios fueron más complacientes. Dejaron a los sidonios desembarcar en Rodas, rechazar a las montañas a los

---

771 Esteban de Bizancio, s. v. *Gargara*.

772 Según el escoliasta de Nicandro (*Ther*., 804), Pedasos habría significado montaña, probablemente, en el idioma de los lelegos. Se conocen hasta el presente cuatro ciudades de este nombre: 1º en Mesenia (Estrabón, VIII, IV, 1 y 3), que más tarde se llamó Metona; 2º en las orillas del Satnoieis (Estrabón, XIII, 1, 7, 50 y 59; véase Maspero, *De Charchemis oppidi situ, De Pedaso Homericâ*, páginas 37-39); 3º, en la vecindad de Cizico (Agatocles, en los *Fragm. Hist. Græc.*, IV, pág. 289, 4); 4º, en Caria.

773 E. de Rougé, *Mémoire sus les attaques*, págs. 29-30; Finzi, *Ricerche*, pág. 256.

774 E. Curtius, *Die Ionier vor der ionischen Wanderung*, páginas 34-36.

775 *Odisea*, XI, 519-521. La identificación de los Κήτειοι con los hititas ha sido propuesta por Robiou, *Questions homériques*, 1876, páginas 64-65, y Gladstone, *Homeric Synchronisms*, 1876, págs. 174 y siguientes; el nombre Qidi corresponde mejor a la palabra griega Κήτειοι.

776 Heródoto II, CVI (véase pág. 268).-

777 El pasaje de Heródoto (II, CVI), en que se dice que unos atribuían a Sesostris, otros a Memnón los dos guerreros esculpidos en el camino de Sardes, no parece implicar una interpretación de la leyenda que permita ver en Memnón un jefe hitita.

778 Los monumentos atribuidos a los hititas por Sayce, *The Monuments of the Hittites*, (en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. VII, páginas 248-293), y Lenormant, *Sur un bas-relief découvert près de Roum-Qalah* (en la *Gazette archéologique*, 1883, págs. 121 y siguientes) no parecen poder atribuirse a la época de los Ramésidas.

779 Esteban de Bizancio, s. v. Ἄστυρα; véase Movers, *Die Phönizier*, t. II, fasc. 2, págs. 247-257.

indígenas y apoderarse de tres puertos, Jalysos, Lindos y Camyros[780]. Muchos de ellos se pusieron al servicio de los extranjeros y se unieron a ellos mediante casamientos; la proporción de sangre fenicia aumentó tanto que valió en ocasiones a su país el sobrenombre de Fœnike, tierra fenicia[781]. El pueblo que resultó de aquella mezcla tuvo durante mucho tiempo importancia inestimable para el desarrollo de la civilización en los países que bordean el mar Egeo. Dejó retoños en todas partes, en Megara, en Ática, donde grandes familias procedían de él; luego fue extinguiéndose y murió sin haber realizado ninguna obra duradera, como ocurre con la mayor parte de los pueblos bastardos. La llegada y el contacto de los fenicios le habían hecho nacer a la vida civilizada. Unido a ellos y tripulando sus naves, corrió el mundo a su lado. Cuando el poderío de los fenicios comenzó a declinar, el suyo decreció al mismo tiempo. Dejó de tener representación el día en que la última colonia egea de los fenicios sucumbió ante la competencia de la civilización griega.

Más allá de Rodas, se presentaban al navegante dos derroteros contrarios. Si daba vuelta al Norte y dejaba a la derecha la costa de Asia, llegaba a la desembocadura del Helesponto. Parte de las flotas fenicias seguía este primer derrotero. Constantemente apartadas del continente por los indígenas, se resarcieron de esta su impotencia ocupando aquellas de las Esporades o las Cícladas que por su situación o por sus riquezas naturales les llamaban la atención más preferentemente[782]. Ayudados por los carios[783], tuvieron puntos de escala en Delos, en Rhenea, en Paros y en los islotes vecinos. Oliaros cayó en manos de los sidonios[784], Melos en las de los giblitas[785]. Melos producía en abundancia azufre, alumbre, tierra de batán, encerraba minas tan ricas como las de Tera y Sifnos. Hubo pesquerías de púrpura célebres en Nisira y en Giaros, tintorerías y manufacturas de telas en Cos, Amorgos y Melos. Eran puestos menos fáciles de asaltar y de más cómoda defensa que las factorías de tierra firme[786]. No se limitaron a esto los sidonios; subieron hasta las costas de Tracia y se dedicaron a explotar las minas de oro del monte Pangeo. Llegaron hasta Samotracia, Lemnos y Tasos, pero sin resultado notable. A Tiro estaba reservada la gloria de reanudar y llevar a feliz término la labor que habían intentado en aquellas regiones.

Las Cícladas no fueron por este lado el término último de su actividad. Siempre en acecho de nuevos mercados, metiéronse audazmente en el canal sinuoso del Helesponto y llegaron a una cuenca espaciosa y tranquila, bordeada al Sur por grandes islas de fácil conquista y conservación. Después de haberse asegurado el libre acceso con la fundación de Lampsaco y de Abydos, se situaron en Pronectos[787], a la punta del golfo de Ascania, en la proximidad de las minas de plata que los bitinios explotaban en las montañas[788]. En el fondo de aquel primer mar interior se abría un nuevo paso, más semejante a la desembocadura de un gran río que a un estrecho; franqueáronlo con trabajo, constantemente en peligro de que les llevara contra la costa la violencia de la corriente y de estrellarse contra los escollos que parecían acercarse para acabar con ellos[789], luego fueron a dar a un mar inmenso, de tempestuosas olas, cuyas orillas cubiertas de bosques se perdían de vista a Oriente y a Occidente. Siguieron bordeando la costa oriental, a donde les atraía la fama de las minas del Cáucaso[790], y trajeron de sus audaces expediciones el atún y la sardina, la púrpura, el ámbar, el

780 Diodoro de Sicilia, IV, 2, 5, etc. Ergias de Rodas en Ateneo, l. VIII, págs. 360 y siguientes.

781 Según Ateneo (l. III, págs. 174 y siguientes), dos de los antiguos poetas griegos líricos, Corinna y Baquilides, empleaban indiferentemente los nombres carios y fenicios.

782 Movers, *Die Phönizier,* t. II, 2º fasc., págs. 262-263.

783 Tucídides, I, 8.

784 Heráclides de Ponto en Esteban de Bizancio, s. v. Ωλίαρος.

785 Esteban de Bizancio, s. v. Μήλος; véase Movers, *Die Phönizier*, t. II, 2º fasc., págs. 130-131.

786 Movers, *Die Phönizier*, t. II, 2º fasc., págs. 363-373.

787 Esteban de Bizancio, s. v. Πρόνεκτος.

788 Movers, *Die Phönizier*, t. II, 2º fasc., págs. 295-297.

789 Léase la leyenda de las Symplégades, que aplastaban las galeras a la salida del Bósforo.

790 Movers, *Die Phönizier*, t. II, págs. 297-308.

oro y la plata, el plomo, el estaño necesario para la fabricación del bronce, y que les llegaba también por tierra, a través de la Armenia y la Siria.

Desde Rodas se aperciben, en el horizonte del Sudoeste, las cimas de las montañas cretenses. Mientras que algunos de los almirantes fenicios acudían al descubrimiento del Ponto Euxino, otros navegaron con dirección a Creta y la exploraron. Interrumpe, al Sur, la salida del Mar Egeo, y forma a modo de pequeño continente que se basta a sí mismo. Encierra valles cubiertos de vegetación y montañas llenas de bosque. Por el siglo XX antes de nuestra era, recibió del Asia Menor pueblos de origen indeterminado, pero que tenían una civilización adelantada y que fundaron un reino poderoso. Sus monumentos nos los revelan en posesión de escritura propia, de instrumental perfeccionado para la industria, y de artes muy impregnadas en su origen de influjos caldeos y egipcios, pero desarrolladas de una manera independiente, en que se ve ya algo del genio helénico. Los egipcios que entraron en relación con ellos en la época de la decimoctava dinastía los confundieron, llamándolos Kefatiú, con las fenicios que se los habían dado a conocer. Las relaciones entabladas con los eteocretenses fueron sobre todo comerciales e industriales. Las pesquerías de púrpura atrajeron a los colonos a Itanos; hubo factorías en Lappa y en Kairatos[791] al Norte, en Fœniké o Arad, en Gortyne, en Lebene al Sur[792]. Luego tocóle el turno a Citera. Esta roca, apostada a la entrada del golfo de Laconia, apenas separada tres leguas del continente, era preciosa ya como estación naval[793] ya como punto industrial; los *murex brandaris*, de que se extraía la «púrpura de las islas»[794], pululaban allí en tal cantidad que hubo una época en que recibió el nombre de Porfiroessa «la purpurada»[795]. Los fenicios fijaron en ella su residencia y edificaron un santuario a Astarté, el primero quizá que se erigió en Grecia[796]. Pasaron de allí a las hermosas Islas Jónicas, luego a Iliria, después a Italia[797]. Grecia continental, acometida al Sur por Citera, al Este por las Cícladas, no tardó en ser objeto de sus visitas. Viólos sucesivamente en el istmo de Corinto y en las islas que le preceden, en Megara, en Egina, en Salamina, en Argólida, en Ática. Una leyenda, que gozó de boga en la antigüedad, pretende aún que un fenicio, Cadmos, el héroe tebano y el inventor de las letras, haya conducido un grupo de sidonios al corazón de la Beocia[798]. Ninguno de aquellos establecimientos sobrevivió a la invasión doria; pero su presencia entre los pueblos primitivos de la Grecia ejerció sobre el carácter y las religiones de la raza helénica un influjo de que se empiezan a buscar pruebas, después de haberle negado durante demasiado tiempo.

Las emigraciones de los pueblos del Asia Menor y el Éxodo.

La reacción vino pronto; reacción de los frigios y de las otras tribus del interior contra los hititas, reacción de los griegos y de las gentes de la costa contra los fenicios. «Damos a los pueblos marítimos del Asia Menor, al menos a los que pertenecen a la raza frigo-pelásgica, el nombre de griegos orientales. Por diferente que haya sido la actitud de cada uno de ellos con respecto a los fenicios, todos, sin excepción, supieron apropiarse la civilización del extranjero más culto y copiar hábilmente sus artes. Habituados de larga fecha a la pesca, empezaron a poner quillas a sus barcas, con lo cual pudieron verificar travesías más arriesgadas; según el modelo de la nave mercante, de

791 Más tarde Knôsos.

792 Movers, *Die Phönizier*. t. II, 2º fasc. págs. 258-261.

793 Tucídides, IV, 53.

794 Ezequiel, XXVII, 7.

795 Esteban de Bizancio, s. v. Κύθηρα. Véase Clermont-Ganneau, *Le Dieu Satrape et les Phéniciens dans le Péloponèse*, págs. 66 y siguientes.

796 Heródoto. I, CV; Pausanias, I, 15, 5; III, 25, 1.

797 Movers, *Die Phönizier*, t. II, fasc. 2º, págs. 341-343.

798 Movers, *Die Phönizier*, t. II, 2º fasc., págs. 85-92; Fr. Lenormant, *La Légende de Cadmus et les établissements phéniciens en Grèce*, en *Les premières Civilisations*, t. II.

formas redondeadas y ventruda, hicieron el «caballo de mar», como ellos le llamaban: aprendieron a usar la vela al mismo tiempo que el remo; el piloto, en su banco, fijó la mirada, no ya en los accidentes que se sucedían en la orilla, sino en las constelaciones. Los fenicios habían descubierto en el polo la estrella sin brillo que reconocían como el guía más seguro de sus correrías nocturnas; los griegos escogieron una constelación más brillante, la Osa Mayor, pero si no manifestaron en esto la misma seguridad de observación que sus maestros, vinieron a ser en todo lo demás sus discípulos y felices competidores. Por eso consiguieron arrojarlos enteramente de sus aguas; de ahí procede que, a pesar de todo, se encuentren en las orillas del mar de Jonia tan pocos vestigios de la dominación fenicia.»[799]

No se habían privado los sidonios y los carios de recorrer de largo los mares del Archipiélago. Como los normandos de la Edad Media, se embarcaban audazmente en busca de aventuras provechosas; merodeaban a lo largo de las costas, siempre en acecho de ocasiones propicias y de buenos golpes de mano. Si no contaban con fuerza, abordaban pacíficamente, mostraban sus mercancías y se contentaban, a falta de cosa mejor, con la legítima ganancia que les proporcionaba el cambio de sus géneros. Si creían seguro el éxito, daban rienda suelta a su genio pirático: quemaban las cosechas, saqueaban los poblados y los templos solitarios, robaban cuanto hallaban a mano, principalmente las mujeres y los niños, que iban inmediatamente a vender como esclavos en los mercados del Oriente, donde el ganado humano se cotizaba a mayor precio. Los griegos «se habituaron a ver en la piratería un oficio como cualquiera otro, el de cazador o pescador, por ejemplo; cuando gentes desconocidas desembarcaban en algún sitio, se les preguntaba ingenuamente (Homero es quien lo afirma) si eran mercaderes o piratas.» Usaron de represalias contra las flotas y las factorías fenicias, y pronto consiguieron reconquistar las Cícladas. Los sidonios no pensaron en seguida más que en atrincherarse en algunos puntos importantes, en Tasos al Norte, en Melos y en Tera en el centro, en Rodas y en Citera al Sur. Los cretenses tomaron, a lo que parece, parte activa en esta revancha, y tuvieron durante algún tiempo un reino de cien ciudades, cuya capital fue Cnosos. «El primer Imperio de la Grecia antigua fue un Estado de islas y de costas; el primer rey, un rey marino», Minos. A Minos se atribuía la gloria de haber acabado con el bandidaje en las islas del Archipiélago y haber reprimido las hazañas de los fenicios y los carios. El advenimiento de la dominación de Creta señala el fin de la supremacía sidonia en los mares de Grecia; las pocas colonias que se mantuvieron aquí y allá no subsistieron sino a fuerza de consideraciones y miramientos para con los indígenas.»[800]

Desconocemos cuanto se refiere a las guerras que emprendieron los pueblos del interior contra los hititas. El influjo perpetuo de las tribus tracias no podía menos de perturbar hondamente las relaciones de los pueblos que habían habitado hasta entonces las orillas del Mar Egeo. Los recién venidos necesitaban espacio. Los meonios, los tirsenios, los troyanos, los licios hubieron de verter fuera parte al menos de los elementos que les sobraban[801]. Según la tradición local, Manes, hijo de Zeus y de la Tierra, tuvo a Cotys de Calirhoe, hija del Océano. Cotys engendró a Asios, héroe epónimo del Asia[802] y a Atys, que inauguró en Lidia la dinastía de los Atiades. Calitea, hija de Tylos y mujer de Atys, dio a luz dos hijos, llamados, según unos, Tyrsenos o Tyrrenos y Lydos[803], según otros, Torrhebos y Lydos[804]. Examinando esta genealogía y completándola con los datos de

799 E. Curtius, *Griechische Geschichte*, t. I, págs. 37-38.

800 E. Curtius, *Griechische Geschichte*, t. I, págs. 58-62.

801 Respecto a las fuentes egipcias, véase E. de Rougé, *Extrait d'un mémoire sur les attaques*, en la *Revue archéologique*, Septiembre de 1867; Chabas, *Études sur l'antiquité historique*, págs. 191 y siguientes; Maspero, en la *Revue critique*, 1873, t. I págs. 84-86; 1878. t. I, pág. 320; 1880, t. I, págs. 109-110; Max Müller, *Asien und Europa*, págs. 354 y siguientes.

802 El nombre Asia me parece idéntico a Asi (leído malamente Asebi) que los egipcios aplicaban a la isla de Chipre, y también, creo yo, a las colonias fenicias de la costa asiática.

803 Heródoto, I, XCIV.

804 Jantos de Lidia, en Dionisio de Halicarnaso, *Ant. Rom.*, I, XXVIII.

los monumentos egipcios, se ve que hubo en un principio, en la costa Occidental del Asia Menor, un pueblo llamado Mæones, dividido en varias tribus: los lidios, los tirsenos y tirrenos (Tursha), los torrhebos, los shardana. Algunas de éstas, solicitadas por el atractivo de la piratería, abandonaron su patria, y fueron a buscar fortuna al otro lado de los mares. «En los días de Atys, hijo de Manes[805] hubo grande hambre en toda la comarca de Lidia... El rey se resolvió a dividir la nación por la mitad y echar a suertes las dos partes. Unos quedarían en el país, otros se desterrarían; él seguiría reinando sobre los que lograran quedarse. A los emigrantes les designó por jefe a su hijo Tyrsenos. Echada la suerte, los que debían partir bajaron a Esmirna, construyeron navíos, cargaron en ellos cuanto podía serles útil y partieron en busca de la abundancia y de una tierra hospitalaria. Después de haber dejado atrás muchos pueblos, llegaron a Umbría, donde fundaron ciudades que habitan hasta el presente. Dejaron el nombre de lidios y, conforme al del hijo de rey que les había servido de guía, se hicieron llamar tirsenios.»[806] Diga lo que quiera Heródoto, aquella emigración no tuvo lugar de una vez en una sola dirección; prolongóse por espacio de cerca de dos siglos, desde los tiempos de Setuí I a los de Ramsés III, y se extendió a las más diversas regiones. Se señala la presencia de los pelasgos tirrenos en Imbros, en Lemnos, en Samotracia y en la península de Calcis, en las playas y en las islas de la Propóntide, en Citera y en la punta de Laconia. En África, se aliaron a los libios y asaltaron el Egipto al final del reinado de Setuí I. Hemos visto ya que fueron rechazados tan rudamente que se abstuvieron de toda hostilidad durante el reinado de Ramsés II. Los shardanas, hechos prisioneros en aquel suceso, fueron incorporados al ejército egipcio y se distinguieron en la campaña contra los hititas. En ella combatieron contra los licios, los misios y los troyanos, que estaban al servicio de los soberanos sirios y a los que la derrota de Qodshú quitó la afición a las aventuras. El triunfo de los ejércitos egipcios tuvo eco hasta en las marinas del Mar Egeo. Privó a los hititas de las bandas de aventureros que tan útiles les habían sido en sus primeras conquistas. El poeta egipcio no se equivocaba del todo cuando alababa a Ramsés por haber «roto para siempre el espinazo a los hititas».

En el momento que trataba con Khatusil, Ramsés II tenía ya al menos cincuenta años y había guerreado por espacio de treinta[807]. Se concibe que sintiera deseos de descansar y que delegara el poder real en uno de sus hijos. Como habían muerto los tres primeros, designó por el año XXX al cuarto, Khamoisit, que era jefe del sacerdocio menfita. La autoridad de Khamoisit duró hasta el año LV[808], en que murió, y fue a parar en seguida al hijo decimotercero, Mineftah. Nombrado heredero presunto casi desde la infancia, condecorado con los títulos más honoríficos, Mineftah parece haber compartido con la princesa Bit-Anati y el príncipe Khamoisit, ambos nacidos, como él, de la reina Isinofrit, el favor particular de Sesostris. Por lo menos se dice varias veces «que ha surgido como Ptah en medio de las muchedumbres, para dictar leyes excelentes en los dos países». Fue regente doce años, desde el LV al LXVII, luego fue rey a su vez con los nombres de Binri-Minutirú, hijo del Sol, Mineftah hotfimait.

Necesariamente no era joven a su advenimiento. Nacido, a lo sumo, en los primeros años de Ramsés, contaba por consiguiente sesenta años, si no más. Era un viejo sucediendo a otro viejo, en un momento en que el Egipto habría tenido necesidad de un jefe joven y activo. No obstante, el principio no fue desventurado con exceso. Fuera, las guarniciones de las ciudades sirias no fueron inquietadas[809]. Los hititas, desolados por una carestía, lograron del Egipto auxilios en trigo y no

805 Atys era nieto de Manes según las otras genealogías.

806 Heródoto I. XCIV.

807 Maspero, *Essai sur l'inscription d'Abydos*, pág. 80.

808 Khamoisit no fue enterrado en el Serapeum, como dicen Brugsch y Mariette; hemos encontrado los restos de su tumba en Kafr-el-Batran, cerca de la gran pirámide de Gizéh.

809 *Pap. Anastasi III*, reverso de las págs. 5-6; véase Chabas, *Recherches pour servir a l'histoire de la dix-neuvième dynastie*, págs. 95 y siguientes; Erman, *Tagebuch eines Grenzbeamten*, en la *Zeitschrift* 1879, págs. 29 y siguientes.

rompieron la paz en agradecimiento. En el interior, las grandes construcciones siguieron en Tebas, en Abydos, en Menfis, sobre todo en el Delta, donde Mineftah había fijado su residencia, a ejemplo de su predecesor. Todo parecía, por tanto, anunciar un reinado glorioso. Pero, desde su derrota en la época de Setuí y de Ramsés II, los pueblos del Asia Menor y de la Libia habían tenido tiempo de recobrar alientos. La presencia del viejo rey en el trono se los imponía; el advenimiento de Mineftah les decidió a arriesgar un nuevo ataque. Se supo de pronto, el año V[810], que las flotas del Archipiélago habían lanzado a las playas de la Libia bandas de tirsenos, de shardanas y de licios, acompañadas de auxiliares hasta entonces desconocidos, los Aqaiusha y los Shakalasha[811]. El rey de los libios, Mirmaiú, hijo de Didi[812], se unió a ellos con los Timihú, los Mashuasha, los Kehaka, y todos juntos se precipitaron hacia el Nilo. El ejército invasor no estaba formado más que de tropas escogidas; los soldados habían sido designados entre los corredores más ágiles de su tribu. Partieron firmemente decididos, no a ejecutar una simple incursión, sino a conquistar el Delta y establecerse en ella.

El anuncio de su aproximación aterró al Egipto. La larga paz que se había disfrutado desde el año XXI de Ramsés II, por espacio de medio siglo, había calmado singularmente el ardor belicoso del pueblo. El ejército, reducido en su contingente, no tenía ya cuerpos auxiliares, y las fortalezas, mal atendidas, no protegían la frontera de un modo eficaz. Mineftah, que había acudido al peligro, restableció el orden y la disciplina. Reunió y reclutó el ejército, llamó de Asia tropas mercenarias, lanzó sus carros a vanguardia, con orden de comunicarle el más ligero movimiento del enemigo. Él mismo cubría Menfis con el grueso de sus fuerzas y fortificaba el brazo central del Nilo, para resguardar al menos de una incursión la parte oriental del Delta. Apenas habían terminado los preparativos, cuando el enemigo apareció en Pirishopsit (Prosopis)[813], y se extendió por las aldeas circundantes. Mineftah le opuso primeramente sus carros y sus mercenarios, y prometió a los generales de la vanguardia unírseles con el resto de sus regimientos pasados catorce días. Mientras tanto, el dios Ptah se le apareció en sueños y le ordenó que no se aventurara en el campo de batalla[814]. Aquella circunstancia enojosa no enfrió, a lo que parece, el ardor de los egipcios; el 3 de Epifi, después de seis horas de combate, los confederados experimentaron sangrienta derrota. La guardia de Mirmaiú quedó deshecha, y él se vio obligado a huir abandonando su arco, su carcaj y su tienda. Levantado el campo, reconquistado el botín, los bárbaros, perseguidos sin descanso por los carros egipcios, no lograron reunirse de nuevo y evacuaron el territorio con más prisa que lo habían invadido. Apenas si el jefe libio escapó sano y salvo. La noticia de aquella victoria llenó el Egipto de un entusiasmo tanto más sincero cuanto más grande había sido el miedo. La vuelta del rey y de su escolta no fue más que un triunfo continuo: «Es muy fuerte, Binri v. s. f.; muy prudentes son sus proyectos; sus palabras son bienhechoras como Thot; todo lo que dice se realiza. Cuando va como un guía al frente de sus arqueros, sus palabras traspasan las murallas. Muy amigos del que ha doblado el espinazo ante Miamún v. s. f., sus soldados valientes perdonan al que se ha humillado ante su valor y su fuerza; caen sobre los libios, matan al sirio. Los shardanas, a los que redujiste con tu espada, hacen prisioneras a sus propias tribus. ¡Muy dichosa tu vuelta a Tebas, triunfante! Tu carro es arrastrado a mano, los jefes vencidos marchan a empujones delante de ti, en tanto tú los conduces a tu padre venerable, Amón, marido de su madre.»[815]

---

810 Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire*, en la *Zeitschrift*, 1881, pág. 118; 1883, pág. 65.

811 Véase el nombre de la ciudad de Sagalasos en Pisidia (G. Maspero, en la *Revue critique*, 1880, t. I, págs. 109-110).

812 Goodwin, en la *Zeitschrift*, 1868, pág. 39.

813 Brugsch, en la *Zeitschrift*, 1867, pág. 68.

814 E. de Rougé, *Mémoire sur les attaques*, pág. 9.

815 *Papyrus Anastasi II*, hoja IV, 1. 4; hoja V, 1. 4. Véase E. de Rougé, *Mémoire sur les attaques*, páginas 35-36; Maspero, *Du genre épistolaire*, págs. 82-83; Chabas, *Recherches pour servir a l'histoire de la XIXe dynastie*, págs. 93-94.

Aquella victoria libraba al Egipto del peligro del momento; pero, para arrancarle de la inercia que señalan las inscripciones, habría sido necesaria una mano más firme que la de un viejo de sesenta a setenta años. La debilidad de Mineftah alentó las esperanzas de los príncipes que se creían con derechos a la corona; parece aún que algunos de ellos no esperaron a que muriera para mostrar francamente sus pretensiones. En una estela de Abydos, conservada en el Museo del Cairo, un primer ministro del rey, Ramsesempirinri, llamado Miriú, escribe después de su nombre la fórmula inusitada: amado de Ramsés Miamún como el sol por la eternidad. «Recordando que Ramsés II fue divinizado, y supliendo después de *amado de Ramsés Miamún* la palabra *táankh* (vivificador), no sorprenderá menos ver que un particular, por elevada que hubiera podido ser su condición, se haya atribuido un título ordinariamente reservado a los reyes. Por falta de documentos, nos es imposible apreciar en su valor la clase de usurpación de que esta estela tiene trazas.»[816] En último término, el tal Ramsesempirinri, en vez de un usurpador, no era quizá más que un virrey revestido de atribuciones extraordinarias y de igual autoridad que el mismo Mineftah había tenido como lugarteniente de Ramsés II.

Aun admitiendo que las competencias más o menos veladas no empezaran quizá en vida de Mineftah, no cabría negar que se manifestaran al día siguiente de morir él[817]. En el fondo de oscuridad que envuelve aquella época, un hecho sólo se destaca casi seguro: Setuí II, hijo de Mineftah, que en vida de su padre era ya príncipe de Kush y heredero presunto[818], no subió inmediatamente al trono. Fue suplantado por cierto Amenmosú, hijo o nieto de uno de los hijos de Ramsés II muertos antes que este Faraón[819]. Amenmossú reinó, unos cuantos años al menos, en Tebas y en el Egipto entero. Su sucesor Mineftah II Siftah llegó a establecerse en el sitio de su padre, gracias a la abnegación de su ministro Bai[820], y sin duda también gracias a su casamiento con la reina Tausrit, cuyo nombre va siempre unido al suyo. Gobernaba la Etiopía y se alaba de haber recibido a los enviados de todas las naciones[821]. ¿Se hizo una especie de transacción entre sus partidarios y los del hijo de Mineftah? Un Setuí, que parece ser el mismo Setuí II, vivía a su lado como «príncipe de Kush, gobernador de las minas de oro pertenecientes a Amón, flabelífero a la diestra del rey, intendente del palacio, director de la biblioteca real». Los únicos datos precisos que se poseen acerca de estos usurpadores son del tiempo de Siftah, y las listas de Manetón parecen no atribuirles a todos más que una docena de años a lo sumo. Después de la muerte del último de ellos, Setuí II ciñó al fin la corona, sea a consecuencia de una revolución triunfadora, sea a favor de un arreglo entre las dos ramas rivales. Una inscripción del año II le atribuye victorias sobre las naciones extranjeras[822], y uno de los papiros del Museo Británico exalta su grandeza en términos elocuentes. No sé demasiado hasta qué punto hay que fiarse de estas indicaciones. El canto de victoria contenido en el *Papyrus Anastasi IV* no es más que copia, casi literal, del dedicado en otro tiempo a Mineftah, y apropiado a Setuí II por una simple sustitución de nombres. Varios documentos contemporáneos indican, por otra parte, turbulencias y usurpaciones análogas a las que habían entristecido los años anteriores. Setuí II tenía ya sin duda alguna edad cuando fue coronado su padre, a menos que no se prefiera considerarlo como un hijo póstumo y alejado durante diez o doce años del poder por la ambición de sus primos. De todas suertes, carecía en absoluto de la

816 Mariette, *Catalogue du Musée de Boulaq*, pág. 156.

817 Chabas, *Recherches pour servir a l'histoire de la XIXe dynastie*, págs. 114-118, ha comprendido la historia de esta época de una manera enteramente distinta. Hasta nueva orden sigo lo propuesto por E. de Rougé, *Étude sur une stèle*, págs. 185 y siguientes.

818 Son al menos los títulos que ostenta en el ejemplar del *Cuento de los dos hermanos*, que le había pertenecido y que ha llegado a nosotros.

819 Véase a este respecto G. Maspero, *Lettre a M. G. d'Eichthal sur les conditions de l'histoire d'Égypte, qui peuvent servir a expliquer l'Éxode du peuple hébreu*, págs. 40-43.

820 Lepsius, *Denkm*., III, 202 c.

821 Idem, *ibid*., 201 a.

822 Lepsius, *Denkm*., III, 204. Véanse los letreros del hipogeo, en Champollion, *Not. desc*., t. I, pág. 459.

energía necesaria para hacer frente a la tempestad. Una de las estatuillas del Louvre representa un hombre en cuclillas, que sostiene entre sus piernas una nao en que figura el dios Ptah-Sokari. En sus hombros están grabados los cartuchos de Setuí II y determinan su época; el nombre se lee Aiarí. «Sus títulos son tan elevados que no convendrían más que a un príncipe heredero del trono, si las hondas perturbaciones que siguieron al reinado de Mineftah no nos permitieran sospechar en este caso la usurpación de una dignidad ilegítima. A más de los títulos ordinarios del soberano pontífice de Menfis, que nuestro personaje se atribuye como derecho hereditario, se llama heredero en la morada del dios Sivú (el Egipto) y heredero superior de los dos países. El final del letrero está roto, pero no se alega ningún parentesco real, a pesar de estos títulos tan eminentes.»[823]

Estas diversas causas, incapacidad de los reyes por exceso de edad, sublevaciones de los altos dignatarios, advenimiento de dinastías colaterales que, hacía ya cerca de medio siglo, hacían estragos en el Egipto, produjeron al fin en el reinado de Setuí II o inmediatamente después de su muerte, la disolución, no diré del Imperio egipcio, sino del Egipto mismo. «El país de Kimit caminaba sin rumbo[824]; las gentes que en él se encontraban ya no tenían jefe supremo, y esto durante numerosos años, hasta que vinieron otros tiempos, porque el país de Kimit estaba en manos de jefes de los nomos que se mataban unos a otros, grandes y pequeños. Otros tiempos vinieron después, durante años de nada[825], en que un sirio, llamado Irisú[826], fue jefe entre los príncipes de los nomos y obligó al país entero a rendirle homenaje: todos conspiraban contra todos para robarse mutuamente los bienes, y como se trataba a los dioses lo mismo que a los hombres, ya no hubo ofrendas hechas en los templos.»[827] Los términos son explícitos y muestran una completa anarquía. Dícennos con qué facilidad podía disgregarse el conjunto de elementos componentes del reino de los Faraones en cuanto flaqueaba el poder central. Sesostris recorría el Asia y el África al frente de sus ejércitos victoriosos.

No habían transcurrido cincuenta años después de su muerte, cuando el Egipto estaba dividido. «Suponed que el desierto se torna llanura y que se allanan las montañas, decía un escriba del tiempo, los bárbaros de fuera vendrán a Kimit». No hubo necesidad de estos milagros para que la predicción se cumpliera. Desde Ramsés II, el poder militar de la dinastía y su dominación exterior habían decaído rápidamente. Mineftah había cultivado aún cuidadosamente la alianza hitita y mantenido guarnición en las ciudades principales de la Siria meridional. En tiempo de Amenmossú, en el de Siftah, en el del mismo Setuí II, se oyen todavía afirmaciones de victorias, pero no se nota ya huella de grandes expediciones exteriores. Sin duda había sido necesario llamar a las tropas de las provincias sirias, para estar al tanto de las eventualidades de las guerras civiles. Cuando los pueblos extranjeros, hasta entonces reprimidos en sus deseos de independencia, tentaron fortuna una vez más, ya no tropezaron sino con una debilísima resistencia y triunfaron un momento en sus empresas.

A favor de las discordias y de la invasión, los cautivos asiáticos o africanos que los Faraones de la décimaoctava y de la décimanona dinastía habían traído, se sublevaron en todas partes. «Se dice que aquéllos de los prisioneros de Sesoosis que eran babilonios se rebelaron contra él, no pudiendo soportar más tiempo los trabajos a que se les sometía. Se apoderaron de una posición muy fuerte que domina el río, combatieron diferentes veces con los egipcios y maltrataron todo el territorio circundante; al fin, cuando se les hubo concedido la impunidad, colonizaron la plaza y la llamaron Babilonia, del nombre de su patria». Se refería una historia análoga del próximo poblado

---

823 E. de Rougé, *Notice des monuments*, tercera edición, págs. 37-38, A 71.

824 Literalmente: «era lanzado, se lanzaba fuera.»

825 Literalmente «años vacíos».

826 Véase **ארוסי** nombre del hijo de Hamón.

827 *Grand Papyrus Harris*, hoja LXXV, 1. 2-6. Véase Eisenlohr, *On the political condition of Egypt before the reign of Ramses III*. en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. I, págs. 355384, y Chabas, *Recherches pour servir a l'histoire de la XIXe dynastie*, págs. 1-23.

de Troya[828]. Condenados a sacar la piedra, a hacer ladrillo, a abrir los canales, a edificar los templos, los palacios y las fortalezas, los esclavos llevaban una vida penosísima y no permanecían tranquilos sino por efecto de una vigilancia perpetua[829]. En la primera ocasión que tenían, se amotinaban y trataban de evadirse. Su número era considerable, sobre todo en el Bajo Egipto, a donde los Faraones habían trasportado tribus enteras de origen libio y semítico, los Fonkhú, los Maziú. Se hallaban entre ellos los hijos de Israel, al menos los que habían preferido permanecer en Egipto después de la expulsión de los Pastores. Reducidos a la condición de esclavos públicos, no habían tardado en lamentar la época de los Faraones «que conocían a José»[830]. Más que ningún otro, Ramsés II hubo de ser cruel con ellos. Privado por la paz con los hititas de los recursos que le proporcionaba la guerra, se sirvió, para la construcción de sus monumentos, de egipcios y sobre todo de extranjeros internados en Egipto. Los hebreos de la última época trazaban una pintura lamentable de la mísera situación de sus antepasados en aquellos días. «Nombraron los egipcios contra el pueblo comisarios de impuestos para afligirlo recargándole; porque el pueblo edificó ciudades fuertes a Faraón, a saber: Pithom y Ramsés. Pero cuanto más le afligían, más se multiplicaba y crecía en toda abundancia; por esto odiaban a los hijos de Israel. Y los egipcios hacían servir a los hijos de Israel con rigor; de tal modo que les hicieron la vida amarga con ruda servidumbre, obligándoles a fabricar mortero, ladrillos y toda clase de trabajo que se realiza en los campos; todo el servicio que se obtenía de ellos era con rigor.»[831] Lo mismo que los otros cautivos, los hebreos no esperaban más que una ocasión para librarse de la dureza de sus tiranos.

La tradición más acreditada coloca el Éxodo en el reinado de Mineftah[832], y realmente en una estela de este príncipe, a propósito de la victoria que consiguió sobre los libios, es donde el nombre de Israel aparece por vez primera con certeza[833]. Se le menciona entre las poblaciones de la Siria meridional, en la vecindad de Gezer y de Ascalón, y se le representa como destruido ya sin remisión. Parecería, pues, resultar de este pasaje que Mineftah es el Faraón de la Biblia, el que negó a los hebreos licencia para ir a hacer sacrificios al desierto. Pero si se tienen en cuenta los monumentos hasta el presente conocidos, nada indica en el estado del Egipto una desintegración tan avanzada que la rebelión y la huida de una tribu, aun poco considerable, hayan podido llevarse a cabo con fortuna. El ataque de los pueblos marítimos tuvo efecto al Occidente del Delta y no llegó nunca hasta el territorio de Goshen, donde los libros judíos nos muestran los principales acantonamientos de la raza. No duró bastante tiempo para que los esclavos extranjeros tuvieran lugar de concertarse y combinar las medidas necesarias para su liberación. No sería, pues, en el reinado de Mineftah, después de una victoria que realzó por algún tiempo todavía en el exterior el prestigio de las armas egipcias, y en un momento en que todas las fuerzas del Egipto estaban dispuestas para la represión, cuando los hebreos hubieran podido realizar impunemente su peligrosa salida. Sería solamente durante los años que precedieron y siguieron a la muerte de Setuí II, cuando se darían juntas las condiciones favorables al Éxodo: descomposición y desmembramiento de la monarquía egipcia, invasión y guerra contra los invasores, que destrozó toda el Delta y que duró mucho tiempo. Fácilmente se comprende que, en medio del desorden general, una tribu extraña, perseguida por los egipcios y cansada de la persecución, haya abandonado sus acantonamientos y lanzádose al camino del desierto sin ser combatida enérgicamente por sus antiguos dueños,

828 Diodoro de Sicilia, I, 56. Troya es la ciudad egipcia Taroiú (Brugsch, *Zeitschrift*, 1867, págs. 89 y siguientes). Babilonia es probablemente Habonben, de la que hay las variantes Ha-boben y Ha-bober.

829 Véase a este respecto Chabas, *Mélanges égyptologiques*, 2ª serie, págs. 108-165.

830 *Éxodo*, I, 8.

831 *Idem*, I, 11-14.

832 E. de Rougé, *Examen critique de l'ouvrage de M. le chevalier de Bunsen*, 2ª parte, pág. 74.

833 Es la estela descubierta detrás de los colosos de Memnón y publicada por Petrie, *Six temples at Thebes*, luego trasportada al Museo del Cairo. Se la conoce con el nombre de estela de Israel, aun cuando de Israel sólo habla incidentalmente.

amenazados con exceso en su propia existencia para parar mientes gran cosa en la huida de sus esclavos.

Las tradiciones nacionales de los judíos contaban que Faraón, descontento por el crecimiento del pueblo de Israel, ordenó dar muerte a todos los varones que nacieran. Una mujer de la tribu de Leví, después de haber ocultado el suyo por espacio de tres meses, le abandonó al Nilo en una cuna de mimbre, en el punto donde la hija del soberano tenía costumbre de bañarse. La princesa tuvo piedad de la pequeña víctima, la llamó Moisés, el salvado de las aguas, y la educó en palacio en toda la ciencia del Egipto. Ya tenía cuarenta años cuando un día asesinó a un egipcio que pegaba a un hebreo, y huyó al Sinaí. Después de cuarenta años de destierro, Dios se le apareció en un matorral ardiendo y le ordenó que sacase a su pueblo de la esclavitud. Vino, pues, a la corte con su hermano Aarón, y solicitó para los hebreos licencia a fin de ir a sacrificar al desierto. No la obtuvo sino después de haber desencadenado sobre el valle del Nilo las diez plagas legendarias y hecho perecer a los primogénitos de la nación. Perseguidas por Faraón, las tribus atravesaron a pie enjuto el Mar Rojo, cuyas aguas se separaron para dejarles pasar y volvieron a unirse para tragar a los egipcios[834]. Entonces Moisés y los hijos de Israel cantaron al Eterno y dijeron: «Cantaré al Eterno, porque se ha elevado muy alto; ha arrojado al mar el caballo y al que lo montaba. El Eterno es mi fuerza y mi alabanza y ha sido mi salvador, mi Dios fuerte. Yo le erigiré un tabernáculo, es el Dios de mi padre, yo le ensalzaré. El Eterno es un valiente guerrero, su nombre es el Eterno. Ha arrojado al mar los carros de Faraón y su ejército; lo más escogido de sus capitanes ha sido sumergido en el Mar Rojo. Los abismos los han cubierto; han descendido al fondo de las aguas como una piedra. El enemigo decía: Perseguiré, alcanzaré, repartiré el botín; mi alma quedará saciada de ellos; sacaré la espada, mi mano los destruirá. Has movido tu viento; el mar los ha cubierto; han quedado sumergidos como el plomo en lo profundo de las aguas.»[835]

Tal es la historia que se contaba entre los hebreos, en el momento en que sus libros sagrados fueron redactados en la forma que hoy tienen. Un solo hecho hay que conservar en este relato: una banda de hebreos, cansada de su condición, aprovechó el desorden para evadirse y refugiarse en el desierto. Pasado el primer momento de sorpresa, los egipcios no volvieron a preocuparse de la suerte que habían corrido sus esclavos fugitivos. Pero más tarde, por la época macedónica, cuando los judíos empezaron a tener representación al lado de los Ptolomeos, se ingeniaron para descubrir en los anales del pasado la mención del Éxodo. La tradición hebráica, añadida mejor o peor a diversos datos de los anales y de la leyenda egipcia, dio materia a Manetón para una versión nueva. Se dice que el rey Amenofis tuvo el capricho de contemplar a los dioses como había hecho Horos, uno de sus antepasados. Consultó a un vidente para el caso, y éste le respondió que debía ante todo purificar el país de los leprosos y otras gentes impuras; por lo cual reunió, en número do ochenta mil, a los egipcios que padecían defectos corporales y los arrojó en las canteras de Turah. Había entre ellos sacerdotes, cuya desventura irritó a los dioses. El vidente, temiendo su cólera, escribió una profecía en la que anunciaba que ciertas gentes se irían con los impuros y dominarían en Kimit durante trece años, después se mató. El rey, no obstante, tuvo piedad de los proscritos y les concedió la ciudad de Avaris, que había quedado desierta desde la expulsión de los hiksos. Allí se constituyeron en nación dirigidos por un sacerdote de Heliópolis, Osarsif o Moisés, que les impuso leyes contrarias a sus costumbres naturales, los armó e hizo alianza con los restos de los Pastores desterrados en Siria hacía varios siglos. Todos juntos atacaron el valle y le ocuparon sin lucha. Amenofis recordó la predicción del vidente, recogió las imágenes de los dioses, y huyó a Etiopía con su ejército y muchedumbre de egipcios. «Los solimitas, que habían invadido el país con los *impuros*, se portaron tan indignamente con los hombres, que su dominación llegó a ser insoportable a los que hubieron de padecer entonces sus impiedades. En efecto, no solamente incendiaron las ciudades y las aldeas, y no se abstuvieron de saquear los templos y destrozar las imágenes de los

834 *Éxodo*, XV, 1-10.

835 *Éxodo*, I, 14. La momia de Mineftah, descubierta por M. Loret en 1898, se conserva hoy en el Museo del Cairo.

dioses, sino que se sirvieron para su comida de los animales más reverenciados y obligaron a inmolarlos y a descuartizarlos a los sacerdotes y profetas que luego arrojaban de los templos... Más tarde Amenofis volvió de Etiopía con grande ejército, así como su hijo Ramsés, que también conducía su ejército. Ambos acometieron a un punto a los Pastores y a los impuros, los vencieron, y después de haber matado gran número, los persiguieron hasta la frontera de Siria.»[836]

Ramsés III y la vigésima dinastía; los grandes sacerdotes de Amón.

Apareció una dinastía nueva en medio de la incertidumbre general. Su jefe Setnakhiti, descendiente de Ramsés II, dueño de Tebas, venció a los rebeldes y desposeyó al sirio Irisú, no sin trabajo. «Fue como los dioses Khopri y Sutkhú en su violencia, volviendo a organizar el país que estaba en desorden, matando a los bárbaros que estaban en el Delta, purificando el gran trono de Egipto; fue regente de las dos tierras en el lugar de Tomú, dedicándose a reorganizar lo que había sido trastornado, tanto que cada cual reconoció un hermano en los que por tiempo tan largo habían estado separados de él[837], restableciendo los templos y los sacrificios, de modo que se rindió a los ciclos divinos los homenajes tradicionales[838].

Su hijo Ramsés III, al que viviendo él había ya asociado al trono, fue el último de los grandes soberanos del Egipto. Afanoso por igualar en todo a su homónimo Ramsés II[839], durante los treinta y dos años de su reinado no dejó de trabajar para restablecer en el exterior la integridad del Imperio, y en el interior la prosperidad del país. A pesar de los triunfos que su padre había logrado, encontró las provincias sirias perdidas y las fronteras violadas. Al Este, los beduinos atacaban los puestos fortificados del Delta y las colonias mineras del Sinaí; al Oeste, las naciones de Libia habían invadido el valle del Nilo. Arrastradas por sus jefes. Didi, probablemente el hijo del Mirmaiú contemporáneo de Mineftah, Mashaken, Tamar y Zautmar, los Tahonú, los Timihú, los Kehaka y sus vecinos habían surgido de las profundidades del desierto, y habían conquistado el nomo Mareótico, el nomo Saítico, las bocas del Nilo hasta el brazo mayor del río, en una palabra, toda la zona occidental del Delta desde la ciudad de Karbina al Oeste[840], hasta las cercanías de Menfis al Sur. Ramsés III, después de haber castigado duramente a los beduinos, marchó contra los libios el año V, y los derrotó por completo. «Huyeron espantados como cabras acometidas por un toro que patea, cornea y conmueve las montañas precipitándose sobre el que se le acerca». Los destrozos de los bárbaros habían exasperado a los egipcios, que no dieron cuartel. Los libios huyeron en desorden. Algunos de sus clanes, que habían quedado retrasados en el Delta, fueron envueltos, rendidos e incorporados al ejército auxiliar[841].

Apenas libre por este lado, Ramsés III se revolvió contra Siria. Mientras que el Egipto se arruinaba en guerras civiles, su antiguo enemigo, el Khati, acababa de perder el prestigio que le quedaba. Las naciones del Asia Menor, siempre empujadas por las poblaciones europeas, habían abandonado sus moradas y se precipitaban a aquellas regiones célebres de Siria y de Egipto cuya riqueza les era alabada. Los danaeanos, los tirsenios, los shakalasha, los zakkala, que habían sucedido a los dardanios en la hegemonía de las naciones troyanas, los licios, los filistú, entraron en la confederación. Los unos, tripulando naves, estaban encargados de asolar las costas; los otros

836 Manetón, en Josefo, *Contra Apionem*, I. XXVI-XXVII. Es posible que los datos principales de este relato estén tomados de la persecución de Okhos, cuyo recuerdo estaba reciente en tiempo de Manetón.

837 Literalmente «su hermano de los que habían estado separados por muros».

838 *Grand Papyrus Harris*, hoja LXXVI, 1. 8-9. Véase Eisenlohr, *On the political condition*, págs. 363, 364; Chabas, *Recherches pour servir a l'histoire de la XIXe dynastie*, págs. 23-27.

839 Llevó su afán de imitación hasta el punto de dar a sus hijos los nombres que a los suyos diera Ramsés II (Erman. *Die Sohne Ramses III*, en la *Zeitschrift*, 1883, págs. 60-61).

840 Acerca de Karbina, véase Maspero, en *Mélanges d'archéologie égyptienne*, t. I, pág. 110.

841 Chabas, *Études sur l'antiquité historique*, págs. 230-250.

habían de atravesar la Siria y acometer las fortalezas del istmo. Uniéndoseles las fuerzas de los pueblos que sometían en el camino, se precipitaron sobre la Cilicia, obligaron a seguirles a los Qidi y los Khati, recogieron los contingentes de Gargamish, de Arad y de Qodshú. Después de haber morado algún tiempo en las cercanías de esta ciudad, en el país de los amorreos, se lanzaron directamente sobre el Egipto. Su larga marcha no había podido ejecutarse con tanta rapidez que Ramsés III no se hubiera dispuesto a recibirlos convenientemente. Después de haber guarnecido las bocas del Nilo y las plazas del Delta, fue al encuentro del enemigo. El choque de los ejércitos y de las dos flotas tuvo lugar, el año VIII, bajo las murallas de un castillo que se llamaba Torre de Ramsés III[842]. Opuso a las flotas enemigas «como un muro poderoso de galeras, de navíos, de buques de todas clases, tripulados desde la popa a la proa de valientes brazos armados. Los soldados de infantería, todo lo más escogido del ejército de Egipto, estaban allí como leones rugientes sobre la montaña; las gentes de los carros, elegidas entre los héroes más veloces, eran guiadas por toda clase de oficiales seguros de sí mismos[843]. Los caballos se estremecían con todos sus miembros y ardían en deseos de pisotear a todas las naciones. Por mi parte, dice Ramsés, estaba como Montú el belicoso; me alcé delante de ellos, y vieron el esfuerzo de mis manos. Yo, el rey Ramsés, he hecho como un héroe que conoce su valor y que tiende su brazo sobre su pueblo, el día del combate. Los que han violado mis fronteras no cosecharán más el fruto de la tierra; el tiempo de su alma está medido para la eternidad... A los que estaban en las orillas los hice caer tendidos al borde del agua, degollados como carneros; eché a pique sus naves; sus bienes cayeron al agua.»[844]

Aquella acción tan pronta no terminó, sin embargo, las pruebas por que había de pasar Ramsés III. Los antiguos aliados de los pueblos del mar, los libios, no habrían deseado nada mejor que intervenir en la campaña del año VIII contra el Egipto. Si no lo hicieron, fue sin duda porque no habían tenido tiempo de reparar sus pérdidas; en cuanto se sintieron dispuestos, entraron en escena. Su jefe Kapur y el hijo de éste, Mashashar, arrastraron a los Mashuash, los Sabita, los Kaiqash y otras tribus menos importantes; luego, ayudados por gentes tirsenias y licias, volvieron al asalto del Delta el año XI. «Su alma se había dicho por segunda vez que pasarían la vida en los nomos del Egipto, que labrarían sus valles y llanuras como su territorio propio». El éxito no correspondió a sus esperanzas. «La muerte cayó sobre ellos en Egipto, porque habían acudido con sus propios pies al horno que consume la corrupción, bajo el fuego de la valentía del rey que castiga, como Baal, desde lo alto de los cielos. Todos sus miembros están revestidos de fuerza victoriosa; con su diestra ase las multitudes, la izquierda se tiende sobre los que tiene delante, semejante a flechas contra ellos para destruirlos; su espada es cortante como la de su padre Montú. Kapur, que había venido para exigir el homenaje, cegado por el miedo, tiró las armas, y sus tropas hicieron como él, elevó al cielo un grito suplicante, y su hijo alzó pie y mano. Pero he aquí que surgió cerca de él el dios que conocía sus más secretos pensamientos. Su Majestad cayó sobre su cabeza como una montaña de granito; los aplastó y amasó la tierra con su sangre como si hubiera sido agua; su ejército fue degollado, degollados sus soldados... Se les cogió, se les arrastró, los brazos ligados, semejantes a aves amontonadas en el fondo de una barca, a los pies de Su Majestad. El rey era semejante a Montú; sus pies victoriosos gravitaron sobre la cabeza del enemigo. Los jefes que tenía delante fueron heridos y sujetados por su puño. Sus pensamientos eran alegres, porque sus hazañas estaban cumplidas.»[845] Los libios hubieron de mirar las cosas atentamente antes de turbar la paz del Egipto.

Las victorias de aquellos doce años habían compensado ampliamente los reveses de los años anteriores. Una expedición de la flota a lo largo de las costas volvió a sus deberes a las antiguas

---

842 Parece que el encuentro tuvo lugar en el sitio donde se levantó más tarde la *Torre de Stratón*, la Cesárea de las épocas romana y bizantina.

843 Literalmente «conociendo su mano.

844 Greene, *Fouilles a Thèbes*, 1855. Véase E. de Rougé, *Notice de quelques textes hiéroglyphiques*, en el *Athenæum français*, 1855, y Chabas, *Études sur l'antiquité historique*, págs. 250-288.

845 Chabas, *Études sur l'antiquité historique*, págs. 242-249.

provincias sirias, y las naciones de Khati, de Gargamish, de Qidi, volvieron por propio impulso a la alianza. Otra expedición marítima se dirigió casi inmediatamente contra las regiones del incienso. «Equipé navíos y galeras, provistos de numerosos marineros y de abundantes obreros. Los jefes de los auxiliares marítimos figuraban con inspectores y contadores, para aprovisionarlos de los innumerables productos del Egipto; los había de todos tamaños por miles de miles. Yendo por el gran mar del agua de Qiti[846], llegaron al país de Puanit, sin que el mareo los abatiese, y prepararon el cargamento de los navíos y las galeras con productos del Tonutir, con todas las maravillas misteriosas de su país, y con cantidades considerables de perfumes de Puanit, cargados por miles de miles, innumerables. Sus hijos, los jefes del Tonutir, vinieron en persona al Egipto con sus tributos; llegaron sanos y salvos al país de Coptos y abordaron tranquilos con sus riquezas. Lleváronlas en caravanas de asnos y de hombres y las cargaron en el río, en el puerto de Coptos.»[847] Algunos soldados enviados al Sinaí colocaron de nuevo los distritos mineros bajo la autoridad del Faraón[848]. El Imperio egipcio estaba reconstituido tal como era un siglo antes, en tiempo de Ramsés II. Ya no se volvió a ver a los shardanas, a los tirsenos, a los licios, a los aqueos desembarcar en masa en las costas de África. La corriente de la emigración asiática, dirigida contra el valle del Nilo durante ciento cincuenta años al menos, refluyó hacia el Oeste e inundó Italia al mismo tiempo que llegaban a ella las colonias fenicias. Los tirsenios desembarcaron al Norte de la desembocadura del Tíber; los shardanas se lanzaron sobre la gran isla que más tarde se llamó Cerdeña. Pronto no quedó en Asia y Egipto más que el recuerdo de sus depredaciones, y el relato legendario de las emigraciones que los habían conducido desde los parajes del Archipiélago a los del Mediterráneo occidental. Uno solo de los pueblos confederados, el de los Filistú, fue autorizado para permanecer en Siria. Situóse a lo largo de la costa meridional, entre Joppé y el torrente de Egipto, en los cantones hasta entonces habitados por los cananeos, y allí vivió vasallo en un principio de Faraón. En la otra frontera del Delta, una tribu libia, la de los Mashuasha, obtuvo igualmente una concesión de territorio; los soldados mashuasha, reclutados ya en la misma Libia, ya en la porción de la tribu acampada a orillas del Nilo, desempeñaron muy pronto papel preponderante en la historia interior del Egipto.

Contaba Heródoto que, a la vuelta de sus campañas, Sesostris estuvo a punto de ser muerto a traición. «Su hermano, al cual había confiado el gobierno, le invitó a una gran comida y con él a sus hijos; luego rodeó de leña la casa donde estaba el rey y mandó prender fuego. Habiéndolo sabido el rey, deliberó al momento con su mujer, que consigo había llevado; ésta le aconsejó que cogiera a dos de sus hijos, los tendiera sobre la leña ardiente y pasara sobre sus cuerpos como sobre un puente, Sesostris lo hizo, y quemó de esta suerte a dos de sus hijos. Los restantes se salvaron con él.»[849] Los monumentos nos han probado que el Sesostris de la leyenda de Heródoto es en este caso no Ramsés II, sino su homónimo Ramsés III. Uno de los hermanos del rey, que los documentos oficiales designan con el seudónimo Pentoerit, conspiró contra él con gran número de cortesanos y de mujeres del harén. Tratábase de asesinarlo y de entronizar al hermano en su lugar. El complot fue descubierto, los conjurados citados ante los tribunales y condenados unos a muerte, otros a prisión perpetua[850]. Ramsés III vivió en paz los últimos años de sus reinado. Construyó en Tebas, en recuerdo de sus guerras, el gran palacio de Medinet-Habú, amplió Karnak, restauró Luxor. El pormenor de sus fundaciones piadosas en el Delta nos ha sido conservado en un manuscrito de la biblioteca de Heliópolis, el gran Papyrus Harris[851]. En él se ve que el Egipto había recobrado no

---

846 Uno de los nombres del Mar Rojo.

847 *Grand Papyrus Harris*, LXXVII, 1. 8-70, 1. 1. Véase Chabas, *Recherches sur la XIXe dynastie*, págs. 59-63; Birch y Eisenlohr, *Annals of Ramses III*, en los *Records of the Past.*, t. VIII, págs. 49-50.

848 Chabas, *Recherches*, págs. 63-68.

849 Heródoto, II, cvii.

850 Th. Devéria, *Le Papyrus judiciaire de Turin*, donde se traducen y conservan las partes del proceso.

851 Véase, acerca de este papiro, Chabas, *Le Papyrus magique Harris*, pág. 2 y las traducciones de Birch y Eisenlohr, en la *Zeitschrift*, 1873, 1874, y en los *Records of the Past*, t. VI, págs. 21 y siguientes; t. VIII, págs. 5 y siguientes.

solamente sus dominios exteriores, sino su actividad comercial e industrial. Los días magníficos de Tutmosis III y de Ramsés II parecían haber vuelto.

La decadencia se acentuaba cada vez más. El Egipto, gastado por cuatro siglos de perpetuas luchas, se hacía cada vez más incapaz de un impulso serio. La población, diezmada por el reclutamiento, mal renovada por la introducción incesante de elementos extraños, no tenía ya la resistencia y el entusiasmo de los primeros tiempos. Las clases nobles no estimaban ya más que las profesiones civiles y hacían burla de cuanto se relacionaba con la milicia. «¿Por qué dices que el oficial de infantería es más feliz que el escriba? —preguntaba un escriba a su discípulo—. ¡Llega, que te pinte la suerte del oficial de infantería, la extensión de sus sufrimientos! Le llevan, muy niño, para encerrarle en el cuartel; una llaga que le corta se forma en su vientre; una llaga por el roce encima del ojo; otra por desgarre sobre las dos cejas; la cabeza la tiene hendida y cubierta de pus[852]. En resumen, es golpeado como un rollo de papiro, roto por la violencia. ¡Llega, que te cuente sus marchas a la Siria, sus expediciones a países lejanos! Lleva a hombros el pan y el agua que ha de consumir, como el asno; tiene el espinazo roto. Bebe un agua corrompida, luego vuelve a su guardia. Alcanza al enemigo, tiembla como un ganso, porque le falta ya valor en todos sus miembros. Acaba por volver a Egipto, es como el palo que han roído los gusanos. Está enfermo, tiene que permanecer echado, le conducen sobre un asno; sus ropas, los ladrones se las llevan; sus criados huyen.»[853]

Esto en cuanto al oficial de infantería; en cuanto al caballero, no es mucho mejor tratado. «El escriba Amenomopit dice al escriba Penbisit: En cuanto haya llegado a tus manos este escrito, aplícate a hacerte escriba; irás delante de todo el mundo. Llega, que te diga los fatigosos deberes del oficial de carros. Cuando le llevan a la escuela su padre y su madre, de cinco esclavos que posee da dos[854]. Después que le han enseñado, parte para escoger un tiro en las cuadras, en presencia de Su Majestad v. s. f.; apenas ha escogido buenas yeguas, se regocija con estruendo. -Para llegar con ellas a su poblado, sale a galope, pero no sirve sino para galopar montado en un palo. Como no sabe el porvenir que le espera, lega todos sus bienes a su padre y a su madre, luego guía un carro, cuyo timón pesa tres *debonú*, cuando el carro pesa cinco[855]. Así, cuando quiere salir a galope con este carro, se ve obligado a echar pie a tierra y tirar de él. Le coge, cae encima de un reptil, da un salto hacia los matorrales; el reptil le muerde las piernas, la mordedura le atraviesa el talón. Cuando se llega a revisar lo que posee, su miseria llega al colmo; está tendido en el suelo y herido de cien heridas.»[856] Y estas líneas se escribieron en tiempo de Ramsés II, cuando resonaban los cantos de triunfo, la muchedumbre se dejaba llevar todavía del entusiasmo de la conquista y saludaba con sus aclamaciones el carro triunfal del Faraón. Pasada la primera embriaguez, las clases populares, agotadas por tantas guerras incesantes, abrumadas por el peso de las prestaciones y de los impuestos, volvían a su apatía habitual; los letrados ridiculizaban los sufrimientos del militar. Aquel enojo del éxito, aquel desafecto a la gloria sangrienta y pagada cara, nos explican muchos puntos oscuros de la historia contemporánea, y tomaron gran parte en la caída rápida del edificio tan laboriosamente levantado por los príncipes de la decimoctava y de la decimonovena dinastías. El Egipto de Tutmosis III amaba la guerra, el de Ramsés III quería la paz a toda costa[857].

Se vio bien en el curso de la vigésima dinastía. El año XXXII, Ramsés, cansado del mando, llamó para que lo compartiera a su hijo Ramsés IV[858]. Murió cuatro años más tarde, y Ramsés IV,

852 Es una descripción de las heridas causadas por el uso del casco y de la coraza.

853 *Papyrus Anastasi III*, hoja V, 1. 5; hoja VI, 1. 2; *Ibid*. IV, hoja IX, 1. 4; X, 1. 1; E. de Rougé, *Discours d'ouverture*, págs. 34-35; Maspero, *Du genre épistolaire*, págs. 41-42.

854 Sin duda para pagar los gastos de su instrucción.

855 Es decir, un carro de pacotilla, cuyas partes no guardan proporción.

856 *Papyrus Anastasi III*, hoja VI, 1. 2-10; Maspero, *Du genre épistolaire*, págs. 42-43.

857 *Papyrus Anastasi III*, págs. 43-44.

858 Chabas, *Recherches*, págs. 73-75.

después de haber reinado tres o cuatros años a lo sumo, fue sustituido por un pariente lejano, que se llamó Ramsés V. Vinieron luego los cuatro hijos de Ramsés III, Ramsés VI, Ramsés VII, Ramsés VIII y Miamún-Miritumú, que se sucedieron rápidamente en el trono. Aquellos Ramésidas hicieron aquí y allá algunas expediciones, nunca grandes guerras. Consumieron sus días en la tranquilidad del exterior y del interior, y si es cierto que son felices los pueblos que no tienen historia, los egipcios lo fueron bajo su mando. Ya no más correrías anuales, ya no más incursiones aventuradas a las montañas de Cilicia y a las llanuras del Alto Nilo. Siria siguió pagando tributo durante algún tiempo, porque si el Egipto, cansado de su victoria, tenía fuerza apenas para hacerse obedecer, la Siria estaba cansada por su derrota y ya no tenía energía para rebelarse. Pero había entre los dos países la diferencia de que el uno, que contaba tres mil años de historia, tocaba a la vejez y no podía ya rehacerse, mientras que el otro curó rápidamente de sus heridas. El Imperio egipcio se agotaba en pleno triunfo.

Los monumentos nos hacen asistir a su agonía. No los monumentos oficiales, porque éstos repiten desvergonzadamente las frases pomposas usadas en las dinastías precedentes, sino los privados, los cuadernos de los contratistas, las piezas jurídicas, la correspondencia de los particulares o de los funcionarios[859]. Nos revelan la historia anecdótica de Tebas durante más de un siglo, y ponen de relieve a nuestra vista el empobrecimiento gradual de la gran urbe. La población había crecido considerablemente desde la expulsión de los Pastores. En tiempo de los Faraones conquistadores, cada guerra le había dado su contingente de sirios, de libios, de negros. En tiempo de los últimos Ramésidas, el comercio sostuvo el papel de proveedor de esclavos, que estuvo reservado a la guerra durante tanto tiempo. Todos aquellos extranjeros, hombres o mujeres, acababan por unirse a los egipcios de pura sangre y de ello resultaba una raza bastarda, en que los defectos de las dos razas originales se daban reunidos, como ocurre en el Oriente. Libertos al cabo de dos o tres generaciones, no conservaban de su origen más que sus nombres exóticos o un sobrenombre, Pikharuí (el sirio), Plamnaní (el del Líbano), Pinahsi (el negro), Pashurui (el asirio). No se necesita haber morado mucho tiempo en el Cairo para saber por experiencia de qué honda corrupción es susceptible una mezcla semejante. Los templos ocupaban la mayor parte a su alrededor, otros dependían directamente del rey o del gran sacerdote, otros no dependían más que de sí propios. Los talleres de construcción daban trabajo a la mitad por lo menos de aquella gente; casi todo el resto estaba empleada en la orilla izquierda del Nilo, en los oficios que se enlazaban con el culto de los muertos y con las manipulaciones del embalsamamiento.

Los salarios eran poco considerables, al menos los de los simples obreros. Lo mejor de la paga consistía en cereales o en panes, que se distribuían el día primero de cada mes y debían durar hasta el primero del mes siguiente. Es probable que la cantidad distribuida a cada uno bastara a gentes un tanto económicas, pero la imprevisión natural a los obreros, en general, no permitía frecuentemente que así sucediese. Los primeros días comían abundantemente y sin cuidar de hacer ahorro; a mitad del mes les faltaba la comida y empezaban a quejarse. «Tenemos hambre, aun faltan dieciocho días para el mes próximo». Pronto se suspendía el trabajo, los hambrientos abandonaban el taller e iban a reunirse a una plaza pública, junto al monumento más próximo, a la puerta del templo de Tutmosis III, detrás de la capilla de Mineftah, en el Memnonium de Setuí I. Los capataces los perseguían, los comisarios de policía del distrito, los guardias Mazaiú, los escribas de la vecindad acudían y parlamentaban con ellos. Muchas veces se les convencía con buenas palabras, muchas veces también no querían oír nada. «No volveremos, díselo a tus superiores que están reunidos allí abajo». Preciso era confesar que sus quejas eran bien fundadas; «fuimos para oír de su boca y nos dijeron palabras verdaderas». Las más de las veces la rebelión no tenía otras consecuencias que una huelga prolongada; las distribuciones del mes siguiente devolvían a los amotinados la energía y el valor para trabajar.

---

859 La colección más completa de estos papiros figura en el Museo de Turín. Ha sido publicada en parte por W. Pleyte y F. Rossi, *Papyrus de Turin*. Leyde, 1869-76, en 4°.

A veces, no obstante, aquellas alternativas de privaciones y de abundancia eran origen de serias perturbaciones. No sólo el hombre tenía que sufrir: tenía mujer, hermana, hijos que padecían hambre, y los almacenes del clero o del Estado estaban delante de sus ojos, llenos hasta desbordar de cebada y de trigo. Debía ser grande la tentación de entrar y apropiarse lo que necesitaban; los huelguistas no la resistían siempre. Partían en tropel, traspasaban los dos o tres recintos que protegían los graneros, pero al llegar allí les faltaba valor y se limitaban a enviar uno de ellos al escriba director para exponerle sus quejas: «Venimos impulsados por el hambre, apretados por la sed, sin vestidos, sin aceite ya, sin pescados, sin legumbres. Enviad al Faraón. v. s. f., nuestro dueño, enviad al rey, nuestro superior, para que se nos proporcionen medios de vida.» Si uno de ellos, menos paciente que los otros, se arrebataba, jurando: «¡Por Amón, por el soberano, v. s. f., cuya cólera es la muerte!» y pedía ser conducido ante un magistrado para deponer su querella, los otros se interponían cerca del jefe en su favor, rogaban que no se aplicasen las penas severas que la ley dictaba contra el blasfemo. El escriba, buena persona, dejaba pasar lo ocurrido, y si podía les daba satisfacción, sacaba, del sobrante de los meses trascurridos, con que alimentarlos unos cuantos días, trasmitía la petición a quienes correspondía de derecho y lograba para los huelguistas un suplemento de raciones en nombre del Faraón. «Habíamos dicho: ¿No se nos darán más granos de los que nos corresponden? Si no, no nos movemos de aquí. He aquí, pues, que el último día del mes sucedió que comparecieron ante los magistrados, y dijeron: ¡Que se envíe a buscar al escriba contador Khamoisit! Fue conducido ante los grandes magistrados de la ciudad y le dijeron: Mira los granos que has recibido y da de ellos a las gentes de la necrópolis. Se hizo, pues, venir a Pmontuniboisit y se nos sirvieron raciones suplementarias cada día.»[860]

Abundaban los delitos de todo género entre aquella población necesitada y turbulenta. El egipcio es hoy todavía ladrón por naturaleza; roba por el placer de robar, muchas veces objetos que de nada pueden servirle. Las necrópolis ofrecían rica presa al egipcio de antaño. Muchas tumbas, mal guardadas, encerraban momias cubiertas de oro y alhajas. Era muy difícil llegar a ellas, porque había que abrir minas antes de deslizarse en la cámara del sarcófago. Los ladrones formaron, por tanto, agrupaciones considerables que explotaban las sepulturas. Había de todo en aquellos sindicatos, simples obreros, vagabundos, empleados, sacerdotes, hasta afiliados a la policía. La necrópolis entera fue entregada al pillaje, y las tumbas de los reyes no fueron más respetadas que las otras. En tiempo de Ramsés IX, un proceso reveló que el hipogeo del rey Sovkumsauf y de su mujer había sido violado; que el de Amenotés I y el de Antuf IV habían sido atacados mediante galerías subterráneas, que los de otros reyes habían sido amenazados[861].

Detrás de la montaña que limita al Norte el barranco de Deir el-Bahari se abría en otro tiempo una especie de cuenca, cerrada por todos lados y sin otra comunicación con la llanura que senderos peligrosos. Se divide en dos ramales que se cruzan en ángulo recto: el uno mira al Sudeste mientras que el otro se dirige al Sudoeste y se subdivide en ramales secundarios. Al Este se alza una montaña, cuya cúspide recuerda, en proporciones gigantescas, el perfil de la pirámide escalonada de Saqqarah. No había lugar más adecuado para servir de cementerio, pero lo dificultoso de su acceso impidió, no obstante, que se abrieran tumbas en él durante el Antiguo y el Medio Imperio. Finalmente, a principios de la decimoctava dinastía, los ingenieros, que buscaban lugares a propósito, notaron que el valle estaba separado de un barranco que desemboca al Norte de Gurnah tan sólo por un lomo de un espesor de quinientos codos. No era para asustar a mineros tan ejercitados como eran ellos. Hicieron rápidamente en la roca viva un corte de cincuenta a sesenta codos de profundidad, al extremo del cual un paso estrecho, semejante a una puerta, da acceso al valle. ¿Se emprendió esta labor gigantesca en tiempo de Amenotés I o en el de Tutmosis I?

860 Lieblein-Chabas, *Deux Papyrus hiératiques*, pág. 38.

861 Este proceso nos ha sido conservado en el *Papyrus Abbott*, traducido y comentado por Chabas, *Une Spoliation des hypogées de Thébes au XIe siècle*, en las *Mélanges égyptologiques*, 5ª serie, t. I. páginas 1-172; por G. Maspero, *Une Enquête judiciaire a Thèbes au temps de la XXe dynastie*, en 4º, y por A. Erman, *Beiträge zur Kenntniss des ægyptischen Gerischtsverfahrens*, en la *Zeitschrift*, 1870, págs. 81-83, 148-152.

Tutmosis I es el rey más antiguo cuya sepultura se ha encontrado en aquel lugar. Su hijo Tutmosis II, luego su nieto Tutmosis III, vinieron a descansar a su lado, y más tarde, a ejemplo de los Faraones de la decimoctava dinastía, los de la decimonovena y la vigésima uno después de otro. Sus tumbas valieron al valle el nombre de Valle de los Reyes, que ha conservado hasta nuestros días. Una comisión, que el gran sacerdote de Amón presidía, se trasportó al valle, visitó los hipogeos de los Faraones[862] y observó que muy felizmente estaban intactos. Nada nos revela mejor la decadencia en que el Egipto había caído, medio siglo después de Ramsés III, que aquella incapacidad de la policía para proteger las momias reales contra las depredaciones de la canalla tebana.

En medio del decaimiento general sólo habían progresado Amón y sus sacerdotes. Desde la lucha que habían sostenido contra Khuniatonú, la supremacía de Amón no había sido disputada, y el dogma de la unidad divina, elaborado en el santuario de Karnak, había predominado al Sur del Egipto. Los antiguos textos fueron interpretados en el sentido más favorable a sus pretensiones, y muchas veces aún añadidas las glosas destinadas a poner en evidencia su supremacía. Todo el sistema religioso de antaño fue adaptado insensiblemente a las ideas nuevas, y una cosmogonía hábilmente combinada mostró al dios único trabajando sobre los elementos. Al principio era el Nu, el Océano primordial, en cuyas profundidades insondables flotaban confundidos los gérmenes de las cosas. De toda eternidad, el dios se engendró y concibió a sí mismo en el seno de aquella masa líquida, sin forma todavía y sin aplicación. Este Dios de los teólogos tebanos era un ser perfecto, dotado de ciencia y de inteligencia seguras, el «uno único, el que existe por esencia, el solo que vive en sustancia, el exclusivo generador en el cielo y en la tierra que no sea engendrado, el padre de los padres, la madre de las madres.» Siempre igual, siempre inmutable en su inmutable perfección, siempre presente en el pasado como en el porvenir, llena el universo sin que imagen en el mundo pueda siquiera dar ligera idea de su inmensidad. Se le siente en todas partes, no se le percibe en ninguna. Único en esencia, no es único en persona. Es padre por el solo hecho de existir, y el poder de su naturaleza es tal que engendra eternamente sin debilitarse o agotarse. No necesita salir de sí mismo para ser fecundo, tiene en su propio seno la materia de su creación, concibe su fruto y, como en él la concepción no podría distinguirse del parto, de toda eternidad ha producido en sí mismo otro él mismo. Es a la vez el padre, la madre y el hijo de Dios. Engendradas de Dios, concebidas de Dios, sin salir de Dios, estas tres personas son Dios en Dios, y lejos de dividir la unidad de la naturaleza divina, concurren todas tres a su infinita perfección.

Este Dios triple y uno tiene todos los atributos de Dios, la inmensidad, la eternidad, la independencia, la voluntad soberana, la bondad sin límites. Manifiesta eternamente estas cualidades supremas o, más bien, para servirme de una expresión predilecta de las escuelas religiosas de la antigua Tebas, «crea sus propios miembros, que son los dioses»[863], y que se asocian a su acción bienhechora. Cada uno de esos dioses segundos, considerado idéntico al Dios vivo, puede formar un tipo nuevo, del que emanaban a su vez, y por el mismo procedimiento, otros tipos inferiores. De trinidad en trinidad, de personificación en personificación, se llega muy pronto a ese número verdaderamente increíble de divinidades, de rasgos a veces grotescos y muchas veces monstruosos, que descienden por grados casi insensibles del orden más elevado a las últimas escalas de la Naturaleza. No obstante, los nombres varios, los aspectos innumerables que el vulgo se inclina a atribuir a otros tantos seres distintos e independientes, no eran para el adorador tebano más que nombres y aspectos de un mismo ser. Todos los tipos divinos se compenetraban y absorbían en el dios supremo. Su división, aun llevada al infinito, no destruía en modo alguno la unidad de la sustancia divina. ¿El dios único, Amón-Ra, es el sol mismo o simplemente el alma del sol? La mayoría estaba de acuerdo en que era el sol mismo, y al sol están dedicados los grandes himnos de que tan hermosos modelos nos ha legado la literatura de la época de los Ramésidas. Su vida diaria, desde el momento en que surgía en el horizonte matutino hasta aquél en que se ocultaba tras la

862 Se leen todavía, en la tumba de Setuí I, las actas de aquella visita.

863 *Todtenbuch* [el Libro de los Muertos], cap. XVII, 1. 8.

montaña de Occidente, vino a ser la vida del Dios supremo, y su lucha contra la oscuridad, la del bien contra los malos principios.

Es él; hele aquí que se desprende lentamente de las cadenas de la noche. No hace más que apuntar «en el horizonte oriental del cielo» y ya «los rayos vivos de sus ojos penetran, animan, fortalecen a todos los seres». De pie en la cámara de su barca sagrada, «la buena barca de los millones de años», envuelto en los anillos de la serpiente Mihni, que es el emblema de su curso, se desliza lentamente sobre la onda eterna de las aguas celestes, guiado y seguido por el ejército de dioses secundarios cuyas figuras extrañas nos muestran las pinturas. Un Horus, de pie delante, sondea el horizonte con la mirada y señala al enemigo, que se mantiene dispuesto a atravesar con su lanza; otro Horus va al timón. Los Akhimú-Urdú, los que nunca sufren el abandono de la muerte, los Akhimú-Sokú, que jamás son destruidos, provistos de largos remos, tripulan la barca y la hacen seguir la corriente. Se reclutan sin cesar entre las almas de los fieles, y los mismos reyes de los dos Egiptos reclaman como una honra el figurar entre ellos.

«¡Tú te despiertas bienhechor, Amón-Ra-Harmakhis! ¡tú te despiertas con justa palabra, Amón-Ra, señor de los dos horizontes! ¡Oh benéfico, resplandeciente, flameante! ¡Reman tus barqueros, los que son Akhimú-Urdú! ¡Te hacen avanzar tus remeros, los que son Akhimú-Sokú! ¡Sales, subes, culminas bienhechor, guiando la barca en que cruzas, por el orden soberano de tu madre Nuit[864], cada día! ¡Recorres el cielo de lo alto, y tus enemigos son abatidos! ¡Vuelves la cara al poniente de la tierra y del cielo; fuertes son tus huesos, ágiles tus miembros, vivas tus carnes, henchidas de savia tus venas, tu alma se extiende! Se adora tu forma santa, se te guía en el camino de las tinieblas, y oyes el llamamiento de los que te acompañan detrás de tu cámara lanzando exclamaciones y se arrodillan ante el sol en su pavés, por orden soberana de tu madre Nuit; su corazón se siente contento porque Ra ha vencido a sus enemigos. El cielo está alegre, la tierra regocijada, los dioses y los hombres de fiesta, para glorificar a Ra-Harmakhis, cuando le ven salir en su barca y en el momento de abatir a sus enemigos. La cámara está segura, porque la serpiente Mihni se halla en su puesto y el *urœus* ha destruido a los enemigos.

»Avanza por tu madre Nuit, señor de la eternidad. Después de haber recitado para ti los encantos de la concepción, se levantan Isis y Neftis, cuando sales del seno de tu madre Nuit. ¡Levántate, Ra-Harmakhis! Te levantas, y al hacerlo, culminando, pronuncias tu sentencia contra tus adversarios. Haces abrir tu cámara, rechazas al malvado, llegada su hora, para que no avance el espacio de un momento. Has aniquilado el valor del impío; el enemigo de Ra cae en el fuego; Nuhiho[865] es rechazado en sus horas; los hijos de la rebelión ya no tienen fuerza; Ra prevalece contra sus adversarios. Los obstinados de corazón caen a los golpes; haces vomitar al impío lo que había devorado. ¡Levántate, Ra, dentro de tu cámara!

»¡Fuerte es Ra; débil, el impío!

»¡Alto está Ra; a sus pies, el impío!

»¡Vivo está Ra; muerto, el impío!

»¡Grande es Ra; pequeño, el impío!

»¡Harto está Ra; hambriento, el impío!

»¡Satisfecho está Ra; sediento, el impío!

»¡Luminoso es Ra; apagado, el impío!

»¡Bueno es Ra; malo, el impío!

»¡Poderoso es Ra; débil, el impío!

»¡Ra existe; Apop está aniquilado!

---

864 La bóveda celeste.

865 *Cara vuelta*, uno de los nombres del demonio.

»¡Oh, Ra, da toda vida al Faraón! ¡Da panes a su vientre, agua a su garganta, perfumes a sus cabellos! ¡Oh benéfico Ra-Harmakhis, navega con él, en oración! ¡Los que van en tus barcas están en exaltación; turbados, confundidos están los impíos!

»Ruido de alegría hay en el lugar grande; la cámara está regocijada. Lanzan exclamaciones en la barca de los millones de años los remeros de Ra; su corazón se siente alegre cuando ven a Ra. Los dioses están alborozados; el gran ciclo divino está lleno de alegría al glorificar a la gran barí; hay regocijo en la capilla misteriosa.

»¡Oh, levántate, Amón-Ra-Harmakhis, que se crea a sí mismo! Tus dos hermanas[866] están de pie en el Oriente, son acogidas, son llevadas hacia tu barca, la buena barca de toda procreación. ¡Ra, que has emitido todos los bienes, ven, Ra que se crea a sí mismo! ¡Haz que el Faraón reciba las ofrendas que se hacen en Habonben[867], en los altares del dios cuyo nombre es secreto! ¡Honor a ti, viejo que se manifiesta en su hora, señor de las caras numerosas, *Urœus* que produce los rayos destructores de las tinieblas! Todos los caminos están llenos de tus rayos. A ti los cinocéfalos dan las ofrendas que tienen en sus manos, a ti dirigen sus cantos, danzando para ti, pronunciando para ti sus encantamientos y sus oraciones[868]. Son invocados en el cielo y en la tierra; son conducidos a tus graciosas salidas; te abren (variante, rompen para ti) las puertas del horizonte occidental del cielo; hacen que Ra vaya en paz, en la exaltación de tu madre Nuit. Tu alma examina a los que están en el cielo inferior, y las almas están en éxtasis mañana y tarde. Porque tú creas el azote que mata y endulzas el sufrimiento de Osiris, das los alientos al que está en el valle funerario.

»Has iluminado la tierra sumergida en las tinieblas; has suavizado el dolor de Osiris. Los que son gustan los alientos de la vida, lanzan exclamaciones hacia ti, se arrodillan delante de esa forma que es tuya de Señor de las formas. Veneran tu poder en la figura bienhechora que es tuya de Dios mañana. Los dioses tienden sus brazos a ti, cuando son concebidos por tu madre Nuit. ¡Ven al Faraón, dale sus méritos en el cielo, su poder en la tierra, oh Ra, que has regocijado el cielo, oh Ra, que has atemorizado a la tierra!

»¡Oh bienhechor Ra-Harmakhis![869]

»¡Has levantado el cielo de lo alto para elevar tu alma; has velado el cielo inferior para ocultar tus formas funerarias!

»Has elevado el cielo de lo alto hasta donde alcanzan tus brazos, has ensanchado la tierra en lo que abrazan tus piernas.

»Has regocijado el cielo superior por la grandeza de tu alma, la tierra te teme, gracias al oráculo de tu estatua.

»Gavilán santo, de ala fulgurante; Fénix de múltiples colores;

»Gran león que existe por sí mismo y que abre los caminos de la barca Soktit[870].

»Tu rugido abate a tus adversarios, en tanto haces avanzar la gran barca;

»Los hombres te invocan, los dioses te temen; has hecho caer de cara a los enemigos.

»Corredor del cielo, al que no se puede alcanzar en la mañana de sus orígenes, elevado más que los dioses y que los hombres.

»Levántate para nosotros, no conocemos tu imagen; aparece ante nuestra faz, no conocemos tu cuerpo;

»¡Oh bienhechor Ra-Harmakhis!

---

866 Isis y Neftis.

867 La morada del Fénix, el gran templo de Heliopolis.

868 Los monumentos nos muestran, efectivamente, a los cinocéfalos adorando al sol levante.

869 Esta invocación ha de repetirse en cada versículo.

870 La barca Soktit era la del sol.

»Te precipitas, varón sobre las hembras.

»Toro de noche, jefe en pleno día, hermoso disco azul[871].

»Rey del cielo, soberano en la tierra, la gran imagen en los dos horizontes del cielo.

»Ra, creador de los seres, Totunen, vivificador de los seres inteligentes.

»Que el hijo del Sol, el Faraón, sea venerado por tus méritos: que sea adorado cuando te levantes bienhechor en el horizonte oriental del cielo. Él dirige tu curso, derriba a tus enemigos delante de ti, rechaza a todos tus adversarios, examina por el *ojo*[872], en su lugar[873].

»No obstante, el Dios pasa, envuelto en la luz deslumbradora que no permite a la vida humana sondear las profundidades de su ser;

»¡Oh Dios que has abierto los caminos, oh tú que has atravesado las murallas! ¡Oh Dios que se levanta en calidad de sol! ¡Sér que se trasforma en la forma de Khopri en el doble horizonte! ¡Has despertado a los que te hacen reconocer los caminos del cielo; acércate al Gran Jefe para trazar el plan del tiempo durante el curso de la eternidad!

»Hijo que naces cada día,

»Viejo encerrado en los límites del tiempo,

»Viejo que recorres la eternidad,

»Tan inmóvil, que abre todas sus caras,

»Tan alto, que no puede alcanzársele,

»Señor de la morada misteriosa donde se mantiene oculto,

»Ser escondido cuya imagen no se conoce,

»Señor de los años, que da la vida a lo que le ha agradado,

. . . . . .

»Has venido, has abierto los caminos, has recorrido las vías de la eternidad.»[874] Así, en medio de las aclamaciones y de las oraciones, prosigue su marcha radiante hasta el momento en que, llevado siempre por la corriente irresistible, se sumerge al Occidente y se eclipsa por algún tiempo en la noche del cielo inferior.

Vencidos y contenidos los poderes maléficos, no está completa todavía la obra del Dios. «Ha creado el suelo, la plata, el oro, el lapislázuli verdadero a su gusto[875]. Crea las hierbas para los ganados, las plantas de que se alimentan los humanos. Da vida al pescado en el río, a las aves en el cielo, dando los alientos a los que están en el huevo. Da vida a los reptiles, crea lo que sirve de alimento a las aves, reptiles y aves son iguales a sus ojos. Da provisiones al ratón en su agujero, y alimenta al pájaro en la rama. Sé bendito por todo esto. Uno único, de múltiples brazos.»[876] Por fin «los hombres salen de sus dos ojos»[877], y se esparcen por la superficie de la tierra, «rebaño de Ra», dividido en cuatro razas, los egipcios, los hombres por excelencia, y los negros (Nashi), que están bajo el patronato de Horus, los asiáticos (Amú), y los pueblos del Norte, de piel blanca, sobre los que Sokhit, la diosa de cabeza de leona, tiende su protección[878]. «¡Salud a ti! —dicen todos—, ¡alabanza a ti, porque permaneces entre nosotros! ¡Prosternaciones ante ti, porque tú nos creas!-Eres bendecido de todas las criaturas, tienes adoradores en todas las regiones, en lo más alto de los

871 El disco que se ve sobre la cabeza de varias divinidades está pintado muchas veces de azul o de verde.

872 El ojo derecho del dios es el Sol, el izquierdo es la Luna.

873 Lepsius, *Denkm*., VI, hoja CXV, CXVII.

874 Lepsius, *Denkm*., VI, hoja CXX, 1. 66-77.

875 *Papyrus de Boulaq.*, t. II, hoja XVI, pág. 8, 1. 6-7.

876 *Papyrus de Boulaq.*, hoja XI, pág. 6, 1.5-7.

877 *Id*., XI, página 6, 1. 3.

878 Lepsius, *Denkm*., III, lám. 135-136.

cielos, en toda la amplitud de la tierra en lo profundo de los mares. Los dioses se inclinan ante tu Santidad; las almas exaltan al que las ha creado, se regocijan de presentarse ante su engendrador, te dicen: Ve en paz, padre de los padres de todos los dioses, que has suspendido el cielo, extendido la tierra; creador de los seres, formador de las cosas, rey soberano, v. s. f., jefe de los dioses, adoramos tus espíritus, porque nos has creado; te hacemos ofrendas, porque nos has hecho nacer; te dedicamos bendiciones, porque vives entre nosotros.»[879]

Estas ideas elevadas siguieron siendo patrimonio exclusivo de un reducido número de doctores y de gentes instruidas, no penetraron en la masa de la población. Lejos de ello, el culto de los animales, el ganso, la golondrina, el gato, la serpiente, tenía más devotos que nunca había tenido[880]; la creencia en los malos espíritus y en los aparecidos era universal[881], la magia se practicaba descaradamente, en contra de las disposiciones más severas[882]. En una sociedad tan religiosa como lo era la egipcia, el influjo del sacerdote debía sobreponerse muy pronto a toda autoridad y aun al poder real. Ya en los mejores tiempos de la decimonona dinastía, los Faraones no habían emprendido nada sin antes consultar debidamente a Amón, y éste siempre se había dignado responder a su voz. En tiempo de los Ramésidas, intervino en los asuntos públicos de una manera cada vez más directa y constante. Según la teoría sacerdotal, las estatuas divinas se componían de un cuerpo de piedra, metal o madera, y de un doble o de un alma emanada de la divinidad, y que se encerraba en el cuerpo mediante oraciones en el momento de la consagración. El rey, en el santuario, a veces aun fuera de él, se dirigía a estas figuras animadas y les explicaba las cuestiones del momento: después de cada consulta real, el ídolo, si aprobaba la resolución sugerida, denotaba su aprobación sacudiendo fuertemente la cabeza[883]. Se concibe la supremacía ejercida en el Estado por el sacerdocio de Amón y sobre todo por el Primer Profeta, intérprete legal del dios. Apenas habían trascurrido unos años desde la muerte de Ramsés III, y ya el Primer Profeta Ramsesnakhuitú no tenía rival cerca de Ramsés IV[884]. El hijo de Ramsesnakhuitú, Amenotés, era casi el igual de los Ramsés siguientes, y consagraba monumentos en propio nombre como si hubiera sido soberano[885].

Y no bastaba a sus afanes haber hecho del mismo Amón un instrumento de dominio. Amón, el dueño de los dioses, estaba demasiado alejado de la humanidad para entrar fácilmente en comunicación con el vulgo. Se introdujo como mediador entre él y el hombre al tercer miembro de la triada, Khonsú. Ramsés III había comenzado la restauración del templo de este dios unos cien metros al Sur del santuario de Karnak. Sus sucesores siguieron el trabajo con amor, y los sacerdotes, deseosos de tener para su divinidad títulos de nobleza antigua, no temieron forjar documentos oficiales en que constaban milagros que en otro tiempo había realizado. Fabricaron una gran estela en que contaban que Ramsés II, después de haber recibido en rehenes la hija de un jefe sirio, se casó con ella y la hizo su primera mujer. Pocos años más tarde, la hermana de aquella reina, Bintroshit, fue atacada de una enfermedad que se atribuyó a la malicia de un espíritu posesor y de la que Thotemhabi, jefe de los magos reales, no logró curarla. Después de mucho sufrir, el padre de la princesa reclamó un auxilio más eficaz. Ramsés II se prosternó ante Khonsú, le suplicó que interviniera, e hizo llevar ante la estatua principal una segunda estatua del dios: «Inspírale tu virtud

879 *Papyrus de Boulaq*, t. II. hoja XI, pág. 7, 1. 2; pág. 8, 1. 1. Véase Grébaut, *L'Hymne a Ammon-Râ des papyrus de Boulaq*, 1875, en 8°; L. Stern, en la *Zeitschrift*, 1875, pág. 76; Goodwin, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. II, págs. 250-263.

880 Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire*, en el *Recueil*, t. II, páginas 108 y siguientes.

881 Maspero, *Études égyptiennes*, t. I, págs. 145 y siguientes.

882 *Idem*, págs. 43 y siguientes.

883 Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire*. en el *Recueil*, t. I, págs. 156 y siguientes.

884 Lepsius, *Denkm*., III, hoja 219.

885 El profeta de Amón dirigía los trabajos de la comisión investigadora de que se trata en el *Papyrus Abbott.* Acerca de Amenotés, véase Mariette, *Karnak*, lám. 40.

divina y la enviaré para que cure a la hija del príncipe de Bakhtán.» Khonsú accedió a ello y la estatua salió para Bakhtán, a donde llegó después de un viaje solemne de un año y cinco meses.

El príncipe salió a su encuentro con sus soldados y sus generales, y habiéndose prosternado: «Vienes, pues, a nosotros, desciendes a nuestro país por mandato del rey de Egipto, el sol señor de justicia, aprobado del dios Ra.» He aquí que este dios fue a donde estaba Bintroshit; habiéndola infundido su virtud, fue aliviada al momento. El espíritu que en ella moraba dijo, en presencia de Khonsú, el consejero de Tebas: «Sé bienvenido, gran dios que expulsas a los rebeldes; la ciudad de Bakhtán es tuya, sus pueblos son tus esclavos, yo mismo soy tu esclavo. Me volveré a los lugares de donde he venido, para satisfacer tu corazón respecto al motivo de tu viaje. Que Tu Majestad quiera ordenar solamente que celebre una fiesta en mi honor el príncipe de Bakhtán.» El dios se dignó decir a su profeta: «Es preciso que el príncipe de Bakhtán dedique rica ofrenda a este espíritu.» Mientras estas cosas tenían lugar y Khonsú, el consejero de Tebas, conversaba con el espíritu, el príncipe de Bakhtán estaba presente con su ejército, sobrecogido de hondo terror. Prodigó los presentes a Khonsú, el consejero de Tebas, así como al espíritu, e improvisó una fiesta en su honor; después de lo cual, el espíritu se fue pacíficamente donde quiso, obedeciendo a Khonsú, el consejero de Tebas. El príncipe quedó trasportado de alegría, lo mismo que todo el pueblo de Bakhtán; luego se dijo en su interior: «Sería necesario que este dios pudiera morar en Bakhtán; no le dejaré volver a Egipto.» Hacía tres años y nueve meses que el dios Khonsú moraba en Bakhtán, cuando el príncipe, descansando en su lecho, creyó verle abandonar su naos: tenía la forma del gavilán de oro y se cernía en el cielo en dirección a Egipto. El príncipe, habiéndose despertado, se sintió enfermo. Dijo entonces al sacerdote de Khousú, consejero de Tebas: «El dios quiere abandonarnos y volver a Egipto; haz que su carro parta para aquel país.» Khonsú volvió a su templo de Tebas cargado de presentes[886].

En tiempo de Ramsés XII, estos diversos medios habían ya producido su resultado. El rey era todavía un Ramésida, pero el amo verdadero del Egipto era el Primer Profeta de Amón tebano, Hrihorú. Virrey de Etiopía después de Pinahsi, hijo de Ramsés XII, general en jefe de las tropas nacionales y extranjeras[887], Hrihorú tenía todos los atributos del Faraón, salvo la corona y el protocolo. Su madre era, por otra parte, de sangre real y le había legado derechos a la corona[888], que hizo valer en cuanto Ramsés murió. Parece que este príncipe no dejó ningún heredero directo, porque dos rivales surgieron al Sur y al Norte para recoger su herencia. Al Sur, Hrihorú se declaró soberano de los dos países, y adoptó como prenombre el título mismo de su dignidad, Primer profeta de Amón. Al Norte, un tanita llamado Smendés, se proclamó rey, y reconocido primeramente en el Delta lo mismo que en el Egipto Medio, impuso muy pronto su supremacía a las comarcas meridionales. Viose, no obstante, obligado a tolerar la usurpación de Hrihorú y a confirmarle la dignidad real, mediante el reconocimiento de su soberanía[889]. En adelante los

886 Esta estela, que hoy se conserva en la Biblioteca Nacional de París, ha sido publicada, comentada y traducida por E. de Rougé, *Étude sur une stèle égyptienne appartenant a la Bibliothèque Impériale*, Se consideró auténtica hasta el momento en que M. Erman demostró que era preciso ver en ella una invención de los sacerdotes de Khonsú (*Die Bentreschstele*, en la *Zeitschrift*, 1883, págs. 54-62); M. Floigl (*Geschichte des Sem. Alterth.*, pág. 50) ha demostrado que el rey de la estela era Ramsés II. El feliz descubrimiento de M. Erman nos permite borrar del canon real al pretendido Sesostris II, del que sólo teníamos este monumento.

887 Pleyte, *Papyrus de Turin*, págs. 89-90.

888 Naville, *Trois reines de la XXIe dynastie*, en la *Zeitschrift*, 1878, págs. 29-30.

889 He aquí el cuadro de las dinastías XVIII, XIX y XX, restituido tan completamente como es posible hacerlo en estos momentos:

XVIII^a^ DINASTÍA (DIOSPOLITANA)

I. Ahmosú I, Nibpehtirí.
II. Amanhatpú I, Zosorkerí. III. Thutmosú I, I, Akhopirkerí.
IV. Thutmosú II, Akhorpirinrí.
V. Khnumitamanú Hatshopsuitú, Makerí.
VI. Thutmosú III, Manakhpirrí.

dominios de Amón constituyeron un principado semi-independiente que comprendía el Sur del Egipto y la Etiopía, y cuyos jefes, elegidos en la familia pontificia, se contentaron unas veces con el título de gran sacerdote, otras fueron reyes por investidura de los Faraones tanitas. No por eso dejaron éstos de ser los soberanos legítimos, los únicos que consigna la historia oficial, y con los que formó Manetón su vigesimoprimera dinastía.

VII. Amanhatpú II, Akhopirurí.
VIII. Thutmosú IV Khakeu, Mankhopirurí.
IX. Amanhatpú III, Manibri.
X. Amanhatpú IV, Nofirkhopirurí-Uanrí (Khuniatonú).
XI. Saanakhit (?)
XII. Nutir-Iotf Ai Hiq Nutir Ois, Khopirkhopirurí Iri Mait.
XIII. Tutankhamanú hiq On-risi, Khopirunibri.

XIXª DINASTÍA (DIOSPOLITANA)
I. Hanuhabi Miamún, Sozorkhopirurí Sotpenrí.
II. Ramsisú I, Manpehtirí.
III. Situí I Mineftah, Manmarí.
IV. Ramsisú II Miamún, Usirmarí Sotpenri.
V. Mineftah I Hotpú-hi-mait, Binrí Miamún Mi Nutirú.
VI. Amenmossú sú Hiq On, Menkhari Sotpenrí.
VII. Mineftah II Siftah, Khuriurí Sotpenrí.
VIII. Setui II Mineftah, Usirkhopirurí Miamún.

XXª DINASTÍA (DIOSPOLITANA)
I. Nakhtsiti Miamún, Usirmarí Miamún.
II. Ramsisú III Hiq Nutir On, Usirmarí Miamún.
III. Ramsisú IV Hiq Mait [Maiti] Miamún, Usirmarí Sotpenrí.
IV. Ramsisú V Amonhikhopshup Miamún, Usirmarí Skopi-rinhí.
V. Ramsisú VI Amonhikhopshuf Nutir Hiq On, Nibmarí Miamún.
VI. Ramsisú VII Atamón Nutirhiq Usirmari Miamún Sotpenrí.
VII. Ramsisú VIII Sithikopshuf Miamún, Usirmarí Khuniamón.
VIII. Miamún Mitún (?)
IX. Ramsisú IX Siftah, Skhanri Miamún.
X. Ramsisú X Miamún, Nofirkouri Sotpenrí.
XI. Ramsisú XI Amanhikhopshuf, Khopirmarí Sotpenrí.
XII. Ramsisú XII Khamois Nutir Hiq On Miamún, Manmarí Sotpenftah.

LIBRO III.
EL IMPERIO ASIRIO Y EL MUNDO ORIENTAL HASTA EL ADVENIMIENTO DE LOS SARGÓNIDAS

VII.
EL PRIMER IMPERIO ASIRIO. LOS HEBREOS EN EL PAÍS DE CANAÁN

La Asiria; Nino y Semiramis; Tiglatfalasar I. Ocupación del país de Canaán por los hijos de Israel. Palestina y Fenicia en tiempo de los Jueces.

La Asiria: Nino y Semíramis; Tiglatfalasar I.

Está situada la Siria de tal manera que no puede ser independiente sino a condición de no tener vecinos poderosos. En cuanto surge un conquistador en el Nilo o en el Tigris, parece que las riquezas de Damasco y de Sidón, de Gargamish y de Gaza le atraen de modo irresistible. El Egipto, emancipado de los Pastores, se había precipitado sobre el país de Kharú; había mantenido guarnición en sus ciudades y había impuesto tributo a todas las naciones, grandes o pequeñas, por espacio de varios siglos. No habían salido aún sus ejércitos, cuando los ejércitos de los asirios aparecieron para entrar en él.

Assur ocupaba la parte media del valle del Tigris, desde la confluencia del río con el Kurnib hasta el lugar próximamente en que sale a las llanuras de aluvión de la Caldea. Al Este, el curso medio del gran Zab y algunos contrafuertes del Zagros le separaban, como una barrera natural, de los coseanos y de las tribus que vagaban en lo que más tarde fue la Media. Al Norte, el monte Masios, al Sudeste el Adhem, le servían de límites; al Oeste y al Sudoeste se prolongaba en dirección al Khabur y al Éufrates, sin que se sepa si llegaba a ellos[890]. La región oriental, regada por numerosos ríos, el Kurnib o Khabur, el pequeño y el gran Zab, el Adhem, surcada por colinas cubiertas de bosques, era rica en metales y en minerales, fértil en trigos y en productos de todas clases. En la antigüedad, muchos canales derivados del Tigris y de sus afluentes circulaban por los campos y suplían la escasez de lluvias durante los meses del estío. Ciudades opulentas y populosas se juntaban allí. Sus nombres llenan los anales de los reyes y sus ruinas siembran el suelo, pero no cabe siempre identificarlas con seguridad. Dos de las capitales, Nínive (Ninua) y Kalakh (Kalkhú), florecían, y su fundación se remontaba hasta los tiempos de los primeros colonos caldeos. Al Oeste del río se despliega vasta meseta, ampliamente ondulada y apenas interrumpida, en su parte media,

890 En los tiempos clásicos, el nombre Asiria sirvió para designar regiones de muy diversa extensión. Heródoto lo aplica a la Caldea, I, cvi, cxcii, III, xcii; Plinio, a toda la Mesopotamia, *H. N.*, 26; véase Estrabón, I, XVI. El distrito de Nínive se llamaba más especialmente Ἀτυρία.

por líneas de colinas yesosas. Allí, en un cantón pobre y poco regado, excepto en las orillas mismas del Tigris, se alzaban Singar y Assur (Elassar), la más antigua de las ciudades reinas de la Asiria.

Desde los tiempos de Tutmosis III, había variado totalmente la posición relativa de los pueblos que habitaban en aquellos parajes. Caldea, ya muy debilitada, no había cesado de declinar más y más; Assur, por el contrario, había crecido en fuerza y en audacia. Después de los pontífices-reyes, Ishmidagan, Shamshiadad, Irishum, reyes autónomos habían aparecido, Assurbelnishishú, Busurassur, Assurnadinakhé I, cuyos reinados nos llevan a las cercanías del siglo decimoquinto antes de nuestra era. Gracias a sus esfuerzos, había aprendido a hacerse respetar de sus vecinos. Asurbelnishishú y su hijo Busurassur (entre 1400 y 1370), trataban ya de igual a igual con Kadashmanbel, con Burnaburiash I, con Kurigalzú I, con el hijo de éste, Burnaburiyash II, con Karakhardash, reyes coseanos de la Caldea. El último llegó a casarse con una hija de Assurubalit, sucesor de Busurassur, al que este matrimonio dio motivo para intervenir en los asuntos interiores de Babilonia. Kadashmankharbé, hijo de Karakhardash y de la asiria, fue degollado en una rebelión de los Kashshi y sustituído por cierto Nazibugash. Assurubalit dio muerte al usurpador y devolvió la corona a su biznieto Kurigalzú II. Vivió éste largo tiempo en buenas relaciones con sus primos ninivitas, Belnirari, luego Budilú, y la seguridad por la parte del Norte le permitió obtener brillantes triunfos sobre los elamitas: derrotó y mató a su rey Khurbatila, tomó y saqueó a Susa, restituyó a los santuarios caldeos los objetos sagrados que les fueron arrebatados más de mil años antes por Kuturnakhunté. Al final de su reinado, tuvo que combatir a Adadnirari I, que había sucedido a Budilú en Assur, y le venció. Adadnirari volvió a la carga en tiempo del hijo de Kurigalzú, Nazimaruttasch, y esta vez fue más dichoso. Salmanasar I, que siguió a Adadnirari, dirigió sus esfuerzos al valle superior del Tigris, que colonizó. Su hijo Tugultininip I (por el 1270), entró en Babilonia, no ya como auxiliar, sino como dueño, y allí se proclamó rey[891].

Toda esta historia no es todavía más que un bosquejo pobre y descolorido en que faltan los pormenores. Más tarde, hacia la época persa, la leyenda mitológica sustituyó a este relato demasiado árido. Refirióse que al principio de los siglos, un jefe llamado Nino se había formado en el Asia un Imperio que comprendía Babilonia, la Armenia, la Media y las comarcas situadas entre el Mediterráneo y el Indo. Edificó Nínive a orillas del Tigris, y «le dio la figura de un rectángulo, cuyo lado mayor contaba ciento cincuenta estadios y el menor noventa; el recinto total tenía cuatrocientos noventa estadios de circuito (noventa y nueve kilómetros)... A más de los asirios, que eran la parte más rica e importante de la población, llamó a su capital gran número de extranjeros, y pronto Nínive vino a ser la ciudad del mundo más vasta y floreciente.» Una guerra con la Bactriana le distrajo de sus trabajos; sitió a Bactres y allí encontró a Semíramis, a la que se atribuía origen divino. Se decía que era hija de un simple mortal y de la diosa Derketo de Ascalón. Abandonada al nacer, había sido recogida por un pastor llamado Simas. Oannés, gobernador de Siria, habíase casado con ella por su belleza y la había llevado consigo a la guerra; Nino, maravillado de su bravura, se la quitó a su marido y la asoció al trono.

Una vez reina, fundó Babilonia según un plano mejor entendido todavía que el de Nínive. La muralla medía trescientos sesenta estadios (sesenta y seis kilómetros) de circuito; estaba flanqueada por doscientas cincuenta grandes torres y era bastante ancha para que sobre ella pudieran pasar seis carros de frente. Encauzó el Éufrates, le bordeó de muelles en un espacio de ciento sesenta estadios (treinta kilómetros), y unió ambas orillas por medio de un puente. Colocó el templo del dios Bel en medio del recinto. Apenas acababan de terminarse estas obras, cuando estalló una rebelión en la Media. Semíramis la reprimió, luego trató de recorrer sus provincias, una después de otra, a fin de mejorar su condición. Edificó Ecbatana en Media, Semiramocarta en Armenia, en el lago de Van, Tarso en Cilicia. Doquiera iba, atravesaba las montañas, partía las rocas, hacía hermosos caminos. En las llanuras erigía túmulos para tumbas a sus generales muertos durante la expedición. Al llegar a los confines de Siria, pasó el istmo y conquistó el Egipto y la Etiopía; la fama de las riquezas de la

891 Para la bibliografía de este período, véase Maspero, *La mélée des peuples*, págs. 570 y siguientes.

India la condujo de las orillas del Nilo a las del Indo, pero allí su fortuna la hizo traición. Sus tropas fueron deshechas por los elefantes del rey Stratobatés y volvió a sus Estados para no salir más de ellos. Había consagrado estelas triunfales en los confines de la tierra habitable, en plena Escitia, no lejos del Yaxartes, donde Alejandro las halló todavía intactas. «La Naturaleza, decía, me ha impuesto un cuerpo de mujer, pero mis acciones me han igualado al más grande de los hombres. He regido el Imperio de Nino, que por el Este toca al río Hinamán (¿Indo?), por el Sur al país del incienso y de la mirra, por el Norte con los Sakos y los Sogdianos. Antes de mí, ningún asirio había visto el mar. Yo he visto cuatro océanos a los que nadie abordaba, tan lejos estaban. He obligado a los ríos a correr por donde yo quería, y no he querido más que por los lugares por donde eran útiles; he fecundado la tierra estéril regándola con mis ríos. He levantado fortalezas inexpugnables, he abierto con el hierro caminos que ni las mismas fieras habían recorrido jamás. Y en medio de estas ocupaciones, he tenido tiempo para mis placeres y para mis amigos». Sus hazañas no la libraron de la ingratitud de los suyos, y su hijo Ninyas conspiró contra ella. Cuando le fue revelado el complot, abdicó y se trasformó en paloma. En esta última figura se manifiesta la diosa, Nino y Semíramis no pertenecen realmente a la humanidad. Forman una pareja divina y su nombre encubre la figura de Ninip-Adar y de Ishtar, el Hércules y la Venus de Asiria. Sus hazañas deben colocarse en el número de las fábulas con que la epopeya babilónica había llenado las primeras edades del mundo. Tan sólo en la época de los reyes persas, el médico Ctesias de Cnido recogió los relatos dispersos acerca de ellos y los trasformó en reyes de carne y hueso[892].

Gran distancia hay de esta novela a la historia verdadera de los primeros monarcas asirios. La conquista de la Caldea los enredó casi inmediatamente en una serie interminable de guerras sangrientas. Siete años después de su triunfo, Tugultininip I fue asesinado por su propio hijo Assurnazirabal I. A favor de los desórdenes que siguieron, Babilonia se sublevó contra sus vencedores, y uno de los miembros de la familia cassita, Adadshumuzur, subió al trono. Al final de su reinado, fue atacado por Belcodorosor, que había sustituído a Assurnazirabal. Los dos reyes perecieron en el encuentro, y el triunfo fue de los babilonios. Milishikhú, hijo de Adadshumuzur, tomó, pues, la ofensiva y persiguió al nuevo dueño de Asiria hasta las murallas de Assur. Fue rechazado, pero a Ninippalekur le costó algún trabajo rehacerse. Su hijo Assurdán I «excedió a cuanto había habido antes de él». Logró éxitos decisivos sobre Zamamashumiddin, rey de Babilonia, se apoderó de las ciudades de Zabba, Irriga, Agarsal, y volvió a sus Estados con un botín considerable. Su victoria le fue singularmente facilitada por la caída de la dinastía cassita. El último príncipe de la familia, Belshumiddin, sucumbió por el año 1140, y las guerras civiles que ensangrentaron el advenimiento de la dinastía de Pashé redujeron a la Mesopotamia a la impotencia por espacio de tres generaciones próximamente. Los dos sucesores de Assurdán, Mutakkilnuskú y Assurrishishi, se aprovecharon de ellas para adelantar grandemente sus conquistas. El último de ellos «asaltó las comarcas rebeldes y sometió a los príncipes de toda la tierra». Cuando Nabucodorosor I, príncipe hábil y enérgico, después de haber pacificado la Caldea y librado a sus súbditos de los elamitas, quiso habérselas con Nínive, fracasó por completo. Por dos veces se vio obligado a huir, dejando en manos del vencedor sus carros, su bagaje y el estandarte real que iba delante de él[893].

Formaba la Asiria un reino compacto y vigoroso, cuyas fuerzas podían reconcentrarse rápidamente en un solo punto, de modo que arrollasen cualquier resistencia, por obstinada que fuese. Excepto por el Sur, donde la Caldea era de temer, no tenía enfrente más que tribus aisladas, sin unidad ni consistencia, que vencía sin trabajo unas después de otras. Así, desde hacía mucho tiempo, había extendido su supremacía por el alto valle del Tigris y por la Mesopotamia: el país de

892 Fr. Lenormant, *La Légende de Sémiramis*, 1872. Un sabio inglés, Mr. Daniel Haigh, ha pretendido identificar la Semíramis de Babilonia con la reina Ahmasi Nofritari de Egipto (*Zeitschrift*, 1874, págs. 18-23).

893 Maspero, *La Mélée des peuples*, págs. 607-642.

Kummukh (la Comagena)[894], el Nairi[895], el Kurhhi[896], le pagaban tributo. Tugultipalésharra I (Tiglatfalasar) ensanchó considerablemente estos dominios. Desde los comienzos de su reinado, los Muskhaya (Moskhianos), mandados por cinco reyes, descendieron de las montañas en que estaban acantonados e invadieron la Comagena. Había obedecido antaño a la Asiria, pero se habían rebelado, sesenta años antes, y eran libres desde entonces. Tiglatfalasar corrió a su encuentro: «Llené de sus cadáveres los barrancos y las cimas de la montaña. Los decapité y coroné con sus cabezas los muros de sus ciudades; traje esclavos, botín, tesoros sin número. Seis mil de los suyos, que se habían sustraído a mi poder, se abrazaron a mis piernas y les hice gracia.» La derrota de los moskhianos tuvo por consecuencia la reconquista de la Comagena. Los asirios pasaron el Tigris y saquearon Shirishi, capital de la provincia, a pesar de la intervención de las tribus vecinas. «El resto de sus soldados, que había temido mis armas terribles y que no había podido resistir el choque de mi poderoso ataque, se había dirigido para salvar la vida a la cumbre de las montañas, sobre elevadas mesetas, a los claros de los bosques, por los barrancos tortuosos de las montañas, que apenas puede cruzar el pie del hombre. Subí tras ellos; vinieron a las manos conmigo y los puse en derrota; pasé como una tempestad sobre las filas de sus combatientes, por entre los barrancos de sus montañas... He conquistado el país de Kummukh en toda su extensión, le he comprendido en adelante en los límites de mi Imperio. Porque soy Tugultipalésharra, el rey poderoso, el destructor de los malos, el que aniquila los batallones enemigos.»

La sumisión de la Comagena y el decaimiento de los moskhianos no podían durar si las naciones próximas permanecían independientes. El año siguiente, mientras una parte de sus tropas combatía al otro lado del pequeño Zab y realizaba correrías triunfales por los montes del Kurdistán, Tiglatfalasar salió a campaña contra las gentes de Kharia y contra las de Kurkhié, «por bosques impenetrables que ningún rey había explorado todavía. El dios Assur, mi señor, me ordenó partir; reuní, pues, mis carros y mis batallones y me metí en parajes inaccesibles entre los montes de Idni y de Aya, picos agudos como la punta de un puñal y que no ofrecían paso para mis carros. Dejé mis carros en la llanura y escalé las montañas.» Su hazaña le llevó al corazón del macizo montañoso de la Armenia; allí sorprendió a los habitantes del Kurkhié y quemó veinticinco ciudades de Kharia. «Cubrí de ruinas los distritos de Saraush y de Ammaush, que, desde tiempo inmemorial, no habían hecho su sumisión. Medí mis fuerzas con sus ejércitos en la montaña de Aruma, los castigué, sembré el suelo de sus cadáveres como animales feroces, ocupé sus ciudades, me llevé sus dioses; los traje prisioneros a ellos, sus bienes y sus tesoros, abandoné a las llamas las ciudades, las demolí, las destruí, hice de ellas ruinas y escombros, les impuse el yugo pesado de mi dominación, y, en su presencia, rendí acción de gracias a Assur, mi señor.»

Asegurada la tranquilidad al Norte y al Este, precipitóse sobre el Nairi. «Bravo hasta más no poder en la pelea, animoso en las batallas, he marchado sin igual contra los reyes de las orillas del mar superior, que nunca habían conocido la sumisión, y que Assur me había señalado. He atravesado alturas inabordables, collados difíciles en que ninguno de los reyes anteriores había penetrado jamás; he pasado por caminos abruptos, entre bosques espesos.» Las tribus al Este del Éufrates no opusieron seria resistencia, pero, al otro lado del río, fue preciso disputar el terreno palmo a palmo. Veintitrés reyes del Nairi reunieron sus gentes, llamaron en su auxilio a las naciones de las orillas del Mediterráneo y dieron la batalla; fueron derrotados, sus ciudades incendiadas, sus hijos llevados como rehenes. Esto fue el preludio de triunfos más decisivos todavía. Tiglatfalasar partió de Assur, al año siguiente, «después de haber fijado día propicio según un sueño que había

894 No es la Comagena de los autores clásicos, sino otra más extensa, que ocupaba las vertientes del Tauro, cerca de Samosata, y todo el alto valle del Tigris, hasta por Diarbékir (Shrader, *Keilinschriften und Geschichtsforschung*, págs. 181-213.

895 El país situado entre las dos vertientes del monte Masios, entre el alto Tigris y el Éufrates medio.

896 El país de Kirkhi, Khurkhi, estaba situado al oriente del país de los Khatí, a occidente del lago de Urmiah, en la región montañosa donde nace el Tigris. Cubría en parte la Arzanena, la Sofena y la Gordiana de los geógrafos greco-romanos (Schrader, *Keilinschriften und Geschichtsforschung*, págs. 145-147).

tenido, y marchó contra el país de Aram, que no reconocía a Assur, su señor.» Remontó el Éufrates a partir de la unión con el Khabur, acometió a los Zukhi, los barrió delante de él hasta la vista de Gargamish, luego cruzó el vado pisándoles los talones, y llegó, el primero de su raza, al territorio de los hititas septentrionales.

Desde la invasión de las naciones del mar, en tiempo de Ramsés III, los hititas habían acabado de perder el Imperio que se habían hecho por un momento en Siria y en Asia Menor; no eran ya más que un pueblo pequeño, limitado entre el Éufrates y el Aprié, alrededor de Gargamish. A su lado, media docena de reinos en miniatura se repartían el valle del Orontes superior y las llanuras del Naharanna; el de Patín[897], cuya capital se llamaba Kinalúa, el de Pitrú, el de Khalupú, que los asirios llamaron Khalván. La antigua Qodshú existía aún; pero reducida[898]: Hamath y Soba conservaban el buen lugar que tenían en tiempo de los Faraones. Tiglatfalasar, al llegar a aquellos lugares en que todavía estaba reciente la dominación egipcia, no hubo de dedicar grandes esfuerzos a apoderarse de ellos. Atravesó la Siria del Norte, escaló el Líbano y penetró en el país de Akharrú. Arvad le prestó sus naves; tuvo la satisfacción de avanzar en pleno mar y de matar con propia mano un delfín. Esparcióse el ruido de su aproximación por el Sur y hasta las orillas del Nilo; el Ramésida que reinaba entonces juzgó prudente no reclamar contra aquella violación de los derechos que sus antecesores habían podido legarle sobre los hititas. Mandó regalos a su hermano de Asiria, entre otros, cocodrilos (*namsukh*) e hipopótamos (*ummi*). Aquellos animales, desconocidos a orillas del Tigris, excitaron la curiosidad más viva, y la mención de su envío se juzgó digna de figurar entre los sucesos memorables del reinado[899].

El relato de estas guerras no puede menos de hacer formar buena opinión acerca del carácter del príncipe que las llevó a cabo y de su pueblo. Como antaño los grandes Faraones de las dinastías decimoctava y decimonovena, Tiglatfalasar es un general infatigable. Guía personalmente la mayor parte de las expediciones, dispersa y castiga a innumerables enemigos, cabalga de un extremo a otro de su Imperio, sin preocuparse de la distancia y de los obstáculos materiales; a más, es cazador encarnizado de leones y está acostumbrado a matar fieras. Los asirios eran indudablemente una de las razas mejor dotadas del Asia anterior. Tenían menos originalidad que los caldeos, sus maestros en civilización, pero mayor tenacidad y energía. Poseían en el más alto grado las cualidades militares, el vigor físico, la actividad, la destreza, la sangre fría, la bravura imperturbable; perseguían el *urus* gigantesco y las fieras que abundaban en su territorio, y las abordaban frente a frente. Vicios enojosos manchaban sus buenas cualidades. Eran un pueblo sanguinario, lleno de violencia y de mentiras, sensual, orgulloso con exceso, engañoso y traidor por menosprecio del adversario. Pocas naciones han abusado más insolentemente de los derechos de la fuerza. Demolían y quemaban las ciudades a su paso, empalaban o degollaban vivos a los jefes rebeldes. A pesar del brillo y de los refinamientos de su civilización exterior, siguieron siendo siempre bárbaros.

Y en nombre de Assur cometían aquellas atrocidades, porque eran el pueblo religioso por excelencia. «El rey se glorifica mucho, pero glorifica todavía más a los dioses. Combate por su propia gloria y por la extensión de sus dominios, pero combate también por la gloria de los dioses que las otras naciones rechazan, y para extender su culto lejos en todos los países conocidos. Sus guerras son guerras de religión tanto como de conquista; sus construcciones, al menos aquéllas que hace con mayor complacencia, son religiosas.»[900] «El templo de Anú y de Adad, los grandes dioses, mis señores, que Shamshiadad, sacerdote-soberano de Assur, hijo de Ishmidagán, sacerdote-soberano de Assur, había edificado seiscientos cuarenta y un años antes, había caído en ruinas.

---

897 Acerca del país de Patín, véase Schrader, *Keilinschriften und Geschichtforschung*, págs. 214-221; Delitzsch, *Wo lag das Paradies?* págs. 269 y siguientes.

898 La última mención que de ella se encuentra antes de Heródoto se lee en la Biblia (II *Samuel*, XXIV, 6: véase Halévy, *Mélanges de critique et d'histoire*, págs. 31-32).

899 Estos hechos están tomados de un monumento roto que quizá no es de Tiglatfalasar.

900 G. Rawlinson, *The five great Monarchies*, t. II, págs. 72-73.

Assurdán, rey del país de Assur, hijo de Ninippalékur, rey del país de Assur, demolió dicho templo, pero no lo reconstruyó. Durante sesenta años, no se tocó a sus cimientos.»[901] Tiglatfalasar le reconstruyó más vasto que era antes, y le rodeó de templos y palacios cuyo esplendor alaba. A pesar de estos elogios, la arquitectura asiria no podría compararse a la egipcia, ni por la grandeza de los planos, ni por lo escogido de los materiales. Sus masas son insignificantes si se las compara con las de Luxor y Karnak, sus formas torpes y copiadas. Se servía sobre todo de ladrillos, cubiertos con losas delgadas de mármol yesoso pulimentado o esculpido, mientras que los arquitectos egipcios empleaban con preferencia la caliza, el gres y el granito. Así los palacios y los templos asirios no han tenido la duración de los egipcios; han caído en trozos informes y casi se confunden con el suelo de que proceden sus materiales.

Después de la conquista del Nairi, Tiglatfalasar había erigido una estela triunfal en una de las fuentes del Tigris. «Conforme a la voluntad de Assur, de Shamash, de Adad, los grandes dioses, mis dueños, yo, Tiglatfalasar, rey del país de Assur, hijo de Assurrishishi, rey del país de Assur, hijo de Mutakkilnuskú, rey del país de Assur, el vencedor de los pueblos desde el gran mar hasta el Nairi, por tercera vez he sujetado el Nairi.» Otra expedición le condujo al Khumanú (Comana); otra le llevó al corazón de la Caldea. Por espacio de dos años, la recorrió en todos sentidos; Dur-Kurigalzú (¿Akkerkuf?) Sippar, Babilonia, Upi (Opis), sucumbieron, el país de Zukhi fue saqueado. Pero ruidosas derrotas no tardaron en borrar la gloria de estos primeros triunfos. Marduknadinakhé, rey de Babilonia, expulsó a los invasores, penetró en Asiria en su persecución y se apoderó de la ciudad de Hékali. De ella arrebató las estatuas de los dioses y las llevó a Babilonia, donde permanecieron cuatrocientos dieciocho años prisioneras. El hijo de Tiglatfalasar, Assurbelkala, reparó el desastre. Tomó a Bagdada (Bagdad), saqueó los alrededores de Babilonia y obligó al rey Mardukshapikzirim a implorar la paz. Duró en tiempos de su sucesor Shamshiadad III, como él hijo de Tiglatfalasar, pero Assurnazirabal II, hijo de Shamshiadad, tuvo un reinado desgraciado. Fue vencido, no lejos de Gargamish, por los hititas confederados y perdió las conquistas de su abuelo. La Siria se libró por algún tiempo de los asirios y siguió siendo dueña de sus destinos[902].

---

901 Las inscripciones de Tiglatfalasar han sido traducidas por M. Lotz, *Die Inschriften Tiglathpilezer's* I. Leipzig, 1880, en 8°; ninguna explicación histórica o geográfica se añade en esta obra.

902 Maspero, *La Mélée des peuples*, págs. 642-765. He aquí el cuadro de las primeras dinastías asirias, en cuanto me ha sido posible reconstruirlo:

ISAKKU DE ASSUR
I. Adasi.
II. Belbani.
. . . . . .
III. Ishmidagan.
IV. Samshiadad I.
V. Igurkapkapú.
VI. Shamshiadad II.
. . . . . .
VII. Khalú.
VIII. Irishum.
IX. Ikunum.

REYES DE ASSUR
I. Ashshurbelnishishú (h. 1420).
II. Busurashshur (h. 1400).
III. Ashshurnadinakhé I.
IV. Ashsururubalit (h. 1380).
V. Belnirari (h. 1360).
VI. Pudilú (h. 1340).
VII. Adadnirari I (h. 1330).
VIII. Shalmanasharid I (h. 1300).
IX. Tugultininip I (h. 1275).
X. Assurnazirabal I.

Ocupación del país de Canaán por los hijos de Israel.

Al salir de Egipto, los hebreos se internaron en la península del Sinaí. Era el momento en que los libios y las naciones del mar amenazaban el Delta; había que mantenerse fuera de las grandes vías militares, para evitar el choque de los bárbaros y la persecución de Faraón. El desierto ofreció a los fugitivos el asilo más conforme a los instintos nómadas de su raza. La tradición sacerdotal afirmaba conocer sus destinos y el tiempo que en él permanecieron. Su jefe Moisés los habría conducido al Sinaí, para allí recibir de Dios mismo los artículos de su ley fundamental. Cuarenta años después del paso del Mar Rojo, habría arrancado al Altísimo licencia para llevar a su pueblo al país de Canaán, de donde sus antepasados habían salido; habría invadido la comarca situada al Este del Jordán, pero habría muerto antes de penetrar en la Tierra prometida. La conquista de ésta estaba reservada a Josué, hijo de Nun, su sucesor en el mando.

Probable es que los hebreos se entretuvieran bastante tiempo en la península del Sinaí. Las victorias de Ramsés III no debían inspirarles mucho deseo de llegarse a las regiones en que dominaban sus antiguos dueños. La tradición posterior asegura que constituían desde aquel momento, como la mayor parte de los pueblos de su raza[903], una asociación de doce tribus, unidas por parentesco más o menos directo con los doce hijos del patriarca Jacob: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isakar, Zabulón descendían de su primera mujer Lia, José y Benjamín de su segunda mujer Raquel; Dan, Naftalí, Gad y Ashsher, de las sirvientes de su harén. A Leví y a José se sustituían los dos hijos que José había tenido de una egipcia, Efraim y Manasés. Esta división respondió siempre a una idea mítica más que a la realidad de los hechos; pero hasta tal punto entró en las costumbres, que subsistió nominalmente, aún después de que las tribus se hubieron reunido en un solo pueblo o hubieron en parte desaparecido. En el tiempo en que los hebreos vivían en el desierto, su número y sus nombres no estaban determinados de una manera tan precisa. Los clanes que los formaban estaban unidos entre sí por lazos muy poco estrechos; obraban cada uno a su guisa, sin unidad de acción o de mando, sin dirección religiosa común. Después de haber vagado algún tiempo en busca de un territorio, detuviéronse al Sudoeste del Mar Muerto, en la región montuosa que rodea la ciudad de Kadesh[904]. El país es pobre, árido; apenas si tiene algunas fuentes cuidadosamente dispuestas, algunos *uadis* favorables al cultivo y a la cría de ganados. Los recién llegados encontraron allí pueblos del mismo origen, los kenitas, los hijos de Edom, los madianitas, con los que se unieron y pelearon alternativamente, haciendo la vida que hacen hoy los beduinos, mitad pastores, mitad bandidos. El recuerdo de aquella edad pastoril les fue querido mucho tiempo después de que se hubieron instalado en Canaán. El Seir y el Sinaí fueron para ellos las montañas santas por excelencia, aquéllas en que Jehová, su dios, moraba en su gloria misteriosa, y desde donde se lanzaba en auxilio de sus fieles, en los momentos de peligro[905].

XI. Belkudurussur (h. 1250).
XII. Ninippalekur (h. 1220).
XIII. Ashshurdan I (h. 1200).
XIV. Mutakkilnuskú (h. 1170).
XV. Ashshurishishi (h. 1150).
XVI. Tugultipalésharra (h. 1130).
XVII. Ashshurbelkala (h. 1090).
XVIII. Shamshiadad III (h.1070)
XIX. Ashshurnazirabal II (h. 1060).

903 Los edomitas tenían doce tribus, a las que iba añadida una tribu ilegítima, la de Amalek (*Génesis*, XXXVI, 4-14, 16-22); los Nakhorides (*Génesis*, XXII, 24-26), los Ismaelitas (*Génesis*, XXV, 12-16), y los Qetureanos (*Génesis*, XXX, 1-6) tienen igual número.

904 Hoy Ain Qadis; véase C. Trumbull, *A visit to Aïn Qadis, the supposed site of Kadesh Barnea*, en el *Pal. Expl. Fund., Quart. St., July*, 1881, págs. 208 y siguientes.

905 Cántico de Deborah, *Jueces*, c. v, V, 4-6) de donde se originan los pasajes *Deuteronomio* XXXIII; *Habbakuk*, III, 2; *Salmos*, LXVIII, 8, 9, etc.

Algunas familias, de que procedieron más tarde las tribus de Judá y de Simeón, se situaron, en compañía de los kenitas, en los valles más próximos a Kadesh, no lejos de Hebrón[906]. La masa de la nación no siguió este camino, el más tentador de todos, probablemente por temor a los egipcios y a los pueblos que les pagaban tributo. Contorneó lentamente la vertiente meridional del Mar Muerto, siguió por la frontera de Moab y de Ammón, luego salió al país de Galaad, una meseta cortada por profundos barrancos y grandes dehesas, ochocientos metros próximamente más alta que el Jordán; hacia el Sur, los árboles escasean, pero a medida que se sube hacia el Norte, se multiplican formando verdaderos bosques en que el haya, el pino, el alcornoque, el sicomoro se mezclan con los tamarindos y enormes higueras. Tres valles, cortados a pico en la meseta, vierten al Jordán y al Mar Muerto las aguas del Arnón, del Jabbok y del Yarmuk. Se contaba que los antecesores de la raza, Esaú, Labán, Jacob, habían andado en otro tiempo por aquellos parajes, y la crónica se esforzó en dar con sus trazas: en Makhanaim, Jacob había visto a Dios cara a cara[907]; en Pnuel, había luchado con él toda una noche[908]. La tradición habla de batallas libradas por Moisés en Galaad, de victorias conseguidas por los israelitas confederados sobre Sihón, rey de los amorreos, y sobre Og, rey de Bashán. La toma de posesión no supuso acciones decisivas y rápidas, fue lenta y gradual. Los inmigrantes se deslizaron en el país formando bandas de pastores y de ladrones, y, poco a poco, se hallaron a la larga en número suficiente para expulsar, dominar o absorber a los antiguos habitantes. Gad retuvo para sí lo mejor del territorio. Rubén trató de formarse un dominio en la costa oriental del Mar Muerto, a expensas de Ammón y de Moab. Más tarde, los clanes de Makhir y de Jair, asociados, no se sabe cómo, a Manasés, disputaron a los arameos las llanuras situadas entre el lago de Genesareth y la orilla septentrional del Yarmuk. Un momento aun, el clán de Nobakh lanzó sus avanzadas a Kenath, al pie de las montañas del Horán[909]. Posesionadas ya de su patrimonio, aquellas tribus vivieron aisladas del resto de la nación. Cuando llegaba a ellas una demanda de auxilio, «Galaad permanecía al otro lado del Jordán», y «cerca de los arroyos de Rubén, grandes eran las deliberaciones», pero sin resultado[910]. Tenían por su parte bastante que hacer con defenderse de las continuas acometidas de los sirios de Damasco, de los beduinos del desierto, de Moab y de Ammón[911]. Gad, constantemente amenazada, se defendió siempre triunfante[912]; Rubén se gastó por completo en estas luchas, y pronto no fue más que un nombre entre los hijos de Israel[913].

Al occidente del Jordán, la inmigración continuó seguramente en condiciones análogas a las que habían favorecido la entrada en Galaad. La crónica sacerdotal no accedía a creerlo así, prefería ver una conquista brusca, realizada de una sola acometida, según el mandato y bajo la protección visible de Dios. Después de la muerte de Moisés, Josué, hijo de Nun, habría pasado el río un poco más arriba de su desembocadura y tomado Jericó. La caída de aquella plaza decidió la de las ciudades vecinas, Ai, Bethel, Siquem. Esta última, en el corazón mismo de Canaán, vino a ser inmediatamente el punto de enlace del pueblo. Josué fijó en ella su residencia y erigió en el monte Ebal un altar, en que estaban grabados los artículos principales de la Ley. Una primera coalición, iniciada por los cananeos del Sur a las órdenes de Adonisedek, rey de Jebús, se estrelló ante los muros de Gibeón y sus jefes fueron mutilados o degollados. Una segunda, organizada por Jabín, rey de Hazor, no tuvo mejor éxito. Jabín fue deshecho cerca de las aguas de Merom y su capital quemada. Descubierto el terreno, el reparto habría tenido lugar según las reglas, y cada tribu habría

---

906 B. Stade, *Geschichte des Volkes Israël*, págs. 131-132.

907 *Génesis*, XXXI, 2-3.

908 *Génesis*, XXXII, 23-33.

909 Stade, *Geschichte des Volkes Israël*, págs. 148-152.

910 Cántico de Deborah (*Jueces*, V, 13 y siguientes).

911 Véase las frases empleadas en la Bendición de Jacob (*Génesis*, XLIX, 3) y en la de Moisés (*Deuteronomio*, XXIII, 6).

912 *Génesis*, XLIX, 19.

913 Véase *I Crónicas*, V, 18-19, la mención probablemente histórica, de una de las guerras de Rubén.

recibido de manos de Josué el lote que la suerte le había asignado. Esa no es la historia, es la leyenda de la invasión[914]. Las tribus no obraron con ese concierto que tanto se nos alaba. Lo hicieron cada una por su cuenta, y las más numerosas aprovecharon su fuerza para atribuirse la mejor parte. Se infiltraron al otro lado del Jordán, grupo tras grupo, un clan tras otro. La tradición quiere que se hayan introducido por los vados de Jericó, y es probable, en efecto, que varias de ellas forzaran el paso por allí. No obstante, si se reflexiona que la más numerosa de sus colonias se reunió alrededor de Siquem, no puede menos de creerse que el grupo principal atravesó el río por la parte media de su curso[915]. Llegadas a la orilla occidental, las tribus se encontraron con naciones más civilizadas que ellas mismas y provistas de medios de resistencia eficaces. Las ciudades amuralladas y los carros de hierro, que habían desafiado por espacio de siglos a los soldados aguerridos de Faraón, no tenían que temer mucho de las bandas de israelitas mal armados que merodeaban a su alrededor. No hubo guerras propiamente hablando, sino una serie de rachas, de escaramuzas, de sorpresas, en que más de una plaza fortificada sucumbió. Varios pueblos cananeos, agotados por continuas alertas, prefirieron transigir con los bandidos y cederles una parte de sus campos; otros les abrieron sus puertas de buen grado y se unieron con ellos en matrimonios. La más poderosa de las tribus de José, la de Efraim, se implantó sólidamente en el centro, en las montañas que separan el valle del Jordán de la costa siria y absorbió poco a poco a los amalecitas que la habían precedido; las otras se alojaron lo mejor que pudieron, Benjamín al Sur, en las alturas que dominan la llanura fértil de Jericó, Manasés al Norte, en los pantanos del Jordán y en las gargantas de Tabor. Cuatro tribus secundarias, Isakar, Ashsher, Naftalí y Zabulón, llegaron a las colinas que se levantan detrás de Tiro y Sidón. Otras dos, Simeón y Leví, fracasaron en un golpe de mano que intentaron contra la ciudad de Siquem: Leví fue destruida por entero, Simeón reducida a unas cuantas familias que se unieron inmediatamente a Judá[916]. Los danitas anduvieron mucho tiempo en busca de un territorio. Seiscientos de ellos acabaron por sorprender en plena paz el puesto sidonio de Lais; pasaron a cuchillo a los moradores, luego dieron su nombre a la ciudad[917]. Casi en todas partes la llanura y las ciudadelas cananeas conservaron su autonomía. Beth-Anat, Beth-Shemesh, Mageddo, Taanak, Beth-Sheán, Siquem, al Norte; Jebús, Gibeón, Guezer, Aialón, y otras más[918] al Sur. Por no haber sabido cómo apoderarse de ellas, los invasores se encontraron divididos en tres grupos de desigual importancia y que nada unía: en el centro, Efraim y la casa de José; en el Sur, Judá y Simeón; al Norte, Isakar, Ashsher, Naftalí, Zabulón y Dan.

Los años que vieron realizarse la ocupación y que la siguieron constituyen la edad heróica del pueblo hebreo. Los libros sagrados, que nos han conservado su recuerdo, suponían que después de la conquista, los lazos que unían a las tribus se habían relajado a medida que el recuerdo de Moisés y de Josué se iba alejando. Los vencedores «tomaron por mujeres a las hijas de los hititas, de los amorreos, de los feresianos, de los hivitas y de los jebusitas, y dieron sus hijas a los hijos de éstos, y sirvieron a sus dioses. Los hijos de Israel hicieron, pues, lo que desagrada a Jehová; olvidaron a Jehová, su Dios, y adoraron a los Baalim y a los Ashérahs.»[919] Rota la unidad religiosa, la unidad política habría caído por sí misma. Estallaron las guerras de tribu a tribu, las más fuertes dejaron a los cananeos oprimir a las más débiles, y todas se mostraron incapaces de defender su independencia. Israel, a pesar de sus cuarenta mil hombres dispuestos para el combate, fue fácil presa de los pueblos vecinos. Los amorreos, los ammonitas, los moabitas, los filisteos dominaron

914 Reuss, *La Bible, l'Histoire Sainte et la Loi*, t. I, página 79.

915 Stade, *Geschichte des Volkes Israël*, págs. 137-138.

916 Se dice ya en la Bendición de Jacob (*Génesis*, XLIX, v. 7): «Dispersaré a Leví y a Simeón en Jacob, los diseminaré en Israel.» Simeón no es mencionado ya en la Bendición de Moisés (*Deuteronomio*, XXXIII) y los textos dicen que nunca poseyó más que un pequeño territorio dentro de Judá (*Josué*, XIX, 1-9), que disminuyó insensiblemente y que se fusionó con sus vecinos, o hasta que emigró no se sabe dónde (*I Crónicas*, IV, 24-43).

917 *Jueces*, XVIII. 1, 27-31.

918 *Jueces*, I, 21 y siguientes, donde figura la enumeración de las ciudades cananeas no sometidas.

919 *Jueces*, III, 5-7.

sucesivamente sus fracciones diversas y les devolvieron con creces los males con que Josué los había castigado. «Allí donde iban los hijos de Israel, la mano de Jehová iba contra ellos en mal, como Jehová se lo había dicho y jurado, y estaban en grandes angustias. Entonces Jehová les suscitaba Jueces[920] que los libraban del poder de los que les robaban. Pero ni siquiera querían escuchar a sus Jueces: cometían actos de libertinaje adorando a otros dioses y se prosternaban; se apartaban en seguida del camino por el que sus padres habían marchado, obedeciendo los mandatos de Jehová; pero no obraban como ellos. Ahora bien, cuando Jehová les suscitaba Jueces, Jehová estaba también con el Juez, y los libraba del poder de sus enemigos durante todo el tiempo del Juez, porque Jehová se arrepentía por los sollozos que lanzaban a causa de los que los oprimían y abrumaban. Luego, ocurría que con la muerte del Juez se corrompían de nuevo más que sus padres, acercándose a otros dioses para servirlos y prosternarse ante ellos; no corregían en nada su mala conducta ni su obstinación.»[921] Nada más falso que esta manera de considerar los hechos. Los Jueces no se han sucedido regularmente unos a otros. No eran magistrados revestidos de autoridad oficial y reconocida por toda la nación, los presidentes de una república bien organizada, elegidos directamente por el Dios nacional[922]. No eran más que héroes locales, ilustres cada uno en su tribu, pero las más de las veces sin influjo sobre las tribus vecinas: Ehud es benjaminita, Jefté procede de Galaad, Gedeón de Manasés. Varios de ellos han existido realmente, pero otros no son, como Othniel, más que la personificación mítica de una raza o de un clan. «Finalmente, el Juez acerca del cual tenemos relatos más extensos, Sansón el fuerte, debe considerarse, es verdad, como un personaje histórico, pero la enumeración de sus hazañas y de sus sufrimientos tiene un carácter enteramente legendario y muestra una mezcla tal de amarga burla y de profundidad trágica, que no se encuentra nada semejante en el Antiguo Testamento.»[923]

No puede, pues, tratarse de anales seguidos en esta época. El olvido más profundo ha cubierto las luchas de Israel contra las ciudades de Canaán: ha quedado flotando aquí y allá el recuerdo de algunos episodios. José se presentó como el «campeón de Dios», como el protector de sus hermanos más débiles. Cuando los cananeos que habían permanecido en el valle de Kishón hubieron reducido a la desesperación a las tribus del Norte, él suscitó una verdadera coalición contra su jefe Sisera, y reunió por primera vez, para una empresa común, a la mitad de la nación. A la voz de los oprimidos, «de Efraim Amalek envía sus vástagos; a ellos tus batallones, Benjamín, van a unirse; de Makir acuden los capitanes, y de Zabulón los que tienen el bastón de mando. Los jefes de Isakar con Deborah [y Naftalí] con Barak, detrás de ellos se precipitan en la llanura». Rubén y Gad, Ashsher y Dan no quisieron acudir al llamamiento que se les había hecho. Por su parte, Sisera reunió a los jefes de los cananeos y bajó a la llanura. El choque de los dos ejércitos tuvo lugar «en Taanak, en las aguas de Mageddo» «Desde lo alto de los cielos los astros combatieron desde sus órbitas combatieron a Sisera. El torrente de Kishón los arrastró, ¡el antiguo torrente, el torrente de Qishón! ¡Lánzate, mi alma, atrevidamente! ¡Entonces golpeaban el suelo los pies de los caballos, al galope, al galope de sus valientes! Maldecid a Meroz, dijo el Eterno en persona, maldecid, maldecid a sus moradores, porque no han venido en auxilio del Eterno, en auxilio del Eterno contra los guerreros.» En la huida, Sisera se detuvo junto a la tienda de Jael, mujer de Heber el kenita. «Pidió agua, ella le dio leche, en el cubilete de gala presenta la crema. Su mano, la tiende hacia el palo, con la derecha coge la maza, golpea a Sisera, le parte la cabeza, le atraviesa el cráneo de parte a parte; a sus pies lo

---

920 El nombre Juez está bastante mal escogido. Sugiere la idea de una magistratura civil regularmente organizada. La palabra hebrea *Sofet*, la misma que encontramos en las épocas clásicas y en la forma *sufeta*, tiene, sí, esta significación, pero expresa más bien la idea de un mando absoluto, regular o no; estaría mejor traducido jefe, príncipe, capitán.

921 *Jueces*, II, 15.

922 Ed. Reus, *La Bible, Histoire des Israélites*, t. I, págs. 99-100.

923 Th. Nöldeke, *Histoire littéraire de l'Ancien Testament*, trad. Derenbourg y Soury, pág. 62. Véase Wellhausen, *Prolegomena*, pág. 243.

derriba, cae, tendido a lo largo, en el lugar en que ha caído, yace aplastado.»[924] Mucho tiempo después de la victoria se cantó en Israel cómo por su ventana a través de la celosía, la madre de Sisera mira y llama: ¿Por qué su carro tarda en venir? ¿Por qué sus corceles retardan el paso? Las más discretas de sus damas le replican, y ella misma se da por respuesta: ¿No hallan botín que repartir? Una doncella o dos para cada varón, un botín de telas teñidas para Sisera, un manto de colores o dos para mis hombros.» «¡Así perecen todos tus enemigos, Eterno! Y sean tus fieles como el sol cuando se levanta brillante.»[925]

No duraba mucho el efecto de una victoria semejante. Los clanes, asociados para un esfuerzo común, se desunían inmediatamente después, y los cananeos, como antes en los siglos de la dominación egipcia, se rehacían prontamente de la derrota y se hacían más opresores que nunca. No eran, por otra parte, los únicos enemigos que Israel hubiera de temer; los beduinos del desierto trataban a los hebreos como éstos a los cananeos. Sus bandas no se contentaban con acosar incesantemente a Rubén y a Gad, pasaban el Jordán y caían de improviso sobre las tribus del centro. Ya Ehud el benjaminita había libertado a sus compatriotas yendo a matar a Eglón, rey de los moabitas, a su mismo palacio[926]. Pero, rechazado Moab, Madian entraba en liza, y sus incursiones, repetidas de año en año, habían arruinado a Efraim. El sentimiento de su debilidad indujo a los oprimidos a unirse una vez más y hasta a elegir un jefe único, un rey. El primero que parece haber tenido este título en Israel fue un individuo de Manasés, Jerubbaal, que otros llaman también Gedeón. Según el relato más verosímil, dos jefes madianitas, Zebah y Salmunna, tuvieron la desgracia de matar a sus dos hermanos cerca de Tabor. Lanzóse en su persecución, los alcanzó al otro lado del Jordán y los degolló con propia mano en castigo de su crimen. Su hazaña aterrorizó a los nómadas y aseguró la tranquilidad, al menos por unos cuantos años[927]. Las gentes de Manasés ofrecieron la dignidad real a Jerubbaal, el cual tuvo su residencia en Ofra[928] y allí fundó, según costumbre de los déspotas orientales, un santuario cuyos sacerdotes estaban a su devoción. La tradición le representa como un príncipe poderoso y rico, cuya autoridad se reconocía hasta en Siquem. A su muerte, la herencia habría debido corresponder a uno de sus numerosos hijos legítimos, pero Abimelek, el hijo que había tenido de una mujer cananea, se hizo proclamar rey en Siquem, gracias al apoyo de los hermanos de su madre. Como los jefes beduinos de nuestros días, Abimelek abusaba de la posición ventajosa que ocupaba en la montaña para cobrar derechos de paso a las caravanas que pasaban a su alcance y para robar a las que no querían someterse a sus exigencias. La vieja aristocracia de Siquem, aliada a los israelitas desde los comienzos de la conquista, no soportó mucho tiempo aquella dominación de uno solo, y se rebeló, a instigación de un jefe de aventureros llamado Gaal. Pagó caro aquel prurito de independencia. Gaal fue vencido, Siquem ocupada sin resistencia, y un millar próximamente de fugitivos, que se habían refugiado en el templo de Baal Berith[929], pereció entre las llamas. Reconquistada Siquem, Abimelek vino a poner sitio a Tebez. La ciudad sucumbió, pero el vencedor fue derribado de una pedrada en el ataque de la ciudadela. Así terminó aquel primer ensayo de monarquía efraimita[930]. Después de la muerte de

---

924 *Jueces*, IV-V. El *Canto de Deborah* es el único auténtico (véase, no obstante, M. Vernes, *Les débuts de la nation juive*, en la *Revue de l'Histoire des Religions*, 1883, págs. 331-338). La narración en prosa que le precede está plagada de errores y no tiene ningún valor histórico (Wellhausen, *Prolegomena*, pág. 251).

925 *Jueces*, V. 2-30, trad. de Ed. Reuss.

926 *Jueces*, III, 12-30.

927 La historia de Gedeón se compone de dos partes mal unidas y a veces contradictorias. El único relato que merece algún crédito está desgraciadamente incompleto (*Jueces*, VIII, 4 y siguientes). Véase Wellhausen, *Prolegomena*, págs. 252-255.

928 Había varias Ofra. Esta se distinguía de las demás por la indicación del clan a que pertenecía, Ofra de Abiezer. Su emplazamiento no es conocido con certeza. Debía estar situada a poca distancia de Siquem.

929 Baal del Pacto.

930 Según el redactor del *Libro de los Jueces* (VIII, 22 y siguientes), Gedeón no habría admitido la realeza. Acerca de la inverosimilitud de esta tradición, véase, a más de Wellhausen (*Prolegomena*, págs. 252-255), Stade, *Geschichte*

Abimelek, las tribus, aisladas unas de otras, privadas de sus jefes, fueron debilitándose cada vez más y ofrecieron presa fácil a los ladrones. La tradición registra todavía algunos triunfos sueltos. Así, atribuye a un jefe de bandidos, a Jefté, la gloria de haber libertado de los ammonitas el país de Galaad. Pero estas victorias, si fueron conseguidas realmente, no tenían consecuencias duraderas. Pocos años más tarde, el enemigo reaparecía más atrevido e insolente que nunca.

La Palestina y la Fenicia en tiempo de los Jueces.

Al Mediodía, la situación era peor aún. De las tres tribus que se habían deslizado entre el mar Muerto y el Mediterráneo, Dan había renunciado a sostenerse y había ido a buscar fortuna hacia las fuentes del Jordán. Simeón había sido destruida casi por completo, y unas cuantas familias, que habían escapado, se incorporaron a Judá[931]. Judá misma no había logrado más que mediano éxito en sus tentativas de expansión. Había colonizado por fuerza una parte del Néguev y concertado con los cananeos alianzas que la hicieron dueña de Hebrón y de Arad, pero no había pasado de aquí[932]. Jebús, Guezer, Gibeón la rechazaron y se alzaron como una barrera entre ella y la casa de José. Los filisteos le impidieron extenderse por la llanura y la redujeron a las montañas.

Eran los filisteos, como los hebreos sus rivales, un pueblo nuevo en Canaán. Una hipótesis muy verosímil, adoptada por los mejores exégetas y etnógrafos, les hace venir de Creta[933]. El nombre sólo de *Plishti* indica origen extranjero o largas emigraciones, y recuerda el de los Pelasgos. Varias veces son llamados en los escritores hebreos *Crethi*, palabra en que no puede menos de reconocerse el nombre cretenses. Por otra parte[934], la palabra parece cambiarse por *Cari* (¿Carios?), para designar la guardia de corps de los reyes de Judá. Se sabe que los carios eran aliados de los cretenses y desempeñaban[935] como ellos el papel de mercenarios. Las tradiciones hebraicas, por lo menos, hacen venir unánimemente a los filisteos de la isla de Caftor[936], palabra vaga que, como los nombres Kittim, Tarsis y Ofir, no daba a los hebreos otra idea que la de un país marítimo y lejano. La palabra Caftor, es verdad, corresponde bastante bien a Kupros. Pero cuando se ve a los hebreos designar en general todas las islas y las costas del Mediterráneo por Kittim (nombre propio de la ciudad de Kitium, en la isla de Chipre) y Tarsis (la colonia fenicia de Tartesos en España), se admite fácilmente que hayan podido aplicar el nombre de la isla de Chipre a muchas otras, y en particular a Creta. Esteban de Bizancio[937] nos presenta la ciudad de Gaza como una colonia cretense[938]. Los monumentos egipcios confirman esta hipótesis y nos señalan la fecha de la emigración. Los filisteos

---

des Volkes Israël, páginas 190-191.

931 Véase nota 916.

932 *Jueces*, 1, 9-16.

933 *Jueces*, II-IX. Hitzig, *Urgeschichte und Mythologie der Philistæer*, págs. 14 y siguientes; Gesenius, *Thesaurus*, en las palabras *Caphtor*, *Crethi*, etc.; Ewald, *Geschichte des Volkes Israel*, I, páginas 325 y siguientes, 2ª edición; Bertheau, *Zur Geschichte der Israeliten*, págs. 188 y siguientes; Movers, *Die Phoenizier*, I, págs. 3-4, 10, 27-29, 33 y siguientes, 663; Tuch, *Commentar über die Genesis*, página 243; Lengerke, *Kenaan*, I, págs. 193 y siguientes, Knöbel, *Die Voelkertafel der Genesis*, págs. 215 y siguientes; Munk, *Palestine*, páginas 82 y siguientes.

934 *I. Sam.*, XXX, 14; *Sofon*, II, 5; *Ezeq.*. XXV, 16.

935 *II. Sam.*, XX, 25; *II Reyes*, IX, 4, 19.

936 Ewald, *Geschichte*, I, 285; Winer, *Bibl. Realw*., art. *Krethi und Plethi*; Bertheau, *Zur Geschichte*, págs. 307, 312 y siguientes.

937 El capítulo X, 14, del *Génesis* parece hacerlos venir de Egipto o del país de los Caslukhim, pero es probable que haya en este punto una trasposición y que haya que colocar las palabras... *y los Caftorím* después de *Caslukhim*.

938 En las palabras Γάζα y Μινώα. E. Renan, *Histoire générale des langues sémitiques*, 4ª ed., t. I, págs. 53-55.

formaban parte de las tribus que asaltaron el Egipto en tiempo de Ramsés III. Batidos por él, se alistaron a su servicio, y les concedió permiso para establecerse en la costa meridional de la Siria[939].

El territorio que les fue concedido, entre la montaña, el mar y el desierto, se extendía desde el torrente de Egipto a las cercanías de Joppé. Allí se señalan cinco ciudades considerables, Gaza, Ascalón, Ashdod, Ekrón y Gath, que dominaban todas las salidas del África y las proximidades del istmo. Así los Faraones las habían ocupado firmemente desde sus primeras campañas. Tutmosis III, Setuí I, Ramsés II tenían guarnición en Gaza[940]. Ramsés III introdujo en ellas a los filisteos, en cuya fidelidad pensaba poder contar. Las aldeas y los pueblos no fortificados de que estaba sembrada estaban poblados por los Avvim, que no ofrecieron resistencia. Los filisteos se hicieron dueños de las cinco ciudades y se mezclaron mediante alianzas repetidas con los primitivos dueños del suelo, cuya lengua y religión adoptaron: Marna de Gaza y los dioses pescados de Ascalón, Dagón y Derketo, fueron sus dioses. La raza que resultó de aquella mezcla se dividió naturalmente en dos partes: una clase popular, formada sobre todo por las familias autóctonas, y una aristocracia militar, procedente de los vencidos de Ramsés III. Las cinco «ciudades hermanas» siguieron siendo las capitales de los cinco principados reunidos en confederación. Gaza ejercía de ordinario una especie de hegemonía, justificada por la importancia militar y comercial de su posición. Venían luego por orden de influencia Ahsdod, Ascalón, Gath y Ekrón. Cada una de ellas estaba gobernada por un jefe militar o *Seren*. En Gath, donde la población tenía cierta parte de elementos cananeos, el Seren era hereditario y disfrutaba el título de rey (*melek*). Los cinco Sarnim se reunían en consejo para deliberar sobre los asuntos comunes y para celebrar sacrificios en nombre de la confederación. Hacían la guerra juntos, cada uno al frente de las tropas de su ciudad. Su ejército tenía sobre todo valor por los carros que la nobleza montaba, y por sus arqueros, cuya destreza era proverbial en Israel[941].

Cuando los Ramésidas dejaron de aparecer en Siria, los filisteos, entregados a sus propias fuerzas, las ensayaron contra sus vecinos. Los sidonios habían sufrido pérdidas considerables; los griegos, no contentos con quitarles las islas del mar Egeo, a excepción de Rodas, los perseguían por los mares del Oriente. La Caria, la Cilicia, la Panfilia, Chipre misma fueron invadidas por los aqueos, por el mismo tiempo en que éstos intentaban penetrar en Egipto. Desembarcaron en bastante número en la isla, fundaron Salamina y obligaron a los fenicios a abandonársela por entero, menos Kitión, Lapethos y dos o tres ciudades secundarias. De vanguardia en las fronteras del mundo oriental, los griegos de Chipre tomaron en parte su civilización. Sus artistas, sometidos al influjo egipcio y asirio, tendieron unas veces a imitar al Egipto, otras a Asiria. Derivaron de los hititas, con los que estaban en contacto permanente, parte al menos de su sistema de escritura, y se obstinaron en emplearlo, a pesar de sus defectos, mucho tiempo después que los demás pueblos de su raza hubieron adoptado y perfeccionado el alfabeto cadmeo[942].

La pérdida era seria para los fenicios, que la compensaron con el descubrimiento de comarcas remotas, en que dominaron sin rival. Atraídos al Occidente, como probablemente los tirsenios y los otros pueblos del Asia Menor, por la fama de un continente productivo en metales preciosos, rico en

---

939 Chabas pone en duda esta opinión, *Études sur l'antiquité historique*, 1ª ed., págs. 29*2-296; Recherches sur l'histoire de la dix-neuvième dynastie*, págs. 99-101; véase sobre el particular Maspero, en la *Revue critique*, 1875, t. II, págs. 84-85, y Fr. Lenormant, *Histoire ancienne*, t. I, págs. 207-208.

940 Véase, en el *Papyrus Anastasi III*, en el anverso, hojas V-VI, la lista de los jefes semitas de guarnición en Gaza, en tiempo de Mineftah I, medio siglo próximamente antes de la llegada de los filisteos. Véase Chabas, *Recherches sur l'histoire de la XIXe dynastie*, págs. 95-99; A. Erman, *Tagebuch eines Grenzbeamten*, en la *Zeitschrift*, 1879, págs. 29 y siguientes.

941 Acerca de los filisteos, puede consultarse todavía, con algunas reservas, la monografía de Starke, *Gaza und die Philistinische Küste*, Jena, 1852.

942 Es al menos la hipótesis emitida por vez primera por Sayce, *The Hamathite Inscriptions*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, 1876, t. V., págs. 31-32.

todo lo necesario para la vida, pasaron de Grecia a Italia y Sicilia, a Malta y a África[943]. Allí se les abrían dos derroteros. Partiendo de Sicilia y navegando derecho al Norte, luego a Occidente, percibían la Cerdeña, luego las islas Baleares; navegando a lo largo de la costa de África, alcanzaban la salida del Mediterráneo en el Océano, el estrecho de Gibraltar. Es bastante probable que frecuentaran los dos derroteros y que colonizaran las Baleares al paso. La posesión de estas islas les era tanto más útil cuanto que la costa oriental de España es bastante inhospitalaria y que Menorca tiene uno de los mejores puertos del Mediterráneo[944]. Gibraltar era para ellos el límite último de las conquistas de Melkarth. En dos islotes que estaban frente a frente, uno en Europa, otro en África, el dios había consagrado dos estelas en conmemoración de sus victorias, las columnas de Hércules, que dieron nombre al estrecho. Más allá de las columnas empezaba el país de Tarshish, el Tartessos de los griegos, una de las regiones más fecundas del Mundo Antiguo. Las llanuras que riegan el Betis (Guadalquivir) y el Anas (Guadiana), producen aceite y vino, y el trigo da ciento por uno. La lana de sus carneros, fina y suave, se prestaba mejor que cualquiera otra para las labores de tapicería y aguja en que los fenicios eran famosos. Los ríos arrastraban pajuelas de oro, y eran anchos, profundos y navegables hasta muy al interior. Las montañas, entonces cubiertas de árboles, encerraban en sus vertientes los metales más varios, oro, plata, estaño, cobre, hierro. El mar abundaba en pescados y el atún era mucho[945]. Los fenicios visitaron aquel país en diferentes ocasiones antes de apoderarse de sus costas. Sus estaciones más antiguas parecen haber sido Six, del lado acá de las columnas de Hércules, y Onoba, del lado allá. Finalmente, una escuadra tiria llegó a estos parajes por el año 1100 antes de nuestra era, y desembarcó colonos en una islita larga, estrecha, a penas separada de la costa por un hilillo de agua, edificando allí Gadir[946], la cual muy pronto vino a ser, merced a su admirable situación, el centro de las posesiones fenicias en España, Carteya, Malaca, Abdera. De Tiro a Gadir y de Gadir a Tiro se establecieron comunicaciones tan regulares y completas como entre Chipre y la Fenicia.

Los navíos poco resistentes de los antiguos no podían realizar un viaje tan largo sin hacer frecuentes escalas, ya para resguardarse del temporal, ya para renovar las provisiones. Los fenicios escalonaron su camino de factorías, que sirvieron de lugar de descanso para sus flotas y que abrieron nuevos mercados a sus productos[947]. Si veían una ensenada bien abrigada detrás de un cabo, una islita situada en la proximidad de la tierra firme, una playa donde poner en seco los barcos, abordaban y construían, según las circunstancias, un depósito, un fuerte, una ciudad. Rodearon así la Sicilia de un cinturón de establecimientos[948]. Rosh Melkarth[949] al Sur, Motya al Este[950], Soloeis[951], y Ziz[952] al Norte. El santuario de Astarté, que coronaba el monte Eryx, conservó su reputación de santidad hasta los últimos días del paganismo, y les garantizó, durante largos

943 O. Meltzer, *Geschichte der Karthager*, t. I, pág. 28.

944 Sabida es la respuesta de Andrea Doria a Carlos V: «Junio, Julio, Agosto y Mahón son los mejores puertos del Mediterráneo.»

945 Polibio, en *Ateneo*, VII, pág. 302; Aristóteles, *Hist. An.*, VIII, 19.

946 Estrabón, III, 5. El nombre Gadir significaba cercado, recinto en fenicio: «Pœni Gadir, ita Punica lingua septum significante». (Plinio, *H. N.*, IV, 22). [Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*]

947 Acerca de la marcha seguida en estas regiones por la colonización fenicia, véase, en último término, Otto Melzer, *Geschichte der Karthager*, t. I, págs. 28-38.

948 Tucídides, VI, 2.

949 La Heracles Minoa de los griegos. Heráclides de Ponto (XXIX, ed. Didot, *Fragm. H. Gr.*, t. II, págs. 220-221) nos da la forma griega del viejo nombre Makara o Makaria.

950 Situada en una isla, próximamente a un kilómetro de la costa, no lejos de Lilibea.

951 El nombre griego se deriva de Sela, la roca, que se repite varias veces en la nomenclatura fenicia.

952 El nombre Makhanath, que se ve en las medallas y que se aplica de ordinario a Panormo, no indica más que una moneda acuñada en los campamentos para el pago de los mercenarios cartagineses. El verdadero nombre fenicio de la ciudad parece ser Ziz (véase Schröder, *Die Phönizische Sprache*, págs. 278-279).

siglos, la dominación sobre el país circundante[953]. Las minas de Cerdeña los atrajeron. Allí levantaron Caralis, Tharros, Sulci en los lugares más favorables. El triángulo de África que avanza al encuentro de Sicilia, ofrecía amplias salidas para su comercio y les prodigaba las primeras materias, marfil, maderas preciosas, especias, metales de valor, que necesitaban sus manufacturas. Así lo hicieron suyo. Una tradición, por desgracia poco precisa, hacía remontar al siglo XII antes de nuestra era la fundación de Utica, la más antigua de sus avanzadas en esta costa. Otras ciudades, las dos Hippo, Hadrumeto, Leptis, quizá Cartago[954] surgieron muy pronto al lado de Útica. Si hay que creer lo que se contaba en tiempo de Salustio[955], sus progresos se habían debido a la presencia de razas emparentadas con la suya. Sea en el momento de la invasión de los Pastores, sea en el de la llegada de las naciones del mar, bandas de origen asiático habían caminado por la Libia hasta más allá de las Sirtes y poblado la Bizacena. Una tradición judeo-cristiana vino más tarde a enlazarse con la púnica. Se pretendió que los cananeos, arrojados por los hebreos de la Tierra Prometida, se habían retirado a la Fenicia primeramente, luego a África. Entre aquellos fugitivos se citaba, en el siglo VI, a los girgaseos. «Habitan todavía el país, dice el historiador Procopio, y se sirven de la lengua fenicia. Construyeron un fuerte en una ciudad de la Numidia, donde está ahora Tigisis. Hay allí, cerca de la gran fuente, dos estelas de piedra blanca, llenas de caracteres fenicios, que en lengua fenicia dicen lo que sigue: *Somos los que han huído delante de Josué, hijo de Naué.*»[956] Sea lo que quiera acerca de estas leyendas, los colonos diseminados en la costa explotaron regularmente el interior en provecho de la madre patria. Trigo, lana, plumas de avestruz, colmillos de elefante, oro en polvo, gomas, todo lo que el África Occidental produce, todo lo que las caravanas llevan del Sudán, afluyó a los bazares de Sidón y de Tiro.

Los filisteos, por tanto, no podían menos de ganar al perseguir a los fenicios. Una de sus flotas, partida de Ascalón, destruyó la escuadra sidonia y se apoderó de la misma Sidón al final del duodécimo siglo antes de nuestra era. Los habitantes que escaparon del desastre se refugiaron en Tiro, y Tiro vino a ser desde entonces y por mucho tiempo el Estado más próspero de Fenicia[957]. En tierra, los filisteos no fueron menos afortunados. Al principio parecen haberse contentado con rechazar a los hebreos. Dan, muy bien acogida por ellos cuando quiso penetrar en sus llanuras, emigró en parte al Norte, y Judá no se atrevió casi a traspasar el borde de sus montañas. No se sabe con que motivo entraron en lucha por vez primera con los hijos de José. Sin duda el deseo de poseer las etapas principales del gran camino comercial que llevaba de Egipto a Damasco y a la Siria del Norte, los indujo a dirigir sus incursiones contra la montaña de Efraim y contra el valle de Kishón. Clanes danitas, acampados en las avanzadas de Israel, les hicieron frente con valentía, a veces también con éxito[958] y sus proezas renovadas dieron origen, dos o tres siglos más tarde, a la leyenda de Sansón[959]. Terminaron, no obstante, con un desastre.

---

953 No se dice expresamente que el santuario de Eryx sea tan antiguo. No obstante, la veneración de que era objeto por parte de los cartagineses, parece demostrar que había sido fundado por los fenicios mucho antes de que la misma Cartago hubiera logrado ser importante.

954 Según el historiador Filisto, bien colocado para conocer la historia de Cartago, esta ciudad se habría fundado veinticinco años antes de la toma de Troya, por Ezoros (¿Zoros?, Tiro) y Carquedón, tirios (*Fragm. H. Gr.*, ed. Didot, t. I, pág. 190, fragm. 50). Para todo lo que atañe a la fundación de Cartago, véase O. Meltzer, *Geschichte der Karthager*, t. I, págs. 90-141).

955 Salustio, *Bel. Jug.* 18. Acerca de la inverosimilitud de esta tradición, demasiado bien acogida por Movers, véase O. Meltzer, *Geschichte der Karthager*, t. I, págs. 54 y siguientes: Vivien Saint Martin, *Le Nord de l'Afrique*, págs. 113 y siguientes, ha visto bien que el error de Salustio procedía de una semejanza fortuita de los nombres clásicos Persas, Medos, etc., con los de ciertas tribus libias.

956 Procopio, *De Bello Vandalico*, II, c. XX. Véase Movers, *Die Phönizier*, t. II, 2º fasc., págs. 427-435.

957 Justino, XVIII, 3.

958 Acerca de Dan, véase Stade, *Geschichte des Volkes Israel*, t. 1, págs. 165-168.

959 *Jueces*, XIII-XVI.

Había en Shiloh, en Efraim, una familia sacerdotal consagrada a la guarda de un tabernáculo misterioso que se llamaba el arca de Jehová, dios de los ejércitos. Era un arca o una especie de barca sagrada, análoga a aquélla que utilizaban los sacerdotes egipcios para trasportar a Amón. Encerraba dos piedras, imágenes de Jehová, en las que se supuso más tarde que había sido escrita la Ley. El sacerdote del arca, Elí, sin ser Juez con igual título que los otros héroes, tenía mucho influjo en Israel y era consultado en los asuntos públicos. Los hebreos, apretados de cerca por los filisteos, se dirigieron a él, y les confió el arca para conducirla a la batalla como prenda de la protección divina. Su esperanza quedó defraudada desde el primer encuentro. Fueron vencidos, a pesar del arca, y los dos hijos de Elí, Khofni y Pinehas, perecieron en la derrota. «No obstante, un benjaminita se salvó y vino aquel mismo día a Shiloh, con las vestiduras desgarradas y el polvo en la cabeza. Y cuando llegó, he aquí que Elí estaba sentado en su silla, al borde del camino, lleno de ansiedad, porque le temblaba el corazón con motivo del arca de Jehová. Y cuando aquel hombre llegó a comunicar su noticia por la ciudad, toda la ciudad empezó a gritar. Y Elí, habiendo oído aquellos clamores, dijo: ¿Qué es ese tumulto?... E inmediatamente acudió un hombre a llevar la noticia a Elí. Ahora bien, Elí tenía noventa y ocho años y sus ojos estaban paralizados, de suerte que no podía ver. Y aquel hombre dijo a Elí: Soy el que ha venido del campo de batalla hoy mismo. Elí le dijo: ¿Qué ha ocurrido, hijo mío? Y el mensajero respondió y dijo: Israel ha huido delante de los filisteos, y hay gran confusión entre la tropa, y tus dos hijos, Khofni y Pinehas han perecido también y el arca ha sido cogida. Y cuando hizo mención del arca de Jehová, Elí cayó de espaldas de su asiento, al lado de la puerta, y se rompió la nuca y murió, porque era hombre viejo y torpe.»[960] Efraim se sometió al yugo como había hecho Judá. Los filisteos pusieron guarnición en varias ciudades, en Gibea de Benjamín, por ejemplo, y fueron dueños de la mitad por lo menos del pueblo de Israel.

960 *I Samuel*, IV, 1-18. Véase Wellhausen, *Prolegomena*, páginas 147 y siguientes.

VIII.
EL REINO HEBREO

Comienzos del reino judío: Saúl, David y Salomón. Las religiones de Canaán y de Israel: el cisma de las diez tribus. Israel y Judá hasta el advenimiento de Omri: la vigésima primera dinastía egipcia. Shishong I; los comienzos del reino de Damasco.

Comienzos del reino judío: Saúl, David y Salomón.

Duró su dominación medio siglo probablemente. Quiso la tradición más tarde hacerla menos duradera, o al menos introducir en ella triunfos israelitas. Samuel, hijo de Elkanah, había sido consagrado desde niño al culto de Jehová por su madre, la piadosa Hannah. Revestido de un *efod* de lino y de un manto corto, que ella le tejía anualmente, sirvió al Eterno en presencia de Elí hasta el día en que le animó la inspiración divina. Desde aquel momento, «Jehová estuvo con él y no dejó caer una sola de sus palabras. Todo Israel, desde Dan hasta Bersheba, conoció que era cosa segura que Samuel sería profeta de Jehová.»[961] Veinte años después de la muerte de Elí, Samuel creyó que era tiempo propicio para sacudir el yugo filisteo. Exhortó al pueblo para que rechazase los Baalim y le convocó en Mizpah para confesar sus pecados ante Jehová. Los filisteos, inquietos ante una reunión que no presagiaba nada bueno para su autoridad, «se armaron contra Israel: lo cual habiendo sabido los hijos de Israel, tuvieron miedo de los filisteos. Entonces Samuel cogió un cordero lechal y le ofreció entero a Jehová en holocausto, y Samuel invocó a Jehová en favor de Israel, y Jehová le atendió». Los filisteos, desbandados a los fragores del trueno, pudieron volver con trabajo a su territorio. «Entonces Samuel cogió una piedra y la lanzó entre Mizpah y la roca, y llamó a aquel sitio Ebezener, y dijo: «El Eterno nos ha auxiliado hasta este lugar». Se apresuró a obtener provecho de la victoria, acometió a los tirios, a los amorreos, reconquistó las ciudades perdidas. Luego fijó su residencia en Rama, su pueblo natal, donde había levantado un altar al Eterno. Todos los años la abandonaba e iba a recorrer Bethel, Guilgal, Mizpah, donde presidía asambleas populares y «juzgaba a Israel.»[962] Así hablaba la tradición sacerdotal. Otra tradición, más cercana a la verdad, pinta la situación de Israel con colores menos brillantes. Refiere que los filisteos habían desarmado a los vencidos por temor a una revancha. «Ya no había herreros en Israel, porque los filisteos habían dicho: «Hay que impedir que los hebreos hagan espadas y alabardas». Por eso todo Israel bajó al país de los filisteos, cada uno para afilar la reja de su arado, su hacha de cortar leña, la segur y el escardillo, cuando sus escardillos, sus hachas y sus horcas tenían el filo o la punta gastados, hasta para componer el pincho de la ahijada.[963] El remedio vino del exceso del mal. Una vez ya, la invasión de los ammonitas había originado la creación efímera de un rey con Jerubbaal y Abimelek. La tiranía filistea obligó a los hebreos a buscar el remedio a sus sufrimientos en la reunión de todas sus fuerzas en manos de un individuo, pero esta vez, como el peligro era más serio, el esfuerzo fue más vigoroso y el resultado proporcionado al esfuerzo. Abimelek reinaba en dos o tres clanes, Saúl fue rey en la nación entera[964].

Benjamín, la menor y la más belicosa de las tribus, no era más que vanguardia acampada en la frontera meridional de Efraim. Su dominio apenas comprendía unos cuantos poblados, Rama,

961 *I Samuel*, III, 19.

962 *I Samuel*, VII, 15 y siguientes.

963 *I Samuel*, XIII. 19-21.

964 Acerca del carácter de la monarquía benjaminita y su enlace con la de Abimelek, véase Stade, *Geschichte des Volkes Israël*, páginas 176 y siguientes, 197 y siguientes.

Mikhmas, Gibea, Anatot, Nob, que la fortaleza cananea de Jébus separaba de Judá[965], y todavía dos de ellos, Gibea y Mikhmas estaban en poder de los filisteos desde la muerte de Elí. La vida religiosa era intensa en aquella frontera, sin cesar en peligro. En Nob se habían refugiado los sirvientes del templo de Shiloh después de la catástrofe de Afek[966]. En Rama residía Samuel; de allí partía para dar todos los años vuelta a Bethel, Guilgal y Mizpah, a las localidades en que ejercía autoridad indisputable; allí le pone la tradición en relaciones con Saúl. Éste y su hijo Jonatán eran jefes de una de las familias menos considerables de Benjamín. Al frente de una banda poco numerosa, pero acostumbrada al ejercicio de las armas, sorprendieron un puesto de filisteos en Gibea e hicieron prisionera a la guarnición de Mikhmas que acudía en su socorro. Benjamín recobró su independencia, y el jefe que tan bien la había guiado adquirió gran renombre en Israel: «cualquier hombre fuerte y valeroso, que veía Saúl, le afiliaba a su servicio.»[967] Proclamado rey, residió en Gibea como anteriormente, en el clan de que era jefe, pero su autoridad se extendió al Este sobre Galaad, al Sur sobre Judá. Las naciones vecinas, por largo tiempo acostumbradas a oprimir a los hebreos, fueron derrotadas y oprimidas a su vez. «Saúl guerreó contra todos sus enemigos a la redonda, contra Moab, contra los ammonitas, contra Edom, contra los reyes de Soba y contra los filisteos, y allí donde se dirigió fue victorioso. Y realizó hazañas, y batió a Amalek, y libró a Israel de esos bandidos.»[968]

Los hábitos de aislamiento eran demasiado inveterados entre los hebreos para que no hallase la monarquía oposición violenta, al menos en varias de las tribus. Judá no se había mezclado hasta entonces en la vida nacional. Perdida y como ahogada en medio de los cananeos, el fondo hebráico de la raza no había logrado aún asimilarse aquel elemento extraño. Los filisteos la habían conquistado bastante pronto y les había quedado sometida, a pesar de las hazañas de Benjamín, pero algunos de sus jefes habían ido a colocarse a las órdenes de Saúl. En el número de aquellos aventureros se contaba David, hijo de Ishai, nacido en Bethlehem. David es el primer héroe judío, el verdadero fundador del reino de Judá. Por eso la imaginación sacerdotal se ha dado rienda suelta al hablar de él. Quería que el viejo Samuel, descontento de Saúl, hubiera ido a Bethlehem so pretexto de celebrar un sacrificio, pero en realidad para consagrar a David en secreto. Éste, llamado a la corte para distraer al rey de la melancolía en que cayera, llegó a ser el favorito de Saúl y el cordial amigo de Jonatán Luego, sus hazañas en una guerra con los filisteos hicieron que en él se fijara preferentemente la atención del pueblo. «Cuando volvía, salieron mujeres de todas las ciudades de Israel cantando y danzando, delante del rey Saúl, con tambores y címbalos. Y las mujeres que tocaban instrumentos se repetían unas a otras: Saúl ha herido sus mil y David sus diez mil.» En seguida se despierta la envidia de Saúl. En un acceso de furor, se precipita sobre David, quiere atravesarle con su lanza; luego, vuelto en sí, le aleja, le confía el mando de un cuerpo de soldados y le casa con su segunda hija, Mikal. Salvado en varias ocasiones por su mujer, por su cuñado Jonatán y por el gran sacerdote Akhimelek, David se vio al fin obligado a irse con Akhis, rey de Gath. El único hecho cierto que hay en este relato es que David, después de haber sido un aventurero al servicio de Benjamín, se declaró vasallo de los filisteos y recibió de ellos en recompensa la ciudad de Ziklag.

No podían renunciar los filisteos de primera intención a la provechosa supremacía ejercida por ellos en la Siria meridional. Seguros como estaban de la neutralidad de Judá y de los clanes meridionales, atacaron a las tribus del centro y trabajaron para dejar libre el camino de las caravanas, cuyo paso les impedía la ocupación de Tabor por los hebreos. Saúl los esperó en la

965 Stade, *Geschichte des Volkes Israël*, págs. 160-162.

966 Véanse los pasajes *I Samuel*, XXI, 1-9; XXIII, 9-23, donde se habla del gran sacerdote de Nob, Akhimelek biznieto de Elí.

967 *I Samuel*, XIV, 52.

968 *I Samuel*, XII-XIV. Para los comienzos del reinado de Saúl véase, a más del largo y profundo análisis de Reuss, en el *Resumen de historia israelita* que forma el primer volumen de la Biblia, Wellhausen, *Prolegomena*, págs. 259-274, y Stade, Geschichte *des Volkes Israël*, págs. 207-223.

llanura de Jezreel, al pie de los montes de Gelboé, pero fue derrotado y muerto lo mismo que su hijo Jonatán. Los vencedores cortaron la cabeza al cadáver y colgaron el tronco en la muralla de Bethsheán, a donde los habitantes de Jabesh vinieron a recogerlo para rendirle los últimos honores. No se resignó la leyenda a asignar motivos puramente humanos a la catástrofe en que desapareció el primer rey. Maldito por Samuel, Saúl había partido para la guerra presa de los más sombríos presentimientos. La víspera del combate había consultado en secreto a una maga de Endor y la había rogado que evocara la sombra del profeta. Este apareció, el rostro tapado con el manto, y renovó muerto las maldiciones que había lanzado vivo contra Saúl. «Jehová ha desgarrado el reino entre tus manos y le ha dado a tu servidor David, porque no has obedecido la voz de Jehová y no has ejecutado el ardor de su cólera contra Amalek. A causa de ello, Jehová te ha hecho esto hoy. Y todavía Jehová entregará Israel contigo en manos de los filisteos, y estaréis mañana conmigo, tú y tus hijos. Jehová dejará también el campo de Israel en manos de los filisteos.»[969] Al saber la noticia del desastre, David rompió a llorar y exhaló su dolor en una bella elegía, de la que un trozo ha llegado a nosotros. ¡Oh Israel, los que han muerto están en los altos lugares, los hombres fuertes han caído! No lo vayáis a decir a Gath ni llevéis la noticia a las plazas de Ascalón, por miedo a que las hijas de los filisteos no se regocijen, para que las hijas de los incircuncisos no salten de alegría.¡Oh montes de Gelboé! que el rocío y la lluvia no caigan sobre vosotros, ni sobre los campos que allí hay en lo alto; porque allí ha caído el escudo del héroe y el escudo de Saúl, como si no hubiera sido el ungido del Señor.- El arco de Jonatán no volvía nunca sin la sangre de los muertos y sin la grasa de los fuertes, y la espada de Saúl no volvía nunca sin matar.-Saúl y Jonatán, que se amaban en vida, no se han separado en la muerte. Eran más ligeros que las águilas, eran más fuertes que los leones. - ¡Hijas de Israel, llorad por Saúl, qne hacía que fuérais vestidas de escarlata, que viviérais entre delicias y llevárais adornos de oro sobre vuestros vestidos! ¡Ay! los fuertes han sucumbido en la batalla; Jonatán ha muerto en los altos lugares! Jonatán, hermano mío, estoy angustiado por ti; tú eras mi placer, el amor que te tenía era más grande que el que se tiene a las mujeres. - ¡Ay, los fuertes han caído y han perecido los instrumentos de guerra!»[970]

El triunfo de los filisteos era completo. Todo Israel al occidente del Jordán se inclinó ante su autoridad. Los restos del ejército, mandados por Abner, se refugiaron al otro lado del río, en Galaad, y allí aclamaron a Ishbaal, hijo de Saúl. Benjamín y Gibea estaban en manos del enemigo. Ishbaal quiso residir en Makhanaim, uno de los santuarios más antiguos de la nación. La elección de un hijo de Saúl excitó la envidia de las otras tribus, eligiendo a David Judá y los clanes vecinos. Las hostilidades entre ambos pretendientes empezaron con la escaramuza indecisa de Gibeón y duraron siete años con diversa suerte. Quizá habrían terminado mal para Judá si Abner, gravemente insultado por su dueño, no le hubiera abandonado. Ishbaal fue muy poco después asesinado por dos de sus gentes, y David reinó sin rival. Los representantes de las familias que habían sostenido la casa de Saúl se reunieron en Siquem y le declararon único rey. Habían terminado para lo sucesivo las antiguas divisiones, y era llegado el momento de que las tribus, formando un solo haz, no fueran más que una. Los cronistas de los últimos tiempos, que juzgaban por experiencia los provechos que la reunión de todos los poderes en manos de un rey había proporcionado a la nación, atribuyeron sus sentimientos a los del tiempo aquél, e imaginaron que el advenimiento de la monarquía se había realizado en medio de un ceremonial imponente. Supusieron que todas las tribus se habían presentado armadas en Hebrón, y que «alineándose en batalla, con corazón alegre, proclamaron a David rey de todo Israel. Y allí permanecieron con David, por espacio de tres días, comiendo y bebiendo; porque sus hermanos los proveían y sus vecinos también, hasta de Isakar, de Zabulón, de Naftalí les traían pan en burros y en camellos, en mulos y en bueyes, harina, higos secos, pasas, vino, aceite, y traían bueyes y corderos en abundancia, porque Israel estaba alegre.»[971]

---

969 *I Samuel*, XXV, 8-19.

970 *II Samuel*, 1, 19-27.

971 *I Crónicas*, XII, 40.

Hebrón, situada en el centro de Judá, era la capital natural de esta tribu, pero no la de un reino que pretendía comprender a Israel. David buscó una residencia menos apartada hacia el Sur, y fijóse en la fortaleza cananea de Jébus, que interceptaba las comunicaciones entre los hebreos meridionales y la casa de José. Un asalto vigoroso, dirigido por Joab, hizo ganar la ciudad. Al variar de dueño, varió de nombre y vino a ser Jerusalén. David se apresuró a ponerla en situación de defensa: dejando Moriah al pueblo, conservó Sión para él y fortificó Millo, sin comprender, no obstante, estos tres puntos en un recinto continuado[972]. Más tarde, cuando el buen resultado de sus primeras guerras le permitió algunos instantes de reposo, edificóse un palacio de madera de cedro y piedra tallada, ayudado de obreros tirios[973]. Por el momento trasladó allí, desde Kiriath-Jearim, un arca célebre de Jehová, la misma, decíase, de que los filisteos se habían apoderado en el campo de batalla de Afek, y la colocó cerca de él en la colina de Sión[974]: era preciso, en efecto, que su morada fuese, según costumbre oriental, la capital no solamente administrativa, sino religiosa del país. El sitio era de los mejores. Jerusalén coronaba una eminencia, rodeada al Este, al Sur, al Oeste por el lecho del Cedrón y por la garganta de Hinnom, limitada al Norte por una ligera depresión del suelo. Apostada en el cruce de los caminos que llevan desde Joppé al Jordán, del desierto a Siria, dominaba la mayor parte del territorio habitado por los hebreos. Desde su castillo real, David, pegado a Judá, podía bajar por Jericó al valle del Jordán y desde allí caer sobre Galaad, o precipitarse por Bethhorón sobre la llanura marítima y subir de allí hacía Galilea. Sin duda Zabulón, Ashsher, Naftalí estaban aún más alejados de lo que convenía de su persona, pero eran tribus de segundo orden, sin valor político. Para dominar, debía tener siempre la mano puesta sobre Efraim y sobre Judá, y a ello se prestaba Jerusalén admirablemente.

En tanto vivió Ishbaal, los filisteos, cuya tranquilidad aseguraban las discordias judías, no habían denunciado la tregua. La reunión de las doce tribus les produjo serias inquietudes, trataron de disolverla antes de que el nuevo rey hubiera afirmado el orden y organizado un ejército regular, invadieron Judá, amenazaron a Betlehem, todo en vano. David los derrotó en dos ocasiones, los persiguió desde Gabaón hasta Guezer[975], y los hizo volver a su territorio propio. La lucha, entablada a todo lo largo de la frontera, desde Gath a Ekrón, duró bastante tiempo antes de producir un resultado. Durante varios años, no hubo más que incursiones, pillajes, alarmas, escaramuzas perpetuas de una y otra parte. David no se guardaba. Un día se aventuró tanto en la pelea, que costó trabajo a Abishaí sacarle sano y salvo. Sus compañeros le prohibieron en lo sucesivo que asistiera a las batallas. Siempre llevaba consigo un batallón de seiscientos valientes (*gibborim*), reclutados entre hebreos y extranjeros, filisteos, cretenses, cananeos e hititas. Era el núcleo de su guardia, y sus jefes, Joab y Abishaí, Eleazar, hijo de Dodo, Elkhanam de Betlehem, Jonatán, Benaiah, quedaron para siempre como figuras populares en Israel. Referíase, siglos después de su muerte, cómo Jabsokham, hijo de Hakmoni, había derribado él solo trescientos hombres un día de combate[976], y cómo «Benaiah también, hijo de Jehoiada, hijo de un valiente de Kabzeel, había realizado grandes hazañas. Mató a dos de los más valientes de Moab y bajó y mató a un león en una fosa, un día de nevada. Mató también a un egipcio que tenía cinco codos de alto. Tenía aquel egipcio en la mano una lanza del grueso de un cilindro de tejedor, pero Genaiah fue contra él con un palo, arrancó la lanza de manos del egipcio y con ella le atravesó.»[977] Los filisteos, cansados de su mala suerte, se resignaron a la paz. Gath y las aldeas que de ella dependían quedaron en poder de los israelitas[978],

---

972 *II Samuel*, V, 5-9; *I Crónicas*, XI, 4-8.

973 *II Samuel*, V, 11; *I Crónicas*, XIV, 1.

974 *II Samuel*, VI; *I Crónicas*, XIII, XV-XVI.

975 *II Samuel*, V. 17-25; *I Crónicas*, XIV, 8-17.

976 *I Crónicas*, XI, 11.

977 *II Samuel*, XXIII, 20-21; *I Crónicas*, 22-23.

978 *I Crónicas*, XVIII, 1.

pero las otras cuatro ciudades no fueron siquiera sometidas a un tributo regular. Su poderío militar no sobrevivió mucho a aquel fracaso y murió casi tan repentinamente como había nacido[979].

El resultado feliz de aquella larga aventura hizo a David aficionarse al triunfo, desarrollándose su reino en todos los puntos a la vez con la rapidez habitual en las monarquías orientales. Moab sucumbió el primero, siendo degolladas a sangre fría las dos terceras partes de su población, y sometiéndose el resto[980]. Al Norte, los hebreos encontraron un enemigo más temible. La Siria estaba dividida, como en tiempo de los egipcios, en reinos rivales, los de Damasco, de Maakha, de Rohob, de Zobah, de Hamath. El príncipe que reinaba entonces en Zobah, Hadadezer, hijo de Rehob, fue acabando sucesivamente con ellos. La fundación de un Estado único en el valle del Orontes no podía agradar a David, que atacó el Aram-Zobah en el momento en que Hadadezer «partía para recobrar sus fronteras en el río Éufrates» y consiguió una señalada victoria. La tradición añade que se había anexionado Damasco y que había recibido el homenaje más o menos nominal de los reyes vecinos, pero no está probado nada de esto. La derrota de Hadadezer llenó de alegría no solamente a los hebreos, sino a varios jefes sirios a los que preocupaba su agitación. Thu de Hamat envió a su hijo Joram a felicitar a David por su triunfo[981]. Aquella conquista trajo consigo otras. Se habían desguarnecido los territorios del Sur para ocupar Zobah, y los idumeos habían aprovechado la ocasión para entrar por tierras de Judá. Joab y Abishaí los aniquilaron en el valle de la Sal, al Sur del Mar [982]. Su rey pereció con las armas en la mano, y su hijo Hadad huyó a Egipto con algunos servidores. Joab degolló toda la parte masculina de la población e instaló guarniciones judías en Elath y en Eziongaber, hacia la punta oriental del Mar Rojo[983]. David consagró el botín a Jehová, y éste, lleno de gratitud, «le guardó por doquiera iba.»[984]

Unos cuantos años de una política hábil habían trasformado a los hebreos en conquistadores. Su autoridad era respetada desde las orillas del Orontes al torrente de Egipto y las orillas del Mar Rojo. Moab, Edom, Ammón dependían directamente de sus oficiales. Los filisteos proveían de trigo y aceite la mesa del rey. Fenicia le ofrecía sus maderas preciosas y le cedía sus artistas. Zobah, Hamath y los Estados de la Aramea le pagaban tributo. Su reino era ya casi un Imperio, fraguado en el mismo molde que los de Egipto y la Caldea, pero era exiguo, mal nacido y poco viable. Los tributarios no habían abandonado su deseo de libertad, como no lo abandonaron en la época de los Faraones, detestando en el fondo de su corazón la soberanía de Israel y no ambicionando más que un pretexto, bueno o malo, para intentar de nuevo la suerte de las armas. Nahash, rey de los ammonitas, había muerto. David, a quien en otro tiempo había protegido de las persecuciones de Saúl, envió a cumplimentar a su hijo Hanún. Éste imaginó que los embajadores eran espías encargados de hacer el plano de su ciudad real y les afeitó la mitad de la barba, les cortó la mitad de los vestidos hasta la cintura y los arrojó ignominiosamente. Fue la señal de la guerra. Los ammonitas se entendieron con Hadadezer y levantaron la Siria. Los contingentes de Rohob, de Maakha, de Tob y de Zobah se apresuraron a venir en su ayuda. Joab, que mandaba en ausencia de David, se encontró cogido entre los ammonitas y los que venían en su auxilio. Dividió su ejército en dos cuerpos, conservó bajo su mando el que hacía frente a los sirios y confió el otro a su hermano Abishaí. Derrotados los sirios, los ammonitas se dispersaron y Joab no creyó conveniente perseguirlos hasta su ciudad. Hadadezer no se consideró derrotado, reunió los soldados que le quedaban y pidió refuerzos a los arameos del otro lado del Éufrates. Aquella vez David tomó la ofensiva. Pasó el Jordán y avanzó hasta cerca de Alam, donde Sobakh, general de Hadadezer, aceptó la batalla. Los sirios cedieron otra vez. Sobakh murió en la desbandada y Hadadezer,

979 Acerca de estas guerras filisteas véase Stade, *Geshichte des Volkes Israël*, págs. 215-267.

980 *II Samuel*, VIII, 5; *I Crónicas*, XVIII, 2.

981 *II Samuel*, VIII, 3-10; *I Crónicas*, XVI, 3-10.

982 *II Samuel*, VIII, 13-14; *I Crónicas*, XVIII, 12-13.

983 *I Reyes*, XI, 15-16.

984 *II Samuel*, XVII, 11-12; *I Crónicas*, XXIII, 10-11.

abandonado por sus aliados, imploró el amán. Al año siguiente, Joab acometió a Rabbah, y en el momento en que iba a ceder, llamó al rey al campamento para que gozase la gloria de la rendición. Los ammonitas fueron tratados tan duramente como sus primos de Moab: «se les puso debajo de sierras y de rastrillos de hierro, y de hachas de hierro, y se les hizo pasar por los hornos donde se cuece el ladrillo.»[985] La clemencia no figuraba entre las virtudes favoritas de Israel.

Siria, por tanto, había encontrado un dueño. Los asirios, rechazados al otro lado del Éufrates por el desastre de Assurnazirabal II, no pensaban en asaltarla, y el Egipto gastaba los restos de sus energías de antaño en luchas intestinas. Las circunstancias eran propicias para reunir en un solo Estado las naciones comprendidas entre el Éufrates y el Mar Rojo. La creación del reino de Israel no proporcionó a la Siria la unidad de que hubiera necesitado para resistir con probabilidades de éxito las acometidas de sus dos poderosos vecinos. Tampoco los hebreos eran un pueblo guerrero. Podían dejarse arrastrar a la lucha por un jefe valeroso y hacer un esfuerzo de momento que los arrancase de su apatía, pero pronto se sobreponía su natural modo de ser, cedían a sus inclinaciones de agricultores o de nómadas, y volvían a sus pequeñas rivalidades de tribu a tribu. Tan dispuestos como estaban a las correrías rápidas, a las incursiones en países vecinos, tan poco aficionados eran a las guerras largas que exigían una organización metódica como la del Egipto y la Asiria. Las expediciones de David, o más bien de su lugarteniente Joab, porque David mismo apareció raras veces en los campos de batalla extranjeros[986], no tuvieron, por tanto, otro resultado que traer a Israel botín, rebaños y esclavos. El vencido prometía el tributo y lo pagaba en tanto le duraba el terror causado por la derrota. A la primera ocasión, suspendía el envío y no se resolvía a pagar sino ante el temor de nuevo castigo. Mientras David o los generales a que había debido su grandeza vivieron para reanudar la lucha, se mantuvo el poderío hebráico, que cesó por sí mismo una vez que hubieron desaparecido.

David hubiera debido morir al día siguiente de su última victoria. Como la mayor parte de los soberanos de Oriente, vivió demasiado para su dicha y acabó entre las miserias que comúnmente entristecen el final de un reinado largo. La etiqueta monárquica quería que a cada engrandecimiento en la fortuna de un príncipe correspondiera un aumento proporcional en el número de sus servidores y de sus mujeres. David no se había sustraído a esta ley. A las dos esposas que había tenido durante su destierro en Ziklag, había añadido sucesivamente Maakha la aramea, hija del rey de Gessur, Khaggit, Abital, Egla y muchas otras. Durante el sitio de Rabbah, había seducido a Bathsheba, mujer de Uriah el hitita, y suprimido al marido cuya presencia era molesta. Ásperamente reprendido por el profeta Nathán, se había arrepentido del crimen y conservado la concubina[987]. Estallaron querellas entre los hijos de tantas madres distintas. Amnón, nacido de Akhinoam, violó a su hermana Tamar, hija de Maakha. Absalom, hermano de Tamar, vengó esta afrenta con la sangre del criminal. Perdonado por su padre, se rebeló muy poco después y arrastró tras de sí a la mayoría del pueblo. Sus dudas en el momento crítico dieron tiempo a David para refugiarse al otro lado del Jordán. La multitud indisciplinada que Absalom llevaba consigo fue fácilmente dispersa por el ejército del rey, y él mismo fue muerto por Joab en la huida[988]. Sin jefe ya, parecía que la guerra civil no tuviese objeto. La envidia de las tribus contra Judá la prolongó algún tiempo más. No terminó sino bajo las murallas de Abel-beth-Maakha y con la muerte de Sibah el benjaminita[989]. David no tuvo nuevas rebeliones que temer, pero la elección de su sucesor le enredó en dificultades

985 *II Samuel*, X-XII; *I Crónicas*, XIX-XX.

986 Véase *II Samuel*, XVIII, 5, el sencillo discurso que el redactor del libro atribuye a los soldados: «No debes venir con nosotros». (Véase *II Samuel*, XXI, 17). En el pasaje *II Samuel*, VIII, 16, se dice que «Joab, hijo de Zeruyah, estaba a la cabeza del ejército», y efectivamente Joab es quien dirige la campaña contra los ammonitas y los arameos (*II Samuel*, X, 8 y siguientes). David no interviene sino cuando la victoria definitiva está asegurada por los triunfos de su lugarteniente (*II Samuel*, X, 15-18; XII, 26-31).

987 *II Samuel*, XI-XII.

988 *II Samuel*, XIII-XIV.

989 *II Samuel*, XX.

insolubles. Según el orden natural, el trono debería pertenecer a su cuarto hijo, Adonijah, nacido de Khaggit, pero Bathsheba resolvió al viejo rey a proclamar a su hijo pequeño, Salomón, en Jerusalén y a partir con él el mando. Sobrevivió unos cuantos meses a esta asociación, y murió de edad de setenta y un años, a los cuarenta y uno de reinado[990].

La intriga de harén que había subido a Salomón al trono, acabó con una matanza. Todos aquéllos que su madre creía hostiles o aun indiferentes para con él, fueron degollados, y el mismo Joab pereció al pie del altar[991]. Salomón no tenía temperamento batallador, y no conservó intacto el dominio que a su padre había costado tanto trabajo adquirir. Para reducir a Guezer, cuyos habitantes, cananeos de origen, habían conservado su autonomía, se vio obligado a recurrir a los egipcios. Pidió en matrimonio a la hija del Faraón Psinakhés o Psusennés II, que reinaba entonces en Egipto, y decidió a su suegro a intervenir. Los ingenieros egipcios tomaron muy pronto la ciudad, la desmantelaron y la dieron al judío como dote de su mujer[992]. En todos los demás lugares no experimentó más que fracasos. Hadad, hijo del rey de Edom, muerto en tiempo de David, volvió de Egipto, donde había estado mucho tiempo oculto, y levantó la Idumea contra los hebreos[993]. Rezón, rey de Zobah, se apoderó de Damasco y constituyó en la frontera septentrional un Estado militar, cuya enemistad fue largo tiempo peligrosa para sus sucesores[994]. Por dicha, Moab y Ammón permanecieron tranquilos, y Tiro, que habría podido oponerse a Israel con ventaja, intrigó para obtener su alianza. Desde la caída de Sidón, había venido a ser la metrópoli de Fenicia. Al principio gobernada por dos sufetas[995], se había entregado al rey Abibaal próximamente al mismo tiempo que los hebreos aclamaban a David. Hirom I, hijo de Abibaal, había tenido siempre relaciones de amistad con su vecino, le había proporcionado maderas y artistas fenicios para la construcción del palacio de Jerusalén. Continuó la misma política en tiempo de Salomón y con ello consiguió poder reconcentrar en las colonias todas las fuerzas de que disponía[996].

Si no tenía afición a la guerra, Salomón fue al menos un buen administrador. Reparó los recintos de Mageddo y de Hazor, fortificó Guezer, las dos Bethorón, Tamar[997], según nuevos planos, para cubrir la frontera meridional. Una tradición, de origen bastante posterior[998], aseguraba que había empedrado con basalto negro de Bashán los caminos que conducían a Jerusalén. Esta ciudad fue rodeada de murallas, y el rey edificó en ella palacios, uno para él, otro para la hija de Faraón, piscinas y pórticos. No dándole la guerra con que pagar este lujo, el pueblo hubo de soportar los gastos. Cargó de impuestos a los descendientes de los cananeos, y a los hebreos los obligó a la prestación en especie para el mantenimiento de la casa real. El territorio de Israel, extendido entre el Mediterráneo, el Mar Rojo y el desierto, interceptaba los caminos de África y dominaba de esta suerte los dos grandes mercados del mundo, el Egipto y la Caldea. A más de los derechos de peaje a que las caravanas habían estado sujetas en todo tiempo, Salomón se reservó el monopolio de diversos productos egipcios, el hilo, los carros y los caballos. El hilo de Egipto, el más fino quizá que conoció la antigüedad, era ambicionado por los tintoreros y los bordadores de Babilonia. Los carros, a la vez fuertes y ligeros, eran un artículo de comercio preciosísimo, sobre todo en aquella

---

990 *I Reyes*, II.

991 *I Reyes*, II, 10-35.

992 *I Reyes*, III, 1.

993 *I Reyes*, XI, 14-22.

994 *I Reyes*, XI, 23-24.

995 Véase nota 924.

996 Acerca del origen de la monarquía tiria véase el fragmento de Menandro (*Fragm. H. Græc.*, ed. Didot, t. IV, págs. 445 y siguientes). Quizá está citado Hirom en los fragmentos de un vaso de bronce descubierto en Chipre. (*Corpus inscriptionum semiticarum*, t. I, págs. 22-26 y lám. V).

997 Era probablemente una pequeña ciudad situada en el desierto de Judá. La tradición ha sustituído Tadmor a Tamar y ha atribuido la fundación de Palmira a Salomón.

998 Josefo, *Ant. Jud.*, 7, § 4.

época en que estaba generalizado el uso de los carros de guerra. Finalmente, la raza caballar, importada por los Pastores a orillas del Nilo, se había aclimatado y prosperado, gracias a lo que de ella se habían cuidado los nobles y los Faraones. La mayor parte de las ciudades del Egipto Medio y del Inferior, Khmunú, Khninsú y otras poseían yeguadas célebres[999], donde compraban los príncipes sirios. Salomón decretó que en adelante él solo serviría de intermediario entre los extranjeros y el país productor. Tasó, dícese, los carros a seiscientas piezas de plata, los caballos a ciento cincuenta por cabeza, y los dio a los príncipes de los Khati, probablemente con un beneficio considerable[1000]. No le bastó esto, sino que, a ejemplo quizá y a instigación de Fenicia, soñó con añadir a las riquezas naturales de su reino los recursos del tráfico con las comarcas remotas. Hirom le prestó obreros y marineros que equiparon una flota en Eziongaber, y que navegaron por el Mar Rojo hacia los parajes de Ofir[1001]. Volvieron al cabo de tres años con oro, plata, marfil, pedrerías, maderas finas y animales raros, tales como monos y pavos reales. El éxito de aquella primera expedición animó a repetirla. Durante una parte al menos del reinado, los hebreos mantuvieron relaciones regulares con los príncipes de la Arabia meridional[1002]. El provecho efectivo de aquellas expediciones novelescas no debió ser considerable, pero el atrevimiento que suponían impresionó vivamente los espíritus y valió a Salomón más renombre legendario que el que por sus victorias había logrado David.

Y no obstante, Salomón logró un título más grande todavía que su habilidad política para ser admirado por los últimos judíos. La ambición de los príncipes semitas ha consistido siempre en tener en el palacio mismo, o por lo menos junto al palacio, un santuario y un sacerdote que dependan directamente de ellos. Los jefes de tribus y de clanes israelitas habían multiplicado los cultos domésticos. Jerubbaal había consagrado una imagen en Ofrah después de la victoria[1003]. David, dueño de Jerusalén, había pensado edificar un templo y había elegido el sitio. Salomón realizó la obra que su padre había tan sólo proyectado. El Moriah tenía una forma irregular en que la superficie natural se adaptaba mal al uso a que se la destinaba. Rectificó los contornos con muros de descarga que, según las exigencias del terreno, se introducían en las laderas de la montaña o descendían al fondo del valle. El espacio comprendido entre estos muros fue rellenado de tierra y formó una especie de explanada cuadrada sobre la que se asentó el edificio. Mediante una contribución anual de aceite y de trigo, Hirom se encargó de enviar los obreros, los arquitectos y las maderas de construcción[1004]. El templo tenía la fachada a Oriente. Tenía veinte codos de ancho, sesenta de largo y treinta de alto. Los muros eran de grandes bloques de piedra, el maderaje de cedro esculpido y dorado. Para entrar se pasaba bajo un pórtico (*ulam*) y entre dos columnas de bronce cincelado, que se llamaban Yakin y Boaz. El interior no tenía más que dos salas: la cámara santa (*hekal*) que encerraba el altar de los perfumes, los candelabros de siete brazos y la mesa de los panes de ofrenda; el *Sancta sanctorum* (*débir*), donde descansaba el arca de Jehová bajo las alas de dos querubines de madera dorada. En tres de los lados de la nave y hasta media altura, se sucedían tres órdenes de celdillas, en que estaban amontonados el tesoro y el material. El soberano pontífice

---

999 Está probado, por lo que respecta al siglo octavo, por la inscripción de Pionkhi Miamún. La yeguada de Khmunú se menciona en ella, l. 64-65, la de Khninsú, l. 70-71, las del Egipto Inferior, l. 109, 111, 113. 114. 119.

1000 *I Reyes*, X, 28-29. Más tarde aun, en tiempo de Sargón, los asirios tenían en gran estima los caballos de Egipto (Schrader, *Die Keilinschriften un das Alte Testament*, 1883, págs. 187188).

1001 Se llenaría una biblioteca nada más que con los tratados que se han escrito sobre el emplazamiento del país de Ofir. Se ha querido situarlo en Arabia, en la costa de África, en Persia, en la India, en Java y hasta en el Perú, Los nombres de la pradera de *Almug*, de los pavos reales, parecen ser de origen indio y han hecho inclinar la balanza en favor de la India. Podría ocurrir, sin embargo, que en lugar de ir a buscar estas cosas a la India misma, los marineros de Salomón las hubieran encontrado en una de las numerosas factorías de la costa de África, que quizá pudieron estar en relación con la India desde remota antigüedad.

1002 *I Reyes*, IX, 26, 28; X, 11, 13, 22; *II Crón.*, VIII, 17, 18; IX, 10, 13, 21.

1003 *Jueces*, VIII, 25-28. Véase en *Jueces*, XVII, 5 y siguientes, la historia del levita de Judá, de Mikah y de los Danitas.

1004 *I Reyes*, V, 15-26.

penetraba una vez al año en el *Sancta sanctorum.* El *hékal* era accesible a los sacerdotes y en él celebraban las ceremonias diarias del culto; allí se quemaban los perfumes y se acumulaban los panes ofertorios. En el atrio interior y enfrente de la entrada estaban dispersos el gran altar de los holocaustos, el mar de bronce y las diez vasijas de menor tamaño en que se lavaban los miembros de las víctimas, las calderas, los cuchillos, las palas, todos los utensilios necesarios para los ritos sangrientos. Una pared baja, coronada por una balaustrada de madera de cedro, separaba aquel recinto venerable de otro en que el pueblo era admitido en cualquier tiempo. El año XII de su reinado, Salomón inauguró en persona el templo. Trasportó el arca de Jehová desde Sión al *Sancta sanctorum*, y ofreció los sacrificios, en medio de la alegría y de la admiración de todos[1005]. La inexperiencia de los hebreos en materia arquitectónica les hizo considerar su templo como una obra única. Realmente, comparado con los edificios grandiosos del Egipto y la Caldea, era como su reino comparado en los otros Imperios del mundo antiguo, un templo pequeño para un pueblo pequeño.

Las religiones de Canaán y de Israel: el cisma de las diez tribus.

Es difícil trazar un cuadro completo de lo que eran al principio las religiones de Canaán. De igual modo que el país sufrió el influjo político de la Caldea y del Egipto, así recibió la impresión de sus ideas religiosas. El dios-pescado de Babilonia estaba en su terreno en Ascalón, bajo la figura de Dagón[1006]. El nombre de la diosa Astarté y su representación parecen ser adaptaciones de la Ishtar babilónica. Quizá aquellas divinidades se introdujeron en el tiempo en que una parte de las tribus cananeas vivía en las orillas del Golfo Pérsico, en contacto diario con los habitantes de la Caldea. Lo que se tomó del Egipto no puede ser anterior a la decimoctava dinastía, pero modificó profundamente el aspecto de ciertos mitos fenicios. La leyenda de Isis y de Osiris emigró a Byblos y allí se enlazó con la de Adonis y Astarté. Se afirmaba que el cuerpo de Osiris, despedazado por Tifón y arrojado al mar, había ido a merced de las olas, que luego fue depositado en la costa de Siria, y que allí había permanecido largos años[1007]. Thot, naturalizado en Fenicia, conservó en su nueva patria el rango de historiógrafo divino y de inventor de las letras[1008]. De que este cruce de tipos no haya sido obra únicamente de los fenicios, sino especie de labor común a que egipcios y semitas colaboraron con la misma actividad, es imposible dudar al ver el número de divinidades sirias que se adoraban en Menfis y en Tebas en tiempo de los Ramésidas. El trabajo de fusión se realizó a orillas del Nilo lo mismo que al pie del Líbano, y todavía poseemos los restos de una versión egipcia de la leyenda de Astarté[1009]. Trasportados de los santuarios fenicios de Egipto a los santuarios fenicios de Asia, los mitos extranjeros se mezclaron tan íntimamente con los nacionales, que acabó por adoptarlos la nación entera.

Los cananeos, los fenicios, los edomitas, todos los pueblos de Siria cuyo origen semítico está probado, todos los que, como los hititas y los filisteos, se habían asimilado a las tribus semitas,

---

1005 *I Reyes*, VI, VIII. La descripción del templo, adicional en algunos lugares, es en suma bastante exacta para poder formarse idea del edificio, teniendo en cuenta los datos materiales que da la comparación con los templos egipcios.

1006 *Jueces*, XVI, 23; *I Samuel*, V, 1 y siguientes.

1007 *De Iside et Osiride*, XV. Según el autor del *De deâ Syria*, VII, Osiris habría quedado en Fenicia. Las fiestas que se creían instituidas en honor de Adonis, lo habrían sido en honor del dios egipcio.-(3) Véase el fragmento de Sanconiatón relativo a Thot, en Bunsen, *Egypt's Place*, t. V, página 800.

1008 Hathor de Byblos, es decir, la diosa Hathor adorada en Byblos, se menciona en una inscripción de Turín (Maspero, *Note sur quelques points de grammaire et d'histoire*, en el *Recueil*, t. II, página 120); la gran diosa de Byblos, Baalath-Gebal, está representada con la figura de Hathor en el fragmento de bajo-relieve descubierto por Renan (*Mission de Phénicie*, pág. 179) y en la estela de Jehavmelek (*Corpus inscriptionum semiticarum*, t. I, pág. 2 y 1. I). Baal-Zéfon y Marna se mencionan en el reverso del Papyrus Anastasi núm. IV); Baal, Anati, Astarté en el poema de Pentaoirit y en estelas del Louvre, de Turín y del Museo Británico.

1009 Birch, *Varia*, en la *Zeitschrift*, 1871, págs. 119-120.

poseían una religión análoga a las de la Caldea y la Asiria. Pero en Babilonia los conceptos, urdidos por una casta sacerdotal poderosa, se habían coordinado y formaban un conjunto completo de dogmas. En Siria siguieron mucho tiempo sin fijarse, y los dioses se dividieron el suelo como otros tantos príncipes feudales. Cada tribu, cada pueblo, cada ciudad tenía su *señor* (*adón*), su *dueño*, su *Baal*, al que se daba frecuentemente un nombre particular para distinguirle de los dueños, *Baalim*, de las ciudades vecinas[1010]. Los dioses de Tiro y de Sidón se llamaban Baal-Sur, el dueño de Tiro, y Baal-Sidón, el dueño de Sidón. Los más ensalzados de entre ellos, los que personificaban en su pureza el principio del fuego celeste, del sol creador y motor del universo, eran llamados rey (*melek*, *molok*) de los dioses[1011]. Desconocemos por desgracia los nombres de muchos de aquellos reyes: El o Cronos reinaba en Byblos, Kamosh entre los moabitas[1012], Ammón en el país de los ammonitas, y cada cantón de los heteos tenía su Sutkhú particular, Sutkhú de Khalupú, Sutkhú de Tunipú, Sutkhú de Khissapa[1013]. Melkarth, el gran dios de Tiro, cuyo culto habían propagado a lo lejos las colonias tirias, no era más que el Baal de la metrópoli, y las inscripciones hablan de él como dios Melkarth, Baal de Tiro[1014]. Cada uno de los Baal se complicaba con una divinidad femenina que era la dueña (Baalat) de la ciudad, la reina (Milkat) de los cielos[1015], lo mismo que él era el dueño y el rey. Llevaba el nombre genérico de Astarté, pero añadía en ocasiones el del dios a que estaba unida, Ashtor de Kamosh[1016]; el de uno de los emblemas que se le habían asignado, Astoreth Karnaim, a causa de los dos cuernos de la media luna[1017]; el de la ciudad o el país de que era patrona, Astarté de Khati[1018]; un sobrenombre provincial, Tanit, Ashérah, Anati[1019]; un epíteto obtenido de una de sus cualidades, Ashtoret Naamah, la buena Astarté[1020]. El carácter de estas divinidades no es fácil de definir. Los Baalim son casi todos la emanación de la fuerzas naturales, del sol, de los astros; las Astartés presiden el amor, la generación, la guerra, y, por consiguiente, las diversas estaciones del año, la en que renace y concibe la Naturaleza, lo mismo que aquélla en que parece morir. Dioses o diosas, todos habitan en la cima de las montañas, en el Líbano[1021], el Hermón[1022], el Sinaí, el Kasios[1023], en los bosques[1024], en las aguas; se revelan a los mortales en las

1010 Acerca del carácter de los Baalim fenicios, véase Tiele, *Vergelijkende Geschiedenis van de Ægyptische en Mesopotamische Godsdiensten*, 1872, págs. 451-457.

1011 «Un dios especial llamado Moloch no existe más que en la imaginación de los sabios». (Ticle, *Vergelijkende Geschiedenis*, pág. 457).

1012 *Jueces*, XI, 24, Kamosh es llamado dios de los ammonitas. Milkom parece significar *su rey*, y no ser más que una corrupción buscada de la fórmula Milkón, *nuestro rey*, que los cananeos utilizaban al dirigirse al dios (Tiele, *Vergelijkende Geschiedenis*, págs. 457-458). Al menos así se traduce en los Setenta. *II Samuel*, XII, 30, y *I Crón.*, XX, 2: Μολχόμ ὁ Βασιλεὺς αὐτῶν.

1013 Véase la lista de los Sutkhú que se menciona al final del tratado de Ramsés II con el príncipe de Khati, 1. 27.

1014 M. de Voguë, *Mélanges d'archéologie orientale*, págs. 51-52.

1015 *Jeremías*, VII, 46; XXIV, 17-23.

1016 Inscripción de Mesha, I, 11.

1017 El nombre de la diosa no se ha conservado más que en el de una ciudad (*Génesis*, XIV, 5).

1018 Tratado de Ramsés II con el príncipe de Khati, l. 28.

1019 Anati se cita muchas veces en los textos egipcios, hasta en los populares.

1020 La forma Ἀστρονόη debe corregirse por Ἀστρονόμη, según han visto Movers (*Die Phönizier*, t. I, pág. 656) y Lenormant (*Lettres assyriologiques*, t. II, pág. 285).

1021 *Corpus inscriptionum semiticarum*, t. I, págs. 25-26, a propósito de una inscripción que podría remontarse hasta Hirom I (Clermont-Ganneau, *Hiram king of Tyre*, en el *Palestine Expl. Fund*, 1880, págs. 174-181).

1022 Véase el nombre de Baal-Hermón, en el libro de los *Jueces*, III, 3.

1023 M. de Voguë, *Syrie centrale, inscriptions*, págs. 103-105.

1024 Acerca de todos estos puntos, véase la Memoria detallada de Baudissin, *Studien zur semitischen Religionsgeschichte*, t. II, págs. 145 y siguientes.

alturas (*Bamôth*) y moran en los árboles, en los matorrales, en las piedras (betylos), en los dólmenes, en las piedras labradas en forma de columna (*masseboth*)[1025].

La misma tendencia a reducir su número, que se observó en Egipto y en Caldea, prevaleció en Siria. La muchedumbre de los Baalim y las Astartés de segundo orden tendió a refundirse en una sola pareja suprema, Il y Hat, Bel y Baalat, al lado de la cual las otras parejas divinas no tuvieron más que una existencia aparente. Baal, concebido de esta suerte, se llamaba Eliún, el dios por excelencia, el dueño del cielo de los tiempos y de la eternidad[1026]: era el sol y su compañera la luna. En otro sistema, el que los griegos han conocido mejor; siete dioses, los Cabiros, hijos de Sydyk, el verídico, representaban la clase de los creadores y se agrupaban alrededor de un octavo, Eshmún, que los dominaba a todos. Su mito, popular en las ciudades mercantiles, en Ascalón, en Beryto, en Sidón, fue propagado por los marinos a las costas del Mediterráneo, y hasta sobrevivió a la colonización fenicia. Tuvo su santuario y misterios célebres en la isla de Samotracia hasta los últimos días del paganismo. En la época greco-romana, Filón de Byblos, estudiando viejos manuscritos de las bibliotecas sacerdotales, dice Sanconiatón que trató de condensar las leyendas en un cuerpo de doctrina y compuso una especie de Génesis fenicio. «Al principio —decía— era el caos (*bohú*) y el caos estaba lleno de tinieblas y revuelto, y el soplo (*ruah*) flotaba sobre el caos. Y el caos no tenía fin, y así fue durante siglos y siglos. Pero entonces el soplo se enamoró de sus mismos principios y se hizo una mezcla, y esta mezcla fue llamada deseo (*khepez*); ahora bien, el deseo fue el principio que creó todo, y el soplo no conoció su propia creación. El soplo y el caos se mezclaron, y *mot* (el limo) nació, y de *mot* salió toda semilla de creación, y *mot* fue el padre de todas las cosas; ahora bien, *mot* tenía forma de huevo. Y el sol, la luna, las estrellas y las grandes constelaciones brillaron. Hubo seres vivos de los privados de sentimiento y de esos seres vivos nacieron otros inteligentes, y se les llamó *xofesamin* (contempladores de los cielos). Ahora bien, el estampido del trueno, en la lucha de aquellos elementos que empezaban a separarse, despertó a los seres inteligentes como de un sueño, y entonces los seres masculinos y los femeninos comenzaron a moverse y a buscarse en la tierra y en el mar.»[1027] En el siglo décimo antes de nuestra era, los fenicios estaban muy lejos todavía de dar a sus ideas una forma tan abstracta.

Los cultos cananeos suponen gran número de ceremonias sangrientas y licenciosas, tales como no las hay semejantes en los de su tiempo. De un lado, los Baalim eran de un carácter feroz y envidioso, reclamaban imperiosamente sangre, no sólo de animales, sino humana. En circunstancias ordinarias, el hombre pagaba cercenando una parte de su individuo y sometiéndose a la circuncisión[1028]. Cuando los momentos eran de gravedad, no bastaba aquella sustitución ligera, y el dios quería la muerte del primogénito[1029]. Aun en los casos de peligro general, el rey y los nobles no se limitaban a ofrecer una víctima, sino todos aquéllos de sus hijos que el dios designaba. Se los quemaba vivos en su presencia, y el olor de sus carnes apaciguaba su cólera. El sonido de las flautas y el ruido de las trompetas apagaban sus gritos de dolor, y para que la ofrenda fuera eficaz, la madre

---

1025 Baalsamín.

1026 M. de Voguë, *Syrie centrale, Inscriptions*, núm. 73, pág. 53, en un texto de Palmira. La glosa Ἀλδήμιος, de la *Etym. Magnum*, corresponde a la fórmula Baal-Haladim, *dueño de los tiempos*, y se aplicaba al dios supremo de Gaza.

1027 Filón y Sanconiatón, Fragm. 2, en los *Fragm. H. Græc.*, ed. Didot, t. III, pág. 565. Véase Bunsen, *Egypt's Place*, t. V, págs. 257295. Acerca del valor de estos fragmentos, véase E. Renan, *Mémoire sur l'origine et le caractère véritable de l'Histoire phénicienne qui porte le nom de Sanchoniathon*, en las *Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 1858, t. XXIII, págs. 241 y siguientes, y Bar dissin en los *Studien zur semitischen Religionsgeschichte*, t. I, 1876.

1028 Véase en el *Éxodo* IV, 24 y siguientes, la manera como una tradición vieja consideraba el rito de la circuncisión entre los hebreos.

1029 A ejemplo de su dios El, identificado por los griegos con Cronos, sacrificaban los fenicios a su primogénito (Filón-Sanconiatón, Fragm. 5, en los *Fragm. H. Græc.*, t. III, págs. 570-571).

debía estar allí impasible y vestida de fiesta[1030]. Las Astartés, menos crueles, no eran menos exigentes. Prescribían a sus sacerdotes las flagelaciones, las mutilaciones voluntarias, a veces hasta la pérdida de la virilidad[1031]. Muchas de ellas no aceptaban por servidores más que donceles y cortesanas (*kedeshot*). Las más brillantes y escandalosas de sus panegirias eran las que se celebraban cerca de Byblos en honor de la gran diosa. Dos veces al año, en la primavera y en el otoño, los peregrinos acudían al santuario de Afaka y al valle del río Adonis[1032]. En el solsticio de estío, en el momento en que «el verano ha matado a la primavera»[1033], los misterios que presenciaban revestían carácter funerario. La diosa se había enamorado del dueño de los dueños, Adón Adonim, pero un rival celoso, oculto en el cuerpo de un jabalí monstruoso, acababa de matar al amante. Lo enterraba, y la Fenicia entera se asociaba a su luto de Tammuz[1034]. En los catafalcos erigidos en los templos y en las alturas, estatuas de madera pintada simulaban al dios, que era velado antes de conducirlo a la tumba. En todas partes, en las calles de la ciudad, en los bosques, por la montaña, tropeles femeninos con el pelo suelto o la cabeza pelada, los vestidos hechos jirones, el pecho golpeado, el rostro desgarrado a arañazos en señal de dolor, vagaban y se lamentaban. El día designado, se enterraba la estatua según los ritos tradicionales, y se preparaban los jardines de Adonis, especie de tiestos en que se plantaban ramas verdes sin raíces, que el sol iba secando. Pasaba el estío, y al llegar al otoño, «después de lluvias muy copiosas y súbitas, todos los torrentes vertían al mar oleadas de agua rojiza que, a consecuencia de la dirección del viento, perpendicular a la costa, se mezclaban muy poco a poco al agua del mar, y formaban, sobre todo vistas oblicuamente, una faja roja a lo largo de las costas.»[1035] Era la sangre de Adonis, y el dolor de los fieles se reavivaba al verla. Por espacio de siete días se daba rienda suelta al llanto, pero al octavo, los sacerdotes anunciaban que el dios resucitado iba a unirse otra vez a su divina amante. En seguida la alegría estallaba ruidosa y sin medida. Lo mismo que se había fingido la muerte y el entierro, se representaban al natural las escenas de la resurrección. Todas las mujeres, y no sólo las lloronas, se afeitaban la cabeza o, si no querían renunciar a su cabellera por exceso de coquetería, pagaban entregándose a un extraño, como la diosa se había dado a su amante resucitado[1036]. El precio de su entrega se daba al tesoro del dios[1037].

No difería sensiblemente en su origen la religión de Israel de las demás religiones cananeas. Reconocía dioses de naturaleza diversa, dioses domésticos (*terafim*), particulares de cada familia[1038], dioses de los astros y del cielo, de los que el más importante se llamaba Jehová[1039], Jehová era el

---

1030 Plutarco, *De Superst.*, pág. 171. Si ha de creerse a Tertuliano (*Apolog*., 9), la costumbre de ofrecer los hijos habría durado hasta el proconsulado de Tiberio.

1031 Véase la historia de Combabos en el *De deâ Syria*, 20. Quizá la costumbre de la castración voluntaria no ha empezado a extenderse hasta los últimos tiempos del culto fenicio.

1032 Acerca de las fiestas de Adonis, Tiele, *Vergelijkende Geschiedenis*, págs. 465-467.

1033 Johannes Lydus, *De Mensibus*, IV, 44.

1034 Fr. Lenormant, *Il mito di Adone-Tammuz nei documenti cuneiformi* (*Atti del IV Congreso internazionale*, págs, 143-173), deriva de la Caldea el nombre Dumuzi-Tammuz y el mito de este dios.

1035 E. Renan, *Mission de Phénicie*, pág. 23. M. Renan vio reproducirse el fenómeno cerca de Amschit, a principios de Febrero. Maundrell (*Voyage*, págs. 57-58), el 17 de Marzo. Es, no obstante, mucho más frecuente por el otoño, durante las lluvias equinocciales.

1036 *De deâ Syria*, c. 8.

1037 Heródoto, I, CXCIX; Justino, XVIII, 6.

1038 Véase la historia de Raquel en el *Génesis*, XXXI, 19-38; véase *Jueces*, XVIII, 15 y siguientes; *I Samuel*, XIX, 15 y siguientes.

1039 El nombre Jehová debe pertenecer al viejo fondo semítico, porque se encuentra, como nombre de dios, en el del rey de Hamath Iaubidi (variante Ilubidi) en tiempo de Sargón (Schrader, *Die Keilinschriften und das Alte Testament*, 1883, págs. 23 y siguientes). El origen y la significación no están todavía bien determinados. Algunos críticos se inclinan, no obstante, a creer que fue el dios de los kenitas, antes de ser el dios de Israel (Tiele, *Vergelijkende Geschiedenis*, págs. 558-560, Stade, *Geschichte des Volkes Israel*, págs. 130132). Véase acerca de la forma griega Ἰαώ, Baudissin, *Studien*, I, páginas 181-254.

patrono de Israel lo mismo que Kamosh lo era de Moab y Melkarth de Tiro. Como las divinidades cananeas, mostrábase frecuentemente celoso, más inclinado a la cólera que a la misericordia, implacable con los que le habían ofendido[1040]. Como las divinidades cananeas, prefería como emblemas imágenes (*efod*) de hombre, de toro[1041], de serpiente de metal o madera, piedras sin labrar, columnas. Como conviene al dueño de la Naturaleza, en la tempestad se manifestaba las más de las veces a sus adoradores, el rayo era su voz, el viento su soplo, la luz su vestidura[1042]. Irritado, cerraba los canales del cielo y detenía la lluvia; tranquilo, la permitía caer y fecundar los campos. Había morado primeramente en el Sinaí y en el Seir, pero, después de la conquista, bajó a las ciudades, a Hebrón, a Pnuel, a Shiloh, a Siquem y expulsó de ellas a los antiguos dioses. Para justificar su usurpación, se recordó muy a propósito que sus santuarios habían sido reverenciados en otro tiempo por los héroes míticos de la raza: Hebrón había guardado a Abraham; Shiloh, Siquem, Pnuel, Makhanaim estaban llenas de recuerdos de Jacob. Shiloh era la más concurrida de todas en los tiempos que precedieron al establecimiento del reino hebreo. La presencia en ella de un arca mística atraía muchedumbre de devotos. Jehová, representado por dos piedras sagradas análogas a los betylos, moraba en el arca, y el que tocaba, aún sin querer, su morada, caía herido del rayo[1043]. Fijóse en aquellos lugares renombrados, pero sin olvidar las montañas, los bamoth de las edades anteriores; allí pronunció sus oráculos y solicitó el homenaje de les fieles. El culto que se le dedicaba se asemejaba en muchos puntos al de los cananeos, pero no era, con mucho, ni tan sangriento ni tan licencioso. La circuncisión había librado al hombre de la necesidad del sacrificio humano[1044], y la ofrenda del primogénito era sustituida por la del cabrito[1045]. No obstante, podía presentarse ocasión en que la víctima humana fuera reclamada y aceptada. Jefté había consagrado a Jehová la primera persona que hallase al volver a su casa después de la victoria, y su hija fue reservada por la suerte para la realización del voto[1046].

Antes de su establecimiento en el país de Canaán, los hebreos no habían tenido casi más que fiestas de pastores, como la del esquileo de los corderos[1047]. Los cananeos, labradores y dedicados al cultivo de la viña, habían santificado con funciones religiosas las operaciones de la siembra, la recolección, la vendimia y los principales acontecimientos del año agrícola. Cada cual debía a su dios la posesión o más bien el usufructo de la tierra y le pagaba, a guisa de renta, con las primicias de todo lo que el suelo producía. Los israelitas, trasformados en labradores a ejemplo de los cananeos, copiaron sus ceremonias, como habían copiado sus templos. Cada santuario tuvo sus panegírias locales que frecuentaron las gentes de las tribus vecinas: en Shiloh, con ocasión de la vendimia, las jóvenes iban a danzar a las viñas[1048]; en Siquem, los habitantes salían de la ciudad y se

1040 *I Samuel*, XV; *II Samuel*, XXIV.

1041 La forma de toro, que prevaleció en Dan y en Bethel, no tiene nada de común con el Apis de los egipcios. Apis era un toro, un dios vivo, no la imagen de un dios. La forma serpiente existía en Jerusalén, donde una leyenda hizo de la serpiente de bronce una imagen fundida por Moisés en el desierto, para curar a los hebreos de la mordedura de los reptiles.

1042 Según ha demostrado bien Kuenen, el pasaje de los Libros Santos de que están tomadas estas palabras y los pasajes análogos pueden ser simples figuras retóricas en la época en que se escribieron, por el siglo VII u VIII antes de nuestra era. En un principio debieron tomarse al pie de la letra y expresar exactamente la concepción que el pueblo se formaba de Jehová. Véase Tiele, *Vergelijkende Geschiedenis*, págs. 445 y siguientes.

1043 *II Samuel*, VI, 7; 1. 1. Kuenen, *De Godsdienst van Israel*, t. I, págs. 230 y siguientes; Tiele, V*ergelijkende Geschiedenis*, págs. 545-546.

1044 Véase en el *Éxodo*, IV, 24 y siguientes, el origen mítico de la circuncisión entre los hebreos.

1045 *Génesis*, XXII, 1-13, consigna un relato legendario de aquella sustitución. La ofrenda del primogénito, frecuente en los tiempos que precedieron al destierro, está tomada por los israelitas de las religiones vecinas. Se apoyaron, para justificarla, en una mala interpretación de la ley que ordenaba ofrecer las primicias de los productos de la tierra y el primer hijo de todos los animales domésticos (Wellhausen, *Prolegomena*, págs. 91-92).

1046 *Jueces*, XI, 28-40.

1047 *I Samuel*, XXV, 2 y siguientes.

1048 *Jueces*, XXI, 19 y siguientes.

desparramaban por los campos; luego, pisada la uva, se reunían alrededor del dios para la ofrenda y para el banquete sagrado[1049]. El templo de Salomón no hizo desaparecer ninguna de las capillas ni de las fiestas locales. Salomón no lo había edificado con tal intento, sino simplemente para tener su dios al lado, al alcance de su mano. Tampoco Jehová era exclusivo. Se declaraba superior a sus rivales, pero confesaba su existencia y hasta condescendía dándoles asilo en su templo. Daba albergue a una Astarté y a su colegio de sacerdotes[1050], a una serpiente de bronce que curaba las enfermedades y las picaduras de animales venenosos[1051]. Los caballos y los carros de Baal entraban solemnemente en sus patios, las cortesanas sagradas ponían allí para él las tiendas en que acogían a los devotos los días feriados; las lloronas allí lamentaban la muerte de Tammuz-Adonis[1052] Salomón erigió altares a Kamosh y al dios de los ammonitas en el Monte de los Olivos[1053], y con mayor razón dejó subsistir los lugares santos en que, después de la conquista, se había adorado al dios nacional. El único resultado serio que su obra produjo fue cambiar y realzar la condición de los servidores. Hasta entonces todo el que lo deseó fue sacerdote de Israel, es decir, pudo consagrar directamente la ofrenda y suprimir el intermediario entre el dios y él. En un punto solamente, en la práctica de la adivinación, exigía el sacerdocio una instrucción particular. La imagen de Jehová predecía el porvenir. Hemos visto cómo en Egipto las estatuas divinas respondían a las preguntas que se les hacían con una inclinación de cabeza, a veces hasta hablando. No se conocen muy bien los procedimientos que los sacerdotes hebreos usaban para interpretar la voluntad de su ídolo, pero el arte de interrogar a Jehová era un secreto y no se adquiría sino después de un noviciado bastante largo.

El sacerdocio, limitado a estas prácticas, no era por tanto un privilegio. Se llegaba a ser sacerdote ya por natural vocación, ya en cumplimiento de un voto de familia[1054]. Había habido, sin embargo, aquí y allá, en los lugares santos, familias al servicio del dios de padres a hijos. Dos de ellas al menos nos son conocidas, la de Eli en Shiloh y la de Jonatán-ben-Gersom en Dan[1055]. La historia de esta última es de las más significativas. Un hebreo de la montaña de Efraim, Mikah, mitad por devoción, mitad por negocio, edificó en terreno suyo una «Casa de Dios». En ella instaló una imagen de Jehová, chapeada de plata[1056], y confió la custodia a uno de sus hijos. Esto bastaba para la parte material del culto, para la ofrenda, para el sacrificio. Pero le hacía falta uno del oficio que desempeñara la función más lucrativa, la emisión de los oráculos. Acertó a pasar un levita de Judá, Jonatán, hijo de Gersom, que buscaba sitio donde ejercer su ministerio. Mikah le ajustó con la promesa de un sueldo anual, vestido y comida. No obstante, una banda de danitas, que iba camino del Norte, hizo una consulta, y habiendo obtenido respuesta favorable, se llevó al ídolo y al celebrante. Quería éste resistirse, pero las amenazas y un llamamiento apremiante a su interés bien entendido acabaron con sus escrúpulos. «¿Qué vale más para ti, ser sacerdote de un solo hombre o serlo de una de las tribus de Israel?» Dueños de Lais, los danitas depositaron la imagen en un santuario cuya fama creció rápidamente[1057]. Al lado de los sacerdotes, los textos mencionan a veces santones, análogos a los que hoy se ven en las naciones del Islam, videntes (*roé*) de los que se apodera bruscamente, sin preparación, el espíritu divino y a los que se revelan los acontecimientos futuros; profetas (*nabi*), que viven eremíticamente o en comunidad y que no logran la visión del porvenir sino después de rigurosa preparación. Sus sesiones iban acompañadas de música y canto,

1049 *Jueces*, IV, 26. Véase Wellhausen, *Prolegomena*, págs. 96 y siguientes.

1050 *II Reyes*, XVIII, 4; XXIII, 4 y siguientes.

1051 *II Reyes*, XXIII, 7.

1052 *Ezequiel*, VIII, 14-15.

1053 *I Reyes*, XI, 5 y siguientes; *II Reyes*, XXII, 13.

1054 Véase la historia de Samuel y de su consagración en Shiloh (*I Samuel*, I-III).

1055 Wellhausen, *Prolegomena zur Geschichte Israels*, págs. 131-136.

1056 El texto habla de dos imágenes (*Jueces*, XVII, 3-5). He admitido con Reuss que se trataba de una sola.

1057 *Jueces*, XVII-XVIII.

como las de los derviches modernos, y la exaltación en que sus maniobras les colocaban se comunicaba a veces a los asistentes, como ocurre todavía con los *zikr* de los musulmanes[1058]. Jehová no era, por otra parte, el único que suscitara profetas. Baal tenía los suyos, cuyas prácticas e influjo en nada cedían a los de sus colegas[1059].

El advenimiento de la monarquía y la concentración de las fuerzas políticas nacionales influyeron en las instituciones religiosas y en la organización del sacerdocio. El dios del soberano y el templo en que este dios reside tienen señalada importancia en todas las monarquías orientales: en Egipto hemos visto a Ptah prevalecer en tiempo de las dinastías menfitas, a Amón en tiempo de las tebanas. Lo mismo sucedió en Israel. Saúl, el más independiente de los reyes, aceptó al principio de su reinado los buenos oficios de un sacerdote de la casa de Elí, y tuvo su templo en Nob en la tribu de Benjamín; Akhijah le acompañó en su primera guerra contra los filisteos y consultó para él el oráculo de Jehová[1060].

En tiempo de David, Abiathar tuvo representación bastante considerable, y Salomón trasfirió a la casa de Sadok la prerrogativa, que sus predecesores habían concedido a la de Elí, de dar el capellán para la casa real. En esta alianza del sacerdocio y de la monarquía, ésta prevaleció naturalmente en un principio. El rey sacrifica dónde y cuándo quiere. No solamente David dirige en persona el traslado del arca de Jehová, sino que Salomón, cuando se consagra el templo, sube al altar, ora con los brazos extendidos y bendice al pueblo[1061]. Los sacerdotes no desempeñan cerca del soberano más que funciones secundarias. Tienen en orden su capilla, cuidan del mobiliario sacro, interrogan a la imagen de Jehová con las ceremonias prescritas para obligarla a responder. No hacen la oblación o el sacrificio sino en nombre de los súbditos del rey o cuando el rey renuncia a hacerlo en persona. No obstante, Salomón, al edificar el templo de Jerusalén, dio a su clero lo que hasta entonces le había faltado, un punto de enlace con el suelo, un centro de unión que permaneciera inmutable cuando todo cambiara a su alrededor[1062]. Sadok, nombrado gran sacerdote, eligió para ayudarle otros sacerdotes secundarios, que se repartieron, según los grados de una jerarquía escogida, las mil funciones que exigía la rutina diaria del culto. No formaban todavía una casta cerrada. Sin duda, la tendencia a sustituir el hijo al padre en el cargo que desempeñaba hubo de manifestarse desde el principio, pero el sacerdocio se reclutó libremente, sobre todo en los cargos inferiores. El sacerdocio corresponde al «que dice de su padre y de su madre: «No los he visto», que no reconoce a su hermano y que no quiere saber nada de su hijo. Porque observan tus mandamientos y son los guardianes de tu ley. Enseñan tus estatutos a Jacob y los mandamientos a Israel; lanzan el incienso a tu nariz y ofrecen el holocausto en tu altar.»[1063] El que renunciaba al mundo podía llegar a ser sacerdote o doméstico. Sacerdotes o domésticos, el personal estaba por entero en manos del gran sacerdote y éste lo estaba en las del rey. El templo no era más que un anejo del palacio y el clero una parte de la servidumbre real[1064].

La supremacía política y religiosa que aquellos establecimientos atribuían a Judá suscitó contra esta tribu la envidia y el odio de las otras. Efraim, sobre todo, no veía sin rencor que dejaran de dominar sus jefes y que lo hicieran los de un clan cuya población era, en parte al menos, de

1058 *I Samuel*, IX, 9, siguientes. Véase Wellhausen, *Prolegomena*, pág. 281, que compara los nabí a los derviches, «die Haufen Jahvetrunkener Dervische». Respecto al efecto producido en los asistentes por los cantos de los profetas y de sus discípulos, véase la tan curiosa escena en que Saúl se siente contagiado de su furor y rompe a cantar con ellos (*I Samuel*, X, 9 y siguientes).

1059 La lucha entre Elías y los profetas de Baal se refiere en el libro I de los Reyes, XVIII.

1060 *I Samuel*, XIV, 16 y siguientes. Verdad es que más tarde Saúl hizo degollar a Akhijah y a toda su familia. Sólo Abiatar escapó y se refugió al lado de David.

1061 *I Reyes*, VIII, 14, 32 y siguientes, 54 y siguientes, 62 y siguientes.

1062 Wellhausen, *Prolegomena*, págs. 136 y siguientes.

1063 *Deuteronomio*, XXXIII, 8-12. La bendición de Moisés debe datar del siglo VIII, y da por consiguiente idea de cuál era en aquella época la situación del sacerdocio.

1064 Wellhausen, *Prolegomena*, págs. 143-144.

origen extranjero. No parece que el descontento aumentase hasta la rebelión declarada. No obstante, Salomón tuvo un competidor serio en Jeroboam, hijo de Nebat. Jeroboam se vio obligado a huir a Egipto[1065], cerca de Faraón. El solo hecho de que se le hubiera opuesto por un momento al soberano legítimo era de mal augurio para el porvenir. Más tarde, cuando predominó el influjo sacerdotal, en medio de los dolores del destierro y de los peligros que amenazaron a los judíos a su vuelta a Jerusalén, se recordaron con complacencia los tiempos en que se edificó el templo primero, y gustó embellecer este recuerdo. Salomón apareció ante aquellos hebreos degenerados como el genio de la raza, «pronunció tres mil proverbios y compuso mil y cinco cantares, y trató de todos los árboles desde el cedro, que vive en el Líbano, hasta el hisopo, que crece en las paredes, y habló de los cuadrúpedos, de las aves, de los reptiles y de los peces.»[1066] No contentos con atribuirle talento literario, se refirió que Jehová se le había aparecido tres veces, al día siguiente de la muerte de David, para concederle la sabiduría y la prosperidad[1067]; después de la consagración del templo, para confirmarle en la práctica del culto[1068]; al final de su vida, para reprocharle sus debilidades idólatras y para predecirle la caída de su casa[1069]. Se le puso en correspondencia regular con todos los monarcas del universo[1070], y se evocó a la reina de Saba en el fondo de la Arabia a fin de rendirle homenaje[1071]. Los contemporáneos no se figuraron nada de todo esto. Salomón siguió siendo para ellos el dueño orgulloso y áspero que los había abrumado de impuestos con el único objeto de embellecer su ciudad y enriquecer a su tribu.

Apenas había muerto (929), cuando se manifestó la reacción contra su obra. Su hijo Roboam le sucedió sin oposición en Jerusalén, pero los clanes del centro y del Norte se reunieron en Siquem, para elegir su rey: «No reconocían como tal a Roboam si no los liberaba de las cargas con que su predecesor los había abrumado.» Jeroboam, de vuelta del destierro, se encargó de presentar las quejas de Israel. «Tu padre ha colocado sobre nosotros un yugo pesado, pero tú alivia la ruda servidumbre y el pesado yugo que ha puesto sobre nosotros, y te serviremos.» Roboam pidió un plazo de tres días y empezó consultando a los antiguos servidores de la corona, que le aconsejaron ceder. Prevaleció el consejo de los jóvenes que le rodeaban, y cuando volvió Jeroboam, fue acogido con ultrajes y amenazas. «Mi padre había puesto sobre vosotros un yugo pesado, y yo lo haré más pesado todavía, yo os castigaré con látigos provistos de puntas de hierro.» Las tribus del Norte y del Este, los filisteos, Moab, Ammón, se declararon en favor de Efraim y proclamaron a Jeroboam rey de Israel[1072]. Era la revancha de José sobre Judá. Judá no quiso abandonar a la raza de David y se separó del resto de la nación. Nadie la siguió en su aislamiento, pero el territorio ocupado por los restos de Simeón, y algunos poblados de Dan o de Benjamín, demasiado cercanos a Jerusalén para librarse de la atracción de la gran urbe, quedaron en manos de Roboam[1073].

Así cayó la casa de David y con ella el reino que había tratado de fundar. Ciertamente, juzgando sólo por el carácter de las dos personalidades que dio, no se puede menos de pensar que su empresa era merecedora de mejor éxito. David y Salomón ofrecen el conjunto tan curioso de las

---

1065 *I Reyes*, XII, 26-40 en que el episodio del profeta Akhijah parece haberse añadido posteriormente.

1066 *I Reyes*, IV, 30-34. El más antiguo de los libros atribuídos a Salomón, el *Cantar de los Cantares*, es una colección de cantos amorosos hecha en el reino de Israel por el siglo VII; los otros son de época muy posterior.

1067 *I Reyes*, III, 4-5; *II Crónicas*, VIII, 7-12.

1068 *I Reyes*, IX y siguientes; *II Crónicas*, VII, 12-22.

1069 *I Reyes*, IX, 9-13.

1070 *I Reyes*, 1v, 34; véase Eupolemos en los *Fragm. H. Græc.*, ed. Didot, t. III, págs. 225 y siguientes.

1071 *I Reyes*, X, 1-13; *II Crónicas*, IX, 1-12. Los abisinios se han apropiado la leyenda de la reina de Saba y hecho de ella uno de los episodios de su historia popular. Véase Prätorius, *De fabulâ reginæ Sabæ apud Ethiopes*, Berlín, 1861.

1072 *I Reyes*, XII, 1-19. El relato es anterior a la caída de Samaría, pero está escrito probablemente por un judío.

1073 La tradición posterior, según la cual Benjamín se habría unido a Judá, está contradicha formalmente por el libro primero de los Reyes, XI, 20.

buenas cualidades y de defectos que constituyen los grandes príncipes entre los semitas. El primero, soldado de azar y héroe de aventuras, es el tipo del fundador de dinastía, engañoso, cruel y disoluto, pero valiente, previsor, capaz de sacrificio, de generosidad y de arrepentimiento. El segundo es el monarca fastuoso, sensual, devoto, que sucede de ordinario al soldado triunfante. Si no fundaron nada duradero, débese a que el uno y el otro desconocieron la naturaleza del pueblo que manejaban. Los hebreos no tenían espíritu guerrero, y David los obligó a pelear; no eran marinos, ni constructores, ni inclinados entonces al tráfico y a la industria, y Salomón les hizo flotas y caminos, los lanzó a aventuras industriales y mercantiles. El azar de las circunstancias pareció favorecerles un momento. El decaimiento del Egipto y de la Asiria, las divisiones del Aram y de la Fenicia, permitieron a David ganar batallas y redondear sus dominios. La alianza interesada de Tiro dio a Salomón el medio de realizar sus proyectos de viajes y de construcciones. Pero el reino que penosamente habían levantado sólo descansaba en ellos. En cuanto dejaron de vivir, se desvaneció sin ruido y casi sin sacudida, sólo por la fuerza de las cosas.

Israel y Judá hasta el advenimiento de Omrí; la vigésimo primera dinastía egipcia; Sheshong I. Comienzos del reino de Damasco.

La unión de Efraim y de Judá bajo un mismo cetro había sido demasiado corta para variar mucho las viejas tradiciones de la época de los Jueces. Tan sólo la división en tribus, ya con poca fuerza, había desaparecido y no era más que una especie de recuerdo histórico. En realidad ya no había más que dos tribus: Judá al Sur, Israel al Norte y en las regiones situadas al otro lado del Jordán. Israel era con mucho la más poderosa. Mientras vivió, Judá se movió oscuramente en su órbita y fue muy poco lo que atrajo la atención de los extraños. Roboam se dedicó a poner su reino en estado de defensa, a fabricar armas, a reparar las murallas de sus ciudades. Jeroboam desplegó por su parte mucha actividad. Se instaló en Siquem, y fortificó en la orilla izquierda del Jabbok el poblado de Pnuei, para vigilar a Galaad. No carecía el nuevo Estado de santuarios venerados que oponer a Jerusalén. Jeroboam escogió dos, cuyo prestigio realzó con sus larguezas, Dan al Norte, Bethel al Sur, en la frontera de Judá y casi a la vista de la ciudad de David. «Fabricó dos becerros de oro y dijo al pueblo: Te cuesta demasiado trabajo subir a Jerusalén; ¡he aquí tus dioses, oh Israel! los que te han hecho salir del país de Egipto». Como el sacerdocio del templo único de Salomón, el de los templos de Jeroboam no constituía una casta. «El que quería se consagraba y era de los sacrificadores de los altos lugares.»[1074] Aquel reconocimiento oficial de los santuarios de Israel había de excitar los celos de los sacerdotes de Judá, y la rivalidad política de los dos reinos se complicó con la rivalidad religiosa de los dos cleros. Ambos sirvieron a Jehová según los mismos ritos, pero cada uno afirmó que los del otro eran criminales y desagradaban al dios nacional. La huella de su disputa es todavía visible en un discurso que los que redactaron el Génesis pusieron en boca de Jacob moribundo. El poeta va recorriendo las tribus de Israel y les reparte el elogio o la censura. Judá no es maltratada con exceso y se desea solamente que se incline ante un príncipe consagrado en Shiloh, pero Benjamín, Simeón y Leví son abrumadas de insultos. Por el contrario, la casa de José y sus aliados no reciben más que bendiciones. José es una rama fertil, Isakhar un amo vigoroso, Rubén el primogénito de Israel[1075]. Una raza en que los odios de tribu a tribu eran tan grandes y tan vivos, corría gran peligro de no ser mucho tiempo independiente. Sus divisiones la entregaban sin defensa a todos sus vecinos.

Sólo el Egipto estaba entonces en situación de aprovecharse, El siglo que había trascurrido desde la usurpación de los reyes-sacerdotes lo habían llenado guerras civiles y revoluciones. Un Egipto había muerto, el viejo Egipto de los conquistadores tebanos, y otro había nacido en su lugar.

1074 *I Reyes*, XIII, 33.

1075 Tiele, *Vergelijkende Geschiedenis*, páginas 630-633.

La vida había empezado a retirarse del Sur y de Tebas, y refluía hacia el Norte y a los nomos del Delta. En tanto las empresas de los Faraones habían permanecido confinadas en el valle del Nilo, Tebas había sido el centro natural del Imperio. Asentada en el punto donde se cruzan las principales vías comerciales del África y de Arabia, era como un vasto depósito en que se amontonaban las riquezas de las comarcas extranjeras, desde el golfo Pérsico hasta el otro lado del Sahara, desde el Mediterráneo hasta la región de los Grandes Lagos. Las ciudades septentrionales, mirando a naciones con las que sólo mantenían relaciones irregulares, ejercían escaso influjo en los destinos del reino. Menfis misma, a pesar de su extensión, a pesar de los recuerdos de Menes y de las primeras dinastías, no figuraba más que en segunda línea. La invasión de los Pastores, al hacer de la Tebaida el refugio y el último baluarte de la nacionalidad egipcia, aumentó esa importancia. Durante los siglos de lucha, Tebas no fue ya la primera ciudad del país, sino el país mismo, y el corazón del Egipto latió al amparo de sus murallas. Las victorias de Ahmosis, las conquistas de Tutmosis I ensancharon el círculo del mundo. El istmo de Suez fue franqueado, la Siria sometida, los príncipes del Orontes y del Éufrates puestos a tributo en provecho y para gloria de Tebas que, por espacio de doscientos años, vio a los vencidos desfilar a la sombra de sus palacios. Pero cuando vinieron los tiempos angustiosos de la decimonona y de la vigésima dinastía, cuando los sirios y los libios, sujetos por tanto tiempo, se alzaron contra sus dominadores, pensóse que había mucha distancia desde Karnak hasta la frontera de Asia, y que una residencia metida más de doscientas leguas en el interior, era mal cuartel general para soberanos que vivían en constante alarma. Ramsés II, Mineftah, Ramsés III moraron cada vez más en los nomos orientales del Delta. Allí reedificaron las ciudades caídas y levantaron otras nuevas, que el comercio con los asiáticos enriqueció prontamente. El centro de gravedad del Egipto, que después de la caída del primer Imperio había descendido al Sur, hacia Tebas, por el desarrollo del poderío egipcio en el Sudán subió poco a poco hacia el Norte. Tanis, Bubastis, Sais se disputaron el poder con casi iguales fuerzas y reinaron sucesivamente, pero la savia que había sostenido tanto tiempo al Egipto tebano estaba demasiado pobre. Decayeron rápidamente una después de otra, sin haberse acercado nunca al esplendor de Tebas, y sin haber producido una sola dinastía comparable a las de los reyes tebanos.

Desde la exaltación de Hrihorú y el advenimiento de Smendes, el Egipto estaba dividido en dos. Evidentemente tal situación no podía durar mucho sin que una de las familias reales tratase de suplantar a la otra. La tanita se sobrepuso siempre. No concedió al primer heredero de Hrihorú, a Pionkhi[1076], más que el título de gran sacerdote de Amón. Después de Pionkhi, el tanita Psiukhanú I ejerció un momento el pontificado en Tebas[1077], antes de subir al trono en Tanis. Después de él, Pinotmú I realzó la monarquía tebana, luego sus dos hijos Masahirti y Manakhpirri se sucedieron en el cargo de grandes sacerdotes y gobernaron en el Mediodía, casi a partir del Fayum[1078]. Las dos familias tenían cuidado, según costumbre tradicional, de legitimar su usurpación mediante uniones repetidas con la estirpe de los Ramésidas. Esta subsistía aún. Los varones estaban reducidos a la condición de simples particulares, pero las hembras entraban por casamiento en el harén de los soberanos y legaban a sus hijos los derechos que habían recibido de sus antepasados[1079]. Así, probablemente, el último de los grandes sacerdotes de Amón, Pinotmú II, reunía en su persona la sangre de los Ramsés, de los Hrihorú y de los Faraones tanitas[1080].

1076 Acerca de Pionkhi, véase Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire*, en la *Zeitschrift*, 1883, pág. 62.

1077 Wiedemann, *Zur XXI Dynastie Manetho's*, en la *Zeitschrift*, 1882, págs. 86-88.

1078 Las momias de Masahirti y de las princesas de su familia así como las de Pinotmú I y II, están hoy en el Museo del Cairo (Maspero, *Guide du visiteur au Musée de Boulaq*, págs. 320 y siguientes). Los muros de El-Hibeh, frente a Feshn, están hechos con ladrillos que llevan el nombre de Manakhpirú y de Isimkhabit.

1079 Acerca de esos Ramésidas, véase Brugsch, *Ramses und Scheschonk*, en la *Zeitschrift*, 1875, págs. 163-165; Maspero, *La trouvaille de Déir-el-Baharí*, pág. 31.

1080 Acerca de este Pinotmú II, que para otros es Pinotmú III, véase Ed. Naville, *Inscription historique de Pinodjem III*, 1883; Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire* en la *Zeitschrift*, 1882, págs. 134-135, y

Éstos parecen no haber carecido de vigor ni de recursos. Sus monumentos, por raros y dispersos que sean, prueban que no interrumpieron por completo los trabajos de sus predecesores. Dos de ellos, Psiukhanú I y Amenemopit, restauraron la capilla en otro tiempo edificada cerca de las grandes pirámides de Gizeh por Keops, en honor de su hija Honitsen[1081], y las huellas de su actividad son visibles en varios otros puntos. Pero embellecieron sobre todo su capital, Tanis. El templo principal, ensanchado por los príncipes de la duodécima y de la decimotercera dinastía, saqueado durante las guerras contra los Hiksos, ampliado otra vez por los Ramésidas, competía en extensión y en esplendor con los de Tebas[1082]. El coloso monolito que Ramsés II había consagrado en él igualaba en altura, no sólo a los dos Memnón tebanos, sino también a la estatua hoy rota del Rameseión. Siamonú-miamum terminó las reparaciones, y Psiukhanú I rodeó el edificio con una enorme pared de ladrillos sin cocer que le dio aspecto de fortaleza. Todo esto no se hizo, entiéndase bien, sin suplantaciones. Psiukhanú grabó su nombre en las esfinges y en las estatuas de los Hiksos, sin más escrúpulo que el que éstos habían tenido para apropiarse los monumentos de los reyes egipcios de la decimotercera dinastía[1083]. Todo Faraón constructor es, o por lo menos trata de ser, un conquistador. No dudo que los príncipes de la vigésimo primera dinastía tratasen de afirmar su autoridad sobre la Siria meridional, y la expedición de Psiukhanú II contra Guezer, el matrimonio de sus hijas con Salomón y con Hadad el idumeo, parecieron, a los egipcios de entonces, un renacimiento parcial de su antigua dominación. Les faltaron, no obstante, fuerzas para proseguir aquellos primeros triunfos. Los nomos no obedecían ya al poder central sino a la fuerza. La población indígena, disminuida por las guerras anteriores, no daba ya contingentes para reclutar los ejércitos. A fin de mantenerse dentro contra los competidores y de presentar fuera en línea un ejército suficiente, los Faraones de Tanis hubieron de recurrir a los mercenarios más que sus predecesores lo habían hecho hasta entonces: entregaron el Egipto a los bárbaros.

La irrupción de éstos en los asuntos del Egipto fue menos repentina e imprevista de lo que se supondría de primera intención. En todo tiempo se había considerado de buena política llenar con prisioneros los huecos que la guerra producía entre los naturales. Los Faraones de la duodécima dinastía se habían vanagloriado ya de trasportar al Mediodía las naciones del Norte y al Norte las del Mediodía, y habían colocado tribus enteras en el valle del Nilo. La invasión de los Pastores aumentó considerablemente el número de extranjeros. Después de la victoria de Ahmosis, la familia real de los Hiksos y la clase guerrera emigraron a Asia, pero la masa de la población no quiso seguirlos. Hauarú, Tanis, las ciudades y los nomos situados al Nordeste del Delta, particularmente en las proximidades del lago Menzaleh, permanecieron, por decirlo así, en manos de los semitas. Súbditos egipcios, éstos no olvidaron sus tradiciones nacionales. Conservaron una especie de autonomía, se negaron a pagar ciertos impuestos y se alabaron de no ser de la raza de los Faraones. Sus vecinos de vieja estirpe egipcia les dieron sobrenombres de extranjeros, Pashemur, los bárbaros (Baschmuritas), Pi-amú, los asiáticos (Biahmitas)[1084]. En tiempos de la decimoctava dinastía, algunos de ellos ejercieron mandos importantes o llegaron a los más altos puestos del sacerdocio. Sus divinidades, Sutkhú, Baal, Baal-Zefón, Marna, Astarté, Anati, Qodshú se introdujeron en el Panteón egipcio y tuvieron sus templos en Menfis. A mediados de la decimonona dinastía, las campañas de Sesostris y la estrecha alianza que concertó con el soberano de los Khati pusieron de moda el uso de los dialectos sirios. Se tuvo a gala el enseñarlos no sólo a los muchachos libres, sino a los esclavos negros y libios[1085]. Las gentes elegantes y los sabios se complacieron en adornar su lenguaje con locuciones extranjeras. Ya no fue de buen gusto habitar una ciudad *nuit*, sino una

---

1883, págs. 70 y siguientes. Los escasos monumentos de Masahirti en Maspero, *Zeitschrift*, 1882, págs. 133-134.

1081 Maspero, *Guide du visiteur au Musée de Boulaq*, pág. 423. Véase A. Mariette, *Monuments divers*, lám. 102 b, c.

1082 Mariette, *Lettres a M. de Rougé sur les fouilles de Tanis*, en la *Revue archéologique*, 1861.

1083 Véase Maspero, *Guide du visiteur au Musée de Boulaq*, páginas 64-65.

1084 A. Mariette, en *Mélanges d'archéologie égyptienne et assyrienne*, t. I, págs. 91-93.

1085 Mariette, *Les papyrus égyptiens du Musée de Boulaq*, t. I, Pap. número 3, última página, 1. 2-3.

qarat; llamar a una puerta *ro*, sino *tiraa*; cantar con acompañamiento de arpa (*bonit*), sino de *kinnor*. Los vencidos, en lugar de rendir homenaje (*aaú*) a Faraón, le dirigieron el *salam*, y las tropas no quisieron marchar más que al sonido del *tupar* o *tof* (tambor). Si no había nombre semítico para una cosa, se trataba de desfigurar las palabras egipcias para imponerles al menos una apariencia extranjera. En vez de escribir *khabsú*, lámpara, *sonshú*, puerta, se escribía *khabusa*, *saneshaú*. Los ciudadanos ricos de Tebas o de Menfis tenían tanta satisfacción en semitizar como nuestros contemporáneos en sembrar el francés de palabras inglesas mal pronunciadas[1086].

Al Occidente del Delta otras razas, otros influjos. Sais y las ciudades vecinas, en relación constante con las tribus libias, habían tomado de ellas la mitad por lo menos de su población. Los Mazaiú, y, sobre todo desde el reinado de Ramsés III, los Mashuasha predominaban allí, pero mientras que los semitas se hacían a la larga agricultores, letrados, sacerdotes, mercaderes, lo mismo que soldados, los libios conservaban siempre su temperamento guerrero y su organización militar. Desde hacía más de dos mil años, los Mazaiú estaban acampados en el territorio, pero no habían arraigado. Eran mercenarios por derecho de herencia más que ciudadanos pacíficos. Daban reclutas para los cuerpos de policía situados en cada nomo a disposición del gobernador y de las autoridades, guarnecían los puestos de la frontera, acompañaban al Faraón en sus expediciones lejanas. Las ideas de armas y de luchas iban tan íntimamente unidas a su persona, que en las épocas de decadencia de la lengua, su nombre, mal pronunciado Matoi, vino a ser para los coptos término genérico de soldado[1087]. Los Mashuasha no renunciaron nunca a su traje ni a su armamento especial. Se les reconoce por la pluma que llevan tendida sobre la cabeza a guisa de gorro. Sin cesar reclutados entre lo más escogido de las tribus libias que los azares de la guerra o el afán de una buena soldada atraían de fuera, no tardaron en constituir la fuerza principal de los ejércitos egipcios. Los Faraones se rodearon de sus batallones como guarda más segura que las tropas indígenas y les reservaron para comandantes príncipes de sangre real. Aquellos jefes de los Mashuasha se hicieron casi independientes de su soberano. Unos buscaron el apoyo de sus soldados para escalar el trono, otros prefirieron hacer y deshacer reyes a su antojo. Desde el final de la vigésima primera dinastía, el Egipto era presa de los extranjeros, y no tuvo más dueño que los que a éstos les plugo imponer.

A mediados o al final de la vigésima dinastía, había en Bubastis o en los alrededores un libio llamado Buiúa[1088]. Sus descendientes prosperaron, y el quinto de ellos, Shashanqú (Sheshonq), se casó con una joven de estirpe regia, Mihitinuoskhit. Su hijo Namaruti añadió a las dignidades religiosas de que estaba revestido el título militar de comandante de los Mashuasha. Su nieto Sheshonq tuvo todavía más brillante fortuna. Desde los comienzos de su vida fue tratado de Majestad y calificado de príncipe de los príncipes, lo cual parece demostrar que ocupaba el primer lugar entre los Mashuasha. Era en todo caso el personaje más considerable del reino y casi igualaba al soberano. Así, en un acta en que instituía el culto funerario de su padre, hacía que le dirigiera la palabra Amón-Ra, lo que era privilegio del Faraón y del gran sacerdote[1089]. Había, por lo demás, casado a su hijo Osorkón con la hija de Hor-Psiukhanú, el último de los tanitas de la vigésima

1086 G. Maspero, *Du genre épistolaire*, pág. 9.

1087 Me parece que la tribu beduina de los Maazeh desciende de la de los Mazaiú. El nombre actual provendría de una asimilación vulgar de la palabra árabe *máazeh*, cabrito, con el nombre libio antiguo.

1088 Acerca de la descendencia libia de la XXIIª dinastía, indicada dubitativamente por Krall (*Die Composition und die Schicksale des Manethonischen Geschichtswerken*, pág. 73, nota 1), véase L. Stern, *Die XXII Manethonische Dynastie*, en la *Zeitschrift*, 1883, págs. 15-16. Birch le atribuye origen babilónico (*Transactions of the R. Society of Literature, Second series*, t. III, págs. 165 y siguientes), Lepsius, origen asiático (*Ueber die XXII Ægyptische Königsdynastie*, págs. 261, 285), Oppert, origen susiano (*Les inscriptions en langue susienne*, en las *Mémoires du Congrès international des Orientalistes*, París, 1873, t. II, pág. 183). Todo lo que Brugsch ha referido (*Geschichte*, págs. 644, 654, 659) de una invasión asiria en Egipto y de la genealogía asiria de Sheshonq se basa en una interpretación excesivamente atrevida de algunos textos (Maspero, en la *Revue critique*, 1880, t. I, págs. 112-115). El sistema de Krall, que está entre el de Brugsch y el de Lepsius, ha sido quebrantado de igual modo por los descubrimientos posteriores (*Die Composition*, págs. 71-76).

1089 Ed. Naville, *Inscription historique de Pinodjem III*, págs. 13-14.

primera dinastía, y esta alianza aseguró la corona a su raza. En pocos años reunió el Egipto entero bajo su mando. A la muerte de Psiukhanú, se atribuyó los cartuchos y las insignias de la realeza. A la de Pinotmú II, heredó el cargo de primer profeta de Amón, el que hizo pasar a su hijo Auputi. Parece que la familia de Pinotmú no opuso resistencia y se retiró a Napata, en Etiopía, donde fundó un Estado independiente. El advenimiento de Sheshonq I y de Auputi consumó la ruina política y económica de Tebas. El desorden y el empobrecimiento, ya espantosos en tiempos de los últimos Ramésidas, habían seguido creciendo en los de los sucesores de Hrihorú. Los robos habían llegado a ser tan frecuentes en la necrópolis, y los ladrones tan audaces, que para librar de sus ataques las momias de los grandes tebanos, había habido que sacarlas de sus siringas y depositar unas en una cámara murada del hipogeo de Amenotés II, otras en la capilla adjunta a la tumba de Amenotés I. Había inspectores que de tiempo en tiempo anotaban la identidad y el estado de conservación de su envoltura funeraria. Príncipes de la decimoséptima dinastía, como Soqnunri Tiuaqen, los primeros conquistadores de la décimaoctava, Ahmosis I, Amenotés I, Tutmosis I, Tutmosis II, Tutmosis III y las princesas de su harén, Nofritari, Ahotpú, Mashonttimihú, luego Ramsés I, Setuí I y Ramsés II de la decimonona, estaban allí reunidos en asamblea solemne. Auputi, que sólo muy indirectamente descendía de aquellos muertos gloriosos, se impacientó sin duda por la vigilancia que exigían, y resolvió esconderlos en un sitio donde estuviesen al abrigo de todo ataque. Los grandes sacerdotes de Amón habían abierto para ellos, en un rincón del circo meridional de Dir-el-Baharí, una tumba de familia donde reposaban en compañía desde Pinotmú I. Auputi amontonó confusamente en ella los féretros reales que encerraba la capilla de Amenotés I, y disimuló tan bien la entrada que no volvió a darse con ella hasta nuestros días[1090].

Seshonq I fue un príncipe vigoroso y atrevido. Las querellas intestinas de Israel le dieron ocasión para continuar en Siria la política de sus predecesores. Sin romper con Salomón, abrió las puertas de su reino a los desterrados o a los descontentos. Hadad el idumeo y Jeroboam encontraron asilo y ayuda cerca de él. Cinco años después del cisma de las tribus, invadió la Judea, acometió a Jerusalén, la saqueó y pasó de allí a Israel[1091]. De vuelta a sus Estados, grabó en una de las murallas de Karnak el nombre de las ciudades que había sometido a rescate. La comparación de su lista con la de Tutmosis III muestra cuán profundo era el decaimiento del Egipto, aun victorioso, en tiempo de la vigésima segunda dinastía. Ya no se habla de Gargamish, de Qodshú, de Damasco, ni de las ciudades del Naharanna. Mageddo es el punto más septentrional a que el vencedor ha llegado, y las localidades enumeradas después de ella nos llevan cada vez más al Sur, Rabbit, Taanak, Hafaraim, Makhanaim, Gibeón, Bethorón, Aialón, Migdol, Ierza, Shoko y las aldeas del desierto de Judá. A fuerza de reunir nombres de poblados, y de dividir en dos cartuchos los que de ellos se componían de varias palabras, Sheshonq tuvo la indecible alegría de componer, para edificación de sus súbditos, una lista de vasallos tan completa como la de su predecesor[1092]. Esta satisfacción de vanidad fue, con el botín que trajo, el producto más claro de su campaña. Murió muy pronto, y sus sucesores no pensaron en mantener efectiva la soberanía que él había restablecido un momento sobre la Judea entera[1093].

1090 Todas estas momias están en el Museo del Cairo desde 1881; Maspero, *La Trouvaille de Deir-el-Bahari*, con cuarenta fotografías por Emilio Brugsch-Bey, y *Guide du visiteur au Musée de Boulaq*, págs. 314 y siguientes. El depósito encerrado en la cámara murada de Amenotés II no ha sido descubierto hasta 1889 por M. Loret. Desde 1900 figura en el Museo del Cairo.

1091 Así resulta de la lista de Karnak, en que se enumeran las ciudades de Israel al lado de las de Judá.

1092 Lepsius, *Denkm*, III, lám. 272; Champollion, *Not. man*., t. II, págs. 13 y siguientes; Maspero, *Notes sur quelques points*, en la *Zeitschrift*, 1880, págs. 44-49.

1093 El cuadro de la XXIª Dinastía puede trazarse aproximadamente como sigue:

TEBAS

I. Hrihorú-Siamón.
II. Pionkhi.
III. Pinotmú I.

Después de la retirada de Sheshonq, Judá e Israel se enredaron cada vez más en sus discordias. Jeroboam murió en 908, y su hijo Nadab fue asesinado delante de Gibbethón por Baesha, hijo de Akhijah, al cabo de dos años de reinado. Baesha se lanzó sobre Judá, donde Asa, hijo de Abijam, nieto de Roboam, acababa de ceñir la corona, y fortificó Rama dos leguas al Norte de Jerusalén. Asa, que, según la leyenda, había rechazado una horda prodigiosa de etíopes y de libios[1094], se sintió demasiado débil para luchar contra los israelitas e imploró la ayuda del rey de Siria. Después de Rezón, Damasco no había dejado de aumentar en importancia y en vigor bajo el mando de Hezión[1095], de Tabrimmón, de Benhadad I[1096]. Había conquistado Hamath, la Celesiria y los cantones del desierto que confinan con el Éufrates. Benhadad recorrió la Galilea y redujo sus ciudades. Baesha, llamado al Norte, no pudo sostenerse en Rama, y Asa aseguró su frontera armando Gibea y Mizpah. Baesha, lo mismo que Jeroboam, no pudo fundar una dinastía duradera. Lo mismo que él había hecho a Nadab, hizo Zimri a su hijo Ela. Esta vez también el ejército estaba en el país de los filisteos y delante de Gibbethón cuando se cometió el asesinato. Se sublevó, aclamó a su jefe Omri y marchó contra los asesinos. Zimri, acosado en Tirzah, prendió fuego al palacio real y ardió después de un reinado de siete días. Omri vencedor encontró un rival en Thibni, hijo de Ginath. La guerra entre los dos partidos duró cuatro años y sólo terminó con la muerte natural o violenta de Thibni y de su hermano Joram[1097]. La toma de Jerusalén por Sheshonq, la hostilidad constante de Judá y de Israel, los crímenes de los soberanos, el choque incesante de los partidos, acabaron de debilitar al pueblo hebreo y le arrebataron el escaso prestigio que su nombre tenía después de David. La hegemonía pasó de Jerusalén a Damasco, y los descendientes de Rezón trataron de realizar la tarea en que había fracasado la casa de Jacob. Intentaron reunir las diferentes naciones de Siria en un solo Imperio, y quizá lo hubieran logrado si la Siria, rehecha al fin de su derrota, no hubiera contrariado sus ambiciones.

IV. Masahirtí.
. . . . . .
VI. Manakhpirri.
VII. Pinotmú II.

TANIS
I. Uazkhopirri Sotpunri Nsbindi Miamún.
II. Akhopirri Soptunamón Psiukhanú Miamún.
III. Usirmarí Sotpunamón Amenemopi Miamún.
IV. . . . . .
V. Nutirkhopirri Sotpunamón Siamón Simontú.
VI. . . . . .
VII. Uozhigri... Hor-Psiukhanú Miamún.

1094 Las *Crónicas*, II, XIV, 9-13, únicas que nos hablan de esta expedición fabulosa, llaman Zerakh al jefe de los invasores. Champollion creía reconocer en él a Osorkón I (*Précis du système hiéroglyphique*, págs. 257-262).

1095 El nombre Hezión no es más que una corrupción de Rezón. En tal caso, habría que borrarlo de la serie de los reyes de Damasco.

1096 Los monumentos asirios parecen consignar este nombre real Adad-idri, Bir-Dadda, y los Setenta υἱός Ἀδέρ. Léase como se quiera el nombre asirio, he preferido adoptar, hasta nueva orden, la lectura corriente, Benhadad, que tiene la ventaja de ser conocida de todo el mundo (véase Schrader, *Keilinschriften und Geschichtsforschung*, págs. 371-398; *Die Keilinschriften und das Alte Testament*, 1883, págs. 200 y siguientes).

1097 Según Josefo, *Ant. jud.*, VIII, 12, 5, Thibni fue asesinado.

IX.
EL SEGUNDO IMPERIO ASIRIO HASTA EL ADVENIMIENTO DE SARGÓN.

Assurnazirabal y Salmanasar; los reyes de Damasco y la casa de Omri. Decadencia momentánea del Imperio asirio; los profetas de Israel; Jeroboam II, Tiglatfalasar III: caída de Damasco. La vigésima segunda y la vigésima tercera dinastía; los etíopes en Egipto; Pionkhi y Sabacón. Caída del reino de Israel.

Assurnazirabal y Salmanasar; los reyes de Damasco y la casa de Omri.

Los años que siguieron a la derrota de Assurnazirabal II habían sido para la Asiria tiempos de miseria y humillación. No solamente se quedó sin las conquistas de Tiglatfalasar I en Siria, sino que Babilonia sacudió el yugo. Las poblaciones del Nairi y del Umliash recobraron su libertad; hasta la Mesopotamia se separó de Nínive, y apenas si los monarcas asirios conservaron los distritos vecinos a su capital. Trabajaron al menos con todo su esfuerzo para borrar aquellos desastres y rehacer su poderío. Irbaadad, Assuridinakhé II, Tiglatfalasar II, Assurdán II, Adadnirari II, reconquistaron el terreno palmo a palmo. El último (911-890) era ya bastante fuerte para batir cerca del monte Yalmán (Holwan) al rey de Babilonia, Shamashmudammik, y para ensanchar sus fronteras hasta el otro lado del Zab inferior. En el interior, repararon las ciudades y los templos, abrieron y limpiaron canales de riego, afirmaron los diques que resguardaban la llanura de las crecidas del Tigris. Tugultininip II (889-885), hijo de Adadnirari, reanudó al fin la obra de expansión tanto tiempo interrumpida y se hizo ilustre por su valor feroz: «expuso empalados los cuerpos de los vencidos». Los reyes de Asiria empleaban en fortificarse pacientemente las generaciones que los de Israel y los Faraones gastaban en disputas estériles[1098].

A medida que su autoridad se extendía hacia el Norte, la ciudad de Assur perdía poco a poco la importancia que había gozado durante los siglos heroicos de la monarquía, dejaba de ser el centro del Imperio y no conservaba su rango de capital más que por respeto a la tradición. Assurnazirabal III (885-860), sucesor de Tuguitininip II, diole golpe mortal eligiendo para sí otra residencia. Cerca de cinco siglos antes, Salmanasar I había fundado en Kalakh, en la orilla izquierda del Tigris y en la confluencia de este río con el gran Zab, una ciudad cuyo crecimiento impidió durante siglos el azar de las revoluciones. El cuarto año de su reinado, Assurnazirabal arrasó lo que quedaba de los edificios de su antiguo predecesor y puso los cimientos de una ciudad nueva. Desde entonces y durante un siglo por lo menos, todos los reyes de Asiria, Salmanasar, Shamshiadad, Adadnirari la embellecieron a porfía y se complacieron en morar en ella en los pocos momentos de reposo que los dejaba la guerra. «Palacio tras palacio se levantó en la rica plataforma que la sostenía, cada uno espléndidamente adornado con madera, oro, pintura, escultura y esmalte, cada uno rivalizando en esplendor con los primeros construidos: leones de piedra, esfinges, santuarios, torres sagradas, variaban el aspecto de la ciudad y acababan con la monotonía. La alta pirámide escalonada (*ziggurat*), aneja al templo de Ninip, dominaba todo y reunía a su alrededor aquel conjunto de palacios. El Tigris, que bañaba a Occidente el pie de la plataforma, reflejaba su silueta en las aguas, y doblando la altura aparente de los edificios, disimulaba un poco el achatamiento de las masas, que es el lado flaco de la arquitectura asiria. Cuando el sol poniente iluminaba todo aquello con esos

1098 Maspero, *Les Empires*, págs. 3-6.

tonos brillantes que sólo se ven en el cielo del Oriente, Kalakh debía parecer una visión del país de las hadas al viajero que la contemplaba por vez primera.»[1099]

De ella partieron los monarcas de Asiria casi todos los años para sus guerras. Adosados a la meseta de Media, limitados por los macizos de la Armenia, no se sentían muy inclinados a atacar a los pueblos del Este o del Nordeste, porque la aventura les habría representado grande esfuerzo y poca ganancia. A lo sumo trataron de mantener sujetas a las tribus inquietas que se agitaban en la frontera del valle del Tigris y en las montañas del Kurdistán. Si a veces pasaron estos límites, fue para hacer algunas incursiones hacia el mar Negro y el Caspio o para audaces expediciones en las extremidades de la Media propia. Sus verdaderos campos de batalla no estaban en aquella dirección, sino al Sur, al Norte, al Noroeste, en Armenia, en Asia Menor, en Babilonia, en el Elam, al Oeste y al Sudoeste en Siria. Durante doscientos años, casi todas las primaveras, sus ejércitos rehicieron por este lado, pero en sentido opuesto, todo o parte del camino recorrido ocho siglos antes por las bandas de Tutmosis III y de Amenotés II. Abordaron la Siria y la absorbieron trozo a trozo, a pesar de su resistencia desesperada, Gargamish primero, luego la Fenicia y Damasco, más tarde Israel y Gaza, abatiendo una después de otra las barreras que los separaban del Egipto, hasta el día en que los dos Imperios del mundo oriental se vieron frente a frente, como en tiempos de los Faraones de la décimaoctava dinastía. Pero estaban cambiados los papeles. Era entonces el Egipto el que se colocaba delante de su rival y atravesaba el Asia anterior para llegar a las orillas del Éufrates, y ahora, por el contrario, Nínive agredía y el Egipto se defendía con mucho trabajo. Menfis recibió guarnición asiria en su castillo del Muro Blanco y los generales de Assurbanabal saquearon los templos tebanos.

Assurnazirabal inició el avance. Gracias a él, el Imperio asirio se desarrolló de pronto y desbordó por todas sus fronteras a la vez. Empezó por una incursión en el Kurdistán y en las regiones meridionales de la Armenia. Los naturales, incapaces de afrontar una batalla en regla, «se retiraron a las montañas inaccesibles y se atrincheraron en las cumbres para que yo no pudiera llegar a ellos; porque aquellos picos majestuosos se alzaban como la punta de una espada, y sólo las aves del cielo en su vuelo pueden llegar a ellos... En tres días subí la montaña, sembré el terror en sus escondites... sus cadáveres cubrieron las laderas como las hojas de los árboles y el resto buscó refugio en las rocas». Incendió las aldeas de aquellos desgraciados, luego cayó sobre el distrito de Karkhi[1100]. «Allí entregué al filo de la espada doscientos sesenta combatientes, les corté las cabezas y con ellas hice pirámides.» Después de Karkhi, tocóle la vez a Kummuk. Assurnazirabal había ya recibido tributo de los Mushki y se preparaba a seguir adelante hacia el Norte cuando le obligó a retroceder la rebelión de una ciudad de Mesopotamia. Los rebeldes abandonaron las armas a su aproximación e imploraron el perdón de su culpa, pero fue implacable: «Maté, dice, a uno de cada dos... Levanté un muro delante de las grandes puertas de la ciudad; desollé a los jefes de la rebelión y cubrí aquel muro con su piel. Algunos fueron emparedados vivos entre las piedras, otros empalados a lo largo del muro; desollé gran número en mi presencia y revestí el muro con su piel. Reuní sus cabezas formando coronas y sus cadáveres atravesados formando guirnaldas.» El jefe principal fue llevado a Nínive, desollado también y su piel clavada en la muralla. Después de esto, no sorprenderá que las gentes del país de Laki renunciaran a luchar. Otras insurrecciones que estallaron en los rincones de la Armenia fueron sofocadas con no menos prontitud y ferocidad. Al entrar de regreso en Kalakh al final de aquel primer año, Assurnazirabal podía vanagloriarse de haber hecho sentir el peso de su brazo a todos sus vecinos.

Los años siguientes no desmintieron las promesas de aquellos felices comienzos. En 881, guerra contra los pueblos situados en la región del Zagros; en 880, guerra contra la Armenia; en 879, guerra contra el Kummukh, el Nairi y la mayor parte de las ciudades del alto Tigris. Siempre los mismos relatos de victorias y las mismas crueldades con los vencidos. En 879, los habitantes de

1099 Rawlinson, *The five great Monarchies*, t. II, págs. 98-89.

1100 O Kurkhi: véase en nota 896 la situación de este país.

Karkhi, atacados segunda vez «abandonaron sus plazas fuertes y sus castillos; para salvar sus vidas, huyeron hacia Matni, un país poderoso. Me precipité tras ellos; sembré mil cadáveres de sus guerreros en la montaña, sembré la montaña de sus cadáveres, llené los barrancos. Doscientos prisioneros que habían caído vivos en mis manos, les corté las muñecas.» Quedaban todavía en el centro de la Mesopotamia cierto número de ciudades y de tribus independientes. Una campaña bastó para reducirlas. Assurnazirabal descendió el Kharmis y el Khabur hasta el Éufrates, luego este río desde la confluencia del Khabur hasta Anat. Fue un paseo militar más que una guerra. Todas las poblaciones ribereñas, Shadikhanni[1101], Bit-Khalupié, Sirki[1102], Anat, imploraron el perdón sin vacilar. El príncipe de Zukhi, que osó resistirse, fue vencido en una batalla de dos días y huyó al otro lado del Éufrates, al desierto de Arabia. Tenía a su lado algunos auxiliares caldeos, mandados por un general de nombre Belbaliddín y por Zabdán, hermano de Nabubaliddín, rey de Babilonia. Estos dos personajes cayeron en poder del vencedor y Assurnazirabal declaró que había triunfado sobre la Caldea. «El temor a mi poder se extendió por el país de Kar-Duniash; el temor a mis armas arrastró al de Kaldú.» Eran muchas palabras para un hecho insignificante. Nabubaliddín no se preocupó de esas fanfarronadas, y el rey de Asiria, satisfecho de su victoria, juzgó que sería prudente no comprometerla con una invasión en Caldea. Los Zukhi se sublevaron en 878 y Assurnazirabal hubo de recorrer una vez más el teatro de su anterior campaña. Todos los distritos colocados a lo largo del Khabur y del Éufrates fueron saqueados sin piedad, las ciudades quemadas, los prisioneros empalados. Con justicia exclamaba: «Mi rostro se muestra contento en las ruinas; en la satisfacción de mi cólera hallo mi contento.»

El año siguiente le vio en las regiones donde ningún monarca asirio se había aventurado desde hacía cerca de dos siglos. En la primavera del 877 abandonó Kalakh, se internó en la Mesopotamia, atravesó el Khabur y el Balikh, y llegó a las orillas del Éufrates. La Siria del Norte estaba dividida en pequeños Estados independientes, reunidos, como en tiempo de los egipcios, en una especie de confederación, pero la mayor parte de los que allí había algunos siglos antes no existían ya. Los khati, ya muy disminuidos en tiempo de Tiglatfalasar I, habían ido debilitándose cada vez más y no conservaban otra importancia que la que su posición geográfica les daba. Gargamish, su capital, dominaba el mejor vado del Éufrates en aquellos parajes. Los principados que los rodeaban, en lucha perpetua unos con otros, resistían mal los ataques de los reyes de Damasco, y con más razón fueron incapaces de rechazar a los asirios. Eran presa fácil de coger, y tanto más tentadora cuanto que se sabía era riquísima. A pesar de las guerras intestinas y de las invasiones de fuera, el país era aún populoso, cultivado, a la vez industrioso y comercial. Los metales preciosos y comunes, oro, plata, cobre, estaño, hierro abundaban en él. El comercio con Fenicia le llevaba la púrpura y los tejidos de lino, las maderas de ébano y de sándalo. La acometida de Assurnazirabal sorprendió a los jefes de Khati en plena paz. Sangar, rey de Gargamish, no disputó el paso del Éufrates y abrió las puertas de su residencia. Lubarna, rey de Patín, «temió el poder del enemigo y el resultado de la batalla; pagó veinte talentos de oro, uno de plata, doscientos de estaño, ciento de hierro; dio mil bueyes, diez mil carneros, mil túnicas de lana y de lino», sin contar los muebles, las armas y los esclavos. El cantón de Lukhuti se resistió y sufrió las consecuencias de su atrevimiento. Sus ciudades fueron entradas a saco y los prisioneros empalados. Después de esta hazaña, Assurnazirabal devastó las dos vertientes del Líbano y descendió al borde del Mediterráneo. Fenicia no esperó que llegase allí para rendirle homenaje. Los reyes de Tiro, de Sidón, de Gebel y de Arad, «que está en medio del mar», le enviaron presentes. Los asirios tuvieron lugar de cortar cedros, pinos y cipreses en el Líbano y en el Amanos, que enviaron a Nínive para edificar un templo a la diosa Ishtar[1103]. A partir de aquel momento, ignoramos lo que hizo Assurnazirabal. Reinó dieciséis años más, y lo que sabemos de su carácter no nos autoriza a creer que descansó. Su hijo Salmanasar

1101 Hoy Arbán.

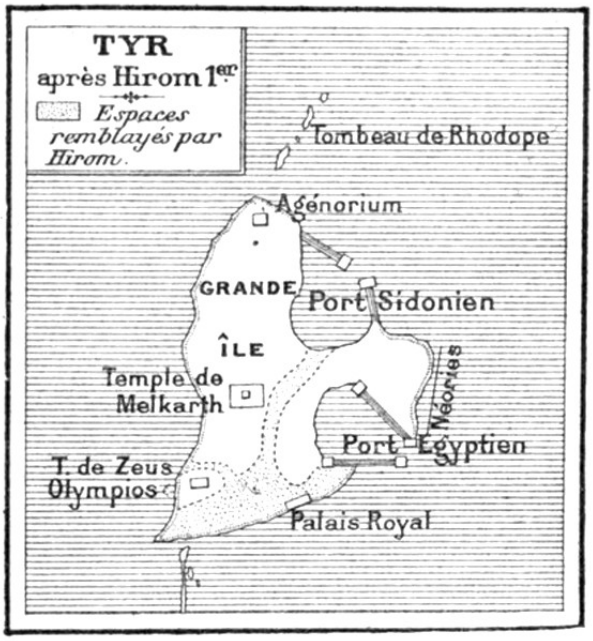
1102 Circésium, en la confluencia del Khabur y del Éufrates. Véase Fox Talbot, *Assyrian Texts*, págs. 30-31.

1103 Maspero, *Les Empires*, págs. 6-51.

II le sucedió en 860 y guerreó audazmente, durante su vida, a ejemplo de su padre. Desde el año de su advenimiento la emprendió del lado del Éufrates y no se detuvo hasta las orillas del Mediterráneo. Tardó cuatro años en reprimir las rebeliones de Bit-Adini y en consolidar el poderío que ejercía sobre la Siria septentrional; luego, sometidas Patín y Gargamish, se arriesgó en el valle del Orontes, donde el rey de Damasco se le opuso con sus vasallos[1104].

Después de haber vencido a Thibni, hijo de Ginath, Omri había tratado de afianzarse en el trono. Hasta entonces Israel no había tenido capital fija. Siquem, Tirzah, Rama habían servido sucesivamente de residencia a los sucesores de Jeroboam y de Baesha. En los últimos tiempos, Tirzah había parecido vencer, pero su palacio había sido quemado por Zimri, y por otra parte la facilidad con que fue tomada era para excitar las inquietudes de un jefe de dinastía. Omri se instaló en un terreno situado un poco al Noroeste de Siquem y del monte Ebal, y como le había comprado a cierto Shomer, le dio el nombre de Shimrón (Samaria)[1105]. Aquella elección era hábil y juiciosa, como lo probó el rápido crecimiento de la ciudad. Estaba asentada en la cima de una colina redondeada, que surgía en medio de una especie de valle ancho y profundo y que se enlazaba con las alturas circundantes por una lengua de tierra estrecha y baja. El valle es fértil y abundante en aguas, las montañas están cultivadas hasta las cimas. Habría sido difícil, por otra parte, encontrar en Palestina un sitio comparable a aquél en fortaleza y hermosura[1106]. Por eso Samaria llegó a ser muy pronto para Israel lo que Jerusalén era para Judá, un centro de resistencia a cuyo alrededor se concentró la nación en los días de peligro. Los contemporáneos no desconocieron la importancia de aquella fundación. El nombre de Omri unióse en su espíritu a la idea del reino de Israel y no se separó más. En adelante Samaria y la misma casa de José fueron para los extranjeros Bit-Omri, la casa de Omri, y la costumbre de llamarla así persistió mucho tiempo después que Omri y su raza hubieron dejado de reinar sobre los hebreos[1107].

El viejo Benhadad I, que había guerreado contra Baesha, aprovechó la querella entre Omri y Thibni para renovar sus asaltos. Tomó varias ciudades y obligó al rey a conceder a los sirios la posesión de un barrio especial de Samaria[1108]. Omri se indemnizó mediante represalias sobre los moabitas. Les impuso un tributo muy pesado de lana y ganado[1109], pero no era un triunfo propio para compensar sus pérdidas. Ganándolos sólo de esta clase, Israel corría el riesgo de perder su independencia y de permanecer siempre vasallo de Damasco. Omri lo comprendió y buscó un apoyo en el exterior. El Egipto estaba demasiado lejos, los asirios apenas acababan de cruzar el Éufrates, los odios religiosos y políticos habían abierto un abismo



1104 Maspero, *Les Empires*, págs. 52-69.

1105 *I Reyes*, XVI, 24.

1106 Robinson, *Biblical Researches in Palestine*, 1841, t. III, págs. 138-139, 146.

1107 Oppert, *Histoire*, 105-106; Schrader, *Die Keilinschriften und das Alte Testament*, 1883, págs. 189191. La idea de Omri y la de Israel eran de tal modo inseparables en la mente de los asirios, que una inscripción de Salmanasar III habla de Jehú, que destruyó la familia de Omri, como *Jaua abol Khumrii*, Jehú, hijo de Omri.

1108 *I Reyes*, XX, 34.

1109 *II Reyes*, III, 4. *La inscripción de Mesha* (1, 5, 7) dice expresamente que Omri había dominado en Moab.

entre él y Judá. Volvióse del lado de Fenicia y obtuvo para su hijo Acab la mano de Izebel, hija de Ithobaal, rey de Tiro.

Hirom I, el amigo de David y de Salomón, había elevado a su apogeo la grandeza de Tiro. Restablecida la autoridad de la metrópoli sobre Kitión y sobre Chipre, regularizado y desarrollado el comercio con España, abiertos los caminos que conducen al Extremo Oriente gracias a la alianza hebraica, la ciudad llegó a ser demasiado pequeña para la población que afluía a su seno. Cubría entonces varias islas, separadas unas de otras por brazos de mar poco profundos y sembradas de esas rocas cortadas a flor de agua que erizan en algunos puntos las proximidades de las costas de Siria. En la mayor y en el punto más alto, los primeros colonos habían edificado el templo de Melkarth cerca de ocho siglos antes. Un islote vecino poseía el templo del dios que los griegos identificaron más tarde con su Zeus Olimpios. Hirom se ingenió para duplicar la extensión del suelo sobre el que descansaba su capital. Cegó los canales que dividían los diversos barrios y ganó al mar, hacia el Sur, un terreno bastante considerable llevando tierras y haciendo diques fortificados. Aun en esta disposición, el espacio ocupado por las casas no era amplio y casi no podía alojar más de treinta o treinta y cinco mil almas. Como Arad, buscó ensanche en el continente, y «sus mercaderes, que son príncipes, sus traficantes que son los más venerables del mundo»[1110], escalonaron sus quintas en las últimas pendientes del Líbano, pero la isla siguió siendo residencia del gobierno gracias a su situación admirable y al foso que la aislaba del mundo[1111].

Muerto Hirom, vióse agitada por insurrecciones sangrientas. Costó trabajo a la monarquía arraigar, entre aquella turba de fabricantes y marinos. Cuando Baleastart, sucesor de Hirom, fue a reunirse con su padre al cabo de siete años de reinado, el mayor de sus hijos, Abdastart, cayó en un motín popular. Sabido es el favor de que en Oriente gozan las nodrizas de los reyes. Los cuatro hijos de la de Abdastart asesinaron a su hermano de leche y dieron la corona al mayor de ellos. Sostenidos por aquella masa de esclavos, de soldados mercenarios y de obreros que las ciudades fenicias encerraban, se mantuvieron doce años en el poder. Su dominación tuvo resultados desastrosos. Parte de la aristocracia emigró lejos, las colonias se separaron de la madre patria. Hubiera acabado el Imperio tirio de no variar las cosas. Una revolución arrojó al usurpador y restauró la antigua estirpe real, sin devolver a la desgraciada ciudad la tranquilidad que necesitaba. Los tres hijos supervivientes de Baleastart, Astart, Astarim y Feli, se siguieron rápidamente en el trono. El último fue asesinado, después de nueve meses de reinado, por uno de sus parientes, Ithobaal, que conservó el poder treinta y dos años[1112].

El principio de aquellas turbulencias había coincidido con el cisma de las tribus, y los hebreos no habían obtenido ninguna ventaja de ellas. No obstante, siempre era de temer que uno de sus reyes, más emprendedor o menos absorbido que sus predecesores, se dejara tentar por las riquezas de la Fenicia y quisiera apoderarse de ellas. Ithobaal se apresuró a apartar el peligro contrayendo una alianza de familia con la nueva casa real de Israel. Izebel adquirió pleno dominio sobre el espíritu de Acab. Educada en la piedad por su padre, que había sido gran sacerdote de Astarté antes de llegar a rey, solicitó de su marido licencia para practicar libremente el culto de las divinidades fenicias y cananeas. Baal y Asherah tuvieron sus templos y sus bosques sagrados en Samaria y sus sacerdotes y profetas se sentaron en la mesa real. Acab seguía por su parte siendo fiel al dios nacional, e imponía a sus hijos nombres compuestos con el de Jehová, Akhaziah, Jehoram, Athaliah[1113]. No era, ni mucho menos, el primer ejemplo de indulgencia semejante en Israel, pues Salomón había tolerado a sus esposas extranjeras lo que el hijo de Omri concedía a Izebel. La oposición no vino del clero oficial. Los santuarios reales y las comunidades de Dan, de Bethel, de Jericó, de Gilgal seguían prosperando y esto les bastaba. Pero ya no estaban los tiempos para erigir

---

1110 *Isaías*, XVIII, 8.

1111 Movers, *Die Phönizier*, t. II, primer fasc. págs. 188 y siguientes; E. Renan, *Mission de Phénicie*, páginas 341-375.

1112 Movers, t. II, primer fasc., págs. 340-346.

1113 Akhaziahú, *quem Jahveh sustinet*; Jehoram, *Jahveh altus est*; Athalia, *quem Jahveh affixit*.

un altar a Baal cerca del de Jehová sin excitar horror ni cólera. Aun no había trascurrido un siglo desde la muerte de Salomón, y ya una parte del pueblo estaba imbuida del pensamiento de que no había, de que no podía haber otro dios que Jehová. Nada de lo que los pueblos extranjeros adoraban con el título de dios igualaba en dignidad al dueño de Israel. De ahí a rechazar las prácticas habituales de los cultos de fuera, el uso de los ídolos de madera o de metal, de las columnas, de los dólmenes, de ciertas operaciones de la ofrenda y del sacrificio, no había más que un paso.

Ya en Judá el devoto Asa, hijo y sucesor de Abijam, había derribado la imagen de Asherah, que su madre Maakha había fabricado por su propia cuenta[1114]. Algunos profetas de Israel se declararon contra Baal, contra la reina que le adoraba, contra el rey que soportaba su culto, y los persiguieron con odio incansable[1115]. Uno de ellos sobre todo, Elías de Thisbé, manifestó su oposición violenta. Sus aventuras y hazañas, exageradas y trasformadas por la imaginación popular, están hoy mezcladas con tantos prodigios que es imposible distinguir la parte de verdad que encierran los relatos que de ellas poseemos. Elías, inspirado por el soplo de Dios, anuncia en presencia de Acab que no habrá en los años que están por venir rocío ni lluvia, sino cuando él lo diga, y huye al desierto para librarse del furor que esta predicción ocasiona contra él. Es alimentado al principio por cuervos, que mañana y tarde le traen carne y pan, luego, cuando se secó la fuente en que bebía, por un barril de trigo y un cántaro de aceite inagotables, cuyo contenido repartió con una viuda de Sarepta en el país de Sidón. El hijo de aquella mujer muere repentinamente y lo resucita en nombre de Jehová, luego, siempre guiado por el espíritu de lo alto, abandona su retiro para presentarse de nuevo delante de Acab. Éste le acoge sin manifestarle rencor alguno, pero reúne a los profetas paganos y los coloca frente a él, en el Carmelo. Los fenicios invocan a grandes voces a sus Baalim, se desgarran el cuerpo a cuchilladas. Elías, después de haberlos dejado cansarse de gesticular y orar, implora a su vez a Jehová. El fuego del cielo desciende a su voz y consume el holocausto en un momento. El pueblo se precipita sobre los idólatras, los degüella, y la lluvia empieza a caer. Se dice que después de esta prueba, Elías se retiró otra vez al desierto y que compareció en Horeb ante el Eterno. «He aquí que Jehová pasaba, y un viento impetuoso, que hendía las montañas y partía las rocas, iba delante de Jehová, pero Jehová no estaba en el viento. Después del viento venía un temblor, pero Jehová no estaba en el temblor. Después del temblor venía un fuego, pero Jehová no estaba en este fuego, y tras del fuego, un viento suave y sutil. Y he aquí, que en cuanto Elías le hubo oído, envolvió su rostro en el manto, y salió y se estuvo a la entrada de su caverna, y una voz le fue dirigida y le dijo: ¿Qué haces ahí, Elías?» Jehová, pues, le ordenó ungir a Khazael rey de Siria, y a Jehú, hijo de Nimshi, rey de Israel, y a Elíseo, hijo de Shapat, profeta en su lugar, «y al que escapase de la espada de Khazael, Jehú le hará morir, y al que escape de la espada de Jehú, Elíseo le hará morir.»[1116] El profeta a quien Jehová honraba directamente con su palabra estaba por cima de las leyes comunes de la humanidad: Elías subió vivo al cielo, en un carro de fuego[1117]. Así lo quiere la tradición, y lo exagerado de la misma nos muestra la gran impresión que el profeta había producido en el espíritu de su pueblo.

Aquella primera tentativa de reforma no estaba destinada a lograr éxito. Fue, no obstante, bastante seria para añadir una querella religiosa a las desventuras de la guerra exterior. Muerto Benhadad I, Acab había roto inmediatamente su vasallaje. Benhadad II convocó a sus vasallos y avanzó directamente contra Samaria. El rey imploró la paz bajo las condiciones que quisiera indicar el vencedor. La respuesta a sus proposiciones fue tan insultante que los hebreos se resolvieron a correr cualquier riesgo antes que aceptarla. La fortuna les volvió con el valor. Benhadad fue sorprendido en pleno mediodía por una salida brusca, el pánico trastornó su campo, y su ejército huyó en desorden hasta el territorio de Damasco. Al año siguiente, en vez de penetrar en el territorio

---

1114 *I Reyes*, XV, 13.

1115 Wellhausen, *Prolegomena*, págs. 305 y siguientes.

1116 *I Reyes*, XIX, 8-17.

1117 *II Reyes*, II, 1-12.

accidentado de Efraim, donde perdía la ventaja del número, acampó en la llanura de Jezreel, cerca de la pequeña ciudad de Afek. Fue derrotado como lo había sido bajo los muros de Samaria, y Benhadad capturado en la huida. A pesar de aquellas repetidas derrotas, el poder de Damasco era todavía tan terrible y la prisión del rey estaba tan lejos de acabar nada, que Acab no se atrevió a arrostrar todas las consecuencias de su triunfo. Acogió a su cautivo «como hermano», a pesar de la celosa oposición de algunos profetas, y le devolvió la libertad después de haber concertado con éi un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Israel volvió a posesionarse de los cantones que le habían sido arrebatados en los reinados anteriores, y los judíos tuvieron derecho a ocupar un barrio particular en Damasco. Era la revancha de la paz impuesta a Omri por Benhadad I[1118].

Apenas acababa la lucha, cuando los asirios aparecieron en el Orontes. Benhadad había seguido sus avances con mirada inquieta y se había propuesto recibirlos con valor. Había renovado sus alianzas con Hamath, con Arad y la Fenicia, había reclamado los contingentes de Israel y de los árabes, reclutado auxiliares hasta en Egipto y el país de Ammón. Cuando, a principios de otoño del 854, Salmanasar pasó el Éufrates, avanzó valientemente contra él y le presentó batalla en Karkar[1119]. Tenía a sus órdenes dos mil carros y diez mil hebreos de Acab, setecientos carros, setecientos jinetes, diez mil infantes de Hamath, mil mercenarios de Egipto, mil ammonitas, que, unidos a los contingentes de sus vasallos, formaban un ejército de sesenta y dos mil novecientos infantes, mil novecientos jinetes y cuatro mil ochocientos diez carros. Un jefe árabe, llamado Djendib, le había traído un cuerpo de mil camellos. Perdió catorce mil de los suyos y se vio obligado a evacuar el valle del Orontes[1120]. No obstante, había opuesto una resistencia tan encarnizada y su retirada se había realizado en tan buen orden, que Salmanasar no se atrevió a seguir adelante. No volvió tampoco al año siguiente, teniendo, como tenía, dificultades al Sudoeste de su Imperio. Mardukshumizkur, rey de Babilonia, traicionado y vencido por su hermano ilegítimo Mardukbelusaté, le había llamado en su ayuda. Saqueó en una primera campaña (852) los distritos situados al Norte de Turnat. En una segunda derrotó al pretendiente, lo mató, se apoderó de Babilonia, de Barsip, de Kuti y bajó a la Caldea marítima[1121].

No había durado la paz entre Acab y Benhadad. Al tratar de la restitución de las ciudades judías, se había olvidado mencionar Ramoth-Galaad. Era, sin embargo, una plaza importante. Dominaba la orilla izquierda del Jordán, y amenazaba a la vez a Israel y a Judá. Acab quiso aprovechar el resultado desastroso de la campaña contra los asirios para reparar su olvido y se proporcionó aliados que le apoyaron en su empresa. Acababa de realizarse un gran cambio de ideas y de política en Jerusalén. Jehoshafat (Josafat) era ferviente adorador de Jehová, pero su piedad no le cegaba con respecto a las necesidades políticas del tiempo. La experiencia de los reinados anteriores había probado cuán funesta era la rivalidad de los dos adversarios. Resultado de sus discordias, Moab, Ammón, Edom, los feudos filisteos habían sacudido el yugo. Damasco había llegado a ser capital de un reino temible, y amenazaba restaurar el Imperio de David en provecho de Benhadad. El temor de ser atacado a su vez, si las tribus de Israel sucumbían, prevaleció sobre las recriminaciones de los profetas de Jehová, a quienes el odio a Baal cerraba los ojos acerca de los peligros de la patria. Josafat se convenció de la necesidad de borrar el pasado y de reunir todas las fuerzas de la nación contra los sirios. Casó a su hijo Joram con Athaliah, hija del rey de Israel[1122], y cuando Acab le rogó que lo acompañase bajo los muros de Ramoth-Galaad, accedió gustoso[1123]. Por primera vez desde hacía cerca de un siglo, las milicias de Judá entraron sin intenciones hostiles en el territorio de Efraim y las dos mitades de la nación se confundieron bajo las mismas banderas.

1118 *I Reyes*, XX,

1119 Karkar estaba en las cercanías de Hamath (Schrader, *Die Keilinschriften und das Alte Testament*, 1883, pág. 180).

1120 Otro texto dice veinte mil quinientos.

1121 Maspero, *Les Empires*, págs. 69-75.

1122 Véase *II Reyes*, VIII, 18, a la par que *II Reyes*, VIII, 26.

1123 *I Reyes*, XXII, 1-19; *II Crónicas*, XVII, 1-27.

Josafat se había mostrado belicoso y activo desde el principio de su reinado. Había guiado contra sus vecinos del Sur varias expediciones venturosas que afirmaron su autoridad sobre Edom[1124]. Su valor se estrelló contra la fortuna de Benhadad. Estuvo a punto de ser preso en el combate que se trabó delante de Ramoth, y su ejército quedó medio destruído. Acab, herido mortalmente de un flechazo al principio de la jornada, continuó valientemente en su puesto y murió desfallecido al ponerse el sol. Sus soldados, acometidos de pánico, se desbandaron (853). Acaziah llevó el cuerpo de su padre a Samaria, Josafat huyó a Jerusalén[1125]. Volvió Israel a ser vasallo, probablemente en las mismas condiciones que antes de la victoria de Afek, y sus reyes, Acaziah (853-851), luego Joram, hubieron de dar sus contingentes habituales a Benhadad contra la Asiria. Salmanasar, después de haber arreglado los asuntos e Babilonia, volvió a la carga después de 850, y dos veces seguidas, en 849 y 848, afrontó el choque de la coalición siria. En 848 perecieron diez mil de los de Damasco, parte de los carros y del material de guerra quedó en el campo de batalla. Pero los asirios, siempre victoriosos, si hay que creerlos, quedaban siempre debilitados por su victoria y no podían seguir adelante. Emplearon los dos años siguientes en someter algunas tribus de la Armenia y las fronteras médicas, y no reaparecieron en Siria hasta el año 846 próximamente, sin más éxito que de ordinario[1126]. Benhadad no permitió que entrasen en su reino, y Salmanasar, desalentado por su obstinación, se resignó a concederle algún reposo. Apenas desembarazado de este adversario, se arrojó sobre los hebreos.

Habían ya reparado éstos su desastre (853-851). Después de la batalla de Ramoth-Galaad, Mésha, rey de Moab, había negado el tributo que su pueblo pagaba desde hacía cuarenta años a los reyes de Israel[1127]. Sus comienzos fueron venturosos. De una vez saqueo Medeba, Nebo, Atarot, que las gentes de Gad habían poseído en todo tiempo, Horonaim, degolló la población hebraica o la llevó cautiva, sustituyóla en todas partes con colonos moabitas, luego fortificó la mayor parte de las ciudades, empezando por Dhibón, su capital[1128]. Los acontecimientos probaron que aquellas medidas de prudencia estaban bien entendidas. Joram, que había sucedido a Acaziah en 813, no se sintió bastante fuerte para reducirle por sí solo, y llamó en su auxilio a Josafat. Como los dos confederados no osaban dirigir el ataque al Norte, por temor a las guarniciones sirias que había en Galaad, lo dirigieron al Sur del Mar Muerto y fueron a sitiar al moabita en su residencia real. A pesar de algunos éxitos parciales, la empresa fracasó. Mésha, estrechado de cerca y desesperando de los hombres, recurrió al medio supremo que la religión le ofrecía en casos semejantes: sacrificó su hijo a Kamosh y le quemó en la muralla, a la vista del campo enemigo. A la vista del humo del holocausto, los israelitas, convencidos de que Jehová ya no tendría fuerza en lo sucesivo, se sintieron acometidos de terror y se desbandaron. A decir verdad, una invasión de Benhadad hubo de influir algo en el triunfo de los moabitas. Cayó sobre Efraim y llegó hasta Samaria, que se defendió bien, tanto que Benhadad, no confiando en tomarla, levantó el sitio cuando ya el hambre la había casi rendido. No debía entrar más en Israel. Enfermo y casi moribundo, fue asesinado por Khazael, uno de sus oficiales, que se proclamó rey en su lugar[1129]. Había reinado cerca de treinta años, no sin gloria. Había entablado relaciones estrechas con Hamath y con Fenicia, dominado a treinta y dos reyes vasallos y resistido valientemente a los asirios. Había tratado de conquistar la Palestina entera y, si no lo había logrado, por lo menos había sometido casi todo el país de Galaad entre el Horán y la frontera de Mohab. Damasco había llegado a ser entre sus manos la capital efectiva y la avanzada de la Siria.

1124 *II Crónicas*, XVII.

1125 *I Reyes*, XVII, 20-29; *Crónicas*, XVIII, 28-34.

1126 Maspero, *Les Empires*, págs. 75-78.

1127 Estos hechos nos son conocidos por la inmensa estela de Dhibán, descubierta en 1869 por Clermont-Ganneau, y cuyos trozos se conservan en el Museo del Louvre.

1128 *II Reyes*, III, 4-27.

1129 *II Reyes*, VI, 8; VIII, 15.

Khazael no se mostró indigno del alto rango a que le había elevado su crimen. Se hizo reconocer en las dos vertientes del Anti-Líbano y en la mayor parte de la Siria septentrional. Cuando Joram y Acaziah renovaron contra Ramoth de Galaad la tentativa que tan funesta había sido a sus predecesores, fracasaron como Acab y Josafat[1130] y su derrota dio lugar a una revolución en que fue derribada la dinastía de Omri. Pero entonces Salmanasar, después de haber combatido a las tribus del alto Éufrates (845), dirigido una expedición a la meseta de Media (844) y guerreado con los pueblos del Amanos (843), reanudó las hostilidades contra el Aram. Khazael le esperó en una posición elegida con cuidado y fue vencido. Era la batalla más sangrienta que hasta entonces habían librado los asirios, pero fue decisiva. Los de Damasco perdieron dieciséis mil infantes, cuatrocientos setenta ginetes, mil ciento veintiún carros. Damasco, sitiada, se libró del furor de los vencedores, pero las avanzadas ninivitas penetraron hasta las montañas del Horán, saqueándolo y quemándolo todo. Los reyes de Sidón y de Tiro, temiendo una suerte parecida para sus Estados, se apresuraron a pagar rescate voluntario. Israel envió tributo en barras de oro y plata, platos, copas y utensilios de oro, cetros y armas. Fue el comienzo de las relaciones directas entre Israel y la Asiria (842)[1131].

El príncipe que las inauguró, Jehú, acababa de ser elevado al trono por una revolución de las más trágicas que han registrado los historiadores hebreos. Los profetas no habían perdonado jamás a la casa de Omri la introducción de las religiones fenicias. Ya Elías había pensado destronar a Acab y sustituirle por Jehú[1132]. Eliseo, el discípulo favorito y sucesor de Elías, ejecutó el proyecto de su maestro. Joram había sido herido delante de Ramoth y se había retirado para curarse al palacio de Jezreel, lejos de su capital y de su ejército. Un emisario de Eliseo se introdujo en el campo, en Ramoth, y «he aquí que los capitanes estaban sentados, y dijo: «Capitán, tengo que hablarte». Y Jehú respondió: «¿A cuál de nosotros te diriges?» Y dijo: «A ti, capitán». Entonces Jehú se levantó y entró en la casa. «El joven le vertió aceite sobre la cabeza», le ordenó destruir la raza de Acab y huyó. «Entonces Jehú salió en dirección a los servidores de su dueño, y le dijeron: «Todo va bien, ¿qué ha venido a decirte ese loco?» Él les respondió: «Conocéis al hombre y sabéis lo que puede decir». Pero añadieron: «No es eso, dinos en seguida de qué se trata». Respondió, pues: «Después de haberme contado tal y tal cosa, me ha dicho: «Así ha hablado Jehová: Te he escogido para que seas rey de Israel». Entonces ellos apresuradamente cogieron sus mantos y con ellos formaron uu diván alto y tocaron la trompeta y proclamaron: «Jehú ha sido hecho rey». Acaziah de Judá había ido a visitar a su tío y a su abuela Izebel. Cuando el vigía anunció que se veía avanzar una tropa, los dos reyes, en lugar de huir, montaron en sus carros para ir a su encuentro, lo cual era entregarse sin defensa en manos del enemigo. Jehú atravesó a Joram con una flecha, y abandonó Acaziah a las gentes de su séquito, porque ya se escapaba. Al saber la muerte y que el asesino se acercaba, la vieja Izebel quiso morir al menos como reina. «Se pintó el rostro, se adornó la cabeza y miró por la ventana. Y cuando Jehú entraba por la puerta, dijo: ¿Se ha apoderado de Zimri el que mató a su señor? Y él levantó la cabeza en dirección a la ventana y dijo: «¿Quién hay aquí de mis gentes, quién?» Entonces dos o tres eunucos le miraron, y él les dijo: «Tiradla abajo». Y la tiraron, de suerte que su sangre salpicó la pared y a los caballos, y pasó por encima de ella. Quedaban los príncipes de la casa de Acab, en número de setenta según la tradición. Ordenó que sus cabezas le fueran enviadas de Samaria y las hizo poner en dos montones a la puerta del palacio de Jezreel. Los príncipes de la casa de Judá, que venían a reunirse con Acaziah, fueron asesinados de igual modo al borde del camino. Los adoradores y los sacerdotes de Baal, reunidos a traición en el templo, fueron degollados hasta el último, y Jehová quedó único dueño de Israel. Las consecuencias de aquella revolución se hicieron sentir en Jerusalén de una manera bastante imprevista. Athaliah, hija de Izebel y madre de Acaziah, viendo la raza de Josafat casi aniquilada, exterminó lo que de ella

1130 *II Reyes*, VIII, 28-29.

1131 Maspero, *Les Empires*, págs. 79-87.

1132 *I Reyes*, XIX, 16.

sobrevivía. Un niño solamente, Joas, se libró por la protección del gran sacerdote. Acabada la matanza, se apoderó del poder, se rodeó de una guardia fenicia, y practicó oficialmente la religión de su Baal. El crimen de Jehú, por lo tanto, había producido un resultado singular: realzar la religión nacional en Israel para rebajarla en Judá. Jehová dominó sólo en Samaria, pero Baal se instaló en Jerusalén al lado de Jehová[1133].

La reforma de Jehú no hacía adelantar mucho a los hebreos, Khazael estaba siempre amenazador. Dos años después de su primera derrota, el 840, había hecho frente otra vez a los asirios, pero sin éxito. Perdió algunas fortalezas y pagó tributo, lo mismo que los reyes de Tiro, de Sidón y de Gebel. Fue su última tentativa de resistencia contra Salmanasar. Antes que exponerse a inevitables desgracias, prefirió comprar con presentes el derecho a proseguir en paz sus empresas contra los israelitas. Llegó en este punto más allá de lo que esperaba. Jehú era mejor asesino que general, y fue derrotado «en todas sus fronteras, desde el Jordán hasta el sol levante, en todo el país de Galaad, de las gentes de Gad, de Rubén y de Manasés, desde Aroer, que está sobre el torrente de Arnón, hasta Galaad y Bashán»[1134]. Damasco, humillada al Norte por los asirios, era todavía bastante poderosa para humillar al Sur a los judíos. Pero sus fuerzas no correspondían ya a la ambición de sus dueños. Agotada por demasiadas guerras sucesivas, tendía a derrumbarse al primer encuentro serio. Si, en medio de la decadencia general, era aún el baluarte de la Siria, sólo era un baluarte que vacilaba y estaba medio en ruinas.

Vencida, se había realizado la obra principal de Salmanasar. Su padre había conquistado la Siria del Norte; él dio un paso más en dirección a Egipto derribando los reinos de la Siria central. El resto de su reinado trascurrió casi entero en expediciones contra el Norte y el Este. Dos años de guerra le dieron las dos vertientes del Amanos, la Cilicia llana y la misma Tarzi (Tarso) (831). El país del Urartú y de Van en Armenia resistió tres años y cedió a su vez. No obstante, había llegado la vejez y con ella los achaques. El anciano monarca, cansado al fin de tantas fatigas, abandonó los campamentos y cedió el mando a sus generales. Su hijo mayor Assurdainabal juzgó que vivía demasiado, y levantó contra él más de la mitad de su Imperio. Assur, Amid, Arbelas y otras veinticuatro ciudades tomaron parte en la rebelión, Kalakh y Nínive permanecieron fieles. Salmanasar abdicó en su hijo segundo, Shamshiadad. En menos de cuatro años fue sofocada la rebelión y Assurdainabal muerto. Salmanasar tuvo por lo menos el consuelo de morir en paz, después de treinta y cinco años de reinado (825)[1135].

Decadencia del Imperio asirio; el Urartú; los profetas de Israel; Jeroboam II; Tiglatfalasar III; caída de Damasco.

Después de él se mantuvo algún tiempo todavía la supremacía militar de la Asiria. Samshiadad IV (824-812) venció en repetidos asaltos a las tribus del Nairí y conquistó la Media hasta el país de Parsúa[1136], en las orillas del lago de Urumiyeh. Mardukbalatsuikbí, el más poderoso de los príncipes que a la sazón reinaban en Babilonia, cedió en la acometida, a pesar de la ayuda del Elam y de los arameos. Perdió siete mil hombres, doscientos carros con su estandarte real y sus bagajes, en la batalla de Dabán (819). Esta victoria no fue decisiva, como tampoco otras dos campañas dirigidas en 812 y 811 contra Babilonia. Preparó al menos el camino a Adadnirari III

1133 *II Reyes*, IX-XI, 2.

1134 *II Reyes*, X, 32-33.

1135 Maspero, *Les Empires*, págs. 87-95.

1136 Cantón montañoso en las proximidades de la Media, según Schrader, *Keilinschriften und Geschichtsforschung*, pág. 173; Sayce le coloca en la orilla occidental del lago de Urumiyeh, según el testimonio de las inscripciones de Van (*The Decypherment of the Vannic Inscriptions*, en los *Verhandlungen des V^ten internationalen Orientalisten Congresses zu Berlin*, 2ter Theil, 1ste Hälfte, pág. 310).

(812-784), que sujetó a los príncipes caldeos. Mostróse tan inquieto como lo habían sido su padre y su abuelo, marcando cada uno de los años de su reinado una expedición triunfal. Penetró siete veces en la Media, invadió dos el país de Manna[1137] y tres la Siria. Mariah, rey de Damasco y uno de los sucesores de Benhadad III, se había sublevado. Le sitió y rindió en su residencia real. La rapidez del castigo impidió a los vecinos que siguieran su ejemplo. Fenicia, Israel, Edom, los filisteos no osaron apenas moverse durante todo su reinado[1138]. El Imperio asirio se extendía entonces por la mayor parte del Asia anterior. Por sus vasallos tocaba de un lado al golfo Pérsico y al Elam, de otro al mar Rojo y al Egipto. Al Oriente dominaba los cantones montañosos en que nacen los afluentes del Tigris. En Armenia había hecho pocos progresos desde los tiempos de Tiglatfalasar I. Ocupaba el país al Sur y al Oeste del lago de Van hasta las fuentes del Tigris, pero más allá, las dificultades del terreno y el valor de los habitantes no le habían permitido implantarse de modo duradero. La Mesopotamia, la Caldea, la Siria del Norte confesaban su superioridad. Salmanasar y sus sucesores habían llegado más allá del Tauro y del Amanos, y las llanuras de la Cilicia, los Tubal, los habitantes de la Capadocia los obedecían. La costa siria, desde la desembocadura del Orontes a Gaza, y todos los reinos del interior entre el mar y el desierto, dependían de ellos[1139]. Podía ya aplicárseles las palabras del profeta hebreo: eran «como el cedro del Líbano, que se alza por encima de todos los árboles de los campos. Todas las aves del cielo han hecho el nido en sus ramas, y todos los animales de los campos han tenido sus crías bajo sus ramas, y las grandes naciones han habitado a su sombra.»[1140]

Llegado a aquel punto de gloria y de poder, el Imperio se derrumbó de pronto. Un rival se alzó ante él que por espacio de medio siglo equilibró su fortuna y amenazó suplantarle en la hegemonía del Asia occidental, el Urartú. El país accidentadísimo en que nacen el Tigris y el Éufrates estaba entonces habitado por una sola raza, los Kaldi, diferente de los armenios modernos, pero emparentada verosímilmente con los georgianos y algunas otras naciones del Cáucaso. Estaba dividida en gran número de principados minúsculos a los que no es siempre fácil asignar situación exacta en el mapa. El más importante era el de Biainas, cuya capital, Dhuspas, es nuestra ciudad moderna de Van[1141]. Los reyes, que estaban en contacto con la Asiria desde Assurnazirabal, se civilizaron aprendiendo de sus adversarios y de ellos tomaron la escritura. Lutipris, luego Sharduris II, atrajeron a su corte escribas ninivitas que redactaron los documentos oficiales en su lengua y que prodigaron los epítetos más rimbombantes del protocolo asirio a sus dueños bárbaros. El asirio fue, en aquellos primeros tiempos, el idioma sabio de los Kaldi, pero desde el reinado de Ishpuinis I, hijo de Sharduris, se aplicó el sistema a los idiomas indígenas con algunas modificaciones. Ya se han descubierto buen número de inscripciones en el idioma de Van y cada día nos da más el suelo de Armenia. Nos introducen en un mundo extraño, en el que todavía no podemos orientarnos con facilidad. El Urartú adoraba tres divinidades principales, Khaldis, el dios supremo, el epónimo de la raza, Teishbas, el dueño del aire y de los cielos, Ardinis, el sol. Un ejército de dioses secundarios se agrupaba alrededor de esta trinidad, Auis, el agua, Ayas, la tierra, Selardis, la luna, Irmusinis, Adarutas, Kharubainis. Una sola inscripción enumera cuarenta y seis, varias de las cuales se habían tomado de las naciones vecinas. Parece que al principio aquel panteón no comprendía ninguna diosa. La única que se encuentra, Sharis, parece no ser sino la repetición de Ishtar. Los textos históricos no hacen gran caso de estos personajes subalternos y los comprenden todos bajo un

1137 Manna es situado par Sayce, siempre según las inscripciones vánnicas, entre el territorio de Van y el de Parsúa.

1138 Una de las mujeres de Adadnirari se llamaba Sammuramat. Como de este nombre se deriva Semiramis, se ha propuesto reconocer en ella la Semiramis de Heródoto, que vivía siglo y medio antes de Nabopolasar y que había embellecido a Babilonia. Estas dos hipótesis no han sido admitidas por lo general.

1139 Acerca de los límites de la Asiria en tiempo de Adadnirari véanse las justísimas observaciones de Delattre, *Esquisse de Géographie assyrienne* (extrait de la *Revue des Questions historiques*, 1883, págs. 22-29) y *Le Peuple et l'Empire des Medes*, págs. 74-84.

1140 *Ezequiel*, XXXI, 3-6.

1141 Dhuspas es la Thospia de Ptolomeo (V, 13, 19; VIII, 19, 12), que había valido al lago el nombre de Thospites.

nombre colectivo, los hijos de Khaldis. Los reyes de Van, sin cesar en armas, domeñaron gradualmente a los principados vecinos, el de los Mannai, el Musassir, el monte Mildish y algunos más cuyo nombre no despierta ninguna idea precisa en nuestro espíritu, Sisirikhadris, Udukhais, Irdaniú en el país de Iskigulú, Baltú, Khaldiri. El más antiguo de ellos, después de Sharduris I, Aramé, dominaba ya en Milid, en la orilla occidental del Éufrates. Sus sucesores, Sharduris II e Ishpuinis, ganaron terreno hacia el Sur, a pesar de las derrotas que les hicieron sufrir Salmanasar II (829) y Shamshiadad IV (819). Menúas, hijo de Ishpuinis, dirigió sus armas en todos sentidos, desde el Araxes al Tauro, luego al lago de Urumiyah, y su hijo Argishtish I entró en la Asiria, pasando a su poder el Parsúa y el Khubushkhia. Los soberanos ninivitas gastaron en vano sus fuerzas queriendo rechazarlos a las montañas. Las epidemias que diezmaron el Asia por aquella época y el agotamiento de la población fueron obstáculo a sus esfuerzos. Acabaron por considerar perdida su causa y por dejarse llevar de su suerte sin resistencia.

Salmanasar III (782-772), hijo de Adadnirari III, inició la decadencia. Después de una sola incursión contra Damasco (772), se vio obligado a evacuar la Siria. En tiempo de Assurdán II (772754), mientras que el Urartú no cesaba de crecer, estalló la rebelión a las mismas puertas de Nínive, en el país de Arrapkha y en la ciudad de Gozán. Fue reprimida, pero acabó con las energías del pueblo y del soberano. Mientras que Assurnazirabal, Salmanasar, Shamshiadad, Adadnirari habían realizado anualmente una expedición triunfal, Assurdán II permaneció nueve años tranquilo de los dieciocho que reinó. En tiempo de Assurnirari II (754-745), fue peor todavía, porque en ocho años no hubo más que dos campañas, dirigidas ambas contra el país de Namri, a unas cuantas jornadas apenas de la capital. Las tradiciones clásicas señalaban por esta época una primera destrucción de Nínive. Desconocían los nombres de los grandes príncipes del siglo anterior y los sustituían con una serie de reyes holgazanes, nacidos de Nino y Semíramis. Sardanápalo, el último de ellos, vivía en el harén rodeado de mujeres, vestido de mujer y dedicado a las labores de este sexo. Dos de los príncipes tributarios, Arbakes el medo y Belésys de Babilonia, le vieron así ocupado, y se sublevaron así como sus pueblos. La inminencia del peligro despertó en él las cualidades guerreras de su raza. Púsose al frente del ejército, batió a los rebeldes, y acababa con ellos, cuando se pasaron al enemigo tropas que a auxiliarle llegaban de Bactriana. Se encerró en Nínive y resistió dos años todos los asaltos. Al tercero, el Tigris, henchido por las lluvias, se desbordó y derribó las murallas en una longitud de veinte estadios. Sardanapalo recordó entonces que un oráculo le había asegurado el triunfo hasta el día en que el río se volviera contra él, no quiso caer vivo en manos de sus súbditos, y se quemó en su palacio con sus tesoros y sus mujeres[1142]. Es una novela y nada más, pero los monumentos nos prueban que durante treinta años, entre Adadnirari IV y Tiglatfalasar III, la Asiria decayó del alto lugar en que el valor de sus príncipes la había colocado por espacio de un siglo[1143].

Su debilidad había entregado a sí mismos a los pueblos de Siria. No usaron de su libre albedrío más que para destrozarse mutuamente y para abismarse cada vez más en sus discordias. Athaliah había intentado concluir con la casa de Josafat e introducir oficialmente en Judá el culto de Baal. No consiguió ni uno ni otro de sus intentos. El gran sacerdote Jehoiada había librado de la matanza a un hijo de Acaziah llamado Joas y le había criado secretamente en el templo. Sus manejos le hicieron ganar a la larga a los comandantes de la guardia y a otros jefes militares. Cuando estuvo seguro de su apoyo, les reveló la existencia del niño y le proclamó rey en su presencia. Athaliah, que había acudido al rumor de este suceso, fue muerta; Mattan, el gran sacerdote de Baal, participó de la misma suerte[1144]. Jehoiada se impuso como tutor al nuevo

1142 Acerca de la leyenda de Sardanápalo, véase Ctésias, *Fragmentos*, ed. Didot, págs. 39-41; Diodoro, II, 23-28; Ateneo, XII, 7, etc.

1143 Maspero, *Les Empires*, págs. 102-113. Aquí coloca M. Oppert el hueco que ha creído ver en el canon asirio (*Inscriptions assyriennes des Sargonides*, págs. 3-18; la *Chronologie biblique fixée par les éclipses des inscriptions cunéiformes*, 1-17).

1144 *II Reyes*, XI; véase Wellhausen, *Prolegomena*, págs. 204-208.

soberano, que tenía siete años escasos, y con él vino el reinado de los sacerdotes. Confiriéronse a sí mismos la administración de los dominios de Jehová y se apropiaron sin escrúpulo lo mejor de las rentas sagradas. Tan grande fue el escándalo que Joas hubo de prohibir que dispusieran libremente de ellas. Israel estaba en peor situación que Judá. General mediano, político más mediano todavía, Jehú no pudo rechazar a Khazael. El sirio penetró hasta Gath, en la frontera filistea «y volvió la cara para subir hacia Jerusalén». Joas compró la paz. Robó al santuario lo que Josafat, Joram y Acaziah, sus padres, le habían consagrado y todo el oro que se halló en los tesoros del templo y del palacio, y lo envió a Khazael, para que se retirara de delante de Jerusalén[1145]. La miseria llegó al colmo en tiempo del hijo de Jehú: «Joacaz hizo lo que desagrada a Jehová, y la cólera de Jehová cayó contra Israel y le entregó en manos de Khazael, rey de Siria, y en manos de Benhadad, hijo de Khazael, durante todo aquel tiempo»[1146]. Joas, libre por la retirada de los asirios de ataques exteriores, y por la muerte de Jehoiada de un dueño cuya autoridad pesaba sobre él hacía mucho tiempo, trató de sustraerse al influjo sacerdotal, con lo que provocó los odios del clero y fue asesinado en su lecho. Su hijo Amaziah le enterró en la tumba de los reyes y le vengó con el suplicio de los asesinos, pero, con generosidad extraña en las gentes de su siglo, «no hizo perecer a los hijos de los que habían degollado a su padre»[1147]. Dos años antes, Joacaz se había extinguido en Jerusalén en la miseria, dejando las arcas vacías, un ejército impotente y un Estado reducido a la mitad[1148].

Tantas desgracias, una tras otra, habían agitado fuertemente los espíritus. Luego habían sobrevenido otros desastres, el hambre, la sequía, la peste[1149], por último, la aparición repentina de los asirios había elevado al colmo la angustia. Desde la fundación de su reino, los hebreos habían vivido en una especie de pequeño mundo, en que pequeños Estados, iguales a ellos, Moab, Ammón. Gaza, Tiro, hasta Damasco, peleaban en insignificantes batallas por aldeas oscuras y distritos medio desiertos. Una vez solamente, en tiempo de Sheshonq, habían sentido la mano de uno de los grandes Imperios orientales gravitar sobre ellos, pero por un instante solamente. La entrada en la liza de una nación nueva, más feroz y belicosa todavía que el Egipto, los hizo volver al sentimiento de su propia debilidad y los indujo a comparar su dios nacional con los dioses de sus vencedores. Ciertamente, no había lugar para la duda absoluta y para la negación de toda divinidad en aquella época de fe supersticiosa, pero muchos llegaron a preguntarse si Jehová era realmente tan poderoso como hasta entonces se había creído. Los dioses de Damasco y de Assur, que acababan de vencer a Gath, Calneh, Hamath[1150], los de Tiro y Sidón que otorgaban a los fenicios el comercio del mundo entero, hasta los de Moab y Ammón, ¿no valían más que un dios siempre humillado a pesar de sus promesas? Israel les rindió homenaje con más ardor que lo había hecho antes, se prosternó ante todos los jefes del cielo, se reunió alrededor de las estaciones de Keván, la estrella de El, se amontonó en las tiendas del rey de los dioses[1151]. Jehová no perdió nada en la compañía de aquellos dioses. Lejos de ello, el pueblo redobló la piedad que le manifestaba, y los soberanos siguieron el ejemplo del pueblo. Más quizá que en otro tiempo se fue en peregrinación a Bethel, a Gilgal, a Mizpah, a Pnuel, a Bersheba. Todas las mañanas se llevaban los sacrificios, cada tres días los diezmos, y afluían los dones voluntarios[1152]. Pero este culto de que no se privaba el dios nacional, se mezclaba cuanto era posible con prácticas usadas entre los extranjeros y que se suponía le eran agradables. Acaz de Judá erigió en el templo de Jerusalén un altar copiado de los que había

1145 *II Reyes*, XII, 17-18.

1146 *II Reyes*, XIII, 1-8.

1147 *II Reyes*, XIV, 5-6.

1148 *II Reyes*, XIII, 9-10; XIV, 1.

1149 *Amós*, IV, 4-11.

1150 *Amós*, VI, 1-2.

1151 *Amós*, V, 25-27.

1152 *Amós*, IV, 4-5; V, 4-6.

admirado en Damasco[1153]. Los ayunos y las penitencias públicas se multiplicaron[1154], con los holocaustos. Los dioses caldeos gustaban de la carne asada del primogénito. Acaz recurrió al mismo medio que tan bien había servido a Mesha contra Israel, y quemó a su hijo en honor a Jehová[1155]. La costumbre de quemar a los hijos llegó a ser tan general en Jerusalén, que se reservó, al pie de la colina, un sitio especial para que en pleno día se realizasen estos horrores[1156]. El influjo del sacerdocio oficial y de los colegios sacerdotales no podía menos de ganar con aquel aumento del fervor religioso. Se ha visto el papel preponderante que Jehoiada había desempeñado en la catástrofe de Athaliah. Sin embargo, el gran pontífice no era todavía más que el humilde servidor del rey, y mucho le costó haberlo olvidado, cuando su protegido Joas hubo llegado a la edad viril. En el reino del Norte, las revoluciones de palacio, las guerras exteriores, las usurpaciones, sobre todo la existencia de varios santuarios tan bien explotados unos como otros, no permitieron al clero real asentar firmemente su preponderancia. En el reino del Sur, que era más pequeño y estaba menos expuesto a los asaltos del exterior, adquirió pronto fuerza y firmeza extraordinarias. Como todas las corporaciones influyentes, tendió a hacerse una clase cerrada, donde sólo se admitió a los descendientes de las familias consagradas desde larga fecha al sacerdocio, una tribu que figuró en la leyenda al lado de las otras doce de Israel y que pretendió enlazarse directamente con Leví, hijo de Jacob. Israel protestó contra aquella centralización del culto y contra la unidad de santuario que la había producido. A fines del siglo noveno, promulgó el código conocido con el nombre de Libro de la Alianza[1157]. La moral y las reglas de conducta que contiene estaban en práctica en los dos reinos, y no son probablemente más que un sumario de las leyes vigentes en aquella época, pero los versículos del principio aluden directamente a la idea del templo de Jerusalén y la condenan. «Me harás un altar de barro, en el que sacrificarás tus holocaustos y tus oblaciones de prosperidad, tu ganado mayor y menor; en cualquier punto que sitúe la memoria de mi nombre, vendré a ti y te bendeciré. Que si me haces un altar de piedra no la talles, porque al tocarla con el hierro la mancillarías. No subas tampoco a mi altar por escalones, porque al subir no descubras tu desnudez.»[1158] Los patriarcas y los antepasados de la raza habían adorado a Dios al aire libre, en altares toscos y bajos, en presencia de piedras sin labrar. Había que imitarlos y no a los sacerdotes de Judá. Por otra parte, al aumentar el número de santuarios ¿no se aumentan los lazos que encadenan a Jehová a sus criaturas?

No obstante, ni la adopción de los ídolos extranjeros, ni el brillo del culto nacional, ni el desarrollo del sacerdocio judaico remediaban las públicas desventuras. Damasco y Assur no cesaban de vencer y prosperar, Israel y Judá de ser vencidos y perecer. Los profetas consideraron esta persistencia de la mala fortuna de muy otra manera que lo hacían los sacerdotes. Vieron en ella la prueba misma de la grandeza de Jehová y una razón nueva para no adorar más que a él. El vulgo confesaba al Dios de Israel, pero admitía también la realidad de los dioses extranjeros. Tal era la causa de la cólera de Jehová contra los suyos. Los dioses de las naciones no son dioses, son no-dioses; no son solamente impotentes y ridículos, no existen por otra parte más que en la imaginación humana. Jehová es el Dios único; él, y solo él, ha sacado el Universo de la nada y lo conserva. De querer, habría podido conceder su protección especial a una de las numerosas familias que ha colocado en este mundo: «¿No sois vosotros para mí, hijos de Israel, lo que son los hijos de los Kushitas? ¿No he sacado a Israel de Egipto como saqué a los filisteos de Kaftor y a los arameos

1153 *II Reyes*, XVI, 10-16.

1154 *I Reyes*, XXI, 9, 27-29.-

1155 *II Reyes*, XVI, 3.

1156 *Jeremías*, VII, 31 y siguientes.

1157 *Éxodo*, XX, 23; XXIII, 30, en que se incluye el Libro de la Alianza en forma de discurso dirigido por Dios a Moisés en el monte Sinaí.

1158 *Éxodo*, XX, 24-26.

de Kir?»[1159] No obstante, por un privilegio insigne, que estaba en libertad de no conferir, ha escogido a Israel para ser su pueblo y le ha prometido que seguirá en Canaán en tanto le sea fiel. Israel ha pecado, Israel se ha dirigido a los falsos dioses y ha faltado a las condiciones del pacto que había hecho con su Señor. Las desgracias que le abruman son el justo castigo de su falta de fe. Jehová, concebido de esta suerte, deja de ser el dios de una raza para serlo universal, y bajo la imagen de un dios universal es como nos lo presentan los primeros profetas cuyas obras leemos[1160].

El más antiguo de ellos, Amós, había nacido en la aldea de Tekoa, en la tribu de Judá, pero su influjo se ejerció preferentemente en Israel[1161]. La vida política estaba reconcentrada casi por entero en el reino del Norte, y allí convenía dirigir los mayores esfuerzos. Amós, exaltado por la inspiración sobre las fórmulas en que el patriotismo de tribu aprisionaba la idea de Jehová, abruma con sus imprecaciones a «los que se confían en Sión y se creen tranquilos en la montaña de Samaria» y piensan que todo les está permitido porque son el pueblo de Dios. «Llegaos hasta Kalneh y de allí id hacia Hamath la grande; luego bajad a Gath de los filisteos. ¿Sois mejores que esos reinos y es vuestro territorio más extenso que lo era el suyo?»[1162] Jehová, que no los ha perdonado, no perdonará a los hebreos. De igual modo que no duda en castigará Damasco, a Gaza, a los filisteos, Edom, Ammón, Moab, «lanzará fuego sobre Judá y devorará los palacios de Jerusalén, a causa de tres crímenes de Israel y aun de cuatro.»[1163] Toma, pues a las naciones por testigos de la vergüenza y de los excesos de los que fueron su pueblo: «Dirigid vuestra atención a los montes de Samaria, exclama en los palacios de Ashdod y en los de Egipto, y mirad los grandes desórdenes que allí hay y a los que han obrado mal dentro de ella.»[1164] El Señor tiene horror a la injusticia y la molicie de los grandes, su dureza con respecto a los débiles, su superstición y su falsa piedad. «¡Odio, desdeño vuestras fiestas;no oigo vuestras asambleas, no me causan placer vuestras ofrendas, no miro vuestro tributo de terneros cebados! ¡Lejos de mi el rumor de vuestros cánticos y que no oiga el sonido de vuestras liras! Pero que el buen derecho brote como el agua y la justicia como un torrente que no se seca.»[1165] Es, por tanto, una fórmula de moral universal que Jehová resume, lo que espera de su pueblo elegido, y puesto que éste se obstina en prodigarle esos honores medio paganos que él no quiere, el castigo no tardará en venir: «Detesto el orgullo de Jacob, y sus palacios los odio, y encerraré la ciudad y todo lo que en ella se encuentra. Entonces si quedan diez hombres en una casa, morirán. Y cuando el pariente encargado del entierro coja uno para sacar el cuerpo de la casa y diga al que está en el fondo de la habitación ¿Queda todavía alguien contigo?, el otro dirá: ¡No! y dirá: ¡Silencio! ¡No es ocasión de pronunciar el nombre de Jehová!»[1166] La cólera divina perseguirá a todas partes a los culpables. «Si penetrasen en la tumba, mis manos les arrancarían de ella, si subiesen al cielo, los haría descender; si se escondieran en la cima del Carmelo, allí los descubriría y cogería;-si se ocultaran a mi vista en el fondo del mar,-allí mandaría la serpiente para morderlos; si fueran cautivos delante del enemigo, mandaría la espada para degollarlos.»[1167] Era la primera vez que un profeta anunciaba la ruina y el destierro. La noción de la universalidad de Dios oscurecía ya en Amós la del patriotismo, pero no tan por completo que le impidiera desear la renovación de su raza. Jehová destruirá la casa de Jacob, pero no la exterminará

1159 *Amós*, IV, 7.

1160 Acerca de esta trasformación del espíritu profético en Israel, véase Wellhausen, artículo *Israël*, en la nueva edición de la *Encyclopædia Britannica*, t. III; Kuenen, *Religion nationale et religion universelle*, págs. 86 y siguientes.

1161 Joel es anterior a Amós según la opinión admitida. Los argumentos que se hacen valer en favor de la antigüedad de su obra son poco convincentes. Amós vivía a mediados del siglo octavo antes de nuestra era.

1162 *Amós*, VI, 2.

1163 *Amós*, I-II.

1164 *Amós*, III, 9.

1165 *Amós*, V, 21-24.

1166 *Amós*, VI, 8-10.

1167 *Amós*, IX, 2-4.

por completo. Los pecadores morirán al filo de la espada, pero el reino de David volverá a florecer para los fieles. «Ved, vienen días en que el que cosecha seguirá de cerca al que labra, y el que pisa los racimos se tocará con el que entierra la semilla. Y traeré a los cautivos de mi pueblo, de Israel, para que reconstruyan sus ciudades destruidas y moren en ellas y vuelvan a plantar sus viñedos y beban el vino y hagan huertos y coman sus frutos. Y les volveré al suelo, y no serán más arrancados de su suelo que yo les he dado. Es Jehová, tu Dios, quien te lo dice.»[1168]

El advenimiento de Joas al trono de Israel y de Amaziah al de Judá pareció rejuvenecer y reforzar a los hebreos. Joas derrotó a Benhadad III, cerca de Afek[1169] y en otros tres combates, pero no le expulsó por completo. Se contaba que antes de afrontar aquella guerra había consultado al viejo Eliseo moribundo. Éste le había ordenado que disparase flechas contra el suelo en su presencia. «El rey disparó tres veces, luego se detuvo. Y el hombre de Dios se encolerizó mucho con él y le dijo: «Había que disparar cinco o seis veces, y habrías herido a los sirios hasta acabar con ellos, pero ahora no los herirás más que tres veces.»[1170] Amaziah por su parte había destrozado a los edomitas en el valle de la Sal, en el campo de batalla de David, y había saqueado Selah, su capital. Embriagado con su triunfo, creyóse llamado a restablecer el reino de Salomón y desafió a Joas en Samaria. Joas le respondió con una parábola: «El cardo que estaba en el Líbano mandó a decir al cedro que está en el Líbano: «Da tu hija por mujer a mi hijo». Pero un animal silvestre del Líbano acertó a pasar y aplastó el cardo con sus patas. - Porque has herido rudamente a Edom tu corazón se ha exaltado. Conténtate con tu gloria y mantente en tu casa, porque provocarías el daño que te hará caer, a ti y a Judá contigo». El encuentro tuvo lugar en Bethshemesh, en la frontera filistea. Amaziah fue vencido y preso, y Joas entró sin oposición en Jerusalén, la desmanteló en una longitud de cuatrocientos codos, saqueó el templo como si se hubiera tratado de un dios pagano y no de Jehová, llevóse rehenes y volvió a Samaria, donde murió muy poco después[1171]. Jeroboam II acabó lo que su padre había tenido apenas tiempo de bosquejar. Lo mismo que David y Salomón, reunió todas las tribus bajo su dominio, al menos durante los quince primeros años de su reinado y doblegó a su autoridad algunas naciones vecinas. Su debilidad influyó por lo menos tanto como su vigor en aquel renacimiento. Los reyes de Asiria habían dejado escapársele la soberanía sobre el Aram y la Fenicia. Damasco no estaba ya en disposición de desafiar un ataque serio, tanto la había agotado su resistencia contra Salmanasar y contra sus sucesores. De creer lo que dice el libro de los Reyes, Jeroboam reconquistó al Norte y al Este los territorios que David y Salomón habían poseído, Moab y Ammón, la Celesiria, Damasco, Hamath misma[1172]. Después de largos años de miserias, durante los cuales «los sirios habían desgarrado Galaad con horcas de hierro»[1173], su reinado apareció como una época de gloria y de seguridad. El comercio con la Fenicia y con el Egipto volvió a florecer y los hijos de Israel habitaron de nuevo bajo las tiendas lo mismo que en los días del pasado.»[1174] La imaginación de los poetas mezclóse a estos sucesos. Lo mismo que en otro tiempo se habían atribuido a Jacob moribundo profecías relativas a la suerte de sus hijos, se supuso que Moisés había querido bendecir a las tribus antes de desaparecer. Simeón había ya perecido y no se le vuelve a nombrar. Judá y Benjamín reciben su parte de elogios, quizá sinceros, pero ciertamente poco sustanciosos. José desempeña todavía buen papel, pero el interés del pasaje se reconcentra entero en Leví. En vez de maldecirle, como había hecho Jacob, Moisés le exalta y cita

---

1168 *Amós*, X, 14-45. El papel de Amós ha sido definido de una manera muy clara por Kuenen, *Religion nationale et universelle*, págs. 108-110.

1169 *II Reyes*, XIII, 17.

1170 *II Reyes*, XIII, 25.

1171 *II Reyes*, XIV, 1-15; *II Crónicas*, XXV, 1-24.

1172 *II Reyes*, XIV, 23-28.-(2) -(3)

1173 *Amós*, I, 3.

1174 *II Reyes*, III, 5, en que el pasaje se aplica a los tiempos de Joacaz.

como ejemplo para todo Israel. Era una muestra de la importancia que el sacerdocio había adquirido desde hacía un siglo.

El reinado de Jeroboam II muestra más que un momento de grandeza política: según toda verosimilitud, fue una de las épocas más fecundas de la literatura religiosa. La concentración de las tribus en dos reinos solidarios uno de otro había inducido a los hebreos a investigar sus orígenes y a recoger los poemas nacionales, los fragmentos de leyes, las profecías, los proverbios, las canciones amorosas, las tradiciones que corrían entre el vulgo y las gentes ilustradas con respecto a la Creación, los patriarcas, la estancia en Egipto y en el desierto, la conquista y los héroes que habían gobernado los clanes antes de que hubiese reyes. Próximamente un siglo después, de la muerte de Salomón, por el año 840, un sacerdote de Judá escribió una historia en que refería a su modo los comienzos de la raza humana, las leyendas relativas a la fundación de los viejos santuarios, Hebrón, Pnuel, Siquem, Bethel, los convenios que Moisés el legislador había concertado en el Sinaí con Dios, y los acontecimientos que habían tenido lugar desde entonces hasta los tiempos en que él vivía. No se percibe tendencia alguna teológica en lo que nos queda de su obra, sus relatos tienen todavía sabor popular. Jehová es en sus historias un dios del tipo y de la familia de Kamosh y de Melkarth. Cuando quiere conferir una gracia a su servidor Abraham, se le aparece en forma humana, bebe y come con él. Sodoma y Gomorra han cometido crímenes abominables, «tanto que ha aumentado el clamor contra ellas y que su culpa se ha agravado.» Antes de castigarlas, baja en persona, para ver con sus propios ojos si han hecho lo que dice el rumor público que le ha llegado, «y si así no es, yo lo sabré.»[1175] Por otra parte, lucha una noche entera con Jacob[1176] y se precipita furioso sobre Moisés para matarle[1177]. Manera tan ingenua de presentar las cosas sagradas no podía ser ya suficiente en una época en que Amós proclamaba la unidad de Dios. Un sacerdote efraimita, probablemente contemporáneo de Jeroboam, y ya imbuido del espíritu profético, se apoderó del asunto y le añadió hechos nuevos. Naturalmente, todo lo que el primero había contado para ensalzar a Judá, su sucesor lo adaptó al aumento de gloria de Israel. Niega así a Judá el derecho de primogenitura entre los hijos de Jacob para conferirlo a Rubén. Pero en lo que difiere sobre todo de su predecesor es en la idea que se forma de Dios, pues para él no tiene carácter puramente material. No se muestra ya en cualquier tiempo y lugar, sino solamente por la noche y en sueños. Hasta empieza ya a no querer comunicarse directamente con las criaturas, se sirve de ángeles como intermediarios y no se revela más que gradualmente. Los patriarcas le han adorado bajo el título de Elohim, los dioses, y espera la venida de Moisés para descubrir su verdadero nombre, que es Jehová. En adelante, el interés de la historia se reconcentra alrededor de Jehová, de sus sacerdotes, de sus profetas. Moisés deja de ser el único libertador del pueblo, y a su lado se ven aparecer Aarón y el gran sacerdote Eleazar. El sacrificio deja de ser permitido a todos, para ser privilegio de una tribu, la de Leví. La conquista de Canaán se realiza de una sola vez por mandato de Dios, y el reparto del territorio se hace a la suerte, bajo la sanción de la autoridad religiosa[1178]. Sin duda por la época en que aquel historiador elohista escribía, las leyendas relativas a Samuel, a David, a Salomón, al profeta Elí, recibieron su forma primera. Preceptos morales, puestos en boca de la Sabiduría misma y confundidos más tarde con los Proverbios, los cantos de amor reunidos en el Cantar de los Cantares, varios de los Salmos, otras obras también, son quizá producto de poetas contemporáneos. Por desgracia, no es siempre fácil conocer, después de los numerosos arreglos que la literatura hebraica sufrió antes, durante y después del destierro, lo que pertenece ciertamente al reinado de Jeroboam II.

1175 *Génesis*, XVIII, 1-2, 7-8, 20-21.

1176 *Génesis*, XXXII. 24 y siguientes.

1177 *Éxodo*, IV, 24-27.

1178 El primer escritor se designa comúnmente con el nombre de Jehovaista, el segundo con el de Segundo Elohista o simplemente Elohista. Se encontrarán en los manuales especiales los datos necesarios acerca del modo cómo han sido sus obras arregladas, mezcladas, coordinadas, bajo el influjo deuteronómico primero, luego bajo el sacerdotal, antes de adoptar la forma con que las conocemos hoy en los libros históricos de la Biblia.

Hubo cuarenta años de prosperidad y de paz, los últimos del reinado. Seis meses después de Jeroboam, su hijo Zakariah fue asesinado, en presencia del pueblo, por Shalum, hijo de Jabésh, y la casa de Jehú dejó de existir[1179]. Shalum no reinó más que un mes. Fue muerto en Samaria por Menakhem, hijo de Gadí[1180], y Tafsakh y otras varias ciudades que habían tratado de resistírsele fueron castigadas con crueldad sin igual. El castigo no se hizo esperar. En 745, estalló una rebelión en Kalakh, en la cual desapareció Assurnirani, y el poder cayó en manos de un hombre poco dispuesto a hacer la vida de rey holgazán. No se sabe de dónde salía Tugultipalésharra (Tiglatfalasar) III, si pertenecía a la misma familia que Assurnirari, o si no era más que un usurpador hábil, pero en tanto su origen es oscuro, su personalidad brilla en la historia de modo incomparable. Estaba cortado por el patrón de los grandes conquistadores de antaño, activo y ambicioso, más asiduo en el campamento que en el palacio. Viniendo, como venía, tras años de debilidad y de decadencia, señala uno de los puntos capitales de la historia de Asiria. Un sucesor de Assurnirari que hubiera persistido en sus errores, habría consumado la ruina de su pueblo. Tiglatfalasar reanimó las decaídas energías, mostró de nuevo a sus soldados el camino de otras naciones y los llevó más lejos de donde habían ido nunca. Hasta reunió a las cualidades de general las de administrador. Sus predecesores entendían aún la conquista como la habían entendido los Faraones de Egipto; los países vencidos eran saqueados a placer, luego sometidos a tributo y sus jefes sujetos al homenaje, pero no eran incorporados al territorio de Asiria. Tiglatfalasar anexionó y colonizó. En los cantones que le parecía útil conservar, destronaba a la familia que los había regido, implantaba tropas de prisioneros arrancados de comarcas lejanas, y confiaba el gobierno a oficiales asirios que dependían de él directamente. La población, sometida al servicio militar, daba cada año un número determinado de reclutas. Las ciudades pagaban un impuesto fijo en dinero y en especie. Nínive, treinta talentos, diez consagrados a los gastos generales y veinte asignados al sostenimiento de la flota; Kalakh, nueve, sin hablar de las telas, de los carros, de los caballos, del trigo, de los productos del suelo y de la industria local. Por desgracia, aquel reinado tan brillante y fecundo en resultados gloriosos es uno de los más difíciles de comprender en el marco corriente de las historias orientales. Los datos que sus monumentos nos proporcionan acerca de Israel y la Judea difieren de tal modo de los relatos hebraicos, que no se podría por el momento hacer la cronología exacta sin probabilidades de error o de contradicción[1181].

Tiglatfalasar subió al trono el 13 de Iyar (Abril) del año 745. Empleó seis meses en afirmarse en el poder, luego partió hacia el Sur. Las condiciones políticas de Babilonia habían cambiado mucho desde el principio del siglo VIII. Los arameos, hasta entonces acantonados en los terrenos pantanosos, se habían apoderado de la Mesopotamia entera, hasta de Babilonia, y la habían dividido en principados independientes, muchos de los cuales llevaban el nombre de la raza, o más bien de la dinastía (*bit*) que los administraba, Bit-Dakuri, Bit-Amukkani, Bit-Shilani, Bit-Shali. El más importante era el de Bit-Iakín, a orillas del mar, en la desembocadura del Éufrates y del Tigris, entre los cenagales y las dunas[1182]. Otros se escalonaban a lo largo del Tigris y del Uknú, en los confines del Elam. Allí, entre unos cuarenta pequeños Estados de extraños nombres, Ituú, Rubuú, Khamaranis, Lukhuatú, Nabatú, dos tribus gozaban de indiscutible autoridad, las de Pukudú y

1179 *II Reyes*, XV, 8-12.

1180 *II Reyes*, XV, 13-17.

1181 Tiglatfalasar estuvo en relación con tres reyes de Israel, Menakhem, Pekakh, Hoshea, y con dos reyes de Judá, Azariah y Joacaz. Sin entrar en el pormenor de los argumentos presentados de una y otra parte, diré que el Ful y el Tiglatfalasar de la Biblia son el mismo Tugultipalesharra III de los asirios, y sacrificaré los datos cronológicos del relato bíblico al testimonio de los monumentos contemporáneos. A esta época sobre todo conviene aplicar las palabras de San Jerónimo en su epístola al sacerdote Vitalis: *Releges omnes et Veteris et Novi Testamenti libros et tantam annorum reperies dissonantiam, et numerum inter Judam et Israël, id est inter regnum utrumque, confusum, ut hujuscemodi hærere quæstionibus non tam studiosi quam otiosi hominis esse videatur.* (Sancti Hieronymi *Opera*, ed. Martianay, París, 1669, t. II, col. 622).

1182 Fr. Delitzsch, *Wo lag das Paradies?*, págs. 200-203.

Gambulú, acampadas, como Bit-Iakin, en las marismas vecinas al golfo Pérsico, en la frontera del Elam[1183]. Tiglatfalasar se lanzó a través de aquella red de pequeños Estados. Recibió el homenaje del príncipe que reinaba en Babilonia, Nabunasir, el Nabonassar de los griegos (747-733), tomó Dur-Kurigalzú, Borsippa. Cutha. Uno sólo de los clanes arameos se defendió, el Bit-Shilani. Fue devastado sistemáticamente y su rey Nabuushabshi empalado delante de la puerta de su palacio; los otros se sometieron, y el vencedor volvió a su capital, después de haber asumido oficialmente el título de rey de Shumir y de Akkad[1184].

Una expedición sin importancia al Namri, al otro lado del Zab inferior (744) completó la toma de posesión de los países del Sur y del Este que en otro tiempo dependían de Nínive. Obtenido este resultado, dirigióse hacia el Oeste, donde le esperaban enemigos más serios. El centro de la resistencia no era ya, como antes, el Patín. La ciudad de Arpad[1185] y el cantón de Agusi dominaban en las comarcas que se extienden entre el Amanos y el Éufrates, y desde hacía poco el Urartú las había colocado bajo su dependencia. Sharduris III, el hijo y sucesor de Argishtis, consideraba la Siria septentrional como el anejo natural de su Imperio, y en adelante toda acción de la Asiria por aquel lado se complicaba con una querella con el Urartú. En cuanto Tiglatfalasar hubo pasado el Éufrates y puesto sitio a Arpad, Sharduris acudió y amenazó su retaguardia. Los asirios tuvieron que abandonar sus posiciones para ir a combatirle y le rechazaron, pero su derrota no puso fin a la lucha. El rey de Hamath y otros varios se unieron sucesivamente a la coalición sin poder retrasar la ruina de la misma. Arpad sucumbió después de tres años de sitio (742-740), Hamath abrió sus puertas muy poco después y parte de sus moradores fue desterrada a las ciudades de Uluba y Birtú, que el

1183 Fr. Delitzsch, *Wo lag das Paradies?*, págs. 237-241.

1184 Las inscripciones hasta el presente conocidas confunden en un solo relato las dos campañas de 745 y de 731. He seguido las indicaciones de Schrader, *Die Keilinschriften un das Alte Testament*, 1883, págs. 249 y 259.

1185 Hoy Tell-Erfad, a dos leguas próximamente de Alepo (Kiepert, en la *Zeits., der D. Morgl. Ges.*, XXX, pág. 655).

rey acababa de saquear (739). Aquel ejemplo decidió a los refractarios. Entre los dieciocho reyes que enumeran los escribas asirios como habiendo reconocido entonces la autoridad de Tiglatfalasar, figuran Ménakhem de Samaria y Resón de Damasco[1186].

Hacía ya mucho tiempo que los pueblos de la Mesopotamia mantenían relaciones continuadas con los de la Media. Tres caminos les llevaban desde el valle del Tigris medio a la meseta del Irán: uno, el más frecuentado, cruzaba el gran Zab y desembocaba en la cuenca del lago de Urumiyéh, por el collado de Kelishin; otro conducía a través del paso de Banméh hasta la Ecbatana del Norte; el tercero, en fin, subía por el pequeño Zab[1187]. Por los tres, las caravanas llevaban a Nínive los productos del Asia central, el oro, el hierro y el cobre, las telas, las piedras preciosas, la cornalina, el ágata, el lapislázuli, a veces, en fin, animales curiosos, el elefante, el rinoceronte y el dromedario de la Transoxiana[1188]. La mayor parte de los reyes ninivitas habían querido poseer el distrito de Namri, con el que tocaban. Encontráronse en él con tribus guerreras, análogas por las costumbres y por la audacia a los kurdos de hoy, sobre los cuales los que se llaman dueños, turcos o persas, no ejercen sino una soberanía de las más dudosas. Hacia el Sur, en los confines del Elam y de la Susiana, el elemento arameo dominaba todavía. Allí estaba el país de Umliyash con su capital Bit-Ishtar, los cantones de Bit-Sangibuti, de Bit-Kapsi, las ciudades de Girgira, Akhsibuna y otras veinte cuyos nombres muestran su origen. En segunda línea, pero siempre en la frontera elamita, los pueblos de Elibi se desplegaban de Noroeste a Sudeste. Los valles hondos y cubiertos de monte, que trazan los afluentes del Tigris y del Ulai, les ofrecían escondites donde los carros y los infantes pesadamente armados de la Asiria apenas podían alcanzarlos. Se lograba al fin batirlos, pero todos los conquistadores del mundo antiguo, los persas, los macedonios, los partos trataron en vano de someterlos[1189]. Al Norte de estos bárbaros, pero al Sur del Zab inferior, el Namri, luego, al Nordeste, el Parsúa completaban la barrera viva que separaba a Nínive de la meseta central. Varios reyes se habían abierto paso a través de ella, el mismo Adadnirari la había forzado. La primera vez que Tiglatfalasar la asaltó (738), su esfuerzo se reconcentró primeramente en el Umliyash y en las comarcas del Sudeste. El éxito fue rápido, completo. En tanto devastaba sistemáticamente el país, su lugarteniente Assurdaninani hacía una fructífera incursión «entre los medos poderosos que habitan donde sale el sol y les arrebataba cinco mil caballos, hombres, bueyes, carneros. Terminada la campaña, los asirios ocuparon sólidamente los puntos más cercanos a su territorio. Tiglatfalasar «reorganizó las ciudades, les inculcó el respeto a Assur, su dueño, instaló en ellas a las gentes de los países que su mano había conquistado, y a su frente oficiales en calidad de prefectos». El año siguiente hubo de acudir a sofocar revueltas. Sofocólas rápidamente, y el ejército volvió a Nínive cargado de botín. La anexión y la colonización de algunos cantones, la sumisión de otros a un tributo pagado con más o menos exactitud, fueron los únicos resultados de aquellas dos campañas. La Media propia no perdió más que hombres y ganados[1190].

1186 Es probable, pero no seguro, que Ménakhem de Samaria y Resón de Damasco se sometieran al tributo. Véase Smith, *Assyrian History*, en la *Zeitschrift*, 1869, pág. 92.

1187 Smith, *The Annals of Tiglath-Pilezer II*, en la *Zeitschrift*, 1869, págs. 11-13; Schrader, *Die Keilinschriften un das Alte Testament*, 1883, págs. 249-258, a que el autor ha reunido la sustancia de su memoria *Zur Kritik der Inschriften Tiglat-Pilezer's II*, Berlín, 1879-1880.

1188 G. Rawlinson, *The five great Monarchies*, t. II, págs. 553, 554, 557-558.

1189 Según una ingeniosa asimilación de M. Delattre, *Le Peuple et l'Empire des Mèdes*, pág. 90, los Elibi serían los Elimeos de Estrabón, XVII, 1, 17-18.

1190 La presencia de los nombres de Zikruti, Araquttú, Ariarva, Nishsha entre los de los pueblos vencidos, ha hecho creer que Tiglatfalasar había ido a Aria, a Aracosia y hasta el valle del Indo (E. Norris, *Assyrian Dictionary*, palabras *Namri, Zikrouti, Ariarva, Aragouttou.* Fr. Lenormant, *Sur la campagne de Teglathphalazar II dans l'Ariane*; en la *Zeitschrift*, 1870, págs. 48-55, 65-71). Esta hipótesis seductora ha sido echada por tierra por M. Patkanoff, cuya memoria, escrita en ruso, no pueden leer desgraciadamente la mayor parte de los sabios. El tema de la identificación de las tribus mencionadas ha sido tratado en último término, con éxito, por Delattre, *Esquisse de géographie assyrienne*, págs. 40-49, y *Le Peuple et l'Empire des Mèdes*, págs. 85-99.

Aquel intermedio brillante, pero sin consecuencias duraderas, había terminado apenas, cuando más apremiantes cuidados llamaron a Tiglatfalasar al Sur y al Oeste. Hasta entonces Judá había tenido relaciones poco frecuentes con la Asiria. Después de derrotado por Joas, Amaziah había empleado el resto de su vida en reparar el desastre. Su hijo Azariah u Oziah acabó la conquista de Edom y recobró en el mar Rojo el puerto de Elath, perdido desde los tiempos de Josafat, pero atacado por la lepra en el vigor de la edad, asoció al trono a su hijo Jotham[1191]. Gracias a la energía de aquellos dos príncipes, Judá volvió a ser poderoso y próspero, en el momento mismo en que la última esperanza de Israel se extinguía con Jeroboam II. La energía feroz de Ménakhem no pudo protegerle contra los asirios. Hubo de comprar la retirada con sus tesoros[1192]. Su hijo Pekakhiah, que le sucedió, fue asesinado al año siguiente por uno de sus generales, Pékakh, hijo de Rémaliah[1193]. Pékakh consiguió con este asesinato una corona precaria y amenazada por todos lados. Damasco no había conservado mucho tiempo las guarniciones israelitas. Después de un Benhadad IV, del que no se sabe nada[1194], Resón II ciñó la corona, y bajo su dirección la Celesiria salió al fin de la inactividad en que había estado sumergida durante medio siglo. En tanto no se creyó bastante afirmado en el trono, se inclinó ante la superioridad de Tiglatfalasar, pero, al Sur, en los países recorridos en otro tiempo por sus antepasados, su ambición se dio libre curso. Pékakh, demasiado débil para resistirle, demasiado pobre para alejarle a fuerza de dinero, se declaró vasallo suyo, y ambos unieron sus armas contra Judá.

Un joven de veinte años, Acaz[1195], acababa de suceder a Jotham. Le derrotaron en dos encuentros, saquearon su territorio y llenaron los mercados de la Siria de prisioneros judíos. Inmediatamente los edomitas se sublevaron, los filisteos se arrojaron sobre las ciudades del Mediodía y del Oeste, Bethshemesh, Aialón, Shoko, Timnah. En una de sus correrías hacia el Sur, Resón se aventuró hasta las orillas del mar Rojo y tomó Elath. Como, a pesar de todo, Acaz se resistía aún, los dos aliados resolvieron destronarle y sustituirle por una de sus hechuras, el hijo de Tabéel, con cuya fidelidad contaban[1196]. En aquella ocasión extrema, el judío volvió los ojos al único príncipe bastante fuerte para sacarle del peligro y bastante ambicioso para aprovechar un pretexto de intervención en Palestina. Reunió los tesoros del templo y envió una embajada a depositarlos a los pies del rey de Asiria[1197].

Tiglatfalasar vino. Viendo cuánto había aumentado el poder de Resón durante su ausencia, no le atacó de frente, sino que lo hizo primero a Israel. Pékakh no se sintió bastante fuerte para luchar y se encerró en Samaria, abandonando el resto del reino. Las tribus del Norte y del Este, ya más que medio arruinadas durante las guerras con Damasco, recibieron entonces el último golpe. Tiglatfalasar «vino y tomó Ijón, Abel-Beth-Maakha, Janoha, Kedesh, Hazor, Galaad y la Galilea, todo el país de Naftalí también, y trasportó sus pobladores a Asiria.»[1198] Israel no comprendió más que el territorio de Efraim y algunos cantones vecinos. Aquella ejecución sumaria llenó de terror a Palestina y precipitó las sumisiones. Hannón, rey de Gaza, que en su calidad de enemigo de Acaz se creía amenazado más directamente, huyó al Musri, en el desierto de Idumea, los filisteos se reconocieron tributarios (754)[1199]. Fuera temor, fuera debilidad real, Resón había dejado que

---

1191 *II Reyes*, XIV, 17-21; XV, 1-7, 32-38.

1192 *II Reyes*, XV, 19-20, en que Tiglatfalasar lleva el nombre alterado Ful.

1193 *II Reyes*, XV, 22-25.

1194 Se le menciona en un texto mutilado como padre de Resón. Véase Schrader, *Die Her linschriften und das Alte Testament*, 1883, pág. 261-262.

1195 Los textos asirios le llaman Joacaz.

1196 M. Oppert ha supuesto que el nombre del hijo de Tabéel era Azariah, según los monumentos asirios (véase la *Chronologie biblique*, etc., páginas 29-32).

1197 *II Reyes*, XVI, *Isaías*, VII, VIII, IX.

1198 *II Reyes*, XV, 29.

1199 Schrader, *Die Keilinschriften und das Alte Testament*, 1883, páginas 255-256.

acabaran con su aliado sin intentar distraer las fuerzas enemigas. Cuando éstas se dirigieron contra él, batalló durante dos años enteros, (733-732), pero al fin sus fuerzas se agotaron, su capital sucumbió y él fue muerto. El vencedor llevó ocho mil habitantes a Kir, en Armenia, y redujo la Damascena a provincia asiria[1200]. Antes de alejarse, convocó a sus fieles para que le saludaran en la ciudad sometida (732) y veinticinco reyes respondieron a su llamamiento. Acaz acudió como los otros a llevar sus presentes de servidumbre y dar las gracias a su libertador[1201].

Parecía que los asirios no tuvieran ya más que pasar a Egipto para completar su dominación sobre el mundo antiguo, pero la Caldea los llamó de las orillas del Mediterráneo a las del Éufrates. Trece años habían trascurrido desde que la soberanía de Nínive había sido impuesta a Babilonia. Nabunazir había sido sustituído en 734 por su hijo Nabunadinziri, y éste había sido asesinado al cabo de dos años por uno de sus oficiales, que se proclamó rey con el nombre de Nabushumukín. Los arameos aprovecharon el pretexto de esta usurpación para intervenir. Ukinzir, príncipe de Bit-Amukkani, derribó a Nabushumukín al cabo de dos meses (732) y se puso en su lugar. Tiglatfalasar intervino a su vez y apareció delante de Shapia, la ciudadela de Bit-Amukkani, pero la obstinación de los moradores superó a sus ataques, obligándole a levantar el sitio. Fue más feliz en 729, y vencido el Amukkani, los otros príncipes pidieron gracia; hasta el de Bit-Iakín, Mardukabaliddina (Merodacbaladán). En 728, Tiglatfalasar asió las manos de Bel y se proclamó rey de Babilonia. No anexionó la Mesopotamia a la Asiria, pero la unión de los dos países se realizó en su persona. Los babilonios llegaron a darle un nombre para inscribirle en sus anales, el de Pulú, el Ful de la Biblia. No gozó mucho tiempo de su doble corona. Murió en Kalakh, después de dieciocho años de uno de los reinados más gloriosos y mejor empleados que registra la historia (727).

La vigésima segunda y la vigésima tercera dinastía; los etíopes en Egipto; Pionkhi y Shabakú. Caída del reino de Israel.

La rebelión estalló inmediatamente en las provincias situadas al otro lado del Éufrates, en Fenicia y en Israel. Pékakh había sido asesinado en 729 por el general de su ejército, Hoshea, y éste no había obtenido la investidura de la Asiria sino a condición de pagar diez talentos de oro y mil de plata[1202]. En cuanto supo la muerte de Tiglatfalasar, dejó de pagar, contando con las turbulencias que acompañan de ordinario a un cambio de rey. Engañáronle sus esperanzas. El hijo de Tiglatfalasar subió tranquilamente al trono, como Salmanasar IV en Asiria, como Ululai (Elulaios) en Babilonia. Había gobernado ya la Asiria en vida de su padre y la conocía bien. Acudió apresuradamente, y una insurrección de los kitios contra Tiro le facilitó la victoria. Fenicia volvió a sus deberes[1203], e Israel,

---

1200 *II Reyes*, XVI, 9; véase *Isaías*, XVII, 1 y siguientes; Schrader, *Die Keilinschriften und das Alte Testament*, 1883, páginas 264-265; Smith, *The Annals of Tiglath-Pilezer II*, en la *Zeitschrift*, 1869, pág. 14. He aquí, en cuanto puede conocerse, la lista de los reyes de Damasco desde Salomón:

Resón I
Khesión (?)
Tabrimmón
Benhadad I
Adadezer Benhadad II
Khazael
Benhadad III
[Mariah]
. . . . . .
[Benhadad IV].
Resón II (?)-732

1201 *II Reyes*, XVI, 10; *Crónicas*, XXVI, 20-21.

1202 *II Reyes*, XV, 30.

1203 Menandro de Éfeso, en Josefo, *Ant. Jud.*, IX, 4.

abandonado a sus propias fuerzas, no osó resistir. Hoshea se resignó a volver a sus cadenas, y su pronta humillación conjuró el peligro por algún tiempo todavía[1204].

Por algún tiempo, pero no por mucho. No era peor ni más despreciable que la mayor parte de sus predecesores, quizá hasta valía más que muchos de ellos, porque la tradición nacional, comprendiéndole en la mala nota general que los asigna, afirma que «si hizo lo que desagrada a Jehová, no lo hizo tanto como los que habían reinado antes de él.»[1205] Pero su reino no se sostenía ya. Los países del otro lado del Jordán, el territorio de las tribus del Norte, la Galilea estaban perdidos. Se veía próximo el momento en que no hubiera fuerza capaz de salvar a Efraim. Todos lo sabían y lo pregonaban, y se preparaban de antemano para la catástrofe. Más que nunca veían los profetas los designios de Dios: «Samaria, repetía el profeta Hoshea, será desolada, porque se ha rebelado contra su Señor; sus habitantes caerán al filo de la espada, sus hijos serán degollados, y se abrirá el seno de sus mujeres en cinta[1206]. Desde el fondo de Judá, Isaías unía su voz a la de los videntes de Israel: «¡Desgraciada la corona de orgullo de los ebrios de Israel! La flor marchita de su brillante tocado que está en la frente del fertil valle de esas gentes aturdidas por el vino. He aquí que un fuerte, un poderoso por Dios, como una tempestad de granizo, como tormenta destructora, como torbellino de grandes aguas desbordadas, la echa por tierra violentamente. Serás pisoteada, corona orgullosa de los borrachos de Efraim;-y la flor marchita de su brillante tocado, que figura en la frente del fértil valle, caerá como higo prematuro, antes de madurar.»[1207] Hoshea luchó por lo menos todo lo que pudo, a pesar de los consejos y las predicciones siniestras. Babilonia y el Elam, aquellos enemigos perpetuos de su enemigo, estaban tan lejos, que en aquel tiempo de comunicaciones lentas no podían contar con su apoyo. Judá, los filisteos, Tiro, la Fenicia eran demasiado débiles para comprometerse en una empresa aventurada. Todas las antiguas alianzas de Israel le faltaban a la vez y así hubo de buscar otras nuevas.

La expedición de Sheshonq I a Palestina no había sido en la historia de la vigésima segunda dinastía más que un intermedio glorioso, pero sin consecuencias duraderas. Había ocurrido entonces con el Egipto lo que ocurre frecuentemente con los pueblos envejecidos: el advenimiento de un príncipe activo y valiente parece volverlos a su vigor primero. Las tropas de Faraón, aun las de entonces, bien dirigidas y lanzadas resueltamente contra las bandas desordenadas de los hebreos, no podían menos de arrollarlas. Jerusalén cedió al encuentro, y las ciudades de la Judea cayeron en su poder. Tan sólo, no había medio de que las tropas fueran tan eficaces en cuanto un soberano mediano heredaba el mando. Se vio bien en los siglos que siguieron. Los sucesores de Sheshonq no supieron sacar tanto partido como él de los recursos que tenían a mano, abandonaron su conquista y no parecieron preocuparse de lo que pasaba fuera del Egipto. Aprisionados en sus límites naturales, vivieron en paz con todos sus vecinos, se entiende con aquéllos de sus vecinos que quisieron concedérsela. Por lo menos emplearon sus años tranquilos en obras de utilidad pública. Construyeron en el Egipto inferior, en Bubastis, su residencia habitual, en Tanis, en Menfis. Desde la caída de los Ramésidas, Tebas había ido perdiendo constantemente en importancia. La población, atraída en otro tiempo por la presencia de la corte y por el movimiento comercial, había disminuído poco a poco. En algunos sitios había desertado casi por completo, pero era todavía bastante densa alrededor de los templos para formar tantos pueblos y aldeas como grandes edificios había contado la ciudad antigua. Los Faraones, a quienes su origen y las necesidades de la política fijaban en el Delta, no se preocupaban de remediar los progresos de aquella ruina. Tebas no había sido solamente la capital del Egipto, sino la capital del mundo, en una época en que el mundo era egipcio. Suficiente para un imperio, era demasiado vasta para un reino y ya no tenía motivo para subsistir. Por mucho cuidado que se empleó en lo sucesivo en restaurar sus monumentos y hasta en edificar

---

1204 *II Reyes*, XVII, 3; Schrader, *Die Keilinschriften und das Alte Testament*, 1883, págs. 266-269.

1205 *II Reyes*, XVII, 2.

1206 *Oseas*, XIII, 16.

1207 *Isaías*, XXVIII, 1-4.

otros nuevos, no se logró llevar a ella la vida que poco a poco se retiraba. Fue menos una ciudad que una especie de museo, en que el Egipto de las dinastías gloriosas sobrevivió por entero[1208].

Osorkón I, Takelóti I, Osorkón II, Sheshonq II, los de Bubastis reinaban hacía ya cien años. Juzgando sólo por las apariencias, nada había cambiado en el estado general del país, y no obstante, acciones y reacciones cuya naturaleza adivinamos por fin le habían arrastrado algunos puntos más en la pendiente que le llevaba a la ruina. Para evitar usurpaciones análogas a las de los grandes sacerdotes de Amón, Sheshonq y sus descendientes habíanse empeñado en no otorgar los cargos importantes más que a los príncipes de la familia real. Un hijo del Faraón reinante, comúnmente el mayor, era gran sacerdote de Amón y gobernador de Tebas, otro administraba Khmunú, otro Khninsú, otros las grandes ciudades del Delta y del Egipto superior. Cada uno de ellos tenía a su lado varios batallones de aquellos mercenarios libios, Mazaiú y Mashuasha, que constituían a la sazón la fuerza del Egipto y con cuya fidelidad podía contarse. Muy pronto aquellos mandos se hicieron hereditarios, y el antiguo feudalismo de los nomos se reconstituyó en beneficio de los miembros de la real familia. El Faraón siguió residiendo en Menfis o en Bubastis, percibiendo los impuestos, dirigiendo en cuanto era posible los soldados y los escribas, presidiendo las ceremonias mayores del culto, tales como la entronización o el entierro de un Apis, pero el Egipto se dividió en cierto número de principados, unos de los cuales comprendían apenas unos cuantos poblados, mientras que otros englobaban varias provincias. Pronto los dueños de aquellos principados se atrevieron a rechazar la soberanía del Faraón. Apoyados en bandas libias, usurparon no solamente las funciones de la realeza, sino sus títulos y sus insignias, mientras que la dinastía legítima, relegada en un rincón del Delta, ejercía allí apenas un resto de autoridad. Aquella descomposición se inició muy poco después de la muerte de Sheshonq I, pero no se encuentra ningún indicio seguro de ella antes de Takelóti II. El hijo mayor de este rey, Osorkón, primer profeta de Amón, conde de Tebas y de los cantones del Mediodía, no conservó la integridad del Estado sino a costa de guerras perpetuas[1209]. Las rebeliones aumentaron en gravedad en tiempo de los sucesores de Takelóti II, Sheshonq III, Pimi y Sheshonq IV. Cuando este último murió, después de treinta y siete años por lo menos de reinado[1210], el prestigio de los de Bubastis habíase debilitado de tal suerte que el cetro se les fue y pasó a manos de otra familia originaria de Tanis. La dinastía tanita tuvo un momento brillante. Su fundador Petsibastit suplantó al heredero de Sheshonq IV, fue hasta [1211] e impuso a sus contemporáneos una soberanía precaria, que Osorkón III y Psimut mantuvieron bien o mal durante cerca de medio siglo[1212]. Bajo su dominación el Egipto llegó a dividirse de tal suerte que se distribuyó entre veinte príncipes, de los que cuatro por lo menos se atribuían el aparato completo de la realeza.

En medio de aquellos reyezuelos turbulentos y dedicados al pillaje, surgió una raza a la que su energía política y el mérito de los individuos que la componían elevaron sin trabajo por cima de sus rivales. Ciertamente, no faltaban hábiles ni ambiciosos en Tanis, en Khninsú, en Bubastis, pero ninguna de las ciudades ni ninguno de los soberanos de aquella época desempeñaron papel tan preponderante como Sais y los príncipes que la regían. Activos, inquietos, batalladores, mezclados en todas las peripecias que se desarrollan a su alrededor, desde el momento en que los vemos aparecer en escena, los saítas tienen un objetivo único al cual tienden todos sus esfuerzos, desposeer a los señores locales y fundar sobre los restos de las dinastías parciales que arruinan al país una dinastía nueva cuya supremacía se extienda sobre el Egipto entero. La historia de la época es en el

---

1208 Lepsius, *Denkm*., III, 253 s, 244, c, 255, a, b, c, 256.

1209 Lepsius, *Denkm*., III, 256; véase Chabas, *Mélanges égyptologiques*, 2ª serie, págs. 73 y siguientes.

1210 Mariette, *Renseignements sur les Apis*, en el *Bulletin archéologique* del *Athenæum français*, 1855, págs. 98-100.

1211 Lepsius, *Denkm*., III, 259, a, b.

1212 Lepsius, *Ueber die XXIIe Königsdynastie*. El Psimut que Lepsius colocaba en la vigésima tercera dinastía es en realidad Psimut II de la vigésima nona (Maspero, *Découverte d'un petit temple a Karnak*, en el *Recueil de travaux*, t. VI, pág. 20).

fondo la de las tentativas que hacen para lograr sus fines y de los fracasos que retrasan a cada momento los progresos de su ambición. Los otros príncipes, siempre coligados contra ellos, pero siempre vencidos, llaman al extranjero en su auxilio y traicionan el interés de la patria común en beneficio de sus intereses particulares. De ahí las invasiones etiópicas. La dinastía kushita detiene un momento los avances de los saítas sin abatirlos, ni siquiera desalentarlos. El fracaso de Tafnakhtí no sirve de lección a Bocoris; el desastre de Bocoris no hace vacilar a los que le suceden. La intervención asiria no es para ellos sino el medio de agotar el poderío etíope. Humillados los etíopes, con dificultades los asirios en Asia, Psamético vuelve a una posición ventajosa. En pocos años, reúne bajo su mando el valle entero, y proclama el advenimiento de aquella vigésima sexta dinastía bajo cuyo poder el Egipto había de gozar todavía algunos días de gloria y de prosperidad[1213].

Tafnakhtí es el primero de los saítas que conocemos por los monumentos. Era de origen oscuro, y su patrimonio se reducía al poblado de Nutir, no lejos de Canope[1214]. Algunas expediciones felices contra sus pares más próximos le animaron pronto a ensanchar el círculo de sus empresas, haciendo sobre todo una guerra de sitios. Los barones, dueños cada uno de una parcela del territorio nacional, no perduraban más que por la fuerza de las armas. Sentíanse rodeados de enemigos, y para defenderse de las competencias rivales, habían tenido que atrincherarse fuertemente. Desde hacía un siglo, el suelo se había erizado de ciudadelas, colocadas en los puntos estratégicos de la comarca, en los pocos montículos que dominan las orillas del Nilo, en las islas del río o en los encuentros de los canales de navegación. Resguardados en sus castillos y en sus ciudades, apoyados en mercenarios Mashuasha y Tahonú, oponían encarnizada resistencia al invasor. Tafnakhtí, no obstante, los venció. Se apoderó de los nomos situados al Occidente de la rama principal del río, el Saita, el Athribita, el Líbico, el Memfita. Respetando las regiones del Oriente del Delta, donde los tanitas seguían reinando, remontó el curso del Nilo. Mitum, el Fayum, Khninsú y su rey Pefaábastit, Khmunú y su rey Osorkón le aclamaron como soberano. Pasó luego a la orilla derecha y recibió el homenaje de Onú y de Pnibtépahe. Proseguía el curso de sus triunfos y acababa de vencer al nomo de Onobú cuando los jefes todavía no sometidos del Delta y del Egipto superior se dirigieron al único poder que entonces fuera capaz de hacerle frente, a la Etiopía[1215].

Los descendientes de los reyes-sacerdotes de Amonrá, desterrados en Nubia por los Faraones de la vigésima segunda dinastía, habían fundado allí, con las provincias colonizadas ya hacía más de dos mil años por los Usirtasen, un reino independiente cuya capital era Napata. Edificada al pie de la montaña Santa (*Du uabú*) y mucho tiempo considerada como una de las capitales de la provincia egipcia de Etiopía, Napata, en manos de sus nuevos señores, vino a ser una especie de Tebas etiópica, copiada en cuanto era posible de la Tebas de Egipto. Amonrá, rey de los dioses, era soberano supremo con Maut y Khonsú. El templo estaba construido a imitación de los santuarios de Karnak, y las ceremonias que en él se celebraban eran ceremonias del culto tebano. Los reyes, sacerdotes ante todo, como antes en su patria, eran los jefes de un Estado sacerdotal cuyos límites variaron según las épocas, pero que llegaban comúnmente desde las montañas de Abisinia hasta la primera catarata. En el valle mismo, desde Siena a la confluencia del Tacazé, los colonos de origen egipcio constituían el núcleo de la población. En las llanuras del alto Nilo se encontraban naciones de razas distintas. Unas eran negras; otras, aliadas a los himiaritas y venidas de la Arabia meridional, hablaban un idioma semítico; otras, en fin, se enlazaban por el tipo y por el idioma con los egipcios y los bereberes. Durante los primeros tiempos, el elemento egipcio predominó y dirigió la política general. Sin cesar inclinados hacia Tebas por los recuerdos de su origen y por sus

1213 Maspero, en la *Revue critique*, 1869, t. II, pág. 377.

1214 En copto Manuti, cerca de Canope (Brugsch, *G. Ins.*, t. I, págs. 289-290, y Champollion, *L'Égypte sous les Pharaons*, t. II, pág. 262).

1215 Mariette, *Monuments divers*, t. I, hoja I, 1. 1-7. Véase E. de Rougé, *Mémoire sur une inscription historique de Piankhi Meriamoun*, págs. 3-4, 21-23.

tradiciones religiosas, los reyes-sacerdotes de Napata ambicionaron recobrar al menos aquella ciudad y su territorio. Lográronlo a mediados de la vigésima tercera dinastía y llevaron sus avanzadas hasta las cercanías de Abydos.

Pionkhi-Miamún, el rey de Napata a quien los barones egipcios presentaron su petición, reinaba hacía ya veinte años cuando le invitaron a la conquista del Egipto. La idea de reunir todo el valle del Nilo bajo un mismo cetro le era familiar. Mandó a las tropas que tenía en la Tebaida que partieran sin tardanza, en tanto él reunía sus fuerzas en Napata y se disponía para entrar en campaña. La guerra empezó para él con un triunfo. Su flota encontró al Norte de Abydos a la de Tafnakhtí que navegaba hacia Tebas, cargada de soldados y de municiones: destruyó una parte y puso en huída al resto. Otra flota, equipada por los contingentes de tres reyes vasallos de Tafnakhtí, fue batida después de tres días de lucha y los etíopes abordaron al nomo de Unú. La lentitud de sus movimientos permitió al rey Namaroti meterse en Khmunú y atrincherarse. Parte de las tropas invasoras quedó en observación delante de la plaza, mientras que el resto continuaba su marcha al Norte, en la orilla izquierda por Pamazait, en la derecha por Ta Tehni Oirnakhitú[1216] y por Hibonú. Namaruti, amenazado por todos lados, no podía esperar ya el auxilio de sus aliados o de su soberano. Se obstinó, no obstante, en la resistencia y tuvo a raya a los invasores. Fue necesaria, para vencerle, la llegada de Pionkhi al frente de numerosos refuerzos. Pionkhi cambió el bloqueo de Khmunú en sitio regular, dirigió asaltos contra la muralla y construyó torres para los arqueros y honderos. En tres días la plaza, asaltada por todos lados a la vez, no pudo sostenerse y su defensor pidió gracia por mediación de su mujer, la reina Nsitentnsi y de las damas de su harén. Pionkhi le recibió bien, entró en el recinto al estruendo de las aclamaciones, fue a orar al templo de Thot y tomó posesión solemnemente del botín en nombre de Amón tebano. La caida de Khmunú produjo la rendición de todo el Egipto medio. Khninsú abrió sus puertas, lo mismo que Pisokhmukhopirri[1217], que dominaba la entrada del Fayum. Mitum, Pisokarsahaz y hasta Titouí siguieron el ejemplo. Pionkhi llegó bajo los muros de Menfis sin tener el más ligero combate.

Apenas llegado, intimó a la plaza: «No cerréis vuestras puertas, no combatáis contra el país del interior[1218]. Shú, el dios de la creación, cuando yo entro, entra, cuando salgo, sale. Por eso no es posible resistir a mis ataques. No quiero más que presentar ofrendas a Ptah y a los dioses del nomo menfita. Quiero venerar a Sokari en su capilla, ver al dios Risanbuf, y luego me volveré en paz. Si me entregáis a Menfis, os será cuidada y ni siquiera se hará llorar en ella a una criatura. Ved los nomos del Mediodía; no se ha degollado a nadie, excepto a los impíos que habían blasfemado de Dios. Se ha ejecutado a los que en esto se obstinaron.» Pionkhi había apoyado su arenga con un destacamento de arqueros, de marinos y de soldados de ingenieros que habían de apoderarse del puerto. La guarnición estaba vigilante y rechazó a aquellas tropas ocasionándolas pérdidas de importancia. Muy poco después, a favor de la oscuridad de una noche, Tafnakhtí se introdujo en la plaza con un convoy de armas y un cuerpo de ocho mil hombres, fortificó los puntos débiles del recinto y volvió a marchar en dirección al Norte, con objeto de reclutar tropas de refresco. Contaba con una resistencia seria, pero la flota etiópica, burlando la vigilancia de los sitiados, se introdujo en el puerto y capturó las naves de los saítas, mientras que una división de zapadores y arqueros se deslizaba a lo largo del río y penetraba en la ciudad por los muelles. Después de dos días de lucha en las calles, la guarnición rindió las armas. Pionkhi se apoderó de las fortalezas vecinas y no se detuvo más que un momento en Heliópolis para celebrar el sacrificio real. «Subió la escalera que conduce al gran *adytón* para ver al dios que reside en Habenbón, él, él en persona. Enteramente solo, descorrió el cerrojo, abrió la puerta, contempló a su padre Ra en Habenbón, colocó la barca

1216 Hoy Tehnéh (Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire*, en *Mélanges*, t. I, págs. 291-292), en la orilla derecha del Nilo, un poco más arriba de Miniéh. Véase, acerca de Tehnéh, Willkinson, *Handbook*, págs. 275-276.

1217 Plaza fuerte situada a la entrada del Fayum, hoy Ilahún.

1218 Khonú, el alto Egipto y la Etiopía.

Madit de Ra, la barca Soktit de Shú. Luego cerró la puerta, puso la tierra sigiliaria y en ella imprimió el sello real». Osorkón de Bubastis le reconoció inmediatamente por su soberano legítimo. Un movimiento de los etíopes decidió a los otros príncipes del Delta a conformarse con su ejemplo. Tafnakhtí, abandonado por sus vasallos, imploró la paz, y Pionkhi se la concedió sin condiciones. Después de haber recibido el homenaje, no lejos de Athribis, en el corazón mismo del Egipto bajo, volvió a Napata cargado de gloria y de botín, «de oro, de plata, de bronce y de vestidos preciosos, de todos los buenos productos del país del Norte, de todos los artículos de la Siria y de la Arabia.»[1219]

Por primera vez desde hacía doscientos años el Imperio de los Faraones estaba reconstituido desde las fuentes del Nilo azul a las bocas del río, pero no ya en beneficio del Egipto. La Etiopía, tanto tiempo vasalla, dominaba a su vez; Napata era reina en el lugar de Tebas y de Menfis. No se sabe el tiempo que duró aquella primera servidumbre, quizá tanto como vivió Pionkhi, quizá menos. La victoria de Pionkhi no había destruido los gérmenes de discordia que fermentaban en el país. Los pequeños reyes, sin dejar de llamar al extranjero en su auxilio, no se habían entregado sin reservas, habían querido conservar su independencia y la conservaron, en efecto, con apariencias de vasallaje. Tafnakhtí había sido derrotado, pero no reducido a la impotencia, sino que ganó con su derrota el reconocimiento de su poder. No era ya solamente un aventurero feliz, un jefe militar sin otro título que sus hazañas, sin otro derecho que el del más fuerte. Pionkhi, al darle gracia, le había otorgado la investidura oficial para él y para su descendencia. Se arrogó los cartuchos, la corona, las insignias de la realeza soberana y reinó en lo sucesivo en Sais tan legítimamente como Osorkón III en Bubastis, Namaroti en Khmunú, Pefaabastit en Khninsú, y los otros príncipes en las restantes ciudades[1220]. La Etiopía estaba lejos, la dinastía tanita no tenía fuerza ni prestigio, y así no hubo de tardar en volver a la lid.

Los acontecimientos favorecieron su ambición. Pionkhi murió poco tiempo después de su vuelta de Egipto, y encontramos en su lugar a cierto Kashto, cuyo nombre acusa un origen extraño a la estirpe de los sacerdotes de Amón[1221]. Kashto era rey por haberse casado con una princesa, desconocida aún, de la familia tebana, quizá con una hija de Pionkhi. Su autoridad permaneció reducida al alto Egipto, y Tafnakhtí, soberano efectivo del Delta, siguió siendo para los extranjeros el verdadero representante del poderío egipcio. A él probablemente se dirigió Hoshea cuando se vio acosado en la batalla suprema, y quizá él se sintió tentado a intervenir, pero no tuvo tiempo de cometer semejante imprudencia. Las negociaciones, por muy en secreto que se llevaran, no habían escapado a la atención de los asirios. Salmanasar, informado de lo que ocurría, mandó a Hoshea venir a su lado, y el hebreo, desconcertado por aquel mensaje, obedeció a su soberano. Si había esperado poder justificar su conducta sufrió cruel desengaño. En cuanto llegó fue metido en una mazmorra y allí desapareció para siempre. Al propio tiempo, el ejército asirio invadía Israel y ponía sitio a Samaria por última vez. La aristocracia efraimita, privada de su jefe, no perdió las esperanzas. Como el Faraón se guardaba de intervenir en favor de aliados cuya causa parecía perdida tan por completo, el socorro vino de otra parte. Tiro había triunfado de los kitios, y su rey Luliya tenía entonces libertad de movimientos contra la Asiria. Salmanasar dejó un cuerpo de ejército delante de Samaria y llevó a Fenicia el grueso de sus tropas. El dominio de tierra firme de los tirios cayó rápidamente en su poder, pero la ciudad misma, protegida por el mar, desafiaba todos sus esfuerzos. Reunió en los arsenales de Sidón, de Gebet y de Arad sesenta naves, en las que embarcó tropas asirias, para intentar un desembarco en la isla. Aquella flota fue destruida por una

1219 La gran estela de Pionkhi, publicada por Mariette, *Monuments divers*, hoj. I-VIII, ha sido traducida al francés por E. de Rougé (*Chrestomathie égyptienne*, fasc. IV), al alemán por los señores Lauth y Brugsch, al inglés por Cook.

1220 Estela de Atenas del año VIII de Tafnakhti, descubierta y publicada por Mallet en el *Recueil de travaux*, t. XVIII, págs. 1-6.

1221 Acerca de Kashto, véase Mariette, *Notice des principaux monuments* y *Monuments divers*, lám. XLVIII, s; E. de Rougé, *Étude sur les monuments du règne de Tahraka*, en las *Mélanges d'archéologie égyptienne et assyrienne*, t. I, págs. 87-88.

escuadra de doce navíos de Tiro, y quinientos asirios quedaron en manos del enemigo. Salmanasar renunció desde aquel momento al ataque directo y cambió la guerra en una especie de bloqueo continental, con la esperanza de que la falta de agua obligaría a Luliya a rendirse ante él[1222]. Allí gastó las fuerzas de su reino y el resto de su vida. El bloqueo de Tiro y el de Samaria duraban ya hacía dos años, cuando murió de manera misteriosa, sin dejar hijos. Sharukín (Sargón), uno de sus grandes oficiales, le sucedió en el mando del ejército y en la administración del Imperio (722).

No se sabe bien qué derechos pretendía tener a la corona. Quizá tenía algún parentesco lejano con la familia que acababa de extinguirse, quizá no tenía otros títulos que su valor personal y el brillo de los servicios prestados durante los reinados anteriores. Heredero de Salmanasar en Nínive, esperaba serlo igualmente en Babilonia, pero la Mesopotamia no se resignó a obedecerle sin antes haber tratado de reconquistar su libertad. Destruyendo el Bit-Amukkani, Tiglatfalasar había trabajado en favor de otro Estado Arameo, el Bit-Iakín. En cuanto el rey de este país, Merodacbaladán, supo la muerte de Salmanasar, corrió a Babilonia y asió las manos de Bel (722), luego reclamó el apoyo del Elam[1223]. Khumbanigash, que reinaba entonces en Susa, acogió su demanda con tanta más benevolencia cuanto que los progresos de la Asiria empezaban a inquietarle por lo que a él mismo se refería. Sargón se encontró, pues, comprometido desde un principio en dos fronteras a la vez, en Susiana y en Siria. La Siria estaba lejos de Nínive, una derrota a orillas del Mediterráneo no comprometía la existencia del Imperio. Acudió, por tanto, a lo más urgente, pero tenía mucho que hacer. Si no fue derrotado en Kalú, encontró al menos una resistencia tal que hubo de volver a Asiria sin haber ganado nada. Merodacbaladán siguió siendo dueño de Babilonia bajo la semisoberanía de Khumbanigash, y las fronteras de la Asiria fueron llevadas por este lado a la línea que las marcaba diez años antes, cuando Tiglatfalasar no había destrozado todavía a Ukinzir (722). Era un serio fracaso, que no compensaba suficientemente la toma de Samaria. El general encargado de sitiarla había redoblado su actividad al saber los cambios acontecidos en la capital. Su ataque, dirigido vivamente contra una guarnición ya agotada por dos años de bloqueo, produjo muy pronto la rendición de la plaza. Fue saqueada y toda la población llevada cautiva a Kalakh y al Khabur, al río de Gozán y a las ciudades de los medos[1224]. Sustituyéronla caldeos prisioneros de Kalú, y más tarde colonos venidos de Hamath. Un gobernador asirio se instaló en el palacio de los reyes de Israel, y los templos de los dioses se erigieron en los lugares donde habían estado los de Jehová. Parte de la población rural no pudo soportar la dominación extranjera y abandonó el país. Unos se establecieron en Judea al lado del rey Ezequías, los otros fueron hasta Egipto[1225].

1222 Menandro de Éfeso en Josefo, *Ant. Jud.*, IX, 14, 2.

1223 Schrader, *Die Keilinschriften und das Alte Testament*, 1883, págs. 267-269. He aquí, en cuanto puede restablecerse, el cuadro de la segunda dinastía asiria:

I. Irbaadad
II. Ashshurdinakhé
III. Ashshurdan II
IV. Adadnirari III
V. Tugultininip II
VI. Ashshurnazirabal
VII. Shalmanushshur II
VIII. Shamshiadad IV
IX. Adadnirari IV
X. Shalmanushshur III
XI. Ashshurdan III
XII. Ashshurnirari II
XIII. Tugultipalésharra II
XIV. Shalmanushshur IV

1224 27.280 almas, según testimonio del mismo Sargón (Oppert, *Inscription du palais de Khorsabad*).

1225 *II Reyes*, XVII, 30. Véase Schrader, *Die Keilinschriften und das Alte Testament*, 1883, páginas 271-285.

Así cayó Samaria, y con Samaria el reino de Israel, y con Israel la última barrera que separaba el Egipto de la Asiria[1226]. El avance iniciado por Assurnazirabal había al fin acabado. Como en otro tiempo en el Éufrates y en el Tigris, las dos potencias rivales se encontraban frente a frente en la frontera del África y del Asia, dispuestas a disputarse una vez más el dominio del mundo.

1226 He aquí la lista de los reyes de Israel:

CASA DE BAÉSHA
I. Jeroboam I.
II. Nadab.
III. Baésha.
IV. Elah.
V. Zimri.

CASA DE OMRI
VI. Omri.
VII. Akhab.
VIII. Akhaziah.
IX. Joram.

CASA DE JÉHU
X. Jéhu.
XI. Joakhaz.
XII. Joash.
XIII. Jeroboam II.
XIV. Zakariah.
XV. Salum.
XVI. Ménakhem.
XVII. Pékakhiah.
XVIII. Pékakh.
XIX. Hoshéa

LIBRO IV.
LOS SARGÓNIDAS Y EL MUNDO ORIENTAL HASTA EL ADVENIMIENTO DE CIRO

X.
LOS SARGÓNIDAS

Sargón (722-705); guerras con el Egipto, el Elam y la Armenia; conquista de la Caldea. Sennaquerib (705-681) y Ezequías; guerras con el Elam; Asarhaddón (681-667). Los asirios en Egipto, Taharqú (692-665); conquista del Egipto por Asarhaddón. Assurbanabal (667-625?); conquista del Elam.

Sargón (722-705); guerras con el Egipto, el Elam y la Armenia; conquista de la Caldea.

La Asiria se había desarrollado hasta entonces a expensas de tribus semibárbaras o de pequeños reinos incapaces de resistir mucho tiempo el encuentro de fuerzas superiores. La destrucción sistemática de las unas y la sucesiva anexión de los otros la llevaron por todas partes a presencia de Estados tan firmemente organizados como lo estaba ella misma y bastante vigorosos, no sólo para hacerla frente, sino para vencerla. Al Sudoeste, el Egipto se alzaba ante ella; al Norte, confinaba con el Urartú; al Sudeste, la conquista de los principados arameos la colocaba en contacto directo con el viejo Imperio elamita. El Egipto, el Urartú, el Elam encauzaron sus fuerzas y formaron entre Asiria y el resto del mundo una barrera que ella nunca logró derribar por completo. Sargón y sus sucesores batallaron, por espacio de más de medio siglo, contra aquellos tres reinos y acabaron por triunfar de ellos. Instalaron en sus territorios gobernadores, guarniciones, todo un sistema de ocupación a mano armada y de vasallaje, pero no era tan fácil conservar una provincia como el Elam, cual lo era confiscar Gargamish, Hamath o Samaria, y sus triunfos a orillas del Nilo, del Aras y del Ulai no fueron sino éxitos efímeros, pronto borrados por desastres. Verdad es que a la larga agotaron a sus enemigos a fuerza de vencerlos, pero sus triunfos los agotaron a ellos también y los dejaron sin fuerzas para resistir la irrupción de pueblos nuevos. En realidad, cuando vencían al Egipto, el Urartú y el Elam no trabajaban en provecho propio, sino en el de rivales que aun no aparecían, en pro de los medos y de los persas.

La toma de Samaria había compensado tan poco el desastre de Kalú, que desde el año 721 se formó una coalición en Siria, con el apoyo secreto del Egipto. Tafnakhtí había muerto por el momento mismo en que Sargón se apoderaba del trono, en 722, y su hijo Bukunrinif (Bocoris) le había sucedido. El nuevo rey de Sais y de Menfis era, a lo que parece, resuelto y hábil. Mucho tiempo después de su muerte el pueblo contó toda clase de historias maravillosas con respecto a él. Era, dícese, débil de cuerpo y no tenía apariencia, pero compensaba sus faltas con la agudeza de su

ingenio[1227]. Había dejado fama de sencillo en su manera de vivir[1228], de legislador prudente[1229], y de juez íntegro[1230]. Los escasos monumentos que tenemos de su época permanecen mudos acerca de sus acciones[1231], pero lo que sabemos de la vida de Tafnakhtí arroja viva luz sobre la de su hijo. Fue una querella incesante con los príncipes, una serie de correrías, primero para conquistar el Delta y el Egipto medio, luego para consolidar la conquista y para continuar una supremacía precaria. Consiguió, no obstante, hacerse obedecer de todos, y su reinado representa en la historia una dinastía entera, la vigésima cuarta. Apenas dueño del país, lanzó sus miradas al otro lado del istmo, y su intervención fue bien acogida por cuantos temían las ambiciones de la Asiria. Si, poco hacía, Israel y Judá habían buscado el apoyo de un reyezuelo confinado en Tanis, en un rincón del Delta, ¿qué no habían de hacer para asegurarse la amistad de un Faraón cuya soberanía pesaba sobre el Egipto entero? Fenicios, judíos y filisteos, todos los pueblos a los que la rudeza de Tiglatfalasar había aterrado, comprendieron que la salvación les vendría de Egipto si por casualidad podía venirles de alguna parte, y diversos motivos impulsaron al soberano a acoger bien sus proposiciones. Sabía que sus predecesores habían poseído la Palestina y llevado sus armas hasta el Tigris. Lo que en otro tiempo había sido posible y glorioso, le parecía ser posible también en aquellos momentos. Y aun cuando el deseo de añadir un nombre más a la larga lista de los conquistadores no le hubiera predispuesto favorablemente, la prudencia le aconsejaba no rehusar las alianzas que espontáneamente se le ofrecían. El avance de los asirios hacia el istmo de Suez, lento al principio, se había acelerado desde hacía veinte años de manera temible, y venía a ser para el Egipto motivo de perpétuo sobresalto. Era preciso derrotar a los vencedores del Asia y arrojarlos al otro lado del Éufrates, o mantener por lo menos delante de ellos una barrera de pequeños reinos, contra la cual viniera a amortiguarse la fuerza de sus ataques antes de alcanzar al valle del Nilo.

La coalición que se formó bajo los auspicios de Bocoris, comprendía casi todos los elementos que en Siria tenían valor. Al Norte Jahubid[1232], rey de Hamath, usurpador como lo era Sargón, y el personaje más importante de la comarca, desde que Resón II había muerto. Figuraban también los

---

1227 Diodoro, I, 65, 94.-(2) -(3) -(4) -(5)

1228 Alejo, en *Ateneo*, X, 13, 418.

1229 Diodoro, II, 94.

1230 Plutarco, *De vitios, Pud.*, 3.

1231 Figuran hoy en el Louvre y se refieren todos a los funerales del Apis muerto en el año VI de Bukunrinif. Véase Mariette, *Renseignements sur les Apis*, *Bulletin archéologique de l'Athenæum français*, 1856, págs. 58-62. He aquí, por otra parte, en cuanto es posible trazarlo hasta el presente, el cuadro de las dinastías egipcias vigésimasegunda, vigésimatercera y vigésimacuarta, según Manetón y los monumentos:

VIGÉSIMA SEGUNDA DINASTÍA (BUBÁSTIDA)
- I. Uazkhopirri Sotpenri Shashonqú I Miamún, Σεσώγχις
- II. Skhemkopirri Sotpenri Osorkón I Miamún, Ὀσορθών
- III. Uazamenri Sotpenamen Nutirhiqon Takelóti I Miamún Siisit
- IV. Usirmari Sotpenamen Osorkón II Miamún Sibastit
- V. Skemkhopirri Sotpenamen Shashonqú II Miamún
- VI. Uazkhopirri Sotpenamen Takelóti II Miamún Siisit, Τακέλλωθις
- VII. Usirmari Sotpenamen Shashonqú III Miamún Sibastit
- VIII. Usirmari Sotpenamen Pimi Miamún
- IX. Akhopirri Shashonqú IV Miamún

VIGÉSIMA TERCERA DINASTÍA (TANITA)
- I. Shiriri, Petsibastit, Πετούβαστις
- II. Akhopirri Sotpenamen Osorkón III Miamunri, Ὀσορχῶ
- III. . . . . Ψαμμούς
- IV. . . . . Ζήτ

VIGÉSIMA CUARTA DINASTÍA (SAITA)
- I. Tafnakhtí, Τέχνατις, Τνέφαχθος, Νεόχαβις
- II. Uahkeri Bukunrinif, Βόκχορις

1232 En otros lugares se le llama Hubid, por cambio del nombre divino Iahú, Jehová, por el nombre divino Ilú.

jefes de Arpad y de Damasco, los fenicios de Simyra, los pocos hebreos que habían quedado en Samaria. Los sirios, constantemente en armas desde la muerte de Tiglatfalasar, desafiaban todos los esfuerzos intentados para reducirlos. Los jefes filisteos, los reyes de Moab y de Ammón, Judá mismo eran declaradamente o en secreto hostiles a la Asiria. Desde el año 727, Jerusalén estaba regida por Hizkiah (Ezequías), hijo de Acaz. Ezequías había mostrado desde su juventud ardiente piedad. El más célebre de los profetas hebreos, Isaías, hijo de Amoz, vino a ser su consejero y casi su ministro. La vocación de Isaías se había decidido el año de la muerte de Azariah, y él mismo ha referido la ocasión en una página célebre: «Apercibí al Señor sentado en un trono alto, y los pliegues de su túnica llenaban el templo. Los serafines estaban a su lado y cada uno tenía seis alas; con dos se tapaban la cara, con dos se cubrían los pies y con dos volaban. Y se gritaban uno a otro y decían: «¡Santo, santo, santo es Jehová de los ejércitos, toda la tierra está llena de su gloria!» Y la tierra tembló hasta sus cimientos a la voz del que gritaba, y la sala se llenó de humo. Entonces dije: «¡Ay de mí! he concluído, porque soy un hombre de labios mancillados y permanezco entre un pueblo de labios mancillados, y mis ojos han visto al rey Jehová de los ejércitos!» Pero uno de los serafines voló hacia mí, llevando en la mano un tizón encendido que había cogido del ara con unas tenazas y me lo pasó por la boca, y dijo: «Mira, esto ha tocado tus labios, y por ello tu iniquidad te será quitada y tu pecado se te perdonará.»[1233] Se ven bien todos los caracteres del dogma primitivo, la tierra removida hasta sus cimientos nada más que a la voz de los mensajeros divinos, el humo que oscurece la sala, pero no representan ya nada efectivo a los ojos del profeta, y no son más que imágenes destinadas a realzar la grandeza de Dios[1234]. Alcanzábasele a Isaías el peligro en que estaba Jeru salem más aun que a Amós y a Hoshea. Por eso, cuando Acaz, amenazado por Resón II y por Pékakh, sintió su corazón y el corazón de su pueblo agitado como los árboles de los bosques son sacudidos por el viento», e imploró el apoyo de Asiria, levantóse con todas sus fuerzas contra aquella alianza impía. Los proyectos de los enemigos de Judá son vanos, y Jehová dice de ellos: «No tendrán resultado ni se realizarán; antes de que un niño concebido en el momento en que habla haya llegado a la edad en que se sabe rechazar el mal y escoger el bien», los dos reyes ya no existirán. Pero si los descendientes de David llaman ellos mismos al extranjero, «Jehová hará caer sobre ti, Acaz, y sobre tu pueblo y sobre la casa de tu padre, por el rey de Assur, días tales que no los haya habido semejantes desde que Efraim se separó de Judá. Y sucederá que ese día Jehová silbará a los mosquitos que hay en las orillas de los canales de Egipto, y a las abejas que están en Assur, y vendrán, se posarán en todos los valles desiertos y en los huecos de las rocas. y en todos los matorrales y en todos los zarzales.»[1235] Su voz no fue oída al principio más que por algunos testigos fieles, por Uria, el sacerdote, y por Zacarías, hijo de Jerebekhiah[1236], Acaz no se dignó escucharle. Ezequías fue más dócil que su padre. Cuando llegó el momento de decidir si Judá se uniría a la liga formada bajo los auspicios de Faraón, fue de la opinión del profeta y permaneció neutral en la lucha. Los hechos demostraron cuánta razón había tenido para obrar así. Iahubid fue derrotado en Karkar, sitiado, preso y desollado vivo[1237]. Caído él, la Celesiria se sometió y la resistencia se reconcentró al Sur, donde no obtuvo mejor éxito. Sargón peleó con las tropas de Hannón, rey de Gaza, en Rapihui (Rafia), en el lugar mismo en que cinco siglos más tarde Ptolomeo Filopator atacó a Antioco el Grande. Los filisteos fueron vencidos, Hannón hecho prisionero, y la derrota de Rafia disipó los ensueños de libertad que la Siria había acariciado un instante. La represión fue tan terrible que pasaron siete años antes de que pensara en coger de nuevo las armas (720)[1238].

1233 *Isaías*, VI, 1-7.

1234 Tiele, *Vergelijkende Geschiedenis*, págs. 700 y siguientes.

1235 *Isaías*, VII, 2-7, 14-19.

1236 *Isaías*, VIII, 2.

1237 Oppert, *Grande Inscription du palais de Khorsabad*, páginas 84-93; J. Ménant, *Annales*, págs. 182 y 200-201; G. Smith., *Assyrian History*, en la *Zeitschrift*, 1869, pág. 97.

La paz, apenas confirmada al Oeste, fue rota al Norte por el Urartú. Sharduris, vuelto cuerdo por su derrota, se había mantenido tranquilo hasta su muerte (730), pero su sucesor, Rusás, que las inscripciones ninivitas llaman Ursá, continuó los proyectos ambiciosos de Menuás y de Argishtis. Por espacio de diez años, desde 730 a 720, dirigió sus esfuerzos a restablecer la hegemonía que ellos habían ejercido sobre las tribus del Norte y del Este y suscitar una coalición contra la Asiria. Por el Oeste encontró un auxiliar fiel y resuelto en Mitá, el jefe de los Muskhi; al Este, el príncipe de Mannai, Iranzú, no dio oídos a sus proposiciones. Rusás, incapaz de apartarle de sus deberes, tramó secretas intrigas con varios de los reyezuelos que dependían de él: Mitatti, de Zikartú, se sublevó a instigación del Urartú. Sargón se apresuró a acudir en auxilio de su vasallo, tomó por asaltó las dos ciudades de Suandakhul y Durdukka, que habían abierto sus puertas a Mitatti, las entregó a las llamas y desterró a los moradores a Siria (719). Pero mientras que le ocupaban, graves rebeliones, fomentadas también por Rusás, estallaron al otro extremo del Imperio y le impidieron proseguir sus triunfos. Tuvo que luchar dos años para vencer al señor de Shinukhta (718) y destronar a Pisiris de Gargamish (717). Cuando volvió al Mannai, Iranzú había muerto, su hijo Aza había sido apuñalado en un motín y sustituído por Ulusún, que había entregado veintidós de sus fortalezas a Rusás, como prenda de su fidelidad. Derrotó a Ulusún y a Mitatti y devastó sus territorios desde el lago de Urumiyeh hasta el lago de Van; desolló vivo a Bagadatti, rey del monte Mildish, en el sitio mismo en que Aza había sido asesinado. Ulusún, temiendo una suerte parecida, «huyó como un pájaro», luego vino a prosternarse a los pies del vencedor. Sargón le perdonó y restituyó sus dominios. Rusás iba a ser alcanzado cuando una insurrección le salvó. La provincia de Kharkhar obligó a su gobernador a llamar a Dalta, rey de Elibi. Sargón la castigó cruelmente (716). Entretenido un momento en el Norte por una rebelión de Ulunsún, no tuvo más que presentarse para hacerle volver a la obediencia, luego volvió al Sur para acabar la conquista del Elibi (715). Libre por este lado, dio al fin el golpe decisivo: invadió bruscamente el Urartú, deshizo el ejército real, saqueó metódicamente las campiñas (714). Rusás escapó casi solo por las montañas, y por ellas vagó cerca de cinco meses sin hallar asilo. Dondequiera iba Sargón le seguía, haciendo el vacío a su alrededor. Pronto no le quedó más que un aliado, Urzana de Mussassir, y éste no tardó en ser vencido y despojado[1239]. Al saber esta desgracia, desesperó de su causa y se mató.

Su muerte no dio lugar a la sumisión de los suyos. Su hermano Argishtis II le sucedió e hizo frente a los asirios no sin suerte. No obstante, el poder del Urartú para atacar había concluído, y en adelante dicho país no ocupó más que lugar secundario en las preocupaciones de la Asiria. Volvió a la medianía de que tres generaciones de grandes reyes le habían sacado, y el resultado de su decaimiento fue dejar a Sargón las manos libres para derribar uno tras otro a todos los soberanos que Rusás había hecho entrar en su coalición. En 715 recorrió la Media y situó en ella numerosas guarniciones (713), luego pasó a las regiones del Noroeste, Cilicia y el territorio de Kumanú (Comana) y las impuso un rey hechura suya (712). Su autoridad sobre el Asia Menor se extendió hasta el Halys y el Saros. No obstante, los pueblos de Siria empezaban a olvidar la lección que habían recibido al principio del reinado. Sargón había levantado, por el 715, el bloqueo de Tiro, contentándose con una sumisión nominal, y aquella falta de éxito había sido mal compensada por el homenaje del Muzri y de una reina de los árabes (715). Por otra parte, acababa de tener lugar una revolución en Egipto que podía tener consecuencias graves para la paz de Siria. La vigésimacuarta dinastía no había triunfado de las divisiones que perjudicaban a la prosperidad del valle. Los príncipes feudales, al principio inclinados ante Bocoris, habían vuelto pronto a levantar cabeza, y el pueblo, perdiendo la confianza en la fortuna de los saítas, no se preocupaba más que de los

1238 Maspero, *Les Empires*, págs. 232-237. Hannón tenía entre sus aliados al general de un principado de Musri que los primeros asiriólogos creyeron ser el Egipto. Identificaron con Sabacón a aquel general que se llamaba Shabé (Oppert, *Mémoire sur les rapports de l'Égypte*, págs. 11-15). El error ha sido reconocido por Winckler.

1239 El sello de Urzana figura hoy en el Museo de La Haya. Ha sido publicado por Dorow, *Die assyrische Keilschrift*, t. I, y por Cullimore, *Cylinders*, lám. VIII, 40.

prodigios que parecían presagiarle un fin próximo[1240]. Kashto había muerto por el 715, dejando como herederos un hijo, Shabakú (Sabacón), que recogió la Etiopía, y una hija, Amenertais, que fue instalada en Tebas como soberana. Sabacón era, según muy pronto lo probaron los acontecimientos, un príncipe ambicioso y tenaz, para el que los Faraones indígenas eran usurpadores que importaba castigar. En cuanto se coronó en Napata, partió para el Egipto como antes Pionkhi, y parte de los nomos se le unió inmediatamente por envidias de la dinastía de Tafnakhtí. Bocoris, preso en Sais después de siete años de reinado, sufrió el suplicio de los rebeldes en manos de su vencedor y pereció en la hoguera[1241]. Hubo de creerse entonces que había concluido la dinastía de los saítas. Los herederos de Bocoris se refugiaron en las marismas costeras y la historia de su vida precaria dio origen a la leyenda del ciego Anysis, oculto en un islote de Menzaleh y esperando allí cincuenta años la expulsión de los etíopes[1242].

No quiso contentarse Sabacón, como había hecho Pionkhi, con una especie de protectorado sobre el Egipto. Fue coronado rey según las formas, y tan bien impuso su supremacía que se le consideró jefe de una dinastía legítima, que los analistas incluyeron oficialmente en la serie cronológica como la vigésimaquinta de sus dinastías humanas. Acababa apenas de afirmarse en el trono cuando los descontentos sirios se dirigieron a él. ¿No mandaba en el valle entero, desde las regiones fabulosas de la Etiopía a las orillas del Mediterráneo, y no podía oponer a los regimientos asirios las hordas innúmeras de los negros africanos? Sus agentes despertaron en todas partes las mismas simpatías y las mismas desconfianzas que los de Bocoris habían encontrado siete años antes. Edom, los filisteos, la Fenicia, Moab le manifestaron las mejores disposiciones; Judá y su rey les habrían seguido gustosos si el profeta Isaías no los hubiera llevado por otro camino con sus predicciones. Una revolución palatina, acontecida en Ashdod, precipitó los acontecimientos. Azurí, que reinaba en esta ciudad, había negado el tributo a los asirios. El gobernador de Siria le sustituyó por su hermano Akhmití, pero los habitantes no quisieron aceptar aquella sustitución, expulsaron a su nuevo dueño y dieron la corona a un aventurero, quizá a un jonio de Chipre. Éste, inquieto por su poder y por su vida, precipitó los tratos con sus vecinos, con Judá, con Edom, con el Egipto, pero la conducta resuelta y la energía de Sargón impidieron que llegasen a término las negociaciones. Antes de que los confederados hubieran tenido tiempo de reunir sus tropas, el general en jefe de los asirios, el Tartán, estaba en Palestina. Judá, Edom, y los filisteos no hicieron ni ademán de resistencia. El jonio huyó al país de Milukhkha[1243], cuyo rey lo entregó encadenado a los asirios (711). La estación estaba sin duda demasiado avanzada para proseguir aquellos triunfos y atacar a Faraón. Los contemporáneos comprendieron, no obstante, que era inminente un choque entre los dos Imperios, e Isaías hasta se aventuró a indicar la fecha. Paseóse desnudo y descalzo por las calles de Jerusalén, y explicó su conducta repitiendo estas palabras que Jehová le había dictado: «Lo mismo que mi servidor Isaías ha andado desnudo y descalzo por espacio de tres años como un signo y un prodigio contra el Egipto y contra Kush, así el rey de Asiria conducirá a los prisioneros del Egipto y a los deportados de Kush, a los jóvenes y a los viejos, desnudos y descalzos, los lomos al descubierto, para vergüenza del Egipto. Y serán contristados y humillados a causa de Kush, su esperanza, y del Egipto, su gloria. Y los habitantes de la costa dirán: He aquí, pues, al que era nuestra esperanza, al pueblo en quien hemos confiado para ayudarnos, para vernos libres del rey de Asiria; ¿nosotros, pues, cómo escaparemos a nuestra suerte?»[1244]

1240 Así la aparición de un carnero con dos cabezas y ocho patas, que supo hablar para predecir la ruina del Egipto (Eliano, *H. An.*, XII, 3; véase Manetón, ed. Unger, pág. 241).

1241 Manetón, ed. Unger, pág. 246.

1242 Heródoto, II, CXXXVII-CXI. El islote donde Anysis se refugió no sería otro, en opinión de Lepsius, que el de Thennésis.

1243 Se ha considerado a veces Milukhkha como el nombre de Meroé, pero Meroé se llamaba Berúa y no tenía ninguna *h* o *kh* final. El Milukhkha es en este caso la parte de la península arábiga vecina al Egipto.

1244 *Isaías*, XX.

No se realizó la profecía tan pronto como Isaías pensaba. El Egipto parecía demasiado temible para afrontarle con parte solamente de los batallones asirios. ¿Cómo disponer de todo el ejército cuando la Caldea estaba dispuesta a intervenir no bien su enemigo estuviera comprometido allá lejos, en el continente africano? Eran las circunstancias favorables para un ataque contra Babilonia. Merodacbaladán, al principio aclamado por sus súbditos, había merecido muy pronto su odio por la preferencia que mostrava a sus caldeos Hubo de castigar severamente a Cutha, a Sippar, a Borsippa, y su dominación no se perpetuó en adelante más que por el miedo. Era un motivo de debilidad para él, y además el Elam, su aliado, no podía ya prestarle tan enérgico apoyo como en tiempos anteriores, Shutruknakhunta[1245], que había sucedido a Khumbanigash en 717, tenía mucho que hacer con obligar a sus vasallos a respetarle. Sargón resolvió volver a tomar la ofensiva, y maniobró de manera que separó a Merodacbaladán de Shutruknakhunta. Dividió su ejército en dos cuerpos. El primero, opuesto a los susianos, entró en el cantón de Rashi[1246] y obligó a los elamitas a replegarse a las montañas para resguardar Susa y Madaktú. El segundo, a las órdenes del mismo rey, descendió hacia el mar siguiendo el Tigris, sometió al paso el país de Yatbur, derrotó a uno de los generales de Merodacbaladán bajo las murallas de DurAtkharas, se apoderó de esta ciudad, situó en ella una guarnición egipcia y sujetó todo el Gambulú. El objetivo principal de la campaña estaba logrado: Merodacbaladán, no pudiendo unirse a sus aliados, ni siquiera trató de defender Babilonia. Ocultó su partida a los asirios, cruzó el Tigris y trató de romper la linea de fortificaciones que le envolvía al Este. Rechazado, no le quedó más recurso que refugiarse al Sur, a orillas del mar, en su antiguo principado de Bit-Iakín, donde se fortificó lo mejor que pudo. Babilonia abrió sus puertas, pero «Merodacbaladán había puesto a contribución las ciudades de Urú, Larsán y Kisik, la morada del dios Lagudá. Había concentrado sus fuerzas en Dur-lakín y arma do su ciudadela». La batalla decisiva se dio bajo los muros de Dur-Iakín, a la vista del mar. «Extendí a mis combatientes al mismo tiempo por toda la línea de sus canales e hicieron huir al enemigo. Las aguas del río arrastraron los cadáveres de sus soldados como si fueran troncos de árboles.... Deshice los guardias de corps y las gentes de Marsán y llené del terror de la muerte al resto de los batallones enemigos. Merodacbaladán abandonó en su campamento las insignias de la realeza, el palanquín de oro, el trono de oro, el cetro de oro, el carro de plata, y escapó de incógnito». Dur-Iakín cayó muy pronto en manos del vencedor y fue destruida. «Merodacbaladán, reconociendo la propia debilidad, quedó aterrado, el temor inmenso de mi realeza se apoderó de él. Dejó el cetro y el trono en presencia de mi enviado y besó el suelo. Abandonó sus castillos, huyó y no volvió sobre sus pasos». Sargón nombró al hijo del viejo rey príncipe de Bit-Iakín (709), luego volvió a Babilonia y se hizo coronar rey, de igual manera que Tiglatfalasar y Salmanasar antes de él[1247]. Un triunfo inesperado coronó el final de aquel año. Chipre estaba entonces dividida casi por igual entre los fenicios y los griegos. Estos últimos poseían el Norte y el centro de la isla, el Ias o tierra jónica. Siete de sus reves pagaron tributo espontáneamente.

Entristecieron dos derrotas los últimos días de aquel reinado tan glorioso. Mientras que los ejércitos asirios estaban ocupados en Caldea, el Urartú había salido de sus ruinas. Mitad fuerza, mitad destreza, Argishtis II había reconquistado casi todas las provincias que su hermano había poseído. Los mismos asirios habían sido objeto de sus ataques y no habían podido conservar el Mannai. En 708, amenazado por la vuelta de Sargón, apartó la tempestad sobre el Kummukh. Costó la vida y la corona al rey del país, pero Argishtis no fue inquietado y quedó en posesión del Mannai, del que hizo una de sus residencias favoritas. Una guerra contra el Elam no dio mejor resultado. Shutrukhnakhunta, derrotado en el Elibi en 707, tomó la revancha al año siguiente. No sólo recobró los distritos que le habían sido arrebatados en 710, sino que quitó a los asirios varias de sus plazas

1245 Es la transcripción de las inscripciones susianas. Los textos de Sargón llaman a este príncipe Sutikraknakhundi.

1246 La Mesobatera de los geógrafos clásicos. Véase Fr. Delitzsch, *Wo lag das Paradies?* pág. 322.

1247 Su nombre, ligeramente alterado en Ἀρκέανος, por [Σ]αρκέανος, figura, a partir de principios de 709, en el canon real de Ptolomeo.

fronterizas (706). Sargón no sobrevivió mucho tiempo a su derrota. En 705 fue asesinado en el palacio de Dur-Sharukín[1248], que acababa de edificar, y sustituído por su hijo, Sinakheirbá, el Sennaquerib de la Biblia[1249]. Su reinado marca el apogeo de la grandeza asiria. A ejemplo de Tiglatfalasar, se esforzó en sustituir a los reyes vasallos gobernadores asirios que obedecieran directamente las órdenes de Nínive: la Siria del Norte, Israel, la Celesiria perdieron sus dinastías nacionales y descendieron a la condición de simples provincias. Alrededor de este núcleo central, dejó subsistir un cinturón de principados tributarios destinados a mantener a distancia las invasiones de los pueblos extranjeros y a servir como de coraza al Imperio. Sus descendientes continuaron y hasta cierto punto desarrollaron su obra, pero no consiguieron consolidarla y hacerla duradera.

Sennaquerib (705-681) y Ezequías; guerras contra el Elam; Asarhaddón (681-667)

La noticia del asesinato se extendió rápidamente por todo el Imperio y despertó los instintos de rebelión que Sargón había sofocado mal. Caldea dio la señal. Uno de los hermanos del nuevo rey, que él había dado a los babilonios para que los gobernase, fue asesinado al cabo de unos meses, y cierto Mardukzakirshumú, por otra parte perfectamente desconocido, le sucedió (704). No había trascurrido un mes todavía, cuando Mardukzakirshumú fue muerto por orden de Merodacbaladán, que reaparecía en escena. Desde que volvió, buscó aliados que pudieran distraer a los asirios en provecho suyo y cuya acción simultánea obligara a éstos a dividir sus fuerzas. Se dirigió naturalmente al Elam, luego a los Estados de la Siria. Éstos se hallaban, como siempre, dispuestos a obrar, Luliya (Elulæos) de Sidón rehusó el tributo, y a ejemplo suyo hizo lo mismo el príncipe de Ascalón. Los habitantes de Ekrón, descontentos de Padí, el jefe que Sargón les había impuesto, lo prendieron y enviaron encadenado a Ezequías de Judá. Éste dudó un instante en aceptar el regalo, pero la llegada de los mensajeros de Merodacbaladán y el apoyo que le ofrecían le decidieron al fin. Puso a Padí en prisiones y metió en la ciudad una guarnición judía; luego, dado este paso, dirigióse al poder que desde hacía medio siglo se presentaba a todos los sirios como su protector natural contra la rapacidad ninivita, al Egipto. Había acrecido el último considerablemente sus recursos desde hacía unos años, y parecía hallarse más que nunca en disposición de contrarrestar la fortuna de su rival. Si Sabacón se había mostrado brutal en los comienzos de su reinado, había tenido la habilidad de hacer que se olvidase lo odioso de su origen extranjero por la sabiduría de su administración. Respetó la autonomía de los príncipes sus vasallos, pero los vigiló de cerca y los obligó a cumplir sus deberes de servidumbre con la misma exactitud que si hubieran sido simples oficiales del rey. Restablecida la paz entre ellos, reanudó los trabajos de construcción que las guerras civiles habían suspendido ya hacía más de un siglo, reparó las calzadas, limpió los canales, levantó el suelo de las ciudades principales para ponerlas a resguardo de las inundaciones. Bubastis sobre todo ganó con este régimen[1250], pero Menfis no quedó olvidada. Varios de sus templos, que estaban en ruinas, fueron reconstruídos y las inscripciones borradas por el tiempo grabadas de nuevo[1251]. Tebas aprovechó grandemente de la presencia de Amenertais, la hermana de Sabacón: el decorado de la puerta principal del templo de Luxor fue rehecho por entero, y varios de los edificios de Karnak restaurados en el límite de lo posible. Se dijo más tarde que, para proporcionarse los brazos necesarios, Sabacón sustituyó la pena de muerte por la de trabajos forzados, y que esta medida de política bien entendida le valió su renombre de clemencia[1252]. El país entero,

1248 Hoy Khorsabad. De él proceden la mayor parte de los monumentos asirios del Louvre.

1249 Respecto a las fuentes y el pormenor del reinado de Sargón, véase Maspero, *Les Empires*, págs. 221-273.

1250 Heródoto, II, CXXXVII; Diodoro de Sicilia, I, 65.

1251 Sharpe, *Egyptian Inscriptions*, I, 30; véase E. de Rougé, *Sur quelques monuments du règne de Tahraka*, en las *Mélanges*, t. I. págs. 12, 20-21.

1252 Heródoto, II, CXXVI-CXXXVIII; Diodoro, I, 65.

administrado de esta suerte, volvió a florecer bajo la acción de aquella vitalidad maravillosa de que había dado tantas pruebas. Después del conflicto de Ashdod, en 714, Sabacón había vivido en paz con la Asiría. No obstante, el fin trágico de Sargón hubo de inspirarle la esperanza de intervenir felizmente en Asia, y quizá hubiera entablado ya algunas relaciones con los príncipes asirios cuando murió a su vez en 703[1253]. Su hijo Shabitkú se vio llamado, desde su advenimiento, a intervenir en los asuntos de Asiria. Acogió los tratos de Ezequías, y la promesa de su apoyo reconfortó un poco al rey judío de las malas nuevas que le llegaban de las orillas del Éufrates.

Efectivamente, la Caldea acababa de sucumbir sin dar siquiera tiempo a que sus aliados levantaran el brazo para defenderla. Sennaquerib, sintiéndose amenazado por todas partes, habíase apresurado a ir contra los babilonios, al puesto donde el peligro era más apremiante. Los derrotó cerca de Kishú[1254], y Merodacbaladán, que escapó casi solo de la carnicería, se refugió en la corte del rey del Elam. Después de ocho meses de dominación aramea, Babilonia volvió a caer en manos de sus dueños asirios: setenta y nueve plazas fuertes y más de cuatrocientas poblaciones fueron presa del vencedor. Sennaquerib, a pesar de ello, no se cuidó de asumir la realeza, sino que la confirió a un asirio, «Belibni, el hijo de un adivino, que se había criado en su palacio como un perrillo». A la vuelta, saqueó como quiso el territorio de los arameos del Éufrates medio, empaló a sus jefes, robó los ganados y volvió a Babilonia con considerable botín. Una rápida correría por las montañas del Kurdistán volvió al sentimiento del deber a los pueblos del Elibí. Parte de sus tierras fueron colonizadas militarmente con los prisioneros arameos, elamitas y caldeos del año anterior y reducidas a provincia asiria. La tranquilidad estaba asegurada al Norte, al Este y al Sur por aquella serie no interrumpida de triunfos, pero la Siria seguía preocupando, y la intervención anunciada del Egipto amenazaba hacer general la insurrección. En este punto también la celeridad del ataque defraudó los proyectos del enemigo. Luliya fue el primer atacado y se retiró a una de las colonias insulares. Sidón la Mayor, Sidón la Pequeña, Bit-Zitti, Sarepta, Mahalib, Ushú, Akzib, Akko, todas sus ciudades abrieron una tras otra las puertas a los vencedores; su reino correspondió a Ithobaal II, y Sennaquerib, como sus predecesores, grabó su estela triunfal en las rocas de Nahr-el-Kelb, al lado de las estelas de Ramsés II. Los jefes de Arad, de Byblos, de Ashdod, de Ammón, de Moab, de Edom, se apresuraron a hacer acto de obediencia y a llevar sus presentes al campo asirio, cerca de Ushú. Como el rey de Ascalón, Zidkia, seguía obstinadamente rebelde, las ciudades que de él dependían, Joppé, Bne-Barak, Azor, se rindieron a discreción. El rey fue preso, deportado a Asiria con toda su familia, y Sharludarí, hijo de Rukibti, entronizado en su lugar. La resistencia seria no empezó sino bajo los muros de Ekrón. A la primera noticia de la llegada de los asirios, Shabit kú había dado orden a los príncipes del Delta de que reunieran sus milicias y pasaran el istmo. El encuentro tuvo lugar cerca de Altakú[1255], pero la suerte de Assur prevaleció sobre la del Egipto. Los egipcios perdieron en la huída la mayor parte de sus carros y los hijos de uno de sus reyes. El fruto inmediato de la victoria fue la toma de Altakú, luego la de Timnath, fortaleza vecina. Ekrón sucumbió la última. «Degradé a los oficiales y a los dignatarios que se habían sublevado, y los maté; empalé sus cadáveres en los recintos de la ciudad; vendí como esclavos a los que habían cometido violencias y villanías. En cuanto a los que no habían perpetrado crímenes o pecados y no menospreciaban a sus dueños, les di la absolución.»[1256]

Sólo Ezequías quedaba en pie de todos los rebeldes. Cabe preguntarse el motivo de que no hubiera añadido su contingente a las tropas egipcias, para acabar con los asirios en un encuentro decisivo. Quizá creía calmar los rencores del monarca asirio absteniéndose de hacer acto de hostilidad patente. Se engañaba. Después de la toma de Ekrón, Sennaquerib invadió Judá. «Ayudado, dice, por el fuego, el degüello, los combates y las torres de sitio, vencí las ciudades, las

1253 Maspero, *Les Empires*, págs. 273-276.

1254 Hoy Hymer, diez millas próximamente al Sur de Babilonia (G. Smith, *History of Sennacherib*, pág. 41).

1255 Eltekéh, en el antiguo territorio de la tribu de Dan, *Josué*, XIX, 44).

1256 *Cylindre de Taylor*, col. III, l. 47-83; col. IV, l. 1-7; véase G. Smith, *History of Sennacherib*, págs. 53-60.

ocupé. Hice salir de ellas 200.150 personas, grandes y pequeñas, varones y hembras, caballos, asnos, mulos, camellos, bueyes, carneros sin número y los cogí como botín». Quedó un recuerdo tan amargo en la memoria de los judíos que, seis siglos más tarde, su historiador Demetrio consideraba esta expedición tan funesta como la ruina de Samaria o la cautividad final de Babilonia[1257]. Ezequías, no obstante, trataba de poner su residencia en estado de defensa[1258]. Desde hacía poco tiempo solamente, se había observado que las brechas de la ciudad eran grandes, y se habían derribado casas para reparar la muralla. Se taparon apresuradamente las fuentes que brotan fuera de la ciudad y el torrente que corría por el valle. Se hizo un depósito entre los dos muros para reunir las aguas del viejo estanque. «Y el rey nombró capitanes para que mandaran al pueblo y los reunió a su lado en la plaza de la puerta de la ciudad y los habló según su corazón diciendo: Fortalecéos, no temáis ni estéis asustados a causa del rey de los asirios y de toda la multitud que está con él, pues Jehová, nuestro Dios, está con nosotros para ayudaros y guiar vuestras batallas.»[1259] No obstante, Sennaquerib no se había dignado asistir en persona al sitio. Bloqueó Lakish y envió ante la capital a dos de sus oficiales, el tartán y el rabcakéh. Jerusalén pasó largos días aislada del resto del mundo.

Al final Ezequías, ajustándose a los consejos de Isaías, se decidió a tratar y diputó a este efecto a Eliakim, su prefecto del palacio, a Shebna ei escriba y al canciller Joah. El tartán recibió a aquellos delegados con palabras altaneras, en nombre de su dueño: «¿Dónde está ahora tu confianza presuntuosa? Tú hablas, pero no son más que palabras vanas, proyectos y medios de guerra, ¿y en quién has confiado para rebelarte contra mí? Has confiado en el Egipto, en esa caña rota que hiere y lastima la mano del que se apoya en ella; porque tal es Faraón, rey de Egipto, para todos los que en él se confían. Que si me decís: «Confiamos en Jehová nuestro Dios» ¿no es aquél de quien Ezequías ha destruído los templos y altos lugares diciendo a Judá y a Jerusalén: «Os prosternaréis ante este altar que hay en Jerusalén?» Como gritaba encolerizado, tanto que la multitud amontonada en la muralla le oía, los legados de Ezequías le suplicaron que usara el lenguaje arameo y no la lengua judáica, para que el pueblo no le entendiera. En vez de rendirse a sus ruegos, el rabhakéh exclamó en alta voz en lengua judaica, y habló y dijo: «Escuchad la palabra del gran rey, el rey de los asirios. Así ha dicho el rey: «Que Ezequías no os engañe, porque no podrá salvaros de mi mano. Y no os dejéis arrastrar por Ezequías a confiaros en Jehová, diciendo: Jehová indudablemente nos librará, y esta ciudad no será entregada en manos del rey de los asirios. No escuchéis a Ezequías, porque así ha dicho el rey de los asirios. Tratad conmigo, y salid hacia mí, y comeréis cada uno de su viña, y cada uno de su higuera, y beberéis cada uno del agua de su cisterna, hasta que yo venga y os conduzca a un país que es, como el vuestro, país de trigo y de buen vino, país de pan y de viñas, país de olivos de aceite, y un país de miel, para que allí viváis y no muráis. Pero no escuchéis a Ezequías, cuando quiera persuadiros diciendo: Jehová nos salvará. ¿Los dioses de las naciones han salvado cada cual a su país de la mano del rey de Asiria? ¿Dónde están los dioses de Hamath y de Arpad? ¿Dónde los de Sefarvaim, de Henah y de Ivah? ¿Han librado siquiera a Samaria de mi mano? ¿Cuáles de entre todos los dioses de esos países han salvado a su nación de mi mano, para decir que Jehová salvará a Jerusalén de mi mano?» Y el pueblo calló, y no le respondió una palabra, porque el rey había mandado, diciendo: «No le responderéis». Después de esto, Eliakim, hijo de Hilkiah, maestresala, y Sebnah, el secretario, y Joah, hijo de Asaf, encargado de los registros, se volvieron, las vestiduras desgarradas, a Ezequías, y le refirieron las palabras del copero.»[1260]

Las condiciones fueron menos duras de lo que aquellos discursos brutales daban derecho a esperar. Ezequías dio sus mujeres y sus hijas en rehenes, se comprometió a pagar tributo y satisfizo inmediatamente un rescate de 30 talentos de oro y 800 de plata. El tesoro real no fue suficiente para ello, y hubo que arrancar las láminas de oro con que se habían revestido las puertas y los dinteles

1257 Demetrio en Clemente de Alejandria, *Strom*., I, pág. 403.

1258 *Isaias*, XXII, 9-11.

1259 *II Crón.*, XXXII, 6-8.

1260 *II Reyes*, XVIII, 28-37.

del templo poco tiempo hacía[1261]. Dio libertad a Padí, que volvió a instalarse en Ekrón, y que recibió algunas ciudades de Judá para indemnizarle de su largo cautiverio. Mitintí de Ashdod y Zilibel de Gaza recibieron, cada uno, una o dos parcelas del territorio hebreo en recompensa de su fidelidad. No quedaba ya más a Sennaquerib que seguir hacia el Sur y cruzar el desierto del istmo para castigar al etíope por su ataque injustificado. Intentó la empresa, pero su ejército quedó medio destruído en el camino por alguna epidemia. La tradición judía contaba que al partir había amenazado una vez más a Jerusalén con su venganza: «Que tu Dios, en el que confías, no te engañe diciéndote: Jerusalén no será entregada en manos del rey de los asirios. He aquí, ¿has oído lo que los reyes de los asirios han hecho a todos los países, de forma que los han arruinado por completo, y tú escaparías? ¿Los dioses de las naciones que mis antepasados han destruído, los de Gozán, Kharrán, Rezef y de los hijos de Éden, que están en Telassar, los han librado? ¿Dónde están el rey de Hamath, el de Arpad, y el rey de la ciudad de Sefarvaim, de Hénah y de Ivah?»[1262] Ezequías, después de haber oído este mensaje, se habría prosternado, el rostro bañado en lágrimas y orando, y Dios le habría hablado por boca de Isaías: «Te he escuchado en lo que me has pedido tocante a Sennaquerib. No entrará en esta ciudad, ni siquiera disparará contra ella una flecha, no se presentará contra ella con el escudo, ni se alzará ninguna torre contra ella. Se volverá por el camino por donde ha venido, y no entrará en esta ciudad, dice Jehová. Porque la guardaré, a fin de salvarla, por amor a mí, y por amor a David, mi servidor». «Ocurrió aquella noche que un angel de Jehová salió, y mató ciento ochenta y cinco mil hombres del ejército de los asirios, y cuando se hubieron levantado muy de mañana, vieron los cuerpos muertos. Y Sennaquerib, rey de los asirios, levantó el campo, y se fue, y se volvió, y permaneció en Nínive.»[1263] Los egipcios, por su parte, atribuyeron la gloria de la catástrofe a sus dioses. Cuando Sennaquerib penetró en Egipto «la casta guerrera se negó a batirse por el rey Sethón, sacerdote de Ptah, que la había despojado de una parte de sus privilegios. El sacerdote, envuelto en aquellas dificultades, subió al templo y ante la estatua se lamentó de los peligros que iba a correr. En tanto gemía, le acometió el sueño y le pareció, en medio de una visión, que un dios que estaba a su lado le tranquilizaba y prometía no había de experimentar ningún contratiempo resistiendo al ejército de los árabes, porque él mismo había de enviar auxiliares. Lleno de confianza en aquel sueño, reunió a aquéllos de los egipcios que quisieron seguirle para conducirlos armados a Pelusa, puerta del Egipto por aquel lado. Ninguno de los guerreros le acompañó, sino comerciantes en pequeña escala, bataneros, cantineros. Llegaron a su puesto, y por la noche una nube de ratas campesinas se arrojó sobre sus adversarios, devorando sus carcajes, las cuerdas de sus arcos, las empuñaduras de sus escudos, de manera que al día siguiente los invasores, viéndose despojados de las armas, huyeron, y gran número fue muerto. Se ve ahora en el templo de Ptah la estatua de aquel rey, que tiene en la mano una rata, y esta inscripción: «Que el que me mire sea piadoso.»[1264]

Sennaquerib no volvió jamás a Palestina. No porque la pérdida de un solo ejército fuera bastante grande para producir, como Josefo pretende, la destrucción de su Imperio. Curó pronto de la herida, y reapareció en los campos de batalla más formidable que nunca, pero guerras sangrientas por el Oriente y el Norte no le permitieron volver a enviar fuerzas suficientes para triunfar del Egipto. En tanto estaba ocupado en los confines de la Siria, la Caldea, cansada del gobierno de Belibni, había llamado otra vez a Merodacbaladán. Éste, que esperaba un ataque inmediato, había tenido cuidado ante todo de prepararse auxiliares. La complicidad de cierto Mardukushézib le valió el apoyo de los arameos y dirigióse del lado de los elamitas. Pero Sennaquerib no dejó tiempo a sus rivales para ponerse de acuerdo, sino que cayó de impro viso sobre Mardukushézib y sobre Merodacbaladán. Los dos complices, arrollados y perseguidos hasta las marismas de la Caldea

1261 *Isaias*, XXVII, 14-16.

1262 *II Reyes*, XIX, 10-13.

1263 *II Reyes*, XIX, 32-36.

1264 Heródoto, II, CXLI; véase Maspero, *Les Empires*, págs. 279-295.

inferior, se refugiaron en Elam, donde el primero murió poco después. Sennaquerib, de vuelta de Babilonia, estableció en ella como rey a Assurnadiushumú, su hijo mayor. No obstante, la paz no estaba asegurada en tanto los vencidos se encontrasen todavía libres en la frontera. Resolvió, por tanto, cruzar el mar a su vez, y castigar a los arameos de suerte que no pudieran nada contra él en lo sucesivo, pero revueltas que estallaron al Noroeste le impidieron cumplir inmediatamente sus propósitos. Hubo de ir a arrojar a las tribus del monte Nipur a sus escondrijos[1265]. «Habían colgado sus habitaciones como nidos de pájaros, en ciudadelas inexpugnables, por cima de los montículos del país de Nipur, sobre altas montañas, y no se habían sometido. Dejé los bagajes en las llanuras del país de Nipur, con los honderos y los lanceros, y los guerreros de mis batallones incomparables; me planté delante de ellas como un pórtico de columnas, con los acarreos de los torrentes, con los trozos de las altas e inaccesibles montañas me hice un trono; allané una de las cimas para colocar sobre ella el trono y bebí el agua de aquellas montañas, el agua augusta, pura, para apagar mi sed. En cuanto a los hombres, los sorprendí en los repliegues de las colinas montuosas, los vencí, ataqué sus ciudades y, despojándolas de sus habitantes, las destruí, las demolí, las reduje a cenizas». Al otro lado de Nipur, se vio obligado a emprender una expedición contra los Dahæ, y contra los pueblos merodeadores de la Cilicia Traquea y de la Melitena. «Colgado en las alturas de las crestas inaccesibles, el rey Maniya, hijo de Butí, esperaba que viniera mi ejército. Había abandonado la ciudad de Ukkú, su capital, y había huído lejos. Sitié y tomé la ciudad de Ukkú, me llevé a sus moradores, arrebaté de la ciudad sus bienes, sus despojos, el tesoro de su palacio, lo guardé como buena presa. Ocupé treinta y tres ciudades de su territorio. Los hombres, las bestias de carga, los bueyes y los carneros los cogí de las ciudades que destruí, demolí y reduje a cenizas.»

La derrota de Merodacbaladán había tenido la resonancia correspondiente en el Elam. Los nobles, inquietos por la molicie de que Shutruknakhunta había dado pruebas en aquellas circunstancias, le habían encerrado en prisiones y sustituido por su hermano Kaludush. Sennaquerib, seguro ahora de una intervención elamita, resolvió acabar con los dos príncipes caldeos antes de que Kaludush estuviera en disposición de unírseles. Creíanse muy seguros en Nagitú, al abrigo del mar, en sus marismas. El asirio empleó un año entero en preparar una flota que pudiera lanzar su ejército de improviso a un lugar de la costa susiana. Como para ello no bastaban los marinos de la Caldea, se los proporcionó fenicios y griegos[1266]. Sus guerras frecuentes en la costa siria habían familiarizado a los asirios con la idea, ya que no con la práctica de la navegación. Como la soberanía por ellos ejercida sobre la Fenicia hacíales disponer de cantidad considerable de obreros hábiles y de buen número de los mejores marinos que había en el mundo, tendieron muy naturalmente a emplear fuerzas marinas tanto como terrestres en el engrandecimiento de sus dominios. Hemos visto que desde los tiempos de Salmanasar se habían aventurado en navíos, y, de acuerdo con los fenicios del continente, habían presentado batalla a las galeras de la Tiro insular. Probable es que el precedente establecido de tal suerte fuera seguido por los reyes posteriores, y que Sargón y Sennaquerib tuvieran, si no de manera permanente, al menos en ocasiones, el apoyo de una flota que operase en el Mediterráneo.

Pero había enorme diferencia entre servirse de marinos vasallos en parajes en que estaban habituados a navegar, y llevar al otro extremo del Imperio las fuerzas que hasta entonces no habían salido del Mediterráneo. Sennaquerib fue el primero que concibió la idea de tener una escuadra en los dos mares que bañaban su Imperio, y como en la costa occidental solamente tenía cantidad suficiente de obreros diestros y de marineros, resolvió trasportar de aquella costa a la oriental los fenicios necesarios para permitirle realizar su propósito. Los carpinteros de ribera de Tiro y de Sidón fueron conducidos, pasando la Mesopotamia, a las orillas del Tigris. Allí construyeron para el monarca asirio navíos semejantes a los suyos, que bajaron por el río hasta la desembocadura, y que sorprendieron a las poblaciones ribereñas del golfo Pérsico con la vista de un espectáculo hasta

1265 Estaban situadas no lejos del alto Tigris, cerca de Amida.

1266 Fr. Lenormant, *Les Origines de l'histoire*, pág. 11. Se trata probablemente de griegos de Chipre o de Cilicia.

entonces desconocido en sus aguas. Aun cuando los caldeos llevasen siglos navegando por aquel mar interior, no obstante, ni como marinos, ni como constructores era su habilidad comparable a la de los fenicios. Los mástiles y las velas, los espolones puntiagudos de las naves sirias, la doble fila de remos fueron probablemente novedades para los moradores de aquellas comarcas, cuando vieron por vez primera desembocar del Tigris una flota, con la que las suyas eran incapaces de luchar.»[1267]

Merodacbaladán y las gentes de Bit-Iakín lo habían prevenido todo para un ataque por tierra y habían reunido sus soldados a lo largo del Éufrates. La invasión marítima les sorprendió por completo. «Conduje cautivos a los hombres de Bit-Iakín, y a sus dioses, y a los servidores del rey de Elam. No dejé ni el menor resto en pie, y los embarqué en navíos y los llevé a las orillas opuestas; dirigí sus pasos hacia la Asiria, destruí las ciudades de aquellos distritos, las demolí, las reduje a cenizas, las cambié en desiertos y en montones de ruinas.» Volvió a Nínive con su botín, pero Khaludush, exasperado por la afrenta que representaba aquella invasión en su territorio, invadió la Caldea casi pisando los talones a las retaguardias asirias, y la rebelión vino con él. Assurnadinshumú, preso por sus súbditos, fue enviado a Susa, y su trono usurpado por cierto Nergalushézib, que salió inmediatamente a campaña (694). Consiguió al principio algunos triunfos, pero en 693 fue hecho prisionero cerca de Nipur. Sustituído por Mushézibmarduk, éste se defendió de manera tan valiente, con la ayuda de los elamitas, que Sennaquerib hubo de renunciar a sujetarle por el momento, y le dejó en paz (692). El resultado final del golpe de mano de Nagitú fue, pues, para la Asiria la pérdida momentánea de Babilonia. Las revoluciones del Elam le dieron pronto ocasión de tomar brillante revancha. La derrota de Nergalushézib había provocado general descontento en Susa. Kuturnakhunta aprovechó las circunstancias para destronar a Kaludush, como éste había destronado a Shutruknakhunta.

En cuanto Sennaquerib lo supo, cruzó la frontera por las cercanías de Durilú. «Treinta y cuatro grandes ciudades y las pequeñas de los alrededores, cuyo número es sin igual, las sitié y las tomé; llevéme a los cautivos, las demolí y reduje a cenizas; hice subir a los vastos cielos el humo de sus incendios como el de un soio sacrificio». La noticia de aquellos desastres desconcertó a Kuturnakhunta de modo extraño. Evacuó a Madaktú, donde se sentía en peligro, y retrocedió con todas sus milicias hacia la ciudad de Khaidali, en los distritos poco conocidos que bordeaban la Media, para preparar alí una resistencia desesperada al abrigo de sus montañas. En el momento en que Sennaquerib le iba a perseguir en su retiro, «estallaron tempestades violentas, llovió y nevó sin descanso, los torrentes y los riachuelos de la montaña se desbordaron». Prefirió renunciar a la empresa. Tres meses más tarde, Kuturnakhunta murió y, según costumbre del país, le sucedió su hermano Ummanminanú (692).

Quedó enredado desde sus comienzos, lo mismo que sus predecesores, en el engranaje de los asuntos caldeos. Mushézibmarduk le envió los tesoros de los templos babilónicos para tenerle de su parte en el momento del peligro. «Abrió el tesoro del gran templo piramidal; cogió el oro y la plata de Bel y de Zarpanit y de los templos, para dárselo a Ummanminanú, rey de Elam, que no tenía prudencia ni juicio, y le envió a decir: «Dispón tus tropas y reúne tu campo, marcha hacia Babilonia y fortalece nuestras manos, porque eres maestro en el arte de la guerra». El susiano llamó a todos sus feudatarios. Las tribus de Parsúas, de Anzán, de Elibi y del Éufrates inferior se le reunieron y se reconcentraron en Babilonia con los reclutas arameos de Mushézibmarduk. «Sus batallones se precipitaron, como enjambres de langostas en el campo. Cuando se presentaron a librar conmigo batalla, por cima de la tierra subió a los vastos cielos, a su paso, como una nube de tempestad próxima a estallar, el polvo de su marcha». La batalla se dio cerca de Khaluli, en el Tigris, no lejos de la confluencia de este río con el Turnat. «Ceñí a mi cabeza la tiara y la corona para el combate, cabalgué alegremente en mi carro terrible, el destructor de los enemigos; el corazón inflamado del deseo de venganza, cogí el arco poderoso que Assur me había dado y estreché entre mis dedos la maza destructora de vida. Contra el ejército entero de los infames rebeldes cargué audaz y

1267 G. Rawlinson, *The five great Monarchies*, t. II, págs. 171-172.

soberbiamente, me precipité como Adad». El general en jefe de los elamitas, Khumbaundash, cayó al primer encuentro, y su caída sembró el desorden en las filas de los aliados. Nabuzikiriskhún, hijo de Merodacbaladán, fue hecho prisionero. Ummanminanú y Mushézibmarduk huyeron sanos y salvos, pero la aristocracia caldea pereció casi entera en la batalla. Parece que los asirios consiguieron realmente la victoria, según de ello se vanaglorian, pero la pelea había sido tan dura y las pérdidas tan considerables que por ambas partes se suspendió la campaña de común acuerdo. Cada uno de los reyes volvió a su capital y las cosas quedaron próximamente en igual situación que antes de la batalla (690).

Sennaquerib volvió, no obstante, a la carga al siguiente año y la suerte le favoreció. Mushézibmarduk, reducido a sus propios recursos, no osó afrontar a los asirios en campo libre. Sitiado en Babilonia, rindióse después de muy ligera resistencia y Sennaquerib pudo disponer al fin de la ciudad que le desafiaba hacía tanto tiempo. Sus predecesores, fascinados por el prestigio que le daban su antigüedad y la santidad de sus religiones, la habían tratado siempre con suavidad. Exasperado por sus perpétuas rebeldías, ordenó la destrucción. «La ciudad y los templos, desde sus cimientos hasta los tejados, los derribé, los miné, los quemé; el muro, las fortalezas, las capillas de los dioses, las pirámides de ladrillos y de tierra, todo lo derribé, y cegué el gran canal con los restos». En uno de los santuarios violados descubrió las estatuas del dios Adad y de la diosa Shala, que el rey Mardukiddinakhé había cogido en la ciudad de Hékali, después de la derrota de Tiglatfalasar I, cuatrocientos dieciocho años antes, y el sello de Salmanasar I, consagrado por Adadbaliddina victorioso a los dioses de su patria. Aquellos recuerdos de pasadas derrotas, que venían a ser trofeos de una revancha brillante, fueron llevados a Nínive y reintegrados solemnemente a uno de los templos de Assur[1268]. Durante ocho años, Babilonia quedó sin rey y casi sin habitantes, bajo el mando de uno de los hijos del vencedor, Asarhaddón[1269]. Su ruina terminó triunfalmente la carrera militar de Sennaquerib. Por lo menos no se conocen más que dos expediciones, ambas bastante insignificantes, que puedan atribuirse a sus últimos años; una, dirigida contra los árabes, terminó con la sumisión de su rey Khazael; otra, que tuvo por escenario la Cilicia, se refirió a los griegos, que derrotó por tierra y por mar[1270].

En medio de aquellas guerras incesantes, se pregunta uno cómo tavo tiempo de pensar en la administración de su Imperio y en la construcción de templos o de palacios. No obstante, es quizá de todos los reyes de Asiria el que nos ha legado más monumentos. Gracias a su prodigalidad, gracias también a los numerosos prisioneros que arrebató de su país natal y que llevó a trabajar en sus edificios, el arte asirio adquirió en su reinado un desarrollo extraordinario y excedió a cuanto hasta entonces se había imaginado. «El carácter más sorprendente de la ornamentación que adoptó es un realismo vigoroso y muy acentuado. En su tiempo se adoptó la costumbre de completar cada escena con un fondo semejante al que existía en el tiempo y en el lugar del suceso representado. Las montañas, las rocas, los lagos fueron representados regularmente, y los artistas se ingeniaron para reproducir los lugares tal y como eran, con tanta verdad como la habilidad del artista y la naturaleza de los materiales lo permitían. En aquellos ensayos no se limitaban a reproducir los caracteres principales y las grandes líneas de la escena. Evidentemente, se quería abrazar todos los pequeños accesorios que la vista atenta del artista habría notado, de haber trazado su dibujo copiando la Naturaleza. Las diferentes especies de árboles están indicadas en los bajorrelieves; los jardines, los campos, los estanques, los juncos dibujados con esmero; los animales silvestres, ciervos, jabalíes, antílopes representados con sus signos característicos; los pájaros vuelan de uno a otro árbol, o están encima de sus nidos, las crías alargan sus cuellos hacia ellos; los peces discurren por el agua;

1268 Maspero, *Les Empires*, págs. 295-309.

1269 Según Polyhistor, Sennaquerib habría dado la corona de Babilonia a su hijo Asordanés (Polyhistor, *apud* Eusebio, *Crón.*, *arm.*, 1, 5), que no sería otro que Esarhaddón (Budge, *The History of Esarhaddon*, pág. 2).

1270 Beroso, en Alejandro Polyhistor, *apud* Eusebio, *Crón. arm*., ed. Mai, pág. 19. Otro fragmento, conservado por Abydeno, habla de un Pitágoras que habría estado al servicio del rey de Asiria, y que, contra toda verosimilitud, se suponía haber sido el filósofo.

los pescadores hacen su oficio; los bateleros y los trabajadores del campo se dedican a sus faenas, la escena está, por decirlo así, fotografiada, y todos los pormenores, los de menos como los de más importancia, están igualmente marcados, sin que se haya tratado de elegir entre ellos o de perseguir la unidad artística.

«Con el mismo espíritu realista, Sennaquerib eligió, como tema para la decoración, las escenas triviales de la vida diaria. Las largas filas de servidores que pasaban a diario por su palacio con caza para su comida, pasteles y frutas para su postre, tienen todavía en las paredes de los corredores la apariencia exacta que tenían en el tiempo en que pasaban a través de los patios cargados con los manjares que al rey agradaban. En otro lugar expone a nuestra vista los procedimientos empleados para la talla y el trasporte de un toro colosal, desde el momento en que se extrae de la cantera el enorme bloque desbastado hasta aquél en que se coloca en el montículo artificial que sirve de apoyo a la residencia real, para decorar la puerta monumental de la misma. Se ve primero a los cargadores que llevan por la corriente de un río la piedra sin labrar colocada en una barca de fondo llano; van agrupados en pelotones, a las órdenes de capataces que usan el palo al más pequeño descuido. La escena ha de representarse completa, y así figuran todos los cargadores, en número de trescientos, vestidos cada uno al uso de su país, y esculpidos con tanto cuidado como si no fueran la reproducción exacta de otros noventa y nueve. Luego es desembarcado el bloque de piedra y tallado *grosso modo* en forma de toro; hecho esto, se le carga en un trineo, y compañías de obreros, colocados aproximadamente de igual manera que antes, le llevan por un terreno llano hasta el pie del montículo en que ha de ser colocado. La construcción del montículo está representada con pormenores: los tejeros hacen los ladrillos en la base, mientras que albañiles, con la espuerta a la espalda llena de tierra, de ladrillos, de piedras o de escombro, suben penosamente porque ya está el montículo a media altura y vierten su carga. Entonces el toro, siempre colocado en su trineo, es subido hasta la cumbre, a lo largo de un plano inclinado, por cuatro escuadras de peones, en presencia del monarca y de su séquito. Después de lo cual se le acaba de esculpir. El coloso, de pie, es conducido por la plataforma hasta el sitio exacto que ha de ocupar.»[1271]

De todas las ciudades del Imperio, Nínive fue la que más le plugo embellecer. Abandonada por Sargón y decaída del rango de capital, se había despoblado rápidamente. Sus murallas tenían brechas en más de un sitio, sus acueductos estaban rotos. El Tigris, mal encauzado entre sus muelles, la amenazaba con sus desbordamientos. En cuanto al palacio, ya no era más que una ruina. «El patio de las dependencias, los reyes, mis padres y predecesores, lo habían edificado para dejar en él los bagajes, para domar los caballos, para llenarlo de utensilios. El suelo no se prestaba ya para que fuera habitado; la bóveda esculpida estaba destruida por el tiempo, la clave había cedido; las hiladas de piedra se habían derrumbado, el remate estaba torcido». Devolvió a aquellos edificios desolados su antiguo esplendor, recorrió los acueductos cegados e hizo otros nuevos, reforzó los muelles del Tigris, rectificó el recinto, restauró los monumentos. «He reconstruido las calles viejas, he ensanchado las estrechas y he hecho la ciudad entera resplandeciente como el sol». El antiguo serrallo cayó al suelo y quedó una gran colina artificial levantada con sus restos, «luego, en un mes dichoso, en el día afortunado, construí según el deseo de mi ánimo, por cima de aquella cimentación, un palacio de alabastro y de cedro, producto de la Siria, y su torre del homenaje, en el estilo de la Asiria... Le restauré y le completé, desde los cimientos al caballete del tejado, luego puse en él la consagración de mi nombre. A aquél de mis hijos que, en los días venideros, será llamado a la guarda del país y de los hombres por Assur e Ishtar, dije esto: ¡Este palacio envejecerá y se caerá en la serie de los días! ¡Que mi sucesor alce de nuevo sus ruinas, que restaure las líneas que contienen las escrituras de mi nombre! ¡Que retoque las pinturas, que limpie los bajorrelieves y vuelva a colocarlos en su sitio! Entonces Assur e Ishtar oirán sus ruegos. Pero al que altere mi escritura y mi nombre, que Assur, el gran dios, el padre de los dioses, le trate como rebelde, que le quite el cetro y el trono, que abata su espadas.» El porvenir, y un porvenir cercano, se encargó de

1271 G. Rawlinson, *The five great Monarchies*, t. II, págs. 181-183.

desmentir las promesas de eternidad que encerraban aquellas palabras orgullosas: entre la dedicatoria del palacio y su destrucción irreparable no se cuentan más de ochenta años[1272].

Terminó el reinado con una tragedia. Un día que Sennaquerib oraba en la casa de Nisroch, su Dios, «ocurrió que Adrammelech y Sharézer, sus hijos, le mataron con la espada.»[1273] Los asesinos no aprovecharon el crimen. Sharézer ciñó inmediatamente la corona, y una mitad del ejército le reconoció, así como las provincias del Norte, pero su hermano mayor, Ashshurakhéiddin (Asarhaddón), nacido de una babilonia, fue aclamado por las tropas de Armenia que mandaba, y le deshizo al otro lado del Éufrates, en Khanigalbat. Según unos, Sharézer pereció en el combate, según otros, escapó con su hermano y se refugió en Armenia[1274]. Su rebelión habría podido tomar otro giro si las provincias babilónicas se hubieran declarado en su favor y contra su hermano. Pero Asarhaddón tenía por madre una babilonia, y había siempre tratado a sus semi-compatriotas con benevolencia mientras fue príncipe heredero. La Mesopotamia no se movió, por tanto, y su fidelidad facilitó la represión. Una vez afirmado en el trono, Asarhaddón quiso recompensarla y se decidió a reconstruir Babilonia. No tomó resolución tan grave sin haberlo pensado largo tiempo. Sennaquerib, al destruir la ciudad, no había cometido un acto de salvajismo irreflexivo, había hecho o creído hacer sana política. Había suprimido a la rival cuyo poder era tanto como el de la Asiria hacía siglos, y que le impedía dominar el valle entero del Tigris y del Éufrates. ¿No era restablecer la situación que aquel rey había resuelto tan radicalmente y tornar a poner en peligro a Nínive, resucitar a Babilonia? Asarhaddón creyó que el castigo decretado por su padre daría sus frutos, y realmente Babilonia parecía considerar el desastre de que fue víctima como un castigo de Marduk por sus insurrecciones perpétuas contra sus dueños asirios. El dios había desencadenado contra ella los poderes maléficos, y el Arakhtú[1275], desbordándose entre las ruinas, la había barrido. Por espacio de diez años había reinado la soledad en el sitio maldito. Y he aquí que al undécimo la cólera de los dioses se apaciguó de pronto. Asarhaddón suplicó a Shamash, a Adad, al mismo Marduk que le revelasen sus deseos respecto a la ciudad, y los adivinos consultados le dieron muy pronto por respuesta la orden de reedificar las casas y de volver a levantar el templo de Esagila.

Reunió, por tanto, a todos los prisioneros de guerra de que podía disponer y los dedicó a fabricar ladrillos. Hizo en seguida las excavaciones para los cimientos, y en ellas vertió libaciones de aceite, de miel, de aguardiente de palma y diversas clases de vino, luego cogió él mismo la paleta de albañil, y con herramientas de ébano, de ciprés y de encina fabricó el primer ladrillo para el nuevo santuario (680). La obra era colosal y exigió varios años (680676) de labor no interrumpida para llegar a término. Asarhaddón no perdonó nada para acabar pronto, ni oro, ni plata, ni piedras duras, ni esmaltes. Reconstruyó todo a un tiempo, los palacios, los templos y las dos murallas de la ciudad, Imgurbel y Nimittibel, limpió el lecho de los canales, replantó los bosques sagrados y los jardines del harén. Los habitantes fueron repatriados a expensas del tesoro de las provincias lejanas donde habían sido desterrados, y se les devolvieron sus propiedades, con una indemnización que les permitió vencer las dificultades del primer momento. El renacimiento de la ciudad despertó inquietudes y celos entre sus vecinos. Ya en el año 680, los caldeos se sublevaron a las órdenes de Nabuzirukinishlishir, pero sorprendido éste en sus posiciones por el prefecto de Urú, huyó al Elam, donde Khumbankhaldash II había sucedido a Khumbankhaldash I, pocas semanas antes de la muerte de Sennaquerib. El elamita, en lugar de hacerle buena acogida, le aprehendió y degolló, para evitar todo motivo de conflicto con la Asiria (679).

1272 Maspero, *Les Empires*, págs. 309-320.

1273 *II Reyes*, XIX, 37.

1274 Moisés de Khorena, *Hist. Arm.*, t. I, pág. 31. Los fragmentos mutilados del único relato que nos ha sido conservado de esta guerra, muestran al rey corriendo sin detenerse del Sudeste al Noroeste del Imperio para alcanzar a los rebeldes y acabar con ellos, antes de que el alzamiento pudiera llegar a las provincias del centro y a la Siria.

1275 Así se llamaba el gran canal que regaba Babilonia.

Aquel suceso, tan pronto terminado, no dejó por eso de tener consecuencias funestas. Era la primera vez, desde que subió al trono Tiglatfalasar, que las revueltas casi inevitables que acompañan a un cambio de dinastía llevaban a la guerra declarada. El gran ejército de Sargón y de Sennaquerib se había deshecho y las dos fracciones en que se había dividido, mandadas como estaban por generales experimentados, habían sufrido más al combatirse que hubieran padecido durante toda una campaña contra sus habituales enemigos. Y esto ocurría después de una serie de esfuerzos que habían agotado ya la población, en el momento en que enemigos de refresco aparecían por todas partes en escena y amenazaban el Imperio por el Norte y por el Este. Muy lejos, en dirección al Norte, más allá de los ríos de la Armenia y de los picos del Cáucaso, en las estepas del continente europeo, vivían tribus salvajes, los Gimirri, que los griegos han conocido bajo el nombre ligeramente alterado de cimerianos. Las leyendas que corrían acerca de ellos los representaban como relegados en los confines del Universo: «Nunca el sol brillante los alcanza con sus rayos, ni cuando sube al cielo, ni cuando baja del cielo hacia la tierra, sino que funesta oscuridad se extiende siempre sobre aquellos miserables mortales.»[1276] Animales fabulosos, grifos con cuerpo de león, cuello y orejas de zorro, alas y pico de águila, vagaban alrededor de sus campamentos y a veces los asaltaban. Defendíanse como podían a hachazos y no siempre salían con bien de aquellos encuentros. Los pocos mercaderes que penetraban en su país contaban cosas menos fantásticas acerca de la naturaleza del suelo que habitaban, pero empezaban tan sólo a mantener relaciones con el mundo mediterráneo, cuando circunstancias imprevistas los obligaron a emigrar.

Los escitas, arrojados de las llanuras del Yaxartes por una invasión de masagetas, se precipitaron en dirección al Volga y al Don. El terror que inspiraban era tal, que los cimerianos prefirieron expatriarse antes que hacer frente a su acometida (750). Una tradición, vulgar en Asia tres siglos más tarde, contaba que sus reyes les suplicaron que resistieran a los agresores, que habiéndose negado el pueblo a escucharles, matáronse unos a otros, ellos y sus fieles, y se enseñaban todavía sus sepulturas en las orillas del Tyras[1277]. Algunas de las tribus se refugiaron en el Quersoneso Taúrico: el mayor número cruzó las marismas Meótidas y se dirigió al Sur, a lo largo de la costa, perseguido por hordas escitas. Aquella masa heterogénea, cayendo en la cuenca del Cyrus, tropezó con el Urartú, luego se volvió al Sudeste contra el Mannai. Rechazada por los generales de Sargón en 720, dirigióse a otras comarcas peor defendidas. Los escitas se establecieron en el valle oriental del Araxes, en las fronteras del Urartú y del Mannai, y formaron una especie de comunidad dedicada al merodeo, en lucha incesante con sus vecinos[1278]. Los cimerianos caminaron hacia Occidente y se escalonaron en el Éufrates superior, así como en los valles del Halys y del Thermodón, con gran daño de los soberanos del Urartú. Siguieron de allí al Asia Menor, y evitando llegarse a las fronteras del Tauro, demasiado bien guardadas por los asirios, se apoderaron de Sinope, donde los griegos habían fundado recientemente una colonia[1279]; luego se precipitaron sobre la Frigia. Allí encontraron bandas que habían cruzado el Bósforo de Tracia por el año 710, y entre las cuales los historiadores antiguos citan más especialmente a los treres[1280]. Los dos pueblos se unieron y fusionaron durante los primeros años del siglo VII, y al principio no atacaron la Frigia, pero ocuparon la costa desde la desembocadura del Rhyndakos a la del Halys, y fundaron una

1276 *Odisea*, IX, 14-19. Éforo aplica este pasaje a los cimerianos de su tiempo que habitaban en la Crimea, y lo razona diciendo que eran un pueblo de mineros que vivían constantemente bajo tierra. (*Fragm*. 45, en Müller-Didot, *Fragmenta Historicorum Græcorum*, t. I, página, 215).

1277 Heródoto, IV, XI-XII. La versión de Aristeas de Proconneso, tal como la ofrecen Heródoto (IV, XIII, y Damasto de Sigeo (Müller-Didot, *Fragmenta Historicorum Græcorum*, t. II, pág. 65) presenta las cosas de manera más complicada: los arimaspes habrían perseguido a los isedones, que empujaron a los escitas contra los cimerianos.

1278 Son los Ashkuzai o Ishkuzai de las inscripciones asirias, según ha demostrado Winckler (*Altorientalische Forschungen*, t. I, páginas, 187-188).

1279 Heródoto, IV, XII. Escimno de Chios, 941-952, en Müller-Didot, *Geographie Græci Minores*, t. I, pág. 236.

1280 Estrabón dice que los treres eran a la vez cimerianos (XIV, I, § 40, pág. 647) y tracios (XIII, I, § 8, pág. 386).

confederación cuyas ciudades principales fueron Heraclea y Sinope[1281]. De allí salían todos los años para caer sobre los países vecinos, tan pronto en una dirección como en otra[1282].

Parece que Sharézer contaba con su apoyo para luchar contra su hermano. En todo caso, aprovecharon las revueltas a que su crimen dio ocasión para tantear las fuerzas de los asirios. Su rey Tiushpa expulsó a las guarniciones que había en Capadocia y agrupó a su alrededor las poblaciones indisciplinadas de la llanura cilicia. Asarhaddón le detuvo en el Saros, le derrotó cerca de Khubushna y le rechazó al otro lado del Halys[1283]. Mientras que sus generales terminaban de poner orden por aquel lado, él mismo trabajaba para reprimir las ligeras agitaciones que la noticia de la invasión cimeriana había suscitado en toda la Siria. Deshizo sucesivamente a las gentes de Parnaki entre el Éufrates y el Balikh, luego a las de Cilicia y la Fenicia. Abdimilkot, rey de Sidón, había hecho tratos con cierto Sanduarri, que poseía las dos fortalezas de Kundú y de Sizú en Cilicia[1284]. Fueron presos uno y otro, y Sidón entregada a la furia de los soldados. Los demás príncipes de la Siria, convocados apresuradamente, presenciaron el castigo de la ciudad rebelde, y después de haber ofrecido su homenaje al soberano, volvieron a sus Estados, convencidos de que la Asiria no había perdido nada de su fuerza (679).

La desventura de los cimerianos no sirvió de enseñanza a los escitas. El año 678, su rey Ishpakai[1285] se alió con los Mannai y probó suerte con ellos. Fue rechazado con pérdidas al Norte del lago de Urumiyeh, pero aquel fracaso no fue bastante grave para acabar con las intrigas escíticas, y otro jefe de hordas, Kashtariti, trató de reunir a los medos, a los urartianos, a los mannai y a los cimerianos contra la Asiria. El casamiento de una hija de Asarhaddón con un tercer reyezuelo escita llamado Bartatúa[1286] acabó con las inteligencias e impidió que la coalición se hiciera. Fue precisa, no obstante, activa vigilancia para ir deshaciendo los manejos de Kashtariti, y dos veces por lo menos Asarhaddón hubo de acudir a sofocar, al fondo de la Media, rebeliones que habían ocasionado. «El país de Patusharra está situado entre los medos lejanos y comprendido en el Bikni, montaña de cristal, cuyo suelo no había pisado ninguno de los reyes mis padres.» Dos de sus jefes, Sidirparna y Eparna, cuyos nombres parecen asirios, fueron conducidos como esclavos. Un poco más tarde, otros tres príncipes vecinos, Uppiz, dueño de la ciudad de Partakka, Zamasana de Partukka, Ramatiya de Urakazabarna, imploraron el perdón. Las fronteras medas gozaron de honda paz hasta el final del reinado. El gobernador de Kharkhar, de quien dependían, no tuvo ya que reprimir más que actos insignificantes de bandidaje.

La restauración de Babilonia no había acabado sin producir algunas complicaciones nuevas. El mismo sentimiento de envidia que había puesto las armas en manos de los caldeos tres años antes, sublevó a las gentes de Bit-Dakkurí en 676. Cuando les fue preciso restituir a los babilonios venidos del destierro las tierras de que se habían apoderado, se negaron enérgicamente. Para triunfar de su mala voluntad, Asarhaddón hubo de deponer a su rey Shamashibni y sustituirle por Nabushalim, hijo de Belésys. Quizá los arameos del desierto y las tribus árabes que merodeaban entre el Éufrates y la Siria, se habían comprometido con el príncipe de Bit-Dakkurí, o quizá habían aprovechado las guerras del Norte para hacer incursiones más salvajes que de ordinario. Ya a fines de su reinado, Sennaquerib, para castigar a uno de los jefes de Kédar, Khazael de Adumú, habíase

---

1281 Arriano hablaba de su estancia a orillas del Sangarios, en el país de los mariandinianos (*Fragm*. 47, en MüllerDidot, *Fragmenta Historicorum Græcorum*, t. III, pág. 595).

1282 Su Imperio ha sido definido muy exactamente por Fréret en el siglo XVIII, *Mémoire sur les Cimmériens*, en las *Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, 1745, t. XIX, pág. 609.

1283 Khubushna es quizá la Kabessos de los geógrafos griegos y latinos.

1284 Kundú es la ciudad que los geógrafos clásicos llaman Kuinda (Estrabón, XIV, 5, § 10, 617) entre Tarso y Anazarbe.

1285 Este nombre, cuyo aspecto es iranio, parece tener la misma raíz que el medo *Spakô* que significaba *perra* (Heródoto, I, CX.)

1286 Probablemente el Protothués de Heródoto, I, CIII.

llevado las estatuas de Atar-Samain y de los otros dioses de la tribu. La pérdida de sus ídolos había afligido de tal modo a los árabes, que al principio del reinado de Asarhaddón, Khazael había venido en persona a Nínive y había pedido humildemente la restitución. «Tuve lástima de él, dice el asirio, mandé reparar sus dioses, y en ellos inscribí el elogio de Assur, mi dueño, acompañado de mi firma, y se los devolví». Los árabes pagaron bastante cara aquella concesión. Se les impuso por reina a Tabuya, que se había criado en el palacio de Nínive y cuya devoción a la política asiria era manifiesta. El tributo pagado antes a Sennaquerib se aumentó en sesenta y cinco camellos. Era el rescate de los ídolos. Muy pronto se presentó ocasión de hacer todavía más pesadas las cargas que sufrían los habitantes del desierto. Khazael murió, y un jefe sin importancia, llamado Wahab, aspiró a sucederle. Sabido lo cual, Asarhaddón le hizo prender y coronó a Yatelú, hijo de Khazael; luego, para resarcirse de los gastos de la expedición, obligó a su protegido a entregar anualmente al tesoro diez minas de oro, mil rubíes y cincuenta camellos de la especie más estimada. Había confirmado de esta suerte su supremacía en la parte de la Arabia que separaba a Babilonia de Damasco. En 675 se aventuró más al Sur, pero las arenas detuvieron su marcha.

Contentóse con anexionar el país de Bazú, «cuya situación es lejana, un lugar de agotamiento, una región en que se desfallece, una comarca en que reina la sed», y el de Khazú, en el que mató ocho reyes. «Arrastré a Asiria sus dioses, sus despojos, sus tesoros y sus súbditos. Layalé, rey de Yadiah, se había sustraído a mi dominación. Cuando supo el rapto de sus ídolos, compareció ante mí en Nínive, la ciudad de mi realeza, se inclinó en mi presencia, y le perdoné su pecado, le acogí con benevolencia. En cuanto a sus dioses, escribí por bajo de sus imágenes los elogios de Assur, mi dueño, los llevé y restituí; luego le confié aquel país de Bazú y le ordené que pagase tributo a mi realeza.»[1287] La novedad no era el único mérito de estas hazañas. La sumisión de aquellas tribus tenía por resultado impedir los saqueos que realizaban en la Caldea y abrir a las caravanas el camino más directo entre Babilonia y Damasco. Completó felizmente la obra de pacificación emprendida en las fronteras. Asarhaddón había vencido a los cimerianos y a los escitas, sofocado las turbulencias de Babilonia, mantenido buenas relaciones con el Elam, pacificado la Arabia. Era libre en aquel momento para consagrar toda su atención al Egipto, cuyas intrigas le inquietaban mucho tiempo hacía.

Los asirios en Egipto, Taharqú (692-666); conquista del Egipto por Asarhaddón (670); Assurbanabal (667-625?); conquista del Elam.

Después del desastre de Altakú y de la catástrofe de Sennaquerib, Shabitkú se había mantenido siempre a la defensiva, se había encerrado en las fronteras del Egipto y luchado enérgicamente para dominar a los príncipes del Delta. Pero sus esfuerzos no habían prevenido la catástrofe, pues el príncipe que entonces reinaba en Gebel Barkal le atacó, le hizo prisionero y le mató[1288]. Los barones prestaron homenaje al vencedor, y el más importante de ellos, Estefinatés, que mandaba en Sais y en Menfis, reconoció por señor al etíope (692). Taharqú mandó venir de Napata a su madre, a la que dio el título de gran regente, señora de los dos países, dueña de todas las naciones. Descendía probablemente de los primeros profetas de Amón, y le había trasmitido los derechos que tenía a la corona. Legitimaba, por tanto, su propia usurpación prodigándole tantos epítetos pomposos[1289]. La antigüedad clásica admitió sus títulos a la gloria del conquistador. Una

1287 Maspero, *Les Empires*, págs. 348-360. Los países de Bazú y de Khazú son muy ciertamente Buz y Khuz de la Biblia, *Génesis* XXII, 21; *Jeremías*, XXV, 32). Su emplazamiento ha de buscarse al Sudeste de las montañas del Horán, en las regiones exploradas recientemente por Huber.

1288 Manetón, ed. Unger, pág. 251.

1289 E. de Rouge, *Sur quelques monuments du règne de Tahraka*, en *Mélanges d'archéologie égyptienne et assyrienne*, t. I, pág. 82, y en *Inscriptions hiéroglyphiques*, lámina LXXIV; S. Birch, *Monuments of the reign of Tirhakah*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. VII, pág. 199; Petrie, *Tanis*, t. II, págs. 29-30; lám. IX,

tradición, en boga en la época greco-romana, aseguraba que había recorrido el África entera desde el mar Rojo a las columnas de Hércules[1290]. Sus retratos le representan con cabeza grande, cuadrada, carrillos abultados, boca bien dibujada, barbilla terca, y lo que sabemos de su historia confirma la impresión de vigor físico y moral que nos producen. Es cierto que, en cuanto se posesionó del Delta, siguió con atención lo que ocurría al otro lado del istmo. No tenemos, es verdad, indicación alguna respecto a la política que siguió con respecto a la Judea, pero podemos estar seguros de que contrarió a la Asiria, porque Asarhaddón resolvió, en cuanto se vio libre en otras partes, acabar definitivamente con el Egipto. Hacía medio siglo que las dos naciones se encontraban a intervalos y no cesaban nunca de observarse, y los asirios habían tenido más de una ocasión de notar que Faraón no era quién para tenérselas tiesas con ellos. Los ejércitos de Egipto y aun los de Etiopía, por valientes que fueran, tenían un armamento y una táctica demasiado antiguos para medirse con ventaja con los batallones ninivitas, aguerridos al contacto con las naciones más vigorosas del Asia, los elamitas, las gentes del Urartú, los medos, los cimerianos, los escitas. Su principal defensa era la región casi sin agua que separa la Filistea y la Judea del Delta. Si se conseguía hacer cruzar aquel desierto inhospitalario a un ejército numeroso, Menfis sería presa tan fácil como lo había sido Babilonia.

Asarhaddón se preparó, pues, metódicamente para la lucha. En 675 había pacificado el Milukhkha y atraídose a los nómadas del desierto idumeo, para no ser inquietado en el paso de las soledades, pero una operación de los elamitas le detuvo. Khumbankhaldash II había cruzado el Tigris y saqueado la llanura hasta Borsippa, sin que las guarniciones pudieran impedir los daños causados. Por dicha murió de repente pocos días después de su vuelta a Susa, y su hermano Urtaki tuvo demasiado que hacer con afirmarse en el trono para querer reanudar las hostilidades (674). Asarhaddón dirigióse, pues, contra el Egipto, pero aquel primer ataque fracasó, y Taharqú concibió grande orgullo por haber salido con bien de aquel lance. Como muchas de las comarcas en que dominaba su enemigo figuraban entre las que sus antepasados tebanos dominaron en otros tiempos, adornó el pedestal de su estatua con una lista de naciones y de ciudades copiadas de los monumentos de Ramsés II. Los hititas, los mitanni, Gargamish, Arvad, figuran juntamente con Assur. Era pura fanfarronada, porque jamás puso los pies en Asia, pero su victoria le creó aliados entre aquellos de los pequeños Estados sirios que todavía alimentaban la esperanza de recobrar su independencia. Tiro no había reconocido nunca la autoridad de la Asiria desde los días de Elulæos, pero sólo conservaba su isla. Su rey Baalú juzgó adecuadas las circunstancias para recuperar la parte del continente que entonces había perdido, e hizo alianza con Taharqú. Los gobernadores asirios de Fenicia declararon inmediatamente el bloqueo y levantaron en la costa una serie de reductos que impidieron el desembarco de los tirios (672), pero Asarhaddón no acudió a socorrerlos tan pronto como ellos esperaban. Un alzamiento en el valle del alto Tigris, en el cantón de Shupria, le ocupó todo el año 672, y hubo de pasar el 671 completo observando los movimientos de los pueblos que bordeaban la frontera septentrional, los tabal, el Urartú, los escitas.

Finalmente, en 670 abandonó Nínive en los primeros días del mes de Nisán. Inspeccionó al paso el cuerpo de ejército que hacía frente a Baalú, luego avanzó hasta Afek, en el territorio de la antigua tribu de Simeón y recorrió el Milukhkha para asegurarse la retirada. Después de una incursión de seis semanas en parajes sin agua, «infestados de monstruos extraños y de serpientes de dos cabezas», se replegó sobre Rafia, y, siguiendo la costa, llegó a la frontera del Egipto. El 3 de Tammuz derrotó a las vanguardias etíopes cerca de la aldea de Ishkupri. Taharqú, que había acudido con el grueso de sus fuerzas, dio y perdió dos batallas sangrientas el 16 y el 18 de Tammuz. Menfis abrió sus puertas el 22, después de unas horas de asalto, y fue saqueada. Los etíopes, diezmados, huyeron en dirección a Tebas. El asalto había sido tan rápido, que Taharqú no tuvo tiempo de alejar su corte, y la reina, las concubinas, el príncipe heredero Ushanahorú, varios otros hijos del mismo

---

núm. 162.

1290 Estrabón, XV, 1, § 6, que parece haber tomado el dato de Megástenes.

rey, parte de la familia de Sabacón y de la de Shabitkú cayeron en manos de los asirios. La victoria había costado tan cara, y los etíopes, aun en retirada, parecían todavía tan temibles, que Asarhaddón renunció a perseguirlos. Acogió bien a los pequeños príncipes cuando acudieron a rendirle homenaje, confirmó a cada uno en la posesión de sus dominios, pero instaló a su lado residentes asirios para vigilarlos, y varió los nombres egipcios de sus ciudades por otros semíticos. Así Athribis se llamó oficialmente Limirpatéshiassur. Les impuso una contribución anual de seis talentos de oro y seiscientos de plata, a más de telas de hilo y tejidos preciosos, vino, pieles de animales silvestres, caballos, carneros, asnos, luego volvió a Asia a la cabeza de un convoy inmenso de botín y de prisioneros.

Su regreso fue un perpetuo triunfo. Hizo ostentación en todos los caminos y en todas las ciudades sirias de aquellas bandas de egipcios y de etíopes en cuyo valor los príncipes y los pueblos habían fundado tan vanas esperanzas tantos años hacía. Grabó una estela conmemorativa de su proeza en Nahr el Kelb al lado de las que dejara allí Ramsés II, y erigió en todas partes monumentos, uno de los cuales, descubierto en Sindjirli, nos muestra a Taharqú y a su aliado Baalú arrodillados ante él, con el anillo de servidumbre en las narices. Intitulóse en adelante rey de Egipto, rey de los reyes de Egipto, rey de Said y de Kush, tanto orgullo le produjo haber dominado los principados del Delta. Y realmente, el Egipto era el único de los antiguos Estados orientales que hasta entonces hubiera desafiado constantemente los ataques de la Asiria. Los elamitas habían sufrido tremendas derrotas, a consecuencia de las que habían perdido varias de sus provincias. Las gentes del Urartú habían sido recluídas en sus montañas. Babilonia fue destruida, los hititas, los fenicios, Damasco, Israel quedaban absorbidos unos tras otros. El Egipto, que los había alentado en sus resistencias inútiles, jamás había sufrido el castigo de sus intrigas, y aun cuando se había arriesgado en los campos de batalla de Palestina, había salido bien de la aventura. Una vez vueltos sus ejércitos a las orillas de su Nilo, nadie había osado ir a perseguirlos, y había arraigado la idea tanto entre sus amigos como entre sus enemigos de que el desierto le protegía eficazmente contra todos los ataques. Los hechos probaron que no era menos vulnerable que los demás reinos de este mundo, y que un ataque audaz arrollaba fácilmente todos los obstáculos colocados por la Naturaleza en el camino del invasor. Era menos difícil conquistar el Egipto que conservarlo después de conquistado[1291].

Asarhaddón es una de las figuras más originales y atractivas de la historia de Asiria. Activo y resuelto, lo era tanto como Assurnazirabal o Tiglatfalasar, pero no unía a estas cualidades ni su dureza con los súbditos, ni su ferocidad con los vencidos. Aprovechaba la ocasión de ser clemente con tanto cuidado como sus predecesores buscaban la de mostrarse implacables. Los relatos de sus guerras no hablan incesantemente de cautivos degollados vivos, de reyes empalados ante la puerta de sus ciudades, de poblaciones enteras diezmadas por el hierro. Se dedicó en todas partes a levantar las ruinas con que su padre y su abuelo habían cubierto el suelo. Ya el año primero de su reinado había reconstruido Babilonia. Aparte de este trabajo enorme, consagró en Assur y en Acad treinta y seis santuarios «recubiertos con láminas de oro y de plata y resplandecientes como la luz». El palacio que él se levantó en Nínive, en el emplazamiento de un antiguo guarda-muebles, excedía a cuanto hasta entonces se había visto. Las canteras de alabastro de los montes Gordianos y los bosques fenicios habían sido puestas de igual modo a contribución para artesonar los salones. Treinta y dos reyes de los hititas y de la costa mediterránea enviaron a Nínive troncos de pino, de cedro, de ciprés cortados en grandes tableros. Los techos eran de cedro esculpido, apoyados en columnas de ciprés con anillos de plata y oro; en las puertas se alzaban leones y toros de piedra. Las puertas eran de ébano y de ciprés, con incrustaciones de hierro, plata y marfil. El palacio de Babilonia está destruído por completo, y el que se empezó en Kalakh con el botín de Egipto no se acabó nunca. El espectáculo de las largas avenidas de esfinges que precedían a la entrada de los templos de Menfis habían impresionado vivamente a los conquistadores. Asarhaddón imitó a los

1291 Maspero, *Les Empires*, págs. 360-376.

vencidos, y unió las esfinges con los toros y los leones que adornaban la entrada de sus edificios. La construcción siguió por espacio de tres años. El cuerpo del edificio estaba acabado, pero la ornamentación bosquejada apenas, cuando acontecimientos todavía mal conocidos, obligaron a los arquitectos a interrumpirla. Parece que el cariño que siempre había mostrado el rey a Babilonia inspiró inquietudes a las personas de su corte. ¿Temieron sus oficiales asirios que eligiera por sucesor al hijo que había tenido de una de sus mujeres babilonias, Shamashshumukín? Armaron complot en favor de otro de sus hijos cuya madre era ninivita, Assurbanabal, y, descubierta la conspiración, costó la vida a varios de ellos (669), pero obligó al rey a reflexionar. Convencido de que era imposible mantener a Nínive y a Babilonia mucho tiempo bajo la autoridad de un mismo príncipe, se resolvió a dividir su Imperio, para dar la Asiria a Assurbanabal, y la Babilonia a Shamashshumukín bajo la soberanía de su hermano. La manera mejor de asegurar la ejecución de sus deseos era realizarlos él mismo. Las rebeldías que estallaron de pronto al otro lado del istmo le dieron de pronto ocasión para ello.

Los veinte pequeños principados en que se había desmembrado el Egipto no habían todos aceptado la dominación de Asiria en 670. El gran feudo teocrático de Tebas había permanecido virtualmente bajo la autoridad de la Etiopía, y las baronías del Egipto medio, Tinis, Siut, Hermópolis, Heracleópolis, a las que no había alcanzado la invasión, habían admitido muy superficialmente la soberanía del nuevo dueño. Sólo los señores del Delta, que vivían en contacto perpétuo con las guarniciones extranjeras, podía considerarse que obedecían realmente a la Asiria, pero su genio inquieto y turbulento hacía muy dudosa su fidelidad. Dos familias se disputaban la hegemonía: una al Oriente, representada entonces por Pakrurú, jefe del nomo arábico; otra al Occidente, que descendía en línea recta de Bocoris. Estefinatés, príncipe de Sais y de Menfis había muerto por el 680, y su hijo Nequepsó que le había sucedido, no había tenido ocasión de distinguirse. Era, de creer la tradición clásica, un buen adivino y un excelente astrónomo[1292], pero permaneció humilde vasallo de los etíopes durante su vida (680-674). Necao I, que le sustituyó, estaba en el poder hacía tres o cuatro años cuando la llegada de los asirios le libró de la Etiopía. Los documentos contemporáneos nos le dejan entrever activo, inquieto, dispuesto a cualquier esfuerzo para alcanzar el fin que la ambición de sus antepasados perseguía desde hacía un siglo, la restauración de la antigua monarquía egipcia bajo los auspicios de su casa. Como la extensión de sus dominios, y por cima de todo la posesión de Menfis, le aseguraban una superioridad real con relación a sus rivales, Asarhaddón le consideró jefe de estos últimos. Le inscribió en primer lugar en la lista de los vasallos egipcios y pronto tuvo ocasión de felicitarse de la confianza que en él había puesto. Taharqú no se había conformado con su derrota. En cuanto hubo reclutado un ejército de refresco, a mediados del año 669, volvió a tomar la ofensiva y a entrar en Menfis casi sin combate, pero Necao y los príncipes del Delta, en vez de unírsele, hicieron causa común con los asirios contra él. Asarhaddón estaba gravemente enfermo cuando recibió la noticia. No por ello dejó de reunir inmediatamente sus tropas, pero antes de partir puso en ejecución el proyecto que el complot del año anterior le había sugerido: proclamó a Shamashshumukín rey de Babilonia, a Assurbanabal rey de Asiria y jefe del Imperio, luego se puso en camino para el África. Cuando atravesaba la Siria, empeoró en su enfermedad y expiró el 10 del mes Arakhsamna, en el dozavo año de su reinado, en 668.[1293]

Muerto él, la separación de las dos mitades de la monarquía se realizó casi maquinalmente. Assurbanabal devolvió a Babilonia la estatua de Bel Marduk que estaba cautiva en el templo de Nínive desde los tiempos de Sennaquerib. Shamashshumukín la recibió con pompa, y habiéndola introducido en el santuario restaurado, asió las manos de Bel, y viose por esta ceremonia tradicional entronizado en forma regular como soberano de Caldea. El cambio de reinado no ocasionó ninguna

---

1292 Galiano, *De simpl. medicam. facul.*, IX, 2519; Firmico, *Astronom.*, VIII, 5; Ausonio, *Epigr*., 19; véase Boucher-Lecrercq, *L'astrologie grecque*, donde lo que trata de dicho personaje es expuesto y discutido en varios sitios.

1293 Maspero, *Les Empires*, págs. 376-381.

insurrección grave. Al Este tan sólo un pequeño jefe montañés, Tandai de Kirbit, invadió el cantón de Yamutbal, y dio lugar a que le prendieran. Fue deportado con su pueblo a Egipto, donde el tartán, sucediendo a Asarhaddón en el mando del ejército, acababa de lograr grandes triunfos. Taharqú había sido derrotado cerca de Karbanit y obligado a evacuar Menfis (668). Para acabar con él, los asirios se resolvieron a volverse a meter en Tebas y si era preciso llegar hasta Etiopía. Convocaron los contingentes de los reyes sirios y los navíos de las ciudades fenicias, luego remontaron el Nilo. Habían avanzado ya bastante por el Egipto medio cuando fueron llamados a los nomos de la costa por la amenaza de insurrecciones. Taharqú vencido parecía todavía más temible a las dinastías egipcias que el monarca ninivita. Entablaron negociaciones con él y concertaron un tratado secreto por el que se comprometían a restaurarle en el trono de los Faraones, a condición de que los dejase libres en sus países. Habiendo sabido los generales asirios, por despachos que interceptaron, estos manejos, retrocedieron, se apoderaron de los jefes de la insurrección, Sharludari de Tanis, Paqrurú de Pisupti y Necao, y los enviaron a Nínive cargados de cadenas. Saquearon, para que de ejemplo sirviera, Sais, Mendes y Tanis que habían sido las primeras en el complot, y sus triunfos detuvieron la marcha de Taharqú. El etíope se retiró a Napata, abandonando Tebas a su suerte. La ciudad se libró mediante la entrega de una mitad del tesoro sagrado que poseía el templo de Amón, y Montumhait, que ejercía la regencia en nombre de la princesa Shapenuapit II, fue nombrado gobernador por la Asiria. La victoria fue tan completa, que Assurbanabal creyó llegada la ocasión de ser clemente con sus prisioneros. Después de haber hecho comparecer a Necao en su presencia, le revistió con traje de aparato, le dio una cimitarra con vaina de oro, un carro, caballos, mulas. No contento con restituirle Sais, le dio para su hijo mayor, Psamético, el feudo de Athribis[1294]. Necao, de vuelta a Egipto, fue reintegrado en su categoría bajo la vigilancia de un residente asirio y se portó en adelante como vasallo fiel del soberano ninivita.

Los sucesos de Egipto produjeron los acostumbrados efectos en los pueblos de la Siria y del Asia menor. Las dos únicas ciudades fenicias que aparentaban todavía ser independientes, Tiro y Arvad, depusieron las armas. Baalú de Tiro fue confirmado en la posesión de su reino, mediante la obligación de pagar un tributo anual, pero Yakinlú de Arvad fue destronado, conducido a Nínive y sustituído en el mando por su hijo primogénito, Azibaal. Dos jefes del Tauro, Mugalú el Tabal y Sandasarmé, se hicieron perdonar sus insurrecciones regalando caballos para la remonta de la caballería asiria. La insignificancia de estos hechos prueba cómo se habían resignado los ribereños del Mediterráneo a la dominación extranjera. Habían dejado de imaginar que el cambio de soberano pudiera traerles probabilidades de independencia, y ya no se consideraban siervos de un conquistador de paso del que les librara la muerte, sino súbditos perpétuos de un Imperio cuyo poder no se basaba en el genio o en la incapacidad de un hombre, mas se continuaba de generación en generación por virtud de su propio prestigio, cualesquiera que fuesen las cualidades del soberano reinante. Los Estados independientes del Asia habían llegado a la larga a las mismas conclusiones, y la noticia del advenimiento de un rey de Asiria no despertaba ya en ellos esperanzas de conquista o al menos de pillaje, sino que les ofrecía ocasión de enviar embajadas a felicitar al nuevo soberano y para estrechar los lazos de amistad que unían a ambos Estados. Una de aquellas embajadas, que llegó a Nínive por el año 667[1295], suscitó en aquella ciudad admiración mezclada de orgullo. «Giges, el rey de Lidia, comarca del otro lado de los mares, tierra lejana de que los reyes, mis padres, no habían oído siquiera el nombre. Assur, mi engendrador divino, le reveló mi nombre en un sueño, diciendo: Assurbanabal, el rey de Asiria, ponte a sus pies, y vencerás a tus enemigos por su nombre. El mismo día que tuvo este sueño, envió a sus caballeros a saludarme, y me mandó a decir lo que había soñado por mediación de su mensajero. Cuando éste llegó a las fronteras de mi Imperio, mis gentes le dijeron: ¿Quién eres tú, mi hermano, tú cuyo país no ha visitado todavía uno de nuestros correos? Se le mandó, pues, a Nínive, re sidencia de mi realeza, y se le llevó ante mí. Las lenguas

1294 Psamético adoptó agradecido el nombre asirio Nabushézibanni.

1295 Maspero, *Les Empires*, págs. 393-400.

del Oriente y del Occidente que Assur me había concedido a manos llenas, nadie de los que las conocían sabía su lenguaje, y nadie de los que me rodeaban había oído su hablar. En la extensión de mi Imperio encontré al fin uno que le comprendiera y me contó el sueño». Assurbanabal recibió complaciente el homenaje que le llegaba de tan lejos, y durante algunos años hubo una especie de alianza entre la Asiria y la Lidia. Fue, por otra parte, una alianza enteramente platónica de que sacaron muy poco fruto ambas partes.

El Urartú estaba tranquilo y sus reyes Rusás II, luego Erimenas, no pensaban ya más que en levantar palacios y hacer jardines de recreo alrededor de su capital. Los medos y las tribus fronterizas de la meseta irania seguían guardando paz como en el reinado precedente. El Elam mantenía relaciones de buena vecindad con Nínive y Babilonia. Las tribus arameas de las desembocaduras del Éufrates y del Tigris se agitaban sordamente, pero nada se descubría aún de sus maquinaciones. Sólo el Egipto inspiraba temores demasiado justificados. Estaba situado tan fuera del centro del Imperio, que había de librarse de la acción ninivita en cuanto ocurriera algo que obligase al soberano a dejar de vigilarle un momento. La Etiopía, por otra parte, estaba allí, detrás del Egipto, siempre dispuesta a fomentar las agitaciones y a volver a la lid en cuanto viera ocasión. Taharqú, inmovilizado, dícese, por un sueño que le ordenaba no volver a alejarse de Napata[1296], no había reaparecido al Norte de la catarata, pero su nieto Tandamani había vuelto a Tebas y se preparaba a marchar en dirección a el Delta, cuando en sueños le fue predicha su próxima coronación (666). Llegábale inmediatamente después la noticia de la muerte de Taharqú, y corrió a hacerse coronar en Gebel-Barkal, embarcándose luego en el Nilo para reconquistar el Egipto. La Tebaida le acogió con demostraciones de sincera alegría, diciendo: «¡Ve en paz! ¡Estáte en paz! ¡Devuelve la vida al Egipto! ¡Levanta los templos que caen en ruinas, endereza las estatuas y las imágenes de las divinidades! ¡Restablece las fundaciones hechas a los dioses y a las diosas, las ofrendas por los Manes! ¡Devuelve su puesto al sacerdote para que realice todas las ceremonias del culto!» Las tropas asirias y los contingentes egipcios, mandados probablemente por Necao, le esperaban bajo las murallas de Menfis. Las derrotó, tomó la ciudad y se metió en el Delta persiguiendo a los vencidos. Necao pereció en alguna escaramuza o fue hecho prisionero y condenado a muerte[1297]. Su hijo Psamético se salvó en Siria, pero los príncipes se encerraron cada uno en su ciudadela para esperar auxilios de Asia, y empezó una guerra interminable de sitios. Impacientado por su resistencia, Tandamani se replegó sobre Menfis, y no sabía cómo salir honroso de aquella empresa difícil, cuando los príncipes le sacaron de la dificultad, entrando en negociaciones con él. Pakrurú de Pisupti, que era su jefe después de la desaparición de Necao, los llevó al conquistador. «Dijeron: ¡Concédenos los alientos de vida, porque no puede vivir el que te desconoce! ¡Seremos tus vasallos, según has dicho desde un principio, el día que llegues a ser rey!» El corazón de Su Majestad se llenó de alegría cuando oyó aquel discurso. Les hizo dar panes, cerveza, toda clase de cosas buenas. «Después que hubieron permanecido algunos días en Menfis, dijeron: «¿Por qué estamos aquí, oh rey, nuestro señor?» Su Majestad les contestó: «¿Por qué?> Dijeron: «Dejános ir a las ciudades, que demos órdenes a nuestras gentes y te traigamos tributos». Volvieron muy pronto con los regalos que habían prometido, y Tandamani regresó a Napata con sus riquezas[1298]. Su autoridad sobre el Norte no duró probablemente más que el tiempo de su residencia en Menfis, pero Tebas la reconoció dos o tres años todavía[1299].

1296 En la leyenda citada por Heródoto (II, CLIII), Sabacón y no Taharqú es el que evacúa el Egipto a consecuencia de un sueño.

1297 Heródoto, II, CLIII, atribuye el asesinato de Necao a Sabacón.

1298 Mariette, *Monuments divers*, láms. 7-8 y pág. 2; Maspero, *Mélanges de Mythologie*, t. III, págs. 5-18, 217-223. He dudado mucho tiempo en admitir la identidad del Tanuatamani de los monumentos egipcios con el personaje que los documentos asirios presentaban como sucesor de Taharqú, y cuyo nombre se leía Urdamani. El descubrimiento de la lectura Tandamani ha desvanecido todas las dudas (Steindorff, *Die Keilschriftliche Wiedergabe ägyptischer Eigennamen*, en *Beiträge zur Assyriologie*, t. I, págs. 356-359).

No fue indolencia ni temor a un fracaso lo que impidió a Assurbanabal castigar inmediatamente la audacia del etíope, pero surgieron entonces complicaciones al Sudeste que le obligaron a diferir su venganza. El Elam había vuelto a entrar de pronto en escena, y Urtakú, cediendo a las instancias de las tribus arameas, había pasado el Tigris (665). Shamashshumukín no pudo hacer más que encerrarse en Babilonia y pedir auxilio a su hermano. Éste acudió y el invasor se retiró ante él. Se esperaba que volviera al año siguiente, pero murió de pronto de un ataque de apoplegía, y lo que él había hecho a los hijos de Khumbankhaldash su hermano, su otro hermano menor, Tiummán, hizo a los suyos. Arrojados del Elam, se salvaron en Nínive, donde fueron recibidos honrosamente, con la mira de una intervención eventual en los asuntos de su patria. Assurbanabal aprovechó el momento en que Tiummán estaba todavía poco seguro en el trono para arrojarse sobre el Egipto. Tandamani reconcentró sus fuerzas en la Tebaida, pero cuando vio llegar a los asirios, renunció a defenderse y huyó a Kipkip, en la Etiopía (664). Tebas fue despiadadamente saqueada; la población entera, hombres y mujeres, salió para la esclavitud. «El oro, la plata, los metales y las piedras preciosas, todos los tesoros de los palacios, las telas teñidas de berom» que el gobernador Montumhait acababa de colocar en el santuario[1300], «dos obeliscos de cien talentos de peso» que estaban a la puerta de un templo, fueron trasportados a Nínive[1301]. Tebas no se rehizo jamás del golpe que Assurbanabal le había dado[1302]. Empobrecida como estaba hacía mucho tiempo, los pueblos que había maltratado tan rudamente en los días de gloria habían conservado la costumbre de temerla y respetarla. El estruendo de su caída repercutió en todo el Oriente y le llenó de sorpresa y de piedad. Medio siglo más tarde se recordaba todavía entre los hebreos, y el profeta Nahum preguntaba a Nínive si valía más que «No-Amón, asentada sobre los Nilos, rodeada de agua, que tenía un mar por reducto y un lago por muralla». El etíope era su fuerza, y los egipcios innúmeros, la Libia y los nubios venían en su auxilio. Ella también, sin embargo, ha ido cautiva al destierro, sus hijos también han sido degollados en las esquinas de las calles, sus nobles sorteados y todos sus grandes cargados de cadenas»[1303]. Fue reconstruída a la asiria y los veinte reyes volvieron a subir al trono, por tercera vez, en seis o siete años. Psamético heredó el principado, pero no con el rango de su padre. Pakrurú siguió siendo jefe de la liga. Tandamani, refugiado en Etiopía, no volvió a aparecer, y el Egipto fue durante algunos años vasallo dócil de la Asiria (663-660)[1304].

Apenas había acabado Assurbanabal por este lado cuando otros enemigos se levantaron al extremo contrario del Imperio. Sublevároнse los Mannai, pero muy pronto, sintiéndose incapaces de sostenerse, mataron a su rey Akhshéri y le sustituyeron por su hijo Uali, que se apresuró a someterse. No era, sin embargo, más que un episodio corriente de la vida de fronteras, pero el peligro serio venía del Elam. Tiummán, asentado firmemente en el trono, había empezado inmediatamente sus preparativos de guerra y enviado emisarios a los arameos del Tigris para excitarlos a que se le unieran. No escucharon sus proposiciones, pero los Gombulú las acogieron y su rey Dunanú hizo alianza con él. Faltaba un pretexto para empezar las hostilidades, y Tiummán le encontró en la hospitalidad de que sus sobrinos eran objeto en Nínive. Envió a pedir la extradición, y la petición, presentada por dos de sus principales oficiales, no fue atendida, respondiendo Assurbanabal con una declaración de guerra. Multiplicáronse los prodigios en su favor. El sol se eclipsó por la mañana, y la diosa Ishtar, consultada, predijo la ruina de los susianos y confirmó el oráculo de su estatua con un sueño profético. «No temas nada, dijo, y con ello colmó mi corazón de

---

1299 Champollion, *Monuments de l'Égypte et de la Nubie*, t. IV, lám. CCCXLIX, ha indicado en Tebas un monumento que lleva la fecha del año III de su reinado.

1300 E. de Rougé, en *Mélanges d'archéologie égyptienne et assyrienne*, t. I, págs. 17-20.

1301 G. Smith, *History of Assurbanipal*, págs. 84-99.

1302 Amiano Marcelino, XVII, 4, atribuye el saqueo de Tebas a los cartagineses.

1303 *Nahum*, III, 8-10.

1304 El canon de los Limmú asirios cesa bruscamente en 665, en el año tercero de Assurbanabal. A partir de este momento, se hace difícil fijar una cronología cierta de la historia de Asiria.

alegría, no tendrás más que levantar la mano para ver realizarse mi designio, porque es el favor lo que te concedo». La noche misma en que la invocaba, un adivino se durmió y tuvo un sueño notable. Ishtar le habló y él me repitió sus palabras. «Ishtar de Arbelas se me ha aparecido envuelta en su gloria a derecha e izquierda, el arco en la mano, la flecha de guerra presta a partir, la cara furiosa… Te guardaré, dijo, luego me iré a reposar al templo de Nabó. Corre, pues, bebe vino, haz resonar la música, glorifica a mi divinidad hasta que yo venga y este mensaje se cumpla. Porque te concederé la satisfacción de tus deseos: el enemigo no te resistirá, no se opondrá a tu acometida». No temas por ti, en medio de la batalla, ella te guardará, y arrollará a los rebeldes...» Tiummán se retiró detrás del Ulai y se atrincheró en el poblado de Tuliz, con el río delante y un bosque detrás. En el momento de dar la batalla, le faltó valor y envió a uno de sus generales, Ituní, al campo asirio para negociar una tregua. Apenas habían comenzado las negociaciones, cuando las avanzadas de los dos ejércitos vinieron a las manos, y en pocos momentos se entabló el combate en toda la línea. Tiummán fue vencido. Perseguido por entre los árboles, su carro se rompió, él fue herido y muerto, tras corta defensa, en unión de su hijo primogénito Tammaritú. Sus dos sobrinos, que habían combatido en las filas de los asirios, fueron proclamados, Tammaritú virrey de Khaidalú, Khumbanigash rey de Susa y de Madaktú, bajo la soberanía de Assur. Una expedición al país de Gambulú, contra el señor Dananú, acabó la guerra. Los vencidos fueron tratados con toda la crueldad asiria (660)[1305], pero el horror causado por tantos suplicios no abatió el valor de los elamitas. Khumbanigash participó muy pronto de sus rencores y fue el enemigo encarnizado de sus antiguos protectores.

Esperó ocho años la ocasión de manifestar sus sentimientos. Shamashshumukín había vivido al principio en buena inteligencia con su hermano. Había completado los trabajos que Asarhaddón empezó, y sus construcciones habían absorbido todos sus recursos. Parece, no obstante, que después de la victoria de Tuliz, Assurbanabal tomó para con él una actitud que le llenó de inquietud y que le inspiró ideas de rebelión. «Los hijos de Babilú, yo los había hecho subir a tronos, yo les había puesto vestiduras soberbias, en los pies anillos de oro; los hijos de Babilú habían sido exaltados en Assur y honrados según mis órdenes expresas. Y no obstante, él, Shamashshumukín, mi hermano menor, no tuvo para nada en cuenta mi supremacía, sublevó al pueblo de Accad, de Kaldú y de Aram, y los pueblos de la costa, desde Aqaba a Babsalimeti, a todos mis tributarios, y los levantó contra mi poder». Para obtener la ayuda del Elam, Shamashshumukín le prodigó los tesoros del templo de Bel en Babilonia y del templo de Nabó en Barsip. Sus agentes secretos decidieron a los «príncipes del país de Guti, del país de Milukhkhi, del país de Martú, a hacer causa común con él». Amuladdín, jefe de Kédar, se encargó de distraer fuerzas asirias en las fronteras de Siria. Uaiteh, rey de los árabes, prometió enviar su contingente a Babilonia al mando de dos emires renombrados, Ama y Abiateh. La coalición llegaba desde el Egipto a las orillas del golfo Pérsico, y Assurbanabal no sabía nada aún. Llevaba su confianza hasta reclamar de Khumbanigash la restitución de una imagen de la diosa Nana, que los conquistadores elamitas se habían llevado bastantes siglos antes. Un incidente imprevisto le sacó de pronto de su tranquilidad y le descubrió la extensión del peligro. El gobernador asirio de Uruk supo por el de Urú que un emisario de Shamashshumukín se había introducido en aquella ciudad y que en secreto agitaba al pueblo. Después de haber tratado en vano de contrarrestar sus manejos, avisó al soberano de lo que ocurría. Shamashshumukín trató de conjurar el efecto de aquella revelación prematura protestando de su devoción a la Asiria en solemne embajada. Ganó de esta suerte el tiempo necesario para completar sus preparativos. A la vuelta de los embajadores, arrojó la máscara y declaró la guerra.

Assurbanabal desmayó al principio ante lo imprevisto de aquel ataque. Pero «en aquellos días un adivino se durmió y tuvo un sueño: «He aquí, dijo el dios Sin, lo que preparo a los que conspiran contra Assurbanabal, rey del país de Assur: tendrá lugar un combate, después del cual muerte vergonzosa les espera. Ninip destruirá sus vidas por la espada, por el fuego, por el hambre». Oí

1305 Maspero, *Les Empires*, págs. 400-414.

estas palabras y me fié en la voluntad de Sin, mi señor». Las discordias de la familia real paralizaron las fuerzas elamitas. Kumbanigash había enviado la flor de su ejército a Babilonia: «Undash, hijo de Tiummán, rey de Elam, Zazaz, jefe de Bilaté, Parrú, jefe de Khilmú, Attamitú, jefe de sus arqueros, Nesú, su general, y hasta había dicho a Undash: «¡Ve, venga en Assur la muerte del padre que te ha engendrado!» Tammaritú, hijo de Khumbanigash, viendo que su padre había quedado casi solo en el Elam, se rebeló contra él con la complicidad de su tío Tammaritú, virey de Khaidalú. La adhesión de este último hizo en un principio vacilar a los susianos. Se recordaba que había combatido en las filas de los asirios y matado a Tiummán con sus propias manos. No dudó en el perjurio para disipar aquellas inquietudes: «Yo no he cortado, dijo, la cabeza al rey de Elam, sino Khumbanigash, y sólo él es quien ha besado el suelo delante de los mensajeros de Assurbanabal». Khumbanigash fue decapitado en unión de la mayor parte de los príncipes de su familia. A favor de aquella inesperada contienda, Assurbanabal venció a Shamashshumukín en campo abierto y encerró los restos de su ejército en Babilonia, en Sippar, en Barsip y en Kuta. Sitiaba estas cuatro plazas cuando Tammaritú avanzó contra él para combatirle. «Dirigí, dice, mi oración a Assur y a Ishtar, que acogieron mis súplicas y oyeron las palabras de mis labios. Su servidor Indabigash se declaró contra él y le hizo huir en el campo de batalla». Tammaritú no tuvo otro remedio sino escapar a Nínive y entregarse a merced del rey de Asiria. «Besó mi pie real y se cubrió la cabeza de polvo ante el escabel de mis pies. Yo, Assurbanabal, con corazón generoso, le he perdonado su traición, le he recibido, a él y a los vástagos de la familia de su padre, en mi palacio».

Indabigash no podía pensar en seguir la campaña inmediatamente después de la revolución que le había elevado al trono, y, por otra parte, no quería tratar con la Asiria. Llamó a sus tropas de Babilonia, y esto era cuanto los asirios esperaban de él por el momento (650). Shamashshumukín, privado de esta suerte de su más eficaz aliado, no podía contar con la victoria. Resistió al menos hasta el último extremo. El hambre fue tal que los sitiados «se vieron reducidos, para alimentarse, a comer la carne de sus hijos y de sus hijas». Los árabes intentaron en vano abrirse paso a través de las líneas enemigas. Sus emires se rindieron a condición de que se les perdonase la vida, y su defección, cayendo en un pueblo desmoralizado, acabó con el valor general. El pueblo se rebeló contra sus jefes y entabló negociaciones aparte de ellos.

Shamashshumukín no quiso caer vivo en manos de su hermano. Prendió fuego a su palacio y pereció en las llamas con sus mujeres, sus hijos, sus fieles, en el momento mismo en que los asirios forzaban las puertas. La represión fue implacable. «Lo que no fue quemado con Shamashshumukín, su dueño, huyó del filo de la espada, del horror del hambre y de las llamas devoradoras para buscar un refugio. La cólera de los grandes dioses, mis señores, que no estaba alejada, cayó sobre ellos; ni uno se escapó, ni uno fue perdonado, todos cayeron en mis manos. Sus carros de guerra, sus arneses, sus mujeres, los tesoros de sus palacios me fueron presentados. Los hombres, cuyas bocas habían tramado conspiraciones pérfidas contra mí y contra Assur, mi señor, los arranqué la lengua y realicé su pérdida. El resto del pueblo fue expuesto vivo delante de los grandes toros de piedra que Sennaquerib, el padre de mi padre, había erigido, y yo, yo los arrojé en el foso, yo corté sus miembros, yo los expuse a los perros, a las fieras, a las aves de rapiña, a los animales del cielo y de las aguas. Al hacer esto, he regocijado el ánimo de los grandes dioses, mis señores». Era la segunda vez, en menos de medio siglo, que Babilonia sufría el saqueo de los asirios. Cuando los soldados y el rey mismo se cansaron de la matanza «el resto de los hijos de Babilú, de Kuta, de Sippar, que había resistido los sufrimientos y las privaciones, recibió su perdón. Ordené que se les perdonaran las vidas. Les impuse las leyes de Assur, los tributos y las rentas de las provincias sometidas a mi dominación». Si hubiera sido prudente, habría llevado la obra de destrucción hasta el fin y arrasado la ciudad turbulenta. El mismo respeto religioso que había desarmado a tantos de sus predecesores le contuvo, y no resistió a la tentación de hacerse rey de Babilonia. *Asió*, pues, *las manos de Bel* y

tomó en su nuevo reino el nombre de Kandalanú, luego confió el gobierno de Babilonia a un oficial asirio, Shamashdanani (648)[1306].

Crisis tan violenta y prolongada no podía producirse sin dañar algo el prestigio del Imperio. Los aliados y los súbditos de antiguo no se movieron, pero las provincias de reciente anexión y los reinos independientes rehusaron la soberanía y la amistad obligatoria que se habían visto forzados a sufrir. El Egipto se había emancipado en cuanto se enredaron las cosas del lado del Elam, y fue Psamético el saíta, el hijo de Necao, quien dirigió la campaña contra su bienhechor. Expulsó a las guarniciones asirias, redujo a Pakrurú y a los príncipes del Delta, restableció la unidad del reino de los Faraones desde Elefantina al Mediterráneo. Desconocemos el pormenor de aquellos sucesos, sabemos solamente que debió sus triunfos a mercenarios venidos de Asia, y que los asirios creyeron que le había proporcionado Giges. Llegaron a ver el castigo de Assur por esta infracción de las relaciones anudadas anteriormente, en el desastre que sufrió la Lidia por parte de los cimerianos hacia el año 645. Por el momento Assurbanabal, descuidando aquellas regiones apartadas de su esfera de influencia, no pensó más que en castigar a los pueblos que se habían asocia do directamente al crimen de Babilonia. Pronto acabó con los árabes, cogió prisioneros a sus jefes Yauta y Amuladdín de Kédar, y los sustituyó con caídes de su devoción, luego se volvió contra el Elam. Indabigash, aun cuando en secreto favorable a Shamashshumukín, había tenido, lo sabemos, que mantenerse quieto. Temía, aventurándose en socorro de su aliado, exponerse a alguna rebelión de los príncipes de su familia. Después de la caída de Babilonia, dio asilo a varios jefes caldeos, entre otros a Nabubelzikri, nieto de Merodacbaladán, y, como su abuelo, rey de Bit-Iakín. Assurbanabal aprovechó el pretexto para empezar las hostilidades. Reclamó a los fugitivos: «Si no me entregas esos hombres, iré, destruiré tus ciudades, llevaré cautivo al pueblo de Shushán, de Madaktú y de Khaidalú, te arrojaré de tu trono y sentaré a otro en tu lugar. Como en otro tiempo acabé con Tiummán, te aniquilaré».

Indabigash se negó a entregar a sus huéspedes. Se entablaron negociaciones, y durante ellas un generalsusiano, Khumbankhaldash, asesinó a su dueño y se apoderó de la corona. Assurbanabal se aprovechó de estas disensiones. «Bit-Imbi la antigua es la capital de las plazas fuertes del país de Elam, cuya frontera divide como una muralla. Sennaquerib, rey de Assur, el padre del padre que me engendró, la había tomado, pero los elamitas habían alzado delante de Bit-Imbi otra ciudad, la habían fortificado, habían levantado sus murallas y la habían llamado Bit-Imbi. La forcé en el curso de mi expedición, destruí a sus habitantes que no habían venido a solicitar la alianza de mi realeza, los corté la cabeza, los arranqué los labios, y para enseñarlos a los habitantes de mi Imperio, los envié al país de Assur». Khumbankhaldash abandonó Madaktú y huyó a las montañas. Tammaritú, que había seguido a Assurbanabal, fue restaurado en el trono en calidad de vasallo de Asiria. Pero muy pronto, cansado del odioso papel que desempeñaba, conspiró para degollar a las guarniciones asirias, y fue acusado y entregado al vencedor[1307].

Aquel suceso dio algún respiró a Khumbankhaldash, que volvió a entrar en Madaktú y hasta se apoderó de Bit-Imbi, pero sólo fue un éxito pasajero. En la primavera del año siguiente, Assurbanabal descendió al Elam, arrolló una tras otra todas las líneas de defensa establecidas delante de Susa y se apoderó de esta ciudad. «Por voluntad de Assur y de Ishtar entré en sus palacios y en ellos descansé con orgullo. Abrí sus tesoros, cogí el oro y la plata, sus riquezas, todos los bienes que el primer rey de Elam y los reyes que le habían seguido reunieron, y sobre los que ningún enemigo había puesto aún mano, y de ellos me apoderé como botín... Me llevé a Shushinak, el dios que habita en las selvas, y cuya divina imagen no había visto nadie todavía, y los dioses Sumudú, Lagamar, Partikira, Ammán-Kashibar, Udurán, Shapak, cuya divinidad adoraban los reyes de Elam, Ragiba, Shungurshara, Karsha, Kirshamas, Sudunú, Aipakshina, Bilala, Panintimri, Shilagara, Napsha, Nalirtú y Kindakarbú, arrebaté a todos estos dioses y a todas estas diosas con sus

1306 Maspero, *Les Empires*, págs. 414-124.

1307 Maspero, *Les Empires*, págs. 424-434.

riquezas, sus tesoros, sus pomposos aparatos, sus sacerdotes y sus adoradores, y transporté todo al país de Assur. Treinta y dos estatuas de los reyes, de plata, de oro, de bronce y de mármol, procedentes de las ciudades de Shushán, de Madaktú, de Khuradi, la estatua de Khumbanigash, el hijo de Khumbadara, la estatua de Ishtarnakhuntá, la de Khaludush, la de Tammaritú, el último rey que, según órdenes de Assur y de Ishtar, me había hecho su sumisión, todo lo envié al país de Assur». La estatua de Khaludush fue objeto de ultrajes indignos: «La boca que sonreía amenazadora, la mutilé; sus labios que respiraban el desafío, los arranqué; sus manos, que habían sostenido el arco contra la Asiria, las corté de cuajo». El crimen de Kaludush consistía en haber batido a Sennaquerib. «Hice pedazos los leones alados y los toros que velaban en la custodia de los templos. Derribé los toros alados colocados en las puertas de los palacios del país de Elam y que hasta entonces no habían sido tocados; los eché al suelo. Llevéme cautivos a los dioses y a las diosas. Sus bosques sagrados, en los que nadie había penetrado todavía, cuyos límites no habían sido franqueados, mis soldados los invadieron, admirando sus retiros, y los entregaron a las llamas. Los altos lugares de sus reyes, los antiguos y los nuevos que no habían temido a Assur e Ishtar, mis señores, y que eran opuestos a los reyes mis padres, yo los derribé, yo los destruí, yo los quemé al sol. Deporté a sus servidores al país de Assur, dejé a sus creyentes sin refugio, sequé las cisternas». Durante un mes y veinticinco días toda la región baja del Elam quedó entregada a los soldados y saqueada sin piedad. Lo que quedó de la población al cabo de aquel tiempo fue dispersado «como rebaños de carneros», en las ciudades en que residían los prefectos, los comandantes militares y los gobernadores de la Asiria (640).

Khumbankhaldash conservaba la montaña. Para lograr la paz, ofreció al monarca asirio entregarle a Nabubelzikri, el cual, antes de caer vivo en manos de su enemigo, se hizo matar por su escudero (645). Su cuerpo fue entregado a los mensajeros del rey de Asiria, que lo decapitó y arrojó a un muladar prohibiendo darle sepultura. Aquella cobardía no salvó a Khumbankhaldash. Los vencedores le persiguieron hasta las soledades adonde se había retirado y le obligaron a entregarse voluntariamente. Conducido a Babilonia, allí encontró a dos de sus competidores, Tammaritú y Pakhé, así como a Uaitéh, rey de Arabia. Assurbanabal tuvo el placer de dar a los cuatro juntos el mismo castigo y someterlos a la misma vergüenza, unciéndolos al timón de su carro de guerra y haciendo que le llevasen hasta la puerta del templo. La derrota de Khumbankhaldash acabó con el poderío susiano. Parte de las comarcas en que había reinado fue anexionada y administrada directamente por los generales asirios. Los clanes salvajes de las montañas se libraron de la servidumbre y consiguieron más tarde libertar a las tribus de la llanura. Pero el golpe dado por Assurbanabal había sido demasiado rudo para que los efectos no se hicieran sentir mucho tiempo todavía de una manera desastrosa. El Elam, el más antiguo de los Estados del Asia anterior, desapareció de la escena del mundo. Los soberanos de su historia real desaparecieron muy pronto entre las leyendas, el fabuloso Memnón sustituyó en la memoria de los pueblos a aquellas dinastías de soberanos ambiciosos y audaces conquistadores que habían poseído Babilonia y la Siria, en tiempos en que Nínive no era más que una simple aldea (643).

El acto final de aquel drama sangriento tuvo el desierto por escenario. Apenas sentado en el trono de Arabia, Abiatéh había rechazado el yugo asirio y se había aliado con Nathán el Nabateo. En tanto el Elam había resistido, Assurbanabal había cerrado los ojos respecto a la traición de su vasallo, pero caído Khumbankhaldash, pensó en la venganza. Partió de Nínive en la primavera de 642, pasó el Éufrates, atravesó la línea de colinas, entonces cubiertas de árboles, que bordean al Oriente el curso de dicho río, se aprovisionó de agua en la estación de Laribda, y se interné en el desierto en busca de los rebeldes. A pesar de los sufrimientos de su ejército, atravesó el país de Mash y de Kédar, saqueando los poblados, quemando las tiendas, cegando los pozos, recogiendo las mujeres y los ganados, y llegó a Damasco con inmenso botín. Los árabes, aterrados, depusieron las armas, pero quedaban los nabateos, que por su alejamiento se animaban a perseverar. Assurbanabal no tardó en celebrar grandemente su triunfo en la capital de la Siria. El 3 de Ab, cuarenta días después de haber abandonado la frontera caldea, partió de Damasco en dirección al Sur, tomó la

fortaleza de Khalkhuliti, al pie de la meseta que dominan las montañas del Horán, y todos los poblados del país uno tras otro, bloqueó a los habitantes en sus escondrijos y los redujo por el hambre. Abiatéh fue preso, Nathán se libró mediante la promesa de pagar tributo. A la vuelta fueron castigadas varias ciudades de la costa fenicia, Akkó, Ushú, y se afirmó con aquel rasgo de fuerza la vacilante fidelidad de los vasallos sirios. Nínive resultó rebosante de riquezas. Eran tantos los camellos cogidos a los árabes que se vendieron «como carneros» a las puertas de la ciudad a medio *shekel* de plata cada uno.

Nunca había sido más completa la victoria de Assur, y no obstante, considerándolo bien, salía de la lucha casi tan debilitado como el Elam. En resumen, siempre había los mismos peligros y las mismas dificultades que en tiempos de Assurnazirabal o de Tiglatfalasar: para conservar su autoridad, los reyes se vieron obligados a correr sin descanso de un extremo a otro de su Imperio. Cualquier guerra que se prolongaba algunos años y los retenía al Este, aflojaba al Oeste los lazos de obediencia, y había que volver a empezar la conquista regular o que renunciar a lo adquirido en expediciones anteriores. Assurbanabal, agotado por su lucha con el Elam, hubo de renunciar a la guerra perpetua y renunció sus derechos a la soberanía del Egipto, sobre los Tabal, sobre la Lidía. No por ello dejó de seguir siendo el soberano más poderoso del mundo oriental. Casi el último de su raza, fue aquél cuyos dominios fueron más grandes y sobrepujó a sus predecesores en actividad, en energía, en crueldad, como si la Asiria, sintiéndose próxima a su ruina, hubiera querido reunir en un solo individuo todas las cualidades que habían constituido su grandeza y todos los defectos que han manchado su gloria[1308].

1308 Maspero, *Les Empires*, págs. 434-442.

XI.
LOS COMIENZOS DE LA MEDIA

Los medos y los persas: Deyokes. La Judea: el renacimiento del Egipto. La invasión escítica; Josías y Necao: la caída de Nínive (608).

Los medos y los persas: Devokes

Los sargónidas habían fundado sobre los restos de las monarquías parciales un gran Imperio semita. Arameos, judíos, fenicios, las gentes de la Asiria, hasta algunas tribus árabes, todos los que hablaban un dialecto semítico entre el istmo de Suez y la desembocadura del Éufrates, reconocían un mismo jefe y se reunían por vez primera bajo una misma dominación. Los pueblos conquistadores de otro tiempo, egipcios, elamitas, clanes de la Caldea habían sucumbido sucesivamente, pero el triunfo de la raza semítica sobre aquellas viejas razas civilizadas del mundo antiguo había costado muy caro. Hemos visto cuál había sido la suerte de Babilonia y de los arameos de Oriente durante las últimas guerras. Los semitas occidentales habían sufrido todavía más que sus parientes de Mesopotamia y de Caldea. La Siria, en otro tiempo tan rica y poblada tan abundantemente, estaba en plena decadencia. Qodshú no existía más que en la memoria confusa de los escribas egipcios. Gargamish, Damasco, Hamath perdían a diario en su importancia política o comercial. La Celesiria, abrumada por diez siglos de lucha, permanecía inerte a merced del primer enemigo. Moab, Ammón, los filisteos estaban más que medio arruinados, Israel había desaparecido, los fenicios daban todavía algunas señales de vida, pero sus rebeliones y sus intrigas no perjudicaban más que a ellos, y el día en que el poderoso soberano de Nínive se cansase de tener que reprimirlos, no tendría más que alzar el dedo para precipitarlos de la situación de tributarios autónomos a la de súbditos.

Y no obstante, en el momento mismo en que parecía que Assurbanabal no tuviera más que gozar en paz el fruto de sus victorias, un pueblo se alzaba y organizaba que, en el trascurso de una generación, iba a destruir su obra y la de sus antepasados. El país situado al Este de la Asiria se divide muy naturalmente en dos zonas: una de montañas, que separa el valle del Tigris de la vertiente del Caspio; otra de llanuras, que se dirige al Sur hacia el Océano Índico, al Este hacia el Helmend. La parte montañosa se apoya en un macizo casi triangular, elevado en los bordes, deprimido en el centro. Las aguas, que bajan al fondo de la depresión, se reúnen en un lago sin salida[1309] situado, como el Mar Muerto, muy por bajo del nivel del Océano, y de tal suerte saturado de sal que en él no vive pez alguno. El Elburz sale de esta meseta al Este, y después de haber costeado el Caspio, va a unirse allá lejos al Indu-Kush. Una de sus cimas, el Demavend, sube en forma de pirámide hasta cerca de veinte mil pies, y pasa por ser el pico más alto de aquella región[1310]. En el lado opuesto se desarrollan cinco o seis cordilleras paralelas, bien conocidas de los geógrafos griegos y romanos con los nombres de Khoatras y de Zagros. Se inclinan en general de N.N.O. a S.S.E. y encierran una comarca entrecortada por torrentes y profundos barrancos, por crestas casi inaccesibles y valles fértiles, que desembocan en la Asiria o en el Elam y que vierten sus aguas en el Tigris. Detrás de estas fronteras naturales, como tras las defensas de vasto campo atrincherado, se extiende una meseta ondulada ligeramente, cuyo reborde, bien regado por numerosas corrientes, alimenta una población numerosa, pero, a medida que se penetra en el interior, los ríos se secan y la esterilidad domina. El suelo, sin acercarse al del Egipto o la Caldea,

1309 Hoy el lago de Urumiyeh.

1310 El Ararat no tiene más que 17.000 pies, y el más alto pico del Cáucaso no excede de 18.000.

abunda en recursos. Las montañas contienen cobre, hierro, plomo, algo de oro y plata, varias clases de mármol blanco y de color[1311], piedras preciosas, y sobre todo un lapislázuli muy estimado de los antiguos[1312]. Desnudas en algunos sitios, se cubren las más de las veces de espesos montes, en que los pinos, las encinas, los álamos se unen al plátano oriental, al avellano, al sauce. Las laderas del Zagros y las orillas del Urumiyeh son verdaderos vergeles en que crecen el peral, el manzano, el membrillo, el cerezo y el olivo. La meseta es más pobre y de menos hermosura. Árboles en pequeña cantidad, en las proximidades de los ríos y de los estanques; trigo, cebada, centeno y excelentes legumbres en los distritos en que el agua no falta. Había allí, juntamente con las fieras de las especies más temibles, el león, el tigre, el leopardo[1313], el oso, muchos animales domésticos o susceptibles de serlo, el asno silvestre, el búfalo, la cabra, el perro, el dromedario y el camello de dos jibas, entonces casi desconocido en Asiria y en Egipto, como también varias razas caballares, una de las cuales, la niseana, era famosa por su resistencia, talla y rapidez[1314]. Los primeros conquistadores asirios, Tugultininip y Tiglatfalasar I, no franquearon la barrera del Zagros y del Khoatras. Su esfuerzo se dirigió casi por entero contra las tribus semicivilizadas que se agitaban entre el Tigris y la meseta del Irán, y si se atrevieron a veces a ir más allá, fue como a la ventura y sin idea seria de conquista. Assurnazirabal estuvo demasiado ocupado en Siria y en Armenia para emprender cosa alguna al Este. Salmanasar, más libre que su predecesor, penetró probablemente hasta el borde del desierto, y su hijo Shamshiadad avanzó en tres ocasiones lo suficiente al Este para que se pueda sospechar que estuvo en contacto con el pueblo de los medos[1315].

Los medos se calificaban ellos mismos de arios[1316]. Por el siglo V antes de nuestra era, se dividían en seis tribus: los busos, los paretacenos, los estrucatas, los arizantes, los budianos y los magos[1317]. Habían conservado vagamente el recuerdo de la época en que, reunidos a otras naciones de la misma estirpe, vagaban por el Airyanem Vaedjó[1318]. Los historiadores modernos han colocado primeramente esta comarca mítica en las orillas del Oxus y del Yaxartes, no lejos de la supuesta meseta de Pamir, que consideraban como punto de partida de las razas indo-europeas. Conjeturaron que una parte de las tribus descendió hacia el Sur al valle del Indo y de sus afluentes, mientras que otras se dedicaban a cultivar los oasis fértiles de Margú y de Hvarazmí[1319]. Los que escribieron los libros sagrados del Irán pretendían conocer las etapas del camino que los medos y los persas recorrieron antes de arraigar en el suelo del Irán[1320]. Aseguraban que sus antepasados habían habitado regiones diversas que Ahuramazdá, el dios bienhechor, creaba para ellos, pero de donde los manejos del mal principio, Angromainyus, les arrojaban siempre. Obligados por el frío a abandonar el Airyanem-Vaedjó, se extendieron por el Zughdhá[1321] y la provincia de Murú[1322]. Las guerras civiles y las incursiones de los nómadas vecinos los obligaron a desterrarse y se dirigieron

---

1311 Entre otras el mármol de Tebriz.

1312 No hay ya lapislázuli en estas comarcas.

1313 El león, el tigre, el leopardo casi han desaparecido.

1314 G. Rawlinson, *The five great Monarchies*, t. II, páginas 251-305.

1315 Delattre, *Le Peuple et l'empire des Mèdes*, págs. 57-74, ha resumido y comentado muy bien el pasaje de los textos asirios relativos a las relaciones de Nínive con la Media.

1316 Heródoto, VII, LXII; Οἱ δὲ Μῆδοι ἐκαλέοντο πάλαι πρὸ πάντων Ἄριοι.

1317 Heródoto, I, CI.

1318 La «morada de los arios».

1319 Merú y el Kharism.

1320 Acerca de las emigraciones iranias, tal como se consignan en el primer *fargard* del Vendidad (James Darmesteter, *The Zend-Avesta*, t. I, págs. 1-10), véase M. Bréal, *Fragments de critique zende: de la Géographie de l'Avesta* (Tomado del *Journal asiatique*, 1862, y en *Mélanges de mythologie et de linguistique*, págs. 187 y siguientes), y Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, t. I, págs. 190-196.

1321 La Sogdiana de los autores clásicos.

1322 La Margiana, el Margús de las inscripciones aqueménides, hoy el distrito de Merú.

al Oriente, a Bakhdhí, «el país de las altas banderas»[1323], luego al Sudeste, a la comarca de Nisaya «que está entre Bakhdhí y Murú»[1324]. A partir de Nisaya, penetraron en la meseta del Irán por el Haroyú[1325], y desembocaron en el Vaekereta-Duhzaka[1326], donde se separaron en varios cuerpos de nación[1327]. Unos atravesaron el Haraqaiti[1328], el Haetumat[1329], y desembocaron en el Heptahendú[1330]. Otros torcieron al Oeste por el Urvá[1331], el Khnenta-Vehrkaná[1332], Rhaga[1333], el Tchakhra[1334], hasta el Varena y las orillas occidentales del mar Caspio[1335]. No son más que leyendas inventadas con posterioridad. Es verosímil que los iranios vinieran de Europa pasando el Cáucaso, y que su país tradicional de origen, el Airyanem-Vaedjó, debe buscarse por las llanuras del Araxes y del Kur[1336].

Los medos conquistaron paso a paso el suelo de su nueva patria. La historia ha perdido el pormenor de sus primeras luchas contra los antiguos dueños del país, pero las tradiciones persas has conservado hasta los tiempos medios el relato de las hazañas fabulosas y los nombres de los héroes legendarios que en ellas tomaron parte. Ya en la antigüedad los persas, no pudiendo admitir que un pueblo de su raza hubiese desempeñado tan recientemente todavía insignificante papel en la historia del mundo, hicieron para esa época una especie de novela gloriosa, cuyas principales invenciones recogió y consignó en sus libros Ctesias de Cnido. Colocó por el 788 la rebelión de Arbakes, la toma de Nínive, la fundación de un vasto Imperio medo que se prolongó sin interrupción hasta Ciro. Faltaban los nombres de aquellos supuestos reyes, así como la duración de su reinado. Creó una dinastía artificiosa con un Arbaces, un Mandokas, un Sosarmos y otros cinco seguidos[1337]. Los monumentos asirios nos han dado la prueba de esta invención. Cuando Tiglatfalasar III se asomó a

1323 Es decir «el asiento de la realeza. Bákhdhi es la Bákhtris de los textos persas, la Bactriana.

1324 La Νισαία de Estrabón y de Ptolomeo (VI, 10, 4).

1325 Haraiva de los persas, Aria o Ariana de los autores clásicos.

1326 Según Lassen y Haug, el Seistán actual, donde se encuentra la ciudad de Dushak (Djelabad), en la orilla oriental del lago Hamún, al Sur de las bocas del Helmend.

1327 El Vendidad-Sadé no indica en este punto más que dos direcciones: hacia la Media y hacia la India.

1328 Aracosia de los geógrafos griegos.

1329 Situación no definida.

1330 El Pendjab actual.

1331 Según Lenormant, el Uriván de los monumentos asirios, la Apavarctisena de Isidoro, § 13, la Apavortena de Plinio, VI, 18.

1332 El Várkana de las inscripciones persas, la Hircania de los griegos y de los romanos, hoy el Djuardján.

1333 Rhagae, «la ciudad más grande de Media», al decir de Isidoro, §7.

1334 Karkh, en la extremidad Noroeste del Khorasan, según Haug.

1335 Quizá la Khorene de Estrabón (1. XII), la Khoarine de Isidoro, § 8, la Coara de Plinio, VI 17.

1336 Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, t. I, páginas 194, 211-212: J. Darmesteter, *The Zend-Avesta*, t. I, pág. 3 y tomo II, pág. 5, nota 4.

1337 Volney ha descubierto el método de que Ctesias se ha servido para inventar su dinastía. Colocando la lista que él da de los reyes medos al lado de la que da Heródoto:

HERÓDOTO		CTESIAS	
Interregno	x	Arbakes	28
Deyokes	53	Maudokas	50
		Sosarmos	30
		Artykas	50
Fraortes	22	Arbianes	22
		Artæos	40
		Artynes	22
Kyaxares	40	Astybaras	40

se ve que, siempre cambiando los nombres de Heródoto, Ctesias repite sus números dos a dos:

	Arbianes 22			
Fraortes 22		Artæos 40		
	Artynes 22		Kyasares 40	
		Astybaras 40		

la Media, en los años que corresponden al reinado del supuesto Mandokas, el país estaba dividido entre gran número de jefes independientes que ejercían la autoridad cada uno en su cantón y que no dependían de ningún poder superior. Se limitó a hacer algunas incursiones productivas. Veinte años más tarde, por el 783, Sargón subió a la meseta misma, se apoderó de la mayor parte de las ciudades, las anexionó a la Asiria, y construyó fortalezas en varios de los puntos importantes. Fiel a las tradiciones de la política asiria, deportó medos a las provincias occidentales de su Imperio, a Hamath, en la Celesiria, y sembró la Media de colonias sirias. Parte de los judíos de Samaria fueron de esta suerte desterrados a Media[1338]. Como tributo, en fin, exigió cada año el donativo de cierto número de sementales niseanos. Reinaba como soberano sobre todos los jefes de la región, sobre el de Alabria y el de Elibi[1339], sobre los príncipes de Agazi, de Uriakkú, de Ambanda, de Zikartú, y sobre otros veinte cuyos dominios no sabemos donde colocar. Dos o tres nombres de jefes tienen la forma iriana, Farnés, Ariya, Vastakkú, y el único distrito del cual puede decirse con seguridad que estaba ocupado por los arios, el de Partakanú, figura el último y el más lejano en la lista de tributarios. Un solo nombre se destaca del montón, el de un Dayaukkú, del que la leyenda se apoderó muy pronto para atribuirle la fundación del Imperio medo[1340].

Heródoto nos cuenta, efectivamente, que por el año 708, es decir, en el momento en que Sargón era todopoderoso, las tribus dispersas de la Media se habían reunido en cuerpo de nación, y que los principados sueltos se habían fusionado en un reino único. «Había entre los medos un hombre sabio, que se llamaba Deyokes, el hijo de Fraortes. Este Deyokes, enamorado del poder, hizo lo que sigue: Los medos vivían en tribus; él, que desde antes de estos sucesos era de los más considerados en la suya, estudió cada vez más la práctica de la justicia, y obraba de esta suerte cuando el desorden era grande en toda la Media, sabiendo cuán enemiga de lo justo es la injusticia. Los medos de su tribu, viendo lo que hacía, le eligieron juez, y él, como andaba tras del poder, era recto y justo. Obrando así, fue no poco alabado por sus conciudadanos, hasta el punto de que, sabiendo los de las otras tribus, que hasta entonces habían padecido injustas sentencias, cómo Deyokes era el único hombre que juzgara rectamente, en cuanto lo oyeron, muy contentos acudieron a Deyokes, y juzgados ellos también, al fin no se dirigieron a ningún otro. Como la muchedumbre de clientes aumentaba siempre, a medida que se persuadían de la equidad de sus sentencias, viendo Deyokes que todo se basaba en él, ya no quiso sentarse en el lugar donde sentándose hasta entonces había administrado justicia, y aseguró que no quería juzgar más, porque no le convenía descuidar los asuntos propios para juzgar todos los días los ajenos.

»Como reaparecieran la rapiña y el desorden en los cantones más gravemente que antes, los medos se reunieron en un mismo lugar y hablaron entre sí, indagando lo que convenía hacer. A lo que pienso, los amigos de Deyokes hablaron más que los otros: «No podemos seguir habitando el país en la situación en que nos encontramos. Ea, establezcamos a uno de nosotros como rey, y así el país estará bien gobernado y volveremos a nuestros asuntos, y no nos mantendrá la injusticia en un

---

En el lugar de los cuatro primeros reyes, Heródoto ponía Deyokes y un interregno de duración indeterminada. Ctesias tomó para los cincuenta y tres años de Deyokes el número redondo cincuenta, y sustituyó al interregno un reinado que calculó en la duración media de una generación humana. Aplicó a este nuevo par de reyes el procedimiento de repetición de que se había servido en el anterior:

Arbakes 28
Maudokas 50 Interregno x
Deyokes 53 Sosarmos 30
Artykas 50

La sustitución de veintiocho por treinta en el reinado de Arbakes no obedece sino al deseo de dar un aire de verosimilitud a toda la lista. (Véase Volney, *Recherches sur l'histoire ancienne*, t. I, págs. 144 y siguientes). Según Oppert (*Le peuple et la langue des Mèdes*, págs. 17 y siguientes), los nombres de Heródoto representaban «las formas arianizadas de los nombres turanios, de los que Ctesias nos ha dado la traducción persa».

1338 *II Reyes*, XVIII 11.

1339 Acerca del Elibi, véase nota 1188.

1340 Delattre, *Le peuple et l'empire des Mèdes*, págs. 99-125.

estado de constante perturbación». Hablando poco más o menos así, se persuadieron de que querían un rey. Y al momento se trató de a quien se elegiría rey. Doyokes fue propuesto y muy alabado por todos, tanto que convinieron en elegirle rey[1341]. Una vez elevado, Deyokes se edificó un gran palacio y se rodeó de una guardia real. Mandó en seguida a sus súbditos que abandonasen sus aldeas y se reunieran a su lado, dentro de las murallas de una gran capital. «Los medos, dóciles a sus mandatos, construyeron la ciudad inmensa y bien fortificada que se llama Acbatana. Sus recintos se suceden de suerte que cada uno levanta sobre el inferior solamente la altura de sus almenas. La configuración del sitio, que se eleva formando colina, favoreció esta disposición. Había en total siete recintos, y en el último estaban el palacio y el tesoro real. El circuito del mayor equivale próximamente al de Atenas. Las almenas del primero están pintadas de blanco, las del segundo de negro, las del tercero de purpura, las del cuarto de azul, las del quinto de rojo anaranjado. En los dos últimos, las almenas están plateadas por un lado y doradas por el otro. Todas aquellas fortificaciones, Deyokes las hizo levantar para él y para su palacio, y mandó al pueblo alojarse fuera de la ciudadela. Terminada la ciudad, fue el primero en establecer la regla de que nadie entrase en la casa del rey, sino que todos los asuntos se expidieran por mediación de ciertos oficiales que los llevasen al monarca, que fuera indecente mirar al príncipe cara a cara, reír o escupir en su presencia. Establecía aquel ceremonial a su alrededor para no dar a sus contemporáneos, los que con él se habían criado, tan bien nacidos y dotados como él, ocasión de disgustarse a su vista y conspirar. Pensaba que haciéndose invisible a sus súbditos, acabarían por considerarle cual un ser de distinta naturaleza.»[1342]

Dos o tres hechos casi positivos se destacan sobre este fondo de leyendas. Es verosímil que el Dayaukkú de los textos asirios, el Deyokes de Heródoto, se formara realmente un principado importante al pie del Elvend y que fundase Ecbatana la Grande, o por lo menos que la elevase al rango de capital. Jamás llegó a ser el soberano venerable que la posteridad se figuró, y el territorio sometido a su autoridad representa apenas la mitad de lo que era la Media en la época clásica. No por eso dejó de lograr y es lo que le dio fama ante la posteridad que las tribus medas tuvieran un centro a cuyo alrededor fueron estrechándose poco a poco. Apenas había comenzado la labor de concentración en tiempos de Sennaquerib, y no sin razón la leyenda consideraba el largo reinado de Deyokes como una época de paz. El medio siglo de duración que le asigna corresponde al momento de mayor poderío asirio. En la época de Sennaquerib, de Asarhaddón, de Assurbanabal, la Media, demasiado débil todavía para hacerse independiente, dependía de los gobernadores instalados en Kharkhar y les pagaba su tributo con resignación[1343].

La tradición señalaba a un cierto Fraortes[1344] como sucesor del pacífico Deyokes. Subió al trono por el año 653, en un tiempo en que la estrella de Assurbanabal estaba todavía en creciente, y no parece que tratase en un principio de sacudir el yugo asirio. Empezó por la anexión de los pequeños Estados más próximos, luego atacó a la otra rama de la raza, la que, por el número y el valor militar de sus clanes, era sólo capaz de competir con su propio pueblo[1345]. Los persas, reconcentrados en su origen en los valles estrechos que cortan la meseta irania, se habían aprovechado de las malas circunstancias porque pasaba el Elam y de sus luchas con la Asiria para desarrollarse a sus expensas, desde fines del siglo VIII. Elegían sus reyes en la familia de cierto Akhamanish, el Aquemenes de los griegos, el cual, en tiempo de la invasión irania, había sido jefe de la principal de las tribus persas, la de los pasargades. Aquemenes habría tenido por sucesor a un

1341 Heródoto, I, XCVI-XCVIII.

1342 Heródoto, I, XCVIII-XCIX.

1343 Maspero, *Les Empires*, págs. 324-328, 446-454.

1344 Heródoto, I, CII. Un pasaje de la inscripción de Béhistun (II, 1. 14) nos da a conocer la forma original del nombre, Frawarti o Fravartish. Significa *el creyente*, el que proclama su fe en Ahuramazda (Justi, *Eranisches Namenbuch*, pág. 105).

1345 Heródoto, I, CII.

Téispes, que reinaba en los años en que Assurbanabal consumó la ruina de Susa. Adquirió la parte oriental del Elam, y se intituló rey de Anshán[1346].

La Persia, tal como se encontró constituida por esta anexión, se extendía desde la desembocadura del Oroatis, el Tab de los modernos, hasta la entrada del estrecho de Ormuzd. La región de las costas, cuyo trazado han modificado grandemente los aluviones desde la antigüedad, está formada de bancos de arena y arcilla alineados paralelamente, y es estéril y escasa en aguas. El resto del país está cortado por varias cadenas de montañas que van elevándose constantemente desde el mar a la meseta. Es infecundo en algunos sitios, sobre todo al Norte y al Este, pero cubierto de monte en otros y rico en cereales. Algunos ríos solamente, el Oroatis, el Araxes (Bendamir) y el Kyros (Kurab) rompen la barrera litoral y llegan al mar. La mayor parte de las aguas no tienen salida y se acumulan en el fondo de los valles, en lagos cuya superficie varía según las estaciones. Las diez o doce tribus en que se dividían los persas se repartieron dicho territorio con bastante desigualdad. Los pasargades, entre los cuales se elegían los reyes, los maraspianos y los maspianos, cuyos jefes pertenecían a las siete familias más nobles de la nación, se acantonaron en el reborde de la meseta, alrededor de la ciudad de Pasargades. Los panthialeanos, los derusieanos y los carmanos hacían vida sedentaria en las regiones del Este, mientras que los daenos, los mardianos, los drópicos y los sagartianos permanecían en estado nómada en los distritos más próximos a la Susiana. Los persas eran una raza inteligente y lista, resistente a la fatiga, belicosa por instinto. Eran altos y de talle esbelto, anchos de hombros y de caderas, cabeza pequeña, pelo abundante y barba rizosa, nariz recta, boca bien dibujada, mirada penetrante y despierta. Fraortes triunfó de ellos, no obstante su valor, y reforzado con sus contingentes, consiguió conquistar a todos sus vecinos[1347].

Aquel triunfo le embriagó hasta el punto de que se creyó capaz de afrontar a los asirios. Esto ocurría por el año 635, diez después de la caída del Elam, y no es probable que la Asiria hubiera declinado sensiblemente durante dicho intervalo. Assurbanabal, envejecido y cansado de victorias, se mantenía en todas partes a la defensiva y no se ponía en movimiento sino en último extremo, ante la amenaza de una rebelión en el interior o de una agresión extranjera. Empleaba sus ocios edificando templos o decorando palacios y recogiendo en las bibliotecas sagradas, sobre todo en las de Babilonia, los viejos libros que contenían la literatura, las ciencias, las artes, la historia de la Caldea antigua. Los hacía copiar por sus escribas y con las copias formaba en Nínive una biblioteca cuyos restos han llegado hasta nosotros[1348]. Aquel momento de prosperidad única fue el que Fraortes eligió para desafiarle. No tenemos dato alguno acerca del curso de la guerra. Sabemos solamente que los medos fueron vencidos y que su rey cayó en el campo de batalla con la mayor parte de sus tropas[1349]. Su hijo Ciaxares no abandonó la lucha, pero antes de reanudar la ofensiva, reformó el sistema de reclutamiento y la organización de su ejército. Hasta entonces, éste no había sido más que reunión heterogénea de milicias feudales. Cada tribu daba su contingente, que combatía por separado a las órdenes del rey, Ciaxares los dividió, y colocó, según su género, los elementos de que se componían, agrupando unos con otros los ginetes, los arqueros, los piqueros, según la ordenanza asiria. No había peligro más serio para la Asiria que el establecimiento de una gran potencia militar en sus fronteras orientales. Una acometida procedente del Egipto o de Asia Menor tenía que atravesar el Imperio en toda su anchura antes de llegar al Tigris. Había menos distancia que recorrer para un enemigo procedente del Urartú o del Elam, pero los obstáculos naturales opuestos por las montañas y los ríos eran casi insuperables. No ocurría lo mismo cuando la Media era el punto de partida, pues una vez forzada la cadena de castillos que cubrían la frontera, el ataque caía directo sobre Nínive por un camino corto y fácil, y hería al Imperio en el corazón. Ciaxares derrotó a los

---

1346 Heródoto dice formalmente que Téispes sucedió a Aquemenes (VII, XI) y su testimonio está confirmado por el rey Darío. (*Inscription de Behistoun*, col. I. 1, 56).

1347 Heródoto, I, CII.

1348 Maspero, *Les Empires*, págs. 459-464.

1349 Heródoto, I, CII.

generales de Assurbanabal, y por primera vez desde hacía un siglo, la Asiria propia conoció los horrores de la invasión extranjera. Los sargónidas, que habían previsto el porvenir, transformaron lentamente el triángulo comprendido entre la confluencia del Zab menor y del Tigris en vasto campo atrincherado, cuyo frente Norte estaba cubierto por una línea de fortalezas y al que servían de reductos Nínive y Kalakh. Los obstáculos se habían acumulado con tal profusión que Ciaxares hubiera debido retroceder ante las dificultades de la empresa. La idea de que los tesoros de Susa, de Babilonia, de la Siria, del Egipto estaban allí, casi al alcance de su mano, detrás de las murallas, estimuló su valor. Hizo recluirse a los restos de los vencidos en Nínive y comenzó el bloqueo de la plaza[1350].

La Judea: el renacimiento del Egipto.

La noticia de aquel desastre debió producir un movimiento de sorpresa y esperanza en todas las provincias y entre los vasallos, que se habían acostumbrado a considerar realmente invencibles a sus dueños. Pensaron sin duda que estaba próximo el momento de la liberación. ¿Se hallaban ellos en disposición de obtener provecho de las circunstancias y de facilitar la labor al medo que los vengaba?

Babilonia conservaba demasiado intensa la impresión de la derrota última, pero los pequeños reinos, todavía independientes, de la Siria, los fenicios, los judíos, los habitantes de Moab y de Ammón, relegados en las extremidades del Imperio, se hallaban en circunstancias propicias. El desastre que Sennaquerib experimentó en el desierto de Egipto había dado ocasión a un gran triunfo de los profetas hebreos. Isaías y el pequeño grupo que le rodeaba, Ezequías mismo y sus allegados, habían atribuido la liberación a un milagro, y les había confirmado en su piedad la repentina destrucción de los batallones vencedores. Habíase probado el poder de Jehová y su aversión a todo lo que era culto idolátrico o alianza con el extranjero. Samaria había seguido los antiguos yerros y había implorado el auxilio de Faraón, a pesar de las repetidas advertencias de lo alto[1351], y sucumbió sin esperanzas de volver a levantarse. Jerusalén se había arrepentido en ocasión propicia y había resistido al furor de su adversario. Sennaquerib había visto «a la virgen hija de Sión despreciarle, a la hija de Jerusalén alzar la cabeza detrás de él.»[1352] La alegría de librarse del peligro no fue, sin embargo, bastante viva para hacer que Ezequías olvidara cuán temible seguía siendo el poderío de Asiria. No sólo respetó las condiciones de la paz, sino que todo parece demostrar que se encerró hasta su muerte en completa reserva, y que se dedicó a no dar lugar a un retorno ofensivo por algún paso poco meditado. Esta prudencia, que le aconsejaba la política mundana, Isaías y los profetas no cesaban de recomendarla en nombre de Dios. Sin duda Jehová es omnipotente, y si promete destruir a los enemigos, «¡como lo he resuelto, así será; como lo he decretado, así se cumplirá! Acabaré con el asirio en su país, en mis montañas le arrojaré a mis pies para que su yugo no pese más sobre ellos para que su peso desaparezca de sus hombros.»[1353]

Pero el pueblo no está todavía maduro para la religión ideal. Echa de menos en el fondo de su corazón los altos lugares, los bosques místicos, la pompa de los holocaustos, las alegrías estruendosas y las voluptuosidades de las fiestas de antaño. Antes de ser completamente digno de su destino, ha de perecer casi entero, y los desastres recientes de Damasco y de Samaria, aquellas dos rivales hereditarias de Judá, dejan entender bastante la suerte que el asirio preparaba al resto de las

---

1350 Heródoto, I, CIII. Para el examen del testimonio de Heródoto y de los demás documentos, véase Maspero, *Les Empires*, páginas 467-471.

1351 *Isaías*, XXXI, 1-3. «Desgraciados de los que invocan el auxilio de Egipto. Los egipcios son hombres y no Dios, sus caballos son carne y no espíritu»

1352 *Isaías*, XXXVII, 22.

1353 *Isaías*, XIV, 24-25 (traduc. Reuss).

doce tribus, el día en que el rey de Nínive, cansado de las rebeliones del pueblo de Dios, pensara seriamente en la venganza. La matanza, el destierro, la deportación a país lejano eran procedimientos habituales de la política oriental; Judá los había visto aplicar a sus vecinos con demasiada frecuencia para no presentir el día en que le fueran aplicados. Pero no podría ser malo todo él, si no, ¿le habría elegido Dios para ser su pueblo? Lleva en sí una «semilla santa»[1354], que no germinará más que en el destierro, en medio del remordimiento y de la angustia. Si Jerusalén es quemada, si el templo es arrasado, si Judá es conducido a la esclavitud, no se trata más que de sufrimientos pasajeros. Dios quiere purificar a Sión por el dolor y por la sangre. Cuando las sentencias con que abruma a las naciones todas se hayan cumplido, cuando en Judá el criminal y el pecador, el servidor de los ídolos y el falso profeta hayan desaparecido, «cuando haya lavado la mancha de las hijas de Sión y enjugado la sangre de Jerusalén de en medio de ella»[1355], «cuando el resto de Israel y los restos de la casa de Jacob se hayan convertido al Dios fuerte y poderoso»[1356], de las ruinas de la Jerusalén culpable saldrá una Jerusalén perfecta, gobernada por un rey ideal, cuya gloria se extenderá por todas partes. «Ahora bien, sucederá al final de los tiempos, que la montaña de la casa del Eterno se alzará a la cabeza de las montañas y se elevará por cima de las colinas. Y todas las naciones afluirán allí, y pueblos numerosos vendrán y dirán: ¡Vamos a subir a la montaña de Jehová, a la casa del Dios de Jacob, para que nos enseñe sus caminos y que caminemos por sus senderos! Porque de Sión vendrá la enseñanza y la palabra del Eterno de Jerusalén. Y será el árbitro de las generaciones, -y a numerosos pueblos dictará sus mandatos y con sus espadas forjarán rejas de arado, y con sus lanzas podaderas; una nación no levantará ya la espada contra la otra y no sabrán ya nada de la guerra ¡Casa de Jacob, ea, marchemos a la luz del Eterno!»[1357] Así se expresaba un profeta desconocido, y más de uno entre las gentes que rodeaban a Ezequías debía participar de sus sentimientos, porque Isaías y Miqueo han recogido sus palabras y las han incluído en sus propias predicciones. No se gritaba ya, como en los tiempos de Amós «desgraciados de los que deseaban el día de Jehová» ese día «que es tinieblas y no luz». La esperanza cierta de una eterna felicidad en un nuevo Judá, hacía casi soportable la vista de las miserias del presente[1358].

Las viejas ideas y sus defensores, los profetas y los sacerdotes de la antigua escuela, habían callado en tanto reinó Ezequías. Cuando su hijo Manashsheh subió al trono, a la edad de doce años, volvieron a levantar cabeza, y otra vez en posesión del poder, restablecieron el culto de Jehová tal como había sido en los tiempos de Acaz. Abrieron de nuevo las capillas locales, repusieron las imágenes en su lugar, replantaron los bosques sagrados, «hicieron altares a todo el ejército de los cielos en ambos atrios de la casa del Eterno». El Baal y la Astarté fenicios fueron adorados en la montaña de Sión. El valle de Hinnóm, donde Acaz había sacrificado ya uno de sus hijos, vio de nuevo encenderse la hoguera. «Manashshéh pasó a su hijo por las llamas, pronosticó los tiempos y observó los augurios, construyó un oráculo de demonios y decidores de la buena ventura, hizo cada vez más lo que desagrada a Jehová para irritarle.»[1359] Había escándalos en Israel, pero la mayor parte del pueblo no se dejó engañar. Hubo, como antes, tantos dioses como ciudades[1360], y al multiplicar los lugares de adoración se creyó, de acuerdo con el dogma antiguo, multiplicar los lazos que unian a Jehová con los suyos. Si en los tiempos de Sennaquerib fue asolada la campiña en tanto Jerusalén no padeció daño, ¿no se debió a que los santuarios provinciales habían sido derribados por Ezequías y a que sólo el templo quedaba en pie? En donde Jehová tenía altares, velaba por su pueblo; su protección no llegaba a los lugares donde no se le ofrecían sacrificios. La

1354 *Isaías*, IV, 13

1355 *Isaías*, X, 20-21.

1356 *Isaías*, V, 4.

1357 *Isaías*, II, 2-12; *Miqueas*, IV, 1-4.

1358 Kuenen, *Religion nationale et religion universelle*, págs. 98-99, 111, etc.

1359 *II Reyes*, XXI, 1-9; véase Kuenen, *The religion of Israël*, t. II, págs. 2-6.

1360 *Jeremías*, II, 26-30; véase XI, 13, donde compara el número de altares con el de las calles de Jerusalén.

reacción no dejó de encontrar alguna resistencia entre los profetas y sus fieles. «Manashshéh derramó gran abundancia de sangre inocente, hasta llenar de ella a Jerusalén de un extremo a otro.»[1361] Según las tradiciones rabínicas, el viejo Isaías pereció durante la persecución. El rey, incomodado con sus consejos y anatemas, le hizo encerrar en un tronco de árbol ahuecado y partirle con una sierra. Un príncipe absorbido por las preocupaciones religiosas no era de temer para la Asiria. El hijo del rival de Sennaquerib siguió siendo el humilde vasallo de Assurbanabal toda su vida, y por ello mereció morir tranquilo en el trono (640)[1362].

El reinado de Amón no hizo más que prolongar el de Manashshéh, y terminó con un crimen, siendo el rey asesinado (638), y sustituido por Josías, un niño de ocho años, y venciendo de nuevo el partido de la reforma. Un reino en minoría, dividido entre dos sectas religiosas, no hubiera podido pensar en obtener provecho de lo que ocurría en Asiria a no ser incitado por su vecino poderoso, el Egipto, y éste, desconfiando por lo que el pasado le había hecho aprender, seguía a la espectativa y no se apresuraba a reanudar los hilos de su política siria. El relato de la manera cómo Psamético vino a ser solo dueño de aquel país, ha llegado a nosotros en forma de novela popular[1363]. En aquel tiempo, decíase, el valle estaba dividido entre doce príncipes confederados, pero un oráculo había predicho que pertenecería todo a aquél de los doce príncipes que hiciera una libación al dios Ptah en copa de bronce. Un día que estaban en el templo de Menfis, el gran sacerdote les presentó las copas de oro de que tenían costumbre de servirse, se equivocó al contarlas y Psamético se quedó sin copa. Entonces se quitó el casco de bronce que llevaba a la cabeza y lo utilizó para hacer la libación. Los otros se apercibieron de ello, recordaron el oráculo y desterraron al sospechoso a las marismas del Delta. Allí, pues, la diosa de Butó le predijo que la venganza le vendría del mar, el día en que los hombres de bronce salieran de él. Creyó al principio que los sacerdotes se le burlaban, pero poco tiempo después bajaron a tierra piratas carios y jonios revestidos de corazas. El egipcio que trajo la noticia no había visto nunca un soldado armado de todas armas, y refirió que hombres de bronce, salidos del mar, saqueaban el país. Psamético comprendió en seguida que el oráculo se había cumplido, corrió al encuentro de los extranjeros, los tomó a su servicio y derribó a los once reyes[1364].

Desechemos de este relato lo que tiene de maravilloso. Cuando Psamético hizo suyos los proyectos ambiciosos de su familia, veíase en presencia de los barones del Delta, mandados sin duda todavía por aquel Paqrurú que era su jefe principal desde la muerte de Necao. Vencido por primera vez y obligado a refugiarse en las marismas, tomó a sueldo bandas de mercenarios jonios y carios que el azar había llevado a Egipto, e imploró la ayuda de Giges el Lidio, que acababa de vencer a los cimerianos[1365]. Era el momento en que Shamashshumukín buscaba aliados para ayudarle en su rebelión contra la Asiria y enviaba embajadores a todas partes a fin de asegurarse el apoyo de los descontentos[1366]. La certidumbre de distraer eficazmente fuerzas en el Tigris y en el Éufrates, alentó al saíta a tentar fortuna. La bravura de sus auxiliares carios y griegos le aseguró la victoria. Los confederados, derrotados cerca de Momemfis, fueron destronados o reducidos a la

---

1361 *II Reyes*, XXI, 16.

1362 No he creído deber hablar de su cautiverio en Asiria, porque este hecho no nos es conocido más que por el testimonio de las Crónicas (*II Crón.*, XXXIII, 11-13). Véase no obstante, la Memoria de J. Halévy, *Manassé, roi de Juda, et ses contemporains*, en *Mélanges de critique et d'histoire relatifs aux peuples sémitiques*, págs. 24-37, y Schrader, *Die Keilinschriften un das Alte Testament*, 1883, págs. 366-372.

1363 Para la indicación de los monumentos relativos a la XXVIª dinastía, véase Wiedemann, *Geschichte Ægyptens von Psametich Ibis auf Alexander den Grossen*, Leipzig, 1880.

1364 Heródoto, II, CXLVII-CLII. Según Poliano, *Strat.*, I, VII, § 3, el oráculo había aconsejado al rey de Egipto, Tementhés, que desconfiase de los gallos. Psamético supo que los carios habían sido los primeros en ponerse cimeras en los cascos y tomó gran número de carios a sueldo.

1365 G. Smith, *History of Assurbanipal*, pág. 66.

1366 G. Smith, *History of Assurbanipal*, pág. 158, donde por Mielukhkhi hay que entender necesariamente el Egipto (véase Schrade, *Keilinschriften und Geschichtsforschung*, págs. 286 y siguientes, nota 4.

condición de vasallos[1367]. Si había aún tropas asirias de guarnición en las plazas fuertes, fueron arrastradas en la derrota de los reyezuelos egipcios, y Assurbanabal, impedido por el alzamiento de Babilonia, no hizo nada para recuperar la provincia que se le iba. Libre ya el Delta, la Tebaida, que hacía tiempo no significaba nada en los destinos del país, se sometió sin resistencia. Sabacón había confiado el gobierno de la misma a su hermana Amenertais, y ésta se casó con cierto Pionkhi, del que poseemos algunos monumentos. De aquella unión había nacido una hija, Shapenuapit, en la que encarnó el derecho hereditario de las antiguas dinastías. Psamético la obligó a adoptar por heredera a una de sus hijas, que tomó el nombre de Shapenuapit, y esta adopción dio a su autoridad el carácter de legítima que no tenía. Hasta entonces no había sido más que un usurpador triunfante; en lo sucesivo fue el único rey legítimo al Sur como al Norte[1368]. No se sabe exactamente en que año tuvo lugar este hecho. Psamético hacía datar su advenimiento oficial de la muerte de Taharqú (666). La expulsión de los asirios, la última conquista etiópica, las guerras contra los pequeños príncipes llenaron por lo menos una decena de años. En 658 fue cuando la adopción tuvo lugar, y cuando fue dueño único del territorio situado entre la primera catarata y las costas del Mediterráneo[1369]. El fin que sus antepasados habían perseguido sin desfallecer un siglo hacía estaba al fin logrado.

Se hallaba el Egipto en un estado deplorable de miseria y abandono. Todas las grandes ciudades habían sufrido más o menos. Menfis había sido sitiada y saqueada en varias ocasiones, Tehas saqueada e incendiada dos veces por los asirios. Desde Siena a Tanis no había una aldea que no hubiera sido maltratada por una u otra de las invasiones. Los canales y los caminos, reparados en tiempos de Sabacón, habían sido descuidados después, las campiñas devastadas y la población diezmada periódicamente. Psamético hizo surgir un Egipto nuevo de las ruinas del antiguo. Restauró los canales y los caminos, devolvió la tranquilidad a los campos, favoreció el desarrollo de la población, ejecutó los trabajos necesarios para el término y restauración de los edificios sagrados. En Menfis construyó los propileos del templo de Ptah, que dan al Oriente y al Mediodía[1370], y el gran patio en que se alimentaba al Apis reinante[1371]. El Apis muerto tuvo también que agradecer de sus buenos oficios. Desde que Ramsés I Ihabía abierto el gran subterráneo del Serapeum para los toros difuntos, todos los príncipes que habían tenido mando en Menfis habían tenido a gloria el cuidar con esmero de la tumba común y celebrar pomposamente en ella los ritos del entierro divino. Taharqú mismo había enterrado un toro el último año de su reinado, en el momento en que los asirios le amenazaban más seriamente[1372]. Psamético procuró no desdeñar aquella parte importante de sus deberes reales. Se contentó al principio con hacer lo que sus predecesores, pero un derrumbamiento acaecido en la parte del hipogeo donde el último Apis, fallecido el año XX, había sido depositado, le obligó a mandar a los ingenieros, el año LII, que abriesen una galería nueva en una veta de caliza más dura. Fue el punto de partida de una restauración completa. Las criptas de los antiguos Apis fueron inspeccionadas una por una, las envolturas y las cajas de las momias reparadas, la capilla remontada y provista de las maderas, de las telas, de los perfumes indispensables a las ceremonias funerarias[1373]. En Tebas, levantó las partes del templo de Karnak destruidas durante la invasión asiria. El valle del Nilo vino a ser como un vasto taller en que se trabajó con actividad sin igual, y las artes, alentadas por el rey mismo y por los altos funcionarios,

1367 Diodoro, I, 66.

1368 Legrain, *Deux stèles trouvées a Karnak*, y Erman, *Zu den Legrain'sehen Inschriften*, en la *Zeitschrift*, t. XXXV, págs. 16-19-24-29.

1369 Diodoro hace durar la dodecarquía quince años después de la retirada de los etíopes (I, 66).

1370 Heródoto, II, CLX; Diodoro, I, 67.

1371 Heródoto, II, CLII.

1372 Louvre, *Sérapéum*, est. n.o 190, publicada por Mariette, *Renseignements sur les soixante-quatre Apis trouvés dans les souterrains du Sérapéum*, en el *Bulletin archéologique de l'Athénéum français*, Agosto y Setiembre de 1856, y en el *Sérapéum de Memphis*, III, lám. 36; Lepsius, *Königsbuch*.

1373 Louvre, *Sérapéum*, est. nº 239, publicada por Mariette, *Renseignements, en el Bülletin archéologique*, Agosto y Setiembre de 1856.

no tardaron en florecer de nuevo. La pintura y el grabado de los jeroglíficos llegaron a una finura admirable, las lindas estatuas y los bajorrelieves se multiplicaron. La escuela saíta se caracteriza por una elegancia algo tiesa, por la inteligencia del pormenor, por la habilidad maravillosa en la manera de labrar los materiales más rebeldes al cincel. Las proporciones de los cuerpos se adelgazan y estiran, los miembros son tratados con más soltura y verdad. No es ya el estilo amplio y un tanto poco realista de las épocas menfitas, no la manera grandiosa y muchas veces ruda de los monumentos de Ramsés II, es una factura dulce y pura, llena de finura y de castidad[1374]. Brilla sobre todo en las composiciones de tamaño reducido, amuletos de barro esmaltado o de lapizlázuli, estatuillas de bronce, de plata y oro, anillos, alhajas; nunca se ha sabido mejor dar aire de soltura y vigor a figuras que tienen muchas unos centímetros apenas de altura.

No solamente en las artes marcó el advenimiento de la vigésimosexta dinastía un renacimiento verdadero. La política exterior volvió a ser lo que fuera en los tiempos de los reyes tebanos, amplia e inteligente. No estaba el Egipto, como antaño, rodeado de pequeños Estados, sino que tocaba al Sur y al Nordeste con dos Imperios conquistadores, la Etiopía y la Asiria, y aun al Oeste, la fundación de Cirene por los griegos (entre 648 y 625 a. de J. C.) había dado alguna consistencia a las poblaciones flotantes de la Siria. Se trataba ante todo de fortificar los puntos vulnerables del país, las salidas del camino de Siria al Este, las cercanías del lago Mareotis al Oeste, y al Sur las de la primera catarata. Contra los asirios, Psamético fortificó Dafné, cerca de la antigua fortaleza de Zarú. Guarniciones numerosas, acantonadas cerca de Abú y Marea protegieron la Tebaida y las regiones occidentales del Delta contra los libios y los etíopes[1375]. En Siria, los recuerdos de su juventud no debían inspirarle el deseo de mezclarse en los asuntos, la menor intervención de su parte podría dar lugar a represalias terribles, y una derrota le habría expuesto a ser tratado como va sallo rebelde. Quizá le habría tentado, no obstante, aprovechar la ocasión que la victoria de Ciaxares parecía ofrecerle, si una revolución recientemente acontecida en el interior de su reino no le hubiera privado de parte de sus recursos.

A imitación de los grandes Faraones de antaño, había atraído a los extranjeros a su lado. Después de la caída de Samaria y de las guerras de Sennaquerib, gran número de judíos y sirios se habían refugiado en el Delta. Al lado de estas poblaciones semíticas siempre en aumento, quiso colocar tribus de razas diferentes. Concedió tierras a lo largo del brazo pelusiaco a los carios y a los jonios, cuyos servicios le habían sido útiles[1376]. Tuvo cuidado de separar a los jonios de los otros por toda la anchura del Nilo. La precaución no era superflua, porque la reunión bajo una misma bandera no había extinguido sus odios nacionales y no bastó siempre para prevenir las hostilidades entre mercenarios de origen distinto[1377]. Colonos milesianos, alentados por su ejemplo, abordaron con treinta navíos a la entrada de la rama bolbitina y fundaron una factoría que llamaron Campo de los milesianos[1378]. Otras bandas vinieron sucesivamente a reforzarlos, y el rey les confió niños a los que enseñaron la lengua griega[1379]. El número de los intérpretes creció con rapidez, a medida que las relaciones comerciales y de amistad se hacían más frecuentes, formando en las ciudades del Delta una verdadera clase cuya única función era servir de intermediarios entre los dos pueblos[1380]. Al poner a sus súbditos en contacto con una nación activa, industriosa, emprendedora, llena de savia y de juventud, Psamético esperaba sin duda merecer su agradecimiento, pero se engañaba. El Egipto

1374 Véase en el Museo del Cairo la estatua de la reina Amenertais, en el del Louvre las estatuas A 83, 84, 86, 88, 91, 93, 94, los sarcófagos D 8, 9, 10, la naos D 29, las estelas de Apis S 2240, 2243, 2244, 259 y el hermoso león del Serapeum.

1375 Heródoto, II, 30.

1376 Heródoto, II, CLXV.

1377 La observación es de Kenrick, *Ancient Egypt under the Pharahos*, l. II, pág. 223.

1378 Μιλμσίων τεῖχος. Estrabón, l. XVII, 1.

1379 Heródoto, II, CXLIV.

1380 Heródoto, II, CLIV.

había tenido demasiado que sufrir durante dos siglos por culpa de los extranjeros de toda especie, para estar dispuesto a acogerlos bien en su territorio, aun cuando se presentaran como aliados. Toleraba a los pueblos que conocía hacía mucho tiempo y cuyas costumbres no eran muy diferentes a las suyas, a los fenicios, a los judíos, hasta a los asirios, pero no quiso aceptar a los griegos. Éstos, por el contrario, llenos de admiración a la vista de aquella cultura tan poderosa todavía y tan imponente en su decadencia, se enamoraron de ella. Enlazaron el origen de sus dioses con los de Egipto, el de sus familias heróicas con las razas reales egipcias. Mil leyendas nacieron en las costas del Delta relativas al rey Danaos y su destierro en Grecia después de rebelarse contra su hermano Armais[1381], acerca de las emigraciones de Kekrops y de la identidad de Minerva con la Nit de Sais[1382], sobre la lucha de Hércules con el tirano Busiris, sobre la estancia de Helena y de Menelao en la corte del rey Proteo[1383]. A cambio de tanta admiración, el Egipto no tuvo para Grecia más que desprecio y desconfianza, el heleno fue para el egipcio un ser impuro, a cuyo lado no se podía vivir sin mancharse. Las gentes de las clases inferiores no querían comer con él, usar su cuchillo o su cacerola[1384]. Las de las clases altas le trataban como a un niño sin pasado y sin experiencia, cuyos padres no eran sino bárbaros algunos siglos antes[1385].

Sorda al principio la hostilidad contra los septentrionales, no tardó en manifestarse abiertamente. Psamético había colmado de mercedes a los jonios y a los carios que habían trabajado para subirle al trono, había hecho de ellos sus guardias y les había confiado el puesto de honor en el ala derecha del ejército. Los griegos tenían con él lo que tanto deseaban, honra y provecho, pues al título de guardia de corps iba unida una buena paga[1386]. Cuando los Mashuasha y los soldados indígenas se vieron despojados por los recién venidos de las preeminencias que hasta entonces les habían estado reservadas, empezaron a murmurar. Una circunstantancia enojosa hizo llegar al colmo el descontento: las guarniciones establecidas en Dafné, en Marea y en la isla de Abú no fueron relevadas una sola vez en el trascurso de tres años. Resolvieron, por tanto, cortar por lo sano, y como un intento de sublevación les pareció ofrecer pocas probabilidades de éxito, tomaron el partido de emigrar. Doscientos cuarenta mil de ellos se reunieron con armas y bagajes y se dirigieron a Etiopía. Psamético, advertido demasiado tarde de su proyecto, se lanzó en su persecución con un puñado de gente, los alcanzó y suplicó que no abandonaran los dioses de su patria, sus mujeres, sus hijos. Uno de ellos le respondió, con aire brutal, que estaban seguros de crearse una familia dondequiera que fueran. El rey de Napata los acogió alegre, los tomó a su servicio y les permitió conquistar por su cuenta un territorio ocupado por sus enemigos. Se establecieron en la península que el Bahr-el-Azrek y el Bahr-el-Abyad forman a partir de su confluencia, y se multiplicaron hasta el punto de hacerse un pueblo considerable. En recuerdo de la ofensa que se les había hecho, se llamaron los Asmakh, las gentes de la izquierda del rey[1387]. Los viajeros griegos los llamaron sucesivamente Automolos y Sembritas, nombres que conservaron hasta los primeros siglos de nuestra era[1388].

Aquella deserción en masa, en el momento en que el Egipto tenía más que nunca necesidad de todos sus recursos, no le permitía intervenir de manera eficaz en Siria ni fomentar allí las intrigas que hubieran podido suscitar rebeliones decisivas. Assurbanabal pudo reconcentrar sus fuerzas para

---

1381 Manetón, ed. Unger, págs. 158, 195-198.

1382 Diodoro, I, 14.

1383 Heródoto, II, CXII-CXXI; véase *Odisea*, IV, 82 y siguientes; Clemente de Alejandría, *Strom.*, I, pág. 326, a.

1384 Heródoto, II, XLI.

1385 Conocido es el apóstrofe de un sacerdote egipcio a Platón.

1386 Heródoto, II, CLXVIII.

1387 Véase J. de Horrack, en la *Revue archéologique*, 1864.

1388 Heródoto, II, XXX; Diodoro, I, 67; Eratóstenes en Estrabón, l. XVII, 2; Plinio, l. VI, 30; Ptolomeo, IV, 7. A pesar de la exageración de las cifras y de la rareza de ciertos pormenores, tengo por verdadero el fondo del relato de Heródoto, al contrario de lo que opina Wiedemann, *Geschichte Ægyptens*, págs. 134-138.

rechazar la irrupción de los medos. El sitio se prolongó, y parecía tan próximo el momento en que Nínive iba a sufrir al fin la suerte que había hecho pesar sobre sus rivales, que una voz profética se alzó en Judea para anunciarlo: «¡Desgraciada de la ciudad sanguinaria, gritó Nahún el Elkoshita, llena de engaños, llena de crímenes, y que no cesa en sus rapiñas! ¡Oid, el látigo, oid, ruido de ruedas, galopar de caballos y de carros que saltan, los ginetes se precipitan, la espada brilla, la lanza flamea! ¡Qué muchedumbre de muertos, qué montón de cadáveres! ¡Muertos que no se acaban, por todas partes se tropieza con sus cuerpos! ¡Y todo por los manejos de esa ciudad perversa, de esa linda y falaz encantadora, que seducía a las naciones con sus caricias y a los pueblos con sus encantos! ¡Heme aquí, te ha llegado la vez, dice Jehová Sabaoth: Levantaré tus faldas, colocándolas sobre tu cara para mostrar tu desnudez a las naciones, tu vergüenza a los reinos. Te echaré encima basuras, te maldeciré, te ofreceré en espectáculo y el que te vea huirá diciendo: ¡Nínive ha caído! ¿Quién lo sentirá? ¿Dónde hallarás consuelo? Tebas, la ciudad de Amón, no se ha librado de la ruina, ¿por qué Nínive se sustraería a la suya? ¡Recoge agua para el asedio! ¡Recompón tus murallas! ¡Amasa el barro y bate la arcilla! ¡Repara el horno de cocer ladrillos! A pesar de todo, el fuego te devorará, la espada te exterminará, te roerá como la langosta, aunque fueras legión como la langosta y el grillo! ¡Tus mercaderes abundaban como la langosta! ¡La langosta tala, después vuela! - Tus soldados eran como langostas, y tus oficiales como enjambres de insectos acampados en setos en un día de frío. ¿Sale el sol? Parten y no se sabe ya donde están. Tus pastores dormitan, rey de Asiria; tus capitanes reposan; tu pueblo anda disperso por las montañas y ya no hay quien lo reuna. --Tu herida no tiene remedio, tu llaga es mortal. Todos los que oigan hablar de ti celebrarán tu destino porque ¿sobre quién no ha pasado tu maldad?[1389]

La invasión escita: Josías y Necao. La caída de Nínive (608).

Assur escapó por algún tiempo todavía a la desolación que el profeta la anunciaba. Si se creyera una tradición corriente dos siglos más tarde en el Asia Menor, una horda de escitas, que se había lanzado en persecución de los cimerianos, pasó el Cáucaso por las Puertas Caspianas, y chocó con los medos en el valle del Ciro. Los derrotó, y su derrota obligó a Ciaxares a levantar el sitio de Nínive[1390]. No fue casualidad probablemente aquella crisis. Pronto haría ochenta años que los asirios se habían puesto en contacto con los escitas, siempre habían tratado de mantener buenas relaciones con ellos, y Asarhaddón había dado una de sus hijas en matrimonio al rey de los escitas, Bartatúa.

No sé si Madyés, hijo de Bartatúa, lo era también de la princesa en cuestión y si no era sobrino de Assurbanabal. Paréceme cierto que, puesto que intervino tan oportunamente en la lucha, no fue por casualidad, sino para responder a un llamamiento del rey de Asiria. Cogió a la Media de través, y Ciaxares no pudo hacer otra cosa que soltar su presa y correr al encuentro de aquel adversario inesperado. El choque tuvo lugar ya a orillas del Araxes inferior, ya en todo caso al Norte del lago de Urumiyeh, en la región habitada en otro tiempo por los Mannai. Vencedor Madyés, no se detuvo en el lugar que había querido su aliado, sino que, después de haber saqueado el territorio de los medos, se precipitó sobre Assurbanabal y sobre sus vasallos. La Asiria propia fue la primera que padeció a los bárbaros. Estaba agotada por sus largas guerras contra el Elam, contra Caldea, contra la Media, y no tenía ya el vigor necesario para reaccionar. Fue devastada por entero, y si Nínive se libró, las otras ciudades reales, Kalakh, Assur fueron incendiadas y saqueadas por completo. Como los hunos, diez siglos más tarde, los escitas no perdonaban edad ni sexo. Talaban los sembrados, degollaban o robaban los ganados, incendiaban las aldeas, por el solo placer de destruir o de aterrar. Los habitantes que no habían logrado salvarse en las montañas o encerrarse en las ciudadelas, eran degollados o conducidos como esclavos. Demasiado ignorantes del arte de la

1389 *Nahún*, III, 2-7, 12-19.

1390 Heródoto, I, CIII-CIV. Los pormenores copiados por Justino (II, 3) y por Jordanes (*De Origine getarum*, 6) de Trogo Pompeyo, proceden probablemente de Dinón.

guerra para hacer un sitio en regla, dejaban comúnmente en paz a las ciudades fortificadas, exigiendo sólo un pequeño tributo. Si las riquezas que encerraba una de ellas les hacían esperar rico botín, la sitiaban hasta que el hambre la obligaba a rendirse. Más de una vieja ciudad en que se habían acumulado tesoros fue pasada a sangre y fuego, más de un distrito fértil y poblado fue arruinado y desolado. El reino de Urarti desapareció en la tormenta. Los Muskhi y los Tabal, que por espacio de ocho siglos habían resistido con éxito a las armas de los asirios, no se libraron de la destrucción sino en cortísimo número. «Han bajado a la tumba y toda su gente con ellos y sus sepulcros están a su alrededor, incircuncisos todos, degollados por la espada, por haber esparcido el terror en la morada de los vivos. Pero no reposan con los guerreros caídos de entre los incircuncisos, que han bajado a la tumba con sus armas, y que se les han puesto sus espadas debajo de la cabeza[1391]. Sus crímenes han caído sobre sus osamentas, porque han sembrado el terror en la morada de los vivos.»[1392] Sus restos fueron rechazados al Norte, a las montañas del Ponto Euxino, donde los griegos conocieron a sus descendientes, los Moscos y los Tibarenos[1393].

Los cimerianos sufrieron igual suerte que sus vecinos. Después de algunos triunfos parciales, cerca de Zela principalmente[1394], su rey Kobos, cuyas hazañas colocaba la tradición egipcia a la par de las de Sesostris, fue hecho prisionero por Madyés[1395]. Sus súbditos, incorporados a las hordas escitas, se asociaron en lo sucesivo a sus incursiones, y las naciones civilizadas del Asia, que habían aprendido a temerlos de larga fecha, aplicaron su nombre a sus dueños[1396]. Escitas y cimerianos fueron de provincia en provincia, desde Mesopotamia a la Siria del Norte y la Fenicia, al país de Damasco y la Palestina[1397].

Hacía ya doce años que Josías reinaba en Jerusalén cuando el peligro escita surgió en el horizonte de la Judea. Cuando los profetas fueron conociendo, una tras otra, la derrota de Ciaxares, la humillación de la Asiria y la desventura de tantos Estados poderosos, empezaron a preguntarse si no eran señales de la cólera de Dios y si no estaba cercano el día de la justicia. Un biznieto de Ezequías, llamado Zefaniah, apareció para anunciarlo. «Voy a borrar todo por completo de sobre la faz de la tierra, dice Jehová; voy a consumir al hombre y al animal; voy a consumir las aves del cielo y los peces del mar, y los criminales y los malvados, y segaré al hombre de sobre la faz de la tierra, dice Jehová. Y tenderé mi mano sobre Judá y sobre todos los habitantes de Jerusalén... Porque el día de hoy es de cólera, día de destrozo y desolación, día de nubes y de espesas tinieblas, día de trompetas y de alarmas contra las ciudades amuralladas y contra las altas murallas. Y llevaré la miseria a los hombres, tanto, que andarán como ciegos, porque han pecado contra Jehová, y su sangre se esparcirá como polvo, y su carne como basura. Ni su oro, ni su plata podrán salvarlos del día de la cólera de Jehová, sino que todo el país será devorado por el fuego de sus celos, porque acabará, sí, terriblemente, con todos los que habitan en este país.»[1398] Otra voz más poderosa resonó al choque de la emoción, la de Jeremías, hijo de Hilkiah, que debía ser uno de los mayores entre los profetas de Israel. Cuando Jehová le ordenó ir a hablar en su nombre, exclamó lleno de terror: «¡Ay! Señor Dios, ves, no puedo hablar, no soy sino un niño!» Pero Jehová lo tranquilizó, y tocándole los labios, le dijo: «¿Ves? yo he puesto mis palabras en tu boca, este día te he elevado sobre las naciones y sobre los reinos, para arrancar y para romper, para destruir y para derribar, para edificar

---

1391 Esto significa sin duda que los Tabal fueron vencidos tan por completo, que no pudieron dar a sus guerreros muertos en los campos de batalla honrosa sepultura, la espada debajo de la cabeza y las armas sobre el cuerpo.

1392 *Ezequiel*, XXXII, 26-27.

1393 Fr. Lenormant, *Les origines de l'Histoire*, t. II, págs. 458-561.

1394 Estrabón, XI, VIII, 4, en que se atribuye la derrota de los sacios a los persas.(

1395 Estrabón, I, III, 21.

1396 Schrader, *Keilinschriften und Geschichtsforschung*, pág. 150; Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, t. II, págs. 547 y siguientes.

1397 Heródoto, I, CV; Justino, II, 3.

1398 *Sofonías*, I, 2-7.

y para plantar». El profeta apercibió, pues, una caldera hirviente cuya forma aparecía por el Norte, porque «el mal caerá del Norte sobre los habitantes del país.»[1399] Ya el enemigo se acerca: «He aquí, vendrá como una nube y sus carros serán como torbellinos, y sus caballos serán más rápidos que águilas». Apenas si se ha anunciado la presencia de los escitas y ya amenazan a Jerusalén, y el profeta se desvanece casi de horror al saber que se acercan: «¡Entrañas mías, entrañas mías! Sufro en el fondo de mi corazón y mi ánimo está intranquilo. No puedo permanecer sosegado, porque lo has oído, corazón mío, el sonido de la trompeta, el tumulto de la guerra. Por todas partes se anuncia destrucción tras destrucción, porque todo el país está devastado y no tardará un momento en sucumbir. ¿Cuánto tiempo todavía veré los estandartes y oiré el sonido de la trompeta?»[1400] Es probable que las montañas salvasen a Judá de los ataques, pero la impresión de terror fue tan viva, que no se había borrado todavía cuarenta años más tarde e inspiraba al profeta Ezequiel las palabras más enérgicas. «¡A ti me dirijo, Gog, príncipe de Rosh[1401], de Meshekh y de Túbal! ¡Voy a hacerte andar, a ti y a todo tu ejército, caballos y caballeros, todos con el más vistoso atavío, una muchedumbre inmensa con escudos y rodelas, todos con la espada en la mano... Gomer con todos sus batallones, los de Togarmah, del fondo del Norte, con todos sus batallones de pueblos numerosos, tus aliados!... avanzarás, vendrás como el huracán, como la nube tempestuosa para cubrir el país, tú y todos los batallones y pueblos numerosos contigo.»[1402]

La ola de la invasión expiró en las fronteras del Egipto. Psamético I alejó a los escitas dándoles ricos presentes. Volvieron pies atrás y saquearon el país de los filisteos. «Gaza quedará desierta, decía por aquel tiempo el profeta Zefaniah, y Ascalón arruinada; Ashdod será saqueada en pleno día y Egrón será devastada. ¡Desgraciados de los habitantes de la costa, del pueblo de los cretenses! El distrito de la costa no será más que una estepa con chozas de pastores y hatos de carneros.»[1403] Saquearon al paso el templo de Derketo, cerca de Ascalón, pero a partir de aquel momento su poderío no cesó de declinar, y las generaciones siguientes vieron en su caída un castigo de la diosa cuyo santuario habían violado[1404]. No había necesidad de inventar causas sobrenaturales para explicar su decaimiento. Comprometidos cada año en nuevas empresas, llenaban difícilmente los huecos que la victoria abría en sus filas. Los excesos de todas clases los diezmaron, su número disminuyó y se derrumbó su Imperio tan rápidamente como se había fundado. No se sabe bien lo que fue de ellos en Siria y en el Asia Menor. Los medos dieron el golpe mortal al grueso de la nación. Habían reparado sus pérdidas con bastante rapidez, pero, antes de afrontar la lucha, quisieron desembarazarse de Madyés. Heródoto refiere que Ciaxares le invitó a él y a sus principales oficiales a un gran banquete. Después de haberlos emborrachado, los mató, y al día siguiente reanudó la campaña[1405]. A pesar de la traición que los había privado de sus generales, los bárbaros hicieron frente con valor a la tempestad, y no fueron expulsados sino después de una guerra larga y sangrienta, cuyos pormenores no nos ha conservado la leyenda. Según su costumbre, Ctesias de Cnido ha tejido sobre este tema toda clase de aventuras maravillosas o novelescas. Los escitas, unidos a los partos dícese que estaban mandados por la reina Zarinæa, que derrotó a los medos varias veces y trató finalmente con ellos en condiciones de igualdad. Firmada la paz, se retiró a su capital Roxanaké y allí terminó sus días[1406]. El único hecho cierto es que Ciaxares arrojó

1399 *Jeremías*, I, 4-14.

1400 *Jeremías*, IV, 13-16, 19-21.

1401 Véase Lenormant, *Les Origines de l'histoire*, t. II, págs. 453 y siguientes, donde el país de Rosh se identifica con el Rashi de las inscripciones cuneiformes.

1402 *Ezequiel*, XXVIII, 1-9.

1403 *Sofonías*, II, 4-6.

1404 Heródoto, I, CV. Según Trogo Pompeyo (Justino, II, 3, 14) los pantanos habrían detenido a los cimerianos.

1405 Heródoto, I, CV. Para ejemplos análogos, tomados de la historia moderna del Asia, véase Nöldeke, *Aufsätze zur Persischen Geschichte*, pág. 8, nota 2.

1406 Diodoro, II, 34, según Ctesias de Cnido (véase Ctesias, *Medica*, fr. 26-27, ed. Müller-Didot, págs. 44-45); Nicolás de Damasco, fr. 12, en los *Fragm. H. Græc.*, t. III, págs. 364-365; *Anonymus de claris mulieribus*, § 2.

a los escitas de Media. Lo que después fue de ellos, nadie lo sabe. Una banda se dice que volvió a Europa por el Cáucaso[1407]; otra vagó algún tiempo entre el Araxes y el Halys, buscando un territorio vacío en que establecerse. Heródoto afirma que dominaron veintiocho años en Asia, desde su primera victoria hasta la sublevación de los medos[1408]. Parece que su poder duró una veintena de años a lo sumo, desde el 634 al 614.

Este corto espacio de tiempo bastó para variar la faz del mundo asiático. Los antiguos Estados, que hasta entonces habían desempeñado el principal papel en la historia, habían sido trastornados o hasta suprimidos. El viejo Assurbanabal había muerto en 625, terminando miserablemente uno de los reinados más gloriosos de la historia. Su hijo Assuretililani trató en vano de reparar el desorden. Sobre las ruinas de los palacios suntuosos levantados en Kalakh por sus antepasados, reconstruyó a toda prisa una especie de casa malamente construída y más toscamente decorada. Habitaciones reducidísimas, cuyas paredes de ladrillo sin cocer están revestidas hasta un metro próximamente de altura con losas de piedra caliza apenas labradas, sin relieves y sin inscripciones; por cima no hay más que una capa de yeso mal dada[1409]. No se sabe el tiempo que permaneció en el trono, pero, por el 620, se encuentra en su lugar a uno de sus hermanos, Sinsharishkún, el Saracos de los griegos, que al principio reinó en Babilonia lo mismo que en Nínive. No obstante, la Caldea no le obedecía más que por la fuerza de la costumbre, y un pretexto se la presentó, por el año 611, de romper su unión con la Asiria. Tenía para gobernarla a un caldeo de vieja estirpe, cierto Nabopolassar, que tomó el nombre de rey a la muerte de Assuretililani, sin dejar de ser vasallo de Saracos. La tradición refiere que un ejército inmenso de bárbaros, venido no se sabe de dónde, desembarcó de pronto en las bocas del Éufrates y del Tigris. Quizá hay que comprender que se trata de una sublevación de Bit-Iakín y de los distritos marítimos, análoga a las que causaron tantas preocupaciones a Sargón, a Sennaquerib y hasta a Asarhaddón. Saracos mandó a Nabopolassar que fuera contra aquellos bárbaros, lo cual hizo. No obstante, en vez de atacarlos, negoció con ellos y cuando se hubo asegurado su apoyo, se declaró independiente. Debilitada como estaba Nínive, inspiraba un terror tal que las ciudades del Éufrates inferior siguiéronle siendo fieles. Saracos se puso en disposición de castigar a su vasallo insolente, y quizá lo habría conseguido, si Marduk, que nunca abandona a sus devotos, «no hubiera suscitado auxilios a Nabopolassar y no le hubiera procurado un aliado.»[1410]

Los ojos del Asia se habían vuelto a Ciaxares desde que había acabado para siempre con el poder de los escitas. A Ciaxares se dirigió Nabopolassar, y éste le prometió su ayuda. Se dice que, para cimentar la alianza, se concertó un casamiento entre la hija del rey medo, Amytis, y el heredero del trono de Babilonia, Nabucodonosor[1411]. Parece que, aun entonces, el prestigio asirio continuaba tan vivo que ninguno de los súbditos del Imperio osó unirse al ataque supremo. El mismo Nabopolassar se limitó a reducir las guarniciones de las ciudades de la Caldea meridional, y dejó a los medos la gloria de acabar con el enemigo común. Sinsharishkún fue vencido en campo abierto y se encerró en el triángulo asirio con el resto de sus tropas. Allí se mantuvo mucho tiempo, varios años según se dice, y lo enérgico de su resistencia hizo esperar hasta el fin que acabaría con la paciencia de los iranios y que recobraría su pasado ascendiente. La historia de Josías lo prueba. Pasada la invasión de los escitas, Psamético I se había atrevido al fin a poner el pie en Siria y había restablecido la antigua autoridad del Egipto, si no sobre toda la Filistea, al menos sobre una de las grandes ciudades de dicha comarca, Ashdod[1412]. Quizá había intentado tratar con Judá, pero el

1407 Heródoto, IV, I.

1408 Heródoto, I, CVI.

1409 Layard, *Nineveh and Babylon*, pág. 655.

1410 Cilindro de Nabonides, col. II, 1. 1-12.

1411 Sincelo, pág. 396, nota. Las fuentes clásicas la dan por hija de Astiages, lo que no puede admitirse teniendo en cuenta las fechas.

1412 Heródoto, II, CLVII, donde se dice, según el relato de un dragomán, que el sitio de la ciudad duró veitinueve años.

partido profético se había declarado hostil a toda alianza con él y no había insistido. Empleó los últimos años de su vida en rehacer sus milicias desorganizadas por la defección de los Mashauasha, y en equipar una flota. Pero cuando murió en 511, después de reinar cincuenta y cuatro años, su sucesor, que se llamaba Necao como su abuelo, no tuvo en cuenta las consideraciones que a él le habían detenido. Era, por lo que puede juzgarse, un rey activo y audaz, cortado por el patrón de los grandes Faraones tebanos, y al que sólo faltó, para obtener los triunfos de los Ramsés y los Tutmosis, disponer de los recursos que éstos tuvieron a mano. Psamético le había legado un ejército bien organizado y él acabó de ponerlo en pie de guerra. Nínive, siempre sitiada por Ciaxares, estaba en las últimas. Quiso tener su parte en los despojos y se lanzó sobre la Siria. Pensaba que los pequeños Estados sirios le acogerían como libertador, y razón tenía en lo relativo a Tiro y la Fenicia. Los hechos le demostraron que se había engañado contando con la buena voluntad de Josías, el cual, aunque no había padecido con la invasión escita, había recibido tal impresión que redobló su fervor religioso. Judá, decían los profetas que le rodeaban, sólo podía tener refugio en Jehová, y le era arrebatada toda esperanza de salvación si persistía en las doctrinas que habían encendido la cólera de Jehová contra los infieles. Había que derribar los ídolos, reformar los ritos, reconcentrar al pueblo alrededor del altar único y del templo de Salomón, en una palabra, volver a la estricta observancia de la Ley tal como los antepasados la habían conocido. Pero como aquella Ley venerable no se encontraba en ninguno de los Libros sagrados que se leían en Israel, se preguntaban los judíos, no sin ansiedad, si aquella Ley existía aún y donde estaba oculta, olvidada de todos.

El año decimoctavo de su reinado (623), el rey Josías envió al templo a Shafán, hijo de Asalijahú, hijo de Meshulam, para recibir del gran sacerdote Hilqiah el dinero recogido a las puertas y que servía para el sostenimiento del edificio. Acabado el asunto, Hilqiah dijo: «He encontrado en el templo el libro de la Ley» y dio el libro a Shafán, que lo recorrió con la vista. De vuelta al palacio, el escriba refirió lo sucedido: «Tus servidores han entregado el dinero que se encontró en el templo, y le han repartido entre los que dirigen las obras. Luego añadió: «El sacerdote Hilqiah me ha entregado un libros y lo leyó en presencia del rey. Cuando Josías oyó las palabras del Libro de la Ley fue acometido de ansiedad y desgarró sus vestiduras. Luego, sintiéndose incapaz de adoptar por sí mismo una resolución, invocó a Hilqiah, a Shafán y a otros oficiales reales para que consultasen a Jehová en su nombre y en el del pueblo. Ellos, en vez de dirigirse a los profetas oficiales, recurrieron a la profetisa Huldah, que moraba en Jerusalén, en el segundo distrito, y que estaba unida a la corte por un cargo que ejercía el marido. Les respondió en nombre del Eterno: «Mirad, traigo desgracia sobre este lugar y sobre sus moradores, todo lo que se contiene en el libro que el rey de Judá acaba de leer, porque me han abandonado y han quemado incienso a otros dioses. En cuanto a la persona del rey, puesto que su ánimo es humilde y se ha inclinado ante Jehová al oir lo que he dicho contra este lugar y contra sus habitantes, y ha desgarrado sus vestiduras y ha llorado en mi presencia, yo también escucho, dice Jehová, y para esto, mira, te reuniré a tus padres, e irás a unirte con ellos en paz a tu sepulcro, y tus ojos no verán todas las desgracias que haré caer sobre estos lugares». Entonces el rey convocó a todos los cadíes de Judá y de Jerusalén, luego subió al templo, y con él la población entera, los sacerdotes, los profetas, y en presencia de todos se dio lectura a las palabras del Libro de la Alianza[1413].

Sabido es lo que los orientales quieren decir cuando afirman que tal o cual libro ha sido descubierto en el templo de un dios. La fórmula indica simplemente que el autor, para dar más autoridad a su obra, la coloca bajo la protección divina o atribuye su origen a revelación de lo alto. Los sacerdotes egipcios pretendían haber recibido de esta suerte los capítulos más venerados de su Libro de los Muertos y los tratados más importantes de su bibliografía científica. El incógnito autor del Libro de la Ley había ido a buscar muy lejos en el pasado de Israel el nombre del jefe que pasaba por haber libertado al pueblo, en los tiempos del cautiverio de Egipto. Suponía que Moisés,

1413 *II Reyes*, XXII-XXIII.

dueño ya de Galaad, y sintiendo próximo su fin, quiso promulgar las leyes y mandamientos que el Eterno le había dictado para los hebreos. Las ideas predicadas hacía tanto tiempo por los profetas, se expresan en un lenguaje abundoso y lleno de animación. Desde el principio se proclama muy alto la unidad de Dios: «Yo, Jehová, soy tu Dios, que te ha sacado del territorio de Egipto, de aquel lugar de servidumbre; no tendrás otro Dios en mi presencia. No harás ídolos, ni ninguna figura de cosas que haya arriba en el cielo, o abajo en la tierra, o en las aguas más bajas que la tierra; no te prosternarás ante ellas ni las adorarás. Porque yo, Jehová, tu Dios, soy un Dios celoso, que castiga las culpas de los padres en los hijos, en la tercera y la cuarta generación de mis enemigos, y que concedo mi gracia a la milésima generación de los que me aman y observan mis mandamientos.»[1414] Sólo a este Dios hay que rendir culto. Los santuarios consagrados a los dioses de las naciones deben ser implacablemente derribados y «si se presenta un profeta o alguien que tenga un sueño, si vuestro hermano, el hijo de vuestra madre, o vuestro hijo, o la mujer de vuestro seno, o vuestro amigo íntimo quisiera seduciros secretamente diciéndoos: ¡Vamos a servir a otros dioses!, no tendréis piedad de él, no le perdonaréis ni le ocultaréis, por el contrario, debéis entregarle a la muerte.»[1415] Y este Jehová no es el Jehová de un lugar determinado, el Jehová de Bethel o de Dan, el de Mizpah, de Geba o de Beersheba, es simplemente Jehová. No obstante, no le es indiferente el sitio en que se le rinda culto. Quiere no recibirlo «sino en el lugar elegido por el Dios mismo para poner su nombre», es decir, aun cuando no se diga el nombre, en Jerusalén. Parte de los preceptos determinan la situación que ocupan unos con respecto a otros los distintos miembros de la comunidad judía. El rey se aproximará todo lo posible al sacerdote ideal, no elevará su ánimo sobre el de sus hermanos, ni pondrá a la grandeza en posesión de carros, caballos y mujeres, sino que meditará la Ley de Dios y la leerá cada día. En la guerra no se confiará en sus soldados o en su bravura, sino en la ayuda de Jehová. Consultará siempre y en todas partes al sacerdote intermediario entre los ejércitos terrenales y el Dios de los ejércitos. La Ley coloca, por otra parte, a los pobres, a las viudas, a los esclavos bajo la protección divina. Todo judío que haya llegado a ser propiedad de un compatriota, quedará libre al cabo de los seis años y recibirá de su dueño un reducido peculio que le permita subsistir algún tiempo. Añadid a esto prescripciones destinadas a procurar la buena administración de la justicia, a provenir las riñas y las venganzas privadas. No se trata de leyes propiamente dichas, sino de exhortaciones al cumplimiento de los deberes de la vida honrada.

Las reglas relativas al culto no están concebidas según ese espíritu minucioso que vino a ser más tarde como la característica de la legislación hebráica. Sin duda se insiste en la necesidad de concentrar el culto en un templo único, pero no se hace de dicho templo una especie de gran matadero administrado por una casta privilegiada. Las grandes fiestas no son más que tres: la más importante, la Pascua, se celebraba en Abib, en el mes de las espigas, y se habían habitúado los judíos a considerarla como una conmemoración de la salida de Egipto, pero las otras dos, la de las siembras y la de los Tabernáculos, se enlazaban simplemente con las estaciones del año y tenían lugar, la primera siete semanas después del comienzo de la recolección, la segunda con ocasión de la entrada en el granero de los últimos granos. El sacerdote recibe su parte de la víctima ofrecida en estas diversas circunstancias y el diezmo anual o trienal que el legislador impone sobre el trigo, sobre el vino, sobre las primeras crías, cuyo producto se consagraba en una especie de fiesta de familia celebrada en el lugar santo. Se le asimila, por tanto, a los pobres de Dios, a la viuda, al huérfano, al extranjero, y su influjo no es mayor del que era al principio de la monarquía. En efecto, al profeta corresponde el deber de dirigir al pueblo en todos los casos no previstos por la Ley. «Pondré mis órdenes en su boca, dice Jehová, para que proclame lo que yo ordene. Y si alguien no escuchase las órdenes que proclame en mi nombre, le pediré cuentas. Pero el profeta que tuviera la audacia de proclamar en mi nombre órdenes que yo no le hubiera dado, o que hablase en nombre de otros dioses, ese profeta debe morir. Y si decís en vuestro interior: ¿Cómo sabemos cual es la orden

1414 *Deuteronomio*, V, 6-10.

1415 *Deuteronomio*, XIII, 1-3.

que Jehová no ha dado? Si un profeta habla en nombre de Jehová y no sucede lo que ha dicho, es orden que el Eterno no ha dado; el profeta habrá hablado por su presunción, no debéis tener miedo de lo que diga.»[1416]

El llamado código mosaico existe todavía, al menos en sus principales partes. Ha sido intercalado más tarde en el hoy llamado *Deuteronomio*, y constituye la parte legislativa del mismo[1417]. Acabada la lectura, Josías, «colocándose en el estrado, proclamó el pacto con Jehová, a saber: seguir a Jehová con el corazón y con el alma, guardar sus mandamientos, preceptos y decretos, y hacer válidas de esta suerte las palabras de este pacto, tal como han sido escritas en este libro». Al terminar de escribir su código, el autor había adoptado una vez más el tono amenazador de los profetas para con Judá. «Si no obedecéis a Jehová, si no practicáis sus mandamientos que os presento hoy, todas las maldiciones caerán sobre vosotros y se cumplirán en vosotros. Seréis malditos en la ciudad, malditos en los campos. Maldito será vuestro cesto y vuestra amasadera, maldito el fruto de vuestras entrañas y el fruto de vuestro campo; vuestras vacas y vuestras ovejas serán estériles. Seréis malditos en cuanto emprendáis... El cielo encima de vuestras cabezas será de bronce, y la tierra debajo de vuestros pies será de hierro. Jehová hará que la lluvia que necesita vuestra tierra sea arena y polvo que caerá del cielo hasta que os arruine... Cuando toméis mujer, otro la poseerá; cuando hagais una casa, no moraréis en ella; cuando plantéis una viña, no probaréis el fruto... Vuestros hijos y vuestras hijas serán entregados a otros pueblos, vuestros ojos lo verán y no cesará de consumiros el disgusto, y vuestra mano será impotente... Jehová hará que se alce contra vosotros un pueblo venido de lejos, de los extremos de la tierra, y que caerá sobre vosotros con la rapidez del águila, un pueblo cuyo idioma no comprenderéis, un pueblo de mirada feroz, que no respetará al viejo, ni tendrá piedad del niño... Os sitiará en vuestras ciudades, hasta que haya derribado en todo el país vuestras más altas y fuertes murallas, en las que depositáis toda vuestra confianza, y cuando os sitie en todas las ciudades del país que Jehová vuestro Dios os da, llegaréis, en la miseria y en la angustia a que os reducirán vuestros enemigos, a comer el fruto de vuestras entrañas, la carne de los hijos y de las hijas que Jehová os haya dado... Y Jehová os dispersará entre todas las naciones de un extremo a otro de la tierra, y allí serviréis a otros dioses desconocidos de vosotros y de vuestros padres, de madera y de piedra. Y entre esas naciones no tendréis reposo, ni sitio tranquilo en que poner el pie... Vuestra vida os aparecerá como suspendida de un hilo, jamás estaréis seguros de ella, sino que lloraréis noche y día. Por la mañana diréis: ¡Aun no es de noche! y a la noche diréis: ¡Que no sea ya por la mañana!, a consecuencia de los terrores que os acometerán y del espectáculo que tendréis a la vista.»[1418] La invasión, reciente todavía, de los cimerianos había llenado los ánimos de espanto. El pueblo se humilló y empezó la persecución contra los paganos y los partidarios del viejo culto. Los dioses extranjeros fueron destruidos, los altos lugares mancillados a placer, los sacerdotes de los Baalim degollados en sus propios altares. Cuando todo hubo concluído, Josías mandó celebrar la Pascua «a la manera que se prescribe en el Libro de esta alianza. Y ciertamente jamás Pascua fue celebrada, ni en tiempo de los Jueces que habían juzgado en Israel, ni en tiempo de los reyes de Israel y de los reyes de Judá, como aquella Pascua que se celebró en honor de Jehová, en Jerusalén, el año decimoctavo del rey Josías.»[1419]

Una vez pasado el primer entusiasmo, se hizo sentir la reacción, lo mismo en las clases altas que en el pueblo, y verdaderamente, el espectáculo que presentaba el Asia era propio para despertar la duda en el ánimo de los fieles. La Asiria, aquella Asiria que sus profetas les habían mostrado como el instrumento irresistible de las venganzas del Altísimo, no sólo había sido derribada del

---

1416 *Deuteronomio*, XVIII, 18-22.

1417 Los capítulos IV, 44; XXVI y XXXVIII (Kuenen, *The Religion of Israel*, t. II, págs. 15-17; Reuss, *La Bible; l'Histoire sainte et la Loi*, t. I, pág. 160).

1418 *Deuteronomio*, XXVIII.

1419 *II Reyes*, XXXII-XXXIII; *II Crón.*, XXXIV-XXXV. Para la historia de Josías y de su reforma religiosa, véase Kuenen, *The Religion of Israël*, t. II, págs. 6-42; Reuss, *La Bible: l'Histoire sainte et la Loi*, t. 1, págs. 154-211.

lugar en que figuraba entre las naciones, sino que agonizaba estrechada por Ciaxares. Y por otra parte, aquel Egipto cuya destrucción les habían predicho a manos de la Asiria, salía de entre sus ruinas más fuerte que nunca. Si se decidía a reaparecer al otro lado del istmo, ¿qué actitud habría de adoptar Judá entre aquel poder rejuvenecido y la Asiria moribunda? La crisis estalló en la primavera del año 608. Nínive, sitiada por los medos, estaba a punto de capitular, y no era más que cuestión de días el tratarse de su herencia. Si Necao tardaba más tiempo en coger su parte, corría el riesgo de ver hacerse las particiones sin él, y de que otro recogiera lo suyo. Abandonó Menfis, y una vez más se encaminó un ejército egipcio por el camino tradicional del Éufrates. No era ya, como un siglo antes, un conjunto aventurero de bandas etiópicas y de mesnadas feudales, condenadas a la derrota por el odio y las desconfianzas que las separaban. Todos los elementos que lo constituían, egipcios, libios, griegos, carios, obedecían a la mano de su jefe y avanzaban en masa compacta e irresistible «como el Nilo, sus ondas avanzan como un río. Dice: « ¡Me levanto, inundo la tierra, voy a anegar ciudades y pueblos! ¡Cargad, caballos; carros, lanzáos al galope! ¡Avancen los guerreros, el etiope y el libio bien resguardados con su escudo, el egipcio tendiendo su arco[1420] En cuanto Josías lo supo, no dudó; reunió sus tropas y se preparó a rechazar el ataque. Necao afectó desdeñar al enemigo: «¿Qué tengo que ver contigo, rey de Judá?, le dijo. No vengo hoy contra ti, sino contra la casa con la que estoy en guerra, y Dios me ha mandado apresurarme. Abstente de provocar a Dios que está conmigo, no sea que acabe contigo.»[1421] Pensó que su mensaje sería oído, y avanzó al Norte sin esperar la respuesta, pero por mucho que hubiera decaído Nínive, Josías no se creyó desligado de los juramentos que le había hecho. Confiando en la ayuda de Jehová, caminó paralelamente al invasor y fue a esperarle en Mageddo, en el sitio mismo donde nueve siglos antes Tutmosis III había vencido a los sirios confederados. Los judíos cedieron al encuentro y se desbandaron. Josías fue atravesado por una flecha, y Necao, sin preocuparse más de él, siguió su camino. Se detuvo en el Éufrates, bajo los muros de Carquemis; luego, después de haber puesto guarnición en algunos puntos importantes, volvióse hacia el Sur. Permaneció algún tiempo en Riblah para recibir los homenajes de los príncipes sirios, y allí supo que los judíos, sin consultarle, habían proclamado rey a Joacaz, hijo de Josías, por juzgarle sin duda dispuesto a seguir la política de su padre. Le depuso después de tres meses de reinado, y le sustituyó por su hermano mayor Eliakim, al cual impuso el nombre de Joiakim. La Judea fue castigada con una multa de cien talentos de plata y un talento de oro. De vuelta a Menfis, quiso glorificar la memoria de los mercenarios griegos que le habían ayudado, y ofreció en el templo de Apolo Branquides, en Mileto, la coraza que había llevado durante la campaña[1422]. Después de cinco siglos de debilidades y de discordias, el Egipto volvía otra vez a ser dueño de la Siria[1423].

En tanto triunfaba, Nínive acababa de sucumbir. Sinsharishkún, ya en sus últimas, hizo lo que tantos reyes orientales, se quemó en su palacio antes que caer en manos de Ciaxares (608). Los babilonios no tomaron parte en el saqueo de los templos por respeto a los dioses que eran idénticos a los suyos, pero los medos no sintieron iguales escrúpulos. «Su rey, el intrépido, destruyó por entero los santuarios de los dioses de Assur y de las ciudades de Accad que se habían mostrado hostiles hacia él o no le habían ayudado. Destruyó sus libros santos sin dejar uno solo; devastó sus ciudades y las dejó como si no hubieran nunca existido.»[1424] Caída Nínive, el Imperio se derrumbó con ella. Al cabo de algunos años, su historia no era más que un tema de leyenda. Menos de dos siglos más tarde, no se conocía ya de una manera cierta dónde estuvo su capital, y un ejército griego

1420 *Jeremías*, XLIV, 7-9, donde se hace esta descripción del ejército vencido en Carquemis, pero que en su composición era igual al de que se trata.

1421 *II Crón.*, XXXV, 20-22.

1422 *II Reyes*, XXIII, 29-35. Véase *II Crón.*, XXXVI, 1-4. Heródoto, II, CLIX, llama Magdolos a la ciudad donde se dio la batalla.

1423 Heródoto, II, CLIX. El gran escarabajo del Museo del Cairo, ya publicado por Mariette, *Monuments divers*, lám. 48 c, es el único monumento hasta el presente conocido de las victorias de Necao.

1424 *Cylindre de Nabonide*, Col. II, 1. 2-41.

pasó casi a la sombra de sus torres desmanteladas, sin sospechar que tenía delante lo que quedaba de la ciudad en que veinte generaciones de monarcas omnipotentes habían residido gloriosos[1425]. Ciertamente las otras grandes naciones del Oriente, Egipto y Caldea, no habían perdonado a los vencidos en los días de su prosperidad. Los Faraones de las dinastías tebanas habían pisoteado al África y al Asia y conducido esclavas poblaciones enteras. Pero al menos, al lado de la obra de su cólera, habían realizado otra de civilización. De Egipto y de Caldea han procedido las artes y las ciencias de la antigüedad; Egipto y Caldea nos han legado los primeros conocimientos serios que hemos tenido en astronomía, en medicina, en geometría, en las ciencias físicas y naturales. Si los monumentos de la Caldea han perecido para siempre, los de Egipto están todavía en pie para probarnos a qué grado de perfección habían llevado la arquitectura los primogénitos de la humanidad. Y si pedimos a la Asiria otra cosa que conquistas, no poseía nada que no hubiera tomado de sus vecinos. Tomó sus ciencias de la Caldea, sus artes de la Caldea y un poco del Egipto, su escritura de la Caldea, su literatura científica y religiosa de la Caldea. Lo único que la pertenece propiamente es la ferocidad de sus generales y la bravura de sus soldados. Desde el día que apareció en la historia, no vivió más que para la guerra y para la conquista. El día en que el agotamiento de su población no la permitió triunfar en los campos de batalla, no tuvo ya razón de ser y desapareció[1426].

1425 Jenofonte, *Anábasis*, III, IV, § 1, en que las ciudades arruinadas de Mespila y Larissa no son otras que Kalakh y Ninive.

1426 He aquí, en cuanto es posible trazarlo hoy, el cuadro de la dinastía de los Sargónidas:

Sharukín (721-704) (Sargón II)
Sinakhéirba (704-680) (Sennaquerib)
Ashshurakhéiddin (680-667) (Asarhaddón).
Ashshurbanabal (667-625) (Sardanapalo)
Ashshurétililani (625-620)
Sinshariskhún (620-608) (Saracos).

XII.
EL MUNDO ORIENTAL EN TIEMPO DEL IMPERIO MEDO

El Imperio medo y Ciaxares: la Lidia. La religión irania: Zoroastro, los magos. El Imperio caldeo y el mundo oriental desde la destrucción de Ninive hasta la caída del Imperio medo.

El Imperio medo y Ciaxares: la Lidia

Dos grandes reinos salieron a la vez de sus ruinas. Ciaxares se quedó con la Asiria propia y sus dependencias del Éufrates superior. Nabopolassar unió a la posesión de Babilonia la soberanía sobre la Mesopotamia, la Siria, la Palestina, el Elam. Pretendió también extender su dominación al otro lado del istmo, y consideró feudatarios suyos a los reyes de Egipto, porque durante unos cuantos años habían dependido de Nínive[1427]. Podía temerse que después de haber hecho un esfuerzo común en la lucha contra el enemigo, no quedaran descontentos uno y otro de su parte en los despojos y se combatieran muy pronto, pero no ocurrió nada de esto. Fuera tolerancia, fuera mútuo temor, se rehuyeron y su neutralidad recíproca aseguró la paz del mundo oriental durante más de medio siglo.

La historia de Ciaxares durante los años que siguieron a su triunfo nos es casi desconocida. Se adivinan solamente los obstáculos que encontró, y se observa el resultado de las guerras que emprendió para vencerlos. Las regiones que se extienden entre el Caspio y el Ponto Euxino habían sido trastornadas por los cimerianos y por los escitas. Nada quedaba ya del orden de cosas que en ellas había subsistido durante tanto tiempo y los bárbaros parecían ser incapaces de fundar algo que sustituyera a lo que habían derribado. El Urartú había recobrado sus antiguos límites al pie del Ararat y no se sabe quien lo gobernaba. La civilización de Argishtis y la de Ménuas se habían desvanecido casi por completo con su dinastía, y el pueblo, que jamás se había penetrado hondamente de ella, había vuelto a caer muy pronto en una semi-barbarie. Masas confusas de aventureros europeos se agitaban en las regiones del Araxes, buscando un distrito en que establecerse, y no consiguieron sino mucho más tarde apoderarse del que recibió el nombre de Sacasena[1428] de la principal de sus tribus. Los Mushkú y los Tabal, al menos los que no habían perecido en la tormenta, se habían refugiado en las montañas que bordean el Mar Negro, donde los griegos los trataron bajo las denominaciones de Mosinecos y Tibarenianos[1429]. Los restos de los cimerianos los habían sustituído en la Capadocia, mientras que los frigios avanzaban por el Este y se extendían por el valle del alto Halys, luego por el antiguo Miliddú[1430], que muy pronto recibió de ellos el nombre de Armenia. Todo aquel mundo se agitaba, chocaba, se perseguía de una a otra comarca, formaba sí la caldera hirviente» que el profeta hebreo vislumbraba en sus visiones[1431], y que tan pronto desbordaba sobre las naciones vecinas como se consumía en inútiles enojos.

Ciaxares tardó cerca de veinticinco años en conquistar y regularizar aquel caos. Consiguiólo al fin y, siempre victorioso, llegó a las orillas del Halys, pero allí se encontró de pronto frente a

---

1427 La huella de esta pretensión se encuentra en los fragmentos de Beroso, en que el rey de Egipto es calificado de *sátrapa*, ὁ τεταγμένος σατράπης ἐν τῇ Αἰγύπτῳ... (Fragm. 14, en Müller-Didot, *Fragm. H. Græc.*, t. II, pág. 506).

1428 Estrabón, XI, VIII, § 4. pág. 511.

1429 Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, t. III, págs. 243-246.

1430 El origen frigio de los armenios está ya indicado por Heródoto, VII, LXXXIII.

1431 *Jeremías*, 1, 13; véase pág. 557.

frente con enemigos de otra valía, los lidios. Había cambiado dos veces de dinastía la Lidia desde la emigración de los Tursha y de los pueblos del mar». Según la tradición nacional, la estirpe de los Atiades había sido sustituída por una familia de Heráclidas, cuyo fundador, Agrón, tiene una genealogía más mítica aun que su persona. Descendía de Hércules y de una esclava de Jardanos por Alkæos, Belos y Nino. ¿Hay que ver en los nombres asirios de estos últimos un recuerdo de la dominación hitita?[1432] Agrón tuvo por sucesores a veintiún reyes, cada uno hijo del anterior, y cuyos reinados juntos forman un total de quinientos años[1433]. Se ignora lo que hicieron la mayor parte, y lo que se nos dice de los otros nos trasporta a plena leyenda. Kamblés estaba atormentado de un hambre tan feroz, que una noche, en sueños, devoró a la reina[1434]. La mujer de Melés parió un león[1435]. El relato de la expedición a Palestina de un general lidio que habría fundado Ascalón en tiempo de Alkimos[1436] puede ser un recuerdo borroso de las emigraciones tirrenianas, y parece demostrar que, mucho tiempo todavía después de la crisis de los pueblos del mar, los lidios hacían expediciones a las costas del Egipto y de Siria. Por el año 687, aquellos Heráclidas fueron derribados a su vez[1437].

Era la Lidia, como las otras comarcas del Asia Menor, un verdadero Estado feudal. Por bajo del rey, que residía en Sardes, se escalonaba una jerarquía de grandes vasallos y príncipes, enlazados la mayor parte a la familia reinante, y cada uno provisto de privilegios especiales. Thyessos, Kelænæ, Daskylión, Tyrrha eran residencia de otras tantas dinastías subalternas, cuyas pretensiones y rebeldías perpétuas restringían singularmente el poder del soberano. Desde hacía cerca de un siglo, los Heráclidas no tenían más que una apariencia de poder. Dos clanes de real estirpe, el de los Tylonides y el de los Mermnadas, se disputaban el puesto de compañero del rey, que ponía todas las fuerzas del Estado a disposición del titular. Cierto Giges, el primero de los Mermnadas cuyo nombre poseemos, había sido elevado a esta dignidad por el viejo Kadys, y su hijo Daskylos le había sucedido durante el principado de Ardys, por el año 740. Una conspiración a cuya cabeza figuraba Alyattés, el heredero del trono, sustituyó por algún tiempo la influencia de los Tylonides a la de los Mermnadas. Sadyattés, el último de los Heráclidas, creyó quizá contentar a los dos bandos rivales repartiendo entre ellos los más altos empleos. Mientras que el Tylonide era el compañero del rey y por este título depositario del hacha de dos filos, símbolo de la autoridad suprema, Giges, príncipe de Tyrrha, desempeñaba las funciones de mayordomo. Descontento de lo que le había correspondido, se sublevó abiertamente, mató a Sadyattés y ciñó la corona (687)[1438]. Su historia vino a ser más tarde para los griegos asunto de novela en que su fantasía trabajó sin medida. Giges no fue para ellos un vasallo a quien una rebelión triunfante había elevado al trono, le atribuyeron un origen de los más humildes. Los carios tenían entonces el privilegio de proporcionar a los ejércitos orientales uno de sus elementos mejor disciplinados. Oprimidos por los colonos griegos, salían gustosos de su patria e iban a servir fuera, a Egipto o a Fenicia; en Lidia, entraban en la guardia real y sus jefes ejercían preponderante influjo. Giges, hijo de Daskylés, era un jefe de aventureros de raza caria, que estaba a sueldo de la Lidia. Usurpó gradualmente las prerrogativas de la realeza, luego asesinó, de acuerdo con la reina, a Candalo, último descendiente de los Heráclidas.

1432 Sayce, *The ancient Empires of the East*, t. I. pag. 427.

1433 Heródoto, I, VII.

1434 Ateneo, X, 8, probablemente copiado de Jantos de Lidia (*Fragm. H. Græc*., t. I. págs. 38, 39).

1435 Heródoto, I, LXXXIV.

1436 Jantos (*Frag. H. Gæc.*, t. I, pág. 43) y Nicolás de Damasco (*Fragm. H. Græc*., t. III, pág. 372) en Esteban de Bizancio, s. v. Ἀσκάλον.

1437 En 724, según la cronología ordinaria. Los monumentos asirios prueban que Giges vivía aún entre 666 y 660, y nos obligan a rebajar dicha cifra.

1438 Las notas principales de esta historia están tomadas de Nicolás de Damasco (*Fragm. Hist. Græcorum*, t. III, págs. 380-386), quien las había copiado probablemente de Jantos el lidio. Gelzer, *Das Zeitalter des Gyges* (*Rheinisches Museum*, t. XXXV, págs. 518-528) ha restablecido los hechos con mucha verosimilitud, y no he creído poder hacer cosa mejor que reproducir su relato.

Heródoto contaba ya, siguiendo al poeta Arquíloco, que Candalo, enloquecido por la belleza de su mujer, se la mostró desnuda a Giges. La reina, ofendida por lo que consideraba una afrenta, obligó al favorito a matar a su dueño, luego le dio su mano y la corona[1439]. El relato de Platón es maravilloso. Después de terrible tempestad, un pastor del rey de Lidia ve una grieta en el suelo y baja a ella. Encuentra un gran caballo de bronce medio roto, y, montado en él, el cadáver de un gigante, que lleva en el dedo una sortija de oro. Nota que la sortija puede hacerle invisible cuando él quiere, y seduce a la reina, mata al rey y le sustituye[1440]. Según una tercera leyenda, no comete el crimen ni sube al trono sino para cumplir un oráculo. Cuando Tudó, hija del rey de los misios, no era todavía más que prometida de Sadyattés, dos águilas gigantescas se posaron en el tejado de su alcoba, y los adivinos dedujeron de aquel presagio que sería una sola noche mujer de dos reyes. La noche de las bodas, Giges mató a su rey y se casó al momento con la reina[1441]. El cambio de dinastía no se realizó sin lucha. Los partidarios de los Heráclidas corrieron a las armas y se dispusieron a defender la causa de loe soberanos legítimos. Giges, apoyado por los mercenarios carios, prefirió atenerse a la decisión de Apolo Délfico, que le fue favorable. «En cuanto se vio firmemente asentado en el trono, envió a Delfos presentes considerables, según atestiguan las ofrendas de plata que colocó en el santuario. A más de aquella plata, dio gran número de vasos de oro, entre los que son los más notables los cubiletes, en número de seis, y de tres talentos de peso, que están depositados en el tesoro corintio.»[1442]

El advenimiento de los Mermnadas fue para la Lidia el comienzo de una era nueva. Siempre había sido una tierra valiente y belicosa, fecunda en hombres, nodriza de caballos vigorosos, pero los Heráclidas no habían explotado los recursos que ofrecía para la conquista. A Giges no le costó trabajo despertar los instintos guerreros de su pueblo. Sardes, situada sobre una roca que cae a pico por tres lados y es imposible de escalar por ellos, era naturalmente casi inexpugnable. Transfórmola en vasto campo atrincherado, en que su caballería invernaba todos los años, y de donde salía casi todas las primaveras para alguna nueva aventura. De sus campañas en el interior no se sabe nada, a no ser que anexionó varios cantones de la Frigia a su reino[1443]. No era, sin embargo, más que la parte mínima de lo que le tocaba realizar, lo que más le urgía era abrirse camino al mar. Las colonias griegas, eolias y jónicas, cubrían la desembocadura de todos los ríos que regaban su territorio, Esmirma y Focea cerraban el valle del Hermos y cercaban a Sardes, Colofón dominaba la entrada del Caistros, Mileto la del Meandro. Giges empezó por apoderarse de la costa caria al Sur, al Norte de la Troade[1444] y de la Misia, desde el golfo de Adramytión hasta más allá del Rhyndakos. Los griegos le secundaron al principio en sus ambiciones. Los milesios llegaron a aliarse con él para establecer la colonia de Abydos en el Helesponto[1445]. Pero sus intereses diferían demasiado para que siguieran entendiéndose mucho tiempo. Estalló la guerra entre los lidios y la Jonia y se prolongó sin tregua durante siglo y medio. La caballería lidia se derramaba por las cercanías de las ciudades helénicas, quemaba las huertas, arrasaba las aldeas, saqueaba los templos, se llevaba hombres y ganados. Giges sitió a Mileto y Esmirna sin éxito, pero se apoderó de Colofón[1446]. Aquí también la leyenda se ha mezclado a la historia para atribuir a una causa extraordinaria sus triunfos. Se refirió que era su favorito un joven de maravillosa belleza, llamado Magnes, y que los de Magnesia lo maltrataron hasta el punto de dejarle desconocido. Los sitió y no se retiró hasta haberlos castigado

1439 Heródoto, I, VIII-XIII. Véase el análisis de esta leyenda en Gelzer, *Das Zeitalter des Gyges* (*Rh. Museum*, t. XXXV, págs. 515-518).

1440 Platón, *República*, II, 3.

1441 Nicolás de Damasco, en Müller-Didot, *Fragm. H. Græc.*, t. III, págs. 380-386.

1442 Heródoto, I, XIII-XIV.

1443 Estrabón, XIII, I, 222.

1444 Estrabón, XIII, I, 22; XIV, I, 6.

1445 Estrabón, XIII, 2.

1446 Heródoto, I, XIV.

cruelmente[1447]. Nada prueba que poseyera jamás otra ciudad griega sino Colofón, pero, a pesar de diversos fracasos, la política que había inaugurado obtuvo los mejores resultados para su dinastía. La Lidia había sido hasta entonces un Estado puramente oriental y sólo había intervenido modestamente en el desarrollo general de la historia. Giges la sacó del medio en que había vivido y la introdujo en el concierto de los Estados helénicos. La cultura de la Jonia se infiltró en la corte de los Mermnadas y borró poco a poco la huella de los influjos hititas y asirios que la habían precedido.

Se preguntaban los antiguos quién había inventado la moneda, si Fidón de Argos o los reyes lidios[1448]. Los modernos se han decidido en favor de estos últimos[1449]. Los pueblos más civilizados, los egipcios, los asirios, los hititas, los fenicios habían verificado mediante el cambio las operaciones diarias entre las gentes de una misma urbe y las del comercio internacional. Los mercados eran un simple trueque de artículos de primera necesidad o de lujo. Un monumento de época menfita nos muestra a las mujeres yendo al mercado y cambiando sandalias, legumbres, licores por abanicos, collares y otros objetos. Ya se había comprendido, sin embargo, que los metales nobles, el oro, la plata, y, entre los metales viles, el cobre, eran el instrumento más seguro y cómodo para las transacciones. Utilizados en bruto al principio, en polvo o en trozos de forma irregular, se adquirió pronto la costumbre de darles formas regulares y fundirlos en lingotes, escalonados según el sistema de pesas de cada pueblo, y reducidos a tamaños apropiados para representar los valores mínimos que se necesitan corrientemente en la vida. Aquellos lingotes no llevaban marca alguna oficial destinada a garantir la exactitud del peso y la pureza del metal. Era un género cuya calidad y cantidad había de comprobarse en la balanza cada vez que pasaba de una mano a otra. Los banqueros lidios y los reyes de Lidia, Giges el primero[1450], concibieron la idea de marcarlos con un sello determinado, que les aseguraba el curso legal. El metal que eligieron para este uso no fue el oro o la plata puros, sino la aleación de oro y plata que los antiguos llamaban electro, y que recogían lavando las arenas del Pactolo o en los filones cuarzosos del Tmolos o del Sipylos[1451]. El tipo de aquellas monedas primitivas difiere bastante del que ha prevalecido con posterioridad. Son pastillas de metal, de forma ovoidal, ligeramente aplastadas en los bordes, que por el anverso no presentan más que una superficie estriada y por el reverso la marca en hueco muy hundida de tres punzones, en uno de los que se distingue todavía el zorro, emblema de Apolo Bassareus. El uso de aquella moneda se extendió con rapidez, y los griegos no fueron los menos prontos en imitar el ejemplo que les daban los lidios. Fidón de Argos aplicó a la plata lo que todavía no se había ensayado más que con el electro, y acuñó monedas del tipo tortuga en la isla de Egina, en la que era dueño. No pasaron dos siglos sin que el uso de la moneda se hubiera extendido por todo el mundo antiguo.

El reinado de Giges terminó con un desastre. Apretado por los cimerianos, un sueño le había aconsejado que rindiera homenaje al rey de Asiria, Assurbanabal, cuyos primeros triunfos resonaban en todo el mundo oriental. Desde el día en que hubo obedecido la voz de lo alto, la fortuna se le declaró favorable. Eligió entre sus prisioneros dos jefes que mandó encadenados a Nínive. Pero, pasado el peligro, se arrepintió de lo que había hecho y envío auxilios a los egipcios rebeldes. Muy poco después, habiendo juntado a su alrededor los cimerianos a los treres y otras tribus tracias,

---

1447 Nicolás de Damasco, en los *Fragm. H. Græc.*, t. III, pág. 395, probablemente según Jantos de Lidia (*Fragm. H. Græc.*, t. I, pág. 40). Véase Suidas, s. v. Μάγνης, donde se habla del poeta Magnes de Esmirna.

1448 Pólux, IX, 83.

1449 Rawlinson, *On the invention of coining and the earliest Specimens of Coined Money*, en su *Herodotus*, t. I, págs. 563-568; H. Lenormant, *Les Monnaies royales de la Lydie*, Paris, 1876, y *La monnaie dans l'antiquité*, t. I (1878), 125 y siguientes; Barcley Head, *Coinage of Lydia and Persia*, 1877, en los *Numismata Orientalia*, I.

1450 El oro de Giges, Γυγαδάς χρυσός, es citado por Pólux, III, 87.

1451 El electro era, probablemente hablando, una aleación que tenía más del quinto de plata. No obstante, el duque de Luynes ha demostrado (*Revue numismatique*, 1856, pág. 89), que el electro de las monedas lidias contiene una proporción de plata muy superior a dicha cifra.

volvieron a la carga guiados por cierto Tugdamis. Aquella vez les favoreció la suerte. Giges hizo cuanto pudo para sostener el encuentro, pero sus lanceros se desbandaron ante la acometida desordenada de los bárbaros. Murió en la derrota de sus soldados y su cuerpo quedó sin sepultura[1452]. Se devastó la Lidia entera y Sardes fue tomada, a excepción de la ciudadela (652). Ardys, volviendo a la política primera de su padre, imploró el auxilio de la Asiria. Resultóle bien, pues por el año 640 Tugdamis sucumbió en las gargantas del Tauro acometido por los generales de Assurbanabal. Ardys recobró desde entonces la mayor parte del territorio perdido y se engrandeció a costa de las ciudades griegas[1453]; aisló a Mileto del resto de la confederación jonia, ocupando la acrópolis fortificada de Priene[1454]. Sadyates (615-610) deshizo por dos veces a la infantería milesiana en las llanuras bajas del Meandro, Aliates, que le sucedió el año 610, desesperando de poder tomar por fuerza la ciudad, trató de reducirla por hambre. «Todos los veranos, en cuanto los frutos y las cosechas empezaban a madurar, partía a la cabeza de su ejército, que hacía marchar y acampar al sonido de los instrumentos. Al llegar al territorio de los milesianos, talaba por completo las cosechas y los frutos». Conducíase con una moderación relativa que los griegos supieron agradecerle. No destruía las viviendas y los edificios consagrados al culto. Una vez que el incendio que devastaba la llanura alcanzó al templo de Minerva, cerca de Assesos, le reconstruyó a sus expensas. Su obstinación fracasó ante la firmeza de los milesianos. Trató con ellos, acometió a otras ciudades menos fuertes, se apoderó de Esmirna[1455]. Había establecido su soberanía hasta la orilla izquierda del Halys, cuando los medos aparecieron en la orilla opuesta.

Era la Lidia demasiado rica y fértil para no excitar las ambiciones de Ciaxares. La tradición corriente entre los griegos, un siglo más tarde, había inventado una verdadera novela para explicar los orígenes del conflicto. Un cuerpo de escitas nómadas, que el medo tenía a su servicio, le abandonó de pronto, se decía, y se refugió en el país de Aliates. El medo reclamó a los trásfugas, no obtuvo su extradición, y declaró la guerra. Pronto se dio cuenta de qué el enemigo que tenía delante era de otro temple que los bárbaros del Asia superior. En verdad, el ejército de Aliates era inferior en número al suyo, pero le superaba en el valor de los elementos que lo formaban y de los jefes que iban a su frente. Ciaxares no tenía nada que pudiera compararse a los lanceros carios, a los hoplitas de Jonia, a la caballería pesada de Lidia. La lucha se prolongó seis años con igual fortuna, y los dos ejércitos, después de varias batallas indecisas, iban a encontrarse una vez más, cuando el sol se eclipsó de pronto. Los pueblos del Irán no querían combatir sino a plena luz, y los lidios, aun cuando prevenidos, dícese, por Tales, del fenómeno que se preparaba, no estaban quizá más seguros que sus adversarios. Se separaron al momento. La tradición recogida por Heródoto refería que el Siennesis de Cilicia, aliado del rey lidio, y el babilonio Nabónides[1456], que apoyaba a Ciaxares, propusieron un armisticio y persuadieron a los rivales para que hicieran un arreglo. El Halys siguió siendo el límite oficial entre ambos reinos. Para afirmar la alianza, Aliates casó a su hija Aryenis con Astiages, hijo de Ciaxares. Siguiendo la costumbre del tiempo, los dos príncipes, después de haberse prestado juramento de mutua amistad, sellaron el trato pinchándose uno a otro el brazo y chupando la sangre que brotaba de la herida (585)[1457].

1452 G. Smith, *History of Assurbanipal*, páginas 64-68, 71-75.

1453 Heródoto, I, XV. Considero que la mención de Heródoto se refiere a la gran invasión en que pereció Giges y no a una invasión posterior. (Véase Fr. Lenormant, Lettres assyriologiques, 1ª serie, t. I, pág. 79).

1454 Heródoto, I, XV, atribuye a Ardys cuarenta y nueve años de reinado. Eusebio le concede treinta y siete, que es la cifra aquí adoptada.

1455 Heródoto, I, XVI-XXV.

1456 El nombre de Nabónides se debe a un error de Heródoto o de sus informaciones. En efecto, Nabucodorosor era quien entonces reinaba en Babilonia.

1457 Heródoto, I, LXXIII-LXXIV. La fecha de 610 ha sido admitida por la mayor parte de los historiadores (véase Grote, *History of Greece*, t. II, pág. 418; Rawlinson, *Herodotus*, t. I, págs. 302-304, y *The five great Monarchies*, t. II, págs. 409-413): Otros han preferido ver en el eclipse mencionado por Heródoto el de 597 (Fr. Lenormant, *Histoire*, t. II, pág. 353). Me parece que la fecha del 28 de Mayo del año 585 (Bosanquet, *Fall of Nineveh*, pág. 14;

No sobrevivió mucho tiempo Ciaxares al arreglo del tratado. Murió el año 584, lleno de gloria y de edad. Pocos príncipes tuvieron destino tan brillante como el suyo, aun en aquél siglo de fortunas repentinas y de triunfos brillantes. Heredero de un reino sin cohesión y sin organización, proclamado rey al día siguiente de una derrota en que había sucumbido su padre, asaltado por hordas bárbaras, venció todos los obstáculos con su tenacidad y valor. Deshechos los escitas, derrotó a los asirios, conquistó el Asia oriental, la Armenia, la Capadocia. A su advenimiento, la Media estaba reducida a una pequeña parte de la meseta del Irán. A su muerte, el Imperio medo se extendía desde las proximidades del Helmend a la ribera oriental del Halys[1458].

La religión irania: Zoroastro, los Magos.

Es seguramente aquel Imperio el menos conocido de los que rigieron el Oriente. Los historiadores de la época clásica no han podido hacer más que recoger las tradiciones que acerca de él corrían entre los persas, y sus príncipes no nos han legado ningún monumento que directamente nos informe acerca de su historia. Le vislumbramos, pues, como a través de una niebla, organizado aproximadamente de igual modo que el Imperio aqueménide, pero más imperfecto, más tosco, más cercano a la barbarie. Es una Persia rudimentaria y cuyos rodajes están todavía mal engranados. La maquinaria política estaba montada según los mismos principios que habían prevalecido en Asiria, en el Elam, en Caldea, en todos los Estados con los cuales había tenido relaciones de vasallaje, de alianza o de guerra. En cuanto pasamos de este barniz superficial, hallamos en su vida interior y en su religión elementos cuya originalidad nos trasporta a un mundo enteramente nuevo.

Estaba fundada la religión en sus grandes líneas cuando el pueblo se alzó contra Assurbanabal, y el nombre mismo de Fravartish, *el confesor*, que llevaba el soberano de entonces[1459], prueba que se practicaba en la familia real. No comprendemos casi nada de las diferentes evoluciones que realizó antes de revestir la forma más vieja en que los libros sagrados nos la conservan. Según unos, el mazdeísmo nació en el Aryanem-Vaedó[1460]; según otros, no se desarrolló sino en Media[1461], casi al final de las emigraciones arias. Más tarde se atribuyó a la acción de un solo individuo lo que había sido obra de los siglos. Las leyendas nacionales atribuyeron al profeta Zarathustra (Zoroastro)[1462] la gloria de haber fundado la verdadera religión. Casi todos los escritores de la época clásica concuerdan en colocar a este personaje en los órdenes más remotos de la antigüedad fabulosa. Hermippos y Eudoxio pretendían que brillaba seis o siete mil años antes de Alejandro, pero Plinio le decía mil años anterior a Moisés[1463], y Jantos de Lidia afirmaba que sólo seiscientos años habían trascurrido entre su muerte y la campaña de Jerjes contra Atenas.

Unger, *Kyaxares und Astyages*, págs. 33-37) conviene mejor que las otras con lo que al presente sabemos de la historia de la época. Cicerón, *De divinatione*, I, 86, Plinio (*H. N.*, II, 12) y Eusebio, *Chron. Can.* II, pág. 331, colocan la guerra en el reinado de Astiages.

1458 En la historia de la Lidia y de sus guerras con Ciaxares he seguido casi siempre los resultados conseguidos por Radet, *La Lydie et le Monde grec au temps des Mermnades.*

1459 Véase nota 1344.

1460 Véase nota 1318.

1461 James Darmesteter, *Études iraniennes*, t. I, págs. 10 y siguientes; *The Zend-Avesta*, págs. XLVI y siguientes. Véase Spiegel, en la *Zeits. der D. Morgenl. Ges.*, t. XXXV, págs. 629 y siguientes.

1462 El nombre Zarathustra puede significar *el esplendor del oro* (Oppert, *L'Honnover, le verbe créateur de Zoroastre*, pág. 4), *rojo, color de oro* (J. Darmesteter, *Ormazd et Ahriman*, pág. 194), *dedicado a la agricultura* (Ascoli, en *Beiträge zur vergleichende Sprachforschung*, t. V, pág. 210), *semilla de la diosa Ishtar* (H. Rawlinson, en el *Journal of the R. Asiatic Society*, t. XV, pág. 227). Hay otras etimologías posibles. La adoptada más generalmente hoy es la de Eugène Burnouf, según la cual significaría *el que posee camellos leonados* (J. Darmesteter, *Le Zend-Avesta*, t. III, página LXXVI, nota 1).

1463 Müller-Didot, *Fragm. H. Gr.*, t. I, pág. 44. Ctesias hacía de Zoroastro un rey de Bactriana contemporáneo de Nino y Semiramis (ed. C. Müller-Didot, pág. 19).

Según la tradición más antigua, nació en Raghá, en Media[1464] o en Atropatena[1465], y vivía en los primeros tiempos de la raza irania, cuando las tribus estaban todavía acampadas en la Bactriana. Era de estirpe real y fue elegido por Dios, desde antes de su nacimiento, para regenerar el mundo. Su infancia y juventud no fueron más que una lucha incesante con los demonios. Constantemente acometido, siempre resultaba vencedor y salía más perfecto de cada prueba. Cuando cumplió treinta años, un genio superior, Vohumano, se le apareció y le condujo a presencia de Ahuramazda. Invitado a interrogar a Dios, preguntó «cuál era la mejor de las criaturas del mundo». Se le respondió ser el más excelente aquél cuyo corazón es puro. Quiso luego saber el nombre y la función de cada uno de los ángeles, la naturaleza y los atributos del mal principio. Cruzó una montaña de llamas, se dejó abrir el pecho y verter en el seno metal fundido, sin experimentar el menor daño, después de lo cual recibió de manos de Dios el *Avesta*, el libro de la ley, y fue enviado de nuevo a la tierra. Marchó a Balkh a la corte de Vistaspa[1466], hijo de Aurvataspa, que reinaba entonces en la Bactriana, y allí desafío a los sabios de la corte. Durante tres días trataron de combatirlo y confundirlo, treinta a su derecha, treinta a su izquierda. Cuando se hubieron confesado vencidos, declaró que venía de Dios y comenzó a leer el *Avesta* al soberano. Perseguido por los sabios, acusado por ellos de magia y de impiedad, venciólos a fuerza de elocuencia y milagros. Vistaspa, su mujer, su hijo creyeron en él, y la mayor parte del pueblo siguió el ejemplo. La leyenda añade que vivió después mucho tiempo, de todos venerado por la santidad de su conducta. Según unos, murió herido del rayo; según otros, fue muerto en Balkh por un soldado turanio. Se ha preguntado muchas veces si era un personaje histórico o solamente un héroe mítico, perdido en la historia. No puede resolverse cuestión semejante de manera decisiva. Cabe asegurar que, si vivió realmente, nada ha llegado a nosotros que se le refiera más que el nombre[1467].

Al principio, el dios supremo de los iranios era «el círculo entero del cielo»[1468], «el más firme de los dioses, porque tiene por vestidura la bóveda sólida del firmamento», el más hermoso, el más inteligente, aquél cuyos miembros tienen las proporciones más armónicas. Su cuerpo es la luz «soberana e infinita», sus ojos son el sol y la luna[1469]. Más tarde, sin perder por completo su carácter originario, se hizo cada vez más abstracto y se desprendió casi por completo de la materia. Se copió al principio para representarle el símbolo de Assur, y los escultores le mostraron saliendo la mitad del cuerpo del disco alado que se cierne por cima de los monumentos de Nínive. Se le representó más tarde como un rey de estatura imponente que se revelaba de tiempo en tiempo a los soberanos del Irán. Se le llamaba Ahuramazda[1470] «el omniesciente», Spentomainyús, el espíritu del bien, el sabio por excelencia, «el luminoso, el resplandeciente, el muy grande y muy bueno, el muy perfecto y muy activo, el muy inteligente y muy bello.»[1471] Es increado, pero ha creado todas las cosas[1472], y es ayudado en su obra por legiones de seres que le están sometidos. Los más poderosos de sus ayudantes son seis genios de orden superior que se llaman los Ameshaspentas (Amshaspands), «los inmortales bienhechores». Eran en un principio dioses de la Naturaleza, el sol, la luna, la tierra, los

1464 Es la tradición defendida por M. de Harlez en su *Introduction a l'étude de l'Avesta*, Maisonneuve, en 8°, 1882.

1465 J. Darmesteter, *The Zend-Avesta*, pág. XLVII.

1466 Los libros persas modernos llaman a este rey Gushtasp, hijo de Lohrasp. Vistaspa-Gushtasp es en griego Ὑοτάσπης, pero el personaje Vistaspa no tiene nada de común con el padre de Darío.

1467 Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, t. I, págs. 668-711.

1468 Heródoto, I, CXXXI.

1469 James Darmesteter, *Ormazd et Ahriman*, págs. 30-37, y *Le Dieu suprème des Aryens*, en los *Essais orientaux*, págs. 120-121.

1470 Las inscripciones cuneiformes en caracteres persas escriben este nombre Auramazda; el zendo dice Ahuromazdao y el persa moderno Ormuzd, Ormazd. De Mazda viene la palabra mazdeísmo, que se aplica al sistema religioso de los iranios.

1471 *Yaçna*, I, 1.

1472 Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, t. II, págs. 21-31, ha resumido todos los pasajes de los libros sagrados en que se habla de Ahuramazda.

vientos, las aguas, pero se les atribuyeron luego funciones menos materiales y se hizo de ellos Vohumano, el «Buen espíritu», Ashavahista «el purísimo», Khshathravairya, el «reino deseable», Spenta armaiti, la «sabiduría perfecta», Haurvatat, la salud, Ameretat, la inmortalidad[1473]. Luminosos como su dueño, «tienen los siete el mismo pensamiento, la misma palabra, la misma acción, el mismo padre, el mismo Señor.»[1474] No obstante, cada uno de ellos tenía su dominio propio del que se ocupaba sin intervención extraña. Vohumano velaba por el ganado, Ashavahista sobre el fuego, Khshathravairya sobre los metales, Spenta armaiti sobre la tierra, Haurvatat y Ameretat sobre las plantas y sobre el aire. Por bajo de ellos, los Yazatas (Yzeds)[1475], esparcidos a miles en el Universo, velan por la conservación y el funcionamiento de sus órganos. El espíritu de la luz divina, Mithra «que el primero de los Yazatas celestes, apunta por cima del monte Hara[1476], antes que el sol inmortal de los caballos rápidos, que el primero, con pompa dorada, ase las bellas cumbres y desde lo alto lanza su mirada benéfica sobre la morada de los arios»[1477]; Mao, el genio de la luna; el viento, Vato; la atmósfera, Vayú, «el grande de los grandes, el fuerte entre los fuertes, el dios de la armadura de oro», que junta la tempestad y la lanza contra el demonio»[1478]; Atar, el fuego; Verethraghna, que suscita la guerra y concede la victoria; los diferentes genios del agua, del fuego, del aire y de los astros[1479]. Tocan de cerca a una clase de seres especiales, las *Fravashis* (Frohar o Feruer). La Fravashi es «el tipo divino de cada uno de los seres dotados de inteligencia, su idea en el pensamiento de Ormazd.»[1480] Cada hombre, cada criatura nacida o por nacer, todo Yazata y el mismo Ahuramazda tenía su Fravashi que velaba sobre él y que se dedicaba por entero a su salvación. Después de la muerte del hombre, las Fravashis quedaban en el cielo y allí venían a ser una especie de espíritu independiente, tanto más capaz para el bien cuanto mejor habían practicado la pureza y la virtud los seres a que estuvieron afectas en la tierra[1481]. Durante los seis últimos días del año vagaban por las ciudades preguntando: «¿Quién quiere alojarnos? ¿Quién ofrecernos un sacrificio? ¿Quién pensar en nosotras y saludarnos, acogernos con una ofrenda de carne, de vestidos puros y de oraciones?» Y si encuentran un hombre que responda a sus ruegos, le bendicen. «¡Haya en su casa rebaños de animales y de hombres, un caballo ligero y un carro fuerte, un hombre que sepa el modo de rogar a Dios y de presidir una asamblea.»[1482]

Ahuramazda había hecho el mundo, no por obra de sus manos, sino por la magia de su palabra, y había querido que su obra estuviera exenta de faltas. Pero la creación no puede subsistir más que por el equilibrio de las fuerzas que pone en juego, y la oposición de estas fuerzas inspiró a los iranios la idea de que estaban movidas por dos principios enemigos, creador y útil el uno, malo y destructor el otro. El dios de la oscuridad y de la muerte, Angromainyús, se alzó contra Ahuramazda, el dios de la luz y la vida. Al principio reinaron cada uno en su dominio, rivales, pero no adversarios irreconciliables. Coexistieron edades enteras sin conflicto directo, separados como estaban por el vacío. En tanto Ahuramazda se encerró inactivo en su esplendor estéril, el principio del mal dormitó inconsciente de sí propio bajo la noche que no había tenido principio. Pero el día en

1473 Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, t II, págs. 31-40. Acerca de los dos últimos, véase James Darmesteter, *Haurvatât et Amererât*, en la *Bibliothèque de l'École des hautes études*, fasc. XXIII.

1474 J. Darmesteter, *Ormazd et Ahriman*, págs. 38-43.

1475 Yazata, «aquel a quien se debe ofrecer el sacrificio». (J. Darmesteter, *Ormazd et Ahriman*, págs. 265-266); o «digno de adoración» (E. Burnouf, *Commentaire sur le Yaçna*, pág. 218).

1476 Haro Berezaiti, el Elburz, sobre el cual el sol se levanta, «alrededor del cual giran muchas estrellas, donde no hay noche ni tinieblas, ni viento frío o caliente, y cuya cima no alcanzan las nubes.» (J. Darmesteter, *The Zend-Avesta*, t. I, páginas 121-132.

1477 J. Darmesteter, *The Zend-Avesta*, t. I, pág. LXI, y t. II, págs. 122-123.

1478 J. Darmesteter, *Ormazd et Ahriman*, páginas 110-114.

1479 Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, t. II, páginas 49-91.

1480 E. Burnouf, *Commentaire sur le Yaçna*, pág. 270.

1481 Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, t. II, pág. 91.

1482 J. Darmesteter, *The Zend-Avesta* t. II, págs. 192-193; véase *Ormazd et Ahriman*, páginas 130-132.

que el espíritu que aumenta (Spentomainyús) resolvió al fin ponerse a trabajar, los primeros ensayos de su actividad vivificadora despertaron a Angromainyús[1483]. El cielo no existía aún, ni el agua, ni la tierra, ni el fuego, ni el buey, ni el hombre, ni los demonios, cuando el mal se precipitó sobre la luz para apagarla. Pero Ahuramazda había evocado ya a los ministros de su voluntad, Ameshaspentas, Yazatas, Fravashis, y recitó la oración de veintiuna palabras en la que están reunidos todos los elementos de la moral, el Ahuna-vairya: «La voluntad del Señor es la regla del bien. Que los beneficios de Vohumano sean concedidos a las obras realizadas por Mazda en este momento; el que protege al pobre hace reinar a Ahura». Angromainyús fue rechazado, pero así como Ahuramazda se manifestaba en todo lo que hay útil y hermoso, en la luz, en la justicia, en la virtud, él quiso hacerse ver en todo lo que es dañino y feo, en las tinieblas, en el crimen, en el pecado[1484]. Opuso a los seis Ameshaspentas seis espíritus iguales en fuerza y poderío: Akormano, el «pensamiento malvado»; Andra, el fuego destructor, que trata de sembrar en el mundo el disgusto y el pecado; Saurú, «la flecha de la muerte»[1485], que impulsa a los reyes a la tiranía, a los hombres al robo y al asesinato, Naonghaithya, la arrogancia y el orgullo; Taurú, la sed; Zairi, el hambre[1486]. Suscitó contra los Yazatas los Daevas (devs) o demonios, que no cesan de asaltar la Naturaleza y de oponerse a la regularidad de sus movimientos[1487]. En el momento de la creación, mientras que Ahuramazda formaba la luz, el hombre, todo lo que hay bueno en este mundo, Angromainyús evocaba las tinieblas, los animales y las plantas dañinas. Envidioso del hombre, trató de hacerle caer. Antes de la llegada de Zoroastro, sus criaturas varones (Yatús) y hembras (Pairikas, Peris) se mezclaban libremente a la humanidad y contraían alianzas con ella. Zoroastro rompió sus cuerpos y las prohibió revelarse de otro modo que en forma de animales[1488], pero su poder no será completamente destruido sino al final de los tiempos. Entonces tres profetas salidos de Zoroastro, Ukhshyatereta, Ukhshyatnemo, Saoshyant o Astvatereta, dictarán tres nuevos libros de la ley que completarán la salvación del mundo, pero a Saoshyant está reservada la gloria de dar el golpe decisivo. La luz soberana se unirá a él y a sus compañeros, librará a las criaturas de la corrupción y de la podredumbre, luego «hará al Universo eternamente vivo, eternamente progresivo, dueño de sí mismo». Las tinieblas se disiparán ante la luz, la muerte ante la vida, el mal en presencia del bien. «Akumano hiere, pero Vohumano le herirá a su vez. La palabra de mentira hiere, pero la palabra de verdad la herirá a su vez. Haurvatat y Ameretat castigarán al hambre terrible, a la sed terrible.»[1489] Angromainyús mismo habrá de confesar la superioridad de Ahuramazda y la perfección reinará soberana[1490].

En medio de aquella lucha de los dos principios, el hombre, asaltado por los Daevas, defendido por los Yazatas, vive según la ley y la justicia en la condición a que le ha condenado la suerte. Ha de contribuir en cuanto de él dependa al aumento de la vida y del bien, y según trabaje en la realización de este fin natural o trate de contrariarlo, es el ashavan, el puro, el fiel en este mundo y el bienaventurado en el otro, o el anashavan, el maldito que se rebela contra la pureza. El lugar más elevado en la jerarquía corresponde al athravan, el mago cuya voz deja frios de terror a los demonios, luego al soldado cuya maza derriba los imperios, pero al lado de ellos, el legislador ha reservado puesto principal al que cultiva la tierra. «Es un santo, el que se ha hecho aquí bajo una

---

1483 J. Darmesteter, *Ormazd et Ahriman*, págs. 88-94.

1484 Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, t. II, págs. 121-126.

1485 J. Darmesteter, *The Zend-Avesta*, t. I págs. LXXII y LXXIII.

1486 Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, t. II, págs. 126-130; J. Darmesteter. *Ormazd et Ahriman*, págs. 259-265.

1487 Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, t. II, págs. 130-141; J. Darmesteter, *Ormazd et Ahriman*, págs. 265-272. La palabra Daeva, que significaba en un principio dios, ha pasado a significar demonio.

1488 Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, t. II, págs. 145-148.

1489 J. Darmesteter, *The Zend-Avesta*, t. II, página. 308.

1490 Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, t. II, páginas. 153-158; J. Darmesteter, *Ormazd et Ahriman*, páginas. 224 y siguientes.

casa, en la que mantiene el fuego, ganado, su mujer, sus hijos y buenos rebaños. El que hace producir trigo a la tierra, el que cultiva los frutos de los campos, ese cultiva la pureza; hace pregonar la ley de Ahuramazda tanto como si ofreciera sacrificios.»[1491] El hombre ha sido colocado en este mundo para disputar a Angromainyús las partes estériles del suelo, labrar es su deber primero. El segundo es defender a las criaturas de Ahuramazda y aniquilar las de Angromainyús. Ayudará, pues, a sus correligionarios, les dará vestidos si están desnudos, y no negará nunca pan al labrador hambriento so pena de eternos tormentos. La caridad se extenderá a las bestias mazdeanas, al toro, al carnero, al erizo, al perro. El perro es la mejor de las criaturas de Ahuramazda, aquélla a la que hay que tener más respeto. Es pecado no sólo matarlo[1492] sino «darle huesos que no pueda roer o comida caliente que le queme la boca o la lengua.»[1493]

Por lo demás, había cuidado de no recargar la vida de preceptos. Se exigía del iranio que creyera en Dios, que le dedicase oraciones y sacrificios, que fuera sencillo de corazón, sincero en palabras, leal en todos sus actos. «Adoramos a Auramazda, el puro, el señor de pureza; adoramos a los Ameshaspentas, los poseedores del bien, los distribuidores del bien; adoramos todo lo que el buen espíritu ha creado, todo lo que puede servir al bien de su creación y a la extensión de la verdadera fe. Alabamos todos los buenos pensamientos, todas las buenas palabras, todas las buenas acciones que son o que serán, y conservamos puro todo lo que es bueno. Ahuramazda, ser siempre bueno, siempre feliz, esforzámonos en pensar, en hablar, en obrar como conviene para llenar las dos vidas[1494], la del alma y la del cuerpo». El hombre de bien por excelencia (ashaván) es el que tiene buen pensamiento, buena palabra, buenas acciones. El que reúne en sí estas tres virtudes, está en situación de orden y de pureza completa (asha)[1495]. Una vez apartado de la perfección, no se volvía a ella sino por el arrepentimiento acompañado de buenas obras: destruir los animales dañinos, la rana, la serpiente, la hormiga[1496], trasformar las tierras incultas en campos cultivados, casar a la joven pura y sana con un hombre justo[1497], eran otros tantos modos de expiación recomendados por la ley. El matrimonio era estrictamente obligatorio, y como parecía tanto más recomendable cuanto más próximo era el parentesco entre ambos esposos, no sólo se unía la hermana con el hermano, sino el padre con la hija y el hijo con la madre, al menos entre los magos[1498]. Ninguna ley limitaba el número de las esposas o de las concubinas. Lejos de ello, se estimaba que el individuo debía casarse con tantas mujeres cuantas su fortuna le permitiera mantener. Después de la muerte, estaba prohibido quemar el cadáver, enterrarlo[1499] o echarle al río. De hacerlo, se hubiera mancillado el fuego, la tierra o el agua. Había dos maneras distintas de desembarazarse del difunto sin dañar la pureza de los elementos. Se le cubría con una capa de cera y se le enterraba[1500]. Se suponía que el

---

1491 *Yaçna*, XXXIII, 2-3.

1492 Heródoto, I, CXL, nota ya el cuidado que tenían los magos de no matar jamás un perro: Οἱ δὲ δὴ Μάγοι αὐτοχειρίῃ πάντα πλήν κυνὸς καὶ ἀνθρώπου κτείνουσι.

1493 J. Darmesteter. *The Vendidad Sadé*, t. I, página 131; Hovelacque, *L'Avesta, Zoroastre et le Mazdéisme*, págs. 336-356.

1494 *Yaçna*, XXXV, 1-3.

1495 J. Darmesteter, *Ormazd et Ahriman*. pág. 7.

1496 Véase Heródoto, I, CXI; Agathias, II, 24.

1497 J. Darmesteter, *The Zend-Avesta*, t. I, pág. 171.

1498 J. Darmesteter, *The Zend-Avesta*, t. I, páginas 126-134.

1499 Heródoto, I, CXXXV. En tiempo de Estrabón se castigaba con la muerte el delito de quemar un cadáver (XV, 14). En el Zend-Avesta es un crimen que no puede expiarse (J. Darmesteter, *The Zend-Avesta*, tomo I, página 9). «Un pecado para el cual no hay perdón, el entierro de los muertos». (J. Darmesteter, The Vendidad Sadé, tomo I, página 8): uno de los mayores dolores que puede producirse a la tierra es enterrar en ella un muerto (Idem, páginas 24-25). Se conocen, sin embargo, las tumbas de los reyes (Arriano, *Anábasis*, LVI, XIX). Parece, pues, que la prohibición de enterrar los cadáveres es posterior a los aqueménidas (J. Darmesteter, *The Zend-Avesta*, t. I. páginas XC-XCI).

1500 Estrabón, XV, 3; Heródoto, I, CXL.

contacto directo con la tierra y la impureza que de ello resultaba, se impedía de esta suerte. Se le exponía al aire libre y se le dejaba devorar por los perros y las aves de rapiña[1501], en cuyo caso grandes torres redondas servían de cementerios[1502]. El alma, después de haber permanecido tres días aún próxima a su despojo mortal, le abandonaba al amanecer del cuarto para acudir al juicio. El genio Rashnú Razishta, el verídico por excelencia, pesaba sus buenas y malas acciones en la balanza infalible y la absolvía o condenaba según el testimonio de su propia vida. Al salir del juicio se la llevaba a la entrada del puente Chinvat, que estaba tendido sobre el infierno y conducía al paraíso. Impía, no podía pasarlo y caía en el abismo, donde era esclava de Angromainyús; pura, pasábalo sin esfuerzo ayudada por el angel Sraosha. Vohumano la daba la bienvenida, la presentaba ante el trono de Ahuramazda como había hecho con Zoroastro, luego la asignaba el lugar que había de ocupar en lo sucesivo hasta el día de la resurrección de los cuerpos[1503].

El Avesta, con las doctrinas que contiene, «es el código de una secta religiosa muy limitada; es un Talmud, un libro de casuística y de estrecha observancia. Me cuesta trabajo creer que el gran Imperio persa haya tenido una ley tan estricta[1504]. Los libros sagrados del Irán, tal como han llegado a nosotros, fueron escritos probablemente en la época de los sasánidas. Una tradición antiquísima refiere que el rey de los partos, Vologeso I, ordenó que se recogieran todos aquellos de sus fragmentos que se habían librado de la persecución de Alejandro, y que la edición definitiva se hizo en tiempo de Sapor II Anushirván, a mediados del siglo VI de nuestra era[1505]. La colección comprende capítulos muy antiguos, escritos en lenguaje más arcaico[1506], y parte de las ideas que en ellos se expresan proceden de textos ya considerados canónicos en tiempo de los reyes aqueménidas, pero lo poco que los historiadores griegos nos cuentan de las religiones medas y persas difiere en bastantes puntos de lo que el Avesta nos enseña. No es cierto que el dualismo esté tan claramente marcado entonces como lo está en los libros de la ley, ni que los reyes aqueménidas hayan sabido la existencia de Angromainyús. La costumbre que tenían de edificar para ellos, a la vista de su capital, tumbas monumentales, algunas de las cuales existen todavía, muestra que no se consideraba sacrilegio el hecho de enterrar un cadáver. Parece, no obstante, que muchos preceptos que el pueblo no observaba, eran practicados por los sacerdotes, por aquellos magos que formaban una de las seis tribus de la nación meda[1507]. En todo caso, las reglas que la ley les imponía eran innumerables y minuciosas. Ahuramazda y sus auxiliares no tenían templos, ni tabernáculos, y aun cuando se les representase a veces en los bajo-relieves con figuras humanas y animales, nadie habría corrido el riesgo de erigir en sus santuarios aquellas estatuas que se decían animadas o proféticas a que los egipcios y los asirios rendían homenaje. No obstante, se les elevaba, en la cima de las colinas, en los palacios, en el centro de las ciudades, pireos, es decir, abrigos en que la llama se encendía en su honor y no se extinguía ya de un tiempo a otro. Aquellos pireos estaban comúnmente emparejados, y así se encuentran aquí y allá sus ruinas, en Naksh-i-Rustem por ejemplo[1508]. Tienen forma cúbica y parecen torres flanqueadas en los cuatro ángulos por columnas que enlazan arcos semicirculares. Las corona una línea de almenas triangulares y la parte alta está ligeramente socavada para abrigar el fuego.

1501 Estrabón, XV, 3 (según Onesicrito); Heródoto (I, CXL), cuyo testimonio ha sido admitido por Cicerón (*Tusculanas*, I, 45).

1502 Aquellas torres se llamaban *dakhmas*, monumentos» (*Vendidad*, ed. Darmesteter, *Frag*. VI, 44 y siguientes; VIII, 10 y siguientes).

1503 G. Rawlinson, *The five great Monarchies*, t. II, págs. 333-340; Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, t. II, págs. 148-151.

1504 E. Renan, *Rapport sur les travaux de la Société asiatique*, 1880, pág. 29.

1505 J. Darmesteter, *The Zend-Avesta*, t. I, págs. XXXII-XXXVII.

1506 Así los Gathas, que se citan en el *Yaçna* y el *Vendidad* (J. Darmesteter, *The Zend-Avesta*, t. I, pág. LIII).

1507 Heródoto, I, CI.

1508 Perrot et Chipiez, *Histoire de l'Art antique*, t. V, pág. 6.3; Marcel Dieulafoy, *L'art antique de la Perse*, t. III, lám. V.

Los ritos del sacrificio eran muy largos y los complicaban manipulaciones, actitudes ceremoniosas y fórmulas de encantamiento interminables. Allí donde el pireo no debía abrigar fuego perpétuo, se le encendía con ramitas descortezadas y purificadas de antemano, luego se mantenía con maderas preciosas, con preferencia de ciprés o de laurel, pero se tenía cuidado de no soplar en la llama para activarla. El aliento humano la manchaba y el que voluntariamente cometía esta grave ofensa era castigado con la muerte[1509]. La ofrenda ordinaria consistía en panes, frutas, perfumes, flores, pero cuando era necesario un sacrificio sangriento, el caballo era la víctima preferida[1510], luego el buey, la vaca, el cordero, el camello, el asno, el ciervo. En determinadas circunstancias aún, cuando se deseaba conciliarse la gracia del dios de los muertos, se ofrecía un hombre[1511]. El rey, representante de Ahuramazda en la tierra, oficiaba cuando le placía, pero, excepto él, nadie podía prescindir de la mediación de los magos. Los fieles iban en procesión al punto en que debía verificarse la ceremonia, y el sacerdote, con la tiara en la cabeza, recitaba una invocación en voz baja y misteriosa para atraer las bendiciones del cielo sobre el rey y sobre la nación[1512]. Mataba luego a la víctima dándola un golpe en la cabeza, y la dividía en porciones que distribuía a los asistentes, sin guardar nada para él, porque Ahuramazda no quería para sí más que el alma. En algunos casos, la víctima era quemada por entero; las más de las veces no se ponía en el fuego más que un poco de grasa y de las entrañas[1513]. El oficiante se tapaba la boca con las cintas que colgaban de su mitra, para impedir que su aliento rozase la llama. En la mano tenía el hacecillo de ramitas de tamarindo, el *baresman*[1514] y preparaba el licor misterioso llamado *haoma*[1515].

No todos los individuos de la tribu de los magos eran necesariamente sacerdotes, sino sólo aquéllos dedicados al sacerdocio desde su infancia, y que, después de haber aprendido lo necesario, eran ordenados en forma regular. Se dividían en varias clases, tres de las cuales por lo menos ejercían funciones distintas, los magos, los intérpretes de los sueños y los profetas, entre los cuales se elegía el consejo de la orden y el jefe supremo. Su vida era austera. Habían de privarse de todo alimento que hubiera vivido, y aun las clases a las que estaba permitida la carne, no podían consumirla sino con ciertas restricciones. Sus vestiduras eran sencillas, no se adornaban con alhaja alguna y observaban la más estricta fidelidad en el matrimonio. Las virtudes que poseían o que les eran atribuidas les aseguraban indudable ascendiente sobre el pueblo tanto como sobre los nobles, y el mismo rey no hacía cosa alguna sin haber consultado a Ahuramazda por mediación suya. Varios autores clásicos afirman que, con apariencias de austeridad, ocultaban vicios monstruosos, y lo que de ellos sabemos por los monumentos originales no nos permite aprobar o desaprobar esta opinión. No obstante, aun en los últimos tiempos, la depravación fue más bien patrimonio de algunos que yerro de todos. Siguieron siendo hasta el final fieles a las reglas de pureza ceremonial y de honestidad que los libros sagrados de sus antepasados les imponían.

1509 Estrabón, XV, III § 14, pág. 732.

1510 Heródoto, VII, CXIII; Jenofonte, *Ciropedia*, VIII, III, § 24; Arriano, *Anábasis*, VI, XIX, § 7; J. Darmesteter, *Le Zend-Avesta*, t. II, págs. 392-394.

1511 Heródoto, VII, CXIII-CXVI.

1512 Heródoto, I, CXXXII.

1513 Heródoto, I, CXXXII; Estrabón, XV, III, § 15, pág. 733.

1514 Dinón, *Fragm*. 8, en Müller-Didot, *Fragmenta Historicorum Græcorum* t. I, pág. 91; Estrabón, XV, III, §§ 14-15, páginas 732-733.

1515 *De Iside*, § 46.

El Imperio caldeo y el mundo oriental desde la caída de Nínive hasta la del Imperio medo.

La Caldea había tenido también que luchar para recoger la parte que le había correspondido en la herencia de la Asiria. No solamente Necao le había arrebatado la Judea, la Fenicia y la Siria, que creía corresponderle de derecho, sino que los arameos nómadas de Khabur y de Balikh le negaban el homenaje y las bandas de cimerianos o de escitas, que recorrían aún los campos desde la invasión de Madyés se unían muchas veces a ellos para atacar las costas de la Mesopotamia. Recientemente aún habían saqueado la ciudad santa de Harrán y devastado el templo del dios Sin[1516]. Nabopolassar, demasiado viejo para salir a campaña contra ellos, confió probablemente el mando de sus tropas al hijo que había elegido para sucederle, Nabucodorossor[1517], el marido de la princesa meda. No necesitó menos de tres años para poner de nuevo todo en orden. Harrán siguió siendo de los bárbaros a condición de pagar tributo, pero el distrito de Subarú fue anexionado al Imperio y la dominación babilónica escaló las vertientes meridionales del Masios[1518]. ¿Iba a permanecer en este punto y abandonar los territorios del otro lado del Éufrates en manos de aquel Necao a quien se afectaba considerar como un sátrapa rebelde? Nabucodorossor pasó el Éufrates el año 604. No se sabe nada de los comienzos de la guerra, pero el encuentro decisivo tuvo lugar en las orillas del río, no lejos de Gargamish[1519]. Los egipcios fueron completamente derrotados y los sirios supieron en adelante a qué atenerse acerca del poderío de los grandes Imperios que se disputaban su obediencia.

La Judea, que más había padecido por parte de los egipcios, acogió la noticia de su derrota con alborozo, y el profeta Jeremías la celebró en estrofas irónicas: «¿Qué veo? ¡hélos aquí derrotados, retrocediendo de espanto! ¡Deshechos sus guerreros, corren, huyen sin volver la cabeza! ¡Ah, ni el más ligero escapará! ¡Allá, al Norte, en las orillas del Éufrates, resbalan, caen! ¡Este día es para el Señor, para el dios de los astros, día de la venganza, en que herirá a sus enemigos; la espada ha de saciarse, ha de apagar su sed de sangre, porque el Señor, el dios de los astros quiere tener su hecatombe en el país del Norte, a orillas del Éufrates! ¡Y ahora sube a Galaad y busca bálsamo, virgen del Egipto. En vano multiplicas los remedios, nada hay que pueda curar tu herida! Las naciones han conocido tu afrenta y la tierra toda resuena con tus lamentos; tus guerreros caen el uno sobre el otro y todos a la vez.»[1520] Nabucodorossor recuperó todo el territorio, recibió de camino la sumisión de Joiakim y de los reyes indígenas. Estaba ya en Pelusa y se preparaba a pasar a África, cuando la muerte de su padre le detuvo. Temió que se alzase un competidor en Caldea durante su ausencia, concertó un tratado con Necao y partió a toda prisa. Como en su impaciencia por llegar no le acomodara el largo trayecto ordinario por Gargamish y la Mesopotamia, lanzóse a través del desierto de Arabia con pequeña escolta y entró en Babilonia cuando menos se le esperaba. Los sacerdotes habíanse posesionado del mando y le habían conservado el trono. No tuvo más que presentarse para que lo aclamaran y obedecieran[1521].

Su reinado fue largo, próspero y pacífico en conjunto. Los cambios políticos acontecidos en Asia le cerraban la mayor parte de los campos de batalla antes abiertos a los asirios. Ya no había Urartú, ni Mannai, ni Parsúa, ni Elipi, ni Elam, sino un solo reino medo, al que estaba incorporado

---

1516 *Cylindre de Nabonide*, col. X, l. 12-21.

1517 El nombre de este príncipe se escribe comúnmente Nabucodonosor, Nabucadnezzar, a consecuencia de una confusión entre la ר *r* y la נ *n*. La versión de los Setenta dice Nabucodorossor, y los textos originales nos dan la forma completa Nabukudurussur, «Nabo, protege la corona», por lo que he preferido pronunciar Nabucodorossor, que es lo más cercano a la forma tradicional.

1518 *Cylindre de Nabonide*, col. II, 1. 1-4; véase Maspero, *Les Empires*, páginas 516-517.

1519 *Jeremías*, XLVI, 2; *II Reyes*, XXIV, 7; Josefo, *Antig. jud.*, X, 7.

1520 *Jeremías*, XLVI, 5-6, 10-12.

1521 Beroso, Fragm. 11, en Josefo, *Antig. jud*., 1. X, c. 11.

lo que quedaba de la mayor parte de aquellos países. Hasta la Asiria propia, desde el Radanú y el valle del Tigris superior pertenecían a Ciaxares. Del lado del Asia Menor, la Cilicia dependía quizá de Babilonia, pero allá, detrás de la Cilicia, estaba también la Media, luego las tribus semi-bárbaras del golfo de Pamfilia, y la Lidia del otro lado. Nabucodorossor no encontraba enemigos serios más que al Oeste y al Sur, donde ocupaba una posición análoga a la de los reyes de Asiria menos de un siglo antes. Lo sucedido entonces había probado que el fin último a que tendía la ambición de los conquistadores asiáticos era la posesión de Menfis y de Tebas, si se quiere de la Etiopía. Como Sargón, como Assurbanabal, Nabucodorossor, dueño de la Siria, era un peligro perpetuo para la existencia del Egipto. Los Faraones de las dinastías anteriores habían tratado de resguardarse tras los Estados sirios, y la política de Sabacón había consistido en mantener la barrera de reinos que se presentaban entre él y la Asiria. Caídas Damasco y Samaria, ya no quedaba a Faraón otro recurso que ser conquistador y apoderarse, si podía, de la costa fenicia. Psamético I había iniciado esta labor con la toma de Ashdod, Necao II había parecido terminarla después de la batalla de Mageddo. La derrota de Gargamish lo había trastornado todo, pero probando el acierto de los estadistas egipcios. Si la batalla perdida por Necao lo hubiera sido entre Pelusa y Gaza, el Egipto hubiera concluido[1522]. Librada a orillas del Éufrates, los vencidos habían tenido tiempo de reunir nuevas fuerzas y guarnecer con ellas el frente oriental del Delta. Necao no se desanimó. pues, a pesar de su descalabro. Pertenecía a una raza perseverante, que no había renunciado a sus aspiraciones a la corona a pesar de un siglo de contrariedades y sólo la había conseguido a fuerza de paciencia y de obstinación. Rehizo su ejército y su flota en silencio, contando con el espíritu inquieto de los fenicios y de los judíos para tener pronta ocasión de tomar la revancha.

Una vez más recurrió a Grecia. Ingenieros jonios le hicieron arsenales y sustituyeron su viejo material flotante con una armada de trirremes. Al propio tiempo se trataba de restaurar el Canal de los dos mares, abandonado o cegado por las arenas desde la caída de la vigésima dinastía. Contaba con hacerlo bastante ancho para que dos trirremes pudieran pasar de frente o cruzarse sin tropiezo. El canal se unía al Nilo un poco más arriba de Bubastis, no lejos de Patumos. Seguía al pie de las colinas arábicas de Este a Oeste, luego se internaba en la garganta del Uadi Tumilat y se desviaba al Sur en dirección al mar Rojo. Contaba la tradición que, después de haber perdido ciento veinte mil hombres en aquella empresa, Necao la suspendió siguiendo el consejo de un oráculo que le había predicho que trabajaba para los bárbaros[1523]. Defraudado en sus esperanzas por este lado, dirigió su actividad a otro objeto.

Los tirios y los cartagineses habían explorado, a lo largo de la costa de África, países abundantes en oro, en marfil, en maderas preciosas, en especias, pero la política celosa de los dos pueblos impedía a las demás naciones llegar cruzando el Mediterráneo hasta aquellas regiones lejanas. Los egipcios tenían presente aún el recuerdo de las campañas marítimas de otros tiempos, en el siglo en que la escuadra de la reina Hatshopsuitú navegaba por los mares de Arabia y recalaba en las Escalas del Incienso. Necao lanzó a los marinos fenicios de su flota en busca de las nuevas tierras. Salieron del golfo de Arabia sin saber muy bien a donde iban. La empresa, atrevida en cualquier tiempo, era de lo más peligroso para las pequeñas naves de aq ue tiempo. Siempre habían de navegar a la vista de las costas, y las de África son difíciles para el navegante. Durante varios meses los fenicios siguieron hacia el Sur, teniendo a la derecha el continente que se prolongaba delante de ellos, y a la izquierda el Oriente. Por el otoño desembarcaron en la playa más cercana, sembraron el trigo de que se habían provisto y esperaron a recoger la cosecha. Hecho esto, volvieron a embarcarse . El recuerdo preciso de sus observaciones y de sus descubrimientos se confundió pronto. Recordóse, no obstante, que llegados a cierto punto vieron con estupor que el sol

1522 Se vio bien, más tarde, en la guerra entre Psamético III y Cambises.

1523 Heródoto, II, CLVIII, IV, XLII; véase Diodoro, I, 33. La cifra de ciento veinte mil hombres es evidentemente exagerada, pues en una empresa semejante, la apertura del canal de Alejandría, Mehemet-Ali no perdió más que diez mil. Acerca del canal, véase Ebers, *Durch Gosen zum Sinai*, págs. 471 y siguientes.

pareció modificar su curso y no dejó ya de salir a su derecha. Habían doblado la punta meridional de África y empezaban a subir hacia el Norte. Al tercer año pasaron las Columnas de Hércules y volvieron a puerto. La estrecha amistad que unía a Tiro con Egipto los protegió sin duda de las envidias de los cartagineses en aquella última parte de su expedición. Los pocos medios de que entonces disponía la marina hizo inútil aquel viaje, no abrió ningún nuevo camino al comercio y quedó como un hecho curioso, pero sin resultado. Los sacerdotes egipcios se lo refirieron a Heródoto, y Heródoto nos lo ha contado sin creerlo demasiado[1524].

No era más que un episodio curioso. Sin dejar de adelantar sus expediciones todo lo lejos que podía hacia el Sur, Necao seguía con mirada vigilante los acontecimientos que tenían lugar en Asia. Desde sus luchas desastrosas con Asiria, Fenicia había guardado odio profundo a cuantos dueños le venían por el Este. Lo mismo ocurría con la mayor parte de los Estados sirios que aún conservaban aires de independencia, Ammón, Moab, los nabateos, los filisteos, Judá. Necao explotó hábilmente aquellos odios. Cuatro años después de su derrota, decidió a Joiakim a rebelarse. La muerte de Josías había sido un golpe terrible para las esperanzas de los profetas. «Nunca antes de él había habido un rey que pudiera comparársele por haberse sacrificado al Eterno con todo el corazón y toda el alma, y con toda su fuerza, en todo, conforme a la ley de Moisés, y después de él nunca apareció otro semejante»[1525].

Los hechos que siguieron a la deposición de Joacaz, luego la brusca caída del poderío egipcio, el advenimiento de la dominación caldea, quebrantaron más hondamente todavía la fe en la eficacia de la reforma. El pueblo no pareció ver en ello más que una venganza de Jehová contra los impíos que habían derribado sus templos y pretendido encerrarle en un santuario único. El culto del Dios de Israel recobró el aspecto de antaño y el de las divinidades extranjeras fue practicado con más fervor que nunca. El desencanto de los profetas y de sus partidarios fue tanto más amargo cuanto que habían creído un momento tocar al fin de sus esfuerzos[1526]. Un día de fiesta, el más conocido de ellos, Jeremías, hijo de Hilkiah, se presentó en el atrio del templo y apostrofó violentamente a la muchedumbre. Así ha dicho Jehová: Si no me escucháis y no camináis dentro de la ley que os he propuesto, si no obedecéis las palabras de los profetas mis servidores que os mando y no atendéis, pondré este templo en el mismo estado que el de Shilo, y abandonaré esta tierra, maldiciéndola, a todas las naciones de la tierra».

Era al principio del reinado de Joiakim, en el momento más culminante de la reacción contra las tendencias de Josías. En cuanto Jeremías hubo acabado, los sacrificadores, los profetas y el pueblo le cogieron, diciendo: «Morirás de muerte». La multitud se reunió en el templo, los notables de Judá subieron de la casa del rey a la del Eterno y se sentaron a la entrada de la puerta nueva. Pronunciada la acusación, algunos de los jueces declararon que el inculpado no merecía castigo alguno, puesto que había hablado en nombre de Jehová, y los ancianos alegaron en su favor el ejemplo de Miqueo: «¿Le hicieron morir el rey Ezequías y los de Judá?» Escapó aquella vez, pero otros no tuvieron la misma dicha. Uriah de Kiriath-Jearim, cuyo solo crimen había sido profetizar contra Jerusalén de la misma manera, en vano huyó a Egipto, pues Joiakim envió en su busca a Elnathán, hijo de Hakbor, y unos cuantos con él, le trajeron a Jerusalén, lo decapitaron y lanzaron su cuerpo a la fosa común[1527].

1524 Heródoto, IV, XLII. Véase Robiou, Re*cherches nouvelles sur quelques périples d'Afrique dans l'antiquité*, págs. 1-14. Los escritores griegos posteriores a Heródoto negaban la posibilidad de semejante viaje, como Éforo (*Fragm. H. Græc.*, t. I, pág. 26), decían que no se podía afirmar que el África estaba rodeada enteramente de agua (Polibio, III, 38), o pensaban que ningún viajero había llegado a más de cinco mil estadios pasado el mar Rojo (Estrabón, XVI, III, § 10).

1525 *II Reyes*, XXIII, 25.

1526 Kuenen. *The religion of Israel*, t. I, págs. 43 y siguientes, *Religion naturelle et religion universelle*, págs. 199 y siguientes.

1527 *Jeremías*, XXVI.

Aquella separación entre el pueblo y el hombre que representaba la gran tradición profética se acentuó rápidamente. Llegó un momento en que Israel pareció haberse reducido a Jeremías y a su discípulo Baruch. Jeremías era, efectivamente, de aquéllos a quienes el desastre de Mageddo había arrebatado toda esperanza en el presente. Cuando presentó al rey su primera colección de profecías, el rey la hizo pedazos, luego los quemó, y fue necesario que más tarde el profeta y Baruch reconstituyeran el texto de memoria[1528]. La mayoría no podía, en efecto, acostumbrarse a la idea de que Jehová abandonaría a Judá como había abandonado a Israel. Todo intento contrario a los intereses del caldeo, toda alianza con sus enemigos parecía legítima, y los consejos del Egipto hallaban favorable acogida entre el pueblo. Nabucodorossor acudió y su presencia detuvo el movimiento. Joiakim no se apartó de sus deberes[1529], pero tres años más tarde se sublevó de verdad, siempre instigado por Necao. Nabucodorossor no juzgó bastante grave el suceso para dirigir en persona las operaciones militares. Se contentó con enviar a uno de sus generales con los contingentes de Ammón y de Moab, siempre dispuestos a olvidar su horror al caldeo cuando se trataba de satisfacer su odio al judío.

Joiakim, abandonado a sus propias fuerzas, resistió tan vigorosamente que Nabucodorossor se vio obligado a enviar sus veteranos. Su ejército estaba todavía en camino cuando Joiakim murió y fue sustituído por su hijo, un joven de dieciocho años, que tomó el nombre de Jekoniah o Joiakín. No reinó mucho tiempo. Nabucodorossor llegó en el momento preciso en que subía al trono y su presencia precipitó el desenlace. Tres meses más tarde, Joiakín se rindió a discreción. Los tesoros del templo fueron cogidos, el rey desterrado a la Caldea, el ejército reducido a esclavitud, la población obrera trasportada a Babilonia, donde se la empleó en las grandes edificaciones. El resto fue entregado al hijo menor de Josías, Mattaniah, entonces de veintiún años de edad (597). Mattaniah, lo mismo que sus predecesores, cambió de nombre al cambiar de condición, llamándose en lo sucesivo Zedekías[1530].

No había hecho nada Necao para auxiliar a los judíos. Murió dos años más tarde, sin haber encontrado la ocasión que buscaba (595)[1531], y su hijo Psamético II no tuvo lugar de emprender nada contra el Asia. Una incursión a Etiopía (591) señaló su reinado[1532], pero desapareció antes de haber hecho algo grande (589)[1533]. Mientras tanto la Siria, tranquila en apariencia, no había cesado de agitarse sordamente. Los partidos, que no veían salvación más que en una alianza íntima con el Egipto, se habían rehecho del golpe brutal que les diera la derrota de Necao y de Joiakim. En Jerusalén, la corriente que inclinaba los espíritus hacia Faraón llegó a ser tan poderosa que Zedekías, hechura de Nabucodorosor, se vio arrastrado por ella. Los profetas de la vieja escuela, llenos de fe en Jehová, seguían pensando que la humillación de su patria no podía durar mucho.

Cuanto más se acumulaban sobre ella los desastres, más cercana les parecía la hora de la liberación. Los que habían acompañado a Joiakín al destierro, Acab, Zedekiah, hijo de Maassiah, Shemaiah, aseguraban su próxima vuelta. Los que habían quedado en Jerusalén no cesaban de repetir al pueblo: «No quedaréis sujetos al rey de Caldea; los vasos sagrados del templo saldrán de Babilonia». Jeremías trataba en vano de combatir el efecto de sus declamaciones. Escribía a los desterrados que se armasen de paciencia: «¡Edificad casas y morad en ellas, plantad huertas y comed los frutos! ¡Casáos, engendrad hijos e hijas, dad mujeres a vuestros hijos y esposos a vuestras hijas para que a su vez sean madres! ¡Multiplicaos y no dejéis que vuestro número

1528 *Jeremías*, XXXVI

1529 *II Reyes*, XXIV, 1.

1530 *II Reyes*, XXIV; *II Crónicas*, XXXVI, 5-11. Véase *Jeremías*, XXIV, XXV, XXVI, XXXV, XXXVI, etc.

1531 Manetón (ed. Unger, pág. 280), atribuye seis años de reinado a Necao II, y Heródoto, II, CLIX, dieciséis. Dos estelas de Florencia y Leyden confirman esta última cifra (Leemans, *Lettre a Rosellini*, págs. 125-132).

1532 Heródoto, II, CLX. A esta expedición se refieren los *graffiti* griegos y fenicios de Ibsambul.

1533 Varios indicios me habían llevado a creer que murió antes de llegar a la mayor edad. Los descubrimientos de Karnak no me permiten mantener esta opinión.

disminuya... Guardáos de oir a los profetas que están entre vosotros o a vuestros adivinos, y no creáis en los sueños que tengáis, porque mienten profetizando en mi nombre; no les he confiado encargo, dice Jehová. Porque he aquí lo que dice Jehová: «Cuando hayan trascurrido setenta años para Babel, os visitaré y os ratificaré mi promesa de volveros a vuestra patria.»[1534] Uno de los que así denunciaba, Shemaiah, se indignó de aquellos consejos pacíficos y dirigió al gran sacerdote Zefaniah una carta, en la que le intimaba para que condenase al cepo y a la argolla a aquel chismoso de Anatot, que hacía de profeta en Jerusalén y no sabía más que recomendar paciencia a los desterrados.

Jeremías no le iba en zaga a sus adversarios respecto a invectivas. Maldijo a Shemaiah en su persona y en su raza[1535] y siguió predicando más fuerte contra los partidarios de la política agresiva: «No oigáis a esas gentes, sino hacéos más bien súbditos del rey de Babilonia, y quizá viváis; ¿por qué esa ciudad sería reducida a desierto? Pero si son profetas y la palabra de Jehová está en ellos, que intercedan ahora cerca del Jehová de los ejércitos, para que los vasos sagrados que han quedado en el templo y en el palacio de los reyes no vayan a reunirse con los otros a Babilonia.»[1536] Un día salió públicamente con el yugo al cuello, en tanto el profeta Hananiah-ben-Azzur de Gibeón predicaba ante los sacerdotes y el pueblo en estos términos: «Así ha dicho el Eterno de los ejércitos, el Dios de Israel: «He roto el yugo del rey de Babilonia. Trascurridos dos años traeré aquí a Jekoniah, hijo de Joiakín, rey de Judá, y a todos los que han sido deportados de Judá y Babilonia». Luego, quitando el yugo de sobre el cuello de Jeremías, lo rompió, porque «así» dice Jehová. «Entre éste y dos años trascurridos, romperé de igual modo el yugo de Nabucodorossor, rey de Babilonia, de sobre el cuello de todas las naciones». Al día siguiente, Jeremías volvió a aparecer cargado con nuevo yugo, pero de hierro, emblema del que Jehová había de poner «sobre el cuello de todas las naciones para que queden sujetas al rey de Babilonia.»[1537]

El advenimiento de Apríes al trono de Egipto sugirió nuevos argumentos a los partidarios de la rebelión. Se sabía que era emprendedor, ambicioso, que estaba muy bien preparado para los azares de la guerra. Tiro y la Fenicia, Jerusalén y los países situados del lado de allá del Jordán corrieron a las armas de común acuerdo. Nabucodorossor, colocado entre tres adversarios, vaciló un momento. «Se detiene en el cruce de los caminos para consultar el porvenir, mezcla las flechas adivinatorias, interroga a los Terafim, examina el hígado de las víctimas.»[1538] Su indecisión no fue larga. Judá era el nudo de la liga; su territorio unía a los confederados de la costa con los del desierto, las fuerzas del Egipto con las de Siria. En tanto una división saqueaba la Fenicia y comenzaba el bloqueo de Tiro, el grueso del ejército se precipitó sobre Judea. Zedekías no se atrevió a esperarlo en campo abierto y se encerró en Jerusalén.

Aquella vez el caldeo estaba harto. Saqueó el país sin misericordia, entregó a los campesinos a merced de los filisteos y de los edomitas, bloqueó las dos fortalezas de Lakhish y Azékah, y no se presentó delante de la capital sino después de haber entrado todo a sangre y fuego[1539]. Ya apretaba el cerco cuando supo que Apríes aparecía del lado de Gaza; Zedekías angustiado había «enviado a sus agentes a Egipto para que le dieran caballos y un ejército considerable.»[1540] El caldeo levantó inmediatamente el sitio y marchó al encuentro de aquel nuevo enemigo. El partido popular triunfaba ya con el éxito de su política. Jeremías, sin embargo, no tenía fe en el buen resultado de su empresa. «No os ilusionéis, diciendo: los caldeos se retirarán de Judea, porque no se retirarán. Aun cuando derrotárais a todo el ejército que os sitia y no quedase de ellos más que un hombre herido en cada

1534 *Jeremías*, XXIX, 1-11.

1535 *Jeremías*, XXIX, 23-32.

1536 *Jeremías*, XXVII, 14, 16-18.

1537 *Jeremías*, XXVIII.

1538 *Ezequiel*, XXI, 26. Véase Fr. Lenormant, *La Divination chez les Chaldéens*, 1875, pág. 18.

1539 *Jeremías*, XXXIV, 7.

1540 *Ezequiel*, XVII, 15.

tienda, aun así se alzarían y prenderían fuego a la ciudad.»[1541] No se sabe exactamente lo que ocurrió entonces. Según unos, el rey de Egipto se retiró sin combatir[1542]; según otros, aceptó la batalla y fue vencido[1543].

Sin el Faraón, la caída de la ciudad no era más que cuestión de días, y la resistencia no podía servir más que para irritar al vencedor. Los judíos no por eso dejaron de defenderse con la obstinación heroica y, desgraciadamente también, con el espíritu de discordia que fue siempre el fondo de su carácter. Durante el corto momento de descanso que la operación de Apríes les había proporcionado, Jeremías había querido salir de Jerusalén para seguir predicando en Benjamín. Detenido a la puerta so pretexto de traición, fue azotado, encarcelado, y no pudo suavizar los rigores de sus carceleros sino por la intervención personal del rey[1544]. Internado en el patio de la prisión, seguía predicando a cuantos veía: «El que permanezca en esta ciudad morirá al filo de la espada, por el hambre, por las enfermedades, pero el que salga hacia los caldeos vivirá, y su alma le servirá de botín, y vivirá. Porque así ha dicho Jehová: «Esta ciudad será entregada ciertamente al ejército del rey de Babilonia y la tomará». Los generales de Zedekías y los partidarios de la resistencia interpelaron al rey: «Que se haga morir a este hombre, porque vuelve cobardes las manos de los guerreros y de todo el pueblo con semejantes palabras». Entregado a sus acusadores, arrojado al fondo de una cisterna medio llena de lodo, no se libró, gracias a la compasión de un eunuco de la casa real, sino para renovar sus órdenes de sumisión más imperiosamente. Zedekías le pedía opinión en secreto: «Si sales voluntariamente para ir al encuentro de los oficiales del rey de Babilonia, salvarás la vida, esta ciudad no será consumida por las llamas y vivirás tú y tu raza. Pero si no sales al encuentro de los oficiales del rey de Babilonia, esta ciudad será entregada a los caldeos que la incendiarán, y no escaparás de sus manos».

Zedekías se inclinaba a seguir los consejos del profeta, pero había llevado demasiado adelante las cosas para poder retroceder sin ignominia[1545]. El hambre se añadió muy pronto a las desventuras de la guerra y las enfermedades, sin abatir la constancia de los sitiados. Ya no había pan y todavía no se hablaba de rendirse. Al fin, después de año y medio de sufrimientos, «al onzavo año de Zedekías, al cuarto mes, el noveno día del mes, fue practicada una brecha en el muro de la ciudad. Y todos los principales capitanes del rey de Babilonia entraron y llegaron a la puerta de enmedio». Zedekías trató de huir al otro lado del Jordán. Cogido en la llanura de Jericó, fue conducido a Riblah, donde Nabucodorossor tenía su corte ostentosa. El rey trató al vencido como las gentes de su raza tenían costumbre de tratar a los rebeldes, mandó degollar a sus hijos y a todos los magistrados de Judá en su presencia, luego mandó que le vaciaran los ojos y le llevaran a Babilonia cargado con dobles cadenas. La ciudad fue demolida e incendiada bajo la dirección de Nabusaradán, uno de los grandes oficiales de la corona. Los soldados, los sacerdotes, los escribas, las gentes de elevada condición fueron llevados a Caldea y repartidos en diferentes ciudades. En el país no quedaron más que los campesinos, a los que el vencedor dejó las viñas y los campos de los ricos. Realizada la obra de destrucción, se retiraron los caldeos, dejando el gobierno de la nueva provincia a un amigo de Jeremías llamado Guedaliah[1546] (586).

1541 *Jeremías*, XXXVII, 11.-(2) (3) - (4)

1542 *Jeremías*, XXXVII, 7: «El ejército de Faraón, que ha salido en vuestro auxilio, va a volver a Egipto.»

1543 Josefo, *Ant. Jud.*, X, 7, § 3.

1544 *Jeremías*, XXXVII, 11-21.

1545 *Jeremías*, XXXVIII, 1-19.

1546 *Jeremías*, XXXIX; *II Reyes*, XXV, 1-24; *II Crónicas*, XXXVI, 13-21. He aquí la lista de los reyes de Judá, desde la muerte de Salomón hasta la caída de Jerusalén:

I. Roboam
II. Abijam
III. Asa
IV. Josafat
V. Joram

No vivió Guedaliah mucho tiempo. Fue degollado en Mizpah, con las tropas judías y caldeas que le apoyaban, por Ismael, hijo de Nataniah, de la raza de David[1547]. Ismael fue atacado a su vez por Jokhanán, hijo de Kareah, y se refugió casi solo entre los ammonitas[1548]. Los que habían vengado a Guedaliah y expulsado a Ismael temieron a su vez la cólera del dueño y huyeron a Egipto, llevándose consigo a Jeremías y parte del pueblo[1549]. Apríes les concedió tierras cerca de Dafné, de donde se extendieron a Migdol, a Menfis y hasta a la Tebaida[1550]. Aún después de aquella catástrofe, no terminaron las desgracias de Judá. El año 581, los restos de la población se aliaron a los moabitas y probaron fortuna con las armas, Una derrota final, seguida del último destierro, terminó su ruina. Los desterrados del primer momento no pudieron hacer otra cosa que llorar de lejos la destrucción de su raza: «La Judea ha sido llevada cautiva, tan afligida está y tan grande es su servidumbre; permanece ahora entre las naciones y no halla descanso. Los caminos que conducen a Sión están de luto, porque ya nadie viene a las fiestas; sus puertas están abiertas de par en par, sus sacrificadores sollozan, sus vírgenes caen abrumadas de tristeza; sus hijos van cautivos delante del enemigo. ¡Oh Jehová, vives eternamente y tu trono perdura de una a otra edad! ¿Por qué nos olvidarás para siempre? ¿Por qué nos abandonarás para la eternidad? Llévanos a ti, que nos convirtamos; haz que nuestros días vuelvan a ser lo que fueron.»[1551] La derrota de los pueblos del otro lado del Jordán siguió de cerca. Moab primero, luego Ammón[1552], más tarde Edom y la misma Arabia[1553]. Las tribus de Kédar y sus vecinos «aquellos hombres de las sienes afeitadas» vieron reprimidos severamente sus actos de bandidaje. Más tarde, la tradición árabe trasformó aquellas incursiones en guerras formales llevadas hasta el fondo de la península. Afirmó que después de haber dispersado, cerca de la aldea de Dhat-irk, a los Djorhom joctánidas que le interceptaban el camino de la Kaabah, Nabucodorossor llegó a las fronteras del Yemen occidental, pero el cansancio de su ejército le impidió ir más lejos. Volvió pies atrás, llevando consigo multitud de cautivos y dos tribus enteras, las de Hadhura y Uabar, que estableció en Caldea[1554].

Sólo Tiro y el Egipto quedaban en pie. Tiro, resguardada detrás de los muros de su isla, dominaba el mar y desafió la cólera impotente de los caldeos. Después de trece años de infructuosos esfuerzos, se resignaron a tratar con el rey Ithobaal III, que había dirigido la defensa[1555] (574), y quedaron libres ya para volverse contra el Egipto. Desde el momento mismo de la derrota de Necao,

---

VI. Akhaziah, Athaliah
VII. Joash
VIII. Amaziah
IX. Azariah
X. Jotham
XI. Akhaz
XII. Ezékhiah
XIII. Manashshé
XIV. Amón
XV. Josiah
XVI. Joakhaz
XVII. Joiakim
XVIII. Joiakín
XIX. Zedekiah

1547 *Jeremías*, XL-XLI, 1-4.-(2) -(3) -(4)-(5) -(6) -(7)

1548 *Jeremías*, XLI, 11-15.

1549 *Jeremías*, XLI, 17-18; XLII.

1550 *Jeremías*, XLIII-XLIV. 1.

1551 *Lamentaciones*, I, 3-5; V. 19-21.

1552 *Jeremías*, XLIX, 13-21.

1553 *Jeremías*, XLIII.

1554 Causin de Perceval, *Histoire des Arabes*, t. I, págs. 81-99. La mayor parte de las leyendas árabes relativas a Nabucodorossor provienen de los relatos de la Biblia. Parece, no obstante, que la historia de las expediciones contra el Yemen tiene un fondo de verdad.

no había pasado día sin que los profetas judíos hubieran proclamado la próxima lucha entre Faraón y el caldeo. Jeremías la había predicho varias veces sin que le desalentara la ineficacia de sus predicciones[1556]. Al saber la rendición de Tiro, uno de los cautivos en Babilonia, Ezequiel, la anunció de nuevo. «Así dice el Señor Jehová: Yo acabaré con el fasto de Egipto por mano del rey de Babel. Él, y su pueblo con él, los más bárbaros de entre las naciones, serán conducidos para arruinar el país, y se precipitarán contra el egipcio, y sembrarán el suelo de cadáveres. Y dejaré los canales en seco, y entregaré el país en manos de los malvados, lo desolaré y todo lo que encierra por mano de los extranjeros. Yo, Jehová, he hablado así. Así ha dicho el Señor Jehová: Destruiré también los ídolos, aniquilaré los falsos dioses de Menfis, y ya no habrá príncipe egipcio, y esparciré el terror por el país de Egipto. Desolaré la Tebaida, incendiaré Tanis, y haré perfecta justicia de Tebas. Cuando ponga fuego al Egipto, Pelusa será gravemente atormentada, y Tebas rota por diferente brechas, y no habrá en Menfis más que angustia en pleno día. La juventud de On y de Bubastis caerá al filo de la espada o irá cautiva, y faltará la luz en Dafné, cuando rompa los sostenes del Egipto y el orgullo de su fuerza será abatido; una nube la cubrirá y sus ciudades irán cautivas.»[1557] De creer a Josefo, la predicción del profeta se habría cumplido por entero. Nabucodorossor habría invadido el Egipto, derrotado y muerto a Apríes, luego instalado un gobernador en su nueva conquista, y habría vuelto a Asia, llevando consigo a los judíos establecidos en el Delta[1558]. Los relatos egipcios prueban, por el contrario, que Nabucodorossor sufrió un serio fracaso. La flota de Apríes, equipada por griegos, destruyó a la flota fenicia al servicio de los caldeos, tomó a Sidón y obligó a las otras ciudades a rendirse sin lucha[1559]. Toda la costa siria cayó en manos del Faraón sin que Nabucodorossor hiciera nada para disputarla o recobrarla. Guarniciones africanas ocuparon Gebel y construyeron, con piedra del país, un templo cuyas ruinas se han desenterrado recientemente[1560]. Por un golpe de fortuna, Apríes logró en unas cuantas semanas el fin que sus antepasados habían perseguido en vano durante medio siglo. Pudo titularse «el más dichoso de los reyes que habían vivido antes, e imaginar, en su orgullo, que «ni los mismos dioses podrían hacerle daño.»[1561]

No le concedieron los dioses que gozase mucho tiempo del fruto de sus triunfos. Las tribus libias de la costa, sin cesar acosadas por los colonos griegos de la Cirenaica, se habían dirigido a él como su protector natural y le habían pedido auxilio contra las incursiones de sus vecinos. No hubiera sido prudente hacer que los mercenarios combatieran a sus compatriotas. Apríes envió contra Cirene un ejército egipcio, que fue vencido cerca del poblado de Irasa, y que sufrió tanto en la derrota, que un corto número de fugitivos solamente llegó a la frontera del Delta[1562]. Su vuelta

---

1555 Menandro en Josefo, *Cont. Apionem*, I, 21, § 127. La mayor parte de los autores eclesiásticos han sostenido que Tiro fue tomada por Nabucodorossor, contra el testimonio formal de los anales fenicios y de los historiadores griegos (Jerónimo, *Comment. in Ezech*., cap. XXVI, XXIX; *Opera omnia*, t. III, págs. 875, 908; Cirilo de Alejandria, *Comment. in Josaiam*: 23; *Opera omnia*, t. II, ed. Aubert). El caldeo, dicen, había unido la isla al continente por medio de un dique análogo al que hizo más tarde Alejandro. Todavía en el siglo once de nuestra era la tradición local quería que no hubiera triunfado en su empresa (Guillermo de Tiro, *Hist*., XIII, 4).

1556 *Jeremías*, IX, 25-26; XLIII, 8-13; XLIX, 30, XLV.

1557 *Ezequiel*, XXX, 10-18.

1558 Josefo, *Ant. jud.*, X, 11, de donde derivan probablemente los pasajes de los escritores árabes relativos a la conquista de Egipto. Véase S. de Sacy, *Relation de l'Égypte par Abd-Allatif*, págs. 184, 246.

1559 Heródoto, II, CLXI; Diodoro, I, 68.

1560 E. Renan, *Mission de Phénicie*, págs 26 y siguientes, 179, y la Memoria de E. de Rougé sobre los restos egipcios encontrados en Fenicia por M. Renan (*Revue archéologique*, 1864, t. VII, págs. 194 y siguientes). M. Wiedemann (*Geschichte Ægytens von Psamitik I*, pág. 131) atribuye estas construcciones al reinado de Psamético I.

1561 Heródoto, II, CLXI. La guerra de Apríes contra Fenicia no pudo tener lugar en tanto duraba todavía el sitio de Tiro, es decir, de 588 a 575. Por otra parte, Apries no reinó más que diecinueve años, desde el 539 al 569. (Manetón, ed. Unger, págs. 281-283). La guerra de Fenicia debe, pues, colocarse entre el 574, fecha de la sumisión de Tiro por los caldeos, y el 569, fecha de la rebelión de Amasis.

1562 Heródoto, IV, CLIX.

produjo perturbaciones. Apríes había incurrido en el odio de los sacerdotes y del populacho por la protección que concediera a los extranjeros. Se creyó o se aparentó creer que había enviado los soldados indígenas a la Libia para exponerlos a una muerte cierta y para desembarazarse de gentes de cuya fidelidad no estaba seguro. Estalló una sedición[1563]. Había entonces en la corte un individuo de clase humilde, Amasis, a quien su tranquilo humor perpetuo y su habilidad habían elevado desde los últimos lugares del ejército al grado de general[1564]. Apríes envió al campo de los rebeldes con orden de reducirlos a la obediencia. Amasis arengaba a las tropas cuando un soldado le colocó un casco en la cabeza y lo proclamó rey. Convertido de embajador en jefe de la rebelión, fue contra Sais y deshizo, cerca de Momemfis[1565] a los treinta mil mercenarios que aún defendían al rey legítimo (569). Apríes, prisionero en la huída, fue al principio perdonado y tratado honrosamente. Continuó asociado al trono y su nombre figuró en los monumentos a la par del de su vencedor[1566]. Pero reclamado al cabo de algún tiempo por el populacho de Sais, fue entregado a sus enemigos y asesinado[1567]. En Tebas la reina Onknas-Nofiribi, hija de Psamético II, que había sucedido a Nitokris en el ejercicio del poder sacerdotal[1568], reconoció su autoridad, pero en Asia hubo de rechazar casi inmediatamente el ataque de los caldeos. Un documento recientemente descubierto cuenta que, en el año 37 de su reinado, Nabucodorossor salió a campaña contra Ahmassú, rey de Egipto. No sabemos, por desgracia, el resultado de la lucha[1569]. La tradición caldea asegura que el Egipto fue conquistado; la egipcia permanece muda acerca del particular. Es probable que Amasis perdiera las conquistas fenicias de su predecesor y se viera reducido al Egipto. Nada indica que el enemigo penetrara en el Egipto propio y que renovasen los caldeos, a un siglo de intervalo, la hazaña de Asharaddón y de Assurbanabal[1570].

Fue la última guerra de Nabucodorossor, la última al menos de que ha quedado huella en la historia. Cuando terminó, el rey era ya viejo y debía pensar en cualquier cosa menos en las armas. Su ambición se redujo en adelante a terminar las grandes construcciones que hicieron famosa su memoria en la antigüedad. Durante el siglo que había precedido a la caída de Nínive, Babilonia había sufrido cruelmente por parte de los asirios. Había sido saqueada dos veces por Sennaquerib y por Assurbanabal, sin contar los sitios y los saqueos parciales que sufrió en el curso de sus pérpetuas rebeliones. Nabopolassar había ya iniciado la obra de reparación. Parece haberla hecho por cuenta de una de sus mujeres, la cual, por extraña casualidad, lleva en la tradición clásica el

---

1563 Heródoto, II, CLXI; Diodoro, I, 68.

1564 Heródoto, II, CLXII, CLXIV, donde se dice que Amasis era de Siuf, cerca de Sais, Helánicos de Lesbos (*Frag*. 151, en Müller-Didot, *Fragm. Hist. Græc*., t. I, pág. 66) contaba que Amasis había logrado el favor del rey por haberle regalado una corona de flores el día de su aniversario. Platón (*Timeo*, t. II, pág. 199, ed. Didot) asegura que Amasis era de la misma Sais.

1565 Heródoto, II, CLXIII, CLXIX; según Diodoro, I, 68, la batalla tuvo lugar cerca de Marea.

1566 Champollion, *Monuments*, t. IV, lám. CCCCXLIII, 1; Wiedemann, *Geschichte Ægiptens von Psamitik I*, págs. 120, 167 y siguientes.

1567 Heródoto, II, CLXII, CLXIII, CLXIV; Diodoro, I, 68. Véase Helánicos, en Müller-Didot, *Fragm. H. Græc*., t. I, frag. 151, pág. 66, en que Apríes es llamado Patarmis. Un monumento del Museo del Cairo, recientemente publicado por Daressy (*Guide du Visiteur*, pág. 103, núm. 1609) nos da la versión egipcia de esta guerra. Por lo que puede juzgarse, concuerda en conjunto con la versión griega.

1568 Maspero, *Deux monuments de la Princesse Ankhnasnofribri*, en los *Annales du Service des Antiquités*, t. V, págs. 84-92.

1569 Pinches, *A new Fragment of the History of Nebucadnezzar III*, en *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. VII, págs. 210-225.

1570 Wiedemann (*Der Zug Nebucadnezar's gegen Ægipten bestätigt durch eine gleichzeitige hieroglyphische Inschrift*, en la *Zeitschrift*, 1878, págs. 2-6), ha tratado de demostrar que Nabucodorossor había llegado hasta la primera catarata, que luego había sido derrotado y arrojado de Egipto por un general llamado Nsihor. Combina este dato con el del texto cuneiforme de Pinches (*Nebucadnezar und Egipten*, en la *Zeitschrift*, 1878, págs. 89-90). He demostrado en otro lugar (*Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire*, en la *Zeitschrift*, 1884, págs. 93-97) lo que hay que pensar de esta hipótesis.

nombre egipcio Nitokris[1571]. Nabucodorossor utilizó en los trabajos los numerosos cautivos sirios, judíos, egipcios, árabes que se había proporcionado en sus campañas, y Babilonia, que antes de él no era casi más que una ciudad provinciana, llegó a ser, gracias a su esfuerzo, una de las poblaciones más hermosas del mundo entero. En el centro el *ziggurat*, la torre de siete pisos de Bel, se alzaba gigantesca, coronada por una estatua de oro del dios, de cuarenta pies de alta, hasta la que conducía una rampa de caracol. El palacio real, terminado en cincuenta días, era célebre por sus pensiles, donde las mujeres del harén se paseaban descubiertas, sin temor a miradas profanas. Al mismo tiempo se restauraban los canales que conducían las aguas del Tigris y que unían este río con el Éufrates, se reparaban los pantanos en que los reyes de las antiguas dinastías habían recogido y almacenado las aguas de las crecidas anuales, se reconstruía el puente que ponía en comunicación ambas orillas del río, se levantaba el templo de Nabó en Barsip. Todos los recursos de que los ingenieros de la época podían disponer fueron utilizados para defender la capital. Doble muro la rodeó lo mismo que a Barsip. Le atravesaban cien puertas cerradas por batientes de bronce y su espesor era tal que dos carros pasaban de frente por encima. Los distritos circundantes participaron de los embellecimientos. Se limpió el pantano de Sippar, el canal del rey, parte al menos del lago Palacopas. Las riquezas acumuladas en aquel pedazo de tierra habían de tentar a los vecinos, y por otra parte las relaciones con la Media eran menos amistosas desde la intervención de la Caldea en los asuntos de la Lidia[1572]. Nabucodorossor construyó, en previsión de una guerra próxima, delante de los grandes canales, la muralla meda cuya traza, apoyándose en Sippar, tapaba por completo la especie de istmo formado en aquel punto por el Éufrates y el Tigris. Infatigable en sus empresas, fue para la Caldea lo que Ramsés II había sido en otro tiempo para el Egipto, el rey constructor por excelencia. Trabajó sin descanso en todas las ciudades y en todos los templos. No hay alrededor de Babilonia un sitio en que no se lea su nombre y en que no se note la huella de su maravillosa actividad (562)[1573].

Su sucesor, Amilmarduk (Evilmérodach), fue asesinado, después de reinar dos años, por su cuñado Nergalsharussur (Neriglissor), que a su vez murió en 556 sin más heredero que un hijo llamado Labashimarduk (Laborosoarkhod). Nueve meses después de su advenimiento, este rey fue muerto y sustituido por Nabunahid (555)[1574]. La dinastía de Nabopolassar acabó con él, y la imaginación popular, admirada de una caída tan grande después de tanta grandeza, vio la mano de Dios en aquel suceso. La tradición nacional contaba que, al final de sus días, Nabucodorossor, acometido del espíritu profético, había subido a la azotea de su palacio y predicho a los caldeos la ruina próxima de su Imperio[1575]. La leyenda judía, implacable con el príncipe que había acabado con Jerusalén y destruido el templo, decía que, embriagado con su gloria, se había creído igual a Dios y que fue trasformado en animal por la cólera de Jehová. Durante siete años había vivido en el campo, alimentándose de hierba como las bestias, luego había recobrado su forma primitiva y vuelto a posesionarse de la corona[1576].

Si, durante su reinado, Nabucodorossor no había luchado con la Media, dependía en parte de la prudencia que había puesto en las relaciones con su poderosa vecina, en parte del carácter pacífico del príncipe que entonces reinaba en Ecbatana. Ishtuvégu, que los griegos han llamado Astiages, hijo de Ciáxares, no estaba educado como su padre para la vida de los campos de batalla.

1571 Heródoto, I, CLXXXV; Oppert, *Rapport adressé au ministre de l'Instruction publique*, pág. 16; Fr. Lenormant, *Histoire*, t. II, páginas 216-218.

1572 Evers, *Das Emporkommen der Persischen Macht unter Cyrus*, págs. 4-5.

1573 Oppert, *Inscription de Nabuchodonosor sur les merveilles de Babylone*, en 12º, Reims, 1866. Véase G. Rawlinson, *The five great Monarchies*, t. III, págs. 55-58; J. Ménant, *Babylone et la Chaldée*, páginas 196-248.

1574 Beroso, en Josefo, *Cont. Apionem*, I, 21, y en Eusebio, *Præp. Evang.*, IX, 40-41; Fr. Lenormant, *Histoire*, t. II, pág. 239-241. Véase G. Rawlinson, *The five great Monarchies*, t. III, págs. 62-64. Variante del nombre Nabunahid es Nabunituk, de donde parece provenir la forma griega Ναβοννήδοχος.

1575 Beroso y Abydeno en Eusebio, *Præp. Evang.*, IX, 41.

1576 *Daniel*, IV.

Salvo un ataque dirigido contra los cadusios[1577] y que terminó con la sumisión momentánea de dicho pueblo, no emprendió expedicion alguna. Cruel y supersticioso, vegetó entre el fasto de una corte oriental, rodeado de guardias y de eunucos, sin otra distracción que la caza en los parques de sus palacios o en los confines del desierto[1578]. La rebelión de su vasallo Kurush (Ciro), no le sacó de su molicie más que para arrebatarle la corona. Cien años apenas después del suceso, la tradición se complacía ya en complicar con fábulas novelescas el relato de su caída[1579]. Algunas de las que han llegado a nosotros se resienten de la tendencia que tienen los cuentistas populares a atribuir origen innoble a los fundadores de Imperios. Como Shargina en Caldea, como Giges en Lidia, Ciro no procedería de ninguna familia real. Su madre guardaba cabras, su padre era de la tribu salvaje de los mardos y vivía del pillaje. Notado por su bravura y enviado contra los cadusios al frente de un ejército, entabla secretas intrigas con el enemigo, conspira con el persa Ebaras, luego, denunciado por una cantadora y llamado a Ecbatana, se declara en franca rebeldía, derrota a Astiages y le hace prisionero. Astiages había casado a su hija Amytis con un señor medo llamado Espitamas. Ciro le mata, se casa con la viuda y se proclama rey en el lugar de su suegro[1580].

La mayoría de las leyendas parecen inspiradas por la vanidad nacional y no tienen otro objeto que enlazar al destructor del Imperio medo con la estirpe de Ciáxares. Astiages no tenía hijo varón, debiendo a su muerte pasar el cetro a manos de su hija Mandané y de los hijos de su hija. Una noche sueña que brotaba agua de esta en tal abundancia que no sólo Ecbatana, sino el Asia entera estaba inundada, y los adivinos le aconsejan que no la case con un medo. La da, pues, a un señor persa, de sangre real Cambises, porque los persas eran a la sazón tributarios de los medos. Un segundo sueño turba muy pronto la seguridad que este matrimonio le inspiraba. Ve salir del seno de su hija una viña cuyas ramas cubrían toda el Asia, y los adivinos, consultados de nuevo, le predicen que su nieto lo destronará. Nacido el infante, le confía a Harpago, el cual, después de muchas vacilaciones, se decide a mandar que lo abandone en el monte uno de los pastores de la real casa. El niño, amamantado por una perra, habría sucumbido, no obstante, si la mujer del pastor no hubiera parido un niño muerto[1581]. Persuade a su marido de que recoja al joven Ciro y lo cría como hijo suyo. El perro era animal sagrado entre los iranios. La intervención de la perra es en realidad, pues, una intervención divina, pero a los griegos, que no conocían muy bien esta particularidad del mazdeísmo, les chocó y buscaron una explicación racional de la tradición persa. Supusieron que la mujer del pastor se llamaba Spako, que efectivamente significa perra en lengua meda[1582] Ciro crece, es reconocido como hijo de Mandané y vuelve al lado de su abuelo. No tarda en observar cuánto había debilitado la organización militar de los arios de Media el genio pacífico de Astiages y cómo los hacía incapaces a pesar de su fuerza y grandeza aparentes. Concibe, pues, el atrevido designio de sustituir a su mando el del pueblo de que él procedía. Libres por la distancia de la corrupción de las costumbres babilónicas, los persas habían conservado mayor sencillez y energía que los medos. Ciro, que lo sabía, decide a su padre a correr los riesgos de una rebelión. Se escapa de la corte,

---

1577 Nicolás de Damasco, en los *Fragm. H. Græc.*, t. III, pág. 599. Moisés de Khoren (I, 23-29) le atribuye largas guerras con un monarca armenio llamado Tigranes.

1578 Véase Rawlinson, *The five great Monarchies*, t. II, 413-417. Acerca de su crueldad, véase Heródoto, I, CXXX; Diodoro, IX, fragm. 24.

1579 Heródoto (I, CXV) dice haber sabido de cuatro versiones de la historia de Ciro y no referir sino la que le ha parecido más verosimil.

1580 Esta leyenda ha sido conservada por Ctesias, *Persica*, § 2 y siguientes, ed. Müller-Didot, págs. 45-46 (A. Bauer, *Die Kyros-Sage*, págs. 29-33). La leyenda del origen mardo de Ciro (Nicolás de Damasco, en los *Fragm. H. Græc.*, t. III, pág. 398) no es quizá más que un recuerdo lejano del título de rey de Anshan que este príncipe llevaba.

1581 El episodio de la perra figura en Justino, I, 4, probablemente copiado de Dinon (A. Bauer, *Die Kyros-Sage*, págs. 12-13).

1582 Heródoto nos ha trasmitido esta versión explicativa de la historia (I, CX). La había visto en un escritor anterior, probablemente en Jantos de Lidia. (A. Bauer, *Die Kyros-Sage*, página 25).

dispersa una tropa enviada en su persecución y llega a Persia. Vencido en una primera batalla y muerto su padre, es vencedor en la segunda y hace prisionero a Astiages. Cautivo el rey, Media no resiste y se entrega entera al vencedor[1583].

La historia verdadera, o al menos lo poco que de ella alcanzamos a ver, es menos novelesca. Según las inscripciones, Ciro pertenecía a la familia aqueménide, y era rey de Anshan como lo habían sido sus tres predecesores inmediatos, Teispes, Ciro I y Cambiases I. Hemos visto que se puede atribuir la conquista del Anshán a Teispes. La tradición clásica asegura que los reyes persas siguieron siendo vasallos de los medos, y nada prueba que se haya engañado en esto como en otras tantas cosas. Dos generaciones más tarde, Ciro II subió al trono por el año 558. Tomó las armas contra su soberano por el año 553 o 552 y derrotó a Astiages, con lo que el ejército medo se sublevó y entregó su dueño al enemigo; luego Ecbatana sucumbió y sus despojos enriquecieron el tesoro del vencedor[1584]. El Imperio de Ciáxares se derrumbó (549) pero fue un cambio de dinastía más que conquista extranjera. Astiages y sus predecesores habían sido reyes de los medos y de los persas. Ciro y sus sucesores fueron reyes de los persas y de los medos.

1583 Las leyendas relativas a los primeros años de Ciro han sido recogidas y analizadas en el notable trabajo de A. Bauer, *Die KyrosSage und Verwandtes*, Wien, en 8º, 1882. (De los *Sitzungsberichte* de la Academia de Viena, 1882, págs. 495-578).

1584 Maspero, *Les Empires*, pág. 600, donde se hallará la indicación de los documentos originales.

LIBRO V.
EL IMPERIO PERSA

XIII.
LA CONQUISTA PERSA

El mundo oriental al advenimiento de Ciro: Creso y Nabonides: conquista de la Lidia (546); los persas en el Extremo Oriente (545-539): caída del Imperio caldeo (538). Cambises, Amasis y Psamético III: conquista de Egipto (525), tentativas contra la Libia y la Etiopía. Gamata y Darío I; reorganización y división del Imperio persa expediciones al Norte y al Este, a Escitia y a Grecia.

El mundo oriental al advenimiento de Ciro: Creso y Nabonides; conquista de la Lidia (546); los persas en el extremo Oriente (545-539); caída del Imperio caldeo (538)

No se había turbado la paz, desde el tratado de 585, entre los dos grandes Estados que se repartían el Asia menor, la Media y la Lidia. Cada uno de ellos, seguro de la neutralidad del otro, había concentrado sus esfuerzos contra las regiones en que contaba no hallar serios rivales, la Lidia contra las colonias griegas y contra las naciones indígenas de la península, la Media contra los países del Extremo Oriente y contra Babilonia. Aliates no había pensado más que en afirmar su posición, ya mediante alianzas de familia, ya por la fuerza de las armas. El casamiento de una de sus hijas con Melas de Éfeso le aseguró en esta ciudad el apoyo de considerable partido[1585]. Su hijo Creso, que había tenido de una caria, recibió en dote la Misia Propóntide[1586], y su hijo Adramitios la Misia meridional, donde levantó la fortaleza de Adramitión[1587]. Se llegó a dividir también la Bitinia[1588]. Empleó los últimos años de su reinado en la construcción de una tumba gigantesca, apenas inferior por su masa a los edificios de Egipto y de Babilonia[1589]. Todos los recursos del reino bastaron apenas para aquel trabajo, que para terminarse exigió la suspensión de las guerras. Por lo mismo costóle trabajo a Creso hacer prevalecer sus derechos a la corona, pues su hermano Pantaleón, hijo de una jonia, le disputó por largo tiempo el poder apoyado por los descontentos[1590]. Desembarazado de aquel molesto rival, intentó hacer política de paz y trató por todos los medios de

1585 Eliano, *Var. Hist.*, III, 26.

1586 Nicolás de Damasco, en los *Fragm. H. Græc:*, t. III, pág. 397.

1587 Esteban de Bizancio, s. v. Ἀδραμύτειον.

1588 Esteban de Bizancio, s. v. Ἀλυάττα, χωρίον Βιθυνίας, ἀπὸ Ἀλυάττους κρατήσαντος τὸν τόπον.

1589 Heródoto, I, XCIII. El túmulo de Aliates en Bin Tir Tepé ha sido descrito por Hamilton, *Asia Minor*, vol. II, págs. 145-146, y por Ch. Texier, *Asie Mineure*, vol. II, págs. 252, 399. En él ha hecho excavaciones M. Spiegenthal, cónsul de Prusia en Esmirna (*Monastb. der K. P. Akademie der Wissensch. zu Berlin*, 1854, págs. 700-702), y Dennis.

1590 Heródoto, I, XCII.

enriquecer los santuarios griegos, los de Europa lo mismo que los de Asia. El Apolo y la Minerva de Delfos, el Apolo de Dídimo y el de Tebas fueron colmados de presentes. Piedad tan meritoria le valió el derecho de ciudadanía griega y a los lidios el privilegio de sentarse en primera fila en los Juegos olímpicos[1591], pero los habitantes de la costa jonia no se creyeron por ello obligados a sacrificar su libertad. Entonces Creso renunció a los procedimientos suaves y declaró la guerra a las ciudades que le cerraban las salidas de los valles del Caistro y del Hermos. Éfeso sucumbió la primera, a pesar de las relaciones personales del rey con el banquero Panfaés[1592], no obstante la intervención de uno de sus sobrinos, Píndaros, hijo de Melas. La Acrópolis fue demolida, y la población bajó a la llanura alrededor del templo de Artemis. Esmirna sufrió la misma suerte, luego las ciudades de menos importancia cayeron una después de otra. Creso pensó por un momento equipar una flota y apoderarse de las Cícladas, pero la inexperiencia de los lidios en materia de navegación le obligó a renunciar a este proyecto[1593]. Volvióse entonces contra el interior y subyugó en unos cuantos años a los mariandinos, a los tracios de Asia, a los bitinios, a las gentes de la Paflagonia, a las tribus frigias que se habían librado de sus predecesores, a la Licaonia y la Panfilia. Excepto la Licia y la Cilicia, todos los países situados entre el Ponto Euxino, el Halys y el Mediterráneo le pagaron tributo[1594]. La adquisición de tantas provincias fértiles e industriosas hizo de él uno de los soberanos más opulentos, y la generosidad con que prodigó sus tesoros excitó la admiración de los contemporáneos en grado muy alto[1595]. Los griegos le devolvieron en elogios y en agradecimiento lo que él les dio en regalos, rodeándole de una fama de riqueza que dura todavía.

Al saber la caída del Imperio medo, sintióse bastante perplejo en punto a las consecuencias que aquel hecho podía tener para él. Los tratados de 585 resultaban anulados de pronto, y si de un lado la Lidia perdía una alianza que la había ayudado a engrandecerse garantizando su independencia, de otro volvía a su libertad de acción y nada le impedía ya pasar el Halys. Por otra parte, era favorable la ocasión para un ataque, mientras era poco firme el poder de Darío y no habían entrado bajo su dominación las provincias orientales del Imperio medo. Creso se resolvió, por tanto, a la guerra y buscó aliados fuera de su país. El Egipto acogió tanto mejor a sus enviados cuanto que Amasis veía en el advenimiento de los persas un peligro cercano para su reino. Se hizo una alianza ofensiva y defensiva[1596], a la que muy pronto se adhirieron Nabonides de Babilonia y los lacedemonios[1597]. El año 545 el rey de Lidia estaba al frente de una coalición que habría dominado fácilmente a los persas, si hubieran podido los aliados obrar de acuerdo. Por desgracia, la traición de un jefe de mercenarios griegos reveló a Ciro el peligro que le amenazaba y precipitó los acontecimientos. La tradición de Lidia pretendió ver en la caída de Creso la voluntad expresa del destino. Durante tres años Apolo contuvo a la fortuna, pero llegó un momento en que ningún poder divino fue capaz de contenerla más tiempo. El rey se había dirigido a los distintos oráculos griegos para averiguar el porvenir, y había obtenido varias respuestas ambiguas que le plugo interpretar del modo más favorable a sus deseos. Se le había dicho que si atacaba a los persas destruiría un gran Imperio, y que la supremacía de su raza duraría hasta que un mestizo se sentase en el trono de Media[1598]. Creyó que los dioses le prometían la victoria, y no pensó más que en llevar la guerra al territorio enemigo. Los pocos documentos que nos han llegado prueban, no obstante, que, lejos de

---

1591 Heródoto, I, L, LXXVII, XCII; V, XXXVI; VIII, XXXV. Véase Teo pompo, Fragm. 184, en los *Fragm. H. Græc.*, t. II, pág. 309.

1592 Nicolás de Damasco, *Fragm. H. Græc.*, t. III, pág. 397; Eliano, *Var. hist.*, IV, 27.

1593 Heródoto, I, XXVI-XXVII.

1594 Heródoto, I, XXVIII.

1595 Véase en Heródoto, VI, CXXV, la historia de los regalos que hizo al ateniense Alcmeón.

1596 Heródoto, I, LXXVII.

1597 Heródoto, I, LXXXII. Véase Jenofonte. *Ciropedia*, VI, 2, § § 10-11, en donde se enumeran de modo bastante exacto los aliados de Creso.

1598 Heródoto, I, LIII, LV.

iniciar la ofensiva, fue sorprendido por su adversario. Apenas dispuesto, Ciro había entrado en campaña. Atravesó sin permiso la parte septentrional del Imperio caldeo y fue a salir a Capadocia, pero allí se encontró con las avanzadas lidias. Creso, advertido por emisarios de Nabonides, había reunido cuantas tropas halló disponibles, y antes de la llegada de los persas había invadido la Capadocia, en la primavera del 546. Se apoderó de Pteria, cuya ciudadela dominaba el camino de Sinope, y devastó los alrededores como para poner entre él y su enemigo una gran faja de territorio desierta. Ciro, derrotado en el primer encuentro, propuso una tregua de tres meses que Creso aceptó a fin de dar a sus aliados tiempo para unírsele. Ciro trató de provocar una sublevación a espaldas de Creso, y envió mensajeros a los griegos de Jonia para invitarlos a ir con él, pero se negaron, menos por afecto al lidio que por temor a la dominación persa. Al reanudarse las hostilidades cambió la fortuna, y los lidios, cediendo ante el número, hubieron de replegarse al otro lado del Halys, después de un día de lucha encarnizada. Creso se retiró lentamente, devastando el territorio a su paso para retrasar la persecución. El invierno estaba próximo, creyó terminada la campaña y licenció a sus mercenarios, intimando a sus aliados de Grecia, de Caldea y de Egipto a disponer una campaña ofensiva en la primavera siguiente. Había contado con que los persas invernarían en Capadocia, pero Ciro comprendió que si esperaba algunos meses más, su causa, si no resultaba perdida, resultaría al menos gravemente comprometida. Atacado de frente por las tropas de la Lidia y de Lacedemonia, amenazado por los flancos y a la espalda por los egipcios y por los caldeos, se vería obligado a retroceder o a dividir sus fuerzas. Pasó, por tanto, el Halys a pesar del invierno y caminó derecho hacia Sardes. Creso reunió apresuradamente sus tropas indígenas y presentó batalla. Aun en aquellas circunstancias desfavorables, habría logrado la victoria si su caballería, la mejor que existía en el mundo, hubiera podido cargar. Pero Ciro había cubierto el frente de sus columnas con una fila de camellos, cuyo olor de tal modo espantó a los caballos, que rompieron filas y no se les pudo hacer entrar en batalla[1599]. Otra derrota en los confines de la llanura del Hermos acabó de desorganizar la resistencia. Creso se atrincheró en Sardes y envió mensaje tras mensaje a sus aliados, a fin de apresurar su venida. La ciudadela estaba bien defendida y pasaba por ser inexpugnable. Había rechazado ya un asalto y parecía dispuesta a resistir mucho tiempo aún, cuando el azar consumó su ruina. Un soldado de la guarnición dejó caer el casco desde lo alto de las murallas, bajó a recogerlo y volvió a subir por el mismo camino. Un aventurero mardo, llamado Hyroeades, le vio, escaló las rocas que los ingenieros no habían tenido cuidado de fortificar creyéndolas inaccesibles, y penetró con unos cuantos de sus compañeros en el interior de la plaza, que sucumbió después de catorce días de asedio (546)[1600].

Fuera de combate la Lidia, la coalición se deshizo por sí sola. Los lacedemonios no se movieron de su país[1601]. Amasis, protegido todavía por su alejamiento, se guardó muy bien de dar señales de vida. Nabonides permaneció a la defensiva. Si Creso hubiera conseguido la victoria, no habría cambiado sensiblemente la faz del mundo. Estaba la Lidia demasiado lejos del Irán para

---

1599 Jenofonte (*Ciropedia*, VI, 2 §§ 11, 14), coloca el lugar de la acción en la aldea de Thymbrara, a orillas del Pactolo. Heródoto (I, LXXX) pretende que se libró al Oeste de la ciudad, es decir, del lado opuesto a por donde venían los persas.

1600 Heródoto, I, LXXXIV; Jenofonte, *Ciropedia*, VIII, 2, §§ 1-13; Ctesias, *Persica*, § 4 (ed. Müller-Didot, pág. 46) y Jantos de Lidia (*Frag. H. Græc.*, t. I, págs. 41-42), referían el desenlace del sitio de manera distinta (Poliano, *Strat*., VII, 6, §§ 2, 10). Próximamente cuatro siglos más tarde, Sardes fue tomada de igual modo por uno de los generales de Antioco el Grande (Polibio, VII, 4-7). La fecha de la toma de Sardes siguió siendo una de las célebres en la historia griega, y sirvió de referencia para los acontecimientos que la habían precedido o que la siguieron. Ha sido fijada de diferentes maneras: Büdinger (*Krösus Sturz, eine Chronologische Untersuchung*, en 8°, Viena, 1878, págs. 19-20) la coloca en 541 o 540; Unger (*Kyaxares und Astyages*, págs. 8 y siguientes) en 546-545; Gelzer (*Das Zeitalter des Gyges*, en el *Rheinisches Museum*, XXX, pág. 242) en 541; Lenormant (*Histoire ancienne*, t. II, pág. 392) en 545-544. La fecha 546 es la que hace más verosímil el descubrimiento de los Anales de Nabonides. Respecto a la manera y las fuentes según las cuales ha sido reconstituida esta historia, véase Maspero, *Les Empires*, págs. 609-621.

1601 Heródoto, I, LXXXI-LXXXVIII.

poder establecer nunca su dominación sobre la Media de modo duradero. Ciro habría rehecho su ejército más o menos pronto y habría vuelto a la carga hasta la completa terminación de sus proyectos. Su triunfo marcó una época decisiva en la historia. Todos los reyes de Oriente, los grandes lo mismo que los pequeños, comprendieron que estaban en adelante a su discreción y trataron de rehuir el menor motivo de disputa con él. La campaña de unos días había destruído la obra de tres años de negociaciones. La súbita caída de la monarquía lidia llenó a los griegos de estupor. Era la vez primera que veían representarse a su vista una de aquellas grandes tragedias de que está llena la historia del mundo oriental. La dinastía de Giges los había admirado por su fuerza, deslumbrado por su opulencia, ganado por sus larguezas. La habían creído invencible y no concebían que hubiera perecido por un conjunto de causas naturales. Imaginaron que Creso había expiado el crimen que había elevado a Giges al trono. En el momento en que los persas penetraban en la ciudadela, había hecho lo que tantos monarcas antes que él, Shamashshumukín y Saracos en Babilonia y en Nínive, había prendido fuego a su palacio para librarse del vencedor. ¿Se cumplió el sacrificio hasta el fin? Es probable, pero el pueblo no pudo resignarse a creerlo. Baquílides afirmaba en una oda célebre que, en el momento en que subía la llama, Apolo había arrebatado al príncipe que tanto enriqueciera sus altares y lo había llevado a los Hiperbóreos[1602]. La versión de Heródoto es más amplia. Creso, en los días de su grandeza, había recibido la visita del Ateniense Solón y le había preguntado cuál era el más feliz de los hombres. Solón había ido enumerando a Telus de Atenas, a los argivos Cleobis y Bitón, y como el rey se extrañaba, le había dicho que no se puede juzgar de la dicha de un hombre en tanto vive «porque muchas veces el dios nos da una apariencia de prosperidad y nos hace caer luego en la desgracia». Creso no comprendió por el momento lo sabio de aquel consejo, pero muy poco después de marcharse el ateniense, uno de sus huéspedes mató a su hijo Atys en una cacería, y no se había consolado aún de aquella desgracia cuando la toma de Sardes hizo de él un mendigo y un esclavo. Estuvo a punto de ser muerto entre la muchedumbre por un soldado persa que no sabía quien era. Otro de sus hijos, sordo-mudo de nacimiento, vio el peligro y se asustó tanto que la palabra brotó de sus labios: «¡Soldado, gritó, no mates a Creso!» El rey, conducido a presencia del vencedor, fue condenado a muerte. Ya estaba en la hoguera, cuando las palabras de Solón le vinieron a las mientes con tanta fuerza, que gritó por tres veces «¡Solón, Solón, Solón!» Ciro le interroga, oye su historia y le concede el perdón. La llama no quiere apagarse y una tempestad fraguada por Apolo estalla de pronto y sofoca en un momento la hoguera[1603]. Bien tratado por Ciro, el Lidio llegó a ser fiel amigo y consejero de su vencedor, le acompañó en lo sucesivo a todas partes y le fue útil en más de una ocasión. Al pasar el Halys, había destruído un gran Imperio, pero aquel Imperio era el suyo. El hijo de Cambises el persa y de la mujer meda, el Mulo, como le había llamado el oráculo, volvió a Ecbatana después de su triunfo y dejó a sus lugartenientes el cuidado de consumar la anexión. Mazarés reprimió una sublevación de los de Sardes, tomó, una después de otra, las colonias griegas de la costa, y murió mientras hacía esto. Su sucesor, Harpago, acabó la tarea y conquistó la Licia que con éxito había resistido a los Mermnadas. Las gentes de Focea y de Teos se expatriaron, la población entera de Jantos se dejó degollar antes que rendirse. El resto se resignó con su suerte y sufrió dócilmente la soberanía delos persas[1604].

Mientras que Harpago terminaba la pacificación del Asia Menor, Ciro se internaba en las regiones lejanas del Extremo Oriente. No tenemos acerca de esta parte de su reinado más que datos sueltos y casi sin valor. Si hay que creer a Ctesias, la Bactriana fue la primera atacada. Sus habitantes figuraban entre los mejores soldados del mundo, y combatieron al principio con fortuna;

1602 Baquílides, Oda III, 23-62.

1603 Heródoto, I, XXIX-XLVI, LXXXV-XCI. Véase Ctesias, § 4, edición Müller-Didot, pág. 46, y Nicolás de Damasco, en los *Frag. H. Græc.*, t. III, pág. 406-409, en que se callan o suavizan determinadas circunstancias del relato primitivo.

1604 Heródoto, I, CXLI-CLXXVI, donde se refieren las aventuras de los foceos en busca de una nueva patria.

Ctesias afirma que depusieron las armas al saber que Ciro se había casado con una hija de Astiages[1605]. No se comprende muy bien qué influjo podía ejercer en su resolución el matrimonio del conquistador con una princesa meda. Ctesias ha debido reproducir una leyenda admitida en su tiempo en la corte de Susa. La anexión de Bactres traía consigo la de la Margiana, la del Uvarazmiya (Khorasmia)[1606] y la de Sogdiana. Ciro edificó allí varias plazas fuertes, de las que la más célebre, Cirópolis o Cireskhata dominaba uno de los vados principales del río Yaxartes[1607]. Las estepas de la Siberia detuvieron su marcha hacia el Norte, pero al Este, en las llanuras de la Tartaria china, los Saka o Sacios, renombrados por su bravura y su riqueza, no se libraron de su ambición. Los acometió, cogió prisionero a su rey Amorges y creyó haberlos dominado; pero Sparethra, mujer de Amorges, reunió sus últimos fieles y rechazó a los invasores. Habríales aún obligado a devolverle su marido a cambio de los prisioneros que ella había hecho[1608]. A pesar de su triunfo, los sacios se declararon tributarios[1609] y formaron en adelante la vanguardia del Imperio contra las naciones del Este. Al abandonarlos, Ciro subió hacia el Sur a la meseta del Irán y recorrió el Haraiva (Aria), los Thatagús (Sattagydia), el Harauvati, el Zaranka, el país entre el río de Cabul y el Indo[1610]. ¿Tuvo tiempo de bajar al otro lado del lago Hamún y llegó a orillas del mar Eritreo? Una tradición de época posterior pretendía que perdió su ejército en los desiertos sin agua de la Gedrosia[1611]. No se puede tener confianza en estos relatos. Sólo queda el hecho de la conquista, los pormenores se habían olvidado hacía mucho tiempo cuando se quiso recogerlos.

Aquellas guerras le ocuparon cinco o seis años, desde el 545 al 539[1612]. A la vuelta se preparó a ir contra la Caldea, que en apariencia era un enemigo temible, pero nada más que en apariencia. Sus luchas incesantes contra la Asiria la habían gastado poco a poco, el esfuerzo mediante el cual se había libertado y derribado a su rival, las batallas de Nabucodorossor, las discordias de sus antecesores, habían acabado de agotarla. La decadencia era tan rápida como repentina había sido la elevación. Menos de treinta años después de la muerte del conquistador, se podía predecir ya la ruina inminente de su obra. Nabonides no tenía nada de héroe, ni siquiera de soldado. Era un monarca indolente y pacífico, ocupado en el culto de los dioses más que en el sostenimiento de fortalezas y ejércitos. En los primeros años, reprimió algunas rebeliones insignificantes en Siria[1613] y arregló la sucesión de los reyes de Tiro. Mas tarde, cuando la Media se hubo derrumbado, quiso obtener su parte en los despojos y se apropió la villa de Kharrán con el distrito circundante[1614]. A eso se limitaron sus empresas. Prefirió emplear en construcciones los recursos de su reino. Donde hallaba un edificio en ruinas, lo reparaba o reconstruía por entero; buscaba en los cimientos los cilindros que el rey que los consagró enterrara para perpetuar la memoria de su devoción a los dioses, y era grande su alborozo cuando las excavaciones le daban el nombre de algún príncipe que había reinado floreciente algunos cientos o aun algunos miles de años antes de él[1615]. En Larsam, en

1605 Ctesias, *Persica*, 82, ed. Müller-Didot, pág. 46.

1606 Hoy el país situado al sur del mar de Aral, entre la desembocadura del Amu-Daria y el golfo de Kara-Boghaz. Véase Ctesias en Esteban de Bizancio, s. v. Χωραμγαῖοι.

1607 Arriano, *Anábasis*, IV, 2, § 1; 3, §§ 1-5.

1608 Ctesias, *Persica*, § 3, ed. Müller-Didot, pág. 46, coloca esta guerra antes de la campa ña de Lidia.

1609 Heródoto, III, XCIII.

1610 Hoy el Kohistán y el Kaferistán. Véase Arriano, *Historia Indica*, I, 2.

1611 Estrabón, XV, 1, 5; Arriano, *Anábasis*, V1, 24, § 3, según Nearco (*Fragmento* 23, ed. Müller-Didot). Véase Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, t. II, págs. 286-287.

1612 Heródoto, I, CLXXVII, las resume en pocas palabras: Τὰ ἄνω αὐτῆς [τῆς Ἀσίης] αὐτὸς Κῦρος ἀνάστατα ἐποίεε, πᾶν ἔθνος καταστρεφόμενος καὶ οὐδὲν παριείς.

1613 Pinches, *On a cuneiform Tablet*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. VII, págs. 141-145.

1614 Pinches, *On some recent Discoveries*, en los *Proceedings of the Soc. of Bibl. Archæology*, 1882, pág. 7.

1615 Refiere que descubrió en Sippar, en el templo Ebara del dios Sol, los cilindros de Naramsin, hijo de Sargón, que Nabucodorossor había buscado en vano y que ningún rey había visto antes de él. Véase Pinches, *On some recent Discoveries*, en los *Proceedings of the Soc. of Bibl. Arch.*, 1882, págs. 8 y 12.

Urú, en Sippar restauró los monumentos de los antiguos jefes caldeos, y el cuidado que dedicó a estas ciudades y a sus divinidades excitó sentimientos de envidia entre los sacerdotes de Babilonia. No obstante, Ciro crecía siempre y los aliados de la Caldea desaparecían uno detrás de otro, la Media primero, luego la Lidia. En el año XVII, los ribereños del Mediterráneo se sublevaron y Nabonides no hizo nada para reducirlos a la obediencia[1616].

Estaban demasiado débiles todavía los judíos para imitar el ejemplo que les daban sus antiguos vecinos, pero si su dispersión les impedía obrar eficazmente, no disimulaban ya la alegría de que les colmaba el aislamiento de Babel. La sentencia de destierro dictada contra ellos por Nabucodorossor no había sido tan general como comúnmente se cree. La población de las ciudades de segundo orden y de los campos o bien no había abandonado sus hogares durante la guerra, o había vuelto a ellos inmediatamente después, con bastante apresuramiento para que los caldeos no se vieran obligados, como los asirios cuando la caída de Samaria, a reforzarla con colonias de extranjeros. La misma Jerusalén no había sido trasportada por completo a Caldea. Muchos de sus moradores la habían abandonado a tiempo y se habían refugiado en Egipto. El número de los deportados no había excedido quizá de veinte mil en tres veces[1617], pero, a falta del número, la calidad les hacía acreedores a ser considerados como la representación de todo Israel. Eran primeramente los dos últimos reyes, Joiakín y Zedekias, luego su familia, la aristocracia de Judá, el clero del templo y su gran sacerdote, los profetas[1618]. Fueron distribuídos entre Babilonia y las ciudades vecinas. Los textos contemporáneos no nos indican de una manera precisa más que una sola de sus residencias, la de Tel-Abib, en el Kébar[1619], pero varias de las colonias judías que florecían en aquellas regiones por la época romana, pretendían remontar su origen hasta los tiempos del cautiverio. Una leyenda recogida en el Talmud afirmaba que la Sinagoga de Shafyathib, cerca de Neharda, había sido construída por el rey Joiakín con piedras arrancadas de las ruinas del templo de Jerusalén[1620]. Aquellas comunidades gozaban de completa autonomía. Siempre que satisfacieran el impuesto y las prestaciones reglamentarias, eran libres de practicar su religión y de administrarse como mejor entendían. Los cadíes, los ancianos de la familia y de la tribu que habían tenido representación preponderante en el país nativo, conservaron su puesto[1621]. El caldeo los reconocía como jefes de su pueblo y no les impedía en modo alguno el ejercicio de su autoridad. Cómo los demás arreglaron su vida, a qué industrias se dedicaron para ganar el pan de cada día, para conquistarel bienestar y aun la riqueza, ninguno de los que escribían entonces se ha preocupado de decírnoslo[1622]. Obreros o labradores, empleados o comerciantes, había que vivir, y se vivió, y, siguiendo el consejo de Jeremías[1623], los judíos trataron de que no se perdiera la semilla de Israel. Unos siglos más tarde, se pensaba sin esfuerzo que los desterrados se habían abstraído por completo en la penitencia y en la inactividad. «A orillas de los ríos de Babel estábamos sentados y llorábamos acordándonos de Sión. En los sauces de la campiña habíamos colgado nuestras liras; porque allí

1616 Pinches, *On a cuneiform Inscription relating to the Capture of Babylon by Cyrus*, en las *Transactions of the Society of Bibl. Arch*. t. VII, pág. 143.

1617 El grupo de 597 se componía de diez mil personas, siete mil de ellas eran gente acomodada, mil de la clase de artesanos y obreros, y el resto individuos afectos a la corte (*II Reyes*, XXIV, 14-16). Respecto al grupo de 586, el autor del escrito inserto en *Jeremías* (LII, 28-29) enumera tres mil ochenta y tres habitantes de Judá y ochocientos treinta y dos de Jerusalén. Respecto al de 581, no se ven más que setecientos cuarenta y cinco desterrados (*Jeremías*, LII, 30). Estas cifras son bastante reducidas para ofrecer alguna probabilidad de exactitud. No obstante, están lejos de ser verdaderas. (Kuenen, *The religion of Israël*, t. II, págs. 174-182).

1618 *II Reyes*, XXIV, 14-16; XXV, 11.

1619 *Ezequiel*, III, 15. El Kébar se identifica a veces con el Khabur de Mesopotamia, pero era más bien un canal de Caldea, quizá el Nahar Malka, el gran canal real.

1620 Neubauer, *Géographie du Talmud*, pág. 322, nota 4; págs. 350-351.

1621 *Ezequiel*, VIII, 1; XX, 1.

1622 Kuenen, *The religion of Israël*, t. II, págs. 90-101.

1623 *Jeremías*, XXIX 1-7.

nuestros raptores nos ordenaban palabras de canto, nuestros opresores acentos de alegría: ¡Cantadnos canciones de Sión! ¿Cómo cantar el canto de Jehová en tierra extranjera?»[1624] No era esto cierto sino tratándose de los sacerdotes y los escribas. Se había hecho el vacío en su vida desde el día en que el conquistador los había arrancado de aquella rutina de rezos y ritos minuciosos cuyo cumplimiento les parecía ser el privilegio más envidiable a que el hombre pudiera aspirar. El tiempo que antaño habían consagrado al servicio religioso lo empleaban en lamentarse de las desgracias de la nación, en acusarse a sí propios y a los demás, en preguntarse qué crimen había sido causa de su ruina y por qué Jehová, que tan frecuentemente había absuelto a sus padres, no había extendido a ellos su clemencia.

En la misma paciencia de Dios les mostraba Ezequiel la causa de su ruina. Criado en el templo desde la más tierna edad, luego deportado el año 597 en compañía de Joiakín, había meditado la historia de los tiempos que fueron y le había parecido una larga lucha entre la justicia divina y la iniquidad judía. Jehová se había unido con la casa de Israel desde la época en que aun estaba en Egipto, y no le había pedido más que un poco de fidelidad a cambio de su protección: «¡Quitad cada uno de vosotros los ídolos de vuestra vista y no os pervirtáis con los falsos dioses del país de Egipto; yo, Jehová, soy vuestro Dios!». Esta condición tan suave, los hijos de Israel no la habían observado jamás, y era el origen de sus males; aun antes de librarse de Faraón, habían traicionado a su dueño, y éste había pensado en aplastarlos con su cólera, «pero obré en consideración a mi nombre, para que no fuera envilecido a los ojos de los pueblos entre los cuales se hallaban, y en cuya presencia me había revelado a ellos, y para sacarlos de Egipto. Los saqué, pues, de Egipto y los llevé al desierto. Y los di mis preceptos y los promulgué mis mandamientos, que el hombre ha de practicar para asegurarse la vida. Y además los señalé mis sábados para servir de signo entre mí y ellos. Pero fueron rebeldes a mis mandatos». Como habían hecho en Egipto, hicieron al pie del Sinaí. Aquella vez tampoco pudo resolverse Jehová a acabar con ellos. Se limitó a decretar que ninguno entraría en la Tierra prometida, y miró a sus hijos. Pero los hijos no fueron más discretos que lo habían sido los padres. Apenas entraron en la comarca que les había correspondido, «un país de leche y de miel, el más hermoso de todos los países, echaron la vista a toda colina elevada, a todo árbol copudo, y allí inmolaron sus víctimas, allí dejaron el perfume de su incienso, allí vertieron sus libaciones.» Y no contentos con profanar sus altares con ceremonias y ofrendas impías, se inclinaron delante de los ídolos: «Seamos como las demás naciones, como los pueblos de todos los países, adoremos la madera y la piedra. ¡Por vida mía! dice el Señor, el Eterno; con mano fuerte y el brazo tendido, haciendo caer sobre vosotros mi enojo, yo os gobernaré!»[1625] Por legítimo que fuera el castigo, Ezequiel no creía que debiera ser perpétuo. Dios es demasiado justo para hacer para siempre responsables a las generaciones futuras de la culpa de las generaciones pasadas y presentes. «¿Qué tenéis, pues, vosotros los de Israel que repetir sin cesar: Los padres han comido agraz y los hijos tienen los dientes largos? ¡Por vida mía, dice el Señor, el Eterno, no repitáis más ese proverbio en Israel! Porque mirad: todas las personas son mías, la persona del padre y la del hijo, pero el culpable es el que ha de morir... El que es justo quedará con vida, palabra del Señor Eterno», Israel es, pues, dueño de sus destinos. Si se obstina en sus errores, alejará otro tanto la hora de su salvación; si se arrepiente y observa la ley, la cólera divina se apaciguará. «Así, pues, casa de Israel, os juzgaré a cada uno según sus obras. ¡Arrojad lejos de vosotros todos los pecados que habéis cometido, formaos nuevo corazón y nuevo espíritu! ¿Por qué querríais morir, raza de Israel? ¡Porque no me causa placer la muerte del que muere! ¡Volved, pues, y vivid!»[1626] Algunos objetaban que era muy tarde para hablar aún de esperanza y de porvenir: «Nuestros huesos están desecados, decían, nuestra confianza minada, estamos perdidos.» El profeta les respondía que Dios le había llevado en espíritu a una llanura cubierta de osamentas. «Y las

1624 *Salmo* CXXXVII, 1 y siguientes (trad. Reuss).

1625 *Ezequiel*, XX.

1626 *Ezequiel*, XVIII.

conjuré, y mientras las conjuraba, he aquí que se unieron unas a otras con estruendo. Y cuando las miré, vi sobre ellas nervios, luego se cubrieron de carne y la piel las envolvió, pero todavía no había vida en ellas. Entonces Jehová me dijo: Evoca la vida, evoca, hijo del hombre, y di al aliento: He aquí lo que dice el Señor, el Eterno: Ven, soplo de los cuatro vientos y sopla en estos cadáveres para que revivan. Y evoqué, según se me había ordenado, y el aliento entró en ellos y volvieron a la vida y se alzaron sobre sus pies, una grande, gran muchedumbre. Entonces me dijo: Esas osamentas son la raza de Israel... ¡Mira, voy a abrir vuestras tumbas y a sacaros de ellas, ¡oh pueblo mío! y os volveré a la tierra de Israel...y os infundiré mi aliento, para que volváis a la vida, y os colocaré de nuevo en vuestra patria, para que reconozcáis que yo, Jehová, lo he dicho y hecho.»[1627]

Los profetas de otros tiempos no habían trazado de la restauración de Israel y de su felicidad más que descriciones poéticas en que no había nada claramente definido, ni la ley que le juzgaría, ni el culto que había de practicar, ni las condiciones más adecuadas para asegurar su prosperidad. Jeremías el primero había perdido la esperanza de obtener nada del pueblo bajo el régimen del pacto concertado en otro tiempo en Egipto y había proclamado la necesidad de hacer un segundo convenio, pero sin atreverse a indicar las cláusulas[1628]. Ezequiel, más atrevido, pensó desde luego en fijar los términos de la nueva alianza y en redactar la constitución que debería sustituir a la antigua el día en que el destierro hubiera terminado. Se había ensayado la monarquía y no había producido buenos resultados, pues para un monarca como Ezequías o Josías, había habido diez como Acaz y como Manashshéh. No obstante, los judíos eran todavía tan sinceramente afectos a la forma monárquica, que juzgó inoportuno suprimirla por entero. Se resignó a conservar un rey, pero más piadoso y menos independiente que el príncipe soñado por el autor del *Deuteronomio*, un servidor de los servidores de Dios cuya función principal se reduciría a subvenir a las necesidades del culto. Jehová era ciertamente el único soberano que aceptaba plenamente: Pero el Jehová que concebía no era el que sus predecesores habían soñado, el señor Jehová de Amós «que no hace nada sin revelar su secreto a los profetas, sus servidores[1629] o el de Hoshea «que se complace en el amor y no en los sacrificios y en el conocimiento de Dios más que en los holocaustos.»[1630] Su Jehová no admite ningún trato familiar con los intérpretes de sus voluntades. Tiene «al hijo del hombre» a distancia, y comunica con él únicamente por mediación de los ángeles, sus mensajeros. Sin duda el cariño de sus criaturas le es grato, pero prefiere su respeto y su temor, y el olor del sacrificio ritualmente cumplido es suave a su olfato. El primer cuidado del profeta es, por tanto, erigirle una nueva casa en la montaña santa. Aquel templo de Salomón en que había pasado los años lejanos de su juventud, lo reedificó según el mismo plano que tuvo, pero más grande, más hermoso. El patio exterior primero, luego el patio interior y sus cámaras, luego el santuario cuyas dimensiones calcula lo más justas: diez codos de abertura para la puerta, cinco a cada lado para las paredes laterales de la puerta, veinte codos de ancho y cuarenta de largo para la sala, y así sucesivamente con un lujo de pormenores técnicos difíciles con frecuencia de comprender[1631]. Y como hace falta a un edificio bien dispuesto, un clero digno de habitarlo: sólo los hijos de Sadok tendrán la dignidad de sacerdotes, porque sólo ellos han conservado inquebrantable fidelidad. Los otros levitas quedarán reducidos a los empleos secundarios, porque no sólo han seguido los yerros de la nación, sino que la han dado mal ejemplo y practicado la idolatría. Los deberes y las prerrogativas de cada cual, las rentas del altar, los sacrificios, las fiestas, los preparativos de los banquetes, todo está previsto y determinado con rigor inexorable[1632]. Ezequiel era sacerdote y afecto a las manipulaciones más mezquinas como a las

1627 *Ezequiel*, XXXVII, 1, 14.

1628 *Jeremías*, XXXI, 32-34; Kuenen, *The religion of Israël*, t. II, págs. 73 y siguientes, y *Religion naturelle et religion universelle*, págs. 83, 84, 114.

1629 *Amós*, III, 7.

1630 *Oseas*, VI, 6.

1631 *Ezequiel*, XL, 5; XLIII, 27.

1632 *Ezequiel*, XLIV, 1; XLVI, 24.

funciones más nobles de su oficio. Las más insignificantes rentas de carnicería o de cocina sagrada le parecieron tan necesarias como los preceptos de la moral para la prosperidad futura de su pueblo. Una vez acabada la construcción y establecido el ritual, su imaginación le arrebataba de nuevo. Se figuraba ver una fuente brotar del umbral mismo de la casa divina, y que corriendo hacia el mar Muerto, a través de un gran bosque, purificaba sus aguas. «Y toda clase de seres animados que se mueven vivirán allí donde el arroyo desemboque en el mar, y el pescado será muy abundante... Y en las orillas del arroyo, por ambos lados, crecerá toda especie de árboles frutales, cuyo follaje no se secará nunca y cuyos frutos no tendrán fin. Los darán nuevos todos los meses, porque ese agua sale del santuario, y las frutas servirán de alimento y las hojas de medicamentos.»[1633] Las doce tribus de Israel, aun las que habían desaparecido en distintas épocas, se dividirán el territorio de una manera ideal, Dan al Norte, Ruben y Judá al Sur, y fundarán en común, alrededor de la montaña de Sión, la Jerusalén nueva, cuyo nombre será en adelante: «¡Aquí el Eterno!»[1634]

Fue poco lo que Ezequiel influyó en sus contemporáneos. Quedó solo o casi solo con su opinión, y las ideas expresadas por Jeremías vencieron a las suyas. Algunos de los desterrados se obstinaron cada vez más en adorar a las divinidades paganas. Confundiéronse probablemente con la masa de la población caldea y se perdieron tan completamente para Israel como se habían perdido los deportados de Efraim. Los otros, y eran la mayoría, permanecieron fieles a sus esperanzas y se dedicaron a distinguir, entre los acontecimientos que se desarrollaban a su vista, los signos precursores de la liberación anunciada por el profeta: «¡Dígnate acrecer a tu pueblo, oh Eterno,-dígnate acrecer a tu pueblo y glorificarte, dígnate extender los límites de su territorio! ¡Eterno, en la angustia han mirado hacia ti, se han derramado en oraciones cuando los castigaste. Como mujer en cinta, cuando le llega la hora, se retuerce y grita en medio de sus dolores, así estábamos delante de ti, Eterno! ¡Ve, pueblo mío, retírate a tu cámara y cierra la puerta tras de ti! ¡Ocúltate un momento, hasta que se haya pasado la cólera. Porque muy pronto el Eterno va a salir de su lugar, para pedir cuenta de sus crímenes al habitante de la tierra, y la tierra descubrirá la sangre vertida y no ocultará ya el cuerpo de las víctimas.»[1635] La muerte de Nabucodorossor en 562 hízoles variar de situación. Evilmerodach sacó a su rey Joiakín de la prisión en que languidecía hacía treinta años, y lo trató honrosamente[1636]. No era aún la restauración deseada, pero era al menos el fin de la persecución. Luego vinieron las disputas de palacio que, en menos de ocho años, cambiaron cuatro veces de mano el cetro de Nabucodorossor, más tarde el advenimiento del pacífico y devoto Nabónides, luego las primeras victorias de Ciro. Nada escapaba a las miradas vigilantes de los desterrados, y sus profetas empezaron a decir que los tiempos estaban próximos, a hablar de la humillación de Babilonia, a predecir la fecha de la misma. Uno, cuya obra se ha incluido entre las de Jeremías, ve a los pueblos del Norte y del Este marchando contra la ciudad condenada. «¡Tocad el clarín entre las naciones, llamad a los pueblos a iniciar la guerra, convocad contra ella los reinos de Ararat, de Minni y de Ashkuz; alinead contra ella los batallones, lanzad la caballería como enjambres de langosta de rectas alas! ¡Llamad a los pueblos para que empiecen la guerra contra ella, los reyes de Media, los capitanes y sus sátrapas, y todo el país de su dominio. La tierra tiembla, sufre, porque van a realizarse los designios del Eterno de trasformar a Babel en un desierto sin habitantes!»[1637]Otro ve ya al opresor muerto y en los infiernos: «El infierno en sus profundidades se conmueve por tu causa, tu llegada excita a las sombras-hace levantar de sus asientos a todos los príncipes de la tierra, a todos los reyes de las naciones. Todos levantan la voz-y te dicen: ¿Tú también te has desvanecido como nosotros, has venido a ser lo mismo que nosotros? Y te decías en

1633 *Ezequiel*, XLVII, 1-12.

1634 *Ezequiel*, XLVII, 13; XLVIII. Véase, respecto a lo que Ezequiel representa, Kuenen, *The religion of Israel*, t. II, págs. 105-108.

1635 Anónimo, por el 570 (*Isaías*, XXVI, 15-16; XXVII, 1-2)

1636 *II Reyes*, XV, 27-30; *Jeremías*. XLII, 31-34.

1637 *Jeremías*, LI, 26-29.

tu interior: Subiré al cielo, por cima de las estrellas de Dios levantaré mi trono, seré el igual del Altísimo. ¡Ah, serás precipitado en el infierno, en el fondo del sepulcro! Los que aquí te vean te contemplarán lanzarán sobre ti una mirada curiosa: ¿Es ese el hombre que conmovió el mundo, que hizo temblar los Imperios que cambió la tierra en desierto, devastó las ciudades, y no perdonó a los cautivos? Todos los reyes de los pueblos reposan honrados cada uno en su mausoleo, pero tú, tú eres lanzado fuera de tu sepulcro como una rama vil, bajo un sudario de muertos degollados al filo de la espada, que descenderán a sus tumbas de fábrica, tú, cadáver pisoteado, no te reunirás a ellos en la tumba, desolador de tu país, verdugo de tu pueblo.»[1638]

El eco de aquellas maldiciones no llegaba a oídos de Nabónides, pero comprendía la magnitud del peligro que le amenazaba y trataba de conjurarlo. No era un capricho de arquéologo lo que le impulsaba a levantar de nuevo los templos derruidos, a restaurar viejos cultos olvidados hacía mucho tiempo, quería apartar de su persona y de su reino la cólera de los dioses enemigos y atraerse la buena voluntad de los nacionales. Aquella afectación de piedad para con divinidades que no eran de Babilonia descontentó al sacerdocio de esta población. Cuando los persas aparecieron en la frontera el año 538, no solamente los cautivos internados en Caldea, sino parte de la población indígena hacía votos por la presencia del extranjero. Nabónides acudió a medios extremos: ordenó sacrificios a Bel, en expiación de los pecados del pueblo, y trasladó a la capital los dioses más venerados, Zamalmal y los dueños de Kis, Beltis y los señores de Kharsagkalama, las divinidades de Akkad, «que están por cima y por bajo de la atmósfera». Ciro no se intimidó por la llegada de aquella guarnición de ídolos y dominó a su adversario en unas cuantas semanas. Al comienzo del mes de Tammuz había cruzado el Tigris y derrotado a los caldeos cerca de la aldea de Rutum. Inmediatamente estalló una sublevación en Akkad que privó a Nabonides de sus últimos recursos. El 14 los persas entraron pacíficamente en Sippar; el 16, Gobryas, que los mandaba, se apoderó de Babilonia casi sin lucha. Nabonides, entregado por los suyos, fue tratado con benevolencia y desterrado a Carmania. Su hijo mayor Belsharusur, el Baltasar de los hebreos, intentó un supremo esfuerzo para rechazar la invasión. Fue derrotado por Gobryas el 11 de Marchesván y pereció en la huida[1639].

1638 Anónimo, por el año 540 (*Isaías*, XIV, 8-20).

1639 Pinches, *On a Cuneiform Inscription relating to the Capture of Babylon by Cyrus*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. VII, págs. 139-167, donde se han publicado los fragmentos de los anales de Nabónides. Véase H. Rawlinson, en el J*ournal of the Royal Asiatic Society*, t. XII, págs. 70 y siguientes, donde se incluye la proclama en que Ciro anuncia al pueblo de Babilonia que toma la corona con el consentimiento de los dioses nacionales. Véase Beroso, *Fragmento* 9, 14. He aquí, según el cánon de Ptolomeo y los monumentos (véase Pinches, *The babylonian Kings of the Second Period*, en *Proceedings*, 1883-1884, págs. 199-204), la lista de los reyes de Caldea desde Nabunazir:

I.	Nabunazir,	Ναβονασσάρου,	747-733
II.	Nahid,	Ναδίου,	733-731
III.	Ukinzir y Pulú,	Χινζίρου καὶ Πώρου,	731-726
IV.	Ululáa,	Ἰλουλαίου,	726-721
V.	Mardukabalidinna,	Μαρδοκεμπάδου,	721-709
VI.	Sharukin,	Ἀρκεάνου,	709-704
	Primer interregno,	Ἀβασιλεύτου πρώτου,	704-702
VII.	Belibni,	Βηλίβου,	702-699
VIII.	Ahshgurnadinshumú,	Ἀσσαραδίνου,	699-693
IX.	Nerhálushézir,	Ἠρηγεβήλου,	693-692
X.	Mushézibmarduk,	Μεσησιμορδάκου,	692-688
	Segundo interregno,	Ἀβασιλεύτου δευτέρου,	688-680
XI.	Ashshurakhéiddin,	Ἀσαραδίνου,	680-667
XII.	Shamashshumukin,	Σαοσδουχίνου,	667-647
XIII.	Ashshurbanabal, Ashshurétililani,	Κινηλαδάνου,	647-625
XIV.	Naburalussur,	Ναβοπολασσάρου,	625-604
XV.	NabukudurussurII,	Ναβοκολασσάρου,	604-561

El Imperio entero cayó de resultas y sin sacudida en manos de los persas. Los pueblos tributarios, sirios, árabes, fenicios perdieron sus antiguos dueños y adquirieron otros nuevos, sin preocuparse del cambio, como si no se hubiera tratado de ellos y de sus intereses. Desde el momento en que no podían ser libres, nada les importaba quién reinara. Babilonia misma pareció resignarse a su esclavitud y los partidos que habían sido hostiles a Nabonides se alegraron de su cautiverio. Ciro hizo, por otra parte, lo que se necesitaba para asegurarse su benevolencia: como sus predecesores asirios, Tiglatfalasar, Sargón, Asarhaddón, Assurbanabal, se doblegó a las exigencias de su orgullo, y asiendo las manos de Bel, se proclamó formalmente rey de Babilonia. Su primer cuidado fue devolver a sus ciudades cada uno de los dioses que Nabonides había enviado a buscar al principio de la campaña, y esta satisfacción concedida a las almas devotas ofendidas por su presencia, acabó de reconciliarlos con el vencedor[1640]. Presentaron los acontecimientos a la luz más favorable para la vanidad nacional. Marduk, decían, se había irritado por el abandono en que le dejara Nabonides: «el rey de los dioses se había afligido profundamente por esta humillación y todos los dioses que habitan los templos de Babel habían abandonado sus santuarios. Ya no se veía a Marduk y las divinidades sus aliadas en las procesiones de Kalanna, porque se habían refugiado en otras ciudades que no les negaban su respeto. No obstante, la raza de Shumir y de Akkad, en completo luto, le rogó que volviera. Accedió a su petición, y contentó al país eligiéndole un rey que gobernara según su voluntad al pueblo que le fuera confiado. Proclamó a Kurush, de Anshán, rey del mundo entero y anunció este nombramiento a todas las naciones... Las incitó a ir contra Babel, su propia ciudad, y condujo al ejército persa como amigo y bienhechor. Sus tropas, cuyo número no puede contarse más que las aguas del Éufrates, y sus espadas no fueron sino vano adorno, porque las condujo sin lucha y sin resistencia hasta Kalanna, luego cercó y conquistó su propia ciudad. A Nabonides, el rey que le había menospreciado, lo entregó en manos de Kurush. Todo el pueblo de Babel, muchos entre los de Shumir y Akkad, los nobles y los sacerdotes se habían sublevado contra él y se habían negado a besarle más tiempo los pies. Se regocijaron de su nuevo dueño y cambiaron su juramento de vasallaje, porque el dios que vuelve los muertos a la vida, y que socorre toda desgracia y angustia, le había concedido toda su gracia.»[1641]

No eran los caldeos los únicos que veían en el persa un enviado de Dios, los judíos estaban más dispuestos que ellos a atribuirle este carácter. La manera como había sucumbido Babilonia defraudó sus esperanzas y desmintió las predicciones de sus profetas. La ciudad de Nabucodorossor no había desaparecido de sobre la faz del mundo como la de Sargón y Sennaquerib, y la venganza de Jerusalén era menos completa que lo había sido la de Samaria. Pero, defraudados en esto, comprendían que estaba próxima la liberación, y uno de los más grandes de sus poetas, uno de aquéllos cuyas obras se han incluido a continuación de las de Isaías, lo anunciaba ya en términos magníficos: «¡Regocijaos vosotros, cielos, porque el Eterno lo cumple; lanzad gritos, profundidades de la tierra! ¡Montañas, estallad de gozo, y tú, bosque, con todos tus árboles! Porque el Eterno libra a Jacob, en Israel manifiesta su gloria. He aquí lo que dice el Eterno, tu redentor, que te ha formado cuando naciste. Yo soy el Eterno, creador del Universo, yo solo despliego los cielos, yo afirmo la tierra ¿quién está conmigo?... Soy yo el que confirma la palabra de mi servidor, el que ratifica el consejo de mis mensajeros, el que dice de Jerusalén que sea habitada y de las ciudades de Judá que sean reconstruidas ¡Yo quiero rehacer sus ruinas. Soy yo quien dice al Océano: ¡Sécate, quiero que tus corrientes se agoten! Dije a Koresh: ¡Eres mi pastor! y realizará toda mi voluntad, diciendo a

XVI.	Amilmarduk,	Ἰλλοαρουδάμου,	561-559
XVII.	Nergalsharussur, Labashimarduk,	Νηριγασολασόρου,	559-555
XVIII.	Nabunahid,	Ναβοαναδίου.	555-538

1640 T. Pinches, *On a cuneiform Tablet relating to the Capture of Babylon by Cyrus and the events which preceded and led to it*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. VII, págs. 144-167.

1641 Esta cita es una paráfrasis de la larga inscripción descubierta y traducida por sir Henry Rawlinson, (*Journal of the Royal Asiatic Society*, t. XII, págs. 70 y siguientes).

Jerusalén: ¡Sé reconstruida!, y al templo: ¡Sé levantado!»[1642] Ya el primer año de su estancia en Babilolonia, Ciro promulgó el edicto que permitía a los judíos volver al país de sus padres. No todos aprovecharon la libertad que se les concedía. Si se cree lo que la tradición dice, cuarenta y dos mil trescientos sesenta se declararon dispuestos a abandonar el destierro, guiados por un descendiente de David, un hijo del rey Joiakín llamado Shesbazzar. Se establecieron en las pequeñas poblaciones de Judá y Benjamín, y la realidad respondió tan poco a la idea que habían formado de su vuelta, que dejaron pasar siete años antes de limpiar el lugar donde estuvo el templo para erigir en él un altar para los sacrificios. Su pequeña colonia, ahogada entre un conjunto de poblaciones hostiles, filisteos, idumeos, moabitas, ammonitas, samaritanos, se agrupó alrededor del gobernador persa, único que podía protegerla, y le atestiguó inquebrantable fidelidad. Seguramente contaba con ella Ciro cuando los autorizó para volver a sus montañas. Formaron a aquel extremo de su Imperio una defensa tanto más devota de sus intereses cuanto que su existencia dependía de la fidelidad que observaran[1643].

De todos los príncipes que se habían aliado contra la Persia, uno solo, Amasis, había esquivado hasta entonces el castigo. Parecía, por tanto, inmediata la guerra con el Egipto. Ciro dudó un momento, luego se dirigió al Oriente remoto y allí desapareció de una manera misteriosa (529). Según Jenofonte, murió en su lecho, rodeado de sus hijos, edificando a los que se le acercaban por la sobrehumana sabiduría de sus últimos momentos[1644]. Esta pintura no encierra más verdad que la que contienen en general los informes que Jenofonte da acerca de la Persia. Contaba Ctesias que fue herido en un encuentro con los Derbikes, pueblo semi-salvaje de la Bactriana, y que sucumbió a consecuencia de su herida, tres días después de la batalla[1645]. Según Heródoto, pidió en matrimonio a Tomiris, reina de los masagetas, y fue desdeñado. Despechado, pasó el río Araxes[1646], derrotó a los bárbaros y cogió prisionero al hijo de la reina, Espargapises, que se mató de desesperación. «Tomiris, habiendo reunido sus fuerzas, atacó a los persas. De todas las batallas libradas entre bárbaros, creo haber sido aquélla la más sangrienta, al menos juzgando por lo que he oído decir. En primer lugar se acribillaron a flechazos desde muy cerca, y cuando se les acabaron las flechas, cayeron unos sobre otros a lanzadas y tajos. Sostuvieron la lucha durante mucho tiempo sin que ningún partido quisiera huir, pero al fin vencieron los masagetas. La mayor parte del ejército persa quedó en el campo de batalla, y el mismo Ciro pereció, después de reinar veintinueve años. Tomiris, habiendo mandado llenar un pellejo con sangre humana, mandó que buscasen entre los muertos el cadáver de Ciro. Cuando lo hallaron, metió la cabeza en el pellejo y la colmó de injurias. «Aun cuando viva y resulte victoriosa, tú me has perdido arrebatándome con engaño a mi hijo. Por eso te hartaré de sangre.»[1647] Los persas consiguieron recobrar el cuerpo de su rey, y lo llevaron a Parsagada, enterrándolo suntuosamente en los jardines de su palacio[1648].

La poesía popular, que había desfigurado su vida y sustituido historias fabulosas al relato verdadero de sus hechos, empeñóse en hacer de él el retrato ideal de un príncipe de Oriente: gracias

---

1642 *Isaías*, XLIV, 23-28.

1643 Maspero, *Les Empires*, págs. 627-640.

1644 Jenofonte, *Ciropedia*, l. VIII, c. VII, §§ 3-38.

1645 Ctesias, *Persica*, §§ 6-8, ed. Müller-Didot, pág. 47. Una leyenda muy posterior decía que Ciro, ya de cien años de edad, había querido ver a sus amigos. Se le respondió que su hijo Cambises los había matado, y el disgusto que le produjo la crueldad de su hijo acabó con él en pocos días (Luciano, *Macrob*., XIV, según Onesicrito, *Fragm*. 32, ed. Müller-Didot).

1646 Quizá el Yaxartes.

1647 Heródoto, I, CCIV-CCXXIV.

1648 Arriano, *Anábasis*, VI, 19, 4-9, según Aristóbulo (*Fragm*. 37, ed. Müller-Didot). Véase *Seudo-Calistenes*, l. II, c. XVIII, en que el autor coloca una al lado de otra la tumba de Ciro y la de Nabonassar, que los griegos llaman Nabukhodonossor. Según Oppert, la pequeña edificación de Murghab en que se ha querido reconocer la tumba de Ciro, no es realmente sino la de su mujer Kazandané (*Journal asiatique*, 1872, t. XIX, pág. 548, y *Le peuple et la langue des Mèdes*, págs. 110-111).

a ella, llegó a ser el más valiente, el más suave, hasta el más hermoso de los hombres. Realmente, parece haber tenido todas las cualidades de general, la actividad, la energía, el valor, la astucia y la doblez tan necesarias en Asia para asegurar el éxito de una conquista. Abierto y tolerante para con las religiones extranjeras, no tuvo las excelencias del administrador, y no se ocupó de reunir en un solo haz firmemente constituido los pueblos distintos que había sabido colocar bajo su mando. En Lidia y en Caldea solamente instaló un gobernador persa. En todos los demás sitios se contentó con una declaración de obediencia y dejó el gobierno en manos de los naturales. Había conquistado todos los países del mundo antiguo, excepto el Egipto, y fundado el Imperio persa, y dejaba el cuidado de organizarlo a los que le sucedieran.[1649]

Cambises, Amasis y Psamético III; conquista del Egipto (525); tentativas contra la Libia y la Etiopía; el falso Esmerdis.

Ciro había legado la corona al mayor de sus hijos, Kambuzia II, que los griegos llamaron Cambises, y el mando de varias provincias a Bardiya (Esmerdis) su hijo segundo[1650]. Arreglando de antemano su sucesión, se había alabado de prevenir las querellas que comúnmente acompañan en Oriente a los cambios de reinado. Sus deseos no fueron satisfechos, pues Cambises, apenas sentado en el trono, degolló a su hermano. Cometióse el crimen con tanta discreción y secreto que pasó desapercibido para el vulgo. El pueblo y la corte creyeron que Bardiya había sido encerrado en algún palacio lejano de Media y esperaron verle reaparecer muy pronto[1651].

Después de haberse desembarazado de un rival que amenazaba llegar a ser peligroso, Cambises ya no pensó más que en la guerra. El Egipto, protegido por el desierto y por los pantanos del Delta, desafiaba aún el poderío de los persas. Desde su alianza desgraciada con la Lidia, Amasis siempre se había conducido de suerte que no diera pretexto alguno de guerra a sus vecinos. Se limitó a restablecer en Chipre la antigua soberanía del Egipto[1652] y no pasaron de esto sus ambiciones. Gracias a su prudencia inalterable, evitó todo motivo de conflicto con Ciro y aprovechó los años de tranquilidad que le fueron concedidos para desarrollar los recursos naturales de su reino. La red de canales fue reparada y acrecida, la agricultura fomentada, el comercio extendido. «Se dice que el Egipto no estuvo nunca tan floreciente ni fue más dichoso, que nunca hizo el río tanto bien a la tierra, ni la tierra fue tan fecunda para los hombres, y que había entonces veinte mil ciudades habitadas.»[1653] Las canteras de Troyú[1654], de Suán[1655] y de Rahanú[1656] fueron explotadas de nuevo como en los días mejores. Tebas, semi-independiente bajo el gobierno de la reina Ukhnás[1657], hija de Psamético II, recobró alguna animación en ambas orillas. Los monumentos de Karnak fueron

---

1649 G. Rawlinson, *The five great Monarchies*, t. III, págs. 383-390.

1650 Heródoto, I, CCVIII; Ctesias, *Persica*, § 8, edición Müller-Didot, pág. 47; Jenofonte, *Ciropedia*, VIII, 7, § 11. Ctesias llama a Bardiya Tanyoxarkés y le atribuye el gobierno de la Bactriana, de los khorasmianos, de los partos y de los carmanios. Jenofonte le llama Tanaoxares y le hace reinar sobre los medos, los armenios y los cadusianos.

1651 Heródoto, III, XXX; J. Ménant, *Les Archéménides*, pág. 106. Según Heródoto, el asesinato tuvo lugar durante la expedición a Egipto; según la inscripción de Behistún (H. Rawlinson, *Inscription of Darius on the Rock at Behistun*, en los *Records of the Past*, t. I, página 112; Oppert, *Le peuple et la langue des Mèdes*, pág. 117) tuvo lugar antes.

1652 Heródoto, II, CLXXXIII; Diodoro de Sicilia, I, 68, que parece considerar la campaña de Amasis como continuación natural de la de Apríes.

1653 Heródoto, II, CLXXVII.

1654 Heródoto, II, CLXXV.

1655 Inscripciones de Bigéh en Champollion, *Notices manuscrites*, t. I, pág. 163; Lepsius, *Denkm*., III, lám. 284 p.

1656 Inscripciones de los arquitectos e ingenieros enviados el año XLIV de Amasis para buscar la piedra necesaria con destino a los monumentos del rey, Lepsius, *Denkm*., III, lám. 75 a-d; véase Devéria, *Monument biographique de Bakenkhonsou*, págs. 24-29.

cuidadosamente restaurados y algunos particulares ricos se hicieron tumbas que no ceden en nada a las de otros tiempos por la extensión y la finura de los bajo-relieves[1658]. El resto del Egipto superior estaba ya tan despoblado que no había interés en embellecer sus ciudades, y así las fuerzas vivas del país se reconcentraron en Menfis y en las ciudades del Delta. En Menfis, Amasis edificó un templo de Isis que Heródoto califica de «muy grande y digno de ser visto», templo que ha desaparecido por desgracia, así como el coloso tendido de setenta y cinco pies de largo que el mismo príncipe había consagrado delante del templo de Ptah[1659]. Decoró Buto, Sebennytos, Mendés, Tanis, la mayor parte de las localidades aún secundarias. Construyó en Sais, en el templo de Neith, propileos «que sobrepujaban con mucho las otras obras de este género, tanto por su elevación y grandeza como por el espesor y la calidad de los materiales». Estaban adornados con enormes columnas y precedidos por una larga avenida de esfinges. Allí se admiraban dos obeliscos gigantescos, una estatua tendida, en todo semejante a la de Menfis, y una capilla monolítica de granito rosa que el rey había llevado de las canteras de Abú. Dos mil hombres habían estado ocupados durante tres años en trasportarla. Al exterior tenía once metros de altura, siete metros treinta y ocho centímetros de profundidad y cuatro de ancha. Aun ahuecada por dentro, pesaba cerca de quinientos mil kilogramos. Jamás llegó al fondo del santuario. «Se cuenta que el arquitecto, en el momento que llegó la piedra al sitio en que hoy está, lanzó un suspiro, pensando el tiempo que había exigido el trasporte y cansado de su ruda labor. Amasis oyó el suspiro, y teniéndolo por presagio, no quiso que la piedra se llevara más lejos. Otros dicen, sin embargo, que uno de los obreros que trabajaban en la maniobra fue aplastado y muerto por la piedra, y que ésa fue la razón verdadera por la que se la abandonó donde está ahora.»[1660]

La revolución que elevara a Amasis al trono había sido suscitada por el partido nacional egipcio en contra de los extranjeros. Los mercenarios y los mercaderes griegos se habían pronunciado en favor de Apríes y contra su rival. Podía temerse que éste, una vez vencedor, los arrojara de su reino, pero no fue así. Amasis rey olvidó los agravios de Amasis pretendiente de la corona. Sus predecesores habían acogido bien a los griegos, pero él los quiso con pasión[1661], y se hizo todo lo griego que cabía en un egipcio. Permaneció en buenas relaciones con los dorios de Cirene, y hasta una vez intervino como árbitro en sus asuntos interiores. El Battos, que había triunfado tan fácilmente de los soldados de Apríes, había tenido por sucesor a Arkesilao. Querellas palatinas. complicadas con una guerra contra las tribus libias en que había sido vencido, le hicieron mal quisto de los egipcios que tenía a sueldo. Su hermano Laarcos le asesinó y sustituyó con la aprobación de los mercenarios, luego fue muerto a su vez por Eryxo y por Polyarcos, mujer y cuñado de su víctima. Los partidarios de Laarcos se dirigieron al Faraón, y éste se disponía a apoyarlos con su ejército cuando la muerte de su madre detuvo los preparativos. Polyarcos acudió a Egipto durante el luto de corte y tan bien defendió su causa que la ganó. Battos el Cojo, hijo de Arkesilao y de Eryxo, fue proclamado por su poderoso vecino[1662]. Más tarde alianza más íntima estrechó los lazos que unían a ambos Estados. Mitad por política, mitad por capricho, Amasis se

1657 El sarcófago de esta reina figura hoy en el Museo Británico (S. Sharpe, *Egyptian Antiquities in the British Museum*, págs. 104-185). La misma reina figura muchas veces en las esculturas de dos pequeños edificios erigidos en Karnak en tiempos de Amasis y de Psamético III (Lepsius, *Denkm*., láminas 273-274).

1658 Champollion, *Notices manuscrites*, t. I, págs. 552-555.

1659 Heródoto, II, CLXXVI.

1660 Heródoto, II, CLXXV; Letronne, *La civilisation égyptienne depuis l'établissement des Grecs, sous Psammitichus jusqu'a la conquête d'Alexandre*, págs. 23-26. El naos de Tmai, único que se acerca a las dimensiones que cita Heródoto, tiene siete metros de alto (*Description de l'Égypte sous les Pharaons*, t. II, pág. 114). Las dimensiones que da Heródoto de tal modo difieren de las que tienen los naos hoy conocidos, que admito, como ha hecho Kenrick (*The Egypt of Herodotus*, pág. 219, y *Ancien Egypt*, t. II, pág. 370) que Heródoto ha visto el monumento de Amasis tendido de costado y que ha tomado por altura lo que era anchura en realidad. El Museo del Louvre posee un naos monolito más pequeño que el descrito por Heródoto, pero hallado, como aquél, en el reinado de Amasis (D, 29; publicado por Pierret, *Recueil d'inscriptions inédites*, t. I, págs. 74-80).

1661 Heródoto, II, CLXXVIII, le llama φιλέλλην.

casó con una cirenaica, Ladicé, hija, según unos, de Arkesilao o de Battos, según otros, de un particular rico llamado Critoboulos[1663].

Los griegos de Europa y de Asia no tuvieron menos que agradecerle que sus hermanos de África. Entabló relaciones amistosas con los principales santuarios de la Hélade y los otorgó en varias ocasiones magníficos presentes. En 548 se quemó el templo de Delfos y los alcmeónidas se comprometieron a reconstruirlo mediante trescientos talentos, de los que una cuarta parte dieron los delfianos. Éstos, demasiado pobres para proporcionarse suma tan grande, fueron a buscarla a todas las naciones amigas. Amasis les dio por su parte mil talentos de alumbre de Egipto, el más estimado de todos. El alumbre se empleaba en tintorería y costaba muy caro. Los delfianos lo vendieron a buen precio[1664]. Envió a Cirene una estatua de su mujer Ladiké y otra de Neith, dorada toda ella; a Lindos, para la Minerva, dos estatuas de piedra y una coraza de hilo, de maravillosa finura[1665]; a Samos y a su Juno dos estatuas de madera que existían aún en tiempo de Heródoto[1666]. Así los griegos afluyeron a Egipto y se establecieron en tan gran número que, para evitar toda disputa con los naturales, se hizo necesario muy pronto arreglar nuevamente su situación. Las colonias fundadas a lo largo de la rama Pelusiaca por los jonios y por los carios de Psamético I, habían prosperado y tenían ya una cifra de población que puede calcularse en cerca de doscientas mil almas[1667]. Amasis la trasladó a Menfis o sus alrededores para precaverse contra sus súbditos egipcios[1668]. Los colonos más recientes fueron llevados en la boca Canópica a la pequeña ciudad llamada Pamaraiti, que tomó el nombre de Naucratis y que les fue abandonada por completo[1669]. Allí formaron una república regida por magistrados independientes, prostatas o timucos[1670]. Había allí un pritaneo, dionisíacas, fiestas de Apolo Komæos, distribuciones de vino y aceite, el culto y las costumbres de Grecia[1671]. Fue en lo sucesivo el único puerto abierto a los extranjeros. Cuando un navío mercante perseguido por piratas, asaltado por la tempestad u obligado por algún accidente marítimo, abordaba a otro punto de la costa, el capitán estaba obligado a presentarse al magistrado más próximo, a fin de afirmar que no había violado la ley por su gusto, sino obligado por motivos imperiosos. Si la explicación parecía buena, se le autorizaba para entrar por la rama Canópica. Cuando los vientos o

---

1662 Heródoto refiere estos sucesos sin hablar de Amasis (V, CLX-CLXI), y su versión fue adoptada con algunas modificaciones por Nicolás de Damasco (*Fragm*. 52, en los *Fragm. H. Græc.*, ed. Müller-Didot, t. III, pág. 387). La intervención de Amasis sólo la menciona Plutarco (*De Mulier. virt.*, II, pág. 260) y Poliano (*Strat.*, VIII, 41), pero procede evidentemente de un autor más antiguo, quizá de Helánico de Lesbos, que parece haber contado con algún pormenor ciertos hechos de la historia de los últimos reyes de Egipto (véase en los *Fragm. H. Gr.*, ed. Müller-Didot, t. I, pág. 66). El pasaje de Heródoto se encuentra, por otra parte, enredado en relatos de origen cirenaico. Sus informantes tenían interés en recordar hechos gloriosos para su patria, como la derrota de Apríes en Irasa (IV, CLIX), en modo alguno hechos tan humillantes como una intervención faraónica. Por otra parte, el éxito enteramente pacífico obtenido por Amasis no podía dejar huella en el espíritu de los egipcios. Todo ello explica que Heródoto no haya hecho alusión alguna al papel desempeñado por el Egipto en aquella ocasión.

1663 Heródoto, II, CLXXXI.

1664 Heródoto, II, CLXXX.

1665 Los restos de ella subsistían aún en la época de Plinio el Mayor, *H. N.*, XIX, 1, pero los curiosos se llevaban trozos, para comprobar si, como asegura Heródoto (III, XLVII), cada uno de los hilos estaba formado por trescientos sesenta y cinco, visibles todos a simple vista.

1666 Heródoto, II, CLXXXII.

1667 Letronne, *La civilisation égyptienne*, pág. 11.

1668 Heródoto, II, CLIV.

1669 Heródoto, II, CLXXVIII. El emplazamiento de Naucratis acaba de descubrirse cerca del poblado de En-Nabiréh, por M. Flinders Petrie. El nombre egipcio y la primera transcripción del nombre griego en jeroglíficos nos han sido dados por una estela del año I de Nectanebo II descubierta entre las ruinas el año 1899. La escritura egipcia parece indicar a cierto Crates entre los fundadores de la ciudad.

1670 Hermias de Methymno en Ateneo, IV, pág. 149 (*Fragm. H. Gr.*, ed. Müller, t. II, págs. 80-81.)

1671 Letronne, *La civilisation égyptienne*, págs. 11-12; G. Lumbroso, *Recherches sur l'économie politique de l'Égypte sous les Lagides*, págs. 222-223.

el estado del mar se oponían a que partiera, se metía la carga en barcos del país y se la llevaba a territorio griego por los canales del Delta[1672]. Este mandato de la ley hizo la fortuna de Naucratis. El comercio entero del Nilo se reconcentró en sus mercados, y Naucratis vino a ser en pocos años uno de los emporios más considerables del mundo antiguo. Los griegos de todas partes la llenaron y no tardaron en desbordar por las llanuras circundantes, que sembraron de quintas y de poblados. Los comerciantes que consentían en no vivir bajo el pabellón helénico fueron autorizados para establecerse en la ciudad egipcia que les agradara y para fundar factorías. Amasis llegó a concederles el libre ejercicio de su culto. Los eginetas tenían el santuario de Zeus, los samios el de Hera, los milesios el de Apolo, y las nueve ciudades del Asia Menor se concertaron para sufragar en común los gastos de construcción de un templo y de un recinto sagrado que llamaron el Helenion[1673]. El Egipto superior y el desierto no se vieron libres de aquella invasión pacífica. Los negociantes de Naucratis sintieron muy pronto la necesidad de tener agentes en el camino de las caravanas que vienen del interior de África: gentes de Mileto abrieron sus factorías en la antigua ciudad de Abydos[1674] y los samios de la tribu Eskhrionia habían llegado hasta el Gran Oasis[1675]. Los griegos hacían de aquellas regiones lejanas relatos maravillosos que excitaban la curiosidad de sus compatriotas, y hablaban de riquezas que estimulaban su ambición. Filósofos, comerciantes, soldados se embarcaban para el país de las maravillas, en busca de la ciencia, de la riqueza o de aventuras. Amasis, que siempre temía un ataque de los persas, acogía a los inmigrantes con los brazos abiertos. Los que permanecían se hacían afectos a su persona, los que marchaban llevaban consigo el recuerdo del buen trato que habían tenido y preparaban en Grecia las alianzas que el Egipto temía necesitar de allí a algunos años.

Todo esto estaba bien concebido, pero los egipcios de vieja raza no agradecían al rey su previsión. Como los judíos desde la época de Zedekías, como los babilonios en tiempo de Nabonides, como la mayor parte de los pueblos de raza antigua que se sienten amenazados de caer, atribuían su decaimiento, no a sus propios pecados, sino a castigo de lo alto. Los favores que Amasis prodigaba a los extranjeros les parecieron un verdadero sacrilelegio. ¿No traían consigo los griegos sus dioses? ¿No se veían en las ciudades y en los campos gentes que asociaban el culto de aquellas divinidades bárbaras al de las divinidades nacionales? ¿No había ordenado el rey que se pagase el sueldo y la manutención de los mercenarios a costa de los bienes de los templos, en Sais, en Bubastis, en Menfis?[1676] El odio que se había ido reuniendo contra él no se manifestó en hechos o en rebeliones, sino que le calumnió sordamente y desfiguró su carácter. Mil historias maliciosas o burlonas corrieron acerca de él y se perpetuaron en los siglos siguientes. Se dijo que antes de subir al trono le gustaba mucho beber y comer bien, que había padecido con frecuencia la enfermedad que se llama falta de dinero, pero que siempre había sabido proporcionarse lo que le hacía falta por diferentes medios, «el más honrado de los cuales era el latrocinio furtivo.»[1677] Se afirmó que, una vez rey, se emborrachaba aún con aguardiente fuerte, hasta el punto de no poder despachar los asuntos públicos[1678]. A estas leyendas y a muchas otras no menos mentirosas sus partidarios oponían

---

1672 Heródoto, II, CLXXIX.

1673 Heródoto, II, CLXXVIII; Lumbroso, *Recherches sur l'économie politique de l'Égypte sous les Lagides*, págs. 222-223.

1674 Esteban de Bizancio, s. v. Ἄβυδος, reflere que los milesios habían fundado Abydos de Egipto. Letronne (*La civilisation égyptienne*, pág. 13) ha visto perfectamente que se trataba en este caso de una factoría fundada por los milesios en el reinado de Amasis. Las paredes del templo de Ramsés II tienen todavía algunos letreros en caracteres carios, chipriotas y griegos que deben ser de aquella época.

1675 Heródoto, III, XXVI.

1676 E. Révillout, *Premier extrait de la Chronique démotique de Paris; le roi Amasis et les mercenaires, selon les données de Hérodote et les renseignements de la Chronique*, en la *Revue égyptologique*, t. I, páginas 57-61.

1677 Heródoto. II, CLXXIV.

1678 E. Révillout, *Premier extrait*, en la *Revue égyptologique*, t. I, págs. 65-67; Maspero, *Les Contes populaires de l'ancienne Égypte*, págs. 207-214; Heródoto, II, CLXXIII, y siguiendo a Heródoto, Eliano, *Var. Hist.*, II, 41.

otras que le glorificaban. De un barreño de oro en que él y los suyos se bañaban los pies todos los días, había hecho una estatua divina que las gentes vinieron a adorar, aún aquéllos que le echaban en cara su humilde origen. Hecho lo cual reunió al pueblo, le dijo que adoraban lo que fue barreño, y añadió por último: «Sucede conmigo lo que con él: aun cuando en otro tiempo he sido poca cosa, hoy soy vuestro rey y creo que me veneráis como es justo.»[1679] Dígase lo que se quiera, vencieron los sentimientos de odio en el espíritu de los naturales.

Muerto Ciro, Amasis se resignó a la guerra. No faltaban motivos serios contra él; se había aliado a la Lidia, había intrigado con la Caldea. Por otra parte, Cambises era joven y se hallaba más bien dispuesto a excitar que a reprimir el ardor bélico de sus compatriotas. La imaginación popular no se contentó con las razones naturalísimas que hubieran dado lugar al choque de la más nueva y de la más vieja de las naciones orientales, sino que trató de explicarlo todo por motivos personales de los principales actores del drama. Según los persas, Cambises pidió la mano de la hija del viejo rey con la esperanza de que le fuese negada y de que tendría una ofensa que vengar. Amasis puso a Nitetis[1680], hija de Apríes, en el lugar de su hija. «Poco tiempo después, Cambises, estando con ella, la llamó por el nombre de su supuesto padre, a lo que ella dijo: Veo ¡oh rey! que no sospechas cómo te ha engañado Amasis. Me ha cogido, y cubriéndome de adornos, me ha enviado a ti diciendo que era su hija. En verdad, lo soy de Apríes, que era su señor y dueño hasta el día en que él se sublevó y, de acuerdo con los egipcios, lo mató. Aquellas palabras y el motivo de queja que suponían excitaron la cólera de Cambises, hijo de Ciro y le hicieron llevar sus armas a Egipto.»[1681] En este país se contaban las cosas de otra forma. Nitetis había sido enviada a Ciro y Ciro la había cedido a Cambises[1682]. La conquista sólo fue una reivindicación de la dinastía legítima contra el usurpador Amasis, y Cambises subía al trono menos como vencedor que en calidad de nieto de Apríes. Con tan pueril ficción los egipcios de la decadencia se consolaban de su falta de energías y de su afrenta. Siempre orgullosos de su pasada gloria, pero ya incapaces de vencer, no dejaban de decir que no fueron vencidos y que no les regía otro pueblo. Persia no imponía su rey a Egipto, sino que Egipto cedía el suyo a Persia y mediante ella al resto del mundo.

Hacía mucho tiempo que el desierto y las marismas constituían el verdadero baluarte del Delta contra los ataques de los príncipes asiáticos. Entre la última fortaleza importante de la Siria, Jénysos[1683] y el lago de Serbón, donde acampaban las avanzadas egipcias, hay cerca de noventa kilómetros de distancia, que un ejército no podía recorrer en menos de tres días[1684]. En los siglos pasados, el desierto había tenido menos extensión, pero los destrozos de los asirios y de los caldeos habían cambiado el aspecto del país y trasformado en soledades regiones en otro tiempo bastante pobladas. Un acontecimiento imprevisto vino en ayuda de Cambises. Fanes de Halicarnaso, uno de los generales griegos de Amasis, desertó y se refugió en Persia, Tenía talento, energía y profundo conocimiento del futuro teatro de la guerra. Aconsejó al rey que se entendiera con el jefe que dominaba en la costa y que le pidiera un salvoconducto. El árabe colocó a lo largo del camino puestos de camellos cargados de agua, en cantidad suficiente para las necesidades de un ejército[1685].

Al llegar delante de Pelusa, los persas tuvieron noticia de que Amasis había muerto[1686] y de que su hijo Psamético III le había sucedido. A pesar de su confianza en los dioses y en sí propios, los egipcios eran presa de los más sombríos presentimientos. Ya no eran solamente las naciones del

---

1679 Heródoto, II, CLXXII.

1680 La forma egipcia de este nombre es Niteiti.

1681 Heródoto, III, I; Ctesias, fragm. 37, ed. Müller-Didot, pág. 63.

1682 Heródoto, III, II; Dinón (*Fragm. H. Græc.*, t. II, pág. 91) y Lyceas de Naucratis (*frag*. 2 en *Fragm. H. Græc*., t. II, pág. 91 y t. IV, pág. 441) referían la misma historia, probablemente siguiendo a Heródoto.

1683 Hoy Khan-Yunés.

1684 Heródoto, III, V.

1685 Heródoto, III, IV-IX.

1686 Heródoto, III, X; Diodoro de Sicilia, I, 68.

Tigris y del Éufrates, era el Asia entera, desde el Indo al Helesponto, la que se precipitaba sobre ellos y amenazaba aplastarlos. Los aliados con que contara Amasis, Policrates de Samos por ejemplo[1687], y sus antiguos súbditos, tal como los chiprotas[1688], habían abandonado una causa que comprendían perdida de antemano y se habían unido a los persas. El pueblo, atormentado por el temor al extranjero, veía en todas partes presagios e interpretaba como siniestro augurio el menor fenómeno natural. La lluvia es rara en la Tebaida y no hay tempestades allí más que una o dos veces cada cien años. Pocos días después del advenimiento de Psamético «cayeron ligeras gotas de lluvia en Tebas, lo que nunca había ocurrido antes.»[1689] La batalla que se libró delante de Pelusa fue sostenida por una y otra parte con desesperado valor[1690]. Fanes había dejado sus hijos en Egipto. Sus soldados de antaño, los carios y los jonios que estaban al servicio del Faraón, los degollaron a su vista, recogieron la sangre en una vasija grande llena hasta la mitad de vino, bebieron la mezcla y se lanzaron como locos a lo más empeñado de la lucha. Al atardecer, la línea egipcia cedió al fin y empezó la huída. En vez de reunir los restos de sus tropas y disputar el paso de los canales, Psamético, perdiendo la serenidad, corrió a encerrarse en Menfis. Cambises le envió a intimar la rendición, pero la multitud furiosa degolló a los heraldos. Después de unos días de sitio, la ciudad abrió sus puertas. El alto Egipto se sometió sin resistencia, los libios y los cirenaicos no esperaron a ser atacados para ofrecer tributo[1691] (525). Aquella rápida caída de un poder que desafiaba todos los esfuerzos del Oriente hacía ya siglos, y la suerte de su rey que no había subido al trono sino para caer inmediatamente, llenaron a los contemporáneos de admiración y de lástima[1692]. Referíase que, diez días después de la rendición de Menfis, el vencedor quiso poner a prueba la constancia de su prisionero. Psamético vio desfilar delante de él a su hija con traje de esclava, a sus hijos y a los de los egipcios más principales que eran conducidos al suplicio, sin que perdiera la impasibilidad. Pero habiendo acertado a pasar uno de sus antiguos compañeros de diversiones cubierto de harapos como un mendigo, rompió a llorar y se golpeó la frente desesperado. Cambises, sorprendido de aquel exceso de dolor en persona que había mostrado tanta firmeza, le preguntó el motivo. A lo que Psamético respondió: «¡Oh hijo de Ciro!, mis propios infortunios son demasiado grandes para que los llore, pero no así la desgracia de mi amigo. Cuando un hombre cae del lujo y la abundancia en la miseria al umbral de la veiez, bien se puede llorar por él. Cuando el mensajero refirió estas palabras a Cambises, éste reconoció ser verdaderas. Creso rompió también a llorar-porque se hallaba en Egipto con Cambises-y los persas que allí había lloraron también». Cambises, sintiendo compasión, trató a su prisionero como rey y quizá iba a restablecerle en el trono en calidad de vasallo, cuando

---

1687 Heródoto, III, LXVII; véase en el mismo libro (CXXXIX y siguientes) la historia de Syloson.

1688 Heródoto, III, XIX.

1689 Heródoto, III, X. Aún en nuestros días los habitantes del alto Egipto han considerado la lluvia como de mal augurio. Uno de ellos decía a principios del siglo último, hablando de la expedición del general Bonaparte: «Sabíamos que nos amenazaba una gran desgracia: había llovido en Luxor poco antes de la llegada de los franceses.» Wilkinson hace notar que no es tan rara en Tebas la lluvia como creía Heródoto, y habla de cinco o seis chaparrones cada año y de una gran tempestad cada diez años (G. Rawlinson, *Herodotus*, II, pág. 338, nota 4). Él mismo confiesa que chaparrones y tormentas se reducen a la montaña y no descargan en la llanura. Una vez tan solo, en 1901, he visto yo llover treinta y tres horas seguidas.

1690 Poliano, *Strat*., VII, 9) refiere la fábula que dice que Cambises colocó al frente de su ejército gatos, perros, ibis y otros animales sagrados, y que los egipcios no se atrevieron a disparar contra ellos por miedo de herir a algún dios.

1691 Heródoto, III, X-XIII; Diodoro, I, 68, desconoce a Psamético III, y Ctesias (*Persica*, § 9, edición Müller-Didot, pág. 47) sustituye a los nombres antiguos el de su contemporáneo Amyrtæos. Aristóteles (*Ret*., II, 8) considera a Amasis como el último rey de Egipto.

1692 No hay sino contadísimos monumentos de Psamético III, siendo el principal uno de los pequeños templos de Karnak (Champollion, *Monuments de l'Égypte*, t. IV, lám. CCCXI; Lepsius, *Denkm*., III, lám. 27, f-g; Mariette, *Karnak*, lámina 56 b).

supo que se tramaba una conspiración contra él[1693]. Condenó a muerte al Faraón y confío el gobierno de Egipto al persa Aryandes[1694].

Por primera vez desde que había hombres, el antiguo mundo obedecía a un solo dueño, pero ¿era posible mantener mucho tiempo reunidas a las gentes del Cáucaso con las de Egipto, a los griegos del Asia Menor y a los iranios de la Media, a los escitas de la Bactriana y los semitas de las orillas del Éufrates, y no había de caer el Imperio tan rápidamente como se había elevado? Cambises trató al principio de atraerse a sus nuevos súbditos conformándose a sus costumbres y prejuicios. Adoptó el doble cartucho, el protocolo y las vestiduras reales de los Faraones. Tanto para satisfacer sus rencores personales como para conciliarse el favor del partido legitimista, fue a Sais, violó la tumba de Amasis y quemó la momia[1695]. Realizado aquel acto de vindicta póstuma, trató con deferencia a Ladiké, viuda del usurpador, y la envió con sus padres[1696]. Mandó que fuera desalojado el gran templo de Nit, en que se habían alojado tropas persas con descontento de los devotos, y reparó a sus expensas los daños que habían ocasionado. Llevó su celo hasta instruirse en la religión, y fue iniciado en los misterios de la diosa por el sacerdote Uzaharrisniti[1697]. Era hacer con respecto a Egipto lo que su padre había hecho con Babilonia, y tenía razones poderosas para mostrar condescendencia tal para con los vencidos de la víspera, pues pensaba tomar a Menfis y el Delta como base de sus operaciones en el África septentrional. Pareció conceder muy poca importancia a la sumisión voluntaria de Cirene, o al menos la tradición doria asegura que desdeñó los presentes de Arkesilao III y que arrojó a puñados a sus tropas las quinientas minas de plata que aquel príncipe le había pagado en señal de vasallaje[1698]. Los griegos de Libia no eran bastante ricos para su gusto. La fama de Cartago, aumentada todavía por la falta de datos ciertos y por la distancia, era lo único que excitaba su ambición. Cartago estaba entonces en el apogeo de su grandeza, dominaba en las antiguas posesiones fenicias de Sicilia, de África y de España, su marina surcaba sin rivales la cuenca occidental del Mediterráneo, sus mercaderes llegaban a lo lejos hasta las regiones fabulosas de la Europa septentrional y de la Mauritania. Cambises quiso primeramente atacarla por mar, pero los fenicios que equipaban su flota no accedieron a servir contra su antigua

---

1693 Heródoto, III, XIV-XV. Según Ctesias, Persica, § 9, ed. Müller-Didot, pág. 47, el rey de Egipto fue enviado a Susa y allí murió prisionero.

1694 Heródoto, IV, CLXVI. He aquí el cuadro de la familia saíta desde Tafnakhti:

I. Tafnakhiti.	Τνέφαχθος.
XXIVª DINASTÍA	
II. Uakheri Bokunrinif.	Βόκχορις
III.	Στεφινάτης.
IV.	Νεχεψώς.
V. Nikao I.	Νεχαώ α΄.
XXVª DINASTÍA	
VI. UahibriPsamutik I.	Ψαμμήτιχος α΄, Ταμμίτιχος.
VII. Uahmibri Nikao II.	Νεχαώ β΄, Νεκώς.
VIII. Nofiribri Psamitik II.	Ψάμμουτις ὁ καὶ Ψαμμήτικος β΄, Ψάμμις.
IX. Haibri Uahibri.	Οὐαφρὴς, Ἀπρίης.
————	
I. Khnumibri, Ahmasi II Sineit.	Ἄμωσις β΄, Ἄμασις.
II. Onkhkenri PsamitikIII.	Ψαμμεχερίτης, Ψαμμήνιτος.

1695 Heródoto, III, XVII. Véase Diodoro, *fragm*. 13, 2. Más tarde, los partidarios de Amasis, para borrar la memoria de aquel ultraje, supusieron que, advertido por un oráculo, había mandado que se pusiera otro cuerpo en lugar del suyo, embalsamándolo a la manera de los reyes. Cambises había quemado aquella momia falsa, en tanto la verdadera reposaba en una cripta secreta.

1696 Heródoto, II, CLXXXI.

1697 Acerca de estos pormenores, ya señalados en parte por Ampère, véase E. de Rougé, *Mémoire sur la statuette naophore du Vatican*, págs. 13-20.

1698 Heródoto, III, XIII.

colonia[1699]. Obligado a abordarla por tierra, envió a Tebas un ejército de cincuenta mil hombres encargado de ocupar el oasis de Amón y de abrir camino al resto de las tropas. Nunca se supo con certeza qué fue de aquella vanguardia. Pasó por el Grande Oasis, luego caminó al Nordeste en dirección al templo de Amón. Contaron más tarde los naturales que al llegar a mitad de camino fue sorprendida en un alto por un huracán y enterrada bajo montones de arena. Hay que creer lo que dicen, pues por mucha diligencia que se puso, no se supo nada de ella, a no ser que no llegó al Oasis y que jamás volvió a Egipto[1700].

Parecía más fácil la empresa en dirección al Sur, porque siguiendo constantemente el Nilo no habría dificultad para llegar hasta el corazón de África. Desde la retirada de Tandamanú, el reino de Napata había interrumpido sus relaciones con las naciones asiáticas. Atacado por Psamético I y Psamético II. había guardado su independencia y roto los últimos lazos que le unían a Egipto. Las comarcas de la Nubia inferior, tan pobladas en tiempo de los Faraones egipcios, estaban a la sazón casi desiertas; las ciudades fundadas por los príncipes de la décimaoctava y de la décimanovena dinastías caían en ruinas y sus templos eran enterrados por las arenas. Próximamente a mitad de camino entre la primera y la segunda catarata, se encontraban las guardias etiópicas. El reino de Napata se dividía en dos regiones como el de Egipto: en el To-Qonsit se escalonaban, remontando el río, Pnubs[1701], Dongur[1702], la capital Napata, encima de la Montaña Santa[1703], Astamuras, en la confluencia del Nilo y del Astamuras[1704], Berúa, en fin, la Meroé de los geógrafos alejandrinos. Más allá de Berúa empezaba el país de Alo[1705], que se extendía entre el Nilo blanco y el Nilo azul hasta la gran llanura de Sennaar. En la frontera meridional de Alo vivían los asmakh, descendientes de los soldados egipcios emigrados en tiempo de Psamético I. Al Este, al Sur y al Oeste, entre el Darfur, el macizo de Abisinia y el mar Rojo, vivían multitud de tribus semi-salvajes, unas negras, otras de raza africana, otras de raza semítica, los rohresha, al Sur de Berúa, entre el Nilo azul y el Tacazzé[1706], los madi o maditi, entre el Tacazzé y la cadena de montañas que bordean el mar Rojo[1707]. El genio belicoso de los reyes de Napata veía en aquellas populosas regiones materia de triunfos fáciles y provechosos. Dos de ellos, que florecían próximamente en la misma época que Cambises, Horsiatef y Nastosenén, habían sometido a la mayor parte de aquellas gentes y desolado con incesantes incursiones a las que de entre ellas se resistían[1708].

La monarquía etiópica era electiva. La elección tenía lugar en Napata, en el gran templo, a la vista de los sacerdotes de Amón y en presencia de cierto número de delegados escogidos a este efecto por los magistrados, los letrados, los militares y los oficiales de palacio. Los miembros de la familia reinante, los *hermanos reales*, eran introducidos en el santuario y presentados sucesivamente a la estatua del dios, que indicaba al que elegía[1709] por medio de algún signo

1699 Heródoto, III, XVII, XIX.

1700 Heródoto, III, XXV, XXVI. Véase Diodoro, X, 13, § 3, y en Arriano, *Anábasis*, III, 3, el relato de la marcha de Alejandro a través del desierto de Libia.

1701 Brugsch, *Geog. Inschrift.*, t. I, pág. 120.

1702 Dongola. Véase Maspero, en las *Mélanges d'archéologie*, t. II, pág. 197.

1703 Duuab, hoy Gebel-Barkal.

1704 Astaboras de los geógrafos griegos, hoy el Tacazzé. Véase Maspero, en *Mélanges*, t. II, págs. 297-298.

1705 El reino de Aloah de los geógrafos árabes de la Edad Media. Quatremère, *Mémoires historiques sur l'Égypte*, t. II, págs. 18 y siguientes. Véase L. Burkhardt, *Travels*, págs. 452 y siguientes; Maspero, *en las Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. IV. pág. 221.

1706 Quizá los Rhausi de la inscripción de Adulis, Rhapsii de Ptolomeo.

1707 Los Mataia de la inscripción griega de Axum, Matitæ de Plinio y de Ptolomeo.

1708 Maspero, *The Stele of King Horsiatew*, en los *Records of the Past*. t. VI, págs. 87-96, y *The Stele of King Nastosenen*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. IV, pág. 204-212; véase Schæfer, *Die Æthiopische Königsinschrift des Berliner Museums*, 1901, en 4°.

1709 Mariette, *Quatre pages des Archives officielles de l'Éthiophie*, en la *Revue archéologique*, Septiembre de 1865: Maspero, *La Stèle de l'Intronisation*, en la *Revue archéologique*, 1873, t. I, y en los *Records of the Past*, t. VI,

convenido de antemano. Nombrado por los sacerdotes, el soberano seguía dominado por ellos toda la vida. Como el último de los Ramésidas en Tebas, no podía emprender ninguna guerra ni realizar ningún acto importante sin implorar la autorización del dios. Si llegaba a desobedecer o simplemente a mostrar algún indicio de insubordinación, el clero le transmitía la orden de darse muerte, y no podía menos de cumplir aquel mandato. La ley, que tan dura era para él, no era más suave para sus súbditos. La menor divergencia de opinión, el cambio más insignificante introducido en las prácticas del culto, se consideraba como una herejía y se castigaba en consecuencia. A fines del siglo séptimo, algunos miembros del sacerdocio de Napata meditaron una especie de reforma religiosa, queriendo, entre otras cosas, sustituir al sacrificio ordinario del antiguo rito egipcio diferentes ceremonias, la principal de las cuales consistía en comer cruda la carne de los sacrificios. Aquella costumbre, sin duda de origen negro, pareció abominable a los ortodoxos. El rey se trasladó al templo de Amón, arrojó de él a los sacerdotes heréticos y quemó vivos a aquéllos de sus prosélitos que pudo apresar. No por eso se abolió el consumo sagrado de la carne cruda, sino que se extendió a medida que fue debilitándose el influjo de Egipto, y acabó por arraigar tan firmemente que hasta se impuso al cristianismo[1710]. Todavía a principios del siglo décimonono los abisinios se regalaban con carne cruda, que llamaban *brindé*[1711].

El aislamiento de los etíopes había sido más provechoso que perjudicial para su fama. Apenas vislumbrados de lejos por las naciones del Mediterráneo, se les había revestido poco a poco de virtudes maravillosas y casi divinas. Se decía de ellos que eran los más altos y hermosos de los hombres[1712], que prolongaban su vida hasta ciento veinte años y más, que poseían una fuente maravillosa cuya agua conservaba a sus miembros juventud perpetua[1713]. Cerca de su capital había una pradera siempre cubierta de bebidas y de manjares dispuestos, que todo el que gustaba comía a su capricho[1714]. El oro era tan común que se le aplicaba a los usos más viles, hasta para encadenar a los prisioneros; el cobre escaseaba y era muy buscado[1715]. Cambises envió espías que exploraran el país, y, según sus informes, abandonó Menfis al frente de su ejército. La expedición medio logró su objeto, medio fracasó. Parece que los invasores siguieron el Nilo hasta Korosko, que luego le abandonaron y marcharon directamente a través del desierto hacia Napata[1716]. Faltáronles el agua y los víveres a la cuarta parte de camino, y el hambre los obligó a batirse en retirada, después de haber perdido mucha gente[1717]. La expedición tuvo por resultado unir al Imperio los cantones de la

---

págs. 71-78.

1710 Maspero, *La Stèle de l'Excommunication*, en la *Revue archéologique*, Marzo de 1873, y en los *Records of the Past*, t. IV.

1711 Valentia et Salt, *Voyages dans l'Hindoustan, a Céylan, sur les deux côtes de la mer Rouge, en Abyssinie et en Égypte*, trad. franç., t. III, pág. 283; IV, 68.

1712 Heródoto, III, XX.

1713 Heródoto, III, XXIII.

1714 Heródoto, III, XVII-XVIII, XXIII. Esta fábula halló acogida en Pomponio Mela (*de Situ Orbis*, III, 15). Heeren cree reconocer en ella las prácticas del comercio por signos, tan frecuente en África. La tabla del Sol habría sido una especie de mercado, donde los indígenas acudieran a aprovisionarse por vía de cambio. Veo yo más bien un recuerdo de la *Pradera de las ofrendas* mencionada en los textos funerarios y en la que entraban las almas de los muertos. Esta idea mística habrá sido trasportada del dominio de la fábula al de la realidad, como el juicio de los muertos, la barca del Sol en que embarca el difunto, etc.

1715 Heródoto, III, XXIII.

1716 Los geógrafos antiguos mencionan por bajo de la tercera catarata, una localidad llamada Cambusis (Plinio, *H. N.*, VI, 29), o los tesoros de Cambises, Καμβύσου ταμιεῖα (Ptolomeo, IV, 7), y se ha creído reconocer en este nombre la prueba del paso del ejército persa. Realmente, la ciudad de Kambiusit, que se menciona en los textos, era más vieja que Cambises y no tiene nada que ver con el nombre de este príncipe.

1717 Heródoto, III, XXV. Diodoro pretende que Cambises llegó hasta Meroé y que allí fundó una ciudad nueva (I, 33). Según Josefo (*Ant. Jud.*, II, 10), dio a la capital de Etiopía, que antes se llamaba Saba, el nombre de su hermana Meroé.

Nubia más próximos a Siena[1718]. No obstante, la población egipcia, siempre dispuesta a acoger bien las noticias desfavorables a sus dueños, obstinóse en no ver más que el fracaso final. Desde su infancia, Cambises había sufrido ataques de epilepsia en los cuales se volvía furioso y dejaba de tener conciencia de sus actos[1719]. El fracaso de sus tentativas en África exasperó su enfermedad y redobló la frecuencia y duración de los ataques, perdiendo el escaso sentido que había demostrado hasta entonces y dejándose llevar de toda la violencia de su carácter. El buey Apis había muerto estando él ausente, y los egipcios, después de haber llorado al difunto el número de días reglamentarios, entronizaban un nuevo Apis cuando los restos del ejército persa entraron de regreso en Menfis. Cambises, encontrando de fiesta a la ciudad, imaginó que se regocijaba por sus desgracias. Mandó que se le presentaran los magistrados, luego los sacerdotes, y los envió al suplicio sin escuchar sus explicaciones. Ordenó que le llevaran el buey y le atravesó la pierna con un puñal. El animal murió unos días más tarde[1720] y este sacrilegio provocó en el corazón de los devotos más indignación que la ruina de la patria. Su odio redobló cuando vieron al persa esforzarse tanto en ir contra sus preocupaciones como antes hiciera para atraerlos. Penetró en el templo de Ptah en Menfis y se burló de una de las formas grotescas en que se acostumbraba a representar a aquel dios. Violó las tumbas antiguas, para ver las momias. Ni los iranios y las gentes de la corte se vieron libres de su furor. Mató a su propia hermana, con la que se había casado a pesar de la ley que lo prohibía entre hijos del mismo padre y de la misma madre. Otra vez atravesó de un flechazo al hijo de Prexaspes, enterró vivos a doce de los principales persas, ordenó que Creso fuera ejecutado, luego se arrepintió de su precipitación, y no obstante condenó a los oficiales que no habían obedecido la orden que él se arrepentía de haber dado. Los egipcios supusieron que los dioses le habían vuelto loco en castigo de sus sacrilegios[1721].

Nada le retenía a orillas del Nilo, y tomó el camino de Asia. Estaba ya en el Norte de la Siria cuando se le presentó un heraldo, y proclamó delante de todo el ejército que Cambises, hijo de Ciro, había dejado de reinar, e intimó a los que le habían obedecido hasta entonces a que reconocieran por rey a Bardiya. Cambises empezó por creer que el encargado de asesinar a su hermano no había cumplido su cometido, pero pronto se cercioró de que sus instrucciones no habían sido sino demasiado fielmente cumplidas, y lloró al recordar aquel crimen inútil. El usurpador era un llamado Gamata, cuya semejanza con Bardiya era tan sorprendente que las gentes, aun estando prevenidas, se dejaban engañar con facilidad. Era su hermano Patizeites, al que Cambises había confiado el cuidado de su casa durante su ausencia[1722]. Ambos conocían la suerte de Bardiya, ambos sabían también que la mayor parte de los persas la ignoraban y creían al príncipe vivo todavía. Gamata se sublevó en Pasargadas en los primeros días de Marzo del año 522. Después de vacilar unos momentos, la Persia, la Media, el centro del Imperio se declararon en su favor y le coronaron el 9 de Garmapada (Julio del año 522)[1723]. Aterrado al principio, Cambises iba a partir al frente de las tropas que le habían permanecido fieles, cuando murió de una manera misteriosa. La inscripción de

1718 Se encuentran mencionados también, en tiempo de Darío, los etíopes al Sur de Egipto, los cusitas, entre los súbditos del Imperio persa (Heródoto, III, XCII).

1719 Heródoto, III, XXIII. Schæfer ha creído reconocer el nombre de Cambises y el de los medos en la inscripción del rey etiope Nastosenen (*Die Æthiopische Königsinschrift des Berliner Museums*). No se trata más que de semejanzas muy ligeras de nombres, y los hechos difieren demasiado en ambos casos para que sea probable la identificación que se propone.

1720 Se dice en el *De Iside*, § 44, que Cambises mató al Apis y que ordenó fuera arrojado a los perros. Probablemente hay que referir este dato a los hechos que señalaron la segunda conquista de Egipto por Orcos y por el eunuco Bagoas.

1721 Heródoto, III, XXVII-XXVIII.

1722 Dionisio de Mileto, que vivía un poco antes que Heródoto, llama a este personaje Panzytes. Ctesias (*Persica*, § 10, ed. Müller-Didot, pág. 47), y la inscripción de Behistún no mencionan más que a un mago, que Ctesias llama Esfendadates, y la inscripción Gamata. Este Gamata es el Cometés de Trogo Pompeyo y de Justino, I, 9.

1723 Véase Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, II, pág. 302, y G. Rawlinson, *The five great Monarchies*, t. III, pág. 398.

Behistún parece decir que se mató con propia mano en un acceso de desesperación[1724]. Heródoto refiere que, al montar a caballo, se introdujo la punta de la espada en la pierna, en el sitio mismo en que había herido al buey Apis: «Sintiéndose herido de muerte, preguntó el nombre del lugar en que se hallaba, y se le respondió que «Agbatana»[1725]. Ahora bien, antes de esto, le había sido anunciado por el oráculo de Butó que acabaría sus días en Agbatana. Había entendido la ciudad de este nombre en Media, donde estaban sus tesoros, y había pensado morir allí de edad avanzada, pero el oráculo se refería a la Agbatana de Siria. Cuando hubo oído el nombre del lugar, volvió en sí: «Aquí, pues, es donde está condenado a morir Cambises, hijo de Ciro». Expiró veinte días más tarde, sin dejar descendencia y sin haber designado sucesor.»[1726]

Gamata y Darío I; reorganización y división del Imperio persa.

Se ha considerado muchas veces la sublevación de Gamata como una especie de movimiento nacional, que restauró la antigua supremacía de los medos y que arrebató un momento a los persas la dominación sobre el Asia[1727]. Gamata no era medo, sino que había nacido en Persia, en la pequeña ciudad de Pisyauvada (Pasargades), cerca del monte Arakadris. Aclamado al principio por las provincias centrales y orientales solamente, fue aceptado en el resto del Imperio inmediatamente después de la muerte de Cambises. Se le tomaba generalmente por Bardiya, y esto bastaba para asegurarle el respeto y la fidelidad de los iranios. Se apresuró, por otra parte, a suprimir a todos aquéllos, grandes o pequeños, de quien sospechaba estar bien informados, y el miedo cerró la boca de los supervivientes: «No hubo persona, ni entre los persas, ni entre los medos, ni aun entre las gentes de raza aqueménida, que pensara disputarle el poder»[1728], Para atraer a su causa a los pueblos vencidos, les dispensó por tres años de tributos y del servicio militar. Durante seis meses reinó sin que nadie sospechase la impostura y viera en él otra cosa que el heredero legítimo del trono, el hijo del gran Ciro y el hermano de Cambises. A la postre, no obstante, turbóse la credulidad pública. Las revelaciones hechas por el último rey poco antes de su muerte sólo poco crédito habían hallado al principio. Se las había atribuido a envidia y odio de hermano. Pero ciertas circunstancias parecían demostrar que Cambises había dicho verdad. Según costumbre, Gamata había heredado con la corona el harén de su predecesor. Se supo que las mujeres estaban secuestradas y no se comunicaban unas con otras o con la gente de fuera más que por mensajeros secretos, con peligro de su vida. Se esparció el rumor de que el supuesto Bardiya estaba desorejado y se dedujo de esta

---

1724 H. Rawlinson, *Inscription of Darius on the rock at Behistun*, en los *Records of the Past*, t. I, pág. 412; Oppert, *Le peuple et la langue des Mèdes*, página 117.

1725 Esteban de Bizancio menciona una Ecbatana siria, y Plinio, *H. N.*, V, 19, asegura que la ciudad de Carmelo se llamaba en un principio Ecbatana. Se ha querido identificar la Agbatana siria de Heródoto con Batanæa o con Hamath.

1726 Heródoto, III, LXIV-LXV. Esta fábula del personaje al que se predice que morirá en un sitio conocido, y que cae herido de muerte en un punto desconocido del mismo nombre, ha servido varias veces en la historia. Ejemplo lo sucedido al emperador Juliano y el del rey de Inglaterra Enrique III, a quien se había anunciado que moriría en Jerusalén, y que murió efectivamente en una cámara del castillo de Westminster que se llamaba Jerusalén. Ctesias (*Persica*, § 12, ed. Müller-Didot, pág. 48), refiere que Cambises se hirió en Babilonia, un día que se distraía labrando madera. Respecto al reinado de Cambises y los documentos que han servido para reconstituir el relato del mismo, véase Maspero, *Les Empires*, págs. 654-671.

1727 La mayor parte de los escritores antiguos han compartido esta opinión (Heródoto, III, LXI, CXCIX; Platón, *Leyes*, III, págs. 694-695, etcétera), que la mayoría de los escritores modernos ha creído deber adoptar siguiéndolos (Niehbur, *Vorträge über alte Geschichte*, I, 157, 399; Grote, *History of Greece*, IV, págs. 301-302; Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, II, pág. 310). Jorge Rawlinson ha demostrado muy bien que el movimiento de Gamata no nació en Media ni varió en nada la dominación persa. Admite que la usurpación de los magos era el preludio de una revolución religiosa. (*On the Magian Revolution and the Reign of the pseudo-Smerdis*, en *Herodotus*, t. III, páginas 454-459).

1728 H. Rawlinson, *Inscription*, págs. 113; Oppert, *Le Peuple*, pág. 119.

mutilación que no era hijo de Ciro[1729]. Daryavús (Darío)[1730] hijo de Vistaspa (Hidaspes), sátrapa de Hircania, que pertenecía a la real familia y que habría sido con todo derecho el heredero de Cambises, se entendió con seis de los más resueltos de los jefes de las grandes familias señoriales de Persia[1731], sorprendió a Gamata en su palacio de Sikhyauvatis en Media y lo mató el diez de Bagayadis (Marzo-Abril) del año 521. Se refirió más tarde que, una vez realizado el crimen, se convino entre ellos en elegir por soberano a aquél cuyo caballo relinchase el primero al salir el sol, y que una estratagema de su caballerizo proporcionó la corona a Darío[1732]. El derecho de nacimiento le dispensaba de recurrir a este medio novelesco. Darío, proclamado sin más tardanza, purificó los templos que su predecesor había mancillado[1733] e instituyó la fiesta de la *magofonía* en recuerdo del asesinato que le había hecho rey.

Dos revoluciones sucediéndose una a otra en menos de un año, habían quebrantado el poderío de los persas. No era su Imperio, como el de los egipcios y el de los asirios, más que una reunión a la ventura de provincias administradas por gobernantes semiindependientes, de reinos vasallos, de ciudades y tribus mal sometidas. Cualquier pretexto era bueno para aquellos súbditos que aguantaban impacientes el yugo, y al saberse las primeras noticias, estalló la sublevación en dos puntos a la vez, en Susiana, donde Athrina, hijo de uno de los últimos reyes nacionales, Umbadaranma[1734], ciñó la diadema; en Babilonia, donde Nadintavbel se presentó como hijo segundo de Nabonides, y tomó al subir al trono el nombre glorioso de Nabucodorossor[1735]. Darío dejó a sus generales la fácil tarea de vencer a Athrina y se reservó el mando de las tropas destinadas a operar en Caldea. Nabucodorossor III había empleado bien el poco tiempo que su rival le había dejado. Cuando los persas aparecieron en la llanura asiria, ocupaba ya fuertes posiciones en la orilla derecha del Tigris y una flotilla numerosa protegía su campo. Darío no se atrevió a atacarle de frente. Dividió su ejército en pequeños cuerpos, que montó parte a caballo, parte en camello, y burlando la vigilancia de su adversario con sus múltiples movimientos, consiguió pasar el río. Los caldeos trataron en vano de echarle al agua. Derrotados, se replegaron en buen orden y seis días después dieron otra batalla en Zazanú, a orillas del Éufrates (Diciembre del año 521). Fue completa su derrota. Nabucodorossor, que había escapado con unos cuantos jinetes, corrió a encerrarse en Babilonia. Si Darío había contado con una rendición tan pronta como la que había entregado la ciudad a Ciro, resultaronle fallidas sus esperanzas. Se vio obligado a comenzar el sitio en regla y en el momento en que las provincias se rebelaban por todas partes. La tentativa del persa Martiya para corromper otra vez la Susiana fue, es cierto, reprimida prontamente por los mismos susianos, pero la Media se dejó arrastrar por cierto Fravartish, que decía descender de Ciaxares y que se proclamó rey con el nombre de Khshatrita. No estaba muy lejano el tiempo en que Astiages dominara en el Irán, para que la nobleza meda hubiera renunciado a recobrar la hegemonía de que la había

1729 Heródoto, III, LXVI.

1730 Estrabón sabía ya que Ααριαύης era el nombre verdadero del príncipe que los griegos llamaban Δαρείος. El padre de Darío era sátrapa de Persia, según Heródoto (III, LXX), de Hircania y de Partia, según la inscripción de Behistún (H. Rawlinson, *Inscription*, pág. 119; Oppert, *Le Peuple*, pág. 135).

1731 La lista que da Heródoto (III, LXX), coincide con la que el mismo Darío consigna en Behistún (H. Rawlinson, *Inscription of Darius on the rock at Behistun*, en los *Records of the Past*, págs. 126-127; Oppert, *Le peuple et la langue des Mèdes*, págs. 153-155). Ctesias ha sustituido en todas partes el nombre de los hijos al de los padres, *Persica*, § 14, ed. Müller-Didot, págs. 48-49.

1732 Véase en Heródoto, III, LXVIII- LXXXVIII el relato legendario de la conjuración.

1733 H. Rawlinson, *Inscription*, pág. 113; Oppert, *Le Peuple*, página 117.

1734 H. Rawlinson, *Inscription*, pág. 114, § 16, y J. Oppert, *Le Peuple*, pág. 121, § 15. El nombre ha sido suavizado en el texto susiano en la forma Assina. El origen real de Athrina está probado por el hecho de que Darío no dice «que miente al proclamar sus derechos a la corona (Oppert, *Le Peuple*, pág. 167).

1735 El último contrato babilónico fechado en el reinado del falso Esmerdis es del 1º de Tishri del año 522; el primero de Nadintavbel es posterior en dieciséis días. En este intervalo se supo en Babilonia la muerte de Gamata (Boscawen, *Babylonian dated Tablets and the Canon of Ptolemy*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. VI, pág. 31).

despojado el triunfo de Ciro. La ocasión era tanto más favorable cuanto que Darío había tenido que abandonar súbitamente la provincia, casi a renglón seguido del asesinato de Gamata, y desguarnecerla para formar el ejército que operaba contra Babilonia. Algunas de las tribus nómadas no se apartaron de la fidelidad; todos los medos «que vivían en casas» se colocaron bajo las banderas del pretendiente, y la insurrección cundió a los países más cercanos, Armenia y Asiria.

Hubiera caído por completo Darío si el movimiento se hubiera propagado a las satrapías occidentales, pero afortunadamente no se movieron. Orœtes, gobernador de Lidia, adoptaba aires de independencia y amenazaba hacerse peligroso; Bagæos, enviado a Sardes, comunicó a los soldados persas la orden del rey de no obedecerle en lo sucesivo, e «inmediatamente depusieron sus picas. Cuando Bagæos, viendo que obedecían, se animó y puso en manos del heraldo otra orden que decía: El rey Darío manda a los persas que están en Sardes que maten a Orœtes, sacaron las espadas y le mataron.»[1736] Tranquilo por este lado, Darío aun no había terminado, y su situación seguía siendo crítica. No podía pensar en alzar el sitio de Babilonia, pues su derrota hubiera sido segura de reaparecer libre Nabucodorossor en Asiria y en el Elam. Se decidió, por tanto, a proseguir varias campañas a la vez, y en tanto apretaba él mismo el bloqueo, reclutó otros dos ejércitos y los lanzó, uno a Armenia al mando de Dadarshish, otro a Media dirigido por Vidarna, uno de los siete. Vidarna peleó con Khshatrita en Marush, el 20 de Anamaka del año 510, pero la batalla quedó indecisa y hubo de acampar en la Cambadena para esperar refuerzos. Dadarshish por su parte consiguió tres triunfos consecutivos sobre los armenios, pero sin hacer serios progresos[1737]. En Armenia, lo mismo que en Media, Khshatrita conservó sus posiciones, y su resistencia encarnizada decidió a la Hircania y la Partiena a unirse a su causa[1738]. La Sagartia se armó al llamamiento de Tchitrañtakhma que se presentaba como descendiente de Ciaxares, y Frada se sublevó en la Margiana. La misma Persia empezó a dudar del éxito y eligió el rey que quería[1739]. Muchas gentes no podían resignarse aún a creer que se hubiera extinguido con Cambises la descendencia directa de Ciro. La usurpación y la caída de Gamata, el advenimiento de Darío no habían quebrantando su fe en la existencia de Bardiya. De que Gamata fuera un impostor no se deducía precisamente que Bardiya hubiera muerto. Así, cuando cierto Vahyasdata se les apareció como hijo menor de Ciro, lo aclamaron con entusiasmo.

Un triunfo que Hidaspes logró en Vispausatish en la Partiena, el 22 de Viyakhna del año 519, impidió a los hircanios unirse a los medos, y unos días después de la caída de Babilonia devolvió por fin a Darío su absoluta libertad de acción. La larga resistencia de dicha plaza dio abundante materia a la imaginación popular. Medio siglo más tarde decíase que el rey, al llegar delante de Babilonia, la había encontrado resuelta a defenderse desesperadamente. Los habitantes habían cortado los canales, llenado sus almacenes y graneros, luego se habían desembarazado de todas las bocas inútiles. Habían degollado a todas las mujeres, salvo el corto número que de ellas hacía falta para cocer el pan. Al cabo de veinte meses, los persas no estaban más adelantados que el primer día, y se desalentaban cuando Zopiro, uno de los siete, se sacrificó para asegurarles el triunfo. Se cortó la nariz y las orejas, se desolló a latigazos, luego se metió en la plaza como desertor, y cuando hubo ganado la confianza de los sitiados, abrió las dos puertas cuya guarda le había sido confiada. Tres mil babilonios murieron empalados, los muros fueron derribados al nivel del suelo, y la ciudad fue

---

1736 Heródoto, II, CXXVI-CXXVIII.

1737 H. Rawlinson, *Inscription*, págs. 116-118; Oppert, *Le Peuple*, págs. 127-131.

1738 H. Rawlinson, *Inscription*, pág. 119; Oppert, *Le Peuple*, pág. 135. El momento de la rebelión se indica suficientemente en el pasaje siguiente: «Los partos y los hircanios se apartaron de mí y se dijeron súbditos de Fraortes.»

1739 H. Rawlinson, *Inscription*, pág. 121; Oppert, *Le Peuple*, pág. 137. La fecha se deduce también en este caso del contexto: «Destaqué parte del ejército persa y medo que estaba conmigo. Al llamado Artavardiya, un persa, mi servidor, le hice su jefe, y otro ejército persa fue a Media, tras de mí, para apoyarme, y Artavardiya salió con el ejército para la Persia.»

repoblada con colonos extranjeros[1740]. Lo cierto en esta historia es la prolongación del sitio. Nabucodorossor fue ejecutado, y Darío, dueño al fin de hacer lo que quisiera, envió a uno de sus ayudantes, el persa Artavardiya, contra el falso Esmerdis, en tanto que él en persona iba al encuentro de Khshatrita. Penetró en Media por el desfiladero de Kerend y se unió a Vidarna en la Cambadena. La entrada en liza de los veteranos de Ciro y de Cambises cambió repentinamente la faz de las cosas. Las milicias de los medos cedieron ante ellos, y Khshatrita fue derrotado cerca del poblado de Kundurus, el 20 de Adukanis de 519. Huyó al norte, sin duda para internarse en la montaña y continuar la lucha, pero fue preso no lejos de Raga y conducido a Ecbatana. Su castigo fue atroz: cortáronle la nariz, las orejas y la lengua, vaciáronle los ojos, encadenáronle a la puerta del palacio, luego, cuando el pueblo se hubo divertido suficientemente con aquel espectáculo, fue empalado. Sus principales partidarios fueron unos empalados como él, otros decapitados[1741]. No fue menos rápido el triunfo del lado de Persia. Desde un principio, Vahyasdata cometió la falta de dividir sus tropas y de mandar parte a la Aracosia. Artavardiya, vencedor en Racha, luego en Paraga (519518)[1742], lo encerró en la fortaleza de Uvadeshaya y se apoderó de su persona[1743], mientras que el sátrapa de Aracosia rechazaba la invasión victoriosamente (518)[1744]. Pero parecía que una guerra engendraba otra. El éxito efímero del segundo falso Esmerdis, evocó un segundo falso Nabucodorossor. Apenas había salido Darío de Babilonia cuando el armenio Arakha se presentaba al pueblo como hijo de Nabonides. Vindafrana (Intafernes) le venció e hizo ejecutar (510)[1745]. Reconquistadas Media, Persia y Babilonia, no era más que un juego la sumisión de las otras provincias. Ya Tchitrañtakhma había expiado su rebelión en la cruz[1746]. Vistaspa, padre de Darío, dominó pronto la Hircania (Julio del año 519), y Dadarshish, sátrapa de la Bactriana, triunfó sin gran esfuerzo de la resistencia de Frada. La guerra había terminado (518)[1747].

La lección de aquellos rudos años no fue pérdida para el vencedor. Comprendía el Imperio de Ciro, al lado de los países gobernados por los oficiales persas, reinos y ciudades vasallas, pueblos tributarios que dependían directamente del soberano y no tenían que recibir orden alguna de los sátrapas en que estaba enclavado su dominio. Era todavía el sistema que habían practicado Tiglatfalasar III y sus sucesores asirios. No trató Darío de suprimir las dinastías locales. Lejos de ello, animó a los pueblos a conservar su idioma, sus costumbres, su religión, sus leyes, sus instituciones particulares. Los judíos obtuvieron permiso para acabar la construcción de su templo[1748]. Los griegos de Asia mantuvieron sus constituciones varias, Fenicia conservó sus reyes y sus sufetas, Egipto sus nomarcas hereditarios. Pero hubo por cima de estos poderes una autoridad

---

1740 Heródoto, III, CL-CLX; Ctesias (*Persica*, § 22, ed. Müller-Didot, pág. 50) coloca el sitio de Babilonia en tiempo de Jerjes. Según él, fue Megabizo, hijo de Zopiro, y no éste el que entregó la ciudad. Poliano (*Strat*., VIII, 11, § 8) pretende, quizá siguiendo a Carón de Lampsaco, que Zopiro imitó el ejemplo dado por un sacio que vivía al otro lado del Oxus. Los escritores latinos han trasladado la historia a Italia y la han colocado en Gabies (Tito Livio, I, 50-54; Ovidio, *Fastos*, II, 683-710), pero Sexto Tarquino, a quien la atribuyeron, no llevó su abnegación hasta mutilarse.

1741 H. Rawlinson, *Inscription*, págs. 118-119; Oppert, *Le Peuple*, págs. 131-133.

1742 Paraga parece ser Forg, en el Laristán (Oppert, *Le Peuple*, pág. 139, nota 4).

1743 H. Rawlinson, *Inscription*, pág. 121, Oppert, *Le Peuple*, págs. 139-141.

1744 H. Rawlinson, *Inscription*, páginas 121-122; Oppert, *Le Peuple*, págs. 141-143.

1745 H. Rawlinson; *Inscription*, págs. 122-123; Oppert, *Le Peuple*, pág. 143. Según Boscawen (*Babylonian dated Tablets*, en *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. VI, págs. 31-52) y Oppert (*Revised Chronology of the later Babilonian Kings*, en Transactions of the Society of Biblical Archæology, t. VI, págs. 271-272, y *Le Peuple et la langue des Mèdes*, pág. 179), una interrupción observada en las fechas de los contratos babilónicos entre el último mes del sexto año de Darío y el quinto del séptimo, señalaría el tiempo durante el cual rigió Arakha a Babilonia con el nombre de Nabucodorossor.

1746 H. Rawlinson, *Inscription*, pág. 119; Oppert, *Le Peuple*, páginas 133-135.

1747 Respecto a la cronología de esta guerra, véase Maspero, *Les Empires*, págs. 674-682.

1748 *Esdrás*, V, 2; *Haggaï*, I, 14.

única, superior a todos y la misma en todas partes. El territorio fue dividido en grandes gobiernos, cuyo número varió según los tiempos. Al principio había veintitrés:

1. El Parsa o Persia propiamente dicha;

2. El Uvaja, Elam, donde estaba Susa, una de las residencias favoritas de Darío;

3. Babirús, Caldea;

4. Athura, la Asiria, desde el Khabur al monte Zagros;

5. Arabaya, la Mesopotamia entre el Khabur y el Éufrates, Siria, Fenicia y Palestina;

6. Egipto (Mudraya);

7. Los pueblos del mar, entre los que se contaban los cilicios y los chipriotas;

8. El Yauná, que comprendía, a más de la Licia, la Caria y la Pamfilia, los colonos griegos de la costa, jonios, eolios y dorios;

9. La Lidia y la Misia (Sparda);

10. La Media;

11. La Armenia;

12. La Katpatuka, es decir, toda la región central de Asia Menor, desde el Tauro al Ponto Euxino;

13. La Partiena y la Hircania (Parthava);

14. La Zaranka (Zarangia);

15. La Aria (Haraiva);

16. La Corasmia (Uvarazmiya);

17. La Bactriana (Bakhtris);

18. La Sogdiana (Sughda);

19. La Gandaria (Gandara);

20. Los Saka o Sacios, en las llanuras de Tartaria, casi en los confines de la China;

21. Los Thatagús o Sattagydas, en la cuenca superior del Helmend;

22. La Aracosia (Harauvatis);

23. Los Maka, que habitaban los países situados en el estrecho de Ormuz.

Este número aumentó todavía por conquista. Al final de su reinado, Darío contaba en su Imperio treinta y una satrapías[1749].

Si cada una de ellas hubiera sido regida por un solo hombre, revestido de poderes equivalentes a los poderes reales y al que sólo faltasen de la realeza el título y el derecho hereditario, el Imperio habría corrido el riesgo de convertirse muy pronto en un montón confuso de principados sin cesar en lucha contra la Persia. Darío evitó la concentración de la autoridad civil y el mando militar en las mismas manos. Situó en cada gobierno tres oficiales independientes unos de otros y que dependían directamente de la corte: el sátrapa[1750], el secretario real y el general. Los sátrapas eran elegidos por el rey en cualquier clase de la nación, entre los pobres lo mismo que entre los ricos, entre las gentes de raza extranjera como entre los persas[1751], pero se estableció la costumbre de no confiar las satrapías importantes más que a los descendientes de las seis familias

1749 H. Rawlinson, *Inscription*, pág. 111; Oppert, *Le Peuple*, páginas. 113-115. La inscripción de Persépolis registró veinticuatro satrapías (Oppert, *Le Peuple*, págs. 198 199), y la de Nakhsh-i-Rustem veintiocho (Oppert, *Le Peuple*, págs. 204-205); Heródoto, III, XC-XCV, sólo enumera veinte.

1750 En persa *khshatrapa*, *khshatrapan*, *khsha-trapava.*

1751 Heródoto conoce por lo menos un sátrapa griego, Jenágoras de Halicarnaso (IV, CVII) y uno lidio, Pactyas (I, CLIII).

que habían ayudado a derribar a Gamata, o bien a personajes unidos a la familia real[1752] por vínculos de sangre[1753]. No se les nombraba por tiempo determinado, sino que permanecían en el cargo mientras así lo quería el soberano. Ejercían la autoridad civil en toda su plenitud, tenían palacios, parques o paraísos, corte, guardia personal, harén bien provisto, repartían contribución a su antojo, administraban justicia, tenían el derecho de vida o muerte. Había a su lado un secretario real. Este funcionario, encargado al parecer del servicio de la cancillería, no era en realidad más que un espía encargado de vigilar todos los actos y los pasos del sátrapa para de ellos dar cuenta a quien correspondía[1754]. Los soldados persas, las tropas indígenas y los mercenarios acantonados en las provincias estaban bajo el mando de un general, con frecuencia enemigo del sátrapa y del secretario[1755]. Estos dos rivales se equilibraban y celaban mutuamente, de modo que resultase, si no imposible, por lo menos difícil una sublevación. Estaban en constante relación con la corte por servicios de correos regulares, que llevaban sus despachos en unas cuantas semanas[1756] de un extremo a otro del Imperio. Por exceso de precaución, el rey enviaba todos los años a las provincias oficiales llamados sus *ojos* y sus *oídos*, porque estaban encargados de ver y oir, para decírselo, lo que sucedía en las partes más alejadas del territorio. Aparecían cuando menos se los esperaba, examinaban el estado de los negocios, reformaban ciertos pormenores administrativos, reprendían y suspendían en caso necesario al sátrapa. Iban acompañados de un cuerpo de tropas que apoyaba sus decisiones y que comunicaba a sus consejos una autoridad que sin ello no habrían tenido quizá[1757]. Un informe desfavorable, una ligera desobediencia, la simple sospecha de que esto ocurriera, bastaban para perder a un sátrapa. En ocasiones era depuesto, muchas veces se le condenaba a muerte sin formarle proceso, dejando el encargo de la ejecución a las gentes de su séquito. Llegaba un correo de improviso, comunicaba a los guardias la orden de matar a su jefe, y los guardias obedecían con sólo ver el decreto real.

Aquella reforma administrativa no agradó a los persas, que se vengaron con burlas de la obediencia a que Darío quería someterlos. Ciro, decían, había sido un padre, Cambises un dueño, y Darío no era más que un tendero ávido de ganancia[1758]. La división del Imperio había tenido un objetivo financiero tanto y más que político. Repartir, cobrar y entregar el impuesto era el principal deber de los sátrapas. La Persia propia fue dispensada de impuesto regular[1759]. Sus habitantes habían solamente de hacer un regalo al rey cuantas veces atravesara el territorio. El regalo era proporcionado a la riqueza del individuo. Podía ser sólo de un buey o un carnero, hasta de un poco de leche o queso, unos cuantos dátiles, un puñado de harina o de legumbres[1760]. Las otras provincias fueron cargadas, en razón de su territorio y riqueza, con un tributo pagadero parte en metal, parte en especie. La renta en dinero ascendía a 1.400 talentos eubóicos, lo que hace en peso 82.799.866

1752 Para comprender hasta qué punto se había extendido esta costumbre, basta recordar que cuando Pausanias, rey de Esparta, pensó ser sátrapa de Grecia en tiempo de Jerjes, pidió la mano de una princesa (Tucídides, I, 128).

1753 En la inscripción de Behistűn (Rawlinson, *Inscription*, págs. 119-120), Vistaspa, padre de Darío, es sátrapa de Hircania; Artafernes, hermano de Darío, lo era de Sardes (Heródoto, V, XXV), y Aquemenes, hijo de Darío, de Egipto (Heródoto, VII, VII).

1754 El papel del secretario está claramente indicado en la historia de Oretes (Heródoto, III, CXXVIII).

1755 En Heródoto, el comandante de las tropas se distingue del sátrapa (V, XXV y CXXXIII, etc.) Resulta de un pasaje de Jenofonte (*Ciropedia*, VIII, VI, 1) que los comandantes de las fortalezas eran independientes del general y sólo dependían del rey.

1756 Véase en Heródoto (V, LII-LIII) la descripción del camino real entre Susa y Sardes. Jenofonte (*Ciropedia*, VIII, VII, 18) compara la rapidez de esos mensajeros con el vuelo de las aves.

1757 Jenofonte (*Ciropedia*, VIII, VI, 16) refiere que aun era costumbre en su tiempo el envío de aquellos inspectores anuales.

1758 Δαρεῖος μὲν κάπηλος, Καμβύσης δὲ δεσπότης, Κῦρος δὲ πατὴρ, ὁ μὲν ὁτὶ ἐκαπήλευε πάντα τὰ πράγματα... (Heródoto, III, LXXXIX).

1759 Heródoto, III, XCVII.

1760 Eliano, *Var. Hist.*, I, 31.

pesetas, y teniendo en cuenta el valor relativo del dinero en las distintas épocas, 663 millones de pesetas próximamente[1761]. Para que los pagos resultaran más fáciles, Darío puso en circulación moneda de oro y plata, a la que se dio su nombre. Los dáricos llevaban en el anverso una figura real armada con arco o jabalina. Son gruesos, irregulares, de mala acuñación, pero contienen muy poca mezcla, no representando la aleación más de las tres centésimas del total[1762]. No circularon uniformemente por todas partes, sino que sirvieron sobre todo para el pago de las tropas de tierra o de mar, y comúnmente tuvieron curso no más que en las comarcas ribereñas del Mediterráneo. En el interior de Asia se siguió valorando al peso los metales necesarios para las transacciones del comercio o de la vida diaria, y los mismos reyes prefirieron conservarlos en bruto[1763]. Los fundían en vasijas de barro a medida que iban recogiéndolos, y no los iban acuñando sino según las necesidades o el capricho del momento[1764]. El tributo en especie no era menos considerable que el impuesto en metálico. El Egipto daba el trigo necesario para los 120.000 hombres que lo ocupaban militarmente[1765]. Los medos daban anualmente 100.000 carneros, 4.000 mulos, 3.000 caballos; los armenios 30.000 potros[1766], las gentes de Babilonia 500 jóvenes eunucos, la Cilicia 365 caballos blancos, uno por cada día del año[1767]. Los impuestos reales no tenían nada de exagerados, pero no podría calcularse por ellos las cargas que cada provincia soportaba. Los sátrapas no recibían sueldo alguno del Estado, vivían sobre el país en unión de su séquito y se hacían remunerar ampliamente por los naturales. Sólo el gobierno de Babilonia daba diariamente al que lo ejercía una *artaba* llena de plata[1768]: Egipto, la India, la Media, la Siria no debían producir mucho menos, y las provincias más pobres no eran las menos recargadas. Costaba el mantenimiento de los sátrapas tanto por lo menos como el de los reyes.

A pesar de sus defectos, aquel sistema era muy preferible al que se había seguido hasta entonces en Oriente. Aseguraba al soberano ingresos regulares, colocaba a las provincias bajo su dependencia y hacía muy difíciles las rebeliones nacionales. La muerte de cada rey no fue seguida, como en otros tiempos, de levantamientos, cuya represión ocupaba buena parte del reinado siguiente. No tuvo solamente Darío la gloria de organizar el Imperio persa, sino que inventó una forma de gobierno que sirvió en lo sucesivo de modelo a los grandes Estados orientales. Su fama de administrador ha llegado a oscurecer su gloria militar, olvidándose con demasiada frecuencia que ensanchó sus dominios mientras preparaba sus reformas. A fuerza de triunfos, los persas habían terminado por no tener salida sino en dos direcciones. opuestas, al Oriente hacia la India, a Occidente hacia la Grecia. Por cualquier otro lado se veían detenidos por mares o por obstáculos casi infranqueables para los pesados ejércitos de la época: al Norte, el mar Negro, el Cáucaso, el Caspio, las estepas de Tartaria; al Sur, el mar Eritreo, la meseta arenosa de Arabia, el desierto de África. Por un momento, en 512, pudo creerse que iban a avanzar a Oriente[1769]. Desde lo alto del Irán dominaban a lo lejos las inmensas llanuras del Heptahendú (Pendjab). Darío las invadió, conquistó en ellas extensos territorios, con los que formó una nueva satrapía, la de la India, luego, renunciando a seguir adelante hacia el Ganges, hizo explorar las regiones del Sur. Una flota construída en Peukela y colocada a las órdenes de un almirante griego, Skylax de Carianda, bajó por

1761 Heródoto, (III, LXXXIX-XCV) da la indicación del tributo en dinero ingresado por las satrapías.

1762 Fr. Lenormant, *La monnaie dans l'antiquité*, t. I, pág. 187.

1763 Fr. Lenormant, *La monnaie dans l'antiquité*, t. I, pág. 134.

1764 Heródoto III, XCVI, Arriano refiere que Alejandro encontró cincuenta mil talentos de plata en el tesoro de Susa (*Anábasis*, III, 16). Otros depósitos tan cuantiosos estaban encerrados en los palacios de Persépolis y de Pasargades (Arriano, *Anab*., III, 18).

1765 Heródoto, III, XC.

1766 Estrabón, XI, 13-14.

1767 Heródoto, III, XC, XCII.

1768 Heródoto, I, CXCII. Lo que equivale, en peso, próximamente a 2.600.000 pesetas de nuestra moneda al año.

1769 La satrapía de la India no se menciona en la inscripción de Behistún, pero figura en las listas de Persépolis (Oppert, *Le Peuple*, pág. 205). La expedición de Darío debe, pues, colocarse por el 512.

el Indo hasta la desembocadura y sometió al paso las tribus que habitaban una y otra orilla. Al llegar al mar, navegó a Occidente y exploró en menos de treinta meses las costas de la Gedrosia y de la Arabia[1770].

Una vez comprometidos en la India, los persas veían abrirse ante ellos un porvenir lucrativo y brillante. No sé qué circunstancia les impidió proseguir sus primeros triunfos y llevó su atención a Occidente. La conquista de la Lidia y la sumisión de las ciudades y de las islas griegas les habían asegurado el concurso de poblaciones activas y ricas, y cuyas aptitudes en las artes de la guerra como en las de la paz las hacían de inestimable valor para el soberano que supiera servirse de ellas. Curiosos, audaces, sin cesar en movimiento, ávidos de ganancias, curtidos en las penalidades de los viajes, los griegos estaban en todas partes, en Asia Menor, en Siria, en Egipto, en Babilonia, en la misma Persia, y un griego acababa de reconocer el Indo por cuenta del gran rey. Por otra parte, el mismo ardor de su temperamento, su orgullo, la incapacidad de sufrir gobierno regular, su tendencia a las luchas civiles y a la rebelión hacían de ellos súbditos difíciles de manejar y de fidelidad dudosa. Añádase que su ingreso en el Imperio no había roto la unión con sus hermanos de Europa y que seguían negociando e intrigando con ellos tan a las claras como antes lo hacían. No había de una a otra orilla del mar Egeo más que conspiraciones e intrigas, muy apropiadas para inquietar a la corte de Susa y para provocar su enojo. En el momento mismo en que Darío dirigía sus esfuerzos a reforzar el poder central y hacer más efectiva la obediencia a los sátrapas, le era difícil soportar que los griegos de Europa se mezclasen a cada momento en los negocios de sus súbditos de Asia, so pretexto de que éstos eran griegos como ellos. El prestigio del soberano habría padecido demasiado y lo mismo la autoridad de sus mandatarios. Sólo la conquista podía poner término a aquellos hechos. El día en que gobernasen sátrapas las costas europeas del mar Egeo lo mismo que las asiáticas, sería preciso que aquellas gentes turbulentas vivieran en paz unas con otras, bajo el temor al soberano. No fue, pues, como se repite todavía, puro capricho de déspota el que desencadenó el azote de las guerras médicas, sino la ineludible necesidad de vivir seguros, lo que obligó a los Imperios firmemente organizados a subyugar una después de otra todas las tribus o ciudades que se agitaban en sus fronteras. Darío, que desde Trebisonda a Barca poseía un tercio próximamente del mundo griego, no vio otro medio de asegurar su dominación y de impedir las rebeliones que conquistar los metrópoli como había conquistado los colonias y unir la Grecia europea a la Grecia asiática.

1770 Heródoto, IV, XLIV. Skylax hizo un relato de su viaje, relato que aún existía en tiempo de Aristóteles (*Politica*, VIII, 13, 1).

XIV.
LUCHA CON GRECIA
Y CAÍDA DEL IMPERIO PERSA

Expedición a Escitia y primera guerra médica; Jerjes I. Salamina y Platea; Artajerjes I y Darío II. Artajerjes II (405-359) y las últimas dinastías faraónicas. Artajerjes III, Ocos (359-338) y la segunda conquista de Egipto; los últimos aqueménidas y la caída del Imperio persa.

Expedición a Escitia y primera guerra médica; Jerjes I, Salamina y Platea; Artajerjes I y Darío II.

Dos caminos se le presentaban para escoger: uno por mar, de la costa de Jonia a la del Ática, navegando derecho por entre las Cícladas; otro por tierra, a través de la Tracia y la Macedonia. Era más corto el primero, pero había que disponer de navíos suficientes para trasportar de una vez fuerzas inmensas. No ofrecía, por otra parte, seguridad sino a condición de que la armada persa no encontrara ninguna flota enemiga que la disputara el paso y de que tuviera en el lugar de desembarco aliados dispuestos a acogerla y a abrirla las puertas de sus plazas. Era el Ática como cabeza de puente a que había de conducir necesariamente este camino, pero estaba en manos de los Pisistrátidas, que no tenían grandes deseos de ver a los persas poner el pie en el corazón de la Hélade. En tanto permanecieran hostiles, sólo un camino quedaba practicable, el más largo, el que seguía las costas de Tracia y Macedonia.

Fue el que Darío eligió desde el principio, aun cuando le impusiera nuevos enemigos, los tracios y los escitas, antes de permitirle llegar a la Grecia propia. Aun cuando hubiera trascurrido más de un siglo desde la muerte de Madyes, el recuerdo de los escitas y de sus proezas permanecía vivo en toda Asia. Las relaciones recientes de los viajeros decían que, después de haber sido los más valientes de los hombres, estaban en camino de hacerse los más ricos, pues explotaban en sus montañas minas de oro inagotables. Darío tropezaba, por otra parte, con sus tribus en toda su frontera septentrional, en el Cáucaso lo mismo que en el Yaxartes. Antes de lanzarse contra los griegos, la prudencia le aconsejaba no dejar sin castigo un enemigo al flanco. Una primera expedición, mandada por Ariaramnés, sátrapa de Babilonia, cruzó el Ponto Euxino, desembarcó en la costa opuesta unos cuantos millares de soldados y trajo prisioneros que dieron a los generales persas las noticias que necesitaban[1771]. Darío, informado por ellos, cruzó el Bósforo con ochocientos mil hombres, sometió la costa oriental de Tracia y pasó el Danubio por un puente de barcas construido por los griegos de Jonia (508). Los escitas no aceptaron la batalla que les ofrecía. Destruyeron sus forrajes, cegaron sus pozos, recogieron sus ganados y se retiraron al interior, dejándole que se las hubiera con el hambre y las dificultades del terreno. La administración militar persa había previsto su táctica y había reunido las provisiones necesarias. Por espacio de dos meses, Darío recorrió las estepas, del Ister al Tanais. Penetró hasta el corazón de Rusia, incendió las aldeas, saqueó lo que encontraba, luego volvió a su punto de partida sin otra pérdida que la de algunos enfermos. Durante su ausencia, los bárbaros habían inducido a los griegos a destruir el puente de barcas y a volver cada uno a su ciudad. Milciades de Atenas, tirano del Quersoneso, quería que

1771 Ctesias, *Persica*, § 16, ed. Müller-Didot, pág. 49. La inscripción suplementaria de Behistún habla de una expedición emprendida por Darío contra los sacios, y de un paso del mar (Oppert, *Le Peuple*, págs. 159-160). Se piensa comúnmente que el mar citado en este punto es el mar de Aral, pero ¿no podía verse en él el mar Negro, y en el texto de Behistún el relato, ya de la expedición preliminar de Ariaramnés, ya de la del mismo Darío?

siguieran su opinión. Hístico de Mileto se opuso y logró que prevaleciera la suya[1772]. Darío, al volver sano y salvo, regresó a Asia, después de haber confiado a Megabizo un ejército de ochenta mil hombres, que derrotó una tras otra a las tribus indígenas y las ciudades griegas de Tracia y obligó a los macedonios a declararse tributarios (506)[1773]. La expedición no sólo no dio lugar a la sumisión de los escitas, sino que provocó represalias por su parte. Varias de sus bandas penetraron hasta el Quersoneso y lo saquearon. No por eso dejaron de lograrse resultados positivos. En primer lugar adquirió Persia una provincia más, la Tracia, y por la sujeción de Macedonia el contacto directo con el Norte de Grecia. El camino de tierra estaba en adelante en manos del gran rey, pero las revoluciones de Atenas le impidieron servirse de él tan pronto como hubiera querido. La caída de Hippias en 510 había parecido ofrecerle ocasión de mezclarse en los asuntos de la república, pero los embajadores atenienses que habían concertado un tratado con su sátrapa de Sardes fueron desautorizados por sus conciudadanos (508) y desde aquel momento abrazó la causa de los Pisistrátidas. Los partidarios de éstos eran numerosos y prometían ayudarle en sus proyectos, si restauraba a Hippias en el poder. Atenas de Hippias hubiera sido Atenas a devoción de los persas y Grecia accesible en todo tiempo por el camino más corto. Darío acogió, pues, las proposiciones de los Pisistrátidas y había empezado a hacer que la marina milesiana ocupase las principales islas Cícladas, cuando el año 499 se sublevó la Jonia entera. Atenas acudió en auxilio de sus hermanos de Asia. En 498, un cuerpo de atenienses y de eretrianos desembarcó en Mileto, sorprendió la ciudad baja de Sardes y la incendió. No podía ser más que un triunfo sin consecuencias, pero el efecto causado por aquel reto a la majestad del Imperio persa fue tal que todos los griegos de Asia, los licios, los carios y hasta Chipre se unieron a los sublevados. Tan sólo después de seis años de lucha, en 493, Artafernes pacificó el país y Darío tuvo otra vez libertad de acción[1774].

Si antes del incendio de Sardes se había sentido inclinado a atacar la Grecia europea, se concibe sin esfuerzo cuanto hubo de confirmarle en sus proyectos la rebelión de Jonia. En primer lugar, el influjo de su sobrino Mardonio le hizo preferir el camino de tierra, pero la destrucción de su flota por las tempestades del monte Athos (492) le hizo volver a su idea primera, avanzar directamente contra el Ática. Empleó todo el año 492 en reunir sus tropas en Cilicia; luego, el año 490, las lanzó a través del Egeo, guiadas por Hippias y a las órdenes de Datis y Artafernes. Se sabe de qué modo fracasó ante el valor de los atenienses y los de Platea en la llanura de Maratón. Las pérdidas materiales de los persas fueron poco considerables y las Cícladas siguieron en su poder. Milciades, que trató de libertarlas, fracasó delante de Paros. El efecto moral fue mayor todavía que el que había producido el incendio de Sardes. ¿No se había visto a los persas y a los medos, hasta entonces reputados invencibles, retroceder ante un puñado de hoplitas atenienses? Darío no podía permanecer bajo el peso de aquella afrenta sin correr el riesgo de ver desaparecido el prestigio de su ejército y debilitada su autoridad sobre las naciones recientemente sometidas. Por espacio de tres años reunió armas, provisiones, soldados, navíos. Iba a ponerse en marcha el año 486, cuando le detuvo la sublevación del Egipto.

Había confiado Cambises el gobierno de Egipto al persa Aryandés. No tuvo en un principio Darío motivo para dejar de alabar la elección de su predecesor, pues no sólo Aryandés le fue fiel, sino que trató de acabar la conquista de Lidia. Los dorios de Cirene no habían aprobado la prisa que tuvo Arkesilao III en someterse. Le habían destituido, luego llamado otra vez, fue destituido de nuevo y asesinado en Barca, donde se había refugiado. Su madre Feretima fue a Egipto diciendo que había sido víctima de su amistad con los persas. Aryandés envió en su ayuda los hombres y los

1772 El texto de Heródoto (IV, LXXXIII-CLII) no es suficientemente claro para trazar en el mapa el itinerario de Dario, no conteniendo, a pesar de ello, particularidad alguna que no pueda explicarse satisfactoriamente.

1773 Heródoto, IV, CXLIII-CLVII; V, I-XXII, 1.

1774 Para el pormenor de los sucesos remito al lector a la *Historia griega* de Victor Duruy. Me limito a indicar la política de los persas en sus rasgos capitales.

navíos de que podía disponer[1775]. Barca resistió nueve meses y no sucumbió sino por traición[1776]. Llegaron algunos destacamentos hasta Evhespérides[1777], y a la vuelta, los generales deliberaron si ocuparían Cirene, e iban quizá a decidirse a hacerlo cuando una orden formal los llamó a Egipto. La travesía del desierto estuvo a punto de serles funesta. Los nómadas de la Marmárica, atraídos por la esperanza del botín, no cesaron de acosarles en el camino y les causaron pérdidas de consideración[1778]. Consiguieron, no obstante, traer consigo parte de la población de Barca prisionera. Aryandés envió a aquellos desventurados a guisa de trofeo, y Darío los mandó lejos, a la Bactriana, donde fundaron otro Barca. Un subalterno que emprendía conquistas sin permiso debía hacer sombra a un soberano tan celoso como lo era el gran rey. Aryandés fue condenado a muerte y formóse una leyenda alrededor de su nombre[1779]. Contaban unos que pereció por haber acuñado moneda más fina que la moneda real[1780], otros que sus malversaciones le atrajeron el odio general y que el Egipto estaba dispuesto a sublevarse cuando le mataron[1781]. Libre de este rival, Darío no perdonó medio para conciliarse el amor de sus súbditos egipcios, o al menos para hacerles soportable su dominación. Con un pueblo devoto y convencido de su superioridad, el medio mejor para conseguirlo era mostrar respeto profundo a los dioses y a los viejos reyes. Hizo, pues, lo contrario de lo que había hecho Cambises y concedió sus favores a los sacerdotes perseguidos. Cambises había desterrado al Elam al jefe del sacerdocio de Sais, Uzaharrisnití. Darío le otorgó permiso para volver a su patria, y le encargó que reparara los desastres causados por la locura de su predecesor. Uzaharrisnití, traído de puesto en puesto hasta su ciudad natal, restableció en ella los colegios de hierogrammatas, y restituyó al templo de Nit los bienes-raíces y las rentas de que se le había despojado[1782]. La tradición griega fue más allá que la tradición nacional, pues quería que Darío se hubiese iniciado en los misterios de la teología egipcia y que la hubiera estudiado en los libros[1783]. Quería también que, llegado a Menfis, después de la muerte de un toro divino, se hubiera asociado al luto general, y que hubiera prometido cien talentos de oro al que descubriera un Apis nuevo[1784]. Antes de abandonar el país, visitó el templo de Ptah, y mandó erigir en él su estatua al lado de la de Sesostris. Los sacerdotes se negaron a hacerlo «porque, dijeron, Darío no ha igualado los hechos de Sesostris, no ha vencido a los escitas que aquel venció.» Darío contestó que «esperaba hacer lo que Sesostris, si vivía tanto tiempo como vivió él» y se inclinó ante el orgullo patriótico de

1775 Heródoto, IV, CLXII-CLXVIII.

1776 Heródoto, IV, CC-CCI.

1777 Heródoto, IV, CCIV. Llamada más tarde Berenice, en honor a la esposa de Ptolomeo III, es hoy Benghazi.

1778 Heródoto, IV, CCIII.

1779 Heródoto, IV, CCIV. Probablemente a esta guerra de Aryandés contra Barca y los libios alude Darío cuando dice en el texto medo de la inscripción de Behistún: «En tanto yo estaba en Babilonia, estas provincias se separaron de mí, la Persia y la Susiana, los medos y la Asiria y los egipcios...» (Oppert, *Le Peuple*, pág. 125). En otras versiones no se hace mención de los egipcios.

1780 Heródoto, IV, CLVI. Véase Fr. Lenormant, *La monnaie dans l'antiquité*, t. II, pág. 6.

1781 Poliano, *Strat*., VII, 11, 7, donde Aryandés toma el nombre de Oryandros. Según el autor que Poliano había consultado, Darío habría llegado a Menfis en el momento en que acababa de morir un Apis. Esto ha decidido a Wiedemann a colocar la muerte de Aryandés en 517 (*Geschichte Ægyptens von Psametich* 1, págs. 236-237). Según el lugar que la expedición de Libia ocupa después de la de Escitia, y según la anécdota relativa a la estatua de Sesostris. (Heródoto, II, CX), es evidente que Heródoto colocaba la muerte de Aryandés por el tiempo de la rebelión de Jonia, entre 504 y 498.

1782 E. de Rougé, *Mémoire sur la statuette naophore du musée Grégorien au Vatican*, pág. 23; E. Révillout, *Premier Extrait de la Chronique démotique de Paris*, en la *Revue égyptologique*, t. I, página 29.

1783 Diodoro, I, 96.

1784 Poliano, *Strat*., VII, 11, 7.

sus súbditos[1785]. Los egipcios agradecidos le colocaron entre los seis legisladores cuya memoria veneraban[1786].

Es cierto que el Egipto prosperó en manos de los persas. Formaba con Cirene y Barca la sexta satrapía del Imperio[1787], a la que se unieron las tribus nubias más próximas a la frontera meridional[1788]. El gobernador, alojado en el Muro Blanco, en el antiguo palacio de los Faraones, se apoyaba en un ejército de ciento veinte mil hombres, que estaba acantonado en los tres campamentos atrincherados de los reyes saítas, en Dafné y en Menfis en los confines del Delta, en Elefantina hacia la frontera etiópica[1789]. Fuera de aquellos puestos, donde la autoridad del gran rey se ejercía directamente, la antigua organización feudal subsistía por completo. Los templos tenían sus bienes y sus vasallos exentos de las cargas ordinarias, los nobles eran tan independientes en sus principados y estaban tan dispuestos a sublevarse como en el pasado. El tributo anual, el más cuantioso después del de Caldea y el de Asia, no ascendía más que a setecientos talentos de plata[1790]. Añádase a esta suma el arriendo de la pesca del lago Mæris, que valía un talento diario durante los seis meses de crecida, al decir de Heródoto[1791], durante todo el año, según Diodoro[1792], los ciento veinte mil medimnos de trigo necesarios para la subsistencia del ejército de ocupación, la obligación[1793] de proveer al palacio de nitro y agua del Nilo[1794]. El conjunto de aquellas imposiciones estaba lejos de constituir una carga desproporcionada a los recursos del país. El comercio introducía, por otra parte, tanto dinero al menos como la dominación extranjera hacía salir. Parte de un Imperio que se extendía en tres continentes, el Egipto tenía acceso a regiones a que los productos de su industria no llegaban antes. Las mercaderías del Sudán habían de pasar por su territorio antes de llegar a los mercados de Tiro, de Babilonia y de Susa, y el istmo o Qoceyr eran todavía los caminos más cortos que las de la India o Arabia pudieran seguir para arribar a las regiones del Mediterráneo. Darío terminó, por tanto, el canal que iba desde el Nilo al golfo de Suez[1795] y volvió a abrir el camino que desde Coptos conduce al mar Rojo[1796], al que el éxito del viaje de Skylax daba más importancia que nunca. Ocupó fuertemente los Oasis[1797] y construyó en la pequeña ciudad de Hibit[1798] un templo de Amón, del que todavía quedan ruinas. El agradecimiento

1785 Heródoto, II, CX; Diodoro, I, 58. Algunos trozos con el nombre de Darío han sido descubiertos en el emplazamiento de Menfis (Mariette, *Monuments divers*, lám. 34 d.)

1786 Diodoro, I, 95.

1787 Heródoto, III, XCI.

1788 Heródoto, III, XCVII. Los etíopes no pagaban tributo regular, pero debían ofrecer cada tres años, a título de donativo gracioso, dos *chenices* de oro puro, doscientas tablas de madera de ébano, veinte colmillos de elefante y cinco esclavos jóvenes.

1789 Heródoto, II, XXX, indica que en su tiempo los persas tenían aún guarnición en Dafné y en Elefantina. Acerca de la guarnición de Menfis, véase Heródoto, III, XCI.

1790 Heródoto, III, XCI.

1791 Heródoto, II, CXLIX. Durante los otros seis meses del año bajaba a un tercio de talento por día.

1792 Diodoro, I, 52, donde se dice que Mæris había dado los productos de la pesca a su esposa para alfileres.

1793 Heródoto, III, XCI.

1794 Dinón, *Fragm*. 15-16, en los *Fragm. Hist. Græc*., ed. Müller-Didot, t. II, pág. 92.

1795 Heródoto, II, CLVIII; IV, XXXIX. Varias inscripciones trilingües descubiertas en diferentes épocas (*Description de l'Égypte*, *Ant*., V, lámina 29; *Mémoires*, I, pág. 265); Mariette, *La stèle bilingue de Chalouf*, en la *Revue archéologique*, 1866, t. II; Oppert, *Mémoire sur les rapports de l'Égypte et de l'Assyrie dans l'antiquité*, págs. 125-127) en el istmo de Súez confirman la tradición clásica y nos revelan este hecho curioso, que Darío mandó cegar más tarde parte de su propio canal, desde Bira al mar.

1796 Varias de las inscripciones grabadas en las rocas del Uadi Hammamat muestran cuán frecuentado fue el camino en tiempo de Darío (Burton, *Excerpta Hieroglyphica*, lám. 3, 4, 14; Rosellini, *Mon. Stor.*, II, 174; Lepsius, *Denkm*., III, 283).

1797 Hoy El-Khargeh.

1798 Cailliaud, *Voyage a l'Oasis de Thèbes*, lám. X, pág, 399; Hoskins, *Visit to the Great Oasis* pág. 118; Lepsius, *Hieroglyphische Inschriften in den Oasen von Kharigeh und Dakhileh*, en la *Zeitschrift*, 1874, págs. 73-83; Birch,

de tantos servicios no fue, sin embargo bastante poderoso para apagar en los egipcios el deseo de verse libres. La derrota de Maratón los alentó a sacudir el yugo, y el año 486 arrojaron a las guarniciones persas[1799]. No quiso Darío diferir por tan poco su expedición contra Grecia, sino que reunió otro ejército y se disponía a arrostrar las dos guerras cuando murió, el año treinta y seis de su reinado (485)[1800].

Antes de ser rey había tenido tres hijos de una primera mujer, hija de Gobryas: Artabazanés, el mayor, había sido considerado durante mucho tiempo como heredero presunto y probablemente había sido regente durante la expedición a Escitia[1801]. Pero, cuando estalló la sublevación de Egipto, en el momento que Darío tuvo que designar sucesor, la reina Atosa le hizo ver que sería preferible eligiera al mayor de sus hijos, Khshayarsha (Jerjes), que había nacido en el trono y tenía en las venas sangre de Ciro. Su influjo era omnipotente y el viejo rey cedió, subiendo poco más tarde Jerjes al trono sin que nadie se opusiera[1802]. Tenía entonces treinta y cuatro años y pasaba por ser el hombre más hermoso de su tiempo[1803], aun cuando indolente, de espíritu tardo y de carácter débil. Pensó en un principio suspender los preparativos guerreros, pero habiéndole probado los consejeros de su padre que no podía dejar sin venganza la derrota de Maratón, tuvo al menos la prudencia de no acceder a hacer nada en Europa antes de haber sujetado a los egipcios. La represión duró cuatro años, al cabo de los cuales Aquémenes, hermano del rey, fue nombrado sátrapa y adoptó medidas en previsión de otro levantamiento[1804]. Aquella vez nadie pensó en variar la constitución política del país y los nomos siguieron en manos de sus príncipes hereditarios. Jerjes no parece haber sospechado siquiera que, respetando las dinastías locales, conservaba jefes siempre dispuestos a obrar en las futuras sublevaciones egipcias (582).

Pacificado el Egipto, no tuvo aún libertad de movimientos. La tradición clásica pretendía que, cuando su primera visita regia a Babilonia, había herido en el más alto grado el sentimiento patrio de los caldeos por una curiosidad sacrílega. Había entrado en la tumba de Bel y no había logrado, a pesar de todos sus esfuerzos, llenar el cántaro de aceite que allí había[1805]. Sea o no cierta esta extraña leyenda[1806], el hecho de la sublevación parece ser verdadero. Megabizo, hijo de Zopiro, que era sátrapa de la provincia por derecho de herencia, trató a la ciudad con desacostumbrado rigor. El templo de Bel fue saqueado, conducida prisionera la estatua del dios y degollado el sacerdote[1807], las tumbas reales fueron violadas y despojadas, la mitad de la población reducida a esclavitud (581)[1808]. Jerjes salió al fin hacía Europa al frente del ejército más numeroso que hubiera visto el mundo, y

---

The inscription of Darius at the temple of El-Khargeh, en *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. V, págs. 293-302; H. Brugsch, *Reise nach der grossen Oase El-Khargeh*, págs. 17-99.

1799 El contrato demótico 3231 del Louvre lleva la fecha del tercer mes de la segunda estación del año XXXV de Darío I (Devéria, *Catalogue des Manuscrits égyptiens*, pág. 212). La rebelión tuvo lugar, por tanto, entre Junio y Setiembre del año 486 (Unger, *Manetho*., pág. 289).

1800 Heródoto, VII, IV. Según Ctesías (*Persica* § 19, ed. Müller-Didot, pág. 49), había vivido setenta y dos años y reinado treinta y uno.

1801 Véase sobre el particular G. Rawlinson, *The five great Monarchies*, t. III, págs. 445-446.

1802 Heródoto, VII, II-III.

1803 Heródoto, VII, CLXXXVII.

1804 Se ha creído durante mucho tiempo que el Khabbisha, mencionado en una estela de Ptolomeo Lagi, había sido el jefe de la rebelión (Mariette, *Monuments divers*, lám. 13, 1. 7-8; Brugsch, *Ein Decret Ptolemaios des Sohnes Lagi, des Satrapes*, en la *Zeitschrift*, 1871, pág. 4) Wilcken ha demostrado que no había nada de esto y que Khabbisha es posterior a Jerjes (*Zeitschrift*., t. XXXIX).

1805 Ctesias, *Persica*, § 21, (ed. Müller Didot, pág. 50); Eliano, *Var. Hist*., XIV, 3).

1806 Heródoto, VII, VII.

1807 Heródoto (I, CLXXXIII), cita el hecho del robo de la estatua sin decir nada de los hechos que le acompañaron.

1808 Ctesias, *Persica*, § 22 (ed. Müller-Didot, pág. 50). Según Arriano (*Anábasis*, VII, 17) la destrucción de la ciudad habría sido posterior a la campaña de Grecia. Por poca autoridad que tenga Ctesias, estaba más cerca de los sucesos que Arriano y he preferido seguir la versión que da.

sabido es el resultado de su empresa. Después de haber presenciado la derrota de sus naves desde las alturas del cabo Colias, volvió camino de Asia sin esperar la entrada en liza de sus tropas de tierra. Las victorias de Salamina y Platea preservaron, dícese, a Europa de la barbarie, juicio injusto para los dos adversarios y que no podría sostenerse. Los persas no eran bárbaros en el sentido que atribuímos a la palabra, tenían cultura de tipo distinto, inferior en muchos puntos, en algunos superior a la griega. Por otra parte, es estimar muy poco el genio y la vitalidad de Grecia, admitir que una derrota y sujeción pasajeras hubieran bastado para impedir su desarrollo. Para que pereciese la civilización helénica hubiera sido preciso que la raza griega resultase aniquilada en el encuentro con Asia. Ahora bien, a los persas no les gustaba destruir naciones enteras, exigían tributo y obediencia, pero por lo demás permitían a cada pueblo gobernarse a su antojo. Vencedor Jerjes, la Hélade hubiera venido a ser una satrapía, como la Siria, como la Caldea. No habría perdido su carácter propio más que aquellos países perdieron el suyo, y no habría tardado, como el Egipto por ejemplo, en recobrar su libertad. La conquista persa habría cambiado el curso político de la historia griega, mas no hubiera podido detener o simplemente suspender la marcha general de la civilización.

La derrota de Jerjes tuvo por resultado inmediato el retroceso de la frontera. Algunas guarniciones permanecieron al otro lado del Bósforo, en Bizancio hasta 478[1809], en Eión hasta 477[1810], en Doriskos hasta 450 y aún más tarde[1811]. Su mantenimiento fue una satisfacción concedida al orgullo del gran rey más que consecuencia de una necesidad política o militar. Jerjes se complacía figurándose que tenía el pie puesto en Europa y que podría volver al ataque un día u otro, pero Tesalia, Macedonia, la Peonia, la Tracia dejaron de reconocer su autoridad. Es más, Asia fue amenazada a su vez, los contingentes del Imperio fueron derrota-. dos en Micala y las trirremes áticas recorrieron a su antojo los parajes en que hasta entonces habían dominado sin rival las escuadras fenicias. Y mientras la suerte de su Imperio estaba en juego ¿qué hacía Jerjes? Gastaba en intrigas y orgías de harén el poco valor e inteligencia que naturalmente tenía[1812]. Por espacio de doce años, las operaciones languidecieron, sin que se pensase en hacer nuevo esfuerzo, ni siquiera en prevenir un ataque. Por el año 466, una flota ateniense que navegaba por las costas de Caria y de Licia a las órdenes de Cimón encontró la armada del gran rey en la desembocadura del Eurimedón. Fue otra Micala. Destruidas las naves, las tripulaciones atenienses desembarcaron y derrotaron al ejército que las acompañaba. El vencedor se dirigió a Chipre, dispersó una escuadra de ochenta velas y volvió al Pireo cargado de botín (466). Jerjes no sobrevivió mucho tiempo a aquella humillación. Fue asesinado por el eunuco Aspamitres y por el jefe de los guardias, Artabanos (465)[1813]. La misma noche. los asesinos fueron a buscar al más joven de sus hijos, Artakhshathra (Artajerjes), acusaron del crimen a otro hijo llamado Darío y le mataron so pretexto de vengar el parricidio. Trataron en seguida de hacer perecer al mismo Artajerjes, pero fueron traicionados por uno de sus cómplices y ejecutados. Los hijos de Artabanos quisieron vengar a su padre y reunieron algunas tropas, mas perecieron con las armas en la mano. Finalmente, como si no hubieran bastado tantos crímenes, el hermano mayor del nuevo rey, Histaspes, que estaba en Bactriana a la muerte de Jerjes y que habría debido heredar la corona, vino a reclamar sus derechos al frente de un ejército numeroso. Dos batallas encarnizadas le dominaron a él y a sus partidarios (462)[1814].

1809 Tucídides, I, 94.

1810 Heródoto, VII, CVII; Tucídides, I, 98; Pausanias, VIII, 8, § 5.

1811 Heródoto, VII, CVI.

1812 Véase en Heródoto (IX, CVIII-CXIII) el relato de sus intrigas amorosas con la mujer de su hermano Masistes y con la de su hijo Darío.

1813 Ctesias, *Persica*, § 29 (ed. Müller-Didot, pág. 51); Diodoro, XI. 69, 1; Justino, III, 1, y Eliano, *Var. Hist.*, XIII, 3, que refiere que Jerjes fue asesinado de noche por su hijo.

1814 Ctesias, *Persica*, §§ 30-31 (ed. Müller-Didot, págs. 51-52).

Todos los movimientos que amenazaban la existencia o simplemente la integridad del Imperio tenían eco en Egipto. La generación que se había batido contra Jerjes no había desaparecido aún cuando otra nueva, que soportaba mal el yugo persa, se sublevaba contra su sucesor. Era la Libia el más importante de los feudos del Delta desde la caída de los saítas. Dueños de Marea y de los distritos fértiles que se extendían entre la rama Canópica del Nilo, la montaña y el lago Mareotis, sus príncipes ejercían probablemente dominio sobre los Adirmaquides, sobre los Giligammos, sobre los Asbistos, sobre la mayor parte de los pueblos nómadas que habitaban el desierto[1815]. El que reinaba entonces, Inaros, hijo de Psamético, declaró la guerra a los persas. La población del Delta, maltratada por Aquémenes, le acogió con los brazos abiertos, arrojó a los recaudadores de impuestos y corrió a las armas. Desde su victoria del Eurimedón los atenienses tenían siempre una escuadra en las aguas de Chipre. Los doscientos navíos que la formaban recibieron orden de navegar con dirección a Egipto y permanecer a disposición de los jefes insurrectos[1816]. Artajerjes, no obstante, había reunido nuevas fuerzas. Se proponía tomar el mando en persona, pero, siguiendo la opinión de sus consejeros, delegó para sustituirle a su tío Aquémenes, que había llegado huído a su corte después de los primeros triunfos de Inaros. Aquémenes rechazó sin trabajo a los libios, pero la intervención de las tropas griegas cambió el aspecto de la guerra. Fue derrotado cerca de Papremis, y su ejército exterminado casi por completo: Inaros mismo le mató en la pelea y envió el cuerpo a Artajerjes, quizá en son de bravata, quizá por respeto a la sangre de la víctima[1817]. Pocos días después, la escuadra ateniense a las órdenes de Kharitimides encontróse con una flota fenicia que acudía en auxilio de los persas, echó a pique treinta navíos y apresó veinte[1818]. Los aliados subieron por el río y aparecieron delante de Menfis, donde los restos de los persas se habían refugiado con los indígenas que habían permanecido fieles (459). La ciudad sucumbió muy pronto, pero la fortaleza del Muro Blanco cerró sus puertas, y su resistencia dio tiempo al gran rey para enviar un tercer ejército[1819]. Tenían los rebeldes menos poder en las masas egipcias y libias que en el pequeño cuerpo de hoplitas y marinos atenienses. Antes de aventurar a sus generales en el Delta, Artajerjes trató de hacer algo en Grecia. Sus embajadores intentaron comprar a los lacedemonios y comprometerlos a invadir el Ática, pero la virtud espartana resistió aquella vez por casualidad la fuerza de los dáricos. Las tropas del gran rey se reconcentraron en Fenicia y en Cilicia. Sumaban trescientos mil guerreros, sostenidos por trescientos navíos, y estaban a las órdenes de Megabizo. Al acercarse el enemigo, los aliados levantaron el bloqueo del Muro Blanco. Vencidos en un primer encuentro, muerto Kharitimides y herido en una pierna Inaros, recluyéronse en la isla de Prosopitis (455) donde sufrieron un verdadero sitio de dieciocho meses[1820]. Al cabo de este tiempo, Megabizo consiguió variar el curso de uno de los brazos del río, dejó en seco las trirremes e inició el asalto. La mayoría de los auxiliares perecieron en el combate, algunos lograron llegar a Cirene y pasar de allí a Ática, otros huyeron con Inaros y se vieron obligados a rendirse poco más tarde[1821]. Para colmo de desventuras, un refuerzo de cincuenta naves que arribaba a la boca mendesiana, sin saber nada de lo ocurrido, fue rodeado por los fenicios y destruida más de la mitad de los barcos (454)[1822]. Inaros

---

1815 Letronne, *Recueil des Inscriptions grecques et latines de l'Égypte*. t. II, págs. 291-293, que no obstante ha exagerado mezclando los reyes de los ammonianos con los de la Libia.

1816 Ctesias (*Persica*, § 32, ed. Müller-Didot, pág. 52) no cuenta más que cuarenta navíos. Se trata sin duda de un error del copista, M (40) por Σ (200).

1817 Ctesias, *Persica*, § 32, ed. Müller-Didot, pág. 52. Heródoto, III, XII; Diodoro, XI, 74.

1818 Ctesias, *Persica*, § 32, ed. Müller-Didot, página 32. Probablemente esta batalla naval entre persas y egipcios es la que pintó Nealkes (Plinio, *Hist. Nat*., XXXV. 11-40).

1819 Tucídides, I, 104; Diodoro, XI, 74-75.

1820 Ctesias (*Persica*, §§ 33-34, ed. Müller-Didot, pág. 52; véase Esteban de Bizancio, s. v. Βύβλος) sustituye el nombre de Prosopitis por Byblos, «ciudad muy fuerte de Egipto».

1821 Tucídides, I, 105; Diodoro de Sicilia, XI, 71, 75. Según Tucídides, Inaros fue traicionado y entregado por los suyos.

1822 Tucídides, I, 110; Aristodemo, XIII, 4, en los *Fragm. H. Græc*.. ed. Müller-Didot, t. V, pág. 14.

había estipulado al deponer las armas que tendría la vida salva, él y sus compañeros, y Artajerjes pareció en un principio inclinado a respetar la capitulación, pero, cinco años más tarde, entregó los prisioneros a su madre Amestris, que los mandó crucificar en venganza de la muerte de Aquémenes[1823]. La victoria de Prosopitis terminó la rebelión. Thannyras, hijo de Inaros, fue nombrado rey de Libia en sustitución de su padre[1824]. No obstante, algunas bandas de fugitivos refugiados en las marismas del litoral, que en otro tiempo habían servido de refugio a los saítas, proclamaron rey a Amyrtæos y se defendieron con éxito contra todos los ataques de los persas[1825].

Estaba restablecida la integridad del Imperio, pero la guerra con los griegos duraba siempre. Seis años después de su desastre, los atenienses equiparon doscientos navíos, que colocaron a los órdenes de Cimón. Tratábase de conquistar a Chipre, o al menos de ocupar fuertemente varias ciudades chipriotas. Para dividir las fuerzas del enemigo, Cimón aparentó querer reanudar la campaña de Egipto, envió sesenta naves al rey Amyrtæos y él bloqueó con el resto la ciudad de Citión. Murió muy poco después a consecuencia de una herida, y sus sucesores se vieron obligados a levantar el sitio por falta de víveres, pero al pasar delante de Salamina deshicieron una flota fenicia y cilicia; luego desembarcaron y derrotaron a un ejército persa que acampaba cerca de la ciudad. Artajerjes no resistió a esta última derrota. Temió que los atenienses, dueños de Chipre, consiguieran, efecto de este hecho, sublevar el Egipto, siempre mal dominado, y se decidió a hacer la paz a cualquier precio. La paz le fue concedida a condición de que los griegos de Asia serían libres. Ningún ejército persa podría acercarse a más de tres jornadas de marcha de la costa jonia; ningún navío de guerra persa podría navegar por aguas griegas, desde las islas Quelidonias hasta las rocas Cianeas, es decir, desde la punta oriental de la Licia hasta la entrada del Ponto Euxino. Aquel tratado terminó la primera parte de la lucha entre persas y griegos (449). Las hostilidades habían durado medio siglo, desde el incendio de Sardes al decimosétimo año de Artajerjes I (501-449)[1826].

Los Imperios orientales no viven sino a condición de estar siempre en guerra y siempre victoriosos. No pueden encerrarse en ciertos límites, ni inmovilizarse en la defensiva. En cuanto detienen su movimiento expansivo, empieza para ellos la decadencia. No se libró Persia de la ley común. Darío I había sido un rey muy grande, superior quizá al mismo Ciro. Fuerte, hábil para organizar ejércitos, para combinar planes de campaña, para elegir sus subalternos, la prontitud con que triunfó de las rebeliones que le acometieron a su advenimiento nos prueba que era igual al menos al mejor de sus generales. Como administrador, no tuvo semejante en la dinastía aqueménida. Conquistada el Asia, la raza persa, encerrada en casi todas sus fronteras por obstáculos poco menos que infranqueables, el mar, el desierto de África y de Arabia, las montañas de la India y del Cáucaso, las estepas del Asia Central, no tenía otra salida que a Occidente. Darío y Jerjes la lanzaron contra Europa, pero su acometida fracasó ante la tenacidad helénica, y en cuanto se vio obligada a retroceder, inmediatamente empezó para ella la decadencia. No obstante, su caída no fue tan repentina como lo habían sido las de las monarquías anteriores, Asiria, Caldea, la Media. La máquina administrativa de Darío estaba demasiado hábilmente ajustada para desmontarse de un golpe, pero el abandono y la inepcia de los soberanos dejaron perderse los resortes. Se vio al mismo gobernador reunir varias satrapías bajo su mando, mandar solo los ejércitos, hacer de verdadero rey. No hubo en lo sucesivo más que sublevaciones en las provincias, no sólo en Egipto, donde el sentimiento nacional hacía imposible una tranquilidad larga, sino en Caldea, en Bactriana, en Asia Menor. Tragedias de palacio, en que el puñal y el veneno diezmaron la familia real, guerras civiles de sátrapa a sátrapa, querellas locales entre tribu y tribu y de ciudad a ciudad. Apenas se había

---

1823 Ctesias, *Persica*, §§ 34-36, ed. Miller-Didot, pág. 52.

1824 Heródoto, III, XV.

1825 Según Heródoto, III, CXL, la isla donde estableció su residencia se llamaba Elbó y había servido antaño de refugio al ciego Anysis.

1826 Para todos los hechos relativos a las guerras médicas, no puedo hacer otra cosa que remitir al lector a las Historias griegas publicadas en estos últimos tiempos.

firmado la paz con Grecia cuando Megabizo, gobernador de Siria, descontento de la manera como el rey había obrado con él después que hubo vencido a Inaros, sublevó al ejército que mandaba. Dos generales fueron a combatirle y fracasaron uno después otro, y no rindió las armas sino después de haber dictado las condiciones de la paz[1827]. Años después, su hijo Zopiro se rebeló en Caria y en Lidia, y obligó igualmente al gran rey a tratar con él[1828]. El triunfo de aquellas insurrecciones fue un detestable ejemplo para los otros sátrapas, cuya fidelidad no fue en lo sucesivo más que cuestión de capricho o de circunstancias.

Murió Artajerjes en 425 y viose empezar de nuevo las intrigas que habían ensangrentado el comienzo de su reinado. Su hijo legítimo, Jerjes II, fue asesinado al cabo de cuarenta y cinco días por uno de sus hermanos ilegítimos, Sogdianos o Sekudianos[1829]. Éste fue a su vez destronado y muerto, después de seis meses y medio, por otro bastardo llamado Darío[1830]. La vida de éste no fue más que un largo tejido de desventuras y de crímenes. Desde los primeros días, su hermano Arsités y Artyfios, hijo de Megabizo, tomaron las armas en Asia Menor, alistaron mercenarios griegos y consiguieron dos victorias importantes. El oro persa hizo lo que ya no podía el valor. Los rebeldes, abandonados por sus soldados, se rindieron a condición de que les fuera perdonada la vida. Darío II se había casado con su tía Parysatis, una de las mujeres más crueles y depravadas que han deshonrado los harenes de Oriente. Siguiendo su consejo, no guardó la palabra dada, y Arsites pereció en la ceniza[1831]. Este ejemplo no desalentó al sátrapa de Lidia, Pissuthnés. Pertenecía a la familia real[1832], ocupaba el puesto hacía al menos veinte años[1833], y había tenido tiempo sobrado para prepararse, pero la traición le venció como a Arsites. Tisafernes compró a los mercenarios que tenía a sueldo y le obligó a ponerse en sus manos. Darío le condenó a muerte y dio su herencia al vencedor[1834]. Aquella ejecución no terminó las agitaciones del Asia Menor. Amorgés, hijo natural de Pissuthnés, sublevó la Caria, se dio el título de rey y resistió hasta 412[1835].

Era el tiempo en que la guerra del Peloponeso desolaba la Grecia entera. Atenas acababa de perder en Sicilia lo mejor de su flota y lo más escogido de sus soldados. Cuando la noticia del desastre llegó a Oriente, Darío vio llegado el momento de romper el tratado de 449. Comunicó a los sátrapas de Misia y de Lidia orden de reclamar el tributo a las ciudades griegas de la costa y de hacer tratos con los lacedemonios. Esparta aceptó la alianza que se le ofrecía y desde aquel momento los distintos Estados helénicos no fueron más que juguetes en manos del gran rey o de sus agentes. Tisafernes y Farnabazo se dedicaron primeramente a mantener el equilibro entre los dorios y los atenienses, sin permitir que ninguno de los rivales diera al otro el golpe final. No duró mucho aquella política del justo medio. Darío tenía dos hijos, el segundo de los que, llamado Ciro como el fundador del Imperio, obtuvo, por mediación de Parysatis, el mando supremo de las provincias de Asia Menor. Ciro tenía la ambición de reinar, y esperaba que su madre obtendría para él, a fuerza de intrigas, la sucesión que de derecho correspondía a su hermano mayor, Arsakés, contando, caso de no lograrlo así, con conquistar el trono por la fuerza de las armas. Atenas, potencia marítima, no podía ayudarle gran cosa en una expedición dirigida contra las provincias del Asia superior.

1827 Ctesias, *Persica*, §§ 37-41 (ed. Müller-Didot, págs. 52-53).

1828 Ctesias, *Persica*, § 48 (ed. Müller-Didot, pág. 54); véase Heródoto, III, CXL.

1829 Ctesias, *Persica*, §§ 44-45 (ed. Müller-Didot, página 54); Diodoro, XII, 74, donde se dice que, según ciertos autores, Jerjes habría reinado un año entero.

1830 Ctesias, *Persica*, §§ 46-48 (ed. Müller-Didot, págs. 54-55). Este príncipe no era hijo de Damaspia, la única mujer legítima de Artajerjes I. Los griegos le llamaron Νόθος, el bastardo.

1831 Ctesias, *Persica*, §§ 50-51 (ed. Müller-Didot, pág. 55). Acerca del suplicio de la ceniza, véase Valerio Máximo, IX, 2, 7.

1832 Según la hipótesis muy verosímil de Larcher.

1833 Tucídides, I, 115, lo menciona desde antes de 440.

1834 Ctesias, *Persica*, § 52 (ed. Müller-Didot, págs. 55-56).

1835 Tucídides, VIII, 5, 19, 28.

Inclinóse, pues, a Esparta y la apoyó tan eficazmente que en dos años quedó terminada la guerra en favor de los peloponesios en la batalla decisiva de Egos-Potamos (405).

Artajerjes II (405-359); las últimas dinastías indígenas de Egipto.

Aquel brusco desenlace y los manejos secretos de que acusaban a Ciro los sátrapas del Asia Menor parecieron sospechosos con justo motivo. Darío le llamó a Susa para pedirle cuenta de su conducta. Llegó justamente a tiempo para asistir a la muerte de su padre y al advenimiento de un nuevo rey. Arsakes tomó el nombre de Artakshathra (Artajerjes) y subió al trono a despecho de los esfuerzos de Parysatis[1836]. Durante las fiestas de la coronación, Ciro se escondió en el templo y quiso asesinar a su hermano al pie del altar. Tisafernes y uno de los sacerdotes lo denunciaron, fue cogido y habría sido muerto si su madre no lo hubiera cubierto con sus brazos e impedido al verdugo cumplir su cometido[1837]. Perdonado con gran trabajo, volvió a Asia Menor con el firme propósito de vengarse a la primera ocasión. A pesar de la vigilancia de Tisafernes, reunió, con diversos pretextos, treinta mil mercenarios griegos y cien mil hombres de tropas indígenas, abandonó Sardes de improviso (401), cruzó sin ser inquietado el Asia Menor, la Siria del Norte y la Mesopotamia, pero encontró el ejército real cerca de Cunaxa, pocas leguas al Norte de Babilonia y fue muerto en la pelea. Su derrota y su muerte fueron una verdadera desgracia para la Persia. Era valiente, activo, ambicioso, estaba dotado de todas las virtudes del buen monarca oriental. Había empezado, al contacto con los griegos, a comprender puntos flacos de su nación y parecía tener el firme propósito de remediar sus vicios. De haber triunfado, quizá hubiera conseguido afirmar el Imperio un momento más y detenerlo en la pendiente que le arrastraba a la ruina. Muerto él, el ejército indígena que había llevado consigo se desbandó al momento, pero los mercenarios griegos no perdieron el valor y llegaron a las costas del Ponto Euxino a través de la Asiria y la Armenia. Hasta entonces los griegos habían considerado la Persia como un Estado compacto y terrible, que tenían fuerza bastante para vencer en el mar y para rechazar de Europa, pero que habría sido imprudente ir a desafiar allá en su patria. El ejemplo de los Diez Mil probó que un puñado de hombres perdidos en plena Caldea, privados de sus jefes a traición, sin guías, sin aliados, podían afrontarla impunemente y volver a la patria sin pérdidas considerables. Los resultados de aquella enseñanza no se hicieron esperar. Esparta victoriosa había heredado la protección que Atenas dispensaba a los jonios. La muerte de Ciro el Menor había roto los lazos que la unían a Persia y le había devuelto la libertad de acción. Durante cuatro años seguidos mantuvo la guerra en Asia, su rey Agesilao penetró hasta el corazón de Frigia, y habría llegado más allá siguiendo la huella de los Diez Mil, si el oro persa no le hubiera obligado a volver a Grecia, haciendo que Atenas volviera a tomar las armas, y que su flota, unida a la persa, barriera el Mar Egeo de Norte a Sur, que Conón se apoderara de la isla de Citerea y que los largos muros fueran levantados de nuevo a expensas del gran rey[1838].

Por el mismo tiempo en que la Hélade, dividida en contra de sí propia, se disputaba los favores del gran rey y de sus oficiales, el Egipto, unido todo él en un mismo sentimiento de odio, conseguía al fin expulsar al extranjero. Durante los cuarenta años que habían trascurrido desde la derrota de Inaros, no se había turbado seriamente la paz. Los sátrapas se habían sucedido sin dificultad en el palacio de Menfis[1839]. La muerte cruel de Inaros y probablemente también el

1836 Ctesias, *Persica*, § 57 (ed. Müller-Didot, pág. 56) en donde el nombre, se escribe Arsakes; Plutarco, *Artajerjes*, I, dice Arsikas, que debe ser la forma primera. Según Dinón (*Fragm*. 22, en los *Fragm. H. Gr.*, t. II, pág. 93), Artajerjes II se llamaba Oartes, no Arsikas, antes de subir al trono.

1837 Plutarco, *Artajerjes*, 3; Jenofonte, *Anábasis*, I, 163.

1838 Para el pormenor de estos sucesos, véase la *Historia griega* de M. Duruy.

1839 Wiedemann ha pensado que el Egipto fue dividido entonces en dos satrapías, la primera de las cuales, la del alto Egipto, fue gobernada por un sátrapa persa, y la segunda por egipcios como Pausiris (*Geschichte Egyptens von*

agotamiento de la Libia habían impedido a Thannyras dar señales de vida, el viejo Amyrteo había desaparecido y su hijo Pausiris había permanecido fiel vasallo de los persas[1840]. Más de una vez, no obstante, incidentes de escasa importancia habían demostrado que el viejo espíritu de rebelión esperaba solamente ocasión favorable para manifestarse. Un Psamético, que reinaba por el año 445 en un rincón del Delta, había osado enviar trigo y presentes a los de Atenas, entonces en guerra con su soberano[1841]. El segundo año de Darío se había señalado por una sedición en verdad fácilmente reprimida[1842]. Finalmente, por esta época parece deber colocarse un Faraón, Khabbisha, que restituyó a los sacerdotes de Butó los bienes de que los había despojado Jerjes, y que enterró un Apis en el año II de su reinado[1843]. La rebelión de Megabizo en Asia había probado cuán fácil era en lo sucesivo hacer frente al gran rey. La de Zopiro y la de Pissuthnés, sucediéndose una tras otra, habían absorbido durante años enteros las fuerzas del Imperio. Por el año 405, un nieto de Amyrteo, que se llamaba como su abuelo, proclamó la independencia de Egipto[1844]. No expulsó por completo a los persas. porque Artajerjes tenía aún tropas egipcias en su ejército en 401, en el momento de la campaña contra Ciro[1845]. Tuvo igualmente que resignarse a sufrir las rivalidades de los demás príncipes, y los textos nos señalan al lado de él un Psamético procedente de la antigua rama saíta y que se atribuía el título de rey de los egipcios[1846]. Aquel feudalismo era bastante turbulento y temible para impedir que el cetro quedase mucho tiempo en la misma familia. La vigésima octava dinastía duró seis años, justamente tantos como Amyrteo, y fue seguida por una dinastía mendesiana, cuyo jefe, Neforites, completó la obra de emancipación. Con él, el Egipto volvió a entrar en plena posesión de sí mismo y recuperó su actividad de otros tiempos[1847].

Las circunstancias le imponían la política que había de seguir. La desproporción de fuerzas entre una provincia aislada y un Imperio que cubría el Asia anterior era demasiado visible para que los Faraones pensaran mantenerse por sí solos, sin apoyo del exterior. Volvieron instintivamente a los errores de Psamético y de sus sucesores, y su historia reprodujo de una manera sorprendente la de los primeros saítas. Era el Egipto como una ciudadela sitiada, y ellos trataron de trazar por delante de la plaza líneas de puestos en que fuera a estrellarse la primera acometida del enemigo. Intrigaron, por tanto, en Siria y en Chipre, ya para proporcionarse aliados, ya para llegar a restablecer la antigua soberanía de los príncipes tebanos. Derrotados en aquellas avanzadas, tenían tiempo de rehacer en África un ejército y hasta una flota antes de que el vencedor llegase a la frontera. Todas las sublevaciones de pueblos, todas las querellas de sátrapas les eran favorables, puesto que obligaban al gran rey a dividir sus fuerzas. Fomentáronlas cuidadosamente, las provocaron en caso preciso, y siguieron tan bien este plan que durante mucho tiempo tuvieron delante la menor parte de las tropas persas. Como los saítas, apreciaban en su justo valor las poblaciones indisciplinadas y poco belicosas que mandaban, y se apoyaron en soldados europeos

---

Psametich I, págs. 252-253).

1840 Heródoto, III, XV.

1841 Filocoro, *fragm*. 90, en los *Fragm. H. Græc*., tomo 1, 2, págs. 398-399.

1842 Véase Brugsch, en la *Zeitschrift*, 1871, pág. 13.

1843 Sincelo, pág. 256 d.

1844 La forma griega parece corresponder a una forma Amurtais o Amurtaif. No se ha descubierto todavía el nombre de este rey en los monumentos egipcios contemporáneos, y los de los Faraones con los que se le ha identificado, Rudamón y Ameniritrut (Wiedemann, *Geschichte Æhyptens von Psametich I*, pág. 272), no pueden corresponder a mediados de la época persa. El nombre que corresponde al de Amyrteo en la rapsodia demótica no se lee con certeza (E. Révillout, *Second extrait de la Chronique démotique de Paris*, en la *Revue égyptologique*, t. II, págs. 53-54).

1845 Jenofonte, *Anábasis*, I, 8, 9.

1846 Ley (*Fata et conditio Egypti sub imperio persarum*, 20, 57), luego Lepsius (*Königsbuch*, págs. 48-50), han identificado a este Psamético con Amyrteo, que de esta suerte vendría a ser Psamético IV.

1847 Es al menos lo que de Neforites pensaban los egipcios del tiempo de los Ptolomeos (véase E. Révillout, *Second Extrait de la Chronique démotique*, en la *Revue égyptologique*, t. II, pág. 55).

que pagaron con esplendidez y que ronovaron sin cesar, por miedo a que los enervasen las costumbres y el clima. Eran los tiempos en que los mercenarios sustituían en todas partes a las levas de ciudadanos, volviéndose la guerra oficio lucrativo para el que sabía hacerla bien. Los Faraones no dudaron nunca en prodigar sus tesoros para comprar el apoyo de aquellas bandas temibles. Ificrates, Cabrias, Timoteo, todos los jefes de renombre aparecieron sucesivamente al frente de las masas egipcias o persas que peleaban a orillas del Nilo, unas veces con el asentimiento, otras contra la voluntad de su patria. Cuando Neforites subió al trono, Esparta estaba en el apogeo de su grandeza. Acababa de declarar la guerra al gran rey y Agesilao preparaba su expedición a Frigia. Neforites concertó, pues, una alianza ofensiva y defensiva con los lacedemonios, y les envió, en 396, un convoy considerable de trigo, armas y municiones, convoy que fue interceptado por el ateniense Conón, que mandaba la escuadra persa[1848]. El llamamiento de Agesilao a su patria y el abandono del Asia Menor por los espartanos enfriaron la buena voluntad del rey de Egipto, que conservó cerca de si las tropas que había parecido dispuesto a enviar lejos y las reconcentró en la frontera siria para rechazar la acometida que creía inminente[1849].

No vinieron los persas tan pronto como él los esperaba. La retirada de los lacedemonios no había terminado las cuestiones de Asia, pues desde la tentativa de Ciro, la mayor parte de los pueblos indígenas, misios, pisidios, gentes del Ponto y de la Paflagonia, habían sucudido el yugo. Artajerjes dirigió contra ellos el ejército que habría debido mandar a orillas del Nilo. Chipre sola le detuvo largo tiempo. Dos razas se dividían aquella isla, la fenicia y la griega, pero desde el día en que los aqueos, aliados a las naciones del mar rechazadas por Mineftah[1850], se habían establecido allí, el influjo de la griega no había dejado de crecer. Todos los aventureros en busca de territorio que conquistar se dieron cita en aquella frontera del mundo oriental, colonos de Kythnos, jonios del Ática a quienes la tradición atribuía la fundación de Æpeia, argivos de Kurión, arcadios de Agapenor, escapados del sitio de Troya para edificar a Pafos. Desde el siglo último antes de nuestra era, el predominio del elemento helénico era hasta tal punto sensible que la isla entera se llamaba para los asirios Iavana, el país de los jonios, y la llanura de Pediæos, alrededor de Salamina, la, la tierra jonia[1851]. De los doce reyes que se la disputaban, siete por lo menos tenían nombres griegos[1852]. Más tarde el contingente semita siguió disminuyendo. Los fenicios, rechazados lenta pero seguramente, se reconcentraron alrededor de Citión y de Amathonte. Por reducidos que estuvieran en número, seguían siendo, no obstante, bastante numerosos para impedir a los príncipes de Soles o de Salamina reunir la isla entera en un solo Estado, y si no extender su influjo más allá del mar, al menos proteger eficazmente la libertad común contra los dueños del continente vecino. Todos aquéllos a quienes atraían las riquezas del suelo dominaron la isla sin trabajo, los asirios con Sargón, los caldeos con Nabucodorossor, los egipcios con Amasis, los persas con Ciro y Cambises.

Aquellas sucesivas servidumbres dejaron huellas profundas en las costumbres y sobre todo en el arte. Según las épocas, los monumentos chipriotas ostentaron el sello del estilo asirio o del estilo egipcio más o menos alterado[1853]. Pero si lo exterior de la civilización se modificó muchas veces imitando los modelos orientales, lo helénico del fondo se acentuó cada vez más. Los chipriotas habían sido de los pueblos más antiguos entre los de su raza en la posesión de la escritura. Habían adoptado un silabario especial, poco tiempo sin duda después de su desembarco. Lo conservaron

---

1848 Diodoro XIV, 79. Trogo Pompeyo (Justino VI, 2) colocaba el mismo hecho en el reinado de Hakoris, a quien llama Hercynion, ignoro con qué fundamento.

1849 La última fecha conocida del reinado de Neforites es del cuarto año, y figura en la banda de una momia conservada en el Louvre (Devéria, *Catalogue des manuscrits égyptiens*, págs. 207-208.

1850 Los Aqaiusha del texto de Mineftah son los aqueos que colonizaron a Chipre (Filostefanos, *fragm*. 1 en los *Fragm. H. Gr.*, t. III, pág. 31: ὁ Κηφεὺς ἐξ᾽Αχαΐας, ὁ δὲ Πράξανδρος ἐκ Λακεδαιμονίας παρεγένοντο εἰς Κύπρον).

1851 Fr. Lenormant, *Les origines de l'Histoire*, t. III, págs. 58-86.

1852 G. Smith, *History of Assurbanipal*, pág. 32; Fr. Delitzch, *Wo lag das Paradies?* págs. 291-294.

1853 Véase Heuzey, *Catalogue des figurines antiques de terre cuite du Musée du Louvre*, págs. 126 y siguientes.

aún cuando los otros griegos empezaron a usar el alfabeto cadmeo. Quizá con aquel sistema imperfecto los aedas, educados en la corte de sus príncipes, escribían aquellos poemas cuya fama fue bastante duradera para que en ellos se comprendiera más tarde, por error, el ciclo de epopeyas conocido con el nombre de Cantos Chipriotas[1854]. Una tradición bastante antigua llegaba a colocar en Salamina el lugar de nacimiento de Homero. ¿Hay que admirarse, después de esto, si, desde el comienzo de las guerras médicas, los chipriotas se colocaron al lado de los jonios? Uasilas, rey de Salamina, se alió con Mileto, y los otros príncipes fueron arrastrados por su ejemplo, a excepción del de Amathonte. Durante un año, hizo frente a las fuerzas del gran rey[1855]. Sofocada la rebelión, la mano de Darío cayó más pesadamente sobre la población griega, a la que se prohibió el comercio, cerrándose los puertos a las naves procedentes de la Hélade, y siendo sustituídos en varias ciudades, en Salamina por ejemplo, los tiranos de vieja raza por dinastas fenicios. Efectivamente, el gran rey pensaba apoyarse en lo sucesivo en el elemento fenicio para hacer respetar su autoridad. Citión, a quien la vecindad de Salamina había casi arruinado, volvió a ser lo que antes era, el mercado principal y la capital de la isla. A pesar de la aparición intermitente de las flotas atenienses, trascurrió más de un siglo sin que los helenos chipriotas encontraran ocasión de sustraerse a aquella dominación que los abrumaba.

Evagoras los libró. Descendía de los antiguos reyes de Salamina. Después de haber expulsado al tirio Abdemón, que ilegítimamente ocupaba su ciudad, se apoderó de la isla entera a excepción de Citión y Amathonte. No es éste el lugar de referir la parte que tomó, con el ateniense Conón, en las campañas de los persas contra los espartanos. Su ambición y su actividad hicieron pronto sombra a Artajerjes, no sin motivo. Ya en 391 estaba en franca rebelión contra su soberano. Reducido a sus únicos recursos, la represión hubiera sido breve, pero estaban en juego Grecia y Egipto, dispuestas a ayudarle con su dinero y con sus armas. Hakoris había sucedido a Neforites el año 393. Después de haber determinado la seguridad de su frontera occidental por tratos con los libios de Barca[1856], se entendió con Evagoras y con los atenienses. Dio trigo, municiones, naves, dinero[1857]. Atenas envió unos cuantos miles de hombres con Cabrias, uno de sus mejores generales[1858]. No sólo fracasó vergonzosamente una primera expedición persa dirigida por Autofradates[1859], sino que Evagoras se apoderó de Citión y Amathonte, se atrevió a cruzar los mares, tomó a Tiro por asalto y devastó la Fenicia y la Cilicia[1860]. Ya los tiranos de Asia Menor se agitaban, y uno de ellos, Hekatomnos de Caria, se había declarado por los confederados[1861]. Esparta, a la que agotaba la prolongación de las hostilidades, trató de pronto con la corte de Susa, negociando en su nombre Antálcidas una paz célebre en la historia de Grecia. Una orden partida del fondo de Asia notificó a todos los pueblos de la Hélade que habían de ponerse de acuerdo y respetar en adelante la libertad unos de otros (387). Ninguno era capaz de resistir a los espartanos y a los persas reunidos, y así, se obedeció. Poco más de medio siglo antes, Atenas, tratando con un Artajerjes, le había arrancado la independencia de los griegos de Asia, Esparta, tratando con un segundo Artajerjes, se la entregaba.

Quedaba libre el gran rey para lanzarse sobre los rebeldes. Evagoras sufrió el primer choque. Chipre era, efectivamente, como una avanzada natural de Egipto. El que la ocupase dominaba el mar, y desde allí amenazaba las comunicaciones de un ejército que, saliendo por Palestina, hubiera

---

1854 Demodamos, *fragm*. 3, en los *Fragm. H. Græc.*, t. II, pág. 144.

1855 Heródoto, V, XCIV-CV, CXIII-CXVII.

1856 Teopompo, *fragm*. 111 en los *Fragm. H. Græc*, t. I, págs. 295, 296. Según Diodoro de Sicilia (XV, 2), la alianza de Hakoris con Evagoras debería referirse a la olimpiada XCVIII, 3 (386).

1857 Diodoro, XV, 3.

1858 Jenofonte, *Helénica*, V, 1, 10; Cornelio Nepote, *Cabrias*, II; véase Rehdantz, *Vitæ Iphicratis, Chabriæ, Timothei, Atheniensium*, páginas 34-35.

1859 Teopompo, fragm. 111 en los *Fragm., H. Græc.*, t. I pág. 295.-

1860 Diodoro de Sicilia, XV, 2, Isócrates, *Evagoras*, 62; *Paneg*., § 160.

1861 Diodoro de Sicilia, XV, 2.

acometido el Delta. Artajerjes reunió, pues, trescientas trirremes y trescientos mil infantes, a las órdenes de Tiribazo, y los desembarcó en la isla. Los corsarios chipriotas interceptaron los convoyes y redujeron a los invasores a una penuria tal que estalló en su campo una sublevación. Al final, no obstante, Evagoras fue derrotado en el mar a la altura de Citión y su escuadra destruida. No se desanimó, dejó a su hijo Pnytagoras para que saliera como pudiese de la dificultad, y pasó a Egipto para implorar el apoyo del Faraón (385). Hakoris tenía suficiente con pensar en la propia seguridad sin aventurarse en una expedición lejana. Evagoras no trajo más que subsidios insuficientes. No disponiendo más que de tres mil hombres, se encerró en Salamina y en ella se defendió por espacio de largos años[1862]. La traición de uno de los generales persas, Gaos, yerno de Tiribazo, le dio un momento de esperanza. Gaos se alió con Hakoris y solicitó el apoyó de los lacedemonios, pero pereció antes de haber hecho nada. Evagoras quedó otra vez solo en presencia del enemigo. Mientras que los subalternos del gran rey apretaban el bloqueo, Artajerjes estuvo a punto de perder la vida en una campaña desgraciada contra los cadusios. Valiente soldado, pero poco discreto general, el ejército que guiaba, hambriento y acosado por un enemigo al que no podía dar caza, habría sido destruido en su marcha a través de las montañas, a no ser por la astucia de Tiribazo, que convenció a los bárbaros de que pidieran la paz en el preciso momento en que iban a triunfar[1863].

Desde el momento de la derrota de Evagoras, Hakoris, comprendiendo que la sumisión de Chipre no era más que cuestión de tiempo, había tratado de distraer las fuerzas persas en el Asia Menor. Se alió con los pisidios, que estaban entonces en plena sublevación, pero sin gran resultado[1864]. Grecia le sirvió de más. La paz de Antálcidas había dejado sin empleo a muchos mercenarios, y pronto logró reunir veinte mil de ellos[1865]. Los persas, todavía ocupados en Chipre, no supieron prevenir la llegada de aquellos refuerzos, y fue circunstancia feliz para Egipto, porque Hakoris murió en 381, sus herederos Psamutis, Muthis y Neforites II pasaron rápidamente por el trono[1866] y el país entero se vio perturbado durante dos años (381-379) por el arreglo de su sucesión. La misma turbulencia de los grandes feudatarios, que había impedido a los saítas conservar el poder, fue igualmente funesta para los mendesianos. El príncipe de Sebennytos, Nakhtharhabi (Nectanebo I), fue elevado al trono por sus soldados. La tradición de la época ptolemaica quiso que fuera el hijo de Neforites I, alejado de la corona por envidias de los dioses[1867]. Cualquiera que fuese su origen, el Egipto no tuvo que arrepentirse de haberle aceptado por soberano. Seguir proporcionando a Evagoras los subsidios que Hakoris le había facilitado hubiera sido dinero perdido. Los suprimió, acelerando la caída del tirano de Salamina[1868]. Abandonado de todos, cansado de seis años de resistencia, no consintió en rendir las armas sino en las más ventajosas condiciones. No sólo Artajerjes le perdonó el haberse sublevado, sino que le confirmó el título de rey y le concedió el libre ejercicio de su poder mediante un tributo anual (380).

Nectanebo, que había quedado solo frente al gran rey, redobló su actividad. Los sucesos de los últimos años habían puesto de relieve los talentos del ateniense Cabrias. Le invitó a venir a

---

1862 Diodoro de Sicilia, XV, 4-8.

1863 Plutarco, *Artajerjes*, 24; Cornelio Nepote, *Datames*, 1.

1864 Teopompo, frag. 111 en los *Fragm. H. Græc.*, t. I, pág. 296.

1865 Diodoro, XV, 29.

1866 Wiedemann (*Geschichte Ægyptens von Psametich I*, págs. 262 y siguientes) ha creído poder modificar el orden de sucesión de los príncipes de esta vigésima nona dinastía, conforme a la rapsodia demótica descubierta por M. E. Révillout. El descubrimiento de un texto de Psamutis (*Recueil*, t. VI, pág. 20), en que este príncipe habla de Hakoris, bastaría solamente para demostrar que Manetón estaba bien informado en este punto, como siempre.

1867 E. Révillout, *Second extrait de la Chronique démotique de Paris*, en la *Revue égyptologique*, t. II, pág. 55.

1868 Es al menos la interpretación que me parece mejor del fragmento de Teopompo (fragmento 111 en los *Fragm. H. Græc.*, t. I, pág. 295): καὶ ὡς Νεκτανίβιος παρειληφότος τὴν Αἰγύπτου βασιλείαν, πρὸς Λακεδαιμονίους ἀπέστειλεν Εὐαγόρας, τίνα τε τρόπον ὁ περὶ Κύπρον πόλεμος διελύθη. Si el cambio de reinado que ocurrió entonces en Egipto no le hubiera sido desfavorable, Evagoras no habría tratado de explorar la voluntad de los lacedemonios y no se habría rendido inmediatamente después.

organizar su ejército, y Cabrias aceptó, aún cuando no estuviera autorizado por su gobierno[1869]. Trasformó el Delta en verdadero campo atrincherado, guarneció los puntos vulnerables de la costa, construyó en cada boca del río dos torres que dominaban la entrada, armó la frontera libia lo mismo que la frontera asiática, y eligió tan bien el emplazamiento de sus fortalezas, que en la época de Augusto varias de ellas llevaban todavía su nombre; una situada delante de Pelusa, se llamaba el castillo[1870], otra, no lejos del lago Mareotis, el poblado de Cabrias[1871]. Los persas trataron de proporcionar sus medios de ataque a los de defensa del enemigo. Ako era, en la costa meridional de Siria, el único puerto bastante vasto para abrigar sus flotas, bastante seguro para defenderlas contra las tempestades y las sorpresas. Farnabazo estableció allí su cuartel general e hizo de ella la base de sus operaciones[1872]. Durante tres años[1873], víveres, municiones, soldados de tierra y de mar, navíos fenicios y griegos afluyeron allí. Las rivalidades de los jefes persas Titraustés, Datames, Abrocomas, y las intrigas de la corte estuvieron a punto varias veces de detener los progresos de la empresa, pero Farnabazo consiguió siempre alejar a sus rivales, y a principios de 374 la expedición estaba dispuesta a partir[1874]. La formaban doscientos mil soldados y veinte mil mercenarios, trescientas trirremes, doscientas galeras de treinta remos y muchas naves de trasporte[1875]. En el último momento, Egipto había perdido su mejor jefe. Artajerjes había preguntado a Atenas con qué derecho autorizaba a Cabrias a servir contra él en las filas de los egipcios, y al propio tiempo rogado a los atenienses, sus amigos, que le cedieran por algún tiempo a su general Ificrates. Los atenienses ordenaron a Cabrias que regresase y enviaron a Ificrates a Siria, donde asumió el mando de los auxiliares griegos[1876]. El ejército, reforzado de esta suerte, se puso en movimiento por Mayo de 374[1877]. Al llegar a Pelusa, Farnabazo vio que tenía pocas probabilidades de rendir la plaza. No sólo las murallas habían sido reconstruidas, sino que los habitantes habían cortado los canales e inundado las cercanías. Ificrates aconsejó una sorpresa. Tres mil hombres enviados secretamente desembarcaron a la entrada de la boca mendesiana y atacaron los atrincheramientos que la defendían. La guarnición salió imprudentemente, y fue derrotada y perseguida con tanto ardor que vencedores y vencidos penetraron confundidos en la fortaleza. La brecha estaba abierta y lanzándose por ella prontamente era posible apoderarse del país con facilidad. Las discusiones entre los generales hicieron perderse la ocasión. Ificrates había interrogado a los prisioneros y había sabido por ellos que Menfis estaba desguarnecida. Aconsejó, pues, a los persas que remontaran el Nilo a toda prisa y tomasen la capital antes que Nectanebo hubiera metido en ella refuerzos, pero Farnabazo juzgó aventurado el proyecto y prefirió para obrar a que hubiese llegado todo el ejército. Ificrates propuso entonces intentar la aventura con sus griegos, pero se temió que ocultase algún propósito de traición y se le negó el permiso para partir. Aquellos aplazamientos habían dado tiempo a Nectanebo para rehacerse de la primera emoción. Volvió a la ofensiva, asaltó el campo de los enemigos y consiguió la victoria en varias escaramuzas. Mientras tanto el verano avanzaba, el Nilo subía rápidamente y pronto la Inundación cubrió el suelo. Ificrates y Farnabazo se batieron en retirada y volvieron a Siria. Ificrates, disgustado por las recrimimaciones de sus colegas asiáticos, se

1869 Diodoro, XV, 29; Cornelio Nepote, *Cabrias*, 2.

1870 Estrabón, XVI, 11, 33: ὁ Χαβρίου λεγόμενος Χάραξ.

1871 Estrabón, XVII, 1, 22: ἡ Χαβρίου κώμη λεγομένη.

1872 Diodoro, XV, 41; Cornelio Nepote, *Datames*, 5. Véase Estrabón, XVI, 11, 25.

1873 Isócrates, *Paneg*., § 161.

1874 Isócrates, *Paneg*., § 161; Cornelio Nepote, *Datames*, 5.

1875 Diodoro, XV, 41.

1876 Cornelio Nepote, *Cabrias*, 3; Ificrates, 2; Diodoro, XV, 29.

1877 Según ha hecho observar muy acertadamente Kenrick, *Ancient Egypt under the Pharaons*, t. II, página 421, los generales persas y atenienses cometieron la misma falta que dio lugar a la derrota de San Luis y al apresamiento de su ejército en 1249 y que Bonaparte evitó en su campaña de 1798.

embarcó en secreto para Atenas. Lo que quedaba del ejército y de la flota se disolvió inmediatamente después de su partida, y Egipto se vio libre por un cuarto de siglo[1878].

Aquel fracaso no quebrantó para nada el ascendiente que el gran rey venía ejerciendo en Grecia desde la paz de 387, y Atenas, Esparta y Tebas siguieron disputándose su alianza con más encarnizamiento que nunca. En 372, Antálcidas volvió a presentarse en Susa para implorar nueva intervención. En 367, Pelópidas e Ismenias obtuvieron un rescripto ordenando a los griegos vivir en paz, y más tarde Atenas envió embajadores para mendigar los subsidios de Persia. Parecía que Artajerjes hubiera llegado a ser para los Estados helénicos una especie de árbitro supremo ante el que todos venían a presentar sus quejas. Pero aquel árbitro que imponía su voluntad fuera no era dueño en su propia casa. Suave, de genio afable, más inclinado a perdonar que a castigar, no tenía la energía necesaria para reprimir la ambición de los gobernadores de provincia. Ariobarzano de Frigia había dado la señal de la defección. Datames y Aspis de Capadocia se sublevaron uno detrás de otro y desafiaron durante años enteros los esfuerzos de su soberano. Cuando se hubo desembarazado de ellos a traición, todos los sátrapas de las provincias occidentales, desde las fronteras de Egipto hasta el Helesponto, concertaron una alianza ofensiva y defensiva. El Imperio se deshacía si los dáricos no hubieran intervenido una vez más en la querella. Egipto, siempre en acecho, había visto en este movimiento ocasión para mostrar su odio contra Persia y para aumentar su propia seguridad. Nectanebo había muerto en 361 y le había sucedido su hijo Tacos[1879]. No dudó en tratar con los rebeldes, y éstos le enviaron a Rheomitres para discutir las condiciones de la alianza. Nectanebo había dejado flota numerosa y tesoro bien provisto. Tacos confió al embajador quinientos talentos de plata y cincuenta navíos, con los que navegó hacia Leuké en la costa de Asia. Sus cómplices le esperaban, alegres del éxito de su misión, pero no tenía confianza en el resultado de la lucha y sólo buscaba ocasión de ser perdonado. Apenas estuvo de vuelta los apresó y, de acuerdo con Orontes, los envió a Susa cargados de cadenas[1880]. Tacos había, pues, contribuido inocentemente a llenar las arcas y a reclutar marinos para el gran rey. A pesar de este engaño, su situación era tan brillante y la de los persas tan mísera que resolvió tomar la ofensiva e invadir la Siria. Le confirmaba en su designio Cabrias, a quien los azares de una vida aventurera habían llevado de nuevo a orillas del Nilo[1881], pero no disponía de dinero para subvenir a los gastos de una campaña en país extraño. Cabrias le enseñó el medio de proporcionárselo. El clero egipcio era rico, y el griego hizo ver que las sumas gastadas anualmente en los sacrificios y en el sostenimiento de los templos se emplearían mejor en el servicio del Estado y aconsejó al Faraón que suprimiera la mayor parte de los colegios sacerdotales. Los sacerdotes se libraron mediante el sacrificio de sus bienes particulares. El rey aceptó graciosamente lo que le ofrecían, luego los declaró que en el porvenir, y mientras durase la expedición contra los persas, exigiría de ellos las nueve décimas de las rentas sagradas. Aquel impuesto habría bastado, si hubiera sido posible percibirlo por entero, pero el clero halló sin duda medio de sustraerse a él, por lo menos en parte, porque hubo que acudir a otros recursos. Cabrias aconsejó entonces aumentar la capitación y la contribución sobre las casas, instituir un derecho de un óbolo por cada ardeb de grano que se vendiera, cargar con un diezmo la navegación, las fábricas, los oficios manuales. Pronto hubo recursos, pero se presentó otra dificultad que resolvió con no menos energía. El Egipto disponía de poco dinero contante y los habitantes estaban reducidos al sistema del cambio en las transacciones de la vida diaria. Por otra parte, los mercenarios griegos no querían ser pagados en especie o en metales sin acuñar, sino que exigían moneda contante y sonante en pago de su sangre. Se dio orden a los naturales del país de entregar al tesoro el oro y la plata

1878 El relato de esta guerra figura en Diodoro de Sicila, XV, 41-43.

1879 La rapsodia demótica (E. Révillout, *Second Extrait de la Chronique démotique de Paris*, en la *Revue égyptologique*, t. II, págs. 4, 5859) asigna, lo mismo que Manetón, nueve años de reinado a Nectanebo I. Los términos bastante oscuros que emplea darían lugar a suponer que Tacos era hijo de su predecesor.

1880 Diodoro, XV, 90, 92.

1881 Cornelio Nepote, *Cabrias*, 2; véase Poliano, *Strat*., III, 11, 7; III, 11, 12, etc., donde se refieren varios episodios relativos a la preparación de esta campaña.

labrados o no que tuvieran, a condición de que su importe les sería devuelto gradualmente por los nomarcas con cargo al producto de los impuestos futuros[1882].

Estas medidas, si valieron la impopularidad a Tacos, le permitieron armar ochenta mil hombres de tropas indígenas y diez mil griegos, equipar una flota de doscientas velas[1883] y tomar a su servicio los mejores generales de la época. En este punto, sin embargo, le fue perjudicial su afán de hacer bien las cosas. Tenía a Cabrias y la alianza de Atenas, y quiso tener a Agesilao y la alianza de Esparta. Agesilao, a pesar de sus ochenta años y sus enfermedades, no era insensible a la ganancia y a la vanidad. Se le atrajo con la promesa del mando supremo y partió con mil hoplitas[1884]. Le esperaba la primera decepción al desembarcar. Tacos le confió el mando de los mercenarios, pero se reservó la dirección general de la guerra y colocó la flota en manos de Cabrias[1885]. El viejo héroe, después de haber manifestado su descontento acentuando su rudeza espartana, dejóse calmar con presentes y consintió en aceptar el puesto que se le ofrecía[1886]. Pronto, sin embargo, estallaron disentimientos más graves entre él y sus aliados. Habría querido que Tacos permaneciera en Egipto y que confiase a sus generales el cuidado de dirigir las operaciones. La facilidad con que los jefes de bandas pasaban de un partido a otro según las circunstancias, no era para inspirar confianza al egipcio. Se negó, nombró regente a su cuñado, llamado Tacos como él, y fuese al campamento. Los persas no eran en número suficiente para arriesgar batalla en campo abierto. Tacos encargó a su primo Nakhtonabuf (Nectanebo II), hijo del regente, que los sitiase en sus fortalezas. Como la guerra se prolongara, cundió el descontento entre las tropas indígenas y también la traición tomó parte. Los recursos financieros de Cabrias habían exasperado a los sacerdotes y al pueblo bajo. Las quejas, sofocadas en un principio por el temor a los mercenarios, estallaron en cuanto la expedición hubo traspuesto la frontera. El regente, en vez de tratar de apaciguarlas, las alentó bajo cuerda, y escribió a su hijo para avisarle de lo que ocurría y para animarle a ceñirse la corona. Nectanebo atrajo muy pronto a su causa a los egipcios que mandaba, pero de nada le servía en tanto no se hubieran declarado los griegos en su favor. Cabrias no quiso faltar a los compromisos que había contraído, pero Agesilao no tuvo los mismos escrúpulos. Su vanidad había padecido cruelmente desde que estaba en Egipto. Después de haber visto que se le negaba la categoría a que creía tener derecho, su pequeña estatura, sus achaques, su rudeza espartana habían expuesto a las burlas de los cortesanos. Tacos no le le juzgaba a la altura de su fama y le había aplicado, según se dice, la fábula de la montaña que pare un ratón, a lo que el otro había respondido: «Si llega el caso le enseñaré que soy león.»[1887] Cuando Tacos le rogó que fuera contra los rebeldes, díjole irónicamente que se le había enviado para auxiliar a los egipcios y no para combatirlos. Antes, pues, de resolverse por uno u otro de los competidores, consultaría a los éforos. Dejáronle éstos libertad para obrar como más conviniera a los intereses de la patria, y se declaró en favor de Nectanebo, a pesar de las instancias de Cabrias. Tacos, abandonado hasta de sus auxiliares, huyó a Sidón, luego al lado de Artajerjes, que le acogió bien y le colocó al frente de las tropas que disponía contra el Egipto (459)[1888].

La noticia de su caída, extendida por el valle del Nilo, provocó una sublevación general. El apoyo de los extranjeros despertó la desconfianza de los indígenas, que aclamaron al príncipe de Mendes. Nectanebo abandonó las conquistas de su predecesor y vino con sus tropas a Egipto. Al

---

1882 Seudo-Aristóteles, *Económicas*, II.

1883 Diodoro de Sicilia, XV, 92.

1884 Jenofonte, *Elogio de Agesilao*, II, 28.

1885 Diodoro. XV, 92.

1886 Véase Teopompo, fragm. 23 en los *Fragm. H. Græc.*, t. I, página 281, Cornelio Nepote, *Agesilao*, 8; Plutarco, *Agesilao*, 38.

1887 Likeas de Naucratis, fragm. 3 en los *Fragm. H. Græc.*, t. IV, pág. 441.

1888 Jenofonte, *Elogio de Agesilao*, II, 30; Diodoro de Sicilia, XV, 92. Likeas de Naucratis refiere una anécdota bastante pueril sobre las relaciones de Tacos y Artajerjes (*Fragm. H. Græc.*, t. II, pág. 466, nota).

llegar a Pelusa, se encontró frente a un ejército poco disciplinado todavía, pero numeroso y resuelto. Agesilao aconsejó atacar inmediatamente para no dar lugar a que los insurrectos se ejercitaran. Por desgracia, ya no estaba en favor en la corte. El príncipe de Mendes había tratado de corromperle, y aun cuando aquella vez había dado pruebas de una lealtad inesperada, ya no se confiaba en ól. Nectanebo estableció su cuartel general en Tanis, y su adversario se alabó de encerrarle allí. Sabida es la habilidad con que el egipcio maneja el pico y la prontitud con que levanta los más complicados atrincheramientos. Ya el círculo de trincheras que cercaba la ciudad estaba casi completo y escaseaban los víveres, cuando Agesilao fue autorizado para intentar una salida. Forzó el bloqueo auxiliado por la oscuridad nocturna y consiguió decisivo triunfo pocos días más tarde (359). Nectanebo le habría conservado gustoso junto a sí, porque temía un ataque de los persas, pero el espartano, que estaba ya harto del Egipto y de sus intrigas, se despidió apenas asegurado el triunfo, y acabó sus días en la costa de la Cirenaica. El ataque tuvo lugar muy poco después, pero flojo e incierto. Tacos, que había de dirigirlo, murió antes de que se hubiera iniciado[1889], y las discordias de la familia real impidieron a los otros generales proseguirlo. El viejo Artajerjes tenía tres hijos de su mujer Estatira: Darío, Ariaspes y Ocos. Darío, el primogénito, había sido reconocido solemnemente como heredero presunto, pero, amenazado de verse suplantado por Ocos, tramó la muerte de su padre, fue descubierto, preso y ejecutado en la prisión. Ariaspes venía a ser de esta suerte el sucesor designado. Ocos le persuadió de que su padre pensaba hacerle perecer ignominiosamente y le indujo a matarse para escapar al verdugo. Quedaba un bastardo, Arsames, que nacido de una criada del harén, hacía gala de pretender la corona. Ocos le asesinó y Artajerjes no resistió este último golpe. Murió de pena, después de haber reinado cincuenta y seis años (362).

Artajerjes III Ocos (359-333); conquista del Egipto; los últimos aqueménidas; Darío III y Alejandro de Macedonia; caída del Imperio persa.

Artajerjes III Ocos empezó con una matanza. Degolló a todos los príncipes de la real familia[1890], luego, libre de los pretendientes que habrían podido disputarle la corona, reanudó los preparativos guerreros interrumpidos por la muerte de su padre y por su propio advenimiento. Nunca había sido más apremiante la necesidad de restablecer la dominación persa a orillas del Nilo. Desde hacía sesenta años próximamente que había recobrado su independencia, el Egipto no había dejado de suscitar las dificultades más crueles al gran rey. Al principio, la mayor parte de los contemporáneos, helenos o bárbaros, habían pensado que el movimiento nacional de Amyrteo no era más que una rebelión pasajera y que pronto quedaría reprimida. Pero cuando se vio perdurar a las dinastías indígenas y luchar con ventaja, a pesar de la patente inferioridad de sus recursos, cuando no sólo las tropas más valientes del Asia sino los mejores generales de Grecia hubieron fracasado miserablemente en sus ataques al frente del Delta, los pueblos de Siria volvieron en sí y se preguntaron si lo que era posible en África no lo sería en Asia, dispuestos a seguir con interés particular la marcha de los acontecimientos[1891]. En cuanto un sátrapa o un rey vasallo pensaba en sublevarse, hacia el Egipto se volvía como un aliado natural, y por necesitado que estuviera el Faraón en el momento, siempre encontraba dinero, municiones, navíos, hombres para el que le hiciera el servicio de entretener las armas del Imperio. El primer ataque de Ocos fue rechazado con pérdidas. Diofantes de Atenas y Lamios de Esparta, que mandaban las tropas de Nectanebo, le produjeron sangrienta derrota y le obligaron a retirarse precipitadamente[1892]. El fracaso tuvo resultados tanto más enojosos cuanto más considerable había sido el esfuerzo del atacante. Aquella

1889 Según Eliano (*Var. hist*. V, 1), que probablemente se apoya en la autoridad de Dinón, Tacos habría muerto de disentería, a consecuencia de haber comido demasiado.

1890 Según Justino, X, 3, ni las princesas se habrían librado de la matanza.

1891 Así Isócrates (*Phil*., §§ 118, 160), después de la derrota de Ocos, admite como un hecho de por sí evidente que el gran rey no puede emprender nada contra la libertad de Egipto.

vez era el mismo gran rey el vencido y no sus generales. Las provincias ribereñas del Mediterráneo, siempre agitadas desde la campaña de Tacos y la rebelión de Evagoras, aprovecharon la ocasión que parecía presentarse tan favorable. Artabazo sublevó el Asia Menor y nueve de los reyezuelos chipriotas se proclamaron independientes[1893]. Fenicia vacilaba aún, pero la insolencia del sátrapa, la rapacidad de los generales y la indisciplina de los soldados vueltos de Egipto la decidieron. En una asamblea reunida en Trípoli, los representantes de las ciudades fenicias confirieron a Tennes, príncipe de Sidón, el peligroso honor de dirigir las operaciones militares, y su primera acción fue destruir el parque real que los persas tenían en el Líbano y quemar las provisiones acumuladas en los puertos para la guerra de Egipto.

Ocos creyó en un principio que sus subordinados reprimirían pronto aquellos movimientos, y en efecto Idrieo, tirano de Caria, apoyado por ocho mil mercenarios a las órdenes de Foción el ateniense, sujetó a los chipriotas sin excesiva dificultad[1894], pero en Asia Menor, Artabazo, auxiliado por Atenas y por Tebas[1895], hizo frente a las tropas enviadas contra él, y Tennes consiguió en Tebas señalado triunfo. Había implorado naturalmente la ayuda de Nectanebo, y, naturalmente también, Nectanebo le había cedido cuatro mil griegos y su mejor general, Mentor el rodio. Belesys, sátrapa de Siria, y Mazæos, sátrapa de Cilicia, fueron derrotados uno tras otro. Ocos llamó para un último asalto a cuantos debían el servicio militar, trescientos mil asiáticos y diez mil griegos. Los sidonios, por su parte, se rodearon de triple foso, hicieron más altas sus murallas y quemaron sus naves[1896]. Por desgracia su jefe no era enérgico. Hasta el momento de sublevarse, no había vivido más que para los goces. Rodeado de tocadoras y bailarinas, que reclutaba muy caras en Jonia y Grecia, ponía toda su ambición en sobrepujar en lujo y magnificencia a los príncipes de Chipre, y sobre todo a Nicolás de Salamina, hijo de Evagoras[1897]. La aproximación de Ocos le quitó el poco valor que tenía. Trató de borrar, traicionando a sus súbditos, la traición de que se había hecho culpable para con su soberano. Tenía por confidente y ministro a cierto Thessalión. Le envió al campamento de los persas, con el ofrecimiento de entregar a Sidón, y se comprometió a servir de guía en Egipto, siempre que se le perdonara la vida y se le conservase en su puesto. Ocos había aceptado ya las condiciones de su vasallo rebelde, cuando un momento de orgullo estuvo a punto de comprometerlo todo. Thessalión había pedido que el rey jurara con la diestra mano cumplir fielmente las condiciones del tratado.

Ocos, irritado ante aquella pretensión, quiso hacerle decapitar. Cuando le llevaban a rastras, gritó que el rey podía hacer lo que quisiera, pero que si dejaba de asegurarse el apoyo de Tannes, fracasaría en su lucha contra Fenicia y Egipto. Ocos accedió a lo que se le exigía y Tennes adoptó disposiciones para cumplir sus compromisos. Cuando los persas no estuvieron ya más que a unas jornadas de marcha, pretextó una asamblea general de los fenicios y llevó a los cien ciudadanos más principales al campo enemigo, donde los mataron con javalinas. Los sidonios, abandonados por su rey, querían resistir aún, pero Mentor les advirtió que sus mercenarios introducirían al enemigo en la plaza a la primera intimación. Resignáronse a implorar la clemencia del vencedor, y quinientos de ellos salieron en calidad de suplicantes, con ramas de olivo en la mano. Ocos era el más cruel de los soberanos que hasta entonces habían reinado en Persia, el único quizá sanguinario por instinto[1898], y trató a aquellos sidonios como había tratado a los otros. El resto de la población, comprendiendo que no le quedaba más remedio que morir, se encerró en las casas y las prendió fuego. Cuarenta mil

1892 Diodoro de Sicilia, XVI, 38, §§ 1-2, que desgraciadamente no nos da ningún pormenor acerca de la marcha de los sucesos.

1893 Diodoro de Sicilia, 1. XVI, 42, § § 3-5.

1894 Diodoro, XVI, 42 § 6; 46.

1895 Diodoro, XVI, 22, 34, § 2.

1896 Diodoro de Sicilia, XVI, 44, §§ 5-6.

1897 Teopompo, fragmento 126 en los *Fragm. H. Græc.*, t. I, pág. 299, en que el rey de Sidón es llamado Estratón.

1898 Plutarco, *Vida de Artajerjes*, capítulo último.

personas perecieron entre las llamas, y tal era el lujo de las casas particulares que se vendió muy caro el derecho de sacar los lingotes de oro y plata enterrados entre los escombros. Castigada la ciudad, tocóle la vez a Tennes. Fue entregado al verdugo, y las otras ciudades fenicias, aterradas por su suerte, abrieron las puertas sin combatir[1899].

Arreglados los asuntos de Siria, Ocos marchó sin más tardanza contra Egipto. Sus victorias habían vuelto al deber a las provincias dudosas. «¿Qué ciudad, qué nación de las que hay en Asia dejó de enviarle embajadas? ¿Qué no se le dio, ya de los productos naturales del suelo, ya de los objetos raros o preciosos que el arte sabe fabricar? ¿No recibió gran número de tapicerías y telas teñidas, unas de púrpura, otras multicolores, otras blancas, buen número de tiendas doradas con todo su mobiliario, mucha ropa blanca y lechos suntuosos, plata cincelada, oro labrado, copas y cráteras, unas adornadas con pedrería, otras preciosas sobre todo por la finura y la riqueza de la labor? Luego había miles innúmeros de armas bárbaras y griegas, y rebaños más considerables todavía de bestias de tiro y de víctimas dispuestas para el sacrificio, conservas por fanegas, fardos y sacos llenos de pergaminos y libros y toda clase de objetos útiles. Tal era la cantidad de carne salada enviada de todas partes, que los montones que formaba parecían otros tantos montículos y colinas levantados unos frente a otros.»[1900]. El ejército fue dividido en tres cuerpos, mandados cada uno por un bárbaro y por un griego. Al pasar por los pantanos de Sirbón, perdió algunos batallones en las movedizas arenas. Al llegar delante de Pelusa hallaron al enemigo dispuesto para el combate. Nectanebo tenía menos gente que su adversario, sesenta mil egipcios, veinte mil libios y otros tantos griegos, pero el recuerdo de los triunfos conseguidos con ejército desigual por él y por sus predecesores le inspiraba confianza en el resultado de la lucha. Su escuadra no habría afrontado a las flotas combinadas de Chipre y Fenicia, pero tenía bastantes navíos de fondo plano para defender las bocas del Nilo. Los puntos débiles de su fronteras estaban resguardados por fortalezas o campos atrincherados, en resumen, estaban tomadas todas las medidas para una guerra defensiva.

El ardor imprudente de los auxiliares griegos desconcertó sus planes. Estaba Pelusa ocupada por cinco mil de ellos al mando de Filofrón. Algunos de los tebanos que servían con Lacrates en el ejército persa, deseosos de justificar una vez más la fama de bravura que habían logrado en las campañas de Epaminondas, cruzaron un canal profundo que los separaba de la ciudad y provocaron a la guarnición a un encuentro en campo abierto. Filofrón aceptó el desafío y les disputó la victoria hasta llegada la noche. Al día siguiente, habiendo Lacrates sangrado el canal y colocado un dique de través, llevó todas sus tropas para apoyarle y empezó a batir la plaza con sus máquinas. Pocos días bastaron para abrir brecha, pero los egipcios se dedicaban a fabricar tanto como a manejar la espada, y al caer la muralla exterior, surgió detrás de ella una muralla nueva coronada de torres de madera. Nectanebo, que había acudido con treinta mil hombres de tropas indígenas, cinco mil griegos y la mitad del contingente libio, seguía de lejos las pericias del sitio y con sólo su presencia impedía avanzar al resto del ejército persa. Pasaban las semanas y parecía que aquella táctica dilatoria hubiera de tener el éxito acostumbrado, cuando un incidente imprevisto vino a complicar la situación. Entre los jefes de bandas que guerreaban a las órdenes de Ocos estaba cierto Nicostrato de Argos, que era comparado a Hércules por su fuerza prodigiosa, y que llevaba el equipo tradicional del héroe, la piel de león y la maza. Inspirándose sin duda en el plan sugerido antaño por Ificrates a Farnabazo, Nicostrato obligó a algunos campesinos, cuyas mujeres o hijos habían caído en su poder, a servirle de guías, penetró en una de las bocas del Nilo, que los egipcios habían olvidado fortificar, desembarcó sus tropas y se atrincheró detrás de Nectanebo. La empresa, llevada a cabo con demasiada poca gente, era más que atrevida. Si los mercenarios se hubieran limitado a hostigar a Nicostrato sin aceptar nunca combate, pronto le habrían obligado a reembarcarse o a rendirse. Su impaciencia lo echó todo a perder. Los que formaban parte de la guarnición de la ciudad vecina, en número de cinco mil, salieron al encuentro del enemigo al mando de Clinias de

1899 El relato de la guerra de Fenicia figura en Diodoro de Sicilia, 1. XVI, 41-45.

1900 Teopompo, fragm. 125 en los *Fragm. H. Græc.*, t. I, páginas 298-299.

Cos y fueron derrotados. La brecha quedaba al fin abierta. Si los persas, animados por el triunfo de Nicostrato, se precipitaban resueltamente por ella, Nectanebo corría el riesgo de verse separado de las tropas que tenía en la frontera extrema oriental y deshecho sin remedio. Replegóse, por tanto, a la punta del Delta. En tanto dirigía sus esfuerzos a reconcentrar en Menfis los elementos de un nuevo ejército, el que dejaba detrás creyó que le había abandonado y se desanimó, rindiéndose Pelusa a Lacrates. Mentor ocupó Bubastis, y las ciudades más fuertes, temiendo sufrir la suerte de Sidón, abrieron sus puertas casi sin resistencia. Nectanebo, desesperado por aquellas defecciones sucesivas, huyó a Etiopía con sus tesoros. El feliz golpe de mano de Nicostrato había restablecido el Imperio del gran rey en su integridad[1901].

Había prosperado el Egipto bajo la administración de sus últimos Faraones indígenas. Desde Amyrteo a Nectanebo habíanse ingeniado concienzudamente para borrar las huellas de las invasiones extranjeras y devolver al país el aspecto quo tenía antes de la conquista. Los mismos que no habían hecho más que pasar por el trono, como Psamutis y Tacos, habían construido o decorado templos[1902]. La Tebaida, olvidada por los primeros Aqueménidas, fue por su parte objeto de asiduos cuidados. La isla de Filé, expuesta a los saqueos de los etíopes, no era más que un montón de ruinas[1903]. Nectanebo II colocó en ella los cimientos de algunos de los edificios que vemos hoy todavía[1904]. El santuario de Nekhabit en El-kab[1905] y el de Horus en Edfú[1906] fueron restaurados por

---

1901 Acerca de esta guerra, véase Diodoro de Sicilia, XVI, 46-51 He aquí la serie de las últimas dinastías de Manetón tal como es posible restablecerla en este momento:

XXVII[a] DINASTÍA (PERSA)	
I. Mosutri Kambuti	Καμβύσης
II. [Gamata]	
III. Satoutri Ntariusha	Δαρείος α΄
IV. Sanentonen-SotpenptahKhabbisha	Ξέρξης α΄
V. Khshayarsha	Ἀρταξέρξης α΄
VI. Artakhshathra	
VII.	Ξέρξης β΄
VIII.	Σογδιάνος
IX. Miamunri Ntariusha	Δαρείος β΄
XXVIII[a] DINASTÍA (SAITA)	
I.	Ἀμυρταίος
XXIX[a] DINASTÍA (MENDESIANA)	
I. Binri-Minutirú Neforit I	Νεφερίτης α΄
II. Khnummari-Sotpenkhnum Hakori	Ἄκωρις
III. Usirftahri Psimut	Ψάμμουτις
IV.	Μοῦθις
V. Neforit II	Νεφερίτης β'
XXX[a] DINASTÍA (SEBENÍTICA)	
I. Sanotmibri-Sotpenanhuri Nakhtharhabi-Mianhubi-Siisit	Νεκτανέβης
II. Irmaniri Taho Sotpunianhuri	Τάχως, Τέως
III. Khopirkeri Nakhtoniabuf	Νεκτανέβης β',Νεκτάναβις.

1902 Edículos de Psamutis en Karnak (Maspero, *Découverte d'un petit temple*, en el *Recueil*, t. VI, pág. 20; Wiedemann, *Sur deux temples bâtis par les rois de la XXIXe dynastie a Karnak*, en los *Proceedings of the Society of Biblical Archæology*, 1884-1885, págs. 108-112; Champollion, *Monuments*, lám. CCCIII, núm. 1, lám. CCCIX, núm. 3; Lepsius, *Denkm*., III. 259, a-b); obras de Tacos en las canteras de Turah (Brugsch, *Histoire d'Égypte*, págs. 282) y en el templo de Khonsú en Tebas.

1903 La opinión generalmente admitida es que Filé no tenía templo antes de Nectanebo. Se ven, no obstante, los restos de las construcciones de Amasis (Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire* § LXXVI, en la *Zeitschrift*, 1835, pág. 13).

1904 Lepsius, *Denkm*., III, 285.

1905 Cartuchos encontrados en 1882 en las ruinas del templo.

1906 Dümichen, *Bauurkunde der Tempelanlagen von Edfu*, en la *Zeitschrift*, 1871, pág. 95 y siguientes.

Nectanebo I, el de Minú en Coptos[1907] por Nectanebo II. Las dos capitales, Tebas[1908] y Menfis[1909], no fueron olvidadas, y las ciudades del Delta, Sebennytos[1910], Bubastis[1911], Pahabi[1912], Patumú[1913] tuvieron su parte en los embellecimientos. Y a pesar del poco tiempo que se consagró a cada uno de ellos, la mayor parte de estos trabajos no acusan en parte alguna el apresuramiento o la incuria. Los artistas encargados de ejecutarlos poseían plenamente las tradiciones del bello arte antiguo y sabían en caso preciso modelar obras maestras comparables a las de la época saíta[1914]. El sarcófago de jaspe verde de Nectanebo I está labrado con una perfección que jamás ha sido sobrepujada en ningún país[1915]. El torso de Nectanebo II no cede en nada, por la pureza del estilo y por lo perfecto de la ejecución, a los restos más hermosos de la decimoctava dinastía y aún del Antiguo Imperio[1916]. La victoria de Ocos fue para el Egipto un golpe quizá más funesto que lo había sido la invasión de Cambises. Ocos tenía motivos personales de odio contra los egipcios. Le habían comparado a Tifón por la crueldad y llamádole *el asno*, porque este animal estaba consagrado al dios del mal. Al llegar a Menfis dícese que ordenó le fuera preparado el buey Apis para un banquete que ofrecía a sus amigos, y entronizó en el templo de Ptah a un asno al que rindió los honores divinos[1917]. El macho cabrío de Mendes participó de la suerte del Apis[1918], los templos fueron saqueados, los libros sagrados conducidos a Persia, las murallas de las ciudades arrasadas hasta el suelo, los principales partidarios de la monarquía indígena degollados a placer. Acabados los suplicios, los mercenarios griegos volvieron a su patria cargados de botín, y el gran rey volvió a tomar el camino de Susa, dejando a Ferendates la guarda de la satrapía reconquistada[1919].

Dos hombres sobre todo habían contribuido al triunfo, el eunuco Bagoas y el rodio Mentor. Confióles el gobierno del Imperio. Bagoas dirigió la política interior; Mentor, colocado al frente de las provincias de Asia, acabó de reducirlas rápidamente. Artabazo renunció a luchar y buscó refugio cerca de Filipo de Macedonia[1920]: Los tiranos que dominaban en las costas del mar Egeo y el Helesponto, o bien se sometieron de buen grado, o si resistieron como Hermias de Atarnea, el amigo de Aristóteles, fueron presos y condenados a muerte[1921]. Durante algunos años Persia pareció haber recobrado la influencia preponderante que había perdido desde el advenimiento de Artajerjes II, y Ocos ocupó en el espíritu de sus contemporáneos lugar igual al que ocupaban los grandes

---

1907 Maspero, *Notes sur quelques points de grammaire et d'histoire*, § LXII, en la *Zeitschrift*, 1885, págs. 4-5.

1908 Edificios de Neforites I en Karnak (en Champollion, *Notices*, t. II, pág. 290; Lepsius. *Denkm*., III, 284, b-c); de Hakoris en Karnak (Champollion, *Notices*, t. II, página 264; Lepsius, *Denkm*., III, 284, f-g) y en Medinet-Habú (Lepsius, *Denkm*., III, 284, h-i); de Nekhtharhabi en Karnak (Champollion. *Monuments*, lám. CCCVIII, 2, y *Notices*, t. II, págs. 232, 238, 264, 273 y siguientes; Lepsius, *Denkm*., III, lám. CCXXXXVIII, a, 287 b-h); de Nectanebo II en Karnak (Champollion, *Notices*, págs. 240, 256, 262 y siguientes, y *Monuments*, lám. CCCIX, 2; Lepsius, *Denkm*, III, 284, k) y en Medinet Habú (Champollion, *Mon*., II, CLX-CLI).

1909 Graffiti de la época de Hakoris en las canteras de Turah (Champollion, *Notices*, t. II, página 489; Brugsch, *Recueil de monuments*, lám. 10).

1910 Leemans, *Papyri Græci*, pág. 122; Maspero, *Les Contes populaires*, págs. 215-222.

1911 En las ruinas de un templo hoy enteramente destruido.

1912 Cartuchos encontrados en 1883 en las ruinas del templo de Behebit-el-Haggar.

1913 Naville, *Lettre a M. Lepsius*, en la *Zeitschrift*, 1883, pág. 43.

1914 Acerca del arte de esta época, véase el juicio de Letronne, *Mémoire sur la civilisation égyptienne*, en las *Mélanges d'érudition*, págs. 226-234.

1915 Hoy en el Museo Británico. Véase *Description de l'Égypte, Antiquités,* t. V, l. XL.

1916 Hoy en la Biblioteca Nacional de París. Véase Millin, *Monuments inédits*, t. I, pag. 385; *Description de l'Égypte*, *Antiquités*, t. V, lám. XXIX, 7-8.

1917 Dinón, fragm. 30 en los *Fragm. H. Gr.*, t. II, pág. 95.

1918 Suídas, s. v. ἄσατο.

1919 Diodoro de Sicilia, I, XVI, 51.

1920 Se sostuvo por lo menos hasta 341. Véase Diodoro de Sicilia, XVI, 52, § 3.

1921 Diodoro de Sicilia, XVI, 32.

conquistadores de su raza, Ciro, Cambises y Darío. Era injuriarlos. A pesar de sus victorias de Siria y Egipto, Ocos no era más que un déspota oriental como tantos otros. Su gobierno aparentaba todavía ser fuerte, pero los pueblos en que reinaba, extraños unos a otros y con dificultad reprimidos por sus sátrapas, tendían cada día más a separarse de él. Ya algunos de los gobiernos instituídos por Darío siglo y medio antes no existían más que de nombre. Al Norte, hacia las fuentes del Éufrates, del Tigris y del Halys[1922], no se veía más que una masa confusa de reinos y de tribus, unas de las cuales, como los armenios, reconocían todavía la hegemonía persa, pero las otras, gordiucos[1923], taocos, calíbes, colquios, mosinecos, tibarenos[1924] no dependían más que de sí propios. Los reyes de la Bitinia, de la Paflagonia y del Ponto pagaban todavía el tributo con intermitencias[1925]. Los misios, los pisidios, los licaonios no lo pagaban ya[1926]. No era menor el desorden al otro lado del Tigris. Los cadusios, los amardos, los tapuros, apoyados en las montañas del Cáucaso, desafiaban los esfuer. zos intentados para desalojarlos[1927]. La India y los sacios habían pasado de la condición de súbditos a la de aliados benévolos[1928] y las hordas salvajes de la Gedrosia y del Paropanisos se mostraban rebeldes a toda autoridad.

Al propio tiempo que el territorio disminuía, el cuadro de la administración, dispuesto tan ingeniosamente por Darío, se deshacía por la negligencia y la debilidad de sus sucesores. No solamente la costumbre de enviar cada año inspectores a las provincias se había trocado en una simple formalidad, que se omitía las más de las veces, sino que había desaparecido la distinción entre el poder civil y el militar. El general que mandaba las tropas desempeñaba casi en todas partes el oficio de gobernador[1929] y reunía de ordinario varias satrapías bajo su mando. El ejército y la renta eran todavía, a pesar de todo, el ejército y la renta más considerables que entonces había en el mundo, pero si los sacos de dáricos o de arqueros habían conservado su valor, los batallones lo habían perdido en gran parte. Sin duda no había disminuído la antigua bravura de los persas, de los medos, de los bactrianos y de las otras razas del Irán, pero nadie se había cuidado de tenerlos al corriente de los progresos que el arte militar había realizado desde hacía un siglo. Sus contingentes no eran más que bandas pesadas e indisciplinadas, fáciles de arrollar a pesar de la indisputable bravura de los individuos que las formaban. Instruirlas hubiera sido largo, probablemente peligroso, y se había optado por unirlas mercenarios pagados a buen precio. Desde Artajerjes II, los griegos constituían el núcleo de las fuerzas persas. Los ejércitos del gran rey estaban mandados por generales helenos educados en la escuela de Agesilao, de Ificrates, de Epaminondas y de los mejores tácticos de la época. Las flotas estaban a las órdenes de almirantes griegos. Únicamente a la preponderancia del elemento europeo había debido el rudo Ocos sus victorias, y el hecho era bastante conocido al otro lado del mar para que los retóricos discurrieran abiertamente acerca de él sin que nadie se escandalizara[1930].

Si la decadencia había venido tan pronto, no era culpa del pueblo. Los persas habían seguido siendo lo que eran al principio, sobrios, sencillos, intrépidos. La dinastía y las grandes familias que

---

1922 Heródoto sitúa en estos parajes tres satrapías comprendiendo la Armenia, la costa oriental del Ponto, parte del valle del Araxes y las montañas de la Gordiena.

1923 Jenofonte, *Anábasis*, IV, I, 8

1924 Véase la situación del país en Jenofonte, *Anábasis*, VII, 8, 25.

1925 Jenofonte, *Helénicas*, I, 4, 3; III, 2, 2, y *Anábasis*, V, 6, 8.

1926 Jenofonte, *Anábasis*, I, 1, 11; 2, 1; 6, 7; 9, 14, etc.

1927 Véanse los relatos de las tentativas dirigidas en vano contra estos pueblos por varios reyes persas en Plutarco, *Vida de Artajerjes*, c. 24; Diodoro de Sicilia. XV, 8, § 4, y XVII, 6; Cornelio Nepote, *Datamés*, § 1; Justino, X, 3.

1928 Los sacios combatieron en Arbelas, pero solamente como aliados de los persas (Arriano, *Anábasis*, III, 8). Los indios que se mencionan al lado de ellos venían del país situado en los alrededores de Kabul. La mayor parte de los pueblos que en otro tiempo habían figurado en la satrapía de la India de Darío se habían hecho independientes.

1929 Arriano, *Anábasis*, III, 8.

1930 Era ya la idea corriente en la época en que se escribió el *Panegírico* de Isócrates, §§ 140-141.

la rodeaban habían degenerado hasta el punto de hacer casi imposible la salvación. Los primeros Aqueménidas habían dirigido personalmente todos los negocios del Estado; luego la campaña de Grecia había disgustado a Jerjes I de la política activa. Se había encerrado en su harén, delegando el peligroso honor de combatir en manos de sus generales y el cuidado de administrar en el eunuco Aspamithres[1931]. Una vez establecida la costumbre, sus sucesores habían perseverado en ella y no habían intervenido sino raras veces en la dirección de las operaciones militares. Ni Artajerjes I ni Darío Nothos aparecieron en los campos de batalla; Artajerjes II no estuvo más que en dos de las guerras que ensangrentaron su largo reinado. Ocos, que pareció querer renovar la tradición de los fundadores del Imperio, había vuelto a Susa después de sus triunfos de Siria y de Egipto. La vida de los príncipes se consumía entre las intrigas y los crímenes del harén. Criados por las mujeres y por los eunucos, rodeados desde su infancia de las exquisiteces del lujo más refinado[1932], se cansaban pronto de obrar y caían inconscientemente bajo la tutela de uno de sus familiares. La sanguinaria Parysatis reinó en nombre de su marido Darío y de su hijo Artajerjes II, Bagoas guió a Ocos como quiso durante cerca de seis años. Por lo menos ejerció su influencia para bien del país. La Macedonia, que había permanecido mucho tiempo apartada del movimiento general, empezaba a entrar en el concierto helénico. Bagoas comprendió el peligro a que se exponía si se la dejaba tomar ascendiente y reunir en un solo haz las fuerzas hasta entonces dispersas de la Grecia, y dio eficaz ayuda a todos los enemigos de Filipo[1933]. Quersobleptes el tracio[1934], la ciudad de Perintho[1935], recibieron auxilios merced a los cuales rechazaron victoriosamente los ataques del macedonio (340). Desgraciadamente, en tanto él trabajaba para prevenir el peligro, los rivales que tenía en Susa se las ingeniaban para perderle en el ánimo de su dueño. Sus manejos no le dejaron muy pronto otro camino que herir o perecer. Envenenó a Ocos (338), dio el trono al hijo menor, Arsés, y asesinó a los otros. El Egipto recibió la noticia con alegría y vio en la suerte trágica de su vencedor una revancha notable de las divinidades a las que había ultrajado. Contóse muy pronto que Bagoas, egipcio de origen, no se había desembarazado de su dueño sino para vengar la muerte del Apis, que había arrojado el cadáver a los gatos, que él mismo había devorado parte y que se había servido de los huesos para hacer silbatos y mangos de cuchillo[1936].

Arsés fue al principio un instrumento dócil en manos de su ministro. Cuando con los años le ocurrió hacerse independiente, y empezó a soportar impaciente el yugo, Bagoas le sacrificó a su propia seguridad, como había sacrificado a Ocos (327)[1937]. Tantos asesinatos cometidos uno tras otro habían agotado la familia Aqueménida tan por completo que un momento no supo donde buscar un rey. Se decidió en favor de uno de sus amigos, Codomano, que, según unos, era biznieto de Darío II[1938], según otros no era de origen real[1939] y había ejercido en su juventud el oficio de correo[1940]. Codomano adoptó a su advenimiento el nombre de Darío. Valiente, generoso, clemente, deseoso de hacer las cosas bien, valía más que los monarcas que le precedieron y habría merecido reinar en una época en que el Imperio estuviera menos debilitado. Bagoas se apercibió pronto de que su protegido pretendía gobernar por sí mismo y quiso desembarazarse de él, pero traicionado por uno de los

1931 Ctesias, *Persica*, § 29, ed. Miller-Didot, pág. 51.

1932 Véase la descripción del género de vida de los últimos Aqueménidas en Dinón (fragm. 12, 14, 19, en los *Fragm. H. Græc.*, t. II, págs. 91-93) y en Heráclidas de Cumas (fragm. 1, 2, 4, en los *Fragm. H. Græc.*, t. II, págs. 93-94).

1933 Diodoro de Sicilia, XVI, 75, § 1.

1934 Véase la epístola de Alejandro en Arriano, *Anábasis*, II, 14.

1935 Diodoro de Sicilia, XVI, 75-76; Arriano, *Anábasis*, II, 14.

1936 Diodoro de Sicilia, XVII, 5. § 3; Eliano, *Var. Hist.*, VI, 8.

1937 Diodoro de Sicilia, XVII, 5, § 4; véase Arriano, *Anábasis* II, 14; Estrabón, XV, 3, 24.

1938 Según Diodoro de Sicilia, XVII, 5, §5, que llama a su abuelo Ostanés, hermano de Artajerjes II.

1939 Estrabón, XV, 3, 24.

1940 Plutarco, *Vida de Alejandro*, c. XVIII.

suyos, se le obligó a beber el veneno que destinaba a Darío[1941], el cual no gozó mucho tiempo del poder que tan inopinadamente le había sido devuelto. Llegado al trono el mismo año que Alejandro, vio algunos días antes de la batalla de Queronea los peligros con que le amenazaba la ambición macedónica y no pudo hacerles frente. Derrotado en el Gránico, derrotado en Iso, derrotado cerca de Arbelas, fue muerto en la huida por uno de sus sátrapas (330). Macedonia heredó su Imperio y la raza griega desempeñó en adelante en el mundo oriental el papel preponderante que la Persia había mantenido durante dos siglos[1942].

1941 Diodoro, XVII, 6.

1942 Para el pormenor de estos sucesos véase la *Historia griega* de Duruy. He aquí la lista de los príncipes de la familia Aqueménida que reinaron en Persia:

I. Kurus	Κῦρος
II. Kambusiya	Καμβύσης
III. Gamata	Ψευδόσμερδις
IV. Daryavús I	Δαρείος α΄
V. Khshayarsa I	Ξέρξης α΄
VI. Artakhshathra I	Ἀρταξέρξης Μακρόχειρ
VII. Khshayarsha II	Ξέρξης β΄
VIII.	Σογδίανος
IX. Daryavús II	Δαρείος β΄ Ὦχος ἢ Νόθος
X. Artakhshathra II	Ἀρταξέρξης β΄ Μνήμων
XI. Artakhshathra III	Ἀρταξέρξης γ' Ὦχος
XII.	Ἄρσῆς
XIII. Daryavús III	Δαρείος γ΄ Κοδόμαννος

XV.
EL MUNDO ORIENTAL EN EL MOMENTO DE LA CONQUISTA MACEDÓNICA

La Susiana y los pueblos del Norte: Asiria y Babilonia. Predominio del elemento arameo. Los judíos: Esdrás y Nehemias: la ley mosaica. El Egipto.

La Susiana y los pueblos del Norte: Asiria y Babilonia. Predominio del elemento arameo.

Y ahora, antes de entregarle las regiones en que se había desarrollado la historia del mundo primitivo, recorrámoslas una vez más y veamos lo que eran entonces.

Al Sur, en la antigua frontera de las razas semíticas, el Elam estaba dividido en dos regiones sometidas a diversa fortuna. En la montaña, los uxianos, los elimeos, los coseanos conservaban su independencia y saqueaban insolentemente las comarcas circundantes, sin que nadie hubiera conseguido llegar a castigarlos en sus escondrijos[1943]. Por el contrario, la población de la llanura había aceptado la dominación persa y se mostraba dispuesta a acoger sin resistencia al que se presentara como dueño[1944]. La excelente situación de Susa había llamado muy pronto la atención a los Aqueménidas. El antiguo palacio de los soberanos elamitas, edificado sobre un montículo artificial, refrescado en verano por los vientos de las altas mesetas, templado en invierno por las brisas tibias del golfo Pérsico, había llegado a ser su residencia favorita. Darío, hijo de Hidaspes, juzgándolo reducido, lo había ensanchado[1945]. Se quemó en tiempo de Artajerjes I[1946] y fue restaurado más tarde por Artajerjes II[1947]. Allí, en una sala hipóstila de altivo aspecto, los sátrapas, los príncipes vasallos, los embajadores de las naciones extranjeras y los de la misma Grecia[1948] habían venido a prosternarse, por espacio de dos siglos, ante los descendientes degenerados de Ciro. Los edificios de menor tamaño cuyas ruinas tocan a la de esta sala señalan el emplazamiento del palacio, y habían visto desarrollarse, año tras año, las tragedias diversas del harén, los complots de los eunucos y de las mujeres, las orgías de los Amytis y de los Amestris[1949], las venganzas atroces de Parysatis y de Estatira[1950]. Jerjes I había caído allí bajo el puñal de Artabanos y de Aspamithres[1951] y recientemente Bagoas había envenenado en aquel lugar a dos reyes seguidos. Los griegos, preocupados ante aquellos dramas sangrientos en que la suerte de la mitad del mundo se decidía, no trataban de informarse de lo que había sido Susa, y los indígenas, resignados a su situación presente, no se cuidaban de las glorias de su pasado. Los soberanos nacionales, sus incursiones en Caldea y en Siria, sus campañas muchas veces victoriosas contra los conquistadores ninivitas, sus discordias, la derrota que les causó Assurbanabal, todo se había olvidado. La imaginación helénica había sustituido veinte dinastías por un héroe único, Memnón, hijo de Titón y de la Aurora, aquél

1943 Arriano, *Anábasis*, III, 17.

1944 Estrabón, XV, III, 2.

1945 Loftus, *Chaldæa and Susiana*, pág. 347.

1946 J. Oppert, *Inscriptions of the Persian Monarchs*, en los *Records of the Past*, t. IX, página 79.

1947 J. Oppert, *Inscriptions of the Persian Monarchs*, en los *Records of the Past*, 8, IX, págs. 83-85.

1948 Antálcidas en 387 y en 372, Pelópidas e Ismenias en 567.

1949 Ctesias, *Persica*, §§ 28, 30, 42, ed. Müller-Didot, págs. 51-58.

1950 Ctesias, *Persica*, §§ 48, 53, 57, 59, 62, ed. Müller-Didot, págs. 54-58.

1951 Ctesias, *Persica*, § 29, ed. Müller-Didot, pág. 51.

que había venido en auxilio de Príamo con un ejército de etíopes y cuya muerte había precipitado la ruina de Troya[1952].

Las naciones que habitaban en las fronteras del Asia Menor y las montañas del Tigris o del Éufrates, Urarti y Van, Mushkaya y Tabal, los vecinos de la Asiria por el Norte, diezmados por la invasión escítica habían cedido ante razas más jóvenes y menos gastadas. Los Mushkaya y los Tabal habían sido divididos en dos partes: varias de sus tribus, mezcladas probablemente con los restos de los cimerianos[1953], se mantenían firmes en los valles profundos del Tauro, en Melitena y en Cataonia[1954]. Las otras, rechazadas hacia el Norte, habitaban en tiempo de Heródoto los cantones que bordean el Ponto Euxino, en compañía de los macrones, de los mosynecos y de los maros[1955]. Cuando el conquistador medo penetró en los parajes que ellos habían ocupado y a los que dio el nombre nuevo de Katpatuka (Capadocia)[1956], no encontró más que los sirios blancos, restos de los hititas[1957] y un pueblo nuevo, los armenios[1958]. Éstos, salidos de Frigia a fines del siglo séptimo, se habían instalado al principio en los distritos próximos a su patria primitiva, luego habían ido poco a poco aproximándose al Halys[1959]. En tiempo de Heródoto, poseían la faja de terreno situada al Este del Éufrates, la Armenia menor de los geógrafos romanos, y la parte occidental del curso del Arsanias[1960]. Formaban por sí solos una satrapía, la decimotercera[1961], mientras que las gentes del Urarti, los alarodianos, estaban comprendidos en la decimoctava con los matienos y los saspiros[1962]. Durante las turbulencias que siguieron a las campañas de Grecia, se modificó una vez más la distribución geográfica. Los moscos se separaron de los tibarenos y fueron a unirse a los colquios al valle del Faso[1963]. Los alarodianos, rechazados hacia el Norte, se fusionaron con los pueblos semi-salvajes que se apoyaban en el Cáucaso[1964]. Los armenios, que se inclinaban cada vez más al Este, se apoderaron lentamente del macizo montañoso que se alza entre el Asia Menor y el Caspio y descendieron a las llanuras del Araxes. Cuando Alejandro apareció en Asia, habían terminado su evolución, habían absorbido o destruído a los habitantes primitivos que no habían emigrado, y sus príncipes ejercían verdadera autoridad real, con el modesto título de sátrapa[1965]. La Capadocia se había dividido en dos provincias, la Capadocia propia y el Ponto, cuyos gobernadores hereditarios, emparentados con la familia Aqueménida, no esperaban más que la ocasión de declararse reyes[1966]. Viejas dinastías, viejos nombres, viejas razas, el mundo belicoso y bárbaro que los conquistadores

---

1952 Diodoro de Sicilia, 1. II, 22, 1. IV, 75; Pausanias, X, 31, § 2. Según Heródoto (V, LIII). Susa fue fundada por Memnón; según Estrabón (XV, III, 2) por Titón, padre de Memnón.

1953 Gelzer, *Kappadocien und seine Bewohner*, en la *Zeitschrift*, 1865, pág. 25.

1954 Estrabón (XII, 1, § 2), insiste acerca de las diferencias que separaban a los cataonios del resto de los habitantes de la Capadocia. Véase Gelzer, *Kappadocien und seine Bewohner*, pág. 15.

1955 Heródoto, III, XLIV, VII, LXXVIII-LXXIX.

1956 El nombre parece ser mixto y tomado en parte de raíces semiticas. Véase Kiepert, *Handbuch der alten Geographie*, págs. 90-91.

1957 Sayce, *The Ancient Empires of the East*, pág. 42, nota 3.

1958 Heródoto, I. LXXIII. El testimonio de Eudoxio era todavía más decisivo: Ἀρμένιοι τὸ γένος ἐκ Φρυγίας, καὶ τῇ φωνῇ πολλὰ φρυγίζουσι. (Eustacio, *Comment. ad Dionysii Periegesin*, v, 694, en los *Geographi Græci Minores*, t. II, pág. 341).

1959 En Heródoto, I, LXXII, la montaña donde nace el Halys se llama monte de Armenia.

1960 Heródoto, I, CXCIV.

1961 Heródoto, II, XCIII.

1962 Heródoto, III, XCIV.

1963 Estrabón, XI, II, 14, 17, 18; Plinio, *H. N.*, VI, 4; Procopio, *De bello Gothico*, IV, 2.

1964 H. Rawlinson, *On the Alarodians of Herodotus*, en G. Rawlinson, *Herodotus*, t. IV, págs. 203-206; Fr. Lenormant, *Les origines de l'histoire*, t. II, págs. 2 y siguientes.

1965 Fr. Lenormant, *Les origines de l'histoire*, t. II, págs. 370 y siguientes.

1966 Acerca de la historia de estos pueblos, véase Ed. Meyer, *Geschichte des Kœnigsreichs Pontos*, págs. 25 y siguientes.

asirios habían conocido entre la llanura de Mesopotamia y el mar Negro no existía ya; tres reinos nuevos habían surgido de sus ruinas y habían borrado hasta su recuerdo.

En el dominio propio de las razas semíticas, entre las costas del Mediterráneo y los últimos contrafuertes de la meseta del Irán, la decadencia era menos general y sobre todo menos sensible. Una mitad solamente de los pueblos de antaño habían desaparecido. Del lado acá del Éufrates, los rutonú habían muerto y también los hititas, muerta Gargamish, muerta Arpad, muerta Qodshú. Las ciudades que se habían librado de la destrucción, Batnæ, Khalybón, Hamath, Damasco, vegetaban en la oscuridad, y distritos enteros habían vuelto a ser desiertos por falta de brazos que los cultivaran. Fenicia, empobrecida por la destrucción de Sidón y de Tiro[1967], reparaba con trabajo sus desastres. Ninguna de sus colonias le había quedado, y los pequeños reinos de Chipre que estaban todavía bajo su acción, los de Citión y Amathonte, tenían mucho que hacer con defender su vida contra los griegos. La misma Asiria no parecía más que un recuerdo ya perdido en las lejanías del pasado. La parte de su territorio comprendida entre el Tigris y el Éufrates era casi una soledad. Algunas de las poblaciones asentadas en las cercanías de las montañas, Sangara, Nisibis, Resaina, Edesa, conservaban todavía un resto de vigor y vivían bien o mal de sus propios recursos, pero, a medida que se descendía al Sur, montones de ruinas señalaban solamente el emplazamiento de las numerosas ciudades que los conquistadores ninivitas encontraban en otro tiempo en su marcha hacia la Siria. Todo alrededor, hasta perderse de vista, llanuras secas y sin árboles, tapizadas de plantas aromáticas, recorridas por leones, onagros, avestruces, antílopes, avutardas, por donde vagaban a la ventura los árabes escenitas[1968]. En las orillas del Éufrates y de sus afluentes, unas cuantas fortalezas abandonadas, como Korsoté, y algunas aldeas que servían de mercado a los beduinos[1969]. A orillas del Tigris la población ya no era tan densa ni vivía tan dichosa. Los desterrados asirios, libertados por Ciro después de la caída de Babilonia, habían reconstruido Assur[1970] y se habían enriquecido con el cultivo y el comercio[1971], pero el distrito que separa los dos Zab estaba cubierto de malezas[1972], y la Asiria propiamente dicha no se había repuesto todavía del golpe que recibiera.

Kalakh estaba vacía. «Sus murallas tenían veinticinco pies de anchura por ciento de altas. Eran de ladrillo cocido, pero los ladrillos se apoyaban en un basamento de piedra de talla, de veinte pies de alto». La torre piramidal del gran templo subsistía aún: «era de piedra, de un pletro de ancha por dos de alta». Nínive ofrecía el mismo aspecto que su vecina. «La basa del muro era de piedra pulimentada, incrustada de conchas, de cincuenta pies de espesor por otros tantos de altura. Sostenía una muralla de ladrillo de cincuenta pies de ancha por ciento de alta y su circuito era de cien parasangas.»[1973] Cuando Jenofonte visitaba el país, doscientos años apenas habían trascurrido desde la muerte de Saracos, y ya los moradores de los poblados vecinos no sabían cuales eran las ciudades en ruinas a cuyo lado vivían. Llamaban a la primera Larissa, a la segunda Mespila[1974] y los mismos historiadores sabían poco más. Aquella dinastía terrible de conquistadores, que empieza en Tugultininip y acaba con Assurbanabal, no estaba ya representada para ellos más que por dos

1967 Acerca de la destrucción de Sidón por Ocos, véase más arriba; Tiro había sido destruida por Alejandro.

1968 Véase Jenofonte, *Anábasis*, I, v, 1-3.

1969 Jenofonte, *Anábasis*, I, v, 4-6.

1970 Es lo que puede deducirse de un pasaje del cilindro de Ciro publicado por H. Rawlinson en el *Journal of the Royal Asiatic Society*, t. XII, págs. 70 y siguientes.

1971 Jenofonte, *Anábasis*, II, 4, dice que la ciudad era grande y rica. La llama Kænæ, nombre que no es quizá más que la traducción griega del que tenía. Nada más natural que los desterrados asirios llamasen la *Nueva* o las *Nuevas* a las poblaciones que edificaran a su vuelta.

1972 Jenofonte llama a este país la Media, comarca desierta que los Diez Mil atravesaron en seis etapas.

1973 Jenofonte, *Anábasis*, II, 4.

1974 El nombre Larissa recuerda a Larsam, que se encuentra en Caldea: el de Mespila puede ser una mala interpretación de una palabra local, quiza *mappèla*, ruinas (Kiepert, *Handbuch der alten Geographie*, pág. 152, n. 2, 3).

personajes igualmente fabulosos, Semíramis y Sardanápalo. Semíramis había tomado a su cuenta las victorias y conquistas, Sardanápalo representaba el lado refinado y sensual de la raza[1975]. Todo lo asirio que los viajeros encontraban a su paso se atribuía al uno o al otro. Semíramis había construido los principales monumentos de Babilonia[1976], Semíramis había fundado ciudades en Armenia y en Media, Semíramis había dejado inscripciones conmemorativas en el monte Bagistán[1977] y consultado el oráculo de Amón[1978]. La pirámide derrumbada de uno de los templos de Nínive era la tumba de Sardánapalo. Según unos, Ciro la había destruído para fortificar su campo durante el sitio de la ciudad y había visto un epitafio que el poeta Querilo de lassos había puesto en verso: «¡He reinado, y en tanto he visto la luz del sol, he bebido, he comido, he amado, sabiendo cuán corto es el tiempo que viven los hombres y a cuántas vicisitudes y miserias están sujetos!» Otros pensaban que el rey de Asiria estaba enterrado en las cercanías de Tarso. Coronaba el sepulcro una estatua que representaba un hombre castañeteando los dedos. Una inscripción en caracteres caldeos decía: «Yo, Sardanápalo, hijo de Anakyndaraxes, he fundado Anquiala y Tarso en un día, pero ahora estoy muerto.»[1979] La historia de un pueblo no era más que materia de cuentos infantiles y de declamaciones morales.

En un solo punto la vieja civilización de las orillas del Éufrates parecía perpetuarse en su brillo. Caldea, al abdicar de su independencia, no había perdido su riqueza ni su prestigio. Sus frecuentes rebeliones no la habían perjudicado con exceso, y la mayor parte de sus ciudades subsistían aún, disminuídas, es verdad. Urú no era ya más que una aldea insignificante[1980], pero Uruk seguía siendo asiento de una escuela de teología y de ciencia célebre en todo el Oriente por igual razón que la de Borsippa[1981]. Los griegos conocían poco a los habitantes de la Caldea inferior. Heródoto se contenta con mencionar que tres de sus tribus se alimentaban exclusivamente de pescado. «Después de haberlo cogido, lo secan al sol: luego lo meten en un mortero, lo machacan y pasan por un cedazo. Con esto hacen indiferentemente tortas o una pasta, que se cuece como el pan.»[1982] Para la mayor parte de los viajeros, Babilonia sola representaba toda la Caldea. Era realmente la segunda capital efectiva del Imperio. La corte residía en ella varios meses del año y venía a buscar los recursos del comercio y de la industria que faltaban en Susa. En el primer siglo que había seguido a la conquista, había tratado en varias ocasiones de restaurar su dinastía nacional, pero desde que Jerjes la había saqueado, se había resignado a ser sierva. Los muros con que Nabucodorossor había creído protegerla contra la invasión estaban en pie a pesar de sus brechas y excitaban la admiración de los extranjeros por sus dimensiones. «La ciudad es un cuadrado perfecto que tiene ciento veinte estadios de lado. El recinto total es, por consiguiente, de ochocientos ochenta estadios. La rodea primeramente un foso profundo, muy ancho y lleno de agua, luego un muro cuyo espesor es de cincuenta codos reales y la altura de doscientos (el codo real es tres dedos más largo que el corriente). Sobre la cima del muro y sus bordes, dos filas de torrecillas de un solo piso, contiguas y una frente a otra, dejaban entre sí el espacio necesario para el paso de un carro tirado

---

1975 Diodoro de Sicilia, II, 7, 2 y siguientes, según Ctesias (fragm. 8-10, ed. Müller-Didot, pág. 19-23).

1976 Ecbatana (Diodoro de Sicilia, 1. II, 136), Semiramocarta, idéntica a la ciudad de Chauonp citada por Ctesias en Diodoro, II, 13, 3) en Media. Véase Kiepert (*Handbuch der alten Geographie*, pág. 81, nota 1).

1977 Diodoro de Sicilia, II, 13, 2. Probablemente las inscripciones grabadas por Darío I en el monte Bagistanos (Behistún) son las atribuidas por Ctesias a Semíramis).

1978 Amintas, fragm. 2, en los *Fragmenta Historicorum de rebus Alexandri*, ed. Müller-Didot, página 136.

1979 Véase Apolodoro, fragm. 69 (en los *Fragm. H. Græc.*, t. I, página 440), en el que la inscripción ofrece la variante: «¡Bebe, come, ama, porque el resto no vale nada!» y Clearco de Soles, fragm. 5 (en los *Fragm. H. Græc.*, t. II, pág. 305.

1980 No se ha encontrado nada en las ruinas de Urú que sea anterior a la conquista persa (Loftus, *Chaldea and Susiana*, pág. 133).

1981 Estrabón, XVI, I, 6.

1982 Heródoto. I, CC.

por cuatro caballos. Alrededor de la muralla se contaban cien puertas, de bronce todas, con las jambas y dinteles del mismo metal.»[1983]

Aquel recinto gigante era demasiado vasto para la población que comprendía. Barrios enteros no eran más que montones de ruinas y los jardines invadían cada vez más los espacios en otro tiempo edificados. Los edificios públicos habían sufrido tanto con la guerra como las casas particulares. Los templos habían sido despojados por Jerjes y no restaurados después[1984]. El de Bel mismo estaba medio enterrado entre los escombros[1985]. Surgía en el centro de la ciudad, y dominaba fácilmente todos los demás edificios. Las estatuas de oro que aparecían en lo alto habían sido llevadas por los reyes persas, y la gran torre, privada de aquel espléndido coronamiento, no servía más que para las observaciones astronómicas de los sacerdotes[1986]. Los palacios de los antiguos reyes se caían por falta de reparación. Tan sólo se mostraban todavía en la ciudadela los famosos pensiles. Los guías atribuían naturalmente su invención a Semíramis, pero las gentes bien informadas sabían sin duda alguna que uno de los príncipes posteriores a la heroína los había hecho para una de sus concubinas. Referíase que esta mujer, originaría de Persia, lamentaba no ver la verdura de sus montañas, y suplicó a su amante que le hiciera recordar con plantaciones artificiales el aspecto de las mismas. El jardín, cuadrado, tenía cuatro pletros de lado, y se subía por escalones a terrazas superpuestas que ofrecían en conjunto el aspecto de un anfiteatro. Estaban sostenidas por columnas, que elevándose gradualmente una tras otra, sostenían todas el asiento de las plantaciones. La columna más alta tenía cincuenta pies, sostenía lo más alto del jardín y estaba al nivel de las balaustradas del recinto. Cubría las terrazas cantidad de tierra bastante para alimentar las raíces de los árboles más grandes. La llenaban plantas de todas especies, capaces de encantar la vista por su tamaño y su belleza. Una sola de las columnas estaba hueca desde la basa a lo alto. Encerraba máquinas hidráulicas que hacían subir del río determinada cantidad de agua, sin que nadie pudiera percibir por fuera cosa alguna.»[1987]

Aun privada de sus monumentos, la ciudad habría ofrecido motivos de admiración para el viajero. Al contrario de lo que era costumbre en las ciudades griegas, estaba edificada según un plano regular y las calles se cortaban en ángulo recto, unas paralelas, otras perpendiculares al Éufrates. Las últimas terminaban en sendas puertas de bronce que se abrían en la obra de fábrica del muelle y daban acceso al río[1988]. La muchedumbre que circulaba por las calles comprendía ejemplares de todas las razas asiáticas, que el comercio renovaba a diario. Los indígenas se reconocían por su vestido elegante. Los cubría una túnica de hilo, que bajaba hasta los pies, y sobre ella ponían una segunda túnica de lana y una especie de pelerina blanca. «Dejan crecer sus cabellos, se cubren la cabeza çon mitras y se perfuman todo el cuerpo. Cada cual lleva un anillo que le sirve de sello y un bastón muy bien labrado, en el puño del cual se representa una fruta, una rosa, una flor de lis, un águila o cualquier otra cosa, porque no acostumbran a usar bastón sin adornos.»[1989] Algunas costumbres raras llamaban la atención del recién llegado. Cuando una persona caía enferma, sus parientes la exponían en la vía pública. «Los que pasan se le aproximan y le preguntan acerca de su enfermedad, y si han experimentado, ya en sí, ya en alguno de sus conocimientos, la misma enfermedad, le indican el remedio que los ha curado». Nadie podía sustraerse a este deber de

1983 Heródoto, I, CLXXVIII-CLXXIX.

1984 Así resulta del testimonio de Arriano, *Anábasis*, VII, 17, 12.

1985 Heródoto, I. CLXXXII, refiere solamente que Jerjes había despojado el templo. Estrabón, XVI, I, 5, cuenta que Alejandro quiso restaurarlo y que tan arruinado estaba que sólo limpiarlo de escombros hubiera exigido dos meses y diez mil obreros.

1986 Heródoto, I. CXCVI.

1987 Diodoro de Sicilia, II, 10, que ha copiado probablemente la descripción de Ctesias.

1988 Heródoto, I, CLXXX.

1989 Heródoto, I, CXCV.

caridad[1990] y el bueno de Heródoto se maravillaba mucho de lo sabia que era aquella costumbre. Aprobaba menos la obligación en que estaba toda mujer casada de ir a sentarse una vez en su vida en el templo de Mylitta y de entregarse al que la pagaba, por poco que fuera[1991], pero lamentaba que la venta en pública subasta de las jóvenes nubiles hubiera caído en desuso. «Eran conducidas a un sitio preparado al efecto, donde los hombres se ponían en fila a su alrededor. Un pregonero las sacaba a subasta una tras otra, empezando por la más linda. Vendida ésta muy caro, se pasaba a la que seguía en belleza, y así sucesivamente. Estas ventas eran verdaderos casamientos. Los que eran ricos pujaban y compraban las más hermosas, pero las gentes del pueblo, que se preocupaban menos de la belleza que del dinero, se reservaban para las feas. No obstante, el pregonero sacaba éstas a subasta, y empezaba por adjudicar la más fea al que ofrecía tomarla en matrimonio por menos dinero. Este dinero se sacaba del producto de la venta de las guapas, de modo que el precio ofrecido por éstas servía para casar a las feas y las deformes. A nadie le era permitido casar su hija libremente. De igual modo nadie podía llevarse a la que había comprado sin dar fianza, con lo que se comprometía a casarse, y sólo en tal caso podía llevársela. Cuando los dos esposos no se convenían, la ley ordenaba devolver el dinero.»[1992] Son cosas extrañas que los viajeros se complacen en anotar para amenizar sus relatos, pero otra cosa había que aprender en Caldea más que costumbres extrañas o atrevidas, y los griegos lo sabían muy bien cuando no dudaban en buscar en aquel país el origen de una parte de sus ciencias exactas. Hay alguna exageración en decir, como ellos hacían con frecuencia, que sus primeros sabios, Ferecides de Esciros[1993]. Pitágoras[1994]. Demócrito de Abdera[1995] habían estudiado en la escuela de los magos los principios de la filosofía, de las matemáticas, de la teología. Pero los contemporáneos de Alejandro sabían la existencia de aquellas bibliotecas de ladrillos, en que cada hoja era un ladrillo cubierto de escritura y cocido al horno, y así Calístenes hacía que le tradujeran ciertas observaciones astronómicas que en ellosse consignaban y las comunicaba a su maestro Aristóteles[1996]. Se trata, sin embargo, de un caso casi aislado. El menosprecio en que los griegos tenían el estudio de las lenguas bárbaras les impidió utilizar como hubieran debido los documentos amontonados en los archivos de los templos[1997]. Llamó, por otra parte, su atención un objeto más interesante a sus ojos que los métodos científicos de los sacerdotes. Hacía mucho tiempo que los caldeos eran famosos por sus descubrimientos en la magia y la astrología. Grecia, supersticiosa, encontró en aquel país un código completo de preceptos y de instrucciones que permitía a los caldeos demostrar la íntima unión que hay entre los movimientos de la bóveda estrellada y los sucesos del mundo, explicar la acción de los astros sobre los fenómenos de la Naturaleza o sobre los destinos humanos, predecir el porvenir por las posiciones relativas y la apariencia que ofrecen los cuerpos celestes. Se inclinó ante su superioridad en materia de astrología y los concedió el privilegio de explotar los tesoros de sabiduría equívoca que habían reunido con los siglos. Los decidores de la buena ventura, los magos, los profetas, o

---

1990 Heródoto, I, CXCVII.

1991 Heródoto, I, CXCIX. Véase más arriba la misma costumbre en Fenicia.

1992 Heródoto, I, CXCVI.

1993 Filón de Byblos, fragm. 9 en los *Fragm. H. Græc.*, t. III, pág. 572.

1994 Acerca de las relaciones entre Pitágoras y la Asiria, véase Neantes de Cizico, fragm. 30 (*Fragment. H. Græc.*, t. III, pág. 9) y Alejandro Polyhistor, fragm. 138 (*Fragm. H. Græc.*, t. III; pág. 239). El relato en que se supone que Pitágoras sirvió en el ejército de Nergilos, rey de Asiria (Abydeno, fragm. 7 en los *Fragm. H. Græc.*, t. III, pág. 282) se basa probablemente en una confusión de nombres. Entre los reyes griegos de Chipre mencionados en las inscripciones de Asarhaddón y de Assurbanabal hay uno cuyo nombre Pistagurú recordaría el de Pitágoras, si fuera cierta su lectura.

1995 Véase *Fragm. H. Græc.*, t. II, págs. 24-26. Demócrito habría traducido al griego una obra asiria. Acerca de la leyenda de Demócrito alquimista, véase Berthelot, *Les origines de l'Alchimie*, págs. 145 y siguientes.

1996 Simplicio, *Comentario acerca de Aristóteles, De Cœlo*, pág. 503, A.

1997 Hiparco describe, no obstante, según fuentes babilónicas, varias observaciones de eclipses de luna, los de los años 720, 710, 621, 523 (Ptolomeo, *Magna Syntaxis*, IV, 5, 8; V, 14).

fueron naturales de las orillas del Éufrates, o hubieron de alabarse, para poder practicar, de haber estudiado en los viejos santuarios de Barsip o de Uruk. Caldeo vino a ser sinónimo de hechicero. Un siglo más y Beroso inaugurará en Cos enseñanza pública de astrología[1998]. La magia caldea conquistó el mundo en el momento mismo en que aquella nación lanzaba el último suspiro[1999].

La supremacía indubitada de aquellas ciencias dudosas no es la sola herencia que legó al mundo semita. Su lengua la sobrevivió, y dominó mucho tiempo todavía en los países que había sometido a sus armas. El idioma culto de que los escribas de Nínive y de Babilonia se servían para redactar las inscripciones oficiales, no era ya, hacía mucho tiempo, más que una especie de lengua aristocrática, desconocida para el pueblo. El vulgo de las ciudades y del campo hablaba el dialecto arameo, más pesado, más claro y más prolijo. Fue el que los conquistadores se encargaron inconscientemente de propagar por donde iban. Desde tiempo inmemorial estaban acostumbrados a deportar lejos a los prisioneros que hacían en sus incursiones guerreras y a establecerlos en ciudades recientemente anexionadas a sus dominios. En tiempo de los Sargónidas, los babilonios propiamente dichos y los arameos de las bocas del Tigris dieron los mayores contingentes de colonos involuntarios. Los distritos ribereños del Éufrates y del Orontes recibieron gran número que se instalaron en el Bit-Adini, en las cercanías de Hamath y de Damasco, en el país de los heteos. Sin cesar reforzados por grupos de desterrados nuevos, acrecidos por el contingente que voluntariamente los aportaban las tribus del desierto, arameas como ellos, su influjo fue tan activo y tan escasa la resistencia de los naturales, que lograron primeramente marcada preponderancia, y luego absorbieron los restos de las poblaciones antiguas. La caída de Nínive, la victoria de Nabucodorossor en Garganish, colocándolos bajo el dominio directo de los hermanos suyos que habían permanecido en Caldea, aumentaron más su poder de asimilación. Siria del Norte vino a ser uno de los centros principales de la raza aramea, y casi el Aram por excelencia. Cuando la dominación persa sucedió a la caldea, el arameo no perdió en importancia. Siguió siendo la lengua oficial del Imperio en todas las provincias occidentales. Se encuentra en las monedas del Asia Menor, en los papiros y en las estelas de Egipto[2000], en los edictos y en la correspondencia de los sátrapas y hasta del gran rey. Desde Nisib a Rafia, desde las orillas del golfo Pérsico a las del mar Rojo, sustituyó a casi todas las lenguas, semíticas o no, habladas hasta entonces. El fenicio resistió bien al principio y se mantuvo mucho tiempo todavía en la costa y en la isla de Chipre[2001], pero el hebreo, ya atacado durante el cautiverio, oscurecióse ante él y desapareció poco a poco al contacto con los dialectos que hablaban las colonias vecinas a Jerusalén. Persistió como «lengua noble de la aristocracia que había permanecido fiel a la vieja disciplina de Judá», luego, arrojado de esta última trinchera, como idioma literario y litúrgico[2002].

Los judíos: Esdrás, Nehemías y la ley mosaica.

Los compañeros de Shesbazzar, libertados por el decreto de Ciro, habían salido de Babilonia entre las aclamaciones y la alegría general, pero su llegada a la patria no tenía nada del triunfo que habían esperado los profetas. Algunas familias se habían alojado, como habían podido, entre las ruinas de Jerusalén. Las demás se habían dispersado por las aldeas circunvecinas. Al Norte y al Oeste se habían establecido sin dificultad: Bethlehem, Anathoth, Géba, Kiriath-Iearim, Mikhmash, Béthel, Ono, Jericó, medio desiertas desde el cautiverio, habían recibido alegremente el inesperado

1998 Vitruvio, IX, 4.

1999 Véase acerca de la introducción de la astrología caldea en Grecia, las observaciones de Bouché-Leclercq. *Histoire de la Divination dans l'antiquité*, t. I, págs. 206 y siguientes.

2000 Clermont-Ganneau, *Origine perse des monuments araméens d'Égypte*, 1880.

2001 Renan, *Histoire des langues sémitiques*, 1873, pág. 196.

2002 Renan, *Histoire des langues sémitiques*, 1873, págs. 144 y siguientes.

refuerzo que les venía[2003]. Al Sur, los edomitas habían impedido el avance, pues Nabucodorossor les había dado en otro tiempo Hebrón, Judá y la Acrabatena en recompensa de sus servicios[2004]. La toma de posesión acabada, hubieran debido dedicarse a la reconstrucción del templo, pero los inmigrantes se habían desanimado después de construir el ara de los sacrificios[2005]. El nuevo santuario estaba lejos de tener las dimensiones del antiguo. Así «gran número de los sacerdotes y los levitas, y los viejos padres de familia que habían conocido el templo primitivo, lloraron y sollozaron cuando se pusieron los cimientos de éste». Las generaciones del destierro, en las que no turbaban los recuerdos gloriosos del pasado la alegría del presente, «lanzaban, al contrario, sonoros gritos de alegría y la muchedumbre distinguía con trabajo los clamores de los unos de los sollozos de los otros, tan grande y atronador era el ruido.»[2006] Pasado el primer entusiasmo, las dificultades de la empresa parecieron casi insuperables. La colonia tenía pocos recursos, pues los ricos no habían abandonado la Caldea[2007] y habían dejado a sus hermanos menos ricos la honra de reconstruir la ciudad santa. Los emigrantes aprendieron muy pronto a sus expensas que Sión no era la ciudad ideal «cuyas puertas estarán siempre abiertas, y no se cerrarán de día ni de noche para permitir la entrada de los tesoros del mundo. Lejos de «chupar la leche de los pueblos y de ser alimentados por el seno de los reyes»[2008], apenas si sus campos les daban con qué satisfacer las necesidades más apremiantes de la vida. «Habéis sembrado mucho, les decía el Eterno, para cosechar poco, comiendo sin hartaros, bebiendo sin correr el riesgo de embriagaros, vistiéndoos sin entrar en calor, y el que va a ganar un jornal mete lo ganado en bolsillo roto.»[2009] La usurpación del falso Esmerdis y las rebeliones que acompañaron a su caída, acabaron de desesperarlos y suspendieron todos los trabajos.

El triunfo de Darío les infundió nuevo valor. El año segundo de este príncipe, en el momento que tenía a Nadintavbel sitiado en Babilonia, dos profetas, Haggai y Zacarías, aparecieron entre ellos. Shesbazzar ya no vivía. Un príncipe de la familia de David, Zorobabel, los regía en nombre de los persas y el pontífice Jéshua velaba por sus intereses espirituales. Empezaron de nuevo las edificaciones, pero, desde la caída de Israel, las montañas de Efraim estaban habitadas por sirios y caldeos, gentes de Babilonia y de Kuta, de Ava, de Hamath y de Sefarvaim, que los reyes de Nínive habían deportado en varias ocasiones. «Y al principio no reverenciaban a Jehová, y lanzó contra ellos leones que hicieron carnicería en aquellas gentes. Se habló del caso al príncipe de Assur en estos términos: «Los pueblos que has colocado en las ciudades de Samaria no conocen el culto del Dios del país. y éste ha lanzado contra ellos los leones, y he aquí, que éstos los matan, porque no conocen el culto del Dios del país. Se les envió, pues, uno de los sacerdotes prisioneros, que les enseñó «el derecho» de Jehová, y que instituyó a su vez «sacerdotes elegidos en la masa del pueblo, los cuales hicieron entre ellos los sacrificios en los lugares del culto.»[2010] Cuando supieron que se hacían preparativos para edificar el templo de Jerusalén, se llenaron de alegría y pidieron permiso a Zorobabel para tomar parte en los trabajos: «Queremos edificar con vosotros porque nos dirigimos al mismo Dios que vosotros, y a él sacrificamos desde que Asarhaddón nos ha establecido aquí». Medio siglo antes, su petición habría sido acogida con alegría, pero los judíos del destierro no sentían por las divinidades paganas la ternura de los judíos de otros tiempos, habían muerto para la

2003 *Esdrás*, II, 1 y siguientes.

2004 La Acrabatena era la parte de territorio que se extiende a lo largo del Jordán, entre Jericó y las fronteras de Samaria.

2005 *Esdrás*, III. El texto parece decir que se había dado con los cimientos del altar antiguo y que en el mismo sitio se había levantado el nuevo.

2006 *Esdrás*, III, 10-13.

2007 *Esdrás*, I, 4-6.

2008 Anónimo (Isaías, LX, v, 11, 16).

2009 *Hageo*, I, 5.

2010 *II Reyes*, XVII, 24-40.

idolatría[2011]. Zorobabel rechazó las proposiciones de aquellos kuteanos que unían al nombre de Jehová los de sus antiguos dioses, Adrammelech, Nirgal, Tartak, Annameléch. Ofendidos por su negativa, se las ingeniaron para impedir la realización de la obra a que se les prohibía asociarse, y la presentaron a los persas como capaz de perturbar la paz del Imperio. Darío, informado de lo que ocurría por el gobernador de Siria, ordenó la ejecución pura y simple del decreto dictado por Ciro. Cuatro años más tarde, el templo estaba terminado[2012].

Cumplida la tarea, Zorobabel desapareció de escena. ¿Murió en paz a la sombra del santuario que había restaurado? ¿Se vio obligado a volver a Babilonia? Haggai le había presentado como salvador de Israel, y era suficiente tal predicción para hacerle sospechoso de traición a los ojos de los persas y para motivar su llamamiento[2013]. Partido él, Jeshua quedó solo encargado del gobierno. El papel del gran sacerdote había prosperado mucho durante el destierro. No era ya únicamente el jefe de los sacrificadores, el primero entre sus iguales, sino el pontífice supremo. Apartados los descendientes de David, a él correspondía el más alto puesto en los consejos de la nación. «La dignidad pontificia se vio así instituída de hecho, como una consecuencia necesaria de la situación, y si más tarde este hecho fue erigido en teoría y formó parte capital de la legislación, nos sorprenderá tanto menos cuanto que la historia del papado cristiano nos ofrece un ejemplo absolutamente semejante. El obispo de una ciudad colocada en las condiciones de Jerusalén y de Roma, y que ya no ve a su lado soberano laico, tendrá siempre probabilidad de ser soberano.»[2014] La composición de la colonia judía hacía más fácil la transición. El número de las personas afectas al templo de un modo cualquiera era muy considerable, y la condición del cuerpo sacerdotal había cambiado. Ezequiel había sido el primero en afirmar que sólo aquéllos cuya ortodoxia había permanecido inquebrantable siempre, los hijos de Zadok», gozarían del privilegio de servir el altar. Había excluído del sacerdocio a los hijos de Leví, que habían sacrificado en los altos lugares, y los había relegado a las funciones secundarias. Esta disposición teórica empezó a ser ejecutada a la vuelta del cautiverio, y, por primera vez en la historia de la religión hebráica, los sacerdotes fueron separados de los levitas[2015]. Se concibe que esta degradación no fue siempre agradable a los que eran sus víctimas, y así algunos levitas, setenta y cuatro de cuatro mil sacerdotes, consintieron en abandonar Babilonia. Por bajo de ellos, los chantres, los porteros, los descendientes de los esclavos sagrados, completaban la jerarquía. Todos reunidos formaban un cuerpo compacto de cinco mil personas, la octava parte próximamente de la población total[2016], y a Jeshua no le costó trabajo hacerse proclamar jefe de la comunidad.

Su hijo Joiakim le sucedió, luego su nieto Eliashib[2017]. Su poder, restringido en el dominio político por la vigilancia de los sátrapas de Siria, era de lo más amplio en materia civil y religiosa. Por pura condescendencia tan sólo consultaban a los sacerdotes de alto rango, a los cadíes o a la asamblea en los casos importantes[2018]. Jerusalén vegetó más que vivió bajo su mando. Lo que se había esperado de Jehová era tan extraordinario, y los profetas habían prometido tanto por su parte, que una especie de desaliento se apoderó de los espíritus al ver cuán poco correspondía la realidad a las esperanzas. El *Deuteronomio* tenía siempre fuerza de ley, pero aun cuando estuviera en vigor

---

2011 Es la expresión de Kuenen, *Religion nationale et religion universelle*, pág. 214.

2012 *Esdrás*, IV-VI.

2013 El relato de Josefo (*Ant. Jud.*, XI, 1-2), acerca de dos expediciones de Zorobabel, parece copiado en parte del libro canónico de *Esdrás*, en parte del escrito no canónico que se denomina libro tercero de Esdrás.

2014 Reuss, *La Bible, l'Histoire sainte et la Loi*, t. I. págs. 229-230.

2015 Kuenen, *The religion of Israel*, t. II, páginas 202-204.

2016 La octava, según la cifra total dada por *Esdrás*, II, 64, la sexta, si se tienen en cuenta las cifras parciales asignadas a cada una de las familias que componían la colonia.

2017 Nehemías, XII, 10.

2018 Acerca de esta constitución del poder de los grandes sacerdotes, véase Kuenen, *The religion of Israel*, t. II, págs. 214-215.

desde hacía más de un siglo, no había podido todavía, en cuanto podemos comprender, llegar al corazón del pueblo. En vano sus exhortaciones resonaban con toda su gravedad e insistencia: «¡Tú, Israel, debes amar a Jehová, tu Dios, con todo el corazón, con toda tu alma y todas tus energías!»[2019] Si estas palabras hallaban algún eco en la conciencia de muy pocos, no se había formado pueblo especial consagrado a Jehová[2020]. Lejos de ello, los matrimonios contraídos con mujeres extranjeras, moabitas, filisteas, kuteanas, alteraban cada día la pureza de la raza. Ya el lenguaje antiguo desaparecía poco a poco y podía preverse el momento en que la reducida familia judía habría de perder su individualidad, si no su religión[2021].

La salvación vino de Babilonia. Los desterrados que en ella permanecían, lejos del solo santuario que reconocían como legítimo, habían adoptado la costumbre de reunirse el día del sábado para fortalecerse mutuamente con el rezo en comunidad, con la lectura, con la predicación. La sinagoga, establecida dondequiera que se reunían en número suficiente, les impedía ser absorbidos, como los efraimitas lo habían sido antes de ellos, por los paganos que los rodeaban. Salvado el principio de la religión, había preocupado poco en un principio preservar las formas exteriores. Verdad es que Ezequiel había introducido el ritual en su plan de restauración[2022], pero sus ideas en este respecto habían sido poco aceptadas por sus contemporáneos. Triunfaron cerca de la generación siguiente y formaron la regla con que se inspiraron los doctores de Judá. En tiempo de los reyes, el templo de Jerusalén había tenido sus leyes propias que determinaban hasta en el pormenor las ceremonias de la purificación, de la ofrenda y del sacrificio, las relaciones del clero entre sí y con la comunidad, en una palabra, todo lo que constituía a los ojos de los fieles «el derecho del dios del país», pero estas leyes, trasmitidas oralmente de siglo en siglo, no habían sido escritas en su mayor parte y corrían el riesgo de caer en el olvido por falta de un santuario donde aplicarlas. Los sacerdotes encaminaron sus esfuerzos a recogerlas, a desentrañar su significación y su origen. Era un trabajo minucioso y que exigía gran esfuerzo. En su mayor parte estaba terminado, no obstante, en la primera mitad del siglo v, y todo estaba consignado en una obra especial que se ha querido denominar Libro de los orígenes. Este libro es a la vez un código y una historia, pero la historia no figura en él las más de las veces sino para justificar las leyes por una especie de exposición de motivos[2023]. Si el autor se remonta hasta el origen de las cosas, es porque el relato de la Creación realiza uno de los mandamientos de la legislación sacerdotal. Dios, al trabajar seis días y descansar el séptimo, predicaba con el ejemplo la observancia del sábado[2024]. Si refiere con complacencia la conclusión del pacto entre Dios y Abraham, es porque pretende ilustrar la costumbre de la circuncisión y el rigor de los reglamentos que suponía[2025]. Donde los hechos no se ajustaban a su designio, los abrevia, los suprime, los altera, les atribuye carácter puramente ideal, o los desnaturaliza de suerte que ya no corresponden a las exigencias de la realidad. Así hace retroceder hasta Moisés el concepto del santuario único y atribuye a los israelitas en el desierto la posesión de un tabernáculo portátil. Mide sus dimensiones, enumera sus partes, cita las cantidades de telas, de pieles, de metal que se han empleado en construirlo y decorarlo. El templo de Jerusalén le proporciona motivo para su descripción, pero olvida adaptar los objetos que en él encuentra a las necesidades de la vida nómada, y carga a los hijos de Israel con un material demasiado pesado para hordas errantes[2026]. A decir verdad, la falta es ligera, porque al presente atiende sobre todo cuando

---

2019 *Deuteronomio*, VI, 5.

2020 Kuenen, *Religion nationale et religion universelle*, pág. 121.

2021 *Esdrás*, IV-X; Nehemías, XIII, 24-31.

2022 Véase más arriba la exposición del sistema de Ezequiel.

2023 Véase acerca de estas cuestiones Reuss. *L'histoire sainte et la Loi*, t. I, págs. 231 y siguientes, y Kuenen, *The religion of Israel*, t. II, págs. 148 y siguientes.

2024 *Génesis*. I, 4.

2025 *Génesis*, XVII.

habla del pasado. Su manera de comprender los destinos de la raza agradó a los desterrados de Babilonia y quedó como versión oficial de la historia primitiva.

Los principales textos de la Ley a que sirven de marco los relatos fueron, por tanto, atribuídos en lo sucesivo o Moisés, no ya, como en el *Deuteronomio*, a Moisés moribundo, sino al jefe de pueblo y de ejército que dirige en el desierto del Sinaí[2027]. No nos corresponde examinarlos detalladamente en este lugar. Algunos de ellos, los menos abundantes, son análogos a las prescripciones de la *thora* deuteronómica, y prohiben la idolatría[2028], el sacrificio de los hijos[2029], el adulterio y el incesto[2030], la venta con pesas falsas y con mala medida[2031], pero la mayor parte atienden a la organización del culto. En otro tiempo, el sacrificio era puramente voluntario, y la mayor parte de los profetas estaban dispuestos a exclamar con Hoshea: «El amor es lo que me agrada, y no los sacrificios, y el conocimiento de Dios más que los holocaustos.»[2032] Por el contrario, lo que sorprende en la teoría nueva «es la admisión del culto entre las obligaciones impuestas al pueblo de Jehová y a cada israelita en particular.»[2033] Al ver el número de víctimas que los sacerdotes exigían, diríase que el hombre no había nacido más que para subvenir a las escandalosas exigencias del altar durante las grandes fiestas del año, el sábado, cada día. Todo está previsto por lo demás; la manera de presentar el animal, de degollarlo, de descuartizarlo, de distribuir los pedazos. «Si tu ofrenda es de ganado mayor, se elegirá un macho que no tenga defecto. A la puerta del tabernáculo lo ofrecerá el donante, para lograr los favores del Eterno. Pondrá la mano sobre la cabeza del animal, para hacerse agradable, de modo que Dios le sea propicio. Luego inmolará el buey a la faz del Eterno, y los hijos de Aharón, los sacerdotes, ofrecerán la sangre y regarán por todos lados el altar que hay ante lo puerta del tabernáculo. Luego descuartizará la víctima y la dividirá en pedazos, y los hijos del sacerdote Aharón harán fuego sobre el altar y alinearán troncos por cima del fuego. Luego los hijos de Aharón, los sacerdotes, colocarán en orden los pedazos, la cabeza y la grasa, en parrillas puestas sobre el fuego que hay en el altar. Pero, por lo que toca a las tripas y las patas, las lavará con agua, luego el sacerdote hará que todo ahume en el altar, como holocausto, como fuego de olor agradable para el Eterno[2034]. Lo mismo se hacía con los carneros o con las cabras[2035], lo mismo con las aves[2036]. Toda aquella sangre vertida, toda aquella carne quemada, el vino, la leche, el aceite derramados, obligan a los guardianes del templo y del altar a cuidados de limpieza minuciosa. El simple particular y el sacerdote, sin cesar llamados a consumar el sacrificio, debían estar siempre en el estado de pureza ritual, sin lo cual la ofrenda no tenía valor a los ojos de Jehová. «¡Sed santos, porque yo soy santo, yo, el Eterno, vuestro Dios!»[2037] «¡Santificáos, pues, y sed santos, porque yo el Eterno soy vuestro Dios!»[2038] Para los profetas anteriores al destierro, la santidad era una virtud moral. «¿Me presentaré yo ante el Eterno con holocaustos, con terneros de un año? -¿Aceptará millares de carneros-miles de torrentes

---

2026 Acerca del Tabernáculo, véase Wellhausen, *Prolegomena zur Geschichte Israels*, págs. 35 y siguientes. El relato de la construcción del Tabernáculo no existía aún en su forma actual en la época en que se hizo la versión de los Setenta.

2027 *Éxodo*, XXV, 1; XXXI, 17; XXXV ss.; *Levítico*, VIII-X etc.

2028 *Levítico*, XIX, 4; *Éxodo*, XXI, 20.

2029 *Levítico*, XX, 4.

2030 *Levítico*, XVIII, 5; XX, 10.

2031 *Levítico*, XIX, 25.

2032 *Oseas*, VI, 6.

2033 Kuenen, *Religion nationale et religion universelle*. pág. 126.

2034 *Levítico*, I, 3-9.

2035 *Levítico*, I, 10-13.

2036 *Levítico*, I, 14-17.

2037 *Levítico*, XIX, 2.

2038 *Levítico*, XX, 8.

de aceite? ¡Oh mortal, se «te ha dicho lo que es bueno, -lo que el Eterno reclama de ti: ««- Amar la caridad y caminar humildemente ante tu Dios.»[2039] Para los sacerdotes, la pureza resultaba sobre todo de la observancia material de las prescripciones contenidas en la Ley. Se la perdía aún sin querer, sin casi pensarlo, por rozar el vestido que se llevaba puesto con un objeto o una persona manchada[2040]. Se recobraba sometiéndose a los variados ritos de la expiación. Cada trasgresión, por pequeña que fuera, obligaba al culpable a un sacrificio especial. Una vez al año, el día del perdón, el sacerdote hacía la propiciación para todos los pecados de los hijos de Israel[2041].

A los sacerdotes que vivían en Caldea no se les había podido ocurrir el aplicar a su vez esta legislación. Durante algunos años, se contentaron con revisar su obra, con aumentarla, con interpretarla de palabra o por escrito. No pudiendo ser sacrificadores, se hicieron doctores y escribas. Cuando ya no les bastó la teoría y quisieron pasar a la práctica, encontraron dificultades en Jerusalén. El pueblo se mostraba poco dispuesto a pagar el diezmo, a observar regularmente los ritos, a cumplir deberes religiosos, el principal de los cuales parecía ser la obligación de mantener a sus expensas un clero numeroso. Los sacerdotes, relajados como lo estaba el pueblo en general, no ofrecían más que víctimas defectuosas y trataban a Dios como los hombre los trataban a ellos. Un profeta, el último de aquéllos cuyas predicciones hemos conservado, les había pedido cuenta de su conducta en nombre del Eterno[2042], pero su voz, eco demasiado débil de la de los grandes poetas del siglo anterior, no había hallado eco en Israel. No obstante, seguían siendo frecuentes las relaciones entre los judíos que habían vuelto del destierro y los que aun permanecían en el extranjero. Por el año 385, uno de estos últimos, Nehemías, que era de una familia influyente y que servía de copero a Artajerjes II, conmovido por las desventuras de Jerusalén, resolvió implorar la piedad del rey en favor de sus correligionarios. «Ahora bien, en el mes de Nisán del vigésimo año, como a mí me correspondía servir el vino, cogí el vino y lo ofrecí al rey. Y aun cuando disimulase mi pena, el rey me dijo: ¿Por qué tienes mala cara? ¿No estás enfermo, sin embargo? no puede ser más que pena del corazón». Yo tuve miedo y respondí: «¡Viva por siempre el rey! ¿Cómo no he de tener mala cara cuando la ciudad en que están las numerosas tumbas de mis padres está en ruinas y sus puertas destruidas por el fuego?». El rey, inclinado aquel día a la clemencia, le concedió permiso para salir de Susa, volver a Judea, cortar luego en los montes reales la madera necesaria, y reedificar la fortaleza, las murallas y el palacio del gobernador[2043]. No convenía esto a los enemigos de Judá, y sus jefes, Sannebalat de Bethhorón y Tobiyah el ammonita, hicieron cuanto les fue posible para estorbar la ejecución del proyecto. Nehemías deshizo todos sus complots, y después de haber estudiado secretamente la situación de los lugares, comunicó a los jefes de la comunidad las órdenes de que era portador. El trabajo, distribuído entre las familias, se terminó en cincuenta y dos días[2044]. Su estancia se prolongó doce años, durante los cuales prestó tantos más servicios a los suyos cuanto que lo íntimo de su cargo cerca del rey y su título de gobernador le daban considerable autoridad. Por el año 372 volvió a Babilonia, y siguió haciendo favores a su pueblo desde la corte del soberano.

Sin embargo, su representación había sido principalmente política. La reforma religiosa estaba todavía por realizar. Ahora bien, había entonces en Babilonia un llamado Esdrás, hijo de Seraiah, hábil doctor «que se había dedicado a estudiar la Ley del Eterno, a practicarla, a enseñar sus

---

2039 *Miqueas*, V, 7-10.

2040 Así con el cuerpo muerto de un animal impuro (*Levítico*, V, 2) hasta de un insecto (*Levítico*, XI, 20-25).

2041 *Levítico*, XVI, I, 29-34. Véase Kuenen, *The religion of Israel*, t. II, págs. 251 y siguientes: *Religion nationale et religion universelle*, págs. 125-126.

2042 Es el llamado erróneamente *Malaquías*. Una tradición bastante antigua pretende que el profeta cuyo nombre se ha perdido haya sido Esdrás.

2043 *Nehemías*, I.

2044 *Nehemías*, II-VI.

estatutos y sus reglas.»[2045] Su reputación de sabio y de súbdito leal estaba tan bien asentada entre sus compatriotas y entre los persas, que el rey le concedió sin dificultad autorización «para ir a inspeccionar Judá y Jerusalén, según la ley de su dios, que tenía en la mano», luego para establecer magistrados y jueces que administraran justicia a las gentes del otro lado del Éufrates y a todos los que conocían la ley de su Dios», judíos o prosélitos[2046]. Tres de los clanes que habían permanecido hasta entonces en Babilonia, mil cuatrocientos ochenta y seis individuos de menor cuantía, treinta y ocho levitas y doscientos veinte sirvientes del templo, consintieron en acompañarle. El éxodo, que empezó con ayuno solemne, duró cuatro meses[2047]. Al llegar al término del viaje, y realizados los sacrificios de acción de gracias, los emigrantes supieron con dolor que Israel, «incluso los sacerdotes y los levitas, no se mantenía apartado de los otros moradores del país. Habían tomado hijas de éstos para ellos y para sus hijos, y habían mezclado de esta suerte la raza santa y los paganos. Hasta los jefes y los magistrados habían sido de los primeros en dar el ejemplo de este crimen». Ante estas tristes nuevas, Esdrás desgarró sus vestiduras y se arrancó la barba y el pelo, luego permaneció sentado sumido en profundo estupor, mientras que los fieles se reunían a su lado. Tan sólo a la tarde, en el momento de la ofrenda, rompió el silencio, y cayendo de rodillas, las manos levantadas hacia el Eterno, confesó las culpas del pueblo: «¡Dios mío, estoy confuso y me avergüenzo de levantar la cara hacia ti, ¡oh Dios mío! porque nuestros pecados son numerosos hasta el punto de subir por cima de nuestras cabezas, y nuestras culpas han aumentado hasta tocar al cielo... Después de todo cuanto nos ha ocurrido a consecuencia de nuestras maldades y de nuestra gran iniquidad ¡oh Dios nuestro!, que nos has perdonado parte de nuestras culpas y concedido el resto que aquí se ofrece, ¿vendremos de nuevo a infringir tus mandamientos y a aliarnos con esos pueblos abominables? Ciertamente, te irritarías con nosotros hasta el punto de aniquilarnos, sin permitir escapar ni sobrevivir a nadie. Eterno, Dios de Israel, eres justo, porque hoy no queda de nosotros más que un número reducido. Hénos aquí constantemente a tu vista como culpables. Nadie podría subsistir ante ti por esta razón.»[2048]

Su emoción se trasmitió a los asistentes, y uno de ellos, Shekaniah, hijo de Jekhiel, confesando el pecado común, le preguntó si no había todavía una esperanza para Israel. «Hagamos ahora pacto con nuestro Dios, para repudiar a todas esas mujeres y sus hijos, según lo que aconseja nuestro Señor y los que respetan el mandamiento de Dios. Hágase según la Ley. Vamos, a ti toca, estaremos a tu lado. Valor y obra». Esdrás se apresuró a aceptar esta proposición que facilitaba singularmente su cometido. Tomó juramento a los sacerdotes y a los jefes presentes, luego se retiró a una de las cámaras del templo y allí pasó la noche sin comer ni beber «porque estaba de luto por el crimen de los desterrados.»[2049] Poco después, el diecisiete del vigésimo mes, convocó a todo el pueblo de Judá, dentro de tres días, so pena de confiscación de bienes y de exclusión de la comunidad al que no acudiera al llamamiento. Era en Diciembre, y el motivo de la convocatoria secreto para la mayoría. El pueblo, reunido en la plaza del templo, tiritaba bajo la lluvia, no sabiendo lo que iba a ocurrir. Esdrás se levantó y denunció vehemente la culpa. «Y ahora, confesáos al Eterno, el Dios de vuestros padres, y obrad según su voluntad; separáos de los pueblos de este país y de las mujeres extranjeras». Dos hombres solamente se atrevieron a hablar contra el proyecto y no fueron apoyados más que por un cheik y un levita. Los demás consintieron y pidieron algunos días de meditación que les fueron concedidos. Dos meses más tarde, el divorcio estaba consumado. No se sabe a cuantas gentes del común alcanzó la sentencia, pero ciento trece sacerdotes tenían

2045 *Esdrás*, VII, 5-10.

2046 *Esdrás*, VII, 11-29.

2047 *Esdrás*, VIII, 1-35.

2048 *Esdrás*, VIII, 35-IX.

2049 *Esdrás*, X, 1-5.

mujeres extranjeras y varios de ellos las repudiaron con sus hijos. Les había sido *hecho según la ley*[2050].

Un año más tarde, Esdrás creyó llegado el momento de promulgar la constitución religiosa que debía hacer de Judá el servidor por excelencia de Dios. El primer día del séptimo mes, poco antes de la fiesta de otoño, reunió al pueblo de Jerusalén en la plaza que está delante de la Puerta del agua. Estaba él sobre un estrado de madera que se había levantado expresamente, y los principales de los sacerdotes que le habían ayudado se sentaban al lado suyo. «Abrió el libro a la vista de todo el pueblo, y todo el pueblo se puso de pie. Y bendijo a Jehová, el gran Dios, y todo el pueblo respondió ¡Amén, amén! alzando las manos, y se inclinaron y se prosternaron la cara contra el suelo». Empezó la lectura: después de anunciado cada epígrafe, levitas colocados de espacio en espacio interpretaban y traducían las fórmulas en lenguaje familiar, de modo que hacían comprensible a todos el significado. La larga enumeración de las culpas y de las expiaciones, las amenazas contenidas en ciertos capítulos, produjeron en la multitud el mismo efecto de terror nervioso que los preceptos y las maldiciones del *Deuteronomio* habían producido en los contemporáneos de Josías. La multitud prorrumpió en llanto y las manifestaciones de desesperación alcanzaron proporciones tales que los mismos que habían dado lugar a ellas, Esdrás y los levitas instructores, tuvieron que dedicarse a calmarlas. «Este día está consagrado al Eterno, vuestro Dios; no os aflijáis, pues, no lloréis... Id a comer bien, comed de lo bueno, bebed de lo dulce, enviad de comer a los que no tienen medios para regocijarse como vosotros, y no estéis tristes, porque el placer del Eterno es vuestra fuerza». Y los levitas calmaron al pueblo, diciendo: «¡Callaos!, ¡es un día consagrado!, no estéis tristes. Y todo el pueblo se fue a comer y a beber, y se enviaban raciones a los que no tenían, y se entregaban a la alegría, porque todos habían estado atentos a lo que se reveló aquel día.»[2051] Esdrás tuvo cuidado de no dejar perderse el primer entusiasmo. Al día siguiente convocó a los cheiques, a los sacerdotes, a los levitas para determinar el orden de las fiestas próximas. «Y vieron que estaba escrito, en la ley que el Eterno había otorgado por boca de Moisés, que los hijos de Israel habían de morar en cabañas de verdura.»

Por espacio de siete días, Jerusalén se vistió de follaje. Los tabernáculos hechos de ramas de olivo, de mirto y de palma se alzaban por todas partes, sobre las azoteas de las casas, en los patios, en las paredes del templo, a las puertas de la ciudad[2052]. Luego, el veintisiete del mismo mes, el pueblo se vistió de luto para confesar sus propios pecados y las culpas de sus padres[2053]. Luego, para coronarlo todo, Esdrás les hizo prestar juramento solemne de respetar en lo sucesivo la ley de Moisés y ajustar a ella su vida. «Juramos que no daremos nuestras hijas a extranjeros, y que no tomaremos las suyas para nuestros hijos. Además, que no compraremos nada suyo el día del sábado ni cualquier otro día consagrado, y que cada año séptimo, nuestros campos descansarán y haremos el perdón de las deudas. Además nos imponemos la obligación de dar anualmente un tercio de bienes para el servicio del templo, a saber, para los panes ofertorios, para las oblaciones y los holocaustos de cada día; así como para los de los sábados de las lunas nuevas, las grandes fiestas, para ofrendas y para sacrificios expiatorios hechos en obsequio de todo el pueblo, y en general para todo lo concerniente a las necesidades de la casa de nuestro Dios. Nos repartimos también a la suerte, sacerdotes, levitas y laicos, las prestaciones de madera necesaria para el templo, anualmente, en épocas fijas, por familias, para mantener el fuego en el altar del Eterno nuestro Dios, como prescrito está en la Ley. Nos comprometimos a traer anualmente a la casa de Dios las primicias de nuestro suelo y las primicias de todos los frutos de los árboles, así como los primogénitos de nuestros hijos y de nuestros animales, como está prescrito en la Ley, y las primeras crías de nuestro ganado mayor y menor, para ofrecerlos en el templo a los sacerdotes que estuvieran de servicio.

2050 *Esdrás*, X, 5-44. Véase Kuenen, *The religion of Israel*, t. II, págs. 218-223.

2051 *Nehemías*, VIII, 1-2.

2052 *Nehemías*, VIII, 13-18.

2053 *Nehemías*, IX.

Finalmente, las primicias de nuestra molienda y nuestras ofrendas y la fruta de los árboles. El vino y el aceite habíamos de traerlos a los sacerdotes, a las celdas del templo, y dar el diezmo de nuestro suelo a los levitas, recogiendo éstos en persona el diezmo en todos los sitios donde se hiciera cultivo. Y cuando los levitas recogieren el diezmo, un sacerdote de la raza de Aharón habrá de estar con ellos, y los levitas habrían de llevar el diezmo del diezmo al templo, a las cámaras que servirían de almacenes. Y nosotros no debíamos abandonar la casa de nuestro Dios.»[2054]

La reforma halló viva resistencia. Muchas gentes, aun entre los sacerdotes y los profetas, juzgaron que los reformadores habían empleado medios demasiado violentos para lograr sus fines, que la repudiación de las mujeres extranjeras era ya, por lo menos, imprudente, que el aumento de los diezmos y la multiplicación de los sacrificios imponían cargas demasiado pesadas a la comunidad. La ausencia de Nehemías los animó a la reacción. Tobiyah el ammonita tenía en Jerusalén muchos parientes y amigos. El gran sacerdote Eliashib puso a su disposición una de las cámaras del templo. Los mercaderes extranjeros y los mismos judíos profanaron abiertamente el sábado. Andaba el molino aquel día como los demás, o llevaban a Jerusalén trigo, vino, pasas, higos, pescado y toda clase de mercaderías. Se olvidaba el diezmo y volvían a ser frecuentes las uniones prohibidas. El nieto de Eliashib se casó con una hija de Sannebalat. A su vuelta, Nehemías no dudó en recurrir a la amenaza y a la fuerza para restablecer la ley. Los mercaderes indígenas o tirios fueron detenidos el sábado a las puertas de la ciudad. El mobiliario de Tobiyah fue arrojado fuera de la cámara y las partes del templo vecinas purificadas. Los maridos de las mujeres extranjeras fueron tratados duramente: «Les dirigí reproches, los maldije, golpeé a algunos, les tiré de los pelos, los conjuré en nombre de Dios». Los que no se dejaron conmover de estas maneras fueron obligados a desterrarse, el nieto de Eliashib se fue a casa de su suegro[2055]. La lucha continuó mucho tiempo todavía. Pocos años apenas antes de la conquista de Alejandro, otro miembro de la familia pontificia, Manashshé, que se había casado con la hija de otro Sannebalat, hubo de abandonar Jerusalén. Los samaritanos le acogieron y fundaron para él en el monte Garizim un santnario de Jehová, rival del templo de Jerusalén[2056]. No obstante, la oposición disminuía poco a poco, las generaciones nuevas, acostumbradas desde la infancia a doblegarse ante la voluntad de Dios manifiesta en la Ley, llegaban a amar por instinto y como por nacimiento las prácticas y las prescripciones que sus antepasados habían juzgado demasiado severas. El viejo Israel se trasformaba. La idea de la realeza había desaparecido la primera, luego había desaparecido el don de profecía. El profeta, siempre arrastrado por la imaginación y el entusiasmo, no podía ya subsistir en un medio en que cada acción y casi cada pensamiento estaban definidos de antemano, y en que la menor trasgresión de la regla era castigada con severidad. Fue sustituido por el legista, por el escriba, hábil para explicar los textos sagrados y para adivinar su sentido abstracto[2057].

No obstante, la raza aumentaba en número. La dispersión, lejos de perjudicarla, favorecía su desarrollo, y la mayor parte de los hijos de Israel, devenidos extranjeros para sus hermanos, no podían ya tomar participación material en los ritos que consagraban la unidad nacional. Las leyes y la tradición eran el solo bien que quedaba a los judíos de Caldea lo mismo que a los de Persia o de Egipto, pero leyes y tradiciones andaban dispersas en varios libros, algunos de los cuales, como las historias de los orígenes del pueblo hebreo, el libro de la Alianza, el código de Josías, se remontaban a los tiempos de la independencia y no siempre eran de fácil interpretación, aun para los letrados. La idea de reunir y unificar estos documentos debía, por tanto, ofrecerse naturalmente a la mente de los doctores que sucedieron a Nehemías. Trabajaron larga y pacientemente en su realización durante el siglo que precedió a la conquista de Alejandro. Para redactar la crónica de las

---

2054 *Nehemías*, X. Véase, acerca de la autenticidad de los datos contenidos en este capítulo y en los anteriores, Kuenen, *The religion of Israel*, t. II, págs. 286 y siguientes.

2055 Nehemías, III.

2056 Josefo, *Ant. Jud.*, XI, VII, 2; VIII, 2-4.

2057 Kuenen, *The religion of Israel*, t. II, págs. 240 y siguientes.

primeras edades del mundo, tenían los dos libros publicados en los reinos de Israel y de Judá por el siglo VIII. Los dividieron en trozos, que unieron entre sí mediante transiciones muy breves, sin preocuparse de eliminar las contradicciones o las repeticiones. Para el período que precede inmediatamente al establecimiento de las tribus en el país de Canaán, y en que Moisés, figuraba como héroe, siguieron el orden que les indicaban las noticias mezcladas a los dos códigos principales. El de Esdrás, que era el más moderno, tuvo la primacía, porque el autor decía haberse escrito al pie del Sinaí y en el desierto. El de Josías afirmaba no haberse promulgado sino en las llanuras de Moab y a orillas del Jordán, y figuró después del de Esdrás. Aquel conjunto de relatos y de decretos divinos, completado más tarde y dividido en cinco libros, constituye hoy nuestro Pentateuco[2058]. No había terminado todavía la redacción en el momento de la caída del Imperio persa. Absorbió todas las fuerzas del pueblo judío y le hizo no mezclarse en la mayor parte de los sucesos que tenían lugar a su alrededor. Cometió, no obstante, la imprudencia de comprometerse en la sublevación de las ciudades fenicias contra Ocos y fue por ello castigado severamente. Cuando Sidón capituló, los más comprometidos de los nobles de Jerusalén fueron desterrados a Hircania[2059], y los otros pasaron angustiosamente los pocos años que precedieron a la conquista macedónica.

Egipto

Asiria ya no existía; Babilonia y Fenicia agonizaban, y los judíos eran del pasado más que del presente. Sólo el indestructible Egipto había escapado del naufragio y parecía haber de sobrevivir a sus rivales tanto tiempo como los había precedido en la historia. Era, de todas las naciones orientales, la que mejor conocían los griegos. Los mercaderes, los mercenarios, los viajeros la recorrían libremente, y las relaciones de Hecateo de Mileto, de Heródoto de Halicarnaso, de Helánico de Lesbos[2060] habían hecho notar sus singularidades. Se llegaba a él comúnmente por el Oeste, como hacen hoy los turistas o los negociantes europeos. Antes de Alejandro, Rakoti no era más que una aldea[2061] y la isla de Faros no tenía otra gloria que la de haber sido cantada por Homero[2062]. Pero se encontraban escalonadas, a lo largo del brazo canópico, Naucratis y las poblaciones que de ella dependían, Anthyla y Arcandrupolis[2063]. Era como una prolongación de la Grecia, pues el verdadero Egipto empezaba en Sais, pocas leguas más al Este. Sais estaba llena de recuerdos de la vigésimasexta dinastía. Allí se mostraba el palacio donde Psamético había recibido a la diputación de los eleos venidos para consultarle con motivo de los Juegos olímpicos[2064], y aquél en que fue encerrado Apríes y luego ejecutado tras de su derrota[2065]. Los propileos del templo de Nit parecían gigantescos a gentes acostumbradas a las reducidas dimensiones de la mayor parte de los templos griegos. La diosa atestiguaba genio hospitalario con relación a los extranjeros, griegos o persas, los acogía con sus pompas y los iniciaba en algunos de sus ritos secundarios sin exigir de ellos más que un poco de discreción[2066]. La noche del 17 de Thot, Heródoto vio a los habitantes, ricos y pobres, colocar alrededor de su casa las grandes lámparas llanas llenas de aceite y de sal que se mantenían encendidas la noche entera en honor de Osiris y de los muertos[2067]. Penetró en el templo del dios de nombre inefable, y asistió, confundido entre la muchedumbre, a las escenas de la

2058 Véase en Reuss, *L'Histoire Sainte et la Loi*, t. I. Introducción, cómo se demuestran estos hechos.

2059 Josefo, *Ant. jud.*, XI, VII, § 1. Véase Nöldeke, *Aufsätze zur Persischen Geschichte*, pág. 78.

2060 Acerca de los escritores griegos que han tratado de Egipto con anterioridad a Alejandro, véanse los datos reunidos por A. von Gutschmid, *Scriptorum rerum ægyptiacarum series* (*Philologus*, t. X).

2061 Brugsch, *Dict. géographique*, págs. 66, 68,451.

2062 *Odisea*, IV, 354-359.

2063 Heródoto, II, XCVII-XCVIII. El emplazamiento de estas dos ciudades no ha sido todavía fijado con certeza.

2064 Heródoto, II, CCXXV; Diodoro, I, 95, refiere la misma anécdota en el reinado de Amasis.

2065 Heródoto, II, CIX.

2066 Heródoto, II, CLXXX: Περὶ μέν νυν τούτων εἰδότι μοι ἐπὶ πλέον ὡς ἕκαστα αὐτῶν ἔχει, εὔστομα κεέσθω.

vida, de la pasión y de la resurrección que los sacerdotes representaban en el lago sagrado[2068]. Los teólogos no descubrían a los bárbaros el fondo de su doctrina, pero lo poco que dejaban vislumbrar llenaba a los viajeros griegos de respeto y admiración.

Lo mismo que hoy, se visitaban poco entonces las ciudades situadas en el centro y al oriente del Delta. Se procuraba, no obstante, visitar una o dos como muestra y se recogían acerca de las demás cuantos datos se podían. Lo que de ellas se sabía por los decires de los indígenas era para excitar la curiosidad. Mendes adoraba a su dios en la forma de un macho cabrío vivo[2069], y concedía a todos los individuos de la especie algo de la veneración que tenía por el divinizado[2070]. Los habitantes de Atarbéquis, en la isla de Prosopitis, tenían el culto del toro. Cuando uno de estos animales moría allí o en otra parte, se le enterraba en los alrededores, no dejando fuera de tierra más que un cuerno para señalar el enterramiento. Una vez al año, barcas salidas de Atarbéquis daban vuelta al país para recoger los cuerpos putrefactos o las osamentas descarnadas, que luego se enterraban con cuidado en una necrópolis común[2071]. Los egipcios de Busiris tenían una religión belicosa. Durante las fiestas de Isis, venían a las manos y su furor fanático se comunicaba a los extranjeros presentes. Los carios habían imaginado medio de aventajar a los naturales. Como hoy los musulmanes chiítas en el aniversario de la muerte de Husseín, se cortaban la frente con sus cuchillos[2072]. En Paprémis la lucha formaba igualmente parte de las prácticas del culto, pero se ordenaba de un modo particular. La tarde de la fiesta de Anhuri[2073], al ponerse el sol, los sacerdotes hacían un sacrificio apresurado en el templo, en tanto el resto del clero local se apostaba a la puerta, armado de gruesos garrotes. Acabada la ceremonia, los celebrantes colocaban la imagen del dios en una carroza de cuatro ruedas, como para llevarla a otra localidad, pero sus colegas se oponían a la marcha y obstruían el camino. Entonces intervenían los fieles. Echaban las puertas abajo y caían armados de palos sobre los reverendos que los recibían cumplidamente. Los palos eran gruesos, los brazos vigorosos y la lucha se prolongaba sin que nunca muriera nadie de los golpes: al menos los sacerdotes lo afirmaban, y no comprendo por qué Heródoto, que no era clérigo en Paprémis, se permite maliciosamente recusar su testimonio[2074].

Casi siempre a propósito de un templo o de una fiesta se citan las ciudades del Delta, y de hecho, en las ciudades secundarias de Egipto como en las pequeñas repúblicas italianas, no había interés más que por los monumentos del culto o por las ceremonias. Heródoto visitaba Butó o Tanis, como se visita hoy Orvieto o Loreto, a fin de admirar un templo o de hacer sus devociones en un santuario célebre. Las más de las veces no representaba nada el lugar en sí. Un recinto fortificado, algunas casas de mediana apariencia, donde los ricos y los empleados del gobierno tenían sus moradas sobre montículos de antiguos escombros acrecidos de siglo en siglo, chozas insignificantes de tierra apisonada o de adobes, divididas en grupos irregulares por callejuelas sinuosas. Todo el interés se reconcentraba en el templo y en sus moradores, hombres y dioses. El viajero penetraba en él como podía, se extasiaba ante lo que querían enseñarle, e iba a empezar de nuevo más lejos, feliz si le ocurría a veces, como a Heródoto en Bubastis, llegar en el momento de la fiesta anual. Los peregrinos afluían en grupos de todas partes de Egipto, hombres y mujeres amontonados

2067 Heródoto, II, LXII. Es la fiesta de *encender la llama*, cuya fecha da, entre otras, la gran inscripción de Siut.

2068 Heródoto, II, CLXXI.

2069 Heródoto asegura que el macho cabrío y el dios llevaban el nombre de Mendes. Las inscripciones llaman, en efecto, Binibdidú, alma del dios dueño de Didú, al macho cabrío adorado en Mendes, y este nombre, pronunciado Bindidi por el pueblo, ha dado a los griegos la forma Μενδής, Μενδήτος.

2070 Heródoto, II, XLVI.

2071 Heródoto, II, XLI. La manera como están preparadas las momias de bueyes que se descubren en Sakkarah, muestra que análoga costumbre prevalecía en los alrededores de Menfis.

2072 Heródoto, II, LIX, LXI.

2073 Es el nombre egipcio del dios que Heródoto llama Ares.

2074 Heródoto, II, LXIII. De igual modo se afirmaba en el Cairo que ninguno de los musulmanes que se sometían a la prueba de la *dosèh* resultaba lesionado por las pezuñas del caballo que los pisoteaba.

confusamente en barcas, y no había a lo largo del camino más que una especie de mascarada perpetua. Siempre que se tocaba tierra, las mujeres escapaban con gran estrépito de castañuelas y flautas, e iban a provocar con insultos a las mujeres de la localidad, danzando y remangándose a quien más podía. La fiesta de Bastit no tenía para los extranjeros nada que la distinguiera mucho de las demás ciudades egipcias. Era una procesión solemne con himnos y sacrificios, pero, durante las pocas semanas que precedían o que seguían al día de ella, la ciudad se trasformaba en vasto lugar de placeres. «Los dioses del cielo estaban de júbilo, los antepasados se regocijaban, los que estaban allí se embriagaban con vino, una corona de flores sobre la cabeza. El populacho corría aquí y allá alegremente, la cabeza chorreando perfumes, los niños jugaban en honor a la diosa, desde la salida del sol hasta su ocaso.»[2075] Los intérpretes contaban, no sin orgullo, que entonces se bebía más vino en un solo día que en el resto del año[2076].

Las marismas del litoral resguardaban una población especial contra las invasiones de los persas[2077] y contra la visita de los turistas. Eran gentes muy valerosas, sin cesar en lucha con el extranjero, pero pobres, feroces y mal alimentadas. El aceite de arder lo extraían no del olivo, sino del ricino común[2078] y no bebían más que cerveza[2079]. No teniendo trigo, comían las raíces y las semillas del loto, algunos el tallo del papiro cocido o asado[2080]. La base de su alimentación era el pescado que el Menzaléh y los lagos vecinos les daban en cantidad considerable[2081]. De sus poblados y sus monumentos no se hablaba y probablemente no valían el esfuerzo de una excursión. Salvo algunos mercaderes o soldados aventureros, a quienes el afán del lucro atraía a aquellas marismas, la mayor parte de los extranjeros que venían de Asia o que al Asia iban seguían la vía estratégica, desde Pelusa a Dafné, y desde este punto a Bubastis. En Kerkasorón, hacia el *vientre* del Delta, las pirámides se descubrían en el horizonte, humildes al principio, pero muy pronto tan altaneras que en la época de la inundación, en el momento que el valle entero, desde las montañas de Arabia a las de Libia, no forma más que un río inmenso, la barca parecía navegar casi a su sombra[2082]. Se dejaba a la izquierda Heliópolis y su templo del Sol, las canteras de Troya y se llegaba al fin a los muelles de Menfis.

Menfis era, para el griego de entonces, lo que el Cairo ha sido mucho tiempo para nosotros los modernos, la ciudad oriental por excelencia, la representación y como el tipo vivo del viejo Egipto. A pesar de los desastres que sobre ella habían caído en los últimos siglos, era todavía una ciudad hermosísima, con Babilonia, la mayor que en el mundo había. Las fiestas religiosas, sobre todo la de Apis, atraían a ella en ciertos días del año miles y miles de peregrinos. El comercio llevaba sin cesar tropas de extranjeros venidos de todos los rincones de África y de Asia. Su puerto y sus calles debían ofrecer, como hoy las calles del Cairo, el variado espectáculo de cien razas y cien atavíos diversos. Fenicios, judíos, arameos, griegos, libios, desde el sacerdote indígena con la cabeza afeitada, con faldilla blanca, hasta el soldado persa de la fortaleza del Muro Blanco y el negro del Sudán, con el pelo hecho una masa grasienta, plumas de avestruz en la cabeza, anillos en la nariz, en las orejas, en los brazos, en las piernas y calzón corto rayado de colores brillantes. La mayor parte de los pueblos que frecuentaban la ciudad poseían en ella un barrio especial que llevaba su

---

2075 Dümichen, *Dendera*, lám. XXVIII, 1. 17-19. Es la descripción de la *fiesta de la embriaguez* en Denderah, pero puede referirse perfectamente a la de Bubastis.

2076 Heródoto, II, CXXXVII-CXXXVIII.

2077 Heródoto, II, XCIV.

2078 Tucídides, I, 110.

2079 Heródoto, II, LXXVII. El pasaje en que se habla de la cerveza no puede aplicarse más que a los egipcios de las marismas.

2080 Heródoto, II, XCII.

2081 Heródoto, II, XCIII.

2082 Heródoto, II, XVII, XIX, XCVII. A partir de Kerkasorón no había más que un camino, el Nilo, viniérase del Oeste o del Este, de Sais o de Bubastis.

nombre: los fenicios, el *campo tirio*[2083], los Karios, el *Muro cario*. Había *cariomenfitas* y *helenomenfitas* al lado de los menfitas propiamente dichos[2084]. Los animales que menos espera uno encontrar en las calles de una gran ciudad, andaban libremente por entre la multitud; vacas, carneros, cabras, porque los del vulgo, en lugar de mantenerse separados de las bestias, vivían como en familia con ellas[2085] y las alojaban en la propia casa. Y no era la única costumbre que debía parecer extraña al recién llegado. Hubiérase dicho que los egipcios tenían a gala el hacer en todo lo contrario de las demás naciones. El panadero que se veía trabajando por la puerta de una tienda, amasaba con los pies. En cambio, el albañil no usaba herramienta alguna para aplicar la masa, y las gentes del pueblo recogían con ambas manos el barro de las calles mezclado con basuras para reparar las paredes de sus chozas[2086]. En Grecia, los más pobres se metían en casa para comer a puerta cerrada. Los egipcios no tenían ningún escrúpulo en comer y beber en la calle, porque, decían, las cosas feas y malas deben hacerse a ocultas, las buenas en público[2087]. Cualquier rinconada de callejón sin salida, un hueco entre dos casas ruinosas, el escalón en que uno se sienta a la puerta de una casa o un templo, todo les era bueno para comedor. La comida no era variada. Una especie de pan aplastado, de sabor agrio, amasado no con trigo o cebada sino con espelta[2088], a veces una cebolla o un puerro, a veces un pedazo de carne o de ave, rociado con el contenido de un cantarito de vino o de cerveza. No era para excitar la envidia del extranjero, y por otra parte habría sido mal recibido si él mismo se convidase. El griego, que come carne de vaca, era impuro en primer lugar. Jamás hombre o mujer del vulgo hubieran consentido en comer del mismo plato que él, como tampoco en besarle en la boca a guisa de saludo[2089]. La cortesía egipcia no admitía tanta familiaridad como la griega. Dos amigos que se veían se paraban a conveniente distancia uno de otro, se hacían la reverencia o se abrazaban mutuamente las piernas o al menos hacían ademán de abrazárselas[2090]. Los jóvenes se inclinaban ante los viejos, y se levantaban para dejarlos pasar. El viajero recordaba que los lacedemonios hacían lo mismo y no le admiraban mucho aquellas muestras de deferencia[2091], pero nada en Grecia le había preparado a ver a las mujeres honestas ir y venir libremente, sin acompañamiento y sin velo, con la carga al hombro, al contrario de los hombres que la llevaban a la cabeza, recorrer los mercados, despachar en tiendas, mientras que el marido o el padre, metido en casa, tejía las telas, amasaba el barro de alfarero y trabajaba en su oficio[2092]. De ahí a creer que el hombre era esclavo y la mujer dueña no faltaba gran cosa. Unos hacían remontar el origen de esta costumbre hasta Osiris, otros hasta Sesostris. Sesostris era el recurso último de los historiadores griegos en caso de duda[2093].

2083 Heródoto, II, CXII: Τυρίων στρατόπεδον.

2084 Aristágoras de Mileto (fragm. 5 en Müller-Didot *Fragm. H. Græc.*, t. II. pág. 98), según Esteban de Bizancio: Ἑλληνικὸν καὶ Καρικὸν, τόποι ἐν Μέμφιδι, ἀφ᾽ ὧν Ἑλληνομεμφῖται καὶ Καρομεμφῖται, ὡς Ἀρισταγόρας, y Καρικόν τόπος ἰδιάζων ἐν Μέμφιδι, ἔνθα Κᾶρες οἰκήσαντες, ἐπιγαμίας πρὸς Μεμφίτας ποιησάμενοι, Καρομεμφῖται ἐκλήθησαν.

2085 Heródoto, II, XXXVI.

2086 Heródoto, II, XXXVI.

2087 Heródoto, II, XXXV.

2088 Heródoto, II, XXXVI. En otro lugar se llama a este pan κυλλήστις y este nombre, que Hecateo de Mileto conocía ya (fragm. 290), en Müller-Didot, *Fragm. H. Gr.*, t. I, pág. 20), no es más que la trascripción exacta del egipcio *kulishti*, mencionado en varias ocasiones en los documentos de época faraónica (*Papyrus Anastasi* V, hoja XXI, 1. 5).

2089 Heródoto, II, XLI.

2090 Heródoto, II, XXXVII, LXXX.

2091 Heródoto, II, LXXX.

2092 Heródoto, II, XXXV.

2093 Ninfodoro de Siracusa (fragm. 21, en Müller-Didot, *Fragm. H. Græc.*, t. II, pág. 380) donde se trascribe casi entero el capítulo XXXV del segundo libro de Heródoto, con adiciones de origen desconocido.

Las cercanías de la ciudad, sobre todo las del antiguo distrito real, estaban aisladas por varios estanques, restos de los viejos estanques sagrados que Apríes abrió de nuevo[2094]. El viejo palacio de los Faraones empezaba a derrumbarse ya, pero el *Muro Blanco* aún estaba bullicioso y animado. Encerraba, en tiempo de Heródoto, un verdadero ejército persa, el mismo que había reprimido la rebelión de Amyrteo y que había quedado a disposición del sátrapa para caso de nueva sedición. La ciudad propiamente dicha estaba llena de templos. En el barrio extranjero, templo de Astarté fenicia, donde, desde la décimaoctava dinastía, sacerdotes de origen sirio celebraban los misterios de la diosa, templo de Baalzefón, templo de Marna. En la ciudad egipcia, templo de Ra, templo de Amón, templo de Tumú, de Bastit, de Isis[2095]. El de Ptah, intacto todavía, ofrecía a la admiración del visitante un espectáculo comparable al menos al que ofrece el templo de Amón tebano en Karnak. Cada rey había modificado el plano primitivo a su capricho, añadiendo, quien obeliscos o estatuas colosales, quien un pilón, quien una sala hipóstila. De esta suerte, completado por la labor sucesiva de treinta dinastías, era nna especie de museo de la antigüedad egipcia, en el que cada imagen, cada inscripción, cada estatua llamaban la atención del curioso. Se quería saber cuáles eran los pueblos vestidos de modo extraño que se apercibían en la pintura de una batalla, el nombre del rey que los había vencido, las razones que le habían determinado a edificar tal parte del edificio, y no faltaban gentes dispuestas a satisfacer lo mejor que podían la curiosidad de los visitantes. Allí había intérpretes para dar noticias, y nuestros contemporáneos, que han tenido ocasión de utilizar los servicios de un guía, se figuran fácilmente el valor de los datos obtenidos de esta suerte. Los sacerdotes de clase inferior, porteros o sacristanes, estaban adiestrados en el oficio de exégetas y conocían sobre poco más o menos la historia del templo en que habitaban. Menes lo había fundado, Mæris había edificado los propileos del Norte[2096], Rhampsinites los del Oeste[2097]. Psamético los del Sur[2098], Asyquis los del Este[2099], los más hermosos de todos[2100]. Se sabía, por lo demás, quien era Menes. El ciudadano de Menfis, nacido al pie del templo de Ptah y de las Pirámides, trataba con familiaridad a Menes y a Cheops, y estaba dispuesto, por consiguiente, a atribuirles todo lo que los Faraones de las antiguas dinastías habían hecho de grande. Menes no solamente había planeado el templo, sino que había creado la ciudad. No sólo había fundado la ciudad, sino que había sacado de las aguas el suelo en que descansaba. Antes de él, el Egipto entero no era más que un pantano, excepto la provincia de Tebas, y nada se veía aún de los distritos que hay al Norte del lago Moeris. Los aluviones habían cegado poco a poco el golfo, las capas de terreno se habían acumulado. Menes había variado el lecho del río para sanearlas, y había edificado Menfis en el suelo que sus trabajos dejaron en seco. Y el viajero había de asentir, porque había observado por sí mismo el trabajo de los aluviones. A una jornada de distancia de la costa, no se podía echar la sonda sin sacarla cubierta de un limo negruzco, prueba evidente de que el Nilo seguía ganando terreno al mar.

Hemos encontrado a Menes al frente de la lista de los Faraones, pero no invitaré a nadie a buscar en los monumentos a Moeris, Asyquis, Ferón, Proteo y la mayor parte de los personajes cuya historia refiere Heródoto. El protocolo egipcio tenía varias maneras de designar al soberano. En un pilón la inscripción lleva el nombre, en otro figura el prenombre o el apelativo popular, como Sesóstris. En otras partes, en fin, un 'simple título, Pruti o Feró, rodeado o no del cartucho, señala de una manera general, en el curso del relato, el soberano cuyo nombre se ha inscrito totalmente en otra parte del edificio. Aquellas maneras de hablar in ducían a error hasta a los turistas egipcios, que

2094 Brugsch, *Monuments*, t. I, lám. III; Mariette, *Mon. divers*., lám. 30, b.

2095 La enumeración está tomada en gran parte del *Papyrus Sallier* nº IV, vuelto, hoja I, l. 1, hoja II, l. 11.

2096 Heródoto, II, CI.

2097 Heródoto, II, CXXI.

2098 Heródoto, II, CXXIII.

2099 Heródoto, II, CXIII.

2100 Heródoto, II, CXXXVI.

tomaban una de las tumbas de Beni-Hassán por una capilla de Keops[2101]. Los extranjeros, entregados a la buena fe de los truchimanes, animaban fácilmente un título real y metamorfoseaban Pruti o Feró en un personaje constructor de templos, Faraón Proteo o Faraón Ferón[2102]. Los relatos están de acuerdo con los nombres. A veces tenían un fondo de verdad histórica, muchas no eran más que adaptación de las novelas que se contaban entre las gentes de Tebas. Los guías contaron a Heródoto, y Heródoto nos cuenta a su vez con la gravedad del historiador, el remedio que el rey Ferón usó para recobrar la vista[2103], las aventuras de Paris y Helena en la corte de Proteo[2104], las burlas del hábil ladrón al rey Rhampsinites[2105]. Y en todas partes, en las pirámides, en Heliópolis, en el Fayum, el viajero oía los mismos nombres de reyes que había oído en Menfis. Un mismo ciclo de historia popular comprendía todos los monumentos, y lo que se oía en un sitio completaba o parecía completar lo que se había oído en otro[2106].

No sé si muchos viajeros tenían lugar o deseos de ir más allá del lago Moeris. A lo que parece, las guerras habían interrumpido el comercio regular que los griegos contemporáneos de los saítas y de los primeros reyes persas mantenían con los oasis por la vía de Abydos. El extranjero que se aventuraba en la Tebaida se hallaba en la situación del europeo que, en el siglo último, trataba de llegar hasta la primera catarata. El mismo punto de partida, sobre poco más o menos, Menfis o el Cairo. El mismo punto de llegada, Elefantina y Assuán. Iguales medios de trasporte, nada se parece más a las dahabiéhs modernas que las barcas representadas en los monumentos. La misma estación del año. Se partía después de retirarse la inundación, en Noviembre o Diciembre. Igual tiempo consagrado a la excursión. El trayecto desde el Cairo a Assuán exige un mes solamente, si hay buen viento y se navega sin detenerse más que lo estrictamente necesario para renovar las provisiones. Pockocke, habiendo salido del Cairo el 6 de Diciembre de 1757, a mediodía, estaba en Akhmim el 17 del mismo mes, volvía a salir el 28, llegaba el 13 de Enero de 1738 a Tebas, donde permanecía hasta el 17, y llegaba al puerto de Assuán el 20 de Enero por la tarde. Total, cuarenta y cinco días, catorce de ellos pasados en tierra. Si tuviéramos el diario de viaje de un contemporáneo de Alejandro, leeríamos sin duda fechas semejantes. Partida de Menfis en Noviembre-Diciembre, llegada, doce o trece días más tarde, a Panópolis (Akhmim). Desde Panópolis a Elefantina, por Coptos y Tebas, un mes próximamente, incluso la estancia obligada en Tebas. Luego, vuelta a Menfis en Febrero o Marzo. La mayor parte del tiempo se perdía en ir de un punto a otro. La necesidad de aprovechar un buen viento obligaba a los viajeros a olvidar más de una localidad interesante. En los pocos sitios en que el patrón del barco consentía en detenerse, la población era hostil al griego. Añádase que los intérpretes, casi todos originarios del Delta, no tenían muchas veces ocasión de hacer el recorrido del Nilo y debían sentirse tan fuera de lugar en Tebas como el mismo extranjero. Su papel se reducía a traducir los datos proporcionados por las gentes de la localidad, cuando éstas accedían a comunicárselos.

En Panópolis, lo que más había sorprendido a Heródoto era un templo y luchas gímnicas consagradas a Perseo, el hijo de Danae. ¿Cómo el dios Minú había venido a ser Perseo? Las inscripciones nos lo dirán algún día. Los truchimanes contaban que Danaos y Linceo eran de la ciudad, que Perseo, volviendo de Libia con la cabeza de Medusa, se apartó de su camino para visitar el sitio en que nació, y que instituyó en memoria de su paso juegos en que el vencedor recibía, con

2101 Champollion, *Monuments de l'Égypte, Notices*, t. II, págs. 423-425; Maspero, *La Mosaïque de Palestrina et les peintures des tombeaux éggptiens*, en las *Mélanges publiés par l'École pratique des Hautes-Études*, 1878, págs. 49-50.

2102 Acerca de Pruti, véase Lauth, *Egyptische Chronologie*, 1877, págs. 181-182; acerca de Ferón, Maspero, *Fragment de commentaire sur le livre II d'Hérodote*, en *Annuaire de l'Association pour l'encouragement des études grecques*. 1877, págs. 133-135.

2103 Heródoto, II, XCI.

2104 Heródoto, II, CXII-CXX.

2105 Heródoto, II, CXXI.

2106 Acerca de estos cuentos, véase Maspero, *Fragment de commentaire*, 1878, págs. 8-17.

el premio, ganado, ropas y pieles[2107]. Tebas no era más que una ciudad muerta. Los gobernadores persas no se tomaban el trabajo de restaurar los templos, y sus príncipes, o eran demasiado pobres, o demasiado avaros para suplir la negligencia de los dueños del país. Heródoto no dice casi nada de la ciudad y de sus monumentos[2108]. Hecateo la había descrito antes que él, y su obra bastaba a los curiosos[2109]. Se limitó a decir que lo que contaban los tebanos estaba generalmente de acuerdo con lo que decían los menfitas. Una cuestión solamente le interesó y le pareció digna de prolijas explicaciones. Los sacerdotes de Amón le habían referido, entre otras cosas, que dos sacerdotisas raptadas de Tebas por los fenicios, y vendidas una en África y otra en Grecia, habían establecido los primeros oráculos en ambos países. Recordó inmediatamente el relato que le habían hecho en Epiro de dos palomas negras voladas de Tebas y llegadas, una al oasis de Amón, la otra a Dodona. Ésta se posó en un haya y tomó la voz humana para reclamar inmediatamente el establecimiento de un oráculo de Júpiter[2110]. Heródoto se siente enajenado de gozo ante la idea de que la adivinación griega se enlazaba en un punto con la adivinación egipcia. Creía, y con él sus compatriotas, ennoblecer los orígenes de los cultos helénicos deduciéndolos de los de Egipto. Al llegar a Elefantina, volvían pies atrás los viajeros. Era, en efecto, Elefantina la última guarnición persa. Más allá empezaba el territorio de la Nubia, siempre disputado entre los dueños del Egipto y de la Etiopía. Felizmente para los curiosos, Elefantina era, como Assuán hoy, el centro de un comercio importante. Allí se codeaban, en los bazares etíopes de Meroć, negros del Nilo superior y del lago Tchad, y los ammonios, de los cuales podían recogerse datos. La catarata, cuyas primeras rocas dominaban la entrada misma del puerto, no era infranqueable en ningún tiempo. Los ribereños tenían el privilegio de hacer que la pasasen las naves de comercio. La subida duraba cuatro días en vez de dos o hasta tres que dura hoy. A la salida, el Nilo formaba a manera de un lago sembrado de islas, de las que dos o tres, Filæ, Begeh, eran santuarios célebres que a medias compartían egipcios y etíopes.

A todo tomar, no era el Egipto mismo lo que los extranjeros apercibían, sino el adorno exterior de la civilización. La grandeza de los monumentos y de las tumbas, la pompa de las ceremonias, la gravedad y la exuberancia mística de las fórmulas religiosas, les admiraban e inspiraban respeto por lo que no veían. La sabiduría de los egipcios era proverbial entre los hebreos y entre los griegos. Y no obstante, aquellas hermosas apariencias escondían apenas una decadencia irremediable. Mirando las cosas más de cerca, se veía que el arte no adelantaba, que las ciencias eran una rutina, que la religión se degradaba cada día. La caída de las dinastías tebanas había producido la del monoteísmo. Desde el momento que Amón no podía sostener a sus fieles y sus sacerdotes en el primer lugar, ¿qué significaban sus pretensiones a la realeza divina? Un dios que no era bastante fuerte para triunfar de los otros dioses no era el dios uno. Por otra parte, la autoridad de las dinastías que habían seguido a la vigésima no había durado nunca lo bastante para permitir a las divinidades bajo cuya protección vivían heredar el papel importante que había gozado la trinidad tebana. El feudalismo divino triunfó en todas partes a la sombra del feudalismo humano, y los dioses de Mendes no consintieron más en dejarse absorber por los de Sais que los mendesianos en doblegar la frente ante los saítas.

El sentimiento religioso, dividido de esta suerte, no se debilitó sin embargo. Lejos de ello, redobló en intensidad y llegó a ser muy pronto el único sentimiento común a todo el Egipto. El instinto nacional no había sido nunca muy poderoso en las gentes de las clases bajas. Poco les importaba lo que concernía al impuesto, puesto que habían de pagarlo tan cuantioso en todos los casos. Los señores feudales no daban casi importancia a la patria. Se rebelaban, lo mismo que

---

2107 Heródoto, II, XXIX.

2108 Cita algunas leyendas relativas a Amón (II, XLII, XLV, LVI y siguientes, LXXXIII, etc.); acerca de Hércules II, XLII); sobre las serpientes (II, LXXV), sobre las lluvias, (II, LXXIV, etc.

2109 Heródoto le cita con motivo de Tebas (II, CXLIII).

2110 Heródoto, II, LIV-LV.

contra los Faraones, contra el gran rey, y su turbulencia había sido funesta en más de una ocasión para el país. En un terreno solamente, el religioso, *felahs* y príncipes se reunían en acuerdo unánime. Lo que más los humillaba en su derrota era ver a las divinidades de Egipto vencidas por las de Persia y Grecia. La opresión no agotaba su paciencia, pero el menor insulto a sus animales sagrados provocaba un motín. Se resignaban a sufrirlo todo siempre que no se tocase a sus dioses. Los dioses eran lo que les quedaba vivo de su pasado.

APÉNDICE

LAS ESCRITURAS DEL MUNDO ORIENTAL

De los procedimientos empleados en la formación de las escrituras antiguas. Los caracteres cuneiformes; el silabario chipriota. Las escrituras egipcias: el alfabeto, el silabario, los signos determinativos. Los jeroglíficos etíopes y heteos.-Origen del alfabeto fenicio. Sus derivados semíticos y sus derivados arios.

De los procedimientos empleados en la formación de las escrituras antiguas. Los caracteres cuneiformes; el silabario chipriota.

Para fijar la expresión de su pensamiento, el hombre ha puesto, en práctica dos procedimientos que pueden aplicarse aisladamente o juntos: el *ideografismo* o pintura de las ideas, el *fonetismo* o representación de los sonidos. Pueden representarse las ideas de dos maneras: directamente, por la figura de los objetos mismos; simbólicamente, por reproducción de un objeto material o de una figura convenida para significar una idea abstracta. Se pueden también representar los sonidos de dos maneras: por sílabas, representando con un solo signo el conjunto que forman una o varias consonantes y una vocal; por caracteres alfabéticos, que representan cada uno una sola consonante o una sola vocal. Todos los sistemas de escritura han empezado por pintar las ideas y no han llegado sino muy lentamente a representar los sonidos.

El procedimiento que consistía en expresar la cosa por la representación de la cosa misma, el sol por un *disco* ⊙, la luna por una *media luna* ☽, no permitía representar más que cierto número de ideas materiales todas. Fue necesario inmediatamente recurrir a los símbolos. Son éstos de dos clases, simples o complejos. Los simples se forman: por *sinécdoque*, pintando la parte por el todo, la *pupila* ●, por el *ojo* ; la *cabeza de buey* , por el *buey* entero . Por *metonimia*, representando la causa por el efecto, el efecto por la causa, o el instrumento por la obra realizada, el *disco solar*, ⊙, por el *día*; la *llama encendida*, por el *fuego*; el *estilo*, el *tintero* y la *paleta* del escriba , por la *escritura*. Por *metáfora*, figurando un objeto que tuviera alguna semejanza real o supuesta con el de la idea expresada, *las partes delanteras del león* para indicar la idea de *prioridad*; la *abeja* , para la *realeza;* el *renacuajo* , por las *centenas de millar*. Por *enigma*, utilizando la imagen de un objeto que solo convencionalmente se relaciona con el de la idea que se quiere indicar: un *gavilán en una percha* , por la idea de *dios*; una *pluma de avestruz* , por la de *justicia*. Los ideogramas complejos se forman según los mismos principios que los simples. Consisten originariamente en la reunión de varias imágenes, cuya combinación expresa una idea que un símbolo simple no habría podido significar. Así, en egipcio, una *media luna invertida acompañada de una estrella* , significa *mes*; un *ternero corriendo y el signo del agua* , indica sed. La escritura ideográfica era un medio muy incompleto de fijar y trasmitir el pensamiento. No podía hacer otra cosa que colocar imágenes y símbolos unos al lado de otros, sin establecer distinción entre las diferentes partes de la oración, sin señalar las flexiones especiales de

los tiempos del verbo, los casos y el número de los nombres. Hubo que añadir la representación de los sonidos a la de las ideas. Aun cuando por naturaleza los símbolos de ideas no representan ningún sonido, el que los leía se veía obligado a traducirlos por la palabra que en la lengua hablada expresaba la misma idea. Al cabo de cierto tiempo, despertaron en la mente del que los veía trazados, al mismo tiempo que una idea, la palabra o las palabras de dicha idea, por tanto una pronunciación. Se adquirió la costumbre de ver en cada figura y en cada símbolo una o varias pronunciaciones fijas y habituales que hicieron olvidar al lector el valor puramente ideográfico de los signos para no producir en él sino la impresión de uno o varios sonidos.

El primer ensayo de fonetismo se hizo por *jeroglífico*. Se utilizaron imágenes, sin tener en cuenta las ideas, para representar el sonido correspondiente a su significación primera. De esto se pasó a figurar de la misma manera palabras de pronunciación semejante, pero de significación distinta en el lenguaje hablado. La misma reunión de sonidos *NOFIR* designaba en egipcio la idea concreta de *laúd* y la abstracta de *bondad*: el signo significó por su imagen *laúd*, por jeroglífico la idea de *bondad*. Agrupando varios signos se escribieron palabras largas, cuya pronunciación se formaba en parte del sonido del tal signo, en parte del de tal otro. El *lapislázuli* se dice en egipcio *KHOSDUB*. Se representa a veces esta palabra con la figura de un *hombre que tira (KHOS) de la cola a un cerdo (DUB)*, . En el idioma en que cada palabra no tiene más que una sílaba, en chino por ejemplo, el uso del jeroglífico no podía menos de originar una escritura en que cada signo ideográfico, considerado en su acepción fonética, representaba una sílaba aislada. En las otras lenguas, el sistema no proporcionaba aún medio fácil de descomponer las palabras en sus sílabas constitutivas y de representar cada una de ellas separadamente mediante un signo fijo e invariable. Se eligió cierto número de signos a los que se atribuyó no ya el valor fonético resultante del sonido de todas las sílabas, sino el que resultaba del sonido de la sílaba inicial. De esta suerte se llegaron a formar sistemas de escritura en que todos los caracteres, ideográficos en un principio, no representaban de ordinario más que sílabas simples o complejas[2111].

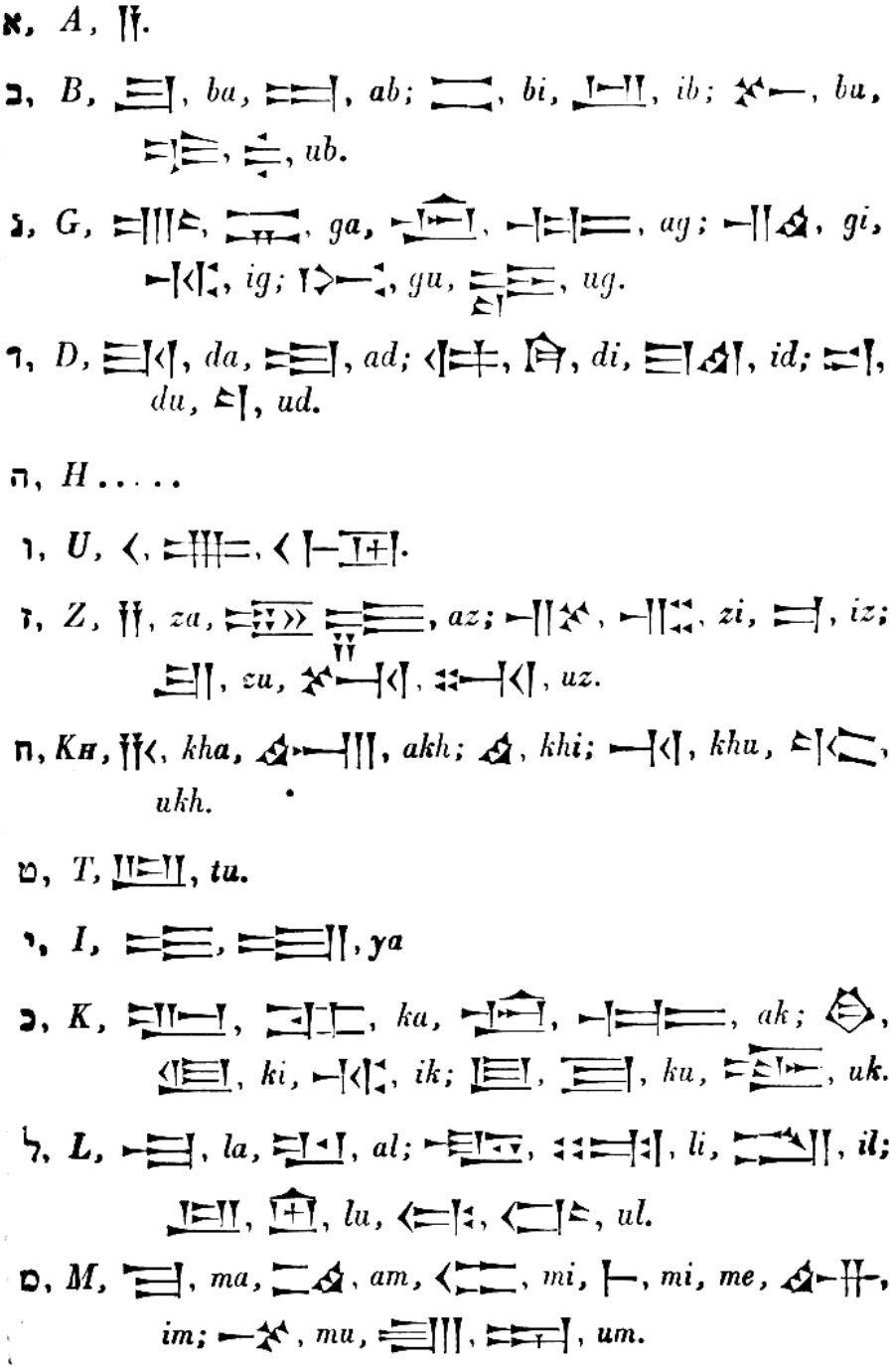
Los primeros caldeos nos han dejado el ejemplo más antiguo de escritura silábica. Adoptado su sistema por los asirios, se extendió al Norte y al Este, a Armenia, a Media, a Susiana, a Persia, y no dejó de emplearse hasta los primeros siglos de nuestra era[2112]. Olvidado durante toda la Edad Media, no ha sido estudiado seriamente sino desde hace cien años. Niebuhr (1765), Tychsen (1798), Münter (1800), abrieron el camino a Grotefend, que fue el primero que en 1802 consiguió descifrar los cuneiformes persas y presentó un alfabeto rectificado y completado en 1836 por los estudios de Eugenio Burnouf en Francia, de Cristián Lassen en Alemania. Pocos años más tarde un inglés, Enrique Rawlinson, elevó el estudio de las inscripciones aqueménidas a un grado tal de perfección, que los trabajos de Oppert y Spiegel no han podido variar más que en pormenores sus primeras traducciones. La traducción del persa antiguo era solamente el camino para la inteligencia de los textos babilonios, asirios y medos. El descubrimiento de Nínive por Botta, cónsul de Francia en Mossoul (1846), las excavaciones de Layard en Koyundjik y en Nimrud (1849-51), dieron al público gran cantidad de documentos nuevos que Rawlinson, Hincks y Fox Talbot en Inglaterra, de Saulcy y Oppert en Francia, llegaron a descifrar con certeza. Desde entonces los progresos de la ciencia asiria han sido constantes. Después de haber leído los textos babilónicos, ninivitas y medos, se han estudiado los restos de la antigua literatura caldea. En menos de sesenta años, un mundo nuevo de lenguas y pueblos desconocidos se ha ofrecido al estudio. Treinta siglos de historia han salido de las tumbas y han vuelto a la luz[2113].

2111 Fr. Lenormant, *Essai sur la propagation de l'alphabet phénicien parmi les peuples de l'Ancien monde*, t. I, págs. 1-52.

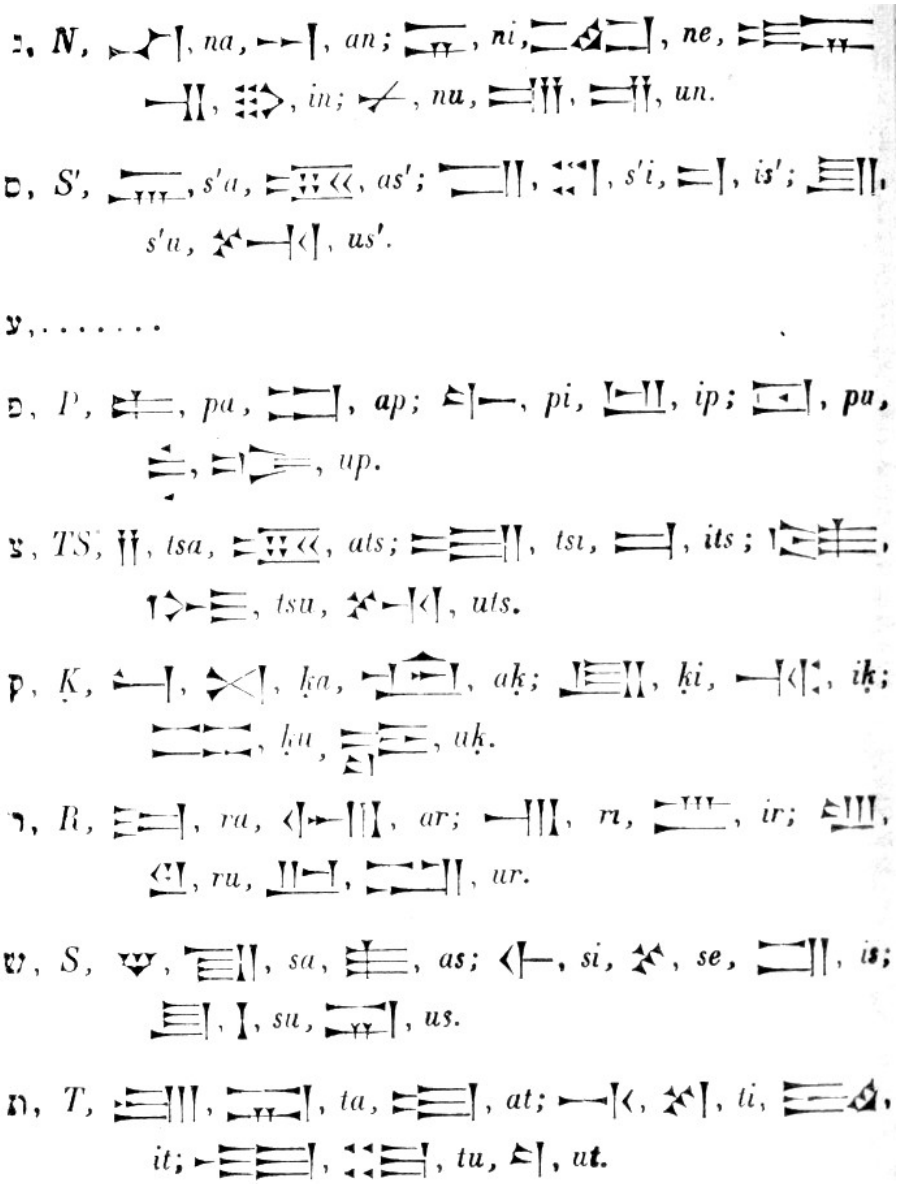
2112 La inscripción cuneiforme más moderna lleva el nombre de un rey parto, Pacoro, que reinaba entre el 77 a. de J. C. y el I de J. C. Véase Oppert, en *Mélanges d'archéologie égyptienne et assyrienne*, t. I, págs. 23-29.

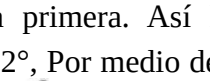
2113 Para saber cómo se han descifrado las antiguas escrituras, véase J. Ménant, *Les écritures cunéiformes*, en 8º, París, 1864.

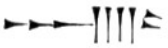
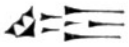
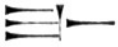
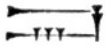
Las escrituras de los diferentes sistemas están todas formadas por las combinaciones de un mismo signo horizontal, vertical, o doblado en forma de llave. Este elemento tiene las más de las veces la apariencia de un clavo o una cuña, de donde la palabra cuneiformes que se aplica comúnmente a las escrituras de este tipo[2114]. Hemos visto en otro lugar que los conjuntos de clavos que constituyen hoy los caracteres, derivan de signos jeroglíficos desfigurados poco a poco en el curso del tiempo. Algunos de ellos son verdaderos ideogramas, la mayoría representan sílabas, unas simples, es decir, compuestas de una vocal y una consonante: otras complejas, es decir, formadas por varias consonantes. El cuadro de las sílabas simples puede trazarse de esta forma:

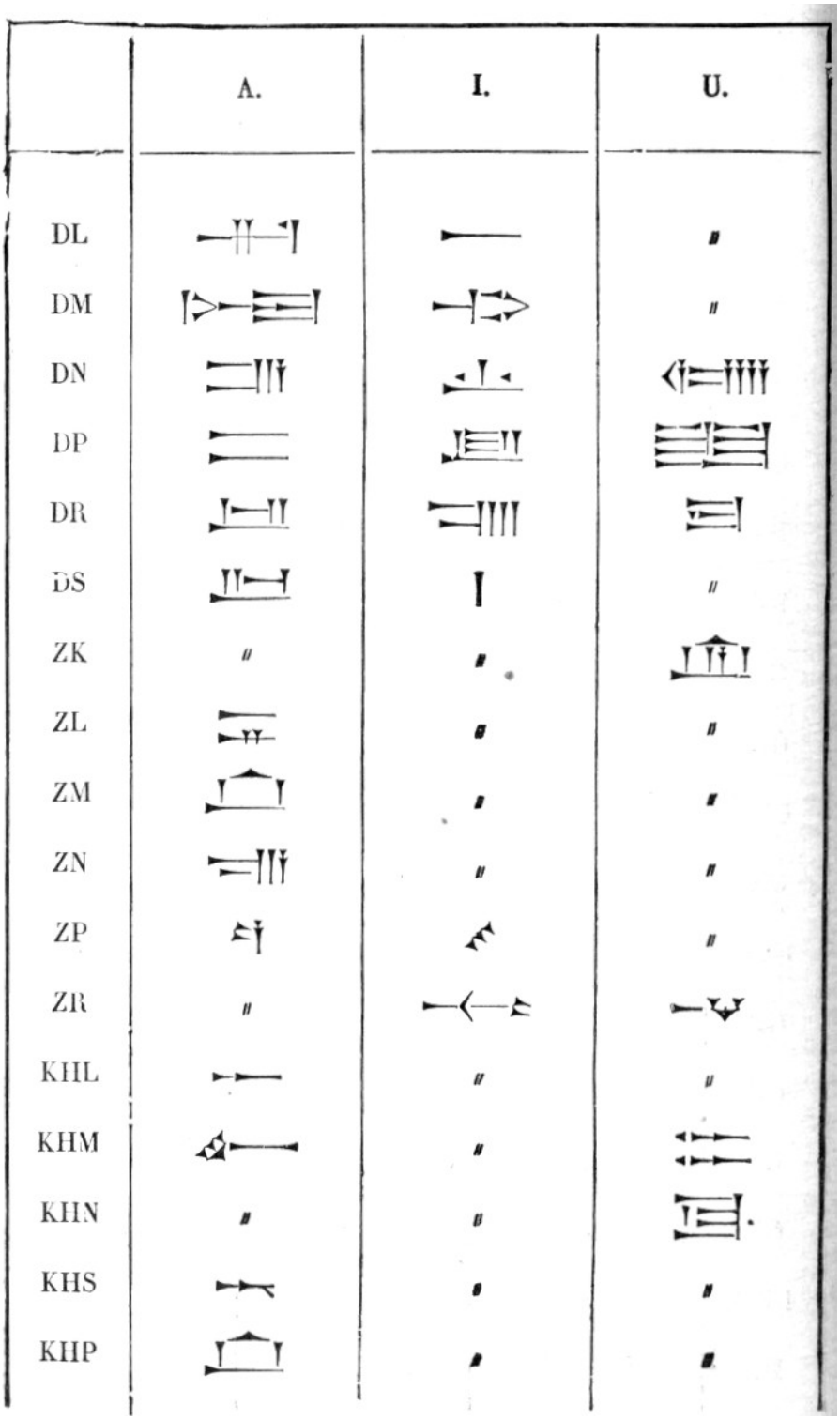


2114 Algunos sabios ingleses habían propuesto el nombre arrow-headed, de punta de flecha, que no ha pasado al uso general.

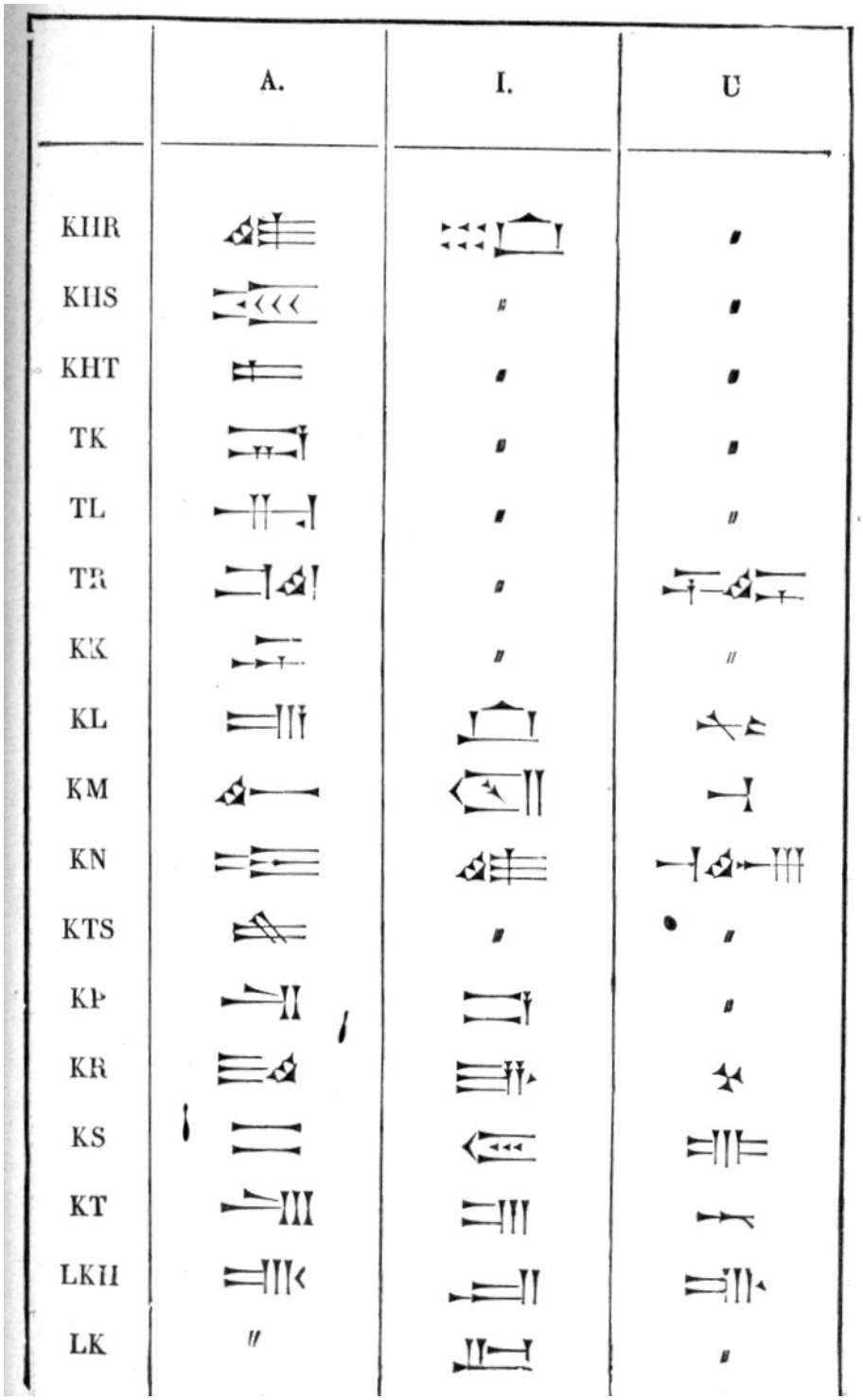


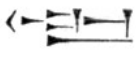
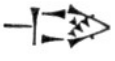
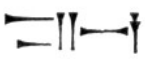
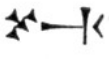
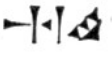
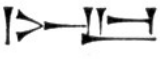
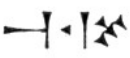
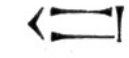
Las sílabas complejas pueden escribirse de dos maneras. 1º, Descomponiéndolas de manera que formen dos sílabas simples, la segunda de las cuales empieza siempre en la pronunciación por la vocal de la primera. Así la palabra *NAPSAT, alma,* puede escribirse  , NA+AP+SA+AT. 2°, Por medio de un signo especial que corresponde a la sílaba: , NAP + SAT, en vez de NA+ AP+SA +AT. El número de signos complejos es muy considerable:

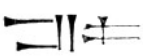
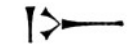
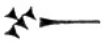
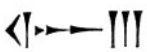
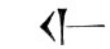
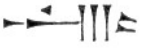
	A.	I.	U.
BL			
BP			
BR			
BS			
BT			
GK			
GL			
GM			
GN			
GTS			
GP			
GR			
GS			
GT			
DKH			
DK			

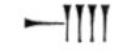


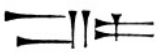
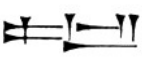
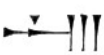
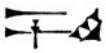
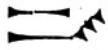
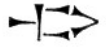
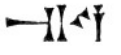
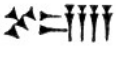
	A.	I.	U.
DL			
DM			
DN			
DP			
DR			
DS			
ZK			
ZL			
ZM			
ZN			
ZP			
ZR			
KHL			
KHM			
KHN			
KHS			
KHP			


A.
I.
U
KHR
KHS
KHT
TK
TL
TR
KK
KL
KM
KN
KTS
KP
KR
KS
KT
LKH
LK

	A.	I.	U,
LL			
LM			
LP			〃
LS	〃		〃
LT			
MKH			
MK	〃		
ML			〃
MN		〃	
MTS		〃	
MR			
MS			
MT			
NK			〃
NM			〃
NN	〃		
NP		〃	〃

	A.	I.	U.
NR		〃	〃
NS		〃	〃
NT		〃	〃
S′KH	〃	〃	
S′K			
S′L		〃	〃
S′M		〃	〃
S′N		〃	〃
S′P	〃		〃
S′R	〃		
PKH	〃		〃
PK		〃	〃
PL			〃
PM		〃	〃
PN		〃	〃
PR			
PS	〃		〃

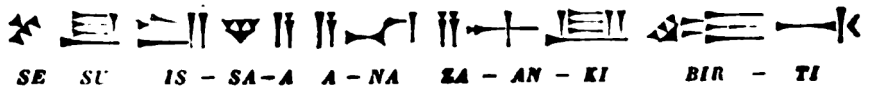
	A.	I.	U.
PT			〃
TSL			〃
TSM		〃	〃
TSN	〃	〃	
TSP			〃
TSR			
ḲB		〃	〃
ḲL		〃	〃
ḲM	〃	〃	
ḲB			
ḲS	〃		〃
ḲT		〃	〃
RK			
RM		〃	〃
RP			
RS			〃
RT			〃

	A.	I.	J.
SKH			
SK			
SL			
SM			
SN			
SP			
SR			
SS			
ST			
TK			
TKH			
TL			
TM			
TN			
TP			
TR			
TS			

El examen de estos cuadros muestra que la mayor parte de los signos pueden expresar varios sonidos diferentes. Este fenómeno, que se ha llamado *polifonía*, es una de las grandes dificultades para descifrar lo escrito. No corresponde exponer aquí los procedimientos que los asiriólogos emplean para conseguir lecturas ciertas. Me contentaré con acompañar la transcripción y la explicación de una frase asiria, con objeto de mostrar la manera cómo se combinaban los elementos del sistema cuneiforme:

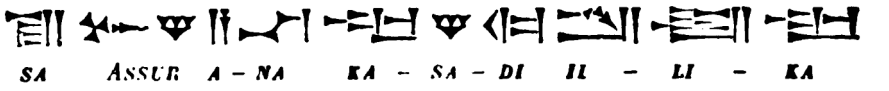
AR – KI SU NABU – KUDUR – UTSUR NI BI –

Después de él, Nabukudurussur (I) los ejércitos



SE SU IS – SA–A A – NA KA – AN – KI BIR – TI

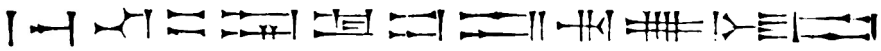
suyos él llevó á los desfiladeros de las fronteras



SA ASSUR A – NA KA – SA – DI IL – LI – KA

de Asiria para la conquista él vino.

Se observará que los nombres propios de hombres y de países van precedidos de signos especiales que los dan a conocer. se pone delante de la palabra Nabukudurussur para indicar que se tratará de un hombre; ante el nombre de Assur para mostrar que se tratará de un país. *Nabu-Kudur-ussur* está formado por tres elementos significativos, el primero de los cuales es un nombre divino, el de *Nebo*. Esto se anuncia por la presencia del signo ideográfico de los dioses , detrás de la cuña vertical . y delante del signo ideográfico del dios Nebo . Los otros dos elementos son igualmente ideográficos, pero su valor se prueba por la variante puramente silábica:



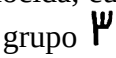
N A - B I - U V - K U - D U - U R - R I - U - T S U - U R

de los ladrillos de Babilonia. El nombre de Asiria se escribe con el ideograma del dios Assur , precedido del determinativo de países, . Las otras palabras se expresan sílaba por sílaba por medio de los signos especiales contenidos en los cuadros dados[2115].

2115 Para el estudio del asirio véase Oppert, *Expédition en Mésopotamie*, t. II, y *Grammaire assyrienne*, 2ª ed., París, 1867; J. Ménant, *Le syllabaire assyrien*, en 4°, París, 1869-1872; *Leçons d'épigraphie assyrienne*, en 8º, Paris, 1874; *Manuel de la langue assyrienne*, en 8º, París, 1880; Sayce, *Assyrian Grammar*, en 12º, Londres, 1872; E. Schrader. *Die assyrisch-babylonischen Keilinschriften*, en 8°, Leipzig, 1872; Delitzsch, *Assyrische Grammatik*, Leipzig, en 8°, 1892.

El sistema cuneiforme fue utilizado para escribir, a más de los dialectos semíticos de Asiria, varias lenguas no arias[2116], los dialectos de Caldea[2117], de la Media[2118], de la Susiana[2119] y de las comarcas vecinas[2120], de la Capadocia[2121] y la lengua de las gentes del Urarti[2122]. La adaptación del silabario a tantos idiomas diferentes no ha podido menos de producir muchas modificaciones en la forma y hasta en el valor de los signos. La disposición de las cuñas varió según los sistemas. Diversas articulaciones que no existían en el asirio fueron representadas ya por combinaciones de nuevos rasgos, ya por la aplicación desviada de los signos en uso en Nínive y Babilonia. Cierta tendencia a disminuir el número de los homófonos y a restringir el empleo de la polifonía se había manifestado en los textos armenios.

Por el siglo VI antes de Jesucristo, los iranios eligieron entre los signos para poder representar las articulaciones de su idioma[2123]. De esta operación resultó el sistema de los cuneiformes arios, el más sencillo de todos y el de más fácil lectura. La mayor parte de los signos que lo forman son alfabéticos. Algunos solamente han permanecido silábicos o se emplean como ideogramas. Jamás ha servido para escribir más que las inscripciones redactadas en los dialectos iranios de Persia y de Media, pero sobrevivió mucho tiempo a la caída de los Aqueménidas. Habiendo aparecido con Ciro, estaba todavía en vigor en tiempo de los Arsácidas.

Si el descubrimiento de un idioma semítico, disfrazado bajo un sistema de trazos y de cuñas, admiró a los hebraizantes, el de un dialecto griego escrito en caracteres silábicos no ha causado menos estupor a los helenistas. Las inscripciones chipriotas les reservaban esta sorpresa. Hacía ya mucho tiempo que se poseían algunos monumentos procedentes de Chipre y cubiertos de una escritura desconocida, cuando el duque de Luynes trató de descifrarla. Creyó adivinar el nombre de Salamina en un grupo  , que se repite con frecuencia en las monedas chipriotas, reconoció, por comparación con las leyendas de las mismas, que el sistema aplicado se componía en su mayor parte de caracteres homófonos, e investigó, en los distintos alfabetos próximos, el licio, el fenicio, hasta en el asirio, el origen y el valor de estos caracteres[2124]. Una sola de sus conjeturas era exacta, la que atribuía a el sonido *S*. El intento de Roth de traducir la inscripción de la plancha de bronce llamada *tablilla de Dalí*, por el lugar en que fue encontrada, fue menos dichoso todavía[2125], y el de Adolfo Helfferich no obtuvo mejor resultado[2126]. Tan sólo en 1872, después de descubrirse nuevos

---

2116 De donde la calificación de *cuneiformes anarios* que se ha dado a los sistemas en que están escritas estas lenguas.

2117 Fr. Lenormant, *Études accadiennes*, 1-2, París, en 4°, 1872-1874.

2118 H. Rawlinson, en el *Journal ot the Royal Asiatic Society*. t. X. Págs. 32-33; Norris, *Memoir on the Scythic version of the Behistun inscription*, en el *Journal of the Royal Asiatic Society*, vol. XV, parte I; Oppert, *Le Peuple et la Langue des Mèdes*, París, en 8°, 1879.

2119 Oppert, *Les inscriptions en langue susienne*, en *Mémoires du Congrès des orientalistes de Paris*, t. II, págs. 179-216.

2120 Oppert había señalado ya, en su *Expédition en Mésopotamie*, fragmentos en que creía reconocer el idioma de los elamitas. Fr. Delitzsch propone que se vea en ellos la lengua de los coseanos, vecinos de la Susiana (*Die Sprache der Kossäer*, Leipzig, en 8.°, 1884).

2121 Los pocos documentos que existen escritos en idioma capadocio han sido descubiertos por Pinches (*Proceedings of the Society of Biblical Archæology*, 1881, págs. 11-18, 28-32.

2122 Hincks, *On the Inscriptions of Van*, en el *Journal of the Royal Asiatic Society,* t. IX, págs. 387-449; Sayce, *The Cuneiform Inscriptions of Van deciphered and translated*, en el *Journ. of the Royal Asiatic Society*, vol. XIV pags. 377-732, y en las numerosas notas de S. Guyard en el *Journal asiatique* de París.

2123 Oppert, *Journ. asiat.*, 1874, t. I.

2124 Duque de Luynes, *Numismatique et inscriptions cypriotes*, en folio, París, 1852.

2125 Roth, *Die Proclamation des Amasis and die Cyprier, bei der Besitznahme Cypern durch die Ægypter*, en folio, París, 1858. Según Roth, la inscripción, escrita en un dialecto semítico, contendría una proclama dirigida por el rey egipcio Amasis a los habitantes de la isla.

2126 Ad. Helfferich, *Die phönizisch-kyprische Lösung*, 8°, Francfort sobre el Mein, 1869. Los trabajos de José Halévy, coronados por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, han quedado inéditos.

documentos, y sobre todo una estela bilingüe en fenicio y en chipriota, se resolvió el problema. Hamilton Lang demostró que la palabra interpretada Salamina por el duque de Luynes era el equivalente al título de rey en la inscripción bilingüe, pero, engañado por analogías remotas con el alfabeto licio, la trascribió *Seve*[2127]. Jorge Smith se fijó en los grupos de signos que correspondían a ciertas palabras de la versión fenicia, *rey, Melekhiathón, Citión, Idalión*, aisló en ellos las desinencias de flexión, se confirmó en la idea de que los chipriotas poseían un silabario y no un alfabeto propiamente dicho, y llegó a deducir que aquella escritura encubría un dialecto griego[2128]. Los estudios de Birch coronaron la demostración tan bien empezada por Smith[2129]. A fines de 1872 habían adelantado mucho los trabajos de interpretación.

Los habían realizado hasta entonces orientalistas de profesión, los tomaron a su cargo y los perfeccionaron los helenistas. En 1873, Brandis corrigió varias de las versiones propuestas por sus antecesores[2130]. En 1874, Moriz Schmidt de un lado[2131], Deecke y Siegismund de otro[2132], publicaron casi simultáneamente el resultado de sus estudios. Desde aquel momento puede decirse que había concluido la labor. Los trabajos posteriores no tuvieron sino que modificar algunos pormenores[2133]. El silabario chipriota, tal como hoy se presenta, se compone de sesenta signos próximamente, de ellos cinco vocales y doce consonantes, la mayor parte susceptibles de tomar cinco formas distintas según la vocal inherente[2134]:

2127 Hamilton Lang, *On the Discovery of some Cypriote inscriptions*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, 1872, t. I, páginas 116-128.

2128 G. Smith, *On the reading of the Cypriote Inscriptions*, ibid., págs. 129-144.

2129 S. Birch. *On the reading of the inscription on the bronze-plate of Dal (Idalium)*, ibid., págs. 145-172.

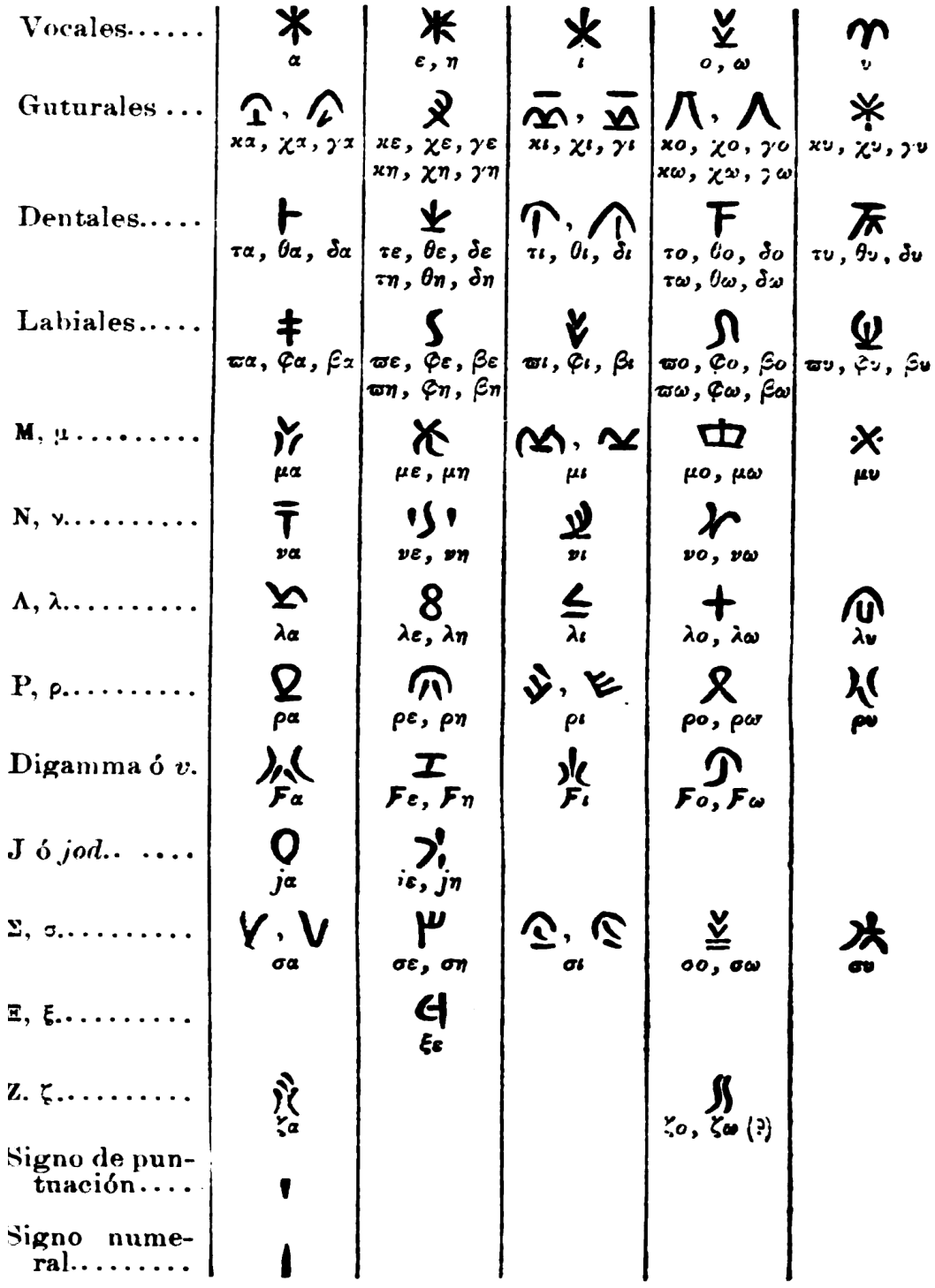
2130 La Memoria de Johannes Brandis, *Versuch zur Entzifferung der Kyprischen Schrift*, ha sido publicada, después de muerto el autor, por E. Curtius en los *Monatsberichte der K. Akad. der Wiss. zu Berlin*, 1873, págs. 643-671.

2131 En dos artículos de crítica de la *Jenäer Literaturzeitung* (1874, 7 de Febrero y 18 de Abril) y sobre todo en su libro *Die Inschrift von Idalion und das Kyprische Syllabar; eine epigraphische Studie von Moriz Schmidt*, Jena, 1874, en 8°, 104 páginas y una lámina.

2132 *Die wichtigsten kyprischen Inschriften, umschrieben und erlaütert von Wilhelm Deecke und Justus Siegismund*, en los *Studien zur griechische und lateinische Grammatik* de Jorge Curtius, t. VIII, págs. 217-264, y publicados de nuevo en Leipzig en 1875.

2133 El más notable es el de Ahrens, *Zu den Kyprischen Inschriften*, en el *Philologus*, t. XXXV, págs. 1-102, y XXXVI, págs. 1, 21, 1876. Schmidt ha comenzado la publicación de un *Corpus* de inscripciones chipriotas: *Sammlung Kyprischen Inschriften in epichorischer Schrift*. Jena, 1876, en folio.

2134 El silabario chipriota adjunto está tomado del libro de M. Bréal. *Sur le déchiffrement des inscriptions chypriotes*, pág. 20.



El origen de esta curiosa escritura es desconocido. Sayce se inclina a pensar que deriva del mismo origen que la escritura hitita[2135]. Deeckhe ha querido demostrar sus relaciones con los sistemas cuneiformes[2136]. Faulmann la hace proceder del egipcio[2137]. Fue usada en un principio por los aborígenes de Chipre, luego adoptada por los colonos griegos. La lengua es el dialecto eolio.

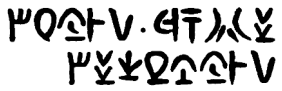
2135 Sayce, *On the Hamathite Inscriptions*, en *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. V. págs. 31 y siguientes; t. VII, págs. 278 y siguientes.

2136 W. Deecke, *Der Ursprung der Kyprischen Sylbenschrift, eine paläographische Untersuchung*, Strasbourg, en 8°, 1877.

2137 K. Faulmann, *Illustriste Geschichte der Schrift*, Viena, en 8°, 1880, págs. 348-357.

Las formas gramaticales se aproximan mucho al arcadio, lo cual se explica por la presencia en la isla de colonias de esta nacionalidad[2138] en época antigua. Para dar idea del aspecto que el griego ofrece bajo este disfraz inesperado, no puedo hacer cosa mejor que copiar dos cortas inscripciones, ambas conservadas hoy en el Louvre[2139]. La primera se compone de dos palabras y nada más, pero es bilingüe:

La segunda de dos líneas:



Y se transcribe:

Ὁ Φάναξ Στασίϳας
Στασικράτεος

Los textos más antiguos conocidos hasta el presente no parecen remontar más allá del siglo VI antes de nuestra era, los más modernos no son muy posteriores al II, pero no se han hecho en Chipre exploraciones tan minuciosas que no quepa esperar que se descubran algunos que nos lleven a los tiempos de la dominación fenicia, quizá más lejos todavía en el pasado[2140]. El más importante de ellos se ha descubierto en Dali, la antigua Idalión, y ha sido entregado por el duque de Luynes a la Biblioteca Nacional de París. Nos da a conocer un episodio curioso de las guerras médicas. Idalión se había declarado en favor de los griegos. Las tropas del gran rey, reforzadas por un contingente proporcionado por Kitión, habían venido a sitiar la ciudad y habían sido rechazadas. Inmediatamente después del sitio, el rey Stasikypros y la ciudad invitaron al médico Onasilos, hijo de Onasikypros, y a sus hermanos a cuidar gratuitamente a los enfermos y heridos. Los gastos generales seguirían estando a cargo del Tesoro público, como ocurría frecuentemente en semejante caso[2141], y el médico percibiría, a título de honorarios, la suma de un talento tomado de los fondos de la ciudad y del Tesoro real, o bien tierras, un huerto y una casa, libres de impuestos y prestaciones, para él y para sus descendientes. Los demás textos pertenecen a lo que Rossi ha llamado tan justamente «la canalla de las inscripciones», epitafios o estelas votivas. Confirman, no obstante, lo que los historiadores griegos nos habían referido con respecto a las religiones de Chipre, principalmente al culto rendido a Afrodite Pafiana.

Las escrituras egipcias. El alfabeto, el silabario, los signos determinativos. Los jeroglíficos etíopes e hititas.

Cuando en el renacimiento de las letras, los sabios se ocuparon en recoger los fragmentos relativos a la antigüedad, los de los libros consagrados a las escrituras del Egipto, y en particular los de los *Jeroglíficos* de Horapolón llamaron su atención. Extraviados por los testimonios griegos y latinos, unos erróneos, otros mal interpretados, imaginaron que los caracteres jeroglíficos representaban cada uno una idea. Durante dos siglos y medio perdieron el tiempo estudiando en los

2138 Heródoto, VII. XC.

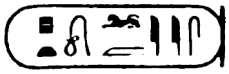
2139 Pieridès, *Notes on Cypriote Palæography (with three Plates)*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. V, páginas 88-96.

2140 La historia de cómo se han descifrado estos textos ha sido resumida de una manera muy clara por León Redet, *Sur le déchiffrement des inscriptions prétendues anariennes de l'île de Chypre*, en 8º, París, 1876, y por M. Bréal, *Sur le déchiffrement des inscriptions chypriotes*, París, 1877, en 4°, 26 páginas. Véase *Revue archéologique*, Noviembre de 1877.

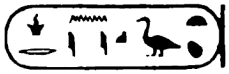
2141 Véase en Heródoto, III, CXXIX-CXXXVII, la historia del médico Democedes.

escasos monumentos, entonces conocidos en Europa, los signos ideográficos cuyo significado les daban los autores clásicos. Unos, como el jesuíta Kircher, improvisaron con toda clase de elementos un sistema ingenioso[2142]; otros se dirigieron al caldeo, al hebreo, al chino[2143] para encontrar en ellos analogías con el egipcio. Todos los esfuerzos habían sido vanos y el libro del Egipto parecía haber de permanecer sellado para siempre, cuando en 1799 un oficial de artillería francés, Monsieur Boussard, encontró cerca de Rosetta una inscripción en tres escrituras: jeroglífica, demótica y griega. El texto griego mostró que se trataba de un decreto solemne redactado por los sacerdotes en honor de un Ptolomeo, el quinto de este nombre. Silvestre de Sacy[2144] y poco después el sueco Akerblad[2145], estudiaron la parte demótica que por su aspecto cursivo se presumía ser alfabética. Akerblad, con sagacidad maravillosa, distinguió algunos de los principales caracteres del sistema nuevo que tenía a la vista, y trazó un primer alfabeto demótico, la mayor parte de cuyos elementos se ha incorporado a la ciencia. De perseverar en el camino que se había trazado, hubiera quizá resuelto el problema de las escrituras egipcias. Desalentado por la mala conservación del texto jeroglífico, dejó a otros el cuidado de reanudar su labor y de hallar la clave del sistema.

Zoega había notado ya que los cartuchos de los obeliscos debían contener nombres de reyes escritos por medio de signos alfabéticos. Un sabio inglés del mayor mérito, Th. Young, trató de reconstituir el alfabeto de los cartuchos. Desde 1814 a 1818 se ejercitó en los diversos sistemas de escritura egipcia, y separó sucesivamente los grupos distintos que formaban el texto jeroglífico y el texto demótico de la inscripción de Rossetta. Después de haber determinado de manera más o menos exacta la significación de cada uno de ellos, trató de leerlos. Los signos del cartucho



le parecieron contener el nombre de Ptolomeo. sin que consiguiera asignarles a todos sus valor exacto. Reconoció que, , y correspondían a *P, T, I*, pero consideró superfluo, y dio al león echado , el valor silábico *OLE*, a el de *MA*, a *OS, OSH*. Alentado por este éxito relativo, tomó el nombre Berenice en los textos de la *Descripción del Egipto*; y trató de determinar el sonido de los jeroglíficos que lo componían. Analizando



dio con las transcripciones = *BIR*, = *E*, = *N*, = *KE, KEN*. Consideró inútil, así como y . Descontando los falsos valores que había creído descubrir, quedaba un total de cinco caracteres exactos: *P*; *T*; *I*; **N**, y *F, V,* que había reconocido. Todas sus tentativas para ir más lejos siguieron siendo infructuosas. Descifró *Arsinoe*, donde había el título *Autrokator*, y *Evergetes*, donde decía *Korsar*[2146]. Sus ideas eran justas en parte, pero su método imperfecto. Vislumbró la tierra prometida, pero sin poder entrar en ella.

El verdadero iniciador fue Francisco Champollion, al cual se llama *el Joven* para distinguirle de su hermano mayor, Champollion-Figeac. Desde su infancia, se había dedicado al estudio de las lenguas orientales, y sobre todo del copto. Publicó desde 1811 a 1814 los dos primeros volúmenes de una gran obra titulada *El Egipto en tiempo de los Faraones*, en la que restablecía, por medio de los documentos coptos, la geografía nacional del Egipto. La comparación de los monumentos con los manuscritos le indujo a reconocer que los tres sistemas de escritura egipcia, el hierático, el

2142 Kircher, *Edipus Ægyptiacus*, fº Romæ, 1652-1654. Tres partes en 4 vol.

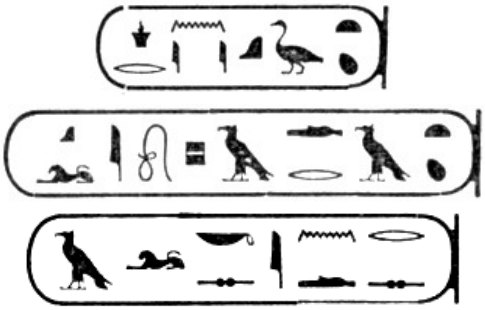
2143 De Guignes, en las *Mémoires de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, XIX, II, XXXIV, I.

2144 *Lettre au citoyen Chaptal sur l'inscription égyptienne du monument de Rosette*, en 8º, París, 1802.

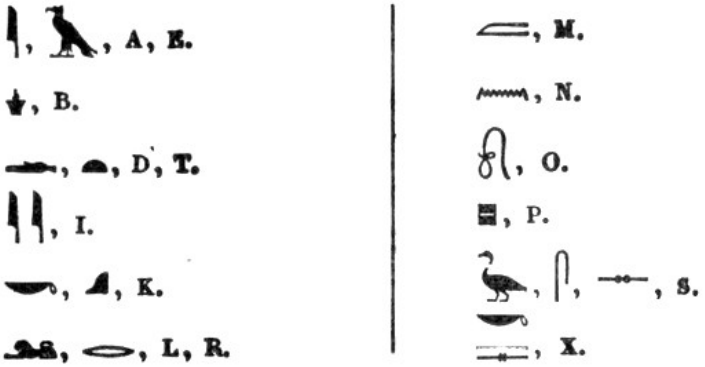
2145 *Lettre sur l'inscription égyptienne du monument de Rosette*, en 8º, 1802.

2146 Th. Young, *Archæologia*, 1817, XVII, 60. *Encyclopedia Brit.*. 4ª ed., IV, 1ª parte. *Account of discoveries in hieroglyphic litterature*, 8º, London, 1823.

demótico y el jeroglífico, no eran sino el trazado cada vez más cursivo de la escritura corriente. Después de haber firmemente creído que los jeroglíficos eran signos de ideas, acabó por reconocer que lo eran de sonidos, y volvió de nuevo, por el año 1821, al problema que Young no había resuelto. El primer resultado de sus trabajos, publicado en Septiembre de 1822 en una carta dirigida a M. Dacier, secretario perpetuo de la Academia de Inscripciones y Bellas letras, fue acogido con una curiosidad que tenía algo de incrédula. El *Manual del sistema jeroglífico*, aparecido dos años más tarde, convenció a todas las personas de buena fe y no dejó subsistir ninguna duda acerca de la autenticidad del descubrimiento. Champollion, después de haber descompuesto el nombre Ptolomeo en *P*; *T*; *O*; *L*; *M*; *I*; *S*, ensayó los valores que había obtenido en los cartuchos



en los que leyó los nombres de Berenice, de Cleopatra y de Alejandro. Obtuvo de esta suerte un alfabeto



que completó muy pronto mediante el análisis de los otros nombres reales que pertenecían a la época griega o romana, y más tarde mediante el estudio de cartuchos más antiguos, tales como:

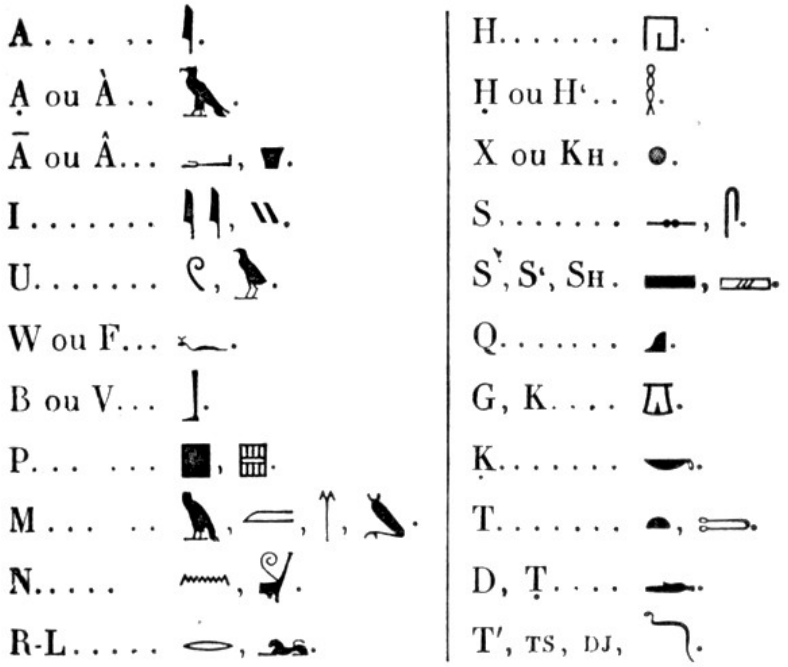
PSMTK, Psamético (XXVI[a] dinastía)

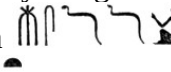
THOTMS, Tutmosis (XVIII[a] dinastía), etc.

Podía pensarse que esta manera de escribir los sonidos con un alfabeto era propia de los nombres reales, y que fuera de los cartu chos no se encontrarían más que signos ideográficos. Champollion probó que su alfabeto, aplicado a los textos corrientes, permitía encontrar en ellos, no solamente muchas palabras, sino muchas formas gramaticales de la lengua copta. Se le desafiaba a que hallase otra cosa que nombres propios, y él tradujo frases y probó lo bien fundado de sus traducciones. No por ello dejó de ser menos fuerte la oposición, sobre todo por parte de los sabios que conocían o pretendían conocer la lengua copta. Esteban Quatremère ni siquiera se dignó estudiar el sistema, y lo condenó. Klaproth no lo estudió sino para combatirlo con una mala fe y una animosidad que no apaciguó la muerte de Champollion.

A pesar de estos ataques, la ciencia se impuso a los no predispuestos en contra. Cuando Champollion murió, en 1832, Ch. Lenormant y Nestor L'Hôte en Francia, Salvolini, Rosellini, Ungarelli en Italia, y muy poco después Leemans en Holanda, Osburn, Birché Hincks en Inglaterra, Lepsius en Alemania, se pusieron a trabajar con ardor. Las escuelas que ellos fundaron han prosperado desde entonces, y la egiptología ha realizado en setenta y cinco años progresos considerables. Cuatro generaciones de sabios se han dedicado a dilucidar los problemas que presentaban las escrituras y la lengua misma, cuyas variaciones fueron numerosas en el curso de las edades. La gramática de la época de los Ramésidas fue la primera determinada; luego, la de la XIIª dinastía; más tarde, la de la época menfita. Hoy se trata de descifrar las inscripciones de las dinastías tinitas, y las Pirámides nos han han dado largos fragmentos de libros anteriores a los tinitas. Es la literatura y la lengua del Egipto prehistórico que se ofrecen a nuestro estudio. Nuestro conocimiento de estos estados diversos del egipcio no cesa de extenderse y afirmarse cada día. Dentro de unos años, los egiptólogos descifrarán los textos históricos y literarios con tanta certeza como los latinistas leen las obras de Cicerón y Tito Livio.

El egipcio de las épocas clásicas (Vªa, VIª, XIIª, XVIIIª, XXª dinastías), poseía veintidós articulaciones distintas, y se servía para expresar cada una de ellas, de uno o varios signos alfabéticos cuyo cuadro es como sigue:



Los signos utilizados para expresar la misma articulación se llaman *homófonos*, iguales en sonido. es *homófono* de y de , es decir, que estos tres signos expresan indiferentemente en la escritura el sonido *M*. Fácil es concebir que, durante los cinco mil años de que tenemos documentos escritos, debió variar la fonética del egipcio. Hasta el presente, las modificaciones no son muy sensibles sino para las dentales y las guturales. *TS*, ha sido sustituida sucesivamente por *D*; luego por *T*; la palabra  *MESTSETS*, *odiar*, ha venido a ser *MESTSED*; luego *MESDED*; *MESTET*, y por último, . *MESDI*, o *MOSTE*. En el estado actual de la ciencia, nos es imposible hallar las alteraciones análogas que hubieron de sucederse en el curso de los siglos.

Mezclados con los signos alfabéticos, se encuentran a cada instante en la escritura otros que representan por sí solos una o varias articulaciones que forman sílaba. Se les llama *silábicos*.

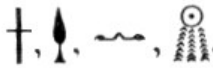
A.

AÀ.... .

AÂ.... .

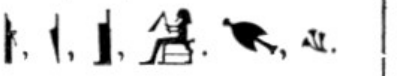
AB.... .

AP.... .

AM....  .

AN.... .

AR.... .

AS....  .

AT.... ,

AD.... .

À.

ÀS.... .

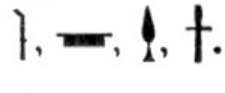
ÀD.... .

Â.

ÂÀ.... .

ÂB.... .

AW... .

ÂM....  .

ÂN.... .

ÂR.... .

ÂS‘... .

ÂQ.... .

ÂD.... .

I.

EI .... .

U.

UÀ.... .

UÂ.... .

UAB... .

UÀB... .

UN.... .

UR.... .

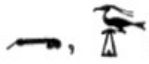
UÀH‘.. .

US. .. .

UTS... .

B.

BÀ.... .

BH‘...  .

BS.... .

BT.... .

W.

WÀ... .

WU.... .

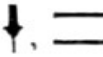
WT.... (WNT).

P.

PÀ..... .

PR..... .

PH‘.... .

PX.....  .

PQ, PG. .

PD, PT. .

M.

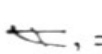
MA..... .

MÀ. .. .

MÂ..... .

MU .... .

MN .... .

MR ....  .

MH‘.... .

MS..... .

MT..... .

N.

NU.... .

NB..... .

NW ... .

NM..... .

NN..... .

NR..... .

NH‘.... .

NS..... .

NT..... .

NTS.... .

R.

RR..... .

RH‘.... .

RS .... .

RD, RT. .

H.

HB..... .

HN..... .

H‘.

H‘À.... .

H‘Â.... .

H‘U.... .

H‘B.... .

H‘P.... .

H‘M.... .

H‘N.... .

H‘R.... .

H‘H‘ . . .

H‘S. . . . .

H‘Q. . . . , .

H‘T, H‘TS .

X.

XÀ. . . . . , , .

XÂ. . . . . .

XU. . . . . , , .

XB. . . . . , .

XP. . . . . (XPR).

XM . . . . , , .

XN. . . . . , , , , , , .

XR. . . . . , , .

S.

SA. . . . . , , , , , .

SU. . . . . .

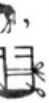
SB. . . . . , .

SP. . . . . , , .

SM. . . . . , , , .

SN. . . . . , .

SR. . . . , , .

SH‘. . . . , , ,  .

SK. . . . , .

ST. . . . . , , , .

STM. . . . .

S‘.

S‘À. . . . . .

S‘U . . . . .

S‘N . . . . , ,

S‘W. . . . .

S‘P. . . . . , .

S‘R. . . . , .

S‘S. . . . . , .

S‘TP. . . .

K.

KB. . . . . , .

KP. . . . . , .

KM . . . , , , .

KN. . . . . .

KS. . . . , , .

G.

GR. . . . . .

Q.

QÀ. . . . . , , , .

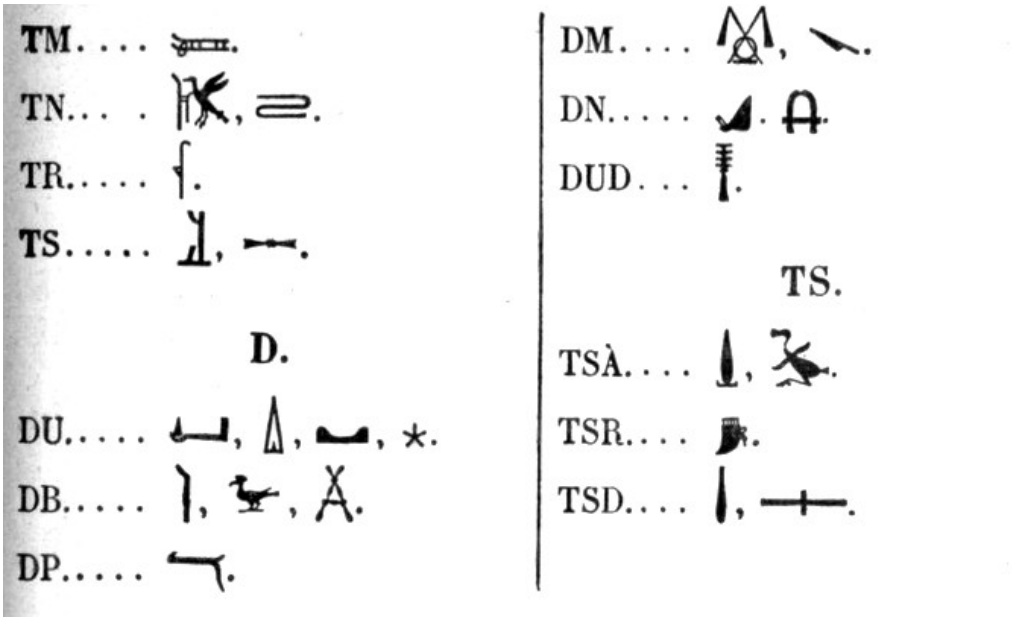
T.

TA. . . . . , .

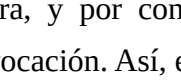
TÀ. . . . . , .

TI. . . . . .

TP. . . . . .



La mayor parte de los silábicos eran *polífonos*, es decir, susceptibles de varios sonidos. Para evitar la incertidumbre que habría podido resultar de su valor múltiple, se tenía cuidado de añadirles uno o varios *complementos fonéticos*, es decir, una o varias de las letras que constituían la expresión fonética de la palabra. Así, corresponde a las articulaciones *AB* y *MER*. Cuando tenía que representar *AB* se le hacía seguir de *B* ; cuando *MER*, se escribía .

puede leerse igualmente *AD*, *SEM* o *SOTEM*, *DEN* o *TEN*. Si tropiezo en un texto con el grupo *=X+M*, como ni *AD* ni *DEN* tienen la letra M, será necesario que dé a el valor de *SEM* o *SOTEM*, *oír*. Si, por el contrario, encuentro o , debería leer *AD* o *DEN*. Cuando el escriba no ha cuidado de tomar esta precaución, era que el contexto indicaba el sentido de la palabra, y por consiguiente, el valor fonético del signo, de manera que hacía imposible toda equivocación. Así, en el miembro de frase  *Au-sen Sotem* o *AD* o *Den kheru-w, ellos... su voz*, hay que traducir necesariamente el signo por oír, escuchar, y necesariamente también leerlo *SEM* o *SOTEM*. En resumen, los signos silábicos pueden emplearse aislados , *H'ON*; *NEB*; *NUB*; o bien combinarse con uno o varios signos alfabéticos correspondientes a cada una de las articulaciones de que están formados. En este caso, pueden colocarse:

1° Detrás de todos los signos alfabéticos de que son el equivalente silábico *NOTSEM, dulce, agradable*; *AS, flauta, caña*;

2° Entre dos de los signos alfabéticos *NOTSEM*, *AS*;

3° Delante de todos o de parte de los signos alfabéticos *NOTSEM*, *AS*.

Se encuentran, finalmente, al lado de los signos alfabéticos gran número de signos ideográficos. A veces sirven para significar gráficamente una idea expresada en el lenguaje por una palabra más o menos larga: se lee *NUTeR*, y significa *dios*; se lee y significa *vida*. Las más de las veces no se leen, y entran en la clase de los *determinativos*. Se llama *determinativos* a los signos de idea colocados después de la expresión fonética de cada palabra, de manera que

figuren a la vista, mediante una imagen, el sonido o la idea cuyo valor literal nos dan los signos anteriores. La palabra *pan*, se compone de dos partes: la primera , fonética, está formada del silábico *AQ*, y de su complemento *Q*; la segunda representa el objeto mismo, *el pan*. Los determinativos son de dos naturalezas. Unos no convienen más que a un solo objeto o a una sola idea; son los determinativos *especiales*. La oreja es un determinativo especial, porque no se emplea más que en las palabras que expresan la idea de oreja: *MeSTSeR*; *ANKH*; *DeN*. Los otros son *genéricos*, es decir, se colocan detrás de gran número de raíces cuyo sentido no se relaciona más que remotamente entre sí. Así, determina: 1º, todas las palabras que indican un acto material de la boca: *AMI, comer*; *SURA, beber*; *UAUÁ,* *KHeRU, gritar*; *TSOD, hablar*; 2º, todas las palabras que indican una idea abstracta, que induce o puede inducir a un acto material de la boca: *KHeN, meditar*; *ReX, conocer, saber*; *AP, juzgar*. Cuando la misma palabra tiene varios determinativos, comúnmente el último es el que da el significado a la raíz. *H'eTeR*, tiene el determinativo de las estaciones o primero; el caballo luego. Significa *caballo, tiro de caballos*.

Es considerable el número de los determinativos. He aquí la lista de los que más frecuentemente se encuentran en los textos:

, 1° [PE], cielo, techo; 2° elevar, superioridad.

, , noche, oscuridad.

, 1° [RA], sol, luz o falta de luz; 2° divisiones del tiempo.

, país montañoso, por consiguiente países extranjeros, por ser el Egipto un país de llanuras.

, 1° circunscripción de territorio; 2° ciudad o aldea.

, nomo.

, , el agua y todas las ideas de riego, de lavado, de purificación, de sed, que con ella se enlazan.

, el fuego, el calor, la llama.

, , el hombre y la mujer ordinarios.

, , los dioses, los antepasados, los reyes, todas las personas venerables.

, todas las acciones: 1º de la boca; 2º del pensamiento.

, el reposo, la tranquilidad, la debilidad.

, , la adoración.

, 1° la impiedad, el crimen; 2° el enemigo.

, 1° la altura; 2° la exaltación, la alegría.

, 1° el jefe; 2° la dignidad.

, 1° el niño; 2° la educación; 3° la renovación.

, 1°, embalsamamiento; 2° ritos, usos; 3° imágenes, formas.

, 1° la cabellera, los pelos; 2° la negrura; 3° el luto.

, 1° la vista; 2°, la vigilia; 3° la ciencia.

, 1° el olfato; 2° la respiración; 3° la alegría, el placer; 4° la tristeza; 5° la prisión.

, 1° la alimentación; 2° la palabra; 3° las materias terrosas; 4° sola, los distritos, las ciudades.

, todas las acciones que exigen el desarrollo de una fuerza.

, el alejamiento, el apartamiento.

, la marcha en las diversas direcciones.

, 1° los cuadrúpedos; 2° la piel y los objetos de piel.

, los miembros.

, las aves y los insectos.

, 1° la pequeñez; 2° el mal, la impiedad.

, los árboles.

, el bosque.

, 1° las hierbas; 2° las plantas en general.

, los edificios.

, 1° los caminos; 2° la marcha; 3° el tiempo transcurrido.

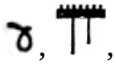
, la piedra.

, 1° los barcos; 2° la navegación; 3° el viaje.

, 1° el viento; 2° el frescor.

, 1° escrituras, libros; 2° pinturas; 3° todas las ideas abstractas.

, 1° escritura; 2° pintura; 3° el lazo, la unión.

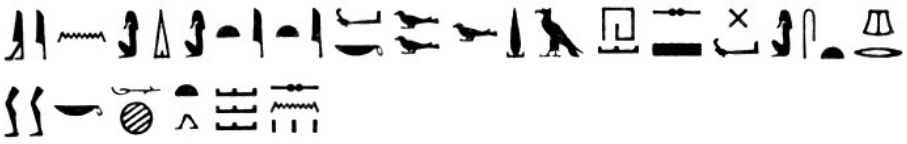
 , las telas.

, los diferentes líquidos, vino, leche, perfumes, etc.

, las materias granulosas, trigo, colores, arena, etc. .

, 1° el embalsamiento; 2° las cuentas, los cálculos.

Para dar a entender mejor el papel de los diferentes elementos que componían la escritura egipcia, se me permitirá acompañar la transcripción y el análisis de un pasaje tomado de la gran estela triunfal de Tutmosis III:



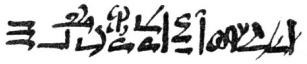
El primer grupo , se lee *ei*. Está compuesto del silábico y de la letra , y quiere decir *ir*. , *N-I*. *N* es indicio del pasado, e *I* el pronombre de la primera persona del singular. *EI-N-I*, se traduce, por tanto, *yo he ido*. , *DU*, es *dar*. , *I* es también pronombre de primera persona: *DU-I*, *yo doy, yo concedo.* , *TATA*, determinado por significa *vencer, derribar*; , *K*, es el pronombre de segunda persona del masculino singular. *TATA-K, tú derribas*. El signo , tres veces repetido, para designar el plural, se lee *UR, OER, grande, jefe*: , determinado por el signo de países extranjeros , es el nombre de la costa cananea *TSAHI: OER-U, TSAHI, los jefes del país de Tsahi*. Todas estas palabras reunidas forman un primer miembro de frase: *EI-N-I DU-I TATA-K OER-U TSAHI, yo he ido, yo concedo [que] tú venzas a los jefes de Tsahi.* En el segundo miembro de la frase se ven *SeS, lanzar*; *SeT*, pronombre de la tercera persona de plural; *KHeR, bajo*; signo ideográfico que se lee *RaT, los pies*; *K, de ti*; *KHeT*, literalmente *a continuación de*, locución adverbial que aquí significa *con*; *SeT*, y repetido tres veces para el plural, *SET-U*; *SeN*, pronombre de la tercera persona del plural, cuyos dos elementos alfabéticos *S* y *N* van seguidos de tres barras , signo ideográfico del plural. Reuniendo todos estos datos se tiene el miembro de frase: *SeS'-I SeT KHeR RaTeK KHeT SeT-U SeN, yo lanzo a ellos* [los jefes] *bajo [los] pies de ti con [los] países de ellos.*

La escritura jeroglífica no se empleaba casi más que en los monumentos públicos o privados. Para los usos de la vida corriente, y para la trasmisión de las obras literarias, se servían los egipcios de una escritura cursiva derivada de los jeroglíficos y llamada *hierática* por los modernos. Mientras que los jeroglíficos se escribían de derecha a izquierda o de izquierda a derecha, la escritura hierática se escribía siempre de derecha a izquierda. He aquí algunos ejemplos. El primero está tomado del papiro Prisse (XIª dinastía)[2147].

se trascribe letra por letra:

BAM BU eM KHoPeR NoWeR BU
mal de ello viene el bien

Los dos siguientes nos llevan a la XIXª dinastía:



MUNUA KHoPeRU DUT H'eR RA PA AU
agua una ser hacer a Sol lo fue[2148]

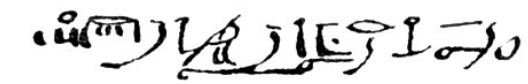
Ew RaN UAS M NaKHTU
de él el nombre [es] Tebaida en fuerza[2149]

El último es de época greco-romana:

2147 *Pap. Prisse*, hoja V, l, 1.

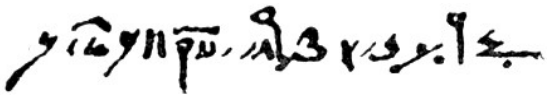
2148 *Pap. de Orbiney*, hoja VI. l. 6.

2149 *Pap. Sallier III*, hoja I. l. 6.



NuB eM BaK eM K KHoPRU NeK ARU
de oro gavilán en tu trasformación Tú has hecho[2150]

Entre la XXIª y la XXVª dinastía, el sistema hierático se simplificó para facilitar las operaciones mercantiles. Los caracteres se abreviaron, disminuyeron en número y en tamaño, y formaron una tercera clase de escritura, la popular o *demótica*, empleada en los contratos a partir del reinado de Shabak y de Tahraga. No se ha atendido al estudio del demótico a causa de las dificultades que ofrece para ser descifrado y la aridez de los textos conocidos hasta el presente. El pasaje siguiente:

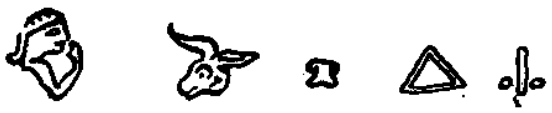


W N-AM W AU ToP en MA RaKH e AN
en él era mundo del lugar no supo el Punto[2151]

bastará para dar fe de lo que había llegado a ser en manos de los últimos egipcios la escritura amplia y valiente de los antiguos egipcios.

Los jeroglíficos casi no han salido del valle del Nilo, y en él mismo, un pueblo solamente, los etíopes, los adoptó y utilizó para escribir una lengua extraña. Los monumentos de los últimos reyes de Meroé, comtemporáneos de los Césares romanos, tienen inscripciones en jeroglíficos y en caracteres demóticos, cuyo aspecto extraño no ha tenido hasta el presente el privilegio de interesar a los sabios. Una tentativa ligera de Birch, algunas Memorias incompletas de Brugsch es todo lo que puede citarse sobre el particular. Sería, no obstante, curioso, aun cuando sólo fuera por interés de la lingüística, tratar de descifrar al fin dichos textos.

Probablemente también están concebidas en un sistema jeroglífico las inscripciones recientemente descubiertas en Siria y en Asia Menor, y que se ha reconocido pertenecer a las tribus hititas. Llaman primero la atención por la rudeza de su estilo y por la de sus contornos, y contienen, como el egipcio, una mezcla de animales, de formas humanas y de signos geométricos:



Se han empezado a descifrar por distintas partes a la vez. Un sabio inglés, Heath, ha creído leer en ellas, por medio del arameo, una especie de ritual músico. Hasta el presente, no obstante, puede decirse que no se ha obtenido todavía ningún resultado seguro en este nuevo terreno. A Sayce le han sorprendido ciertas semejanzas con el silabario chipriota[2152]; a Conder, analogías atractivas con los jeroglíficos de Egipto[2153]; a Jensen, pormenores que le recuerdan el armenio. Un solo monumento bilingüe, asirio e hitita, el sello de Tarkundimmé, príncipe cilicio del siglo VII antes de

2150 Papiro de Bulaq, núm. 3, p. 3, l. 20.

2151 *Roman démotique* III, l, I.

2152 Sayce, *The Monuments of the Hittites*, en las *Transactions of the Society of Biblical Archæology*, t. VIII, páginas 253 y siguientes.

2153 R. Conder, *Hamath Inscriptions*, en el *Palestine exploration Fund*, 1883, págs. 133-134, 189-192.

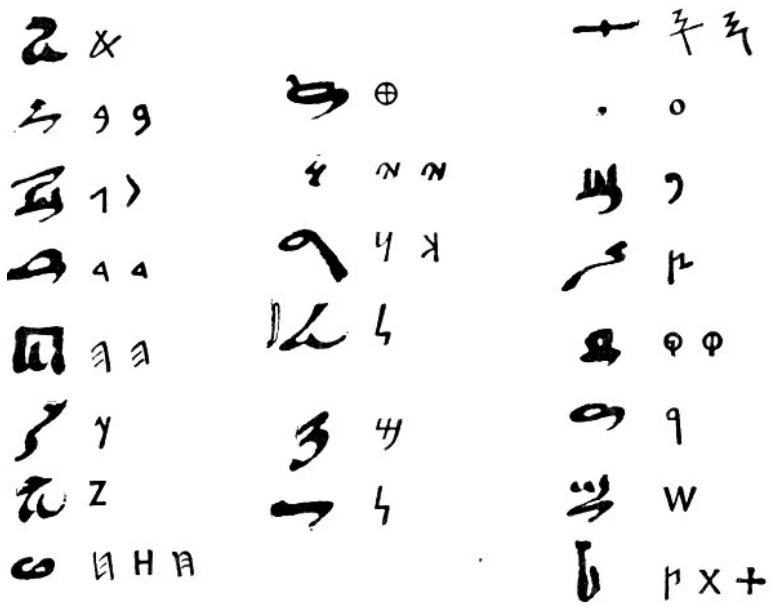
nuestra era, se ha señalado hasta el día[2154]. Por desgracia, es demasiado corto para ofrecer gran utilidad.

Origen del alfabeto fenicio; sus derivados arios.

Los asirios se habían detenido en el silabismo, los egipcios habían dado con el signo alfabético sin poder desembarazarse de las sílabas y de los ideogramas, de los homófonos y de los polífonos. Los fenicios inventaron el alfabeto propiamente dicho[2155].

Desde un principio, Champollion había opinado que el alfabeto fenicio derivaba de los jeroglíficos egipcios[2156]. Sus ideas, desarrolladas por Salvolini[2157], modificadas por Ch. Lenormant y Van Drival, no habían sido consagradas por la ciencia, cuando Rougé tomó el problema por su cuenta, y dio la solución[2158]. Probó que en la época en que los Pastores reinaban en Egipto, los cananeos habían elegido, entre las formas de la escritura cursiva, cierto número de signos correspondientes a las articulaciones fundamentales de su lengua. Su demostración, reproducida en Alemania por Lauth, Brugsch y Ebers, fue considerada durante mucho tiempo como decisiva[2159]. Desde hace pocos años, nuevos hechos han dejado otra vez la cuestión en suspenso.

En la hipótesis de M. de Rougé, de las veintidós letras de que se compone el alfabeto fenicio, quince están bastante poco desfiguradas para que se reconozca a primera vista su prototipo egipcio, y las otras se reducen al tipo hierático sin alterar las leyes de la verosimilitud[2160].



2154 A. D. Mordtmann, *Sceau de Tarkoundimmi, roi de Tarsous* (Constantinopla, en 8°, 1861); *The Bilingual Hittite and Cuneiform Inscription of Tarkondemos*, en los *Proceedings of the Society of Biblical Archæology*, 1880-1881, págs. 4-6, 1881-1882, pág. 19, etc.; T. Tylor, *The Inscription of Tarkutimme and the Monuments from Jerabbûs in the British Museum*, ibid., págs. 6-8, etc.

2155 Platón, *Fedón*, pág. 274; Diodoro, I, 15; Tácito, *Anales*, XI, 14, etc.

2156 *Lettre a M. Dacier*, pág. 80.

2157 *Analyse grammaticale de l'inscription de Rosette*, págs. 86 y siguientes.

2158 En una Memoria leída en 1859 en la Academia de Inscriciones y Bellas Letras, publicada en 1874 por M. J. de Rougé.

2159 M. Halévy ha tratado de demostrar que las letras fenicias procedían, no de las formas hieráticas, sino de las jeroglíficas de la escritura egipcia (*Mélanges d'épigraphie sémitique*, págs. 168-189).

2160 De Rougé, *Mémoire sur la propagation*, lám. I.

Este alfabeto, usado en un principio en el país de Canaán, se modificó en él según las poblaciones, y formó sucesivamente los alfabetos arameo, palmirano, hebreo. Trasportado por los sidonios y los tirios a las comarcas donde los llevaba el comercio, vino a ser como la fuente común de donde derivan todos los alfabetos del mundo conocido, desde la India y Mongolia, hasta la Galia y España. No tengo por que preocuparme aquí de los sistemas a que dio origen entre los pueblos del extremo Oriente o del extremo Occidente. Me bastará con mostrar cómo de Fenicia pasó a Grecia, luego de Grecia a Italia.

Conocían los griegos el origen fenicio de su alfabeto. La tradición más acreditada entre ellos atribuía a Cadmo la gloria de haber propagado el primero la escritura en el continente europeo[2161]. Otras leyendas nombran, en lugar de Cadmo, a Orfeo[2162], a Linos[2163], a Museo[2164] y sobre todo a Palamedes. Los títulos de éste con respecto a la invención o más bien a la propagación del alfabeto parecieron tan bien fundados, que se trató de dar con una combinación que pusiera a salvo sus pretensiones sin disminuir la gloria de Cadmo. Se imaginó que Cadmo había llevado a Grecia un alfabeto de dieciséis o de dieciocho letras, completado más tarde por Palamedes. Las *letras cadmeas* primitivas eran, según unos, A, B, Γ, Δ, E, I, K, A, M, N, O, Π, P, Σ, T, Y'; según otros, A, B, Γ, Δ, E, Z, I, K, Λ, M, N, O, P, Σ, T, Y, Φ. Las letras de Palamedes eran unas veces en número de tres, Θ, Φ, X, otras en número de cuatro, Z, Φ, Θ, X, o H, Ψ, Φ, X, u otras más[2165]. La ciencia moderna ha probado que en materia de alfabeto, como en muchas otras cosas, los griegos se habían dejado llevar demasiado de su imaginación. El alfabeto cadmeo se componía de las veintidós letras del alfabeto fenicio más o menos modificadas para satisfacer las exigencias de la fonética griega. Las guturales suaves y las semivocales de las lenguas semíticas, que no tenían papel en los idiomas helénicos, fueron transformadas en vocales verdaderas: en , *a*; en , *e*; en , , *u*, *y*; en , *o*; en , *i*. La aspirada adquirió doble valor, siendo, según los casos, vocal larga o signo de aspiración. De estos cambios de valor resultó un alfabeto que las inscripciones arcaicas de Thera nos han conservado.

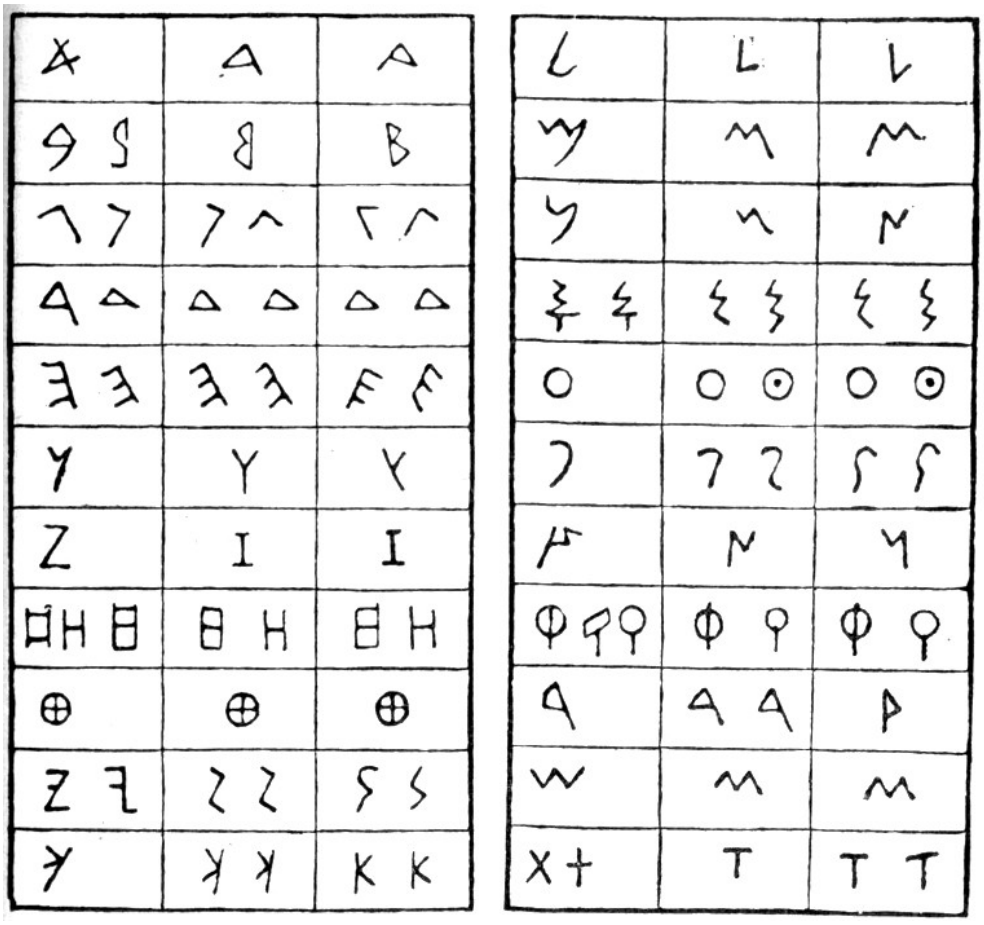
2161 Heródoto, V, 58.

2162 Alcidamo, *Cont. Palamed*., página 75. t. VIII, ed. Reiske.

2163 Diodoro, III, 66.

2164 Bekker, *Anecdota græca*, t. II, pág. 783.

2165 Servius, *Ad. Æneïd.*, II, 83; Plutarco, *Symposion*, IX, 3; Plinio, *H. N*., VII, 56, etc.



Alfabetos arcaicos de Thera

En los textos más antiguos se escribe de derecha a izquierda, como en su prototipo fenicio. Más tarde, se introdujo la costumbre de colocar las letras subiendo y bajando alrededor de las figuras que decoraban el monumento. Esta colocación evocó en la mente de los contemporáneos la marcha del buey uncido al arado, que el labrador hace volver sobre sus pasos para trazar un segundo surco al lado del primero. Diéronla el nombre de *Boustrofedon*, que siguió aplicándosela. Más tarde se sustituyó a estas líneas ondulantes rectas paralelas en que la dirección de los signos alternaba regularmente. La primera se escribía de derecha a izquierda, la segunda de izquierda a derecha, y así sucesivamente hasta terminar el texto. El *boustrofedon* sirvió de transición entre los diferentes sistemas semíticos, en que las líneas se leen de derecha a izquierda, y el sistema europeo en que todas las líneas se leen de izquierda a derecha.

El alfabeto cadmeo no tardó en modificarse según los lugares y en formar variedades que a veces se dividen en dos clases, más frecuentemente en cuatro: 1º los alfabetos *eolo-dorios*, usados en la Beocia, la Eubea y las colonias calcídicas, la Fócida, la Lócrida, la Laconia, la Élida, la Acaya y sus colonias, Egina, Megara, Cefalonia, la Tesalia y la Magna Grecia; 2º el alfabeto *ático*; 3º los alfabetos de los griegos *insulares*; 4º el alfabeto *jonio*. El más completo, el alfabeto eolo-dorio, contiene veintiocho signos correspondientes a otras tantas articulaciones distintas. El más difícil de manejar es el alfabeto ático. Todos se usaron hasta fines del siglo V antes de J. C. En tiempo del arcontado de Euclides, en el año II de la XCVIª Olimpiada (403 a. de J. C.), los atenienses se resolvieron a adoptar el alfabeto jonio de veinticuatro letras y su ejemplo fue seguido por todos los pueblos de la Grecia. Ya no hubo en lo sucesivo más que un alfabeto común:

Α Β Γ Δ Ε Ζ Η Θ Ι Κ Λ Μ Ν Ξ Ο Π Ρ Σ Τ Υ Φ Χ Ψ Ω

que difería sensiblemente del antiguo alfabeto cadmeo por la ordenación y la naturaleza de las letras.

De Grecia, el alfabeto cadmeo se extendió por todos los países circundantes. No nos ha dado todavía el Asia Menor monumentos bastante antiguos para permitirnos seguir la historia de las trasformaciones que sufrieron las escrituras de origen fenicio en los diferentes pueblos de la costa o del interior. Los alfabetos de las inscripciones licias y frigias no nos son conocidas sino por documentos de fecha reciente. Contienen uno y otro un fondo común de origen griego y no directamente fenicio, porque poseen las letras F, Φ, X, añadidas por los griegos a las veintidós sidonias. Pero los licios, cuya lengua presentaba un sistema de vocalización delicado y complejo, multiplicaron los tipos de vocales. En los signos que corresponden a la u se reconoce un elemento generador, Y o V, tomado del alfabeto cadmeo, pero los signos de *ā, ĭ, ū, v, ŏ*, están trazados arbitrariamente y no corresponden a ninguna de las formas conocidas de este alfabeto. Algunos monumentos de Caria contienen inscripciones trazadas en un carácter diferente del frigio y del licio. Es una escritura mixta, en que ciertas letras parecen provenir directamente del fenicio, otras, por último, ofrecen un aspecto enteramente particular. No se ha hecho ninguna tentativa seria para descifrar los textos escritos en cario, y para determinar de manera cierta el valor de los signos que componen su alfabeto.

Si los pueblos de Italia hubieran tomado directamente de los fenicios su sistema gráfico, se explicaría difícilmente la presencia en el alfabeto etrusco de letras que no son de origen fenicio. Tácito ha tenido razón al afirmar que los etruscos aprendieron de los griegos el uso de la escritura[2166] y el estudio de los monumentos prueba que hay que extender su aserto a los otros pueblos italianos. Llevado a Italia por los colonos helénicos de Sicilia y de la Campania, el alfabeto eolodórico cristalizó allí según dos tipos: el etrusco y el latino. Al tipo etrusco se refieren los alfabetos umbrios, oscos, sabélicos en el centro de Italia, enganeo, rético y salaso en el valle del Pó. El alfabeto latino se componía al principio de veintiuna letras, y se detenía en la X, que Quintiliano llamó *ultima nostrarum*, la última de nuestras letras originales[2167]. Se completó más tarde con la Y y la Z, y dio el tipo de que derivan, con algunas variantes, todos los alfabetos usados hoy por los pueblos de raza latina, germana o eslava[2168].

2166 Tácito, *Anales*, XI, 14.

2167 *Instit.orat.*, I, 4, 9.

2168 Los alfabetos intercalados en el texto en las págs. siguientes están copiados del artículo de M. F. Lenormant sobre el Alfabeto en el *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines* de los Sres. Daremberg y Saglio, t. I, páginas 188-218.

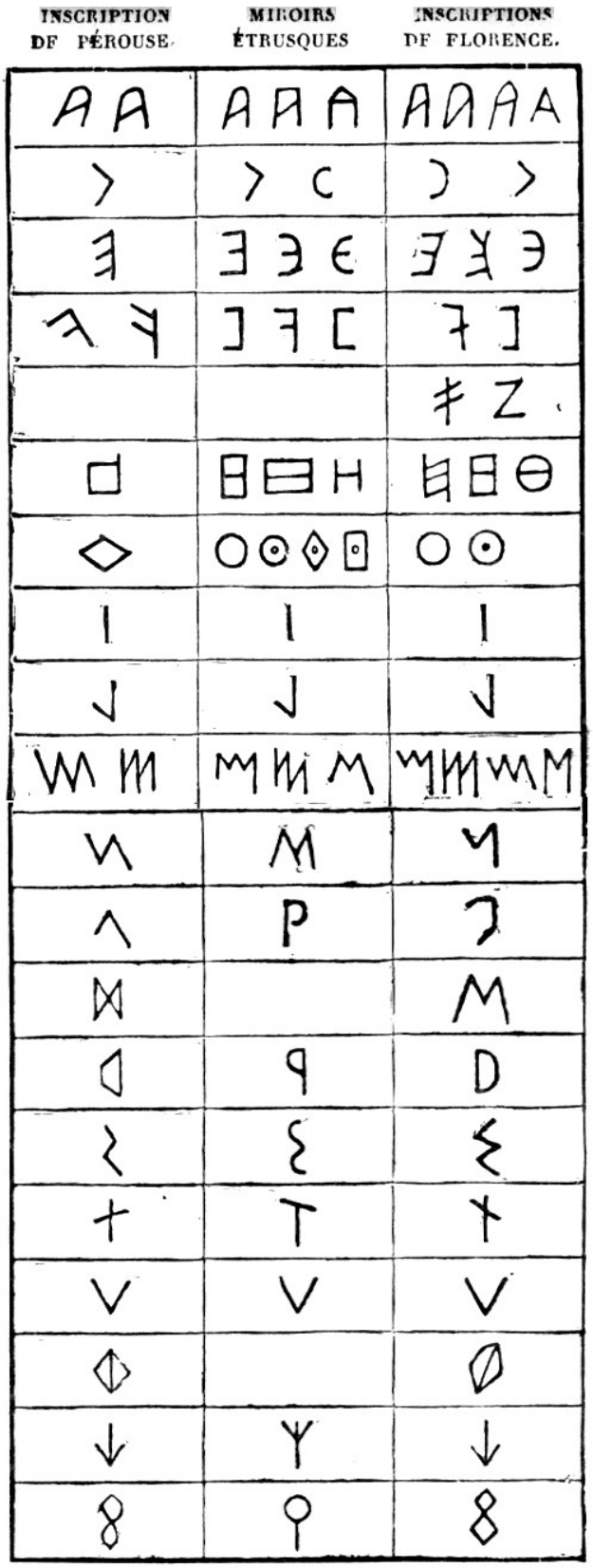
Alfabeto frigio

a	A A
b	B B
g	Γ
d	Δ Δ
e	E E E
v	F F
z	ʃ ʃ ʃ
i	I
k	K K
l	Λ
m	M M M
n	N
o	O O
p	Γ Γ
r	P P
s	ξ ξ ξ
t	T T
u	Y
ph	Φ

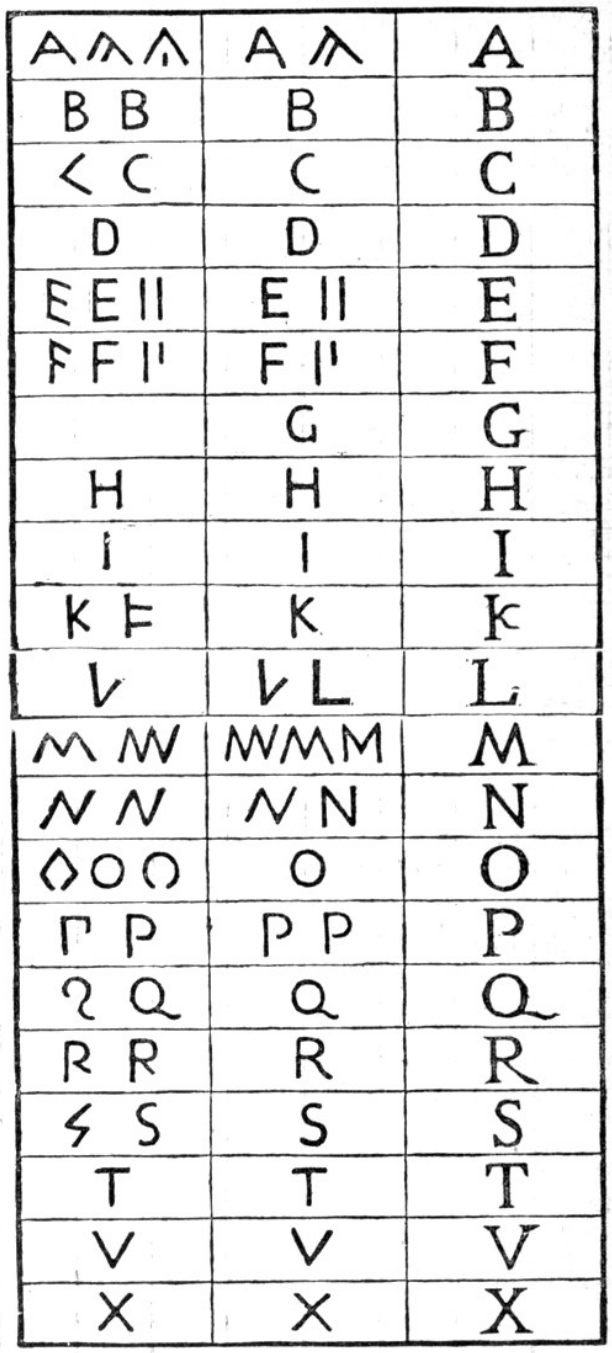
Alfabeto licio

à	A R
ā	X
ē	↑
è	E
ī	I
ì	Ξ
v	B b
ō	B B
ū f	+
v	⋈ ⋇ ⋇
ŏ	⋈ ⋈
u	Ψ Ψ Ψ Ψ
u	Ψ Ψ Ψ Ψ Ψ
ŏ	O
g	Ψ
c ²	< >
d	△
z	I
k	K
l	Λ
m	M Ш M
n	N N N
p	Γ Γ Γ
r	P
s	ʃ ʃ S
t	T
b	F
"	⋈

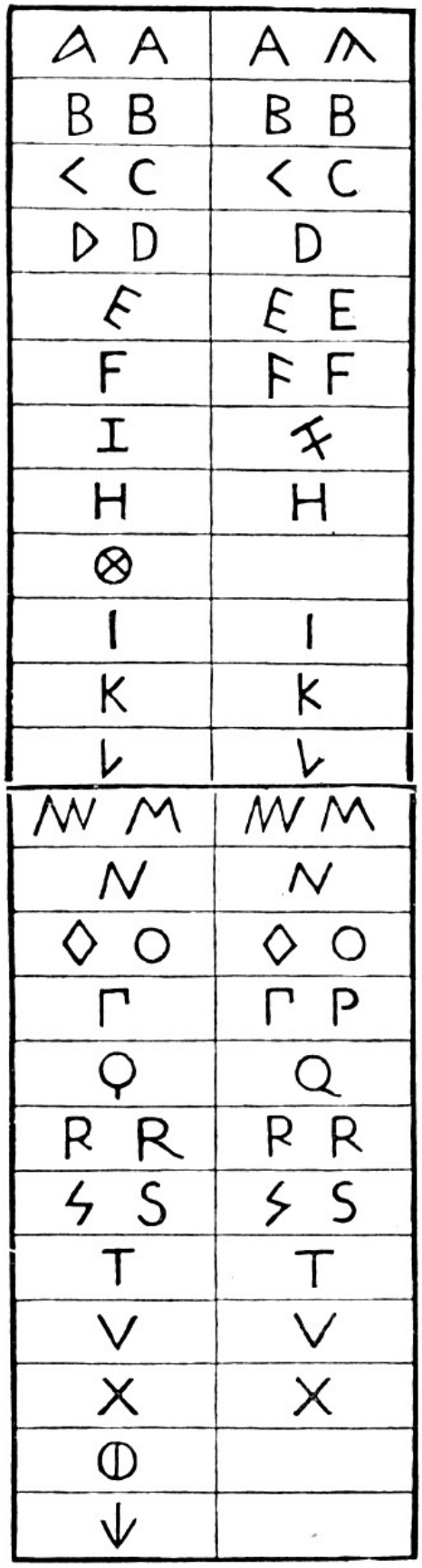
Alfabetos etruscos



Alfabetos latinos



Alfabetos griego de Campania y latín



ÍNDICE ALFABÉTICO

[Las páginas corresponden a la traducción original.]

A

Aarón, hermano de Moisés, 298; su papel en el Elohista, 442.

Abana, río de Damasco, 203, 213.

Abdalatif, su descripción de las ruinas de Menfis, 28, 29.

Abdastart, rey de Tiro, 416.

Abdemón, arrojado de Chipre por Evagoras, 704.

Abdera, colonia fenicia de España, 356.

Abdimilkot, rey de Sidón, 502.

Abel-Beth-Maakha, ciudad donde es muerto Sibah, 373; tomada por Tiglat-falasar, 450.

Abiathar, gran sacerdote en tiempo de David, 391.

Abibaal, rey de Tiro, contemporáneo de David, 374.

Abieshú, rey de Caldea, 216.

Abijam, rey de Judá, 405, 418.

Abila, sometida a Damasco, 214.

Abimelek, rey de los hebreos, 351, 362.

Abishai, hermano de Joab y uno de los Gibborim, salva a David un día de batalla, 368: bate a los idumeos, 370; a los ammonitas, 370.

Abisinia (Montañas de), 7.

Abisinios (Los), 661; se apropian la leyenda de la reina de Saba, 393.

Abital, mujer de David, 373.

Abner, proclama rey a Ishbaal, 366; le abandona, 366.

Aborrás. Véase Khabur.

Abraham, Abram, jefe de los hebreos, 192: derrota a Kudur-Lagamer, 215; Dios se le aparece en forma humana, 442.

Abrocomas, jefe persa, 708.

Absalóm, Absalón, hijo de David, su rebelión y su muerte, 373.

Abú, rey de Egipto (VIIª u VIIIª dinastía). 99.

Abú. Elefantina, 769; el Nilo nace entre Elefantina y Filé, 6; capital del nomo To-Kentit, 24; ciudad fronteriza en tiempos de la XIª dinastía, 107, y en tiempos de la XXVIª, 550, 552: construcciones de los reyes de la XVIII dinastía, 233; término del viaje de Heródoto, 769. Desde Abú hasta Adhú, locución egipcia, 56, 107.

Abú-Sharhein. Véase Eridú.

Abydos de Asia, colonia fenicia, 282; colonizada de nuevo por Giges y los milesios, 576.

Abydos, Abudú de Egipto, su descripción, consagrada a Osiris, sucede & Thini, 26; las almas pasan de este mundo al otro al Occidente de Abydos, 61; preferida por los príncipes a partir de Pepi I, 90; batalla cerca de Abydos, 459; recibe una factoría de milesios, 650; construcciones de

Usirtasen I, 125; de la XIIIª dinastía, 137; de la XVIII dinastía, 233; de Setui I, 248, 250; de Ramsés II, 259; de Mineftah, 289.

Abzú, el Océano de los Caldeos, 155, 156.

Acab, Akhab, rey de Israel, 415, 417, 425; se casa con Izebel, hija del rey de Tiro, 415; tolera el culto de Baal y de Ashérah, 417; se atrae la cólera del profeta Elías, 418, 419; derrota a Benhadad II, 419; se alia con él contra Salmanasar, 420; marcha contra Benhadad, aliado a Josafat, su derrota y su muerte, 421. Acacia (La), natural en Egipto, 9; en Elam, 178.

Acaz. Akhaz, rey de Judá, 436, 449, 450, 471, 472.

Accad, Akkad, comarca: pertenece a Nimrod, 174; en tiempo de Hammurabi, tiene a Babilonia por capital, 215; Tiglatfalasar se proclama rey de Shumir y de Akkad, 445; el pueblo de Accad se subleva; los shumero-accadios y su civilización, 146 y siguientes; la cuestión shumero-accadia, 148, nota.

Acrabatena (La), distrito de Palestina, 744.

Actoes, Khitui I, primer rey de las dinstías heracleopolitanas, hechos legendarios, hechos históricos, 99, 100.

Adad, su templo, 338.

1. Adadnirari I. rey de Assur, es vencido por Kurigalzú II; derrota a su hijo Nazimarutfash, 329, 330.

2. Adadnirari II, rey de Asiria, 407.

3. Adadnirari III, rey de Asiria, 428.

Adadshumuzur, rey de Babilonia, de la dinastía casita, 332.

Adar. Véase Ninip.

Adarutas, dios del Urartú, 430.

Adhem, afluente del Tigris, 143, 144, 328.

Adhú, Natho, ciudad del Delta, 107; de Abú hasta Adhú, 56, 107.

Adlún, cerca de Tiro, 257.

Adonijah, hijo de David, 373.

Adonis, río de Fenicia, 210, 384.

Adonisédek, rey de Jebus, 345.

Adrammelech, asesina a Sennaquerib, 498; divinidad, 746.

Adramytion, ciudad, 620: golfo, 576.

Adramytos, hijo de Aliates, recibe como dote la Misia meridional, 620.

Adriano, visita el coloso de Memrion, 236.

Adrumeto, colonia fenicia, 357.

Adumú, país de Arabia, sometido por Sennaquerib y Asarhaddón, 504.

Adyrmaquides, tribu libia, 694.

Æan, distrito de Arabia, 116, nota 2.

Ægos-Potamos (Batalla de), 697.

Æpeia, fundada por los jonios de Ática, 703.

Æschrionia (Samios de la tribu), 650.

Afaka, ciudad fenicia, santuario de Astarté, 384. Véase Astarté.

Afék, en el territorio de la tribu de Simeón; victoria de los filisteos, 363, 367; de Acab, 419; de Joás, 440.

África (colonización fenicia en), 355, 357; periplo del África por orden de Necao, 598, 599.
Afrodites (Nomo). Véase Matonú.
Agadé, ciudad de Caldea, 161, 180, 181, 182.
Agapenor, funda Pafos, 703.
Agarsal, ciudad de Caldea, 332.
Agata (El), llevada a Asiria, 447; de Chipre, 270.
Agazi, comarca de la Media, 536. Agdistis, uno de los nombres de la diosa Amma, 275.
Agenor, identificado con Bel, 211.
Agesilao, rey de Esparta, invade la Frigia, 699, 702; en Egipto, 712, 714.
Agrón, rey de Lidia, 572, 573.
Aguila (El), nativa en Egipto, 1, 2.
Agum, rey coseano de Caldea, 215.
1. Ahmosis I, rey de Egipto (XVIIIª dinastía, 195, 233, 396, 399, 402; su administración, 196, 198; se casa con Nofritari, 198; sus construcciones, 233.
2. Ahmosis (La reina), 220.
Ahmosis-si-Abina (Inscripción de), 197, nota 1; 198, nota 6.
Ahnas-el-Mediné h. Véase Hakhninsú.
Ahriman. Véase Angromainyus.
Ahú, ciudad de Egipto, 29.
Ahuramazda, Auramazda, Ahuromazdao, Ormuzd, Ormazd, 533, 583, 592, 594, 505; su nombre, 584, nota 5.
1. Ai, rey herético (XVIIIª dinastía), 241, 244.
2. Ai, ciudad de Palestina, 345.
Aia (País de), 116.
Aialón, independiente, 346; tomada por Sheshonq, 401; por los filisteos, 450.
Aiari, el funcionario, 294.
Ailak. Véase File.
Ailú (Campos de), 43.
Ain Qadis, Kadesh, ciudad de la Siria meridional, 341.
Aipakshina, divinidad elamita, 526.
Airanyem-Vaedó (El), 533.
Akabah (Golfo de), 116, nota 2.
Akerblad, sus trabajos, 793.
Akhamanish. Véase Aquemenes.
Akharrú. Véase Siria y Kharú.
1. Akhaziah, rey de Israel, 417, 421, 422.
2. Akhaziah, rey de Judá, 425.
Akhés, rey de Egipto, 78.
1. Akhijah, padre de Baesha, 405.
2. Akhijah, profeta de Saúl, 391.
Akhimelek, el gran sacerdote, 363, nota 2, 364.
Akhimú-Urdú (Los), 316; Akhinui-Sokú, 80, 315.

Akhinoam, una de las mujeres de David, 873.

Akhmiti, rey de Ashdod, 477.

Akhsheri, rey de los Mannai, 519.

Akhsibuna, ciudad en la frontera del Elam, 447.

Akhis, rey de Gath, 364.

Akiti, pueblo nubio, 118, 231.

Akkad. Véase Accad.

Akkerkuf. Véase Kurigalzú.

Akki, el obrero, 181, 182.

Ako, Akko, San Juan de Arce, ciudad cananea dependiente de Sidón, 482, 529, base de operaciones contra el Egipto, 708.

Akomano, Akumano, uno de los demonios iranios, 588.

Akurgal, rey de Caldea, 183.

Alabria, país sometido por Sargón, 536.

Alal, una de las clases de demonios entre los caldeos, 158.

Alam (Victoria de David en), 371.

Alaparos, uno de los reyes míticos de Caldea, 168.

Alarodianos. Véase Urartú.

Albaricoquero, natural en Egipto, 9.

Alcmeón, enriquecido por Creso, 621, nota 3.

Alejandría, su fundación es la ruina de Menfis, 29.

Alejandro de Macedonia, 733, 759, 761; destruye el Imperio persa, 729; encuentra las estelas de Semiramis, 331; corta el nudo gordiano, 276; manda buscar los fragmentos del Avesta, 592; se apodera del tesoro de Susa, 676, nota 4.

Alep, Khalupu, Khalep, Khalván, Calibón, 207, 218, 226, 336, 380; su río, 203; en guerra con Ramses II, 254, 255, 255, carece de importancia en la época persa, 734.

Alfabeto (El), egipcio, 792 y siguientes; griego, 810-812: frigio, 813; licio, 814; etrusco, 815; latino, 816; griego de Campania y latino, 817.

Alí-Babá y los cuarenta ladrones; cuento egipcio análogo, 230.

1. Aliates, príncipe heredero de Lidia, 573-574.

2. Aliates, rey de Lidia, su reinado, 580, 581, 619, 620; su tumba, 620, nota 5.

Alisfragmuthosis, rey de Egipto (XVIIª dinastía), 230.

Alkaeos, rey de Lidia, 573.

Alkimos, rey de Lidia, 573.

Almas (Las) entre los egipcios, 40, 41: sus destinos en la otra vida, 41 y siguientes; su viaje al otro mundo, 61.

Almelón, uno de los reyes miticos de Caldea, 168, nota 3.

Almug (El bosque de), 375, nota 3.

Alo, Aloah (El país de), 658.

Aloros, el primer rey mítico de Caldea, 168.

Altakú, Eltekéh, victoria de Sennaquerib, 483, nota 1.

Altos Lugares (Los). Véase Bamoth.

Alumbre (El) de Melos, 281; de Egipto, 648: de Chipre, 270.

Aluna, ciudad de Siria, 228.

Alusharshid, soberano de Kish. 182.

Aluviones (Los) del Nilo han formado el Egipto, 1; y el Delta, 6; cómo aumentan en la desembocadura del río. 7-8: aluviones del Tigris y del Éufrates han formado la Caldea, 144, 145.

Am inferior. Patonuzit, Ftheneothes, nomo de Egipto, 29.

Ama, emir árabe, 522.

Amada (Templo de Tutmosis III en), 233.

Amalecitas, Amalek, su situación, 213, 346, 349; tribu edomita, 341, nota 1: derrotados por Saúl, 363; los perdona, 365.

Amam, Amamit, distrito de Nubia, sometido a Pepi I, 92; a Mirinri, 95.

Amanos, Khamanú (El monte), 202; ocupado por los hilitas, 206; sus cedros cortados por los reyes asirios, 414; sus pueblos en guerra con Salmanasar, 424, 427.

Amardos (Los), 725.

Amasis, Amoisit, rey de Egipto (XVIª dinastía), llega a ser rey, 611; se alía a Creso, 622; pero no hace ninguna demostración hostil contra los persas, 644; su administración, 644,-602; se dispone a resistir a Cambises, 652, 603, sus construcciones en File, 721. nota 2; su muerte, 653; Cambises ultraja su momia, 656.

Amathonte. Véase 1. Hamath de Chipre.

Amaur. Véase Amorreos.

Amaziah, rey de Judá, 434, 440: derrota Edom, 440; derrotado por Joás, 440; repara su derrota, 449.

Ambanda, distrito de Media, 536.

Ambar, sacado del Ponto por los fenicios, 282.

Amelágaros, rey mitico de Caldea, 168.

Amélineau, egiptólogo francés, 796.

Ameneftés. Véase Mineftah I.

Amenemopit, rey de Egipto (XXIª dinastía), 398.

Amempsinos, uno de los reyes míticos de Caldea, 169.

Amenemhabi, escudero de Tutmosis III, 228: de Amenotés II. 232.

1. Amenemhait I, rey de Egipto (XIIª dinastía), su advenimiento al trono, 106; derrota a los Uauaitú, 118; repara la muralla del Uadi-Tumilat, 113; su estatua, 133; sus construcciones en Tebas, 125, 234; en Tanis, 125; en el Fayum, 122; *Instrucciones* a su hijo Usirtasen, 106-108, 133.

2. Amenemhait II, asociado a su padre, 111; tiene a los Uauaitú bajo su dominio, 119; sus construcciones en Tebas, 234.

3. Amenemhait III, derrota a los negros etíopes, 121; toma las alturas del Nilo en Senneh, 121; sus construcciones en el Fayum, 122; su tumba en el Laberinto, 125; construye una fortaleza, 121; sus construcciones en Menfis, 125; en Tebas, 205.

4. Amenemhait IV, su advenimiento al trono, 135.

Amenertais, Ameniritis (La reina), su autoridad en Tebas, 475, 547; embellece Tebas, 481: su estatua, 550, nota 1.

Ameniritrut, nombre de uno de los Faraones, 700, nota 5.

Amenmossú, rey de Egipto (XIXª dinastía), 202.

1. Amenofis. Véase Amenemopit.

2. Amenofis, según Manetón, el Faraón del Éxodo, 299, 300.

3. Amenofis. Véase Mineftah 1.

Amenomopit, escriba, 307.

1. Amenotés I, Amanhatpú, Amenosis, rey de Egipto (XVIII dinastía), 198, 233; su hermana y mujer Ahotpú II, 220; su hija Ahmosis, 230; su tumba, 402; su momia en Déir-el-Bahari, 420, nota 3.

2. Amenotés II, sus guerras, 231-232.

3. Amenotés III, 227, 232; mata ciento dos leones en los diez primeros años de su reinado, 227; extensión de sus dominios, 232: sus construcciones en Napata, 233; en Karnak, 234; en Lugsor, 235, 236; trasporta a Tebas la religión de Atonú, 238; es enterrado en Tebas, 241; su templo embellecido por Ramsés II, 259; se trata de violar su hipogeo, 312.

4. Amenotés IV, Khuniatonú, rey herético, priva a Tebas del rango de capital, 238; su reinado, 238-242; funda Khuniatonú y cambia él de nombre, 240; sus construcciones, 240.

5. Amenotés, arquitecto que hizo los colosos de Amenotés III, 236, nota última.

6. Amenotés, gran sacerdote de Amón, 313, 322.

Ameretat, uno de los Ameshaspentas, 585, 589.

Ameshaspentas, Amhaspands (Los), 585, 587, 590.

Amestris, madre de Artajerjes, 694, 731.

Amiano Marcelino, atribuye el saqueo de Tebas a los cartagineses, 518, nota 3.

Amianto (El) de Chipre, 270.

Amid, ciudad caldea, se subleva contra Salmanasar III, 427.

Amilaros, uno de los reyes míticos de Caldea, 168.

Amilmarduk, Evilmerodach, rey de Caldea, 614, 617.

Amma, Kibele, diosa frigia, 275.

Ammán, dios de los ammonitas, 380.

Ammán, Kashibar, dios de los elamitas, 526.

Ammaush (País de), sometido por Tiglatfalasar, 335.

Ammenón, uno de los reyes míticos de Caldea, 168.

Ammisatana, rey de Caldea, 215.

Ammizadugga, rey de Caldea, 215.

Ammón, Ammonitas (Los), su origen, 192; su situación geográfica, 213, 343; su religión, 347; dominan a los hebreos, 347, 351, 362: son derrotados por Jefté. 351; por Saúl, 363; por David, 371; pasan al dominio del reino de Israel, 393; son sometidos por Jeroboam II, 440; hostiles a la Asiria, 471: sometidos por Sennaquerib, 483; arruinados por las invasiones asirias, 530; en relación con Necao, 600; se alían a la Caldea, 602; son dominados por Nabucodorosor, 609.

Amnón, hijo de David, 373.

1. Amón, Amon-Ra, dios de Tebas, 315 y siguientes; el sol, 30; dios único en Tebas, 32: en forma animal es un ganso, 33; Amón solo Dios, 237; mencionado una sola vez antes de la VII^{a} dinastía, 102; llega a ser, con la VIII^{a}, el dios supremo del Egipto, 237-238; proscrito por Amenotés III y Amenotés IV, 239-240; Harmhabi restaura su culto, 242, su supremacía en tiempo de los últimos Ramésidas; dios único de una cosmogonía, 313 y siguientes; identificado con Ra, 315; himnos a Amón-Ra, 315-320; consultado por los reyes, 321; Ramsés II le invoca en el campo de batalla, 202; viene a ser el dios principal de Napata, 458. Su tesoro, 226; su santuario en Tebas, 234; embellecido, 125, 136; restaurado, 197; construcciones de Setui I en honor suyo, 246; de Ramsés II, 262; Tafnakhti levanta en él una

estela, 50; restaurado por los reyes de la XXIXª y de la XXXª dinastías, 549, 655, nota 1; su capilla en Menfis, 514; su templo en el Gran Oasis, 687.

2. Amón, rey de Judá, 545.

Amoni, príncipe, hijo de Usirtasen I, 129.

Amoni Sonkheri, rey de la XIª dinastía. 104, 106.

1. Amorges, rey de los sacios, 627-628.

2. Amorges, rey de Caria, 697.

Amorgos, colonia fenicia, 281.

Amorreos, su situación, 212; expedición de Ramsés, II, 252; los pueblos del mar moran entre ellos, 302; dominan a los hebreos, 347; derrotados por Samuel, 362.

Amós, el profeta, 438, 442.

Amosis. Véase Ahmosis I.

Amrafél, rey de Sincar, 215.

Amschit, aldea de Siria, 385, nota 1.

Amshaspands. Véase Amseshaspentas.

Amú (Los), los asiáticos, 317; derrotados por Pepi I, 92.

Amuladdin, jefe de Kédar, 521, 525.

Amuleto fabricado con la pez del Arca, 171.

1. Amyrtæos I, rey de Egipto, 654, nota 2, 604, 700.

2. Amyrtieos II, rey de Egipto (XXVILIª dinastía), 700, 701, 721.

1. Amytis, hija de Ciaxares y mujer de Nabucodorosor, 560.

2. Amytis, hija de Astiages, 616.

Ana, Zi-Ana, el dios del cielo entre los Caldeos, 155.

Anak (Los hijos de), Anakim (Los), pueblos de la Palestina, 205.

Anakyndaraxes, padre de Sardanapalo, según los griegos, 736.

Anamim, hijo de Mizraim. Véase Anú.

Anas (Guadiana), 356.

1. Anat, Anaitis, divinidad semítica, el principio femenino de la Naturaleza, 160, 162.

2. Anat, Anato, sometida por Amenotés II, 231; por Assurnazirabal. 411.

Anati, sobrenombre provincial de Astarté en Fenicia, conocido en Egipto, 379, nota 4: Anati adorada en Menfis, 399.

Anatot, Anathtoth, ciudad de Benjamín, 362; patria de Jeremias, 603; acoge a los judíos a la vuelta del cautiverio, 744.

Anbú-Hait, el Muro Blanco, nomo de Memis, 28; sometido por Tafnakhti, 458.

Andra, uno de los demonios iranios, 588.

Angromainyus, Ahriman, el mal principio entre los iranios, 533, 587, 589. 502.

1. Anhotpú I, reina, 198.

2. Anhotpú II, esposa y hermana de Amenotés I, madre de Tutmosis I y de su mujer, 220, nota 2.

Anhuri, dios solar, adorado en Tinis, 30, 31, 38; su fiesta en Paprimis en la época de Heródoto, 762.

Ankhtoui, barrio de Menfis donde los fenicios tenían almacenes, 28, 271.

Anna, el cielo entre los caldeos, 154.

Annamelek. Divinidad, 746.

Annedotos (Los), 168.

Anodafos, monstruo caldeo, 169.

Anquialo, fundada por Sardanapalo. 736.

Anshán, conquistado por Teispes, 539.

Antálcidas, negociador griego, 705, 706, 709, 731, nota 4.

Antandros, ciudad de la Troade. 279.

Antaradros, ciudad de Fenicia, 200.

Anteopolites (Nomo). Véase Duf.

Anthyla, poblado griego en Egipto, 760.

Antilibano (El), 201 y siguientes.

Antilope (El), domesticado por los egipcios, 11.

Antioco el Grande, 472.

1, Antuf I-IV, Antufá, reyes de Egipto, XIª dinastía, 103-106: ladrones tratan de violar el hipogeo de Antuf IV. en tiempos de la XXª dinastía, 312.

2. Antuf IV, Nubkhopirri, y Nibkhopirri, 104-105.

1. Anú, Anamim, fundan Onú del Norte y Onú del Sur, 15; domeñados por los Faraones, 118.

2. Anú, dios del cielo entre los semitas, 161, 162, 163, 167; su templo. 338.

Anubis, uno de los dioses protectores de los muertos, 30; es un chacal, 34: recibe el proscimeno en favor de los muertos, 58,59.

Anukit, divinidad egipcia, 121.

Anunit, diosa caldea, 181.

Anysis (El ciego), 476, 694, nota 4.

Anzán, comarca de Susiana, 493. Véase Anshan.

Año (El) egipcio se divide en tres estaciones, 5; su constitución, 82, 83.

Apacnas, rey Pastor (XVª dinastía), 189, 200.

Apirak, 182.

Apis. Véase Hapi.

Apit. Véase Tebas de Egipto.

Apolinopolis Magna. Vease Dobú.

Apolo Bassareus, su emblema en las monedas, 578: Branquides, recibe los presentes de Necao, 560; Délfico, consultado por Giges, 576; recibe presentes suyos, 576; de Creso, 620; de Didimo y de Tebas, recibe los regalos de Creso, 620: Komœos, en Naucratis, 649.

Apolonites. Véase Tas-Horú.

Apop, el dios del mal. 317.

1. Apopi I, Afobis, rey Pastor (XVª dinastía), 189, 200; reina en Tanis. 191, 194: quizá es el Faraón de José, 192-193.

2. Apopi II. Ausirrí, rey Pastor (XVIª dinastía), 112, nota 2. 200.

3. Apopi III, Aqnunri, rey Pastor, (XVIIª dinastía), 200; reina en Tanis, 194; la novela de sus guerras con el príncipe de Tebas, 194-195.

Aprié, río de Siria, 336.

Apries, Uahibri, Uafrés, rey de Egipto, de la XXVIª dinastía, su alianza con los últimos reyes judíos, 622-624; da asilo a los fugitivos de Judá, 625; sus guerras con Nabucodorosor, 627-

629; con Cirene, 629, 646; su muerte, 611; su hija Nitetis, 652; su palacio en Sais, 760; vuelve a abrir los estanques sagrados en Menfis, 766.

Apú-Khminú, Panopolis, Khemnis, ciudad de Egipto, 26.

Aqaba, 521.

Aqaiusha. Véase Aqueos

Aqin, pueblo de la Nubia, 118.

1. Aquemenes, Akhamanish, primer ascendiente de los reyes de Persia, 539.

2. Aquemenes, Aqueménida, hijo de Darío, sátrapa de Egipto, 674, nota 2, 689, 692: su muerte, 693, 694.

Aqueménide (La familia), 619, 695.

Aqueos, Aqaiusha, invaden el Egipto en tiempo de Mineftah I, 289; desembarcan en Chipre y fundan Salamina, 354-355: colonizan la isla casi por completo, 703-704.

Aquiles, mata a Memnón el etiope, 236. Arabaya, satrapía persa, 672.

Arabia, llamada Puanit (véase esta palabra) por los egipcios, 187; los árabes fundan Heliopolis, 15; Kushitas, de la Arabia meridional, 222; en relaciones comerciales con Salomón, 376; atacada por Ramsés I. 250; por Tafnakhti, 462; por Sennaquerib, 494, 504; por Asarhaddón, 504, 505; por Assurbanabal, 525, 528, 520; por Nabucodorosor, 608; tratan con Cambises, 653; los árabes escenitas, 734.

Aracosia, 448, nota 1; 534, nota 2; invadida por Vahyasdata, 671; forma una satrapía, 673.

1. Arad, Arados, isla del golfo Pérsico, 160.

2. Arad, Arvad, ciudad de Fenicia; su descripción y sus dominios, 209, véase 415; atacada y sometida por Tutmosis III, 226, 227: aliada de los Rutonú contra dicho príncipe, 267; de los hititas contra Ramsés II, 252, 262, 265; contra Ramsés III, 302; sometida a Tiglatfalasar I, 336: a Assurnazirabal, 413; aliada de Benhadad contra Salmanasar III, 420; da navios a Salmanasar V, 463; se somete a Sennaquerib. 483; figura en la lista de las falsas conquistas de Taharqú, 507.

3. Arad, Foeniké, factoría fenicia en Creta, 283.

4. Arad, ciudad de Judá, 352.

1. Aram, padre de Uz, 213.

2. Aram, Aramea, Arameos, en la desembocadura del Éufrates y del Tigris, 159, 444; atacados por Tiglatfalasar I, 336; los hebreos les disputan el territorio situado al Este del lago de Tiberiades, 343; pagan tributo a David, 370; al otro lado del Éufrates, 371; atacados por Salmanasar, 424; aliados de Mardukbalat-Suikhbi, 428; ocupan la Mesopotamia entera, 445; sometidos por Tiglatfalasar II, 445-446; vencidos con Merodacbaladan, 482; sometidos por Shamashumukin, 521; sometidos a los Sargónidas, 530; difusión de su raza y de su lengua bajo la dominación de los asirios, de los caldeos y de los persas, 742-744; El Aram-Zobah, 369.

Aram, Dameshek. Véase Damasco.

Aram, Zobah. Véase Aram y Zobah.

Aramé, rey del Urartu, 431.

Araqutú, no es la Aracosia de los autores clásicos, 448, nota 1.

1. Ararat. Véase Urartú.

2. Ararat (El monte), su altura, 531, nota 2.

Ararti. Véase Urartú.

1. Araxes, Aras, río de Armenia, 468, 501. 2. Araxes, hoy el Bendamir, 539. 3. Araxes. quizá el Yaxartes, 641, nota 4. Arbakes, el medo, 432, 534.

Arbán. Véase Shadikhanni.

Arbelas, se subleva contra Salmanasar III, 427; victoria de Alejandro, 725, nota 6; 720.

Arbianés, uno de los reyes ficticios de la Media, 534, nota 11.

Arca (El) de la Alianza, en Shiloh, en Efraim, 359; cogida por los filisteos, 360; de Kiriath-Jearim, trasportada a Sión por David, 367, 391; en el templo llevada por Salomón, 377.

Arcandrupolis, poblado griego de Egipto, 760.

Ardinis, el sol, dios del Urartú, 430.

1. Ardys, príncipe lidio, 574.

2. Ardys, rey de Lidia, 579.

Argeion (El monte), 273.

1. Argishtis I, rey del Urartú, 431, 474.

2. Argishtis II, 474.

Argo, isla de Etiopia, 136.

Argólida (La), colonizada por los fenicios, 283.

Aria, Ariarva, Haraiva, Harovú, Ariana, 448, nota: una de las estaciones de los iranios, 533, nota 9; conquistada por Ciro, 628; forma una satrapía, 673.

Ariaranmes (El sátrapa), su expedición a Escitia, 681.

Ariaspes, hijo de Artajerjes, 713, 714.

Arinath, 231, nota 4.

Ariobarzanes, sátrapa de Frigia, 710.

Ariokh, rey de Elassar, 215.

Arios, Arias, 532, 585.

Aristóteles, recoge las observaciones astronómicas de los caldeos, 742.

Arizantes, tribu aria de la Media, 533.

Ariya, jefe medo, 536.

Arkeanos, forma alterada del nombre de Sargón, 479, nota 1.

1. Arkesilao II, rey de Cirene, 646, 647.

2. Arkesilao III, 657, 683.

1. Armais. Véase Harmhabi.

2. Armais (Leyenda de), 552.

Armenia (La), no es poblada sino en el siglo vn por los armenios de raza frigia; formaron una satrapía, 673. Respecto a los tiempos anteriores, véase Khaldis, Urartú, Van.

Arnón (El torrente de), 204, 212, 343, 427.

Aroer, ciudad de Moab, 427.

Aromas (El país de los), 222.

Arosati (El), 231, nota 4.

Arpad, Tell-Erfad, sitiada por Tiglatfalasar. 446; se subleva contra Sargón, 471, 485, 486.

Arquiloco (El poeta), canta al rey Candaulo, 574.

Arraneh, 217, nota.

Arrapkha (El país de), se subleva contra Assurdán II, 432.

Arsácidas (Los), 788.
Arsamés, bastardo de Artajerjes II, 714.
Arsanias, nombre dado al Éufrates superior, 733.
Arsés, rey de Persia, 727.
Arsinoites (El), nomo de Egipto, 27.
Arsites, hijo de Dario Nothos, 696.
Artabanos, jefe de los guardias, asesina a Jerjes, 691.
Artabazanes, hijo de Dario I. 688.
Artabazo, se subleva contra Ocos, 716, 724.
Artæos, rey ficticio de Media, 534.
Artafernes, hermano de Dario, 674, nota 3; su expedición a Grecia, 682, 683.
Artakhshathra, Artajerjes, el hijo menor de Jerjes, 691.
1. Artajerjes I. Artakhshathra, rey de Persia, 691, 697, 726.
2. Artajerjes II, Arsakes, su reinado, 698 y siguientes, 705, 708, 709, 714, 726, 727.
3. Artajerjes III, Ocos, su reinado, 714 y siguientes, 726, 727.
Artavardiya, enviado contra Vahyasdata, 671.
Artyfios, personaje persa, hijo de Megabizo, 696.
Artykas, Artynes, reyes ficticios de Media, 534.
Aruma (La montaña de), 335.
Aruna, localidad vocina al Carmelo, 217.
Arvad, ciudad fenicia, 514.
Arvaditas (Los), 209.
Aryandes, nombrado gobernador de Egipto, 655, 683; su muerte, 685.
Aryanem Vaedo, libro sagrado de los iranios, 582.
Arvenis, hija de Aliates, 580.
Asa, rey de Judá, 105 y siguientes, 418, 421. 433.
Asalijahú, padre de Shapán, 563.
Asarhaddón. Véase Ashshurakkéiddin.
Asbystos, tribu libia, 692.
Ascalón, ciudad cananea, 217, 366, 382, 483, 558; según la tradición, fundada por los lidios, 573: tomada por Ramsés II, 256; ocupada por los filisteos, 353, 354; en guerra contra Sennaquerib, 480.
Ascania, Ascanios, 277, 282.
Asclepios. Véase Imhotpú.
Asharú. Véase Kharú.
Ashavahista, uno de los genios iranios, 585.
Ashdod, Azotos, ciudad cananea, 204. 438, 558, 568; ocupada por los filisteos, 353, 354; en lucha con Sargón, 477; contra Sennaquerib, 483; tomada por Psamético, 597.
Ashérah, sobrenombre de Astarté, 381; adorada en Samaria, 418; no responde a la evocación del Barak, 349,
Ashkuzai, Ishkuzai, tribu de origen escita, 501, nota 2.
Ashmún, divinidad caldea, 164.

Ashsher, una de las doce tribus, 341; no responde a la evocación del Barak, 349.

Ashshurakhéiddin. Asarhaddón, rey de Asiria, hijo de Sennaquerib, 497-499; sus guerras, 502; casa a su hija con un rey de los escitas, 503: guerra con el Eginto, 507-509; su carácter, 511; divide su Imperio entre sus hijos, 511; su muerte, 512.

Ashtor, de Kamosh, 381. Véase Astarté.

Ashtoret Kamaim. 381. Véase Astarté.

Ashtoret Naamah, 343. Véase Astarté.

Asi, nombre de la isla de Chipre, 228, 270; se escribe Asinai, 228, nota; véase Asiné, 228, nota.

Asia Menor, su descripción geográfica, sus poblaciones, 271, 272 y siguientes; sus costas colonizadas por los fenicios. 273 y siguientes; estelas de Sesostris. 257; sus pueblos invaden el Egipto en tiempo de Mineftah, 289; sometida por Harpago, 626; se subleva contra Artajerjes II, 696.

Asios, héroe epónimo del Asia, 286.

1. Asiria. Véase Assur.

2. Asiria (Lago de), 187. Asmakh, Automoles, Sembritas, su origen, 553; su residencia, 658.

Asno (El) de Egipto, 11; silvestre en Media, 532.

Aspamitres (El eunuco), asesina a Jerjes, 691.

Aspis, sátrapa de Capadocia, 710.

Asriyahú. Véase Azariah.

Assassif, trabajos de Amenemhait I, 234.

Assés, rey Pastor (XVª dinastía), 189, 200.

Assesos, ciudad de Asia Menor, 580.

Assur, Asiria, Asirios: situación geográfica, 216, 327-328; recibe una emigración caldea, 187; reyes-sacerdotes de Asiria, 216; carácter del pueblo, 337; arquitectura, 338, 408, 494-498. 511; primer Imperio asirio, 328 y siguientes: conquistas y expediciones de Tiglatfalasar I, 333, 339; decaimiento del Imperio, 339, 407: segundo Imperio asirio; su poderío en tiempo de Assurnazirabal y sus sucesores, 407 y siguientes; expediciones triunfales, 410-412; sumisión de los heteos, 411, 413; extensión a Siria, 423, 427; a Media, 428; sublevación del hijo de Salmanasar, 427; sumisión de la Caldea, 428; decadencia momentánea del Imperio, 429-432; se rehace en tiempo de Tiglatfalasar III. 443 y siguientes; los Sargonidas, 463 y siguientes; reinado de Sargón, 463-480; de Sennaquerib, 480-498; de Asarhaddón, 498-513; de Assurbanabal, 512-520; toma y saqueo de Menfis, 008; toma de Tebas, 514; saco de Tebas, 518; invasión de los escitas, 500; toma de Ninive por los medos y ruina del Imperio, 569; la Asiria repartida entre los medos y la Caldea, 571; su rebelión contra Dario 1. 668; forma una satrapía, 672: situación de la Asiria en el momento de la conquista persa, 734, 737.

1. Assur, El-Assar, ciudad de Asiria, 828, 335, 554, 555.

2. Assur, dios supremo de Ninive, 334, 498, 504.

Assurbanabal, rey de Asiria, 182, 511, 512. 540, 541, 546, 579; sus guerras con el Egipto, 514: contra el Elam y la Caldea, 517, 529.

Assurbelkala, rey de Asiria, hijo de Tiglatfalasar I, 339.

Assurbelnishishú, rey de Assur, 328.

1. Assurdán I, hijo de Ninipalekur, rey de Asiria, 332.

2. Assurdán II, rey de Asiria, 407, 432.

Assurdaninabal, se subleva contra Salmanasar, 427.

Assurdaninani, teniente de Tiglatfalasar, 447.

Assuretililani, rey de Asiria, hijo de Assurbanabal, 560.

Assuridinakhé, rey de Asiria, 407.

Assurnadinshumú, rey de Babilonia, 458.

1. Assurnazirabal II, rey de Asiria, hijo de Shamshiadad III. 339.

2. Assurnazirabal III, reedifica Kalakh, 408; su campaña en Armenia, 410, 411; triunfa sobre Caldea, 412; en guerra con los Khati, 412.

1. Assurnirari I, Assurnadinakhé I, rey de Asiria, 328.

2. Assurnirari II, rey de Asiria, 432.

Assurrishishi, rey do Asiria, 332, 339.

Assurubalit, rey de Assur, restablece a Kurigalzú II en el trono de Babilonia, 329.

Astamuras, Astaboras, ciudad y río de Etiopía, 658.

Astarim, rey de Tiro, hijo de Baleastart, 417.

Astart, rey de Tiro, hijo de Baleastart, 417.

Astarté, Ashtoret, Ashtor, diosa fenicia, 378-385; su nombre y su representación se derivan de la Ishtar babilónica, 378; lo que copia de la leyenda egipcia, 379; Astartés secundarias, 381; su fiesta cerca de Byblos, en Afaka, 384-385; adorada entre los hititas, 207, 381; en Egipto, 379, nota 4; en Jerusalén, 388, 544, 545; en Samaria, 417; en la Isla de Citerea, 283; en el monte Eryx, 357.

Astiages. Véase Ishtuvegi.

Astrónomos (Los) egipcios, 80 y siguientes; caldeos, 741-742.

Astybaras, uno de los reyes fabulosos de la Media, 534.

Astyra, colonia fenicia, 280.

Astvatereta-Saoshyant, profeta iranio, 589.

Asyquis, Sasyquis, rey legendario del Egipto, 76-78; sus construcciones en Menfis, 768.

Ata, rey de Egipto (Iª dinastía), 56.

1. Atar, uno de los genios iranios, 585.

2. Atar-Samaín, divinidad árabe, 504.

Atarbequis, ciudad de Egipto, 761.

Atarot, ciudad de Israel, 423.

Atenas, ayuda a los griegos de Jonia contra los persas, 682; sus éxitos en Chipre, 691, 694; sostiene la rebelión de Inaros, 693-694; trata con Artajerjes I, 695; derrotada por Esparta, 697; se rehace gracias a los subsidios de los persas, 699; ayuda a Evagoras contra los persas, 704-705; llama a Cabrias de Egipto, 708; obtiene socorros de Artajerjes II, 709; se alía con Tacos, 712 y siguientes.

Athaliah, Athalia, 417; casa con Joram, 421; es reina, 427; asesinada por los sacerdotes, 433.

Athena, Athene, identificada con la Nit de Sais, 502; su templo cerca de Assesos incendiado por Creso, 580; de Lindos, recibe presentes de Ahmosis II, 648.

Athoti, Athotis II, rey de Egipto (Ia dinastía), 56.

Athribis, Hatrib, resto de la antigua costa del Delta cerca de esta ciudad, 7; nomo y ciudad del Delta, 29; tomada por Tafnakhti, 458.

Athrina, Assina, rey de Susiana, se subleva contra Darío, 667.

Athura, una de las satrapías, 672.

Ati, mujer de Parihú, 223.

Ati Usirkeri, Othoes, rey de Egipto (VIª dinastía), 90.

Ática (El), recibe colonos licios, carios, fenicios, 279, 281, 283; invadida por los persas, 690 y siguientes.

Attamitu, jefe de los arqueros elamitas, 522.

Atonú, el disco solar, 30; adorado en Heliopolis, 36; su culto es trasportado a Tebas por Amenhotpú III, 239; variante de Ra, 240.

Atossa, mujer de Dario 1, 688.

Atropatena, 583; su población primitiva, 142.

Atún (Pescado en el Ponto Euxino), 282.

Atyades (Los), dinastía lidia, 286, 573.

1. Atys, rey de Lidia, 286.

2. Atys, hijo de Creso, 626.

Auis, el agua, dios del Urartú, 430.

Auputi, gran sacerdote de Amón, amontona sarcófagos reales en la tumba de los grandes sacerdotes del dios, 402.

Auramazda. Véase Ahuramazda.

Aurora (La), madre de Memnon, 236, 280, 732.

Aurvataspa, Lohrasp, rey de Bactriana, 583.

Autofradates, sátrapa de Lidia, 705.

Automolos (Los). Véase Asmakh.

Ava, sus habitantes trasportados a Judea, 745.

Avaris. Véase Hauarú.

Ave fría (El), el Fénix de los griegos, 35. Véase Bonú.

Avesta (El), enumera las regiones recorridas por los iranios, 533; revelado a Zoroastro, 583, 584, 592.

Avvim (Los), pueblo sirio, 205: su territorio ocupado por los filisteos, 354.

Axios. Véase Orontes.

Aya (Monte de), país sometido por Tiglatfalasar I, 334.

Ayas, la tierra, dios del Urartú, 430.

Aza, rey de Mannai, hijo de Iranzú, 474.

Azariah, Ozziah, Ozzias, el leproso, rey de Judá, 449; se alía con Arpad, 445; derrota a los edomitas, 449; su muerte, 449.

Azekah, ciudad de Judea, 604.

Azibaal, hijo de Yakinlú, rey de Arvad, 514.

Azor, ciudad de Judea, 483.

Azotos. Véase Ashdod.

Azufre (El) explotado en Melos, 281.

Azupiranu, ciudad de Caldea, patria de Shargina, 181.

Azuri, príncipe de Ashdod, 476.

B

1. Baal, dios supremo de los sidonios, 346, 361, 384; los Baalim locales, 80; adorado en Menfis, 399; en Samaria, 417; en Jerusalén, 426; en Judá, 567; Berith, 351; Haladim, 382, nota 2; Hermón, 380; Sidón, 380; Sur, 380; Zefón.

2. Baal, Baalú, rey de Tiro, 514.

Baalat, divinidad femenina que completa a Baal, 381-382;-Gébal, 380.

Baalbeck, Tibekhat, ciudad de la Celesiria. 218.

Baalú. Véase Baal.

Baalú, Hypoclites, nomo de Egipto, 27.

Bab-en-Nashr, una de sus torres encierra fragmentos de escultura procedentes de un templo de Atonú, 240.

Bab-Salimeti, ciudad de Caldea, 177, 521.

Babbar, dios de los caldeos, 156.

Babbar-Unú, nombre primitivo de Larsam, 177.

Babel, Bab-Ilú. Véase Babilonia.

Babilonia de Caldea, Bab-fiú, Babel, Babirús, consagrada a Marduk, 161; origen de su nombre, 172: según la leyenda, fundada por Semiramis, 330; sus dos barrios, 177; la Torre de las lenguas, 174; tomada por Kutur-Na-khunté, 186; conquistada por Tugultininip I. 330 y siguientes; tomada por Tiglatfalasar, 330 y siguientes; independiente después de Assurnazirabal II, 407; tomada por Salmanasar III, 420; expediciones de Shamshiadad IV, 428; tomada por Sargón, 478; por Sennaquerib, 482: se subleva contra éste. 492, 493; saqueada, 494; restaurada por Asarhaddón, 198; su lucha contra Assurbanabal, 522; reedificada por Nabopolassar, 613; por Nabucodorosor, 613; conquistada por Gobrias, 637; por Dario I, 668; constituye una satrapia, 672; su tributo, 677; saqueada por Jerjes I, 600; su situación en tiempo de la conquista de Alejandro, 738 y siguientes.

Babilonia de Egipto, Habenbén, 29, 317; fundada por cautivos babilonios, 29, 205; visitada por Pionkhi, 461.

Babirús. Véase 2. Babilonia.

Bactres, Balkh, Zoroastro es muerto en ella, 584, 627: sitiada por Nino, 330.

Bactriana, Bakhtris, Bakhdhi, una de las moradas de los iranios, 533; conquistada por Sesostris, 257; por Nino, 330; por Ciro, 627; forma una satrapía, 673; se alza contra Artajerjes I, 691; contra Jerjes, 695.

Badaca. Véase Madaktú.

Bacsha, Baasa, rey de Israel, 405, 413.

Bagayadis, uno de los meses del año persa, 666.

Bagœos, condena a muerte a Orætes, 689.

Bagdada, Bagdad, tomada por Assurbelkala, 339.

Bagadatti, rey del monte Mildish, 474.

Bagaios, dios frigio, 274.

Bagistanos (El monte). 736, nota 5.

Bagoas (El eunuco), 622, nota 4; 724, 727, 728,731.

Bahr-el-Abyad, el Nilo Blanco,553.

Bahr-el-Azrek, el Nilo Azul, 553.

Bahr-i-Nedjif, lago de Asiria, 187.
Bahr-Yussuf, canal lateral del Nilo, en el alto Egipto, 27.
Bai. Véase Bi.
Bai (El ministro), 202.
Bakhdi, Bakhtris. Véase Bactres y Bactriana.
Bakhtan (El país de), su jefe, 323.
Balati. Véase Belit.
Baleares (Islas), colonizadas por los fenicios, 356.
Baleastart, rey de Tiro, 416.
Balikh, Bilicos , uno de los afluentes del Eufrates, 143, 206; atravesado por Assurnazirabal, 412.
Balcanes (Península de los), 273, 500.
Balkh. Véase Bactres.
Baltú, ciudad del Urarti, 431.
Bambyce (Lago de), 185. Véase Gargamish.
Bamoth, los altos lugares, 381.
Banneh (Paso de), 445.
Baqit (La princesa), 128.
Barak, el Naftali, derrota a Sisera, 349.
Bárbaros (Los), introducidos en Egipto por los Faraones, 399,
Barbatúa, Protoshues, rey de Escitia, 503.
Barbo, pescado de la Caldea, 145.
Barca (La) de los millones de años, 315.
1. Barca, ciudad de la Cirenaica, 684.
2. Barca, de Bactriana, 684-685.
Bardiya, Esmerdis, hijo segundo de Ciro, muerto por Cambises, 644, 670; respecto a la historia del falso Esmerdis, véase Gamata y Vahyasdata.
Baresma o Barsom (Ei), 594.
Barkal (Gebel), 506.
Barsip, Borsip, Borsippa, ciudad de Caldea, 177, 787; emplazamiento de la Torre de las lenguas, 172; tomada por Salmanasar, 420; por Assurbanabal, 523; reconstruida por Nabucodorosor, 613.
Barsú, Barsúa, Parsú, comarca situada al este de la Asiria, 428, 431, 498.
Baruc, discípulo de Jeremías, 601.
Bashan (El país de), ocupado por Manasés, 344; por Khazael, 427; basalto negro de Bashán, 374.
Bashmurites. Véase Pashemur.
Bastit, diosa egipcia, 763.
Batanea, 664, nota 3.
Bathsheba, Bethsabé, mujer de Uriah el Hitita, 373; hace que la corona sea dada a Salomón, 373.
Battos, el cojo de Cirene, 646.
Baú, el Caos, 164.
Bazú, Buz, país de Arabia, 505.
Bebrykes, Bebryces. Véase Frigios.

Becerros (Los) de oro de Jeroboam. Véase Jeroboam.

Behebit-el-Haygar, ciudad de la Delta, 922, nota 3.

Bekaa, 218.

1. Bel, Bil, Bilú, Belos, dios de los caldeos, 160, 162, 171 y siguientes, 383; su templo de Babilonia, 330, 492, 637; su torre de Babilonia. Dagón, 163; Marduk, 163.

2. Bel, dios fenicio, identificado con Agenor, funda Sidón, 211.

Bel-Agenor, según la leyenda, funda Sidón, 211.

Bebbalidolin, general caldeo, 411.

Belbirut. Véase Eabani.

Belcodorosor, rey de Asiria, 332.

1. Bolesys, príncipe de Babilonia, su leyenda, 432.

2. Belesys, sátrapa de Siria, 716.

Belibni, proclamado rey de Babilonia por Sennaquerib, 482, 487.

Belit, Beltis, Mylitta, diosa caldea, 162, 524; las mujeres de Babilonia iban a exponerse en su templo, 740; Belit-Balati, 163.

Belnirani, rey de Asiria, 340.

1. Belos, uno de los reyes míticos de la Lidia, 573.

2. Belos, identificado con Nimrod. 174. Véase 1. Bel.

Belsharussur, Baltasar, hijo de Nabonides, 638.

Belshumiddin, rey de Babilonia, 332.

Beltis. Véase Belit.

Benaiah, uno de los Gibborim, 368.

1. Benhadad I, Bir-Dadda, Ramán-Sdri, rey de Damasco, somete la Galilea, 405: derrota a Omri, 415; lectura del nombre de Benhadad en las inscripciones asirias, 405, nota.

2. Benhadad II, rey de Damasco, sus primeras guerras con los hebreos, 421; contra Salmanasar, 420; segunda guerra contra los hebreos, 423; contra Salmanasar, 423-424; su muerte, 434.

3. Benhadad III, rey de Damasco, sus guerras con los hebreos, 433-440.

4. Bonhadad IV, rey de Damasco, 401.

Beni-Hassan (Las tumbas de), 128, 134; una de ellas tomada por una capilla de Keops desde la XXª dinastía, 768.

Benisouef, ciudad del alto Egipto, 3.

Benjamin, una de las doce tribus. 341, 346, 366, 395; se une & Barak, 349; atacada por los filisteos, 362; permanece fiel a Roboam, 394.

Beocia, colonizada por Kadmos, 283.

Berenice. Véase Evhespérides.

Beroso, sus relatos acerca de los tiempos fabulosos de Caldea, 171 y siguientes: enseña astrología en Cos, 742.

Bershéba, ciudad de Simeón, 361; peregrinación, 436.

Berúa, Meroé, ciudad de Etiopía, 658, 662, nota 2.

Beruth, Beryte, Beyruth, ciudad fenicia, 210, 382; sometida a los Farones, 267.

Bethanat, ciudad de Palestina, 346.

Bethel, 744; ciudad de Palestina, 135, 441; tomada por Josué, 344; Samuel convoca en ella al pueblo, 362; Jeroboam instala un becerro de oro, 386; Jeroboam reedifica su santuario, 395; repoblada por los judíos de vuelta del cautiverio, 745.

Bethhorom (Las dos) reedificadas por Salomón, 368, 374, 404.

Bethlehem, Samuel consagra en esta ciudad a David, 364; sitiada por los filisteos, 368; repoblada por los judíos a la vuelta del cautiverio, 745.

Bethsabée. Véase Bathsheba.

Bethsean, Scythopolis, ciudad cananea, 346; el cadáver de Saúl es colgado en sus murallas, 364.

Bethshemesh, 345; tomada por los filisteos, 449; Amaziah es derrotado junto a ella, 441.

Betilos (Los) de los Fenicios, 382.

Betis (Guadalquivir), 356.

Biahmitas (Los). Véase Pi-Amú.

Biainas, Bit-Ani, estado del Urarti, 429.

Bi, Bai, una de las almas egipcias, 41.

Bibi-Zazi, rey de la IIa dinastía, 78.

1. Biblos, de Fenicia. Véase Gebel.

2. Biblos, de Egipto, 693, nota 4.

Bibliotecas (Las) en Egipto, 78 y siguientes; médica de Menfis, 81; de Ninive, 146; de ladrillos en Caldea, 741.

Bikheres, rey de la IVa dinastía, 78.

Bikni, país al nordeste de Ninive, 447, 499.

Bilala, dios elamita, 526.

Bilaté, distrito del Elam, 522.

Binibdidú, nombre del macho cabrío sagrado en Menfis, 761, nota 4.

Binothris, rey de la II dinastía, 51.

Binri-Minutirú. Véase Mineftah.

Bintroshib (La princesa), 323.

Bir-Dadda. Véase Benhadad I.

Birket-Qerún, servía de depósito al Moeris, 121.

Birtú, ciudad tomada por Tiglatfalasar, 445.

Bisú, dios egipcio, 32.

Bit-Adini, cantón de la Mesopotamia.

Bit-Amukkani, distrito de Caldea, 445, 451.

Bit-Anati (La princesa), asociada a Mineftah I, 287.

Bit-Dakuri, distrito de la Caldea. 445.

Bit-Dayakkú, distrito de Media, 538.

Bit-Iakin, distritro de Caldea, 445, 452, 479, 489, 400, 526.

Bit-Imbi, plaza fuerte del Elam, 526.

Bit-Ishtar, cantón en la frontera del Elam, 447.

Bit-Kapsi, cantón de la frontera del Elam, 447.

Bit-Khalupié, paga tributo a Assurnazirpal, 411.

Bit-Omri, nombre que los asirios dieron al reino de Israel, 414.

Bit-Sangibuti, cantón en la frontera del Elam, 447.
Bit-Shali, distrito de la Caldea, 445, 451.
Bit-Shilani, distrito y ciudad de Caldea, 445, 451.
Bit-Zitti, ciudad de Fenicia, 482.
Bitiliash, rey de Caldea, 216.
Bitinios, Bithyni, de origen tracio, 277, 502; sus minas de plata, 281; sometidos por Creso, 621.
Bitlis Khai. Véase Kentrites.
Biyéh. Véase Senom.
Bizacena (La), colonizada por tribus procedentes de Asia, 358.
Bizancio, perdida por los persas, 691.
Bla, nombre cilicio probablemente de origen heteo, 273, nota 2.
Bné-Barak, ciudad de Palestina, 483.
Bnón, rey Pastor (XVª dinastía), 189.
Boaz, una de las columnas del templo, 377.
Boca (La) de la hendidura por donde el sol penetra en la noche, 61.
Bocas (Las) del Nilo, 7, 8.
Boccoris. Véase Bokenranf.
Boethos, rey de Egipto (IIª dinastía), 51.
Bokeuranf, Boccoris, rey de Egipto (XXIVª dinastía), hijo de Tafnakhti, 457.
Bokht-Nassar. Véase Nabukudurussur.
Bolitina (Rama), los milesios se establecen en ella, 551.
Bonú, el Fénix de Heliopolis, 34; una de las formas que toma el alma humana, 43, nota 1; el planeta Venus, 80.
Borsip, Borsippa. Véase Barsip.
Bósforo (El) de Tracia, 273, 277.
Bostrén, Nahr-el-Aualy, río de Fenicia, 211.
Boussard, descubre la piedra de Rosetta, 798.
Bustrofedon (La escritura), 811.
Bouto. Véase Pauzit.
Bouz. Véase Bazú.
Branquides. Véase Apolo.
Brindé (El) de los abisinios, 661.
Bronce (El) en Caldea, 145.
Bubastis, 763; adquiere importancia a partir de la XXª dinastía, 48; se abre un abismo cerca de Bubastis en tiempos de Kakón, 51; embellecida por la XIIIª dinastía, 136, 598; por Ramsés II, 259; tiene una factoría fenicia, 271; lugar de origen de la XXIIª dinastía, 454; embellecida por Shabakón, 481; ocupada por Mentor, 720; embellecida por Nectanebo, 722.
Budianos, tribu antigua de Media, 533.
Budilú, rey de Nínive, 320.
Buey (El) de Egipto, 11, 22; primero dios, luego imagen de dios en Egipto. 33; el sacrificio del buey entre los iranios, 590.
Búfalo (El), natural de Media, 532.

Buina, libio, primer ascendiente conocido de Sheshonq, 401.

Bukunrinif, 468. Véase Bokenranf.

1. Burnaheriyash I, rey de Caldea, 329.

2. Burnaheriyash II, rey de Caldea, 329.

Burnouf (Eug.), sus trabajos sobre los caracteres cuneiformes persas, 776.

1. Bursin I, príncipe de Nishin, 185.

2. Bursin II, rey de Urú, 185.

Busiris, su leyenda, 552.

Busos, tribu antigua de Media, 533.

Bussurassur, rey de Asiria, 329.

Buti, padre de Maniya, 489.

Buziú, Nutirbiú. Véase Boethos.

C

Caballo (El), no figura en los primeros monumentos egipcios, 10; introducido por los Pastores, se multiplica en Egipto, 375; en Media, 532; ofrecido en sacrificio por los iranios, 500; caballo de mar, nombre del navío griego, 284.

Cabiros (Los), 382.

Caboul, 628, 725, nota 6.

Cabra (La), natural de Egipto, 11, 22; en la Media, 532; ofrecida en sacrificio por los iranios, 500.

Cabrias, en Egipto,702, 707, 708, 711, 712; en Chipre, 705.

Cadusianos, pueblo de Asia, en guerra contra Astiages, 615; contra Artajerjes II, 706.

Caftor (Isla de), punto de procedencia de los filisteos, 353.

Caico, río de Asia Menor, 272.

Caistro, río y valle de Lidia, 272, 278, 576.

Calasiris (La) egipcia, 258.

Calcis (La península de), ocupada por pelasgos tirrenos, 287.

Caldea, Karduniash, Kaldú, su descripción geográfica, 144 y siguientes; sus primeros habitantes, 146; sus religiones, 154 y siguientes; su historia fabulosa, 168 y siguientes; sus primeros reyes, 173 y siguientes; conquistada por los elamitas, 187, 216; sus primeras luchas con la Asiria, 329 y siguientes; sometida por Salmanasar III, 420; sometida por la Asiria, 429; por Adadnirari III, 428; por Tiglatfalasar, 445; por Sharukin, 464; se subleva contra los Asirios, 451; rebelada contra Sennaquerib, 480 y siguientes, 487, 490; contra Asarhaddón, 499; saqueada por los escitas y por los cimerianos, 556: el segundo Imperio caldeo, 613, 614, 628-640; se subleva contra Darío, 667y siguientes; constituye una satrapía, 672 su tributo, 676, 677; se rebela contra Jerjes I, 695; su estado en el momento de la conquista de Alejandro, 737 y siguientes.

Calibes (Los), pueblos de Asia Menor, 272.

Calibon. Véase Khalupú y Khelbů.

Calirrhoe, hija del Océano, 286.

Calistenes, envía observaciones caldeas a su maestro Aristóteles, 741.

Calithea, mujer de Atys el lidio, 236.

Calnéh, Kalnéh, Kalanneh, pertenece a Nimrod, 174, 434, 438.

Cam, padre de Mizraim. 15.

Cambadena, distrito de Media, 671.

Cambises I. rey de Persia, casado con Mandané, 617-618.

Cambises II, rey de Persia, mata a Bardiya, 644; conquista el Egipto, 653-657: sus tentativas contra la Libia, 657, 658; contra la Etiopia, 658 y siguientes; su locura, 653; su muerte, 664; su gobierno caracterizado por los persas, 675; no introdujo el persea en Egipto, 8.

Cambusis, ciudad de la Nubia, 602, nota 1.

Camello (El), desconocido para los primeros egipcios. 10; de dos gibas en Media, 532: asusta a la caballería lidia, 624.

Camiros, colonia fenicia, 280.

Campo (El) de los milesios, 551.

1. Canaán, hijo de Cam, 15.

2. Canaán. Véase Cananeos.

Canal (El) de los dos mares reparado en tiempo de Ramsés II. 260; en tiempo de Necao II, 598; en tiempo de Darío I, 690.

Cananeos (Los), su progenitor mítico Canaán, 15; su establecimiento en las orillas del golfo Pérsico, 159; su emigración a la Siria, 186 y siguientes: modificaciones en su religión, 191; descripción del país de Canaán, 206 y siguientes: su dispersión, 207, 208; atacados por los eteocretenses, 283; por los Filistú, 305; su lucha contra Ramsés II, 252, 255; sus religiones análogas a las religiones asirias, 210-211; sus establecimientos en África, 358; derrotados en tiempo de Gibeón, 353; oprimen a los hebreos, 347; contraen alianzas con Judá, 352-353; Salomón los carga de impuestos, 375.

Candaulo, rey de Lidia, 574.

Canópica (La rama) del Nilo, 7-8; ciudad del Delta en sus proximidades, abierta a los griegos en tiempo de Ahmas II, 649.

Cantar de los cantares (El), atribuido a Salomón, 392, 443.

Capadocia (La), Kaptatuka, 206, 273, 420, 502, 581, 673, 732.

Caralis, en Cerdeña, 357.

Cari, Cares, Carios (Los), Caria (La), en el Ponto Euxino, 278 y siguientes; piratas y batalladores, 285, 762; la Caria recibe colonias griegas, 350; los carios mercenarios de Lidia, 573, 571; al servicio de Psamético I, reciben tierras a lo largo de la rama Pelusiaca, 551; forman el ala derecha del ejército egipcio, 552; forman la guardia de corps de los reyes hebreos, 552; son trasladados a Menfis por Amasis, 649; la Caria forma parte de la Yauna, 672; se alza contra Dario II, 697; contra Artajerjes II, 705.

Caritimides, almirante ateniense,

Carmanos (Los), tribu vecina a los persas, 539.

1. Carmelo (La ciudad de) ha venido a ser Ecbatana, según Plinio, 640, nota.

2. Carmelo (El monte), 204, 418, 568.

Carnero (Un) monstruoso en tiempo de Boccoris, 475, nota última.

Carpa (La), pescado de la Caldea, 145.

Carquédon, funda Cartago, 358, nota 1.

Carquemis. Véase Gargamish.

Carnero (El) de Egipto, 11, 22.

Carro (El) de Midas, 276.

Cartago, Qart-Khadash, Karkhédon, fundada en donde estuvo Kambé, 358, 599; explora la costa de África, 598; expedición de Cambises contra ella, 657.

Carteya, colonia fenicia de España, 356.

Cartuchos (Los), sirven para descifrar las escrituras egipcias, 798, y siguientes.

Casa (La) eterna, nombre de la tumba entre los egipcios, 59.

Caslukhim (Los) en Egipto, 353, nota 2.

Cataonia, cantón del Asia Menor, 247.

Cáucaso (El), 206, 560.

Cecrops, su leyenda, 552.

Cedro (El), en la Siria Damascena, 203.Cedrón (El torrente de). 367.

Cerdeña (La), 355; cruzada por Melkarth, 269; ocupada por los Shardanas, 304; sus minas, 357.

Cerezo (El), nativo de Media, 532.

Cerveza (La), empleada como medicamento en Egipto, 86.

Chalouf (La estela bilingüe de), 687, nota 5.

Champollion el Joven, ve todavía cocodrilos en Qenéh, 12; sus trabajos, 794 y siguientes; admite el origen egipcio del alfabeto fenicio, 809.

Chauonp, idéntica a Ecbatana, 736, nota 4.

Cheops. Véase Keops.

Chinvat, puente del infierno iranio, 592.

Ciaxares, hijo de Fraortes, 540; triunfa sobre los escitas, 554; destruye a Nínive, 567; sus guerras con la Lidia, 580; su muerte, 581.

Cícladas (Las), son visitadas por Cadmo, 269; colonizadas por los fenicios, 282 y siguientes; recuperadas por los griegos, 285; Creso tiene intención de atacarlas, 621.

Cilicia (La), recibe parte de la emigración de los hititas, 206; Cilicia llana, *campestris*, Cilicia montañosa, *trachaea*,

Cimerianos, Gimirri, su origen, 500; dispersados por los escitas, 501; batidos por Asarhaddón, 502; absorbidos por los escitas, 555-556; en Judea, 557, 567; en Lidia, 579.

Cimón el Ateniense, 694.

Cinocéfalo (El) consagrado a Thot, 34.

Ciprés (El) en la Siria Damascena, 203.

Ciprios (Cantos), ciclo de epopeyas, 703,

Cirene, su fundación, 550; atacada por Apries, 611: sus asuntos arreglados por Amasis II, 646; se somete a Cambises, 657; expulsa a Arkesilao III, 683; se libra de Aryandes, 684; sirve de refugio a los mercenarios de Inaros, 693-694.

1. Ciro, rey de Persia, sus comienzos, 615-618; conquista la Lidia, 622-623; el Extremo Oriente, 627; la Caldea, 628-638; su muerte, 642; juicio que de él forman los persas, 675; su edicto favorable a los judios, 641, 744.

2. Ciro el Joven, 696; su rebelión, 697.

Citerea, Porfiroessa, colonizada por los tirrenos, 287; por los fenicies, 283; ocupada por los atenienses, 699.

Clinias de Cos, jefe de mercenarios griegos, 719.

Cnosos, Kairatos, colonia fenicia de Creta, 283.

Cobre (El), etimología de la palabra, 270: se encuentra en Chipre, 270; en Media, 532; llevado a Asiria, 447.

Cocodrilo en Egipto (El), 12; adorado en Tebas y en Shodú, 12; una de las formas del mal, 43, nota 2; enviado de regalo a Tiglatfalasar, 337.

Cœlesiria (La), su descripción geográfica, 202, 203; sometida a Damasco, 405, a Jeroboam II, 440; reducida a simple provincia en tiempo de Sennaquerib, 480; pierde su importancia en el siglo VII, 530; deportación de los medos, 536.

Colias (Cabo), 690.

Colofón, conquistada por Giges, 576.

Cólquida (La), su situación, 272; según Heródoto, colonizada por los egipcios, 257; reunión de los Moscos a los Cólquidos, 733.

Columnas de Hércules, 356, 599.

Comana. Véase Khutapú.

Comisión francesa (La) en su obra reconoce en los egipcios la mayor analogía con las razas blancas de Europa, 16.

Commagena. Véase Kummukh.

Complementos (Los) fonéticos del egipcio, 801.

Conder, su opinión sobre el emplazamiento de Aruna, 218, nota 1; sobre el de Mageddo, 218, nota 1; quiere relacionar los jeroglificos heteos con los egipcios, 801.

Conejo (El), natural de Egipto, 11.

Confesión (La) negativa del alma, 45, 46.

Conjuraciones (Las) médico-mágicas, 87; entre los caldeos, 165.

Conón el Ateniense, 699-702.

Coptos (Los), ya no presentan ninguno de los rasgos de la antigua raza egipcia, 16.

Coptos, Qubti, ciudad de Egipto, 304; un tratado de Medicina se encuentra en su templo en tiempo de Keops, 75; Pepi I abre un camino entre Coptos y el mar Rojo, 91; adquiere importancia en tiempos de la XIª dinastía, 102, 105; su tráfico, 223; construcciones de la XVIIIª dinastía, 234; su templo de Minú restaurado por Nectanebo II, 721-722.

Cordero (El) sacrificado por los iranios, 590.

Corinto, el istmo, ocupado por los fenicios, 283.

Cornalina (La) llevada a Asiria, 447.

Cos, 272; colonizada por los fenicios, 281.

Coseanos (Los), Kashshi, pueblo del Elam, 216; se alzan contra Kadasmankharbé, 329; independientes de los persas, 30.

Cosmogonía (La), caldea, 154; fenicia, 383, 384.

Cotys, hijo de Manes, 286.

Creación (La) según los egipcios, 313-320.

Creso, rey de Lidia, 620-621; en lucha con Ciro, 622-625: su derrota, 625.

Creta (La), colonizada por los licios, 279, 558; por los fenicios, 282; los fenicios expulsados, 255; lugar de procedencia de los filisteos. 352.

Crethi, nombre que los judíos daban a los filisteos, 352.

Critoboulos de Cirene, 647.

Crocodilopolis, Shodú, ciudad de Egipto. 27.

Ctesias de Cnido, recoge la leyenda de Nino y de Semiramis, 332; sus relatos acerca del Imperio medo, 534 y siguientes; sobre Zoroastro, 583, nota; sobre los escitas, 559, sobre la conquista de la Bactriana, 627, 628; sobre la muerte de Ciro, 643; sobre la rebelión de Gamata, 663,

nota 2; sobre la muerte de Cambises, 664, nota 4; sobre la conjuración de Darío, 663, nota 3: sobre el alzamiento de Babilonia, 688, nota 2; sobre la sublevación de Inaros, 694, nota 2: sobre el nombre de Artajerjes, 698, nota 1.

Cunaxa (Batalla de), 698.

Cuneiformes (Caracteres), su origen turanio, 146, 147, 148; su interpretación, 776; explicación del sistema, 776 y siguientes.

Cutha, ciudad de Caldea, 478.

Cyaneas (Las rocas), 695.

Cyropolis, Cyreskhata, ciudad del Yaxartes, 627.

Chacal (El) en Egipto, 11.

Chipre, Asi, Asinai, Ianana. Ia, su descripción geográfica, 269 270, 672; visitada por Cadmo, 269; colonizada por los fenicios, 260; se subleva contra Tiro, 542; conquistada por Shargina I, 181; por Tutmosis III, 228; atacada por los aqueos, 350; conquistada por Sargón, 479; conquistada por Ahmás II. 644; su estado en el momento de las guerras médicas, 703; se subleva contra Artajerjes II. 705; se conserva en ella el idioma fenicio, 714.

D

Dabán, Shamshiadad IV consigue en ella una victoria, 428.

Dadarshis, general de Darío I. 669-671.

Dadkeri, Tankeres. Assi, rey de la Vª dinastía, 79; sus estelas en el Sinai, 78, nota 2.

Daeanos (Los), tribu persa, 539.

Daevas, Devs, demonios iranios, 588.

Dafne, fortificada por Psamético I. 550, 551; los judíos se establecen en ella, 608; campo atrincherado de los reyes escitas, 686.

Dagón, dios de Ascalón, 354, 378.

Dahchur, sus pirámides, 127.

Dahe, atacada por Sennaquerib, 480.

Dakhmás, torres de los muertos, 591, nota última.

Dalta, rey de Elibi, 474.

Damanhur, ciudad del Delta. 194.

Damasco, Aram, Dammeshek. Siria damascena, descripción geográfica, 213, 359, 734; sometida por Hadadezer, 369, sublevada contra Salomón, 374; sucede a Israel en la supremacia de la Siria. 405; sus luchas contra los hebreos, 406; tomada por los asirios, 410; sus guerras con Salmanasar III, 414 y siguientes; no es sometida por este príncipe, 420; capital de la Siria, 424; humillada por los asirios, 427; tomada por Jeroboam II, 440; se subleva contra los judios. 449; provincia asiria, 446, 440; se subleva contra Sharukin, 471: pierde su importancia en el siglo VII, 239; sufre por parte de los cimerianos, 556.

Damaspia, mujer ilegítima de Artajerjes I, 696, nota.

1. Dan, una de las doce tribus, 341, 347, 359, 390; se apodera de Lais, 346; no se une a Barak, 349; se dirige al Jordan, 352; atacada por los filisteos, 350, algunas de sus poblaciones siguen a Roboam, 394.

2. Dan (véase Lais), tomada por los danitas, 320; Jeroboam I erige un becerro de oro. 395.

Danaos, su leyenda. 552.

Dancanos, sometidos a Tutmosis III. 229, atacan el Egipto en tiempo de Ramsés II, 301.

Danubio, pasado por los persas, 681.

Dardania, ciudad de Asia menor. 277.

Dardanios, 247; su origen 274, 277; se alían con los hititas contra Ramsés II. 202, 265, 802.

Dardanos, su leyenda, 277.

Darfur, sus tribus en guerra contra el rey de Napata, 659.

Dáricos (Los), moneda de oro y plata de Persia, 676.

1. Dario, Darianes, Daryavús, 589; reprime las rebeliones de las provincias. 667, 672; organiza el Imperio, 672-678; conquista la India, 677, 678; sus guerras en la Escitia, 678, 681; en la Tracia, 681; en Grecia, 682, el Egipto se subleva contra él, 684, 688; su muerte, 688.

2. Dario II Okhos, Nothos, su reinado, 697, 727.

3. Dario III Codomano, su reinado, 728.

4. Dario, hijo de Jerjes I, 691.

5. Darío, hijo de Artajerjes II, 713, 714.

Daskyles, padre de Giges, 574.

Daskylos, hijo de Giges, 574.

Datames, su rebelión, 708, 810.

Datilera (La) en Egipto, 9; en Caldea, 145; en el Elam, 178.

Datis, general persa, 683.

David, consagrado por Samuel, 364, 443; sus diferencias con Saúl, 364; su destierro, 364; su cántico con motivo de la muerte de Saúl, 365; su lucha con Ishbaal, 366; funda Jerusalén, 367; sus conquistas, 367 y siguientes; sus desventuras domésticas, 373 y siguientes; las obras que se le atribuyen, 391; su muerte, 392; cae la casa de David, 393.

Davkina, Damkina, Dauké, la tierra entre los caldeos, 155, 162.

Davos, uno de los reyes míticos de la Caldea, 168.

Dayaukkú. Véase Deyokes.

Deborah, su cántico, 349.

Decálogo (El) de los hebreos, 563.

Decanos (Los) entre los egipcios, 81; entre los asirios, 163-164.

Deir-el-Bahari, aldea en el emplazamiento de Tebas, 25; monumentos de la XVIII^{a} dinastía, 198, nota 2, 207; escondrijo de momias reales, 402.

Delfos, su oráculo consultado por Midas y por Giges, 575; el Apolo y la Atena son colmados de presentes por Creso, 620; su templo enriquecido por Amasis, 648.

Delos, colonia fenicia, 281.

Demavend (El monte), 531.

Demócrito, de Abdera, que se supone haber estudiado en Caldea, 741.

Demonios (Los) en Egipto, 41: entre los caldeos, 157, 158, 165, 166; entre los iranios, 588, 589.

Demótica (Escritura), su origen, 807; modelos, 807.

Denderah, Darir, Tantarir, Tentyris, ciudad del Egipto alto, 26; su diosa Hathor, 31; pierde su importancia al fundarse Menfis, 50; su observatorio, 82; su templo fundado por los Shosu-Horus, 91; reparado por Keops, 93; por Pepi I, 91; construcciones de la XVIII^{a} dinastía. 233.

Derbikes, pueblo de la Bactriana, 643,

Derketo, diosa de Ascalón, 558; madre de Semíramis, 330; adoptada por los filisteos, 354.

Derusieanos (Los), tribu persa, 539.

Determinativos (Los) de la escritura egipcia, 802 y siguientes.

Deuteronomio (El) encontrado en el reinado de Josiah, 565; incluido en el Pentateuco, 759.

Deyokes, Deyoces, Dayaukkú, su leyenda, 536, 537, 539.

Dhat-Irk, los árabes son derrotados en esta localidad, 608.

Dhiban (La estela de), 423, nota 2.

Dhuspas, Thospia, Van, capital del Urartí, 429, nota última.

Didi, padre de Mirmaiú, 289, 300.

Didimo, el Apolo es colmado de presentes por Creso, 620.

Didufhurú, hijo de Monkauri, 75, 76.

Didufri, rey de Egipto (IVª dinastía), 72.

Diez mil (Retirada de los), 699.

Dilmún. Tilvún, Bender Dilúm, isla del golfo Pérsico, 106, nota 1.

Diluvio (El) según los caldeos, 170-172.

Dimir, Dingir, nombre de dios entre los caldeos, 155.

Dindymene, uno de los nombres que tiene Amma entre los frigios, 275.

Dintirra, una de las dos ciudades de que se componía Babilonia, 177.

Diodoro de Sicilia, acerca del persea en Egipto, 9; sobre la muerte dada a un gato por un romano, 34; llama a Menes, Mnevis, 50, nota 3; atribuye a Ucoreus la fundación de Menfis, 49, nota 2; sobre los reyes constructores de las pirámides, 69 y siguientes; acerca de Sasyquis, 76-77; sobre la duración de la dodedarquía, 548, nota 2; sobre la derrota de Apries, 610, nota; asegura que Cambises llegó hasta Meroé, 662, nota 2; fecha que asigna a la alianza de Hakoris con Evagoras, 704, nota 2.

Diofantos de Atenas, 715.

Dionisos, adorado por los reyes frigios, 277.

Dioses (Los), idea que de ellos se forma- ban los egipcios, 30 y siguientes; los dioses-animales del Egypto, 33 y siguientes; entre los caldeos, 155 y siguientes; entre los hiksos, 194-195; entre los frigios, 274; en los pueblos cananeos. 378 y siguientes; entre los judíos 385 y siguientes; en los pueblos del Urarti, 430; entre los asirios y los iranios, 582 y siguientes.

Diospolis Magna. Véase Tebas de Egipto.

Dirė, promontorio de Bab-el-Mandeb, 251.

Djendib el árabe, 420.

Djorhom (Los), tribu joctanida, 608.

Doble (El). Ka, la forma más antigua del alma entre los egipcios, 41; el doble de los muertos se alimenta con el doble de las ofrendas, 61.

Dobú, Apolinopolis Magna, Edfú, ciudad de Egipto, 25; embellecida, 126; su templo de Horus, 721.

Dodedarquia (La) en Egipto, 545, 546.

Dodo, padre de Eleazar, 368.

Don (El) pasado por los escitas, 502.

Dongur. Dongolah, ciudad de la Nubia, 658; los bueyes de Dongolah, 11.

Dor, colonia fenicia, 270.

Dorilea, ciudad del Asia Menor. 271.

Dorios (Los) del Asia Menor, comprendidos en la satrapía de Yauna, 672.

Doriskos, perdida por los persas, 691.

Drah-Abú-l-Neggah, sus tumbas de los príncipes de la XI dinastía, 105; sus pirámides, 234.
Drival (Van), acerca del origen del alfabeto fenicio, 800.
Dromedario (El) en Media, 532.
Drópicos (Los), tribu persa, 539.
Du Uabú, Dunan (la Montaña santa). Gebel-Barkal, 458, 658, nota 5.
Duaú, uno de los nombres egipcios del planeta Venus, 80.
Dudún, dios nubio, 121.
Duf, Antæopolites, nomo de Egipto, 26.
Dum (La palmera), natural en el Egipto. 8.
Dumat. Véase Adumú.
Dumuzi, Tammuz, 384, nota última.
Dungi, rey de Urú, 182-183.
Dur-Atkhar, victoria de Sargón, 478.
Dur-lakin (Batalla de),478.
Dur-Sharukin, Khorsabad. Sargón es asesinado en este lugar, 479.
Durdukha, ciudad del país de Manna, 474.
Durilú, ciudad del Elam, 492.

E

Ea, dios de los caldeos, 155 y siguientes.
Eabani, Belbirut, monstruo nombrado en la leyenda de Iztubar, 174-175.
Eagamil, destronado por Gandish, 216.
Eannadú, rey de Lagash, 180.
Ebara, templo del Sol en Sippar, 629, nota 1.
Ebenezer, en recuerdo de la victoria de Samuel contra los filisteos, 362.
Ebers (G.), egiptólogo alemán; su papi- ro, 86, nota 2.
1. Ecbatana, Agbatana de Siria, Carmelo, donde muere Cambises, 664. nota 3.
2. Ecbatana, Agbatana de Media, 618; se supone fundada por Semiramis, 330, 736; en la salida del paso de Banneh, 446,532; su descripción por Herodoto, 537: Ciro se cria en ella, 615-616; Khshatrita es empalado en Ecbatana, 671.
Edesa, ciudad de Mesopotamia, 734.
Edfú. Véase Dobú.
Edom, Edomitas, Idumea, Idumeos, 213, 476, 604; sus tribus, 341; visitados por Sinuit, 116; sometidos a Saúl, 363; a David, 370; se sublevan contra Salomón, 374; sometidos por Josafat, 421; por Amaziah, 440; por Azariah, 449; se sublevan contra Acaz, 449; sometidos por Sennaquerib, 483.
Edrei, capital de un Estado amorreo, 212.
Efeso, ciudad jonia sometida por Creso, 620.
Efod, entre los hebreos, 386.
Eforo, su opinión sobre el periplo de África, 599, nota.

Efraim, una de las doce tribus, 345, 450; en tiempo de los Jueces, 348; atacada por los filisteos, 359, 360; envidiosa de Judá, 393, 394; atacada por los ejéreitos asirios, 424; profecías de Isaías contra ella, 453.

Egeo (El mar), recorrido por los fenicios, 278, 277, 287; libre de ellos, 285, 236.

Egina, colonizada por los fenicios, 283; los eginetas edifican en Egipto un templo a Zeus, 600; acuñan moneda, 578.

Egipto, Hakuftah, Kimit, Mizraim, origen de su nombre, 28; su aspecto en el momento de la inundación, 1-9; flora, 9-10; fauna, 10-13; origen de sus habitantes, 15-19; su lengua, 19-20; su estado primitivo, habitación, mobiliario, armas, cacerías, cultivos, 20-23; sus divisiones geográficas y administrativas, 23-30; su religión, 30-47; periodos de su historia, 47-49; su historia desde la 1ª a la XIVª dinastía, 49-110; invadi-do por los Pastores, libre de ellos, 186-197; su supremacía en el mundo oriental, 201-326; su decaimiento en tiempo de Ramsés III, 300-308; según la leyenda, sometido a Semíramis, 331; desgarrado por las guerras civiles, 395 y siguientes; su debilidad en tiempos de la XXII dinastía, 404: después de Sheshonq I, 454 y siguientes: sometido por los etíopes, 458 y siguientes, 506 y siguientes; por los asirios, 630; recobra su independencia, 516, 525; renacimiento del Egipto en tiempo de la XXVIª dinastía, 548-613, 622, 641, 657; su resistencia a Nabucodorosor. 608, 613; conquistado por Cambises, 652-663; forma una satrapía, 672; en tiempo de la dominación persa, 657-663; 683-680, 692-694,700-701; sus últimas dinastías independientes, 701-724; su estado en el momento de la conquista macedónica, 760-772.

Egla, una de las mujeres de David, 373.

Eglón, muerto por Ehud, 356.

Egrón, devastada, 558.

Ehud, uno de los Jueces de Israel, 348

Eilithya, identificada por Champollion con Nekhabit, 25.

Eión, perdida por los persas, 6 1.

Ekrón, una de las ciudades filisteas, 212, 353, 368; tomada por Sennaquerib. 480, 483.

Ekunum, rey de Asiria, 216.

El-Aqsorám, Lupsor, ciudad de Egipto, 25.

El-Kar. Véase Nekhabit.

El-Kharbeh, en el emplazamiento de Abydos, 26.

El-Hibels, sus murallas con el nombre de Manakpirú y de Isimkhabit, 307, nota 3.

El-Khargeh. Véase Hibit.

Ela, rey de Israel, 405.

Elam. Elamitas, Susiana, su descripción, su civilización, 185; sus reyes conquistan la Caldea, 187; establecen su supremacía en el Oriente, 214-215: son vencidos por Sargina I, 182; el Elam apoya a la Caldea contra Shamshiadad IV, 428-429; es el gran enemigo de la Asiria al Oriente, 468; su lucha contra Sharukin, 464, 479; da un ejército a Merodacbaladan, 482; su lucha contra Sennaquerib, 488-489; contra Assurbanabal, 517 y siguientes; reducido a provincia asiria, 530; su decaimiento en tiempos del segundo Imperio caldeo, 539; sus sublevaciones contra Dario I, 666; forma una satrapía, 672: su situación en el momento de la conquista macedónica, 730.

Elassar, Assur, Kalak-Shergay, su situación, 216; la más antigua de las ciudades reales de la Asiria, 328, 335; sus primeros soberanos; 215: victoria de Ninippalekur, 332; destruida por los emerianos, 555; reconstruida después de la toma de Babilonia por Ciro, 734, 735.

Elath, tiene guarnición judía, 369, tomada por Azariah, 449; por Resón, 400.

Elbó (Isla de), 694, nota 4.
Elburz (El monte) Hara, Haro Berezaiti, montaña sagrada en que el sol se levanta, 531, 555.
Eleanos (Los) envían una embajada a Psamético II, 760.
Eleazar, uno de los Gibborim, 368, 442.
Elefantina, 6.
Elefante (El) cazado en Mesopotamia por Tutmosis IV, 238; llevado de la India a Asiria, 447.
Eli, uno de los Jueces de Israel, 360, 389, 425, 443.
1. Eliakim. Véase Joiakim.
2. Eliakim, hijo de Hilkiah, 485.
Eliano, asegura que el culto de Apis fuc instituido por Menes, 50, nota 3; llama Osiris al hijo de Menes. 51, nota 1.
Eliashib, el gran sacerdote, 747, 757.
Elibi, Elipi. Véase Ilibi.
Elijah, Elias, de Thisbé, profeta hebreo, su lucha con Acab, 418, 419.
Elimeos (Los) de Estrabón, 730.
Eliseo, Elisha, profeta hebreo, 419; su leyenda. 440.
Eliun, el dios por excelencia, 382.
Elkanah, padre de Samuel, 361.
Elkhanan, de Bethlehem, 368.
Elnathan, hijo de Hakbor, 601.
Elohim, uno de los nombres de los dioses entre los hebreos, 442; el Elohista, origen de este nombre, 442, nota.
Elulaios, Ululai, rey de Babilonia, 452.
Eluli, Elulæos. Véase Luliya.
Emim (Los), pueblo de Palestina, 205.
Enakali, rey de Gishkhů, 180.
Enannadú I y II, reyes de Lagash, 180, 181.
Encina (La), natural en Media y en la Siria Damascena, 532.
Encarnaciones (Las) de los dioses egipcios, 32, 320.
Endor, su pitonisa, 365.
Eolios (Los) del Asia menor, forman parte de la Yauna, 672.
Epagómenos (Los días) de los egipcios, 82.
Eparna, jefe medo vencido por Asarhaddón, 503.
Eretrios (Los) ayudan a los griegos de Asia, 682.
Eriakú, Rimsin, hijo de Kudur- Mabuk, 215.
Eridú, Rata, ciudad de Caldea, sus escuelas monoteistas, 161; ciudad del dios Ea, 176, 177; Rata de Polomeo, hoy Abú-Shahrein, 177, nota 1; sometida a Dungi, 182.
Erimenas, rey del Urartú, 515.
Eritreo. Véase Mar Rojo.
Erishúm, rey de Asiria, 216.
Eriván, ciudad de Armenia. Véase Van.
Erpá, título de los nobles en Egipto, 103.

Eryx (Monte), 357.

Eryxo, mujer de Arquesilao de Cirene, 647,

Esagila, su templo es restaurado por Asarhaddón, 499.

Esaú, en el país de Galaad, 343.

Escalas del Incienso, 222, 599.

Escamandro, río de la Troade, 277, 278.

Escarabajo (El), consagrado a Ptah, 34.

Escilax de Carianda, almirante griego, 677.

Escitas, Sacios, Saka, hacen irrupción en Siria, 186; Semiramis consagra en Escitia estelas de victoria, 331; su invasión en Asia Menor, 500-502; se alían con los cimerianos en contra de Asiria, 503; sometidos a Ciro, 627; forman una satrapía del Imperio persa, 673; campaña de Darío I en Escitia, 681, 682.

Escrituras (Las) antiguas; procedimientos empleados en su formación, 773, 775; escrituras ideográficas, 774-775; cuneiforme, 146, 786, 787; chipriota, 788, 792; egipcia, 792-807; hitita, 808-814; escrituras alfabéticas, 808.

Esdras, doctor judío, 753; promulga una constitución religiosa, 754-756; véase 759.

Esfinge (La), adorada en Egipto, 33; la gran esfinge de Gizéh representa a Harmakhis, 57; su templo en Gizéh, 73; limpiado de arenas por Tutmosis IV, 238.

Eshmún, dios de los cananeos, 382.

Esmendes, rey de Egipto (XXIª dinastía), 324, 397.

Esmerdis. Véase Bardiya.

Esmirna, colonia jonia, 278, 287; sitiada por Giges, 576, 577; tomada por Alyattes, 580.

Esnéh. Véase Sanit.

España, conquistada por Melkarth, 268, 269; comercia con el Oriente, 415.

Esparta, Lacedemonia, se alía a Creso, 622; a los persas, 693, 698; protege a los griegos de Asia, 699; se alía con los egipcios, 702; trata con los persas, 705.

Espitamas, señor medo, 616.

Estaño (El), viene del Ponto, 283.

Estátira, mujer de Artajerjes II, 714, 731.

Estatuas (Las) que se encuentran en las tumbas egipcias sirven de soporte al «doble» del muerto, 42-66.

Estefanites, rey de Sais, 506, 512.

Estela (La) egipcia, 59.

Estrabón, acerca de Abydos, 26.

Estratobates, rey de la India, 331.

Estrellas (Las), Khabisú, entre los egipcios, 81, 82; entre los caldeos, 154.

Estrimón (Valle del), 274.

Etana, gigante, 171.

Eteocretenses (Los) libran a Creta, 285.

Ethbaal. Véase Ithobaal.

Etiopía, Etíopes. Véase Kush, Kushitas; los etíopes no han colonizado el Egipto, 15; sometidos por Pepi I, 90; independientes después de la VIª dinastía, 104; conquistados por la XIIª, 117 y siguientes; por Amenotés I, 196; constituyen un virreinato egipcio, 220; re- presión de los

Uauaitú, 228; atacados por Harmhabi, 244; por Ramsés II, 251; la Etiopía, gobierno de Mineftah II, 292; Amenofis y Ramsés proceden de Etiopía, 299; según la leyenda, conquistada por Semiramis, 331; Estado de los reyes-sacerdotes de Amonrá en Napata, 458; su supremacía en el Egipto, 459 y siguientes; derrotados por Asarhaddón, 508; por Assurbanabal, 513, 518; Psamético I contiene sus incursiones, 550; atacados por Psamético II, 602; reciben a los emigrados egipcios, 552-553; extensión y constitución de su reino, 658-662; atacados por Cambises, 662; dan asilo a Nectanebo II, 720.

Etruscos (Los). Véase Tursha; su alfabeto, 814.

Eudoxio, estudia en Egipto, 29.

Éufrates, su curso, 143-145, 201, 215, 226, 232, 271, 330, 411, 568.

Euhanés. Véase Oannés.

Eulæos, Ulai, río del Elam. 178.

Eurimedon (El), derrota de los persas, 691-692.

1. Europa, raptada por Zeus, 269.

2. Europa, Sesostris llega hasta ella, 257.

Evágoras, se subleva contra Artajerjes II, 705-707.

Evedorancos, uno de los reyes míticos de Caldea, 168.

Evekhús, rey fabuloso de Caldea, 168.

Evhespérides, Berenice, Benhyazi, 684.

Evilmerodach. Véase Amilmarduk.

Éxodo (El) del pueblo judío, 296 y siguientes.

Ezequías. Véase Hizquiah.

Ezequiel, profeta hebreo, 631, 633, 634, 635.

Eziougaber, ocupada por los hebreos, 369; Salomón equipa en ella una flota, 375.

Ezoros, 358, nota 1.

Ezra, el legislador. Véase Esdrás.

F

Fabaka (El), pez de Egipto, 13.

Fakús, ciudad de Egipto, 125.

Fanes, de Halicarnaso, 653.

Faraón (El) del Exodo, 296 y siguientes.

Farfar, Nahr-el-Auadj. río de Damasco, 203, 214.

Farihú. 222, nota 2.

Farnabazo, sátrapa, 697, 709, 710.

Farnés, jefe medo, 536.

Faros (Isla de), 760.

Faselis, colonia fenicia, 280.

Fathyrites (El nomo). Véase Visit.

Fayum (El), situación, 28; límite de la dominación inmediata de los reyes Pastores, 194; se somete a Tafnakhti, 457.

Feli, Feles, rey de Tiro, 417.

Fénix, hijo de Agenor, 208.

Fenicia, Fenicios (Fuanit, Puanit, Pœni, Puni), los fenicios proceden de la misma raza que los pueblos de Kush, 118; al principio establecidos en el golfo Pérsico, 159; su emigración, 186, 187; descripción de Fenicia, 208; sus divisiones políticas, 209 y siguientes; sometida a los Faraones de la XVIII[a] y la XIX[a] dinastía, 219; excepto Arad, que está en lucha perpetua con Tutmosis III, 226, 227; y contra Ramsés II, 252; factoria fenicia en Menfis, 271; colonias fenicias en Asia, 267-268; en Asia Menor, 279-282; en Creta, 283; en Chipre, 355; los fenicios en Grecia, 283; sus colonias en África, 358; hacen alianza con David, 370; con Salomón, 375; sometidos por los asirios, 410; su alianza con Omri, 415; con Benhadad, 420; se sublevan contra Salmanasar, 452: contra Sennaquerib, 480; su historia general desde Ithobaal hasta Assurbanapal, 531: hacen el periplo del África a expensas de Necao II, 599; en guerra contra Nabucodorosor, 604; sometidos por Apries, 610; se niegan a atacar a Cartago, 657; comprendidos en la satrapía de Arabaya, 672; Fenicia devastada per Evágoras, 705; por Tacos, 711, 712; se subleva contra Ocos, 716-718; decaída al final de la dominación persa, 734: origen y difusión del alfabeto fenicio, 808 y siguientes.

Ferecides, de Esciros, 741.

Ferendates, sátrapa de Egipto, 724.

Feretima, madre de Arkesilao III, 683.

Ferón, Feró, Heródoto toma el título de Feró por un rey llamado Proteo, 768.

Feruer. Véase Fravashis.

Feshn, 398, nota 1.

Fidón, de Argos, 578.

Filæ, Pilak, Ailak, Lak, el Nilo nace entre Elefantina y Filsæ, 6; isla y ciudad de Egipto, 24; bajo-relieve de Montuhotpu III, cerca de Filæ, 105; construcciones de Nectanebo II, 721.

Filipo el Macedonio, 724.

Filisteos, Filistú, descripción de su país, 204, 205; su origen, 352-355; atacan el Egipto, 302: establecidos por Ramsés II en Siria, 305, 353; su organización, 354; se apoderan de Sidon, 358, 359; oprimen a Israel, 347, 360, 362, derrotados por Saúl en Mikhmas, 363; por David, 368-369; dependientes del reino de Israel, 370, 393; atacan a Acaz, 449; tributarios de Tiglatfalasar II. 451, en guerra contra Sharukin, 471; arruinados a la mitad del siglo séptimo, 530; sometidos por Psamético I, 533; aliados de Nabucodorosor. 604.

Filofrón, manda la guarnición de Pelusa, 718.

Fium. Véase Fayum y Moeris. Focea, 576; los focenses se expatrian, 627.

Foción el Ateniense, 715.

Foenike, nombre dado a la Caria. 284; nombre de Arad en Creta, 283. Véase Arad.

Foenikia, Foenikes, el país de las Palmas, 208.

Foenix. Véase Puanit.

Fonetismo (El), su definición y sus usos, 774-775.

Fonkhú, pueblo del Egipto bajo, 296.

Forg, quizá Paraga, 671, nota 2.

Fox Talbot, asiriólogo inglés, 776.

Frada, usurpador, 668, 671.

Fra-Harmakhis, dios formado por la combinación de las dos divinidades solares Ra y Harmakhis, 194.

1. Fraortes, padre de Deyokes, 536.

2. Fraortes, padre de Ciaxares, 540.

Fravartish, rrawarti, nombre dado a los soberanos asirios, 538, nota 3: 582.

Fravashis (Frohar, Ferner), tipo divino de los seres entre los iranios, 586.

Frigia, Frigios, Briges, Bebrices, pasan de Europa a Asia, 274; su país, sus costumbres, sus monumentos, 274-277; monumentos hititas en Frigia, 277: reaccionan contra los hititas, 284: los escitas no los acometen en un principio, 502, conquistados por Giges, 576; por Creso, 621; la Frigia invadida por Agesilao, 699, los armenios de origen frigio, 732, 733; el alfabeto frigio, 812, 813.

Fuanit. Véase Fenicia.

Ful. Pulú, idéntico al Tugultipalesharra III de los asirios, 444, nota 1, 452.

G

Gaal, trata de destronar a Abimelek, 351.

Gabala, ciudad fenicia, 209.

Gabaón. Véase Gibeón.

Gabies, ciudad de Italia, 670, nota 1.

Gabú, dios de la tierra en Egipto, 13, 30; se presta poco al culto, 37; rey de la dinastía divina, 39; decide entre Horus y Sit, 47; identificado con Cronos, 82.

Gacela (La) en Egipto, 11, 22.

Gad, una de las doce tribus, 341, 344, 349, 350; país sometido a Israel. 427.

Gades, Gadir, fundada por Melkarth, 269; colonia fenicia, 356.

Gadi, padre de Menakhem, 443.

Galaad (El país de), sometido a los hebreos, 342, 343, 363, 366, 368, 395; libertado por Jefté, 351; sometido por Benhadad, 423; por Khazael, 427; saqueado por Tiglatfalasar, 450.

Galas (El país de los), límite del Imperio egipcio, 232.

Galia, atravesada por Melkarth, 269.

Galilea, su descripción, 204; reducida por Ramsés II, 255; por Benhadad I, 405; por Tiglatfalasar II, 450.

Gamata, Cometes, Bardiya, Seudo-Smerdis, 664 y siguientes, 670.

Gambul (El país de), sometido por Sharukin, 478; por Assurbanabal, 520.

Gamiladar, príncipe de Nishin, 185.

Gamilsin, rey de Urú, 185.

Gandara, Gandaria, una de las satrapías, 673.

Gandish, primer rey coseano de la Caldea, 216.

Ganutú, ciudad de Siria, 217, nota.

Gaos, se subleva contra Artajerjes II, 706.

Gapuna. Véase Gebel.

Garbatusa, nombre de un hitita, 254.

Gargamish, Carquémis, Mabog, Bambice, Hierapolis, Membidje, ciudad de Siria, 206, 737; sometida a Tutmosis III, 226; contra Ramsés II, 252, 265; contra Ramsés III, 302 y siguientes; sometida a Tiglatfalasar, 336; derrota de Assurnazirabal II, 340; tomada por los asirios, 410; se somete a Assurnazirabal, 412; a Salmanasar II, 413; a Tiglatfalasar II, 445; a Sargón, 474;

pierde su importancia en el siglo VI, 529; tomada por Necao II, 568; por Nabucodorosor, 596, 597; desaparecida en tiempo del Imperio persa, 734.

Gargara, ciudad de la Troade, 278.

Garizim (Monte), santuario de los samaritanos, 758.

Gath, ciudad de los filisteos, 353, 354; en el gobierno de Akhis, 304; tomada por los israelitas, 368; atacada por Khazael, 433, 434.

Gathas (Los), de idioma arcaico, 592, nota.

Gato (El) silvestre en Egipto, 11.

Gavilán (El) natural de Egipto, 12: primero Hor, luego encarnación de Hor, 32, 33; con cabeza humana es el alma entre los egipcios, 41; el gavilán de oro, 42.

Gebel, Gebón, Gapuna, los Giblitas, Byblos, ciudad y pueblo de Fenicia, 209; colonias en Chipre, 269, 270; en Melos, 281; sometida a los Faraones, 267; a Assurnazirabal, 413; a Salmanasar II, 427; cede una flota a Salmanasar V, 463; sometida a Sennaquerib, 483; ocupada por las tropas egipcias, 610.

Gebel-Olaki, sus minas de oro, 260.

Gedeón. Véase Jerubbaal.

Gedrosia (La), 628.

Gelboé (Montes de), 364 y siguientes.

Gelzer, citado en nota de la pág. 574.

Genesareth (El lago de), 204, 343.

Génesis (El libro del), principales escritos de que se compone, 442, 444; época probable en que fue escrito, 758, 760.

Gerión, sus bueyes, 269.

Gessur, sometido a Damasco, 214, 373.

Gessén. Véase Goshén.

Ghazzé, poblado de Siria, 218.

Ghinéh, huellas del culto de Adonis, 210

Gibborim (Los) de David, 368.

Gibbethon, sitiada por Nadab, 405; por Ela, 405.

Gibea, ciudad de Judea, recibe guarnición de los filisteos, 363, 366; tomada por Jonathan, 363; fortificada por Asa, 405.

Gibeón, 368, 404; Adonisedek es derrotado en este lugar, 345; independiente, 346, 352; batalla entre David e Ishbaal, 366.

Giblitas (Los), tribu fenicia, 269.

Gibraltar (Estrecho de), 356.

1. Giges, Gugú, rey de Lidia, 574-579, 615; su homenaje a Assurbanapal, 515; muere en una batalla contra los cimerianos, 579.

2. Giges, compañero del rey, 620.

Gihón, arroyo cercano a Jerusalén, 543.

Gilgal, santuario cananeo, 368, 417, 435.

Gilgamés, rey de Uruk, 174 y siguientes.

Giligammos, tribu libia, 692.

Gimirri. Véase Cimerianos.

Ginath, padre de Thibni, 405.

Girgeseanos (Los), Qarqisha, 203, 358; en guerra contra Ramsés II, 251, 265.

Girgira, ciudad en los confines del Elam, 447.

Gishbar, el fuego entre los caldeos, 156.

Gishkhú, ciudad de la Caldea, 177; sus guerras con Lagash, 180, 181, 182.

Gizeh, su necrópolis, 66; las pirámides, 72; tumba de Khamoisit, 240; pequeño templo edificado en honor de su hija por Keops cerca de las pirámides, 398.

Gobryas, noble persa, 688.

Gog, príncipe de Rosh, 557.

Golgos, ciudad de Chipre, 270.

Golondrina (La), natural de Egipto, 12; una de las formas misticas del alma, 43, nota 1.

Gomas (Las) del Puanit, 222.

Gordianos (Los montes), el arca se detiene en ellos, 171, 172, 181, 511.

Gordiena. Véase Kashki.

Gortyna, colonia fenicia, 283.

Goshén (País de), Gessén, donde se esta- blecieron los hebreos, 297.

Gozán, 486; se subleva contra Assurdán II, 432: los habitantes de Samaria son deportados a ella. 464.

Gran sacerdote (El) entre los egipcios, 24; los grandes sacerdotes de Amón destronan a los Ramésidas, 324, 397: entre los judíos, 390; el gran sacerdote Eli, el gran sacerdote Jehoiada, 433; el gran sacerdote Hilqiah, 563 y siguientes; el gran sacerdote Serayah, 64; el gran sacerdote Joshua dirige a los judíos a la vuelta del cautiverio, 641, 745, 749, el gran sacerdote Joiakim, 748; el gran sacerdete Eliashib, 757.

Granado (El), natural en Egipto, 9; en Galilea, 204.

Gránico, victoria de Alejandro, 729.

Griegos (Los), Helenos, origen de su alfabeto, 844, 816; colonizados por los fenicios, 283: reaccionan, 283 y siguientes; atacan a los sidonios, 355; derrotados en Cilicia por Sennaquerib, 490; colonizan a Chipre, 355; en Egipto, en tiempo de Psamético I, 551 y siguientes; en tiempo de Amasis, 646-651; los griegos de Asia y sus relaciones con Giges, 575-577; con Alyates, 579, 580, 619-620; con Creso, 620-627; con Ciro, 627; forman parte de la Yauna, 672; se sublevan contra Darío I, 682; libertados por Atenas, 691- 695; Dario II vuelve a incorporarlos a sus dominios, 697; protegidos por Esparta, 699.

Grieta (Una) se abre cerca de Bubastis, 51.

Grotefend, descifra los caracteres cunciformes persas, 775-776.

Grulla (La) moñuda es el alma entre los egipcios, 41; una de las formas que adopta el alma, 43, nota 1; grulla con dos cabezas en tiempo de Teti, 50.

Guardafui (Cabo), limite extremo de las navegaciones egipcias, 222.

Gudea, príncipe de Zirpurla, 184, 185.

Guedaliah, Godolías, asesinado, 607.

Guedin, cantón de la Caldea, 180.

Guézer, 346, 352, 368; tomada por los egipcios, 373, 398; reconstruida por Salomón, 373.

Gugú. Véase 1. Giges.

Gurnah, ciudad de Egipto, 25; sus monumentos, 259. Véase también Sheikh-Abd-el-Gumah.

Gutim (Los), derrotados por Shargina I, 182; su rey Thargal, 215; los príncipes de Gutim sublevados contra Assurbanabal, 522.

Gyaros, colonia fenicia, 281.

Gyndés, Diyaléh, afluente del Tigris, 143; sus aluviones, 144.

H

Há, príncipe de los nomos, 24.

Haba (El) en Egipto, 9.

Habardip, cantón del Elam, 178.

Habenbén, Babilonia de Egipto, 28.

Habenbón, 461.

Habonú, Hipponou, ciudad de Egipto, 27.

Hadad, se refugia en Egipto, 403; reconquista la Idumea, 374; se casa con una hija de Psiukhanú, 398.

Hadadézer, rey de Zobah, sus guerras con David. 369 y siguientes.

Hadhura, tribu árabe, 608.

Haetumat, una de las estaciones de los iranios, 534.

Hafaraim, ciudad de Israel, tomada por Sheshong, 404.

Hagar (El país de), Hedjar, sometido a Sennaquerib, 504.

Haggai, el profeta, 746, 747.

Hak o Haiti, príncipes hereditarios de los nomos. 24.

Hakem (Mezquita del sultán), comprende los restos de un templo de Atón, 240, nota última.

Hakmorú, padre de Jabsokham, 368.

Hakninsu, Hakhinsuten, Khninsu, Heracleópolis Magna, Hnés, Ahnas-el- Mediněh, 27; Tafnui degüella en ella a los hombres, 39; desempeña algún tiempo papel preponderante, 48; da la IXª y la Xª dinastias, 99-100; rebeliones contra su autoridad, 102; hace sentir su poder a los príncipes de la XIª dinastía, 103; embellecida, 126; en tiempos de la XXIIª dinastía es dote de los príncipes, 455; poseia una yeguada, 375; tomada por Tafnakhti, 458: por Pionkhi, 460.

Hakoitú (La mujer), 146.

Hakori, Hakoris, Hercynion, rey de Egipto (XXIXª dinastía)), 702, nota 1, 705, 706.

Hakuftah, origen del nombre Egipto. 28. Véase Menfis.

Halcón (El), natural de Egipto, 12.

Halévy, su teoría sobre los origenes caldeos, 147, nota última; acerca de la derivación del alfabeto fenicio, 809, nota 4; acerca del chipriota, 788, nota 4.

Halys, río de Asia Menor, 271, 273; sirve de frontera a Sharukin, 475; a la Media y a la Lidia, 580, 581; atravesado por Creso, 623; por Ciro, 623; los armenios se establecen en las fuentes del Halys, 733.

1. Hamath de Chipre, Amathonte, colonia fenicia, 704.

2. Hamath de Siria, Hamath la Gran- de, ciudad cananea, 209, 268, 336, 420, 536, 568, 664, nota 3; sometida a Hadadézer, 369; a David, 370, sus guerras contra Salmanasar III, 420 y siguientes; es tomada por Jeroboam II, 441; por Tiglatfalasar II, 446; se subleva contra Sharukin, 485, 486; pierde su importancia a mediados del siglo VII, 539.

Hammamat (Valle de), 105, 687, nota 6.

Hammurabi. rey de Babilonia y de Caldea (siglo XXIII a. de J. C.), reúne y codifica las leyes antiguas, 150-152; derrota a los elamitas, somete a los caldeos, sus trabajos y sus construcciones, 215-217.

Hamún (Lago), 142, 533, nota 10, 628.

Hanianah-ben-Azzur, profeta, 603.

Hannah, madre de Samuel, 361.

Hannon, rey de Gaza, 450; derrotado por Sargón, 472.

Hanubú, expedición de Uni a este país en tiempo de la VIa dinastía, 95.

Hanún, rey de los ammonitas, 371.

Haoma-Soma, licor sagrado de los iranios, 590.

1. Hapi (El buey), Apis, lo que es, 35-37; según Eliano, Menes habría instituído su culto, 50, nota 3; proclamado dios por Kakoú, 51; su estatua en tiempo de Keops, 73; no tiene nada de común con el buey adorado en Dan y en Be- thel, 386, nota 2; muerto por Cambises. 662; venerado por Darío I, 686; por Ocos, 724; sus fiestas en Menfis, 764.

2. Hapi, nombre del Nilo, 13; himno al Nilo, 13-14. Véase Nilo.

Hara (Monte), Haro Berezaiti, Elburz, 585.

Harabat-el-Madfunéh, en el emplazamiento de Abydos, 26.

Haraqaiti-Harauvatis, una de las estaciones de los iranios, 534.

Hardoshir, el planeta Marte en Egipto, 80.

Harhuditi, hijo de Harmakhis, dios egipcio, 46.

Har-Hut, hijo y heredero de Harmakhis, 58.

Harkhari, nombre del planeta Saturno en Egipto, 80.

1. Harmhabi, Armais, rey de Egipto (XIXª dinastía), 242, 243.

2. Harmhabi, personaje particular cuya tumba ha sido hallada en Saqqarah, 244, nota 4.

Harmakhis, Harmakhuiti, dios egipcio, 32; sucede a Osiris como rey de Egipto, 46; representado por la gran esfinge de Gizéh, 57; es el planeta Marte, 80; su culto puesto de nuevo en vigor por Tutmosis IV, 238.

Harmakhuiti; su culto restablecido por Tutmosis IV, 238. Véase Harmakhis.

Haro Berzeaiti. Véase Elburz.

Haroeris, dios egípcio, 30.

Harpago, su papel en la leyenda de Ciro, 617; somete a los griegos de Asia y la Licia, 626.

Harpechrudi. Véase Harpocrates.

Harpocrates, hijo de Osiris y de Isis, 31; el sol niño, 40; venga a su padre contra Sit, 40.

Harrán. Véase Karran.

Hartapshitiú, nombre del planeta Júpiter, 80.

Harui, Coptites, nomo de Egipto, 25.

Hasekhokh, Diospolites, nomo de Egipto, 26.

Hat, dios supremo de los sirios, 382.

Hatasú. Véase Hatshopsuitú.

Hathor, diosa adorada en Denderah, 31; bella de rostro, 32; señora de las aguas de lo alto, 73; su templo en Denderah reparado por Keops, 73; y por Pepi I, 91, 92; señora de Puanit, 187, nota 1; su templo reconstruido por Tutmosis II, 233, 234.

Hatrib, Athribis, ciudad de Egipto, 29.

1. Hatshopsuitú (La reina), 221 y siguientes, 599; sus construcciones en Karnak, 234; en Deir-el Bahari, 235.

2. Hatshopsuitú-Masiri, hija de la anterior, 221.

Hauarú, Avaris, campamento de los Pastores, 189 y siguientes, 194; tomada por Ahmosis I, 197: cedida a los impuros según la leyenda, 209; ocupada por los semitas, 399; véase Tanis.

Hauerit, ciudad de Egipto, 27.

Haurvatat, uno de los Ameshaspentas, 585, 589.

Hazor, ciudad cananea quemada por los hebreos, 345; fortificada por Salomón, 374; poTiglatfalasar II, 450.

Heath, sabio inglés, 808.

Héber, Kenita, 349.

Hebreos (Los), Israelitas, Judios, en Egipto, 193 y siguientes; su éxodo, 295 y siguientes; gobernados por Jueces, 341 y siguientes; por reyes, 363; su carácter, 394; su Imperio, 361 y siguientes; divididos en dos reinos, 393-394; en lucha con Damasco, 407, 414 y siguientes; contra la Asiria, 449 y siguientes; se sublevan contra Salmanasar V, 453; caída del reino de Israel, 464; lucha de Judá contra la Asiria, 471 y siguientes; contra el Egipto, 568- 569; caida de Jerusalén, reconstrucción del templo, 600-609; durante el cautiverio, 629-637; vuelven del cautiverio en tiempo de Ciro, 640-641; en tiempo de Darío I, 672; su historia durante el Imperio persa, 745-759.

Hebrón, Kiriath-Arba, 205, 213, 387, 441, 744; ciudad cananea, 342; establecimiento de Abraham, 192; pertenece a Judá, 352; David es coronado en ella, 367.

Hecateo, de Mileto, 760.

Hecatompilos, ciudad fundada en África por Melkarth, 269.

Héctor el troyano, 236.

Hehú, país de la Nubía conquistado por Usirtasen III, 118.

Hékal, Anú. Véase Nippur.

Hékal, el lugar santo, 377.

Hékale, ciudad de la Asiria, 349, 492.

Hekatomnos, rey de Caria, 760.

Helánico de Lesbos, acerca de los orígenes de Amasis, 610 y 611, notas.

Helena en Egipto, 768.

Helenion, en Egipto, 650.

Helesponto, 272, 277, 281, 576.

Heliópólis, Onú del Norte, 15, 20; sus animales sagrados, 34; reconoce a Ra por patrono, 37; reconoce a Atoniú por primer rey-dios. 38; Ra decreta en Heliópolis la destrucción de los hombres, 39; desempeña papel preponderante antes de Menes, 47; su observatorio, 82; adornada por la XII dinastía, 113, 126; construcciones de la XVIIIa dinastía, 234; el culto de Aton, 240; tomada por Pionkhi, 461.

Heliopolites, nomo del Egipto. 29.

Helmend, río del Irán, 531, 533, nota última, 581, 673.

Hénah (Los dioses de), 485, 486.

Heptahendú, Pendjab, una de las moradas de los iranios, 534; conquistado por Dario I, 677.

Heptanómide (La), el mar penetraba en ella en los tiempos prehistóricos, 8; prospera la viña en ella, 10; forma una provincia en la época romana, 26; nota 3; sus yeguadas, 375.

Heraclé Minoa, Rosh Melkarth, Makara, colonia fenicia de Sicilia, 357.

Heracleópolis Magna. Véase Hakhninsú.

Heracleopolites, Nuhit superior, nomo de Egipto, 27.

Hércules tirio. Véase Melkarth.

Hermes. Véase Thot.

Hermón (Monte), 203, 213, 214, 381.

Hermonthú, Hermonthis. Véase Onú del Sur, 15, 25.

Hermopolis Magna, Unú, Khmunú, ciudad de Egipto, 27; su templo de Thot, 73; el príncipe Didufhorú encuentra el capítulo LXIV del Libro de los Muertos, 75; sus príncipes, 128; poseía una yeguada célebre, 375; sometida a Tafnakhti, 459; tomada por Pionkhi, 460; es administrada por un príncipe real en tiempos de la XXIIª dinastía, 455.

Hermopolites, Unú, nomo de Egipto, 27.

Hermos, río y valle de la Lidia, 272, 278, 576, 620.

Heródoto, sobre el Egipto, 1; sobre el origen del Delta, 8; el loto, 9; la alimentación de los egipcios, 10; los reyes constructores de las pirámides, 68-76, Asiquis, 76; el temperamento y la medicina de los egipcios, 84; Sesostris, 258; aplica el nombre de Asiria a toda la Caldea, 328, nota 1; Semiramis, 428, nota última; asesinato de Necao I, 516, nota última; comienzos del Imperio medo, 536-538; los Magos, 590, nota 1; costumbres funerarias de los iranios, 591, nota 4; los cimerianos, 591, nota 1; emigración a Etiopía de los soldados egipcios, 553; nota 2; cuenta el Periplo de los fenicios en tiempo de Necao II, 599; confunde Magdolos con Mageddo, 569 nota 1; origenes de Ciro, 615, nota 4; emplazamiento del sitio donde fue derrotado Creso, 623, nota 1; construcciones de Amasis, 645; sucesos de Cirene en tiempos de Amasis, 647, nota 1; coraza consagrada por Amasis en el templo de Minerva, 648, nota 1; lista de los conjurados persas, 580, nota última; sitio de Babilonia, 670, 671, notas; ennumera veinte satrapías, 673, nota 1; diversos pormenores acerca de la organización del Imperio persa, 674-683; acerca de las guarniciones persas en Egipto, 686, nota 4; robo de la imagen de Bel, 690, nota 4; isla de Elbó, 694; nota 4; su viaje a Egipto, 760 y siguientes.

Heshbon. Véase Khesbon.

Hezión, rey de Damasco, 405.

Hiades (Las), observadas por los egipcios, 81.

Hibit, El-Khargéh, su templo de Amón edificado por Dario, 687.

Hibonú, Miniéh, capital del nomo de Mihi, 27; tomada por Pionkhi, 459.

Hidames. Véase Vidama.

1. Hidaspes, Vistaspa, Gushtasp, rey mítico de la Bactriana, 583.

2. Hidaspes, Vistaspa, padre de Dario I, 666, nota; reprime la rebelión de Hircania, 672.

3. Hidaspes, Vistaspa, gobernador de la Bactriana, 692.

Hiena (La) en Egipto, 11.

Hieranconpolis, 57.

Hierática, escritura cursiva de los egipcios, 792-805.

Hierro (El), metal precioso en Caldea, 146; se eneuentra en Media, 532; en Chipre, 270.

Higuera (La), natural en Egipto, 9; en Fenicia, 203; en Galilea, 204.

Hiksos, Kyksos, Hiq-Satiú, Hiq-Shasú, Hiq-Shosú, su origen, 187, 188; su conquista del Egipto, 188; su primeras dinastías, 188-193; su expulsión, 195-197; la mayor parte de la nación se queda en Egipto, 197; forma allí un elemento semita distinto, 400; algunas tribus heteas los habían seguido a la Siria meridional, 206.

Hiliah, gran sacerdote de los judíos, 562 y siguientes, 600.

Himiaritas, tribus etiópicas emparentadas con los himianitas, 459.

Himno a Amon-Ra-Harmakhis, 315 y siguientes; al Nilo, 13-14.

Hinaman (El río), quizá el Indo, 331.

Hincks, egiptólogo inglés, 776.

Hinnóm (La garganta de), 367; el valle de Hinnom, 544.

Hipopótamo (El), natural de Egipto, 12; mata a Menes, 50; enviado como presente a Tiglatfalasar, I, 337.

Hippo, colonia fenicia, 357.

Hipponon. Véase Hibonú.

Hiq-Shasú, Hiq-Shosú. Véase Hiksos.

Hircania, Khnenta, Vehrkana, Varkana, Djuardján, 534; se subleva contra Darío, 670, 672; forma parte de la satrapía de Parthava, 673.

Hircœades, aventurero mardo, 624.

1. Hirom I, Hiram, rey de Tiro, su amistad con los hebreos, 374, 415: proporciona obreros y marinos a Salomón, 374, 375, 376; su muerte, 416.

2. Hirom II, rey de Tiro, 541.

Hirú-Khakéri, ciudad fundada por Usirtasen III, 121.

Hirushaitú (Los), derrotados por Pepi I, 92-93; por Tutmosis II, 230.

Histieo de Mileto, 682.

Hititas. Véase Khati.

Hivitas (Los), nación cananea. 212; sus alianzas con los hebreos. 347.

Hizkiah, Ezequías, rey de Judá, 464, 471, 601; su guerra contra Sennaquerib, 480, 484, 486; reconoce el poderío de Asiria, 542; prosperidad de la Judea bajo su mando, 543, 544 y siguientes.

Homero, acerca de la Tebas de Egipto, 25; sobre el oficio de pirata, 285; tradición relativa a su nacimiento, 704.

Homófonos (Los) de las escrituras antiguas, 797.

Hnés. Véase Hakninsú.

Honitsen, hija de Keops, 73, 398.

Hor-Psiukhanú, rey de la XXª dinastía, 402.

Horán, distrito de la Siria, 214, 343, 425, 529.

Horapolon. sus jeroglíficos, 792.

Horeb (Monte), 227.

Horim. pueblo cananeo, 205.

Horonaim, 423.

1. Horos, rey legendario del Egipto, 298.

2. Horos. Véase Horus.

Horsiatef, rey de Napata, 659.

Horus, vencedor de Sit en Khmunú, 27; es un gavilán, 32-33; rey de la dinastía divina, 39; venga a su padre Osiris, 46- 48; su nombre tomado como titulo real, 73, 103; reina en Etiopía, 221; va a proa y a popa de la barca solar, 315-316; tiene a los negros bajo su protección, 320; sus formas diversas, su culto es proscrito por Amenotés; niño. Véase Harpocrates.

Hoshéa, Oseo, rey de Israel, 444, nota 1; se subleva contra la Asiria, 452-453; hecho prisionero, 462.

Hrihorú, primer profeta de Amón, luego rey de Egipto (XXIª dinastía), 324, 397.

Huldah. Profetisa, 563.

Hum. Véase Ummán.

Humailú, rey de Caldea, 216.

Huní, rey de Egipto (IIIª dinastía), 67.

Husafaiti, rey de Egipto (IIª dinastía), 51; el capítulo LXIV encontrado en su tiempo, 75; así como un tratado de medicina, 84.

Hussi, Uxi, Uxianos, Khuzistán, pueblos del Elam, 178.

Hymer, nombre actual de Kishú, 482, nota 2.

Hyarazmi, Uvarazmiya, Khorasmia, Kharism, ocupada por los iranios, 533; conquistada por Ciro, 627; una de las satrapías del Imperio persa, 673.

Hypselites (Nomo). Véase Baar.

I

Ia, Ias, uno de los nombres de Chipre, 479, 703.

Iahú. Véase Jehová.

Iannas, rey Pastor (XVªa dinastía), puede ser el Khayani de los monumentos, 189, 200.

Iaubidi, Ilubidi, Iahubid, rey de Hamath, 385, nota última, 471, 472.

Iavana, uno de los nombres asirios de Chipre, 703.

Iberia, sometida por Melkarth, 269; los iberos del Asia Menor, 272.

Ibis (El), natural de Egipto, 12: primeramente Thot mismo, luego encarnación de Thot. 32, 33.

Icneumón (El), natural de Egipto, 11.

Ida (El monte), de la Misia, 272 y siguientes.

Idaea, uno de los nombres de la diosa Amma, en Frigia, 275.

Idadú I y II de Susa, 183.

Ideografismo (El), su definición, 773, 774; en egipcio, 801 y siguientes.

Idigna, Idignú, Idiklat, Diklat, uno de los nombres más antiguos del Tigris, 142.

Idrieo, tirano de Caria, 716.

Idrú (Montes), 334.

Idumea. Véase Edom.

Iehavmélek, su estela, 379, nota 4.

Ierza, ciudad cananea, 217, 404.

Iesréel (Llanura de), 218.

Ificrates en Egipto, 704.

Igurkapkapú, príncipe de Assur, 216.

Ijón, destruida por Tiglatfalasar II; 450.

Il. Ilú, Ilat, divinidades cananeas, 382. Véase Kronos-El.

Ilamtú. Véase Elam.

Ilibi, Elibí, su situación geográfica, 447; en guerra con Sharukin, 474, 479, 493; sometido por Sennaquerib, 482; por los medos, 536.

Ilión, 247, 274; su descripción, 274; en guerra contra Ramsés II, 265.

Iliria, visitada por los fenicios, 283.

Ilubidí. Véase Iaubidi.

Ilumailú, primer rey de la segunda dinastía caldea, 216.

Imbaros, montaña de Cilicia, 247, nota 1.

Imbros, colonizada por los tirrenos, 287.

Imendes, uno de los principales constructores del Laberinto, 125.

Imgurbél, uno de los muros de Esagila, reedificado por Asarhadón, 499.

Imhotpú, Asclepios, hijo de Ptah y de Sokhit, 31: identificado con el rey Tosortos, 57; su templo y su biblioteca médica en Menfis, 84; desciende a la categoría de dios provincial en tiempos de la XI dinastía, 103.

Impuros (Los) en Egipto, 299 y siguientes.

Imuthés, su biblioteca en Menfis, 84.

Indabigásh, rey del Elam, 524, 525.

Indathirses, rey de los escitas, 186.

India, según la leyenda conquistada por Sesostris, 251, 257, atacada por Semiramis, 331; según algunos, el Ofir de los judíos, 375, nota última; Darío I inicia su conquista, 677-678; limite de los países recorridos por Ciro, 628; aliada de los persas, 725.

Indo, por él desciende Escilax, 677.

Inédin, príncipe de Nishin, 185.

Inésin, rey de Urú, 185.

Intafernes. Véase Vindafrana.

Inundación (La) del Nilo, 2-8; del Tigris y del Éufrates, 144.

1. Iotef superior, Iotef Khont, Licopolites, nomo de Egipto, 27.

2. Iotef inferior, Iotef Poh'u, 27.

Irán (La meseta del), su descripción, 142, 531, 532.

Iranios. Véase Medos y Persas.

Iranzú, rey de Mannai, 474.

Irasa, lugar en donde son derrotados los egipcios, 611.

Irbaadad, príncipe de Asiria, 407.

Irdaniú, ciudad del Urarti, 431.

Iris, río del Asia Menor, 271.

Irisú, jefe sirio que reinó en Egipto, 294, 300.

Iritit, Irrithit, pueblo de Nubia sometido por Pepi I, 92; a Mirinri, 94.

Irmusinis, dios del Urartú, 430.

Irriga, ciudad de Caldea, 332.

Isaías, Iéhsaiah, sus profecías contra Efraim, 453; su influjo en el desenvolvimiento de las ideas religiosas, 471, 472, 542, 544; su papel político, 484-485; su muerte, 544.- El segundo Isaías, 640.

Ishaí; padre de David, 364.

Ishbaal, Ishboseth, Isboseth, hijo de Saúl, 366 y siguientes.

Ishmidagan, príncipe de Assur, 216, 328, 337.

Ishpakai, rey de los escitas, 503.

Ishpuinis, rey de Urarti, 431.

Ishtar, diosa caldea, 174, 175, 332, 378, 523; se aparece a Assurbanabal, 519; el planeta Venus, 160, 163; su templo en Nínive. 413.

Ishtarnakhuntá, rey del Elam, 527.

Ishturvegú, Astiages, rey de Media, 580; su reinado, 615-617: 617-618.

Isimkhabit, rey de Egipto (XXIª dinastía), 397, nota.

Isinofrit, reina de Egipto, 287.

1. Isis, el Nilo producido por sus lágrimas, 6; diosa de los muertos, 30; socorre a los muertos como ha socorrido a Osiris, 43: sus templos en Gizéh, 73; Sothis le está consagrado, 81; su templo en Menfis.

2. Isis, madre de Tutmosis III, 309.

Iskigulú, territorio del Urartú. 430.

Ismael, asesina a Guedaliah, 608.

Ismenías, en Persia. 710.

Ismidagán, rey de Asiria, 216.

Iso, victoria de Alejandro, 729.

Isoglú, conserva todavía monumentos de los reyes del Urarti, 429.

Issakhar, una de las doce tribus, 341, 346, 367, 395; su situación, 316; se une a Barak, 349.

Istubar. Véase Gilgamés.

Italia, cruzada por Melkarth. 260; recibe colonias fenicias, 283, 355.

Itanos, colonia fenicia, 283.

1. Ithobaal I, rey de Tiro, su alianza con Acab, 415 y siguientes.

2. Ithobaal II, 483.

3. Ithobaal III, 609.

Itonú, tribu aramea de las orillas del Tigris, 445.

Ituni. general susiano, 520.

Iuhmú, ciudad cananea. 217, 221.

Izebel, Jezabel, se casa con Acab, 415; asesinada por Jehú, 425.

J

Jabbok, afluente del Jordán, 204, 211, 343, 305.

1. Jabésh, de Galaad, sus habitantes se llevan el cadaver de Saúl, 364.

2. Jabésh, padre de Shalúm, 443.

Jabin, rey de Hazor, muerto, 345.

Jabsokham, uno de los Gibborim, 368.

Jacob, toma el nombre de Israel, 192, nota 3: patriarca de las doce tribus, 192, 341; su estancia en Galaad, 343; los santuarios cananeos llenos de recuerdos suyos, 387; su bendición, 395.

Jaél, mata a Sisera, 349.

Jahubid, rey de Hamat, 471. Véase Iaubidi.

Jahvéh, Jehová, nombre del dios nacional de los hebreos, que mora en el Sinaí, 342: quizá al principio el dios delos Kenitas, 385, nota última: su aparición a Elías, 418, 419; no confía su verdadero nombre más que a Moisés, 442; idea que de él se forma Isaías, 471; en tiempo de

Ezequías y de Josiah, 542,544 y siguientes; en Jeremias en el mmento de la caida de Jerusalén, 600, 609; trasforma en animal a Nabucodorosor, 615; en Ezequiel en tiempo del cautiverio, 631, 737; el Jehovaista, 442, nota.

Jair, uno de los Jueces de Israel, 343.

Jalysos, colonia fenicia, 280.

Janoha, ciudad de Israel, tomada por Tiglatfalasar II. 450.

1. Jantos, ciudad de Licia, 627.

2. Jantos, de Lidia, sus relatos legendarios, 573, nota 3; acerca de los Magos y Zoroastro, 583.

Jardanos, 573.

Jébus. Jebusitas, ciudad y tribu cananea, 212, 345, 352, 363; queda independiente de los hebreos, 316; sus alianzas con ellos, 347; tomada por David, viene a ser Jerusalén, 367.

Jefté, originario de Galaad, 348; libra a su país de los ammonitas, 351; sacrifica la vida de su hija, 388.

1. Jehoiada, padre de Benaiah, 368.

2. Jehoiada, gran sacerdote de Jerusalén, 433.

1. Jehoram, Joram, hijo de Acab. 417: rey de Israel, 423, 429, asesinado por Jehu, 425, 426.

2. Joram, hijo de Thú, 369.

3. Joram, hijo de Ginath, su muerte violenta, 405.

Jehú, ungido por Elías rey de Israel, 419; acaba con la familia de Omri y de Josafat, 425, 426; sus guerras desgraciadas, 426-434. Véase 414, nota.

Jékhiel, padre de Shékaniah, 754.

Jenágoras, sátrapa, 674, nota 1.

Jenofonte, acerca del sitio de la batalla en que Creso fue vencido, 623, nota 1; acerca de la muerte de Ciro, 642.

Jénysos, Khan-Yunes, 653.

Jérabis, una de las situaciones atribuidas a Gargamish, 206, nota. Véase Gargamish.

Jerebekhiah, padre de Zacarías, 472.

Jeremiah, Jeremías, celebra la derrota de Necao, 596; dificultades con que tro- pieza su predicación, 600-608; se refugia en Egipto, 608; sus últimas predicciociones, 608-610: los desterrados judíos. 630-635. El segundo Jeremías, 636.

Jericó, 744; tomada por Josué, 344, 346, 368, 417: Zedekias es detenido allí, 606; repoblada a la vuelta del cautiverio, 744.

1. Jerjes I, Khshayarsha, rey de Persia, 689 y siguientes, 726, 731, 738, 739; su muerte, 691.

2. Jerjes II, rey de Persia, 696.

1. Jeroboam I, se refugia en Egipto, 392, 404; elegido rey de Siquém, 393, 304; su reinado, 395 y siguientes; su muerte. 405.

2, Jeroboam II, rey de Israel. 441: su reinado es una de las épocas más fecundas de la literatura religiosa, 442-445; la última esperanza de Israel se extingue en él, 449.

Jeroglífica (La escritura), sus principios, 792 y siguientes; de los reyes de Meroé, 807; de la Siria y del Asia Menor, 808.

Jeroglíficos (Los) de Horapolon, 702.

Jerubbaal, Gedeon, sus hazañas contra los madianitas, 300; proclamado rey por los de Manasés, 350 y siguientes.

Jerusalén, es capital de los israelitas, 367-368; embellecida por Salomón, 3704 su templo, 376-378; tomada por Sheshonq I, 404, 406, 454; sitiada por Khazael, 433; tomada por Joás, 432; sitiada por Sennaquerib, 485; tomada y destruida por Nabucodorosor, 604, 607, 608.

Jéshua, pontífice de los judíos, 746, 747; jefe único de la colonia después de la desaparición de Zorobabel, 747.

Jezabel. Véase Izebél.

Jezréel (La llanura de), 364, 419, 425.

Joab, jefe de los Gibborim, 368: se apodera de Jébus. 367; derrota a los edomitas, 370; mata a Absalón, 373, asesinado por orden de Salomón, 373.

1. Joacáz, hijo de Jéhu, rey de Israel, 434.

2. Joacáz, rey de Judá, 600.

1. Joah, uno de los oficiales de Hilkiah, 483, 486.

2. Joah (El canciller), 484.

1. Joas, rey de Israel, 439, 440, 449.

2. Joas, rey de Judá, 426, 434.

Joctánidas (Los), tribu árabe, 608.

Joel, profeta hebreo, 438, nota 2.

1. Joiakim. Eliakim, rey de Judá, 569; sometido a Nabucodorosor, 597; se subleva, 601.

2. Joiakim, gran sacerdote, hijo de Jeshúa, 747.

3. Joiakim, rey de Judá, 602, 603, 660, 631, 636.

Jokhanán, ataca a Ismael, 608.

1. Jonathan, Jonathas, hijo de Saúl, se apodera de Gibea, 360; salva a David, 365; su muerte, 365.

2. Jonathan-ben-Gersom, uno de los Gibborim, 368. 389, 390.

Jonia Yauna, Jonios, establecidos a lo largo de la rama Pelusiaca, 551; colocados por Psamético I en el ala derecha del ejército egipcio, 552; trasladados a Menfis por Amasis II, 649; en guerra con Giges, 576-577; sometidos por Creso, 620-621; forman una satrapía, 672; se sublevan contra Dario I, 681, 682: los supuestos monumentos de Sesostris en Jonia, 257.

Jónicas (Islas), colonizadas por los fenicios, 283.

Joppé, Jaffa, puerto cananeo. 204, 212, 230, 353, 368; colonizada por los fenicios, 270, 305.

Jordán (El), 352, 368, 568; su valle 204; cruzado por Moisés, 341; los distritos del alto Jordán saqueados por Amenotés, 231.

Josafat, Jehoshafat, 421, 424, 425; Athaliah acaba con su raza, 433.

José, su leyenda, 193, 296; 346, 349; padre de Efraim y de Manasés, 341; tribu de José, 394, 395, 414.

Josefo, atribuye a Nimrod la construcción de la Torre de las Lenguas, 174; su relato acerca de la conquista del Egipto por Nabucodorosor, 610.

Josiah. Josías, rey de Judá, 545; descubrimiento del Deuteronomio, 564-567; Véase 759; reinaba en el momento de la invasión de los cimerianos, 556-558; muerto en Mageddo, 568; su muerte es un golpe dado a las esperanzas de los profetas, 598, 600.

Josué, hijo de Nun, conquista el país de Canaán, 341 y siguientes; 346, 347, 358.

Jothán, rey de Judá, 449.

Judá, su tribu se establece cerca de Hebrón, 341; recoge los restos de Simeón, 346; su situación, 346; coloniza una parte del Néguev, 352; atacado por los filisteos, 360; en tiempo de Samuel, 362-363; en tiempo de David, 364 y siguientes; se separa de Efraim y forma el reino de Judá,

393; más compacto que Israel, 395; sus destinos hasta la caída de Samaria, 405, 417-427, 429-443, 449-451; en el reinado de Ezequías, 471-472; 477, 481- 487, 542-544; hasta la caída de Jerusalén, 543-565; repoblada en los tiempos del destierro, 641, 745 y siguientes.

Judea. Véase Canaán, Palestina, Hebreos, Judá.

Judíos (Los). Véase Hebreos y Judá.

Jueces (Los) de los hebreos, 347 y siguientes.

Juliano, el último Apis es entronizado reinando él. 36, nota.

1. Júpiter. Véase Zeus.

2. Júpiter (El planeta). Véase Hartapshitiú y Marduk.

3. Júpiter Ideano, su papel en la fundación de Dardania, 277.

Jurado (El) infernal de los egipcios, 42.

Juventud (Fuente de), 175.

K

Ká. Véase Doble (El).

Kaabah (La), atacada por Nabucodorosor, 608.

Kaas, pueblo nubio, 118.

Kaaú, pueblo nubio derrotado por Pepi I, 92.

Kabzéel, 368.

Kadashmanbél, rey coseano de Caldea, 328.

Kadashmankharbé, hijo de Karakhardash, rey coseano de la Caldea, 329.

1. Kadesh. Véase Qodshú.

2. Kadesh-Bamea, una de las estaciones de los hebreos, 342.

3. Kadesh de Naftali, tomada por Tiglatfalasar II, 450.

Kadimirra, una de las dos ciudades de que se componia Babilonia, 177.

Kadmos, sus viajes, 283; según los griegos, inventor de la escritura, 811; las letras cadmeas, 811-813.

Kadys, rey de Lidia, 573.

Kadytis. Véase 2. Qodshú y Gaza.

Kænæ, nombre de Assur en Jenofonte, 735, nota 1.

Kaferistán, sometido a Ciro, 628, nota 1.

Kafit, Kafti, Kifta, Kefenes, nombre de la costa fenicia en los monumentos egipcios, 211, nota última, 229.

Kafr-el-Batran (Tumba de Khamoisiten), 287, nota.

Kaftor, lugar de origen de los filisteos, 437.

Kaiekhos. Véase Kakoú.

Kaigash, pueblo libio, 303.

Kaikos, río de Asia Menor, 272.

Kairatos. Véase Cnosos.

Kakón, ciudad de Siria, 218.

Kakón, Kaiekhos, rey de Egipto (IIª dinastía). 56.

Kalak-Shergar, Elassar, 216.

Kalakh, Kalkhú, 328, 444, 464, 560; su descripción, 408; permanece fiel a Salmanasar II, 427; se subleva contra Assurnirari, 443; Tiglatfalasar II muere en ella, 452; construcciones de Asarhaddón, 511; saqueada por los escitas, 555.

Kaldi (Los), raza habitante en el Urartú, 429.

Kama, reina egipcia, 136.

Kambiusit, ciudad de Nubia, 623, nota 1.

Kambles, rey de Lidia, 573.

Kamosh, dios de Moab, 380, 383, 423, 442.

Kamosis, rey de Egipto (XVIIª dinastía), 196, 198; su hija Nofritari, 198.

Kandalanú, nombre que toma Assurbanabal al hacerse rey de Babilonia, 525.

Kan-Nischraya, quizá Nisrona de los textos de Tutmosis III, 227, nota 2.

Kapros, nombre del Zab entre los griegos, 143, nota 8.

Kapur, jefe libio, 303.

Kaquimní, escriba egipcio, 88.

Karai, rey de Egipto (Va dinastía), 78.

Karbina, Karbanit, ciudad del Delta, 301; Taharqú es derrotado en ella, 513.

Karduniash. Véase Caldea.

Karibushashusinak, de Susa, 183.

Karkar, derrota de Benhadad II, 420; de Iahubid, 472.

Karnak, población del Egipto en el emplazamiento de Tebas, 25; construcciones de la XIIª y de la XVIIIª dinastía, 229, 234, 235, 241; puerta triunfal erigida por Harmhabi, 242; sala hipóstila Seti I, 248; Ramsés I da el plano, 259; Ramsés II la adorna, 260; construcciones de Ramsés III, 305 y siguientes; inscripción de Seshonq I, 404; los templos restaurados por Shabakú, 481; por Psamético I, 549; en tiempo de Amasis, 645; bajo los últimos reyes indigenas, 721, nota última.

Karné, ciudad de Fenicia, 209.

Karpasia, ciudad de Chipre, 270.

Karsha, uno de los dioses elamitas, 526.

Karshki. Véase Colquios.

Kashshi (Los), Kashsú, 329. Véase Coseanos.

Kashtariti, jefe de hordas, lucha contra la Asiria, 503.

Kashto, rey de Etiopía, sucesor de Pionki, 462.

Kasios (El monte), su colonia fenicia, 382.

Katatú, Kazatú. Véase 2. Qodshú y Gaza.

Kathusil I y II, reyes de los heteos, 207, 252-254; visita a Ramsés II, 258.

Katpatuka. Véase Capadocia.

Kazandane, mujer de Ciro, 644, nota 1.

Kébar, canal de Caldea, 630.

Kébrene-Kébrenes, ciudad y pueblo de la Misia, 274-277.

Kédar, Kidri, tribu árabe, 507, 522, 528, 608.

Kedesh, ciudad de Israel, 450.

Kedeshot, las cortesanas sagradas, 384.

Kéfatiu, nombre dado por los egipcios a los cretenses, 283.

Kéhaka, tribu libia que invade el Egipto en tiempo de Mineftah, 289; en tiempo de Ramsés III, 300.
Kelænæ, principado tirio, 573.
Kénath, ciudad del Horán, 343.
Kenitas, tribu de la Siria meridional, 341, 342, 349.
Kenkenes, rey de Egipto (Iª dinastía), 56.
Kennús, habitantes actuales de la Nubia, 16.
Kentrites, Biblis Khai, afluente del Tigris, 143.
Kerend (El paso de), 670.
Kerferes, Snofrui, rey de Egipto (IIIª dinastía), 78.
Kerkasoron, Kerkasora, ciudad de Egipto, 7.
Keteanos. Véase Qidi.
Kévan, divinidad adorada por los judíos, 434.
Khabbisha, rey de Egipto (XXVIIª dinastía), 700.
Khabisú. Véase Estrellas.
Khabur, Aborrás, Caborrás, afluente del Éufrates, 143; Kurnih o Khabur, 327, 328, 336, 464, 672; campaña de Assurnazirabal, 411.
Khafri, Kefrén, rey de Egipto (IVª dinastía), 17; sus estatuas en Bulaq, 68, 75; su leyenda, 67-72; su historia, 72-74; el Kefrén de Heródoto es un héroe de narración popular, 74.
Khaggit, una de las mujeres de David, 373.
Khahkhar, país de la Media, 475.
Khaidali, Khaidalú, ciudad del Elam, 492, 525.
Khaires, rey de Egipto (II* dinastía), 56,
Khaldiri, ciudad del Urarti, 430.
Khaldú, dios del Urartú, epónimo de la raza, 430.
Khalepsarú, uno de los jefes hititas que asistieron a la batalla de Qodshú. 254.
Khalkhuriti, poblado del Horan, 529.
Khalrukhuratir, de Susa, 183.
Khalú, príncipe de Assur, 216.
Khaludush, rey del Elam, 526.
Khaluli, victoria de Sennaquerib, 493.
Khalupu, Khalván. Véase Alep.
Khalus, río de la Siria del Norte, 203,
1. Kkamanú. Véase Amanos.
2. Khamanú, ciudad del Elam, 178.
Khamararús, tribu aramea, 445.
1. Khamoisit, hijo de Ramsés II, 287.
2. Khamoisit, escriba, 311.
Khanigalbat, victoria de Asarhaddón, 498.
Kharakhardash, rey coseano de Caldea, 329, yerno de Assurubalit, 329.
Kharia, país sometido por Tiglatfalasar I, 334.
Kharmis, afluente del Khabur, 411.
Kharrán (El país de), 192, 486, 628.

Kharsag Kalamma (la Montaña santa), 154. Véase 637.

Kharú, Sharú, Akharrú, nombres egipcios dados a la Siria, 327.

Kharubainis, dios del Urartú, 430.

Khasa, pueblo nubio, 693.

Khasisadra, Xisuthros, su leyenda, 170, 172.

Khati, Kheta, Hititas, sometidos por Sargón I, 182; su origen, 205-206: rechazados de Babilonia por Samsuditana, 206; nna de sus tribus se establece cerca de Hebrón, 206; Qodshú viene a ser una de sus capitales, 219; vencidos por Tutmosis III, 226 y siguientes; su tratado con Ramsés I, 244; sus guerras con Seti I, 245-247; su expansión en Asia Menor, 247; sus guerras con Ramsés II, 252-258, 262-268; su tratado de alianza con el Egipto, 256; Ramsés II se casa con la hija de un príncipe de Khati, 258; llegan hasta el mar Egeo, 280; son rechazados por los frigios, 284, 285, 286; auxiliados durante un periodo de carestía por Mineftah I, 288; su debilidad en tiempo de Ramsés II, 301, 304; su alianza pone de moda los dialectos sirios en Egipto, 399, su decadencia en el momento de las invasiones asirias, 336; sometidos por Tiglatfalasar I, 336; derrotan a Assurnazirabal II, 339; los hititas meridionales se alían con los judíos, 347; sus reyes se proporcionan caballos en Egipto, 375; sometidos a Assurnazirabal, 412; han desaparecido por completo en la época persa, 734.

Khayani (La estatua de), 191. Véase Iannas.

1. Khazael, rey de Damasco, 419, 424, 504; sus victorias sobre los judíos, 433.

2. Khazael, de Adumú, 494, 504.

Khazú, país de Arabia, 505.

Kefrén, rey de Egipto (IVª dinastía), 17.

Khelbón, ciudad vecina a Damasco, 214.

Khelidonianas (Islas), límite de los dominios persas, 695.

Khemi, Khemnis, ciudad y nomo de Egipto, 26. Véase Apú.

Keops, Khufú, Sufis, Sofé, se puede reconstituir su corte por medio de los monumentos, 68; construye la gran pirámide, 68, 69: su leyenda, 68, 73; su historia, 73; el Keops de Heródoto es un héroe de cuento popular, 73, 74; más tarde se le atribuye un libro sa- grado, 69, tratado de medicina hallado en su tiempo, 83; funda Monait-Khufú, 27; lo que de él se sabía en la época persa, 767-769.

Kheres, rey de Egipto (Va dinastía), 79.

Khesbón, Kheshbón, ciudad de los amorreos, 212.

Khilmú, distrito del Elam, 522.

Khissapa, ciudad hetea, 207; su dios lleva el nombre de Sutkú, 380.

Khiti, princesa egipcia, 128.

Khituí II, rey de las dinastías heracleopolitanas, restaura al Faraón Marikari, 100.

Khminú. Véase Apú.

1. Khmunú. Véase Hermópolis Magna.

2. Khmunú, nomo de Egipto, 240, 455, 458, 459.

Khnenta Vehrkana. Véase Hircania.

Khninsú. Véase Hakhninsú.

1. Khnumhotpú (El enano), su estatua en el museo de Bulaq, 64, nota 1.

2. Khnumhotpú, príncipe de Beni-Hassan, 128; bajo relieve de su tumba, 114.

Khnumú, dios creador, asimilado al Nilo, 14; adorado en las cataratas, 29; aparece en las estelas del Imperio medio, 103; adorado en Semnéh, 121.
Khoatrás (El monte), cruzado por los iranios, 531, 532.
Khoaspes, río del Elam, 178; sus aluviones, 144.
Khoder-Laomer. Véase Kudur-Lagamer.
Khofni, hijo de Eli, 360.
Khonsú, dios de Tebas, 322, 323; de Napata, 458.
Khont-Amentit, el Osiris infernal, 40.
Khonthunofri, su rebelión, 197.
Khomi, Silsilis, ciudad de Egipto, 25.
Khopri, el que nace, el sol levante, 36, 300, 319.
Khopriú, los devenires del hombre, 41.
Khorasmia. Véase Uvarazmiya.
Khorsabad. Véase Dur-Sharukin.
Khosmabelos, uno de los reyes míticos de la Caldea, 174.
Khrodi, hijo de Duauf, consejos a su hijo, 133.
Khshatrapa, Khshatrapava, Khshatrapan, 673, nota 2. Véase Sátrapas.
Khshatravairya, uno de los Ameshaspentas, 585.
Khshatrita, se subleva contra Dario I, 670, 671.
Khshayarsha. Véase Jerjes.
Khsoú, Xois, ciudad del Delta, 29.
Khrysaor, hijo de Gerión, 269.
Khú, una de las formas del alma entre los egipcios, 41.
Khubushna, victoria de Asarhaddón, 502.
Khufú. Véase Keops.
Khumanú, Comana, una de las capitales de la Capadocia, 273; sometida por Tiglatfalasar I, 339; por Sargón, 475.
Khumbaba, rey del Elam. 175.
Khumbadara, rey del Elam. 527.
Khumbanigash, rey del Elam, 520, 527, 529.
1. Khumbankhaldash I, general susiano, 525-526; rey del Elam, 499.
2. Khumbankhaldash II, rey del Elam, 499.
Khumbaskhia, cantón de la Asiria, 431.
Khumbaundash, general elamita, 493.
Khuniatonú. Véase Amenotés IV.
Khutniatonú, capital del Egipto en tiempo de Amenotés IV, 240; abandonada por Ai, 241.
Khuradi, ciudad del Elam, 527:
Khurbatila, rey del Elam, 329.
Khutrantepti de Susa, 183.
Kibrya, colonia fenicia, 280.
Kiengi, ciudad de Caldea, 180.
Kifta. Véase Kafit.

Kimit, nombre nacional del Egipto, 23, 258, 294, 295. Véase Egipto.

Khinahía, capital del Patin, 336.

Kindakarbú, uno de los dioses del Elam. 526.

Khingú, esposo de Tiamat, 167.

Kin-Nesrin, quizá Misrona, 227, nota2.

Kinyras, su leyenda, 269.

Kipkip, ciudad de Etiopía, 518.

Kir, ciudad de Armenia, 451.

Kiriath-Arba. Véase Hebrón.

Kiriat-Iéarim, repoblada a la vuelta del destierro, 744.

Kircher (A.), sus trabajos acerca de los jeroglificos, 793.

Kirshamas, dios elamita. 526.

Kis (Los patronos de), 637.

Kish, ciudad de Caldea, 182.

Kisik, ciudad de Caldea, 478.

Kishon (El valle del), 349, 350, 359.

Kishú, victoria de Sennaquerib, 482.

Kition, Kitium, Kittim, ciudad de Chipre, 353; sometida a Hirom I, 415; los kitianos se sublevan contra Tiro, 452; son reducidos, 452; Kition bloqueada por Cimón, 694; es uno de los últimos puestos conservados por los fenicios en Chipre, 703; florece de nuevo un momento bajo la dominación persa, 704; tomada por Evagoras, 704; era todavia fenicia en tiempo de Alejandro, 734.

Klaproth, sus ataques a Champollion, 796.

Kobos, rey de los cimerianos, 556.

Kohistan (El), sometido por Ciro, 628, nota 1.

Ko-Komé, su pirámide, 51.

Kom-Abú-Khanzir, aldea en el emplazamiento de Menfis, 259, nota.

Kom-el-Ahmar. Véase Nofirús.

Korosko, en el Nilo, 661.

Korsoté, lugar de las orillas del Eufrates, 734.

Kronos (El), funda Béruth y Byblos, 209; dios de Byblos, 381.

Kualis, nombre cilicio de origen hitita, 273, nota 2.

Kudur-Lagamer, rey del Elam, invade la Siria. 215.

Kudur-Mabuk, rey del Elam y de Caldea, 215.

1. Kudur-Nakhuntá I, rey del Elam, somete la Caldea, 186, 215.

2. Kudur-Nakhuntá II, rey del Elam, destrona a Kaludush, 492; atacado por Sennaquerib, su muerte, 492.

Kudurnakhunté. Véase Kudur-Nakhuntá.

Kummukh, Comagena, su situación, 333; sometida por Tiglatfalasar I, 334; por Assurnazirabal, 410: por Tiglatfalasar II, 445: por Sharukin, 479.

Kummuth, dios caldeo, 164.

Kundú (fortaleza de), 502.

Kundurus, victoria de Dario I, 671.

Kurab, Kyros, río de Persia, 539.

Kurdos, Kurdistan (Montañas del), 235, 409, 410 y siguientes.

1. Kurigalzú I, rey coseano de Caldea, 329.

2. Kurigalzú II, rey coseano de Caldea; su parentesco con los reyes de Assur; sus triunfos sobre los elamitas; derrota al rey de Assur, 329.

Kurkhié-Kirkhi, sometido por Tiglatfalasar I. 334; por Assurnazirabal, 410.

Khurion, ciudad de Chipre, 270.

Kurnib o Khabur, afluente por la izquierda del Tigris, 328.

Kurnudé, el otro mundo entre los caldeos. 156.

Kurush. Véase Ciro.

1. Kush, Kashú. Kushitas, de la Arabia meridional y de la Nubia, 222; del golfo Pérsico, 153 y siguientes. Véase Etiopía.

2. Kush (Principe de) o virrey de Egipto, 128.

3. Kush, (El etíope), hijo de Cam. 15.

Kusit, Kuse, capital del nomo Iotef superior, 27.

Kuta, Kuti, Kuteanos, ciudad de Caldea, 177, 745; tomada por Salmanasar III, 420, por Assurbanabal, 524; una parte de los colonos samaritanos originarios de esta ciudad, 745, 746.

Kusweik. río de Siria, 227, nota 2.

Kuyundjik, excavaciones de Layard, 776.

Kyrele, uno de los nombres de Amma entre los frigios, 275.

Kyros. Véase Kurab.

Kythnos, coloniza Chipre. 702.

L

Laarcos, hermano de Arkesilao, 647.

Labán, en el territorio de Galaad, 343.

Labashimarduk-Laborosoarkhod, rey de Babilonia, 614.

Laberinto (El) de Egipto, 123.

Labynetos. Véase Nabunahid.

Lacedemonios (Los). Véase Esparta.

Laconia, el golfo frecuentado por los fenicios, 283; los tirrenos dejan huellas suyas en Laconia, 287.

Lacrates, 719.

Ladiké, mujer de Amasis II, 647, 656.

Ladrillos (Los) escritos de Babilonia. 741.

Lagamar, dios del Elam, 526.

Lagash-Zirpurla, ciudad de Caldea, 177, 180, 181, 182, 184-185.

Laguda, dios caldeo, 478.

Lais, colonizada por los sidonios, 268: tomada por los danitas y llamada Dan, 346; su santuario. 390. Véase Dan.

Lakhamú, Lakhmú, seres fantásticos de la cosmogonia caldea, 167.

Laki, sometidos a Assurnazirabal, 411.

Lamas, nombre de una clase de genios en Caldea, 158.

Lamios de Esparta, 715.

Lamnanú (Los), pueblo del Libano, 228.

Lampsaco, colonia fenicia, 282.

Lang, acerca del chipriota, 789.

Laodicea ad Libanum, Tell, Naby Mendoh, emplazamiento de Qodshú, 218, nota.

Lapethos, ciudad de Chipre, 270, 355.

Lapislázuli (El) del Puanit, 222: de la Media, 532; llevado a Asiria, 447; cómo se dice en egipcio, 775.

Lappa, colonia fenicia, 283.

Larancha, quizá Larsam, 169; quizá ha de corregirse diciendo Shuripak, 169, nota 1.

Laribda, estación del desierto de Arabia, 523.

Larissa, nombre de Kalakh en la época persa, 736.

Larsam. Senkeréh, ciudad de Caldea. 169, 177, 478; consagrada al dios Shamash, 161: restos de construcciones de Urengur, 184; independiente del Elam. 215; de Shargina I, 181; Ciro restaura sus monumentos, 632.

Lassen (Cr.), sus trabajos acerca de los caracteres cuneiformes, 776.

Latín (El), su alfabeto, 812.

Latopolis. Véase Sanit.

Latopolites. Véase Ten.

Layalé, rey de Yadiah, 505.

Layard, sus escavaciones, 776.

Lea. primera mujer de Jacob, 341.

Leake, viajero inglés, 275.

Lebene, colonia fenicia, 283.

Leemans, egiptólogo holandés, 796.

Lehabim, hijo de Mizraim, 15.

Leipsius, egiptólogo alemán, 796.

Leka. Véase Licia.

Lelegia, Lelegos (Los), su origen. 278.

Lemnos, colonizada por los sidonios, 282; por los tirrenos, 287.

Lenormant (Ch), egiptólogo francés, 796, 890.

Lenormant (Fr.), acerca de las tribus no semíticas de Caldea, 142, nota 1; corrige Larsam por Shurippak, 169, nota 1.

Lenteja (La), natural en Egipto, 10.

León (El) en Egipto, 11; en Media, 532.

León (La fortaleza del), 245.

Leopardo (El), en Egipto, 11; en Media, 532.

Leptis, colonia sidonia, 357, 541.

Lesbos, 272.

Letopolis, ciudad de Egipto, 28.

Letopolites, nomo de Egipto, 28.

Leuké, ciudad de Asia Menor, 710.

Leví, hijo de José, 341; la tribu de Leví destruida, 346; es insultada en la Bendición de Jacob, 395; exaltada en la de Moisés, 441-442; sus descendientes se consagran todos al sacerdocio, 442; los levitas en Ezekiel, 635-636; su papel a la vuelta del cautiverio, 746, 747, 752, 753.

Libano. Libana, montaña de Fenicia, 201, 228, 246, 268, 336, 381, 392, 413.

Libia, Libios, Lobú, Robú, Lehabim, 15; se sublevan contra Nekherofes, 57; sometidos a Pepi I, 93; a Amenemhait I, 107; vencidos, 199; sometidos a Seti I. 251; a sueldo de Ramsés II, 252: aliados a los tirrenos, 287; invaden el Egipto en tiempo de Mineftah I, 287 y siguientes; en tiempo de Ramsés III, 300 y siguientes; establecidos en el Delta. 400; sometidos a Tafnakhti, 458; se someten a Cambises, 593; el reino de Libia en la época persa, 691-694.

Líbico (El nomo) sometido a Tafnakhti, 458; a Inaros, 694.

Libro (El) de la Alianza, 436.

Libro (El) de la Ley de los Judíos, escrito en tiempo de Josiah, 563.

Libro (El) de los muertos o Ritual funerario, 43-46; el capítulo LXIV descubierto en tiempo de Husafaiti, 51, 52, 75; o en tiempo de Keops, 75, 76.

Licaonia, 725; sometida a Creso, 621.

Licia, Licios, Leka, en relación con los heteos, 247; país de la Quimera, 272; di- fusión de los licios por el Antiguo Mundo, 278; se resisten a la colonización semítica, 280; sus emigraciones, 286; en guerra con Ramsés II, 252, 265, 286; contra Mineftah I, 290; contra Ramsés III, 301; no sometidos a Creso, 621; sometidos por Harpagos, 627; forman parte de la satrapía de Yauna, 672; el alfabeto licio, 813.

Lidia, Lidios, Ludim, su supuesto origen semitico, 273; sus tradiciones más antiguas, 278, 279, 286; su historia hasta el siglo VII, 525, 520, 573-581, 619, 620; en el reinado de Creso, 621-627; colocados por Ciro bajo la autoridad de un gobernador persa, 627; en tiempo de Oroetes, 669; forman parte de la satrapía de Zparda, 672.

Lidos, héroe epónimo de la Lidia, 286.

Liebre (La) de orejas largas, natural del Egipto, 11.

Lilibea, colonia fenicia, 357.

Limirpateshiassur, nombre dado por Taharqú a Athribis, 509.

Limmanú, pueblo de la Siria, 228; Seti los obliga a derribar sus árboles, 245.

Linceo, origen de Panópolis, 770.

Lindos, colonia fenicia, 280.

Litany. Véase Nazana.

Llanura oriental (La) en Media, 532.

Lobo (El) en Egipto, 11.

Lomitu, Romitu, Ludim, nombre nacional de los egipcios, 15.

Loto (El) en Egipto, 9; una de las formas místicas del alma, 43, nota 1.

Lubarna, rey de Patin, 412.

Lud, hijo de Sem, 273.

Ludim, primogénito de Mizraim, 15.

Lugalzaggizi, de Gishkhú, 181.

Lugalbanda, de Lagash, 180.

Lukhaatú, tribu aramea, 445.

Lukhuti, región de los hititas, 413.

Luliya, Eluli, Elulæos, rey fenicio, sus luchas contra la Asiria, 463, 480-483.

Luxor, El-Aqsorain, ciudad moderna en el emplazamiento de Tebas, 25; sus monumentos, 235, 259, 306.

Lutipris, padre de Sharduris, 429.

Luynes (El duque de), 788.

Lycérus, rey fabuloso de Babilonia, 195.

Lykos. Nahr-el-Kelb, 203; nombre griego del Zab, 143, nota 8.

M

1. Maakha, una de las mujeres de David, 373; madre de Tamar, 373.

2. Maakha, mujer de Abijam; 418.

3. Maakha, sometida a Damasco, 214: conquistada por Hadadezer, 369; le sigue contra David, 371; Véase Abel-Beth-Moakha.

Maasiah, padre de Zedekiah, 603.

Maazéh, tribu beduina, 400. Véase Maziú.

Mabog. Véase Gargamish.

Macedonia, 274, 728; sometida por Darío I, 682; perdida por Jerjes I, 691; derriba el Imperio de los persas, 728-729.

Macrones (Los), pueblo del Asia, 732.

Macho cabrio (El) de Mendés es el alma de Osiris, 34; reconocido como dios por Kakou, 51.

Madaktú, Badaca, ciudad del Elam, 178, 492, 525, 526; Kuturnakhuntá se refugia en ella, 492.

Madera (La) se encuentra abundante en Chipre, 270.

Madi, Maditi, Mataia, pueblo de Etiopía, 659.

Madián, Madianitas, 342; deshechos por Gedeón, 350.

Madón, país sometido por Tutmosis III, 229.

Madyes, rey de los escitas, hijo de Bartatúa, 555-556.

Magán (País de), 181, 182.

Magdolos, en lugar de Mageddo, 569.

Mageddo, Magidi, Magiddo, su papel en las guerras egipcias. 218, 220, 349, 404; victoria de Tutmosis III. 224; recibe guarnición egipcia, 248; independiente de los hebreos, 346; fortificada por Salomón, 374; victoria de Necao II.

Magia (La) en Egipto, 80, 87; en Babilonia, 164, 165.

Magnés, su leyenda, 577.

Magnesia (Las dos), 278, 502.

Magos (Los), Magush, de Media, 533, 590 y siguientes.

Mahalib, ciudad fenicia, 482.

Mait, diosa de la verdad en Egipto, 240.

Maka, una de las satrapías, 673.

Makhanaim, santuario cananeo, 343, 387; residencia de Ishbaal, 366.

Makhanath, no es el nombre de Palermo, 577, nota 6.

Makhir, en lucha con los arameos, 343.

Makisa, pueblo nubio, 118.

Maktel (La torre de), de Setui I, 245.

Malaca, colonia fenicia en España, 356.

Malta, colonizada por los sidonios, 355.

1. Manashshel, Manasés, rey de Judá, 633.

2. Manashshé, una de las doce tribus, 341, 344, 846, 350; sometida a Khazael, 427.

3. Manashsé, se une a los samaritanos, 758.

Manakhpirri, gran sacerdote de Amón, 397.

Mandanae, madre de Ciro, 616.

Maudaukas, uno de los reyes ficticios de la Media, 535.

Maneros, canto de duelo egipcio, 51.

Manés, padre de Atys, 275; hijo de Zeus, 286.

Manetón, había recogido las leyendas corrientes acerca de las tres primeras dinastías, 48-56; sus relatos relativos a Keops, 69; acerca de Otheos, 90; sobre el final de la VIª y acerca de la VIIª dinastías, 96 y siguientes; sobre el Éxodo, 298; señala exactamente el orden de sucesión de los reyes de la XXIXª dinastía, 706, nota 5.

Maniva, rey de Magan, 182.

Manishtushú, soberano de Agadé, 180.

Manni, Manna, Mannai, Minni, uno de los Estados del Urarti, 428, 430, 555; sometido a los asirios, 475, 499; conquistado por Argishtis II, 479; por Assurbanabal, 519; llamado contra Babilonia por el profeta judío, 636.

Mannofri. Véase Menfis.

Manuti. Véase Nutir

Mao, uno de los genios iranios, 585.

Mæones, Mæonios, tribu lidia, 286.

Mar (El), nombre que los egipcios dan al Nilo, 6; mar Caspio, 409; mar de Bronce, 378; mar del Sol levante, 144, nota 4; mar Muerto, 204 y siguientes; mar Negro, 409, 681, nota 2; mar Rojo, 204, 208, 222, 231, 298, 628 y siguientes; mar de Aral, 681, nota 2.

Marapianos (Los), tribu persa, 539.

Marath, ciudad de Fenicia, 299.

Maratón (Los persas derrotados en), 683.

Mardianos (Los), tribu persa, 539.

Mardonio, su expedición contra la Grecia, 683.

Mardos, tribu salvaje, 615.

Marduk. Meruduq. Merodac, divinidad caldea, 156, 161, 639; el planeta Júpiter, 163.

Mardukushézib, jefe arameo, 487.

Mardukzakirshumú, muerto por Merodacbaladán, 480.

Marea, 692: fortificada por Psamético I, 550, 552; según Diodoro, Apries es derrotado en ella, 610, nota; en manos de los príncipes de Libia.

Mareótico (Nomo y lago), invadido en tiempo de Ramsés III. 300; en manos de los príncipes libios, 692.

Margiana. Margús, Murú, Mery: una de las estaciones de los iranios, 533; conquistada por Ciro, 627; se subleva contra Darío I, 668.

Mariah, rey de Damasco, 428, 440.

Mariandinianos (Los), sometidos por Creso, 621.
Maribi, Miebidos, rey de la Iª dinastía tinita, 56.
Mariette (A.), egiptólogo francés, descubre el Serapeum de Menfis, 36.
Marisankh (La reina), mujer de Kefrén, 73.
Maros (Los), pueblo del Asia Menor, 732,
Marsan, cantón de Caldea, 470.
Marte (El planeta). Véase Hardoshir y Nergal.
Martiya-Umman, se subleva contra Darío 1, 668.
1. Martú, divinidad caldea, 164.
2. Martú (País de), 522.
1. Mas, país fabuloso de Caldea, 177, 178.
2. Mas, Maskim, especie de demonios entre los caldeos, 157.
Mas. Mesena, país arameo, saqueado por los asirios, 528.
Masagetas, 500; su guerra contra Ciro, 641.
Masahirti, gran sacerdote de Amón (XXIª dinastía), 397.
Mashashar, príncipe libio, 303,
Mashaken, pueblo de Libia, 300.
Mashonstitmihú, princesa de Egipto, 402.
Mashuasha, pueblo libio a sueldo de los egipcios, 252; invade el Egipto en tiempos de Mineftah I, 289; en tiempo de Ramsés II, 303; establecido en el Delta, 305; su influjo, 401: forma una especie de feudalismo militar, 455; al servicio de Tafaakhti, 458; envidioso de los mercenarios griegos de Psamético I, 552.
Masios (Monte), Karadja-Dagh, 143, 328,
Masistes, hermano de Jerjes, 691, nota 4.
Maskim. Véase Mas.
Maspianos (Los), tribu persa, 539.
Masseboth, bloques tallados en forma de columnas, 382.
Masura, colonia fenicia, 280.
Matariéh (Obelisco de), 126, nota 1.
Mathan, gran sacerdote de Baal, 433.
Matienos (Los), pueblo de Asia Menor, 733.
Matni, país sometido por Assurnazirabal, 411.
Matonú, Afrodites, nomo de Egipto, 27.
Maza, pueblo de Nubia sometido a Pepi 1, 92, 95.
Mazaca, ciudad de Capadocia, 273.
Mazaiú, tribu libia, sometida por Amenemhait I, 108; sirve en el ejército egipcio, 252; trasladada al Egipto inferior, 295, 400, 455.
Mazæos, de Cilicia, 697.
Mazares, reprime la rebelión de Sardes, 626.
Mazdeísmo, origen de la palabra, 584, nota 5.
Maziú, tribu de origen semitico. 296.
Meandro, río del Asia Menor, 272, 278, 576, 580.

Medeba, ciudad de Israel, tomada por

Mesha, 423.

Media, Madai, Amadai, 558; según la leyenda, conquistada por Sesostris, 257; por Nino, 330; por Semiramis, 330; invadida siete veces por Adadnirari III, 429; descripción del país, 531; luchas contra la Asiria, 475 y siguientes; invasión irania, 533-537; leyendas acerca de los principios del Imperio medo, 537-539; religión irania, 539-395; Fraortes, 538-539; Ciaxares, 540, 561 y siguientes, 569, 570; Astiages, 615-617; caída del Imperio medo, 617-618; la Media apoya a Gamata. 661-666; se subleva contra Darío I, 668-672; forma una satrapía, 673; su tributo. 677.

Medicina (La) en Egipto, 83, 84; en Babilonia, 164, 165.

Medinet-Habú, aldea de Egipto, 25; construcciones de la XVIII dinastía, 235; de Ramsés III. 306.

1. Megabizo, hijo de Zopiro, sátrapa de Caldea, 690; derrota a Inaros 603, 694; su rebelión, 696, 700.

2. Megabizo, somete la Tracia y la Macedonia, 682.

1. Megara, de Grecia, 280.

2. Megara, de Sicilia, 357.

Mejedda, emplazamiento propuesto para Mageddo, 218, nota 1.

Melas, de Efeso, 620.

Meles, rey de Lidia, 573.

Melitene. Véase Milid.

Melkart, el Hércules tirio, 330, 412; su templo en Tiro. 416; sus conquistas legendarias, 268, 269; las dos estelas que erigió en las columnas de Hércules, 356.

Melos, colonia fenicia, 260, 281; sigue siendo de los fenicios, 285.

Membidje. Véase Gargamish.

Memfites, Anbú-Hait, el Muro Blanco, nomo de Egipto, 28, 458.

Memnon, hijo de la Aurora, 236; las columnas de Memnón en Tebas, 236, 398; viene a ser para los griegos la representación única de las dinastías elamitas, 752.

Menakhem, Manahem, hijo de Gadi, rey de Israel, 443, 449; compra la paz a Tiglatfalasar II, 446.

Mendés, Pbinibdidi-Didú, ciudad del Delta, 29; su dios Osiris, 59, su macho cabrío, 34, 761; adquiere importancia a partir de la XXa dinastía, 48; posee almacenes fenicios, 271; saqueada por los asirios, 513: lugar de origen de la XXIXª dinastía, 701; su príncipe se subleva contra Nectanebo, 713; el macho cabrío sagrado es muerto por Ocos, 724.

Menelao, en Egipto, 552.

Menes, primer rey histórico del Egipto, 8. Véase Mini.

Meniatú, los Pastores, 189.

Menkakuroú, Menkheres, Mykerinos, rey de Egipto (Vªa dinastía), 78.

Menkauri, Menkheres, Mikerinos, rey de Egipto (IVª dinastía), 67, 79; su leyenda, 70-71; el Mikerinos de Herodoto es un héroe de cuento popular, 73-74; historia de Menkauri, 75; su féretro, 76; tratado de medicina compuesto en su reinado, 81; su pirámide agrandada por Nitocris, 97.

Menfis. Mannofri, Hakuftah, la inundación llega a ella por el solsticio de estío, 4; el Nilo terminaba un poco alNorte del emplazamiento en que ha sido edificada, 7; los Naftuhim al Norte de Menfis, 15; descripción según Abdalatif, 28, 29; reconoce a Ptah como el primero de los reyes-dioses, 39; centro de la civilización egipcia durante las seis primeras dinastías, 47-49;fundada por Menes, 50; por Ucoreus, según Diodoro, 49, nota 2; a partir de la IIIª dinastía,

dio soberanos al Egipto 56; su necrópolis, 63 y siguientes; el templo de Ptah embellecido por Asiquis, 76; biblioteca médica del templo de Imhotpú, 84: comienza a declinar a partir de Pepi I, 90: desciende al rango de ciudad provinciana a partir de la XI dinastía. 102; pertenece a los Pastores, 183, 194; tomada por Alisfragmutosis, 195; reparada por Ahmosis I, 197; sus canteras abiertas de nuevo, 233; construcciones de los reyes de la XVIIIª dinastía, 233; pierde el rango de capital en tiempo de Amenotés IV, 239; construcciones de Ramsés II, 259; de Minéftah, 289, amenazada por los libios, 301; aparece después de Tebas en la época de las grandes dinastías, 396-398; se adora en ella a divinidades extranjeras, 399, construcciones de la XXIª dinastía, 454; tomada por Pionkhi, 460; construcciones de Sabacón, 481; tomada alternativamente por Taharqú, 506, 508; luego recobrada por los asirios, 506, 513; ocupada por Tau- damani, 516: construcciones de Psamético I, 548; da asilo a los desterrados judíos, 608; embellecida por Ahmosis II, 645; recibe colonos griegos, 649; tomada por Cambises, 655-662; tomada por Inaros, 693; visitada por Darío, 686-689; embellecida por Nectanebo, 721; saqueada por Ocos, 723, 725; su situación en la época persa, 764-767.

Menfitas, Caromenfitas, Helenomenfitas, 764, 765.

Menna, escudero de Ramsés II, 265.

Menthesufis, Mihtimsauf II, rey de la VIª dinastía, 96.

Mentiú, beduinos del Sinai, 78, nota 2.

Mentor, el Rodio, 724.

Menuas, hijo de Ishpuinis, 430.

Menzaléh (El lago), sirve de refugio a Anysis, 476.

Mercurio (El planeta). Véase Nebo.

Meritúm, Meidúm, Mitúm, ciudad de Egipto, 27; pirámide de Snofrui, 67, nota; tomada por Tafnakhti, 458; por Pionkhi, 460.

Mermnadas (Los), dinastía lidia, 573, 574, 575, 627.

Merodacbaladan, se somete a Tiglatfalasar II, 452; se separa de Shutruknakhuntá, 478; lucha contra Sargón, 478, 479, contra Sennaquerib, 482, 487.

Meroe, ciudad de Etiopia, 15.

Mesesimardokos. Véase Mushezibmarduk.

Mesha. Mesa, Misa, rey de Moab, 423, 436.

Meshek. Véase Mushkaya.

Meshulán, abuelo de Shafan, 532.

Mesilim, rey de Kish, 180.

Mesobatera. Véase Rashi.

Mesopotamia, sometida a Tutmosis II, 226 y siguientes; independiente después de AssurnazirabaII, 407; sometida por Assurnazirabal, 412 y siguientes; obedece en lo sucesivo a los reyesde Asiria, 429 y siguientes; saqueadapor los escitas y los cimerianos, 556;pasa a poder de Nabopolassar, 571;comprendida en la satrapía de Arabayá, 672; su situación en el momento de la conquista macedónica, 734.

Mespila, nombre de Ninive en la época persa, 735.

Messogis (El monte), Kastaneh-Dagh, 272.

Miamún. Miritumú, rey de Egipto (XXª dinastía). 309.

Midaion, ciudad de Frigia, 275.

1. Midas, rey mítico de Frigia, 275.

2. Midas, rey de Frigia, 502.

Miebis, rey de Egipto, 54.

1. Migdol, tomada por Sheshonq, 404.

2. Migdol, de Egipto, los judíos se refugian en ella, 608.

Mihit, nomo de Egipto, 27; sus príncipes en tiempos de la XIIª dinastía, 128.

Mihitihmoskhit, mujer de Shashanqú, 401.

Mikni, serpiente de la mitología egipcia, 315, 316.

Mijo (El), cultivado en Egipto, 22; en Caldea, 145.

Mikah, hebreo de Efraim, 389.

Mikerinos. Véase Menkauri.

Mikmash, fortificada por los filisteos, 302; victoria de Saúl, 6; repoblada a la vuelta del cautiverio, 744.

Milano (El), natural de Egipto, 12.

Milciades, de Atenas, 682.

Mildish (Monte), Erzerúm, distrito del Urartí, 430.

Mileto, es sitiada por Giges, 576, 577; por Aliates, 578; los milesios establecen una colonia en Egipto, 551; poseen allí un santuario de Apolo, 650.

Milid, Melitena, país sometido al Urarti, 436; Sennaquerib hace una expedición a él, 489: los Muskhaya y los Tabal encuentran allí asilo en la época persa, 732.

Milishikhú, hijo de Adadshumuzur, 332.

Mililta, divinidad caldea. Vese Belit.

Milkat, la reina de los cielos entre los cananeos, 381.

Milkom, dios de los ammonitas, 381.

Millo (Colina de), 367.

Milukh, Milukhkhi, Milukkha, parte del Delta, 477, 507.

Min, Menes, dios frigio, 274.

Minan (El príncipe), en tiempo de Khefren, 73.

1. Mineftah I, Hotfimait, rey de Egipto (XIXª dinastía), comienzo de su reinado, sus construcciones, 288; vence a la coalición de los pueblos del mar, los Aqaiusha y los libios, 289-291; canto de triunfo que le está dedicado. 2000; mantiene una guarnición semítica en Gaza, 353, nota última; no es el faraón del Éxodo, 296-297.

2. Mineftah II, Siftah, rey de Egipto (XIXª dinastía), 292.

Miniéh. Véase Monail-Khufú.

Mini, Menes, primer rey histórico del Egipto, 8, 12, 767; funda la monarquia, 47; funda Menfis. 49; libros que datan de su tiempo, 79; anteriores a su reinado, 98; recuerdo que de él se conservaba en Menfis por la época persa, 662.

Minni. Véase Manni.

Minos, rey de Creta, 285.

Minú, dios egipcio, adorado en Panopolis, 26, 59; estelas del Imperio medio, 103; dios preferido de Montuhotpu III, 103.

Miri (País del lago), 27.

Mirinri, Metesufis, hijo mayor de Pepi I, 93.

Miriri-Ankhnas, mujer de Pepi I, 93.

Miritum, Mitum, Meidúm, ciudad de Egipto, 27.

Miriú. Ramsesempirinri, primer ministro del rey Mineftah, 290.

Mirmaiú, rey de los libios. 289, 200.

Mirri (El escriba), 126.

Misia, Misios, en contacto con los Khati, 576; su situación geográfica, 277: en guerra con Ramsés II, 252, 201, 287: sometidos a Giges, 576; a Creso, 430: incluídos en la satrapía de Sparda, 672; independientes en el momento de la invasión macedónica, 725.

Mita, jefe de los Mushki, 474.

Mitatti, de Zikartú. 474.

Mithra, uno de los genios iranios, 585.

Mitinti, de Ashdod, 496.

Mit-Rahinéh, acerca del emplazamiento de Memtis, 259, nota 3.

Mizpah, lugar en donde Samuel convoca al pueblo, 361; fortificada por Asa, 405; peregrinación, 435; Guedaliah es allí asesinado. 607.

Mizraim, hijo de Cam, 15.

Mizraim, hermano del príncipe de Khati, 255.

1. Mnevis, buey sagrado de Heliopolis, 35; proclamado por Kakou, 51.

2. Mnovis, uno de los Faraones ficticios, 124.

Mnevis. Véase Menes.

Moab, Moabitas, su origen, 192; su situación geográfica, 213; su territorio cruzado por Moisés, 343, 344; dominan a los hebreos, 347; vencidos por Ehud, 350; por Saúl, 363; David los reduce, 365, 69; sufren el dominio del reino de Israel, 370; derrotados por Omri, 410; su rey Me-ha, 423; son sometidos por Jeroboam II, 440; se sublevan contra la Asiria, 471; sometidos por Sennaquerib, 483; muy debilitados a mediados del siglo v11, 531; aliados a los caldeos contra Joiakim I, 601: arruinados por Nabucodorosor, 608, 609.

1. Mœris (El lago), Miri, situado en el nomo Nuhit inferior, 27; abierto para lograr un reparto justo de las aguas, 113. 122-123.

2. Mœris, según Heródoto, Faraón que construyó los pantanos de Mæris, 122-123.

Moisés, saca a los judíos de Egipto, 293 y siguientes; a qué se reduce lo que de él se sabe, 345-316; la bendición de Moisés, 441; su representación en el Elohista, 442; el Deuteronomio puesto bajo su nombre, 503 y siguientes: luego el libro de los Origenes, 749, 750; más tarde el Pentateuco, 759.

Moloch, divinidad cananea, 380, nota 3.

Momenfis, victoria de Psamético I, 547; derrota de Apries, 610.

Monait-Khufu-Mini, fundada por Khufu 27; sus príncipes en Beni-Hassan, 127.

Montú, dios egipcio, 261, 302.

1. Montuhotpu I, hijo de Antuf I (XIª dinastía), 103.

2. Montuhotpú II, rey de Egipto (XIª dinastía), 106.

3. Montuhotpú III, Nibhotpuri, rey de Egipto (XIª dinastía), 101-106.

4. Montuhotpú IV, Nibhapuitri, rey de Egipto, 101; enterrado en Dra-Abu'l- Neggah, 105.

5. Montuhotpú V. Sonkheri, rey de Egipto (XI dinastía), 104, 106.

6. Montuhotpú (El sacerdote), 136.

Montumhait, príncipe de Tebas, 518.

Moriah (El monte), 212, 367; Salomón edifica en él el templo, 376.

Merom, ciudad cananea, tomada por Ramsés II, 255; lago de Merom, 187, 204.

Meroz, ciudad hebraica, maldita en el cántico de Deborah. 349.

Morusil, rey de los heteos, 248, 252.

Motya, colonia fenicia, 357.

Mudraya, nombre persa del Egipto, 672.

Mugalu el Tabal, 514.

Mujeres (Las), su derecho de sucesión al trono determinado por Binothris, 51.

Mújol (El), pescado de Egipto, 12.

Mulo (El) en el trono de Media, 626.

Mummu Tiamat, el Caos del Mar, 167.

Münter, sus trabajos acerca de las escrituras cuneiformes, 776.

Muro Blanco (El), nombre del nomo Memfites, 28; ciudadela de Menfis, 28; residencia del sátrapa persa, 686; sitiada por Inaros, 693.

Murghab (Tumba de Ciro en), 642, nota 2.

Murnuit-Zat-to, Véase Nomarca.

Murú. Véase Margiana.

Museo, inventor de la escritura griega, 810.

Mushezibmarduk, rey de Caldea, 492; se alía a Ummanminanú, 493; sitiado en Babilonia, se rinde a Sennaquerib, 493.

Mushki, Mushkú, Mosinecos. Mushkaya, Moscos, parecen pertenecer a las raza del Cáucaso, 206; su situación en tiempo de las invasiones maritimas, 273; sometidos por Tiglatfalasar, 334; por Assurnazirabal, 410; por Asarhaddón, 499; arruinados completamente por los cimerianos, 505-556; sometidos por Ciaxares, 592; situación que ocupaban en la época persa, 725, 732, 733.

Musri, en el desierto de Idumea. 451.

Mussassir, Arsissa, uno de los cantones del Urarti, 430, 474.

Mutakkilnuskú, rey de Asiria, 332, 339.

Mutalú, hijo de Morusil, 252.

Muthis, uno de los sucesores de Hakoris. 706.

Mut-Maut, mujer de Amón, 31; en Tebas. 234; en Napatu, 458.

Mygdala, colonia fenicia, 280.

Mygdalé, colonia fenicia, 280.

N

Nabateos, tribus merodeadoras del desierto, 213, nota última; dorrotados por Assurbanabal, 529.

Nabatú, tribu aramea de las orillas del Éufrates, 145.

Nabi, uno de los nombres de los profetas entre los hebreos, 390.

Nabios, uno de los reyes fabulosos de la Caldea, 174.

Nabó, su templo en Barsip, 613.

Nabonassar. Véase Nabunnasir.

Nabonides, Labynetos, general caldeo, 580, 637, 639.

Nabopolassar, su rebelión, 560; funda el Imperio caldeo, 571 y siguientes; su guerra contra Necao, 595; sus construcciones en Babilonia, 613.

Nabubaliddin, rey de Babilonia, 412.

Nabubelzikri, nieto de Merodacbaladan, 525.

1. Nabucodorosor I, rey de Babilonia, 332.

2. Nabucodorosor II, su campaña contra Necao; 596-598; rey de Babilonia, 596; acaba con el reino de Judá, 601 y siguientes; guerrea en Arabia, 608; su guerra contra el Egipto, 609-611; sus construcciones, 613-614.

3. Nabucodorosor III, rey de Babilonia, 667.

4. Nabucodorosor IV, que erróneamente se cree ser hijo de Nabonides, 671.

Nabudamiq, oficial de Tiumman, 519.

Nabunadinzirí, rey de Babilonia, hijo de Nabunazir, 451.

Nabunahid, Nabonides, rey de Babilonia, su advenimiento, 614; aliado de Creso, 622-624; sus trabajos arqueológicos, 628; derribado por Ciro, 637-638; dos pretendientes se presentan como hijos suyos, 671.

Nabunshabshi, rey del Bit-Shilani, 445.

Nabunazir, Nabonassar, rey de Babilonia, 445, 451.

Nabusaradan, canciller del rey Nabucodorosor, 607.

Nabushalim, hijo de Belesys, 504.

Nabushézibanni, nombre asirio de Psamético I, 514, nota.

Nabushumukin, usurpa el trono y asesina a Nabunadinziri, 451.

Nabuzirukinishlishir, dirige la sublevación de los caldeos, 499.

Nabuzikirishkum, hijo de Merodacbaladán. 493.

Nadab, rey de Israel, 405.

Nadintavbel. Véase Nabucodorosor III.

Naditú, ciudad del Elam, 178.

Naftali, una de las doce tribus, 341, 346, 368; se une a Barak, 349; toma parte en las fiestas de la consagración de Da- vid, 367; despoblada por Tiglatfalasar II. 450.

Naftuhim-no-Ptah, hijo de Mizraim, 15.

Nahar-Malka, gran canal real de Caldea, 630, nota 2.

Naharanna, Naharaina, país entre el Balikh y el Orontes, 206; una de las factorías del comercio antiguo, 222; invadido por Tutmosis III, 226, 222; en manos de los hititas, 247, 252; en la época de Tiglatfalasar I, 336.

Nahash, rey de los ammonitas, 371.

Nahid, rey de Babilonia, 638.

Nahr-el-Assy. Véase Orontes.

Nahr-el Auadj. Véase Farfar.

Nahr-el-Aualy. Véase Bostrén.

Nahr-el-Kelb, río de Fenicia, 210; estelas de Ramsés II, 251, 257; de Sennaquerib, 483; de Asarhaddón, 509.

Nahsi, nombre que los egipcios daban a los negros, 320.

Nahsiri, Faraón de la XIV[a] dinastía, 188, nota 2.

Nahúm, profeta hebreo, 518.

Nairi, su situación, 333; conquistado por Tiglatfalasar, 335, 339; recobra su libertad, 407; atacado de nuevo, 411; reducido por Shamshiadad IV, 428.

Nakhiti, príncipe de Mihi, 129.

Nakhorides, divididos en doce tribus, 341, nota 1.

Nakhtharhabi, Nectanebo I, proclama- do rey de Egipto (XXXª dinastía), 707- 711; sus monumentos, 721; su sarcófago, 722.

Nakhtonabuf, Nectanebo II, proclamado rey de Egipto (XXXª dinastía), 712; sus guerras contra los persas, 716-720; sus construcciones, 721-722.

Nakhunté, divinidad elamita, 179.

Naklsh-i-Rustén, rainas de altares iranios, 593.

Nalirtú, divinidad elamita, 526.

1. Namaruti, hijo de Shashanqú, 401.

2. Namaruti, príncipe de Khmunu, 459-461.

Namri, pueblo de Media, 328, 447; recobra su libertad, 407; atacado por Assurnirari, 432; por Tiglatfalasar II, 445.

Naná, diosa elamita y caldea, 186, 522.

Naonghaithya, uno de los demonios iranios, 588.

Napata, capital del reino de Etiopía, 458; colonia egipcia, 199; construcciones de la XVIIIª dinastía, 233; independiente de la XXIIª dinastía, 402; Taharqú se refugia en ella, 514; sus reyes acogen a los trásfugas de Egipto, 553; descripción del reino de Napata en tiempo de Cambises, 659-661; su templo de Amón copiado del gran templo de Tebas, 661; término probable de la marcha de Cambises, 602.

Napri, dios de los granos en Egipto, 13.

Napsha, dios del Elam, 526.

Naramsin, rey de Caldea, 161, 181, 183, 186.

Nastosenen, rey de Etiopía, 659.

1. Nathan, profeta en tiempo de David, 373.

2. Nathan, príncipe de los nabateos. 525, 529.

Naucratis, colonia griega del Delta, 30, 649, 650, 760.

Nazana, Litany, río de Siria, 206.

Nazibugash, usurpador del trono de Babilonia, 329.

Nazimarutlasch, hijo de Kurizalgú, 329.

Nealkes, el pintor, 693, nota 2.

Nebat, padre de Jeroboam, 392.

1. Nebo, Nabú, divinidad caldea, 170, 613; el planeta Mercurio, 163.

2. Nebo, ciudad, 423.

Necao I, rey de Sais y de Menfis, su intervención en las guerras asirias, 512-514, 516.

2. Necao I, rey de Egipto (XXVIª dinastía), sus guerras con la Caldea, 567, 568; su política con respecto a la Siria, 596, 597, 598; su muerte, 602.

Nectanebo. Véase Nakhtharbi y Nakhtonabuf.

Nefilim (Los), rechazados por los cananeos, 187.

1. Neforites I, rey de Egipto (XXIXª dinastía), 701, 702, 705.

2. Neforites II, rey de Egipto (XXIXª dinastía), 706.

Nefertumú, hijo de Ptah y de Sokhit, 31. Véase Imhotpú.

Nefthys, diosa de los muertos entre los egipcios, 30, 317; socorre a los muertos como ha socorrido a Osiris, 43; su estatua en el templo de Gizéh, 74.

Neggadeh, Kom-el-Ahmar, ciudades del alto Egipto; vestigios de monumentos de la II dinastía, 52.

Nehardáa, ciudad de Caldea, 630.

Nehemias, su intervención en la reforma del culto judío, 733, 738.

Nekhabit, diosa de El-Kab, 31: su santuario restaurado por Nectanebo, 721.

Nekhabit, Eilithya, capital de Ten, 25; Real hijo de Nekhabit, 25: sus príncipes, 196, nota 3; construcciones de la XVIIIª dinastía, 234; de la XXXª, 721.

Nekherofes, rey de Egipto, 57.

Nékhubas, uno de los reyes fabulosos de la Caldea, 174.

Nemmashaitú (Los), nombre egipcio de los beduinos, 110.

Nemrod, Nimrod, rey mitico de la Caldea, 174.

Neokhabis. Véase Tafnakhti..

Neoptolemo, mata al príncipe de los keteos. 279.

Nequepsó, rey de Sais, 512.

Ner, gigante caldeo, 172.

Nergal, Nirgal, el planeta Marte entre los caldeos, 163.

Nergalsharussur, Neriglissor, rey de Ba- bilonia, 614.Nergalushézib, rey del Elam. 492.

Nergilos, rey de Asiria, 741, nota 3.

Nestor Lhôte, epiptólogo francés, 796.

Nesú, general elamila, 522.

Nicocles de Salamina, 716.

Nicostratos de Argos, su intervención decisiva en la campaña de Ocos contra el Egipto, 719-720.

Niehbur, sus trabajos sobre los caracteres cuneiformes, 776.

Nifates (El monte), Keleshin-Dagh, 143, 144.

Niffer. Véase Nippur.

Nii, ciudad de la Siria del Norte: este nombre no se aplica a Ninive, 216, nota última; tomada por Tutmosis III, 227; por Amenotés II, 231.

Nilo, Hapi, su descripción, 1-8; su influjo sobre el Egipto, 9-14; asimilado a un dios, 14; encauzado por Menes, 49; arrastra miel en tiempo de Neferkheres, 51; himno al dios Nilo de los papiros del Museo Británico. 13-14.

Nime, Estado del Elam, 178.

Nimiltibel, uno de los muros de Esagila, 499.

Nimrud, excavaciones de Layard, 776.

Nineps, nombre cilício de forma hitita, 273, nota 2.

1. Ninip, dios caldeo, 163, 522.

2. Ninip-Adar, el Hércules asirio, 332.

Ninippalekur, 332.

Nínive, Ninúa, su fundación, 338-339; su construcción se atribuye a Nino, 330; Assurnazirabal edifica un templo a Ishtar, 410; permanece fiel a Salmanasar III, 427; sus impuestos en tiempo de Tiglatfalasar, 444; embellecida por Sennaquerib, 496; se libra de los escitas, 555; incendiada por Sinharishkum, 569; sus ruinas en la época persa, 731; excavaciones modernas, 776 y siguientes.

Ninlil, Enlil, dios del abismo entre los caldeos, 156.
1. Nino, rey fabuloso de la Asiria, 330-331.
2. Nino, rey fabulosos de la Lidia, 573.
Ninyas, rey fabuloso de la Asiria, 332.
Niobe, reina fabulosa de la Lidia, 279.
Nippur, Niffer, Noffer, ciudad de la Caldea, 177; su dios Bel, 161.
Nipur, país conquistado por Sennaquerib. 489.
Nirgal, divinidad caldea, 746.
Nisaya, una de las estaciones de los iranios, 533.
Nishsha, nombre de un cantón medo, 448, nota.
Nishin (Principes de los), 185.
Nisib, 743.
Nisibis, colonia fenicia, 287, 734.
Nisroch, divinidad asiria, 498.
Nisrona, en Siria, 227.
Nissa, cantón de Siria, 255.
Nisyra, colonia fenicia, 281.
Nit, diosa de Sais, 31; su identificación con Atena, 502.
Nitacrit, Nitokris, reina de Egipto (VIª dinastía), 96, 97, 99.
Nitetis, Neitartis, Nitiritis, hija de Apries, su leyenda, 652.
1. Nitokris. Véase Nitagrit.
2. Nitokris, una de las mujeres de Nabopolassar, 613.
No-Amón. nombre de Tebas. 518.
Nob, ciudad de Benjamin, 362, 390.
Nobakh, clan hebreo, 343.
Nofirhotpú Khasoshshuri, rey de la XIIIª dinastía, 136, 137.
Nofirirkeri, Neferkheres, rey de la Vª dinastía, 79.
Nofirka, rey de la VIIª dinastía, 79.
Nofirkasokari, rey de la IIª dinastía, 56.
1. Nofirkeri, Neferkheses, rey de la IIª dinastía, 56.
2. Nofirkéri. Véase. Pepi II.
Nofirús-Eslidem, ciudad de Egipto, 27.
Nofritari, hija de Kamosis, 198; abuela de Hatshopsitú, 221; su momia descubierta en Deir-el-Bahari, 402.
Nofrititi, mujer de Khuniatonú, 242, nota 1.
Nofrús (Snofrui II?) rey de la VIIª dinastía, 99.
Nogal (El) en Media, 532.
Nomos (Los) del Egipto, 23-30; sus animales sagrados, 30 y siguientes.
Nomarca (El), 24.
Nothos. Véase Dario II.
Nsihor, general egipcio, 612, nota.
Nsitentnsi, mujer de Namaruti, 460.

Nú, el agua primordial, 30, 313.

Nubia, To-Khentit, el nomo To-khentit confina con ella, 24; sometida a Pepi I, 92 y siguientes; en tiempo de Amenemhait I, 194; se subleva contra Ahmosis, 196; los kushitas de la Nubia, 222; construcciones de Sesostris, 259-260; sus minas de oro, 260; campaña de Psamético II contra la Nubia, 602; forma una de las dos grandes divisiones del reino de Etiopía, 658.

Nubkhopirri. Vrase Antuf IV.

Nubihó, demonio egipcio, 316.

Nubit. Ombos. Véase Abú.

Nubiti, el dios Titón, 195, nota 2.

1. Nuhit superior. Heracleopolites, 27.

2. Nuhit inferior, 27.

Nuhri, príncipe egipcio, 128.

Nuit, capital de los nomos, 23.

Nuit, Rhea, diosa del cielo, 30; se presta poco al culto, 36; su trato oculto con Gabú, 82; madre de Amón, 316.

Nun, padre de Josué, 344.

Nuri satifecha, yegua de Ramsés II, 265.

Nutir, Manuti, ciudad de Egipto, 457.

Nymphæa nelumbo (El) o loto de Herodoto, 9.

O

1. Oanés, Anú. Euhanés, Oes, dios-pescado de Caldea, símbolo de la materia, 168-169.

2. Oanés, el primer marido de Semiramis, 330.

Oartes, nombre de Artajerjes II en Dinon, 698, nota 1.

Oasis (El grande), recibe colonos samios, 650; Dario I construye un templo, 687; Oasis de Amón atacado por Cambises, 657.

Obartes, Otiartes, Ubaratutú, uno de los reyes míticos de Caldea, 169.

Obelisco (El) de Luxor, 259.

Oc, rey de Bashan, 343.

Oca (La), domesticada en Egipto, 12; primero Amón mismo, más tarde consagrada a Amón, 33.

Océano (El), padre de Calirrhoe, 286.

1. Ocos. Véase Artajerjes III, 714 y siguientes.

2. Ocos. Véase Dario II.

Ocosias. Véase Akhasiah.

Ebaras, conspira con Ciro, 615.

Oes. Véase Oannés.

Ofir, país explorado por los pilotos de Salomón, 376; viene a ser un nombre vago que se aplica a todas las regiones lejanas, 353.

Ofra, de Abiezer, 350, nota última; Jerubbaal reside en ella, 350; y allí establece un ídolo, 376.

Oliaros, colonia fenicia, 281.

Olimpo (El monte), en Misia, 271.

Olivo (El), raro en Egipto, 10; se encuentra en la Siria del Norte, 203; en Fenicia, 204; en Media, 532; en Chipre, 270; en el Asia Menor, 272.

Olivos (El monto de los), 388.

Ombos. Véase Abú.

Omri, rey de Israel, 405; funda Samaria, 413, 414; se alía a Fenicia, 415.

Onasilas, rey de Salamina, 704.

Onasilos (El médico), 792.

Onibalos, uno de los reyes fabulosos de Caldea, 174.

Onknás-Nofiribri, reina egipcia, 611; su residencia en Tebas, 644.

Ono, Gasú, ciudad de Palestina, 228.

Ono, repoblada a la vuelta del cautiverio, 744.

Onoba, colonia fenicia, 356.

1. Onú del Norte. Véase Heliopolis.

2. Onú del Sur. Véase Hermonthis.

Onuris. Véase Anhuri.

Oppert (J.), asiriólogo francés, 776; ha probado el origen no semítico de la escritura cuneiforme, 146, nota 4; cree reconocer un vacío de treinta años en el canon de los epónimos asirios, 432, nota 2; su hipótesis acerca del hijo de Tabéel, 450, nota 2.

Orcamus. Véase Urgur.

Orfeo, uno de los supuestos inventores de la escritura, 811.

Orígenes (El Libro de los) código de leyes religiosas de los judíos, 749.

Orión, 81. Véase Sahú.

1. Ormúz (El estrecho de), 539.

2. Ormúz. Véase Ahuramazda.

Oro (El) del país de Puanit, 222; del Pangeo, 282; del Ponto, 283; llevado de la India a Asiria, 447; en la Media, 532.

Oroatis (El), Tab, río de Persia, 539.

Oroetes, gobernador de Lidia, 669.

Orontes, río de Siria, 201, 202, 206, 226; 246, 336, 413.

Oryandros. Véase Aryandes.

Osarsif. Véase Moisés.

Osburn, egiptólogo inglés, 796.

Osimandias (La tumba de). Véase Ra-meseion.

Osiris, ha nacido en Tebas, 25; adorado en Mendes, 30; dios de los muertos, 31, el buey Apis es el alma de Osiris, 34, 35; hijo de Gabú y de Nuit, 38; rey mítico de Egipto con el nombre de Unnofri, 39; su historia y su lucha con Sit, 40, 41; juzga a las almas de los muertos, 42; el difunto identificado con él, 43; vengado por Horus, 45; recibe el proscimeno en favor de los muertos, 62; su templo en Gizéh, 73; Orión-Sahú le está consagrado, 81; en las estelas tebanas, 103; su templo restaurado por Tutmosis I, 233; su fiesta en Sais, 761. Osiris, Apis, Serapis, el Apis muerto, 36. Véase Serapeion.

Osokhor. Véase Osorkón III.

Oso (El), se encuentra en Media, 532; la estrella de la Osa Mayor sirve de guía a los griegos, 284.

1. Osorkón I, rey de Egipto (XXII di- nastia), se casa con la hija del último rey tanita, 402; su reinado, 455; es el mismo que Zérakh según Champollion, 405, nota 1.

2. Osorkón II, rey de Egipto (XXIIª dinastía), 455.

3. Osorkón III, Osokhor, rey de Epipto (XXIIIª dinastía), 456.

4. Osorkón, hijo de Takeloti II. 456.

5. Osorkón, rey de Bubastis en tiempo de Pionkhi, 471-402.

Osorthon. Véase Osorkón I.

Ostanes, hermano de Artajerjes IL. 723, nota.

Othniel, uno de los Jueces de Israel, 348.

Othoes. Véase 2. Teti.

Otiartes. Véase Obartes.

Oxirrinco, pescado del Nilo, 12.

Oxus, los historiadores sitúan en sus orillas el país del Airyanem-Vaedjo, 333.

Oxyrrincos. Véase Pamazit.

Oxyrrinquites (El nomo). Véase L'abut.

Ozias-Oziah. Véase Azariah.

P

Pa, nomo de Egipto. 27.

Pa-Amón. Véase Tebas de Egipto.

Pacoro, de su reinado data la inscripción cuneiforme más moderna, 775, nota 2.

Pactyas, sátrapa lidio. 674, nota 1.

Padi, rey de Ekrón, 480.

Paflagonia, Paflagonios, 270: sometida a Creso, 624; sublevada contra los persas, 702.

Pafos, ciudad de Chipre, 270, 701.

Pahabi, ciudad del Delta restaurada por Nectanebo, 722.

Paharnubui, ciudad de Egipto, 26.

Pa-Hathor, poblado del Delta, 230.

Pah'u, tierras pantanosas de los nomos, 24.

Pahur, poblado del Delta, 260.

Pairikas, Peris, genios femeninos entre los iranios, 588.

Pakanana, fuerte, 245.

Pakhé, rey de Elam, 528.

Pakrurú, de Pisupti, 517; jefe del nomo arábico, 512; es hecho prisionero, 514; vencido por Psamético el saíta, 525.

Palacopas (El lago), 613.

Palamedes, completa el alfabeto griego, 811.

Palestina, su descripción geográfica, 210, 211; en guerra contra Sennaquerib, 450; pasa a Nabopolassar, 543; comprendida en la satrapía de Arabaya, 672.

Palmera (La), nativa en Egipto, 9; en Caldea, 145; en el Elam, 178.

Palmira, no es Tadmor o Tamar, 374, nota 7.

Paltos, ciudad de Fenicia, 209.

Palú, tiene todavia monumentos de los reyes de Urartu, 429.
Pamazait, Pamazit, Oxyrrhincos, Pemsje, ciudad de Egipto, 27; tomada por Pionkhi Miamun, 459.
Pamfaes, banquero de Efeso, 620.
Pamfilia, recibe colonias griegas, 355; sometida a Creso, 621; comprendida en la satrapía de Yauna, 672.
Pangeo (El monte), sus minas de oro, 282.
Pa-Nibtepahe. Afroditópolis, Atfiéh, 27 somete a Tafnakhti, 458.
Panintimri, divinidad del Elam, 526.
Panopolis. Véase Apú.
Panormo, 357, nota 6. Véase Ziz.
Panthialeanos (Los), tribu persa, 539.
Pantibiblia, 168.
Papiro (El), 9; sus usos, 10; cubre los islotes del Delta, 20.
Papremis (Batalla de), Paprimis, 693; la fiesta de su dios, 764.
Paraga, Fog, en Aracosia, 671.
Pa-Ramsés Anakuitu, fundada por Ramsés II, 253, 256, 260, 271, 296.
Paretacena, provincia del Iran, 533.
Parihú, jefe del Puanit, 222.
Parikhia, hijo de Gog, 544.
Paris, sus aventuras en Egipto, 768.
Parnaki, sus habitantes deshechos por Asarhaddón, 502.
Paropanisos, los moradores rebeldes a la autoridad de los persas, 725.
Paros, colonia fenicia, 231.
Parrú, jefe de Khilmú, 522.
Parsa. Véase Persia.
Parsúa (País de), 428, 431.
Partikira, dios de Elam, 526.
Parysatis (La reina), 697, 727, 732.
Partakanú, distrito de Media, 536.
Partakka, distrito de Media, 503.
Partukka, distrito del Elam, 503.
Pasahuri, ciudad de Egipto, fundada por Sahuri, 78, nota 5.
1. Pasargades, una de las capitales de Media, 539.
2. Pasargades, tribu persa en la cual se elegían los reyes, 539.
Pascua (La) entre los judíos, 565, 567.
Pashé, dinastía babilónica, 332.
Pashemur, Baschmuritas, sobrenombre de los semitas, 399.
Pashurui, el asirio, 310.
Pasitigris, río del Elam, 178.
Pastores (Los). Véase Hiksos.
Patarmis, nombre de Apries en Helánicos, 610, nota última.
Patéshi, los pontífices-reyes de Urú, 176; de Assur, 216.

Pathrusim, Patorisi, hijo de Mizraim, 15.

Patina, Batnæ, Batanæ, ciudad y distrito de la Siria septentrional, 207, 219; en la época de Tiglatfalasar I, 336; sometida a Salmanasar III, 412; la ciudad de Batuæ en la época persa, 734.

Patizeithes, Pauzythes, hermano de Gamata, 663.

Pato (El) domesticado en Egipto, 12.

Patonuzit, Ptheneotes, nomo de Am inferior, 29.

Patumos, en el canal de los dos mares, 598.

Patusharra, cantón de la Media, 503.

Pausanias, rey de Esparta, pide ser sátrapa de Grecia, 674, nota 2.

Pausiris, rey de Egipto, 700.

Pauzit, Butó, ciudad de Egipto, 29; respuesta de su oráculo a Psamético, 545; su templo despojado por Jerjes, 598; cómo la visitaba Heródoto, 762.

Pauzythes. Véase Patizeithes.

Pavos reales (Los), traidos de Ofir para Salomón, 376, nota última.

Pbinibdidi, Didú, Mendes, ciudad de Egipto, 29.

Pedaso. Pedasos, las diversas ciudades de este nombre, 278; nota última.

Pedasos de Satnoieis, 247; fundada por los lelegos, 279; en lucha con Ramsés II, 252, 262.

Pediæos, río de Chipre, 269, 703.

Pefaabastit, rey de Khnínsú, 458, 462.

Pehrirú, Pehrisú, identificado por los griegos con Perseo, 27.

Pekhakh, rey de Israel, 449, 452, 461.

Pekakiah, rey de Israel, 449.

Pelasgos, Tirrenos. Véase Tursha.

Pelícano, (El), nativo en Egipto, 12.

Pelópidas, en Susa, 709, 731, nota.

Pelópidas (Los), descendientes de Tántalo, 278.

Pelusa, ciudad de Egipto; Sennaquerib es derrotado bajo sus muros, 487; Nabucodorosor en Pelusa, 597; batalla de Pelusa entre Cambises y Psamético III, 653-655; Nectanebo en Pelusa, 713; sitiada por Ocos, 718, 719.

Pelusiaca (La rama) del Nilo, 7, 29; establecimientos carios y jonios, 649.

Pemsjé. Véase Pumazit.

Penbisit, escriba egipcio, 307.

Pendjab. Véase Heptahendú.

Pentateuco (El), su formación, 759.

Pentocrit, hermano de Ramsés III, 306,

1. Pepi I Mirimri, Fios, de la VIª dinastía, 90, 94; tronco de la XIª dinastía, 103.

2. Pepi II Nofirkeri, rey de la VIª dinastía, 95, 96.

3. Pepi, las recomendaciones de su padre, el escriba Khrodi, 133.

Perdiz (La), natural en Egipto, 12.

Pérgamo, fortaleza de Troya, 278.

Perinto, ciudad de Tracia, 727.

Periplo (El), recorrido por los marinos fenicios de Necao. 599.

Peris. Véase Pairikas.

Perro (El) de Egipto, 11; el perro-zorro. 11; de la Media, 532; entre los iranios, 590- 591; intervención de Spako, la perra, en la leyenda de Ciro, 617.

Persea (El), en Egipto, 9.

Perseo. Véase Pehrirú.

Persia, Parsa, su descripción, 593, 672; los persas someten a los medos, 618; Persia se subleva contra Dario I, 670, 671; según algunos, Persia es el Ofir de Salomón, 375, nota 3; según la leyenda, fue sometida por Sesostris, 257; las cuneiformes persas, 777.

Pérsico (El golfo), su descripción, 143, 144; recorrido por una flota asiria, 492.

Petefré, nombre del amo de José, 193.

Petesukhis, rey fabuloso de Egipto, 124.

Petsibastit, rey de Egipto (XXIIIª dinastía), 456.

Peukela, ciudad de la India, 677.

Pi-Amú, Biahmitas, sobrenombre de los semitas, 399.

Pikhanú (el sirio), 310.

Pilak. Véase File.

Pinahsi, el negro, sobrenombre frecuente en tiempos de la XXª dinastía, 310; hijo de Ramsés XII, 324.

Pindaros, hijo de Melas, 620.

Pinehas, hijo de Elias, 360.

Pino (El) en la Siria Damascena, 203.

1. Pinotmú I, rey de Egipto (XXIª dinastía). 397.

2. Pinotmú II y III, 398, nota 1; 402.

Pinú, rey de Egipto (XXIIª dinastía), 456.

1. Pionkhi, gran sacerdote de Amón (XXª dinastía), 397.

2. Pionkhi-Miamún, su inscripción, 375, nota 1; conquista el Egipto, 459-460.

3. Pionkhi, marido de Amenertais, 517.

Pirámides (Las) de Egipto son tumbas reales, 66; pirámides de Uenefes, 51; de Snofrui en Dashur y otra en Meidum, 67, nota 6; de Keops, 68-69; de Mikerinos, 76; terminada por Nitocris, 97; de Asiquis 76; de los reyes de la Vªa dinastía, 78, nota 4; de Pepi I, 91; de los reyes de la VIª dinastía, abiertas en Sakkarah, 98-99; de los reyes de la XII dinastía, 124-129.

Pireos (Los) de los Iranios, 591.

Pirishopsit, Prosopis, victoria de Mineftah I, 290; la isla de Prosopis sitiada por los persas, 693; comprende la ciudad de Artabequis, 761.

Pis'Agurú, rey de Chipre confundido con Pitágoras, 741, nota 3.

Pisidia, 289; los pisidios se sublevan contra los persas, 702, 707.

Pisiris, rey de Gargamish. 474.

Pisokarsahaz, ciudad de Egipto, tomada por Pionkhi, 460.

Pisokhmukhopirri, Ilahúm, ciudad de Egipto, tomada por Pionkhi, 460.

Pissuthnes, sátrapa de Lidia, su sublevación y su muerte, 696, 700,

Pisupti, ciudad de Pakrurú, 517.

Pitágoras, en Egipto, 29; se supone haber estudiado en Caldea, 741.

Pithom, Pitum, Patumú, fundada por los hebreos, 296; restaurada por Nectanebo, 722.
Pitrú, distrito de la Siria del Norte, 336.
Plámnani, el habitante del Libano, 310.
Planetas (Los), sus nombres en Egipto, 80.
Plomo (El), en el Cáucaso, 282; en Media, 532.
Plantas (Las) fluviales abundan en Egipto, 9.
Platea, victoria de los griegos, 690.
Platón, en Egipto, 29; su versión de la leyenda de Caudalo, 575; acerca de Amasis, 611, nota 4.
Pléyades (Las), observadas por los egipcios. 81.
Plinio el Mayor, atribuye a los árabes la fundación de Heliopolis, 15; aplica el nombre Asiria a toda la Mesopotamia, 328, nota 1.
Pmontuniboisib. 311.
Pnubs, ciudad de Nubia, 658.
Pnuel, santuario judío, 343, 387, 395, 436, 441.
Pnytagoras, hijo de Evagoras, 705.
Pockocke, su viaje a Egipto, 769.
Pooni, Vease Fenicios y Puanit.
Policrates de Samos, 653.
Polifonia (La), en asirio, 786; en egipcio, 801, 802.
Polyarcos, de Cirene, 647.
Ponto (El), al fin de la época persa, 733.
Ponto-Euxino (El), recorrido por las flotas fenicias, 273-283.
Portirœssa. Véase Citerea.
Poros, uno de los reyes fabulosos de Caldea, 174.
Prexaspes, su hijo muerto por Cambises, 663.
Príamo, rey de Troya, 236, 732.
Priene, colonia jonia, 579.
Prisse (El papiro de), 88.
Pro, la época de la siembra en Egipto, 82.
Pronectos, colonia fenicia, 282.
Propóntide, Propontis, sus orillas colonizadas por los fenicios, 277; por los tirrenos, 286.
Prosopis. Véase Pirishopsit.
Proteo, Pruti, Heródoto toma el título Pruti por un personaje de estirpe real, 768.
Prymnesos, fundada por Midas, 275.
1. Psamético I, (XXVIª dinastía), leyendas relativas a su juventud, 545, 546; su advenimiento, 547; su reinado, 548-554; su nieta se casa con Amosis II, 611.
2. Psamético II, rey de Egipto (XXVIª dinastía), 602.
3. Psamético III, 653-655.
4. Psamético, rey de Libia, padre de Inaros, 692.
5. Psamético envía regalos a los atenienses, 700.
Psamutis, rey de Egipto (XXIXª dinastía), 706.
Pselkis, Amenemhait levanta frente a esta ciudad una fortaleza importante, 122.

Psimut, rey de Egipto (XXIIIª dinastía). 456.

Psinakhés, Psusennés II, rey de Egipto 374.

1. Psiukhanú I, rey tanita (XXIª dinastía), 397-398.

2. Psiukhanú II, rey tanita (XXIª dinastía), quizá el suegro de Salomón. 374, 398.

Psoi. Véase Sui.

Ptah, dios egipcio asimilado al Nilo, 13; Menfis es su ciudad, 28; probablemente dios elemental en un principio, 31; dios único en Menfis, 32, hermoso de cara y niño raquítico, 33; el escarabajo le está consagrado; 34; la segunda vida de Apis, 35; el primer dios-rey en Menfis, 39; su templo edificado por Menes en Menfis, 50; su estatua en el templo de Gizéh, 74; su templo embellecido por Asiquis, 76; desciende a la categoría de dios provincial bajo la XIª dinastía, 103; construcciones en su honor, 234, nota 1; su templo reparado por Ahmosis, 197; su legión, 254; se aparece en sueños a Mineftah L. 280; dios egipcio, 460; la estatua de Sethón. 457; su templo reparado por Psamético I, 548; por Ahmasis II, 640; maltratado por Cambises, 663; visitado por Dario, 686; descrito por Heródoto, 767.

Ptakhotpú (Las instrucciones de), 88.

Pteneothes, Véase Patonuizit.

Pteria, invadida por Creso, 623.

1. Ptolomeo Lathyro, destruye a Tebas, 25.

2. Ptolomeo Filopator, vencedor en Rafia. 472.

3. Ptolomeo Soter, engrandece a Sui, 25.

Ptolemaida. Véase Sui.

Puanit, Fuanit, Fénix, (Pœni. Punil, se creía poder llegar allí remontando el Nilo, 6; la Arabia y el país de los somas, 187: Hathor, patrona de Puanit, 208, expedición de la reina Hatshopsitú, 522; sometidos a Harmhabi, 241; a Ramsés III, 304; a Ramsés IV, Véase Fenicios.

Pueblos (Los) del mar invaden el Egipto en tiempo de Seti I, 251; en tiempo de Minettah I, 287-239; en tiempo de Ramsés III, 302.

Pukudú, tribu aramea de Caldea, 445.

Puni, Véase Fenicios y Puanit.

Pura Nunú. Véase Eufrates.

Púrpura (La), 282.

Puteni, poblado de Egipto, 115.

Putifar. Véase Petefré.

Pyramos, río de Cilicia, 271.

Q

Qarati, hondonadas de donde brota el Nilo, .

Qarqisha. Véase Gergeseanos.

Qart-Khadast. Véase Cartago.

Qidi (País de), Khati, Keteanos, 246, 252, 258, 280, 281.

Qimoiri (El lago de), 115.

Qina, torrente, 218.

Qiti, el mar Rojo, 304.

Qobhú-Bieneques, rey de la Iª dinastía, 56.

Qoceyr, recibe colonos enviados por Sukheri Amoni, 106; su importancia en tiempo de Darío, 687.

1. Qodshú. diosa cananea adorada en Menfis, 399.

2. Qodshú, ciudad cananea, 212, 219, 336, 734: de los amorreos, 218; sus guerras contra Tutmosis III, 224, 227, 228; con- tra Seti I, 247; contra Ramsés II, 242, 252, 254; contra Ramsés III, 302; en favor de Necao II, 568; desaparece a partir del siglo VII, 734.

Quatremère, condena el sistema de Champollion, 796.

Qubti, Coptos, ciudad de Egipto, 26; desarrollada por Antuf, IV, 105-106.

Queronea (La batalla de), 729.

Quersobleptes, príncipe tracio, 727.

Quersoneso Taurico, sirve de lugar de refugio a los cimerianos, 501.

Quærilos de Iassos, 736.

R

Ra, adorado en Heliópolis, 30; el sol entre los egipcios, 30; dios único en Heliópolis, 32; patrono de la ciudad de Onú, 37; padre de Shú; 37; su reinado en Egipto, 39; identificado con Osiris, 40; es el prototipo de los dioses loca- les, 47; los reyes de Egipto son hijos de Ra, 52; su barca penetra en la noche por la boca de la hendidura, 61; se opone al pacto de Nuit, 82; rebajado al rango de dios provincial con la XIª dinastía, 103; himnos a Ra, 315 y siguientes; su culto respetado por Amenotés IV, 240.

Rabbah, Rabbath, tomada por David, 371, 373.

Rabbit, ciudad tomada por Sheshonq, 404.

Rabbiti (Fuerte de), 245.

Raeha, Artavardiya vencedor allí, 671.

Radanú-Adhem, afluente del Tigris, 143.

Rafia Rapihui, ciudad cananea, 218, 743; batalla en tiempo de Ramsés III, 302; en tiempo de Sargón, 422.

Ragiba, dios de Elam, 526.

Rakoti, ciudad de Egipto, precede a Alejandría, 760.

Rama, residencia de Samuel, 362; fortifi- cada por Baesha, 405; recobrada por Asa, 405; residencia de los primeros reyes de Israel, 414.

Ramatiya, jefe medo, 504.

Ramoth-Galaad, los judíos derrotados bajo sus muros, 420-421, 425.

Ramesseion (El), Ramesseum, 259, 398.

1. Ramsés I, rey de Egipto (XIXª dinastía), 214; se casa en tiempo de Setui I con una princesa real, 248; Setui funda un templo en honor suyo, 259, su tumba en Bab-el-Moluk, 313; su momia en Deir-el-Bahari, 402.

2. Ramsés II Miamún, Sesostris, Sisturi, Sessuri, Sesoosis (XIXª dinastía), hace el primer cementerio común para los Hapi, 31; los cuentistas populares dan el nombre de Ramsés a sus héroes, 74; oscurece el renombre de que gozaba Tutmosis III, 231; regente con su padre Setui I, 248-250; su guerras sirias, 252-258; su leyenda, 258, 259; su alianza con los hititas, 258; sus construcciones, 260; poemas de Pentaairit, 262-265; sus prisioneros se sublevan, 295; su tumba en Bab-el-Muluk, 313; la estela del príncipe de Bakhtan, 323; mantiene guarnición en Gaza, 353, 853; mora en el Delta, 306; su coloso en Tanis, 398; su momia en Deir-el-Bahari, 402; su estatua en Menfis; 686; los griegos le atribuyen todos los hechos de la historia de Egipto, 766.

3. Ramsés III, rey de Egipto (XXª dinastía), toma para si frases del himno a Tutmosis III, 230, nota 1; derrota a los beduinos, a los libios y a los pueblos del mar, 300-304; envía una expedición al país de Puanit, 304; establece a los filisteos en Siria, a los Mashuasha cerca del Delta, 305; véase 353, 354; conspiraciones contra él, sus construcciones, 306; en su reinado disgusta la guerra, se desea la paz, 307-308: mora en el Delta, 396; a partir de su reinado los Mashuasha dan el contingente del ejército, 400-401.

4. Ramsés IV, rey de Egipto (XXª dinastía), 309.

5. Ramsés V a XII, reyes de Egipto (XXª dinastía), 300-326.

6. Ramsés. Véase Pa-Ramsés-Anakhuitú.

Ramsesempirinri, Miriú, ministro de Mineftah, 201.

Ramsesnakhuitú, gran sacerdote, 322.

Raquel, segunda mujer de Jacob, 341.

Rashi. Rosh. Meso, Atere, distrito de la Susiana, 478, 557, nota última.

Rashnú, Razishta, uno de los genios iranios, 591.

Rathurés, rey de Egipto (Vª dinastía), 78.

Ratoises, rey de Egipto (IVª dinastía), 78; no es Dudufri, 72. nota 2.

Ratotef. Véase Dudufri.

Rawlinson (H.), asiriólogo inglés, 776.

Refaim, pueblo de Siria, 187, 205.

Réhob, padre de Hadadézer, 369.

Rékhmiri, un elefante representado en una tumba, 227, nota 4.

Religión (La) egipcia, 30-47, 236-242, 313-324, 760-764; caldea, 155-160, 161-166; cananea, 368-386; hebrea, 386-302, 417-421, 432-444, 543-546, 600-609, 631-638, 755, 750; irania. 581-593.

Rémaliah, padre de Pékakh, 449.

Resaina, ciudad de Mesopotamia, 734.

1. Resón I, rey de Zobah, 374, 405.

2. Resón II, 446, 451, 472.

Rezef, ciudad del desierto sirio, 186.

Rhaga, Raga, una de las estaciones de los iranios, 534: Zoroastro nació allí, 583; en ella fue derrotado Khohatrita, 671.

Rhampsinites, rey fabuloso de Egipto, 767.

Rhea. Véase Nuit.

Rhenea, colonia fenicia, 281.

Rheomitres, su traición, 710.

Rhodopis, su leyenda, 97.

Rhyndaxos, río de Asia Menor, 277, 502.

Riblah, ciudad de Siria, 568, 607.

Rimsin, 214. Véase Eriakú.

Risanbuf, dios egipcio, 460.

Rishadad, rey de Elam, 182.

Ritual (El) funerario. Véase Libro de los Muertos.

Roboam, hijo de Salomón y de una ammonita, 303, 405; pierde diez tribus, 393; su reinado, 301 y siguientes.

Rodas, 272; visitada por Cadmo, 269; colonia de Sidón, 281; permanece con los fenicios, 265.

Roé, uno de los nombre del profeta entre los hebreos. 390.

Rohanu, Valle de Hammat, sus canteras son explotadas por Pepi I, 91; luego por los reyes de la XIª dinastía, 106; las vuelve a explotar Amasis, 644.

Rohob, ciudad cananca, 214; sometida por Hadadézer, 369; le sigue contra David, 371.

Rohrehsa, pueblo de Etiopía, 658.

Rosellini, egiptólogo italiano, 796.

Rossetta (La piedra de), su importancia para descifrar escrituras, 798.

Rosh, su príncipe Gog, 557. Véase Rashi.

Rosh Melkarth, Makama, Heraclé Minoa, colonia fenicia en Sicila, 357.

Rossi, egiptólogo italiano, 792.

Roth, su traducción de los textos chipriotas.

Rotú. Romitú, nombre que se daban los egipcios, 15.

Rouge (E. de), egiptólogo francés; su opinión acerca de la pirámide de Didufri, 72, nota 2: su traducción del poema de Pentaoirit, 266, nota: de la estela de Pionkhi, 461, nota: demuestra el origen egipcio del alfabeto fenicio, 809.

Roxanaké, ciudad fabulosa de Asia, 559.

Rubén, una de las doce tribus, 341, 343, 395; no se une a Barak, 349; atacada por Khazael, 427.

Rubuú, tribu aramea de Caldea, 445.

Rudamú, rey de Egipto, 221.

Rukibti, padre de Sharludari, 483.

1. Rusás I, rey del Urartu, 474-475.

2. Rusás II, 515.

Ruskopús, colonia fenicia. 280.

Rutonú, pueblo de Siria, 199; en discordia perpetua. 223: conducidos a cautiverio por Tutmosis III, 229, 257; desaparecidos en la época persa, 134.

Rutum, victoria de Ciro, 637.

Ruú, Véase Troya.

S

1. Saba (La reina de), su leyenda, 333, nota 1.

2. Saba, antiguo nombre de la capital de Etiopía, según Josefo, 662, nota 2.

Sabacón. Véase Shabakú.

Sabaoth. 553. Véase Jehová.

Sabina (La emperatriz), en Egipto, 236.

Sabiri, pueblo nubio, 118.

Sabita, pueblo libio, 303.

Sacios (Los), 725. Véase Escitas.

Sacy (Silvestre de), sus trabajos acerca del demótico, 79.

Sadiatés, rey de Lidia, 574, 579.

Sadok (Casa de), 391.

Safed, su vino, 204.

Sagalassos, ciudad de Pisidia, 489, nota 2. Véase Shakalasha.

Sagrado (El promontorio), 201.

Sahú, la estrella Orión, 81.

Sahuri, rey de Egipto (Va dinastía), 78, su estela en el Sinai, 78, nota 2: funda Pasahuri, cerca de Esneh, 78, nota 5.

Sai, Sais, ciudad de Egipto, 29; su importancia a partir de la XXª dinastía, 49; disminuida por la fundación de Menfis, 50; Menkauri deposita allí el cadáver de su hija, 71; los fenicios establecen una factoría, 271: adquiere importancia a partir de la XXª dinastía, 307; sufre el influjo libico, 400; papel y ambición de sus príncipes, 107 y siguientes; la XXIVª dinastía es originaria de Sais, 457-462: saqueada por los asirios, 514: origen de la XXVIª dinastía, 545-550; Amasis nace en Sais, 611: Apries es allí muerto, 611; Amasis II la embellece, 645; Cambises se hace iniciar en Sais, 657; la XXVIIIª dinastía es de origen saíta. 701; Sais en la época persa, 762.

Saites (El nomo), 30; sometido a los libios en tiempo de Ramses III, 301; a Tafnakhti, 458.

Sakas. Véase Sakes, Sacios.

1. Saknunri I. Tinaa I, rey de Egipto, funda la XVII dinastía, 194-195.

2. Saknunri, II, Tinaa II, rey de Egipto. 199.

3. Saknunri III Tinaken, rey de Egipto (XVIIIª dinastía), 196, 199; su momia en Deir-el-Bahari, 402.

1. Salamina, de Chipre, 355, 708, 704; sitiada por los persas, 604.

2. Salamina, de Atica, colonizada por los fenicios, 283; triunfo de los griegos contra Jerjes, 690.

Salatis. Véase Shalati.

1. Salmanasar, Shalmanasharıd I, rey de Asiria, 340; funda la ciudad de Kalakh. 408.

2. Salmanasar II. rey de Asiria, 431; sus guerras con la Siria del Norte, 413,

3. Salmanasar III, rey de Asiria, 432; su guerra con Benhadad III, 421 y siguientes; con el Urartu432; su muerte, 427.

4. Salmanasar IV, rey de Asiria, 452, 462; su muerte, 463.

Salmunna, jefe madianita, 350.

Salomón, proclamado en vida de David, 373; su reinado 373 y siguientes, 388, 391-393: su carácter. 394; su suegro Psiukhanú II, 398; la politica de Sheshong I con respecto a él, 403.

Salvolini, egiptólogo italiano, 796, 809.

Samaria, Shimron, fundada por Omri, 414: sitiada por Benhadad II, 419; ata- cada por los ejércitos sirios, 424; por Amaziah, 440; tomada por Sargón, 464; busca la alianza de Egipto, 542; su caída, 550; hostilidad de los samaritanos contra los hebreos a la vuelta del cautiverio, 746-748.

Sammuramat, quizá la Semiramis de Heródoto, 428, nota última.

Samos, 272; colonizada por los jonios, funda una factoría en el Gran Oasis, 650; los samios tienen en Egipto el santuario de Hera, 650.

Samotracia, 278, 382; colonizada por los fenicios, 282; por los tirrenos, 287.

Samshiramán. príncipe de Assur, 337.

Samsón el Danita, 348, 359.

Samsuditana, rey de Caldea. 206.

Samsuiluna, rey de Caldea, 216.

Samuel, uno de los Jueces, 361; designa por rey a Saúl, 362.

San. Véase Tanis.

Sancta Sanctorum (El). Véase Débir.

Sandan. Véaso Ninip.

Sandasarmé, jefe del Tauro, 514.

Sanduarri, grincipe de Kundú, 502.

Sangar, rey de Gargamish, 412.

Sangara. Véase Singar.

Sangarios, río del Asia Menor, 271.

Sanit, Esnéh, Latopolis, en la época gre- co-romana capital de Ten, 25; construcción de la XVIIIª dinastía, 233.

Sannebalat, de Bethorón, 753.

Sanuosrit. Véase Usirtasen.

Saoshyant, profeta iranio, 589.

Sapi (Estatuas de), en el Louvre, 52.

Sapor II, Anushirvan, da la forma definitiva del libro del Avesta, 592.

Sagarah, Sakkarah, su necrópolis, 51, 52, 66, 241, nota 1.

Sarapis. Véase Osiris-Apis.

Saracos. Véase 2. Sinskariskün.

Saraush, país sometido por Tiglatfalasar, 335.

Sardanápalo, su leyenda, 432, 736, 737.

Sardes, tomada por los cimerianos, 579; por Ciro, 624: su sublevación reprimida por Mazarés, 626; quemada por los griegos, 695.

Sardina (La) pescada en el Ponto Euxino, 283.

Sarepta, ciudad fenicia, 483.

Sargarcianos (Los), tribu persa, 539.

Sargón. Véase Sharukin.

Saros, río de Asia Menor, 271, 273; frontera de Sharukin, 475.

Sarsú, ciudad de los Khati, 207.

Saspiros, pueblo de Asia Menor, 272, 733.

Sasyquis. 76. Véasse Asyquis.

Satiú, los arqueros, forma aplicada al pueblo de los reyes Pastores, 189. Véase Shasú.

Satnioeis, río de Asia Menor, 279.

Sátrapas (Los), sus funciones, 644, 675.

Satrapías (Las) del Imperio persa, 672, 673.

Saúl, rey de los hebreos, 363 y siguientes, 391.

Saurú, uno de los demonios iranios, 588.

Sayce, asiriólogo inglés, sus trabajos sobre las inscripciones de Van, 428, notas 1 y 2; descifra los jeroglíficos hititas, 808.

Sebennitica (La rama) del Nilo, 7, 8: ciudades situadas en sus proximidades, 29.

Sebennytos, Thebnutir, ciudad de la Delta, 29; su importancia a partir de la XXª dinastía, 18; origen de la XXXª dinastía, 707; construcciones de Nectanebo, 722.

Seberkheres, rey de la IVª dinastía, 78.

Sefarvaim, 486, 745. Véase Sippar.

Sefuris, Huni, rey de Egipto (IIIª dinastía), 78.

Seir (El Monte). 205; morada de los Horim, 205; de los edomitas, 213.

Sekudianos. Véase Sogdianos.

Selah, tomada por Amaziah, 440.

Selardis, la luna, dios del Urartu, 4:0.

Selé. Véase Zarú.

Selkit, la diosa, en Gizéh, 73.

Sem, padre de Lud, 273

Semempsés, nieto de Husafaiti, 51, 54.

Semiramis, su leyenda, 432; en la época persa, 736; los guías le atribuyen la invención de los pensiles, 738.

Semiramocarta, ciudad de Armenia, 330, 736, nota 4.

Semitas (Los), relaciones de su lengua con la egipcia, 20; sus emigraciones a Caldea, 160, 161; a Asia Menor y a Siria, 273, 274; sus establecimientos en Egipto, 399-402; los Sargónidas fundan un gran Imperio semita, 530 y siguientes; su estado en el momento de la invasión macedónica, 734-744.

Semnéh, ciudad de Nubia, 120: Usirta- sen III edifica en ella un templo, 121; que Tutmosis III restaura, 233; observatorio para las crecidas del Nilo, 136.

Senkeréh. Véase Larsam.

Sennaar, de Caldea, 174.

Sennaquerib, Sinakheirba, sucede a Sargón, 479; sus guerras en Caldea, 480- 483, 489; guerras contra los judíos, 484- 487: contra los pueblos del Norte y del Oeste, 488-490; contra los elamitas, 491-492; contra los árabes, 504; bosqueja la obra de concentración del Imperio medo, 538; sus construcciones, 494-496; su muerte, 498.

Senomuit (Bigéh) Isla de), 24.

Septimio Severo, restaura el coloso de Memnon, 236.

Seraiah, gran sacerdote de los judios, 754.

Serapeion, Serapeum, necrópolis de Menfis, 36: restaurado y engrandecido por Psamético I, 549.

Serbón, Sirbón (El lago de), 672, 718.

Serén, nombre de los jefes filisteos, 354.

Serpiente (La), dios en Egipto, 33; una de las formas del mal, 43, nota 2.

Serres, Sahuri, rey de Egipto (Vª dinastía), 78.

Servidores (Los) de Horus. Véase Shamsú. Horú.

Sésamo (El) en Caldea, 145.

Sesochris, rey de Egipto (IIIª dinastía), 52, 78.

Sesonkhis, Sesac. Véase Sheshong I.

Sesoosis, Sessuri, Sesostris. Véase Ramsés II y Usirtasen III.

Sethenes. Véase Sondú.

Sethón, su leyenda, 487.

Setnakhiti, funda la XXª dinastía, 300.

1. Setui I, Séthosis, rey de Egipto (XIXª dinastía) copia una parte del himno de Tutmosis, 230, nota 1; su reinado, 244-252; mantiene guarnición en Gaza, 248, 353; sus construcciones, 248; funda el templo de Gurnah, 259; se le entierra en el Valle de los Reyes, 313; su momia on Deir-el-Bahari, 402.

2. Setui II, rey de Egipto (XIXª dinastía), se apropia un himno de triunfo de Mineftah, su padre, 292-294.

Sevé. Véase Shabakú.

Sha, el período de inundación del Nilo, 82.

Shaad, pueblo de Nubia, 118.

Shabaku, Sabacón, Shabé, Sevé, Só, rey de Etiopía y de Egipto (XXVª dinastía), 476, 481; repara los canales y los caminos, 548; su muerte. 481.

Shabiktú, Sabatok, Shabtié, Sebikhos rey de Egipto, hijo de Sabacón (XXVª dinastía), 482; hecho prisionero por Taharqú, 508.

Shabtuna, Nahar-os-Sebta, poblado sirio, 253.

Shadikhanni, hoy Arbán, paga tributo a Assurnazirabal, 411.

Shafan (El escriba), 562.

Shafyattrib, colonia judía en Caldea, 630.

Shakalasha, Sagalassos, de Asia Menor, 301; invaden el Egipto en tiempo de Mineftah I, 290; en tiempo de Ramsés III. 301.

Shala, divinidad caldea, 494.

Shalati, Salatis, Saitas, el primero de los reyes Pastores (XVª dinastía), 188, 200: toma por capital a Menfis, 188; crea el campo atrincherado de Avaris, 189.

Shalmanasharid. Véase Salmanasar.

Shalúm, rey de Israel, 143.

Shamash. Véase Utú.

Shamashdanani, oficial asirio, 524.

Shamashibni, rey de Babilonia, 501.

Shamashumukin, hecho rey de Babilonia por Assarhaddón, 511-513; recibe en Babilonia la estatua de Bel-Marduk y llega a ser rey de Caldea, 513; su rebelión y su derrota, 523; su muerte, 524.

1. Shamshiadad I. rey-sacerdote de Assur, 216, 328, 338, 340.

2. Shamshiadad II, rey de Asiria, 216, 340.

3. Shamshiadad III. 330.

4. Shamshiadad IV, rey de Asiria, 427, 430.

Shamsú Horú, servidores de Horus, nombre dado a los primeros egipcios, 23: las fiestas de Sothis se remontan hasta ellos, 83; fundan el templo de Hathor en Denderah, 91.

Shapak, dios de Elam, 526.

Shapat, padre de Eliseo, 419.

Shapenapuit (La princesa, hija de Pionkhi; Psamético la obliga a adoptar a una de sus hijas, 347.

Shapenapuit II (La princesa), Montumhait ejerce en Tebas la regencia en nombre suyo, 514.

Shapia, ciudad de Caldea. 452.

Shar, Sharú. Véase Kharú.

Shardanas, pueblo de Asia Menor, 286; invaden el Egipto en tiempo de Setuí I, 250; sirven en el ejército egipcio, 258, 287; sus ataques en tiempo de Mi- neftah, 200 y siguientes; emigran a Cerdeña, 304.

1. Sharduris I, hijo de Lutipris, 431.

2. Sharduris II, rey del Urartu, 430.

Sharézer, hijo de Sennaquerib, 498-501.

Shargina, Sargón I, Sargani, Shar-Ali, rey de Agadé, 161; su estatua en Agadé y su inscripción, 181-182; sus conquistas, 182-183, 185.

Sharis, diosa del Urartu, 430. Véase Ishtar.

I. Sharludari, príncipe de Tanis. 516.

2. Sharludari, hijo de Rukibti, 453.

Sharuhana, Sharukhen, ciudad cananea, 196.

Sharukin, Sargón II, rey de Asiria, sa- cede a Salmanasar, 463; destruye el reino de Israel, 464-65; sus guerras contra el Egipto y la Siria, 467-474: contra el Urartu, 478-480; su muerte. 480.

Shashotpú, Shotp, ciudad de Egipto, 27.

Shasú, Shus, Sitiu, pueblos ladrones del desierto de Siria, 115, nota 5: aventuras de Sinuhit en su territorio, 115-117, 190, 213, 214, 214, 253.

Shatt-el-Arab, 143-144.

Shatt-en-Nil, Nofer, Niffer, 177.

Shebnab (El escriba), 484. 485.

Shechem. Véase Siquer.

Sheikh-Ab-el-Gurnah, construcciones de la XVIIIª dinastía, 235.

Sheilkh-Said. Pepi I fundó en sus cercanías una ciudad, 91.

Shékaniah, hijo de Jekhiel. 704.

Shemaiah, profeta judio, 603.

Shemik, pueblo nubio, 118.

Shesbazzar, descendiente de David, 744.

1. Sheshonq I, rey de Egipto, 102, 103, acoge a Hadad el Idumeo y a Jeroboam, 404; guerra con los judíos, 404; su muerte, 404.

2. Sheshonq II, rey de Egipto (XXIIª dinastía), 456.

3. Sheshonq III y IV, reyes de Egipto (XXIIª dinastía), 456.

4. Sheshonq, Shashanqú, descendiente de Buiúa, se casa con una princesa de estirpe real; su nieto llega a ser rey con el nombre de Sheshonq I. 401, 402.

Shé-Snofruí, fundada por Snofrui, 67.

Shilagara, dios elamita, 526.

Shiloh, residencia de Eli, 360; de Samuel, 363; su santuario, 387-880.

Shinukhta, país conquistado por Sharukin, 474.

Shiri Estela de) en el Museo del Cairo.32.

Shirishi, capital de la Comagena, saqueada por los asirios, 334.

Shodit, Crocodilopolis, ciudad del Fayum, 27; adora al cocodrilo, 122.

Shoko, cindad de Siria, 404, 449.

Shomer, da su nombre a Shimrón, Samaria, 414.

Shomú, la estación de las recolecciones en Egipto, 82.

Shopseskaf, rey de la IVª dinastía, 78.

Shopseskeri, Sisires, rey de la Vª dinastía, 78.

Shos. Véase Shasú.

Shotp. Véase Shashotpú.

Shú, Sos, el sol, 30, 37; hijo de Ra y rey de la dinastía divina, 39; en la creación levanta las aguas de lo alto, 81.

Shubbililium, rey de Khati, 247.

Shumir (País de),176, 181, 183, 184, 216, 445.

Shunyurshara, dios elamita, 526.

Shurippak, ciudad de Caldea, 170.

Shushin, Shushum, Shushan. Véase Susa.

Shushinka, Shushinak, dios del Elam, 179, 526.

Shushú, dios caldeo, 164.

Shutruknakhuntá, rey del Elam, 478, 479, 489, 492.

Siamonú, Miamún, rey de Egipto (XXIª dinastía), 398

Sibah, el benjaminita, 373.

Sibú-Gabú, el dios-tierra, 38. Véase Gabú.

Sicilia, atravesada por Melkarth, 269; recibe colonias fenicias, 307; cruzada por los sidonios, 355.

Siddim (Valle de), 215.

Sidirparna, jefe medo, 503.

Sidón, ciudad de Fenicia, 211; sometida a los Faraones, 267; sus colonias, 268 y siguientes: sus piratas, 285; los sidonios pasan a Italia y a Sicilia, 355; sometida a Assurnazirabal, 413; a Salmanasar, 424; a Sennaquerib, 482; destruida por Asarhaddón, 502; tomada por Apries, 610; se subleva y es destruida por Ocos, 716-718.

Sidyma, colonia fenicia, 280.

Siembras (Fiesta de las) entre los hebreos, 565.

Siena. Véase Suan.

Sifnos, una de las Cícladas, 282.

Siftah, 205. Véase Mineftah.

Sihón, rey de los amoneos, 343.

Sijis. Véase Sui.

Sikhyuvatis, palacio de Gámata, 665.

Silabarios (Los) asirios, 777-785; chipriotas, 789-790; egipcios, 797, 798 y siguientes.

Silsilis, ciudad de Egipto, 24; adquiere importancia por los tiempos de la XIª dinastía, 102; su pequeño speos adornado por Harmhabi, 244, nota 2; monumentos de Ramsés II, 259, 260. Véase Khonú.

Simas (El pastor), 330.

Simeón, una de las doce tribus, 341, 395; su situación. 342, 347; se fusiona con Judá, 351; queda con Roboam, 305.

Simois, río de la Troade, 278.

Simplegades (Las islas), 282, nota 4.

Simyra, Semyreanos, ciudad de Fenicia, 209, 267; tomada por Tutmosis III, 227, 267; se subleva contra la Asiria, 471.

Sin, el dios-luna, 160, 161; se aparece a Assurbanabal, 522.

Sinaí (El monte), 205, 381, 387, 632; sus minas ocupadas por Snofrui, 67; por Keops, 74; por Pepi I, 90; perdidas después de la VIª dinastía, 105; recuperadas bajo la XIIª dinastía, 135; el Mayán de los caldeos, 182; explotación de sus minas, 221; en tiempo de Ramsés II, 259; de Ramsés III, 304; Moisés promulga allí la Ley, 341-662, 750; morada antigua de los dioses, 381; de Jehová, 387.

Sinakheirba. Véase Sennaquerib.

Sinear, su rey Amrafel, 215.

Singar, Semgara, ciudad de Asiria, 328; todavía floreciente al final de la época persa, 734.

Singara, pueblo de la Siria, 228.

Siniddidan, rey de Urú, 185.

Sinmubalit, príncipe de Babilonia, padre de Hammurabi, 215-216.

Sinope, ciudad de la costa frigia, ocupada por los cimerianos, 502; sus alrededores devastados por Creso, 623.

Sinshariskhún, Saracos, rey de Caldea, 560; se quema en su palacio de Nínive, 569.

Sinuhit, aventurero egipcio, 109, 115, 133.

Sión (La colina de), 367, 368, 378, 543.

Sippar, Sippara, Sefarvaim, ciudad de Caldea, 478; Xisuthros entierra en ella los libros sagrados, 170-172; tiene construcciones de Urgur, 184; conquistada por Tiglatfalasar I, 339; los dioses de Sefarvaim, 485, 486; tomada por Assurbanabal, 524, 525; reconstruida por Nabucodorosor, 613; Nabonides restaura sus monumentos, 629; Ciro la toma, 637.

Sipylo (El monte), 278, 281, 578.

Siquém, los amorreos se establecen cerca de Siquém, 212; punto de unión de los hebreos en el momento de la conquista, 345; su rey Abimelék, 351; David es proclamado rey en ella, 366; su santuario, 384-388; su papel en tiempo de Jeremías, 393-395.

Sirbón (Marismas de), 718.

Siria, Karú, Sharú, Akharrú, su descripción, 201-206; la costa meridional cubierta de puestos fortificados por los fenicios, 270; conquistada por Sargón, 181; bajo la dominación egipcia, 218-221; en guerra contra Tutmosis III, 225-225; no resiste a Tutmosis IV y a Amenothés, 232; en guerra contra Ramsés I, 242; contra Ramsés II, 248 y siguientes; estelas de Sesostris, 257; los sirios, 204, 205; sometidos a los pueblos del mar, 302, 303; en tiempo de Ramsés II, 304; bajo los Ramésidas, 300, 310; leyenda del príncipe de Baktán, 323, 324: Siria no puede ser independiente sino a condición de no tener vecinos poderosos, 383; los dialectos sirios de moda en Egipto, 309, 400; Siria atacada por los asirios, 410; sometida a David, 360- 372; perdida por Salomón, 374: cae en manos de los reyes de Damasco, 405: su estado en tiempo de Assurnazirabal, 412-414; preponderancia de los reyes de Damasco, 415, 419, 424-428; invadida tres veces por Adadnirani III, 429; sometida a Asiria, 420; perdida en tiempo de Salmanasar III, 432: por un momento bajo la soberanía de Jeroboam, 440; reconquistada en tiempo de Tiglatfalasar, 445; simple provincia en el de Sennaquerib, 480; arruinada a mediados del siglo VII, 530; saqueada por los escitas y cimerianos, 556; pasa a poder de Nabopolasar, 571; en tiempo de Necao II y Nabucodorosor. 568, 595, 596; de Ciro, 629, 638; comprendida en la Arabaya, 672; invadida por Tacos, 711-712; los sirios blancos. 732; situación de la Siria en el momento de la conquista macedónica. 733-735.

Sirki, Circesium, paga tributo a Assurnazirabal, 430.

Sirtes (Las) de Libia, 358.

Sisera, muerto por Jael, 349.

Sisires, Shopsoskeri, rey de Egipto (Vª dinastía), 78.

Sisirikhadús, principado del Urartú, 430.

Sisithes. Véase Xisuthros.

Sit, Tifón, Tobhú, vencido por Horus en Khmunú, 27; probablemente dios elemental en su origen, 30; por qué se le ha identificado con el hipopótamo, 33; rey de la dinastía divina, 39; su lucha con Osiris, 40, 41: se alimenta de entrañas, 45; vencido por Horus, 46, 47; su nombre tomado como título real por Kefrén, 73; identificado con Sutkhú, 191.

Siuf, cerca de Sais, 611, nota 4.

Siut, Lyconpolis, Osyut, ciudad de Egipto, 27, 240.

Sizú, (Fortaleza de) en Cilicia, 502.

Skemiofris. Véase Sorkunofrui.

Snofrui Soris, rey deEgipto (IIIª dinastia), 67; sus establecimientos mineros en el Sinaí, 67; tratado de Moral compuesto en su reinado, 88.

Só. Véase Shabakú.

Soba, ciudad siria, 336, 363.

Sobakh, general de Hadadézer, 371.

Sofé, autor de un libro de alquimia, 69, nota 5.

Sogdiana, Sogdianos. Sugda, sometida por Semiramis, 331; una de las estaciones iranias, 533; sometida por Ciro, 627; forma una satrapía, 673.

Sogdianos, Sekudianos, rey de Persia, 696.

Sokaris, 460; dios de los muertos en Menfis, 30.

Sokhit, mujer de Ptah, madre de Nefertumú, 31; protectora de los pueblos del Norte, 317.

Sokhmit, Letopolis, ciudad de Egipto, 28.

Soktit, la barca del Sol, 318.

Sol (El). Véase Ra.

Soleb, templo de Tutmosis III, 233.

Soli. Soles, ciudad de Chipre, 270, 703.

Soloeis, Sela, colonia fenicia de Sicilia, 357.

Solón, va a Egipto, 29; con Creso, 626.

Solonte. Véase Kéfer.

Solymnitas. (Los), invasores de Egipto, 299.

Soma. Véase Haoma.

Somalies (País de los). Véase Puanit y Fenicios.

Sondú, Sethenes, rey de la IIª dinastía, 56; termina el tratado de medicina empezado por Usatais, 84.

Sonkhkeri Amoni, rey de Egipto (XIª dinastía), 104-106.

Sopdit. Vease Sothis.

Soqnunri Tinagen. Véase Saknunri III.

Soris. Véase Snofrui.

Sorkú, dios egipcio, 30.

Sos. Véase Shú.

Sosarmos, uno de los reyes ficticios de Media, 534.

Sothis, Sodpit, Sirius, consagrada a Isis, 31; el periodo sothiaco, 81, 82.

1. Sovkhotpú Khutuniri (XIIIª dinastía), 135.
2. Sovkhotpú IISkhemuastuuiri (XIIIª dinastía), 136.
B. Sovkhotpú Khanofirri, 136; su estatua en el Louvre, 137.
4. Sovkhotpú Mirkouri, su estatua en París, 136, nota 9.
5. Sovkhotpú Skhemuaztoniri, 136, nota 9.
6. Sovkhotpú Skemkhutouiri, 136.
Sovkhú, probablemente un dios de los elementos, 30; es un cocodrilo. 33; el planeta Mercurio, 80.
Sovkumsauf Skhemuazkuri, 137.
Sovkunofriú, la Skemiofris de Manetón, 111, 135.
Soyfis, Sozes, rey de la IIIª dinastía, 78.
Spako, nombre de mujer persa, 617.
Sparethra, reina de los sacios, mujer de Amorges, 628.
Spargapises, hijo de Tomyris, 641.
Sparla, una de las satrapías, 673
Spenta-Armaiti, uno de los Ameshaspentas, 585.
Spentomainyus, uno de los genios iranios, 587.
Spiegel, sus trabajos sobre los cuneiformes. 776.
Sraosha, ayuda al alma a pasar el puente Chinvat, 502.
Stasikypros (El rey), 792.
Strucates, tribu antigua de Media, 533.
Sua. Véase Shabakú.
Suan, Suanú, Siena, Assuán, 24; sus canteras se vuelven a explotar en el reinado de Amasis II, 644.
Suandakhul, cindad de Mannai, 474.
Sudunú, dios del Elam, 526.
Suez, el Egipto colonizado por la vía del istmo, 15: tranqueado por los Pastores, 187; canal abierto por Necao, 598-599; restaurado por Dario, 687.
Sufis, Keops, 69, nota 4. Véase Sofe.
Sughdra. Véase Sogdiana.
Sui, Svis, Peni, Psoi, Ptolemaida, ciudad de Egipto, engrandecida y colonizada por Ptolomeo Soter, 26.
Sulci, en Cerdeña, 357.
Sumeisab, ciudad del Éufrates, 143.
Sumuabin, fundador de una dinastía en Babilonia, 185.
Sumudú, dios del Elam, 526.
Sur, Tylos, isla del golfo Pérsico, 159. Sus, pueblo nubio, 118.
Susa, residencia de los príncipes elamitas, 178, 215; conquistada por Alusharshid, 182; por Naramsin, 183, 184; tomada y saqueada por Assurbanapal, 590; residencia de Dario I, 672; y de los reyes persas, 726, 730-731.
Susakim. Véase Sheshonq.
Sutkhú, dios de los cananeos, identificado con Sit, 191: el rev Apopi quiere imponerle a todo el Egipto. 194; cada ciudad hitita tiene su Sutkhủ. 207, 380; adorado en Tanis, 234; se le compara con Ramsés II, 265; así como Setnakhiti, 300; tiene su templo en Menfis, 399.
Sydix, padre de los Cabirces, 882.

Sylion, colonia fenicia, 280.

T

Taanakú, Taanak, ciudad cananea, 217; independiente de los judíos, 346; junto a ella tiene lugar una batalla, 349; tomada por Sheshonq, 404.

Tab. Véase Oraatis.

Tabal, Tubal, Tibarenos, congéneres de los Khati, 206; su territorio, 273; sometidos a Salmanasar III y a sus sucesores, 429; en guerra con Asarhaddón, 499; su reino destruído por los cimemerianos, 505; independientes en tiempo de los últimos aqueménidas; 725; su situación en el momento de la conquista macedónica, 732.

Tabeel (El hijo de), 450.

Tabernáculos (La fiesta de los), 560.

Tabor (El monte), 218, 346, 350, 364.

Tabrimmón, rey de Damasco, 405.

Tabuya, reina de los árabes, 504.

Tacazzé, afluente del Nilo, 459, 658.

1. Tacos, rey de Egipto (XXXª dinastía), 711-714.

2. Tacos, regente de Egipto, 712.

Tadmor, Tamar, Palmira, no fue fundada por Salomón, 374, nota 7.

Tafnakhti, príncipe saíta, 461.

Tafnuit, diosa gemela de Shú en Heliópolis, 31; engendrada por Ra, 37; encargada por Ra de destruir a los hombres, 39.

Tafsakh, ciudad de Israel, 443.

Taharqú, Tirhakah, Tarqú, Tearkó, rey de Etiopía, es reconocido rey de Egipto, 506; sus guerras con la Asiria, 507-516; su muerte, 516.

Tahonú, pueblo libio, 300; mercenarios en el ejército egipcio, 458.

1. Takeloti I, rey de Egipto (XXIIª dinastía), 450.

2. Takeloti II, rey de Egipto (XXIIª dinastía), 456.

Takhisa, cantón de Siria sometido por Amenothés II, 232.

Tales, predice un eclipse, 580.

1. Tamar. Véase Tadmor.

2. Tamar, pueblo libio, 300.

3. Tamar, hermana de Absalón, 373.

Tamassos, ciudad de Chipre, 272.

Tamftis, rey de Egipto (IVª dinastía), 78.

1. Tammaritú, virrey de Khaidalú, 520.

2. Tammaritú, rey de Elam, 527, 528.

Tammuz, Adonis, divinidad cananea, 384, 385; su muerte y sus misterios, 385.

Tamur, río de Fenicia, 211.

Tanais (El), cruzado por Sesostris, 257, llega a él Dario I, 681.

Tandai, de Kirbit, su sublevación, 513.

Tandamani, yerno de Taharqú, rey de Etiopía y de Egipto, 516, 517 y siguientes, 658.

Tanit, uno do los nombres de Astarté, 381.

Tanis, San, ciudad de Egipto, 29; su importancia a partir de la XXª dinastía, 48, 397; embellecida por los reyes de la XIIª dinastía, 113, y por los de la XIIIª, 137; residencia de los Pastores, 191, 193; desmantelada por Ahmosis I, 197, 198, 234; restaurada por Ramsés II, 250, 398; factoría fenicia, 271; lugar de origen de la XXIª dinastía, 397-403; construcciones de la época de la XXIIª dinastía, 454: lugar de origen de la XXIIIª dinastía, 456, 457; saqueada por los asirios, 514: predicción de Ezequiel contra Tanis, 609; Nectanebo es sitiado en ella, 713; visitada por Heródoto, 762.

Tanaoxares, 643, nota. Véase Bardiya.

Tantalo, rey derigia, 278.

Tanyoxarkes, 643, nota. Véase Bardiya.

Taocos (Los), pueblos de Asia, 725.

Tapit. Véase Tebas de Egipto.

Tapsaco, Turmeda, 206; colonia fenicia, 268.

Tapures (Los), independientes de los persas, 725.

Taritit, Tentyris, Denderah, ciudad de Egipto, 26.

Tarkundimmé, su sello bilingüe, 808.

Taroiú, Troya, ciudad de Egipto, 29, 764; leyenda de su fundación, 29, 290; sus canteras explotadas de nuevo por Ahmosis I, 197, 764; los hebreos son arrojados a ellas, 298-300.

Tarsis, Tartesia, Tarsish, colonia fenicia, 353, 356.

Tarso, Tabel, fundada por Semiramis, 331, 736; tomada por Salmanasar III, 427.

Tartak, dios de los Cuteaneos, 746.

Tartán (El), oficial de Sennaquerib enviado a sitiar Jerusalén, 484; general en jefe de los asirios enviado a Palestina por Sargón, 477.

Tas-Hurú, Apolonites, nomo de Egipto, 25.

Tasos, colonizada por los fenicios, 283, 285.

Tatta (El lago), 271.

Ta Tehni Oirnakhitú, Tehnéh, tomada por Pionkhi, 459.

Taud. Véase Zorit.

Tauro (El monte), 201, 202, 206, 271, 280, 719.

Taurú, uno de los demonios iranios, 588.

Tausrit, reina de Egipto (XIXª dinastía), 292.

Tchakhra (El), Karkh, una de las estaciones de los iranios, 534.

Tchitrantakhma, usurpador, 669; su muerte, 671.

1. Tebas, de Beocia, recibe una colonia fenicia, 269, 283; busca la alianza del Gran Rey. 708; mercenarios tebanos en el ejército de Ocos, 718-720.

2. Tebas de Egipto, Tapit, Apit, Pa-Amón, Diospolis Magna, ciudad de Egipto, 25; su diosa Mut, 31; adora al cocodrilo, 34; reconoce a Amón Ra como primer rey de la dinastía divina. 38; pierde su importancia por la fundación de Menfis, 50; no tiene representación política antes de la XIª dinastía, 102; la XIª dinastía, 103-106; construcciones de la XIIª, 113; de la XIIIª, 136; su lucha contra los Pastores, 194; construcciones de Ahmosis I, 197; arbustos del Puanit plantados en sus jardines, 223; construcciones de los grandes reyes de la XVIIIª dinastía, 234-257; poderío creciente de los grandes sacerdotes de Amón, 237, 238; reacción en tiempo de Amenothés III y IV, 239-241; tumbas de Amenothés III y de Ai, 242; Tebas recupera la

supremacía con Harmhabi. 242-244; entrada triunfal de Setuí I. 246; construcciones de Ramsés II. 259; de Mineftah I. 287; de Ramsés III, 306; estado de su población durante la XXª dinastía, 309-313; poderío progresivo de los grandes sacerdotes de Amón, 313-324; su decadencia a partir de la XXIª dinastía, 396-398, 402, 454, 455; patrimonio real, 455; conquistada por Petsibastit, 457; en manos de los reyes etíopes, 459; embellecida por la reina Amenertais, 481; saqueada por los asirios, 410; paga tributo, 514; obedece a Tandarnani, 016: de nuevo saqueada por los asirios, 518; bajo Psamético I, 549; Ahmosis II, 644; la Tebaida recibe desterrados judíos, 608; su estado en la época persa, 769-771.

Tébez, sitiada por Abimelek, S51.

Tebriz, (Marmol de), 531, nota 3.

Téishbas, dios del Urartú, 430.

Teispes, rey de Persia, 539, 618.

Tekoa, municipio de Judá, 438.

Telal, nombre de una clase de genios entre los caldeos, 158.

Tel-Abib, establecimiento de los deportados judíos en Caldea, 630.

Tell-el-Amarna, sus tumbas, 240.

Tell-Erfad. Véase Arpad.

Tell-Ibrahim, ciudad situada en el emplazamiento de Babilonia, 177, nota 10.

Tell-el-Maskhuta, excavaciones de Naviilo y Petrie, 29, nota 3.

Tell-Mokhdam, monumento de los Pastores, 188, nota 2.

Tell-Naby-Mendoh, Conder encuentra allí los restos de Qodshú, 218, nota última.

Tementhes, uno de los dodecarcas, 546, nota.

Templo (El) de Jerusalén, 376-377; destruido por Nabucodorosor, 607; reconstruido en el reinado de Dario, 744-747.

Ten (Latopolites), nomo de Egipto, 25.

Tenedos, isla del mar Egeo, 278.

Tentoa, ciudad de Egipto, 197.

Tentyris. Véase Taritit.

Tentyrites, nomo de Egipto, 26.

Teos, sus habitantes se expatrian, 627.

Tera, una de las Cícladas, 282; permanece en poder de los fenicios, 285; alfabeto encontrado en ella. 812.

Terafim (Los) de los judíos, 385; interrogados por Nabucodorosor, 604.

Teraquitas (Los), 205, 213.

1. Teti, Athotis, rey de Egipto (Iª dinastía), 51 redacta un tratado de medicina, 51, 56.

2. Teti, Othoés, rey de la VIª dinastía, 90, 241, nota.

Tenerianos (Los), 277: en Egipto, en tiempo de Ramsés III, 302.

Tennes, rey de Sidón, 716-718.

Thannyras, hijo de Inaros, 694, 700.

Tharé, sus emigraciones, 192.

Thargal, rey de los Gutim, 215.

Tharros, en Cerdeña, 57.

Thatagus, Sattagydia, sometida por Ciro, 628; forma una satrapía. 673.

Thebnutir, Sebennytos, ciudad de Egipto. 29.

Thennesis (La isla de), 476, nota 2.

Thessalión, confidente de Tennés, 716.

Thibni, hijo de Giniath, 405, 414.

Thini, primera capital del Thinites, 20: adora a Anhuri, 30; patria de Menes. 41 y siguientes; decae a partir de la IIIª dinastía, 56; su observatorio, 82.

Thinites, nomo de Egipto, 26.

Thospia, 429, nota.

Thospites (Lago), 429, nota.

Thot, dios epónimo de Hermopolis, 27; cinocéfalo e ibis, 33; ministro del rey-dios Harmakhuti, 46; ofrendas a los muertos en la fiesta de Thot, 59; su templo en Khmunú, 73; su ibis de madera dorada, 73; el capítulo LXIV del Libro de los Muertos encontrado al pie de su estatua en Khmunú, 75; gana los cinco días epagómenos a la Luna, 82.

Thothrotpu, su tumba en Saqqarah, 12.

Thú, rey de Hamath, 370.

Thuth, general de Tutmosis III, 230.

Thyessos, principado lidio, 573.

Thymbrara, ciudad de Asia Menor, 623, nota 1.

Tiba, país sometido a Pepi I, 93.

Tibarenos (Los). Véase Tabrat.

Tibekhat, Baalbeck, ciudad de Siria, 218.

Tíber, los tirsenios se detienen en él, 301.

Tierra (La), madre de Manés, 286.

Tifón. Véase Sit.

Tigisis, ciudad de Numidia, 358.

1. Tiglatfalasar I, rey de Asiria, 338, 339; Sennaquerib recobra las estatuas de los dioses que había perdido en Hékali, 494.

2. Tiglatfalasar II, rey de Asiria, 443, 452; sus campañas en Urartu, 445; en Media, 535.

Tigranes, monarca armenio, 615, nota 2.

Tigre (El) se encuentra en Media, 32.

Tigris (El), su curso, 143-145; 328, 333, 447, 496.

Tü, madre de Amenothés IV, 238.

Timæos, rey de Egipto, 188.

Timihú, invaden el Egipto, 280, 300,

Timnah, tomada por los filisteos, 449.

Timnath (Fortaleza de), 483.

Timoteo, jefe griego, va a Egipto, 702.

Tinnab. Véase Tunipa.

Tiribazo, sátrapa, 705.

Tiro, ciudad de Fenicia, 211; sometida a Egipto, 267; refugio de la aristocracia sidonia, 358; castigada por Samuel, 302; busca la alianza de Salomón, 374, 394; sucede a Sidón en la hegemonia, 374; se somete a Assurnazirabai, 413; su historia desde Hirom I & Ithobaal I, 415-418; sometida a Salmanasar III, 421; a Tiglatfalasar II, 445; sitiada por Salmanasar V.

463; y por Sargón, 477; los tirios realizan el periplo del África, 508; sus diferencias con Nabucodorosor, 601, 609; Tiro tomada por Evagoras, 724. Véase 281, 346, 599, 734.

Tirrenos. Tirsenos. Véase Tursha.

Tirzah, capital de Israel, 414; incendiada por Zimri, 414.

Tisafernes, sátrapa de Asia Menor, 697.

Titán, Etana, gigante, 172.

Tithraustes, jefe persa, 708.

Titoui, Kafri-el-Ayat, fortaleza avanzada de Menfis, 28; limite entre el alto y el bajo Egipto, 47; tomada por Pionkhi, 460.

Tiuaá, Tiuaken. Véase Saknunri.

Tiumman, rey de Elam. 519-520.

Turah, Turú. Véase Troya.

Tureis, Zosiri, rey de Egipto (IIIª dinastía), 78.

Turmeda. Véase Tapsaco.

Turnat, afluente del Tigris, 420.

Tursha. Tirsenos, Tirrenos, Pelasgos, 572; sus emigraciones a Egipto en tiempo de Setui I, 250; de Mineftah I, 288-290; de Ramsés III, 302; a Italia, 286, 301, 355.

Tutankhamonú, rey de Egipto (XXIIª dinastía), 241.

1. Tutmosis I, rey de Egipto (XVIIIª dinastía), 202; sus guerras en Siria, 204, 205, 217; sus guerras, 220; comparte el trono con su hijo Hatshopsitú, 221.

2. Tutmosis II, rey de Egipto (XVIIIª dinastía), 221-223; sus construcciones en Karnak, 234; su momia en Deir-el- Bahari, 402.

3. Tutmosis III, rey de Egipto (XVIIIª dinastía), llamado al trono por Hats- hopsitú, 221; reina con ella veinte años, 222-225; sus conquistas, 225-232; sus construcciones, 233-234; su momia en Deir-el-Bahari, 402.

4. Tutmosis IV, rey de Egipto (XVIII" dinastía), 232; sus construcciones, 238.

Tutustues, nombre cilicio de origen heteo, 273, nota 2.

Tychsen, sus trabajos acerca de los cuneiformes, 776.

Tylónides (Los), gran familia lidia, 573-574.

Tylos, padre de Calithea. 236.

Tyras, río del país de los cimerianos. 501.

Tyrrha, principado lidio, 573, 574.

Tyrrhenos, Tyrsenos, héroe mítico, 286.

Tiushpa, rey de los cimerianos, 502.

Tmai, su naos, 646, nota 1.

Tmolos, Kisilia, Musa-Dagh, montaña de Asia Menor, 578.

Tob (El país de) contra David, 324.

Tobiyah, el Ammonita, 703, 708.

Tobú. Véase Sit.

Togarmah, aliado de los escitas, 558.

To-Khentit, nomo vecino a la Nubia, 24.

Tomam, sometido a Pepi I, 92.

To-muri, To-mehi, nombre del Norte del Egipto, 23.

Tomyris, reina de los masagetas, 641.

Tonén, dios elemental, 37.

Tonú, distrito de la Arabia, 117.

Tonutir, uno de los nombres egipcios de la Arabia, 221, 304.

To-Résí, nombre dado al Egipto alto, 23.

Tornadotus, Dilayeh, Gyndes, afluente del Tigris, 143.

Toro (El), silvestre en Egipto, 23; adorado en Dan y en Bethel, 386, nota; Sennaquerib representa en escultura el trasporte de un toro colosal, 495, 496.

1. Torre de Ramsés III, fortaleza, 302.

2. Torre de las lenguas, su leyenda, 172.

Torrhebos, pueblo de Asia Menor, 286.

Tórtola (La), nativa en Egipto, 12.

Tortuga (La), nativa en Egipto, 13; una de las formas del mal entre los egipcios, 43, nota.

Tosertasis, Nofirkeri, rey de Egipto (IIIª dinastía), 78.

Toshe (El), el Fayum, 27.

Tosorthos, sucesor de Nekherofes, perfecciona la escritura y la talla de las piedras. 57.

Totemmhabi (El mago), 323.

Totuné, uno de los nombres del dios Ra, 319.

Tracia, colonizada por los fenicios, 274, 282; Sesostris se detiene en ella, 257; sometida por Dario I, 681, 682; perdida por Jerjes I, 691; los tracios en Asia, 277; sometidos por Creso, 621.

Tremilos, pueblo licio, 279.

Treres, se unen a los escitas y a los cimerianos. 579.

Trigo (El), es el alimento habitual de los egipcios, 10; se cultiva en Egipto, 23; en Caldea, 145: en Siria, 202, 203; en Fenicia, 203; en Chipre, 270; en Asia Menor, 272: en Asiria, 328.

Trípoli, Tacos reúne allí una asamblea de los fenicios. 715.

Tritón (El lago) en África, 358.

Troade. Troya, sus habitantes, 275, 277, 280, 287, 358, 502; sometidos a Giges, 576; los troyanos contra Ramsés II, 252, 287.

Troya. Véase Taroiú.

Túbal. Véase Tabal.

Tudó, hija del rey de los misios, 575.

Tugdamis, jefe de los cimerianos, 579.

1. Tugultininip I, rey de Asiria, 332 y siguientes.

2. Tugultininip II, rey de Asiria, 407.

Tugultipalésharra. Véase Tiglatfalasar.

Tukaú, ciudad de Egipto, 27.

Tuliz, ciudad del Elam, 520.

Tumbas (Las) menfitas, 57 y siguientes; de Tebas, 103-104; de Beni-Hassan, 133.

Tumú, Atomú, divinidad egipcia, 300, 767.

Tunipa, Tinnab, Tomipú, ciudad de Siria, 207, 226, 253, 380.

U

Uabar, tribu árabe, 609.

Uabú, Oxyrrynquites, nomo de Egipto, 27; conquistado por Tafnakhti, 458.

Uadi-Halfa, la segunda catarata del Nilo, 118.

Cadi-Magharah, en tiempo de Snofrui. 67; en el de los reyes de la Vª dinastía, 78, en tiempo de Pepi II, 95.

Uadi-Tumilat, su acceso defendido por un muro, 113; por allí pasa el canal abierto de nuevo por Necao II, 598.

Uagait (La fiesta de), 59.

Uaitem, rey de los árabes, 522, 527.

Uali, hijo de Akhshéri, 519.

Uanaitú, sometidos por Pepi II. 92-93; por Mirinri, 95; por Amenemhait 1,107; rechazados por los príncipes de la XIIª dinastía, 117-118, en lucha contra Tutmosis III, 228.

Ubaratutú. Véase Obartes.

Ucoreus, según Diodoro, el fundador de Menfis, 49, nota 2.

Udukhais, principado del Uartú, 431.

Uduran, dios del Elam, 526.

Uenefes, rey de Egipto (Ia dinastía), 51, 56.

Uisit-Pathyrites, nomo de Egipto, 25.

Ukhshyatereta, Ukhshyatnemo, profetas iranios, 589.

Ukinzir, príncipe de Bit-Amukhani, 451.

Ulai. Elæos, río del Elam, 178, 447, 468, 520.

Ulam, el pórtico del templo de Jerusalén, 377.

Ulamburiash, rey de Caldea, 312.

Ulbar (La pirámide), 181.

Uluba, ciudad arruinada por Tiglatfalasar II, 443.

Ulurai. Véase Elulaios.

Ulusún, rey de Mannai, 474.

1. Umbadara, rey de Elam, 526.

2. Umbadara, oficial de Tiummán, 518.

Umbadaramna, padre de Athrina, 667.

Umbría, una parte ocupada por los tirrenos, 287.

Umliyash (País de), su emplazamiento en la frontera asiria, 447.

1. Umman, dios de Elam, 180.

2. Umman. Vese Martıya.

Ummanminanú, rey de Elam, 402, 493.

Unás, Onnos, rey de Egipto (Vª dinastía), 78; su pirámide, 78, nota 4; parece señalar el fin de una dinastía en el papiro de Turin, 90.

Undash, hijo de Tiumman, 522.

Ungarelli, egiptólogo italiano, 796.

Uni, su vida y su ministerio, 90-95.

Unnofri. Véase Osiris.

Unú. Véase Hermopolis Magna.

Upí, Opis, ciudad de Caldea, 339.

Uppiz, jefo medo, 503.

Uræus, uno de los nombres del dios Ra, 317.

Urakazabarna, principado medo, 504.

Urartú, Urarti, Ararti. Ararat, Alarodianos, su descripción, 474; acometido por Salmanasar II, 427; el gran enemigo de la Asiria al Norte, 467; sus guerras con Sargón, 474; su religión, 430; saqueado por los escitas, 555; en la época persa, 732.

Urengur, rey de Urú, 183.

1. Uriah, el Hitita, 373.

2. Uriah, Urias, el sacerdote, 472.

Uriakkú, distrito de la Media, 536.

Urima, ciudad de Siria, 207.

Urnina, rey de Caldea, 183.

Urtakú, rey de Elam, 517.

1. Uruk, Unú, Unug, Enekh, ciudad de Caldea, 177; consagrada a Anú, 161; pertenece a Nemrod, 174; su territorio devastado, 175; librada por Gilgamés de la dominación elamita, 180, residencia de Lugalzaggizi, 181; sometida a Sargón I, 182; su templo, 184; su gobernador, 522; asiento de una escuela de teología, 737.

2. Uruk. Véase Urengur.

Urukagina, rey de Lagash, 181.

Urú-Mughair, ciudad de Caldea consagrada a Sin, 161; la Torre de las lenguas estuvo en sus cercanias, 172, su situación, 177; su hegemonía, 183-185; es puesta a contribución por Merodachbaladan, 478; su gobernador, 522; Ciro restaura sus monumentos, 629; su decadencia en la época persa, 737.

Urumych (El lago de), 428, 446, 463, 555, 673.

Urva, Uriván, Aparvaretisma, una de las estaciones de los iranios, 534.

Urzana, rey de Musassir, 474.

Usafaidos. Véase Husafaiti.

Usafais, en su reinado se encuentra un tratado de medicina, 84.

Userkheres, Usirkaf, rey de la Vª dinastía, 78.

Ush, vicario de Giskhú, 180.

Ushanahorú, hijo de Taharqú, 508.

Ushú, ciudad fenicia, 529.

Usirmari Sotpenri, 260. Véase Ramsés II.

Usinriri Anú, rey de la Va dinastía, 78; sus victorias sobre los beduinos conmemoradas en estelas, 78, notas 2 y 4.

1. Usirtasen I, rey de Egipto (XIIª dinastía), asociado a su padre, 108; instrucciones de su padre Amenemhait, 108-110; sus estelas, 110; sus victorias, 119-120; sus trabajos de construcción, 121; 233; en el Fayum, 123; en Tebas, 124, 234; restaura el templo de Osiris en Abydos, 125; embellece el de Ammón, 125; su pirámide, 127; su estatua, 133.

2. Usirtasen II, rey de Egipto, asociado a su padre (XIIª dinastía), 111.

3. Usirtasen III, Khakéri, rey de Egipto (XIIª dinastía), 119-121: su pirámide en Dancur, 127.

Utica, colonia fenicia, 358.

Utú, dios caldeo, 156.
Uú, tierras de produción en los nomos, 24.
Uvadeshaya, castillo en la Aracosia, 671.
Uvaja, Elam, una de las satrapías, 672.
Uvarazmiya, Corasmia, conquistada por Ciro, 627; constituye una satrapía, 673.
Uxii, Uxianos, 730. Vease Hussi.
Uz, el fundador mítico de Damasco, 213.
Uzaharrisniti, sacerdote egipcio, 655.

V

Vahyasdata, 670-672. Véase Gamata.
Valle de la Sal (El), victoria de Joab, 370 de Amaziah, 440.
Valle de los Reyes (El), sirve de lagar de sepultura a los Faraones a partir de Ramsés I, 13.
Van, ciudad de Armenia, 429; lago de Van, 330, 420, 474.
Varena, Khorone, Coaba, una de las estaciones de los iranios, 534.
Vastakkú, jefe medo, 536.
Vato, uno de los genios iranios, 585.
Vayú, uno de los genios iranios, 685.
Vendidad Sadé, uno de los libros sagrados de los iranios, 590, nota 2.
Venus. Véase Bomú, Ishtar.
Verethraghna, uno de los genios iranios, 585.
Viaje (El) del alma al otro mundo, 63 y siguientes.
Víbora (La), una de las formas del alma entre los egipcios, 43, nota 1.
Victoria de Tebas, yegua de Ramsés II, 261.
Vidarna, general de Dario I, 669.
Vindafrana, Intafernes, 671.
Viña (La), en Egipto, 10; en Siria, 203; en Galilea, 204; en Chipre, 270; en Asia Menor, 272; en Frigia, 274.
Vispausatish, victoria de Hidaspes, 670.
Vistaspa, padre de Dario, 667, 672.
Vohumano, uno de los Ameshapentas, se aparece a Zoroastro, 583, 583,587, 392.
Vologeso I, rey de los partos, 592.
V. S. F., por Vida, Salud, Fuerza, 30, nota 1.

Z

Zabulón, Zebulón, una de las doce tribus, 341, 346, 347, 368; se une a Barak, 349; toma parte en las fiestas de la consagración de David, 368.
Zacarias, el profeta, 745.
Zafiti, Zebed, ciudad cananea, 218, 224.
Zagros (El monte), 328, 411, 532, 672.
Zahi (El), la Fenicia septentrional, 209, 226, nota 3. 229.

Zairi, uno de los demonios iranios, 588.
Zakariah, Zacarias, rey de Israel, 443, 472.
Zakkala (Los), pueblo de Asia Menor, 302.
Zamalmal, dios caldeo, 637.
Zamamashumiddin, rey de Babilonia, 332.
Zamasana, jefe medo, 503.
Zarú, en Egipto, 29, 550; fortificada por Ahmosis, 197; Tutruosis III, 224; y Setui I pasan por ella, 244.
Zaranka. Zarangianos, sometidos por Ciro, 628; forman una satrapía, 673.
Zarathustra, Zoroastro, su leyenda, 582, 583; sus libros, 583, 584.
Zarinæa, reina de los escitas, 550.
Zarpanit, diosa de Caldea, 161, 164, 492.
Zautmar, pueblo libio, 300.
Zazanú, victoria de Darío, 668.
Zazaz, jefe de Bilaté, 522.
Zebah, jefe madianita. 350.
Zedekiah, hijo de Maassiah, 603.
Zedekias, Matlaniah, Sedecias, rey de Judá, 602, 630.
1. Zefaniah, el profeta, 556, 558.
2. Zefaniah, el gran sacerdote, 603.
Zela, ciudad de Asia Menor, 556.
Zerakh, el etíope, 405, nota 1.
Zeruyah, padre de Joab, 368.
Zeus, 649; idéntico a Bagaios, 274; padre de Manes, 286; Zeus Olimpios, 416.
Zidkia, rey de Ascalón, 483.
Ziggurat, pirámide escalonada en Caldea, 408.
Zikartú, sometido a Sargón, 474, 536.
Ziklag, ciudad dada a David, 364, 372.
Zilibel, rey de Gaza, 486.
Zimri, rey de Israel, 405, 414, 425.
Zindjes (País de los), 6.
Zinziros, rey mítico de Caldea, 174.
Zirpurla. Vease Logash.
Ziz, colonia fenicia, 357, nota 6.
Zobah, reino de Siria, 360; paga tributo a los hebreos, 370, 371, 374.
Zoega, egiptólogo danés, 793.
Zomzommim, pueblo de Siria, 187, 205.
1. Zopiro, su leyenda, 670.
2. Zopiro, hijo de Megabiso, 696, 700.
Zoroastro. Véase Zarathustra.
Zorit, embellecida por los reyes de la XXIIª dinastía, 126.
Zorobabel, príncipe de Judá, reconstruye el templo de Jerusalén, 746-747.

Zosertiti, Sesocris, rey de la IIIª dinastía, 78.
Zosiri, rey de la IIIª dinastía, 78.
Zukhi, pueblo sirio, 336, 339, 411.

MAPAS

Egipto

El Imperio Asirio bajo Sargón

El Levante mediterráneo

OUAZ - OÏRIT, MEDITERRANÉE
EGYPTE
Nota. Les noms grecs sont en filiforme Ptolémaïs. Les noms arabes sont en filiforme entre parenthèses (Tehneh)
Karbina, Canope
Rakoti, Alexandrie
Pouxot, Xoïs
Pa-Kanana (El Kangaïr)
Gazatou, Gaza
Rophoui, Raphia
Ha-ouarou, Tanis
Paqousinou (Fâkous)
Zarou, Sellé
Toukou
Sakhit-Hounam (Ouady Natroun)
Pibast, Bubastis
Hathribi (Benha)
On, Héliopolis
Khou, Babylone
Trouou, Troja
Mannofri, Memphis
Ataka
Miroum (Meïdoum)
Aphroditopolis
Crocodilopolis
Hâkhninsou, Héracléopolis
Khibou (El-Hibeh)
Pamazit, Oxyrrhynchos
PENINSULE DU SINAI
Golfe de Suez
Pays du Mafkat
Sarbout el-Kadim
Adima
Ta-Tehni (Tehneh)
Monaït-Khoufou (Minieh)
Beni Hassan
Pakhit, Speos Artemidos
Khmounou, Hermopolis
Tiroti, Derout
(El-Amarna)
Kousit, Cusae
Oasis de Farafrah
Siout, Lycopolis
Shashotpou
Tkôou, Antæopolis
Apou, Khemmis, Panopolis
Soui, Ptolémaïs
Abydos
Koubti, Coptos
Val de Rohanou (Ouady Hammamât)
Touâou (Kosséyr)
Kousit (Kous)
Thèbes
On-risi, Hermonthis
Hibit (El-Hibeh)
Toštes (Oasis de Dakhel)
Knoum (Oasis d'El-Khargeh)
Sni (Esneh)
Nekhab, Eileithyia
Tinbikou, Hiéracôn
Deboui, Apollinopolis (Edfou)
(Radésieh)
Khenou, Silsilis
Noubit, Ombos
Souanou, Syène
Abou, Éléphantine (1re Cataracte)
Pilag, Philæ
(Kalabsheh)
(Dandour)
Pselchis (Dakkeh)
(Derr)
(Ouady es-seboua)
(Anibeh)
(Amada)
(Ibrim)
(Ibsamboul)
TO-QONT (NUBIE)
(Ouady Halfah)
(Semneh)
MER DE QOTI
To-ahaou

L'EMPIRE ASSYRIEN
SOUS SARGON.
Zela
Moushki
Halys Fl.
Tabal
Milidi
Koumanou
Khilakkou
Touna Tyane?
Tarzi Tarse
Qoui
Oidi
Samalla
Koummoukh
Khanirabbat
Gangoum
Til Barsip (Biredjik)
Kharrân
Gargamish (Jérabis)
Amanou Mt
Apriê R.
Khatti
Arpaddou (Tell Erfâd)
Khaloan (Alep)
Arazik (Eragiza)
Bit Adini
Kinalouâ?
Patin
Janana (Chypre)
Ouroumê
Nairi
Kourkhi
Ninib
Amida
Mont Kashiarou
Nasibina, Nisibis
Kashki
Girzanou, Chorzianene
Arzania Fl.
Alzon
Enzitê
Mt Nipour
Ourartou
M. de Naïri
Dhouspas Van
Mazamoua
Biainas
Khoubouskia
Babilous
Sakasênê
Cyrus Fl.
Araxe
MER CASPIENNE
Lac d'Ouroumieh
Andion
Manna
Arrapkha
Parsouas
Bikni Mt
Mt Khoatras
Madai
Mousri
Dour-Sharoukin
Mt Nizir
Ninoua, Ninive
Singar
Kharmis R.
Arbailou Arbèles
Kalakh
Zabou Shoupalou R.
Zabou Ilou R.
Namri
Ashshour
Shadikanni
Khabour R.
Bit-Khaloupiê?
Ashshour
Zoukhi
Sourou Soura
Rasappa
Sirki
Pourattou, Euphrate Fl.
Anat
Karkar?
Hamat
Arad
Sumirra
Arka
Karnini (Karnein)
Mat Kidri (Kedar)
Goubal (Byblos)
Sidounnou
Sidon
Mahallibou
Sourrou, Tyr
Oushou
Akzibou
Akkou
Labnana Mt
Gar-Imirishou
Dimashkou, Damas
Khoulkhouliti Khoulkhoula
Magidou
Bit-Omri
Iappou Joppé
Samirina Samarie
Banaï-Barqou Bnè Barak
Amkarrouna Akkaron
Ashdoudou
Bit Ammâni
Oursalimmou Jérusalem
Altakou El-tekèh
Iskalouna Ascalon
Lakisou Lakish
Khazzatou Gaza
MÉDITERRANÉE
Arabes
Aribi
Adoumou
Edom
Nabatai
Kharkhar
Mt Ellibi
Khalmân (Holwân)
Mt Aranzi (Elvend)
Hagmatana Ecbatane
Iasoubi
Kashshi
Parsoupka
Habardip
Touplias
Akkad
Dour-Kourigalzou
Bagdada
Kardouniash
Kar-Douniash
Sipar
Agadé
Koutou
Babilou, Babylone
Kishou
Barsip Borsippa
Nippour
Bahr-i-Nedjif
Nisin
Mar
Ourouk
Sirtella
Larsam
Aramu
Shoumir
Ourou
Eridou
Bab-Salimeti
Bit-Iakin
Poukoudou
Gamboulou
Oumliyash
Madaktou (Badaca)
Shoushan Suse
Oulai R.
Nagit
Elamtou
Hounsi
Dilmoun I.?
NÂR MARRATOU
Tigre Fl.
Radanou R.
Tournât R.
Oupi

SYRIE
Noms Egyptiens _ Iopou
id Assyriens _ Iapou
Noms Hébreux ou Grecs _ (Joppé)
id Arabes _ (Jafa)
Samalla
Koummoukh
Gangoum
Khilakkou
Qoui
Tauros Mt
Oidi
(Kétis)
Tarzi (Tarsos)
Amanou Mt
Asi, Yanana I.
Olympus Mt
Olympos Mt
Kitrousi (Khytri)
Salamis
Golgi
Sillou (Soli)
Kition
Pappa (Paphos)
Kouri (Curium)
Mer Méditerranée
Dilouka (Doliche)
Gargamish (Jerabis)
Pitrou (Oreitana)
Euphrate R.
Arpad (Tell Erfâd)
Patina
Khaloupou Khalo̊an (Alep)
Tourmeda (Thapsaque)
Karkar?
Hamath
Ammour
Qodshou (Emesa)
(Tell Néby Mindoh)
(Riblah)
Karnini (Karnéin)
Haourina (Haouârîn)
Kidri, (Kédar)
Aratou, (Arados)
Simyra
Arka
Makhallat (Tripolis)
Kapouna Goubal (Byblos)
(Aphaca)
Béroutk
(Damour R.)
Sidouna, Sidoounou
Sarepta, Sariptou
(Tyr)
Oushou (Iskandérouna)
Aksopou, Akzibi, (Ez-Zib)
(Akkou (Acre)
Liban Mt
Tibekhat
Iabroudou
Khilbounou
Dimaskou (Damas)
Hermon Mt
(Dan)
Eaux de Mérom
(Ashtaroth)
Lac de Génnésareth
Bashan
Haouran
(Kenath)
(Ashsher)
(Naphtali)
Zébulon
Issakhar
Dor
Magidi
Bethshan (Scythopolis)
(Jabes)
Manassé
(Tébez)
Samarie Tirza
(Sichem)
Ephraïm
Gilead
Iopou, Iapou (Joppé, Jafa)
(Rabbath-Ammon)
Ammon
(Béthel)
(Jéricho)
(Ai)
(Benjamin)
Jérusalem
Kheshbon
(Mt Nébo)
Asdoudou (Ashdod)
Asqulouna (Iskalouna) (Ascalon)
Gazatou, Khazzatou (Gaza)
Juda
(Gérar)
Philistins
Mer Morte
Aroer
(Dhibôn)
Arnon R.
(Rabbath-Moab)
Moab
(Kasios Mt)
Ropihoui, Rapikhi (Raphia)
Negeb
(Siméon)
Vallée du Sel
(Edom)

ANEXOS

G. MASPERO

EL RETRATO DE SESOSTRIS

Recordamos, como si fuera ayer, una agradable velada pasada en casa de nuestro amigo, el pintor Emile Laborne, en su propiedad en Chouzy, situada a orillas del Loira, desde donde se domina uno de los paisajes más bellos. Entre los huéspedes de esta hospitalaria casa: Jules Noël, el jovial pintor de marinas tan lamentado por todos nosotros, Eugène Lacoste, el sabio dibujante de la Ópera, Edmond d'Ingrande, el ingenioso organista de San Leu; habíamos organizado un acertijo en acciones: mo-mia. *El primer y el segundo acto habían sido sacrificados en favor del todo:* momia. *Actores, los arriba mencionados.*

Ahora, para este todo, habíamos justamente imaginado el despojo de la momia de Sesostris, y más aún, su resurrección, para disfrutar de la sorpresa ante todos los descubrimientos modernos empezando por la fotografía... No sospechábamos entonces que nuestro amuleto se convertiría en una casi realidad... salvo la resurrección de la momia. No deja de ser sorprendente. Encontrar después de varios miles de años a uno de los más grandes soberanos de Egipto en un estado de conservación suficiente para poder fotografiarlo y, mediante la prensa, difundir su imagen por todo el mundo, es casi un prodigio. Esto hace soñar.

Sin embargo, y en presencia del Jeque, de los ministros, de Moakhtar-Pasha y de varios invitados, tuvo lugar la apertura, por el Sr. Maspero, de dos sarcófagos reales de Sesostris, y el despojo de las vendas que rodeaban las momias.

Publicamos en su extensión detallada la curiosa acta de esta interesante sesión, destinada a comentar nuestros dibujos, de los cuales uno representa los rasgos de aquel que fue el gran Sesostris.

Se procedió en la sala llamada de las momias reales, bajo la supervisión de M. Gaston Maspero, director general de excavaciones y antigüedades de Egipto, Émile Brusch-Bey, conservador, y Urbain Bouriant, conservador adjunto del museo de Bulaq, al desembalaje de dos momias que en el catálogo impreso llevan los números 5229 y 5233, y que provienen del escondrijo de Deir el-Bahari.

La momia nº 5233, extraída primero de su urna de vidrio, es la de Ramsés II-Sesostris, como lo certifican las actas de los años VI y XVI del sumo sacerdote Krihor-Siamoun, X del sumo sacerdote Pinotmou I, trazadas con tinta negra sobre la tapa de madera del sarcófago, XVI del sumo sacerdote Pinotmou I, trazada sobre un primer sudario a la altura del pecho. Una vez que Su Alteza el Khedive y las altas personalidades presentes constataron la presencia de esta última inscripción, se retiró el primer envoltorio y se descubrió sucesivamente una banda de tela de aproximadamente veinte centímetros de ancho enrollada alrededor del cuerpo, luego un segundo sudario cosido y sujetado de vez en cuando con tiras estrechas, luego dos capas de vendas y un pedazo de tela fina estirada de la cabeza a los pies; una imagen de la diosa Nuit, de aproximadamente un metro, dibujada en rojo y negro, tal como lo prescribía el Ritual: el perfil de la diosa recuerda sorprendentemente al perfil puro y delicado de Seti I, como nos muestran los relieves de Tebas y Abydos.

Una nueva banda fue colocada debajo de esta amuleto, luego una capa de piezas de tela dobladas en cuadrados y manchadas por las sustancias bituminosas utilizadas por los embalsamadores.

Una vez retirado este último envoltorio, apareció Ramsés II.

La cabeza es alargada, pequeña en comparación con el cuerpo. La parte superior del cráneo está completamente descubierta. El cabello escaso en las sienes se vuelve más grueso en la nuca y forma mechones lisos y rectos de aproximadamente cinco centímetros de longitud: blancos al momento de la muerte, se habían teñido de amarillo claro a causa de los perfumes. La frente es baja, estrecha, el arco superciliar grueso, el ojo pequeño, la nariz larga, delgada, aguileña como la nariz de los Borbones; la sien hundida, el pómulo saliente, la oreja redonda separada de la cabeza, la mandíbula fuerte y poderosa, el mentón muy largo. La boca poco abierta está bordeada de labios gruesos y carnosos: al tacto se pudo constatar que ya no contenía dientes. El bigote y la barba, poco abundantes y cuidadosamente afeitados mientras vivía, habían crecido durante la última enfermedad o después de la muerte; los pelos, blancos como los del cabello, pero más gruesos y ásperos, miden dos o tres milímetros. La piel es de un amarillo terroso, manchada de negro.

ÉGYPTE. — La photographie de Sésostris (Rhamsès II), d'après la momie du Musée de Boulaq. — (Epreuve communiquée par M. Maspero)

En resumen, la faz de la momia da exactamente la idea de lo que debía ser el rostro del rey vivo: una expresión poco inteligente, quizás ligeramente bestial, pero con orgullo, obstinación y un aire de majestad soberana que todavía se percibe bajo el aparato grotesco del embalsamamiento.

El resto del cuerpo no está peor conservado que la cabeza, pero la reducción de la carne ha modificado más profundamente su aspecto exterior.

El cuello tiene sólo el grosor de la columna vertebral. El pecho es ancho, los hombros altos, los brazos largos doblados y cruzados sobre el pecho; las manos son finas, cuidadas, enrojecidas con *henna*; la herida por la cual los embalsamadores extrajeron las entrañas se abre ampliamente en el costado izquierdo.

Las partes genitales fueron retiradas con un instrumento cortante y probablemente, según una costumbre bastante general, enterradas aparte, en el hueco de un Osiris de madera.

Los muslos y las piernas se muestran faltos de carne, los pies son largos, delgados, un poco planos, y teñidos con *henna* como las manos.

El cadáver es el de un anciano, pero de un anciano vigoroso y robusto: de hecho, se sabe que Ramsés II gobernó sesenta y siete años en solitario, tras varios años con su padre Seti I, y que debió morir casi centenario.

El estudio de la momia de Ramsés II no nos había ocupado más de un cuarto de hora. Después de un breve descanso, alrededor de las 9:50, la momia nº 5229 fue extraída a su vez de su urna de vidrio.

Se había encontrado en el gran sarcófago nº 5247 junto con otra momia sucia y en mal estado.

Como el sarcófago lleva el nombre de Nofritari, esposa del rey Ahmos I de la XVIIIª dinastía, se había concluido que la momia nº 5229 era la de esta reina.

La otra momia habría sido la de una princesa aún desconocida, y se habría colocado junto a Nofritari por los sacerdotes encargados de esconder los féretros reales en el pozo de Deir-el-Bahari.

Relegada a los almacenes del museo, terminó por descomponerse allí, y pronto empezó a desprender un olor tan fuerte que se hizo necesario deshacerse de ella. Entonces se abrió, y se reconoció que estaba cuidadosamente vendada; pero apenas se expuso al aire, el cadáver se descompuso literalmente y empezó a supurar un pus oscurecido de aspecto y hedor insoportables.

Sin embargo, se constató que era una mujer de edad bastante avanzada y de estatura media, perteneciente a la raza blanca.

Las vendas no tenían ninguna marca de escritura, pero un trozo de tela descubierto en el sarcófago nº 5247 tenía una escena de adoración al rey Ramsés III, con dos formas de Amón: una breve leyenda inscrita parcialmente en jeroglíficos cursivos y parcialmente en hierático nos decía que la pieza de tela decorada era un don del jefe de la lavandería de la casa real, y se pensó que la momia anónima era una de las muchas esposas, mujeres o hijas de Ramsés III.

La momia n.º 5229, envuelta en un lienzo fino de color naranja, sostenida por vendas de tela común, no tenía ninguna inscripción visible: sólo se veía alrededor de la cabeza una banda cubierta de figuras místicas.

El señor Maspero recordó a Su Alteza el Gédive que Nofritari está representada pintada de negro en algunos monumentos, pero que otros le atribuyen el tono amarillo y el cabello liso de las mujeres egipcias. De ahí surgieron interminables discusiones entre los egiptólogos: unos afirmaban que la reina era una mujer negra, mientras que otros sostenían que el tono negro de su rostro y cuerpo era una simple ficción de los sacerdotes: su culto, muy extendido en Tebas, la convertía en una forma de Hathor, la diosa negra, la diosa de la Muerte y de las Tinieblas.

La apertura de la momia nº 5229 probablemente iba a resolver este problema histórico. Despegada la tela naranja, se vio sobre el sudario una tela blanca que venía justo debajo, una inscripción de cuatro líneas:

«El año XIII y el segundo mes de Shomou, el día 28 de ese día, el primer profeta de Amón-Ra, rey de los dioses, Pinotmou, hijo del primer profeta de Amón Pionkh, el escriba del templo Zosersou Khonsou, y el escriba de la necrópolis Boutchamon, fueron a restaurar al rey difunto Ousirmari Miamour y establecerlo por la eternidad.»

Lo que hasta entonces se había tomado por Nofritari, era en realidad el cadáver de Ramsés III.

La momia fue inmediatamente levantada, fotografiada, pero este descubrimiento sorprendió muchísimo a los presentes y la extracción continuó al cabo de unos minutos, en medio de la atención general.

Todos los asistentes habían dejado sus lugares y se agolpaban alrededor de los operadores. Tres capas de vendajes desaparecieron rápidamente, luego se detuvo por una funda de lienzo cosida y cubierta de brea.

Fue necesario rasgar esta envoltura con tijeras, y nuevas capas de tela aparecieron por la apertura.

Varias de ellas estaban llenas de tablillas y leyendas: el dios Amón, sentado en su trono, y debajo una línea de jeroglíficos indicando que este vendaje había sido fabricado y ofrecido por la dama cantante de Amón-Ra, rey de los dioses, Fait-dat-ni-nout, hija del primer profeta de Amón-Pionkh, para que el dios Amón le concediera *la vida, la salud y la fuerza*.

Dos pectorales que se ocultaban entre esas telas confirmaron el testimonio de la inscripción descubierta anteriormente. Uno, de madera dorada, solo tenía la representación habitual de Osiris e Isis adorando al sol, pero el otro, de oro puro, llevaba los nombres de Ramsés III. Una última funda de lienzo enchapada con brea, un último sudario de tela roja.

La cara estaba, desgraciadamente, cubierta por una masa compacta de alquitrán que impedía distinguir sus rasgos. A las once horas y veinte minutos, Su Alteza el Jadive, apurado por el tiempo, salió de la sala.

Las operaciones se reanudaron en la tarde del mismo día y en la mañana del jueves 3 de junio. Un examen cuidadoso de las tiras permitió reconocer en dos de ellas nuevas fechas, una del año IX y otra del año X del sumo sacerdote de Amón Pinotmou I, que nos indican, al igual que la inscripción del pecho, la época en que la momia fue rehecha y sacada de su tumba.

La máscara de alquitrán, atacada a cincel, se fue desprendiendo poco a poco, y los rasgos se volvieron visibles. Están peor conservados que los de Ramsés II; sin embargo, se puede reconstruir hasta cierto punto la fisonomía del conquistador.

La cabeza y el rostro están afeitados y no muestran ninguna traza de cabello o barba; la frente, sin ser muy ancha ni muy alta, está mejor proporcionada que la de Ramsés II; el arco de las cejas es menos pronunciado, los pómulos menos salientes, la nariz menos aguileña, el mentón y la mandíbula menos pesados.

Los ojos parecen más grandes, pero no es seguro, ya que la cavidad había sido vaciada y rellenada con tela, y los párpados arrancados en la antigüedad. La boca es enorme, y los labios delgados dejan ver los dientes blancos y bien dispuestos: el primer molar derecho parece que se ha roto o desgastado más rápido que los demás. En fin, Ramsés III parece haber sido como una versión reducida de Ramsés II; la fisonomía es más fina y, en general, más inteligente; pero la estatura es menor, los hombros son más estrechos y su fuerza era menor.

Hecho en Bouiaq, el 3 de junio de 1886.

MASPERO

LE CAIRE. — Le dépouillement de la momie de Sésostris (Rhamsès II) au Musée de Boulaq, par M. Maspero en présence du Khédive. — (Dessin de M. Gérardin, d'après le croquis de M. Ravon, notre correspondant en Égypte)

ALEXANDRE MORET

LA OBRA DE GASTON MASPERO

Maspero no solo era famoso dentro del círculo reducido de los orientalistas, sino que realmente era popular entre el público en general. Para todos, este nombre, de tres sílabas sonoras, definía una de las fuerzas de la ciencia, una de las glorias del país, el sucesor de Champollion y de Manette. Desde sexto grado, los niños de nuestras escuelas conocían las maravillas del Oriente gracias a sus manuales escolares tan claros y tan vivos; para los lectores de *Le Temps* y *Les Débats*, en crónicas ágiles, comunicaba sus descubrimientos en Egipto, y para los aficionados al arte, las obras maestras exhumadas. El público rendía homenaje a este sabio que le ahorraba las discusiones áridas de una ciencia todavía en sus comienzos, que él popularizaba para ellos con una gracia y facilidad maravillosas. Del esfuerzo incesante que le permitió adquirir esta facilidad, de cómo se ganó esa popularidad, es de lo que quiero ocuparme.

Nacido en 1846, Maspero era italiano por su padre, pero nacionalizado francés, recibió una educación completamente francesa primero en *Louis-le-Grand*, luego en la *École normale*, de la cual fue un alumno brillante. Desde el liceo, una pasión invencible lo atraía hacia Oriente; sin maestro, había comenzado con los libros de E. de Rougé y de Chabas a descifrar jerogíficos. Él mismo narró tan preciosamente sus comienzos, que se hace preciso citar sus propias palabras:

> En el mes de marzo de 1866, mi maestro Egger, que estaba al tanto de mis ambiciones egiptológicas, me animó vivamente a ir a ver al Sr. de Rougé. Me recibió con amabilidad, se interesó por el punto en que me encontraba en mis estudios jeroglíficos, me aconsejó seguir sus cursos. Tuve que responderle que las lenguas orientales no eran populares en la Escuela y que estaba obligado a esconderme de mis directores para entregarme a mi pasión egipcia. Se interesó por los libros que poseía y, como le mencioné el *Papyrus Harris* así como los *Mélanges* de Chabas, quiso regalarme varias de sus propias obras.[2169]

Al año siguiente, conoció a Mariette.

> Algunos compañeros de la Escuela le habían contado que yo trabajaba solo, con dos o tres libros de Chabas o de Rouge y sin otro conjunto de documentos que los *Monuments* de Champollion y la *Description de l'Egypte*. Me había fabricado una gramática y un diccionario, y les explicaba sin dudar todo lo que había; a unos les hablaba sobre el Obelisco, a otros sobre las estelas del Louvre. Mariette se había mostrado bastante escéptico respecto a mí, pero el Sr. Desjardins vino al rescate y declaró que yo era capaz de traducir cualquier texto inédito en ocho días de principio a fin. Me llevaron la copia de la *Estela del Sueño* y se me exigió cumplir con mi compromiso por el honor de la Escuela. Ocho días después, la traducción estaba lista, y Mariette escribía al Sr. Desjardins, en un papelito que he conservado cuidadosamente: «He recibido del Sr. Maspero su traducción de la estela de Gebel-Barkal. Este joven promete ser un egiptólogo de primera clase, al menos como filólogo. Debe continuar.»

Así, desde el primer momento, Maspero fue recibido con benevolencia por los dos maestros a quienes más tarde debía reemplazar. Pero las circunstancias parecieron interponerse en la carrera del

2169 *Notice biographique d'E. de Rougé*, p. 149.

joven erudito. La Escuela Normal fue clausurada en 1867 por razones políticas, Maspero aceptó un puesto en Montevideo, pero no renunció a los jeroglíficos. Antes de expatriarse, había recibido de Mariette la copia de una gran inscripción inédita encontrada en el templo de Abidos; la tradujo y la comentó con una rapidez y erudición verdaderamente admirables, si se se tiene en consideración que este principiante se había formado por su cuenta. No era menos capaz, ya entonces, de leer la escritura hierática de los papiros, como los jeroglíficos de los monumentos pétreos. En Montevideo. comenzó un *Étude sur le papyrus Abbott*, que podía compararse con un trabajo de Chabas escrito al mismo tiempo sobre el mismo tema. Entonces le llegó la noticia de que Victor Duruy, el ministro renovador de los estudios científicos en Francia, había fundado la Escuela Práctica de Altos Estudios Filológicos e Históricos, que concedía un espacio bastante amplio a las disciplinas orientales. Maspero dejó Montevideo «expresamente con la esperanza de obtener ese puesto». De Rougé le pidió sin demora que que ocupara un puesto de profesor ayudante en los Altos Estudios. Maspero pudo abrir sus cursos en noviembre de 1869. «Así que es a M. de Rougé, concluye, a quien debo mi carrera.»

Que M. de Rougé fue un buen juez, eso fue lo que demostró la actividad del joven profesor. Llegó la guerra, en la que cumplió concienzudamente con su deber de francés como *garde mobile*, sin perder de vista sus estudios, ya que, de 1869 a 1872, lo vemos continuar con obras originales y variadas. Gramático, elaboró una teoría sobre los pronombres personales y las formas de la conjugación; paleógrafo, adquirió maestría en el desciframiento de los papiros hieráticos del Louvre, de Londres, de Boulaq, de Berlín, y disecciona los temibles acertijos de la escritura demótica. Condensa el resultado de estos análisis y se revela como traductor de primer orden en un pequeño libro iluminador y completo, *Du genre épistolaire chez les anciens Égyptiens*, su tesis para el doctorado en letras (1872), siendo la primera vez que un egiptólogo obtenía el diploma de doctor en la Sorbona. Poco después de la muerte de Rougé (27 de diciembre de 1872), Mariette y Chabas, los respetados veteranos de la egiptología, solicitados para presentar su candidatura en el Collège de France, se retiraron ante el joven talento de Maspero; éste se convirtió a los veintiocho años en titular de la cátedra de Champollion (1874). Sus cursos muy brillantes sobre las instituciones del antiguo imperio y las pinturas funerarias de las tumbas tebanas fueron el objeto de sus primeras clases; también de 1875 data el *Manuel d'histoire de l'Orient*, seguido pronto de *L'Archéologie égyptienne*, que reveló a tantas generaciones de escolares la bella y amplia parte conquistada por la ciencia francesa en el estudio de las primeras civilizaciones. Maspero daba una demostración brillante de los beneficios que aporta una cultura clásica profunda como base para estudios especiales. A su educación como *normalien* debía esta facilidad, o mejor dicho, esta habilidad de exponer, ya sea oralmente o con la pluma en mano, con elegancia y claridad, esa preocupación por entender y destacar el interés de un tema, por muy especial que fuera, conectándolo con la civilización universal.

* * *

Maspero aún no había visitado Egipto; desde hacía mucho tiempo, sin embargo, planeaba organizar una academia, similar a las que existían en Atenas y Roma, para permitir que los jóvenes formados por su enseñanza pudieran estudiar directamente los monumentos en su contexto. La mala salud de Mariette hacía temer que desapareciera de repente, dejando vacante la dirección de las Antigüedades, que Francia debía conservar a toda costa. Así que el ministro de Instrucción Pública, el señor Rambaud, decidió convencer a Maspero para que viajara a Egipto.

Nos gustaría conocer sus impresiones cuando vio por primera vez el Nilo azul y, en el distante horizonte, los triángulos luminosos de las Pirámides. Al igual que Champollion, al igual que de Rougé, llegó a Egipto después de trabajos arduos y a veces desalentadores; pero la tierra sagrada le reservaba todas las seducciones de una visión juvenil. Basta con leer sus *Causeries d'Égypte*, sus *Ruines et Paysages* donde, más tarde, describió con una pluma tan ágil y dibujó con un trazo tan preciso no sólo el país y sus monumentos, sino también a la gente e incluso a los animales, para

entender que no pudo escapar a la fascinación de la tierra, del cielo y de las aguas. Pero los primeros días, e incluso los primeros años de su estancia, estuvieron tan llenos de tareas nuevas y múltiples, que tuvo que concentrarse en su trabajo antes de visitar el país. Apenas había llegado a El Cairo con sus alumnos, cuando Mariette murió, el 18 de enero de 1881. Maspero le sucedió de inmediato como director general de las excavaciones de Egipto. Sin embargo, permaneció como director oficioso y real de la misión francesa «y la exploración de Egipto marchaba ahora bajo el control completo de la egiptología francesa.»

Maspero se dedicó a sus nuevas funciones con una actividad metódica que pronto dio frutos. Dos grandes descubrimientos marcaron los primeros meses de su dirección: las pirámides con inscripciones de Saqqarah y las momias reales de Deir-el-Bahari.

Hasta entonces, las grandes pirámides de Guiza habían eclipsado en la estima de los eruditos a las pirámides más modestas de la necrópolis real de Menfis, Saqqara. Mariette nunca había querido abordarlas, creyéndolas carentes de cualquier inscripción, pero ante las solicitudes de Maspero se decidió, a principios de 1880, a realizar sondeos que hicieron descubrir cámaras con inscripciones a nombre de Pepi I y de Mirinri. Tan pronto como Maspero reemplazó a Mariette, abrió, de febrero a mayo de 1881, las pirámides de Unas, de Teti y de Pepi II; así, «en menos de un año, cinco de las llamadas pirámides mudas habían comenzado a hablar».

Hoy en día, cualquiera puede efectuar, en la pirámide de Ounas, el descenso a la cámara sepulcral donde Maspero sintió la emoción del descubrimiento. En el medio del lado norte de la pirámide, bajo la primera hilada de la mampostería, se abre como una trampilla, la entrada a un pasillo bajo, que desciende oblicuamente bajo la pirámide. Después de recorrer diez metros, el pasaje está obstruido por un gran bloque de piedra caliza, que hay que rodear; superado este obstáculo, se penetra en los aposentos del Faraón, tallados en la roca del subsuelo, siguiendo un plano horizontal: primero un vestíbulo, luego un nuevo pasillo bajo, bloqueado por tres rejas de granito que se dejaban caer una vez depositado el cuerpo en la tumba; finalmente, las cámaras funerarias, cuya principal mide siete metros por tres de ancho y tres de alto. El techo, a dos aguas, está formado por losas de piedra ensambladas de dos en dos; las paredes son de caliza pulida. Un nicho, en el fondo, dispuesto para el sarcófago, es de alabastro, grabado con líneas verdes y negras, simulando la fachada decorada de un palacio. El sarcófago de basalto estaba colocado contra la pared, la tapa arrancada por los profanadores había quedado cerca de la entrada. Un gran agujero excavado en el pavimento mostraba que los ladrones habían buscado un tesoro que no encontraron. La momia de Ounas había sido destrozada y sólo quedaban del cuerpo el brazo derecho, una tibia, fragmentos del cráneo y costillas.

En las paredes blancas se destacaban, en huecos llenos de un color azul, los hermosos jeroglíficos; esperaban la llegada de quien revelaría sus arcanos. Qué horas de alegría febril vivió Maspero aquí, copiando, estampando los textos, a la luz de velas vacilantes, leyendo aquí tal fórmula familiar, presintiendo en otro lugar la revelación de una religión desconocida. Y todo eso en el calor pesado, con el aire casi irrespirable de la cámara, con la amenaza de un derrumbe que podría sepultarlo vivo en la tumba del Faraón...

A mediados del mismo año, el descubrimiento de las momias reales de Deir-el-Bahari aumentó aún más la reputación del nuevo director de las excavaciones. Desde hacía varios años se sospechaba que una tumba real era presa de buscadores clandestinos, ya que los comerciantes ofrecían a los turistas papiros y estatuillas marcadas con el nombre de faraones ilustres.

Para esclarecer el asunto, Maspero se dirigió a Luxor y, rápidamente, detuvo al principal comerciante y lo llevó ante la justicia. Pero los testigos no quisieron decir nada y el acusado ya había sido liberado cuando uno de sus hermanos vendió el secreto y reveló el escondite. No lejos del templo de Deir-el-Bahari, un pozo vertical, excavado directamente en la roca, conducía después de muchas revueltas a una gran cámara.

> Estaba repleta de sarcófagos de madera, momias y objetos funerarios. Un ataúd blanco y amarillo bloqueaba el pasillo a sesenta metros de la entrada. Un poco más allá, un cofre macizo, el de Soqnunrî, luego la reina Tiuhathor, luego Seti I. Al lado, sobre una lecho de flores secas, cajas con estatuillas funerarias, canopos, vasos de libación de bronce, y al fondo, en un rincón, el dosel de cuero decorado de la reina Isiemkhobiu, doblado y arrugado como un objeto sin valor, que un sacerdote apurado para salir habría tirado descuidadamente en un rincón. A lo largo del gran corredor, el mismo amontonamiento y el mismo desorden; había que avanzar arrastrándose, sin saber dónde poner las manos ni las rodillas. Los ataúdes, vistos rápidamente a la luz de una vela, tenían nombres históricos, Amenofis I, Tutmosis II, Ahmosis I. El éxito superaba toda esperanza; los *fellahs* habían desenterrado familias enteras de faraones. Y qué faraones, tal vez los más ilustres que hayan gobernado Egipto, aquellos que la liberaron de los Pastores, los conquistadores de Siria y Etiopía, Tutmosis III, Seti I, y por último Ramsés II, el Sesostris de los griegos...

Las momias reales esperaron mucho tiempo a una instalación digna de ellas en el museo de Bulaq. En 1886, finalmente, se decidió abrir los ataúdes en presencia del jeque y de los científicos. Uno tras otro, los grandes reyes aparecieron, vestidos con su hábito funerario. Primero revelaron el secreto de sus últimas vicisitudes. En los ataúdes y en las vendas, Maspero leyó líneas trazadas apresuradamente en caracteres jeroglíficos: eran tres o cuatro actas, distribuidas en cien años o más, firmadas por sacerdotes; revelaban que las momias eran sometidas a verificaciones frecuentes y que se habían trasladado sucesivamente de sus tumbas primitivas a otras sepulturas y finalmente al pozo de Deir-el-Bahari. ¿Por qué estas inspecciones, estos traslados, este entierro sin gloria? Maspero había traducido el papiro Abbott que revela los saqueos descarados a los que estaban amenazadas las tumbas de los reyes en la época de la decadencia tebana. Los ladrones, que Egipto ha tenido en abundancia en todas las épocas, sabían que se depositaban sobre los cuerpos reales joyas de oro como talismanes: coronas, collares, pulseras, anillos, pendientes, pectorales, escarabajos, pero era necesario excavar túneles antes de deslizarse hasta la cámara del sarcófago. Los ladrones se asociaban entonces en bandas que explotaban las sepulturas. Había de todo en esos sindicatos: simples obreros, vagabundos, empleados, sacerdotes, incluso agentes de la policía, y toda la necrópolis fue entregada al saqueo. Bajo Ramsés IX, una investigación reveló que varios hipogeos reales habían sido violados; se dictaron castigos terribles, se realizaron inspecciones periódicas, cuyos actas hemos encontrado sobre las momias, pero la codicia fue más fuerte: ni Ramsés II, ni Seti I, ni Tutmosis III escaparon a los saqueadores de tumbas.

> Las personas que los despojaron respetaban tan poco la majestad real que arrancaron el lóbulo de la oreja con el pendiente, o desprendieron a golpes de hacha o cuchillo los brazaletes que se adherían demasiado estrechamente a la piel. Aún así, no hay que compadecerse demasiado de los faraones que no perdieron nada más. Varios fueron destrozados y los fragmentos abandonados en el lugar. Los vigilantes de la necrópolis, cuando descubrían el sacrilegio, se cuidaban bien de revelarlo incluso si no eran cómplices; respondían con sus vidas por la integridad de los cuerpos que les eran confiados. Por lo tanto, se esforzaban en hacer desaparecer lo más rápido posible las huellas del daño y lo reparaban lo mejor que podían. La momia de Tutmosis II había sido dividida en tres porciones; las unieron una tras otra entre dos pequeñas varas de madera pintadas de blanco, como entre dos cuñas, para evitar que se tambalearan en su nuevo ropaje. La princesa Sitamon, una niña de tres o cuatro años, había sido literalmente reducida a polvo; sólo el cráneo permanecía intacto. Los guardianes decidieron darle una apariencia de cuerpo, usando la cabeza que quedaba, algunas costillas de hojas de palma, algunos fragmentos de hueso y trapos. Una reina había desaparecido por completo. Un pedazo de madera le hizo de cuerpo, un paquete de

> trapos simuló la cabeza y otro paquete de trapos los pies. Los inspectores reales tenían mil razones para no mirar demasiado de cerca, y mientras el exterior estuviera en buen estado, poco les importaba lo que hubiera en el interior.[2170]

Pero donde el hombre se abstuvo de destruir, los cuerpos quedaron tan bien conservados que Maspero se imaginó sin dificultad el aspecto que tenían durante la vida. Seti I, al que los monumentos atribuyen un reinado muy largo, nos aparece de hecho con la cabeza calva pasada, las cejas blancas, acusando los sesenta años bien sus rasgos claros y finos una vez liberados de una máscara de tela con betún reveló la cabeza de momia más hermosa que se haya visto jamás. «Los escultores de Tebas y Abidos no adulaban a nuestro Faraón cuando le daban ese perfil delicado, dulce y sonriente que los viajeros admiran: la momia ha conservado después de treinta y dos siglos la misma expresión que tenía en vida.» Su hijo Ramsés II se le parece sorprendentemente, pero tiene rasgos más marcados. Con su frente baja, estrecha, con un arco superciliar prominente, su nariz larga y aquilina como la de los Borbones, su boca ampliamente abierta, la cabeza, llevada alta sobre un cuello largo, «muestra orgullo, obstinación y un aire de majestad soberana que aún se percibe bajo el aparato grotesco del embalsamamiento». La momia de Soqnunrî, que liberó Egipto de la invasión de los hiksos, tiene en la cabeza tres heridas, el cerebro fue extraído, la lengua está atrapada entre los dientes:

> La posición y el aspecto de las heridas permiten reconstruir de manera casi segura la escena final de la vida del rey: alcanzado primero en la mandíbula, cae aturdido, los enemigos se abalanzan sobre él y dos golpes mientras está en el suelo, uno con hacha en la parte superior del cráneo, el otro con lanza o daga sobre el ojo, lo rematan casi de inmediato. Sabíamos que había hecho la guerra a los pastores, no sabíamos que hubiera muerto en el campo de batalla. Los egipcios salieron victoriosos de la lucha que se entabló alrededor de su jefe, ya que lograron levantarlo y llevárselo…

Se ve con qué perspicacia Maspero reconstruye la muerte del Faraón a partir del aspecto de su cuerpo milagrosamente llegado hasta nosotros. Después del maravilloso hallazgo de Deir-el-Bahari, completado en 1898 con el descubrimiento de un segundo escondite, gracias a la sagacidad de M. Victor Loret, Maspero podía escribir con un justo orgullo:

> Egipto es realmente la tierra de las maravillas. No se conforma, como Asiria y Judea, como Grecia e Italia, con devolvernos los monumentos con los que se rehace la historia del pasado, nos devuelve a los mismos hombres que erigieron los monumentos y hicieron la historia. Los grandes soberanos, Tutmosis III, Seti I, Sesostris, Ramsés III, ya no son nombres separados de cualquier forma y flotando en la imaginación, sin colores y sin contornos; los vemos, los tocamos, medimos su tamaño, evaluamos la capacidad de su cerebro, se sabe cuál era la forma de su nariz y de su boca, si eran calvos, si tenían alguna dolencia secreta… y, como si se tratara de un contemporáneo, se publica su retrato del natural, fotografiado.[2171]

* * *

Cuando Maspero volvió a París, donde lo reclamaban su maestría y la Academia de Inscripciones (que lo había elegido tras la muerte de Mariette, en 1883), traía consigo materiales considerables, cuya análisis exigió una actividad intensa. De 1886 a 1894, llevó a cabo sus dos obras maestras: la traducción de las inscripciones de las Pirámides de Saqqarah y la gran *Histoire des peuples de l'Orient.*

2170 *Bibliothèque égyptologique*, I, p. 275.

2171 *Bibliothèque égyptologique*, I, p. 281.

Cualquier otro egiptólogo se habría contentado con publicar, sin traducir, las cuatro mil líneas de los textos de las pirámides. Las dificultades de interpretación eran desalentadoras: la escritura contenía una gran cantidad de signos desconocidos, había que discernir el significado de palabras nuevas, la gramática de la época clásica ya no era suficiente para estudiar esta lengua arcaica. Además, rituales funerarios, fórmulas mágicas, mitos, cosmogonías, sistemas teológicos que se cruzaban, se oponían o se confundían de manera desordenada, hacían de estos textos una especie de caos primordial. A finales de 1882, Maspero publicó *Ounas*, con una traducción completa; llevar a cabo todo este trabajo le ocupó diez años.

> Sólo deseo que el lector, manifiesta al final de la obra, al recorrer estas páginas donde he puesto gran parte de mi vida, sepa bien que lo que ve no representa ni la centésima parte de mi trabajo. Le ruego que no olvide que nada se había hecho para el estudio de la lengua arcaica en el momento en que abordé esta formidable cantidad de materiales; para todo tuve que recurrir a mí mismo: gramática, vocabulario, mitos, particularidades del sistema gráfico...[2172]

Sus clases en el Collège de France y en los Hautes Études testimonian, de hecho, la preparación meticulosa que estos textos requerían; la mayoría de estas clases permanecieron inéditas, pero al criticar las obras contemporáneas de Brugsch y Pierret, Maspero mostraba cómo los textos de las pirámides lo habían llevado a una concepción de la religión egipcia nueva y original. Donde de Rougé, Brugschet y Pierret reconocían una fe única para todo Egipto y todas las épocas, el monoteísmo solar, Maspero, aplicando la crítica histórica a los textos, distinguía del sol Râ al dios de los muertos Osiris, a los dioses de las fuerzas de la naturaleza, los fetiches primitivos; analizaba cada culto, localizaba las divinidades por ciudades, definía la influencia de las capitales religiosas, Heliópolis, Tebas, Menfis, y daba importancia a los cultos populares junto a las escuelas teológicas. Diez años después, cuando textos, monumentos y figuras arcaicas fueron exhumados de Abydos por Amélineau, confirmaron de una manera clara lo que Maspero había deducido únicamente de los textos religiosos. Por otra parte, para definir el verdadero carácter de los ritos funerarios descritos en las Pirámides, Maspero tuvo que compararlos con escritos posteriores. Analizando las ediciones del *Ritual* publicadas por Schiaparelli, del *Libro de los Muertos* de Naville, de los *Hipogeos Reales* de Lefébure, plasmó en papel, como al compás de la pluma, traducciones casi completas; a menudo fue el primero, si no en traducir, al menos en comprender y hacer comprensibles estos textos, situándolos entre las grandes corrientes religiosas de la humanidad. Sólo los expertos pueden darse cuenta del trabajo paciente y la audaz intuición necesarios para reconstruir la mentalidad del antiguo Egipto. No hay, afirmaba, que reprochar a los textos su oscuridad: «Nos corresponde a nosotros ponernos, para entenderlos, en el estado de ánimo en que se encontraba, hace más de siete mil años, el pueblo que los creó.»

Esta resurrección del pasado también constituye el principal atractivo de su gran *Historia*, que comenzó a publicarse por entregas en 1894; era su manual de 1875, pero rehecho, enriquecido con una documentación formidable, ilustrado con todo lo que los monumentos figurativos podían proporcionar para aclarar el texto. Aquí nuevamente, a pesar de sus tres volúmenes, el libro de Maspero no revela ni la décima parte de su trabajo. La materia histórica de todo el Oriente antiguo, la había trabajado y vuelto a trabajar en todos sus detalles; cuanto más ingrata o difícil parecía, más parecía complacerse en ella y jugar con ella. Tal es la impresión que a menudo he sentido en los cursos del Collège de France donde Maspero nos iniciaba en la preparación de su obra. En primer lugar, se atrevió a escribir una historia sincrónica del Oriente; sus predecesores habían tratado por separado Egipto, Caldea, Palestina, Persia, dejando al lector la tarea, bastante ardua, de restablecer en el mismo plano las civilizaciones paralelas. Maspero suprimió esos tabiques impermeables; comenzando por Egipto, lo muestra en relaciones de comercio, religión y política con sus vecinos

2172 G. Maspero, *Les Inscriptions des pyramides de Saqqarah* (1894), *in fine.*

del este y del oeste. Tras los *orígenes*, describe *los primeros contactos de los pueblos* y finalmente los *imperios* rivales de Egipto, Asiria y Persia, hasta la llegada de Alejandro, señalando sus acciones y reacciones mutuas. Se puede imaginar la erudición que supone una tarea así de compleja. De hecho, las páginas relacionadas con los países no egipcios están tan documentadas y cuidadas como la historia de Egipto. En su juventud, Maspero había estudiado el hebreo y los cuneiformes; era capaz de supervisar el trabajo de los asiriólogos y hebraístas refiriéndose a los documentos originales. Él confesaba a sus alumnos que le daba cierto gusto revelar a los especialistas en Asia documentos escritos o figurativos poco conocidos por ellos. Esta erudición nunca resulta abrumadora para el lector, porque nada iguala la viveza de los cuadros que dibuja sobre las grandes épocas del mundo oriental. No es que abuse de vastas síntesis ni de ideas generales; al contrario, desconfiaba de ellas, tanto en historia como en religión, y prefería una acumulación de detalles expresivos. Entre tantos materiales, Maspero se sentía cómodo; lejos de sentirse aplastado por la documentación enorme, levantaba esa masa con ambas manos, la modelaba con toques precisos y repetidos, y dejaba figuras con un relieve tan exacto que parecía haber vivido con los grandes reyes y los pueblos cuya historia milenaria resucitaba.

* * *

Después de estos grandes trabajos, Maspero buscó algo de descanso, es decir, un cambio de actividad. Por ello aceptó regresar a Egipto, donde trabajos administrativos de primera importancia lo retuvieron de 1899 a 1914: restauración de los edificios que se estaban cayendo en Karnak, Gournah, Ombos, Ibsambul; consolidación de los templos de Nubia para prepararlos para recibir las aguas del Nilo retenidas por la presa de Asuán; publicación completa de estos monumentos que las filtraciones podían arruinar, en folio; reorganización del Museo de El Cairo; puesta en marcha del catálogo, que hoy cuenta con más de cuarenta volúmenes; control del Servicio de Antigüedades sobre las excavaciones científicas realizadas por los eruditos extranjeros; ley sobre la represión de las excavaciones clandestinas; excavaciones en Karnak, Ombos, Saqqarah, Ibsambul: tales fueron las tareas que supervisaba un Maspero ya envejecido, tanto desde su *dahabieh*, el velero tradicional con el que subía o bajaba por el Nilo, como desde su despacho de dirección en El Cairo. A eso agréguese la dirección de los *Annales du Service* y del *Recueil de travaux*, la redacción de manuales de historia del arte, los artículos enviados a revistas o a la gran prensa... y aún le quedaba tiempo a Maspero para anotar las historias y canciones de los *fellahs*, para interpretarlas con ese estilo que recuerda a la elegancia y el encanto de Perrault, y del cual ya había dado un ejemplo al traducir los *Contes populaires de l'Egypte ancienne*.

Sin embargo, la edad le perseguía con sus inevitables debilidades. Cuando Maspero se resignó a abandonar Egipto, su salud estaba profundamente afectada. Tuvo la satisfacción, en julio de 1914, de ser elegido secretario perpetuo de la Academia de Inscripciones, digno sucesor de otro ilustre trabajador, Georges Perrot. Pero la guerra llegó y Maspero sufrió cruelmente la pérdida de su último hijo, Jean Maspero, cuyo talento precoz ya se había demostrado en el estudio de los papiros bizantinos de Egipto, quien murió en Vauquois en febrero de 1915. Maspero sólo superó su dolor intensificando su trabajo y abordó con valentía la redacción de un estudio exhaustivo sobre la fonética egipcia, preparado durante treinta años a partir de miles de notas. Una vez más, realista en filología como en religión e historia, quería dejar de lado los sistemas preconcebidos, examinar detenidamente los hechos y desmontar el mecanismo del idioma hablado. La muerte, que golpeó a Maspero el 30 de junio de 1916, interrumpió esta obra, pero se puede esperar que una gran parte esté ya redactada y pueda ser publicada.

* * *

Maspero cierra la serie de aquellos que él denominaba los egiptólogos «universales». Le escuché decir de él mismo: «Seré el último egiptólogo completo.» Tal es de hecho el lugar que ocupó, tal será su título ante la posteridad: el último de los fundadores de la egiptología y uno de los más grandes. Al principio, se encontró frente a una ciencia aún limitada, un campo inmenso pero

que una inteligencia como la suya podía sin embargo abarcar; gramática, historia, religión, arqueología, se entrelazaban allí como la vegetación en los pantanos del Nilo, y los pioneros la recorrían sin examinar los detalles ni descubrir las perspectivas. Más tarde, después de haber fluido desde su fuente como un río único, la egiptología, al expandirse como el Nilo en un delta, se dividió en ramas abiertas sólo a especialistas. Las circunstancias favorables colocaron a Maspero en la misma bifurcación de este delta, ahí donde todo el curso aún es canalizable, pero desde donde se pueden ver abrirse delante de uno las ramas divergentes. Participando de la antigua generación, tuvo la alegría de poder seguir con la mirada los diversos caminos en los que se involucrarían sus sucesores; contribuyendo a los avances de las ciencias especializadas, siguió siendo para el gran público aquel que reunía en sí los resultados obtenidos y la intuición de las investigaciones futuras.

Esta misión que le deparaba el destino fue servida por una rara concurrencia de circunstancias. La Universidad ofrece pocos ejemplos, él mismo lo decía, de una carrera tan triunfal: profesor a los veintitrés años, titular en el Collège de France a los veintiocho años, miembro del Instituto a los treinta y siete años, fundador de la Escuela Francesa de El Cairo, director general del Servicio de Antigüedades de Egipto, y finalmente secretario perpetuo de la Academia de Inscripciones; concentró en sus manos la enseñanza teórica, los trabajos prácticos, la dirección de las excavaciones, en una palabra toda la autoridad en egiptología. Si la suerte lo favoreció, si fue colmado de honores y ventajas, tuvo el mérito de aprovecharlo para enriquecer continuamente el legado científico que había recibido de Mariette y de De Rougé. A su vez, deja a la nueva generación un campo ampliado que lleva para siempre la impronta de su propio genio. Aunque haya sido un profesor eminente, avivador de vocaciones, sus dotes, totalmente personales, son de los que no se transmiten a los alumnos: imaginación creadora, intuición audaz, habilidad para exponer o reservar soluciones, inmensa capacidad de trabajo, servida por una memoria impecable[2173]. Pero su paciencia industriosa, su erudición nunca satisfecha, su voluntad de hacer siempre más y mejor, siguen siendo un ejemplo y una enseñanza. Como para aumentar la gloria de este trabajador incansable, la muerte lo abatió en el campo de honor de la ciencia, en su sillón de la Academia de Inscripciones, plenamente activo.

ALEXANDRE MORET[2174]

2173 El profesor Ed. Naville define en estos términos el genio flexible de su viejo amigo: «No es, como en el caso de Rougé, el método lo que caracterizaba sus trabajos, era más bien la intuición y, por ejemplo, en la interpretación de los textos, el rápido descubrimiento del sentido verdadero.» (*Journal de Genève* del 9 de julio de 1916).

2174 Alexandre Moret (1868-1938). Conservador del Museo Guimet, Director de Estudios de las Religiones de Egipto en la École Pratique des Hautes Études, profesor de Egiptología en el Collège de France, y miembro de la Academia Francesa.

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

583 Julián de Toledo, *Historia de la expedición y victoria del rey Wamba*
582 Publio Virgilio Marón, *Eneida*
581 Alphonse Daudet, *Tartarín en los Alpes. Nuevas hazañas del héroe de Tarascón*
580 George Orwell, *La Bomba Atómica y tú. Artículos para después de una guerra*
579 Gilbert Keith Chesterton, *El hombre que fue Jueves. Una pesadilla*
578 Rajani Palme Dutt, *Los cambios de rumbo del comunismo británico en los años treinta*
577 Edgar Allison Peers, *La tragedia española 1930-1936. Dictadura, república, caos*
576 Víctor de Tunnuna, *Cronicón*
575 Isidoro de Sevilla, *Varones ilustres*
574 Gareth Jones, *Un periodista galés en la Unión Soviética (1930-1935)*
573 Malcolm Muggeridge, *La denuncia de la Hambruna soviética*
572 Amador de los Ríos, *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España*
571 Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Brasil y las colonias portuguesas*
570 Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Historia de Portugal*
569 Jorge de Sena, *El polígrafo barroco Manuel de Faria e Sousa*
568 Manuel de Faria y Sousa, *Epítome de las historias portuguesas*
567 Carlos Pereyra, *El mito de Monroe*. Seguido de *El crimen de Woodrow Wilson*
566 Johannes Scherr, *Germania, dos mil años de historia alemana*
565 José María Salaverría, *El instante dramático y otros artículos*
564 Eduardo Barriobero, *Un tribunal revolucionario. Cuenta rendida por el que fue su Presidente*
563 Winston S. Churchill, *La guerra civil española. Artículos y discursos 1936-1939*
562 Francisco Javier Simonet, *La mujer arábigo-hispana y otros estudios andalusíes*
561 Godefroid Kurth, *¿Qué es la Edad Media? y otros artículos polémicos*
560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolicionista de 1860*
549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
544 *La epopeya de Gilgamesh*
543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*

540 Havelock Ellis, *El alma de España*
539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanesa del siglo XVII*
517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*

490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*

440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*

390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros…*
363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*

340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*

290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)

240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*

190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*

140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*

90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*

40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)